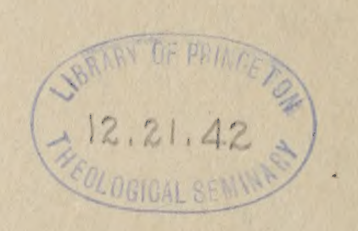
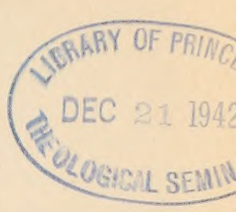

LIBRARY OF PRINCETON
12.21.42
THEOLOGICAL SEMINARY



Nueva Biblioteca de Autores Españoles
fundada bajo la dirección del
Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.
23



Sainetes de Don Ramón de la Cruz

en su mayoría inéditos.

Colección ordenada por

D. Emilio Cotarelo y Mori
De la Real Academia Española y su Secretario perpetuo.

Tomo I



Madrid
Casa Editorial Bailly/Bailliere
Núñez de Balboa, núm. 21.
1915

DISCURSO PRELIMINAR

I

Sobre esta edición.

Una colección completa de las obras de Don Ramón de la Cruz llenaría muchos volúmenes; y ni la gloria del autor ni la satisfacción del público exigen tal esfuerzo del editor de la presente *Biblioteca*.

Compuso Don Ramón de la Cruz y tradujo del francés y del italiano un gran número de tragedias, comedias y zarzuelas. Escribió, además, incalculable cantidad de loas, introducciones, intermedios y fines de fiesta, que se representaron para acompañar obras suyas y ajenas. Pero estas obras no hubieran elevado su nombre muy por encima de los Valladares, Zavala, Moncín, Rodríguez de Arellano y otros tan fecundos como infelices poetas dramáticos de su tiempo.

Por eso en una colección restringida, como la presente, no pueden tener cabida estas producciones, que á todo más le acreditarían de versificador fácil y traductor fiel y á veces elegante. En el *Catálogo* que sigue daremos somera idea de todas estas obras.

En las *loas*, *introducciones*, *intermedios* y *fines de fiesta*, sobre todo en las primeras, desplegó á veces todo su ingenio y agudeza, variándolas hasta lo infinito; pero como obras de circunstancias y de aplicación especial á los asuntos de teatro no ofrecen el interés necesario para que salgan de su condición de inéditos. Ofreceremos, sin embargo, algunas muestras de estos juguetes, eligiendo los mejores ó que á nosotros nos lo parezcan.

La fama y verdadero mérito de Don Ramón de la Cruz están vinculados en sus célebres, en sus inmortales sainetes. Porque, en efecto, en ellos vive y palpita una sociedad entera, hoy desaparecida, pero que, gracias á tales obras, podemos reconstruir casi con la misma verdad que si, por un milagro cronológico, retrocediésemos á la España del reinado de Carlos III.

«Grupos de majas y majos con su desgarro y estrepitosa alegría; castañeras y buñoleras, largas de lengua y de manos; chisperos, albañiles, zapateros y otros artesanos de Madrid; campesinos de los alrededores, socarrones y malignos; peluqueros y modistas franceses con espadín y señoría; abates entrometidos y falderos; *cortejos*, terror de padres y maridos; petimetres y petimetras; *usías* de más ó menos pelo, é hidalgos pelones; soldados y oficiales; gente *cursi*, como hoy se dice de la clase media; médicos y abogados charlatanes, y escribanos y alguaciles de aguzadas uñas; indianos incautos y adinerados; maridos víctimas de la tiranía conyugal, de las convenciones sociales y de la moda, que algunas veces rompen sus cadenas; beatas y viudas hipócritas y callejeras; vagos y expresidiarios; gallegos pacientes y socarrones; vizcaínos testarudos y de estropajosa lengua; mercaderes de rara fisonomía moral; naranjeras, limeras y ramille-

teras descocadas pero agudas; músicos hambrientos; cómicos siempre temerosos de la cruel mosquetería; alcaldes de monterilla con pujos reformadores; criados, pajes y lacayos con sus habituales defectos y otros particulares de entonces; gitanos y mesoneros, que todo era uno; segadores y vendimiadoras; fingidos hombres de negocios; estos y otros muchos tipos desfilan y se atropellan en las obras del autor del *Manolo*.

»Escenas populares, no diremos degeneradas, pero sí profundamente cambiadas hoy y recogidas por el gran pintor de costumbres con motivo de las solemnidades y fiestas del año, pues todas, á manera de calendario jocoso, figuran en sus sainetes: Nochebuena, Navidad, Año nuevo, los *Nacimientos*, Carnaval, Romería de San Isidro, *Corpus Christi*, Vísperas de San Juan, San Pedro y Santiago, Ferias otoñales; cualquier otro espectáculo al aire libre, como las fiestas de pólvora, las retretas militares y los paseos nocturnos del Prado en el verano, tienen su representación en dichas obras, así como ciertos hechos particulares; los bandos y riñas de los habitantes de unos barrios con los de otros; la venida á Madrid de un elefante y después de una giganta; los partidos en pro ó en contra de cada uno de los coliseos y de cada uno de los actores en ellos.

»La Plaza Mayor y el Rastro por la mañana, por la tarde y á cualquier hora del día; la Plaza de Santa Cruz en los de verbena; las orillas del entonces algo más caudaloso Manzanares en tiempo de baños; la calle Mayor en la fiesta del *Corpus;* las tertulias privadas; los cafés y botillerías; academias de música; bailes de candil y de velón; visitas de duelo y de cumplido; bodas y tornabodas de varias castas de gentes; la murmuración vecinal; la entrada y salida de la comedia; las representaciones caseras en la corte y en los pueblos; los enfermos aprensivos; los sanos que saludan á todos; la manía del coche; las escofietas; los habladores; la *melo-italo-manía;* las serenatas ó músicas nocturnas; los refrescos y meriendas en casas particulares; los saraos; los viejos verdes y las viejas reverdecidas; las excursiones veraniegas á los alrededores de la corte, ya que la dificultad en las comunicaciones limitaba los viajes á lejanos puertos de mar; la vida toda, en fin, de la sociedad de que el pintor formaba parte, se ve reflejada en sus sainetes, verdaderos tesoros de historia interna que en vano se buscarán en otra parte.

»Don José Somoza terminaba un curioso artículo sobre los *usos, trajes y modales del siglo* XVIII, escrito con el conocimiento y seguridad de quien logró ver lo que describe, diciendo: «El que quiera conocer á fondo las costumbres españolas en el siglo XVIII, »estudie el teatro de DON RAMÓN DE LA CRUZ, las poesías de Iglesias y los *Caprichos* »de Goya». Las poesías de Iglesias, aunque apreciables, se refieren principalmente á la ciudad en que el poeta pasó gran parte de su vida. Las pinturas y grabados (no sólo los *Caprichos*) de Goya, muy bien estudiados en estos últimos tiempos bajo el aspecto artístico, no lo han sido aún en su correspondencia con los usos de entonces, ni ofrecen campo tan vasto ni variado como el conjunto de las obras del gran sainetista. En este concepto, ningún escritor de la época aventaja, ni se aproxima siquiera, á nuestro poeta (1).

Pero no solamente como pintor de costumbres nacionales es DON RAMÓN DE LA CRUZ digno del mayor encomio. Su mérito filológico ha sido reconocido por los más

(1) *Don Ramón de la Cruz y sus obras*, Madrid, 1899, 4.°; págs. 2 y 3. Como es natural, utilizaremos este nuestro libro siempre que no haya algo que modificar en su contenido.

entendidos conocedores y maestros de nuestro idioma; porque nadie como él ha sabido conservar esos mil giros caprichosos, pintorescos y castizos del lenguaje de las clases populares, menos accesibles que otras á la invasión del galicismo que, ya en su tiempo, infectaba el habla castellana. Nadie empleó un vocabulario más rico y abundante, lleno de significaciones figuradas, diversas y agudas; más natural y propio de los caracteres que pinta; y pocos ó nadie un diálogo más ingenioso y vivo, siquiera, usando de aquella libertad que se reservó en la elección de géneros dramáticos, no brille siempre por su pulcritud y atildamiento.

No es esta la ocasión de estudiar el origen y desarrollo del sainete, que ampliamente hemos tratado en otro libro en lo referente á predecesores de DON RAMÓN DE LA CRUZ (1). En su tiempo compusieron sainetes, aunque notoriamente inferiores á los suyos, D. Nicolás González Martínez, D. Antonio Pablo Fernández, D. Manuel Fermín de Laviano, D. Sebastián Vázquez, D. José Landeras, D. José López de Sedano, don José Ibañez; y entonces, y algo después, los actores Luis Moncín, José Ibarro, Juan Ponce, José Concha, Félix de Cubas, Juan Carretero, el fecundo Comella, y, muy superior á todos ellos, el gaditano D. Juan Ignacio González del Castillo, gran pintor de costumbres andaluzas (2).

Aun limitada esta colección á los sainetes, no entrarán en ella absolutamente todos los que DON RAMÓN DE LA CRUZ nos dejó y conocemos. Su número es tan crecido, que exigiría un tomo ó dos más de los tres que el editor quiere destinar á nuestro poeta. Por otra parte, entre los de la primera época los hay de valor escaso ó relativos á cosas muy particulares de las compañías de cómicos que, si pueden interesar al historiador de nuestro histrionismo, no deben incluirse en una colección de carácter general como la presente.

Los textos que hemos utilizado en ella son de tres clases:

1.ª Manuscritos autógrafos, que en gran número hemos tenido la fortuna de descubrir en el antiguo archivo de la villa de Madrid, en la sección relegada á los almacenes de las afueras, y que, por indicación nuestra, fué traída á la actual Biblioteca municipal.

2.ª Manuscritos no originales, pero fidedignos, por ser los que se presentaron á la censura y llevan las licencias para la representación, ó bien copias de unos y otros hechas por los traspuntes para los actores que habían de ejecutarlos. Estos manuscritos se hallan en el mismo depósito que los anteriores, y otros muchos en la Biblioteca Nacional.

3.ª Impresos, así los publicados por el autor (3), como en ediciones sucesi-

---

(1) *Colección de entremeses, loas, bailes, jácaras y mojigangas desde fines del siglo* XVI *á mediados del siglo* XVIII. Madrid, Bailly-Baillière, 1911. Tomo I; págs. I á CCCXV.

(2) El ilustre poeta dramático D. Leopoldo Cano acaba de publicar, por encargo de la Academia Española, la colección de *Obras completas de Don Juan Ignacio González del Castillo*. Madrid, 1914-15: tres vols. en 8.º

(3) *Teatro ó colección de los saynetes y demás obras dramáticas de Don Ramón de la Cruz y Cano, entre los Arcades Larisio*. Madrid, Imprenta Real, 1786 á 1791: 10 volúmenes en 8.º, que comprenden 66 obras, y de ellas sólo 47 sainetes. En el catálogo que va al final se dará la lista de todos.

vas [1]. Estas últimas ofrecen muy pocas garantías, como hechas sobre ejemplares mutilados por los cómicos, que los llevaban de uno en otro pueblo, y están llenos de enmiendas y supresiones. Estos defectos son mayores en las ediciones de Barcelona, Valencia y otras capitales provincianas que en las de Madrid. Así, sólo hemos acudido á ellos en los casos, relativamente muy pocos, en que no hay manuscrito ó impreso de las otras categorías.

El orden, pues, de autoridad es el de las tres enumeradas clases de textos. Con todo, en algunos casos hay la dificultad de resolver qué preferencia debe darse, si al manuscrito primitivo ó al impreso reformado por el autor. En la duda, hemos publicado las variantes del segundo al pie de la página.

La ortografía y puntuación no ofrecen dificultades: pues hallándose ya fijadas entonces por la Academia Española, sólo deben considerarse como descuidos el empleo de la *v* en lugar de *b*, frecuente en la época de Don Ramón; la supresión indebida de la *h* en ciertos casos; el predominio de la *g* y otros pormenores de poco valor.

Como de casi todos los sainetes sabemos el año de su composición ó representación, hemos podido ordenarlos cronológicamente, según se ve en este primer volumen. Procedimiento es que ofrece ventajas diversas sobre todos; porque así puede estudiarse el sucesivo desenvolvimiento del género en el autor, siempre en sentido progresivo, desde los primitivos ensayos de sainetes cortos, incoloros y de carácter burlesco más acentuado, hasta los descriptivos de costumbres, satíricos, morales ó de enredo.

---

(1) *Colección de los sainetes, tanto impresos como inéditos, de Don Ramón de la Cruz, con un discurso preliminar de D. Agustín Durán, y los juicios críticos de los Sres. Martínez de la Rosa, Signorelli, Moratín y Hartzenbusch.* Madrid, Yenes, 1843; dos volúmenes en 4.º, de XLVI-510 y 692 págs.

Son en todo 120 sainetes, cuyos títulos irán especificados en el catálogo general. Esta incompleta colección sin duda les pareció aún excesiva á los que después imprimieron sainetes de Cruz, que no hicieron más que compendiarlos. Fueron los siguientes:

Sainetes escogidos de Don Ramón de la Cruz. París, Bandry, 1845; un volumen en 8.º Contiene veintitantos sainetes copiados de la colección de Durán.

Teatro selecto de Don Ramón de la Cruz. Colección completa de sus mejores sainetes, precedida de una biografía por Roque Barcia. Madrid, Faquineto, 1882; un volumen en 4.º mayor. Comprende 73 sainetes tomados servilmente de la colección de Durán. La biografía carece de buenas noticias ó son casi todas falsas.

Sainetes de Don Ramón de la Cruz. Barcelona, Biblioteca «Artes y letras». 1882; dos volúmenes en 8.º, con bonitas ilustraciones de José Llovera y A. Lizcano. Comprende 30 sainetes tomados de Durán y un prólogo de D. José Feliú y Codina, ayuno enteramente de noticias.

En Francia se publicó una traducción de 17 sainetes de Cruz, con el siguiente título: *Saynètes, traduits de l'espagnol et precedés d'une introduction, par Antoine de Latour; Paris, Michel Levy. 1865;* un volumen en 4.º

Sainetes de Don Ramón de la Cruz, existentes en la Biblioteca municipal de Madrid y publicados por acuerdo del Excmo. Ayuntamiento de esta villa. Madrid, Imprenta Municipal, 1900, 8.º Comprende solamente 12 sainetes. Alguno, como *Los dos libritos*, no era inédito, pues se había impreso varias veces á principios del siglo XIX.

En Madrid, en 1792, se imprimió también otra colección en dos tomos en 4.º, de unos 80 sainetes, como anónimos; pero la mayor parte de ellos son de Don Ramón de la Cruz.

De las impresiones sueltas daremos noticia en el catálogo general de las obras de nuestro autor.

Se ven también las concesiones que, dentro de su peculiar manera de entender el sainete, hacía cuando las corrientes del gusto ó las imposiciones doctrinales exigían que variase de rumbo. Tal sucedió en la corta dominación del conde de Aranda: por eso en esta epoca menudean los sainetes morales, docentes y las traducciones del francés.

Pueden también seguirse los cambios generales de las ideas, de las costumbres, de los usos y modales del pueblo español en un período mayor de treinta años, en que DON RAMÓN DE LA CRUZ no dejó de componer, día por día, sus graciosas piececillas. Así, comparando un sainete escrito en 1763 con otro de 1791, se advierten desde luego y á primera vista las grandes diferencias que reflejan en todas aquellas particularidades y otras, como el idioma del vulgo, el predominio de nuevas expresiones, frases ó giros y el olvido de las anteriores, así como las diferentes alusiones y referencias á cosas y sucesos del momento que ninguna otra clase de obras literarias ha logrado recoger.

Van, pues, los sainetes ordenados por años, y los de cada año por orden alfabético; pues aunque de la mayor parte conocemos hasta el día de su estreno en el teatro, como esto no sucede siempre y como en muchos casos no corresponden la composición de la obra y su publicación en la escena, ya que este segundo orden no podía ser absoluto, hemos optado por prescindir de él, considerando, por otra parte, cosa de poca monta una alteración sólo de meses en la sucesión rigurosamente histórica de las obras.

II

Vida de D. Ramón de la Cruz.

Su nombre y apellido completos eran: D. Ramón Francisco Ignacio de la Cruz Cano y Olmedilla; y nació en Madrid, en la calle del Prado, el día 28 de marzo de 1731, siendo bautizado, el 2 de abril siguiente, en la iglesia parroquial de San Sebastián, por su tío carnal el P. Fr. Francisco Cano y Olmedilla, sirviéndole de madrina D.ª Teresa Cano y Olmedilla, también tía materna suya (1).

Su padre, D. Ramón ó Raimundo de la Cruz, era aragonés, natural de la villa de Canfranc; y su madre, D.ª María Rosa Cano y Olmedilla, había nacido en el pueblo de Gascueña, provincia de Cuenca, y pertenecía á la familia del célebre Melchor Cano (2).

Tuvo D. Ramón varios hermanos, fallecidos prematuramente, y sólo logró vida regular D. Juan de la Cruz y Cano, dibujante de láminas y mapas y grabador de ellos, académico de mérito en la Academia de San Fernando y geógrafo de Su Majestad (3).

Hizo D. Ramón estudios de humanidades y acaso de jurisprudencia, pero no consta que llegase á terminar carrera ninguna. Pasó toda su vida como empleado en la Contaduría de penas de Cámara y gastos de Justicia, donde ingresó, como oficial tercero, el 22 de marzo de 1759.

Había muerto ya su padre y no mucho después hubo de faltarle también la madre, probablemente en 1762, en que aparece otorgando su postrera voluntad (4), hallándose ya casado nuestro poeta con D.ª Margarita Beatriz de Magán, natural de la ciudad de Salamanca, hija de D. Lucas, que lo era de Almonacid de Toledo, y de su mujer doña Francisca Melo de Vargas, avecindada en Zamora. En julio de 1762 había ya nacido su primera hija, llamada María de los Dolores Carlota, á quien siguieron otros varios, uno de los cuales, según D. Agustín Durán, era comandante general de la artillería española en la batalla de Bailén, tan gloriosa para nuestras armas.

Dotado Cruz de un ingenio muy vivo y perspicaz, de un espíritu crítico natural y

(1) Partida de bautismo en la parroquial de San Sebastián: libro 29 de *Baut.*, folio 75 vuelto.

(2) Era hija de D. Miguel Cano y Olmedilla y de D.ª Antonia Vela Viñuelas. Entre otros parientes ilustres produjo esta familia al beato Fr. Melchor Cano, sobrino del célebre filósofo de Tarancón; á Fr. Agustín Cano y Olmedilla (1644-1699), misionero en América, Prior de Atocha y autor de varias obras históricas, y al citado Fr. Francisco, dominico, como todos los otros, autor de una *Vida de Santa Catalina de Sena*, impresa en 1728.

(3) Nació en Madrid en 1734 y murió en 1790. Sus obras más notables fueron el *Mapa de la América meridional*, en gran tamaño, con datos y observaciones astronómicos y geográficos, en 1775, y la famosa *Colección de trajes de las provincias de España*, en dos volúmenes en folio, con 96 láminas, en 1777.

(4) *D. Ramón de la Cruz y sus obras*, pág. 237.

arraigado, del don profundo de observación y de una maravillosa facilidad de improvisar versos, compréndese que desde su primera juventud mostrase inclinación á la amena literatura. En ella ofrecía el teatro entonces, como en todo tiempo, más rápida celebridad y mayor provecho, y á él dedicó sus primitivas obras poéticas.

«Una casualidad (dice él mismo) á los quince años me alentó á disponer un *diálogo cómico*, que á su costa, y sin mi noticia, mandó imprimir en Granada un apasionado mío, á quien se lo confié para leerlo.» No conocemos esta obra ni otras que, ya con su nombre, ó bien anónimas, se habían estampado antes de 1757, como asegura en el prólogo de la que, primera en la fecha, ha llegado á nosotros.

En los originales existentes en la Biblicteca municipal de esta villa y corte hay muchos con la data de su composición, pero ninguno anterior al referido año de 1757, que ostenta el manuscrito de *La enferma del mal de boda*, pieza falta de corrección y carácter en lo tocante al que después adoptaron sus sainetes. Es una especie de arreglo ó extracto del *Amor médico*, de Molière, asunto que Cruz volvió á tratar en 1768, con más sujeción al original y sin el tono bufonesco que aquí presenta.

Pero no parece que fuese el sainete la especie de drama que á la sazón tenía para él mayor atractivo. Á 1757 corresponde la zarzuela en dos actos, ó «drama cómico-harmónico», como él lo llama, titulado *Quien complace á la deidad, acierta á sacrificar*, engendro novelesco, histórico y mitológico, ni mejor ni peor que otros de igual clase, que sólo prueban cuánto dominaba entonces el mal gusto entre los autores y lo poco exigente que era el público ([1]).

Más importante que la obra es el prólogo que el autor le puso para explicar la teoría dramática, impugnar á los malos autores de su tiempo y ¡cosa singular! á los sainetistas, empleando casi los mismos términos que luego habían de aplicarle á él sus adversarios.

Así, nos habla del «lastimoso espectáculo de los sainetes, donde sólo se solicita la irrisión, con notable ofensa del oyente discreto». Y ¿quién diría que es suyo este párrafo que hay en dicho prólogo?

«Contra nadie debe procederse sino contra el público que, celebrando sólo la confusión y variedad desordenada en la ridiculez, á veces indecencia, del vestido; la chulada, tal vez disolución, del ademán y ornato de las tablas, con multitud de figuras nada conducentes á la acción ni propias del lugar, condena las obras serias con el murmullo de la displicencia y las desaira con no volver á la casa donde se representan. Siendo evidente que ni en las comedias están los más de los espectadores á otra cosa que á lo que dice el *gracioso* y á los sainetes: ni éstos logran la pública satisfacción no siendo un laberinto de disparates ruidosos, donde sólo se distingue la *Camorra*, el *Fandango* y

---

([1]) *Nuevo drama cómico-harmónico intitulado: Quien complace á la deidad, acierta á sacrificar. Escrito por D. Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla. Puesto en música por D. Manuel Pla. Con licencia. En Madrid, en la oficina de D. Antonio Muñoz del Valle, calle del Carmen. MDCCLVII. Se hallará en la librería de Luis Gutiérrez, calle de la Montera. Su producto es para Nuestra Señora de la Soledad, que se venera en la villa de la Puebla de Montalbán.* En 4.º; xxviii-52 págs., más dos hojas al final para las licencias, erratas y tasa. Al principio la lista de los actores que hicieron los catorce personajes de la obra, que, además, lleva *Coro de ninfas de Venus* y *Guardia de soldados egnidios.*

la *Bulla*, que son las tres partes en que le divide la voz común de los poseídos de la extravagancia (1)».

Sumamente curiosas parecen las ideas de D. RAMÓN DE LA CRUZ acerca de la música dramática. Empieza por declarar que en muchos lances de aquella especie de poemas tan mal recibidos con el sobrescrito de *zarzuelas* le ha parecido la música *inverosímil*. Y á renglón seguido explica este defecto, que supone frecuente, presentándose como un precursor de Wagner.

«Llama Cicerón á las comedias imitación de la vida, espejo de la costumbre é imagen de la verdad... Pues ¿cómo puede tolerarse ni creerse que al encontrar un padre al hijo difunto, el galán á su dama en brazos de otro, la dama al galán solicitando ajenos favores, se expliquen los afectos de la más molesta pesadumbre en un *aria*? Y en algunas ocasiones, cuando el actor quiere precipitarse, ¿qué oportunidad tiene una cantata que con *ritornelos* y repeticiones dura un cuarto de hora? Y esta no es poca advertencia de nuestra nación solamente: que en lo antiguo apenas se halla comedia española con asunto esencial de música; mas creo sea reprensible imitación *de otra*, donde se presentan con general aplauso las acciones más lastimosas puestas en perpetua música (2)».

Vemos aquí ya indicada la protesta contra la invasión de la música italiana, que después habían de hacer prácticamente los grandes compositores de zarzuelas y tonadillas, Hita, Misón, Galván, Pacheco, Esteve, Laserna, Rosales, Valledor y otros, y mantener enhiesta la bandera de la música teatral española.

Sin embargo, y aunque le parece muy estrecho el patrón neoclásico y reclama alguna mayor expansión, sobre todo en cuanto al lugar y al tiempo, fundándose justamente en las obras de Metastasio, el Júpiter italiano de la poesía dramática á la sazón, promete escribir «á gusto de los extranjeros, por honor de la nación, á ejemplo de otros distinguidos ingenios españoles», aun sin esperanza de ver sus obras representadas. Porque «amante (el público) de las comedias de sus autores nacionales, y, en los intermedios, de la representación jocosa de los donaires del país, dudo que jamás admita el pueblo la austera seriedad de una tragedia, ni la civilidad perenne de una comedia antigua; ni habrá compañía de representantes tan poderosa ni bizarra que supla de sus caudales los gastos del teatro y manutención propia (3)».

Es creíble que, en efecto, pensase en escribir tragedias y comedias más ó menos á la francesa; pero pronto debió de convencerse de cuán errado camino seguía.

Tres años escasos de silencio prepararon este cambio; y empezó luego á dar á la escena, no tragedias ni comedias galoclásicas, sino sainetes, loas y otras piezas menores, á pesar de su confesada repugnancia por estos juguetes.

Y por más que, según el uso y forma que estos intermedios afectaban; esto es, con un tinte burlesco muy acentuado, ajenos de verdad y realidad, y, por tanto de un cómico muy grosero, los sainetes de esta primera época de CRUZ se acomodan á la práctica corriente, no dejan de advertirse en algunos indicaciones ó muestras del carácter que había de hacerlos después tan famosos. Me refiero á las pinceladas satíricas, no en tér-

(1) *Prólogo* de la zarzuela; págs. VIII y XIII.
(2) *Id.;* pág. XIX.
(3) *Pról.;* págs. XXIV y XXV.

minos generales, sino referidas á cosas de su tiempo y á las alusiones á hechos del día que dan ese valor casi histórico á los sainetes.

Por cierto que en uno de los primeros de este tiempo, *Los despechados*, sainete inédito, la sátira va contra un género dramático que después había de cultivar él mismo con asiduidad. Desde el año 1757 empezaron á ser frecuentes las *tonadillas* á duo, á tres, etc., y el público á aficionarse á ellas, si bien los cómicos las repugnaron, al principio, por el mayor trabajo que les causaban. Supone, pues, D. RAMÓN que Josó Espejo, *gracioso* de la compañía de María Hidalgo, disgustado de tanto cantar tonadillas, renuncia al teatro, llevándose consigo á otros actores, que luego aparecen adoptando oficios diversos: de albañil, de amolador, de buhonero, vendedor de espliego y de fruta, pues dicen preferirlo todo á cantar siempre. Aprovecha el poeta la ocasión para hacer una pintura satírica de aquéllos y otros oficios, y, en fin, por influencia de las *damas*, se allanan los hombres á seguir en la escena.

Este mismo tema volvió á tocar D. RAMÓN DE LA CRUZ en otro sainete, *El hospital de la moda*, hasta ahora inédito y representado en 1762. Ingresan en el Hospital todos aquellos á quienes el gusto por las modas hace sospechosos de haber perdido la razón, y, entre otros, un barbero, cuyo delito era su amor á las tonadillas.

BARBERO. Y yo, ¿por qué estoy aquí?
HIDALGO. Porque os andais, con el tiempo,
cantando *tonadillicas*.
EL DESENGAÑO. Está curado sabiendo
que sólo debe cantar
folías, pues es barbero,
como su abuelo cantaba;
que el olvidar los abuelos
y entrar en las modas es
la perdición de los pueblos.

No solamente consideró luego D. RAMÓN que las tonadillas no ocasionaban la perdición de nadie, sino que las compuso en gran número, como asegura él mismo y corroboran sus coetáneos; por más que á nuestra noticia no haya llegado más que una (la tonadilla del *Cazador)* y el título de otra *(La gitana pastora)* cuyo texto nos es desconocido.

Como en la colección que sigue van los sainetes por orden cronológico, no hay necesidad de enumerar los títulos; pero no dejaremos de llamar la atención del lector acerca de cómo va afirmándose y robusteciéndose el carácter y la tendencia satírica y moral de estas obras, así como el desembarazo en el manejo del diálogo, de las situaciones y en la presentación de los personajes. Entre los dubitantes ensayos de 1761 y los sainetes de 1763, como *La petimetra en el tocador*, *El refunfuñador*, *La crítica*, *El tío Felipe* y otros, hay una gran distancia. En éstos se ve ya la seguridad y confianza del maestro: el género ha llegado á su perfección, y en adelante ya sólo la novedad del asunto constituirá la diferencia. Es la comedia social, la de costumbres, la moral, el drama á veces, todo ello condensado y reducido á su unidad más simple.

Pero esto no bastaba. La música dramática, que desde principios del siglo había tomado gran incremento, por la popularidad de la ópera italiana, por los arreglos de

ella en forma de zarzuelas y por verdaderas zarzuelas españolas compuestas por nuestros músicos, exigía ya que los libretos no fuesen desaliñados y sin interés, como la mayor parte de los que á la sazón se usaban.

D. Ramón de la Cruz, que, como hemos visto, casi se había estrenado en el teatro con una zarzuela, volvió al género cuando la ocasión lo hizo preciso, como fué en las fiestas públicas y privadas á las bodas, en 1764, de la infanta María Luisa, hija de Carlos III, con el archiduque Pedro Leopoldo, después Leopoldo II, emperador de Alemania. Tradujo, pues, para la fiesta del marqués de Ossun, embajador de Francia, la zarzuela *El tutor enamorado;* para la del embajador de las Dos Sicilias, príncipe de la Católica, la titulada *Los cazadores.* Para la del conde de Rosenberg, embajador extraordinario de Austria, hizo Clavijo y Fajardo un arreglo con el título de *La feria de Valdemoro*, en forma de zarzuela, de una ópera bufa italiana.

Tradujo luego D. Ramón, al año siguiente, *Las pescadoras*, ópera veneciana que se representó también como zarzuela, y la famosa *Pamela*, tomada del arreglo que el Goldoni había hecho de la famosa novela de Richardson. A estos ensayos siguieron: *El filósofo aldeano*, también traducida del italiano, con música de Gallupi; *Los portentosos efectos de la naturaleza*, que en el original tenía música de José Scarlatti; *El peregrino en su patria*, letra del árcade *Fejejo* y música de Traeta, y otras varias, que pueden verse en el catálogo al final de esta biografía.

Estos arreglos fueron como ensayos y preparación para las obras originales que luego empezó á componer. En 1766 subió al poder el famoso Conde de Aranda, cuyas revolucionarias medidas transformaron casi todos los organismos nacionales, entre ellos el teatro, con la protección resuelta concedida á la escuela neoclásica, que desde los comienzos del siglo venía batallando porque se estableciese la imitación francesa.

Pero además al Conde se le ocurrió que en las noches de verano podían verificarse las funciones que antes, en todo tiempo, se hacían por la tarde, y que estas funciones fuesen de música. Encargó á D. Ramón de la Cruz la obra inaugural, y éste se puso de acuerdo con el maestro D. Antonio Rodríguez de Hita, músico del Convento de la Encarnación, y á poco pudo hacerse, primero en casa de Aranda y luego (11 de julio de 1768) en el teatro del Príncipe, la zarzuela española *Briseida*, que fué recibida con extraordinario aplauso del público, dando grandes utilidades al Ayuntamiento, empresario entonces de los teatros, que manifestó su reconocimiento al poeta y compositor con estimables regalos.

Pero aun no era ésta la zarzuela con que soñaba D. Ramón de la Cruz. Hasta entonces, original ó traducida, sólo trataba asuntos mitológicos ó legendarios de remotos países (Persia, Egipto). Esto daba alguna mayor facilidad para la adaptación de la música: los dioses y los héroes pueden manifestar cantando sus alegrías, sus tristezas y sus cóleras; pero los seres humanos no acostumbran á expresar de aquel modo los actos comunes de la vida ó sus pasiones más violentas.

A D. Ramón se le antojó que eso era una rutina, una convención que podía destruir cuando quisiese, como ya habían hecho algunos en Italia con obras similares. Escribió, pues, un libreto en que predominase el elemento popular y las costumbres del día; lo entregó al mismo Rodríguez de Hita, que había puesto música á la *Briseida*, y durante cerca de un mes (cosa inaudita), desde el 3 de septiembre del dicho año

de 1768, se representó en el Príncipe, por las dos compañías reunidas, la zarzuela titulada *Las segadoras de Vallecas*, con mayor aplauso todavía que la otra anterior.

Consta de dos actos, escritos en diversos metros, con muchos versos destinados al canto. Está versificada con la gracia y naturalidad propias del autor, y respira toda ella ambiente campesino. Una cuadrilla de segadores llega á Vallecas y ajusta segar los campos de cierto caballero viudo, joven y rico, que se enamora de una de las aldeanas, que luego resulta hidalga, y á quien, al fin, elige por esposa. Los celos é intrigas del antiguo novio de la joven (otro segador); de una de las compañeras de la favorecida, que aspira á lo mismo que ella, y del ama de llaves del señor, forman la trama de la obra, cuyo interés va creciendo por momentos hasta el desenlace. Hicieron los principales papeles: Francisca Ladvenant, hermana y digna sucesora de la *divina* María, muerta el año antes, el poco simpático, pero interesante y difícil personaje de *Mari-Pelaya;* la *Mayorita* (María Mayor Ordóñez), el de la dulce é inocente *Cecilia;* Teresa de Segura, el de *Tomasa* (hermana de Perico); Casimira Blanco, el de *Lorenza*, ama de gobierno; Diego Coronado, el de *Santiago;* el de *Perico* estuvo á cargo de *Chinita* (Gabriel López); Ambrosio de Fuentes, buen tenor, hizo el del caballero *D. Manuel*, y el de *Tío Domingo*, capataz de los segadores, se adjudicó á Antonio de Prado, futuro suegro de Máiquez y excelente en los papeles que llamaban de *vejete*.

A esta primera obra siguieron, en breve, *La Mesonerilla*, preciosa zarzuelita en un acto, á que puso música Antonio Palomino, profesor de la Real Capilla; *Los zagales del Genil*, y la más notable de las suyas, titulada *Las labradoras de Murcia*, de costumbres huertanas. Tiene dos actos en diferentes metros para la parte de canto. El argumento es interesante y bien desenvuelto. Hay dos buenos caracteres, el de D.ª Nicolasa y el de su hijo, en quien acaso pretendió D. Ramón individualizar algún adversario suyo. El estilo es fluido y la versificación armoniosa, sin que la perjudiquen las diferentes voces propias del lugar y la gente entre quienes se realiza la acción del poema dramático. Hay escenas tiernas y expresión de afectos dulces y generosos, y por toda la pieza corre un aire de suave romanticismo, que consuela de las arideces comunes en obras de aquel tiempo. Púsole música el ya citado D. A. Rodríguez de Hita.

Estrenóse el 16 de septiembre de 1769 con éxito muy lisonjero, y se mantuvo en escena, sin interrupción, hasta el 5 de octubre. Los papeles estuvieron al cargo de la *Mayorita*, la mejor cantora de entonces; la *Granadina* (María de la Chica), *graciosa* de música, que hizo el de un caballero valenciano; Joaquina Moro, la Segura, la Blanco y los cantantes y *graciosos* Ambrosio de Fuentes, *Chinita* y Diego Coronado.

En esta zarzuela puede considerarse ya consolidada la adaptación de la canción popular española á la música de teatro, emprendida por el célebre maestro de la Encarnación de Madrid. Con entera independencia de escuela, inspirándose sólo en las leyes generales de la composición, en el fin expresivo y pintoresco de la música, que tenía que acomodar al libreto, creó esas magníficas páginas músico-descriptivas, cuya existencia, por lo prematura, apenas pudieron comprender los maestros que en época reciente asistieron á una representación privada, sólo para inteligentes, de *Las labradoras*, que se dio en el Conservatorio.

El final del primer acto tiene evidente colorido local; preparado con habilidad por el libretista, al suponer que, ante el temor que una tempestad súbita (fenómeno perjudicial al gusano de la seda) produce á los cosecheros del capullo, acuden los huertanos

de ambos sexos con guitarras, castañuelas, panderos y otros instrumentos á promover el usual y saludable estrépito, que el músico convierte en una deliciosa jota murciana cantada por las partes principales de la compañía. El mismo sabor popular tienen las demás piezas líricas de esta partitura, digna de mayor celebridad que la que goza.

Desde las costumbres rústicas quiso D. RAMÓN DE LA CRUZ pasar á las de corte, como lo hizo en otra zarzuela original, estrenada en el año de 1770.

En casa de nadie no se meta nadie, ó el buen marido, es una pieza cómica en dos actos, á la que puso música el maestro D. Fabián García Pacheco. La extraña situación en que se encuentra la joven D.ª Isidora, secretamente casada con un D. Enrique, capitán que presta servicio en Filipinas, y á quien su cuñado, D. Joaquín, se ve obligado á visitar con precauciones para evitar los celos de su propia mujer, D.ª Magdalena, suministran el argumento de esta obra y dan motivo á que D. RAMÓN dibuje con gracejo los tipos del barbero, la comadre de vecindad y la picaresca Ruperta, criada de D.ª Magdalena. Alguien, como veremos, quiso disputar á CRUZ la originalidad de esta obra, por lo cual, en una advertencia estampada al final de la misma, declaró su autor ser tal especie despreciable y *sediciosa*. «No se ignora, añade, que Mr. de Marmontel tiene entre sus cuentos uno con el título de *El buen marido;* pero ha sido casualidad oportuna, para desmentir los impostores y desengañar los sospechosos, que ni en lo general de la idea, ni en lo particular de un lance, ni en lo accidental de un pensamiento, se parezcan de algún modo las dos obras.»

Estrenóse el 28 de septiembre y duró hasta que en octubre se suspendieron las representaciones de verano; pero al año siguiente volvió á ponerse muchas veces en escena. Cantáronla Josefa Figueras, la *Mayorita*, la Segura, Joaquina Moro, la Blanco, Polonia Rochel, *graciosa* de música, y *Chinita*, José Espejo y A. Fuentes.

Mucho más animada es otra zarzuela jocosa original, titulada *Las Foncarraleras*, que, con música del maestro D. Ventura Galván, estrenó CRUZ en el teatro del Príncipe, por las dos compañías reunidas, desde el 25 de septiembre de 1772 hasta acabar la temporada de verano, y repetida en diciembre y en otras muchas ocasiones. Aquí, no obstante la sencillez del asunto, hay verdadero lujo de movimiento, sorpresas, entradas y salidas. Redúcese el argumento á la burla que dos lugareñas de Fuencarral, en unión con sus futuros esposos, del mismo pueblo, hacen en Madrid á dos solterones, uno de ellos abate. Simulando primero entrar á su servicio como criadas, y luego como prometidas, les estafan ropas, joyas y dinero, con todo lo cual huyen á la aldea, donde celebran las bodas con sus amantes, quienes, fingiéndose también criados de los dos señores, les habían ayudado en sus marañas. La obra, cuya moral deja mucho que desear, está escrita con verba inagotable, pero quizá se extrema la nota de inocencia ó estupidez de los dos madrileños. El autor compuso también un sainete con el título de *Las Foncarraleras;* y tal vez por eso, al imprimir la zarzuela, á poco de su representación, la tituló: *Jugarla del mismo palo y amor puede más que el oro: las Foncarraleras.*

A la vez que las zarzuelas y el gran número de sainetes que sin descanso brotaban de la fecunda pluma de D. RAMÓN DE LA CRUZ, intercaló la composición de muchas tragedias y comedias, ya originales ó ya traducidas del francés y del italiano.

De esta última clase fueron: *Sesostris,* de Apóstolo Zeno y de Pariati, que se representó en el teatro de la Cruz, el 24 de octubre de 1767. Siguiéronla: *Aecio triunfante*

en Roma, traducción del *Ezio*, de Metastasio (27 noviembre de 1767); *No hay mudanza ni ambición donde hay verdadero amor*, imitación de *Il rè pastore*, del mismo Metastasio (diciembre de 1767). En 1784 volvió á traducir esta obra el Marqués de Palacios, dándole el título de *Abdolomino.*

Mediado ya el año de 1768, dió CRUZ á la escena otra versión metastasiana con el rótulo de *Más puede el hombre que amor: Querer á dos y ser firme*, designada en el original con el sencillo de *Zenobia.* En el siguiente tradujo el *Bayaceto*, de Racine, con el pretítulo de *El soberbio Bayaceto* (30 octubre de 1769), y la *Olimpiada*, de poeta cesáreo, llamándola *Competencias de amistad, amor, furor y piedad*, por donde se ve que también D. RAMÓN era á veces amigo de los títulos rumbosos y llamativos.

Por conducto del francés, probablemente, llegó á manos de D. RAMÓN la comedia heroica del alemán Cristiano F. Weisse, *Mustafá y Zangir*, escrita en 1762; y después de traducirla en romance endecasílabo, con el título de *Mustafá triunfante*, y dividirla en tres actos, hizo que la representase la compañía de Juan Ponce, en el teatro de la Cruz, desde el 6 de diciembre de 1770 á fines de año.

Tradujo luego *La Escocesa*, de Voltaire (21 junio 1771), que dos años antes había también puesto en castellano, para el teatro de los Sitios, D. Tomás de Iriarte. En el mismo año volvió los ojos á su admirado Metastasio, cuya *Telestris* puso en castellano con el título de *Entre un hijo y el esposo, antes esposa que madre: Telestris, reina de Egipto*, indicando así la dramática lucha entre ambos afectos que forma el nudo de esta tragedia.

Tomando el asunto de una piececita alemana en un acto, compuso la comedia en dos, *El fénix de los hijos*, y el 4 de octubre de 1772 vióse por primera vez en nuestros teatros una tragedia inglesa, el *Hamlet*, traducida, no del original shakespiriano, sino del francés, de Ducis (1770), por D. RAMÓN DE LA CRUZ, con el título de *Hamleto, rey de Dinamarca*, y representada algunos días (pocos, pues parece que no agradó al público) por las dos compañías reunidas, en el teatro del Príncipe. Años después don Leandro Fernández de Moratín la tradujo de nuevo, pero del original, aunque con fidelidad discutible, según ya en su tiempo le demostró D. Cristóbal Cladera al propio *Inarco Celenio* (1). Representóse otra vez en el teatro Español, en diciembre de 1825, traducida de Ducis por D. José María Carnerero, en cinco actos, todos en pedestre romance endecasílabo (2). Púsola en castellano, según el texto de Shakespeare, D. Jaime Clarke (3), y fué últimamente muy bien traducida por Guillermo Macpherson para la

(1) *Hamlet. Tragedia de Guillermo Shakespeare. Traducida é ilustrada con la vida del autor, y notas críticas, por Inarco Celenio. P. A. Madrid, en la oficina de Villalpando. MDCCLXXXXVIII* (1798); 4.°; 25 hojas y una lámina de preliminares y 379 págs. Se reimprimió varias veces con las demás obras del autor.

(2) Presumo que no se ha impreso esta versión. En la Biblioteca Municipal, 1-36-10, hay un manuscrito de ella con este título: *(Príncipe)-Hamlet. Tragedia en cinco actos, formada sobre las que con igual título se han representado en los teatros de Inglaterra y de Francia, y arreglada á la Escena Española, por D. J. M. de C. Año de 1825.* Esta versión es inferior á la de CRUZ.

(3) *Obras de Shakespeare.* Madrid (1876). 8.° En prosa y verso.

Biblioteca clásica (1). Un arreglo ó imitación de esta obra hizo también D. Carlos Coello, con el título de *El Príncipe Hamlet*, que se representó en Madrid (2).

La traducción de D. Ramón de la Cruz está en cinco actos, en romance endecasílabo, alternado con algunas silvas; y fué ejecutada por Vicente Merino (*Hamleto*), Catalina Tordesillas (*Ofelia*), Sebastiana Pereira (*Gertrudis*), Polonia Rochel (*Elvira*), Vicente Galván (*Woltiman*), José Espejo (*Claudio*), Simón de Fuentes (*Polonio*) y Eusebio Ribera (*Norceste*), los mejores actores que había entonces en la corte (3).

Estas traducciones é imitaciones, y algunas más de este período, no hubieran dado gran renombre á nuestro autor, aunque son mejores que las que suministraban á los teatros otros poetas del tiempo. Pero, unidas á las demás obras, constituían á Cruz en el principal autor dramático, estimado del Ayuntamiento, querido de los cómicos y, lo que es mejor, siempre aplaudido del público. Como es de presumir, no tardaron en aparecer émulos y envidiosos, que se aparejaron á entorpecer carrera tan victoriosa.

Además de los odios vulgares ó personales, juntáronse los dimanados de la escuela literaria opuesta á la en que Cruz se había afiliado de hecho. No porque él abusase de la autoridad que tenía en los escenarios, sino por la aversión nunca entibiada del pueblo á la innovación galoclásica, á duras penas podían representarse, ó no eran bien recibidas, las traducciones é imitaciones del teatro francés. Pero los autores desairados achacaban su fracaso á los amaños del único poeta verdaderamente aplaudido y lanzaban contra él sus venablos satíricos desde los prólogos de las piezas que tenían que imprimir para de algún modo darles publicidad.

Habíase distinguido en estos ataques D. Nicolás Fernández de Moratín, insigne poeta lírico, empeñado inútilmente en captarse los favores de las musas cómica y trágica, acaso no tanto por falta de condiciones naturales como por su pertinacia en llevarlas por extraños rumbos; y quejoso de que los recitantes no hubiesen querido representar su comedia *La Petimetra* (1762), ni su tragedia *Lucrecia* (1763), expresó su disgusto en los prólogos de estas obras y en sus *sátiras* II y III, como poco antes lo había hecho en sus *Desengaños al Theatro español*, donde, aludiendo al desprecio con que se recibían las comedias arregladas al arte, decía: «Y advierta usted que no son los académicos de la Española, ni los de las Ciencias de Londres ó París, ni de los Árcades de Roma, sino los mismos comediantes, y *aun más* los poetastros ó versifi-

(1) *Obras dramáticas de Shakespeare.* Tomo III. Madrid, 1885, 8.°; págs. 259, al final del tomo. Antes, 1873, se había ya impreso en Cádiz. Americanas hay lo menos dos versiones: 1.ª *Hamlet, drama trágico, en seis actos y ocho cuadros, del célebre Shakespeare. Arreglado al teatro español, según Moratín, por M. M. y A.* Habana, 1872, 8.°, 63 págs.—2.ª *Hamlet. Arreglo á la escena española del célebre drama trágico de William Shakespeare, hecho en cuatro actos y en verso por Manuel Pérez Bibbins y Francisco López Carvajal. México, Fernando Sandoval, 1886;* 8.°; 76 páginas.

(2) Madrid, 1872, 4.°; 86 págs.

(3) En la Biblioteca municipal, I-118-1, existe manuscrita la versión de Cruz, con algunas correcciones de su mano. Y en las cuentas del Archivo se señala, en el 4 de octubre de 1772, el estreno de una *tragedia inglesa de D. Ramón de la Cruz, titulada: Hamleto, rey de Dinamarca.*

cantes *saineteros* y entremeseros que andan siempre agregados á las compañías: éstos son los jueces que en España tiene la poesía (1)».

D. Francisco Mariano Nifo, uno de los más fecundos copleros de la época, traductor infatigable y fundador de la mayor parte de los papeles periódicos que entonces salieron al público, manifestó también su enemiga á CRUZ llamándole en letras de molde «ingenio motilón», entre otras cosas, precisamente cuando acababa el sainetero de ser admitido académico árcade con el nombre pastoril, usual en aquella Academia, de *Larisio Dianeo.*

Contestóle D. RAMÓN, y pasó al teatro esta contienda, que era, en cierto modo, la de las dos escuelas literarias que se disputaban el dominio de la escena. Haciéndose Nifo eco de los que condenaban en CRUZ que sacase á la burla pública ciertos tipos de la sociedad de entonces, imprimió un sainete directamente escrito contra él, titulándolo: *La sátira castigada por los sainetes de moda* (1). Supone que todo el pueblo de un lugar acude ante el alcalde á dar sus quejas contra cierto «crítico sainetero», y desfilan los «quejosos»: la dama, el caballero, el petimetre, la madre y el padre; éste, recordando que D. RAMÓN había pintado en *El Petimetre* uno que zurcía sus medias, porque ni su mujer ni su hija querían hacerlo. Entre los medios que proponen para corregirle, quieren unos se le pongan mordaza y trabas; otros, una albarda; otros, su destierro, y acaban llamándole tonto.

En el mismo año (1765) contestó D. RAMÓN con otro sainete, representado al empezar la temporada de invierno. Titúlase *El pueblo quejoso*, y, aunque impreso, no figura en las colecciones modernas de nuestro autor, por lo que es sumamente raro: el lector lo hallará más adelante, por lo cual nada diremos sobre él sino que responde cumplidamente á todas las acusaciones y aun devuelve los tiros encarándose particularmente con *El Pensador*, de Clavijo y Fajardo, antipático y presuntuoso periódico destinado á denigrar todo lo que era nacional.

Recrudeciéronse estas contiendas cuando se vió el éxito enorme que D. RAMÓN DE LA CRUZ obtuvo con sus zarzuelas originales. Inició los ataques cierto autor, encubierto con los nombres de D. Mauricio Montenegro y el *Sacristán de Maudes* (3), en que sa-

---

(1) *Desengaño I*, pág. 8. D. RAMÓN DE LA CRUZ se vengó sacando á escena la persona propia de Moratín en su sainete *La visita del hospital del mundo*, bajo el disfraz de *un Ingenio* de melancólica figura, pero soberbio de su talento. Le recuerda sus *sátiras* y sus deplorables ataques á Calderón y otros grandes autores en la polémica sobre los autos sacramentales que acaba de reñir Moratín con el bien informado *Escritor sin título* (D. Juan Cristóbal Romea y Tapia).

(2) *Entremés nuevo. La satyra castigada por los sainetes de moda. Por D. Francisco Mariano Nipho. Con licencia. En Madrid, en la imprenta de la viuda de Manuel Fernández. Año de 1765.* (Contiene además una comedia en un acto y una tonadilla). En todo 75 páginas en 8.º.

(3) *Cartas que escribe el Sacristán de Maudes al Barbero de Foncarral, dándole cuenta de lo que le ha pasado en Madrid, y principalmente del estado en que se hallan los teatros. Hace en ellas una análisis crítica de las tres zarzuelas que se han representado este verano, á saber: la Briseida, las Segadoras y el Jasón. Su autor, D. Mauricio Montenegro, residente en esta corte. Con licencia. En Madrid, en la imprenta de la viuda de Elíseo Sánchez, Plazuela de Santa Catalina de los Donados. Año de 1768.* 8.º, 78 págs.

tíricamente va analizando la *Briseida*, *Las Segadoras de Vallecas* y otra zarzuela anónima titulada *Jasón*, que también se había estrenado en el verano de 1768.

El autor, desde su punto de mira neoclásico, censura la mala conducción del asunto en la *Briseida;* el carácter de Aquiles, «que no es el hijo de Peleo, ni el discípulo de Chirón, sino el hijo de un poeta sainetero, que creyó que era lo mismo andar á vueltas con héroes y semidioses que con *abates* y *cortejos*» (1); la versificación dura y vulgar, y varias faltas de gramática, aunque añade luego: «El autor de la *Briseida* pasa por el mejor de todos los que ganan su vida escribiendo para el teatro, y ciertamente sus obras son las que menos desagradan». El elogio no es grande, porque á renglón seguido dice que ninguno de los que entonces escribían comedias sabían escribirlas.

En la *Carta III* trata de *Las Segadoras* con más benevolencia, y aun dice que le parece buena obra; elogia el talento para lo cómico de Cruz, y le aconseja que, prescindiendo de sátiras, se cuide más en copiar la naturaleza. Incidentalmente alude también al sainete de Cruz *Los hombres con juicio*, estrenado por aquellos días, examinándolo á la luz de la moral más puntillosa y de la regularidad neoclásica, por lo cual le parece muy mala, una pieza que no tiene argumento, con exposición, nudo y desenlace; pero principalmente escribe para defender á los abates, lo que pudiera indiciarnos lo fuese el censor, al ver también la erudición clásica, griega y latina que ostenta.

Ya entrado el año siguiente (firma el 26 de marzo de 1769) contestó á estas cartas un D. Miguel de la Higuera, según Sempere y Signorelli, disfrazándose también con los seudónimos de *El Barbero de Foncarral* y de D. Cayetano Mendoza (2), con otras en que, insistiendo en los defectos apuntados y acumulando otros nuevos sobre las zarzuelas y sainete de D. Ramón, trata mucho peor á éste. En la primera zarzuela insiste con ahinco sobre la impropiedad y bajeza del estilo y lenguaje para aplicado á cosa tan alta como una obra de asunto tomado de la *Iliada*. En la de *Las Segadoras*, repréndele algunos chistes y vocablos que, con malicia exagerada, supone encierran doble sentido; y en cuanto al sainete, niega al poeta autoridad y cualidades para que se convierta en censor y reformador de las costumbres públicas. Todo ello poca cosa; crítica menuda é intención dañada manifiesta; pues no queriendo explicar el éxito de aquellas obras por lo que valían, dice que «la concurrencia á estas funciones se debe atribuir á la oportuna idea de representarse de noche, entresacando los mejores papeles de ambas compañías; al primor de la música; á la suave ejecución de *la Mayora*, y á la gracia de *Chinita* y demás cómicos» (3).

Y lo singular es que este crítico, al revés del anterior, no parece muy devoto de la escuela neoclásica; se ríe de las *unidades*, como la de lugar, «que se ejecuta en medio celemín», y hasta aboga porque permanezcan en el teatro nuestros antiguos dramáti-

(1) *Cartas;* pág. 20.

(2) *Cartas del Barbero de Foncarral, en respuesta á las del Sacristán de Maudes, sobre la Analysis de la Briseyda, Segadoras y el Jasón: defiéndese en ellas nuestro Theatro, Poetas antiguos y Damas de esta Corte. Dalas á luz D. Cayetano de Mendoza, residente en Madrid. Con licencia. En Madrid: En la Imprenta de D. Gabriel Ramírez, calle de Barrio Nuevo, año de 1769.* En 8.º; 66 págs.

(3) *Cartas;* pág. 45.

cos, aunque con restricciones. «Quedemos, replicó el señor mayor, en que no necesitamos se cansen en escribir estos señores modernos; porque tenemos en abundancia comedias, zarzuelas y tragedias en nada inferiores á las mejores de fuera; y con el arbitrio de quitar á éstas el *gracioso* y descargar aquéllas de algunos lances ó discursos poco necesarios (pues nuestros poetas pecaron por demasiado ingeniosos y abundantes), se adaptarán al gusto presente. Y, por más que digan nuestros émulos, Lope, Calderón, Candamo, Solís, Moreto y otros serán siempre celebrados de propios y extraños, aunque el voto de algunos de éstos, ó por preocupados ó faltos de noticias, debe hacer poca fuerza; y así vemos que el famoso Voltaire discurre sobre los poetas españoles con la misma ignorancia que pudiera escribiendo desde la Mingrelia ó el Monomotapa (1).

Que éstos, así como otros impugnadores, eran conocidos de D. Ramón de la Cruz, y sus rivales en el teatro, lo demuestra la nueva contestación que les enderezó, escogiendo para ella su campo de siempre: la misma escena. Escribió, pues, un sainete, hasta ahora inédito, con el transparente título de *¿Cuál es tu enemigo?* Lo tenía ya listo de aprobaciones y licencias el 11 de mayo de 1769, y debió de representarlo por aquellos días la compañía de Juan Ponce. Que todos adivinaron en esta pieza el fin de rechazar los cargos que le hacían, lo demuestra la aprobación del fiscal en el manuscrito presentado á la censura, al decir que no hay inconveniente en la representación del sainete, «pues la metáfora que sigue su autor manifiesta una decente y pundonorosa defensa, permitida en lides del entendimiento, sin vulnerar las personas» (2).

Desgraciadamente, las alusiones son tan veladas que por ellas no pueden claramente señalarse los sujetos á que se refieren, al sacar á escena dos sacritanes, uno de un hospital y otro de una ermita (sin duda el de Maudes), un médico ó barbero (el de Foncarral), un pastelero y un maestro de esgrima, acaso D. Ignacio Bernascone, grande amigo de Moratín.

Aparte de otras réplicas de menor interés, cuando los adversarios de D. Ramón vieron, en este mismo año, el nuevo triunfo suyo obtenido con *Las labradoras de Murcia*, no se descuidaron en pergeñar nuevo folleto satírico contra él, mucho más agrio que las cartas del Sacristán de Maudes y aun que las del Barbero.

Titulábase el libelo, *Examen imparcial de «Las labradoras de Murcia», é incidentalmente de todas las obras del mismo autor*, y lo firmaba un *D. José Sánchez, natural de Filipinas*, nombre supuesto, como todos los demás empleados por los contrarios suyos, según Cruz nos informa en el sainete *¿Cuál es tu enemigo?* (3).

(1) *Cartas;* pág. 48.

(2) Biblioteca Municipal de Madrid. Autógrafo del sainete *¿Cuál es tu enemigo?* Manuscrito I-162-32.

(3) *Examen imparcial de la zarzuela intitulada Las labradoras de Murcia, é incidentalmente de todas las obras del mismo Autor; con algunas reflexiones conducentes al restablecimiento del Theatro. Por D. Joseph Sánchez, Natural de Filipinas. Con licencia: En Madrid, en la Imprenta de Pantaleón Aznar, Año de 1769. Se hallará en la Librería de Fernández, frente de San Phelipe, y en la de Escribano, frente de la Aduana.* En 4.º; 3 hojas prels. y 47 páginas.

En el Archivo Histórico Nacional (Legajo 19, Consejo, 1769) hay una solicitud autógrafa

Examinada por el crítico minuciosamente la zarzuela, cuyo éxito atribuye á la sonora y dulce voz de *la Mayorita* y á la gracia de la bailarina, dicta su fallo diciendo de la obra: «En ella no hay poesía, ni gramática, ni invención, ni propiedad, ni artificio; hay un millón de disparates, metáphoras hinchadas, versos defectuosos, expresiones indecentes, moral estragada, solecismos y pedantería; sin método ni orden, sin gracia, lenguaje, interés, ni carácter fijo; y, en una palabra, la referida zarzuela parece la confusión de Babel ó el juego de los despropósitos (1)».

También encierra ataques personales. Le llama *Poetiquio*, quizá por el origen aragonés de CRUZ, «tiranillo del teatro»; que está de acuerdo con los cómicos para que nadie pueda escribir más que él; que abusó de la confianza con que se le confió algún manuscrito, «transformando, por ejemplo, la excelente comedia de D. T. I. (2), *El hacer que hacemos*, en el sainete *El Fachenda* (3), y volviendo después los originales á sus autores con una magistral y descortesísima desaprobación». Añade, que «por cada zarzuela (según se dice) dan al *Poetiquio* 25 doblones, y si este premio se publicase en la *Gaceta*, lloverían obras de toda España» (4). Y termina con que la decadencia del teatro español empezó justamente el día en que comenzaron á representarse las obras de CRUZ, que fué hace doce ó catorce años.

Como al final de este escrito se dice que D. RAMÓN va á hacer representar una *Tragedia burlesca*, en que se propone ridiculizar este género de drama, poco conocido en España, «pero el más grave, el más majestuoso y el más capaz de inspirar al auditorio nobles, dignas y magníficas ideas»; y como en el prólogo da el autor ya por visto el *Manolo*, representado algo después del 11 de noviembre, en que pasó á la censura, resulta que este *Examen* salió á luz al expirar el repetido año de 1769.

Y pues el sainete satírico y paródico el *Manolo* se representó antes, acaso baste eso para explicar la crudeza de lenguaje empleado en el *Examen*, que en modo alguno pudo motivar el sainete *¿Cuál es tu enemigo?* Cierto que la crítica del *Manolo* va contra todo el género trágico, especialmente contra el tono enfático y campanudo que dominaba en las imitaciones de la tragedia francesa; pero no debe olvidarse que el grupo neoclásico que acaudillaban D. Nicolás de Moratín, Clavijo y Fajardo, D. Bernardo Iriarte, su hermano D. Tomás y otros, cifraba su esperanza en el Conde de Aranda, árbitro entonces de los destinos de España, para la consolidación del drama francés en nuestro suelo.

La parodia es antiquísima en el teatro, pues la hubo en el griego, y aun en España, como puede comprobarse leyendo *El Caballero de Olmedo*, *La muerte de Valdo-*

de D. RAMÓN DE LA CRUZ para imprimir su zarzuela de *Las labradoras de Murcia* y un *Parescer* del Secretario de la Academia Española, D. Francisco Antonio de Angulo, aprobando la obra con algunas correcciones, como el empleo del verbo *maritimar*. Contiene también el expediente una representación del autor defendiendo el empleo del verbo y otras frases, y la licencia para que pueda imprimirse.

(1) *Examen*; pág. 20.

(2) D. Tomás de Iriarte.

(3) No conocemos ningún sainete de CRUZ que lleve este título, ni recordamos ninguno cuyo argumento pueda tener gran semejanza con la comedia de Iriarte.

(4) *Examen imparcial*; pág. 43.

vinos y otras; pero el hecho de aplicarla á toda una escuela literaria, y en el crítico instante en que la lucha por su introducción estaba más empeñada, sólo á D. RAMÓN DE LA CRUZ pertenece, y arrojo y no pequeño se necesitaba para ello.

Algunos temores hubieron de sobrecogerle, puesto que no se atrevió á lanzar su sátira con ruda franqueza, sino que la hizo preceder en las tablas por una dulcificante *Introducción*, que en el mismo día del estreno recitaron el *gracioso*, la *graciosa* y el *autor* de la compañía, en la que supone que el sainete es un simple desahogo ó broma de *Chinita*, y disculpa la tentativa diciendo que trata de dar novedad en las obras para captarse la atención del público, á fin de que no le canse siempre la misma menestra.

En cuanto al éxito de la sátira, fué tal que antes de dos meses ya tuvo D. RAMÓN que presentar otra parodia, como fué *Inesilla la de Pinto*, graciosa caricatura de la *Inés de Castro;* y no mucho después la *Zara*, parodia de la *Zaïre*, de Voltaire, ó de sus traducciones castellanas; pero no pudo lograr se representase por entonces, con lo cual renunció á seguir cultivando este género, que tampoco se presta á mucha continuidad. Las otras piezas de carácter paródico que D. RAMÓN compuso, como *El marido sofocado* (en 1774), *Los bandos del Lavapiés* (1776) y *El muñuelo* (1792), son, en realidad, sainetes burlescos. Este último tiene la doble particularidad de haber sido, al parecer, la última obra escrita, ó á lo menos estrenada, de D. RAMÓN DE LA CRUZ, y haberlo sido al mismo tiempo que *La Comedia nueva*, de D. Leandro Fernández de Moratín.

Verificóse, en tanto, el estreno de la *Hormesinda*, tragedia afrancesada de D. Nicolás de Moratín, el 12 de febrero de 1770, en el teatro del Príncipe, con el éxito desgraciado que hemos referido en otro lugar (1), y los partidarios del arte tradicional español celebraron el fracaso y se divulgó por la corte un soneto en que se contraponía á este desacierto los aciertos de D. RAMÓN DE LA CRUZ.

Pero tales versos provocaron una nueva agresión contra éste, perpetrada por el joven D. Tomás de Iriarte, autor de una comedia *clásica* que no pudo ver en escena por negativa de los cómicos. Atribuyólo á manejos ocultos de D. RAMÓN y, deseando vengarse, disparó contra el mísero sainetero una carta satírica que divulgó bastante por la corte (2).

Intenta en ella defender á Moratín; pero tan débilmente y con tales distingos, que tampoco sale éste muy lucido de la crítica de su amigo canario. Guarda todo su rigor para el poeta madrileño, acometiéndole en términos que recuerdan al *Examen imparcial*, pues son los mismos razonamientos.

«Déme usted palabra (dice á su corresponsal) de no leer á nadie esta segunda parte de mi epístola; porque á oídos de tal persona puede llegar, que no me escape de que me saquen con pelos y señales al teatro, de suerte que escarmiente de escribir cartas al Pardo, mientras viva D. RAMÓN DE LA CRUZ.» También el autor del *Examen* escribía «exponiéndome (dice) al honesto despique de que me saquen á las tablas».

En el cuerpo del escrito censura, en general, los versos de CRUZ, excepto los de

(1) *Iriarte y su época*, pág. 84.

(2) La hemos impreso nosotros en el libro que acabamos de citar; págs. 433 y siguientes.

ocho sílabas, que «le salen más corrientes por la mucha práctica que tiene en ellos con tanta infinidad de sainetes»; pero luego deja esta materia, que llama delicadezas de poesía, para tocar el punto del ejemplo moral de aquéllos. Dice que los tipos más comunes de tales piezas son un marido tolerante, una mujer andariega, una madre tercera, una hija desobediente, «una maja que funda toda su graciosidad en algunas expresiones bajas, trilladas y sin ingenio, dichas con cierto dejo afectado y acompañadas con un poco de gesto y contoneo»; un majo grosero, un abate oficioso en demasía, y siempre el vicio más exaltado de lo que está en la vida humana.

No olvida lo de que tales dramas no tienen enredo, interés ni acción, reduciéndose todo á sacar al teatro el mayor número de gentes que se pueda; que los sainetes quebrantan las unidades, y que «lo que no pueden tolerar los hombres juiciosos es que, después de verse D. Ramón de la Cruz convencido, en papeles públicos y en conversaciones privadas, así de la fealdad de estos y otros errores en sus obras, como de la tenaz reincidencia con que sigue repitiéndolos, pretenda satisfacernos, en el teatro y fuera de él, con aquella insuficiente respuesta: *Háganlo otros mejor*» (1). Y concluye asegurando que el teatro dependía del arbitrio de uno solo, que había establecido y refundido en su persona la autoridad de monarca dramático, no conocida hasta entonces.

Sólo los pocos años y poco conocimiento de las cosas podían disculpar crítica tan pedantesca y tan injusta. Ignoramos si D. Ramón tomó el desquite en la forma que Iriarte temía; pero sí sabemos que en el teatro procuró responder á los cargos esenciales que la carta contiene, y eran los mismos que se le venían haciendo desde mucho antes.

En el sainete *Los cuatro barrios*, que con el título de *La crítica, segunda parte*, hizo representar de nuevo, algo variado, en 1779, supone que, hallándose la compañía de Manuel Martínez esperando á varios de sus individuos para ensayar, se presentan un médico, un escribano y un petimetre, quejándose cada cual de que los cómicos los saquen á escena, y en las contestaciones que reciben salen peor librados. Cuatro majas, representando los cuatro barrios: Barquillo, Rastro, Lavapiés y Maravillas, salen luego quejándose también, por ellas y sus majos, y cuatro payos formulando su querella por el modo de tratar á los alcaldes de monterilla. Todos reciben cumplida respuesta.

Por los mismos días imprimió Moratín su *Hormesinda*, y D. Ignacio Bernascone, un caballero de Lugano, maestro de esgrima y muy amigo suyo, le puso prólogo, hablando con desprecio de las traducciones de D. Ramón de la Cruz y negando que hubiese escrito obras originales como la *Hormesinda*.

D. Ramón, á quien tenían agriado los dichos y dicharachos levantados de tantas partes contra él, perdió la paciencia, y acordándose aún del *Examen imparcial*, que tanto le había herido, en una *Nota* al final de su impresión de la aplaudida zarzuela *El buen marido*, representada en el mismo año que la *Hormesinda*, estampó estas palabras:

«Pero de las (críticas) que salgan posteriores haré el mismo aprecio que de las antecedentes en los años 1768 y 1769; y por más pesadas, más sangrientas y más irri-

(1) *Carta* de Iriarte; pág. 435.

tantes que se publiquen, una décima chuzona (1) y magistral me dejará enteramente desahogado. Si el público desertara de los coliseos cuando se representan mis obras, ó las continuas repulsas de los tribunales que las censuran me reprendiesen, fácilmente quedaría yo desengañado y mudo. Pero, vamos claros: ¿qué concepto pueden merecerme, ni qué respeto han de causarme, unos críticos que ponen el mayor cuidado en la ocultación de sus nombres y apellidos; unos ingenios que escriben á escote; unos autores que, reconvenidos, niegan sus obras, y, últimamente, unos críticos que el primer año sólo produjeron un sainete con idea, método y pensamientos que antes había publicado otro (Nipho), y el segundo, después de muchos meses de trabajo, dos de elogios preparativos para inflamar las gentes, uno de vigorosos ensayos y, al fin, con tres cartas y un proceso de recomendaciones, presentaron al mundo la monstruosa y detestada tragedia *Hormesinda?*... Basta, y dexemos lo empezado. Con decir que mis críticos son los autores de esa pieza, está conocido las piezas que son mis críticos. Salud».

Esta interesante nota demuestra que el sainete *Apelación de los poetas* (2), escrito en 1769 contra Cruz, había salido de la tertulia ó grupo literario de D. Nicolás Moratín, y que en él se había forjado igualmente el *Examen imparcial de Las labradoras*

(1) En un tomo de papeles sueltos de la época hemos hallado la décima, que dice textualmente:

Décima de D. Ramón de la Cruz á sus detractores.

Dicen de mis obras mal;
dicen que á nadie complacen;
dicen... dicen... y no hacen;
dicen que soy animal.
Dicen que escribo sin sal;
dicen que nada concuerda;
dicen es fácil se pierda
el teatro si prosigo;
dicen... y yo solo digo
que se vayan á la m...

En el folleto que citaremos luego se dice también: «La décima chuzona y magistral que lo serenó y aquietó, la he visto y sé de memoria: esta décima anduvo manuscrita por el mes de marzo de este año, y yo la copiara á la letra, pero no me atrevo; porque, si hemos de hablar claro, está peor que la ensalada de pepinos; sin embargo, diré el concepto de ella y el sentido, que es como se siguen: «Dicen que soy mal poeta; dicen que no observo las reglas del teatro; dicen que hago malas zarzuelas; dicen... dicen... pero yo les digo que se vayan á la M.» Consideren, pues, la decencia y agudeza de esta composición...» (Pág. 16).

(2) *Saynete nuevo. Apelación que hacen los poetas del Quijote juicioso al Quijote saynetero de D. Manuel del Pozo. Con licencia; en Madrid, en la Imprenta de Andrés Ramirez. Año de 1769.* 8.°; 31 págs. Se supone que cuatro poetas acuden en queja ante el alcalde de un lugar, porque sus sátiras saineteras no dan resultado en el sentido de producir enmienda de las costumbres. Aparece D. Quijote y se pone de parte de los censurados y en contra de los poetas, sosteniendo con énfasis que no todo soldado es cobarde y que no todo hombre que acompaña á una mujer es cortejo suyo. Van presentándose otros quejosos: una petimetra, dos modistas, abates que llaman ignorantes á los poetas. D. Quijote los defiende á todos y amenaza á los satíricos. Claramente se ve que se dirige contra Cruz y sus amigos; pero la obra es de lo más ñoño que se ha escrito. El pensamiento tiene notable semejanza con el sainete titulado *La sátira castigada*, de Nifo, como recuerda la nota anterior de D. Ramón, representado ó impreso en 1765 y que provocó el valiente de *El pueblo quejoso.*

de Murcia. A pesar de lo claramente aludido que fué Moratín, no contestó, al menos con su nombre. Pero en el siguiente año de 1771 salió á luz un curioso *Examen tardío pero cierto de algunas piezas de teatro, en especial de la zarzuela El buen marido y nota que hay al fin de ella*, atribuído á un D. Antonio Malo de Bargas, también nombre fingido ([1]).

Hace el autor un repaso histórico de la producción sainetesca de D. RAMÓN DE LA CRUZ con el criterio y objeto que es de suponer, diciendo que comenzó con la crítica de los *cortejos*, asunto que por nuevo dió gran satisfacción al pueblo; que siguió con los maridos y las mujeres casadas, exagerando defectos y apuntando á tejados conocidos, y que pasó luego á los *abates*.

«Destacáronse, con efecto, una docena de sainetes *antiabates*; y en poco tiempo nos vimos inundados por todas partes de abates cortejantes, abates solicitadores, abates terceros, abates tontos, abates cultos, abates ayos, abates nocturnos; en una palabra, por activa, por pasiva, por circunloquio y participio habló y dijo de los abates... *que eran abates*; pues esto es, en sustancia, lo que se viene á sacar de tantos conceptos contra ellos; no de interpolar algunos otros sujetos entremedias de éstos, como fueron los agentes, procuradores, abogados, alguaciles, mercaderes, oficinistas, reposteros, cocineros y demás empleos y oficios de la república. Aun de los soldados apuntó, aunque con más tiento: el motivo él lo sabe y lo calla ([2]). Pero, al fin, al cabo de diez años que está escribiendo para el teatro, lo que sacamos en limpio, por instrucción suya, es: que hay pocas mujeres recatadas, pocos maridos honrados, cortejos honestos, abates juiciosos, amos cuerdos, criados fieles, mercaderes equitativos, abogados doctos, agentes de buena conciencia» ([3]).

Sigue resumiendo el curso de estas polémicas, contenido de los folletos anteriores, y sainetes de contestación, con otros pormenores hoy oscuros de sentido, y termina con el análisis de la zarzuela *El buen marido*, atribuyendo, como de costumbre, su gran aplauso al trabajo y esmero de los actores; y que el público celebraba mucho algunos chistes, algunas *arias* y las coplillas del barbero ([4]).

Ya no podía continuar esta lucha interminable de folletos. D. RAMÓN pensó en retirarse del teatro, y como despedida compuso el sainete *El poeta aburrido;* pero sus adversarios, que habían logrado suprimir uno de los dos coliseos de la corte, á fin de que el pueblo no tuviese otro remedio que oir las piezas francesas, impidieron también la representación de su sainete.

Hízose en 1773, cuando, ya caído Aranda, pudieron libremente manifestarse el gusto y opinión populares. Esta caída trajo también la continuación de D. RAMÓN DE LA CRUZ en el campo de sus victorias y de su gloria.

([1]) *Examen tardío pero cierto de algunas piezas de theatro, en especial de la zarzuela intitulada El buen marido y nota que hay al fin de ella. Por D. Antonio Malo y Bargas. Con licencia. En Madrid: En la Oficina de la Viuda de Manuel Fernández. Año de 1771*. 8.°; 44 páginas y una nota. Se anunció este folleto en la *Gaceta* del 9 de abril de 1771.

([2]) Probablemente querrá decir que no se atrevió por respeto al Conde de Aranda, que era general.

([3]) *Examen tardío:* pág. 6.

([4]) *Id.:* pág. 29.

Pero ésta no le había servido mucho para ascender en su carrera de empleado. En 1770 aun seguía atenido, como oficial tercero de la Contaduría de penas de Cámara, á sus cinco mil reales anuales. Una enfermedad que le afligió, á principios de año, le obligó á pedir ayuda de costa, que le concedieron en cantidad no mayor de 500 reales. Al siguiente año, en que pasó á Contador el oficial primero D. Pedro Galindo, ascendió CRUZ al puesto que dejaba, con el sueldo de 10.000 reales y la gratificación que, á fines de año, solía concederse á todos los empleados y que en éste de 1771 fué para D. RAMÓN de 2.000 mil reales, gracias á la munificencia de D. José Moñino, después célebre Conde de Floridablanca, que entonces era Subdelegado general.

Por esta época comenzó la amistad y protección que al sainetero dispensó el Duque de Alba, D. Fernando Alvarez de Toledo, á quien acompañaba, en los veranos, á su retiro de Piedrahita. De esta señorial residencia del Duque nos ha dejado el mismo CRUZ una descripción poética, que es lo único que ya queda de ella (1). No le duró mucho este amparo, porque el Duque falleció, á los sesenta y dos años de edad, el 15 de noviembre de 1776.

Libre D. RAMÓN de trabas y temores, después de la separación del Conde de Aranda, pudo dar libre curso á su fecundidad incomparable, aplicándose ya casi por entero al sainete; pues aunque escribió algunas zarzuelas, imitadas de óperas italianas, y tradujo varias tragedias y comedias para el consumo diario del teatro, ni él les concedió gran valor en su caudal poético ni aumentan con ningún florón precioso su corona de autor dramático.

Pero sus piezas breves son como una crónica social de su tiempo. Apenas suceso de interés ocurría era presentado en las tablas en forma de sainete. La venida á Madrid de un elefante en 1773 y gran consumo de papeles á que dió margen se reflejan en *El elefante fingido*. Una mujer de extraordinario tamaño, que se exhibió en el teatro del Príncipe y llamaron *la Giganta*, provocó la aparición de *La boda de Chinita*. Una pareja de gigantes vinieron á la corte en 1777, y se presentaron en el teatro de la Cruz para completar el sainete *El sarao de Chinita*.

Hasta las novelerías y simplezas populares tenían reflejo en aquellas obras. Corrió por esta época entre el vulgo la noticia de que en el cerro de San Isidro se habían descubierto en abundancia ciertas piedras que con el pulimento se volvían diamantes y topacios; y en unos días fué de ver á la gente cargada de tales guijarros y frotar unos con otros para obtener el diamante deseado. Esto le bastó á D. RAMÓN para componer *El pedrero apedreado*, que también lleva el título de *Las piedras de San Isidro*, estrenado al inaugurarse las tareas cómicas de 1776.

Una de las series menos ó nada conocidas de la colección dramática de D. RAMÓN DE LA CRUZ es la de sainetes de costumbres teatrales, en los que unas veces toma á los cómicos cual otra clase social y describe sus cualidades y sus pasiones como los demás humanos, y otras se refiere á las habilidades y talento artístico de cada uno. En este punto su mucha práctica le suministra mil medios de urdir un asunto de relativo interés. Pasan de cuarenta los sainetes que tiene de este carácter: algunos de gran originalidad, y otros de tal verdad histórica que, más que obra de imaginación, pare-

---

(1) *Biblioteca de Autores Españoles*; tomo 67, pág. 511.

cen narración de algún caso sucedido ó capítulo de historia del teatro. De éstos los principales son: *El teatro por dentro*, *Soriano loco*, *La compañía obsequiosa*, *El diablo autor y aburrido*, *Los cómicos poetas*, *El sainete interrumpido* y *El coliseo por defuera*.

De costumbres populares de Madrid son muy notables *Las majas forasteras*, *Los panderos*, *Las verbenas*, de San Juan y San Pedro; *El Rastro por la mañana*, *La Plaza Mayor* y otros cien que podrán verse en el Catálogo.

D. Ramón de la Cruz había llegado á ser el verdadero director de los dos teatros madrileños en cuanto á la disposición y clase de las representaciones. Escribía al principio de cada temporada las *loas* que cada compañía recitaba al comenzar sus tareas; los *Intermedios* que se ejecutaban en cada obra extraordinaria ó en las funciones llamadas *de teatro*; las *Introducciones* para explicar el carácter de cierta clase de piezas dramáticas, y las destinadas á presentar cada parte nueva que aparecía en el discurso del año. Esta sección de su repertorio dramático, no conocida hasta ahora, es de las más curiosas é importantes, como puede verse en el catálogo que ponemos al final, en las palabras *intermedio*, *introducción*, *loa* y alguna otra que lleva título especial. Aquí, lo mismo que en los mejores sainetes, campean la gracia satírica ó la agudeza cómica, que hacen que piezas de ordinario tan sosas, aun en los autores del siglo XVII, se conviertan, en sus manos, en juguetes muy divertidos. En este linaje de obras fué irreemplazable y los Comisarios utilizaban, siempre que se ofrecía, su fecundo ingenio.

Así, la villa, en las solemnes fiestas de 1784, con motivo del nacimiento de los Infantes gemelos que dió al mundo María Luisa y la ratificación de la paz con Inglaterra, le encargó las introducciones y fines de fiesta que se representaron en ambos coliseos de la Cruz y del Príncipe, que escribió con gran derroche de ingenio. Y luego las que en 1785 hubo para celebrar el doble casamiento del infante D. Gabriel, hijo de Carlos III, con María Ana Victoria, princesa de Beira, hija de Pedro III y María I de Portugal, y el de un hermano de aquélla, después Juan VI, con la infanta Carlota Joaquina, hija de Carlos IV y niña entonces de solos diez años. Y, últimamente, en las de la coronación de Carlos IV, en 1789, escribió por orden del Ayuntamiento la *loa* y *fin de fiesta* que se hicieron en la función de gala celebrada en el teatro del Príncipe el 29 de septiembre de aquel año.

Lo mismo ocurría en las representaciones privadas, como algunas que dispuso el primer ministro Conde de Floridablanca; las de la famosa Duquesa de Alba, D.ª María del Pilar Cayetana, y las de D.ª Faustina Téllez-Girón, Condesa-Duquesa de Benavente, gran protectora de D. Ramón de la Cruz, á cuyo lado pasó á vivir, quizá como empleado en la administración de la casa, y falleció en ella. Esta protección se extendió luego y arraigó en la hija única de D.ª Faustina, la célebre D.ª María Josefa Alfonsa Pimentel, novena Duquesa de Osuna y poseedora de otras cien casas ilustres.

Para aquella señora compuso y se representaron en su teatro particular varias obras, como *El día de campo*, comedia en dos actos, las zarzuelas *El Extranjero*, *Clementina*, con música de D. Luis Boccherini, y muchos sainetes.

Aunque suavizada la guerra que los ultraclásicos hicieron al teatro de D. Ramón de la Cruz, luego que desapareció de la esfera política el Conde de Aranda, no dejaron de brotar en ocasiones chispazos satíricos que mantenían viva aquella cruzada de despechados contra él. Unos que, como D. Tomás de Iriarte, resentidos ya de la ante-

rior contienda, eran además, por estrechez de ideales y por incompatibilidad de gustos, sistemáticamente opuestos á todo lo que produjese la pluma de nuestro sainetista, desahogaban su mal humor en sus poesías, fuese cualquiera el asunto, y hablaban de los «sainetes insolentes» ó «chabacanos», ó «de baile de candil que acabe en palos», de las tonadillas en que las cómicas cantaban su historia, de las zarzuelas «de noche de verano». Y en las *Fábulas literarias* aludía en diferentes ocasiones á las obras de su adversario, que unas veces le parecían todas de paja; otras veces enfermedades de vario género, en que era la mejor la más pequeña, y hasta equiparaba su fecundidad á las vueltas de la ardilla.

Otro literato, afrancesado hasta la medula, y también fabulista, el famoso D. Félix María Samaniego, manifestaba en 1786 contra los sainetes una indignación que sólo podía sentir de dientes afuera el autor de tantos versos indecentes, repitiendo el mismo cantar de veinte años antes sobre las majas, los truhanes, los abates, los médicos, abogados, etc.

Tomándolo luego con las tonadillas exclama: «Vuelve con la Pascua el teatro, y nosotros volveremos de refresco á la carga, empezando con los intermedios de música conocidos con el nombre de *tonadillas*. En ellas verá usted compendiados todos los vicios de nuestros sainetes, amén de otros muchos que les son peculiares. Este sí que es el imperio donde dominan las majas y los majos. Las naranjeras, rabaneras, vendedoras de frutas, flores y pescados dieron origen á estos pequeños melodramas; entraron después en ellos los cortejos, los abates, los militares y las alcahuetas; pero los majos faltan rarísima vez en estas composiciones. Por fin, cansados de inventar, los poetas han puesto su doctrina en boca de los mismos cómicos, y para asegurar la ilusión, Garrido, Tadeo y la Polonia nos cantan sus amores, sus deseos, sus cuidados y sus extravagancias; y alguna vez, usurpándole á usted su oficio, definen las costumbres públicas y se desenfrenan contra los vicios. Pero ¡cuán suaves y templadas son sus sátiras! Allí verá usted tratadas á las usías de locas; á los mayorazgos, de burros; á los abates, de alcahuetes; á las mujeres, de zorras, y á los maridos de...»

Y hablando de la música empleada en estas tonadillas, dice que es remiendo de otras extranjeras. «El bueno de Misón había abierto una senda que, cuidadosamente seguida, pudiera llevarnos á la gloria de tener una música nacional; pero sus sucesores se han extraviado de ella» (1).

Esto último nos puede dar idea del caso que debe hacerse de la crítica de Samaniego. Ni Esteve, ni Laserna, ni Rosales, ni Moral, ni Galván, ni Ferrer, ni Valledor, ni Acero, ni ninguno de los otros maestros del siglo pasado imitó ni podía imitar, en estas piececillas, la música extranjera. Samaniego creyó haberse enterado de todo en los pocos meses que pasó como pretendiente en la corte; y como pensaba y vivía en francés, tomó las seguidillas, jaleos, malagueñas y jotas por cantarcillos de *vaudeville*.

Y otro pedante del mismo tiempo escribía, afectando combatir algunas opiniones de Samaniego sobre los sainetes: «Serán perversísimos *in esse morali*, *in esse theologico*, *in esse politico*. Pero le protesto á usted que *in esse poetico* (hablando generalmente y de los que yo he visto) los creo infinitamente menos malos que las mejores de nuestras

(1) *El Censor*, obra periódica. Madrid, 1786, 8.º, núm. 92.

comedias (hablando también generalmente y de las que tengo noticia). Y la razón es que en estos intermedios algo se pinta, por más mal que se pinte... Tenga usted, pues, un poco de compasión de estos pobres poetas, autores de sainetes, que yo le aseguro á usted que si hubieran nacido mayorazgos no se hubieran metido á serlo» (1).

No consta que D. RAMÓN contestase á estas menudencias, aunque estampadas en periódicos de la corte; pero sí intervino en otra polémica más ruidosa con el escritor italiano Pedro Nápoli Signorelli.

Había éste residido largo tiempo en Madrid y entablado amistosas relaciones con los principales literatos del bando galicista. Y aunque nunca pudo por sí mismo alcanzar un conocimiento profundo de nuestra literatura para juzgar con criterio independiente, en fuerza de oir uno y otro día á sus amigos, especialmente á los de la famosa tertulia de la Fonda de San Sebastián, donde solían reunirse, logró adquirir un caudal de noticias é ideas que fueron las que vació en su *Historia crítica de los teatros*, que imprimió en Nápoles, su patria, en 1777 (2). Naturalmente, según el manantial en que había bebido, no podía salir muy bien librado de su crítica D. RAMÓN DE LA CRUZ; así es que en su obra le niega las más preciadas cualidades de autor dramático, otorgándole otras secundarias, respecto de la pintura de caracteres grotestos «que antes causan fastidio que placer»; un estilo humilde por naturaleza, que da en tierra tan pronto como intenta levantarlo ó no mide sus fuerzas antes de elegir el género de comedia en que debe encerrarse, y trata con desprecio sus zarzuelas, asegurando falsamente que fueron mal recibidas (3).

Años pasaron antes de que CRUZ tuviera ocasión de rechazar los cargos y deshacer los errores de Signorelli. Pero cuando se resolvió á publicar la colección de sus obras, en el prólogo del tomo I puso las cosas en su punto en cuanto á la originalidad de muchas de las piezas de mayor extensión que había escrito, cosa que le negara el italiano; en cuanto al éxito que habían obtenido en público, y en cuanto á que sabía pintar y había pintado más caracteres que los confesados por su impugnador. Ni dejó de recordarle que obras como la *Numancia*, por él censurada con disfavor en su *Historia*, había sido verbalmente aplaudida y sin reservas cuando su autor se la había consultado en Madrid, ni los mil errores hasta de nombres de personas, el suyo entre otro otros *(La Cruz* le llamaba Signorelli), en que abunda la obra (4).

Ofendióse tanto el escritor napolitano de la contestación del sainetero, que en la segunda edición de su *Historia*, publicada en 1790, se revolvió airado contra él, llamándole de *poetilla* y mentecato; que sus obras son peores que el *Paulino* de Añorbe (5) y que á él se refirió D. Leandro Fernández de Moratín en su *Derrota de los pe-*

(1) *El Censor*, 1786; pág. 470.

(2) *Storia critica del Teatri antichi e moderni, Libri III. Del Dottor D. Pietro Napoli-Signorelli... In Napoli, MDCCLXXVII. Nella Stamperia Simoniana.* 4.°; 468 págs.

(3) *Storia*; págs. 413 y 417.

(4) *Prólogo* de D. RAMÓN DE LA CRUZ, en el tomo I de su *Colección de sainetes y demás obras dramáticas*. Madrid, 1786; pág. XL.

(5) D. Tomás de Añorbe y Corregel fué un mal poeta dramático de principios del siglo XVIII; y su tragedia *El Paulino*, que es imitación del *Polyeucte* de P. Corneille, fué justamente fustigada por Montiano en el prólogo de las suyas, que tampoco son mucho mejores.

dantes, en aquel poetilla ridículo, autor de comedias góticas, todas *aplauditas*, todas detestables á no poder más y todas impresas por suscripción con dedicatoria y prólogo». La ignorancia de Signorelli llega á punto de no comprender que el *Manolo* es una parodia, así que le censura agriamente que en una pieza de asunto tan trivial y de personajes tan bajos emplee el lenguaje elevado que en ella se observa; y su mala fe crítica resalta al advertir que, mientras no dedica más que una veintena de renglones á juzgar las obras de los varios autores españoles de esta época, gasta ocho páginas, nada menos, en desmenuzar la *Briseida* con observaciones tomadas del folleto satírico de D. Miguel de la Higuera (*Higueras*, escribe Signorelli) y muchas mal reportadas por él. En esta diatriba incluye Signorelli parte de una carta de Moratín, hijo, fechada á 6 de octubre de 1789, en que éste le hace una severa, pero justa, crítica de cierta *loa* que á la coronación de Carlos IV había escrito D. Ramón de la Cruz, como si esta futesa literaria, obra de compromiso, pudiera influir en el juicio sobre el resto de su producción dramática.

No era por entonces, cierto, Cruz santo de la devoción de D. Leandro, que quizá se acordaba de las pelamesas de su padre, como lo prueba, además del pasaje referido, algún otro de sus versos en que habla «de las farsas tripicalleras de nuestro Plauto moderno»; pero años adelante, con mayor madurez de juicio, escribió de él: «D. Ramón de la Cruz fué el único de quien puede decirse que se acercó en aquel tiempo á conocer la índole de la buena comedia; porque dedicándose particularmente á la composición de piezas en un acto, llamadas *sainetes*, supo substituir en ellas al desaliño y rudeza villanesca de nuestros antiguos entremeses (1) la imitación exacta y graciosa de las modernas costumbres del pueblo. Perdió de vista muchas veces el fin moral que debiera haber dado á sus pequeñas fábulas; prestó al vicio (y aun á los delitos) un colorido tan halagüeño, que hizo aparecer como donaires y travesuras aquellas acciones que desaprueban el pudor y la virtud y castigan con severidad las leyes. Nunca supo inventar una combinación dramática de justa grandeza (2); un interés bien sostenido; un nudo sin desenlace natural; sus figuras nunca forman un grupo dispuesto con arte; pero examinadas separadamente, casi todas están imitadas de la naturaleza con admirable fidelidad. Esta prenda, que no es común, unida á la de un diálogo animado, gracioso y fácil (más que correcto) dió á sus obrillas cómicas todo el aplauso que efectivamente merecían» (3). Palabras que, salvo el dejo *clásico* sobre el fin educativo del arte y superioridad que atribuye en absoluto á los *tres actos*, son las mismas que suscribe hoy la crítica más serena é independiente.

Poco después, D. Mariano Luis de Urquijo, célebre personaje por otros motivos, pero que en estas materias no tenía más autoridad que la de ser un rabioso galómano, tradujo *La muerte de César*, tragedia de Voltaire, que le valió el conocido epigrama

(1) Aquí es injusto Moratín con estas preciosas piececillas de nuestro antiguo teatro, ó no conoció más que los groseros entremeses que se representaban cuando él era mozo, llamados de *Trullo*, y que hubo que prohibir.

(2) Ni pensó siquiera en ello, pudo añadir D. Leandro, pues Cruz no necesitaba tales cosas para hacer excelentes sainetes. Esta crítica de *Inarco* es semejante á la del que censurase á un poeta lírico por no haber compuesto buenas novelas.

(3) *Obras de Moratín*, en la *Bibl. de Autores Españoles;* tomo 2.º; pág. 317.

del abate Marchena, según el cual el autor más malo del mundo sería Voltaire en la traducción susodicha, y en un discurso preliminar y docente, lleno de inepcias y adefesios sólo explicables en un loco, de que algo ó *algos* tenía D. Mariano, después de dispararse contra nuestro teatro del siglo XVII, prosigue así: Al fin, mejoró «cuando después unos genios sublimes, celosos y amantes del bien público, se dedicaron á disipar tan negras sombras y consiguieron á fuerza de desvelos, de continuo trabajo, meditación y estudio, que amaneciese sobre sus teatros la hermosa luz de la razón y del buen gusto. Estos fueron los franceses» ([1]). Abomina luego de los sainetes, que, «en lugar de gracias y chiste, sólo nos representan la lascivia, la deshonestidad y unas perversas y depravadas máximas», y arremete contra «sus ignorantes é inicuos autores», increpándoles de este modo: «¡Hombres perversos, que sólo habéis observado lo depravado de la naturaleza, efecto de vuestra estúpida ignorancia: id, estudiad la virtud, meditadla y conoceréis que sois más detestables, reos de mayores crímenes cometidos á la sociedad en general, que cuantos delincuentes más fieros ha habido en ella!» ([2]).

Si cuando el capricho de Godoy pudo elevar al ministerio de Estado á este energúmeno viviera aún D. Ramón de la Cruz, de seguro que, como vulgarmente se dice, no le llegaría la camisa al cuerpo.

No le faltaban tampoco defensores y apologistas á nuestro pobre sainetero. En este mismo año de 1791, un periódico madrileño, al fin de un discurso en favor del teatro español y laudatorio de Lope, Calderón, Moreto y Solís, añade: «Vivís aún: pero sin esto no os olvidaría, actuales autores de varias piezas nuevas, que con tanto mérito estais enriqueciendo nuestro teatro nacional; entre los cuales, permitidme cierre este catálogo con la memoria del sazonado ingenio de Cruz. Tus sainetes y sobre todo tu *Espigadera* y *Vendimiadora* ([3]), vivirán eternamente en la memoria de los venideros» ([4]).

Algún tiempo antes, el redactor principal del *Espíritu de los mejores diarios literarios de Europa* aseguraba que «D. Ramón de la Cruz es una prueba de que no se ha agotado en España la fecundidad de los autores cómicos ó de piezas de teatro, pues, sin embargo de que su única ocupación no son las musas, ha dado 64 piezas originales, 45 imitadas y 15 traducidas al castellano» ([5]), lo cual, si es cierto, pues no se

([1]) *La muerte de César. Tragedia francesa de Mr. de Voltaire: traducida en verso castellano y acompañada de un discurso del traductor, sobre el estado actual de nuestros teatros y necesidad de su reforma. Por D. Mariano Luis de Urquijo. Madrid: Por D. Blas Román MDCCXCI.* 8.º; 87-150 págs. Lámina grabada por M. Brandi, dibujo de Luis Paret. Véanse las págs. 26, 47 y 48.

([2]) Obra citada; pág. 48.

([3]) *La Espigadera* es una comedia original en cuanto á la letra, pues el asunto está en el *Libro* bíblico *de Ruth*, muy bien escrita por D. Ramón, representada en 1778, y *La Vendimiadora* es la segunda parte de la anterior, estrenada en 1783, con asunto ya enteramente libre. Fueron muy celebradas é imitadas; por eso quizás insiste particularmente en ellas el crítico anónimo.

([4]) *Diario de Madrid*, de 21 de febrero de 1791.

([5]) *Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa: su autor D. Christoval Cladera, doctor en Sagrada Teología. Corregido en esta segunda impresión. Madrid, en la Imprenta de Manuel González.* Tomo I, pág. 38.

refiere á los sainetes, aumenta bastante el caudal de las obras en más de un acto compuestas por el autor del *Manolo*.

Y más adelante, muerto ya D. RAMÓN, decía otro crítico, hablando del *Avaro*, de Molière: «A pesar de estas excelencias, no faltará quien gradúe el *Avaro*, de Molière, de sainete con ánimo de ajarlo, siendo éste, en realidad, el mayor elogio que puedan tributarle, pues la verdadera comedia no es más, á mi entender, que un *sainete extendido ó amplificado*, y el verdadero sainete no es más que una *comedia abreviada ó reducida*. ¡Así D. RAMÓN DE LA CRUZ hubiera puesto más arreglo en sus acciones y hubiera dado más variedad y elevación á sus caracteres, que entonces sería un cómico, poco más ó menos completo; pero, aun con todos sus defectos, es el único, en mi opinión, que tenemos! En efecto, sus composiciones subsistirán eternamente en el teatro». Firma *El Semihumanista* (1)

Los últimos años de la vida de nuestro autor son muy tristes. Hubo una verdadera decadencia en sus facultades poéticas. Por eso nos resistimos á creer que las dos últimas obras suyas fuesen escritas al tiempo de su representación en el teatro. Ni el *Muñuelo*, ni *La casa de Tócame-Roque*, representados uno en 1792 y otro en 1791, pueden ser hermanos gemelos de *Las gallegas celosas*, escrito para intermedio de la comedia moratiniana *El viejo y la niña*, en 1790, ni de *La fonda del Escorial*, sainete de de los más cansados, estrenado en el mismo año. Deben de pertenecer aquéllos á una época anterior.

De todas suertes, desde 1792 no volvió á escribir cosa alguna para el teatro, ni era posible, según lo repetidos que fueron los insultos de su última enfermedad, que se prolongó por más de diez meses, falleciendo de ella en Madrid, en la calle de Alcalá, en la casa de su protectora, la Condesa de Benavente (2), el día 5 de marzo de 1794, á los sesenta y tres años de edad. Fué sepultado en la iglesia parroquial de San Sebastián de esta corte, en la bóveda de la capilla del Cristo de la Fe, á cuya congregación pertenecía (3).

---

(1) *Diario de Madrid*, del 11 de agosto de 1800; pág. 945.

(2) La casa en que murió D. RAMÓN DE LA CRUZ, manzana 272, núm. 2 antiguo, es hoy el núm. 1 de la calle de Cedaceros (Nicolás María Rivero), pues, aunque forma esquina, la casa no tiene entrada por la calle de Alcalá. Una parte de dicha casa se derribó modernamente para ensanche de la calle de Cedaceros, pero queda la mayor porción del antiguo solar. Cuando la habitaba D. RAMÓN DE LA CRUZ tenía su entrada por la calle de Alcalá, con accesoria á la de la Greda. (*Documentos del Arch. municip.—Guía de litigantes y pretendientes*, de 1793.)

A instancia nuestra, su fecha 29 de noviembre de 1899, el Ayuntamiento de Madrid acordó colocar una lápida conmemorativa en la casa en que murió el gran sainetista, como se hizo, siendo alcalde D. Manuel Allende Salazar, el 25 de mayo de 1900. La inscripción, redactada por la Academia Española, dice: «En esta casa murió, en 5 de marzo de 1794, D. RAMÓN DE LA CRUZ, el más fecundo de los poetas dramáticos del siglo XVIII, maestro en la pintura de costumbres populares. La Villa de Madrid dedica á su preclaro hijo este recuerdo». Algunos censuraron que en la inscripción se dijese *esta casa*, cuando es otra en realidad; pero en el mismo caso se encuentran las que hay en las casas que habitaron Lope, Calderón, Cervantes, etc., pues todas han sido reedificadas.

(3) Partida de defunción en la iglesia parroquial de San Sebastián; libro 37 de *Difuntos*, folio 290 vuelto. En nuestro libro sobre D. RAMÓN DE LA CRUZ publicamos por primera vez esta partida, y quedó fijada la fecha de la muerte del poeta, que antes era desconocida.

Esta sencilla relación de los últimos momentos de CRUZ arruina todas las leyendas que la ignorancia había forjado sobre este punto. Ni en casa de un pobre carpintero que le hubiese recogido de limosna, como si fuera un vago sin domicilio; ni en un baile de candil, en noche de orgía, impropia de su edad y condición, sino en el centro de Madrid, en una casa principal, asistido por su mujer y su hija, después de recibir los Santos Sacramentos, y como término de una larga y prosaica enfermedad, es como dulcemente cerró para siempre sus ojos nuestro insigne sainetero.

La leyenda, sin embargo, no hizo más que abultar un hecho desgraciadamente exacto: el de la pobreza del poeta. Sus dolencias, y la inacción á que se redujo en los postreros tiempos, habían consumido sus ahorros, si alguna vez los tuvo. El mismo día de su fallecimiento dirigióse la viuda al jefe de la oficina en que cerca de cuarenta años había servido D. RAMÓN, en demanda de algún socorro para las primeras atenciones y necesidades del sepelio.

El dictamen del contador D. Pedro Galindo, amigo del poeta, nos informa sobre la enfermedad, diciendo: «Desde el mes de abril próximo pasado del 93, que le acometió una enfermedad de pulmonía, aunque por entonces curó de ella, quedó muy resentido y achacoso, de resultas de lo cual tuvo tres recaídas, bastante peligrosas, y tanto que en la última terminaron sus días; y como me dejó nombrado por uno de sus testamentarios, me consta haber quedado su casa tan escasa de facultades y medios, que para los gastos precisos del entierro ha sido forzoso buscar dinero, aumentando este débito más á los muchos que parece tenía contraídos el difunto. La solicitud de su viuda doña Margarita Magán no carece de ejemplar». Cita varios, y opina que se le libren por una vez mil y quinientos reales, como así se hizo, y los cobró el día 12 de marzo [1].

A la vez acudieron las dos mujeres á la inagotable caridad de D.ª María Josefa Pimentel, Duquesa de Osuna é hija de la de Gandía, en cuya casa habitaban, que ya en otras ocasiones había remediado las estrecheces del popular escritor [2]; en un memorial encabezado con estas frases: «La viuda é hija de D. RAMÓN DE LA CRUZ suplican á V. E. las ampare y alivie en el conflicto en que se hallan». Y aquella magnánima señora, espejo y dechado de grandes damas, escribió de su puño y letra, al margen de la solicitud: «Se les dirá que siento su disgusto, y en cuanto esté de mi parte procuraré servirlas, y se escribirá á Cuvas (el apoderado general) para que me diga si estuvo á verlas, y que cree convendría darlas ó ayuda de costas ó algún situado». Concediólos inmediatamente, desde el día mismo de la muerte del poeta, una pensión de seis reales diarios, suficiente, en aquella época, para las dos mujeres, que les fué pagada con

(1) *Archivo general de Alcalá de Henares*. Legajo. 2481. Ha sido trasladado modernamente este Archivo al Histórico Nacional.

(2) En 24 de mayo de 1786, el administrador de la casa de Osuna toma 1.800 reales para el corte de un vestido que se regala á D. RAMÓN DE LA CRUZ. El recibo del sastre es de septiembre. Hay otro de D. RAMÓN, de 1787, por 6.000 reales, y de otras cantidades menores en varios años. En 1793, á 24 de diciembre, manda la Condesa Duquesa abonar á sus claveros, como entregados á D. RAMÓN DE LA CRUZ, 6.000 reales. La entrega se había hecho en julio, según recibo del propio D. RAMÓN, suscrito en 29 de dicho mes. *(Archivo de la casa ducal de Osuna.)*

puntualidad hasta 1811, fecha que acaso corresponda al fallecimiento de la hija, pues la madre había faltado antes (1).

Tal fué, poco más ó menos, la vida de este insigne y regocijado escritor. La feliz casualidad que nos hizo dar con su retrato, que hemos publicado (2) y corre ya hoy muy reproducido, nos permite apreciar su físico. Las facciones son dulces; y sólo se advierte una contracción satírica ó picaresca de los labios en la parte izquierda de la boca. En lo demás, se ve al hombre sencillo y modesto, pero sin nada de grosero ni desaseado en su traje, como fantasearon los que creyeron ver su *vera efigies* en unos versos que no son suyos:

Esta capa que me tapa,
tan pobre y raída está,
que sólo porque se va
se reconoce que es *capa* (3).

Ni raída, ni capa, sino casaca galoneada, corbata y vuelos de gasa y pelo empolvado á la moda es lo que usaba D. Ramón en su vestido ordinario. Por lo que se desprende del retrato y lo que dice el rótulo que le acompaña, se ve que la pintura fué hecha cuando el poeta se hallaba en la fuerza de la vida, antes de cumplir los cuarenta años.

Por él mismo sabemos que era corto de vista. En cuanto á su carácter, también podemos formar alguna idea por lo que dejó consignado en sus escritos. Un buen humor ordinario resalta hasta en los títulos de algunos de sus sainetes, como en el que lleva el título de *El mundo remediado*, cuyo autógrafo se conserva, y en que escribió: «Saynete para las feas, pesadas y *desaboridas* damas de la compañía del melífluo Ribera. Escrito por un real mozo entre gallos y medias noches». En otro añadió: «Sainete escrito en siete horas para apestar en media». En la conclusión de la comedia *Competencias de amistad* añadió: «Caiga el telón y... vamos, que ya va amaneciendo y yo no me he acostado». Esto nos indica que solía trabajar á tales horas, y lo comprueba el sainete *El Alcalde de Cabrilla*, al fin del cual puso: «Fin á las cuatro y diez minutos de esta mañana, 14 de febrero» (de 1775). En el titulado *Las Andaluzas*, añadió: «Sainete para empezar el año de 1773 la compañía de Ribera y entremés para el caudal si parece bien: *Amén, amén*». En *El mesón en Navidad*, puso esta nota, como todas, de su mano: «Escrito de siete á ocho sin intermisión: tan *constante* y tan temerario es su autor».

(1) El no aparecer para nada ni en los documentos oficiales ni en los privados otro hijo alguno de D. Ramón de la Cruz, casi nos persuade de que los D. Antonio y D. Manuel, que hipotéticamente, y bajo la fe de Durán, hemos admitido antes, no lo fueron en realidad. Sobre todo del D. Antonio tenemos grandísimas dudas, porque este personaje era vivo en 1794.

(2) En el citado libro sobre *D. Ramón de la Cruz y sus obras*, al principio. De él se han copiado todos los demás.

(3) Pertenecen al sainete *La duda satisfecha*, que Durán, que tantos propios de Cruz dejó fuera, incluyó en su *Colección;* pero que es obra de D. José López de Sedano, como se ve por el recibo autógrafo de éste y la declaración del *autor* de la compañía que lo representó. Véase el *Catálogo* que va á continuación.

En cuanto á su facilidad de componer, debía de ser muy grande, á juzgar por los borradores que existen: se ve en ellos que su primer original era el que pasaba al teatro, porque las enmiendas no son de las que muestran que se trata de una copia. A esta facilidad aludía también Iriarte, en su fábula de la ardilla, al hablar de cierto poeta cuyos caprichos, antes de ser puestos en limpio, ya eran aplaudidos en el teatro (1).

Respecto de sus costumbres, todo parece indicar que eran buenas. Sus mismos adversarios reconocen una y otra vez que nada tienen que censurarle en este punto (2); ni otra cosa debe desprenderse de las amistades que cultivó con asiduidad y constancia. El que zahería de continuo tantos vicios no había de incurrir en ellos, dando nuevo pretexto á las sátiras de sus contrarios. Es verdad que no se compaginan muy bien las utilidades que le produjeron sus obras con el estado siempre angustioso de su caudal; pero las causas de esto pudieron ser varias, sin atribuirlo á defectos peculiares suyos. También es probable que en los memoriales exagerase, según se acostumbra, algo su malestar para mejor fundar la petición que hacía.

D. Ramón tuvo el propósito, en 1767, de publicar coleccionadas las obras que hasta entonces llevaba escritas. Solicitó para ello el auxilio del Ayuntamiento, que le adelantó 6.000 reales. En el curioso memorial que entonces presentó dice que en los primeros seis años que escribió para los teatros lo hizo «sin interés alguno», ni regalos, ni gratificaciones, ni, en fin, ninguna utilidad; y que en los cinco años últimos no tuvo otro auxilio que lo que se le pagaba por cada pieza del fondo común del teatro; «debiéndose reflexionar (añade) que, además de ser el autor que más ha conseguido el agrado del pueblo y de la corte en este tiempo, la excesiva tarea á que se ha sujetado para la multitud de piezas que ha producido». Como no pudo, por entonces, llevar á efecto su pensamiento, tuvo que devolver aquella cantidad (3).

Emprendiólo de nuevo en 1786; y quizá la falta de salud le obligó á suspenderlo en 1791, habiendo publicado diez tomitos en octavo con 66 obras, y de ellas sólo 47 sainetes.

De las ediciones posteriores hemos hablado al comienzo de este discurso. Formaremos ahora el Catálogo completo de la producción dramática de D. Ramón de la Cruz, dividiéndolo en dos secciones: destinada la primera á las tragedias, comedias y zarzuelas, y la segunda á las piezas menores de teatro.

(1) *Poesías* de Iriarte, en la *Bibl. de Autores Españoles;* tomo 63; pág. 23.

(2) El autor del iracundo papel *Examen tardío pero cierto*, á que hemos aludido antes, decía: «Le tengo por hombre de bien, atento á sus obligaciones, buen ciudadano y perfecto en esta clase; pero al mismo tiempo por mal poeta dramático». (Pág. 29.)

(3) *Papeles de Barbieri*, en la Biblioteca Nacional y Archivo municipal de Madrid, Legajo 2-459-21.

III

Catálogo alfabético de las obras dramáticas de Don Ramón de la Cruz.

PARTE I

TRAGEDIAS, COMEDIAS Y ZARZUELAS ([1]).

1. ***Abaniquero (El).*** C. en dos actos. Citada por Sempere. No conocida.

2. ***Aecio triunfante en Roma.*** T. en tres actos, verso. S. 1767.

Es traducción del *Ezio* de Metastasio. Se imprimió suelta en Barcelona, sin año, por Gibert y Tutó, en 4.º; y otra vez en la misma ciudad por la viuda de Piferrer, también sin año y en 4.º (hacia 1780 y 1790). En la B. M. de esta villa existe el original ológrafo fechado en 1767 (1-108-3). Fue estrenada el 28 de noviembre, por la compañía de Juan Ponce, y duraron las representaciones hasta el 9 de diciembre. Está en romance endecasílabo.

3. ***Amistad (La) ó el buen amigo.*** C. sacada de una de las novelas de Marmontel. Dos actos, verso (VI). 1779.

Al final lleva esta nota: «La antecedente comedia, que se dispuso para determinadas personas particulares, hizo maravilloso efecto después representada por los cómicos de Madrid en uno de sus coliseos.»

Esta representación se hizo en 1780, el 27 de julio, por las dos compañías reunidas, en el teatro del Príncipe, con la *Introducción* titulada *Las dos embarazadas* y el sainete *El No*, ambos de D. R. DE LA CRUZ.

Un ejemplar antiguo manuscrito en la B. M. (1-92-13) dice: «Para la compañía de Ponce. Sacada de los *Cuentos morales*, de Mr. de Marmontel, en el que intitula *L'amitié à l'epreuve.*»

4. ***Andrómeda y Perseo.*** C. en tres actos, verso. 1767. *Inédita.*

Es arreglo de la comedia de Calderón *Fortunas de Andrómeda y Perseo* y existe original en la B. M. (1-113-1), así como también la música que con ella se ejecutó.

Se estrenó en el teatro de la Cruz por la compañía de Juan Ponce el 3 de junio de 1767, con el entremés *El casamiento desigual* y el sainete *La fiesta de pólvora*, también obras de CRUZ (1-349-350).

5. ***Antígona.*** *Comedia heroyca deducida del teatro Italiano al Español. Por* D. RAMÓN DE LA CRUZ Y CANO. En tres actos, verso. 1769. *Inédita.*

Autógrafo en la B. M. (1-84-5), fechado en 1769.

En los titulillos de cada acto la llama el autor: *Antígona y Euristeo;* y en otro manuscrito, copia, con las censuras de dicho año 1769, se dice que la obra tiene este otro título: *La justicia y la piedad vencen la mayor crueldad.*

---

(1) La lista que sigue lleva la indicación del lugar en que se hallan las obras; bien sea en la primera coleccion, hecha por el autor, bien en la de Durán; ya impresas sueltas, ya manuscritas, ó ya sólo mencionadas por CRUZ mismo en la lista que entregó á Sampere y Guarinos y éste reprodujo en su *Ensayo de una Biblioteca de los mejores escritores del reinado de Carlos III.* Madrid, 1788, tomo III, págs. 234 y siguientes.

El número romano entre paréntesis indica el tomo de la primitiva colección de 1786; las letras B M. significan Biblioteca Municipal de Madrid, y el número, la signatura bajo qne están registrados los sainetes y demás obras en aquel depósito. Las siglas S. y D. quieren decir: la S., Sempere, esto es, que la obra está citada en el aludido catálogo de Sempere, y la D., que fué impresa por Durán en su colección ya descrita. Las siglas C., T y Z. significan, respectivamente, *Comedia*, *Tragedia* y *Zarzuela*.

6. ***Aquiles en Sciro.*** C. traducida de Metastasio. En tres actos, verso. 1778. *Inédita.*

En la B. M. el autógrafo (1-83-23) con el siguiente título: «J. M. y J. Aquiles en Sciro. Comedia nueba. Del abate Metastasio, acomodada al teatro español y compañía de Rivera en el año 1778. Por D. Ramón de la Cruz.»

Se estrenó en 24 de enero de 1779 con los sainetes *La música al fresco* y *El diablo autor y aburrido*, ambos de Cruz.

7. ***Atilio Régulo.*** T. 1778. *Inédita.*

Es traducción de la de igual título de Metastasio. Se representó el 5 de diciembre de 1778 en el teatro de la Cruz por la compañía de Ribera, con una *Introducción* y el sainete *El café extranjero*, todas obras del autor.

El título que le puso D. Ramón de la Cruz es: *Entre la patria ó la vida no hay más vida que la patria: Atilio Régulo.* Trag. en tres actos, verso, con censuras de 1777; y otro con el título de: *Perder la vida y amor por el honor de la patria: Marco Atilio Régulo.*

Creo que sea inédita, aunque he visto impresa en pliegos de cordel una tragedia: *Atilio Régulo.*

8. ***Barón (El) de Torrefuerte.*** Z. burlesca en dos actos, verso. Para la compañía de Juan Ponce. 1767. *Inédita.*

Ms. autógrafo en la B. M. fechado en 1767. Se estrenó el 4 de febrero de este año. Es traducción de la ópera italiana *Il barone di Torreforte*, que, con música de Piccini, se cantó en Nápoles en 1762. Vale poco.

9. ***Bayaceto.*** T. S. 1769.

Es traducción de la de Racine, Se imprimió suelta en Barcelona por Piferrer, sin año, en 4.º (hacia 1790.)

Fué estrenada en el teatro del Príncipe, por la compañía de Ponce, el 30 de octubre de 1769. Se le pagaron por ella á Don Ramón 1.500 rs.

10. ***Briseida.*** «Zarzuela heroica (en dos actos, verso). Con que en el verano de 1768 se dió principio á las representaciones de noche, por disposición del Excmo. señor Conde de Aranda, Presidente del Consejo de S. M., etc., etc. La puso en música el célebre D. Antonio Rodríguez de Hita, maestro de la Real Capilla de la Encarnación.»

Este es el encabezado que le dió Cruz en el tomo IX de su colección; pero ya se había impreso suelta con la siguiente portada: *Briseida. Zarzuela heroica en dos actos. Por D. Ramon de la Cruz Cano y Olmedilla, etc. Puesta en música por el Maestro D. Antonio Rodríguez de Hita, etc., etc. Para representarse por las compañías de esta villa en el coliseo del Príncipe por las noches de verano de este año de 1768. Con permiso. En Madrid, en la imprenta de D. Antonio Muñoz del Valle, calle del Carmen.* 8.º, 86 págs. «El primer intermedio será una de las aventuras de *Don Quijote de la Mancha*, reducida á un sainete ó breve comedia en un acto, por el mismo autor. El baile final es inventado y dirigido por el Sr. Nicolás Ambrosini.» (Sigue el reparto.)

Este sainete de *Don Quijote* fué mal recibido; por eso tomaron de él pie los adversarios de Don Ramón para llevarlo, como hemos visto, á escena.

Buen Amigo (El). C. en dos actos, traducida por D. Ramón de la Cruz. Ms. en la Bib. Nacional. (Es ***La amistad ó el buen amigo.***)

Buen Marido (El). Véase ***En casa de nadie...***

11. ***Buena (La) fillola.*** Z.

Opera bufa italiana; letra de Goldoni, música de Nicolò Piccini, representada en Roma en 1760.

Signorelli (*Storia critica*, edic. de Nápoles, 1790, tomo VI, pág. 90) atribuye una traducción de esta obra á D. Ramón de la Cruz, añadiendo que se representó muchas veces. No hemos podido hallarla, y creemos que le haya Signorelli atribuído la versión hecha por D. Antonio Bazo, ú otra de las que se hicieron de esta obra famosa.

12. ***El Café de Barcelona.*** *Comedia en un acto para representarse en el teatro nuevo de dicha ciudad. El día que se estrena 4 de Noviembre de 1788. En celebridad de Nuestro Catholico Monarca D. Carlos Tercero. Escrita de orden del Excmo. Sr. Conde del Asalto, Capitán General de Cataluña, por Don Ramon de la Cruz y Cano, entre los Arcades de Roma Lanisio Dicioneo* (sic), *Honorario de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla, Oficial mayor de la Contaduría general de Penas de Cámara y gastos de Justicia del Reyno, etc. Barcel.* (sic.) *Por Francisco Generas.* 8.º 43 págs.

Lleva música de D. Blas de la Serna. Algunos personajes hablan en catalán; un fran-

cés, el chapurrado usual, y un vizcaíno, en su idioma.

Esta obra pudiera calificarse de sainete, pues no tiene argumento y todo se reduce á diálogos entre los personajes diversos que esperan el comienzo de la función inaugural del nuevo teatro de Barcelona.

13. ***Cayo Frabricio***. T. S. 1783. *Inédita*.

Es traducción de Apóstolo Zeno. Consta que se representó el 6 de noviembre de 1783, por la compañía de Manuel Martínez, y que por ella se le pagaron á D. Ramón 1.500 reales (A. m., 1-382-383) y existe el recibo original, firmado por el autor en 7 de diciembre, de haber recibido aquella cantidad. Pero no hemos hallado la obra.

14. ***Cazadores (Los)***. Z. en dos actos, verso. 1764.

Se imprimió con esta portada: *Fiestas que se han de hacer en casa del Excelentissimo Señor Príncipe de la Católica, Embajador de S. M. el Rey de las Dos Sicilias, con motivo de los Desposorios de los Serenissimos Señores Archiduque Pedro Leopoldo y Doña María Luisa, Infanta de España. En Madrid, M.DCC.LXIV. Por Joachin Ibarra.* 8.º; 233 págs., más 50 para el *Fin de fiesta*.

En la hoja siguiente va un *Prólogo*, en romance endecasílabo, que pronuncia *Nápoles*, celebrando á la novia, y en la hoja cuarta la portada de la obra: *Los Cazadores. Zarzuela. Interlecutores*: *Martina*, Teresa Segura.—*Juliana*, Rosalía Guerrero.—*Justo*, María Teresa Palomino.—*Antón*, Diego Coronado.—*Perico*, Ambrosio de Fuentes.

En la hoja siguiente comienza el texto, que acaba en la página 232, y en la siguiente principia el *Fin de Fiesta*, sin título, con paginación especial hasta la 50.

Un ejemplar manuscrito de la B. M. (1-189-5) dice que se representó en casa del Embajador de Nápoles el 20 de enero de 1764, y también le da el título de: *En las selvas sabe Amor tender sus redes mejor*. Este mismo le reconocen las aprobaciones y licencias expedidas en Madrid á 5, 7, 10 y 24 de noviembre para representarse en los teatros públicos, como se hizo en el del Príncipe, por la compañía de María Hidalgo desde el 10 de diciembre hasta el 24 inclusive. Interrumpióse los 25 y 26 para el estreno de *El sol del mariano cielo*, que no gustó, y volvieron á escena *Los Cazadores* todo el resto del mes y los trece primeros días del siguiente.

15. ***Celinda***. T. en un acto. S. 1775. *Inédita*.

En la B. M. (1-98-13) hay un manuscrito antiguo con las aprobaciones y licencias de 1.º y 3 de agosto de 1775, para la compañía de Eusebio Ribera. Es imitación de la de Calino.

Cenobia. Véase ***Más puede el hombre que amor***.

16. ***Clementina***. C. con música, en dos actos, verso. (V). 1786.

La música fué compuesta por D. Luis Boccherini, músico de la Real Capilla. D. Vicente Rodríguez de Arellano compuso también una *Clementina* en dos actos, en prosa.

17. ***Competencias de amistad, amor, furor y piedad***. *Comedia heroica y pastoral, para la compañía de Juan Ponce, sacada de la ópera* La Olimpiada *del célebre Abate Pedro Metastasio, y acomodada al teatro español por Don Ramón de la Cruz*. 1769. *Inédita*.

Así el original autógrafo que existe en la B. M. (1-99-12). Está en tres actos, en verso. Las aprobaciones y licencias para su representación muestran que se estrenó en el teatro del Príncipe, por la compañía de Juan Ponce, desde el 24 de diciembre á 6 de enero siguiente. S. la menciona con el título de *La Olimpiada*.

18. ***Complacencia (La) de todos***. Z. 1776. *Inédita*.

No conocida; pero cuya existencia consta por la cuenta original de gastos que hay en la Bib. Nac. *(Papeles de Barbieri)*, según la cual se pagaron á Don Ramón, por la obra, 2.000 reales y 600, por la música, á D. Antonio Rosales.

19. ***Cuadro (El) hablador ó La esposa fiel***. Z. en un acto. 1777. *Inédita*.

B. M. (1-189-7). Autógrafo de 1777 y otro manuscrito con las aprobaciones y licencias de 28 y 29 de junio y 1.º de julio.

Es imitación de la comedia de música francesa *Le Tableau parlant*, letra de Anseaume y música de Grétry, estrenada en París en 1769.

Cuatro años después de estrenada en Madrid el autor la reformó mucho y con el título de *La esposa fiel ó La buena esposa* la presentó de nuevo y fué ejecutada, con *Introducción*, el 3 de julio de 1781, en el teatro del Príncipe, por la compañía de Manuel Martínez.

20. ***Cubo (El) de la Almudena.*** Auto sacramental de Calderón, refundido ó *exornado* por D. Ramón de la Cruz. 1760. *Inédito.*

Consta el hecho en las cuentas del archivo municipal (1-365-2) y que fué representado el 13 de junio de 1760, en el teatro del Príncipe, por la compañía de José Martínez Gálvez.

En la Bib. Nacional hay un manuscrito de este *auto* refundido con letra del siglo XVIII. Probablemente será el de CRUZ.

21. ***Día (El) de campo.*** C. en dos actos, verso (1). 1781.

En el *Indice* del tomo lleva esta nota: «Esta última pieza se representó en casa de la Excelentísima Sra. Condesa-Duquesa viuda de Benavente y Gandía, por las damas y familia de S. E., que la desempeñaron con la mayor gracia, viveza y propiedad, en celebridad de los años del Excmo. Sr. Duque de Osuna, y á este asunto alude la letra del coro final.»

En la B. M. (1-164-18) hay dos manuscritos, uno con variantes autógrafas y con las aprobaciones y licencias para representarse en el teatro, como se hizo en el del Príncipe por la compañía de Joaquín Palomino, el 9 de julio de 1781 y siguientes.

Véase en la parte II de este catálogo: ***De todo y de todo nada.***

22. ***Divorcio (El) feliz ó La Marquesita.*** C. en cuatro actos, verso (VII). 1782.

Sacada de una de las novelas de Marmontel con el propio título.

También se imprimió suelta en Madrid, Librería de Quiroga, 1796, 4.º

Es muy agradable comedia, con cierto dejo sentimental. D. RAMÓN, como de costumbre, se complace en la pintura de algunos tipos madrileños.

Estrenóse, con alguna música de D. Pablo Esteve, el 26 de agosto de 1782, por la noche, en el teatro del Príncipe, por la compañía de Manuel Martínez; y se le pagaron á CRUZ por ella y el sainete que la acompañó 1.500 reales.

Representáronla: *la Tirana (la Marquesa)*, Paca Martínez, Nicolasa Palomera, Josefa Pérez, Vicenta Sanz, Petronila Morales, Rafaela Moro, Rosa García Hugalde y *la Caramba.*

23. ***En casa de nadie no se meta nadie ó El buen marido.*** Z. jocosa, en dos actos, verso (IX). 1770.

Pero antes se había ya impreso suelta con esta portada: *En casa de nadie no se meta nadie ó El buen marido. Zarzuela jocosa, escrita y dedicada al Excmo. Sr. Duque de Alba, D. Fernando de Silva Alvarez de Toledo, etc., etc., etcétera, por D. Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla. La música es del maestro D. Fabián García Pacheco. Con superior permiso. En Madrid. En la Imprenta de Blas Román. Plazuela de Santa Catalina de los Donados. Año de 1770.* 8.º, 136 págs. Sigue la *dedicatoria* y, al final, la *advertencia* y *nota* que hemos copiado más atrás.

Esta zarzuela se estrenó en el teatro del Príncipe, por las dos compañías reunidas, el 28 de septiembre de 1770, y se hizo seguido hasta el 7 de octubre inclusive, en que terminó la temporada de verano. La música existe todavía en la B. M.

24. ***En vano contra el honor lidian encantos y amor: la toma de Jerusalem.*** C. en tres actos, verso. 1773. *Inédita.*

Existe en la B. M. (1-112-1) copia antigua con enmiendas de letra del autor y una licencia para su representación, fechada en Madrid, á 22 de diciembre de 1773, en que también se declara que es de CRUZ. Se estrenó en Navidad y duró hasta Reyes, en el teatro del Príncipe, por la compañía de Eusebio Ribera, y con ella los dos sainetes del mismo autor *El duende* y *La hostería del buen gusto*, habiéndosele pagado por todo 2.700 reales. (A. M. 1-373).

25. ***Esclava (La) reconocida.*** Z. 1769. *Inédita.*

«Ya se vió el año pasado en la *Esclava reconocida*, que duró sólo dos días por no concurrir el público; y con todo eso tan lejos estuvo el autor de ser mudo, que charló infinito en *Las labradoras de Murcia.*» (*Examen tardío, pero cierto*, ya citado; pág. 18).

Efectivamente, en los días 13, 14 y 15 de agosto de 1769 se representó una zarzuela titulada: *La esclava reconocida*, en el teatro del Príncipe, por las dos compañías reunidas, y por ella se pagó al *Ingenio* (no dice quién) 1.500 reales.

Quizá sea la misma que *La linda esclava*, que manuscrita y anónima existe en la B. M. con censura de 1769. Está en tres actos, verso, y será traducción ó arreglo de la ópera italiana *La schiava riconosciuta*, que con música de José Scolari se representó en Venecia en 1766.

26. ***Escocesa (La).*** C. en cinco actos, verso. 1771.

Es traducción de la de Voltaire. Moratín atribuye la traducción á CRUZ.

Se imprimió suelta y anónima en Barcelona, por la viuda de Piferrer, sin año (hacia 1790) y en 4.°, llamándose ya *segunda impresión*.

Fué estrenada en el teatro del Príncipe por la compañía, única entonces, de Martínez, el 21 de junio de 1771.

D. Tomás de Iriarte hizo otra versión en prosa, que se representó en el teatro de los Reales Sitios y fué impresa en 1769 en la Imprenta Real.

27. ***Espigadera*** (***La***). Primera parte. C. en tres actos, verso (IV). 1778.

Se imprimió también suelta en Barcelona, por Carlos Gibert y Tutó, en 4.°, sin año (hacia 1780), y otra vez, en la misma ciudad, por la viuda de Piferrer, también sin año (hacia 1790), en 4.°, y ambas sin nombre de autor.

Compúsola D. Ramón en 1777, y se estrenó, con *Introducción* y *Fin de fiesta*, el 20 de julio de 1778, en el teatro del Príncipe, por la noche y por la compañía de M. Martínez. Gran parte del éxito que esta obra obtuvo fué debido á la ejecución incomparable de la actriz María Josefa Huerta, quien obtuvo en ella el más grande de sus triunfos escénicos. Se pagó por la obra á D. Ramón la cantidad de 3.000 reales, el doble de las demás comedias. Compuso para ella linda música, que todavía se conserva en la B. M., D. Pablo Esteve.

El fin de fiesta con que se acompañó la representación de esta comedia fué el titulado *Los segadores festivos*.

28. ***Espigadera*** (***La***). Segunda parte. C. en tres actos, verso (IV). 1783.

Al año siguiente del estreno de la primera parte, compuso D. Manuel Casal una segunda, que también llevó el título de *Las Vendimiadoras*, y la ofreció á la misma compañía de Martínez. Se la devolvieron, y entonces la entregó á la compañía de Ponce, donde se ejecutó con éxito desgraciado.

Esta segunda de Cruz se estrenó el 7 de noviembre de 1783, en el teatro del Príncipe, por la compañía de Martínez, haciendo *la Tirana* el papel principal.

Llevó una *Introducción*, titulada *La tertulia discreta*, en que se alude á la representación de la 1.ª parte y á la fechoría de Casal. Se pagó á Cruz por ella y la *Introducción* 2.100 reales.

29. ***Eugenia*** (***La***). C. en cinco actos, verso (III). 1772.

Es traducción de la de Beaumarchais, del mismo título.

Antes de pasar á la colección se había impreso suelta en Madrid y en Barcelona: *Corregida y enmendada en esta segunda impresión en el año de 1779, por Carlos Gibert y Tutó*, en 4.°; otra vez en Madrid: *Librería de Quiroga*, 4.°, s. a.; y otra en Barcelona: *Viuda de Piferrer*, en 4.° y también s. a. (hacia 1792).

Dos hermanas de Beaumarchais tenían, en 1762, una tienda de modas en la calle de la Montera, y á ellas, por su apellido, les llamaban *las Caronas*. Con la mayor, Luisa Carón, entabló por aquellos días amorosas relaciones D. José Clavijo y Fajardo, personaje célebre en nuestra historia política y literaria, fundador del periódico afrancesado *El Pensador*; y como luego abandonase á la Carona, vino á Madrid su hermano Beaumarchais, en 1765, con objeto de satisfacerse de Clavijo. La cosa no pasó á mayores, quizá porque el escritor no era rico, y Beaumarchais se volvió á París con el asunto de la *Eugenia*, que es en parte dicha aventura, y la hizo representar el 29 de enero de 1767, siendo su primera obra dramática.

Sobre el mismo escribió Göethe su tragedia *Clavijo*, traducida en castellano por Gustavo Adolfo Becquer, en 1870; Mr. de Marsollier, un drama titulado *Norac y Javolci* (anagrama de *Carón y Clavijo*) y en 1795 se cantó en Madrid la *Eugenia* en ópera con música de Sebastián Nasolini, y el libreto, en prosa, se imprimió en Madrid por Blas Román, en 8.° y 119 págs., con texto italiano y castellano.

La obra de D. Ramón se estrenó el 17 de junio de 1772, por la compañía de Martínez, en el teatro de la Cruz, hasta el 24 inclusive, y volvió á ejecutarse por las dos compañías desde el 5 de septiembre varios días.

Al imprimir Cruz en el tomo III de su *Colección* esta obra, la hizo preceder de una nota en que trata muy mal la otra pieza del autor, titulada *Le mariage de Figaro*, y se escandaliza de que se hubiese representado en París más de 80 veces seguidas, terminando: «¡Qué consecuencias tan evidentes se pudieran deducir de esta reflexión mía para convencer á los obstinados apologistas de los teatros extranjeros, calumniadores absolutos del español, abatir su orgullo pedantesco y hacerles confesar que la novedad y la extravagancia en todas partes triunfan del juicio de los hombres y del decoro público!»

30. ***Extranjero*** (***El***). C. en dos actos, verso (II). 1786.

En su *Colección* le puso el autor este encabezado: «Comedia, con música, en dos actos. Escrita de orden de la Excma. Sra. Condesa-Duquesa viuda de Benavente y Gandía, representada varias veces en el teatro de la casa de S. E. por su familia, y después en el coliseo

del Príncipe por los cómicos de la compañía de Eusebio Rivera. Puso la música el célebre maestro D. Antonio Ponzo, Siciliano.»

Además se imprimió suelta en Barcelona, Imprenta de Carlos Gibert y Tutó, sin año, en 4.º, y en la B. M. hay un ejemplar manuscrito con la música (1-110-8).

En el teatro público fué ejecutada desde el 28 de enero de 1786 hasta el 9 de febrero inclusive.

31. ***Fénix (El) de los hijos.*** «Comedia en dos actos (verso) deducida de una comedia pequeña en un acto, cuyo original es alemán» (VIII). 1772.

Esta comedia fué entregada por D. Ramón á M. Martínez en diciembre de 1772. Fué copiada y pasó á la censura, pero no se representó hasta 1780, inaugurando con ella las funciones de verano. La hicieron las dos compañías en el teatro del Príncipe á principios de julio; y por ella y una *Introducción* que la precedió y un sainete que no conocemos le pagaron al autor 2.000 reales.

En la B. M. (1 30-5) existe el original autógrafo de esta obra, que tiene mucho interés dramático.

32. ***Filósofo (El) aldeano.*** Z. en dos actos, verso. S. 1766.

Se estrenó el 26 de enero de 1766 en el teatro del Príncipe, por la compañía de Nicolás de la Calle, y siguió hasta la conclusión del año cómico, el 11 de febrero, y se repitió otras muchas veces.

El original de esta zarzuela es *Il filosofo di campagna*, ópera italiana que, con música de Galluppi, fué estrenada en Venecia en 1754.

Se imprimió con este título: *El filósofo natural. Zarzuela joco-seria, para representarse en el teatro de la M. I. Ciudad de Barcelona el año 1769, por la compañía cómica de Zaragoza, su autor* (de la compañía) *Carlos Vallés. Dedicada al público. Barcelona. Por Francisco Generas, Bajada de la Cárcel.* 8.º, 80 págs.

Este texto es el mismo que el de D. Ramón de la Cruz, y la música también la misma que se cantó en Madrid en 1766.

33. ***Foncarraleras (Las).*** Z. en dos actos, verso. S. 1772.

En la B. M. se conserva el manuscrito autógrafo (1-187-48), pero sin año ni otra seña alguna. En 1772 fué impresa suelta con este título: *Jugarla del mismo palo y amor puede más que el oro. Zarzuela bufo-cómica de figurón; por otro título Las Foncarraleras. Obra que se está representando en el coliseo del Príncipe, con licencia. Madrid, Antonio Mayoral*, 1772. 8.º

Fué estrenada la noche del 25 de septiembre de dicho año 1772 en el teatro del Príncipe, por las dos compañías reunidas, y duró hasta acabarse la temporada de verano. En diciembre volvió á ponerse varios días en escena, y lo mismo en 1790, con mucha ganancia para la compañía.

La música es de D. Ventura Galván y se conserva en la B. M. de esta villa.

Es distinta del sainete del mismo título.

34. ***Fuerza (La) de la lealtad.*** Z. en un acto, verso (IX). 1789.

Se representó en la Embajada de Portugal, el 28 de septiembre, para festejar la entrada de Carlos IV y jura del Príncipe D. Fernando.

35. ***Hamleto, rey de Dinamarca.*** T. en cinco actos, verso, 1772.

Es traducción de la traducción y arreglo de Ducis de la obra shakespiriana.

Se estrenó el 4 de octubre de 1772, por las dos compañías reunidas, en el teatro del Príncipe. No duró más que cuatro días.

Un ejemplar manuscrito existe en la B. M. (1-118-1) y fué el que publicó D. Carlos Cambronero en la *Revista Contemporánea* hace algunos años.

36. ***Ifigenia.*** C. en tres actos, verso, 1772.

Es la de Cañizares, arreglada ó *exornada*, como entonces llamaban á estas reformas, que solían ser poca cosa.

En las cuentas de las representaciones del Arch. mun. correspondientes al 8 de diciembre de 1772 se dice que Cruz había hecho el *exorno* de esta obra y de la del *Príncipe constante*, de Calderón.

37. ***Indiana (La).*** C. en un acto, verso (VIII). 1781.

Es imitación de *La Jeune Indienne*, de Nicolás Chamfort, y se estrenó el 9 de julio de 1781 en una función de las de verano, que llevó el título colectivo de *De todo y de todo nada*, y se compuso, además, de la comedia *El día de campo* y los sainetes *El padrino y el pretendiente* y *El repente de los cómicos*. Por todo se pagó á Don Ramón 1.500 reales.

38. ***Isla (La) del amor.*** Z. en dos actos, verso. S. 1774.

El original autógrafo en la B. M. (1-188-22) y otro manuscrito con las aprobaciones y licencias fechadas en agosto de 1774.

También se imprimió suelta antes de 1785, según dice Sempere.

En el teatro del Príncipe, se estrenó por las dos compañías reunidas, desde el 12 de Septiembre de 1774 hasta el 18 inclusive.

Es imitación de la ópera italiana *Isola d'amore*, para la que compuso en 1751 música Gaetano Latilla. Pero la española se cantó con música de Antonio Sacchini, que existe todavía en la B. M.

39. ***Isla (La) desierta.*** Z. en un acto, verso. S. 1781. *Inédita.*

Es traducción de *L'Isola disabitata*, de Metastasio.

En la B. M. hay una copia antigua con las aprobaciones y licencias de mayo de 1781. Se estrenó en el teatro de la Cruz, por la compañía de Joaquín Palomino, el día 23 de mayo de dicho año.

40. ***Judit.*** C. 1781.

Comedia antigua, refundida ó arreglada por D. Ramón para representarse por la compañía de J. Ponce, en el teatro de la Cruz, desde el 21 de febrero de 1781 (Véase el sainete *El Novelero).*

La comedia á que se alude será probablemente la del Dr. Felipe Godínez, titulada: *Judit y Holofernes.*

41. ***Labradoras (Las) astutas.*** Z. en dos actos, verso. 1773. *Inédita.*

Se la atribuye á Cruz, García Villanueva, en su *Origen del teatro español*, pág. 295; y, en efecto, en la B. M. (1-187-49) hay un manuscrito antiguo, con la aprobación de 20 de Agosto de 1773, en que se dice es suya.

Es imitación de la ópera bufa italiana *La contadina bizarra*, que con música de N. Piccini fué cantada en Nápoles en 1761. Pero Don Ramón la acomodó muy bien á las costumbres españolas.

Se estrenó á fines de agosto en el teatro del Príncipe por las dos compañías reunidas.

42. ***Labradoras (Las) de Murcia.*** Z. en dos actos, verso. S. 1769.

Se imprimió suelta con este título: *Las labradoras de Murcia. Zarzuela burlesca en dos actos, por D. Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla, etc. Puesta en música por el Maestro Don Antonio Rodríguez de Hita, etc. Para representarse por las compañías de cómicos de esta villa en el Coliseo del Príncipe las noches de Septiembre de este año de 1769. Con licencia del Consejo. En Madrid: en la imprenta de D. Antonio Muñoz del Valle. Se hallará en la Librería de Antonio del Castillo, frente San Felipe el Real.*—8.°, 132 págs.

Esta zarzuela se estrenó con grande y merecido éxito el 16 de septiembre de 1769, por las dos compañías reunidas en el teatro del Príncipe. Duró hasta el 5 de octubre y luego volvió á ponerse otras muchas veces en escena.

43. ***Licenciado (El) Farfulla.*** Z. en dos actos, verso (V). 1776.

Se imprimió además varias veces suelta: una en Valencia, por Martín Peris, 1818, 4.° y posteriormente á su estreno sufrió el arreglo siguiente: *El Licenciado Farfulla. Primerra* (sic.) *parte. Drama original de D. Ramón de la Cruz. Refundido en dos actos, con aumento de varias escenas de cantado, por D. A. S. V. según se executó en esta ciudad por una reunión de señores aficionados en el Carnaval del año 1813. Cádiz: Imprenta de D. Esteban Picardo, calle de la Carne. Año de 1815.* 8.°, 72 págs.

Fué estrenada en Madrid la noche del 1.° de julio de 1776, en el teatro del Príncipe, por la compañía de Ribera. Duró dos semanas seguidas, y luego en diversos años fué representada infinidad de veces.

44. ***Maestro (El) de la niña.*** Z. en dos acto, verso (X). 1778.

También se imprimió suelta en Valencia imprenta de Juan Jimeno, 1826, 4.°.

Fué estrenada el 30 de septiembre de 1778 por la compañía de E. Ribera, con una curiosa *Introducción* (Véase).

Esta tomada de la ópera italiana *Il maestro di musica*, que, con la que le puso A. Scarlatti, se estrenó en París en 1752.

45. ***Mahonesas (Las).*** C. en un acto, verso. S. 1782.

Un manuscrito antiguo de esta obra existe en la B. M. (1-209-54) con este subtítulo: «Escrita con motivo de la conquista de la Isla de Menorca ó Mahón y rendición de su castillo y fuertes por las armas de S. M. Año de 1782.»

La ha impreso modernamente en Palma D. Juan Luis Estelrich.

Fué estrenada por la compañía de Juan

Ponce, al empezar la temporada, y se le pagaron á D. Ramón 600 reales.

46. ***Majestad (La) en la aldea.*** Z. 1767. *Inédita.*

García Parra, en su *Origen*, ya citado, página 295, atribuye á Cruz esta zarzuela, que se representó varios días desde fines de diciembre de 1767, en enero siguiente y otros años; pero nos es desconocida.

Marquesita (La) Véase ***Divorcio (El) feliz.***

47. ***Marta abandonada y Carnaval de Paris.*** C. en tres actos, en verso. 1762. *Inédita.*

En la B. M. existe un manuscrito antiguo de esta comedia, que viene á ser octava parte de la famosa de magia *Marta la Romarantina.*

Estrenada en el carnaval (9 de febrero) de 1762, en el teatro del Príncipe, por la compañía de Agueda de la Calle. Se le pagaron por ella á Don Ramón 1.500 reales y 600 reales más por los dos sainetes que con ella se estrenaron. Púsole música D. José Castell, á quien se le dieron por ésta y la de los sainetes 900 reales (A. m., 1-361-2).

Los dos sainetes fueron los titulados: *La Pragmática* (segunda parte) y *La petimetra en el tocador.*

48. ***Mas poderoso es amor que el encanto y el valor.*** Folla nueva en un acto, verso. 1767. *Inédita.*

En la B. M. existe el autógrafo de esta pieza, que fué estrenada por la compañía de María Hidalgo.

49. ***Más puede el hombre que amor: Querer á dos y ser firme.*** C. en tres actos, verso. 1768. *Inédita.*

El original autógrafo que hay en la B. M. (1-45-3) dice que fué representada por la compañía de Juan Ponce en 1768.

Sempere le da el título de *Zenobia*, porque es traducción de la de este título, original de Metastasio, muy bien hecha y conservando la gracia en los trozos destinados al canto.

D. Gaspar de Zavala escribió una *Cenobia y Radamisto*, impresa en 1799, y antes se había publicado otro *Radamisto y Zenobia. Tragedia. Ofrécela al Teatro español D. A. B. N. Madrid, año 1784: por Hilario Santos Alonso.* 8.°, 85 págs.; pero ésta era traducción de Mr. de Crébillon.

50. ***Mesonerilla (La).*** Z. en un acto, verso. S. 1769.

En la B. M. (1-188-7) hay un manuscrito antiguo de esta zarzuelita á que puso música el maestro D. Antonio Palomino. Se estrenó en la primavera de 1769.

En 1900 fué impresa, con otras piezas del autor, por el Ayuntamiento de Madrid. *(Sainetes inéditos.)*

Murcianas (Las). Z. en dos actos. S.

Son, sin duda, ***Las Labradoras de Murcia***, que Sempere no cita.

51. ***Mustafá triunfante.*** «Comedia heroica. Su autor D. Ramón de la Cruz. Para la compañía de Juan Ponce. Año 1770.» *Inédita.*

Así el ejemplar manuscrito de la B. M. (1-148-2), que lleva de mano de D. Ramón la lista de los personajes. Está en tres actos, en romance endecasílabo.

Se estrenó en el teatro del Príncipe, no por la compañía de Ponce, como el autor lo había destinado, sino por la de María Hidalgo, el 6 de diciembre de 1770.

Es imitación del *Mustafá y Zangir*, de Weisse. No carece de interés dramático y luchan en ella afectos nobles, sobresaliendo el cariño fraternal de Zanghire.

52. ***No hay mudanzas ni ambición donde hay verdadero amor.*** «Comedia nueva. Para la compañía de Juan Ponce. 1767.»

Este es el verdadero título que Cruz dió á su traducción de *Il Ré pastore*, de Metastasio, y más conocida luego con el de *El rey pastor.*

Así consta en el original autógrafo que hay en la B. M. (1-133-10). Está en tres actos, verso, y lleva música.

También se imprimió suelta antes de 1785.

Estrenóse el 25 de diciembre de 1767 en el teatro del Príncipe, por la compañía de Juan Ponce, y duró hasta el 7 de enero.

Olimpiada (La). Véase ***Competencias de amistad.***

53. ***Peregrino (El) en su patria.*** Z. en dos actos, verso. 1766. *Inédita.*

En la B. M. (1-187-41) existe el autógrafo, que lleva este título: «Zarzuela jocosa. Para la compañía de Nicolás de la Calle, año de 1766. Escrita en italiano por *Poliseno Fejejo* y aco-

modada al español por Larisio Dianeo, ambos pastores árcades.»

54. ***Pescar sin caña ni red es la gala del pescar.*** Z. en dos actos, verso. 1765.

«Para la Compañía de Nicolás de la Calle, de D. Ramón de la Cruz.»

Así en el manuscrito, con las aprobaciones de octubre de 1765, en que se dice es, en efecto, suya, en la B. M. (1-187-40). Luego se tituló *Las Pescadoras*.

Fué estrenada en el Príncipe, por la compañía de Calle, el 26 de octubre y duró hasta el 12 de noviembre.

Se imprimió anónima, y parece ser tomada de la ópera italiana *Le Pescatrici*.

55. ***Portentosos (Los) efectos de la Naturaleza.*** Z. en dos actos, verso. S. 1776. *Inédita.*

En la B. M. hay un manuscrito antiguo (1-189-2) de esta obra, que fué estrenada, por la compañía de María Hidalgo, el 12 de junio de 1766 en el teatro de la Cruz. La música, que aun existe, fué compuesta por Scarlatti y reformada por Esteve.

Es imitación de la ópera italiana *Gli effetti della gran madre natura*, que se estrenó en Venecia en 1754.

56. ***Príncipe (El) constante.*** Comedia de Calderón, refundida por Cruz en 1772.

Véase el artículo ***Ifigenia***, en esta misma *Parte I.*

57. ***Prueba (La) feliz.*** C. en un acto, verso (III). 1778.

En la B. M. hay un manuscrito antiguo con las aprobaciones y licencias de 30 de septiembre de 1778, día en que se representó, como sainete de la zarzuela *El maestro de la niña*.

58. ***Puerto (El) de Flandes.*** Z. en un acto, verso. 1781.

Signorelli, pág. 90 del tomo VI de su *Historia crítica de los teatros*, atribuye esta obra á D. R. de la Cruz.

Fué estrenada en junio de 1781.

59. ***Quien complace á la deidad.*** Z. en dos actos, verso. 1757.

Se representó desde el 26 de octubre de 1757 por la compañía de José Parra, y fué impresa con este título:

Nuevo drama cómico-harmónico, intitulado: Quien complace á la deidad, acierta á sacrificar. Escrito por D. Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla. Puesto en música por D. Manuel Pla. Con licencia. En Madrid. En la Oficina de D. Antonio Muñoz del Valle. calle del Carmen. Año MDCCLVII. Se hallará en la Librería de Luis Gutiérrez, calle de la Montera. Su producto es para Nuestra Señora de la Soledad, que se venera en la villa de la Puebla de Montalbán. 4.º; XXVIII—52 págs., más dos hojas para las licencias, erratas y tasa.

Rey (El) pastor. Véase ***No hay mudanza ni ambición...***

60. ***Segadoras (Las).*** Z. en d actos, verso. 1768.

Se imprimió con el siguiente título: *Las segadoras, zarzuela burlesca en dos actos. Por D. Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla, etc. Puesta en música por el Maestro D. Antonio Rodríguez de Hita, etc. Para representarse por las compañías de esta villa en el Coliseo del Príncipe las noches de verano de este año de 1768. Con permiso. En Madrid, en la Imprenta de D. Antonio Muñoz del Valle, calle del Carmen.* 8.º; 119 págs.

En el texto de la vida del autor hemos hablado de esta famosa zarzuela, que fué muchas veces representada.

61. ***Sesostris.*** T. en tres actos, verso. 1767.

Se imprimió varias veces suelta; la primera con la siguiente portada: *Sesostris. Tragedia. Por D. Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla, etc. Representada la primera vez por la compañía de la señora María Hidalgo en el Coliseo de la Cruz, á 24 de octubre de 1767. Madrid, M.DCC.LXVII. Con licencia. En la Imprenta de la Viuda de Eliseo Sánchez, plazuela de Santa Catalina de los Donados.* 8.º; 4 hojas prels., 120 págs. y dos hojas más.

Lleva al fin dos décimas «de D. Diego Rejón de Silva, íntimo amigo del Autor,» y la precede un *Argumento* en prosa, tomado de Herodoto y de Dupin. *(Bib. de los autores prof.)* Vió también una ópera italiana, lo cual declara para evitar discusiones sobre las fuentes.

Hay ediciones de: Barcelona, Carlos Gibert y Tutó, s. a., 4.º; Barcelona, Juan Francisco Piferrer, s. a., 4.º y el título: *No hay virtud sin recompensa ni culpa sin escarmiento. Sesostris, rey de Egipto.*

Es traducción libre del drama de A. Zeno y Pedro Pariati.

62. ***Severo (El) dictador.*** C. en tres actos, verso. 1775.

En la Biblioteca de Menéndez y Pelayo había un manuscrito antiguo con este encabezado: *El severo dictador y el vencedor delinquente, Lucio Papirio y Quinto Fabio. Fiesta teatral que se representó en el Coliseo de la Cruz por la compañía del Sr. Manuel Martínez, el día 24 de diciembre de 1775 por la tarde, y duró 15 días.*

Se imprimió en Madrid, en 1791, cuando se volvió á representar, y se la dió este título: *Comedia heroyca en tres actos. El severo dictador y vencedor delinquente, Lucio Papirio y Quinto Fabio. Escrita en idioma italiano por el famoso poeta Apóstolo Zeno. Representada por la compañía de Martínez en este presente año de 1791. Madrid, Antonio Sanz. 1791.* 4.º; 32 págs.

63. ***Talestris, reina de Egipto.*** T. en tres actos, verso. S. 1771.

Se imprimió en Barcelona, por Carlos Gibert y Tutó, s. a., en 4.º. y un manuscrito antiguo de la B. M. (1-150-4) la titula así: «*1771. Comedia heroica. Entre un hijo y el esposo, antes esposa que madre: Talestris, reyna de Egipto.*»

Es traducción de la *Talestre*, de Metastasio.

No se estrenó hasta el 25 de enero de 1773, en el teatro del Príncipe, por la compañía de Martínez, y siguió hasta el 4 de febrero. Con ella se estrenaron los sainetes: *Los payos y los soldados* y *Las escofieteras.*

64. ***Tambor (El) nocturno,*** Z. en dos actos, verso. 1776. *Inédita.*

Un ejemplar manuscrito de la B. M. (1-148-3) dice: «De Don Ramón de la Cruz.» Lleva las aprobaciones y licencias de 11 á 19 de agosto de 1776.

El original de esta zarzuela es *Il tamburo notturno,* ópera italiana, música de Paisiello, cantada en Nápoles hacia 1773, y con ella se cantó en Madrid y se conserva.

El libreto está tomado de una comedia de N. Destouches, titulada: *Le tambour nocturne ou le mari devin,* estrenada en 1762.

65. ***Tío (El) y la tía.*** Z. en un acto, verso. (V). 1767.

También se imprimió antes suelta con este título: *El tío y la tía. Zarzuela burlesca en un acto. Por D. Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla. La música es de D. Antonio Rosales. Representada por la compañía de Juan Ponce á 28 de noviembre de 1767. Madrid, M.DCC.LXVII. Con licencia. En la imprenta de la Viuda de Eliseo Sánchez, plazuela de Santa Catalina.* (A la vuelta): *Los bayles son inventados y dirigidos por el señor Nicolás Ambrosini.* 8.º, 40 págs. Lleva el reparto.

66. ***Tragedia,*** en un acto, estrenada en 1.º de julio de 1776; la zarzuela *El licenciado Farfulla.* Quizá fuese alguna parodia. (Así resulta de la cuenta de los gastos de la compañía de Ribera que existe en la Bib. Nac. entre los papeles que fueron de Barbieri.)

67. ***Tutor (El) enamorado.*** Z. en dos actos, verso. 1764.

Esta zarzuela, con las demás obras representadas cuando ella, fueron impresas con este encabezado: *Los dioses reunidos ó la fiesta de las musas, prólogo, y el Tutor enamorado, comedia en dos actos y en verso, con arias. Representada en Madrid el día...* (sic). *En casa del Excmo. Sr. Marqués de Ossun, Cavallero de la Orden de Sancti Spiritus y Embaxador Extraordinario de Francia cerca de S. M. C, con motivo del casamiento de S. A. R. Don Pedro Leopoldo, Archiduque de Austria, etc., etc., etc. Puesto en idioma castellano por Don Ramón de la Cruz. La música por D. Luis Misson, de la Real Capilla de S. M. C. Con licencia. En Madrid. En la Imprenta de D. Antonio Muñoz del Valle, calle del Carmen. Año de M.DCC.LXIV.* 4.º, de 215 más 67 págs.

Texto francés (de Mr. Lemonnier) y castellano y una estampa alegórica al principio, grabada por Manuel Salvador Carmona.

A la vuelta, con el rótulo de *Prólogo*, empieza éste con los *Personajes* y ocupa las 12 hojas primeras, sin paginación, y luego sigue una hoja, en cuyo recto dice: *El tutor enamorado, ópera cómica,* y á la vuelta el título en francés, y en la siguiente esta otra portada: *El tutor enamorado, ópera cómica en dos actos.* (Siguen las *Personas.*)

La comedia lleva paginación y llega hasta la 215. Luego, con nuevas portada y numeración, sigue: *Intermedio y fin de fiesta para la ópera cómica El tutor enamorado, escritos por el mismo D. Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla, etc., etc. La música por Don Luis Misson, de la Real Capilla de S. M. C. Impreso igualmente con permisso. Intermedio que sigue al primer acto. Personas* (Las copia).

Acaba en la página 28, y á continuación, con nueva portada: *Las majas de Lavapies, fiesta que concluye todo el espectáculo.*

Y á la vuelta: *Las majas de Lavapies. Personas* (las copia).
Con portada especial hay la *Tonadilla del Cazador*. 15 págs.

68. ***Villanos (Los) en la corte.*** Z. en dos actos, verso. 1767. *Inédita.*

En la B. M. (1-189-1) hay una copia antigua, firmada en Madrid á 23 de junio de 1767, y la aprobación del Vicario, en que declara ser obra de Don Ramón.
Se estrenó el 26 de dicho mes, para empezar, en el teatro del Príncipe, la temporada de verano la compañía de María Hidalgo.

69. ***Zagales (Los) del Genil.*** Z. en un acto, verso (VI). 1769.

Se estrenó el 11 de mayo de 1769, para celebrar el cumpleaños del infante D. Gabriel, hijo de Carlos III, nacido en 1752.
Llevó música de D. Pablo Esteve.

70. ***Zarzuela*** en un acto, estrenada el 1.° de julio de 1776 con *El licenciado Farfulla.*

(Resulta de la cuenta original que existe en la Biblioteca Nacional, entre los papeles de Barbieri.)

PARTE II

SAINETES, ENTREMESES, LOAS, INTRODUCCIONES, INTERMEDIOS Y TRAGEDIAS BURLESCAS

1. ***Abate (El) Diente-agudo.*** Sainete para la compañía de Martínez. S. 1775. *Inédito.*

Irá en esta colección.

2. ***Abate (El) Pirracas ó los currutacos chasqueados.*** 1791.

En la B. M. un manuscrito antiguo (1-162-38) lleva en la parte superior el nombre de Cruz. Impreso suelto: Madrid, 1866. 4.° Dudoso.

3. ***Abates (Los) vengados.*** S.

Desconocido.

4. ***Abates (Los) y las majas.*** S.

A mi juicio no puede ser otro que ***La nochebuena en ayunas.***

5. ***Academia (La) del ocio.*** Segunda parte de ***El Hospital de la moda.*** S , D. 1762.

Va en este tomo.

6. ***Academia (La) de música.*** Sainete para la compañía de Martínez. D. 1776.

Irá en el tomo siguiente.

7. ***Academia (La) particular.*** 1776.

En una cuenta del *autor* Manuel Martínez, de gastos de su compañía en la representación de la comedia, de Valladares, *A suegro irritado nuera prudente*, dice: «A D. Ramón de la Cruz, por el sainete que se ha hecho en la comedia arriba expresada, su título *La academia particular*, 600 reales.» (Bib. Nac., *Paps. de Barbieri.*)
Es probable que este sainete sea el anterior, cuyo manuscrito ológrafo existe en la B. M. (1-181-37).

Aderezo (El) bien pagado. S. Es ***Pagar la burla á buen precio.***

8. ***Adorno (El) del Nacimiento.*** Sainete nuevo. 1770. *Inédito.* Se estrenó el 24 de diciembre de 1770.

Irá en el tomo siguiente.

9. ***Afectos (Los).*** Loa estrenada por la compañía de Juan Ponce en 2 de abril de 1782. *Inédita.*

«Al Sr. D. Ramón de la Cruz, por la *Loa* nueva, intitulada *Los afectos*, 600 reales. Al dicho, por el sainete nuevo intitulado *Los graciosos picados*, 600 reales.—Abril de 1782.—*Ponce.*» (Archivo mun., 1-380 y 381-2.)

10. ***Agente (El) de sus negocios.*** 1762.

Va en este volumen.

11. ***Aguadores (Los) de Puerta Cerrada.*** 1762.

Se estrenó el día 8 de junio de 1762 con el auto sacramental *El pleito matrimonial*, y al mismo tiempo se estrenó el otro sainete, también de CRUZ, *La noche de San Juan*, pagándosele por ambos 700 reales (Arch. mun., 1-361.)
Ambos sainetes son desconocidos.

12. ***Aguas (Las) de Trillo.*** Sainete para la compañía de Martínez. 1787. *Inédito.*

Irá en el tomo 3.º de esta colección.

13. ***Alcalde (El) Boca de verdades.*** S. 1763. *Inédito.*

Va en el presente volumen.

14. ***Alcalde (El) Cabrilla.*** *Primera parte.* Sainete para la compañía de Martínez. 1775. *Inédito.*

Irá en el tomo siguiente.

15. ***Alcalde (El) Cabrilla.*** *Segunda parte.* 1775. *Inédito.*

También irá con el anterior.

16. ***Alcalde (El) contra amor.*** S. 1767. *Inédito.*

Va en el presente tomo.

17. ***Alcalde (El) justiciero.***

Atribuído á CRUZ en el *Catálogo* de Moratín. Impreso suelto: Madrid, 1791, 4.º, y Valencia, Orga, 1811, 4.º El texto de este sainete es defectuoso. Resulta muy corto y parece que faltan personajes. Quizá no sea de D. RAMÓN.

18. ***Alcalde (El) liberal.*** 1764.

Se imprimió anónimo con la comedia *Duelos de amor y lealtad*, de Calderón, representada en el Buen Retiro en las fiestas por el casamiento de la Infanta M.ª Luisa con el después Emperador de Alemania Leopoldo II.
Unido va el sainete titulado *El Mesón del Placer*, y, aunque sin nombre de autor, consta son de CRUZ en las cuentas de su representación, existentes en el Archivo municipal.
El Alcalde liberal es una bufonada de circunstancias, en la que se supone que el alcalde de Aguilarejo, persuadido de que la Infanta en su viaje á Alemania pasará por el pueblo, le prepara fiestas jocosas y ridículas.

19. ***Alcalde (El) limosnero.*** S. 1764. *Inédito.*

B. M. (1-186-44). Copia antigua. Se estrenó el 25 de diciembre de 1764 por la compañía de María Ladvenant.
Es sainete de poco valor. Supone que el alcalde de un lugar recibe del señor de él una gran cantidad para distribuir entre los pobres. El alcalde, después de negar el socorro á un mendigo conocido por tal, y que efectivamente resulta tener más de lo necesario, se lo da á unos petimetres de Madrid, á un hidalgo pobre del pueblo, á un soldado y á unas muchachas para que se casen.

20. ***Alcaldes (Los) de Novés.*** 1768. *Inédito.*

Va incluído en este tomo.

21. ***Almacén (El) de novias.*** 1774.

Irá en la presente colección.

22. ***Amazonas (Las) modernas.*** S.

Es desconocido.

23. ***Amigo (El) de todos.*** S. 1772.

También se incluirá en esta colección.

24. ***Andaluzas (Las).*** 1773. *Inédito.*

B. M. (1-161-8). Autógrafo, con este título, y añade: «Sainete para empezar el año de 1773 la compañía de Ribera, y entremés para el caudal, si parece bien. Amén, amén.»
Es sencillo, corto y frío. Con el título de *Las Andaluzas y Manolo*, hay un sainete impreso en Valencia, Estevan, 1816, 4.º, que nada tiene de común con el presente.

25. ***Asilo (El) del Placer y la Justicia.*** *Inédito.*

Manuscrito autógrafo sin fecha, en el archivo de la casa ducal de Osuna. Además del título dice: «Loa heroica místico-alegórica á los días de la Excma. Señora, mi señora, D.ª Lucrecia María Pío de Saboya, Condesa de Puñonrostro, á cuios pies la ofrece D. Ramón de la Cruz. Para representarse en el Religiossisimo Combento de las Señoras del Orden de Calatrava de Madrid.»

Es una loa religiosa, por el estilo de las de Calderón. Celebra y pondera el convento y á la protagonista.

26. ***Audiencia (La) encantada.*** 1771. *Inédito.*

B. M. (1-151-6). Autógrafo de 1771. Dice que fué escrito para la Navidad. Es inverosímil y de circunstancias temporales.

No tiene argumento. Un alcalde ebrio, cree estar en su casa y dormitorio y se desnuda en la calle y entrega sus ropas á dos gitanos. Presos éstos, en unión de dos gitanas compañeras, ellas, con sus hechizos, hacen que, en la audiencia que el alcalde celebra al día siguinte, todos sientan impulsos de cantar, convirtiendo el acto en ridículo. Termina con una tonadilla.

27. ***Avaricia (La) castigada.*** 1762. *Inédito.*

Así éste como otro de igual título que Moratín atribuye á D. Ramón de la Cruz van en el tomo presente. El segundo se ha impreso muchas veces.

28. ***Baile (El) de repente.*** S. 1777. *Inédito.*

Se incluirá en esta colección.

29. ***Baile (El) en máscara.*** 1768. *Inédito.*

También figura en nuestra colección.

30. ***Baile (El) sin mescolanza.*** S. 1783. *Inédito.*

Irá en uno de los tomos siguientes.

31. ***Bandoleros (Los) sin armas.*** 1775. *Inédita.*

Loa para empezar la temporada del año 1775 la compañía de Eusebio Ribera.

B. M. (1-187-20). Autógrafo de dicho año.

Por una mala inteligencia, creen un momento los cómicos de Ribera que éste quiere hacerse, con ellos, salteador de caminos, cuando lo que el *autor* quería decir era que estaba resuelto, contando con su concurso, á robar al público la voluntad y los aplausos

La cuenta de su representación dice (A. m.): «Por la loa y sainete de empezar, su autor D. Ramón de la Cruz, 1.000 reales. *Ribera.*»

El sainete fué el de *Las naranjeras en el teatro.*

32. ***Bandos (Los) del Avapiés y venganza del Zurdillo.*** D. 1776.

Irá en el tomo siguiente.

33. ***Baños (Los) inútiles.*** Fin de fiesta. S. 1765. *Inédito.*

Impreso en este volumen.

34. ***Barbero (El) ó El mal padre.*** S. D. 1764.

También incluído aquí.

Baronesa (La). Véase ***La Soberbia castigada.***

35. ***Batida (La).*** 1761. *Inédito.*

Se hallará en este tomo.

36. ***Bella (La criada).*** S. 1768. *Inédito.*

También se incluye aquí.

37. ***Bella (La) madre.*** 1764. *Inédito.*

Igualmente se ha impreso en este tomo.

38. ***Bellas (Las) vecinas ó Casa de linajes.*** Con este segundo título, S. 1767.

Va también en el presente volumen.

39. ***Bien (La) recomendada.*** 1784. *Inédito.*

B. M. (1-162-17) Copia antigua con las licencias y aprobaciones de 3 y 4 de Septiembre de 1784.

Sainete de costumbres de teatro, escrito para la primera salida de la actriz Vicenta Ronquillo, cuyas gracias personales, voz y habilidad musical en el salterio se ponderan. Hay recibo del autor y se le pagaron 600 reales.

40. ***Boda (La) de Chinita.*** 1774. *Inédito.*

Irá en el siguiente volumen.

41. ***Boda (La) del cerrajero.*** 1770. *Inédito.*

También se incluirá en el segundo volumen.

42. ***Botellas* (*Las*) *del olvido*.** S. D. 1772.

Además se imprimió suelto otras veces: Valencia, José Ferrer de Orga, 1816, 4.°; Valencia, Imprenta de Estevan, 1816, 4.°

Se estrenó por la compañía de Ribera antes de julio de 1772. Como todos los sainetes alegóricos, tiene poco valor. Por eso y por ser tan vulgar y conocido no lo reimprimimos.

43. ***Botillería* (*La*).** S. 1766.

Va en el presente volumen.

***Buñuelo* (*El*).** Véase ***Muñuelo* (*El*).**

44. ***Burlador* (*El*) *burlado*.** 1775.

B. M. (1-162-5). Autógrafo de 1775. Impreso por Durán, y suelto: Valencia, por Estevan, 1813, 4.°

El impreso suelto lleva este lema burlesco:

> Un amigo de las damas,
> mucho más que de su seso,
> para que no queden frescas
> les presenta este refresco.

Una dama castiga á un petimetre casquivano que corteja á todas las mujeres que ve y les ofrece matrimonio, fingiendo que le envenena en un vaso de horchata, por celos y despecho. Otras víctimas asisten á la burla y celebran el terror del pícaro tenorio. Es pieza de poco fuste.

45. ***Caballero* (*El*) *de Medina*.** S. 1764.

Va en el presente volumen.

46. ***Caballero* (*El*) *Don Chisme*.** S. *Inédito.*

También figura en el tomo presente.

47. ***Café* (*El*) *de máscaras*.** D.

Lo incluiremos en el último volumen, por no constar su fecha.

48. ***Café* (*El*) *extranjero*.** S. 1778.

Irá también en esta colección, en su volumen segundo.

49. ***Calceteras* (*Las*).** S. 1774.

Entrará en el siguiente volumen.

50. ***Calderero y vecindad*.** D. 1777.

También irá en el volumen segundo.

51. ***Capilla* (*La*) *de los cómicos*.** S.

Desconocido.

52. ***Careo* (*El*) *de los majos*.** 1779. *Inédito.*

Va en este tomo.

53. ***Casa* (*La*) *de campo*.** 1779. *Inédito.*

B. M. (1-153-26). Autógrafo con el rótulo de «*La Casa de campo*. Introducción á la comedia intitulada *La Espigadora*. Para la compañía de Martínez. 1779.» Otro manuscrito, copia, lleva las aprobaciones y licencias de 16 á 18 de julio del mismo año. Hay el recibo del autor por 600 reales. (A. m., 1-375.)

54. ***Casa* (*La*) *de linajes*.** S. 1761. *Inédito.*

B. M. (1-186 64). Copia antigua con las aprobaciones y licencias de 14 á 22 de noviembre de 1761.

Lleva el nombre de *entremés*, y se estrenó por la compañía de María Hidalgo. Es pieza grosera y tosca: se conoce que pertenece á la primera época de nuestro autor.

La censura de D. Nicolás González Martínez dice que ridiculiza á un bailarín *del otro teatro*.

Calderón compuso un entremés de igual título, pero muy diferente en el texto.

55. ***Casado* (*El*) *por fuerza*.** S. 1767.

Es traducción abreviada de *Le Mariage forcé*, de Molière.

Se imprimió suelto varias veces: Madrid, 1791, 4.°; Valencia, Mompié, 1814, 4.°; Madrid, Antonio Sanz, s. a., 8.°; Valencia, Estevan, 1814, 4.°

Se estrenó el 28 de febrero de 1767, por la compañía de Nicolás de la Calle.

56. ***Casamiento* (*El*) *desigual*.** S. 1769.

Se imprime en el tomo segundo de nuestra colección.

57. ***Casero* (*El*) *burlado*.** S. 1765.

Va en el tomo presente.

58. ***Castañeras (Las) picadas.*** 1787.

Se incluirá en el tomo tercero de nuestra colección.

59. ***Caza (La) de lindas.*** 1775. *Inédito*

B. M. (1-153-2). Copia antigua con las aprobaciones y licencias de 2 y 4 de octubre de 1775. Según el recibo, se estrenó por la compañía de Martínez, este último día, y se pagaron por él al autor 500 reales. Tiene muy poco interés.

60. ***Cazador (El).*** Tonadilla. 1764

Es la única tonadilla auténtica que conocemos de Don Ramón de la Cruz. Se imprimió con el *El tutor enamorado* (Véase la *Parte 1* de este catálogo).

61. ***Celos (Los) aparentes.*** 1778. *Inédito.*

Se imprimirá en el tomo segundo de esta colección.

62. ***Cena (La) á escote.*** 1779.

También figurará en el lugar correspondiente.

63. ***Centinela (La).*** S. 1764.

Desconocido.

Debe ser el que se representó el 28 de agosto de 1764 por la compañía de María Ladvenant en el teatro del Príncipe, pues lleva el mismo título, aunque en la nota del Archivo municipal no se nombra al autor.

64. ***Cesta (La) del barquillero.*** 1778. *Inédito.*

Consta que fué estrenado este sainete por la compañía de Martínez el 7 de febrero de 1778, cuando la tragedia *Numancia destruída*, de don Ignacio López de Ayala. Por él y una *Introducción* á la misma tragedia se dieron á D. Ramón 1.000 reales.

El sainete es descononocido.

65. ***Cid (El) de los cómicos.*** 1774. *Inédito.*

B. M. (1-183-25). Autógrafo de dicho año y otro manuscrito con las aprobaciones y licencias.

Se estrenó el 10 de junio de 1774 por la compañía de Ribera.

El asunto es que las mujeres de la compañía se rebelan contra sus compañeros y quieren trabajar sin ellos. Estos se atemorizan, porque confiaban en *Chinita*, el gracioso, que á la sazón estaba enfermo. Pero así y todo le sacan á escena y vence la resistencia de las damas.

66. ***Civilización (La).*** S. 1763. *Inédito.*

Va impreso en el presente tomo.

67. ***Cochero (El) y Monsieur Corneta.*** 1767.

También figura en este volumen.

68. ***Cocinero (El).*** 1769. *Inédito.*

Igualmente se hallará en el tomo segundo de estos sainetes.

69. ***Coliseo (El) por de fuera.*** 1782. *Inédito.*

Se publicará en esta colección y lugar correspondiente á su fecha.

70. ***Comedia (La) casera.*** dos partes. 1766.

Ambas se hallarán en el presente volumen.

Comedia (La) de carpinteros.

Es el mismo que el titulado: ***Junta de aficionados para elección de comedias.***

71. ***Comedia (La) de Maravillas.*** S. 1766.

Se halla en este primer volumen.

72. ***Comedia (La) de Valmojado.*** S. 1772. *Inédita.*

Se imprimirá en el segundo tomo.

73. ***Cómica (La) inocente.*** 1780.

También figurará en su correspondiente lugar.

Cómicos (Los) cautivos. 1782. Véase ***Cómicos en Argel.***

74. ***Cómicos (Los) en Argel.*** S. 1782.

Irá en esta colección.

75. *Cómicos (Los) poetas*. 1776. *Inédito.*

B. M. (1-183-45). Copia antigua con las aprobaciones y licencias de 7 y 8 de febrero de 1776. Fué estrenado en Carnaval por la compañía de E. Ribera.

Es un capricho del tiempo que, mejor que para leído, sería para visto, sobre todo en su segunda mitad, por el canto y baile.

76. *Cómo han de ser los maridos*. 1772. *Inédito.*

Se hallará en el tomo segundo de nuestra colección.

77. *Compañía (La) obsequiosa*. Dos partes. 1779. *Inédito.*

B. M. (1-184-26). Copia antigua con aprobaciones y licencias de 25 y 26 de noviembre de 1779. Este sainete fué escrito para la primera función que en la compañía de Martínez dió la actriz Josefa Figueras, con la particularidad de que en él no figura, aunque se habla de ella todo el tiempo. En el mismo día se hizo la *segunda parte*.

Esta es autógrafa. B. M. (1-183-67).

Como se ve, el interés de ambos es muy restringido.

78. *Competencia (La) de graciosos*. 1777. *Inédito.*

Se imprimirá en el tomo siguiente.

79. *Contraste (El) de los talentos*. 1764.

Hállase incluído, así como el titulado *Los jardines del Buen Retiro*, en la edición del *Dómine Lucas*, de Cañizares, que se representó en 1764, en las fiestas de boda de la infanta María Luisa, hija de Carlos III, con el archiduque, después emperador de Alemania, Leopoldo II, en 1764, y se imprimió en el mismo año.

Aunque los sainetes se publicaron anónimos demuestran que uno y otro son de Cruz las cuentas que de su representación existen en el Archivo municipal.

El contraste de los talentos es una serie de regalos que el gobernador de un pueblo ofrece á los vecinos, y en donde cada cual escoge el objeto que le parece: muchos superfluos ó inadecuados, con que se prueba que no tienen talento. Termina el sainete con un baile á cuatro parejas, simbolizando las *cuatro* partes del mundo.

80. *Convalecientes (Los)*. 1768. *Inédito.*

Puede verse en el presente volumen.

81. *Convite (El) de Martínez*. 1784. *Inédito.*

Irá en el tomo postrero de nuestra colección.

82. *Cortejo (El) escarmentado*. 1773.

Se hallará en el tomo segundo.

83. *Cortejo (El) fastidioso*. 1776.

También se hallará en el tomo segundo.

***Criados (Los) simples*.** Véase ***El tordo hablador*.**

84. *Crítica (La)*. Primera parte. S. 1762.

Va impresa en este tomo.

85. *Crítica (La)*. Segunda parte. 1770-1779. *Inédito.*

Se publica en el tomo segundo.

86. *¿Cuál es tu enemigo?*

En el tomo segundo de nuestra colección.

87. *Cuatro (Los) barrios*. S. 1770.

En *La Crítica* (segunda parte) se presentan en escena, cuatro majas en representación de los *cuatro barrios* madrileños de la majería, en esta forma:

MARTÍNEZ.	¿Quién son ustedes, sepamos?
NICOLASA.	*La Usia*, por el *Barquillo*.
LA PÉREZ	*La Ronda*, por el *Rastro*.
LADVENANA.	*La Tilde*, por *Maravillas*.
MARIANA.	Y por el insigne barrio de *Lavapiés*, yo, que no me acuerdo cómo me llamo.

Debió de cambiar Don Ramón el título á este sainete cuando en 1779 lo refundió é hizo representar con el título de *La Crítica*.

En su primera forma, en caso de que sean uno mismo, nos es desconocido.

88. *Cuatro (Las) novias*. 1773. *Inédito.*

Se imprimirá en el tomo correspondiente.

89. ***Curiosa (La) burlada.*** 1776.

También se dará el verdadero texto en su lugar.

90. ***Chasco (El) de los aderezos.*** S. 1765.

Lo hemos dado en el presente volumen.

91. ***Chasco (El) de los cesteros.***

Se imprimirá en el tomo postrero de nuestra colección.

92. ***Chico (El) y la Chica,*** 1778.

También irá en su lugar.

93. ***Chinita en la aldea.*** 1767. *Inédito.*

Ya lo hemos impreso en este tomo.

94. ***Chirivitas el yesero.*** 1776.

Durán lo imprimió como de don Ramón de la Cruz. Suelto y anónimo se imprimió en Madrid, s. a., en 4.º, y Madrid, 1791, 4.º, y en otras partes.

En un manuscrito antiguo de la B. M. (1-153-18) se atribuye á D. Sebastián Vázquez, de quien será, probablemente.

Es una imitación muy servil de los sainetes titulados *El mal casado* y *El picapedrero.*

95. ***Chupa (La) bordada.*** S. 1777.

Desconocido.

Por referencias de dos *Introducciones* de 1777 y 1778 sabemos que corresponde al primero de dichos años; que fué muy aplaudido y celebrado después, y que era moral y serio, parecido al *Sueño* y *Pagar la burla á buen precio.* Se estrenó en carnaval.

Damas (Las) defendidas. Véase ***Las Mujeres defendidas.***

96. ***Damas (Las) finas.*** 1762. *Inédito.*

Ya no lo es, por estar impreso en el presente volumen.

97. ***Damas (Las) apuradas.*** 1774.

Se publicará en el tomo que sigue.

98. ***Danzantes (Los) sin tamboril.*** S.

Desconocido.

99. ***De tres á ninguno.***

Irá al final, por no constar su fecha.

100. ***De tres ninguna.*** 1771. *Inédito.*

Impreso en el tomo segundo.

101. ***Desconfiados (Los).*** 1774. *Inédito.*

B. M. (1-183-5). Copias antiguas, una con enmiendas de mano del autor. Se estrenó, por la compañía de Eusebio Ribera, el 3 de abril de 1774. En 1776 lo modificó el mismo Don Ramón, para empezar con él la temporada de invierno la compañía de Manuel Martínez. Pero quizás aun antes de 1774 se había estrenado, pues una copia antigua dice que «es para la compañía de la señora María Hidalgo», que dejó de ser *autora* en 1770. Vale poco.

102. ***Deseo (El) de seguidillas.*** S. 1769.

Está en el tomo segundo.

103. ***Deseos (Los) malogrados.*** 1776. *Inédito.*

B. M. (1-163-34). Autógrafo de dicho año, para la compañía de Eusebio Rivera.

Es muy malo. Una nota del manuscrito original dice: «Este sainete se hizo el día 30 de septiembre, y apestó de tal suerte, que no le dexaron acabar».

104. ***Despechados (Los).*** 1760. *Inédito.*

B. M. (1-163-46). Copia antigua (de 1760) con enmiendas de mano de su autor.

El asunto es el mismo que el del *Hospital de la moda.*

105. ***Despedida (La).*** S. 1780. *Inédito.*

Irá impreso en el tomo correspondiente.

106. ***Despedida (La) de los cómicos.*** S. 1770. *Inédito.*

B. M. (1-154-52). Autógrafo de dicho 1770, y para la compañía de Juan Ponce.

Fué estrenado en carnaval, y es cuadro de costumbres teatrales, sin mayor interés.

107. ***Despropósitos (Los).*** 1786. *Inédito.*

Se publicará en el tomo tercero.

108. *Destinos (Los) errados.* S. 1765. *Inédito.*

Queda impreso en el tomo presente.

109. *Devoción (La) engañosa.* 1764.

Queda impreso en este volumen.

110. *Diablo (El) autor y aburrido.* S. 1779. *Inédito.*

Se imprimirá en el tomo correspondiente.

111. *Diálogo cómico.* 1746.

Lo compuso á los quince años de edad, como el mismo D. Ramón asegura, y se imprimió en Granada, sin noticia de su autor.
Hoy es desconocido.

112. *Dioses (Los) reunidos ó La fiesta de las Musas.* *Prólogo* de la representación del *Tutor enamorado* (Véase en la *parte I*). 1764.

Se estrenó en casa del Marqués de Ossun, embajador de Francia. No tiene valor especial.

113. *Discreta (La) y la boba.* 1787.

Se dará en el tomo último de nuestra colección.

Disimular para mejor su amor lograr. Véase ***El tordo hablador.***

114. *Don Chicho.*

Se dice que este sainete es de Cruz en el *Diario de Madrid*, del 20 de enero de 1804; pero en un manuscrito antiguo de él, que se halla en la B. M., se afirma que es original de D. Gaspar de Zavala y Zamora. Sea de quien quiera, vale poco.

115. *Don Quijote.* 1768. *Inédito.*

«Una de las aventuras de Don Quijote de la Mancha. *Intermedio* primero de la zarzuela *Briseida*, reducida á sainete ó breve comedia en un acto.» Adviértelo así D. Ramón en la portada de su *Briseida;* pero no hemos logrado ver esta pieza, que habrá recogido su autor porque fué mal recibida.

Don Soplado. Es ***El petimetre.***

116. *Doncella, viuda y casada.* S. 1775.

Se dará en el tomo segundo.

117. *Donde las dan las toman ó Los zapateros y el renegado.* S. 1775

Irá en el mismo tomo.

118. *Dos (Las) embarazadas.* 1780. *Inédito.*

Entrará en esta colección.

119. *Dos (Los) libritos.* 1777.

También irá en ella.

120. *Dos (Los) sacristanes.* 1775.

Desconocido por hoy.
Se estrenó antes del Carnaval, según el recibo original que existe, fechado á 13 de febrero, de 2.700 reales por la comedia del *Severo Dictador,* de este sainete y del titulado *Donde las dan las toman.*

121. *Dos (Las) viuditas.*

Irá al final de la colección.

Duda (La) satisfecha.

Este sainete, que publicó Durán, no es de don Ramón de la Cruz, sino de D. José López de Sedano, como lo prueba el recibo de éste, que se conserva original, y el ejemplar manuscrito del Archivo municipal (1-184-43).

Duende (El). Véase ***Gracioso engaño creído.***

122. *Duende (El).* 1773. *Inédito.*

Es distinto del que imprimió Durán con este título. Se imprime en el tomo segundo.

123. *Elección (La) de cortejo.* 1767. *Inédito.*

Está impreso en este tomo.

124. *Elefante (El) fingido.* 1773. *Inédito.*

Se publica en el segundo tomo.

125. ***Embarazada (La) ridícula.*** 1767.

Figura en este volumen.

126. ***Enemigo (El) de las mujeres.*** S.

Desconocido.

127. ***Enferma (La) del mal de boda.*** S. 1757. *Inédito.*

Impreso en este tomo.

128. ***Enfermo (El) fugitivo.*** 1773.

Se imprimirá en el tomo segundo.

129. ***Ensayo (El) casero.*** Dos partes. S.

Quizá sea *La comedia casera.*

130. ***Ensayo (El) con empeño.*** S.

Desconocido.

131. ***Entierro (El) de la compañía de Ribera.*** 1776.

Irá en el volumen de su año.

132. ***Escarmiento (El) sin daño y la paya madama.*** 1786.

B. M. (1-155-47). Autógrafo de dicho año, y otro manuscrito con las aprobaciones y licencias de 17 y 18 de mayo de 1786.

Impreso suelto anónimo en Madrid, Librería de Quiroga, 1800, 4.°, y Madrid, Viuda de Cuesta, s. a., 4.°, ambos textos defectuosos.

Lo estrenó la compañía de Martínez.

Como su título indica, son dos las acciones. La primera, corregir, por los celos, descuidos de cierto Tiburcio, aficionado al juego y al vino acerca de su mujer, y la segunda, castigar á un viejo notario que aspira á casarse con una jovencita aldeana, á quien pretende también un caballero cortesano y joven. No tiene interés.

133. ***Escofieteras (Las).*** 1773.

Se imprime en el siguiente volumen.

134. ***Escrúpulos (Los) de las damas.*** S. 1773.

Se imprime en el mismo tomo.

135. ***Escuela (La).*** Catálogo de Moratín.

Desconocido.

136. ***Espejo (El) de la moda.*** S. 1782.

Se imprimirá en el tomo correspondiente.

137. ***Espejo (El) de los padres.*** 1767. *Inédito.*

Va en este presente tomo.

138. ***Estuche (El).*** «Intermedio en cuatro partes para una fiesta de cinco actos.» 1778. *Inédito.*

B. M. (1-155-38). Sólo la cuarta parte es autógrafa, y los intermedios lo fueron de la comedia *El malgastador*, que empezó á representar en el Príncipe, el 1.° de septiembre de 1778, la compañía de Martínez.

Las cuatro piezas son en el fondo la misma. Se reduce todo á las burlas que un galán, ayudado de su criado, que imita los pájaros y otros animales, hace á un viejo tío de la joven á quien ama, para burlar la vigilancia de aquél. Al fin, con el matrimonio se arregla todo.

139. ***Examen (El) de la forastera.*** 1771. *Inédito.*

Se publica en el tomo que sigue á este.

140. ***Fachenda (El).***

Mencionado en una crítica satírica de *Las labradoras de Murcia*, añadiendo que este sainete fué tomado de la comedia de Iriarte *Hacer que hacemos.*

Desconocido.

Falsa (La) devoción. S.

Título primitivo que en los manuscritos con sus aprobaciones (B. M., 1-166 10) y en la lista de S. lleva el sainete que después rotuló el mismo autor ***La devoción engañosa.***

141. ***Falsa (La) devota.*** 1783.

Irá en el tomo de este año.

142. ***Familia (La) nueva.*** 1772. *Inédito.*

Se estampará en el tomo segundo.

143. ***Fandango (El) de candil.*** 1768.

Va incluído en este tomo.

144. ***Fantasma (La).*** S. 1770.

Se imprime en el tomo siguiente.

145. ***Farsa (La) italiana.*** 1770. *Inédito.*

En el mismo tomo.

146. ***Fastidiosos (Los).*** S. 1775.

También irá en dicho tomo.

147. ***Feria (La) de la Fortuna.***

Irá en el último volumen.

148. ***Feria (La) de los poetas.*** 1777. *Inédito.*

B. M. (1-155-19). Autógrafo de dicho año y otro manuscrito con las aprobaciones y licencias.

Se estrenó, por la compañía de Martínez, el 30 de marzo de 1777, en la inauguración del año cómico.

La idea de este sainete ofrece más que resulta de la ejecución. Supone que un caballero muy rico recoge en una casa especial á todos los poetas y atiende á su subsistencia para que escriban con libertad. Un día se verifica una feria ó mercado de obras, donde se venden á bajo precio todas las que habían compuesto: tragedias, comedias, zarzuelas, sainetes, tonadillas, poesías líricas á diversos asuntos, etc. Pero el repeso crítico satírico de estas obras no es tan agudo como pudiera esperarse del autor.

149. ***Fiesta (La) de Navidad.*** 1777. *Inédito.*

Consta su existencia por un recibo del autor fechado á 12 de enero de 1778. La fiesta constaba, al parecer, de varias obras.

150. ***Fiesta (La) de los novillos.*** 1769. *Inédito.*

Se publicará en el tomo segundo.

151. ***Fiesta (La) de pólvora.*** S. 1769.

Va en el mismo tomo.

152. ***Fiestas (Las) útiles y de repente.*** 1789.

Irá en el tomo último.

153. ***Fin de fiesta.*** Sin título. 1764.

Se hizo con la zarzuela *Los Cazadores*, el 20 de enero de 1764, en casa del Embajador de Nápoles, en los desposorios de la infanta María Luisa.

Gran parte de este sainete está destinado á ensalzar á Carlos III como rey de Nápoles y á su hijo y sucesor en aquel estado y á los novios, causa de la fiesta. Lo demás se reduce á murmurar las dos primeras damas de las otras dos, robar un bolsillo y salir las majas cantando seguidillas.

154. ***Fin de fiesta.*** 1785.

Se representó cuando la comedia *La subordinación militar*. Consta por un recibo del mismo autor, existente en la Bib. Nacional. (*Paps. de Barbieri.*)

155. ***Fineza (La) en los ausentes.*** S. 1767.

Figura en el presente volumen.

156. ***Fingida (La) Arcadia.*** 1758. *Inédito.*

Se incluye en este tomo.

157. ***Foncarraleras (Las).*** 1769. *Inédito.*

En el tomo segundo se imprimirá.

158. ***Fonda (La) del Escorial.*** 1790. *Inédito.*

Se incluirá en el último tomo.

159. ***Forastero (El) prudente.*** S. 1780. *Inédito.*

B. M. (1-149-12 y 1-155-15). Copias antiguas, con las aprobaciones y licencias de 9 á 15 de junio de 1780. Compañía de Juan Ponce.

Un joven que viene á Madrid á un pleito rehuye toda conversación con las mujeres, á punto de que en una visita, porque la dama le habla con algún afecto, se escapa, sin más ni más. No se ve claro el fin que el autor se propuso.

Hablando de algunas vendedoras de flores, dice el huraño mancebo al oir á una gritar:

¡A ochavito, ramilletes!
ROBLES. Yo no sé como el gobierno
permite que anden por ahí
estas mozas, embistiendo
con las flores, las naranjas...
¡Y persuaden con un cierto
airecillo algunas, unos
ojos dulces ..! Yo confieso
que no soy para Madrid

160. ***Frioleras (Las).*** 1764.

Queda impreso en este tomo.

161. ***Fuente (La) de la felicidad.*** 1765. *Inédito.*

También le hemos publicado en el mismo.

162. ***Función (La) completa.*** S. 1772. *Inédito.*

En el tomo segundo irá impreso.

163. ***Galán (El) viejo.*** 1773. *Inédito.*

B. M. (1-155-2). Autógrafo de dicho año 73. Para la compañía de Martínez.

Sainete de enredo y no mucha gracia. Disfrázase un galán de viejo para lograr la mano de cierta muchacha á quien su padre la tiene ofrecida, y para ayudar á un su amigo á conseguir la de la hermana de ella. El falso viejo simula que bailando le da un ataque mortal, y obtiene del padre que conceda la novia á un apuesto sobrino allí presente, y á él mismo la otra hija.

164. ***Gallegas (Las) celosas.*** 1790. *Inédito.*

B. M. (1-166-14). Dos copias antiguas; una con las aprobaciones y licencias de 20 y 21 de mayo de 1790 y el complemento de título, que dice: «Fin de fiesta nuevo para la comedia *El viejo y la niña*. Para la compañía de Ribera. Su autor don Ramón de la Cruz y Cano. Año de 1790».

Es uno de los más extensos sainetes que he visto. Tiene poca viveza. Unas segadoras gallegas entran en un pueblo de Castilla buscando á sus maridos, que se habían quedado en los lugares á donde habían venido á segar. Los hallan y se los llevan.

165. ***Gallego (El) burlado.*** 1776. *Inédito.*

Irá en nuestra colección.

166. ***Garzón (El) fingido.*** S.

Desconocido.

Giganta (La) en Madrid. S. Es, sin disputa, ***La boda de Chinita.***

167. ***Garrido celoso.*** 1784. *Inédito.*

Irá en uno de los tomos siguientes.

Gigantones (Los). S. Es ***El sarao de Chinita***, sin duda alguna.

168. ***Gitana (La) pastora.*** «Tonadilla compuesta por D. Ramón de la Cruz». 1784. *Inédita.*

Desconocida. Se la menciona en una nota manuscrita que hay en los papeles de Barbieri existentes en la Bib. Nacional.

169. ***Gitanilla (La) honrada.*** 1776. *Inédito.*

B. M. (1-166-16). Autógrafo de dicho año; Bib. Nac. (T-7-10) copia con las censuras originales de 20 y 24 de mayo, día éste en que se estrenó por la compañía de Ribera.

Otro sainete, titulado *La gitanilla*, se representó por la compañía de María Hidalgo, el 26 de julio de 1763. Quizá sea el de 1776 refundición de él.

Es muy mediano. Una gitana joven, para embobar á cierto tahonero avaro, viste de oso á *Chinita*, quien, en son de acariciar al tahonero, le quita el reloj, el bolsillo de dinero y otras alhajas. La misma gitana finge luego devolverle estos objetos por arte mágica y el tahonero se casa con ella.

170. ***Gitanillas (Las).*** 1770. *Inédito.*

Va en el tomo siguiente.

171. ***Gitanos (Los) festivos.*** 1780. *Inédito.*

También irá en esta colección.

172. ***Gozo (El) en el pozo.*** 1776.

Con este título «y el muerto resucitado» hay tres copias antiguas en la B. M. (1-155-1) sin nombre de autor, sin fecha ni aprobaciones más que una muy posterior de 1824. Sin embargo, Durán lo imprimió como obra de nuestro poeta.

En la duda, y porque el sainete vale poco, lo hemos dejado fuera.

173. ***Gracioso engaño creído del duende fingido.*** 1777.

Irá en nuestra colección.

174. ***Gracioso (El) picado.*** 1782. *Inédito.*

También lo incluiremos.

175. ***Guante (El) de la nueva.*** 1772. *Inédito.*

B. M. (1-184-55). Copia antigua con las aprobaciones y licencias de 18 abril de 1772.

Se estrenó al día siguiente por la compañía de Martínez.

En las cuentas del Arch. Mun. (1-353-1) consta se pagaron por este sainete á DON RAMÓN 100 reales y 300 más por la *Loa* de este año.

El sainete vale muy poco.

176. ***Hablador (El)***. S. 1773.

Lo daremos en esta colección.

177. ***Hambriento (El) de Nochebuena***. 1763.

Queda impreso en el presente volumen.

178. ***Heredero (El) loco***. S. 1772.

Irá en el tomo que sigue.

179. ***Hijito (El) de vecino***. 1774.

También figurará entre los escogidos.

180. ***Hijos (Los) de la paz***. 1784.

En el tomo V de su colección lo imprimió el autor con el título de «Comedia en un acto. Con que ha de concluir la fiesta de *Las bodas de Camacho el Rico*, que representó la compañía de Manuel Martínez, con motivo de la paz y feliz nacimiento de los Infantes gemelos Carlos y Felipe».

Esta representación se hizo en el teatro de la Cruz, el 16 de julio de 1784 hasta el 29 del mismo. El intermedio, de DON RAMÓN, como obra de circunstancias, carece de interés general.

181. ***Hombres (Los) con juicio***. 1768.

Queda estampado en este volumen.

182. ***Hombres (Los) solos***. 1773.

Se dará en el siguiente.

183. ***Hospital (El) de la moda***. S. *Inédito*.

Puede verse en el presente tomo.

184. ***Hospital (El) de los tontos***. S. 1774.

B. M. (1-166-26). Autógrafo de este año. En la portada, y de letra de DON RAMÓN, dice: «Si fuere posible, á las veinticuatro horas habrá otro». Esto debió de escribirlo á causa de ser mal recibido este sainete, pues una nota de otro manuscrito dice: «No lo dejaron acabar».

Es, en efecto, malo.

185. ***Hostería (La) de Ayala***. 1760. *Inédito*.

Dejó de serlo en el presente tomo.

186. ***Hostería (La) de buen gusto***. 1774

Irá en el que sigue.

187. ***Huésped (El) consolado***. 1776. *Inédito*.

B. M. (1-166-28). Autógrafo de dicho año y otro manuscrito con aprobaciones y licencias.

Se estrenó por la compañía de Ribera el 8 de octubre.

Es sainete de costumbres de teatro. El huésped es el actor Juan Ramos, á quien se había pasado de una á otra compañía y que, al fin, se encuentra bien en la nueva, sobre todo por los mimos que le hacen las damas. Hay una segunda parte sobre la vuelta de Ramos á la *chorizos* (nombre de la compañía de Martínez) titulado *El recibimiento de Juan Ramos*. (Véase.)

Este primero debe ser el mismo que en la lista de S. figura con el título de *Ramos, de huésped*.

188. ***Ilustres (Los) payos ó Los payos ilustres***. 1779.

Irá en nuestra colección.

189. ***Impulsos (Los) del placer***. 1784.

También lo incluiremos.

190. ***Inesilla la de Pinto***. 1770.

Y ésta, en el tomo segundo.

191. ***Intermedio*** primero en la comedia heroica de *Ezio*. 1767. *Inédito*.

B. M. (1-184-1). Autógrafo de dicho año, con el agregado:

«Para la compañía de Juan Ponce. Su autor D. Ramón de la Cruz. Año de 1767.»

En el mismo día se hizo, como sainete, la zarzuelita *El tío y la tía* y, como entremés, un baile que ya no se usaba.

Este *Intermedio* tiende á disculpar la novedad, pues se habían suprimido el entremés, las tonadillas y el sainete verdadero. Supone autor

de tales innovaciones al *gracioso*, de quien hace una pintura lisonjera, diciendo:

> *Chinita*, aquella veleta
> por lo ligero; aquel pico
> de ruiseñor que deleita
> á todos; el que parece
> doblón por lo que contenta,
> grano de sal cuando calla,
> y cuando habla, de pimienta.

192. ***Intermedio*** primero á duo. 1777. *Inédito.*

B. M. (1-184-31). Autógrafo, con las aprobaciones y licencias de 25 de diciembre.

193. ***Intermedio*** segundo. 1777. *Inédito.*

B. M. (1-184-1). Autógrafo y otro manuscrito con las aprobaciones y licencias de 25 de diciembre.

Es para la función que el anterior. La obra tenía cinco actos y, por tanto, fueron cuatro los intermedios. Los otros dos fueron: una *tonadilla* que cantó *la Navarra* y el sainete *Gracioso engaño creído*. Además, al final del primer intermedio (que es el que nos explica todas estas cosas) cantó Polonia Rochel una tonadilla del tiempo, y al fin del segundo *la Mayorita* una *aria* en italiano.

Este segundo *Intermedio* se reduce á una protesta de Juan Ponce al ver invadido el escenario por una comparsa de majos y majas que bailan seguidillas, cuando él estaba preparando á los músicos que habían de acompañar el *aria* de su mujer *la Mayora*. La disputa á que este lance da lugar no carece de gracia y tiene su intención satírica.

194. ***Intermedios*** de la comedia *El malgastador*. 1778. *Inéditos.*

Desconocidos. En las cuentas de A. m. (1-372) consta se pagaron á D. Ramón 1.500 reales por estos cuatro intermedios. La comedia empezó en el Príncipe el 1.° de septiembre y duró algunos días.

195. ***Introducción*** al sainete de *La bella madre*. 1764. *Inédita.*

Queda impresa en este tomo.

196. ***Introducción*** al sainete del *Casero burlado*. 1765. *Inédita.*

También queda impresa.

197. ***Introducción*** á la tragedia ridícula de *Manolo.*

Igualmente está en el tomo segundo.

198. ***Introducción*** á los cuatro intermedios de la *Ifigenia*. 1772. *Inédita.*

B. M. (1-184-1). Autógrafo de dicho año. La portada dice así: «Introducción ó Medio Saynete de un ingenio malo y de dos peores plumas.» (Alude á estar la pieza sólo en su mitad copiada por él: la segunda mitad es de otra letra.)

En los demás blancos de la función se hicieron: dos sainetes, dos tonadillas y dos bailes, combinando todo para que resultasen tres intermedios, más éste de la *Introducción* y su tonadilla. El entremés, después de la segunda jornada sin tonadilla; los bailes y la tonadilla á siete, en el otro entreacto y, en fin, el sainete, que era segunda parte del entremés. Estos sainetes fueron: *El peluquero soltero* y *El peluquero casado*.

La *Introducción* está destinada á explicar todo esto, que, por lo que dicen, entrañaba cierta novedad.

La *Ifigenia* fué la de Cañizares, arreglada por el mismo Cruz.

199. ***Introducción*** para *El Farfulla*. 1776. *Inédita.*

Desconocida.

200. ***Introducción*** para una fiesta de verano.

B. M. (1-184-1). Copia antigua con las aprobaciones y licencias de 3 á 5 de agosto de 1776. Se estrenó en una función en que se cantaron *La mesonecilla* y *El tío y la tía*.

Es un verdadero sainete. *Chinita* saca al escenario á las partes serias de la compañía de Ribera. Coque, vestido de *Bayaceto*; Merino, de *Temistocles;* Ibarro, de *Catón;* Ponce, de *Guzmán el Bueno;* la Figueras, de *Dido;* Vicenta Llanes, de *Lucrecia*, y el mismo *Chinita* vestido también á la heroica, pero de un modo ridículo. Y con dos pajecillos, al son de una marcha estrepitosa, les manifiesta que la razón de sacarlos á escena es ofrecerles los medios de suicidarse, eligiendo cada uno el puñal ó veneno, de todo lo cual traen abundante surtido los pajes en sendas bandejas. La causa de proponerles aquel suicidio colectivo es la de haber llegado el momento en que la compañía á que pertenecen no tiene obras para la función del día; y, antes de sufrir los silbidos y afrentas del público, deben abandonar heroicamente la vida. Aplauden todos y se manifiestan dispues-

tos á cumplir el plan de *Chinita*, si bien lo hacen con cierta parsimonia, examinando detenidamente los papeles del veneno y si los puñales son ó no de Albacete.

Aparece el resto de la compañía, y Polonia Rochel, que era la *graciosa*, es la que se encarga de disuadir á los suicidas, haciéndoles ver que el público es tolerante y no exige novedades á cada paso, y les propone la función que, al fin, hacen.

201. **Introducción** segunda para *El Farfulla*, cuando se repitió. 1777. *Inédita.*

B. M. (1-184-52). Copia con las aprobaciones y licencias de fines de enero de 1777. Se hizo el 1.º de febrero en la Cruz por la compañía de E. Ribera.

Finge una especie de sarao que Josefa Figueras da á sus compañeros, menos á *Chinita;* y como la función prevenida para el teatro era el *Farfulla*, ya estudiado, estaban todos descuidados. Pero *Chinita*, por vengarse, escribe á Ribera que se ha puesto ronco y que no cuenten con él para la función de la tarde. Este golpe les aturde á todos: Ribera se desmaya; nadie está preparado para hacer el personaje de *Chinita*. Comparece éste y, no sin trabajo, le desenoja Ribera, pidiéndole trabaje, por el público de la cazuela. Dice el autor que esta *Introducción*, aunque en verso, fué hecha de repente.

202. **Introducción** para la tragedia *Numancia destruída*. 1778. *Inédita.*

B. M. (1-184-1). Autógrafo de este año, diciendo que fué la compañía de Martínez quien hizo la representación de la *Numancia* de Ayala.

Por esta *Introducción* y el sainete *La cesta del barquillero*, que también se hizo este día, se pagaron á D. Ramón 1.000 reales (A. m., 1-372.)

203. **Introducción** para el *Farfulla* (17 de febrero de 1778). *Inédita.*

B. M. (1-187-33). Copia con esta nota: «No se hizo, porque no había orden de representar en la Tertulia ni en la Cazuela. Se hizo á fin del año, en que se revocó la orden.» Alude á que, en esta pieza, hablaban *Chinita* desde la Tertulia, localidad la más alta del teatro, y Polonia Rochel desde la *Cazuela* de las mujeres.

Esta *Introducción* es casi igual á la del sainete *La madre*.

204. **Introducción** para la zarzuela *El Farfulla*. 1778. *Inédita.*

B. M. (1-184-1). Autógrafo de dicho año. Se representó á fines de él.

Dice en esta *Introducción* que el público es quien pide el *Farfulla* tan repetidamente.

205. **Introducción** para la comedia de *La espigadera* en el verano de 1778. *Inédita.*

B. M. (1-184-44). Autógrafo de ese año y otro manuscrito con las licencias y aprobaciones de 20 de julio.

Posteriormente hizo el mismo Cruz enmiendas en esta pieza, que, á pesar de todo, vale poco.

206. **Introducción** para la zarzuela *El maestro de la niña*. 1778. *Inédita.*

La publicaremos en uno de los tomos que siguen.

207. **Introducción** para la comedia *El triunfo del interés*. 1778. *Inédita.*

Irá con la anterior.

208. **Introducción** para la tragedia del *Régulo*. 1778. *Inédita.*

Consta por las cuentas de esta representación; pero la pieza es desconocida.

209. **Introducción** para repetir *El licenciado Farfulla*, en 7 de enero de 1780. *Inédita.*

B. M. (1-187-34). Autógrafo y otro manuscrito con las aprobaciones y licencias.

Es de muy poca consistencia.

210. **Introducción** para empezar las diversiones en las noches de verano del año 1780, por las dos compañías. *Inédita.*

Se imprimirá en uno de los tomos siguientes.

211. **Introducción** «para una función dispuesta de repente por un fracaso» 1780. *Inédita.*

También la incluiremos en esta colección.

212. ***Introducción*** «para la tragedia... que representará la señora María Bermejo, con la compañía de Eusebio Ribera, en el coliseo de la Cruz, este año de 1783». *Inédita.*

B. M. (1-184-1). Autógrafo con las aprobaciones y licencias, mayo y junio, en cuyo día 6 se hizo la tragedia titulada *Semíramis.*
Sin interés. Explica el carácter de la obra, y la Bermejo pide benevolencia.

Introducción para la segunda parte de *La espigadera.* Es ***La tertulia discreta.*** Véase.

213. ***Introducción*** para repetir el *Farfulla.* 1785. *Inédita.*

Sólo conocida por el recibo de Cruz, fecha 7 agosto, por 500 reales.

214. ***Introducción*** para presentar en la compañía de Martínez al tercer galán. 1785. *Inédita.*

No conocida.

215. ***Introducción*** á la función intitulada: *Por no hallar el gusto unidos irle á buscar desunidos* 1786. *Inédita.*

B. M. (1-184-1). Manuscrito antiguo con aprobaciones y licencias, de 16 de julio de 1786.
Por disputa sobre el mérito respectivo de hombres y mujeres sepáranse los de cada sexo, y cada grupo procura hacer el intermedio mejor que su contrario.

216. ***Introducción.***

B. M. (1-184-1). Autógrafo sin más señas.
Es un corto diálogo entre el alcalde de Olmedo y otros siete alcaldes vecinos, que vienen huyendo de sus pueblos sublevados contra ellos por las reformas que intentaban.

217. ***Italiano (El) fingido.*** S. 1785. *Inédito.*

Se publicará en el tomo tercero de esta colección.

218. ***Jardín (El) divertido.*** 1779. *Inédito.* V. ***Contraste de los talentos.***

También irá en lugar propio de ella.

219. ***Jardineros (Los) del Buen Retiro.*** 1764.

Los jardineros preparan en obsequio de la Infanta, que se casa con el archiduque Pedro Leopoldo (en cuyo honor se hace la representación de este sainete), una fiesta, que se reducirá á la imitación de un torneo ó, mejor dicho, juego de cañas ridículo.

220. ***Juanito y Juanita.*** 1778.

En el tomo segundo se hallará impreso.

221. ***Juez (El) de letras.*** 1780. *Inédito.*

B. M. (1-156-30). Autógrafo de un año y otro manuscrito con las aprobaciones y licencias de fines de enero.
Un abogado ó juez de letras, que se queja constantemente de que no hay muertes ni pleitos, quiere casar á su hija con un procurador de Madrid, que en la corte le dará clientela como abogado. La joven ha elegido ya, y su novio, fingiendo consultar al padre asunto ajeno, obtiene un dictamen firmado en que le aconseja el depósito eclesiástico de la joven, para hacer la boda contra la voluntad de los padres. Así el abogado se condena á sí mismo, creyendo se trata de otro. Por este sainete se pagaron á D. Ramón 600 reales.

222. ***Junta (La) de aficionados.*** 1776. *Inédito.*

Irá en el tomo siguiente.

223. ***Junta (La) de los payos.*** 1761. *Inédito.*

Se hallará impreso en este tomo.

224. ***Labrador (El) y el Usía.*** S. 1774.

Impreso suelto. Valencia, Martín París, 1820, 4.º
B. M. (1-165-25). Copia antigua sin más señas.
Tiende á satirizar la vanidad de un humilde labrador que piensa haber logrado la amistad de un marqués, porque alguna vez le oía sus cuentos en la corte.
Véase *El marqués de Montes de Oro,* que es este mismo sainete con alguna modificación ligera.

225. ***Ladrones (Los) robados.*** 1767. *Inédito.*

Va impreso en este volumen.

226. Laudatoria. 1765.

Hállase en la: *Jocoseria máscara que la villa de Madrid celebra á sus expensas y á las de sus gremios menores, por el casamiento de... D. Carlos Antonio con D.ª María Luisa de Borbón... Refiérelas... D. Alfonso Ximénez Monserrat... En Madrid, en la imprenta de Antonio Marín. Año de 1765.*

Al final de esta *Jocoseria máscara* va la: *Laudatoria que en el anterior festejo se dixo al Rey Nuestro Señor y escribió, de orden de la misma imperial villa de Madrid, D. Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla, académico honorario de la Real Academia de Buenas Letras de la ciudad de Sevilla, entre los Arcades de Roma* Larisio Dianeo *y oficial de la Contaduría de Penas de Cámara y Gastos de Justicia del Reino.* Todo en 4.º, con 38 páginas.

227. Lo que es del agua el agua se lo lleva. 1775. *Inédito.*

B. M. (1-169-7). Copia antigua de 1775.

El asunto es un cuento popular. Un tabernero, enriquecido á fuerza de aguar el vino, y dueño de un molino hecho con la ganancia y de una recua, hállase un día con que una avenida le llevó el molino y la recua se ahogó al pasar un río, y su ropa también fué arrastrada por la corriente del Manzanares del lavadero donde la tenía. Su hijo dice filosóficamente que *lo que es del agua, el agua se lo lleva.* Hay graciosos episodios y tipos populares.

No es indiscutible que el sainete sea de Don Ramón, aunque lo parece, y lleva al principio una nota de su mano.

228. Loa para empezar el año, en 31 de marzo de 1766. Nicolás de la Calle. *Inédita.*

Desconocida. Sólo consta que le pagaron por ella á Don Ramón 200 reales.

229. Loa para empezar el año la compañía de Nicolás de la Calle. 1767. *Inédita.*

También desconocida; se le pagaron por ella y el sainete *La merienda del jardín,* que se hizo el mismo día, 600 reales.

230. Loa para empezar el año la compañía de Juan Ponce. 1768. *Inédita.*

B. M. (1-347-2). Copia antigua. Vale poco.

231. Loa para empezar la compañía de Ponce. 1769. *Inédita.*

Desconocida. Se pagaron al autor por ella y el sainete *Las pensiones de los nuevos,* 600 reales.

232. Loa. 1771. *Inédita.*

Consta el pago de ella, sin más señas, en 300 reales.

233. Loa para la compañía de Martínez. 1772. *Inédita.*

Se pagaron á Cruz por esta loa desconocida y el sainete *El guante de la nueva,* 700 reales.

234. Loa. 1772. *Inédita.*

Va impresa en nuestra colección, tomo segundo.

235. Loa para empezar la compañía de Martínez. 1773. *Inédita.*

B. M. (1-184-37). Copia, con el sainete á que sirvió de introducción. El *autor,* Martínez, convoca á la compañía para que Coronado instruya á las partes nuevas en sus deberes. El gracioso les va preguntando y ellas, especialmente las mujeres, le contestan entre jocoso y satírico; cantan algunas y los hombres declaman burlescamente.

236. Loa nueva para empezar temporada la compañía de Ribera el día 11 de abril, año de 1773. *Inédita.*

B. M. (1-186-65). Autógrafo de dicho año y otro manuscrito con las licencias y aprobaciones de 1776, en que, al parecer, se volvió á representar.

En estas loas procura el poeta variar la manera de hacer la presentación de la compañía, ya fingiendo disputas entre los cómicos, ya ponderando el *autor* sus dificultades de todo género, ya simulando sorpresas en jardines, bosques, etc., concluyendo siempre porque cada parte nueva pronuncie su arenguita pidiendo indulgencia y declarando el orden de la función del día.

Loa de 1774 para Ribera. Véase ***Mérito y aplicación.***

237. **Loa** de empezar la compañía de Martínez. 1775. *Inédita.*

Por ella y por la de Ribera, y por los dos sainetes que también se hicieron al mismo tiempo, se pagaron á Don Ramón 2.000 reales. (A. m., 1-437-1. donde existe el recibo del autor).

Una de las *loas* es *El bandolero sin armas* (la de Ribera. Véase). El sainete para la compañía de Martínez es el titulado: *¡Válgate Dios por Garrido!*, y el de Ribera, *Las naranjeras en el teatro.*

238. **Loa** de empezar Eusebio Ribera. 1775, Véase el número anterior.

239. **Loa** para empezar temporada la compañía de Ribera el año de 1776. *Inédita.*

B. M. (1-184-1). Autógrafo de dicho año y otro manuscrito con las aprobaciones y licencias de 2, 3 y 5 de abril de 1776.

Por esta *loa* y el sainete correspondiente se pagaron á Cruz 1.000 reales. El sainete es *El pedrero apedreado.*

Al empezar este año, en 7 de abril, estaba mal Ribera de compañía. Enfermo Vicente Merino, el primer galán; sin segunda dama; con *Chinita*, que decía que se retiraba; sin otras mujeres; sin segundo barba y otras faltas, compréndese que la *loa* sea de quejas por ello. Al fin se completa, y no mal, la compañía con algunas partes, como Aldovera y Coque, que salieron excelentes actores.

240. **Loa** para empezar la compañía de Martínez. 1776. *Inédita.*

Por ella y el sainete correspondiente (que fué *El perdido bien hallado)* se pagaron á Don Ramón 1.000 reales. La *loa* es desconocida.

241. **Loa** para empezar la compañía de Martínez. 1777. *Inédita.*

Por ella y el sainete correspondiente se pagaron al autor 1.100 reales, según recibo de 1.° de abril.

El sainete fué *La feria de los poetas.* (Arch m., 1-371-2).

242. **Loa** para empezar temporada la compañía de Ribera, á 30 de marzo de 1777. *Inédita.*

Irá en esta colección.

243. **Loa** para empezar la compañía de Martínez el 19 de abril de 1778. *Inédita.*

La publicaremos en esta colección.

244. **Loa** para empezar temporada la compañía de Ribera en 19 de abril de 1778. *Inédita.*

También se publicará en el tomo siguiente.

245. **Segunda loa** del año 1778.

Se pagaron por ella á D. Ramón 600 reales. Es desconocida.

246. **Loa (La) para acabar.** Sainete nuevo para la compañía de Ribera. 1778. *Inédito.*

Se imprimirá en nuestra colección.

247. **Loa** para empezar la compañía de Martínez. 1779. *Inédita.*

Consta que por ella se pagó á D. Ramón 500 reales. (Arch. m., 1-437-1). Es desconocida.

248. **Loa** para empezar la compañía de Ponce. 1779. *Inédita.*

Se imprimirá en su lugar.

249. **Loa** de empezar Martínez. 1780. *Inédita.*

Por ella y un sainete, y la *loa* y otro sainete de empezar la compañía de Ribera, se pagan al autor 2.400 reales, según recibo de 28 de marzo de 1780. (Arch. m., 1-473-1).

Ninguna de estas piezas nos es conocida.

250. **Loa** de empezar la compañía de Ribera. 1780. *Inédita.*

Véase el número anterior.

251. **Loa** para una nueva representación del *Farfulla* en 1780. *Inédita.*

Véase: *Sainete* para repetir el *Farfulla.*

252. **Loa** de empezar la compañía de Palomino. 1781. *Inédita.*

«A el Sr. D. Ramón de la Cruz, por la *loa* de empezar la temporada, y el sainete nuevo titulado *El payo cómico*, á 600 reales cada pieza: 1.200.—*Palomino.*» (Arch. m., 1-138.)

Desconocida.

Loa de 1782 para Juan Ponce. Véase **Los afectos**.

253. **Loa** para la compañía de Eusebio Ribera en 1783. *Inédita.*

Se publicará en el tomo correspondiente.

254. **Loa** de empezar la compañía de Martínez. 1784. *Inédita.*

Por ella y el sainete *Garrido celoso* se pagaron á Don Ramón 1.100 reales, según recibo. (Arch. m., 1-385-2.)
La *loa* no es conocida.

Loa de empezar la compañía de Ribera en 1784. Véase **Los sacrificios**.

255. **Loa** *para el teatro de la Cruz, dispuesta con motivo de los festejos públicos acordados por la Villa de Madrid para celebrar el feliz nacimiento de los serenísimos infantes Carlos y Felipe, y ajuste definitivo de la paz. Se ha de representar en la noche del día 16 de este mes de Julio, dando principio á la comedia intitulada* Las bodas de Camacho el Rico, *premiada por la misma Villa. Su autor, D. Ramón de la Cruz. Madrid, M.DCC.LXXXIV. Por D. Joachin Ibarra, impresor de Cámara de S. M.*

4.º, 25 págs. que, con numeración especial, preceden á la comedia.

256. **Loa** *para el teatro del Príncipe, dispuesta con motivo de los festejos públicos acordados por la villa de Madrid para celebrar el feliz nacimiento de los serenísimos infantes Carlos y Felipe, y ajuste definitivo de la paz. Se ha de representar en la noche del día 16 de este mes de Julio, dando principio á la comedia intitulada* Los Menestrales... *Su autor, D. Ramón de la Cruz. En Madrid. Por D. Antonio de Sancha. Año de M.DCC.LXXX.IV.*

4.º, 24 págs. con numeración especial que preceden á la comedia.

257. **Loa** de empezar la compañía de Manuel Martínez. 1785. *Inédita.*

Por ella y la de la otra compañía se pagaron á Cruz 1.100 reales. (Arch. m., 1-386).
Ambas son desconocidas para nosotros.

258. **Loa** de empezar la compañía de E. Ribera. 1785. *Inédita.*

Véase el número anterior.

259. **Loa** de empezar la compañía de Martínez en 1786. *Inédita.*

Se le pagó á D. Ramón; pero no consta cuánto. (Arch. m., 1-388).

260. **Loa** de empezar la compañía de Ribera en 1786. *Inédita.*

Por ella y sainete nuevo correspondiente se pagaron al autor 1.100 reales. El sainete fué el titulado *Las muñecas*. (Arch. m., 1-388).
Desconocida.

261. **Loa** de empezar Martínez en 1787. *Inédita.*

Por ella y por la destinada á la otra compañía se pagaron al autor 1.000 reales, según su recibo de 9 de abril de 1787. (Arch. m., 1-437-1).
Ambas son desconocidas.

262. **Loa** de empezar la compañía de Ribera en 1787. *Inédita.*

Véase el número anterior.

263. **Loa** para presentar al público á Joaquín de Luna y á su hija en la compañía de Eusebio Ribera. 1787. *Inédita.*

Según el recibo de 30 de abril se pagaron á D. Ramón 500 reales. La salida se verificó cuatro días antes. La hija de Luna era Josefa, la mayor. Rita salió á escena en el siguiente año.
Desconocida.

Loa ó introducción para la fiesta *El barbero de Sevilla*. 1788. Véase **Vaqueros de Aranjuez (Los)**.

264. **Loa** para empezar temporada la compañía de Eusebio Ribera el día 24 de abril de 1791.

Irá en el tomo último de esta colección.

265. **Loa** representada por la compañía de Martínez el 4 de Noviembre de 1792. *Inédita.*

Se pagaron por ella á su autor 500 reales, según recibo. (Bib. Nac., Paps. de Barbieri).

266. ***Locos (Los) con juicio.*** 1778. *Inédito.*

Lo daremos en esta colección.

267. ***Maestra (La) de la niña.*** 1775.

Irá en el tomo siguiente.

268. ***Maestro (El) de baile.*** 1779. *Inédito.*

Se estrenó el 25 de diciembre en el teatro de la Cruz por la compañía de Martínez con el titulado *La cena á escote*, según nota del Arch. m. (1-374-1), y por ambos se pagaron á su autor 1.200 reales.

El maestro de baile nos es desconocido.

269. ***Maestro (El) de música.*** 1771. *Inédito.*

Se imprimirá en el tomo que sigue.

270. ***Maestro (El) de rondar.*** S. 1766. D.

Va impreso también en este tomo.

271. ***Maja (La) majada.*** (III). D. 1774.

Se dará en el tomo siguiente.

272. ***Majas (Las) de Lavapiés.*** 1764. Fin de fiesta para la zarzuela *El tutor enamorado.*

Véase. Representada en casa del Marqués de Ossun.

Es pieza corta y de poco valor.

273. ***Majas (Las) en el ensayo.*** S.

Desconocido.

274. ***Majas (Las) forasteras.*** 1778. *Inédito.*

Irá en uno de los tomos que seguirán al presente.

275. ***Majas (Las) vengativas.*** S. D. 1768.

Impreso en el presente volumen.

276. ***Majo (El) de repente.*** S. D. 1775.

Se imprimirá en el tomo siguiente.

277. ***Majo (El) escrupuloso.*** 1776. *Inédito.*

También irá en el tomo siguiente.

278. ***Majos (Los) de buen humor.*** 1770. *Inédito.*

Irá también en el próximo volumen.

279. ***Majos (Los) vencidos.*** S. D. 1771.

Irá como los anteriores.

280. ***Malcasado (El).*** 1767.

Queda impreso en este volumen.

281. ***Mal (El) de la niña.*** S. 1768.

También se estampó en el presente volumen.

282. ***Maniático (El).*** 1773.

Se dará en el siguiente.

283. ***Manolo (El).*** (IV). 1769.

Se publica en el tomo que sigue.

284. ***Manolo.*** *(Segunda parte).*

También se imprime después de la primera.

285. ***Marido (El) discreto.*** S. 1778. *Inédito.*

Se estampará en uno de los tomos que siguen.

286. ***Marido (El) sofocado.*** (III). 1774.

En el tomo que sigue aparecerá impreso.

287. ***Maridos (Los) engañados y desengañados.*** (II). 1779.

Se reimprimirá en el tomo correspondiente.

288. ***Marqués (El) de Montes de Oro.*** 1774. *Inédito.*

Se representó el 4 de julio de 1774 en el teatro del Príncipe por la compañía de Ribera.

Parece que también se intituló *El payo y el usía.* Con ninguno de esos títulos nos es conocido, sino con el de *El labrador y el usía*, que posteriormente le dió el autor, al entregar á Sempere y Guarinos la lista de sus obras y

después de alguna modificación que hubo de sufrir el texto antes de imprimirse. Dedúcese que es la misma obra: porque el *usía* lleva el título de *Marqués de Montes de Oro;* porque la fecha de la representación, á juzgar por el reparto manuscrito del ejemplar de la B. M., es la misma de 1774, en que consta se representó *El Marqués;* porque Sempere no cita ninguno de este título y sí el otro, y porque convienen ambos en las demás circunstancias.

En las cuentas del Arch. m. (1-355-1) se dice: «Del sainete de la zarzuela *El amor en la aldea*, titulado *El Marqués de Montes de Oro*, de D. Ramón de la Cruz, 600 reales.»

Véase ***El labrador y el usía***.

289. ***Más (El) propio sacrificio.*** *Loa de D. Ramón de la Cruz. Compañía de Ribera.* 1788. *Inédita.*

B. M. (1-187-16). Copia antigua con las aprobaciones y licencias de agosto de dicho año. Se representó el día de S. Luis en honor de la princesa M.ª Luisa. Vale muy poco.

290. ***Máscaras (Las) de Madrid.*** S.

Desconocido.

291. ***Máscaras (Las) de la aldea.*** S.

Desconocido.

292. ***Matrimonios (Los).*** 1779. *Inédito.*

Se imprimirá en uno de los siguientes tomos.

293. ***Médico (El) de la locura y las mujeres disculpadas.*** 1768. *Inédito.*

Queda impreso en el presente volumen.

294. ***Médico (El) extranjero.*** 1787. *Inédito.*

Se dará en el tomo tercero de esta colección.

295. ***Médico (El) y los cautivos.*** S. D. 1777.

Se imprimirá en uno de los tomos siguientes.

296. ***Mercader (El) vendido.*** S.D. 1776.

Se dará en el tomo segundo.

297. ***Mercado (El) del lugar.*** 1767. *Inédito.*

Queda publicado en el presente volumen.

298. ***Merienda (La) á escote.*** S. 1774.

¿Será *La cena á escote*?

No parece, por la diferencia de fechas, pues *La cena á escote* es de 1779, aunque bien pudo representarse de nuevo, refundida por el autor mismo.

La merienda á escote, con *El regimiento de la locura*, se estrenaron en el teatro de la Cruz, por la compañía de Ribera, el 4 de febrero de 1774, con la comedia de José Ibarro, *Pedro Vayalarde, sexta parte.* Por ambos sainetes se pagaron á D. Ramón de la Cruz 1.200 reales. La música de ellos y de la comedia fué obra de D. Pablo Esteve, y por todo se le dieron 500 reales.

La merienda á escote no la conocemos: *El regimiento de la locura*, sí; véase.

299. ***Merienda (La) del jardín.*** 1767. *Inédito.*

Dejó de serlo al imprimirlo en este tomo.

300. ***Mérito (El) triunfante.*** *Loa para la comedia* El Triunfo de Tomiris, *representada en el teatro del Príncipe, en celebración de la coronación de los Reyes Carlos IV y María Luisa, el 29 de Septiembre de 1789. Inédita.*

Se representó en la función de gala que se dió el 29 de septiembre de 1789. Presenta el autor una alegoría en que la Discordia, el Capricho, el Interés, el Furor y el Ocio se confabulan para que la primera se introduzca en la corte é impere. La Paz y la Justicia, en un soberbio carro, se presentan y queda sola y obscurecida la Discordia. Múdase el teatro en un regio salón, donde, en un trono, pero oculto por un cortinaje, está el Mérito, y á sus lados el Consejo, el Valor y el Respeto, y después sale el Placer, á quien detiene el Respeto. Salen las cuatro partes del mundo y, apeadas de su carro, colócanse á los lados del trono. Sobrevienen la Discordia y sus aliados, y entonces se descubre el Mérito, ante el cual se postran todos, menos los últimos, que, al fin, tienen que hacerlo, obligados por el Valor. (*Memorial literario*, de octubre de 1789.)

En esta función se representó además el fin de fiesta, titulado *Las provincias españolas*, del mismo D. Ramón de la Cruz.

301. ***Mérito y aplicación facilitan los laureles***. 1774. *Inédita.*

A este título añadió el autor: «Loa con sus cascabeles—su título y mutación.» Y luego: «Introducción con que se presentará al público la compañía de Eusebio Ribera, el día 3 de abril de este presente año de 1774.»

B. M. (1-187-24) Autógrafo. Otro manuscrito (1-187-30) lleva correcciones y adiciones autógrafas y licencias de 1776, lo cual prueba que estas loas se repetían después de algunos años.

Por esta loa se dieron al autor 400 reales y otro tanto por el sainete de *Los desconfiados*, que se estrenó cuando ella. (A. m., 1-355-356.)

302. ***Mesón (El) de Villaverde***. 1768. *Inédito.*

Se imprimió en este tomo.

303. ***Mesón (El) del placer***. S. 1764. Véase ***Alcalde liberal.***

No tiene interés. Pero sí curiosidad por el hecho de soltar en escena gran número de pájaros con tarjetas y versos en ellas alusivos á la ocasión en que la pieza se representaba.

304. ***Mesón (El) en Navidad***. S. D. 1774.

Se dará en el volumen que sigue.

305. ***Molinera (La) espantada***. S. 1781. *Inédito.*

Se dará también en otro de los tomos que siguen.

306. ***Mujeres (Las) defendidas***. S. 1764. *Inédito.*

Queda impreso más adelante en este volúmen.

307. ***Mundo (El) remediado***. 1776. *Inédito.*

«Sainete para las feas, pesadas y desaboridas damas de la compañía del melífluo Ribera. Escrito por un real mozo, entre gallos y medias noches.»

B. M. (1-165-45). Autógrafo de dicho año, con las aprobaciones y licencias de 17 á 19 de agosto de 1776, en que se estrenó.

Este sainete tiene la particularidad de que en él no entra ningún hombre. Es muy mediano.

Supone que una dama convoca á varias amigas para mejorar la condición común prescindiendo de los hombres; pero una indicación maligna de una amiga suya sobre cierto *cortejo* echa por tierra todos los proyectos, y la iniciadora trata de vengarse de la calumnia de su amiga.

Tiene, como se ve, gran semejanza con el titulado *Los propósitos de las mujeres.*

308. ***Muñecas (Las)***. 1786. *Inédito.*

«Sainete nuevo para empezar la compañía de Eusebio Ribera, el día 16 de abril de 1786. De D. Ramón de la Cruz.»

B. M. (1-167-22). Copia antigua en esta forma con las aprobaciones y licencias de 15 y 16 de abril de dicho año.

Este sainete está hecho para la primera salida de Gaspara Santos y no tiene interés.

Se supone que, como es guapa y joven, cada especialista, entre sus compañeros, quiere recibirla por discípula, con exclusión de los demás, para enseñarle, ya la declamación trágica, ya la comedia, ya la ópera seria, ya la bufa, ya á sainetear, etc. Pero ella prefiere aún las muñecas que le compra Torre.

309. ***Muñuelo (El)***. Tragedia por mal nombre. (X). 1792.

Irá en el tomo último.

310. ***Música (La) á obscuras***. S. D., 1766.

Queda impreso en este volumen.

311. ***Música (La) al fresco***. 1779. *Inédito.*

Se dará en el tomo que sigue.

312. ***Músico (El) de repente***. 1760. *Inédito.*

B. M. (1-183-16). Autógrafo de dicho año, con las aprobaciones y licencias de 18 á 21 de mayo de 1760. Lo estrenó la compañía de José Martínez Gálvez.

También aparece representado en 22 de noviembre de 1767, por la compañía de María Hidalgo, en el teatro de la Cruz.

Este sainete vale poco. Es burlesco como otros de la primera época de Don Ramón, á quien arrastraba la costumbre y ejemplo de los demás saineteros. No tiene argumento. El título obedece á que finge el gracioso Ayala querer aprender del maestro de música de la compañía á cantar en algunos minutos.

Lleva una tonadilla que cantó *la Portuguesa* (Casimira Blanco) al principio de la pieza.

313. ***Músicos y danzantes***. S. D. 1775.

Irá en el tomo segundo.

Nacimiento (El) á lo vivo. S. Es ***El adorno del Nacimiento***.

314. ***Naranjeras (Las) en el teatro***. 1775. *Inédito*.

Se dará en el tomo siguiente.

315. ***Niñería (La)***. 1768. *Inédito*.

Queda impreso en este volumen.

316. ***No (El)***. S. D. 1780.

Se dará en el tomo correspondiente.

317. ***No hay candados para amor cuando es bien correspondido y petimetre escondido***. 1778. *Inédito*.

Lo estamparemos en el tomo siguiente.

318. ***No puede ser guardar una mujer***. 1774.

Se imprimirá en el mismo tomo.

319. ***Noche (La) de San Juan***. S. 1762.

Consta que se estrenó el 18 de junio de 1762; pero es desconocido.

Quizá sea el mismo que *La devoción engañosa*.

320. ***Noche (La) de San Pedro***. S. 1763.

Quizá sea *La Víspera de San Pedro*, que también es de 1763; por más que en la indicada lista de Sempere se mencionan ambos como distintos.

321. ***Nochebuena (La) en ayunas***. 1770. *Inédito*.

Irá impreso en el tomo siguiente.

322. ***Nochebuena (La) en el monte***. S.

Sainete desconocido.

323. ***Noticioso (El) general***. 1772. *Inédito*.

Irá en el próximo volumen.

324. ***Novelero (El)***. 1781.

Se dará impreso en el tomo que le corresponda por su fecha.

325. ***Novia (La) muda***. 1762.

Se estrenó el 4 de junio de 1762 con *El sacrificio de Ifigenia*, y se le pagaron por este sainete á Don Ramón 300 reales ó, lo que es igual, 600 por él y el titulado *El agente de sus negocios*.

La novia muda es desconocida.

326. ***Novio (El) rifado***. S. 1762.

Va impreso en este tomo.

327. ***Novios (Los) espantados***. 1763.

Queda también impreso en el mismo.

Nuevo baile sin mescolanza. S. Es ***El baile sin mescolanzas***.

328. ***Ociosos (Los)***. S.

Se imprimirá en el tomo tercero.

329. ***Oficial (El) de marcha***. 1783.

Irá también en el mismo tomo.

330. ***Oposición (La) á cortejo***. 1773. (I) D.

También irá en el tomo segundo.

331. ***Oposición (La) á sacristán ó el Tío Tuétano***. S. D. 1773.

En el mismo tomo segundo se hallará impreso.

332. ***Orquesta (La) femenina***. S. 1774. *Inédito*.

En el mismo tomo.

333. ***Padre (El) indulgente***. S.

Desconocido.

334. ***Padrino (El) y el pretendiente.*** (VIII). D. 1781.

Se imprimirá en el segundo volumen.

335. ***Pagar la burla á buen precio.*** D. 1776.

En el tomo segundo.

Paje tonto y malicioso y discordia de criadas. Es ***El examen de la forastera.***

336. ***Panderos (Los).*** 1781.

Se dará en el tomo segundo.

337. ***Pasar la tarde á la moda.*** 1775. *Inédito.*

Iá en el mismo tomo.

338. ***Payas (Las) celosas.*** 1773. *Inédito.*

Irá en el mismo tomo.

339. ***Payo (El) cómico.*** 1781. *Inédito.*

B. M. (1-168-11). Copia antigua, con las aprobaciones y licencias de 14 y 15 de abril de 1781.

Se estrenó el mismo dia 15 y se pagaron por él á DON RAMON 600 reales.

Se supone en él que el actor Robles está enseñando música á su compañera Rosa García; *Chinita*, gramática á Juana García; Codina, á bailar á María Ribera, y Espejo, la declamación seria á Victoria Ibáñez. Preséntase Puchol, de payo, diciendo que quiere ser cómico, porque ha representado varias veces en su aldea, y le reciben luego que hace prueba.

340. ***Payo (El) ingenuo.*** 1772. *Inédito.*

Se hallará en el tomo segundo de esta colección.

341. ***Payos (Los) críticos.*** 1770. *Inédito.*

En el mismo tomo.

342. ***Payos (Los) en el ensayo.*** S. D. 1772.

En el mismo tomo.

343. ***Payos (Los) en la Corte.*** S.

Debe de ser el mismo que *Los payos en Madrid*, sainete anónimo é inédito, que daremos en el tomo tercero, por no conocerse su fecha exacta.

344. ***Payos (Los) hechizados.*** S. 1777.

B. M. (1-204-6). Copia antigua. Se imprimió suelto en Madrid, 1791, 4.º; Valencia, Ildefonso Mompié, 1826, con el título de *Los payos hechizados. Juanito y Juanita*, aunque nada tiene que ver con el de la segunda parte del título; Valencia, José Ferrer de Orga, 1814, 4.º

Este sainete fué prohibido por edicto inquisitorial de 11 de febrero de 1804.

Tiene poca gracia en fuerza de inverosímil. Es imitacion de la piececilla francesa de Madama Favart, intitulada: *Jeannot et Jeannette ou les Ensorcelés*, representada en Paris en 1757.

También se parece á los sainetes titulados: *Juanito y Juanita* y *El chico y la chica*.

345. ***Payos (Los) y los soldados.*** 1773.

Se imprimirá en el tomo segundo de nuestra colección.

346. ***Pedrero (El) apedreado.*** 1776. *Inédito.*

«Sainete para la compañía de Ribera, al empezar temporada.»

B. M. (1-168-20). Autógrafo de 1776 y otro manuscrito (1-183-2) con las aprobaciones y licencias de 6 y 7 de abril de dicho año en que fué estrenado.

Es sainete de costumbres teatrales, conocido también con el título de *Las piedras de San Isidro*.

Por él y la loa estrenada en el mismo día se pagaron á DON RAMÓN 1.000 reales (A. m., 1-437-1).

347. ***Peluquero (El) soltero.*** S. D. 1772.

Se imprimirá en el tomo segundo de esta colección.

348. ***Peluquero (El) casado.*** S. D. 1772.

Se imprimirá en el propio tomo.

349. ***Peluquero (El) viudo.*** S. D. 1773.

En el mismo tomo.

350. *Pensiones (Las) de los nuevos.* 1769. *Inédito.*

Irá en el referido tomo.

351. *Perdido (El) bien hallado.* 1776. *Inédito.*

También irá en el siguiente volumen.

352. *Petimetra (La) en el tocador.* 1762. *Inédito.*

Ha dejado de serlo por estar impreso en este tomo.

Petimetras (Las). Es ***El sombrerito.***

353. *Petimetre (El).* 1764. (III). D.

Queda impreso también en este tomo.

354. *Petimetres (Los) burlados.*

Se atribuye á Don Ramón de la Cruz en el manuscrito T-13-25 de la Bib. Nac.
Irá en el tomo tercero.

355. *Petra (La) y la Juana ó el Casero prudente.* *(La Casa de Tócame Roque).* 1791.

Se reproducirá en el tomo tercero de esta colección.

Picapedrero (El). D. (II). 1767.

En la B. M. (1-168-17) hay una copia antigua con las aprobaciones y licencias de 4 de junio de 1767 y el título de *Los pobres con mujer rica: el Picapedrero*, que es el que le hemos dado al reimprimirlo en el presente volumen.

356. *Picos (Los) de Oro.* D. (II). 1765.

Queda impreso en este tomo.

Piedras (Las) de San Isidro. Es ***El pedrero apedreado.***

357. *Plaza (La) mayor de Madrid por Navidad.* S. D. 1765.

Queda impreso en este volumen.

358. *Plebeyo (El) noble.*

El libro titulado *Colección de sainetes sacados de varias comedias de J. B. Poquelin de Molière. Segovia. Imprenta de F. Espinosa*, 1820, en 12.°, contiene: *El casamiento desigual*, *Las preciosas ridículas*, *El mal de la niña*, *El plebeyo noble* y *El casado por fuerza.*

Todos, excepto el que encabeza este número, son conocidos y de D. R. de la Cruz; no será, pues, temerario presumir que también le pertenezca *El plebeyo noble*, que claro parece no ser traducción sino del *Bourgeois gentilhomme* del referido Molière. No hemos logrado verlo.

359. *Pleito (El) del pastor.* S. D. 1768.

Queda impreso en el presente tomo.

360. *Pobres (Los) con mujer rica.* 1767.

También se estampó en el mismo volumen.

361. *Poeta (El) aburrido.* 1773. *Inédito.*

Se dará en el segundo tomo.

362. *Pollo (El).* S.

Es desconocido.

363. *Poner la escala para otro.* S. D. 1765.

Impreso en el presente volumen.

Por la boca muere el pez. 1785. *Inédito.*

B. M. Manuscrito antiguo. Es la *Introducción para repetir el Farfulla.* de 5 de septiembre de dicho año. (Véase.)

Por qué (El) de las tertulias. S. Es ***Las tertulias de Madrid.***

364. *Pourceaugnac.*

Traducción de esta comedia de Molière que, en forma de sainete, hizo Don Ramón de la Cruz, según asegura el Sr. Pedro Nápoli Signorelli en su *Historia crítica de los teatros*, edición de Nápoles, 1777, pág. 416.

365. *Pradera (La) de San Isidro.* S. D. 1766.

Va impreso en este volumen.

366. ***Prado (El) por la noche.*** S. D. 1765.

Se hallará en el mismo tomo.

367. ***Pragmática (La).*** *Primera parte.* S. 1761. *Inédito.*

Impreso en este presente volumen.

368. ***Pragmática (La).*** *Segunda parte.* S. 1761. *Inédito.*

También impreso con el anterior.

369. ***Preciosas (Las) ridiculas.*** 1767.

Se hallará en el mismo tomo.

370. ***Premio (El) de las doncellas ó La fiesta de la rosa.*** S. 1776. *Inédito.*

Se dará en el volumen siguiente.

371. ***Presumida (La) burlada.*** (I). D. 1768.

Se hallará en este volumen.

Presumidas (Las) burladas. Así citado en S., que omite el anterior, con el cual se habrá confundido.

Pretendiente (El) hablador. S. Debe de ser ***El padrino y el pretendiente.***

372. ***Propósitos (Los) de las mujeres.*** S. D. 1763.

Queda impreso en este tomo.

373. ***Provincias (Las) españolas unidas por el placer.*** 1789. *Inédito.*

Se dará en el tomo tercero.

374. ***Público (El) reconocido á su monarca.*** 1788. *Inédita.*

B. M. (1-186-66). Autógrafo de dicho año, con este encabezado: «Loa en celebridad de los años del Rey, nuestro señor. Para el día 20 de enero de 1788. Representada de orden de Madrid. Por la compañía de Eusebio Ribera en el coliseo del Príncipe. Escrita por D. Ramón de la Cruz y Cano.»

Al final tiene esta nota: «Apestó, y las otras (copias) se rompieron por ser tan mala». Lo es, en efecto.

375. ***Pueblo (El) quejoso.*** 1765.

Queda impreso en este volumen.

376. ***Pueblo (El) sin mozas.*** 1761. *Inédito.*

También se verá en el mismo tomo.

377. ***Quien de ajeno se viste donde quiera le desnudan.*** D. 1776.

Irá en el siguiente volumen.

378. ***Quien dice mal de la pena aquel se la lleva.*** D. 1771.

Irá en dicho tomo.

Ramos, de huésped. S. Es, sin duda, ***El huésped consolado.***

379. ***Rastro (El) por la mañana.*** S. D. 1770.

Se hallará en el volumen siguiente.

380. ***Recepción (La) de los nuevos.*** 1773. *Inédito.*

B. M. (1-184-37). Copia, con las aprobaciones y licencia de 21 á 29 de mayo de 1776. Es la *loa* de empezar la compañía de Martínez en 1773, como demuestra el reparto de los papeles. En 1776 se volvería á representar, y de ahí las nuevas licencias y no existir autógrafo ni primitivas copias. El asunto, muy semejante á los titulados: *Los temores de las nuevas* y *Las pensiones de los nuevos*, es puramente de cosas de teatro; por eso no lo imprimimos y porque, como muestra, ya hemos dado *Las pensiones de los nuevos.*

381. ***Recibimiento (El) de Juan Ramos.*** 1777. *Inédito.*

B. M. (1-183-11). Copia antigua. Pertenece á Cruz este sainete, que hace segunda parte de *El huésped consolado*, ó sea la vuelta de Ramos á la compañía llamada de *los chorizos*. Tiene menos gracia que la primera parte, á la que se alude de continuo.

382. ***Refrescos (Los) á la moda.*** 1768. *Inédito.*

Queda impreso en

383. ***Refunfuñador (El).*** 1763.

Se hallará en el mismo tomo.

384. ***Regimiento (El) de la locura.*** 1774. *Inédito.*

Irá en el volumen siguiente.

Renegado (El) y los zapateros. Es ***Donde las dan las toman.***

385. ***Repente (El) de los cómicos.*** 1781. *Inédito.*

Irá en el tomo tercero.

386. ***República (La) de las mujeres.*** 1772. *Inédito.*

Irá en el segundo volumen.

387. ***Resultas (Las) de las ferias.*** 1773. *Inédito.*

Se dará en el tomo siguiente.

388. ***Resultas (Las) de los saraos.*** 1764. *Inédito.*

Queda impreso en este tomo.

389. ***Retrato (El).*** S. D. 1775.

Irá en el segundo volumen.

Retrato (El) hablador. S. Debe de ser la zarzuela ***El cuadro hablador.***

390. ***Retreta (La).*** S. D. 1770.

Irá en el volumen siguiente.

391. ***Reverso (El) del sarao.*** (VII). S. D. 1766.

Va impreso también en este volumen.

392. ***Robo (El) de Plasencia.*** 1761. *Inédito.*

B. M. (1-184-17). Autógrafo de este año y el aditamento al título de: «Sainete ó entremés para la compañía de Juan Angel.»

Es un insignificante cuadro de costumbres de teatro mezcladas con otras comunes. Al final hay un episodio burlesco de mal gusto, como otros que tienen los sainetes de la primera época de nuestro autor.

393. ***Sacrificios (Los) al público de Madrid.*** 1784. *Inédito.*

«Loa para empezar temporada la compañía de Ribera. Año de 1784.»

B. M. (1-168-65). Copia antigua con las aprobaciones y licencias de 6 á 9 de abril de dicho año. Se pagaron por ella al autor 500 reales. (A. m., 1-385-2).

Es pieza alegórica. Supone al público de Madrid convertido en ser humano, con muchas y diferentes cabezas y vestido con un traje de ojos, al cual van ofreciendo proyectos y rendimientos, en sendos discursos, la tragedia, la comedia, la música, lo jocoso, etc.

394. ***Sainete (El) interrumpido.*** 1780. *Inédito.*

Irá en el tomo tercero.

395. ***Sainete no conocido.*** 1762.

Estrenado en 23 de octubre de 1762 por la compañía de Agueda de la Calle, con la comedia *Riesgo, acaso y ventura.*

396. ***Sainete no conocido.*** 1762.

Con iguales circunstancias que el anterior. Por ambos se pagaron á Don Ramón 600 reales.

397. ***Sainete no conocido.*** 1765.

Estrenado el 7 de septiembre de 1765 con la comedia *El mejor amigo el Rey*, por la compañía de Calle, en el teatro de la Cruz, y se pagaron por él á D. Ramón, 200 reales.

398. ***Sainete no conocido.*** 1768.

Estrenado con la comedia *La prudencia en la niñez*, el 12 de junio de 1768. Por él se dieron á D. Ramón, 300 reales. (*Papeles de Barbieri*, en la Bib. Nacional.

399. ***Sainete no conocido.*** 1768.

Estrenado al inaugurar María Hidalgo las representaciones de este año. Se le pagaron á D. Ramón, 300 reales. (A. m., 1-347-2).

400. ***Sainete no conocido.*** 1768.

Estrenado por la compañía de Juan Ponce el 3 de abril. Por él y una *loa* se pagaron á D. Ramón, 540 reales. (A. m., 1-347-2).

401. ***Sainete no conocido.*** **1768.**

Estrenado el 16 de abril por la compañía de Ponce. Se dieron á D. Ramón por él, 300 reales. (A. m., 1-348-2).

402. ***Sainete no conocido.*** **1768.**

Estrenado el 4 de octubre por la compañía de Ponce. 300 reales por él á su autor Don Ramón de la Cruz. (A. m., 1-348-2).

403. ***Sainete no conocido.*** **1768.**

Estrenado el 11 de diciembre, en el Príncipe, por la compañía de Ponce, al repetir la *Briseida*. A D. Ramón por él, 300 reales.

404 y 405. ***Sainetes no conocidos.*** **1769.**

Dos estrenados con la comedia de *Semíramis* y otras dos con la *Andrómeda*. Por ellos y esta última comedia (refundición de la de Calderón) se pagaron á Cruz 1.600 reales. (A. m., 1-349-350).

Los de la *Semíramis*, que será *La hija del aire*, de Calderón, son desconocidos. Los de la *Andrómeda* fueron *El casamiento desigual* y *La fiesta de pólvora*.

406. ***Sainete no conocido.*** **1771.**

En 13 de marzo de 1771 se pagaron á Don Ramón 300 reales por la *loa* de empezar Martínez este año, y 800 reales por los dos sainetes. Uno de ellos fué *El examen de la forastera*; pero el otro no se nombra. (Arch. m., 1-369-2).

407 y 408. ***Sainetes no conocidos.*** **1774.**

Se estrenaron, con la comedia *Amar su propio enemigo*, en la Cruz, por la compañía de Martínez, el 10 de junio de 1774. Se pagó por ellos á D. Ramón 1.200 reales. (Arch. m., 1-369-2).

409 y 410. ***Sainetes no conocidos.*** **1775.**

Se estrenaron con la comedia antigua *También por la voz hay dicha*, por la compañía de Martinez, poco antes del 13 de mayo de 1775. Se dieron por ellos á D. Ramón 1.000 reales. (A. m., 1-437-1).

411. ***Sainete no conocido.*** **1775.**

Estrenado, el mismo día que *El Abate Diente Agudo*, con la comedia *El timbre de los Osorios*, el 12 de junio de 1775, por la compañía de Martínez. (Véase *El Abate Diente Agudo*.)

412. ***Sainete no conocido.*** **1776.**

Estrenado el 23 de diciembre por la compañía de Martínez. Se pagaron á D. Ramón, por el y por el titulado *La comedia de carpinteros*. 1.100 reales. (A. m., 1-437-1).

413. ***Sainete no conocido.*** **1777.**

Se estrenó en la noche de verano de 1777 en que se estrenó también la comedia de Sedano *El desertor*, y por él se pagaron á Don Ramón 600 reales. (*Paps. de Barbieri*, en la B. N.).

414. ***Sainete no conocido.*** **1777.**

Se estrenó en el verano con la zarzuela *El cuadro hablador*, y por ambos se pagaron á Cruz 2.000 reales. (*Paps. de Barbieri*, en la B. N.).

415. ***Sainete no conocido.*** **1778.**

Representado el 5 de diciembre de 1778 en el teatro de la Cruz por la compañía de Ribera con el *Atilio Régulo* y *El café extranjero*.

Quizá sea el titulado *Los locos con juicio*.

416. ***Sainete no conocido.*** **1780.**

Se estrenó con una repetición del *Farfulla*. Por él y por la *loa* á D. Ramón se dieron 1.000 reales. (*Paps. de Barbieri*.)

417. ***Sainete no conocido.*** **1780.**

La estrenó el 26 de Marzo la compañía de Ponce. Por él y la *loa* de empezar se pagaron á D. Ramón 1.200 reales. (A. m., 1-377-1).

418. ***Sainete no conocido.*** **1780.**

Lo estrenó, al empezar el año, la compañía de Manuel Martínez (Véase la *Loa* de este año).

419. ***Sainete no conocido.*** **1780.**

Estrenado cuando *El fénix de los hijos* (Véase), á principios de julio, por ambas compañías, en el teatro del Príncipe.

420. ***Sainete no conocido.*** **1783.**

Se estrenó en Navidad con la comedia de

Jepté y se pagaron por él á D. Ramón 600 reales. *(Paps de Barbieri)*.

421. Sainete para la comedia de las señoras. 1773. *Inédito.*

Sin otro título se halla en la B. M. (1-184-1.). Copia antigua con las aprobaciones y licencias de 2 á 11 de noviembre de 1773.

Supone que los actores se distribuyen ocultamente por diversos lugares del teatro para desde allí burlarse de las cómicas en la función que ellas han de hacer solas. Las damas lo saben y preparan unas coplas contra ellos en el momento en que hablen. En efecto, á las bromas de Martínez, Garrido, Simón de Fuentes, Galván y otros, les disparan ellas su décima á cada cual, poniéndolos como nuevos. A Martínez le llama Sebastiana Pereira: *Nerón, cara de perro, feo, bufón,* y la *Granadina* llama á Garrido *chicuelo de nonada, cabezota de gigante*, etc. El público reiría estas alusiones, que hoy nosotros apenas entendemos.

422. Sainete que da menos que promete. 1774. *Inédito.*

Sirvió de intermedio para la *Efigenia.*
B. M. (1-164-10). Autógrafo de dicho año. Es muy corto y parece sin concluir.

423. Sanar de repente. D. 1773.

Se imprimirá en el tomo siguiente.

424. Sarao (El). (VIII). D. 1764.

Se ha reimpreso en el presente tomo.

425. Sarao (El) de Chinita. 1777. *Inédito.*

B. M. (1-154-17). Autógrafo con esta portada: «El cortejo de Chinita ó los Gigantes, Sainete para la compañía de Ribera. Año de 1777.» Pero en la primera cara del texto lleva el título verdadero, como queda puesto. Otro manuscrito lleva las aprobaciones y licencias de 5 y 6 de julio de 1777.

Este sainete fué compuesto para sacar á escena la pareja de gigantes que por entonces vinieron á Madrid, como años antes había sacado la giganta.

426. Sastre (El) y el peluquero. D.

Irá en el tomo tercero.

427. Segadores (Los) festivos. *Inédito.* 1779.

Irá impreso en el tomo respectivo.

428. Señoras (Las) forasteras. S.

Quizá sea el titulado *Las majas forasteras.*

429. Señorías (Las) de moda. (1). D. 1767.

Queda impreso en este tomo.

430. Señorita (La) displicente. S. 1779.

Se imprimió suelto antes de 1785 y después: Valencia, Mompié, 1815, 4.º.

Se representó en el teatro de la Cruz, por la compañía de Ponce, el 27 de abril de 1779, y se le pagaron por él á D. Ramón 600 reales, según recibo suyo que obra entre los papeles de Barbieri.

Tiene escaso valor.

431. Serranas (Las) de Toledo. 1770. *Inédito.*

Se imprimirá en el siguiente volumen.

432. Simple (El) discreto. 1766. *Inédito.*

Queda impreso en el tomo presente.

433. Soberbia (La) castigada ó La baronesa. D.

Irá en el tomo tercero.

434. Sobresalientes (Los). 1778. *Inédito.*

Irá en el tomo segundo.

Soltera, casada y viuda. Véase **Doncella, casada y viuda.**

435. Sordo (El) y el confiado. 1764. *Inédito.*

Queda impreso en el presente tomo.

436. Sombrerito (El). (III). D. 1785.

Irá en el último tomo.

437. Soriano loco. 1772.

Se dará en el tomo siguiente.

438 Sosa (La). S.

Desconocido.

439. ***Sueño (El)***. (VIII). D. 1778.

Se imprimirá en el tomo siguiente.

440. ***Superfluidades (Las)***. (I). D. 1768.

Queda impreso en el tomo presente.

441. ***Teatro (El) por dentro***. S. 1768.

Se ha impreso en este tomo.

442. ***Temores (Los) de las nuevas***. 1770. *Inédito.*

B. M. (1-183-29). Autógrafo de este año y se estrenó por la compañía de Juan Ponce, al empezar la temporada.

Es de costumbres de teatro. Las *nuevas* eran las actrices que no habian aún salido á escena.

443. ***Templos de amor y placer***. 1760. *Inédito,*

B. M. (1-184-5). Autógrafo con las aprobaciones y licencias de 11 y 12 de junio de 1760 y este aditamento al título: «Fin de fiesta para el auto *El cubo de la Almudena*, representado por la compañía de José Martínez en el año de 1760.»

Se estrenó con el otro sainete titulado *La hostería de Ayala.*

Es pieza mixta de alegoría, costumbres de teatro y otras cosas; todo ello desordenado, aunque á veces con gracejo.

444. ***Tertulia (La) de la estafa***. S.

Desconocido.

445. ***Tertulia (La) discreta***. 1783. *Inédito.*

Irá impreso en el tomo tercero.

446 ***Tertulia (La) hecha y deshecha***. 1774. *Inédito.*

También se imprimirá en el tomo segundo.

447. ***Tertulias (Las) de Madrid ó El por qué de las tertulias***. (VIII). S. D.

Se dará en el mismo tomo segundo.

448. ***Tintorero (El) vengado***. 1783. *Inédito.*

Irá en el tomotercero.

449. ***Tío (El) Felipe***. S. D. 1762.

Está impreso en el presente tomo.

Tío (El) Tuétano. Es ***La oposición á sacristán***.

450. ***Todo el año es Carnaval***. 1773. *Inédito.*

B. M. (1-170-25). Autógrafo de dicho año. Lo representó la compañía de Ribera, con la comedia *Marta la Romarantina*, á quien se hace intervenir en el sainete, que es una extravagancia de Carnaval.

451. ***Tordo (El) hablador***. S. D. 1778.

Irá en el tomo segundo.

452. ***Tornaboda (La) en ayunas***. S. D. 1772.

Irá en el mismo tomo.

453. ***Tramposo (El)***. 1783.

«Sainete nuevo». Valencia, Ildefonso Mompié, 1822, 4.°.

No hay seguridad que pertenezca á Don Ramón este sainete, aunque por el corte parezca suyo. Se estrenó, por la compañía de Martínez, el 3 de agosto de 1783.

454. ***Tres (Las) graciosas***. S.

Desconocido.

Tres, y de las tres ninguna. Es ***De tres ninguna***.

455. ***Triunfo (El) del interés***. (IX). D. 1777.

Irá en el tomo siguiente.

456. ***Usías (Las) y las payas***. 1772. *Inédito.*

Irá en el tomo siguiente.

457. ***¡Válgate Dios por Garrido!*** 1775. *Inédito.*

Irá también en el mismo tomo.

458. ***Valle (El) del placer***. 1764.

Intermedio para la ópera cómica *El Tutor enamorado*. (Véase). Llevó música de don Luis Misón.

459. ***Vaqueros (Los) de Aranjuez.*** (VII). 1788.

«Loa para la fiesta *El Barbero de Sevilla*, que se representó á SS. AA. en la casa de Vacas del Real Sitio de Aranjuez, de orden del Excmo. Sr. Conde de Floridablanca, Primer Secretario de Estado, etc., etc., el día 25 de junio del año de 1788.»

También se imprimió suelta (Madrid, Imprenta Real, 1788, 8.°, 48 págs.) y en la B. M. hay el autógrafo de ella (1-168-68). No tiene interés.

460. ***Veneno (El) fingido.*** S.

Desconocido. Quizá sea *El burlador burlado*, donde hay un *veneno fingido*.

Venganza (La) del Zurdillo. Es ***Los bandos de Lavapiés.***

461. ***Viejo (El) á la moda.*** 1772. *Inédito.*

Irá en el tomo siguiente.

462. ***Viejo (El) burlado ó Lo que son criados.*** 1770. *Inédito.*

Irá también en dicho tomo.

463. ***Viejos (Los) burlados.*** 1772. *Inédito.*

También irá con los anteriores.

464. ***Viejos (Los) fingidos*** 1778. *Inédito.*

Irá con los anteriores.

465. ***Viejos (Los) verdes.*** S.

Quizá sea el mismo que *El viejo á la moda* y, si no, es desconocido.

466. ***Visita (La) de duelo.*** (VII). D. 1768.

Queda ya impreso en este tomo.

467. ***Visita (La) del hospital del mundo.*** 1763. *Inédito.*

En el manuscrito de la B. M. (1-184-39), se atribuye á «la señora Mariana Alcázar, tercera dama de la compañía de la señora María Hidalgo,» en cuya compañía se representó. Pero es una broma de DON RAMÓN, ó del copista, porque la Alcázar apenas sabía poner mal su nombre por escrito. El sainete es lo mismo que otros muchos de CRUZ, con las mismas alusiones y el mismo gracejo. Casi todo es de costumbres de teatro.

468. ***Víspera (La) de San Pedro.*** S. D. 1763

Ya queda impreso en este volumen.

Vistas (Las) del novio. Es el primitivo título de *Las señorías de moda*, según un autógrafo que existe en la B. M. (1-161-46). El mismo autor le cambió el título al imprimirlo en el tomo I de su colección particular.

469. ***Viuda (La) burlada.*** S. D. 1779.

Se imprimirá en el volumen segundo.

470. ***Viuda (La) hipócrita.*** (VII). D. 1775.

Irá en el mismo tomo segundo.

471. ***Viuda (La) y el letrado.*** 1774. *Inédito.*

Irá en el propio tomo.

472. ***Viudo (El).*** S. 1775.

También irá en el mismo.

473. ***Volatines (Los).*** S. D. 1778.

Se verá impreso en el mismo.

474. ***Vuelta (La) del arriero.*** 1776. *Inédito.*

En el mismo.

475. ***Zara.*** Tragedia en menos de un acto. (VI).

Sainete nuevo. Zara ó Tragedia nueva en menos de un acto. Valencia. Por José Ferrer de Orgo, 1813, 4.°, y otra vez en 1817, 4.° *Valencia, Estevan, 1817*, 4.°

SAINETES

DE

DON RAMÓN DE LA CRUZ

1

La enferma del mal de boda

SAINETE PARA LA COMPAÑÍA DE PARRA.

1757 [1].

PERSONAS

PACA	*La Enferma.*	SIMÓN	*La Poesía.*
CAMPANO. . . .	*El vejete, su padre.*	PACO.	*El Baile.*
		ESPEJO.	*El Chiste.*
GABRIEL. . . .	*El Doctor.*	GERTRUDIS. . .	*3 mujeres.*
PONCE.	*El Cirujano.*	PORTUGUESA. .	
IBARRO.	*El Herrador.*	FELIPA.	
NISO.	*Su comadre.*	ANTONIO. . . .	*2 hombres.*
JOAQUINA. . . .	*La Música.*	JOAQUÍN. . . .	

MÚSICA

(Salen los dos hombres y las dos damas cantando y bailando y después la ENFERMA, *furiosa, suspendiéndolos.)*

HOMBRES, MUJERES Y MÚSICA.

«Aplaudan, celebren,
y en ecos suaves
tributen obsequios
las fuentes y aves.»

ENFERMA. Parad, suspended las voces;
¡infames, viles, aleves!
Holgarse ¡qué picardía!
divertirse ¿qué se entiende?
estando yo mala; estando...
y habiendo...

LOS CUATRO ¡Señora!...

ENFERMA. Cesen
ecos, voces y respingos;
y agradeced que no os eche
de mi casa, contemplando
que sois hombres y mujeres.

LOS CUATRO Vuestro padre...

ENFERMA. ¿De qué sirve
el padre si no es pariente?

ELLOS. Deseando...

ENFERMA. No desea
casarme.

ELLOS. Mientras que vuelve
con remedios y doctores,
dijo, por si te diviertes
de la causa que es la causa
de tu penoso accidente,
que bailásemos.

ENFERMA. ¿Hay boda?

ELLOS. Que cantásemos.

ENFERMA. *De requiem.*
¡Ay de mí, triste y sin novio
con veinte años y dos meses!

(Al paño los cuatro primeros con el VEJETE.*)*

VEJETE. Señores míos, aquí
á que la prevenga esperen
de que entra el doctor en casa;
porque ello es susto realmente
para el sano, y al enfermo
espuela para la muerte;
conque no es grano de anís,
que se traga entero adrede.

DOCTOR. Señor don Birloque, usted
sea el primero que llegue
á prevenirla.

VEJETE. Está bien,
allá voy... *(Sale.)*
¡Qué doctamente
dijo aquel que dijo que eran
los hijos y las mujeres,
si no se tienen, afán,
y afanes cuando se tienen!
¡Hija mía!

ENFERMA. ¡Qué ternura!,
á no decirla el vejete.

VEJETE. Tu padre soy y tu amante.
¡Mi bien!...

ENFERMA. Con noventa y siete
años, catarro, estangurria,
asma, escorbuto y tres fuentes.

VEJETE. Ya sabes que, única prenda

---

[1] *Inédito.* Bib. Municipal de Madrid: leg. 1-183-47. Copia de la época.

adorada de mí, siempre
libro en tu vida continua
sucesión de rama fértil.

ENFERMA. No es muy activo el deseo
que está en la acción tan rebelde.

VEJETE. Ahora verás si la acción
es fina. Salgan ustedes...
(Salen los cuatro.)
El señor es el Doctor;
el Cirujano es aquéste;
éste el Herrador, y ésta
la Comadre Mari-Pérez:
porque, curando los cuatro
dolores de toda suerte,
toquen la suerte de cura
que le taña á tu accidente.

ENFERMA. La Comadre, que se vaya
desde luego, ó que se espere
si ahora no tiene que hacer;
mientras usted gana tiene
de casarme, viene el novio
y llega el caso á diez meses.

COMADRE. Ese espacio tengo yo,
porque habrá tasadamente
en el lugar treinta urgencias
y son los vecinos veinte... *(Vase.)*

ENFERMA. Acérquese ahora el Doctor,
mientras otro no se acerque
tal cual; él, en fin, es hombre. *(Aparte.)*

DOCTOR. Dadme acá ese ramillete
de azucenas.

ENFERMA. ¿Es usted
casado? *(Aparte con él.)*

DOCTOR. Sólo ha dos meses.

ENFERMA. Pues sólo dos meses ha
que no es usted aparente
para curarme.

DOCTOR. ¿Por qué?

ENFERMA. Porque los casados huelen
á carne manida, y no es
extraño que luego apesten.
Llegue el cirujano.

DOCTOR. Niña,
¿usted la propina tiene?
(Aparte con DAMA 1.ª)

DAMA 1.ª No, señor.

DOCTOR. Es que yo nunca
tomo nada.

CIRUJANO *(á la ENFERMA)*. ¿De qué especie
es vuestro dolor?

ENFERMA. Miradlo. *(El pulso.)*

DOCTOR *(á la DAMA 2.ª)*.
¿Diéronle á usted qué me diese?

DAMA 2.ª No, señor.

DOCTOR. Está muy bien;
esto entre los dos se quede.

CIRUJANO. Esto es cólera.

ENFERMA. ¿Tal es
el lance que me sucede?

CIRUJANO. Confiádmele.

ENFERMA. No quiero.

CIRUJANO. ¿Por qué?

ENFERMA. Porque no es prudente
quien cuenta su mal á quien
remediárselo no puede.
¿Sois casado?

CIRUJANO. No, señora.

ENFERMA. ¡Albricias, alma!

CIRUJANO. Mas tiene
mi afecto dado palabra
de casamiento hasta á siete.

ENFERMA. Si con tal emplasto cura,
ni por pienso á mí se llegue,
que, más que no Cirujano,
gangrena de amor parece.

CIRUJANO. Pues, si puedo, en el asunto
no he de parar hasta veinte.
(Tocan una campanilla.)
Y con esto, abur, que tocan
á rasura hasta las nueve... *(Vase.)*

DOCTOR *(al SEÑOR 1.º)*.
¿Tiene usted mi maula?

SEÑOR 1.º No.

DOCTOR. Lo contrario era ofenderme.

ENFERMA. ¿Señor mariscal?

HERRADOR. Si por yerro
quiere mi dicha que acierte,
el nombre de acertador
hará que el que tengo enmiende.

DOCTOR *(al SEÑOR 2.º)*:
¿Es usted el mayordomo?

SEÑOR 2.º No, señor.

DOCTOR. Pues se parece.
Perdone usted.

SEÑOR 2.º No hay de qué.

DOCTOR. Sus manos una y mil veces
beso, señor don Birloque.
(Pero nada en ellas tiene). *(Aparte.)*

VEJETE. Viva usted uno y mil años,
mi señor don Casca-Nueces.
(Vase el DOCTOR.)

ENFERMA. ¿Os habéis casado?

HERRADOR. Ayer.

ENFERMA. ¡Ay, Jesús, el accidente!
¿Muchachas? *(Desmáyase.)*

HERRADOR. Los compañeros
llamaré para que observen
esta especie, pues no curo
animales de esta especie. *(Vase.)*

VEJETE. ¡Qué lástima!

LOS CUATRO ¡Qué dolor!

VEJETE. Por si del afecto pende,
vaya otros cuatro doctores
que los afectos suspenden.

(Salen los cuatro, que son POESÍA, etc.)

LAS DAMAS *(A la ENFERMA)*:
Abre los ojos, que hay gente.

ENFERMA. ¿Machos ó hembras?
ELLAS. Uno y otro,
y bueno.
ENFERMA. ¡Jesús mil veces!
VEJETE. Anímate, cielo mío,
y mira lo que me debes;
pues, por si tu mal acaso
es interior, te previene
medicinas mi cariño
que alivian interiormente...
(Señálalos.)
Música, Baile, Poesía
y Chiste, que han sido siempre
remedios que del afecto
las apostemas resuelven.
ENFERMA. Bien está, vayan llegando
ellos; los demás se sienten.
VEJETE. Dice muy bien; adelante
con su humor.
ENFERMA. ¿Quién es aquéste
que se adelanta á los otros?
POESÍA. La Poesía, que debe
preferirse; pues leyendo
sus comedias, entremeses,
pastorelas y zarzuelas,
autos, loas y sainetes,
te divertirá de modo
que nunca del mal te acuerdes.
ENFERMA. No lo creo.
VEJETE. No haces bien
hasta que lo experimentes.
ENFERMA. Oid la razón por qué:
poeta que se prefiere
por sí mismo, ó por tablilla
del respeto se entremete,
es cual un Pedro Fernández,
que apesta más que divierte.
POESÍA. Son muchas mis obras.
ENFERMA. Peor;
sentarse á oir, ó volverse.
MÚSICA. Si á oir ha de ser, mis ecos
desconfiados atiende,
pues no les falta la noble
disculpa de lo obediente.
ENFERMA. Mucho traes adelantado
para el perdón, aunque yerres:
vamos, pasemos el tiempo
mientras otro tiempo viene. *(Aparte)*
CHISTE. ¿Qué es venir? Donde yo estoy,
ningún otro me prefiere;
que las dolencias del gusto,
si buscan que se remedien,
sólo Chiste sabe cómo
de su daño convalecen.
ENFERMA. ¡Bendita sea tu alma!
Conque dime, hijo, ¿quién eres?
CHISTE. El Chiste.
ENFERMA. Y ¿eres soltero?
CHISTE. Pues casado ¿quién le tiene?
ENFERMA. ¿Sabes mi mal?
CHISTE. Es de boda,
si las señas no me mienten.
ENFERMA. ¿En qué lo conoces?
CHISTE. En que
en el siglo las mujeres
padecen, de esa dolencia
éticas, de quince á veinte;
que de veinte á treinta agrava
y á los cuarenta fallece
si no viene algún prodigio
de la mano omnipotente.
ENFERMA. Y ¿qué remedio?
CHISTE. Según
los autores lo previenen,
uncias tres, de matrimonio
es el único.
ENFERMA. ¿Y se vende?
CHISTE. En la botica del mundo
se ha vendido algunas veces,
porque muchos si no hay *moga*
jamás al consorcio atienden.
ENFERMA. ¿Y qué cuesta?
CHISTE. Cuesta un ojo,
y aun dos; que á algunos pobretes
les han sacado los ojos,
por casarse, las mujeres.
ENFERMA. Dime, ¿podrás tú agenciarme
esa medicina?
CHISTE. Puede
que si tu das en el chiste,
hoy el Chiste te remedie.
ENFERMA. Pues, hijo...
CHISTE. ¡Cuál se relame!
ENFERMA. Si mi amor...
CHISTE. Allí le duele.
ENFERMA. Te ha obligado...
CHISTE. ¡Aquí fué troya!
ENFERMA. Por mi esposo...
CHISTE. No receles,
que en mi botica tus males
han encontrado sus bienes.
Recipe: *consortium*, y
la boda todos celebren...
(Dale la mano.)
ENFERMA. Esta es mi mano, y feliz
el Chiste que supo alegre
dar en el punto que busca
la que matrimoniar quiere.
CHISTE. ¿A qué mujer ese chiste
muy á cuento no le viene?
VEJETE. Pues ahora de vosotros
á tiempo el efecto puede
llegar, para que, cantando,
también el contento llegue
á dar, con el baile, asunto
de que se acabe el sainete.
TODOS. Mientras el perdón consigue
una tonadilla alegre.

CHISTE. Dice bien; y así entre ocho
unidos este minuete
danzarán, poniendo fin
la tonada.

TODOS. ¡Lindamente!

(Pónense á bailar entre ocho el siguiente minué):

CANTO.

«El chiste grave,
que encontrar sabe
con eficacia
de amor la gracia
para la unión,
médico astuto
es, que, absoluto,
á las mujeres
con mil placeres
el mal curó.»

TODOS. ¡Vítor los novios!

DAMA 2.ª Y ahora
para dar fin al juguete...

TODOS. Será el que del auditorio
el aplauso desempeñe.

(Hacen una cortesía y salen los de la tonadilla y los demas se entran.)

2

La fingida Arcadia.

SAINETE NUEVO PARA LA COMEDIA

LOS TRABAJOS DE ADAN Y EVA

1758 (1)

(Cantan dentro la seguidilla y sale luego en bata, ridículo, LLÁCER *dando voces.)*

DENTRO CANTAN.

«¡Todo júbilo sea,
todo festejo,
pues logró mejorarse
nuestro Sileno!
¡Vaya, pastores,
prevenid mil festivas
demostraciones!»

LLÁCER. ¿Todo júbilo sea,
todo festejo,
pues logró mejorarse
nuestro Sileno?
Esto es por mí, ¿quién será
quien, con músicos acentos,
quiera pasar malos ratos,
porque yo los tenga buenos?
¡Hola, Silvio! ¡Hola, Sirene,
Bato, Ergasto, Melibeo!
¿Nadie me oye?

(Salen algunos de la compañía y CAMPANO *de vejete.)*

UNO. ¿Qué nos mandas?

LLÁCER. ¿Sabéis quién causa ese estruendo
de grita y voces?

OTRO. No sé;
pero pronto lo sabremos,
que allí viene el mayoral.

PARRA *(Sale de pastor):* Amigo mío: *Laus Deo.*

LLÁCER. ¿Qué buena venida es ésta?

PARRA. Ha sido tal el contento
que de ver tu mejoría
los zagales recibieron,
después que en aquel viaje
te quedaste en el desierto,
que han prevenido festejos
en que hacer de su cariño
el más vivo manifiesto.

LLÁCER. ¿Cómo, qué cosa?

PARRA. Perdona
si yo no te lo refiero
y da licencia de que entre
el embajador que ellos
han nombrado á que te traiga
noticia de sus intentos.

LLÁCER. Dile que entre.

PARRA. Yo me escurro
á prevenir mi embeleco.

VEJETE. Y yo á ver en lo que para
este negocio me quedo.

(Sale NISO, *ridículo, de embajador, y de lacayo el* TÍO GARCÍA.*)*

NISO. Cuidado con apuntarme
si me perdiere.

TÍO. A eso vengo.

LLÁCER. Seáis, Ergasto, bienvenido.

NISO. Vos bien hallado, Sileno.
Yo vengo de embajador.

LLÁCER. Pues asentaos en el suelo,
y hablaréis con conveniencia.

NISO. Dígole á usted que no quiero;
pues lo vivo de la piedra
y de mi carne lo muerto
es preciso que compitan
y queden con menos precio
las dos puntas de diamante
que andan conmigo de asiento.

LLÁCER. Pues hablad en pie.

NISO. Eso no,
que fuera poco respeto
al soberano, divino
simulacro á quien ofrezco
la embajada, el aparato,
tren, autoridad y siervo.
Haced también el cumplido
y decidle algo.

(1) *Inédito.* Bib. Municip.: leg. 1-183-46. Autógrafo de 1758.

TÍO. A eso vengo
NISO. Escuchadme de rodillas.
LLÁCER. La brevedad encomiendo.
VEJETE. El embajador es pieza;
parece molde burlesco
de vaciar antigüedades
para adornar cimenterios.
LLÁCER. Despacháis ó me levanto.
NISO. Como digo de mi cuento...
ya se me ha olvidado todo.
¿A qué he venido? *(Al Tío)*
TÍO A eso vengo.
NISO. ¡Malhaya, amén, mi memoria!
Pero, vaya, ya me acuerdo.
Los zagales... ¡No, no, no!
Las zagalas... ¡quedo, quedo!
que no es esto; el mayoral
me dijo. . ¡tampoco es esto!
¿Que hay fiestas? Sí, fiestas. No...
apuntad bien.
TÍO. A eso vengo.
NISO. A eso vengo; y es más porra
que diez mendigos hambrientos.
Aquí la resolución
es lo mejor: ¡fuera miedos!
Los zagales y zagalas,
las fiestas y los festejos,
los festejos y las fiestas,
zagalas y zagalejos,
guardapieses y briales...
Esto es salirse del tiesto.
(Están ustedes hablando *(Al patio)*
y un hombre viene con miedo,
con que se turba al instante.
¡Fuerte chasco! Con efecto,
yo soy para embajador
hombre de siete provechos.
Pero suplirán la acción
de la lengua los defectos).
Sabiendo que bueno estais,
los zagales han dispuesto.
(Baila seguidillas)
LLÁCER. ¿Seguidillas?
NISO. Sí, señor.
LLÁCER. ¿Y quién las baila?
TÍO. A eso vengo.
NISO. Gar, gar, gargs.
LLÁCER. ¡Tonadillas!
Me dan mucho gusto en eso.
¿Y quién las cantará?
TÍO. Yo.
LLÁCER. ¿Tenéis gracia?
TÍO. Yo lo creo.
NISO. También habrá otros que hagan
lan, lararà, lan, lerero.
LLÁCER. Eso es minuet.
NISO. Y otras cosas,
si das licencia para ello.
Ya salí de la embajada.
¡Lo que hace tener ingenio!
LLÁCER. Y vos ¿qué máscara hacéis *(Al Tío)*
en las fiestas?
TÍO. A eso vengo.
NISO. Dice bien; que con su cara
harto mascarón tenemos.
TÍO. Si ha de haber caras de pasta
con narices, á eso vengo.
(Señala á Niso.)
DENTRO *(gritando)*: Allí hay bulla. La justicia.
VEJETE. Allá voy.
NISO. Estense quietos,
que esta es la primera tropa
que aguardando en aquel cerro
está impaciente la seña
de tu licencia.
LLÁCER. Pues luego
lleguen ¿qué aguardan?
NISO. Al punto
vendrán que miren el lienzo.

(Hace la seña Niso y salen los ocho, que antes, de manchegos, cantan las seguidillas que bailarán en corro.)

(Cantan la seguidilla que al principio se cantó dentro.)

VEJETE. ¡Bella mojiganga es ésta
de manchegas y manchegos!
CAMP. *(Sale)*. De suerte, Sileno amigo,
que esto es esto, y no es más que [esto,
pues como probes pastores,
ya se ve, correspondemos;
como quisiéramos, no;
sí sólo como podemos.
Y pues el traje convida
á respingar el afecto,
por tu salud va este brindis
de pies y castañeteo.
A tu salud y también
á la de los mosqueteros. *(Bailan.)*
«Sufra quien penas tiene,
tenga constancia,
que es el tiempo maestro
de las mudanzas.
donde se aprende,
para alivio, que tiempo
tras tiempo viene.»
TODOS. ¡Lindamente, lindamente!
¿Y esto se queda sin premio?
LLÁCER. Dénles para refrescar
unas migas con pimiento
VEJETE. Mejor son migas manchegas,
que sabrán hacerlas ellos.
LLÁCER. Mucho siento que se cansen;
pero como me divierto
y estoy muy bien asentado,
¿qué he de hacer? paso por ello.
VEJETE. Otra cosicosa llega.
NISO. Mirad quiénes.
TÍO. A eso vengo.

(*Salen la* Granadina *y la* Portuguesa, *de negras, cantando con la vihuela, sonajas ó pandereta, la tonadilla siguiente*):

Las dos. «Cantano y bailano
este zarimbeque
á entar en docena
la neglas se vienen.
¡Cuchichí, cuchichí, cuchichí!
¡Tequeté, tequeté, tequeteque!
¡Ay, Jesú, mosquetero querido!
¡Ay, Jesú, que la negla se muere!
(*Muy grave.*)

Granad. ¿Qué tene, neglita mía?
Dime, morena, qué tene.
Yo te daré confitito,
cataña, piñaca y nuece.

Portug. Daca, daca lo confite
para que el fato se ausente,
y en llenando la tepita
divertiré á su mercede.

Granad. ¡Ah, golosa, y qué ben que lo finge!

Portug. ¡Ah, bibona, y qué pícara que ere!

Las dos. Es menti, es menti, es mentira.
Es jugué, es jugué, es juguete.
Que si al mosquetero
alegra y divierte,
por cuato palmada
diremo cien vece:
á dioz, ziolo;
ziola, á más verte.
¡Cuchichí, que el juguete se acaba,
acabóse, acabóse el juguete!»

Llácer. Graciosas son las negrillas.

Niso. ¿Quién le mete á usted en eso?
¡Pues ya se ve que lo son!
Yo os aseguro por cierto
que si estas dos niñas negras
tuvieran mis ojos dentro,
habían de abrir tanto ojo
más de cuatro para verlos.
¿Quieren ser mis esclavillas?

Las dos. Zí, ziolo.

Niso. ¡Esto va bueno!
¿Qué habilidades tenéis?

Las dos. Zí, ziolo, más de cento.

Granad. Yo hago chocolate blanca.

Portug. Y yo arroz con leche neglo.

Granad. Yo sé merenar conzerva.

Portug. Yo sé comer lo torrezno.

Granad. Yo gusto de mucha gala.

Portug. Yo quero mucho dinero.

Las dos. Yo quero mucha cosita,
muy bonita.

Niso. ¡Quedo, quedo!
Que aquesas habilidades
también yo solo las tengo.
Pero, amigas, chocolate,
leche, conserva y torreznos
es contrabando en mi casa:
conque así sin cumplimiento
id con Dios á buscar amo,
que yo me voy á mi asiento.

(*Salen de majos* Nicolás *y* Mariana.)

Nicolás. Ea, vamos haciendo rancho;
señores, fuera de enmedio,
que yo no gasto más chiste
que mi moza y mi jopeo.
¿Qué quieres bailar?

Mariana. Fandango.

Nicolás. Que le toquen y *Laus Deo*.

(*Bailan los dos el fandango y salen de Abates* Ponce *y* López.)

Ponce. Sabiendo que aquí hay funciones,
de más allá de Marruecos
venimos á vuestros pies
por la posta...

López. Dos jumentos...

Ponce. ¿Qué decís?

López. Nos han traído
á caballo por el viento.

Llácer. Alzad, y decid quién sois.

Los dos. Dos maestros cuando menos
de capilla.

López. Si ahí á mano
hubiese quien haga versos,
venga letra, que mil arias
en dos horas les haremos
lo mismo que en cuatro años.

Ponce. ¿Para qué les dices eso,
hombre? Creerán que es mentira.

López. Si es de verdad, ¿no han de creerlo?

Llácer. Pues, señores, ya que tienen
facilidad y manejo,
compongan un villancico
para que luego cantemos.

Ponce. Dejadnos que discurramos
aquí aparte y yo le ofrezco.

Tío. Señores, ¿cuándo me toca
á mí decir: á eso vengo?

Niso. Por mí siempre que usted quiera
puede decirlo.

Tío. A eso vengo.

(*Sale* Parra *de quinquillero.*)

Parra. Hebillas viejas, botones,
pajuelas, alfileteros,
cintas para calzoncillos,
rascamoños para el pelo,
alfileres, agujetas...
¿Quién quiere comprar, que vendo?

Todos. ¿Mayoral?

Parra. Ya no lo soy;
me he metido á quinquillero,
y con lo que me han comprado
las muchachas de estos pueblos
para venir á la fiesta
he ganado que es un cuento.

Todos. Regálanos lo que queda.

PARRA. Déjenme dar tiempo al tiempo;
divirtámosnos ahora,
que lo demás ya veremos.
TODOS. Y más que hay moro en campaña.

(Sale GARCÍA *muy petimetre.)*

GARCÍA. *¡Oh siñor: san cumplimiento*
una señorrita bella
de aquel de garb estopendo,
ballarina y *fort jolí,*
regard el permiso vuestro
pur andar á la función.
LLÁCER. Por mí que entre desde luego.
GARCÍA. *Ell* no *sa* andar que *dansando:*
que toquen el instrumento.
LLÁCER. Decid qué queréis que toquen.
GARCÍA. *La bretana*, caballeros.

(Tocan lo que pida, saca á la PEREIRA *en el mismo traje y bailan lo que mejor sepan.)*

LLÁCER. ¡Voto á San que lo hacen bien!
VEJETE. ¡Lindamente por lo serio!

(Coge de un brazo PEPE *á* NICOLÁS.)

PEPE. Con otro está mi zagala,
llevó el diablo el fingimiento.
MARIANA. ¿Aquél con una gabacha?
Me la he de tragar si puedo.
(Coge á la PEREIRA.)
PEPE. Aunque usted perdone, ¿estaba
perdido aquel embeleco
en el monte?
NICOLÁS. Y aunque usted
perdone: ¿es usted su dueño?
PEPE. Sí, señor.
NICOLÁS. Pues haga cuenta
que ahora lo soy yo, y al puesto.
MARIANA. ¡Digo! ¿qué? ¿no hay más de an-
bailando por esos cerros [darse
con un hombre que es casado?
PEREIRA. *No li entendo, no li entendo.*
G.ª y MAR. ¿Conque no se me responde
por bien?
NICOLÁS. ¡Fuera!, que me lleno
de humo la chimenea.
PEREIRA. ¿Vaya que tenemos cuento? *(Aparte)*
Qui no intendi palabra.
No respondi.
G.ª y MAR. Habrá de hacerlo
á puñadas.
VEJETE. ¡La justicia,
la justicia, caballeros!
LLÁCER. ¿Qué pendencia ni justicia?
¡Bueno es venir á festejos
para aguar las diversiones,
con iras, quejas y celos!
Señores, vaya...
PEPE. Querido;
sólo por ti me suspendo.
PEREIRA. Yo porque no me despeine,
que tengo que salir luego.
MARIANA. Pues yo no, y hoy que me hallo
donde hay gente de por medio,
juro á San que he de vengarme
de todas las que me has hecho.
(Zúrrale.)
TODOS. Señores, á meter paz
acudamos.
TÍO *(Sin moverse).* A eso vengo.
NISO. ¿Por qué, pues le zurra al hijo,
á la nuera no habla recio?
Vaya que eso es ser mal padre.
TÍO. Otra vez seré mal suegro.
GARCÍA. Tú, porque hay gente delante
¿atréveste á mi respeto?
Ya nos veremos en casa.
MARIANA. Iréme á un recogimiento.
GARCÍA. ¿Y cuál es?
MARIANA. El de tus brazos,
que es sólo el que yo apetezco.
LÓPEZ. Señores, el villancico
se está pasando.
NISO. ¿Era fresco?
LÓPEZ. Como usted.
NISO. Pues de ese modo
no está ya ni pasadero.
LLÁCER. Servirá para dar fin
á nuestra idea, cumpliendo
yo con quien me favorece.
TODOS. ¿Serás largo?
LLÁCER. Ni por pienso.
Zagales, ó lo que sois,
amigos y compañeros,
favorecedores míos;
en esto á todos comprendo,
pues á todos debí tanto
en mi enfermedad primero
y después en la alegría
con que á mi recobro han hecho
pruebas de su buena ley.
La mía correspondiendo,
yo os doy por todo las más
rendidas gracias, sintiendo
que no se extienda la paga
á donde alcanza el afecto.
Déste disponed con toda
libertad, como que es vuestro
compañero, y, compañeras,
señores y mosqueteros,
con todos hablo; aquí está
un gracioso muy pequeño
con un corazón más grande
que todo este colisco,
todo lleno de cariño
y el más acendrado y cierto.
Mandad, ordenad, decid
si en algo os es de provecho,
que chico, grande, robusto,

con fuerzas ó sin aliento,
mientras tiene alma, la tiene
sólo para obedeceros.

TODOS. ¡Viva Sileno mil años!

LÓPEZ. Aguardad: ¿Conque, en efecto,
si te mandamos harás
todo cuanto te ordenemos?

LLÁCER. ¡Oh fuerza de una palabra!
Ya lo dije, no hay remedio.
Sí haré.

NISO. Pues ayúdanos
y el villancico cantemos,
que ha estado la fiesta larga
y es hora de recogernos.

PONCE. Yo reparto los papeles;
pero digo: caballeros,
hay alguien que sepa echar
bien el compás.

TÍO. A eso vengo.

CAMPANO. Pues si ha de ser, al asunto;
y empecemos.

TODOS. Empecemos.

TODOS.

Yendo á los villancicos
la nochebuena,
encontré lo primero
con una vieja.
Y escuché que decía
desta manera:

MARIANA. *(Copla.)*

«El demonio del borracho
me ha quebrado la linterna;
toda llena de cascarrias,
¿cómo he de entrar en la iglesia?»

TODOS.

Vaya la vieja, vaya,
vaya la vieja;
y oigamos á un gallego
y á una gallega. (Gaita.)

CAMPANO.

«Oyes, Domingu: ¿bebiste rusoli?

CALLE.

Bebílu, par Dios, y las patas flaqueyan.

CAMPANO.

¡Cuerpu de Cristu, cuál está el alma!

CALLE.

¡Pardiez, que la tuya tampocu está buena!»

TODOS.

Vaya el gallego, vaya
con la gallega;
Y oigamos á un chusca
con su vihuela.

PORTUGUESA.

«Como á las noches buenas
las ensaladas,
vienen las seguidillas
á las tonadas.
Si les agrado,
déjense ver mañana
y haré otro tanto.»

TODOS.

¡Viva, viva la gracia
de la morena!
Y el villancico acabe
diciendo ¡Ea!

ALT.°

¡Pastorcillos alegres, corred!
¡Corazones festivos, venid!
Zagalejas risueñas, volad,
poblando de acentos el barrio, el confin;
que los bailes, sainete y tonada
con el villancico llegaron al fin!

3

La Hostería de Ayala

PARA EL AUTO EL CUBO DE LA ALMUDENA.

REPRESENTADO POR LA COMPAÑÍA DE JOSÉ MARTÍNEZ.

1760 (1).

(*Salón corto. Sale* MARTÍNEZ GÁLVEZ, *acompañado de* LADVENANT, PONCE, CALDERÓN, DIONISIO Y CAMPANO).

MARTÍNEZ. Amigos: yo estoy perdido
si no se busca el remedio.
¿Qué ha de decir de mí el mundo,
siendo yo autor tan moderno
que aun el año no he cumplido?
¿Qué dirán los mosqueteros
si se hallan la novedad
de ver que para el festejo
de los autos no hay gracioso?
Pues ya sabéis que mis ruegos,
mis promesas, mis partidos,
no han detenido á ese necio
de Ayala para dejarnos
y seguir el desacierto
de querer poner posada
en la calle de los Negros,
pensando con este arbitrio
comer bien y hacer dinero;
que es lo que anoche me dijo.

---

(1) *Inédito*. Bib. Municipal: leg. 1-186-8. Autógrafo de 1760; con las aprobaciones y licencias que van al final.

Y así, amigos, compañeros,
hoy es preciso que alguno
de vosotros pierda el miedo
y haga el papel de gracioso
en el auto.

LADVENANT. ¡Pues es bueno!
¿Y piensas tú que habrá alguno
que tenga ese atrevimiento
por más que en la función vea
autorizado el empleo?

CALDERÓN. Sí, señor; y por mi voto
usted debiera ejercerlo.

DIONISIO. Ladvenant lo hará muy bien,
pero la elección no apruebo;
pues si da en equivocarse
en el auto, corre riesgo
se pierda la alegoría
y se despedace el texto;
y así Campano podrá...

CAMPANO. Deje uste ese campaneo,
señor mío, que Campano
tiene su papel de viejo.
Y no es razón ver las chanzas
en la boca de un carcuezo.

DIONISIO. Como esos viejos, amigos,
se encuentra cada momento,
que desmienten lo caduco
con su genio chocarrero.

CAMPANO. Pues séalo usted, señor mío,
y salgamos del aprieto,

CALDERÓN. Ha dicho muy bien Campano:
Dionisio tiene talento
de gracioso como cinco,
y siendo buen jornalero,
si duplica la partida
su gracia no tiene precio.

LADVEN. Ninguno sino Dionisio
por mi voto debe serlo.

PONCE. No debe, que eso sería
arrojar todo el gracejo
de la función á la *calle*,
como un: ¡agua va! muy bueno.
¡No nos faltaba otra cosa,
después de tantos rodeos,
sino hacer ver en el patio
que, de uno en otro tropiezo,
por arrojado á la *calle* (1)
huele mal lo que hay dispuesto!

DIONISIO. Usted me honra, señor mío.

MARTINEZ. Amigos, á lo que veo
y escucho, no hay que dudar;
Ponce ha de ser, esto es hecho.
¿No veis qué muestra del paño
tan buena ha sacado?

TODOS. ¿Esto
teniais guardado, amigo?
¡Viva Ponce!

PONCE. Caballeros:
si eso es pensar en que yo
haga de gracioso, creo
que va el tiro muy errado.
Nadie mejor que yo mesmo
sabe hasta dónde se extienden
mis facultades y esfuerzos.
Y sé muy bien años hace
que yo no soy para ello,
y así pensemos en otro.

CALDERÓN. Pues yo, amigo, no lo encuentro.

LADVEN. Ni es posible que le haya.

MARTINEZ. Amigos; ¿qué, no hay remedio?

TODOS. No le hay, si Ponce se excusa.

PONCE. Pues denlo ustedes por cierto
y á otra; mas Coronado
viene aquí, y, á lo que entiendo,
ninguno, faltando Ayala,
como él el desempeño
logrará.

(Sale CORONADO *receloso de ver á todos juntos.)*

CORONADO. ¡Qué buena gente! *(Aparte)*
A la orden, compañeros.

TODOS. Bien venido, Coronado.

CORONADO. ¿Qué se trata en el Congreso?
¿Es cosa muy reservada?

PONCE. Sí, amigo; para un secreto
no hay cosa como esta casa
y la voz del pregonero.

CORONADO. ¿Qué? ¿Disimulos conmigo?
¿Chanzas á mí, que las vendo?
¿Piensan ustedes acaso
que yo ignoro sus misterios?

MARTÍNEZ. Coronado, no te atufes;
ningún misterio tenemos;
más que pensar en quién pueda
hacer de gracioso; pero
ninguno se anima, y tú
pudieras...

CORONADO. No puedo.
Yo, señor mío, no he sido
de los llamados, y es yerro
que yo sea el elegido,
sin vocación, á lo menos.

PONCE. Dice muy bien Coronado,
porque así lo dice el hecho.

TODOS. Coronado, mira que...

(Sale la SRA. PEREIRA *con la* CAMPANO *como están en el vestuario).*

PEREIRA. Retirada he estado oyendo
los arbitrios con que ustedes
quieren enmendar el cuento
en que nos hallamos hoy,
y en mi dictamen confieso
que, si á Ayala nos pescamos,
es inútil todo medio.

CAMPANO. Señores, valga la industria,

(1) Dionisio se apellidaba «de la Calle».

ó inténtese por lo menos
su recobro.

CALDERÓN. Has dicho bien;
y pues en tocando á enredos
nadie como las mujeres
lo ha de acertar, disponedlo
vosotras dos, que nosotros
cuanto quisiereis haremos.

TODOS. Lo mismo decimos todos.

PEREIRA. Pues no perdamos el tiempo;
y pues que todos me honrais
mucho más que yo merezco,
esto ha de ser: Coronado
se ha de vestir al momento
de cadete de la esquina,
puesto en el hombro derecho
su cordel: ya tú me entiendes,
y la idea que prevengo.
Y has de ir en casa de Ayala
buscando cualquier pretexto
decente con que llegar,
y ha de ser... Pero el suceso
lo dirá mucho mejor;
y así, amigos, al intento
y decid conmigo todos:

TODOS. ¡Al arma, al arma, al enredo!
¡Vivan, vivan las mujeres
que hallan los embrollos hechos!
(Vanse.)

(Descúbrese la fachada de una casa de posada y sale AYALA *con una casaca de militar muy larga, un palo en la mano y un gorro blanco muy grande puesto.)*

AYALA. ¡Válgame Dios, lo que debe
apetecerse el descanso!
Más de dos palmos cumplidos
en dos días he engordado.
Sobre que parezco ya
un angelón de retablo;
mas vamos á los que importa.
¡Hola, maestro, muchachos!
¿No hay quien responda?

(Sale CALLE *el mozo de galopín de cocina.)*

CALLE. Señor...
estábamos trabajando...

AYALA. Y el maestro ¿dónde está?

CALDERÓN. Está cuidando un asado.

AYALA. Dile que venga, que tengo
que prevenirle. No hay diablos
que sufran á un cocinero
si se empeña en tirar largo.

(Sale PARRA *de cocinero con un cucharón y unas plumas en la mano.)*

PARRA. Aquí me tienes, señor;
di lo que mandas volando;
porque el fuego me consume
las dos pechugas de un pavo.

AYALA. Así hiciera, por fortuna,
con las tuyas otro tanto. *(Aparte.)*
Sólo quiero prevenirte
cómo ahora han avisado
que han de venir á cenar
unos huéspedes, y es llano
que si son hombres de gusto
querrán comer delicado,
y sin esta prevención
pudiera ser.

PARRA. Señor amo;
no se apure usted tan presto.
¿Pues qué? ¿la juega algún manco?

AYALA. Más valiera que lo fueras
algunas veces, ¡borracho!
Pero á las mozas importa
avisar prevengan cuartos.
¿Casimira?

(Sale la SRA. CASIMIRA *con la* SRA. OROZCO, *de criadas de posadas.)*

PORTUG. ¿Qué nos mandas?
¿Qué voceas? ¿Ha llegado
algún probe?

AYALA. No, por cierto;
mas llegarán luego.

OROZCO. Cuándo
necesitamos saber,
para que esté aderezado.

AYALA. Antes de cenar... Mas, digo,
compañeros, sólo encargo
tres cosas: hincar la uña,
atender muy bien los platos
y á los huéspedes tratar
con mucho del agasajo;
que si gastan su dinero
no es razón vayan sin algo.
Y á trabajar, que se pierde
el tiempo.

TODOS. Vamos volando. *(Vanse.)*

AYALA. Gran oficio en estos días:
en dos solos he ganado
ochocientos reales; pero
un coche, si no me engaño,
de camino llega: ¡Hola!
Que la puerta de los carros
se abra, que llega gente.

(Ruido de campanillas y sale la MARIANA *de maja.)*

MARIANA. Señor:
¿compra usted gazapos
baratitos y fresquitos?

AYALA. ¿Son de la Casa del Campo?

MARIANA. Está vedado, señor.

AYALA. Pues yo conozco unos cuantos
gazapos que sólo rumian
en los parajes vedados.
¿Y cómo van?

MARIANA. Para usted
serán á cuarenta cuartos.

AYALA. ¿Y para los otros?
MARIANA. Veinte.
AYALA. Pues ¿por qué á mi tal barato?
MARIANA. Porque usted es bello mozo.
AYALA. ¡Bueno va; ya se ha clavado!
CALDERÓN. Aquí está el amo, señores.

(Sale CALLE *el mozo conduciendo á* PONCE, *que saldrá de abate con peluca, anteojos muy grandes y valona á la italiana, y* LADVENANT, *de criado, muy desfigurada la cara con almazarrón.)*

PONCE. *Suo servitore, Patrone.*
AYALA. ¿Qué?
PONCE. *Bon giorno.*
AYALA. *Obligato.*
PONCE. *Nicolá, pare que il sa*
risponder en italiano.
LADVEN. *Si, signor, parlate piu.*
PONCE. *¿Vosiñoría ha arribato*
cualque volta la en Italia?
AYALA. Todito lo entiendo claro.
Obligato; oui, mosiú.
PONCE. *¡Qué risporta! Questo é altro.*
MARIANA. ¿Quién es este caballero?
(A LADVENANT.*)*
AYALA. ¿Es este abate casado?
LADVEN. Es el Conte de la Poma,
pasa de Italia al Callao,
y las fiestas de Madrid
ha querido ver de paso.
El es un señor muy rico,
y yo á un tiempo su criado
é intérprete.
AYALA. Bien está:
ya lo hemos interpretado.
MARIANA. ¿Es fuego lo de la cara?
LADVEN. Es la calor del higádo.
AYALA. Mejor parecen efectos
del calor del vino rancio.

(Sale la SRA. PALOMINO, *de limonera, y habla con* CALDERÓN*)*

M. PALOM. ¡Limonazos y naranjas!
PONCE. *¿Qué e questo de limonacho,*
figlia?
LADVEN. *Marbangole.*
PONCE. *Bene:*
Voglio para dopo el pranso.
Pillate, Nicolá.
M. PALOM. ¿Y quién
da el dinero?
LADVEN. *El ostolario,*
qui pasará tuto in conta.
AYALA. Y yo ¿por qué he de pagarlo?
M. PALOM. Luego lo cobrará junto.
AYALA. Así no tengo reparo. *(Aparte.)*
¡Juro á bríos que esta es la *Autora*
y aquella Mariana! Callo
y me hago desentendido.
¿Cómo habrán dejado el auto?
¿Mas que vienen por pescarme?
Allá voy: ni todo el barrio
famoso del Mentidero
me arrancarán ya del trato.
M. PALOM. ¿Quiere usía más?
MARIANA. ¿Quiere usía
comprar conejos buenos?
PONCE. *¡Oh, grato*
sembiante, ó ragazze belle!
Io son desasosegato:
Fuchite!
AYALA. *Partes adversas.*
¿A quién conjura tu amo?
LADVEN. *¿Qué è questo, caro patrone?*
PONCE. *Questo è, servitore caro,*
riscoldo de la beltâ.
¡Oh crudel de amor affano!
LAS DOS. ¡Qué visajes!
AYALA. A este hombre
¿no me dirás qué le ha dado?
LADVEN. Expresa amor á la niña
y no sé cómo explicarlo.

(Sale DIONISIO *de aguador.)*

DIONISIO. ¿A dónde está la tinaja?
AYALA. En aquel rincón de mano
derecha.
DIONISIO. ¿He de traer
cada día su cantáro?
AYALA. Claro está.
DIONISIO. ¿Cómo será *(Aparte.)*
tardar tanto Coronado,
á quien la empresa se fía
de volverle á nuestro bando?
VOZ *(Dentro.)* ¿Hay posada?
AYALA. Sí, la hay,
como sea para hidalgos.

(Sale CALDERÓN, *de capitán, cojo, barba; la* MARÍA LADVENANT, *de sorda, y* GRANADINA, *de ciega.)*

CALDERÓN. Más que ser hidalgo es
ser un general indiano
y dos señoras hermanas.
¿Traéis ganas de sentaros?
M. LADV. ¿Eh? ¿Merendar? Todavía
me parece muy temprano.
GRANAD. Buenas noches, caballeros;
hermanita, ¿dónde estamos?
M. LADV. Acabamos de llegar
¿y ya quieres que esté asado?
CALDERÓN. No dice eso. En la posada
estás ya.
GRANAD. Pues tiro el palo
(Da con él á AYALA.*)*
AYALA. ¡Digo! ¿Se usa allá en las Indias
entrar así agasajando?
CALDERÓN. Está ciega.
M. LADV. ¿Girapliega?
¿Pues qué obstrucciones la han dado?

AYALA. Muchachas, id disponiendo
á estos señores los cuartos.
M. PALOM. ¡Limonazos como cidras!
MARIANA. ¡Conejos como caballos!
CALDERÓN. Veamos qué tales son.
¿No ha venido Coronado
ni los otros? *(Aparte á ellos.)*
LAS DOS. No, por cierto.
CALDERON. ¿Cómo será tardar tanto?
PONCE. *¡Bello aspetto!*
LADVEN. *¡Piu perfetto!*
AYALA. ¿No los ven qué embelesados?
¡Si ellos bien las conocieran!

(Salen BLAS PEREIRA *y la niña* GUERRERO *de torero.)*

LAS DOS. *¿Deo gracias?*
LADVEN. ¿Quién se ha entrado?
BLAS. ¿Quién ha de entrar? Gente honrada.
NIÑA. Caballeros, bien hallados.
AYALA. Dios guarde á usted, caballero.
¿Es molde de escarabajos
ese mozo?
NIÑA. Es el demonio.
¿Qué? ¿Le parece al muy ganso
que será su alma más larga,
por ser el figurón largo?
TODOS. ¡Qué gracia!
BLAS. Como esas tiene.
Es torero de á caballo,
y de á pie, y aquí venimos
un caballero buscando,
que ha de ser nuestro padrino
en las fiestas á que vamos.
AYALA. Y ven acá, criatura,
¿cómo, siendo un renacuajo,
te avienes tú con el toro?
NIÑA. Yo lo diría cantando
si hubiera aquí una guitarra.
BLAS. Por ahí van ciegos, llamadlos.
TODOS. ¡Ciegos, acá!

(Salen GUERRERO *y* EUSEBIO RIBERA, *de ciegos, tocando un minuet.)*

LOS DOS. ¿Qué nos mandan?
AYALA. ¿Saben acompañar algo
al oído?
EUSEBIO. Y aun al ojo.
NIÑA. Pues váyanme acompañando
Esta tonadilla nueva.
PONCE. *¡Oh música! Questo è bravo.*

(Tonadilla de la niña.)

TODOS. ¡Viva el torerillo, viva!
PONCE. *Questa é un po chabacano,
que non è de Pergolese.
¿Sa cantar en italiano?*
BLAS. No, por cierto.
LADVEN. ¿Qué demonios
detendrán á Coronado? *(Aparte.)*

(Salen PORTUGUESA *y* OROZCO.*)*

P. Y O. Los que quieran descansar
que se vayan á sus cuartos.
AYALA. Sí, que es mucha gente ya
la que se va amontonando.

(Sale CORONADO, *de mozo de la esquina, muy desfigurado.)*

CORONADO. *¿Deu gracias?*
AYALA. ¿Qué te se ofrece?
TODOS *(Unos á otros).* Dejarlos solos, dejarlos.
Patrón, hasta luego. *(Señas.)*
AYALA. Bien.
TODOS. Quedémonos acechando. *(Al paño.)*
AYALA. Hombre ¿qué mirás, qué buscas?
¿Más qué? éste viene borracho.
¿Qué tienes, di? ¿Quién te envía?
CORONADO. ¿Toma su merced tabaco?
AYALA. Vaya un polvillo.
CORONADO. *Estuy puercu.*

(Se limpia los dedos en las vueltas de AYALA.*)*

Eche su merced la mano.
AYALA. ¿Y te limpias en las vueltas?
CORONADO. Pues, señor *¿no es lienzu blancu?*
AYALA. En suma, ¿qué es lo que traes?
CORONADO. Señor, traía un *recadu.*
AYALA. Pues dámele.
CORONADO. ¿Qué he de darle,
señor, si ya no le *traigu.*
AYALA. ¿Quién te envía?
CORONADO. Yo *nun sé,*
pero él era un *mozu altu.*
AYALA. Será el gigante. ¿No sabes
la casa?
CORONADO. Muy bien. ¿Ha estado
su merced en *Antún-Martín*
alguna vez?
AYALA. Distingamos.
Sé á dónde cae.
CORONADO. *Esu digu:
Luegu volviendu á este ladu,
y caminando derechu
¿no se tropieza á esta manu
un bancu de un herrador?*
AYALA. Yo jamás he tropezado;
siempre he caído de hocicos.
CORONADO. Después *mais allá del bancu*
está una casa; en la casa
hay un portal, *luegu un patiu,
luegu un pozu, la escaleira,*
frente vive el cuarto bajo
y se sube al principal
á tomar sol de verano.
AYALA. ¡Hombre, el diablo que te entienda!
¿Sabes que es á mí el recado?
CORONADO. *Craro está.*
AYALA. ¿Quién te dijeron?
ó dime cómo me llamo.
¿Te acuerdas?

CORONADO. Sí; sólo el nombre
y apellido se olvidaron,
y por señas que dijeron,
ya, ya me voy acordando;
que fuera usted por aquello.
AYALA. ¿Y qué es aquello?
CORONADO. ¿Y qué es *aquellu?*
Colchones.
AYALA. Acabaras con los diablos,
que vienes de una almoneda
donde yo dejé ajustados
anteayer unos colchones.
CORONADO. Usted *creu* que va *herradu*;
que allí no baten moneda,
lu que allí venden *sun trastus*,
y por señas que al balcón
hay un pendón *culoradu*.
AYALA. Eso es lo mismo que digo.
Si tú estás desocupado
ven conmigo y los traerás.
CORONADO. Cayó la sopa en el caldo. *(Aparte.)*
TODOS *(Al paño)*. Ya cayó el pez.
CORONADO. Vamos *luegu*.
AYALA. Daca la capa, muchacho.
CALLE *(Sale)*. Aquí está, señor.
AYALA. Yo voy
aquí á un negocio: cuidado
con todo, porque si no
luego andará listo el palo.
Vamos, galleguito mío.
CORONADO. *Eu*, señor, soy su *lacayu*. *(Vanse.)*

(Salen TODOS.*)*

TODOS. ¡Gran triunfo!
LADVEN. Si así prosigue,
luego victoria cantamos.
CALDERÓN. Sigámoslos á la larga,
en cuadrillas separados;
unos á coger esquinas
hacia la calle del Prado
y otros hacia la del Lobo,
por si allí repara el chasco,
sin causar ruido en las calles,
encajarle en el tablado.
TODOS. Bien ha dicho: vamos luego.
PONCE. *Andate, que tuti andiamo.* *(Vanse.)*

(Caen las cortinas y vuelven á salir CORONADO *y* AYALA.*)*

CORONADO. Vamos aprisa, que es tarde.
AYALA. ¡Dónde me llevas corito?
CORONADO. Yo *nun sey* por otras calles.
AYALA. Pues, hombre, hubiéraslo dicho.
Por la del Príncipe voy
receloso.
CORONADO. ¿Tiene frío,
que se emboza su merced?
AYALA. Debo aquí unos dinerillos
y excuso que me conozcan.
CORONADO. *Eu* también *debu de vinu*
ocho cuartus en San Jorge.
¿Tiene su merced *realiñus*,
me trocará una peseta?
AYALA. A la vuelta, que ya digo
que no puedo detenerme.
CORONADO. Señor, por Dios se lo *pidu*.
Malo que no he de poder
pillar reloj ó bolsillo. *(Aparte)*
AYALA. No quiero.
COLORADO. Pues el *sombreru*
le he de quitar *juru á Crispu*.

(Quítale el sombrero y echa á correr.)

AYALA. ¡Detengan ese ladrón!
¡Voto á San, que se ha metido
allí en la calle del Lobo!
Mas que le pierda, me inclino
por otra parte.
ALGUNOS. Si puede.

(Salen algunos y le cogen y atan los ojos con un pañuelo.)

AYALA. ¿Quién demonios me ha cogido
por detrás? Otro es el gato.
ELLOS. Y tú el ratón, que ha caído.
Marchemos con él.
AYALA. ¡Justicia!
TODOS. Tapadle, no dé más gritos.
(Entranle.)

CORON. *(Sale.)* ¿Campana, Pereira, Autor?
LAS DOS. *(Salen.)* ¿Qué?
CORONADO. Ya ha caído en el garlito
Ayala.
LAS DOS. ¡Viva tu ingenio!
CORONADO. ¿Y los demás?
LAS DOS. Ya han venido.
TODOS *(Dentro)*. Entradle.
CORONADO. De su llegada
ya nos avisa este ruido.

(Salen todos con AYALA.*)*

TODOS. ¡Entre el bribón!
OTROS. ¡El bergante!
AYALA. ¿Dónde estoy? ¡Cielos divinos!
CAMPANO. Quitadle al rostro la capa,
y muérase de improviso.
(Descúbrenle.)
AYALA. ¡Qué susto! ¡Qué horror! ¡Qué [pasmo!
¡Qué ilusión! ¡Qué parasismo!
De vergonzoso ¡ay de mí!
y de turbado que estoy
dudo si en las tablas soy *(Al concurso.)*
el mismo Ayala que fuí.
Más dé testimonio aquí
de que en mí el tiempo se iguala;
y váyase noramala,
con el vuestro, otro interés,
pues sólo serviros es
único interés de Ayala.

CAMPANO. Aunque quedas perdonado
ya de la culpa, es preciso
que también pagues la pena
Y puesto que el patio ha sido
el agraviado, sentencie.
AYALA. Pues estais todos perdidos,
por ser tribunal á donde
tengo los jueces amigos...
MARTÍNEZ. *(Sale.)* Un mosquetero ha llegado
ahora al vestuario, y ha dicho
que esto te entregue.
PEREIRA. Pues abro,
y dice en lo que hay escrito...
AYALA. Leer antes lo que está en blanco.
PEREIRA. «Nos el patio, habiendo oído
lo que resulta en los *autos*...»
AYALA. Pues mienten, que aun no lo han [visto.
PEREIRA. «Lo que en los autos resulta
contra Ayala, puesto en juicio,
le sentenciamos, por este
nuestro auto definitivo,
á que nunca haga papel
de primer galán, y unido
á las tonadillas salga
como en la Pascua nos dijo.
Y mandamos *item* más,
que se acabe al punto mismo
el entremés.»
TODOS. Al instante
obedecer es preciso.
AYALA. Y yo también, dando gracias
por un decreto tan pío,
y pidiendo perdón...
TODOS. Todos,
puesto que nos han suplido
á todos, te acompañamos,
diciendo á sus pies rendidos:
AYALA. *(Solo.)* Que les besamos las manos,
(Con todos.)
creyendo que el sacrificio,
del ídolo en las piedades
sólo acredita lo rico.

(Tonadilla.)

FIN (1)

(1) Al final lleva estas aprobaciones y licencias:
«Madrid 11 de junio de 1760. Pase. *Licenciado Armendáriz.*
Madrid 11 de junio de 1760.—Pase al Censor y Fiscal de comedias, y con lo que dijeren se traiga.
Madrid y junio 12 de 1760.—Señor: Este entremés de la *Hostería de Ayala* puede representarse por no contener reparo que lo impida si V. S. fuere servido permitirlo. Salvo mejor parecer, etc.—*Nicolás Gonzáles Martínez.*
Señor: Puede ejecutarse este entremés con el permiso de V. S.
Madrid 12 de junio de 1760.—Ejecútese.—*Luján.*»

4

La batida.

SAINETE NUEVO, ESCRITO PARA LA SRA. MARIA LADVENADT
SE EJECUTÓ EN EL AUTO LOS TRABAJOS DE JOB.

1761 (1)

(Salen cantando y bailando las señoras MARIANA, JOAQUINA, GRANADINA, PORTUGUESA *y* SEGURA, *con* PONCE, EUSEBIO, CAMPANO *y los dos* CALLES (PACO *y* ANTONIO.)

MÚSICA.

«¡Dale á las castañuelas,
vaya de bailoteo,
y sea el regocijo
sainete del festejo,
siendo el festivo impulso del afecto
del perdón y el aplauso medianeros!»

(Sale LADVENANT.)

LADVEN. Nunca versos más al caso
pudo poner el ingenio
para empezar.
TODOS. ¿Cómo?
LADVEN. Como
perdón y aplauso pidiendo
se suele acabar; y pues
pasar de aquí no podemos,
aquí se acabó el sainete,
perdonad sus muchos yerros.
MARIANA. ¿Estás loco, Ladvenant?
LADVEN. Loco soy, pues estoy cuerdo
en tal lance.
TODOS. ¿Qué sucede?
LANDV. Mi hija con sus extremos
os responderá.

(Sale MARIQUITA *con una espada en la mano y* ANGEL *deteniéndola.)*

ANGEL. ¡Muchacha!...
¿qué vas á hacer?
MARIQ. Yo me entiendo.
ANGEL. Aguarda...
MARIQ. Ustedes me dejen
traspasar de medio á medio
el corazón, y después
escucharé con sosiego
cuanto me quieran decir,
que ahora estoy sorda y no puedo.
LADVEN. Si mis ruegos pueden algo,
madamas y compañeros,
con vosotros, evitad
una desgracia que temo:
ved que de toda mi prole

(1) *Inédito.* Bib. Municip.: leg. 1-183-69. Autógrafo de 1761.

es el mayor embeleso
esta muchacha, y por ella
he logrado ser abuelo.
Disuadidla.

MARIQ. Aunque venga el
más retórico Museo,
aunque busquéis otro Ulises
más elocuente que el griego,
y aunque persuadais con oro,
que es el más fino argumento,
no he de convencerme.

MARIANA. ¡Malo!
Demasiado aprieta el texto:
pero dejádmela á mí,
que todo esto será enredo;
pues como yo algunas veces
suelo usarlos, los entiendo.
(Aparte á los demás.)
¡Mariquita!...

MARIQ. No me llamo
sino relámpago y trueno.

PONCE. ¡Santa Bárbara! Que viene
este nublado muy recio.

MARIANA. ¿Te quieres matar?

MARIQ. Al punto

MARIANA. ¿Sin remedio?

MARIQ. Sin remedio.

MARIANA. Pues yo aseguro que tienes
razón cuando lo has resuelto,
y por darte última prueba
de lo eficaz de mi afecto,
dame la espada, que yo
te despacharé más presto.

MARIQ. A tus plantas humillada
la fineza te agradezco.

MARIANA. Ponte enfrente, y allá va ..
(Amágala.)

MARIQ. Aprieta; no tengas miedo.

MARIANA. Aguarda; que si después
me dicen por qué te he muerto
no podré yo dar respuesta
si no me dices primero
tú los motivos que tienes.

MARIQ. Dices bien; breve es el cuento.
Ya sabes que estoy metida
de graciosa en el empeño
de cuyo cargo es poner
los sainetes.

MARIANA. Es muy cierto.

MARIQ. También sabes que hasta ahora
de la Compañía el celo
me ha excusado ese trabajo,
buscando los que se han hecho.

MARIANA. Es así.

MARIQ. Pues hoy, que había
de lucirse mi desvelo
poniendo para esta fiesta
sainete, si no discreto,
caro, pues que me ha costado
alcanzarle todo un ruego,
no se puede hacer.

MARIANA. Aguarda:
¿tanto te ha costado, en tiempo
que hay en Madrid más poetas
que cascarrias en invierno?
según dicen ellos mismos.

PONCE. No es mucho (pues también ellos
dicen que todos son malos)
costase así, si era bueno.

JOAQUINA. Digo; ¿era de Calderón,
de Solís ó de Moreto?

GRANAD. ¿Sería del gran Candamo
ó Zamora, por lo menos?

MARIQ. No; pero era de un piadoso,
aplicado, dócil genio,
que sabe venerar tantos
Apolos como hoy tenemos
en Madrid, con justa causa
para ocultar los reflejos
de muchas luces; y sabe
envidiar altos conceptos
de aquéllos, sin quebrantar
el séptimo mandamiento.
Y, en fin, lo mejor que sabe
es confesar sus defectos
y procurar enmendarlos
sin maldecir los ajenos;
mas sí la satisfacción
de los Momos altaneros
que, escribiendo mal y hablando
peor, son dos veces necios.

GRANAD. ¿Y por qué no puede hacerse
ó proseguir?

MARIQ. Porque han hecho
Plasencia, Dionisio y Francho,
con Blas Pereira y Espejo,
novillos, y es tropa alegre:
se han ido á caza de ciervos.

PONCE. En Madrid se habrán quedado

LADVEN. No lo creas, porque han hecho
prevenciones de batida,
y ya estarán de aquí lejos.

MARIQ. ¡Por vida de tal! ¡A mí
quitarme los lucimientos!
Vaya, mátame, Mariana.

MARIANA. Mira; ya se ha visto esto
otras veces.

ANGEL. Bien...

MARIANA. Y entonces
bailan cuatro compañeros
unas seguidillas viejas,
se dice un frívolo cuento,
y después su tonadilla.
Esto nosotras lo haremos,
si te parece, y después
llámale sainete nuevo.

MARIQ. ¿Eso me aconsejas? Vaya...
Pásame luego este pecho.

MARIANA. ¡Gran sentencia! ¿Con que al fin
ó sainete ó *morietur?*
MARIQ. Sí, señora.
JOAQUINA. Me parece
que ya he encontrado yo medio
de librar tu vida.
TODOS. ¿Cómo?
JOAQUINA. Pues no hay distancia de tiempo
ni lugar para el tablado,
y mágico el pensamiento
suele llevarnos mil leguas
sin los temores del vuelo,
que nos vamos á buscarlos,
á reñirles y á traerlos.
GRANAD. Mas no ha de ser en nosotras
fatiga, sino recreo
festivo el ir en su busca.
TODOS. ¿Cómo ha de ser?
MARIANA. Lo primero
bailando unas seguidillas
de respingo y taconeo
con que se alegre el sainete.
MARIQ. Dices bien, porque es tan serio,
que parece que se hallaba
recién contrito el Ingenio
cuando lo escribió.
TODOS. Pues suenen
castañetas y á los puestos.

(Bailan seguidillas de á ocho sabidas y alegres.)

PONCE. ¿Y ahora qué es lo que nos queda
que hacer?
GRANAD. Vámonos adentro,
que allá podremos mejor,
sin molestar, disponerlo.
MARIQ. Yo estoy pronta á todo cuanto
sea salir de mi empeño.
MARIANA. Confía y ven con nosotras
alegre ya, repitiendo:

TODOS *(música.)*

«Siendo el festivo impulso del afecto», etc.

(Bailando se entran.)

(Se levantan las cortinas y queda el teatro de selva con un montecillo que tenga despeñadero, y van saliendo de cazadores los que se dirá, cada uno con sus versos, y tocan lejos en tambor.)

VOCES *(Dentro).* Toca, tambor. A la fuente...
A la selva... Al bosque... Al cerro...

(Sale PLASENCIA.*)*

PLASENC. Herido va el jabalí.
Suelta, suelta los sabuesos.

(Sale ESPEJO.*)*

ESPEJO. ¿Sabrásme decir á dónde
vive por aquí un conejo
que hallé ha poco atrincherado
de una mata de romero?

(Sale FRANCHO.*)*

FRANCHO. ¿Saben ustedes el lobo
á dónde está?
PLASENC. Ya lo veo.

(Sale NISO.*)*

NISO. Caballeros, despacito;
(Sacará un fusil de caña
que yo, como estoy tan recio,
al peso de tantas armas
á dos pasos me reviento.

(Sale PEREIRA.*)*

PEREIRA. Cazadores; cada uno
acuda breve á su puesto,
pues ya nos dice la caja *(Tócanla)*
que hacia aquí viene el ojeo.
PLASENCIA *(A una punta del tablado):*
A bien que estoy en el mío.
ESPEJO *(A la otra):*
Acá me toca, y ofrezco,
salga pez ó salga rana,
sacudirle de lo bueno.
PLASENC. Pues yo al primer gazapillo
que saliere, por lo menos
diez balas de á veinticuatro
le he de encajar en el cuerpo.
LOS TRES. Cuidad de este paso, en tanto
que acudimos á los nuestros.

(Vánse.)

PLASENC. Espejo, ¿has salido tú
tal vez á caza?
ESPEJO. No; pero
es fuerza que lo haga bien,
porque mi padre fué diestro.
PLASENC. Esto será; supongamos
sale algún tigre, le vemos,
le decimos que se muera,
¿y él qué hace? Coge, y cae muerto.
ESPEJO. No; que al verle se le tira
con la escopeta.
PLASENC. Lo entiendo;
pero ¿le he de tirar vivo
ó después que se haya muerto?
ESPEJO. Antes que se muera.
PLASENC. Ya:
y dime, ¿cuál es primero,
el tirar ó el apuntar?
ESPEJO. Todo ha de ser casi á un tiempo.
PLASENC. ¿Cada cosa con su mano
ó cómo?

(Se oye la caja.)

VOCES *(Dentro.)* Al valle corriendo
baja un oso.
PLASENC. ¿Oyes? ¿Qué es oso?
ESPEJO. Un animal muy horrendo,
cuyas garras despedazan
los hombres como buñuelos.
PLASENC. ¡Zambomba! Ya los conozco;
¿no son lo mismo que aquellos

que andan por Madrid tunando,
se ponen así el sombrero,
bailan, y haciendo *ó ó ó*...
son embarazo del pueblo?

ESPEJO. Tales son; menos la mona
y la mica de sus dueños.
Prevente, que hacia aquí baja.

(Se oye la caja.)

VOCES *(Dentro.)* A la fuente. Al llano. Al cerro.

(Arrimado al foro se presentará y paseará un oso grande, sin acercarse; y ellos temblarán.)

PLASENC. ¡Feroz animal!

ESPEJO. ¡Maldito!
¡Ea, Plasencia! ahora es tiempo
de tirarle.

PLASENC. Yo no sé
si alcanzaré. ¡Allá va eso!

(Hace la acción de tirar la escopeta.)

ESPEJO. ¿Qué vas á hacer?

PLASENC. A encajarle
la escopeta por los sesos.

ESPEJO. Que no es así. ¿Está cargada?

PLASENC. ¿Quién tuviera atrevimiento
de llegar si lo estuviera?

ESPEJO. Carga al punto, majadero,
y atesta bien el cañón.

PLASENC. ¿Pues yo qué obligación tengo
de saber cargar cañones?
¿He sido acaso artillero?
Tírale tú.

ESPEJO. Está muy cerca:
mejor es que le espantemos,
por que, cayendo en la red,
se cace con menos riesgo.

PLASENC. Eso es mejor. Huye, diablo.

(Se oye la caja.)

VOCES *(dentro.)* Y LOS DOS. A la cumbre. Al valle. Al cerro.

(Vanse espantando al oso; y salen las seis damas de cazadoras cantando este cuatro, que se pondrá con trompas.)

MÚSICA.

«Fíjense las redes,
suéltense los perros,
ármense los lazos,
animen estruendos
y suene de la trompa el marcial eco
en las selvas, los valles y los cerros.»

(Sale PONCE.)

PONCE. ¡Albricias, muchachas mías,
que dimos con todos ellos!

MARIQ. ¿Y dónde están?

PONCE. Por el bosque,
mejor que cazando, huyendo
de las fieras andan todos.

MARIQ. Pues ve y avisa á los nuestros
que estén alerta, y nosotras,
varias veredas siguiendo,
vamos en su busca, y cuando
alguno se pille, luego
se haga seña con el pito,
por que algún hombre acudiendo
pueda sujetarle.

MARIANA. Bien.
Id con Dios, que yo me quedo
aquí, por si alguno pasa.

TODAS. Pues *alons*, y sea diciendo:

(Con la música.)

«Que suene de la trompa el marcial eco», etc.

(Vanse divididas: escóndese MARIANA entre unas ramas y sale PLASENCIA á lo alto de un peñasquillo.)

MARIANA. Para no espantar la caza
aquí ocultarme pretendo.

PLASENC. En este valle parece
que andan famosos jilgueros:
póngome aquí á descubrirlos
por si alguno cazar puedo.

MARIANA. La mejor pieza de toda
la cuadrilla he descubierto.
Apunto y tírole. ¡Tum!...

PLASENC. ¿Tum? Este parece eco
de algún fusil femenino,
y éstos abrasan sin fuego.
¿A quién este tiro iría?

MARIANA. A ti fué.

PLASENC. Pues ya estoy muerto.

(Cae y ella toca el pito.

PONCE *(Saliendo.)*
¿Qué se ofrece por acá?

MARIANA. Apiólame ese conejo.

PLASENC. ¿Por qué, pues, dime, segunda
Diana, y primer portento
de esta selva, cuando tú
me tienes dos veces preso
me mandas atar? Pues aunque
soy loco, son mis extremos
de amor, en cuyo delirio
son más locos los más sueltos.

(Se oyen pitos.)

MARIANA. Tú... Pero los pitos suenan...
allí ha habido otro trofeo.

(Salen la señora JOAQUINA apuntando con un venablo á la cara de ESPEJO, y la señora GRANADINA le trae asido de un pie con una cinta.)

GRANAD. El triunfo fué de mi lazo

JOAQUINA. Despojo fué de mi acero.

ESPEJO. Entre el despojo y el triunfo
yo quedaré cojo ó tuerto.

JOAQUINA. Suelta, Mariquita.

GRANAD. Suelta,
Joaquina.

ESPEJO. Y yo digo á eso

que soltéis ambas, que yo
siendo de ambas prisionero,
seré *esclavo en grillos de oro.*

JOAQUINA. Di tú de quién quieres serlo.
ESPEJO. Ambas me parecéis bien.
GRANAD. Elige; que no vale eso.
ESPEJO. Tú eres mi dueño adorado,
tú eres mi querido dueño.
(Si estuvieran separadas
las engañara; mas esto
de que ambas me han de escuchar
tiene sus pocos de pelos.)
Plasencia ¿qué hicieras tú
en un caso tan horrendo!
MARIANA. Plasencia no puede hablar,
pues todo es mi prisionero,
y hasta la lengua le embargo.
PLASENC. No convengo, no convengo;
que quiero morir con habla:
y que no han de ahorcarme pienso
mientras yo la tenga libre.

(Sale ANTONIO.*)*

ANTONIO. ¿Ha caído ese vencejo?
ESPEJO. Por las zancas tú lo eres.

(Sale la SEGURA *con* NISO.*)*

SEGURA. Señoras, aquí os presento
este camaleón, á quien
no le valió su elemento
para huir.
NISO. Tales cuatro onzas
me echaron por contrapeso.

(Sale la PORTUGUESA *siguiendo á* FRANCHO *y á* PEREIRA.*)*

PORTUG. Atájenme esos dos pavos,
que yo seguirlos no puedo.
LOS DOS. Cuenta con las redes.
PONCE. Ya
en las redes se metieron.
MARIANA. Pues todos los desertores
aquí juntos ya tenemos,
tocad los pitos por que
vengan los que andan dispersos
por el monte, y se discurra
castigo á los novilleros.
VOCES *(Dentro.)* Al valle, que allí el reclamo
la llamada nos ha hecho.
PLASENC. Muchachos, esto va malo;
no nos suceda otro cuento
como allá en Monomotapa:
resistencia y escapemos.
MARIANA. ¡Mueran todos!
ELLOS. ¡Afufón!
LAS SRAS. ¡A cuchillo los pasemos!

(Sale LADVENANT *cantando en tono triste.)*

LADVEN. Montes, troncos y fieras,
decid si en vuestro centro
acaso yace oculta
la prenda que más quiero:
¡Oh, qué martirio, qué desconsuelo
es vivir arrastrado de un afecto!
TODOS. ¿Qué es aquesto, Ladvenant?
LADVEN. Haberse perdido ó muerto
Mariquita á las voraces
iras de algún bruto, puesto
que no está aquí con vosotros
ni en todo el monte la encuentro.
PLASENC. Como nuestra deserción
se perdone, yo os ofrezco
descubrirla.
MARIANA. Perdonados
estáis. ¿Dónde está?
PLASENC. Allá dentro
chupando, para cantar
la tonada, caramelos.
ESPEJO. Eso es destripar la idea,
que se iba ya introduciendo
en la misma tonadilla.
MARIANA. Aún puede tener remedio
si retirados y mudos
nos ayudan al enredo
visual que está prevenido.
TODOS. En todo te obedecemos.
MARIANA. Pues id tendiendo las redes
entretanto que yo empiezo.
TODOS. Ya vamos. Señores míos:
perdón, paciencia y silencio.

(La tonadilla y se da fin.)

5

La junta de los payos.

SAINETE NUEVO PARA EMPEZAR
LA SEGUNDA TEMPORADA DE LA COMPAÑÍA DE JUAN ANGEL.

1761 (1)

(Selva, fuente, casa y puente.)

(Salen ESPEJO, *algo delante, llamando misterioso á otros que saldrán detrás en tropa, que serán:* PONCE, FRANCHO, PEREIRA, CAMPANO *y* JUAN MANUEL, *con guitarras.)*

UNOS. ¿Hasta cuándo hemos de andar?
ESPEJO. ¿No les he dicho que callen?
OTROS. Es que ya vamos cansados.
ESPEJO. Pues si eso es cierto, descansen;
y delante de la fuente
vayan tomando lugares
en corro, y todos atiendan
sin chistar, mientras yo hable.
TODOS. Ya estamos como nos dices,
sepamos á qué nos traes.

(1) *Inédito.* Bib. Municip.: leg. 1-166 48. Autógrafo de 1761.

ESPEJO. Lo primero: ¿y las guitarras?
LOS TRES. Aquí están como mandaste.
ESPEJO. Segundo: ¿viene el refresco
como dije?
FRANCHO. *Ecce colambre.*
(Enseña una bota.)
ESPEJO. Tercero: ¿y las cachiporras?
TODOS. Aquí están.
ESPEJO. Pues escuchadme.
Ya sabéis, paisanos míos,
y ya todo el mundo sabe
aquellas guerras civiles
que en cuantos haya lugares
con hidalgos y plebeyos
se presentan y combaten.
Tampoco ignorais que en esta
villa son hoy tan vinagres,
tan altaneros y tan...
¿qué sé yo cómo los llame?,
que más que paisanos somos
vasallos de su coraje.
TODOS. Es verdad; mas no hay remedio.
ESPEJO. Yo discurro que he de hallarle.
PONCE. ¿Qué motivo hay hoy que pueda
moverse más que no antes?
PEREIRA. ¿Hay nueva causa que empeñe
contra ellos?
ESPEJO. La hay tan grave,
tan horrorosa y tan fuerte,
tan gorda y tan formidable,
que el robo de Elena fué
causa menos agravante.
TODOS. Sepamos cuál es.
ESPEJO. Amigos,
cerrad bien las puertas antes,
y en secreto natural
lo diré á los circunstantes.
PONCE. ¿Qué puertas, si esta es la plaza
con cincuenta bocas calles?
ESPEJO. ¿Y estamos solos?
TODOS. Solitos.
ESPEJO. ¿Hay más que nosotros?
TODOS. Nadie.
ESPEJO. Pues vamos á buscar gente
para que se empiece el baile.
TODOS. ¿Y el secreto?
ESPEJO. ¡Es verdad!
¡Ay, amigos! disculpadme,
que estoy celoso, y bastaba
para estar loco lo amante.
TODOS. Dinos tu mal.
ESPEJO. Allá va el
non plus ultra de los males.
Amigos, yo estoy del todo
enamorado de un ángel;
corto anduve: de una rosa;
aún no lo dije: de un áspid;
que todo lo es doña Juana,
la sobrina del Alcalde.
TODOS. Esa es hidalga.
ESPEJO. Y pregunto:
las hidalgas ¿son de carne?
TODOS. Sí.
ESPEJO. Pues Dios me libre de ellas
como del mundo y del diantre.
PONCE. ¿No ves que, siendo señoras,
ese amor es disparate?
ESPEJO. No lo veo, que antes veo
la razón para empeñarme
y para empeñar á todos
en mi ayuda; ved si es fácil:
los hidalgos, cuando alguna
moza de nuestros linajes
los agrada, ¿no descienden
de su superior carácter
á la más humilde esfera
del saetín ó el cordellate?
Pues ¿por qué tal vez no pueden
subir nuestras vanidades,
al orbe de las grisetas,
damascos y tafetanes?
Por darles ese disgusto
á los hidalgos, y darles
motivo de que nos dejen
exentas de sus embates
nuestras muchachas, debemos
hacer hoy pleno homenaje
de ser contra los citados
todos nosotros parciales.
FRANCHO. ¿Sabes si alguno enamora
las hijas del estudiante?
ESPEJO. Sí lo sé, y tú lo sabrás
si te aguardas á que bajen
á la fuente; verás cómo
de hidalgos todo un enjambre
las persigue á todas.
TODOS. Hombre,
¿qué has dicho, que nos mataste?
ESPEJO. Lo dicho, dicho; por eso
dije que todos se armasen
y la música viniese,
pues también ellos la traen,
y así no hay sino valor,
y esperar quietos el lance
de competir en la forma
y al tiempo que yo lo mande.
PONCE. Gente suena.
ESPEJO. Pues á un lado,
y embozados, retirarse
á la observación, diciendo
con ánimo retumbante:
¡Viva la libertad de vuestras mozas
pues ocultan las suyas los vinagres!
(Repiten.)

(Salen las señoras PEREIRA, JOAQUINA, PORTUGUESA *y* SEGURA, *de serranas, con cántaros de barro como que van á la fuente, y cantan al estilo payo.)*

CANTAN DENTRO TODAS.

«A la fuente por agua,
niña, no bajes,
que mis ojos son fuentes
más abundantes.»

TODOS. Estas son.

ESPEJO. Mas que lo sean;
quietos, á ver lo que pase
que yo mandaré á su tiempo
lo que deba ejecutarse.

(Salen cantando.)

«Al volver con el agua
si no te encuentro,
siento la pesadumbre,
más que no el peso.»

PEREIRA. Ea, muchachas, llenemos
antes que los gavilanes
de los hidalgos embistan.

JOAQUINA. ¿Qué importa que vengan? Antes
son más guapos y discretos,
que los mozones pelgares
del lugar.

ELLOS. ¡Ah picaronas!

ESPEJO. Paciencia, y todos aguanten.

PEREIRA. Esta noche que han salido
con música, porque cante
un pintor muy petimetre
que ha hecho venir el Alcalde
á retratar su sobrina,
está a pique que se escapen
por otro lado.

JOAQUINA. No tal;
que á mí me dijo don Angel
que vendrían, y le di
la palabra de esperarle.

PORTUG. Hétele por donde vienen
todos los abencerrajes.

LAS CUAT. Disimulemos llenando,
y sigan nuestros cantares.

(Rodean la fuente y cantan.)

«El amor con el barro
corre parejas
porque nadie los usa
sin contingencia.»

PLASENC. *(dentro.)* Muchachos, hacia la fuente
con la música y acaben
de dar voces é instrumentos
las buenas noches al aire.

(Salen PLASENCIA, PARRA, NISO, CALLE y otros, vestidos decentemente como majitos de lugar, EUSEBIO con el violín y otro con guitarra.)

(Canta.)

«De amor y desconfianza
mi corazoncito pena,
al ver la esperanza ajena.
¡A la lía, la lía, jopeo,
que me río todita y me muero!
¡A la lía, la lía, respingo
que me muero y todita me río!»

PLASENC. Suspensión de armas, amigos;
y haciendo de amor alarde,
al agua, patos, supuesto
que andan en la fuente ánades.

LAS SRAS. Ya nos han visto.

PEREIRA. Hasta ver
si ellos se llegan no hablarles.

LOS PAYOS. ¿Embestimos?

ESPEJO. No; ahora es tiempo
de que se les embarace
esta intención esparciendo
nuestra música gritante;
antes que ellos las requiebren
yo dispondré el requebrarles
la cabeza. Pues, muchachos,
vaya á una y sin turbarse.

(Cantan á tres.)

«Vale más el pelote
de cualquier payo
que todas las pelucas
de los hidalgos.
Pues en él miro
que, si no está rizado,
no está añadido.»

(Al paño la señora MARIANA y GRANADINA.)

MARIANA. Sal, hermana, que este año
parece que hay dos San Juanes:
uno en el mes de las guindas,
y otro en el de los tomates.

GRANAD. ¿Con qué apoyo suficiente,
hermana demente y frágil,
te adelantas á imponer
calumnias al almanaque?

MARIANA. ¿Qué ha de ser caluña? Dime,
majadera, ¿no escuchaste
coplas al lado derecho,
y al lado zurdo cantares?

GRANAD. Aún no han penetrado mis
tímpanos auriculares.

MARIANA. Pues sal conmigo aquí fuera
á la puerta de la calle
y verás qué musicaza,
que unos tocan y otros tañen.

GRANAD. No el ímpetu licencioso,
bárbara hermana, profane
á la oriundibilidad
sacra de nuestro linaje.

MARIANA. Mas que siquiera. Yo salgo.

ESPEJO. Muchachos, la perla sale:
si se llegan á las mozas
aquí hay quien se las empate.

PEREIRA. Pues ya hemos todas llenado,
á casa, no riña padre.

NISO. Parece que anda de ronda
la gentualla del zumaque.

JOAQUINA. ¡Ay lo que el cántaro pesa!
PLASENC. Si tú crees que mi talle
y mi cara, niña, tiene
traza de quita pesares,
del del cántaro, si gustas,
yo te aliviaré; no obstante
que para aguador nací
sin las costillas de jaspe.
JOAQUINA. Dios se lo pagará á usted.
PLASENC. Pues daca, que aunque regañe
toda mi genealogía,
hoy pretendo emborracharme
de amor, y aguar el bichorno
(Quitasele)
de todas mis vanidades.
PORTUG. Señorito, ¿es en usía
la caridad semejante?
PARRA. Y más, porque tengo lomos
para cántaros más grandes.
NISO. ¿Gustas tú de que te sirva?
SEGURA. Sí tal, como usted le agarre.
(Le pone en el suelo)
NISO. ¿Por qué tú no me le entregas?
SEGURA. No soy tan diestra en el arte
del equilibrio que ponga
un cántaro sobre un naipe.
NISO. ¡Que no pueda yo ser gordo!
Y eso que, para cebarme,
hay semana que me como
diez berenjenas fiambres;
pero, amor, sacar es fuerza
las fuerzas de los hijares.
(Coge el cántaro)
LOS PAYOS. Los hidalgos bravamente
pelan la pava.
ESPEJO. Guardarme
las espaldas, que también
soy pavo, y quiero pelarme.
(Llega poco á poco.)
MARIANA. Estos músicos ¿por qué
no cantarán aunque rabien?
ESPEJO. No soy músico, señora,
si queréis seré danzante;
ya se ve, porque un patán,
¿qué habilidad tendrá grande?
MARIANA. ¿Con que sois patán?; yo quiero
ver cómo son los patanes.
ESPEJO. Tonta es, porque á su hermosura
ni esta circunstancia falte:
buen día me espera esta noche,
razón será aprovecharle:
si queréis bailar...
MARIANA. Acoto
GRANAD. Delirio tan execrable
de una que es gemela mía
¿pueden narrar los anales?
Porque interrumpa el fracaso
yo iré de nuncio á mi padre.
(Vase.)
MARIANA. ¿Qué se me da á mi de nuncios,
nuncias era lo importante;
¿bailamos ó no bailamos?
ESPEJO. ¡Muchachos, vaya con aire!
(Otra seguidilla los payos, y la bailan los dos.)
(Cantan.)
«Vale más el pelote
de cualquier payo», etc.
LAS CUAT. Señores, vamos á ver
allí, quién está en el baile.
PLASENC. Norabuena, pero vamos
tocando, no diga nadie,
marcha la tropa sin son.
(Van andando cantando las cinco otra copla de jota.)
MARIQ. Ea, niñas, ayudadme.
LOS PAYOS. ¡Fuera, fuera los usías!
PONCE. ¡Hombre, que os equivocásteis!
Serán burros, ¿no los véis
que van cargados?
PLASENC. ¡Ah, infames!
Tirad los cántaros y
entremos á fuego y sangre.
LAS CUAT. ¡Ay mi cántaro de mi alma!
LOS CUAT. ¡Fuera trastos que embaracen!
LAS CUAT. ¡Ay, ay, pobres de nosotras;
no los tiréis aunque os maten!
LOS CUAT. ¿Qué hemos de hacer?
PLASENC. El discurso
se crió para los lances
apretados; cada uno
al punto su espada saque,
y sea el cántaro broquel
donde los golpes se aparen.
ESPEJO. ¡Al arma, mozos, y caiga
el primero que pasare!
PLASENC. ¿El primero? Pues yo debo
ser el último que pase.
(Retirase detrás de todos.)
ESPEJO. Pues á vos os desafío.
PLASENC. ¡Hombre, mira que el alfange
corta mucho!
ESPEJO. Salga usted;
se dará un corte al ataque.
PLASENC. Mira, después no te quejes.
ESPEJO. Váyase quejando antes.
(Dále en el cántaro y le suelta.)
LAS MUJ.S ¡Ah cobarde! ¡Zurra, zurra!
TODOS. ¡A ellos! ¡Tírale! ¡Dale!
(Bulla y pelcona; las mujeres gritan y salen ANGEL y la GRANADINA.)
ANGEL. ¡La justicia! ¡Hola! ¿Qué ha sido
esto?
TODOS. ¡El Alcalde, el Alcalde!
ANGEL. ¡Juro por la vara que
han de ir todos á la cárcel!

MARIANA. ¿A la cárcel? No, señor,
mejor será que se acabe
con tonadilla que alegre.
PONCE. Pues ¿qué esperan? Que se cante.
TODOS. Porque así nuestros defectos
perdón, rendidos, alcancen.

6

La avaricia castigada.

ENTREMÉS NUEVO

1761 ([1])

PERSONAS

SEÑORA FRANCISCA.	SEÑORA AUTORA.	AYALA, 3.º
SEÑORA PALOMINO.	UN MINISTRO.	CORONADO, 4.º
SEÑORA ROSA.	CALLE, 1.º	FELIPE, 5.º
SEÑORA OROZCO.	MARTÍNEZ, 2.º	LOPEZ, 6.º

(Con el cuatro salen todos, menos el MINISTRO, CORONADO, LÓPEZ *y el* GRACIOSO.)

MÚSICA Á CUATRO.

(Seguidilla.)

«Ocupen del viento
el diáfano espacio
festivos acentos,
sonoros aplausos;
pues hoy vuestro anhelo
consigue, obsequiando,
brillar á las luces
del sol que miramos.»

AUTORA.

¡Ea, señores! vamos ensayando,
porque es preciso el irnos ingeniando
y dar gusto á los nobles mosqueteros.

GRACIOSA.

A mis mosqueteritos los primeros
yo, con mis tonadillas, su alegría
procuro con afecto y melodía.

(Salen todos.)

SIMÓN.

Ayala no parece.

GRACIOSA.

Es un pelmazo.

SIMÓN.

¡Que nunca ha de faltar un embarazo!

AUTORA.

Vamos á ver si está en aquella pieza.

SIMÓN.

Vamos todos allá. *(Vanse.)*

(Sale AYALA.)

AYALA.

Ya mi grandeza
será para mi casa y descendientes
perpetuada; en fin, ya somos gentes.
Ya se muestra mi estrella favorable.
¡Qué casa compraré tan admirable!

VOCES *(dentro.)*

¡Venga al ensayo, Ayala, aquesta noche!

AYALA.

¿Yo? Mi berlina, mi cupé, mi coche.

VOCES *(dentro.)*

¡Ayala, Ayala!

AYALA.

A mi mujer hermosa,
¡qué carroza la haré tan prodigiosa!

TODA LA COMPAÑÍA *(al paño.)*

Á solas habla y hace sus ensayos.

AYALA.

¡Qué cocheros, qué pajes, qué lacayos!

TODOS.

Él es loco, según los ademanes.

AYALA.

Me llenaré de pollos y faisanes;
y en la Cuaresma comeré dentones,
truchas, lampreas, bogas y salmones.

NICOLÁS.

Salgamos uno á uno á ver sus macas.

AYALA.

¡Qué rico chocolate de Caracas!

AUTORA *(sale.)*

La primera saldré por ser autora.
¿Ayala amigo?

AYALA.

Déjeme, señora,
que no me trato yo con comiquillos.
¡Qué chupas, qué galones, qué cintillos!

NICOLÁS *(sale.)*

Hombre, ¿qué es lo que dices? Di, ¿qué tienes?

AYALA.

¿Con el sombrero puesto á hablarme vienes?

([1]) Bibl. Nac. de Madrid. Manuscrito núm. 14,514[16].

NICOLÁS.

Pues ¿no eres compañero?

AYALA.

¿Compañero?
¡Quítese de delante el majadero!
¿Yo compañero, pobres mendicantes?
¡Qué sortijas, qué perlas, qué diamantes!

MARTÍNEZ (*sale.*)

¡Ayala, Ayala!

AYALA.

¿Quién con tal llaneza
de Ayala llena el nombre en esta pieza?

MARTÍNEZ.

El segundo galán.

AYALA.

¡Qué porquería!
Para lacayo no le quiero hoy día.
¡Váyase luego!

MARTÍNEZ.

¿Hay tales desconsuelos?

AYALA.

¡Qué cajas, qué tabaco, qué pañuelos!

FELIPE (*sale.*)

Tu tercer galán soy.

AYALA.

¿Viene otra posta?
¿Hay más fatal nublado de langosta?

FELIPE.

Salid todos, que está muy rematado.

NICOLÁS.

¡Qué lástima!

MARTÍNEZ.

¡Qué pena!

TODOS.

¡Qué cuidado!
Loco está de remate y aun perdido.

(*Sale* SEÑORA OROZCO.)

SEÑORA OROZCO.

¿Loco está de remate mi marido?
¡Ay, infeliz mujer; ay, desdichada!

AYALA.

Calla, mujer; ¿estás endemoniada?
¡Loco yo! ¿Quién tal dice? ¿Quién tal piensa?
No te perdone Dios aquesta ofensa.

TODOS.

Pues, ¿ésta no es locura?

AYALA.

Id noramala;
que siempre es y será muy cuerdo Ayala.
Si vosotros supiérais... pero, ¡chito!
que éstos me cogerán en el garlito
y volveré á quedarme un comiquillo
sin diamantes, doblones, ni cintillo.

AUTORA.

Él cuerdo está. Decirnos algo omite.

ROSA.

Metámosle los dedos, que vomite.

MARTÍNEZ.

Si tomáis mi consejo, yo os prometo
que Ayala rompa fácil el secreto.

TODOS.

¿Cómo ha de ser?

MARTÍNEZ.

Haciendo cuatro halagos
las madamas, que causan mil estragos
su gracejo y cuatro lagrimillas,
que á cualquier hombre le hacen mil cosquillas.

ROSA.

Si yo le halago usando de mis mañas,
le he de hacer que vomite las entrañas.

PACA.

Yo le he de poner hoy como una breva.

SEÑORA OROZCO.

A vencerle ninguna aquí se atreva:
yo le entiendo; vencerle determino.

AYALA.

¿Vencerme quieres tú? ¿Soy gurrumino?

SEÑORA OROZCO.

Tu mujer propia soy.

AYALA.

Pues no consientas,
que eres lumbre de casa y no calientas.

SEÑORA OROZCO.

¿No me quieres?

AYALA.

Te quiero en dos razones,
mas no quiero que tengas los calzones.

ANTONIA.

Dime el secreto á mí.

MARÍA TERESA.

O á mí.

AYALA.

Recelo
que me han de hacer caer en el anzuelo,
si acaso llega á hacerme dos cosquillas
todo ese torreón de mantequillas.
Si esa me embiste ¡cielos! á su vista
¿cómo habrá corazón que se resista?

ROSA.

Embístele de recio, que te mira.

ANTONIA.

Avanza con gracejo, que suspira.

NICOLÁS.

Vencerle no podrás, y aquesto es llano,
que tiene más carlancas que un alano.

MARIQUITA.

Ya sabes que te estoy, Ayala, amando.

AYALA.

¡Ayala, que te vas empichonando! (1).
¡Qué tentación!

MARIQUITA.

¡Mi dueño, mi querido!

AYALA.

Esta paloma me cogió en el nido,
y al mirar tanta gloria,
hago de mi secreto pepitoria.
Mas, ¡tente, Ayala; tente con prudencia,
que empichonas el alma y la conciencia!

MARIQUITA.

¡Idolo mío!

TODOS.

¡Aprieta!

AYALA.

En sus arrojos
temo el dulce veneno de sus ojos.

MARIQUITA.

¿Qué? ¿al fin no has de decirme, Ayala amado,
el secreto?

AYALA.

Ya estoy acogotado.

(1) A María Teresa Palomino llamaban por apodado *La Pichona.*

Tus lágrimas vencieron; pero es llano,
que vencieron también á un Coriolano.
Atentos escuchad en un instante
mi larga relación.

TODOS.

Pasa adelante.

AYALA.

Sabréis que el otro día iba embozado
á pasearme un rato por el Prado
y encontré en él con cierto hombre de porte
que ha sido fontanero en esta corte,
según él dijo, y luego lo ha dejado
y sigue estudios para ser letrado.
Este me dijo afable y compungido:
—De tu vida, infeliz, compadecido,
á libertarle vengo del asedio,
dándote para ser rico un remedio
y librarte del silbo que, altanero,
despide el impaciente mosquetero
cuando el papel no tienes en la uña;
porque entonces no hay vieja que no gruña,
y el más apasionado, cuando espera,
suele decir á voces: «¡vaya fuera!»,
sin embargo que en vuestra compañía
llueve el maná del cobre cada día;
porque la unión, que siempre fué importante,
con el agrado ablandará un diamante.
Pero todas aquestas prevenciones
de nada sirven cuando no hay doblones;
y si quieres tenerlos muy frescales,
préstame, amigo, cuatrocientos reales
para una urgencia del mayor decoro
y te diré dónde hay cierto tesoro
que descubrí cuando era fontanero
por ciertas señas que decirte quiero.
Yo te acompañaré y le sacaremos,
y como amigos luego partiremos.—
Yo me informé con el mayor cuidado
y, por fin, el dinero le he entregado,
y me espera esta noche el camarada
á las ocho en la parte señalada.
Y así, amigos, pues ya rompí el secreto,
á todos mil riquezas les prometo
si el secreto guardan, como es justo.

TERESA.

Repara, Ayala, no te den un susto.

TODOS.

Hombre, ¿qué dices?

AYALA.

Lo que habéis oído.

SEÑORA OROZCO.

Grande felicidad he conseguido.

AYALA.

Luego que den las ocho es pacto expreso
que he de sacar más oro que yo peso.
Adiós, hijos, que voy á prepararme:
Procuraré de todos acordarme. (*Vase.*)

MARTÍNEZ.

Vamos todos siguiéndole.

ROSA.

Primero,
si vosotras gustáis, ensayar quiero
unas seguidillitas de chupete
que han de bailar mañana en el sainete.

TODAS.

Vamos bailando todos, pues la orquesta
está para el ensayo ya dispuesta.

(*Bailan entre ocho ó en la forma que mejor parezca.*)

SEGUIDILLA.

«En la red de Cupido
vivo prendado
por un mosqueterito
que está en el patio.
¡Ay, que me enredo
en los amantes lazos
de un mosquetero!»

(*Salen los señores* CORONADO *y* LÓPEZ, *de monigotes, con bayetas.*)

LÓPEZ. ¿Qué? ¿al fin le engañaste?
CORONAD. Sí;
el dinero le he sacado
y le engañé como á un chino,
y ahora falta el mayor chasco:
la ropa le he de robar.
LÓPEZ. Hombre, no seas el diablo,
porque si los compañeros
llegaren á saber algo,
en todas nuestras costillas
no han de dejar hueso sano.
CORONAD. Calla; no seas cobarde;
ten espíritu alentado,
que *audaces fortuna jubat.*
LÓPEZ. Y ¿de qué modo has de hurtarlo
la ropa?
CORONAD. Atiende. En un hoyo
que tendrá aquí dos estados
metí una lápida...; pero
el suceso ha de contarlo,
que ya parece que llega.

(*Sale* AYALA.)

AYALA. Ya he llegado tiritando,
porque hace un frío maldito,
y hacia aquí me está esperando
el camarada, según
me dijo.
CORONAD. Vente acercando.
LÓPEZ. Ya te sigo.
CORONAD. ¡Amigo Ayala!
AYALA. ¡Amigo!: dame los brazos,
que has cumplido tu palabra.
CORONAD. ¿Vienes prevenido?
AYALA. Traigo
la linterna y el cordel
con un talego mediano
para llevar los doblones.
LÓPEZ (*aparte.*) ¡Como ahora llueven guijarros!
CORONAD. Pues al avío. (*Aparte.*) ¿Oyes esto?
LÓPEZ. Ya lo he oído. ¡San Hilario,
qué enredador tan famoso
es el amigo Camacho!
CORONAD. Pues, amigo, ropa fuera,
y en aqueste pozo entrando,
á dos estados de tierra
hallarás...
AYALA. ¿Los mejicanos?
CORONAD. No; una lápida que está
dividida en dos pedazos,
que sacarás con gran tiento.
AYALA. Pues, amigo, allá me encajo.
Mas ¿quién es el camarada
que traes ahora á tu lado?
CORONAD. Es un grande amigo mío.
AYALA. ¿Es seguro?
CORONAD. Es muy callado.
LÓPEZ. No tenga uced miedo, Ayala.
AYALA. ¡Calle!, que yo le daré algo,
pues para todos tendrá
el tesoro.
CORONAD. Eso es sentado.
AYALA. Pues en el nombre de Dios
me voy la ropa quitando,
y en camisa y calzoncillos
dentro del pozo me zampo.
Atadme bien.

(*Atanle, coge la linterna y entra.*)

LOS DOS. Bien seguro
estás.
AYALA. San Pedro, San Pablo
sean conmigo. ¡Qué frío!
Cierto que estoy tiritando.
¡Oh, lo que puede un tesoro!
LOS DOS. Allá lo verás, hermano.

(*Entrase en el pozo, que se finge en el teatro, ó se hunde, según más bien se proporcione.*)

AYALA (*dentro.*) ¡Dadme soga!
LOS DOS. Toma, toma.
AYALA (*dentro.*) ¡Válgame Dios, qué guijarros!
Aquí huele á perros muertos.
LOS DOS. Es aprensión.
AYALA. ¡Voto al diablo,
que me he dado en la cabeza
más de doscientos porrazos!

LOS DOS. ¡Ay, amigo, los tesoros
no se sacan sin trabajo!
AYALA (*dentro.*) Pero ¡albricias!
LOS DOS. ¿Qué hay?
AYALA. Subidme,
que la lápida he encontrado.
CORONAD. Ahora es la función.
AYALA. ¡Arriba!

(*Sale con media lápida.*)

¡Válgame San Quintiliano!
Salto y brinco de contento:
media lápida he sacado.
CORONAD. Trae, la leeré.
AYALA. No quiero,
que está el epígrafe claro
y le quiero leer yo.
¡Alumbrad!
LOS DOS. ¡Vaya!
AYALA. ¡Alabado
sea Dios por tantas mercedes
como hace á este vil gusano!
(*Lee.*) «Por aquí Selim» ¿Qué es esto?
¿Este es tesoro ú encanto?
CORONAD. ¡Qué inocente eres! Advierte
que la mitad ha quedado
de la lápida allá dentro,
que hace el epígrafe claro.
Selim fué un moro famoso
muy rico y adinerado
que ha dejado aquí el tesoro
escondido, y para hallarlo
puso esa lápida allí.
AYALA. Es verdad. Allá me encajo
otra vez para sacar
de la lápida el pedazo,
y luego por el tesoro,
que ya deseo pillarlo.

(*Vuelve á entrar en el pozo.*)

CORONAD. Entra y verás cuándo sales.
LÓPEZ. Hombre, no seas el diablo.
Mira que por embusteros
nos han de romper los cascos.
CORONAD. Ya está dentro. Calla, tonto;
que ahora los dos nos vamos
y le dejamos sin ropa
en el pozo tiritando. (*Vanse.*)

(*Salen todos los de la primera escena.*)

TODOS. ¿Por dónde tiró?
MARIQUIT. Hacia aquí
creo le están esperando
los del tesoro.
TODOS. Pues no
parece en todo este espacio.
AYALA (*dentro.*) Ya la lápida encontré.
¡Hola, amigos!: id tirando
de la soga, que me hielo.
TODOS. Su voz hacia aquí ha sonado.
MARIQUIT. Dentro de este pozo está.
Alumbrad hacia este lado.
NICOLÁS. ¿Ayala? ¿Qué es eso, amigo?
AYALA. ¡Ay, compañeros amados!
Tirad de esa soga todos,
que yo prometo premiaros.
TODOS. Sin duda encontró el tesoro.
UNOS. Tiremos.
OTROS. ¡Arriba!
AYALA (*sale*). ¡Santo
Toribio de Mongrobejo
sea conmigo! Ya traigo
la lápida de Selim,
que pesa que es un milagro.
TODOS. ¿Ayala amigo?
AYALA. ¿Qué amigo,
qué Ayala, ni qué ocho cuartos?
Ya es otro tiempo, señores.

(*Aparte.*)

¡Que hasta aquí me han atisbado!
Mujer, las tablas desde hoy
para ti ya se acabaron;
y así carroza y paseo,
puesto que Dios nos lo ha dado.
Ahora alumbrad.
TODOS. Alumbremos.
AYALA. Alumbradme con cuidado.
(*lee*) «Por aquí se lim»: aqueste
moro sería tacaño,
pues tanto dinero junto
pudo dejar enterrado.
MARTÍNEZ. Pues qué, ¿lo ha dejado un moro?
AYALA. Moro como tú cristiano.
Pero no me perturbéis,
que hace un frío temerario
y está aguardando un tesoro.
Alumbradme bien, muchachos.
(*Lee.*) «Por aquí se limpian las
letrinas deste palacio.»
TODOS. ¡Buen tesoro!
AYALA. ¿Camaradas...?

(*Mirando á una parte y otra como buscando á* CORONADO *y* LÓPEZ.)

Mas ¡ay! que se han escapado,
y me han llevado la ropa.
¿Vióse mayor desacato?
¡Maldita sea mi avaricia!

(*Arroja la lápida.*)

¡Buen lance habemos echado!
¡Nicolás, compañero!

NICOLÁS.

¡Majadero!
¿En las desgracias soy tu compañero?

AYALA.

Ten piedad, que me hielo por instantes.

NICOLÁS.

¡Qué sortijas, qué piedras, qué diamantes!

(*Vase.*)

AYALA.

¡Martínez mío!

MARTÍNEZ.

¡Grande porquería!
Para lacayo no le quiero hoy día.
Quédese el loco.

AYALA.

¿Hay tales desconsuelos?

MARTÍNEZ.

¡Qué cajas, qué tabaco, qué pañuelos!

AYALA.

¡Señora Autora!

AUTORA.

¿Vos con comiquillos?
¡Qué chupas, qué galones, qué cintillos!

AYALA.

¡Mujer, favorecedme!

SEÑORA OROZCO.

No consientas,
que eres lumbre de casa y no calientas.

AYALA.

¡Una capa me dad, porque me hielo!

TODOS.

Más capa aquí no hay que la del cielo.

AYALA.

Gran Pichona, dad capa á quien se humilla.

MARIQUITA.

Yo sólo puedo darte una mantilla.

(*Sale un* MINISTRO.)

MINISTRO.

¡Seor Ayala!

AYALA.

¿Quién llama?

MINISTRO.

Yo he encontrado
un picarón que dice os ha robado,
según su confesión, y ya en la trena
queda encerrado y llevará su pena.
Tomad aquesta ropa.

AYALA.

Venga presto
y el entremés se acabe con aquesto.

MINISTRO.

Pues ¿qué? ¿no hay tonadilla?

AYALA.

Esa es corriente,
que esperándola está toda la gente.

(*Tonadilla.*) (1)

7

La avaricia castigada (2)

PERSONAS

DON FERNANDO.—LA VIUDA.—DOÑA JUANA.—DOS AMIGOS.—DON POLICARPO.—UNA CRIADA.—UN PAJE.

(*Sala.—Y salen* DON FERNANDO *y sus dos amigos deteniéndole.*)

FERNANDO. Amigos, dadme consejo;
yo me quemo, yo me abraso,
yo fallezco sin remedio,
yo me consumo y me acabo.
AMIGO 1.° Hombre ¿qué demonios tienes?
O tú estás loco ó borracho,
ó quizás entrambas cosas.
AMIGO 2.° Cuéntanos qué te ha pasado.
FERNANDO. ¡Ay, amigos, que es mi mal
incurable!
AMIGO 1.° ¿Tienes flato,

---

(1) A continuación lleva este manuscrito las siguientes aprobaciones y licencias

«Madrid 1 de diciembre de 1761. Extiéndase. (*Rúbrica.*)

Nos el Licenciado Don José Armendáriz, Presbítero, Teniente Vicario de esta Villa de Madrid y su Partido, etc.

Damos licencia para que se pueda representar el entremés nuevo titulado *La avaricia castigada*, que de nuestra orden ha sido visto y reconocido y no contiene cosa alguna que se oponga á nuestra santa fe y buenas costumbres. Dada en Madrid á primero de Diciembre de mil setecientos sesenta y uno.—*Licenciado Armendáriz.*—Ante mí, *Juan Eugenio Martínez y Mora.*

Madrid 1.° de diciembre de 1761. Pase al censor y fiscal de comedias y con lo que digan tráigase.—*Luján.*

Madrid y Diciembre 2 de 1761. Señor: Este estremés de *La avaricia castigada* no tiene el menor reparo que embarace su representación, si fuere del agrado de V. S. conceder el permiso que para ella se solicita. Este es mi parecer, salvo, etc.—*Nicolás González Martínez.*

Señor: Este entremés, con el permiso de V. S., puede representarse. Madrid 2 de diciembre de 1761. — *Antonio Pablo Fernández.*

Madrid 2 de diciembre de 1761. Ejecútese.—*Luján.*»

(2) Impreso suelto y anónimo diversas veces. Moratín atribuye á D. Ramón de la Cruz un sainete de este título; y en la duda de si será éste ó el anterior, se imprimen ambos.

mal de madre, gota ó tisis,
que son males desahuciados
y pocas veces se curan?

FERNANDO. ¡Ojalá estuviera malo
de esos males, porque entonces,
fuera menos mi quebranto!

AMIGO 2.º ¿Hombre, qué dices?

FERNANDO. Lo dicho.

AMIGO 2.º Este está ya rematado.
¿Mayor mal tienes?

FERNANDO. Sí tengo;
porque tengo...

AMIGO 2.º ¿Qué? Habla claro.

FERNANDO. Un mal...

AMIGO 1.º ¿Qué mal?

FERNANDO. Y tan grande,
que es imposible curarlo:
soy un segundo en mi casa.

AMIGO 1.º ¿Y qué importa? Yo soy cuarto,
y no me enfado por eso.

FERNANDO. Que no es por eso mi enfado.

AMIGO 2.º ¿Pues por qué?

FERNANDO. Porque hay aun más
de lo dicho; ese es mi daño.

AMIGO 1.º Pues vaya, dilo, revienta,
y más que te lleve el diablo.

FERNANDO. Mi mal es que soy segundo
y que estoy enamorado.

AMIGO 1.º Eso es subirse á mayores,
y pudieras excusarlo,
pues no toca á los segundos.

AMIGO 2.º ¿Pues qué pasa?

FERNANDO. Yo idolatro
á doña Juana, la hija
del señor don Policarpo.

AMIGO 1.º ¿Quién? ¿Ese viejo avariento
que ha venido á nuestro barrio?

FERNANDO. El mismo.

AMIGO 1.º Mal pleito tienes.

FERNANDO. ¡Y cómo que es pleito malo!;
pues habiéndola pedido,
no sólo me la ha negado,
diciendo que no merezco
darla de esposo la mano,
sino es que me ha despedido,
haciendo mofa y escarnio,
diciéndome que si vuelvo
con semejante recado
me ha de echar por la ventana
ó me ha de moler á palos.

AMIGO 1.º Yo no hallo remedio.

FERNANDO. Pues,
¿qué?; ¿ya me has desahuciado?

AMIGO 1.º Sí, porque si Dios no envía
un tabardillo á tu hermano,
haz cuenta que tú le tienes,
y él vivirá sus cien años.

FERNANDO. Lo que siento es el desprecio.

AMIGO 1.º Hace bien en despreciaros.
¿A que si tu hermano fuera
no volvía desairado?

AMIGO 2.º ¿Pues los segundos no son
tan buenos y valen tanto?

AMIGO 1.º No, señor.

AMIGO 2.º ¿Pues, cómo es eso?

AMIGO 1.º Fácil es el explicarlo.
Dígame usted ¿por qué vale
el paño de San Fernando
más que otro paño cualquiera
de veinte ó de veinte y cuatro?

AMIGO 2.º Porque tiene mejor pelo,
y tiene...

AMIGO 1.º En el punto has dado;
pues esta es la diferencia
que hay aun entre los hermanos.
El primero, lindo pelo;
pero el segundo, pelado.

FERNANDO. Es verdad; pero también
los segundos sustentamos
el honor de la familia.

AMIGO 1.º Risa me da el escucharlo.
Mira, los segundos son
angelones de retablo,
que parece que sustentan
y ellos son los sustentados.

FERNANDO. ¿Pero qué he hacer?

AMIGO 1.º Morirse.

AMIGO 2.º Eso ya es desesperarlo.

AMIGO 1.º Morirse de hambre ó de amor,
todo es morirse rabiando,
y él de uno ú otro no escapa.

FERNANDO. ¡Ay! que remedio no hallo.
¿Quién me dará algún consuelo?

(*Sale* LA VIUDA.)

VIUDA. ¿Por qué das voces, hermano?

AMIGO 2.º Porque tiene á las orejas,
dándole crueles bocados,
la pobreza y el amor,
que son dos fuertes alanos.

VIUDA. No os entiendo.

AMIGO 2.º Pues, señora,
sabed que le ha despreciado
don Policarpo, el vecino,
habiendo solicitado
el casarse con su hija.

FERNANDO. Porque no soy mayorazgo.

AMIGO 1.º La razón sin duda es buena;
el modo es el que no alabo.

FERNANDO. Y yo no puedo vivir
si con ella no me caso.

VIUDA. ¿Y ustedes qué le aconsejan?

AMIGO 1.º Yo, que se muera.

AMIGO 2.º Yo no hallo
arbitrio, aunque le consuelo.

VIUDA. ¡Bravo par de mentecatos!

LOS DOS. ¿Pues qué hemos de hacer?

VIUDA. Idear,

y calentarse los cascos
para discurrir un medio
del modo que yo lo hago,
y ya di con él.

AMIGO 1.º ¿Cuál es?

VIUDA. Mira, ¿no te han despreciado
porque eres pobre?

FERNANDO. Es verdad.

VIUDA. Pues yo haré que el viejo avaro
no sólo no te desprecie,
sino te venga rogando.

FERNANDO. ¿Qué dices?

VIUDA. Lo que verás.

AMIGO 1.º Muy fácil será lograrlo,
en trayendo cien mil pesos;
pero si no, va muy largo.

VIUDA. ¿Ustedes me ayudarán
para la industria que trazo?

AMIGO 2.º Yo me ofrezco desde luego.

AMIGO 1.º Yo también, aunque no alcanzo
cómo pueda ser.

VIUDA. Es fácil.
Has de fingir que tu hermano
el mayorazgo se ha muerto
y que tú le has heredado.
Ustedes lo contarán
al viejo, y tengo pensado
el modo, porque no dude,
y logremos engañarlo.

AMIGO 1.º Los diablos son las mujeres.

VIUDA. Ahora, para más cebarlo,
es necesario volver
á pedirla.

AMIGO 2.º Yo me encargo
de esa comisión.

VIUDA. ¡Muy bien!
Cada uno á estudiar su paso.

AMIGO 1.º ¡Dios quiera que no nos pillen!

FERNANDO. Amor suele hacer milagros.

AMIGO 1.º Y suele romper cabezas:
yo conozco más de cuatro. (*Vanse.*)

(*Sala en casa de* DON POLICARPO. *y sale vestido ridículo;* DOÑA JUANA, *petimetra, la* CRIADA *y el* PAJE.)

POLICARPO Hija, cuenta con lo dicho.
¡Mayorazgo, mayorazgo,
ó calabazas si no!
Vayan estos pelagatos
segundones, tercerones,
á pegar á otros el chasco;
que en mi casa no haya miedo
que puedan proporcionarlo.
¿No es verdad, hija?

JUANA. Señor,
ya sabéis que yo me enfado
en no hablando con marqueses
ó con grandes mayorazgos.

POLICARPO. Eso sí, como hija mía.
¿Y tú, qué dices?

CRIADA. Me enfado
de pobres. Primeros quiero.
¿Segundos? ¡Jesús, qué asco!

PAJE. Pues si haces ascos, ¿de mí
los harás?

CRIADA. Yo no los hago,
por que tú no eres segundo.

PAJE. En mi casa (hablemos claro)
lo mismo es ser el primero
que ser vigésimo cuarto.

POLICARPO Oyes; ten cuenta si vuelve
ese pelón á enfadarnos,
y no le abras.

PAJE. Está bien;
pero sólo hay un reparo:
¿le digo?

JUANA. ¿Qué hay que decir?

(*Como enojada.*)

PAJE. Pues no lo digo; ya callo.

POLICARPO Dime todo cuanto pasa.

PAJE. Pero no habéis de enojaros,
porque es una friolera.

POLICARPO Acaba, dilo.

PAJE. Es el caso
que mi ama, la señorita,
había, si no me engaño,
ya consentido en casarse,
y la ha de pesar el chasco.

JUANA. ¿Yo consentido?

PAJE. Cabal.
¿Para qué es ahora callarlo?

POLICARPO En no siendo conde ó duque,
con ninguno otro te caso,
porque valen mucha plata...

(*Llaman.*)

PAJE. A la puerta están llamando.

POLICARPO Mira quién es.

PAJE. ¿Es usted
conde, duque ó marqués?

AMIGO 2.º (*Dentro*) Abre.

PAJE. ¡Bravo! ¿Qué es abre? Mostradme
los papeles ó no abro.

AMIGO 2.º Que soy amigo de casa.

POLICARPO Abrele, porque ya caigo
en quién es, según la voz,
y es hombre que está casado.

PAJE. Agradezca á su mujer...

(*Abre. Sale* AMIGO 2.º)

AMIGO 2.º Tú debes de estar borracho.
¿Pues qué novedad es ésta?
¿Por ventura os han robado,
que vivís con tal recelo?

POLICARPO Quizá querrán intentarlo;
porque hay algunos pelones
que siempre están atisbando
á dónde pueden pescar,
y es menester ahuyentarlos.

Ya me entendéis .. segundones.

AMIGO 2.° Pues esos no han de robaros,
sino es pedir con buen modo,
y con él podéis negarlo.

POLICARPO Con buen modo ó con mal modo,
ello, al fin, todo es robarnos;
y es bueno guardarse de ellos.

AMIGO 2.° Una pretensión que traigo
creo llegará á mal tiempo.

POLICARPO Conforme sea.

AMIGO 2.° Rogaros
que admitais por yerno vuestro
á don...

POLICARPO Negado, negado.

AMIGO 2.° Pues si aún no sabéis quién es.

POLICARPO Hombre que entra suplicando
es pobre; si fuera rico
entrara haciendo regalos,
y no es bueno para yerno.

JUANA. ¿Y quién es?

AMIGO 2.° Es don Fernando.

POLICARPO ¿Fernandillo el pelonzuelo?

AMIGO 2.° Con más respeto tratadlo,
siquiera por ser quien es.

POLICARPO Pues por eso así le trato,
pues si la naturaleza
ha querido minorarlo,
hacerle diminutivo
no lo tendrá por agravio.

AMIGO 2.° ¿Al fin, no queréis?

POLICARPO Ya está
de mi casa despachado.
Guárdese de entrar en ella,
que le romperé los cascos.

AMIGO 2.° ¿Por qué delito?

POLICARPO Por pobre.

AMIGO 2.° El ser pobre no es pecado.

POLICARPO Para casarse lo es;
yo así lo he conjeturado. (*Llaman*);
y no hablemos más en esto.

PAJE. A la puerta están llamando.

POLICARPO Abre, porque ese no es pobre,
según pega los porrazos.

(*Sale* AMIGO 1.°)

AMIGO 2.° Amigo, ¿pues qué se ofrece?
¡parece estáis angustiado!

AMIGO 1.° Es verdad, porque á un amigo
le ha sucedido un fracaso,
el mayor que pueda darse,
y, la verdad, me ha pesado.

POLICARPO ¿Pues qué ha habido?

AMIGO 2.° Vaya, presto,
acaba de despenarnos.

AMIGO 1.° Que á don Fernando...

POLICARPO ¿Al pelón?
¿al Fernandillo de Trapo?
¿Que se ha muerto? ¡Vaya, vaya!
Téngale Dios en descanso.

AMIGO 1.° No se ha muerto.

POLICARPO ¿Pues qué ha sido?

AMIGO 1.° Que un correo despachado
le trajo la infausta nueva
de que, sin poder librarlo,
de un improviso accidente
ha muerto su pobre hermano.

POLICARPO ¿Quién, el hermano mayor?

AMIGO 1.° Sí.

POLICARPO ¿Del señor don Fernando?

PAJE. No, señor; de Fernandillo,
que lo habéis equivocado.

POLICARPO Calla, bestia; ¿pues no sé
cómo debo yo tratarlo?

JUANA. ¡Ay, pobre esposo futuro,
tan triste y desconsolado!

CRIADA (*Ap.*) Con el cebo de la herencia
ya se ha mudado el teatro.

POLICARPO Dígame usted: ¿Cuánto hereda?

AMIGO 1.° Amigo, diez mil ducados
más limpios nadie los tiene,
y un vínculo está pleiteando,
(y casi ganado ya)
de otros ocho mil.

POLICARPO ¡Canario!
¡Para que yo me descuide!
¿Diez y ocho mil? ¡qué guapo!
¡Cómo se llena la boca!
Bien lo merece el muchacho.
¡Qué galán; qué generoso;
qué discreto y cortesano!

JUANA. Yo quiero ver á mi esposo.

POLICARPO Hija, despacio, despacio;
que tiempo habrá para todo.

AMIGO 1.° ¿Pero no le han despreciado?

POLICARPO Yo he despreciado á un segundo,
no desprecié á un mayorazgo;
y es mucha la diferencia.

AMIGO 2.° ¿Pues acaso se ha mudado?

POLICARPO Sí, señor; ¿Pues es lo mismo
el tener diez mil ducados
que ser un pobre trompeta?

AMIGO 1.° De lo que vengo enfadado
es de ver... ¡Oh, qué insolencia!
¡qué ambición! ¡Oh, qué desgarro!

POLICARPO ¿Pues qué ha sido?

AMIGO 1.° No ha dos horas
que tuvo el aviso infausto,
y ya tres novias le quieren.

POLICARPO Eso no, viviendo Carlos;
antes que todo es mi hija.
Pues ¿qué? ¿pensaba burlarnos,
después de haberla pedido?

JUANA. ¡Jesús, qué hombre tan malo!
¡Con esponsales pendientes!

POLICARPO Y prometidos regalos ..

PAJE (*Ap.*) De echarle por la ventana,
y machacarle los cascos.

POLICARPO Chico: el reloj, la peluca,

e vestido, el bastón. Vamos,
hija, para que te cumpla
la fe y palabra que ha dado;
y si no quiere por bien *(Enfadado)*
yo le llevaré al Vicario.

AMIGO 2.º Cayó el pez. *(Al 1.º)*

AMIGO 1.º Tragó el anzuelo;
con que ya es fácil pillarlo.

POLICARPO Vamos, pues. *(Con aceleración.)*

AMIGO 1.º ¿A dónde vais
de esa suerte acelerado?

POLICARPO A ventilar mis derechos.

AMIGO 1.º Poco á poco; sosegaos.

AMIGO 2.º ¿No veis que está ahora de duelo?

POLICARPO Pero si están apretando
las tres novias que habéis dicho.

JUANA. Padre, si nos descuidamos
creo llegaremos tarde.

CRIADA. Mi ama aprieta que es un pasmo.

AMIGO 2.º Darle el pésame es mejor.

PAJE. ¿Qué pésame más amargo
que hacerle casar por fuerza?

AMIGO 1.º Juzgo por más acertado
adelantarnos nosotros,
y le iremos preparando
para cuando vos lleguéis.

POLICARPO Decís bien: id, entretanto
que yo os sigo.

AMIGO 2.º Pues, adiós.

AMIGO 1.º El viejo está rematado.

(Vanse los dos amigos.)

POLICARPO Porque no perdamos tiempo,
y con el tiempo cumplamos,
tú, de parte de tu ama,
has de llevar un recado
de pésame.

PAJE. ¿Y de casarse,
le tengo de decir algo?

POLICARPO No, bestia.

PAJE. ¿Pues no es mejor
que lo tengamos hablado
para cuando usted se acerque?

POLICARPO Anda, y haz lo que te mando.

(Vase el PAJE.)

Hija, tú vendrás conmigo,
pues no puede haber reparo
en visitar á la viuda;
y mientras yo esté en el cuarto
del hermano, tú á la hermana
procura dar un asalto

JUANA. Déjelo usted por mi cuenta;
porque yo soy la que gano,
y no me descuidaré.

POLICARPO Alerta, y no la perdamos.
Mira que vas á ganar
diez y ocho mil ducados. *(Vanse)*

(Salen DON FERNANDO y la VIUDA, de luto.)

VIUDA. Ya no pueden tardar mucho;
veremos qué han negociado.

FERNANDO. El viejo es tan marrullero,
que me temo ha de chulearnos
llegándolo á conocer.

VIUDA. No temas, que estos avaros
se ciegan con la codicia,
y es muy fácil engañarlos
en materia de intereses.
Tú ten cuenta con no errarlo:
en haciendo tu papel,
habla poco y mesurado.

(Salen los DOS AMIGOS.)

LOS DOS. Ya estamos aquí de vuelta.

VIUDA. ¿Y qué ha habido?

AMIGO 2.º Bueno y malo.
Malo, porque fuí primero,
y me recibió enojado,
desechando la propuesta
y al sujeto despreciando.

AMIGO 1.º Y bueno, porque después
que le referí el fracaso,
con el cebo de la herencia
de tal suerte se ha mudado,
que ya le parece tarde
para concluir el contrato.

FERNANDO. ¿De veras?

AMIGO 1.º Y tan de veras,
que viene corriendo á daros
el pésame con su hija,
tan ciego y determinado,
que os ha de poner un pleito
si no queréis conformaros.

AMIGO 2.º Él se clavó medio á medio.

VIUDA. Cada uno á su puesto.

AMIGO 1.º Vamos.

(Vanse los tres.

FERNANDO. Ruido parece que siento:
¿si será el viejo? Finjamos.

(Siéntase. Sale el PAJE.)

PAJE. ¡Hola! Para estar de luto
no está muy oscuro el cuarto.
Aquél será el penitente,
por lo negro y mesurado.
Esto es peor que morirse;
pero allá voy, yo le hablo.
¿Es usted algo del muerto,
su hermano ó su apoderado?

FERNANDO. ¡Ay de mí!

PAJE. (¡Brava respuesta!
Ya le conozco: es su hermano.
Sí, no hay duda; mas si el pobre
se mira tan angustiado,
¿qué ha de hablar? Tiene razón.
El preguntarle es en vano
en una escena tan triste.)
Pues, de parte de mi amo

que da á usted la enhorabuena.
(¿Qué digo?, que estoy borracho.
Mas si hereda, no lo estoy;
pues diez y ocho mil ducados
¿por qué han de recibir duelo?)

FERNANDO. (¡Qué bribón es el criado!)

PAJE. (Pero es preciso cumplir
con el recado que traigo.)
Pues, señor, que sienten mucho
el suceso desgraciado
del difunto que se ha muerto,
y que mi ama y mi amo,
con toda su parentela...
(¡Qué sé yo!... ya me he turbado.)

FERNANDO. ¿Quién sois?

PAJE. ¿No me conocéis?
Paje de don Policarpo
y doña Policarpita,
aquella novia de antaño.

FERNANDO. No os conozco.

PAJE. Con la herencia
la memoria se ha borrado.
Bien me conocía usted
cuando gimiendo y llorando
me pedía que le abriera
la puerta, y yo...

FERNANDO. Sí, ya caigo.
Quizá por esos y otros
desaires que allí he pasado
no os conozco, ni pretendo
conocer á vuestros amos.

PAJE. Eso me gusta: ensancharse
y ponerse como un pavo
haciéndose de rogar.

FERNANDO. Hartas veces he rogado.

PAJE. ¡Ea, pelillos á la mar!;
que está el viejo deseando
ser suegro; tome la moza,
y venga tarde ó temprano.

FERNANDO. No estoy para bufonadas;
vuelve y diles lo que extraño
que se acuerden de un sujeto
á quien hoy han despreciado.

PAJE. Si despreciaron, ya aprecian;
se arrepienten, si pecaron;
y pues confiesan sus culpas,
razón será perdonarlos.

FERNANDO. Anda, y haz lo que te digo.

PAJE. No llevaré tal recado,
pues ellos vendrán por él,
y yo en la antesala aguardo. *(Vase.)*

(Salen los Dos Amigos.)

AMIGO 1.° Lo has hecho bien y rebien:
todo lo hemos escuchado
detrás de aquellas cortinas.

AMIGO 2.° Ha sido chistoso el chasco.

FERNANDO. A esconderse, porque ruido
en la antesala ha sonado.

AMIGO 2.° Este sin duda es el viejo. *(Vanse.)*

AMIGO 1.° Cuidado, por Dios, no errarlo.

(Sale Don Policarpo.)

POLICARPO Allí está: ¡que tenga el mundo
costumbres y usos tan raros!
Discúrrase, pues, un hombre
ahora triste y enlutado,
y estará dentro de poco
de novio, alegre y bailando,
pues hoy ha de ser la boda.
Mas ¿qué hemos de hacer? Cum-
[plamos
con el mundo: yo me siento.
(Lo hace.)
Señor, el amargo caso,
el catástrofe funesto,
digno de fraterno llanto,
aunque debemos sentirlo
todos, como interesados,
con la voluntad de Dios
es preciso conformarnos.

FERNANDO. ¡Ay, hermano de mi vida!

POLICARPO El talento que os ha dado
el Señor liberalmente
ha sido para emplearlo
en ocasión como ésta.
¡Ea!, vamos aliviando
la pena, ensanchando el pecho:
no es razón que nos muramos
por el difunto; Dios dé
salud para encomendarlo.

FERNANDO. ¡Ay, hermano de mi vida!

POLICARPO Conformidad; vamos, vamos.
Téngale Dios en la gloria,
y á nosotros en su agrado.
Háblese en otras materias
que causen menos quebranto.
(Ap.) Ahora entra mi pretensión.

FERNANDO. *(Ap.)* Ya el viejo se va explicando.

POLICARPO Ahora es regular que piense
usted en tomar estado.

FERNANDO. No, señor.

POLICARPO ¿Cómo que no?
Pues ¿qué? ¿abandonais, incauto,
la sucesión de la casa,
el lustre del mayorazgo
y el honor de la familia?

FERNANDO. Yo por ahora no trato...

POLICARPO Ahora lo habéis de tratar;
y así, dejad gobernaros
por quien sabe más que vos,
si es que queréis acertarlo.

FERNANDO. Está bien; más adelante.

POLICARPO *(Ap.)* (Largas quiere darme ¡malo!
Yo haré que no se me escape.)
Vos estáis tan angustiado,
que no conocéis el bien
que haréis en no dilatarlo.

FERNANDO. Puede ser.
POLICARPO (*Aparte.*) (No ha dado lumbre;
peguemos otro porrazo.)
Si no os casáis prontamente,
es necesario encerraros.
FERNANDO. Yo escribiré á mis parientes
que busquen proporcionado
sujeto para mi boda,
y desde luego me caso.
POLICARPO (*Aparte*) (Esto no me tiene cuenta;
hablemos algo más claro.)
Los parientes .. (¡Quién hallara
un modo de declararlo!)
FERNANDO. ¿Qué decís?
POLICARPO Que los parientes,
como al fin interesados,
harán sólo su negocio
y querrán sacrificaros.
Vos os habéis de casar
con quien habéis ya tratado,
conocido y aun querido;
lo demás es engañaros.
(*Ap.*) Si así no lo entiende es fuerza
el decírselo cantado.
FERNANDO. Pues bien; para conocerla
y tratarla más despacio,
se necesita algún tiempo.
POLICARPO (*Aparte.*) Ya es preciso declararlo,
pues el niño se hace tonto.
FERNANDO. (*Aparte.*) El viejo está ya volado.
POLICARPO Aquí para entre los dos,
con toda llaneza hablando,
vos pedistes á mi hija;
y no es esto convidaros
con ella, que tiene novios
á montones y á puñados,
sino deciros...
FERNANDO. Suplico
que me oigais sin alteraros.
Yo á vuestra hija pedí,
y vos con rabia y enfado
me la negasteis, diciendo,
me romperíais los cascos.
POLICARPO Eso fué chanza, señor;
y sólo experimentaros
para hacerla desear,
que yo os estimo y os amo.
FERNANDO. Pues esas chanzas tenedlas
allá con vuestros criados,
que no quiero á vuestra hija.
POLICARPO ¿Cómo es ahora negarlo?
La queréis, la tomaréis,
y quizá os vendrá muy ancho;
y si no queréis por bien,
os llevaré al juez atado,
que os haga matrimoniar.
Pues ¿qué? ¿pensábais burlaros?
(*Sale* AMIGO 1.º)
AMIGO 1.º ¿Qué es esto?
LOS OTROS. ¿Por qué dais voces?
(*Sale la* VIUDA.)
VIUDA. ¿Por qué estáis tan alterado?
(*Sale el* PAJE.)
PAJE. Sin duda son suegro y yerno,
porque ya están regañando.
POLICARPO ¿Qué ha de ser? Una insolencia.
El señor, que ha dado
en negar que dió á mi hija
de esposo palabra y mano;
y nos han de oir los sordos,
FERNANDO. Por ventura yo...
VIUDA. No, hermano,
eso no es de hombres de bien.
El señor don Policarpo
tiene razón que le sobra,
y tú estarás muy honrado
eu tener tan noble esposa.
(*Saca la* CRIADA *de la mano á* JUANA, *de novia.*)
VIUDA. Aquí está ya; yo me encargo
de esta boda, pues es justo
y todos lo deseámos.
AMIGO 2.º Yo soy de ese parecer.
AMIGO 1.º Todos lo están deseando.
PAJE. Apretar; esto se llama
dar el pésame bien dado.
VIUDA. Vaya, ¿qué decís?
FERNANDO. Yo digo
que, estando en el novenario,
parece el casarme mal
POLICARPO Ejemplares hay sobrados.
PAJE. No es suspenderse los lutos
el empezar nuevos llantos.
POLICARPO Calla, y no seas bufón.
Fuera de que, interesando
la sucesión de la casa
en vuestra familia tanto,
no se debe aventurar
con tan dilatados plazos.
PAJE. Otra razón hay más fuerte.
AMIGO 2.º ¿Cuál es?
PAJE. Que puede faltarnos,
y morirse de repente;
pues debe ser muy usado
esto en la familia, y bueno
es del tiempo aprovecharnos.
VIUDA. Vaya, ¿qué dices? acaba.
FERNANDO. Sólo me queda un reparo,
y en quedando satisfecho,
gustoso á todo me allano.
POLICARPO ¿Y cuál es?
FERNANDO. El que no tengo
para los precisos gastos
de la boda, y sin hacerlos
como es justo, no me caso;
y hasta que tome las cuentas...

POLICARPO Por eso no hay que apuraros:
fácilmente se remedia;
traed de escribir recado.
(*Al* PAJE.)
AMIGO 1.º ¿Qué vais á hacer?
POLICARPO Lo veréis.
(*Ap.*) Ya se pilló este gazapo.
¡Diez y ocho mil! ¡qué bueno!
PAJE. Aquí está todo.
POLICARPO (*Aparte.*) ¡Qué guapo!
Esto es pescar un gran pez
con el cebo de un gusano.
VIUDA. Mucho me alegro que seas
en todo tan acertado.
FERNANDO. Es dicha mía.
POLICARPO Aquí ya (*Dale un papel*)
mi firma tenéis en blanco;
pues si todo cuanto tengo
sólo para mi hija guardo,
llegando á ser vuestra esposa
vuestro es mi caudal, tomadlo.
(*Ap.*) Con la codicia le cebo,
¡Qué lance tan apretado!
AMIGO 1.º (*Ap.*) Si supieras *(sic)*
lo que has hecho, mentecato.
FERNANDO. A tanta cortesanía
agradecido, y postrado
á vuestros pies, si merezco
lograr un favor tan alto,
la mano os pido, señora.
POLICARPO Dásela.
JUANA. Bien recusarlo
pudiera, porque parece
que consentís violentado.
CRIADA. (*Aparte.*) No desea ella otra cosa.
POLICARPO Vaya, no andes con reparos.
JUANA. Pero obedezco á mi padre:
ya soy vuestra. (*Dásela.*)
PAJE. Se casaron.
TODOS. Sea muy enhorabuena.
POLICARPO De contento brinco y salto.
PAJE. Ahora son los bienes; luego
quizás anden derrengados.
POLICARPO ¿Con que ya tienes, ¡qué gusto!
diez y ocho mil ducados?
¡Que te los quiten!
FERNANDO. No es fácil;
(*Llaman*)
pero á la puerta llamaron.
POLICARPO ¿Qué querrán ahora?
PAJE. Un hombre
con este pliego cerrado
para usted.
FERNANDO. Abro y leo.
POLICARPO Sí, veamos.
FERNANDO. (*Lee.*) «Querido hermano: Sabrás...
POLICARPO Pues ¿qué?, ¿tenéis otro hermano?
FERNANDO. No, señor.
POLICARPO ¡Cómo!
FERNANDO. (*Lee.*) «Sabrás
que del accidente extraño
que por muerto me tuvieron
convaleciente me hallo,
y estoy con salud cumplida.»
POLICARPO ¿Qué es aquesto, cielo santo!
Si esto es verdad, yo me ahorco.
FERNANDO. Mi señor, no hay que dudarlo;
está es su letra y su firma;
y pues Dios quiso guardarlo,
mientras él sea primero,
yo de segundo no paso.
POLICARPO ¿Pues no decíais que ha muerto?
PAJE. Es que ya ha resucitado
y viene á hallarse en la boda.
¡Fuego de Dios, y qué chasco!
POLICARPO ¡Ay, infelice de mí,
que mi firma le he entregado
y ahora me echará al Hospicio!
FERNANDO. No os aflijáis, que no trato
de los viles intereses:
sólo á vuestra hija amo.
Esta quise conseguir,
y habiéndome despreciado.
el amor me dió la industria
para la dicha que gane.
La noticia de la muerte
fué fingida; y es bien claro
que lo es también esta carta;
pues habiéndose logrado
el fin, era por demás
continuar en el engaño.
Tomad, señor, vuestra firma,
y perdonad el agravio,
si acaso es agravio amor.
AMIGO 1.º Tiene razón; perdonadlo.
AMIGO 2.º Eso solo os tiene cuenta.
PAJE. Si no, que deshaga el ajo.
POLICARPO ¿Qué dices, hija?
JUANA. Yo estoy
conforme, que al fin me caso.
POLICARPO Y yo es fuerza que ahora tenga
conformidad.
PAJE. Del ahorcado.
VIUDA. Pues celébrese la boda
con regocijos y aplausos.
TODOS. Y con sumisión rendida
perdón á todos pidamos.

8

La pragmática.

PRIMERA PARTE

SAINETE NUEVO, ESCRITO DE ORDEN DEL EXCMO. SEÑOR MARQUÉS DE MONDÉJAR Y DE PALACIOS, ETC. PARA LA COMPAÑÍA DE JUAN ANGEL; POR DON R. DE LA C. O.

1761 (1)

(Sale la señora PEREIRA *sola al medio del tablado.)*

PEREIRA. Señores, para mañana,
si Dios quiere, la Pereira
procurará que no falte
entremés para esta fiesta.
Por hoy no tiene remedio;
y aunque es verdad que pudiera
echar la culpa al gracioso,
no quiero, porque la pena
merece la que se fía...

(Sale ESPEJO.*)*

ESPEJO. ¿Qué nueva salida es ésa?
Que al principio creí, como
empezaste con la arenga:
«Señores, para mañana»,
que ibas á ofrecer comedia;
pero viendo que prosigues,
saber con qué fin es fuerza.

PEREIRA. Con sólo el de disculparme
y el de que á ti te prevenga
las gracias el auditorio
por lo mucho que te esmeras
en sus obsequios.

ESPEJO. ¡Y cómo
que me esmero! Va de idea

PEREIRA. ¿Qué idea puede ser, cuando
me dicen mis compañeras
que ninguna papel tiene?

ESPEJO. ¿No hacen ustedes comedias
y sainetes sin nosotros
muchas veces?

PEREIRA. Cosa es cierta.

ESPEJO. Pues á mí por cosa extraña
se me ha puesto en la mollera
un sainete celibato,
que excluye de sí las hembras.

PEREIRA. Pues desde luego te digo
que le dejes, porque fiesta
sin muchachas es lo mismo
que pan de centeno á secas,
y antes de que salga ya
el sainete nos apesta.

ESPEJO. Si tiene mérito en sí,
que ustedes queden contentas
ó no, quiere decir poco;
y pues á mi cargo dejas
este sainete, éntrate,
que voy á dar providencias
para que empiece.

PEREIRA. ¿Pues, qué?
Una vez que me cortejas,
¿he de carecer del gusto
de mirarlo y de que sepan
las demás á cuánto extiendes
el filis de tus finezas?

ESPEJO. Señora, un desconfiado,
que en cuanto produce yerra,
no es mucho que, temeroso
del acierto, cuando ofrezca
recate de la deidad,
el sacrificio, no sea
que lo indigno de la mano
quite el mérito á la ofrenda.
(Ap.) Yo en llegando á empiroparme
digo pocas, pero buenas.

PEREIRA. Cuando humilde el oferente
del ídolo al alma llega,
más que la ofrenda se estima,
la fiel voluntad se premia.

ESPEJO *(aparte.)* ¿Premio y voluntad? Si acaso
me quiere bien la Pereira
y se declara, pues yo
también... Pero ¡tente, lengua!
que suele andar su marido
debajo de la cazuela
atisbando lo que pasa
y habrá la marimorena.
A servir voy, que es el modo
de acreditar la obediencia. *(Vase).*

PEREIRA. Espejo esta tarde está
de bulla, salid afuera,
muchachas.

(Salen todas.)

TODAS. ¿Con qué motivo,
si no nos han dado letras
ni versos en el sainete?

PEREIRA. A divertirse por cuenta
de los hombres este rato.

MARIQ. Vamos claros, ¿nos pavea
usted?

MARIANA. ¿Para usted principian
desde hoy las Carnestolendas?

JOAQUINA. ¿Está usted hoy de chacota?

GRANAD. ¿Tiene usté hoy gana de fiesta?

PEREIRA. No por cierto, que antes juzgo
que será una friolera
todo ello; pero Espejo,
con los hombres solos piensa
hacer su sainete, y yo
porque pretendo que os quepa
parte de la diversión

---

(1) *Inédito.* Bib. Municip.: leg. 1-187-26 y 27. Copias de la época, con las censuras que van al final.

os llamé; saquen silletas
y veamos en lo que para.

MARIQ. Como á nosotras no vengan
las gritas que á ellos les dieren,
el enredo es cosa nueva.

SEGURA. No tengo voto en concejo:
pero si yo hablar pudiera
diría una cosa, que
me la claven si no es cierta.

MARIANA. Habla, Teresita, y di,
que yo te he dado licencia.

SEGURA. Pues digo que si los hombres
aquí al salir nos encuentran
nos han de hacer una burla.

PEREIRA. Váyase de ahí, y agradezca
que no la hago castigar
por que otra vez no se atreva
á levantar testimonios.

MARIQ. ¿Quién tal dice? ¿Quién tal piensa?
¿En hombres como los nuestros
pueden pensarse bajezas?

MARIANA. Eso no, por ellos pongo
mis manos en una hoguera.

JOAQUINA. Lo atento y rendido en ellos
es ya costumbre muy vieja.

GRANAD. Niña, mira cómo hablas,
que hay en ellos un Plasencia,
un Espejo, un Ladvenant,
un Ponce, un Niso, un Pereira,
todos hombres muy formales,
y esto lo digo de veras.

PORTUG. Todos bellísimos, y es
injusticia la sospecha.

SEGURA. Pues no me retracto, pero
digo que soy una puerca
y ustedes tendrán razón.

PEREIRA. Parece que ya se acercan.

MARIQ. Pues no les interrumpamos,
que dejar lucir es fuerza
á los pobrecillos, ya
que por nosotras se empeñan

PEREIRA. Pues sentarse y callar todas.

TODAS. Haráse como lo ordenas.

(Salen uno á uno todos los hombres que pudieren de golilla, y PLASENCIA *detrás; dan una vuelta y quedando en corro abierto,* PLASENCIA *da una palmada y se miran.)*

LAS SEÑORAS *(burlándose):*
¡Vítor, vítor la salida!

PEREIRA. Por cierto que es cosa fresca.
Si lo demás es así,
será lucida la fiesta.

MARIANA. De cuervos vienen; sin duda
han olido carne muerta.

MARIQ. No, que salen de abogados;
alguna grave sentencia
tienen que dar.

JOAQUINA. Esperemos
á ver por dónde revientan.

GRANAD. Sí reventarán, pues todos
ellos son grandes postemas.

(Hace señas PLASENCIA *de que callen, porque están allí las mujeres, y al patio de que ya vuelve en estando solos, y se empiezan á entrar como salieron y las mujeres los agarran.)*

TODAS. ¡Ay, que se vuelven á entrar!
(Agárranlos.)

PEREIRA. Eso es bufonada y media,
y una vez que aquí han salido,
juro á nos que han de echar fuera
cuanto en el cuerpo traían.

PLASENC. Pues haga usted que prevengan
vomitivos, y con eso
nos cabrá mejor la cena
si usted la paga.

ESPEJO. Señoras;
cuando un hombre está de veras
en un negocio empeñado,
parece que no es prudencia
acechar ni embarazarle;
porque en las arduas materias
pocos testigos, y esos
letrados como yo, *ad extra;*
pero damas las excluyen
las leyes, por la experiencia
de que son malos principios
los que los fines enredan,
ó porque, como nos dice
Calderón en sus comedias,
hablando de ustedes, no hay
cosa en el mundo que sea
tan peor como la mala,
tan mala como la buena.

JOAQUINA. ¡Por vida ..! ¿Hay mujer que sufra
semejante desvergüenza?

SEGURA. Lo atento y rendido en ellos
es ya costumbre muy vieja.
Señora Joaquina, usted
oiga, mire, calle y vea.

PEREIRA. ¡Hombre!, si ocultar querías
de nosotras algo, hubieras
callado, porque sabiendo
que hay secreto en la materia,
ya está la curiosidad
dándonos con tanta espuela.

PLASENC. ¿Habrá demonches de Espejo?
Merecía que la lengua
le sacasen por parlique,
y tú, querida Pereira,
siéntate, que aunque es verdad
quería nuestra cautela
divertirse sin vosotras,
ya por vosotras alienta,
mirando que no es razón
comernos el pan á secas.

TODOS *(aparte á* PLASENCIA:)
¿Qué vas á hacer?

PLASENC. (*A todos aparte.*) Yo me entiendo;
veréis qué presto reniegan
de su curiosidad. Vamos
al asunto sin arengas.

(*Vuelven á formarse como al principio.*)

MARIQ. ¿Cuánto darían los pobres
porque con mis compañeras
les dispusiera yo un cuatro
para introducir su idea?
PLASENC. Nada, que aquí no tenemos
propiedades de corneja,
para usar de ajenas plumas,
aunque sean malas las nuestras,
y porque lo vean, muchachos,
repitan nuestras cadencias.

LOS HOMBRES (*á cuatro.*)

Si acaso no agradamos,
aposentos, lunetas,
patio, tertulia y gradas,
asientos y cazuela,
animen, disimulen
y, perdonando, tengan
silencio, silencio,
paciencia, paciencia. (1)
TODAS. ¡Viva! ¡Viva!
PLASENC. Por lo menos
la capilla está completa
de tenores, aunque todos
cantan con trabajo en ella.
TODAS. Vaya de asunto.
PLASENC. Acercadme
una silla hacia aquí fuera,
pues ya cansado el capricho
de escribir, el rumbo estrena
de divertir al concurso (*Siéntase*)
con un libro de novelas.
TODAS. ¡Secatura, frialdad!
PLASENC. No tal, que tiene pimienta.
Oid su título.
TODOS. Vaya
pues.
PLASENC. Novela de novelas,
escrita en romance libre
y claro; su autor, Plasencia,
testigo de vista, en que
se declara y se da cuenta
de las patrias, nombres, hechos
famosos, malas y buenas
propiedades, cuántos años
tienen, quiénes las cortejan
y cómo les corresponden
nuestras siete compañeras.
UNAS. ¡No, no, no! (*Levántanse.*)
OTRAS. Calla, hombre, calla,
PEREIRA. ¿Habrá mayor desvergüenza?
SEGURA. ¿Y aquéllo, señora mía,
de «Vaya de ahí y agradezca
que no la hago castigar
porque otra vez no se atreva
á levantar testimonios»?
MARIQ. Si en el asunto otra letra
te atreves á pronunciar
te he arrancar las orejas.
TODAS. ¿Para cuándo son las uñas?
GRANAD. ¿Qué es eso de uñas? Detengan
el impulso del araño,
que esas son armas caseras
para delitos veniales,
que á los mayores es fuerza
mayor castigo, y así
todas mi voz obedezcan
sin que me repliquen. Mano
derecha á la faltriquera.
¡Saquen las tijeras; saquen
de la vaina las tijeras
y á ellos!
MARIQ. Yo no las traigo,
pero traigo acaso esta
navajilla. (*Saca una gran navaja.*)
HOMBRES. A retirar.
DAMAS. A embestir hasta que cedan
de su infame intento.
PLASENC. Vaya,
dejemos las tijeretas,
y con tal de que nos déis
palabra de estaros quietas
y callar en un brevísimo
rato, veréis con qué idea
hemos hecho esta salida.
PEREIRA. Yo por todas la promesa
hago de callar, con tal
de que burlaros no sea
de nosotras.
PLASENC. Yo la acepto.
MARIANA. Pues cante la Portuguesa
unas seguidillas por que
tengamos parte en la fiesta.
ESPEJO. No es menester, que ya tengo
prevenida mi vihuela
y yo también sé cantar.
TODOS. Canta, pues, porque lo crean.

(*Aquí canta* ESPEJO *seguidillas de extraña idea, que se dará.*)

PLASENC. Pues ya nos hemos holgado
y están las sillas y mesa
prevenidas, trabajemos

(1) Hay unos versos marginales que dicen así:

En este nuevo empeño
que perdonen las hembras,
que para lucir somos
más hombres que ellas,
y así atiendan los trinos,
nuestras voces atiendan.
Silencio, etc.

aquella grave materia
que sabéis. Ponce, haz la margen
y pon luego por cabeza...
«Pragmática que consultan
al solio de la prudencia
los abogados de chanza
con reflexiones de veras.»
Todos tienen voto: diga
cada uno lo que se ofrezca.

ESPEJO. Yo, que de abogado tengo
admitidas ya mis pruebas,
dispongo la introducción.

TODOS. Y dicte después Plasencia.

PLASENC. Yo no sé escribir, pero á esto
de dictar nadie me llega.

ESPEJO. «Viendo cuántos contrabandos
al gusto por alto entran
las damas, porque también
hay fraudes en las bellezas,
mandamos que se publique
del desengaño á las puertas
esta pragmática, en que
por ley general se ordena»...

PEREIRA. ¿A quién se ordena?

PLASENC. A los hombres,
que, aunque es corta nuestra cien-
ya sabemos que no pueden [cia,
ser ordenadas las hembras.

ESPEJO. Pon: «Capítulo primero:
Que el hombre que hallar pretenda
mujer linda, no la busque
en la calle, en la comedia,
en visita, ni en su casa
cuando está al estrado puesta,
sino antes que al tocador
le consulte sus flaquezas.»

PLASENC. Sí, que algunas son lo mismo
que las mutaciones nuestras,
si están bien iluminadas
todos dicen: ¡cosa bella!

ESPEJO. «Segundo: Que el que quisiere
dama moza, no se atenga
á los dichos ni á los hechos,
ni dé crédito á la fecha
de la fe de su bastismo,
si ella misma se la enseña,
sino saque la partida
y verá la diferencia.»

PLASENC. Bien dicho, porque las más
son como las casas viejas,
que en pintando la fachada
nos las alquilan por nuevas.

ESPEJO. «Tercero: El que busque dama
hábil, búsquela con flema
y no vaya á ver si dice
en los estrados sentencias,
sino á ver cómo en su casa
distribuye las especias.»

PLASENC. Advirtiendo que, aunque algunas
son doctoras y maestras,
hay muy grandes licenciadas
y famosas bachilleras.

ESPEJO. «Cuarto: Proceda con juicio
el que rica la desea,
que cien mil pesos de dote
suelen hacer casa llena
de trastos y olla vacía,
y cien ducados de renta
dan para comprar tres panes
y una libreta francesa.»

PLASENC. Sucede en dotes y bodas
lo que en las Carnestolendas:
reir los chascos tres días
para llorarlos cuarenta.

ESPEJO. «Quinto...:

MARIQ. ¡Que no hay sufrimiento!

CON TODAS. ¡Vayan fuera! ¡Vayan fuera!

MARIQ. Y haciendo pleito homenaje
de disponer de esta ofensa
de las damas la venganza,
el primer castigo sea
dejaros sin tonadilla
en el entremés.

PLASENC. Espera,
y advierte que ese castigo
no es razón que le padezca
el patio.

MARIQ. Si el patio es hombre,
por él mi vengaza empieza.

MARIANA. Hadlo por las gradas.

MARIQ. Menos.

JOAQUINA. Pues vaya por las lunetas.

MARIQ. Tampoco, tampoco; pero
por balcones y cazuela
yo dispondré que se cante
una tonadilla buena,
por si consigo con ella...

TODOS. Perdón á las faltas nuestras.

9

La Pragmática.

SEGUNDA PARTE

(Salen los hombres de capas y sombreros, cada uno con un papel en la mano como leyendo, con su verso.)

PLASENC. «Señor Plasencia.

LADVEN. Señor
Ladvenant.

ESPEJO. Señor Espejo.

PONCE. Señor Ponce.

FRANCHO. Señor Francho.

NISO. Señor Niso.

BLAS. Seor Pereiro.

PACO. Señor Paco.
PARRA. Señor Parra.
ANTONIO. Seor Antón.
EUSEBIO. Señor Eusebio.
CAMPANO. Señor Campano.
PLASENC. La dama,
la graciosa y todo el resto
de compañeras, deseando
acreditaros su afecto
y cuánta es su gratitud
por el pasado festejo
que usté y los demas dispusisteis,
otro segundo han dispuesto
excusándoos la fatiga
de cantar y estudiar versos,
suplicando á usted se digne
de honrarlas con ir á verlo
sin gala, sin ceremonia,
ni patarata, que en ello
recibirán gran merced.»
TODOS. En todos dice lo mesmo.
ESPEJO. ¿Qué es eso, amigo Plasencia?
PLASENC. Buenas noches, caballeros.
LADVEN. Parece que todos somos
convidados.
PLASENC. El señuelo
de las esquelas parece
convite de algún entierro.
Si fueran como la mia,
en que un sol y seis luceros
me convidan á beber,
Auroras que cuajó el hielo
del desdén, á donde son
los cambiantes del reflejo
bizcochos de garapiña;
dulces, el suave recreo
de sus palabras; melindres,
de su hermosura los quiebros;
chocolate de Caracas,
tostado de amor al fuego,
con su azúcar y canela,
la suavidad de su acento,
que va sorbiendo el oído
y tragando el embeleso;
vaya, ¿pero esas de quién
pueden ser?
ESPEJO. Parece que somos
llamados al mismo intento.
PLASENC. ¿De suerte que á todos todas
nos convidan?
ESPEJO. Mira el texto
(Lee el papel.)
PLASENC. ¿Y alguno habrá que las fie
si hacen algún embeleco
con nosotros?
ESPEJO. No me fio
yo ni de mi pensamiento.
LADVEN. Yo no fío ni á mi padre.
FRANCHO. ¿Pues qué harías con tu suegro?
PLASENC. ¿Y habrá quien salga por ellas
entre estotros caballeros?
TODOS. Nadie, nadie.
PLASENC. Pues, amigos,
dicen que el mudar consejo
es de prudentes. Quien quiera...
(Hace que se va)
que se quede, y buen provecho.
ESPEJO. Hombre, aguarda, ¿no venías
á la asistencia resuelto?
¿Pues por qué huyes? ¿Es posible
que has de desairar lo atento
de tan hermoso convite?
¿Qué recelas? Di.
PLASENC. Recelo,
cuando ellas convidan, que
nosotros lo pagaremos.
PONCE. Plasencia, ese no es pensar
de hombres de bien.
PLASENC. Caballero,
veremos cómo usted piensa
después de cuatro escarmientos.
GARCÍA. ¿Cuatro? Algunos con cuarenta
cada vez están más tercos.
ESPEJO. Pues, amigos, yo también,
si hablo verdad, no las tengo
todas conmigo, pues vi
airado, si bien me acuerdo,
su semblante al escuchar
la eficacia que tenemos
en descubrirlas sus maulas;
pero ellas no son sujetos
vengativos; por lo mismo
querrán hacer un festejo
solas, y darnos matraca
como otras veces lo han hecho;
no hay que temer, porque todas
tienen bellísimo genio.
M. LADV. *(Dentro.)* Muchachas, á la tarea;
id tomando tonos.
ESPEJO. Bueno,
con música á recibirnos
salen ¿lo ves, majadero?
PLASENC. Ya; pero cuenta no siga
á la música el solfeo.

(Salen todas las mujeres cantando y haciendo varios cruzados, cada una con una espada en la mano derecha y un libro debajo del brazo izquierdo, y quedan en ala frente de los hombres.)

A CUATRO. «Sean bien venidos
nuestros compañeros
á donde reciban
felices obsequios;
y tengan en pago
de nuestros afectos,
¡paciencia, paciencia!,
¡silencio! ¡silencio!»
PLASENC. Muchachos, encomendaos

á Dios. ¿Qué dices, Espejo,
de esta salida?

ESPEJO. Que Dios
nos la dé como deseo.

PEREIRA. Señores, muy bien venidos;
ustedes tomen asientos
y descansen, que aun tendrán
fatigados los cerebros
de aquel discurso pasado.

PLASENC. Oye usted; si no fué bueno,
peor es el que hago ahora
al ver esos cumplimientos.

PEREIRA. ¿Pues qué? ¿es el agasajaros
acaso en nosotras nuevo?

ESPEJO. Ya se ve que no. ¡Ojalá
tuviera yo mucho tiempo
para recibir favores
de ustedes, que se los debo
tan grandes, que antes que vengan
digo que los agradezco!
Pero una vecina mía
ha parido un niño enfermo,
y porque no se malogre
es á las seis el bateo
y me es forzoso asistir.
Yo soy el que me lo pierdo
en dejar á ustedes; mas
perdonad, que no hay remedio,
yo volveré con los dulces
si me despacharen presto.

M. LADV. ¿A dónde vas, buena alhaja,
piensas que no te entendemos?
Por hoy, perdone la enferma.

ESPEJO. Crean ustedes que hablo serio,
y si no, Plasencia diga
la verdad, que no es sujeto
que deja mentir á nadie.

PLASENC. Usted miente, que sí dejo,
pues si un hombre se pusiera
á interventor de embusteros,
con los más era preciso
á cada palabra un pleito.

PEREIRA. En fin, ustedes se sienten,
que ese estrado no se ha puesto
para menores personas.

TODOS. Siempre han sido lo primero
las damas, siéntense ustedes.

TODAS. ¡No lo haremos! ¡No lo haremos!

TODOS. Pues protestamos la fuerza.
(*Siéntanse.*)

PLASENC. (*Aparte.*) Y yo no sólo protesto
la fuerza, sino que estoy
qué sé yo cómo de miedo.

ESPEJO. Y ustedes ¿no se acomodan?

PEREIRA. Nosotras que hacer tenemos
de este modo.

MARIANA. Mariquita,
con tu natural despejo,
pues eres poder-habiente
de todas, sin arrodeos
ni circunloquios, empalma
á estos supinos el reto.

ESPEJO. Si hay reto voy á dar cuenta.

PEREIRA. Téngala usted con el cuento,
y luego vaya á dar soplo
si acaso le queda aliento.

MARIQ. Voy en el nombre de todas.

FRANCHO. ¿Si nos despacharan presto?

MARIQ. Sin hacer caso de gradas,
de lunetas, mosqueteros,
ni tertulia, pues donde es
hombres todo nada hay bueno,
pido la venia á la noble
parte que en los aposentos
hay de madamas, y á todo
el femenino congreso
de la cazuela, á quien hice
homenaje ó juramento
de vengar aquel pasado
no bien conseguido intento
de nuestros hombres; y pues
le hice, cumplirle debo.
¡Ea, tiranos, piratas
del escaso privilegio
que nos dejó vuestra envidia
en la maña y el aseo;
ya estamos en la campaña;
llegó el tiempo, llegó el tiempo,
en que entre hombres y mujeres
admire el mundo, en un duelo,
quién frecuenta más de engaño,
ignorancia y moda el templo.
Si vis argüere, ecce libros
de los más sabios maestros
de todas las facultades,
que aunque no las entendemos,
muchos hombres que hablan de ellas
saben poco más ó menos.
Si queréis reñir, salid,
que á todas nos está el cuerpo
reventando por camorra,
y, aunque inferiores nos vemos
en número, también sobran
los duplicados alientos.
Entre libros y entre espadas
elegir el argumento
os toca, y cuando os neguéis
á los porrazos ó al *ergo*,
dejándoos por ignorantes,
por cobardes y groseros,
á acreditar el valor
de nuestros brazos iremos
contra el turco, contra el moro,
y después, por pasatiempo,
á ver dónde el rey de Prusia
toma cuarteles de invierno.

ESPEJO. Como muchacho de escuela
á quien le dice el maestro:

da la lección que no sabes
ó echa las bragas al suelo,
he quedado.

NISO. Yo he quedado
tan frío como yo mesmo.

PLASENC. Yo he quedado como el pez;
mal dije: como el mochuelo;
tampoco; mas ¿cuánto va
que no sé cómo me quedo?
Pero sí sé. Como el burro
á quien sacude el yesero
un varazo, y él enseña
los dientes como riyendo,
sin saber qué responder,
porque del porrazo fierc
le queda al pobre animal
herido el entendimiento,
he quedado.

UNOS. ¡Fuerte lance!

PEREIRA. La respuesta ha de ser presto.

UNAS. *¡Age, age!*

OTRAS. ¡Al arma! ¡Al arma!

NISO. Bien está, lo pensaremos.

(*Sale al medio de los bandos.*)

LADVEN. ¡Hija!

M. LADV. No sé si conozco
á mi padre: vuelva luego.

BLAS. ¡Hermana mía!

PEREIRA. No estoy
en casa para requiebros.

GARCÍA. ¡Mariana!

MARIANA. No te conozco;
en adelante veremos
si ha lugar su pretensión.

GARCÍA. Escucha.

MARIANA. No sea molesto.

EUSEBIO. ¡Joaquina de toda el alma!

JOAQUINA. ¿Quién es este caballero?

PLASENC. Déjala, y en casa puedes
hacer la memoria de ello.

EUSEBIO. Bien dices.

MUJERES. ¿En qué quedamos?

HOMBRES. Todos nos comprometemos
en lo que diga Plasencia.

PLASENC. Pues si yo he de resolverlo,
lidien las letras y hagamos
ensayo de los ingenios,
que cien porrazos no valen
lo que el golpe de un concepto.

PONCE. Pues arrímense las armas,
que harto sería defendernos
de las de vuestra hermosura,
y que solución hallemos
si nos argüis con toda
la eficacia de lo bello.

MARIANA. ¿Quién tal dice? No, señor;
el argumento, argumento,
en este caso, y quien tenga
razón que tire el dinero,
que este no es pleito; y más cuando
aun del amor en los pleitos
suele el mejor parecer
ser mirado sin aprecio,
que opinión y gusto viven
junto á una tienda de hierro.

MARIQ. ¡Qué bonita seguidilla
se me ocurría á este intento!

PEREIRA. Cántala si es buena, aunque
venga pegada con yeso,
que todo divierte.

MARIQ. Pues
ésta es, si bien me acuerdo.

(*Seguidilla sola.*)

TODAS. ¡Alto á los libros!

ESPEJO. Sepamos
de lo que tratan primero,
y qué libros traen, pues todos
son al parecer diversos.

PLASENC. Bien has dicho. Ese que traes,
¿qué cosa es?

PEREIRA. El libro Espejo

PLASENC. Es muy propio de una dama
ese mueble, y es muy bueno
si no tuviera su luna
la menguante con el tiempo.

PEREIRA. Arguye.

PLASENC. No, que tú tienes
en él muchos actos hechos,
y es para mí desengaño,
lo que para ti recreo.

ESPEJO. ¿Y ése, qué libro es?

MARIANA. El arte...

ESPEJO. Sea el que fuere, yo apuesto
que le sabes, pues de todas
es el arte el embeleso.

MARIANA. Es el arte de Nebrija.

ESPEJO. Pues que arguyamos no quiero,
porque ignoro los dativos,
y si tú sabes los tiempos,
tanto me harás declinar
que quede sin lucimiento.

M. LADV. Pues de música arguyamos.

PLASENC. No, hija, porque no entiendo
tan bien como tú la solfa,
y es una ciencia en que, habiendo
altos y bajos, si da
el descuido algún tropiezo
en una nota, se suele
perder el mejor concierto.

JOAQUINA. De matemática, vaya.

ESPEJO. Yo, como pobre, no entiendo
de cantidades. Tú en la uña
tendrás todos los preceptos
de la maquinaria, conque
no hay proporción en los medios,
pues tú sabrás ingeniarte
y yo no soy ingeniero.

GRANAD. Pues vaya un punto de historia.
PLASENC. Amiga, yo no me meto
en historias con mujeres,
porque es un punto tremendo.
PORTUG. Este es cuento.
ESPEJO. Querida,
vete á tu tía con ellos;
pues dice un amigo mío
que siempre que andaba en cuentos
con madamas le faltaba
para la cuenta dinero.
SEGURA. Este es de leyes
PLASENC. En buenas
manos recayó el pandero.
Ese libro es en vosotras
contrabando y no pequeño,
porque nunca qué es justicia
sabéis ni queréis saberlo,
y andáis, aun entre vosotras,
sobre las gracias á pleitos.
PEREIRA. ¡Con qué gran marcialidad
se salen del argumento
los letrados! Pues ahora,
aunque leyes no sabemos,
por despedida es razón
que lleven su salmorejo.
Ponte, Joaquina, á la mesa
á escribir.
JOAQUINA. Ya te obedezco.

(*Dicta la* PEREIRA.)

PEREIRA. «Pragmática en que prosigue
la primera, respondiendo
que la dama que quisiere
encontrar hombre discreto,
no se fíe en las palabras,
la gravedad, ni el empleo,
sino mire las acciones
en que distribuye el tiempo.»
M. LADV. Si, que algunos son lo mismo
que papagayos caseros;
saben hablar todo el día
sin discurrir un momento.
PEREIRA. «Segundo: Que la que quiera
hombre galán ó perfecto
le haga hacer en Alcorcón
y no se fíe en muñecos.»
MARIANA. Son como los dominguillos;
salen á lucir compuestos,
y en quitándoles la ropa
se suele ver un pellejo
que por lleno de botanas
le ha despreciado el botero.
PEREIRA. «Tercero: La que le busque
fino, proceda con tiento
y nunca crea sus dichos,
sino examine sus hechos,
pues los más son alquimistas
que venden por oro el hierro.»
MARIQ. Los galanes de ahora son
como en verano los huevos:
el primer día gran cosa,
y al segundo salen hueros.
PEREIRA. «Cuarto: La que le desea
formal, vaya con sosiego
combinando las palabras
con sus obras, pues el riesgo
mayor de su trato está
solamente en entenderlos.»
MARIANA. Todos son unos bribones,
y los más son monos nuestros.
Nos burlan porque llevamos
lazos de marlí y pañuelos,
y hay hombre que en corbatín,
en la bolsa y el chaleco
lleva más marlí que varas
cuatro sábanas de lienzo.
PLASENC. Ahí es nada el testimonio;
eso es lo que yo no creo.
ESPEJO. Pues bien puedes, que quizá
alguno lo estará oyendo.
LAS MUJ.S Aún falta más.
PLASENC. Pues, postrado,
Pereira mía, te ruego
con todos, que te reportes,
y para siempre te ofrezco
no volveros á empullar...
(*Ap.*) hasta otros sainetes nuevos.
PEREIRA. Pues en esa confianza
permito que lo dejemos.
LADVEN. Y yo, para concluir,
á las damas el festejo
empezado con estotras
una tonadilla ofrezco
de extraña y nueva invención.
TODOS. Pues á cantarla, pidiendo
un vítor para nosotros
y un perdón para el ingenio. (1)

---

(1) Al final lleva las siguientes licencias:

«Madrid 25 de enero de 1762 —Extiéndase.—Nos, el Licenciado Don José Armendáriz y Arbolea, Presbítero, Abogado de los Reales Consejos y Teniente Vicario de esta Villa y su Partido, etc. Por la presente, y por lo que á nos toca, damos licencia para que se pueda representar el sainete antecedente, titulado *La Pragmática*, mediante que de nuestra orden ha sido visto y reconocido y parece no contiene cosa alguna opuesta á nuestra santa fe y buenas costumbres. Fecha en Madrid á veinte y seis de enero de mil setecientos sesenta y dos.—*Licenciado Armendáriz.*—Por su mandado, *Miguel Machín y Castillo.*

De lo que dispone mi compañero podrá ejecutarse este sainete arreglado á los versos que van notados y corregidos, no en otra forma. V. S. mandará lo que fuere de su agrado.—Madrid 28 de enero de 1762.—*Antonio Pablo Fernández.*

Madrid 28 de enero de 1762.—Ejecútese con arreglo á las censuras.—*Luján.*

Este sainete está corriente con su música toda.—Madrid 26 de enero de 1762.

Pase al Censor y Fiscal de comedias y con lo que dijeren se traiga.—*Luján.*

Madrid y enero 27 de 1762.—Señor: Este sainete, segunda parte de la *Pragmática*, no tiene, á mi parecer, reparo alguno si la primera voz de su título no se contrae. por lo que se puede representar si V. S. fuere servido conceder la licencia. Así lo siento, salvo, etc.—*Nicolás González Martínez.*

Señor: Con el permiso de V. S. y en consecuencia. . (*Falta lo demás.*)

10

El pueblo sin mozas.

SAINETE NUEVO DE DON RAMÓN DE LA CRUZ.

1761 [1]

(*Salen* BLAS *y* PONCE, *de alcaldes aldeanos, con varas, arrastrando las capas los dos, como riñendo, y metiendo paz* DIONISIO.)

BLAS.

Así verá que mi opinión defiendo
un compañero ruin.

PONCE.

Así pretendo
que un compañero vil se dé á partido.

DIONISIO.

¿Estáis, alcaldes, fuera de sentido?
¿Qué dirá de vosotros quien tal vea?

BLAS.

Como yo le sacuda á este badea,
digan lo que dijeren.

(*Sale en el mismo traje* PLASENCIA.)

PLASENCIA.

¿Cómo es esto?
¿Cometer la justicia tal denuesto?
¿Puñadas los alcaldes?

BLAS.

Este bestia
es la causa.

PONCE.

El produjo tal molestia.

PLASENCIA.

Ni él ni tú, que la culpa tuvo el pillo
que puso dos salvajes en Portillo.
¿Por qué, en efecto, fué la peleona?

BLAS.

Porque este hombre se quiere hacer persona
y fachendearnos quiere el lugar todo.

PONCE.

Miente, que yo á lo justo me acomodo
y con verdad ostento mis placeres.

PLASENCIA.

¡Que estemos en un pueblo sin mujeres,
y que no falten riñas con exceso!

BLAS.

Pues toda la bolina fué por eso.
Vémonos sin mujeres, y en estado
que, estando ya el lugar endemoniado,
propuse que juntásemos concejo
en que desde el más mozo hasta el más viejo
diesen su voto; porque (hablemos claro)
pueblos mochos de mozas son muy raros.
Pues, por amor de Dios, luego se vea
si convienen mujeres en la aldea,
y lo primero que haya matrimonio;
porque estar sin mujeres ¡un demonio!

DIONISIO.

Ese es mi voto, y caiga el que cayere;
que la mujer, por mala que ella fuere,
alhaja fué que al hombre dió ventaja.

PLASENCIA.

También has sido tú bonita alhaja.

DIONISIO.

Yo soy de esa opinión; vótese al punto,
que desde luego digo, el lugar junto,
que seguirá esa voz el mundo entero.

PLASENCIA.

Señores, examínese primero.
No es mala la mujer, ni á tal la igualo;
las cosillas que trae, esto es lo malo;
porque si es soberbilla y vanidosa,
esa ya no es mujer, sino ventosa.

PONCE.

En que haya junta estoy y no me quejo;
lo que á mí me repugna es el concejo.
Cualquiera novedad, concejo y zurra,
en pie ó andando, en ello se discurra;
mas no campana, bancos y simplezas,
que ya nos tienen rotas las cabezas.

PLASENCIA.

Con todo, aunque tengais tal displicencia,
es muy del caso aquí mi conveniencia.
¿Alguacil?

(*Sale el* ALGUACIL, *á lo majo, con vara.*)

ALGUACIL.

¿Qué [me] manda el escribano?

PLASENCIA.

Que traigais bancos, cervatana viva [1].

[1] *Inédito.* Bib. Nacional: Manuscrito número 14.594-24. Copia antigua. En la portada dice: «Soy de Pedro Canal. Cádiz Agosto y 5 de 176?». El sainete fué representado en 1761.

[1] Así en el original: Quizás el verso anterior fuese:
¿Alguacil?
ALGUACIL.
¿Qué me manda el seor escriba?
PLASENCIA.
Que traigais bancos, cervatana viva.

Majo, ministro y alguacil sangriento,
que de un cuadro salió del Prendimiento.
Trae bancos.

ALGUACIL.

Poco de eso, á mí poquitas;
¡á fe que sufro yo pocas burlitas!

PLASENCIA.

Trae bancos.

ALGUACIL.

Voy por bancos. (*Sácalos.*)

PLASENCIA.

¡Bello chico!

DIONISIO.

Este hará su fortuna por el pico.

PLASENCIA.

Tengan cuenta, y verán si el pueblo entero
no pide las mujeres lo primero.

(*Sale* ESPEJO, *de médico, huyendo de la* GRANADINA, *que sale de señorita.*)

GRANADINA.

Hijo, no he de apartarme de tu lado
ni un instante; que tengo yo colgado
el corazón de mi galán marido.

ESPEJO.

¿Dónde médico habrá más perseguido
de su propia mujer? ¡Déjame, fiera!
¡Que un constipado no te dé siquiera,
para hacerte sangrar como que es nada,
por verme libre así de una almarada!

GRANADINA.

¿Ir tú sin mí? Eso no, tonto; te engañas;
pues, ¿no ves que conozco ya tus mañas?

ESPEJO.

Si vives en lugar que no hay mujeres
sino tú, y aun tú sobras, ¿qué me quieres?

PLASENCIA.

Dice bien; no las hay, y en tal mohina
sólo el señor doctor tiene gallina.

GRANADINA.

Le quiero, le idolatro, le amo, y temo
que me oblige mi amor á tal extremo.

ESPEJO.

Mujer chillona, esfinge claridiana,
¿quieres dejarme en pena tan tirana?
Ya que de mi belleza te enamoras (*Aráñase*),
yo castigaré así lo que tú adoras.

GRANADINA.

Pues me aborreces tú con esquiveces,
(*Aráñase*) yo castigaré así lo que aborreces.

PONCE.

Ténganse; y pues concejo hay aplazado
para asuntos robustos, no haya enfado,
y entrambos manifiesten su talento.

PLASENCIA.

Ya me he sentado yo, tomen asiento.

PONCE.

Lo estamos.

(*Siéntanse y la* GRANADINA *queda en pie.*)

PLASENCIA.

¿Cómo es esto? Acá, doctora;
siéntese junto á mí.

GRANADINA. (*Siéntase junto á él.*)

Muy en buen hora.

DIONISIO.

Más segura estará con un anciano.
Señorita, hacia acá. (*A su lado.*)

GRANADINA.

Yo soy quien gano.

BLAS.

También lo anciano á mí me da motivo.
Aquí, señora, aquí. (*A su lado.*)

GRANADINA.

Con todos vivo.

BLAS.

Es cosa muy mal hecha sonsacarla,
cuando yo con mi lado quise honrarla.

LOS DOS.

O bien hecho ó mal hecho, ya está hecho.

PONCE.

¿Cómo, cómo? ¿gallear en tal despecho?
Doctora, entre los dos, que no hay malicia,
porque es mucha razón; y esto es justicia.

ESPEJO.

Miren lo que anda allí de mano y pico,
¡y estoy callando yo como un borrico!

BLAS (*Toca.*) Señores, atención todos.
Sépase que este concejo
se congrega á nada más
de que diga sin rodeos
cada cual si nos convienen
las mujeres en el pueblo,
ó no convienen.

ALGUACIL. Convienen.
¡Toma! pues si falta eso,
como hay Dios, que no es lugar
sino cortijo de cerdos.
PLASENC. ¿No dije yo que este voto
había de ser el primero?
A leguas conozco yo
la inclinación de un sujeto.
PONCE. Señores, lo más seguro
es no tenerlas.
ESPEJO. Lo apruebo;
y si me matais la mía,
yo me conformo muy luego.
DIONISIO. Señores, que es un delirio
privarse de un privilegio
que aun Caramanchel le tiene,
con ser un mal lugarejo.
PLASENC. A la verdad, es materia
muy vidriosa, caballeros;
es remedio no tenerlas,
pero terrible remedio.
DIONISIO. Mi voto es que haya mujeres.
BLAS. Yo á este dictamen me atengo.
GRANAD. ¡Ah, guapos! Pues sin nosotras,
¿qué han de valer todos ellos?
Las mujeres en las casas
son el todo del gobierno.
ESPEJO. De las gallinas, y aun juzgo
que no; porque echarlas vemos
huevos para doce pollos,
y sacan los once hueros.
BLAS. ¿Qué aguarda, escribano? Diga;
vaya.
PLASENC. Estoy discurriendo.
Valga la verdad, señores:
sin mujeres no hay contento;
si ella sale buena ¡bravo!
si mala, del mal el menos.
ESPEJO. Adviertan que es una fiebre
continua, según Galeno;
y una ep-tisis, que destruye
el pulmón y aun el dinero.
PLASENC. ¡Quite allá! Ellas son amables;
dan á la casa contento,
y también saben dar honra,
ó la sisan por entero.
ESPEJO. No hay alacrán más nocivo,
ni de más acre veneno,
si se le ponen azules
las venas en el pescuezo.
PLASENC. No hay armiño más suave
que su voz; porque su genio
de lo malo hace más malo;
de lo bueno, no tan bueno.
ESPEJO. Leed á Sídenan, Ubilis,
y á Boerhave; y en ellos
hallaréis que es epidemia
sintomática.
PLASENC. No quiero,
porque *Barrabás* y Ubiles
no entienden palabra de eso.
ESPEJO. ¡Qué porfiado sois! Ya tanto
porfiar maja los sesos.
PLASENC. ¡Hola! Tanto como yo
porfiais vos, y no me quejo.
ESPEJO. En fin, yo soy de dictamen
que, si vienen, nos perdemos.
DIONISIO. Pues que nos perdamos todos,
ya que hayamos de perdernos.
(*Levántanse.*)
PLASENC. ¡Bien has dicho!
BLAS. El nuestro es ese.
TODOS. Todos decimos lo mesmo.
PONCE. ¿Sois fuelles de órgano? ¿hay tal
subirse y bajarse? Quedos.
PLASENC. ¿Oye usted? Este es estilo
que dió principio en mi tiempo;
y no ha de quitar usted
que subamos y bajemos.
BLAS. Con que, en fin, ¿mujeres piden?
TODOS. Sí.
BLAS. Y han de ser, en efecto,
¿madamitas de alfeñique,
ó serranas?
ESPEJO. Si yo puedo
dar mi voto, traigan fieras,
no dengues como el que tengo,
que para sus miriñaques
no hay caudal ni puede haberlo.
PLASENC. Dice bien, y á mí me abriga
mucho mejor en invierno,
que el paño del Tur más fino,
el de Chinchón fuerte y tieso.
TODOS. Tráiganlas, y mas que sean
todas como filisteos.
PONCE. Pues, á esa vecina aldea
márchate tú luego, luego;
y trae las que te parezcan
para que se haga el empleo.
ALGUACIL. A obedecerte me parto. (*Vase.*)
GRANAD. ¡Pícaro! ¿Tú sin respeto
ajarme á mí? ¿tú quitarme
el honor de ser diseño?
D. Y P. Mal hecho es.
ESPEJO. Para que entiendan
si es verdad lo que les cuento,
oigan, que todos los días
usan las madamas esto.
(*Saca y lee.*)

«Lista de lo que necesita una dama de moda para equiparse antes de darse al público:

Primeramente: el peinado, las flores, las piochas, la cotilla, lavatorio de manos y cara. El alfilerón para el despunte; el vaquero; la bata ó casaca; corbata ó pañuelo, y á mano el acerico para el plegatorio general. El ramo si es día de él ó le hubiere; los pendientes; el sofocante ó collar; el brial. Si no bata ó vaquero,

la basquiña; las sortijas; los guantes ó pitones *(sic);* los brazaletes; los vuelos, no olvidando la cofieta, mànteleta ó capotón. Si es invierno, nada; si es verano, el manto ó la mantilla; el alfiler para prenderla en el occipucio; el manguito. Si es tiempo, el abanico; la caja de barro; vinagrillo; palillo ó tabaco común; el reloj, y la que no le tenga, póngasele con el deseo; pañuelo blanco; el de narices (por no decir de mocos); si hay, los dos; las chinelas y el coche (la que le tuviere); el paje, ó irse sola, ó agarrarse de alguno; un libro para sacarle alguna vez, aunque sea la *Guia de forasteros.* No se pone más porque no es de aquí.»

(*Representa.*)

Y á esto ¿qué dirán ustedes:
BLAS. Que quiero un monstruo por dueño
y no una usía con tanto
laberinto de embelecos.
DENTRO. ¡Fuera! ¡quita! ¡aparte!

(*Sale* ALGUACIL.)

ALGUACIL. ¡Albricias,
que ya llega mucho y bueno!
PONCE. Pues, tamborilero, toca;
mas cuidado, caballeros,
agrado y á recibirlas.
TODOS. ¿Posible es que advirtais eso?
A recibirlas, que llegan.
PLASENC. Vamos, pues.

(*Salen, á toque de caja.* PARRA, CAMPANO, JUAN MANUEL *y* EUSEBIO, *de serranas.*)

BLAS. ¡Idolos bellos!...
¡Mas, Jesús! Si van al soto,
se han de convertir en cuervos.
DIONISIO. ¡Qué fierísimos vestiglos!
PLASENC. No es bastante ya un barbero.
PARRA. Oyes, Manuelica, ¿y son
para nuestros novios éstos?
CAMPANO. Sí, niña.
EUSEBIO. ¡Jesús mil veces!
antes me echara á los perros.
PARRA. Vaya, vaya, que estos hombres
tienen poquísimo sebo;
pues, cuidado, que la moza
cuatro trae al retortero.
J. MAN. Vaya, Paquita, no son
tan horribles ni tan feos.
CAMPANO. De todo tiene la viña:
grama, mielga y los sarmientos.
Yo en viendo un hombre me aburro
¡Jesús, qué vergüenza tengo!
BLAS. ¿Cuántos años tienes, hija?
PARRA. Quince cumplo á San Lorenzo.
BLAS. Adiós, hija; y plegue á Dios,
que en Argel cumplas doscientos.
GRANAD. ¿Qué tal? ¿Son éstas mujeres
ó fantasmas?
ESPEJO. Yo dirélo:
parecen hombres, mas pueden
ser machos de diez arrieros.
PARRA. ¡Quítese allá! A estas doncellas,
¿tratan así los cermeños?
Pues, cuidado, que la moza
cuatro trae al retortero.
BLAS. ¡Hablen bien!
ELLAS. ¡Hablen mejor!
PONCE. ¡Menos gallo!
ELLAS. ¡No queremos!
B. Y P. Pues pónganlas en la argolla.
ELLAS. Sea por algo, si han de hacerlo.
TODOS. ¡Teneos, tigres!
ESPEJO. ¿No decía
que es querer mujeres yerro?
BLAS. Es verdad. Vuélvanse al punto;
mejor estamos solteros.
ELLAS. No es la miel para la boca
del asno.
PARRA. Son unos puercos.
Pues, cuidado, que la moza
cuatro trae al retortero. (*Vanse.*)
PONCE. Póngase un auto en que conste
que mujeres no queremos;
sino á la Doctora.
GRANAD. ¡Viva!;
y en justo agradecimiento,
una tonadilla nueva
muy gustosa cantaremos.
TODOS. Y ella logre nos perdonen
faltas de nuestros deseos.

11

El agente de sus negocios (1).

Los agentes y relojes
son tan críticas alhajas,
que si no se les da cuerda,
todos los días se paran.

PERSONAS

EL AGENTE.—SU MUJER.—UN MARQUÉS.—UN MAJO OCIOSO.—UNA CASTAÑERA.—UNA FRUTERA.—UN SOMBRERERO.—UN PASTELERO.—DOS ESCRIBIENTES.—UN ALCALDE DE BARRIO.—CUATRO MINISTROS DE SU RONDA.

(*La escena se supone en Madrid*).

(*El teatro representa calle pública. Salen la* FRUTERA *y* CASTAÑERA *tras del* OCIOSO, *de majo.*)

FRUTERA.

Te tengo de poner como mereces
y no te has de escapar como otras veces.

---

(1) Impreso en el tomo VIII, página 371, del *Teatro ó colección de los Saynetes y demás obras de D. Ramón de la Cruz*, Madrid, 1786-91. 10 vols. en 8.º—Reimpreso por don Agustín Durán en su *Colección de sainetes tanto impresos como inéditos de D. Ramón de la Cruz*. Madrid, 1843, 4.º, tomo II, pág. 200.—El sainete fué escrito en 176[illegible].

OCIOSO.

Téngala usted, señora Catalina.

CASTAÑERA.

Luego dirán que somos gente indina,
porque siempre reñimos en la calle:
dejalle con la trampa.

FRUTERA.

¿Qué es dejalle?
O ha de volverme cuanto me ha robado,
ó antes de un mes ha de quedar casado
conmigo, según hecho está el ajuste,
que estoy cansada ya de tanto embuste;
y así pensadlo: tren, familia y coche,
ó vengan los mil pesos á la noche
que le entregué para agenciar empleo
con que me haga lucir como deseo. (*Vase.*)

CASTAÑERA.

Nunca he visto locuras tan extrañas.
Yo voy á ver si vendo mis castañas
para comer hoy. (*Vase.*)

OCIOSO.

¿Tren, familia y coche
o vengan los mil pesos á la noche?
Pocas palabras son, pero terribles.
¿En qué botica habrá para imposibles
un remedio eficaz, pronto y genuino?
Pero, si bien me acuerdo, mi vecino
dos años ha que vino atravesado
en un burro, y ya llegó al estado
de criados, de coche y de talego,
y eso que no es vizcaíno ni gallego,
que es decir que no debe su equipaje
al ínclito favor del paisanaje.
Yo le quiero buscar por que me influya
y en el manejo de pillar me instruya,
que es gran dolor soltar los mil pillados
y no gozar de otros tres mil guardados. (*Vase.*)

(*Sala con una mesa, algunos papeles y escribanía, y sentado el* AGENTE *y dos* ESCRIBIENTES.)

AGENTE. Caballeros, me parece
que ustedes tienen galbana
según lo poco que escriben.
ESCR. 1.° Yo ya llevo cinco planas
en menos de media hora.
ESCR. 2.° Y yo he escrito nueve cartas.
AGENTE. Pues es poco, que el agente
que doce resmas no gasta
de papel cada medio año
no es hombre de circunstancias,
y así, despachemos... Pero
¿quién en esa puerta llama?

(*Sal el* OCIOSO.)

OCIOSO. Gente de paz. Yo no vengo
á incomodar; dos palabras
sí que tengo que deciros
á solas.
AGENTE. Mientras acaban
los muchachos un extracto
que se ha hecho en cinco semanas
de un expediente de un pliego,
aquí hay sillas retiradas
donde podremos hablar
la cosa más reservada.
OCIOSO. Yo vengo á ver si queréis
mil pesos. (*Saca un bolsillo.*)
AGENTE. De buena gana;
ya los tomo; idos con Dios,
¿que aguardáis?
OCIOSO. A daros gracias
por tan grande favorazo
como me hacéis. ¡Vaya, vaya,
que no hiciera más un padre
por un hijo! (*Aparte.*) Si así gana
el dinero con que luce,
como yo halle quien me traiga
dinero, ya sé el oficio.
AGENTE. En fin, decid: ¿con qué causa
os venís á mi despacho
para que yo os satisfaga
la bizarría, poniendo
á vuestro obsequio mi casa?
OCIOSO. Caballero (gran parola);
yo es preciso que me valga
de vos para cierto asunto.
AGENTE. Decidlo sin patarata.
OCIOSO. Pues, señor, yo he contraído
empeño con una dama.
AGENTE. De tales empeños suele
haber uno en cada casa.
¡Adelante!
OCIOSO. Yo es preciso
que me case esta semana
con ella.
AGENTE. ¿Vos pretendéis
que yo me ponga de gala
y se la pida al tutor,
al padre ó á quien la guarda?
OCIOSO. No, señor, porque ella es libre
y me tiene hecha la gracia.
AGENTE. Pues, ¿qué pretendéis?
OCIOSO. Señor,
hablemos con confianza.
Pretendo que me digáis
cuál es vuestro oficio ó maña
de vivir, que así tenéis
los doblones como agua,
andáis en coche y parece
un palacio vuestra casa,
vuestra mujer una duca
y vos algún par de Francia.
AGENTE. ¡Ahí es nada lo que pide!

¿vos queréis que dueño os haga
de tanto secreto por
mil pesos de morondanga?

OCIOSO. No, señor, que como llegue
á imponerme yo en la maula
ofrezco hasta cuatro mil.

AGENTE. No es muchísimo, pero vaya.
Amigo mío, el empleo
con que logro mis ganancias
es de agente de negocios
ajenos, en cuya trama
el propio negocio es breve
y los otros á la larga.

OCIOSO. Bien.

AGENTE. Tened, que todavía
para empezar mi enseñanza
es necesario mirar
si en vos mi cuidado halla
las previas disposiciones
que piden las circunstancias
posteriores. Lo primero
decidme, ¿os halláis con gana
de ser rico?

OCIOSO. Esa pregunta
á todos fuera excusada.

AGENTE. Quiero deciros si acaso
sois escrupuloso.

OCIOSO. Nada;
refresco yo con un hurto
mejor que con una horchata.

AGENTE. ¿Sabéis fingir?

OCIOSO. Y sin que
se me conozca en la cara.

AGENTE. ¡Bello par de propiedades
para agente! ¿Sois de entrañas
piadosas?

OCIOSO. Para conmigo
la caridad no me falta.

AGENTE. Y decidme: esa señora
que queréis ¿es de prosapia
noble? Pues del ejercicio
repugna la faramalla.

OCIOSO. No, señor, que es la frutera
de enfrente.

AGENTE. Esa es mujer baja.

OCIOSO. Pues ¿acaso mi familia
desciende de la Giralda?

AGENTE. Y está enferma.

OCIOSO. Con todo eso
he pensado en engañarla.

AGENTE. Dicen que con la justicia
tuvo algunos cuentos marras.

OCIOSO. Vaya usted, que esas son cosas
que se echan á las espaldas.

AGENTE. Y no es linda.

OCIOSO. Pues ¿yo soy
algún niño de Alemania?
Y en fin, usted, señor mío,
no es quien con ella se casa.
Usted, si quiere me imponga
(pues ya ve que se me alcanzan
de agente algunos principios)
en aquellas filigranas
de maestro, que en lo demás
cada uno rasque su sarna.

AGENTE. Lindamente. Pues, amigo,
sin embargo de que haya
de ser la práctica quien
más os instruya del alma
del negocio, quiero daros
una tintura no larga.
de esta facultad. Empiece
por la intrusión (1) en las casas
de grandes y de ministros;
y aunque de las antesalas
no pase, diga por fuera
que los ha visto en la cama.
Pretenda con un ministro
que se sentencie la causa,
y con catorce pretenda
que no piensen en juzgarla.
Sentencia definitiva
no la consienta, que acaban
con el pleito los regalos
por el paso que no daba.
Tome dependencias chicas
y grandes... Pero ya llaman
á la puerta; aquí conmigo
os sentad, y de la zambra
tomaréis más instrucción
viendo cómo se despacha.

OCIOSO. ¡Qué hombre tan hábil! Amigo,
vuestra habilidad es rara;
conozco que lo entendéis.
¿Cuánto os valdrá de mesada
el oficio?

AGENTE. Satisfechos
los consumos de la casa,
caballeriza, criados,
alfileres de madama
y algunos extraordinarios,
quedarán libres de cargas
ocho mil pesos al año.

OCIOSO. Amigo, yo os doy mil gracias
porque me enseñáis oficio
que tantos réditos paga
á su dueño.

AGENTE. ¿Quién está ahí?
Entre al instante: ¿qué aguarda?

(*Sale el* SOMBRERERO.)

SOMBR. Señor, quisiera saber
en qué estado el pleito se halla.

AGENTE. No me acuerdo ciertamente
de vuestro pleito; son tantas
mis faenas, que no es mucho
alguna vez trascordarlas.

(1) El original dice «instrucción».

SOMBR. Y de camino venía
á traeros esta alhaja
hecha de mi mano.
(*Le da un sombrero que trae en una caja de cartón.*)
AGENTE. Venga.
Cierto que es como una paja.
(*Se le pone.*)
Ahora mismo se me ha puesto
en la cabeza la causa
de vuestro pleito. ¿No es
sobre que os deje la casa
el pastelero?
SOMBR. La misma.
AGENTE. Pues id con Dios, que mañana
se harán varias diligencias.
¡Ah! sí, que se me olvidaba;
dejad ahí cinco doblones
por si acaso se me acaba
el papel sellado.
SOMBR. (*Le da dinero.*) Ved
si os hace otra cosa falta
ó tenéis más que mandar.
ESCR. 1.º Yo que toda la semana
he gastado en escribir
vuestro memorial.
SOMBR. La paga
os ofrezco, y entre tanto
tomad diez reales de plata.
Cuenta que usted no se olvide.
(*Vase.*)
AGENTE. Al instante, doña Juana,
(*A su* MUJER *que sale.*)
pon éste con los demás
que el sombrerero regala.
MUJER. Bravo regalo es; por cierto
que un sombrero es poca lana.
AGENTE. ¿Que había de hacer, si dió veinte
pesos porque le tomara?
MUJER. De ese modo ya le puedo
disimular la ignorancia,
y bien será necesario
que pilles, porque hoy acaba
el platero con mi joya
y vendrá luego á entregarla.
OCIOSO. ¿Joya en forma?
MUJER. Y muy completa;
por merced está ajustada
en ocho mil pesos.
OCIOSO. ¡Sopla!
(*Ap.*) Yo me acuerdo cuando daban
ocho mil maravedís
por grande dote á una infanta,
y ahora son ocho mil pesos
dotación para una alhaja
de la mujer de un agente.
Volvióse el mundo de patas
arriba.
AGENTE. Vete allá dentro
hasta que otra cosa caiga.
MUJER. No me vuelvas á llamar
si no es cosa de importancia,
que no merecen la pena
de que yo me levantara
veinte doblones. (*Vase.*)

(*Sale el* PASTELERO.)

PASTEL. ¿Está
el señor agente en casa?
AGENTE. Sed breve, que estoy de prisa.
PASTEL. Señor, ¿cómo va esta danza?
El sombrerero me dice
que está por él declarada
vuestra fineza, y á mí
me habéis dicho que está clara
mi justicia: ¿en qué consiste?
AGENTE. ¿Usted cree que se amasan
los pleitos tan fácilmente
como hojaldres y empanadas?
Doscientos pliego de escrito
lleva sólo una probanza
á favor del sombrerero.
PASTEL. ¿Y la mía?
AGENTE. Ni empezada.
Qué, ¿os parece que estos niños
escriben si no les pagan?
PASTEL. ¿Cuánto ha dado mi contrario?
AGENTE. Diez doblones.
PASTEL. Si eso aguarda,
yo traeré luego hasta quince.
AGENTE. Y de camino que traigan
algún asado y hojaldres
para que tengáis ganada
la voluntad de los jueces.
OCIOSO. (*Ap.*) ¡Oh, cuántas veces, oh cuántas,
paga la opinión del justo
lo que otro come y no paga!
PASTEL. Pedirme cuanto quisiereis
como con el pleito salga. (*Vase.*)
AGENTE. ¿Qué os parece?
OCIOSO. Grande cosa;
pero si me pongo á usarla
os he de aventajar luego.
AGENTE. Mucho que aprender os falta,
y si no tomad mi silla,
poneos mi gorro y mi bata
y veréis cómo estáis torpe.
(*Truecan ropas.*)
OCIOSO. Dios un indiano me traiga.
AGENTE. No pidáis á Dios indianos,
que esa es gente escarmentada
de nosotros.
OCIOSO. Pues que venga
pleiteante con pocas barbas
y mucho dinero.
AGENTE. Bueno:
pedid siempre así, panarra.

(*Sale el* LACAYO.)

LACAYO. Señor, el señor marqués
de la Cola y de la Raspa
está á la puerta.
OCIOSO. Que suba.

(*Vase el* LACAYO.)

AGENTE. Bajad hasta la antesala,
muchachos.
OCIOSO. De ningún modo,
que los sujetos que bajan
parece que necesitan,
y está el mundo de calaña
que al humilde le desprecian
y al soberbio le regalan.
AGENTE. No es mala lección.
OCIOSO. Esto es
al maestro cuchillada.

(*Sale el* MARQUÉS.)

MARQUÉS. Señor, beso á usted las manos.
OCIOSO. Dios guarde á usía. (*Ap.*) ¡Qué traza
de miserable que tiene!
MARQUÉS. Yo gasto pocas palabras
porque tengo gran viveza,
y así mirad si esta instancia
me la podréis conseguir,
y responded luego, para
que yo forme mis ideas.

(*Dále un memorial y lee el* OCIOSO.)

OCIOSO. Sólo con una mirada
digo que esto está logrado
por debajo de la pata.
MARQUÉS. Pues haced cuanto pudiereis
y confiad de la paga,
que aquí estoy yo.
OCIOSO. Y yo también
me estaré siempre en mi casa.
MARQUÉS. Tomad un polvo.
OCIOSO. No es malo;
pero mejor es la caja.
MARQUÉS. Ya os entiendo; para prueba
de mi agasajo tomadla.
OCIOSO. Venga, pero esto es un polvo.

(*Se sorprende el* MARQUÉS.)

MARQUÉS. (*Dándole un reloj de repetición.*)
Esto es cosa más pesada.
OCIOSO. Venga, y no olvidéis lo que esta
repetición os señala:
pues *agentes y relojes*
son tan críticas alhajas
que, si no se les da cuerda
todos los días, se paran.
MARQUÉS. Yo dispondré que jamás
os falte cuerda... (*Ap.*) en la plaza;
y adiós. (*Aparte.*) Aturdido voy
de ver semejante infamia.
OCIOSO. Señor, á los escribientes.
MARQUÉS. Ahora enviaré yo pitanza
para todos. (*Aparte.*) Si me aguardo
he de salir sin las bragas. (*Vase.*)
AGENTE. Señor mío, eso ya es
hurtar con exorbitancia.
OCIOSO. ¿Conoce usted algún ladrón
que haya usado de templanza?
AGENTE. No os he enseñado yo tanto.
OCIOSO. Pues conocéis la ventaja,
dadme otra vez los mil pesos.

(*Sale el* ALCALDE DE BARRIO.)

ALCALDE. ¿Quién es el que aquí se llama
el señor agente?
OCIOSO. Yo:
diga usted, ¿qué es lo que manda?
ALCALDE. Presto os responderán; ¡hola!

(*Salen los* ALGUACILES.)

ALGUAC. Toda la gente está al arma.
ALCALDE. Pues prevenid el castigo
de este picarón, que infama
con el nombre del empleo
á otras personas honradas
que le ejercen con honor,
y porque quede salvada
una sátira que sólo
con malos agentes habla.
OCIOSO. Señor, que el agente es éste.
AGENTE. El dice que lo es y basta.
OCIOSO. Este es.
AGENTE. No es sino estotro.

(*Salen* TODOS.)

ALCALDE. Ambos á la cárcel vayan.
TODOS. Vuélvanos nuestro dinero.
ALCALDE. No quedarán agraviadas
las partes de la sentencia.
MUJER. Señor, que es día de gracias
y festejos.
ALCALDE. Para el malo
no hay festividad que valga.
TODOS. ¡Norabuena, norabuena!
LOS DOS. ¡Noramala, noramala!

(*Se los llevan y dan fin.*)

12

El Hospital de la Moda.

1762 [1]

PERSONAS

Un hidalgo rico.	La dengosa.	Un majo calesero.
El desengaño.	La presumida.	La mesonera.
El crítico.	Un barbero.	Un peluquero.
La crítica.	Un vejete.	Una modista.
El petimetre.	Un poeta.	Ministros de ronda.
La petimetra,	Un sastre.	Practicante.

(Sale el Hidalgo rico. *de capa y grana, con los* Ministros de ronda *y el* Ministro 1.º, *con linterna).*

MINISTRO 1.º

Hombre, ¿dónde nos llevas de este modo?

MINISTRO 2.º

¿Se ha de andar esta noche el lugar todo?

HIDALGO.

Anden aunque el cansancio les dé pena
porque vamos á hacer una obra buena.

MINISTRO 1.º

Para qué es esta ronda no contemplo.

HIDALGO.

Hijos, á promover el buen ejemplo;
y ved que puede ser que el que lo impida
responda de ello á Dios en la otra vida.

MINISTRO 2.º

Si en caridad te fundas, yo te alabo.
Pero ¿en qué te detienes?

HIDALGO.

Falta el cabo
principal.

TODOS.

Y ¿quién es? le buscaremos.

HIDALGO.

Un médico famoso.

MINISTRO 1.º

¿Eso tenemos?
Pues si un doctor es cabo, de esta suerte
nuestra ronda será la de la muerte.

MINISTRO 2.º

Aquí ha de vivir uno de gran ciencia.

MINISTRO 1.º

Todos la tienen, pero la experiencia
dice, según nos tratan y se tratan,
que todos viven porque todos matan.

HIDALGO.

Llamad, que puede ser para mí bueno
ignorando aforismos de Galeno;
y aunque sea más latino, yo me allano
á recibirle si es buen castellano.

(Habrá dos bastidores de calle y en uno una ventana.

MINISTRO 1.º

Pues si es así, llamemos.

TODOS.

¡Ah de casa!

(Sale el Desengaño *con un candil á la ventana.)*

DESENGAÑO.

¿Quién es? Llamen con tasa;
que aunque me busquen tan alborotados,
como no soy doctor de los llamados,
sé que á mi puerta todo el golpe yerran.

MINISTRO 2.º

A éstos no hay que decir á dónde entierran,
aunque echen plantas, porque ya se sabe.

HIDALGO.

Abra usted, seo doctor.

DESENGAÑO.

No tengo llave.

HIDALGO.

Pero ¿es médico usted?

DESENGAÑO.

En eso han dado,
aunque conmigo nadie se ha curado;
porque médico soy de las costumbres,
y como éstas no causan pesadumbres,
pues todos creen buenas las que tienen,
es rara vez la que á buscarme vienen.

HIDALGO.

¿Qué males cura?

DESENGAÑO.

Cierta apoplejía,
males de moda, petimetrería,
lo histérico y lo crítico importuno.

HIDALGO.

Y cuando se ha curado de eso alguno,
¿se ve el efecto tarde ó muy á prisa?

(1) *Inédito.* Bib Municipal de Madrid; leg. 1-186-31. Copia antigua. Otro manuscrito más moderno hay en la Biblioteca Nacional. 14.517.

DESENGAÑO.

El hablar desde el coro y en camisa
sólo es oficio para sacristanes.
Esperen á la puerta los galanes,
que bajaré vestido,
y si quieren hablar les daré oído. *(Entranse)*

HIDALGO.

Si ciertamente cura lo que ha dicho.
se logrará felice mi capricho.

MINISTRO 2.º

Perdido vas si das con el abuso
que le ampara todo el poder del uso.

HIDALGO.

Menos sus armas temo que á una rueca,
pues la razón del *huso* es razón hueca.

MINISTRO 2.º

El uso en la cabeza tiene el peso.

HIDALGO.

Es cabeza maciza y no de seso.
Es cabeza al revés, que la maneja
una mujer, y al ver que no se queja,
tal vez que es admitido con desprecio.
Es el uso un infame, y es un necio.

MINISTRO 1.º

¡Buena la has hecho! todas toman pique
y no habrá alguna ya que á hilar se aplique.

HIDALGO.

Antes hablo por ver en los estrados
de las damas ahora, otros hilados.
Y apenas una habrá que no aperciba
á hilar bien sus asuntos la saliva;
aunque, según el lino les da tedio,
la calle de las Postas sin remedio
se cerrará: conque veréis qué risa
cuando todos andemos sin camisa.

(Sale al bastidor el DESENGAÑO *con bigotes, pera y vestido á la española antigua rigurosamente.)*

DESENGAÑO.

Buenas noches tengais, señores míos.

HIDALGO.

Ya conozco por vuestros atavíos
que sois el que yo busco.

DESENGAÑO.

¿Con qué intento?

HIDALGO.

Brevecito seré, vaya de cuento:
El mundo está perdido.

DESENGAÑO.

Tal ganado
es del que su desierto se ha poblado.

HIDALGO.

Hay mucho malo.

DESENGAÑO.

Pero bueno poco.

HIDALGO.

Hay poco juicio.

DESENGAÑO.

Pero mucho loco.

HIDALGO.

Quiérole corregir.

DESENGAÑO.

¡Gran pensamiento!
¿Cuántas libras tenéis de entendimiento?

HIDALGO.

Atended, que por mí no lo imagino;
pero quiero seguir este camino,
aunque tan cortas son mis facultades,
y no cebarme en las superfluidades.

DESENGAÑO.

¿Y qué medio pensais á tanto asunto?

HIDALGO.

Vaya de idea; no perdais un punto:
Yo soy un hombre muy malo,
pero un español tan bueno,
que me lleva la pasión
cuando por la calle encuentro,
cuando miro en los teatros,
cuando en las mesas observo,
cuando escucho en las tertulias
y cuando en los libros leo
sin remedio á su dolencia,
tanto pobrecito enfermo
apestado de la moda.
Anhelando su remedio,
he fundado un hospital
donde curar de secreto
sus achaques, y esta ronda
para que allí los llevemos,
libres los arrepentidos
y forzados á los necios...
y como el médico...

DESENG. Ya
estoy en todo el intento,
y conmigo esperar pueden
felicidad tus deseos,
cuando por médico llevas
en mí el desengaño mesmo.

MINIS. 1.º Si usted es el desengaño
¿por qué no ha salido en cueros?
DESENG. Porque es mi severidad
para más sublimes puestos
que para éste. Los cristianos
y políticos preceptos
me han enseñado que basta
ser un desengaño medio,
que si allá instruyo llorando
aquí he de instruir riyendo.
MINIS. 1.º Pues usted mude de tono,
porque me está dando miedo
y no risa el ver delante
una fantasma, y que creo
es alma en pena de alguna
figura de cuadro viejo.
DESENG. Pues ahora verás fantasmas
que merecen más extremos
de compasión y de espanto
que la de tu fingimiento.
HIDALGO. Vaya, vamos á la obra
y las esquinas tomemos,
de modo que nadie escape
de nuestras manos.
TODOS. ¡A ellos!
DESENG. Gente se acerca.
HIDALGO. Pues cuenta
afianzarlos, en tosiendo
yo, y aunque más se resistan
al hospital sin remedio.

(Salen la CRÍTICA *y* CRÍTICO *muy petimetres.)*

CRÍTICO. *Y bien, madama,* esta noche
¿cómo sale usted del juego?
CRÍTICA. *He venido á perder nueve*
pesetas, que *hice de resto*;
bien que me es indiferente.
CRÍTICO. Pues tuvo usted con don Pedro
una mano *remarcable.*
CRÍTICA. *Interesante* era, pero,
veritablemente, á mí
no me hace placer que estemos
jugando dos ó tres horas,
y el cacho es juego molesto
y *anviante,* además que
mal á propósito pienso
es gastar todas las noches
en quitarnos el dinero.
CRÍTICO. Esas son *plesanterías*
de madama, que el objeto
primero es el de la tertulia,
y con el permiso vuestro
yo lo haré *venir en juicio*
CRÍTICA. Sí, es menester que pensemos
en más útil *proyección,*
que *meprisable* el intento
de que el juego se establezca.
CRÍTICO. Yo salir *garante* quiero
de esta *interpresa.* Señora,
este modo de bracero
es antiguo.
CRÍTICA. Vaya á la
francesa, que es más moderno,
ya que me hacéis el honor.
HIDALGO. La lengua les cogió á éstos
la moda, pues sólo hablan
galicismos. *(Tose.)*
LOS MIN. Ya entendemos. *(Agarránlos.)*
CR.º Y CR.ª ¡Ah, ladrones!
HIDALGO. No lo somos;
que antes llevarlos queremos
adonde les restituyan
el juicio que no tuvieron.
LOS DOS. ¿Habrá mayor desvergüenza?
DESENG. ¡Ah, señorita! ¿qué es eso?
CRÍTICA. Este es el *cabriolé,* y bien
á la *degasé* va puesto.
DESENG. ¿Cabriolé dijo? Este es mal
contagioso. Caballero,
va atravesada esa espada.
CRÍTICO. Vos no debéis de entenderlo.
A la *dernier parisién.*
HIDALGO. ¿Qué os parece? ¿están enfermos?
DESENG. Y aun desahuciados.
HIDALGO. Pues vayan
dos al hospital con ellos.
LOS DOS. ¿Al hospital?
HIDALGO. Sí, señores.
LOS DOS. ¿A qué?
TODOS. Luego lo veremos.

(Llévanlos dos y vuelven.)

(Sale el BARBERO *con la guitarra cantando unas seguidillas, y en acabando llega el* DESENGAÑO.)

DESENG. Dios guarde á usted, señor mio.
¿Qué oficio tiene?
BARBERO. Barbero,
y no de chapucería,
que á los amigos afeito
con jabón de Montpeller,
y en un rico estuche llevo
de París navaja y peines.
HIDALGO. Pues con un jabón que os demos
se os sacará en un instante
esotro jabón del cuerpo.
DESENG. Y para las seguidillas
también se os dará un remedio.
HIDALGO. ¡A él!
BARBERO. ¿Dónde me llevais?
ELLOS. Venga, que no vamos lejos.
(Llévanle.)
HIDALGO. Ahí va otro par de figuras.
DESENG. Pues observar y callemos.

(Salen el VEJETE, *de golilla, embozado, con un farolito, y el* POETA, *de hábitos.)*

VEJETE. Con haber faltado vos,
el partido se ha deshecho,

y yo no me he divertido
porque no gusto de juegos
tirados, á que se aplican
las mesas de los mozuelos.

POETA. Yo esta noche acudí tarde
porque hice formal empeño
en acabar esta pieza
para el teatro.

VEJETE. ¿Y qué es eso
de pieza?

POETA. Una *producción*.

VEJETE. Ahora lo entiendo menos.

POETA. *Pequeña pieza* se dice
un sainete, que los legos
llaman en vulgar, y *grande*
una comedia; y pretendo
imprimirla en papelón
de marca; con gran despejo
la fachada; pasta y forro;
todos los planos externos
dorados, y sus cintitas
para señales, que en esto
se suele acreditar más
el buen gusto del ingenio
que en la observancia del arte;
y que importa poco pienso,
en cuidando de estas bromas,
descuidarse con los versos.

HIDALGO. Este es autor por mal nombre.

MINISTRO. Ya le conozco; lleguemos.

DESENG. Deténgase. ¿Quién sois vos?

VEJETE. Yo, señor, un pobre viejo
que de casa de un amigo
con mi farolillo vuelvo
á la mía, sin jugar,
como de costumbre tengo,
una cascarela.

DESENG. Pase;
y este amigo vaya luego
al Hospital de la Moda.

POETA. ¿Por qué?

DESENG. Porque habéis hecho
una *pieza* y *producción*
para el teatro, en que espero
ver, si hay algo bueno, hurtado,
y cuanto haya malo vuestro.

POETA. Esta es tropelía

ELLOS. ¡Venga! *(Llévanle.)*

VEJETE. Pues estoy libre, escapemos. *(Vase.)*

HIDALGO. Con efecto, los modistas
como moscas van cayendo.

(Sale el PETIMETRE *con la* PETIMETRA *y la* DENGOSA.*)*

DENGOSA. Ande usted aprisa, don Jorge,
que se me van comprimiendo,
con el histérico, todas
las ternillitas del pecho.

PETIMET.ª Y yo me voy sofocando;
ya se ve, como que llevo:
lo primero, la mantilla,
capotón de terciopelo,
el dominó, manteleta
y la casaca, que cierto,
como es de rizo, acalora.

PETIMET.ᵉ ¿Y qué llevais en el cuello?

DESENG. Su corbata de marlí
para introducir el fresco. *(Aparte.)*

PETIMET.ª Nada más que paletina.

PETIMET.ᵉ Que es poco abrigo contemplo.

PETIMET.ª Es de moda y es de abrigo
¿no veis que es color de fuego?

DESENG. Ya sabemos que el color
también abriga. ¡Esto es bueno!
(Aparte.)

PETIMET.ᵉ ¿Y para qué es tanta ropa?

PETIMET.ª Pues ¿por qué he de ser yo menos
que las demás que lo llevan?
Aunque volviera de recio
el calor, hasta la Pascua
es preciso todo esto.

PETIMET.ᵉ Yo sólo mi cabriolé;
que aunque cuando llueve recio
se suele calar, es moda,
y parece que hasta el tiempo
respeta á los petimetres.

DESENG. ¡Brava gente de respeto!

DENGOSA. ¡Ay, que me ahogo!

PETIMET.ᵉ Ese es flato.

DENGOSA. No sea usted majadero,
que ese es término ordinario.
Lo que es el flato en los viejos
es histérico en las damas.

DESENG. Y en las petimetras creo
son histéricos los males,
luteranos, flatulentos,
vaporosos y ficticios,

PETIMET.ᵉ ¿Habéis hecho algún exceso?

DENGOSA. Cinco tazas de café,
porque aunque con él me quemo,
¿qué dama hay que no le tome?
Y á la hora del refresco,
unos diez vasos de helados;
porque estaban tan perfectos,
que, á no ser por mi salud,
me hubiera tomado ciento.

PETIMET.ᵉ Eso es todo golosina.
Yo jamás como puchero
á la española, sino
fricandó, tal cual relleno,
fricasé, cremas, compotas
y licores extrajeros.

DESENG. Al hospital, que le ayuden
á digerir.

LOS TRES. ¿Cómo es esto?

MINIS. 2.º Esto, andando y para qué
allá os lo dirán luego. *(Llévanlos)*

(Sale la PRESUMIDA *con el* SASTRE.*)*

PRESUM. Gracias á Dios que he encontrado
un sastre de entendimiento.
HIDALGO. La memoria y la conciencia
suele ser lo escaso en ellos.
PRESUM. Ya sabéis que ahora se estila
talle largo.
SASTRE. Ya lo sepo.
PRESUM. Y largo... largo; pues yo,
aunque de gorda reviento,
conozco algunas que damas
parecen vestidas, y esto
lo hace el sastre.
SASTRE. ¡El sastre, el sastre. .!
E también *lo fa* el dinero.
PRESUM. Pues hacedme un cotilla
que me baje siete dedos
el talle, y me lo reduzca
como á una tercia de grueso.
SASTRE. Antes romperá la tela.
PRESUM. Pues hacédmela de hierro.
SASTRE. *Trovará la tela forte*;
mas convengamos el precio;
si he de hacerla á la francesa,
seis doblones nada menos;
ó á la española, un doblón.
PRESUM. Vístame yo á lo extranjero,
y mas que gaste los ojos.
TODOS. Ya no hay que aguardar. ¡A ellos!
(Llévanlos.)
HIDALGO. Mas que el hospital se llena.

(Sale el MAJO *calesero, y la* MESONERA.*)*

MAJO. ¡Afuera, que escupo recio!
HIDALGO. ¿Quién va allá?
MAJO. Un hombre de bien:
Juan Jusepillo, el *arriero*,
con su moza, su guitarra,
su espada, su contoneo,
su coletilla, su cinto,
su capita, su sombrero,
su cofia y su pañolete.
¿Qué se ofrece, caballeros?
DESENG. ¿Y sabéis cantar?
MAJO. Un poco.
DESENG. ¿Y qué cosa?
MAJO. Yo no entiendo
de *resucitados*, arias,
cavatinas, ritornelos,
ni drogas: soy del Barquillo,
adonde sólo sabemos
seguidillas y tonadas
con que los machos arreo.
HIDALGO. ¿Y esta niña?
MAJO. Esta las canta
de forma que es un portento.
Cántales unas, de modo
que todos se caigan muertos.
DESENG. Pues aguarde usted un poquito
y cante, que luego vuelvo.
MAJO. ¿Eh? no lo digo por tanto.
DESENG. Es que yo me voy por menos.
MESONERA Pues si ha de ser, solo pido
tres minutos de silencio.

(Seguidillas de guitarra.)

HIDALGO. Amigos, éstos han hablado
en su lengua: irán exentos.

(Salen el PELUQUERO *y la* MODISTA.*)*

DESENG. Reconozcamos estotros.
HIDALGO. ¿Qué gente va?
PELUQ. Un peluquero,
que peina de todas modas,
corta con primor el pelo
y tiene mano ligera.
DESENG. Vaya al hospital ligero.
MODISTA. ¿Mi marido al hospital?
HIDALGO. Y quizá iréis vos: ¿qué es eso
que llevais en esta caja?
MODISTA. Herraduras para el cuello,
respetuosas, cabriolés,
caídas, pulseras, pañuelos
de marlí...
DESENG. Este merlín tiene
encantado al Universo.
HIDALGO. Sin detención, alguaciles.
(Llévanlos.)
MAJO. ¿Y por qué los llevan presos?
DESENG. No van á la cárcel; van
á un hospital que ahora hay nuevo
para los modistas.
MAJO. Grande
será, si han de caber dentro
tantos como son; y á mí
me parece muy bien hecho.
¿Y á dónde está ese hospital?
HIDALGO. Seguidlos si queréis verlo
y vamos á visitarlos.
¡Ah, doctor! Dios os dé acierto.
DESENG. Para éstos la mejor cura
era á cada uno meterlo
en [la] jaula, desterrarlo
cincuenta leguas del reino,
pues del francés están
corruptos hasta los sesos,
sujetarlos á la monta *(sic)*,
que es universal remedio.
MAJO. En fin, vamos allá todos.
TODOS. A ver en qué para el cuento.
(Vanse.)

(Descúbrense, levantándose la fachada, todos los que han entrado, llorando unos y forcejeando por salir otros con algunos que estarán de practicantes.)

A CUATRO. «Pues de la moda el daño
universal se ha hecho
generalmente, dame

la razón por remedio.
Remedio, remedio, etc.»

(Salen el Desengaño, *el* Hidalgo, *el* Majo, *la* Mesonera *y los demás.)*

Hidalgo. ¿Cómo os va con esta gente,
practicante?
Pract. 1.° Hay entre ellos
algunos que, convencidos,
logran arrepentimiento
y quieren convalecencia;
pero otros están protervos,
Deseng. Vayan llegando.
Pract. 1.° Estos dos
son, señor, de los primeros.
Crítica. Nosotros, del galicismo
siempre estudiando conceptos,
olvidamos nuestro idioma.
Deseng. Dénseles baños á éstos
en las fuentes castellanas,
para que adviertan los necios
que adonde sobra agua dulce
de la salobre bebieron.
Crítico. Yo, señor, soy petimetre;
tuve el mal en el cerebro,
por lo que tiraba el rizo.
Deseng. A este le corten el pelo
á navaja, por que así
se vea libre de *yerros*,
y encájenle hasta la frente
un gran gorro ceniciento.
Barbero. Y yo ¿por qué estoy aquí?
Hidalgo. Porque os andais con el tiempo
cantando tonadillicas.
Deseng. Está curado en sabiendo
que sólo debe cantar
folías, pues es barbero,
como su abuelo cantaba;
que el olvidar los abuelos
y entrar en las modas es
la perdición de los pueblos.
Y mando que la modista
venda todos sus enredos
por libras.
Modista. ¿A cien doblones?
Deseng. A cinco cuartos y medio;
porque valiendo once cuartos
una libra de carnero,
es mengua dar por una onza
de marlí catorce pesos.
Modista. ¿Y las felpas que se gastan?
Deseng. Que se las paguen aquellos
que las compran.
Sastre. Yo me marcho,
que tengo cinco mancebos
trabajando.
Peluq. Y yo contigo,
que mil parroquianos tengo
que peinar.
Deseng. Lleven de vista
un alguacil, y en queriendo
el sastre hechuras de moda
para hurtar con mal pretexto,
pierda el trabajo; y á este
Diocleciano peluquero,
que le peinen á la moda
una vez, verá el tormento
que da á los demás después
de quitarles el dinero.
Poeta. Usted no es juez, señor mío,
para meterse á maestro
de costumbres.
Deseng. Seor autor
de *piezas* para el recreo,
diez años vaya á la escuela
y póngase á escribir luego.
Los que faltan hablar:
A los maestros del mundo
¡zurra, zurra! ¡A ellos, á ellos!
Hidalgo. Amigo, no decíais mal:
que no había para estos
más remedio que una jaula,
un látigo y un destierro;
mas supuesto que nosotros
contra tantos no podemos,
echémoslos con la trampa.
Deseng. Ellos se irán, que, en oyendo
verdad, la gente de moda
al instante tuerce el cuerpo.
Majo. Dejarlos, que harto trabajo
tienen con sus devaneos;
y pues le ha dado pesar
el ver frustado su intento,
con una nueva tonada.
los dos les divertiremos.
Hidalgo. Acoto; y así pudiera
yo enmendar estos defectos.
Todos. Como el prudente auditorio
puede perdonar los nuestros.

13

La Academia del Ocio.

SEGUNDA PARTE DEL «HOSPITAL DE LA MODA»

Para los Juegos Olímpicos.

1762 (1)

(Se descubren dos puertas á los lados del tablado y salen Espejo, *de grana y peluca, y detrás los dos* Calles *y* Pereira *con la linterna.)*

Blas.

¿De Madrid no saliste escarmentado,
viendo que el hospital que habías fundado,

(1) Bib. municip.: leg. 1-161-9. Dos manuscritos, ambos copia, fechado el primero en 1762. Impreso por Durán.

con justo fin y con debido celo,
por inútil volviste á echar al suelo,
porque esta gente toda
esclava pertinaz es de la moda?
Pues, ¿cómo á él vuelves?

ESPEJO.

Hago á Dios testigo
de que no vuelvo aquí como enemigo
de nadie; sólo estimulado llego
de mi buena intención.

BLAS.

Si no estoy ciego
aquí vive tu amigo el Desengaño,
y si es que á verle vienes, ya no extraño
el fin de tu viaje.

ESPEJO.

Llamad para que á abrir la puerta baje
y en mis brazos reciba sus caricias. *(Llaman)*

PLASENCIA. *(Dentro.)*

¿Quién aquí llama?

BLAS.

Quien os pide albricias
del gusto que á la puerta se os previene.

PLASENCIA. *(Dentro.)*

¿Quién hoy el Desengaño á buscar viene
gustoso?

ESPEJO.

Yo soy, pues, abrid la puerta.

(Sale PLASENCIA *como la otra vez)*

PLASENCIA.

Si deseáis eso sólo, ya está abierta;
mas ¿qué averiguo? en repetidos lazos
celebren este día nuestros brazos.
¿Venís aquí otra vez con el intento
de fundar hospital?

ESPEJO.

Ni pensamiento;
que antes bien he gastado
ya mi grande caudal en un estado
que en respeto y tributo
me reconoce ya dueño absoluto.
¿Y á vos cómo os ha ido?

PLASENCIA.

Yo cada día más aborrecido
de todos.

ESPEJO.

Y en la corte ¿qué hay de nuevo?

PLASENCIA.

Bien á decir me atrevo
que nada, pues aquí quien solo inventa
es la señora Moda, á quien fomenta
el genio raro de las damas locas
con muchas batas y camisas pocas;
la gasa y el marlí tanto han subido,
que no la alcanza el sueldo de un marido
y tiene que buscar un Cirineo
que le ayude á llegar á este deseo
y otros de su mujer. Por no cansaros,
el mundo está que cuantos más reparos
se le ponen, más es el desconcierto
y cualquiera remedio será incierto [1].

ESPEJO.

Pues burlémonos de él, y sin más pausa
sabréis á lo que vengo y con qué causa
os solicito.

PLASENCIA.

Hablad, que ya os escucho.

ESPEJO.

Viendo que logré poco y gasté mucho
en aquel hospital que ya está dicho,
consulté á mi capricho,
y comprando un estado de provecho
luego me vi señor hecho y derecho.
Ya en posesión, hallé que era preciso
poner gobernador que, ya remiso,
ya resuelto, al poder de la malicia
contrastase con próvida justicia,
dándole á cada cual lo que merece;
que así es feliz cualquier estado y crece.
Asimismo juzgué por conveniente
buscar para mi casa una prudente
mujer que del gobierno se haga cargo,
y para no perder viaje tan largo
ni errar esta elección, de vos me fío,
vuestro dictamen prefiriendo al mío.

PLASENCIA.

¿Con que venís, sin repetir el cuento,
buscando un hombre de cabal talento
y una mujer de juicio?

ESPEJO.

Así es constante.

PLASENCIA.

Pues ya podéis volveros al instante.

---

(1) Hay variante, en vez de este trozo, que dice:

«Y en fin, por no cansaros,
este suspendo y dejo otros reparos.»

También se cambia la palabra *sueldo* por *brazo*.
Estas variantes son del segundo manuscrito. Las aceptó Durán.

ESPEJO.

¿Por qué?

PLASENCIA.

Dios me perdone el testimonio,
pero es difícil ese matrimonio.

ESPEJO.

Pues ¿qué arbitrio me dais, que estoy perplejo?

PLASENCIA.

Arbitrio no os daré; daréos consejo,
que, aunque luego os dé enojo,
si os engañáis será por vuestro ojo.
Decid antes qué clase de sujeto
es el que deseáis.

ESPEJO.

El más perfecto,
sea militar, golilla ó artesano,
como tenga buen juicio y limpia mano,
que tenga horror al ocio
y sea familiar de su negocio
y no de los ajenos; porque arguyo
que los tales jamás cuidan del suyo.

BLAS.

¿Si es hombre bajo?

ESPEJO.

Como sea prudente,
honrado y hábil, él será eminente;
que la virtud no siempre da blasones
y los dan cada día los doblones.

PLASENCIA.

Ya que tan bien pensais, venid conmigo,
donde veais, amigo,
gentes de toda clase,
que es fuerza que ahora pase
á aquella casa que es de concurrencia
y haremos retirados la experiencia
si vienen las palabras con el traje
y las obras convienen al linaje,

BLAS.

¿Los conocéis á todos?

PLASENCIA.

Fuera extraño
ser sin conocimiento Desengaño.

BLAS.

La puerta ya está abierta.

PLASENCIA.

Pues embocémonos y oído alerta.

(*Salen la señora* PEREIRA, *de petimetra, y* NICOLÁS, *de soldado.*)

NICOLÁS. ¿Con que hoy ha tenido usted
carta del campo de Almeida?
PEREIRA. Sí, del capitán.
NICOLÁS. ¿Y os dice
alguna cosilla nueva?
PEREIRA Que aquella noche sin falta
había de quedar abierta
la paralela. ¡Oye usted?
¿qué es esto de paralela?
NICOLÁS. Un lugar de Portugal
distante de allí dos leguas.
PEREIRA. No me parece que es eso.
¿Y sabéis que son toesas?
NICOLÁS. Una fruta del país,
como acá las esperiegas.
ESPEJO. No eres tú poco camueso. (*Aparte.*)
PEREIRA. ¿Trae usted ahí las gacetas
de Holanda y París? Porque
está una con estas guerras
siempre en un puro cuidado
y sin que á otra cosa atienda.
ESPEJO. ¡Pobre casa! (*Aparte.*)
NICOLÁS. No, señora;
pero ahora que se me acuerda
me dice usted, ¿cuánto lienzo
entrará en media docena
de camisas?
PEREIRA. Como siempre
se han dado en casa á hacer fuera,
no lo sé de positivo,
mas creo que cada una lleva
en el cuerpo media vara
y en las mangas cinco y media.
ESPEJO. ¿Habrá mayor ignorancia? (*Aparte.*)
PLASENC. Déjelo usted y no se meta
en camisa de seis varas.
NICOLÁS. Creo que con menos tela
habrá bastante.
PEREIRA. Sí habrá,
porque yo no estcy muy cierta
en ello; antes necesito
preguntar qué cinta entra
y blondina en una gola
con caídas y pulseras
correspondientes.
NICOLÁS. Conforme;
si lleva sola una vuelta
y el collar, habrá bastante
con dos varas; vara y media
para las manos, son tres
y media. ¿Y usted se peina
á la italiana?
PEREIRA. Algún día.
NICOLÁS. Es que así son más estrechas
las caídas. Saque usted
cinco varas, y á mi cuenta
corre la distribución
y divertirme en coserlas.
PEREIRA. Me haréis un grande agasajo,

que á mí la aguja me apesta.
(*Vanse por la puerta.*)

ESPEJO. ¿Me sabréis decir, amigo,
si éste es soldado ó doncella
de labor?

PLASENC. Este es como otros,
que aunque visten la librea
de Marte, los tiene Venus
debajo de su bandera.
¿Qué os parece? ¿os acomoda
al intento esta pareja?

ESPEJO. No quiero yo ama de llaves
tan marcial, ni costurera
al gobernador, en cuya
relajación manifiesta
no sabe ella qué son varas
y él ignora qué son toesas.

PLASENC. Pues yo os fío que ella tiene
su mapa en la faltriquera,
y él sabe bien cuánta gasa
entra en una manteleta.

BLAS. Ahora sí que echa usted lance,
que allí un letrado se acerca.

(*Sale* PONCE, *de abogado, y* FRANCHO, *de zapatero.*)

PONCE. Amigo, usted lo conoce:
ya no hay de aquellos poetas
antiguos.

FRANCHO. Si digo á usted
que es cuanto escriben purriela;
ni los tramoyistas saben
cuál es su mano derecha.
Supongamos que la culpa
tiene usted, yo y otros bestias
como nosotros, que van
sólo por ver la comedia
sin entenderlo, y cuidado
que lo dice Roque Mena,
que, aunque probe zapatero,
no ha dejado de ver fiesta
en su corral, aunque coman
sus hijos y mujer piedras:
que la honra es lo primero.
¡Qué comedias tan discretas
he visto, donde salían
los ángeles por docenas!
¡Qué gritos daba el demonio!
Los legos ¡qué desvergüenzas
decían! ¡qué *inmutaciones!*
¡Vaya! no hay que darle vueltas;
que le llenaban á un hombre
el aquel; y esto no es tema,
señor abogado, que esto
es hacer justicia seca.

ESPEJO. Con la palabra mojada.

PONCE. Buen hombre, tales materias
son á los que manejamos
los Bártulos muy ajenas;
pero vos tendréis razón
si el arte de los poetas
se halla tan aniquilado
como el de hacer chimeneas;
y es porque los arquitectos
no han tenido la refleja
de evitar el humo, que es
de lo que todos se quejan

FRANCHO. ¿Y es fácil?

PONCE. ¡Toma si es fácil!
el estudio á todo llega.
Yo estoy haciendo una obra
de que ya sólo me restan
los últimos nueve tomos,
en que por físicas reglas
se puede evitar el humo;
escuchad solo un problema.
En las copas, el carbón
bien pasado, ¿no calienta
sin humo? Es cierto principio;
ergo si en la chimenea
se pone el carbón pasado,
no dará el humo molestia.
Es claro. Luego distingo
la clase de las maderas
y trato de la del aire,
que aunque es *per se* más densa
que el humo, tal vez permite
que algunos humos asciendan
hasta que se desvanecen
muy lejos de su ascendencia.

FRANCHO. ¿Y ha escrito usted algo de leyes?

PONCE. No, señor. Esta es la puerta;
entremos á la tertulia.

FRANCHO. Vamos, que, como yo pueda,
también tengo de escribir
un arte de hacer comedias.
(*Entranse.*)

ESPEJO. Dejad que me desespere
de ver tan disforme mezcla.
La petimetra soldado,
el soldado petimetra,
el abogado albañil,
el zapatero poeta.

PLASENC. Pues aún no lo has visto todo,
porque has de ver, si te esperas,
tirar al amo, y el buey
ir sentado en la carreta.

(*Sale la señora* MARIQUITA, *de labrador, cantando una seguidillas con la señora* PICHONA, *que saldrá de manchega.*)

MARIQ. La música, hermana mía,
es la más dulce violencia
del ánimo, porque al tiempo
que le arrastra le deleita.
Son sus cláusulas imán
que en sucesivas cadencias
ensalza los racionales
más arriba de su esfera.

ESPEJO. (*Llega.*) ¿Y quién eres tú, que así
difines lo que celebras?
MARIQ. Un labrador que, apartado
de las penosas tareas
del campo, le doy al ocio
en la corte mil ofrendas.
ESPEJO. Mucho es que el rústico ser
con el traje no desmientas.
MARIQ. Si hace la casualidad
que mañana usted me vea
juzgará que soy un duque.
Tengo vestidos de seda,
reloj con catorce sellos,
ricas hebillas de piedras
y sombrero á la prusiana;
sino que fui á la aldea
por esta hermana y no quise
que, mirando la opulencia
del vestido, mis parientes
por él me desconocieran.
PLASENC. Que es lo que tú harás con ellos
cuando alguno á verte venga.
ESPEJO. ¿Y á qué se viene á Madrid,
aunque usted perdone, reina?
PICHONA. A ser cuanto antes usía,
como otras que se lo piensan.
ESPEJO. Ya; porque de varios modos
se puede echar esa cuenta.
PICHONA. Yo sólo la echo por uno.
ESPEJO. ¿Cuál es?
PICHONA. La gran experiencia
de muchas de mi lugar
que han venido aquí en pernetas [1]
y hoy día ya sólo gastan
medias de trama de Persia
y zapatos de París,
mucho muer, mucha griseta
y cotilla á la italiana.
PLASENC. Atacada á la francesa.
ESPEJO. Vengan acá: ¿en el lugar
mucho mejor no estuvieran
ella cuidando sus pollos
y él cultivando sus tierras?
PICHONA. No, señor, que por acá,
según en el lugar cuentan,
hay pavos de más sustancia.
PLASENC. Y una pava que la pelan
muchos, aunque queden calvos
de la opinión y la renta.
MARIQ. No, señor, que por tres reales
en el campo se revienta
un hombre al agua y al sol,
y en la corte hay más cosecha
á menos trabajo, ya
tirando á Jorge la oreja,
ya adulando, ya fingiendo,
ó, por fin, se petardea,
que es más regular atajo
de salir de las urgencias.
Pero aquí ha de ser la casa;
vamos, no el tiempo se pierda.
(*Éntrase con la* PICHONA.)
ESPEJO. Labrador, músico, ocioso...
PLASENC. Pues dime, amigo, ¿qué piensas?
El ocio de los villanos,
de los nobles la soberbia.
es cosa tan de ver, que
así el reino se despuebla.

(*Salen las señoras* JOAQUINA, BASTOS, PORTUGUESA *y* SÁNCHEZ, *de mantillas.*)

JOAQUINA. Con las comedias, del Prado
toda la gente deserta;
vamos, pues, á la tertulia,
que en las grandes concurrencias
son los lances más propicios.
ESPEJO. ¿A dónde van las mozuelas
á estas horas? ¿No podían
recogerse á sus haciendas?
JOAQUINA. Estamos desocupadas
las cuatro.
ESPEJO. ¿Y cómo van sueltas?
PLASENC. Porque se recogen pocas.
JOAQUINA. Esa pregunta es muy necia,
que usted no ha de sujetarnos.
ESPEJO. Es verdad, pero pudieran
acomodarse á servir
en alguna casa honesta...
PLASENC. (*Aparte*). Hay pocas [1].
ESPEJO. Donde un salario
ganando no se perdieran.
BASTOS. ¿Y había yo de ponerme
á servir? Si lo supiera
un primo que tengo en Indias,
me cortaría las piernas
en la hora.
PLASENC. O en el instante,
una vez que está tan cerca.
PORTUG. Yo sólo encontré una casa
para entrar de cocinera,
pero me acomoda más
el servir para doncella.
JOAQUINA. ¡Ahora si quieres! ¡Servir!
Si en esas calles encuentra
una quien diga: «Señora:
rendido de su belleza
tiene á sus pies un respeto»,
con que acompaña la ofrenda,
¿no fuera una bobería
escuchar á una ama vieja:
«Muchacha: trae el pañuelo;
muchacha, la escupidera:

(1) Al margen esta variante: «Sin calcetas».

(1) Corregido al margen, de letra diferente: «Bien dice».

¡qué sucia está! vuélvela
á fregar, cochina y puerca?»
No, señor, que las que saben
ya todas las callejuelas
de Madrid, difícilmente
á ese yugo se sujetan.
Vamos, muchachas.

LAS CUATRO. Agur,
señor militar de aldea. *(Vanse.)*

ESPEJO. Cierto que quedo sentido
de que estas mozas no quieran
servir, porque todas cuatro
son mujeres de prudencia.

PLASENC. No te aflijas, que hallarás
á cada paso mil de éstas.

(Sale CALDERÓN, de capa, jaquetilla, corbata y peluquín, y CHINICA, de capa, con un violín en la mano y sombrero de picos.)

BLAS. Aquí se acerca un corbata.

CALDERÓN. Dígole á usted que no hay ciencia
como la del comadrón
y el cirujano, aunque tengan
tan débil estimación
con los muchos que no aprecian
las facultades, y porque
un barberillo cualquiera
se intitula cirujano,
sangrador y sacamuelas.
Yo, amigo, en el hospital
me estoy las tardes enteras
viendo las anatomías,
con que ya sé qué es arteria
soporal, qué es dura-máter,
qué es hueso esternón, qué pleura,
clavículas y homoplatos.

ESPEJO. *(Llega.)* ¿Y cuál es, porque se sepa,
su oficio?

CALDERÓN. Maestro de coches.

ESPEJO. En quien se aplica á diversa
facultad de la que tiene
lo maestro me disuena.

CHINICA. Si á usted le sirven las mías,
será pronta mi obediencia.

ESPEJO. Pues ¿cuántas sabes?

CHINICA. Yo soy
músico, sastre, poeta...

ESPEJO. Oficios son todos tres
de ladrón, y es cosa cierta
que no sabe manejarlos,
pues no luce á costa ajena.

PLASENC. Puede ser que coja á alguno
en el día de la sentencia.

CHINICA. Usted me interrumpe, y yo
tengo muy poca paciencia
para sufrir. Seó maestro,
vámonos á nuestra fiesta.

CALDERÓN. Sí; vamos á la tertulia
y dejemos estos pelmas. *(Entranse.)*

ESPEJO. Hombre, ¿no averiguaremos
qué se hace en esta asamblea,
que con tal gente será
una ensalada estupenda?

PLASENC. Entremos, para que quede
vuestra duda satisfecha
y sea de vuestro estado
gobernador la experiencia.
Yo iré delante, por si
no hay farol en la escalera. *(Vanse.)*

(Salón corto: la DAMA mirando un mapa; NICOLÁS haciendo una gola ó marquesa; el ZAPATERO cantando con la guitarra; CHINICA cosiendo un zapato; CALDERON tomando el pulso á un enfermo, que hará NISO; PONCE, EUSEBIO, CAMPANO y otro bailando con las cuatro restantes señoras; MARIQUITA y la PICHONA disponiéndose á un espejo para cantar la tonadilla, y la SEGURA paseándose como ama de la casa.)

(Bailan.)

ESPEJO. No he visto estampa alemana
con figuras tan diversas.

PLASENC. Pues, amigo, en las más partes,
con poquisma diferencia
son iguales las tertulias.

ESPEJO. ¿Y que un zapatero entra
al estrado?

PLASENC. Si el asunto
es que esté la sala llena,
no es mucho se admita á todos,
que tal vez á todos ruegan.

ESPEJO. Quedad con Dios, que me vuelvo
lleno de asombro á mi tierra,
no de lo que pasa, sí
de lo que aquí se tolera.

PEREIRA. ¿Quién grita, que me ha obligado
á que al volver la cabeza
pierda el punto en que empezó
á abrirse la paralela?

NICOLÁS. Y yo he perdido la aguja.

ESPEJO. Una apurada paciencia
de mirar vuestros delirios.

SEGURA. Echad esos locos fuera,
y vuelva á cantar don Roque.

ESPEJO. ¡Esta es otra que bien suena!
¿*don* le dan al zapatero?

PLASENC. Como á la tertulia sea
útil para su capricho,
preste el coche cuando llueva
ó el dinero que le pidan,
á poco que lo pretenda
le encajarán *señoría*
y otros dones á cualquiera.

NICOLÁS. Diga, señor impaciente,
una diversión casera
¿es gran pecado?

ESPEJO. Distingo:
en quien todo el día atienda
á su obligación, no lo es
una diversión honesta;

pero en usted, que aun ignora
los términos de la guerra,
y en la dama, que no sabe
qué varas de lienzo lleva
una camisa, y en todos
los presentes, *et cetéra*,
digo que es ociosidad
reprensible y...

NICOLÁS. Si no fuera
por alborotar el barrio...

(*Empuña y retirándose.*)

TODOS. ¡Vayan fuera, vayan fuera!

ESPEJO Y LOS SUYOS:
Más es por no estar aquí,
que desprecio, conveniencia.

SEGURA. ¿Habrá mayor osadía?

NICOLÁS. Mandad vos cerrar la puerta.
para otra noche, y ahora
el disgusto se divierta
con un juguete que harán
el Serrano, la Manchega
y otra dama.

SEGURA. Sea en buen hora.

NICOLÁS. Porque concluya una idea
que, sin distinguir viciosos,
va como porción de flechas
esparcidas por el aire;
si hiere alguna, paciencia.

(*Con todos.*)

Y alentad, disimulando
á los que en servir se empeñan.

14

La Crítica, La Señora, La Primorosa, La Linda.

SAINETE NUEVO

1762 (1)

PERSONAS

SRA. ROSOLEA, *Crítica.*
SRA. PACA, *Señora.*
SRA. GUZMANA, *Primorosa.*
SRA. PICHONA, *Linda.*
SRA. AUTORA, 1.ª *mujer.*
SRA. GARCESA, 2.ª *mujer.*
SRA. OROZCO, 3.ª *mujer.*
DOS CRIADAS.
SR. AYALA, *Sátiro.*
SR. MARTINEZ (segundo galán), *Gigante.*
SR. CORONADO, *Pigmeo.*
SR. ENRIQUE, *El mono.*
HOMBRE 1.º, 3.er *galán.*
HOMBRE 2.º, 4.º *galán.*
HOMBRE 3.º, 5.º *galán.*

MÚSICA.

(*Salen como dicen y los que dicen los versos.*)

AYALA.

¿Dónde habrá un puñal que de repente
pueda hacer que me mate agudamente?

AUTORA.

Hombre, ¿estás endiablado?

HOMBRE 1.º

Sin duda que pediste y no han prestado.

AYALA.

Dejadme y no mi furia nadie impida,
porque el matarme me dará la vida.

CORONADO (*Sale.*)

El detenerme en mi furor es droga.
Dejadme de dar brega, dadme soga.

HOMBRE 1.º

O no tienes el juicio muy entero,
ó sin duda has hallado á tu casero.

CORONADO.

No me sirvas, amigo, de embarazo,
que estaré muy galán si tengo un lazo.

GALÁN 2.º

¿A dónde habrá, furores, un veneno
que para el mal de amores sea bueno?

MUJER 2.ª (*Sale.*)

¿Cuál será tu fortuna, parda ó negra?
¿Has tenido noticias de tu suegra?

GALÁN 2.º

Un veneno es cordial, si se repara
que es solimán y pone buena cara.

ENRIQUE (*Sale.*)

Yo á tomar una purga me acomodo,
que mata á mi entender aun más que todo.

HOMBRE 2.º (*Sale.*)

¿Por qué con tu vivir, amigo, acabas?
¿Mejoró algún pariente que heredabas?

ENRIQUE.

Pues ¿acaso el purgarse no es notorio
que es ir por el atajo al purgatorio?

AYALA.

Tomo el acero, doime y no me riño,
porque estoy opilado de cariño.

AUTORA.

¿No ves que es gran perjuicio
el quererte matar por ejercicio?

CORONADO.

La soga cortará mi pobre aliento,
que es parto de mi mucho entendimiento.

(1) Bibl. Nacional de Madrid. Manuscrito 14523[14]. Durán imprimió en su colección (I, 274) un sainete de igual título; pero muy diferente. Parece ser refundición de éste, pues conserva algunos versos y los caracteres femeninos.

HOMBRE 1.°

Esta acción la derogo;
antes puede ponerte en un ahogo.

GALÁN 2.°

Un veneno mis penas arrebata,
pues si le tomo en flor diré que mata.

ENRIQUE.

Una purga á mi vida dé el periodo,
pues con ella me iré de cualquier modo.

MUJER 2.ª

No ese despecho mi pasión aduerma;
aunque sea tisana, será enferma.

AUTORA.

Cuenta, Ayala, tu mal.

HOMBRE 1.°

Di tu cuidado.

AYALA y CORONADO.

¿No conocéis que estoy enamorado?

MUJER 2.ª

Refiere tu dolor, dinos tu pena.

GALÁN 2.° y ENRIQUE.

El amor me prendió con su cadena.

LOS CUATRO.

Ya se hallará remedio á esos cuidados;
dadnos oídos, que serán prestados.

AYALA.

Yo adoro una hermosura
clara de aspecto, de lenguaje oscura,
cuya conversación y cuyo acento
nunca puede entenderse sin comento;
tan intrincada en su parlar sucinto,
que no es conversación, es laberinto;
pues, siempre en raras voces presumida,
será discreta pero no entendida.

CORONADO.

Yo adoro una muchacha,
por Dios, que no es muy fea la borracha;
pero se juzga en sí tan primorosa,
que ninguno á su gusto le hace cosa.
Es la plata para ella porquería;
á el oro aun le hace ascos cada día.
Sólo lo que ella saca de sus manos
son hechos soberanos.
No come pan, y la razón no ignoro:
por primorosa come panes de oro
y no se harta de nada su querella.

GALÁN 2.°

Pero los que la tratan se hartan de ella.
La mía es gran señora.
No es de estirpe tan clara, no, la Aurora;
si dispone vestido, es de nobleza;
su sangre tan ilustre, y tal grandeza,
que el contar sus cuidados
suma por reales, habla por ducados.
Es bebida imperial si acaso bebe;
á la boca de dama no se mueve
porque no es cosa grande;
y como algún favor se le demande,
por merced de otro lo hace con porfía
si la dan excelencia ó señoría.

ENRÍQUE.

Pues yo á una linda quiero,
muy linda maula si lo considero;
porque á un espejo quiso
correr por luna aun al galán Narciso.
Dice que intenta ser anacoreta
sólo porque la llamen la perfecta.
Es su cara de luces la más clara
y á todos con su cara nos da en cara.
Son estrellas sus ojos
con que á mí más que á otros causa enojos.
Dijo que al reparar el otro día
la perfección con que mi Inés lucía,
(es ridículo asunto),
de sólo verla se murió un difunto.

AUTORA.

Razón tenéis para desesperaros
y es una cosa justa el ahorcaros.

MUJER 2.ª

Está de juicio y de razón ajeno
quien os quita ó la purga ó el veneno.

HOMBRE 1.°

Tomad aliento, pues tenéis amigos.

HOMBRE 2.°

¡Véngales á estas hembras su castigo!

LAS CUATRO.

¡Ay, que hablais de los cielos!

HOMBRE 1.°

Perded angustias, ansias y recelos,
que yo he de remediaros.

HOMBRE 2.°

Y yo como él procuro consolaros.
¿Hay mosca?

AYALA.

Y la bastante.

HOMBRE 1.º
No hay más que á disponer.

HOMBRE 2.º
Pues adelante.

AYALA.
Contra ti, critiquez mal colocada.

CORONADO.
Contra ti, primorosa remilgada...

GALÁN 2.º
Contra ti, señora de lo ajeno...

ENRIQUE.
Contra ti, hermosa, la de rostro bueno...

LAS DOS.
Ha de ver en sus tablas el teatro...

LAS DOS Y LOS DOS.
Que vamos como dos y dos son cuatro.

HOMBRE 1.º
Hemos de aconsejaros.

HOMBRE 2.º
Hemos de protegeros y vengaros.

MUJER 1.ª
Las dos ayudaremos.

AUTORA.
En albricias del chasco cantaremos.

AYALA.
Sean las seguidillas.

LOS TRES AMANTES.
En oyendo instrumentos me hago astillas.

Mujeres cantan. Bailan dos hombres y dos mujeres y todos.)

«Críticas, Señoras,
teman el lance,
que si no hay quien entienda
hay quien engaste.
Curiosa y Linda,
aguarden de un (1)
las avenidas.

AYALA.
Contra ti voy, oculto Calepino.

CORONADO.
Yo contra ti, primor ó desatino.

(1) Falto este verso

GALÁN 2.º
Y ¿qué me da á mí de tu nobleza?

ENRIQUE.
¡Brava burla la espera á la belleza!

HOMBRE 1.º
Vamos para fraguar nuestros engaños.

HOMBRE 2.º
¡Para todas las hembras malos años!

AYALA.
Y repitamos, si escucharlo quieres:
¡vivan los hombres, mueran las mujeres!

AUTORA.
No de eso sus acentos se aperciban.

LAS DOS.
¡Mueran los hombres, las mujeres vivan!

CORONADO.
Pues digamos, y de esto no te asombres:

LOS DOS.
¡Que vivan las mujeres y los hombres!

SEÑORA (*dentro.*) ¡Hola, criadas, criados!
unas luces, presto, presto;
¡qué tarde que las encienden!
Ya estarán ahora ardiendo
cincuenta en las antesalas
de mi primo don Eusebio,
marqués de Zamarramala
y vizconde de Hornachuelos.

(*Salen criadas con luces.*)

SEÑORA. ¡Qué ordinarios candeleros!
CRÍTICA (*dentro.*) Ya el resplandor refulgente
del arietino ardor terso,
que pululante ilumina
con flamígeros reflejos,
voy adjetivando pasos
hacia el cubículo nuestro.
CRIADA 1.ª Más oscuro está que estaba.
CRIADA 2.ª Tal es su razonamiento.
SEÑORA. Hermana, ¿qué es *arietino?*
CRÍTICA. Es el saín del carnero.
¡Que siempre he de propalarme
vulgarizando epitectos!
PRIMOR. (*Sale.*) ¡Qué ordinaria está la sala!
¡Qué antiguos son los espejos!
No tienen marcos de plata;
de filigrana he de hacerlos,
con diamantes y esmeraldas
que los guarnezcan á trechos.
CRÍTICA. Mejor serán de piropos.
SEÑORA. A mi sangre poco es eso.

LA LINDA. (*Sale.*) Allá van mis perfecciones.
Hermosa soy, no lo niego;
pero ¿por qué he de callar
el favor que Dios me ha hecho?
Yo sé que para su niña
me estimaran muchos tuertos.
SEÑORA. Seas, hermana, bienvenida.
CRÍTICA. Apropíncuate.
SEÑORA. No quiero,
que no sé si tu nobleza
conserva sus lucimientos.
CRÍTICA. Refulgentes como intactos,
pululantes como netos.
LINDA. ¡Abraza, hermana!
PRIMOROSA. ¡Jesús!
No sea con tanto aprieto,
que se cae un alfiler
de aqueste lado derecho.
LINDA. Da gracias que mi belleza
se humille á este tratamiento.
CRIADA 1.ª Cada loca con su tema.
CRIADA 2.ª ¡Qué cuatro caprichos vemos!
PRIMOR. ¿Avisaron á las cosas
más primorosas del pueblo
que viniesen?
CRIADA 2.ª Sí, señora.
SEÑORA. Y fué muy justo el hacerlo,
que así lo hizo el Cid Ruy Díaz,
mi abuelo décimo tercio.
CRÍTICA. A cosas vulgarizantes
no halla mi muerte contexto;
sólo pretendo epiciclos,
coluros y paralelos.
LINDA. Todo para la belleza
es un tributo pequeño,
que no es sobrado holocausto
sino un ferviente respeto.
CRIADO 1.º (*Sale.*) Un hombre y una mujer,
aunque en el traje extranjeros,
en la voz muy españoles,
dicen que llamados fueron,
y en un cajón traen un monstruo
entre cuatro esportilleros
y un mono que hace mil muecas.
SEÑORA. Entren al punto, al momento,
que las grandes cosas deben
verlas los grandes sujetos.
Dénles un doblón de á ocho.
CRIADO 1.º Señora, no le tenemos
SEÑORA. Pues dénles catorce cuartos,
que no les pago con menos.
PRIMOR. Yo por cosas de primor
me despepito y me muero.
CRÍTICA. Extravagantes dilemas
de inopinados objetos
con benévola abstracción
me usurpan el intelecto.
LINDA. A ser racional el monstruo,
la ganancia no le arriendo;
porque al mirar mi hermosura
entra vivo y saldrá muerto.
GALÁN 3.º (*dentro.*) Entrad, mozos, á esta sala.
MOZOS. ¡Lleven los diablos tal peso!

(*Sacan en una jaula de madera, como la que tenía el sátiro, á* AYALA, *y en otra vestido como un mono, que es* ENRIQUE.)

GALÁN 3.º Aquí tienen sus mercedes
el monstruo más raro y fiero
(¡no está mala la tramoya!)
que habrán visto nuestros tiempos.
Ayala, calla y ¡paciencia!
AYALA. Así á ser marido empiezo.
AUTORA. Yo traigo este mono, que
ha venido de Marruecos
y treinta mil monerías
hace con mucho gracejo.
SEÑORA. ¿Qué tiene particular?
GALÁN 3.º Es en la fuerza león fiero;
en pies y manos es hombre,
en la vista, tigre horrendo;
toro fuerte en la cabeza.
AYALA (*aparte.*) Cuando casarme pretendo,
traer cabeza de toro
lo tengo por mal agüero.
CRIADA. ¿Qué manduca?
GALÁN 3.º Peras, uvas,
pan, lechugas, vino y queso,
y calabaza también.
AYALA. Calabazas no las quiero,
que hacen muchísimo daño
á quien busca un casamiento.
SEÑORA. Toma, sátiro.
AYALA. ¡Ju, ju!
SEÑORA. ¡Ay, dueño mío, tengo miedo!
GALÁN 3.º Bien hace usted, que es muy fuerte.
PRIMOR. Toma con esos dos dedos,
por encima de la jaula.
AYALA. ¡Ju, ju!
PRIMOROSA. A esperar me atrevo.
LINDA. ¿Quieres ver si la hermosura
tiene en lo monstruoso imperio?
Sátiro, toma.
AYALA. ¡Fu, fu!
LINDA. No me ha tenido respeto.
CRÍTICA. *Accipe*, sátiro informe,
manzánico nutrimento,
que puestas las dos quirotecas
te doy por pábulo intenso.
AYALA. Agarro, que esta es la mía.
CRÍTICA. Conmigo ha estado benévolo.
SEÑORA. ¡Toma tú, monico!
ENRIQUE. ¡Oh, oh!
SEÑORA. ¡Qué animal es tan grosero!
Por eso que la condesa
mi prima no gusta de ellos.
ENRIQUE. Como yo de ti tampoco.
PRIMOR. A ver lo que hace me acerco.
¡Monico mío!

ENRIQUE. ¡Oh, oh! (*Coca.*)
PRIMOR. ¡Ay, qué animal tan grosero!
AUTORA. No aprendió más cortesía.
CRÍTICA. Yo me apropincuo á su aspecto.
¡Martinico!
ENRIQUE. ¡Oh, oh, oh!
CRÍTICA. Vulneró mi rendimiento.
AYALA. Yo pienso que he de ahogarme
si dura mucho este enredo.
LINDA. A ver si el ser lindas tiene
con los monos privilegios.
¡Toma, monito!
ENRIQUE. Eso sí,
porque es lo que yo deseo.
LINDA. ¡Y dirán que la hermosura
no tiene en monos imperio!
AYALA. A las hermosas, los monos
siempre están haciendo gestos.
LAS TRES. Solo á ti no coca el mono.
LINDA. Será que bien le parezco.
SEÑORA. A ti el sátiro te estima.
CRÍTICA. Será siempre mi dilecto.
CR. 2.° (*Sale.*) Señora, ahí está un grande hombre;
Dígolo porque en el cuerpo
es excelente.
SEÑORA. ¿Excelente?
Con él tendré parentesco;
parecerá á mi hermosura.
PRIMOR. Ya á los primores me atengo.
CRÍTICA. Que ascienda, si es tan supino.
GALÁN 2.° (*Sale.*) Sin ser tan supino, asciendo.
Soy gigante.
SEÑORA. ¡Buena pasta
os anima según eso!

(*Sale* CORONADO, *de pigmeo.*)

CORONADO. Pues ya salí de la jaula,
que es mi casa de aposento,
vengo á que ustedes me abran.
PRIMOR. ¿Dónde estás, que no podemos?
CORONADO. Me sembraron en la tierra
donde nacen los pigmeos.
GALÁN 2.° Yo, en fin, no puedo ser más.
CORONADO. Ni yo he podido ser menos.
CRÍTICA. Lo visual con lo objetivo
tiene ambulante el ingenio,
y en dos objetos abstracto
está sin discernimiento.
AYALA. Esta lengua es una gloria. (*Aparte.*)
ENRIQUE. Este estilo es del infierno.
AUTORA. Todo su idioma es latín.
GARCESA. Es mentira, que es en griego.
SEÑORA. ¿Qué te parezco, gigante?
PRIMOR. Enano, ¿qué te parezco?
GALÁN 2.° Señora, no hay en el mundo
cosa como tus luceros,
y por ver si los alcanzo
me quiero ir llegando al cielo.
SEÑORA. ¿Puedes tener señoría?
GALÁN 2.° Alteza es lo que yo tengo.
PRIMOR. Y ese cuerpo es primoroso
y un pasmo por lo pequeño.
¡Jesús y qué admiración!
CORONADO. Señora, el punto está en eso.
CRÍTICA. ¿Podrá ambular el vestiglo
sin disolverse en fragmentos,
sin que devore iracundo
músculos, arteria ó nervios?
HOMB. 3.° No, señora, que es furioso;
pero si unos polvos le echo
porque suavicen su ira,
le podré soltar sin riesgo.
CRÍTICA. Pues domestíquele, *frater.*
AYALA. Amigo, suéltame luego.
(*Le suelta.*)
Que ya no podía más.
CRÍTICA. A mí se apropincua, ya
lúgubre dejando el seno.
AYALA. Sólo lóbrego es lo oscuro;
lo busco en ti, no lo dejo.
(*Llégase á la* CRÍTICA *y la cela mo os.*)
PRIMOR. ¿Y el enano, tiene gracia?
GUZMANA. Tiene la gracia de serlo.
PRIMOR. ¿Es pájaro?
GUZMANA. Y cerligongo,
y canta como un jilguero.
PRIMOR. Pues que cante.
CORONADO. Por tu gusto,
ya con mi canto apedreo.
CRÍTICA. ¡Jesús, que se ha prolongado!
LINDA. ¿Traes con alforzas el cuerpo?
CORONADO. A mí sin la calentura
suele darme el crecimiento.
CRÍTICA. Del aurícula pendiente,
ni aun el boreas curia ofrezco.
CORONADO (1). «¿Me ves tan bajo
y tan pequeño,
tan diminuto
y tan pigmeo?
Ya estoy tan alto,
tan corpulento,
tan estirado,
lánguido y recto.
Cojo la alforza,
angosto el cuerpo,
media viviente,
que ahora mengua,
mas de carrera
ahora crezco,
que me ha cuadrado
serlo y no serlo.
Sum, es, fuí; sum, es, fuí, tan gigante
sum, es, fuí; sum, es, fuí, tan pequeño.»
PRIMOR. Cierto que para mi esposo
no me disgusta el pigmeo,

(1) No indica el ms. que esto sea cantado, como parece.

y más al ver que su voz
en mi primor hace eco.

LINDA. Y tú, mono, ¿no haces nada?
Por señas me está diciendo
que bailará si yo gusto.

MARTÍNEZ. Yo también digo lo mesmo.

AYALA. Y yo bailaré también.

HOMB. 1.° También el sátiro entiendo
que quiere bailar.

CRÍTICA. Volubles
circulares movimientos,
benévolos y visuales,
gratularán mi respeto.

HOMB. 2.° Pues ¡alto! que empezar quieren.

SEÑORA. Tocad al punto instrumentos.

(Cantan bailando los cuatro.)

«Hoy de cuatro figuras
se toca y baila
y pueden otras muchas
entrar en danza.
Ande la rueda,
que al fin éstas se mudan
y otras se quedan.»

CRÍTICA. Satíricas atenciones
de monstruosos embelecos
en rapidantes agrados
ab irato reverencio.

LINDA. ¡Ay, qué gracioso es el mono!
Cierto que da gusto verlo.

PRIMOR. Con más razón se celebra
el primor de lo pequeño.

SEÑORA. ¡Quita allá! Las cosas grandes
se estiman sólo por serlo;
y en mí, como tan señora,
son altos los pensamientos.

AUTORA. Vamos claros, reinas mías.
¿A usted le agrada el pigmeo?
¿A usted le gusta el gigante?
¿A usted el mono le hace gestos?
Y ¿á usté el monstruo, siendo mons-
no le disgusta por serlo? [truo,

[CRÍTICA.] Cómo es de extraños dilemas
coordinante hermoso objeto,
tiene en mis benevolencias
captados los embelesos.

SEÑORA. Siendo alto un hombre, ya es grande,
y yo por eso le quiero,
pues para ser gran señor
ya tiene excelente cuerpo.

PRIMOR. La Primorosa se agrada
de un sujeto, si es sujeto,
aunque chico; que está siempre
el primor en lo pequeño.

LINDA. A una cosa linda dicen
que es muy mona cosa luego.
Un mono hace mil lindezas
con sus muchísimos gestos.

HOMBRE. Pues al primor de mi ciencia,
en racional lo brutesco
se vuelva. ¡Fuera cabezas,
sátiro y mono!

AY. Y ENR. Obedezco,
porque la cabeza pierda
quien por ésta perdió el seso.

(Quítanse las cabezas de pasta que han de llevar.)

CRÍTICA. Estupefacta me tiene
tan inopinante trueco.

SEÑORA. Yo no mudo de dictamen,
porque el que tuve me tengo.

PRIMOR. Yo tampoco, que un enano
es primoroso sujeto.

PICHONA. Mono, cosa, coca y cuca
amartela mis afectos.

GARCESA. Todo esto ha sido ficción;
que los cuatro están queriendo:
lenguaje, primor, belleza
y vanidad con extremo.

CRÍTICA. Sátiro, sin quirotecas,
accipe el ebúrneo esmero.

AYALA. Tuyo soy, tuyo seré;
mas mira que te prevengo
que no has de hablar más en culto.

CRÍTICA. Ni en devoto, si es que puedo;
que á estilos vulgarizantes
propalaré en mis conceptos
en ti [*en claro el ms.*] en discursos
muchos mandatos dialécticos.

AYALA. ¿Esdrújulos? ¡Ya se enmienda!
Habrá jarabe de leño.
Récipe: Don Juan de Encina,
que da cura á estos enfermos.

SEÑORA. Gigante, tuya es mi mano.

MARTÍNEZ. Ya me he quitado los zuecos;
mas si quieres alcanzarla,
Francisca mía, alza el dedo.

PRIMOR. Tuya soy, pigmeo mío.

CORONADO. Deja á mi estatura en recto,
porque de estar en cuclillas,
Guzmana, estoy que me muero.

LINDA. Mono mío, toma.

ENRIQUE. Daca.
¡Oh, monísimo embeleco
y lindísima Marica,
Pichona de mis deseos!

AYALA. Pues con una tonadilla
cuatro bodas celebremos.

AUTORA. Entrémonos al vestuario.

AYALA. Sí, pero sea diciendo:
Crítica, Linda, Señora
y Primorosa eligieron
sátiro, por lo intrincado;
gigante, por lo sujeto;
mono, por las monerías,
y enano, por lo pequeño.

CORONADO. Y todas cuatro figuras
os han costado el dinero

TODOS. Dadnos perdón de las faltas
y un víctor para el ingenio.

15

Las damas finas

SAINETE DE DON RAMÓN DE LA CRUZ.

1762 [1].

(*Salen* LADVENANT, PONCE, PEREIRA *y* CAMPANO, *detrás de* PLASENCIA, *con capas y sombreros como de paseo.*)

LADVEN. ¿Para qué tomas la capa?
PONCE. Amigo, mira lo que haces
y no salgas del vestuario,
que son las seis de la tarde
y va á empezar el sainete.
PLASENC. Que se empiece ó que se acabe,
á mí me importa muy poco;
si queréis que os acompañe
mañana, hacerle á las cuatro,
que tiempo os queda bastante
después para la comedia.
PEREIRA. Hombre, eso es un disparate.
PLASENC. Y diga usted ¿en este sitio
será el primero que se hace?
LADVEN. No, mas los apasionados
¿qué dirán si tú no sales
con nosotros?
PLASENC. En sabiendo
donde voy, de disculparme
no tenéis necesidad;
pues los primeros que alaben
mi capricho serán ellos.
LOS CUAT. Pues ¿dónde vas?
PLASENC. A pasearme
al Prado, donde he tenido
el gustazo, las más tardes
de este verano, de ver
á muchos majos pasearse,
bien á su costa á los unos
y á los otros muy en balde.
PONCE. Ya, con las comedias, poca
será lo gente que á él baje.
PLASENC. Harán mal, porque allí, amigos,
se ofrecen mejores lances
que aquí, siendo cada uno
del suyo representante.
LADVEN. Hombre, esos serán acasos,
mas no comedias formales.
PLASENC. Las formales son aquéllas;
escuchad sólo un instante.
Aparta el sol su cortina,
quédase de media tarde
la escena, toca el reloj
la hora conveniente y salen,
en traje de pecadores,
muchas damas y galanes
por las dos partes opuestas
á ocupar todas las calles
del paseo: con que aquí
se van entablando lances
de la primera jornada.
Sigue el entremés, que le hace
un petimetre, que viendo,
ochenta pasos distante,
una delgada mantilla
de muselina, en su alcance
va tropezando con todos;
y al llegar á emparejarse
con ella, se halla una vieja
de las que quieren que el arte
haga por fuerza lo que
naturaleza deshace.
Pasa este intermedio, y luego
se ven reñir dos amantes
junto á un árbol; junto á otro
se encontraron al sentarse
otros dos, que de pasados
enojos se satisfacen;
y, en fin, los aventureros
ya de las casualidades
van fundando los motivos
para pasar adelante.
Conque vamos al sainete,
que es bueno, si hay quien repare
la variedad de figuras,
y todas tan naturales
las piezas, como que son
ellos mismos quien las hacen.
No faltan sus seguidillas
y tonadillas que acaben
de sazonar las ideas,
porque allí nada hay que falte,
sino es el juicio, que debe
de irse á pasear á otra parte.
La tercia jornada, amigos,
suele ser interminable,
pues tal vez en muchos años
no suele desenredarse
lo que allí queda pendiente;
pero por entonces vanse
unos á concluir el paso,
los otros á refrescarse,
y algunos, que son los menos,
diciendo que semejantes
representaciones eran
muy dignas de remediarse;
pero al otro día vuelven
á ver la segunda parte.
LADVEN. Según hablas, me parece
que tú has tenido algún lance.
PLASENC. Sí que le he tenido; pero
ha sido muy de otra clase.
PONCE. ¿Ha sido en el Prado?
PLASENC. Sí.
PEREIRA. ¿Y ha sido con damas?

[1] *Inédito.* Bib. Nacional. Ms. 14.594-23. Copia del siglo XVIII.

PLASENC. Tales
que caben en mí, y en toda
la ponderación no caben.

PONCE. Pues (dejando en su lugar
el preciso, respetable
decoro de las mujeres
que deben exceptuarse
deste encuentro, porque huyen
la ocasión de que las hallen)
te digo que yo he bajado
hacia el Prado algunas tardes,
y no he visto hacia allí cosa
que sea tan ponderable.

PLASENC. Amigos, son mucho cuento.

LADVEN. Como tú la cuenta saques
por lo que cuestan las mozas,
es cierto que mucho valen.

PLASENC. Más de cuatro conocemos
de valimiento tan grande,
que con tan sola una seña
que den, en los hospitales
destos reinos tendrá un hombre
cama y botica de balde.

PEREIRA. ¿Son de ésas las que tú tratas?

PLASENC. Son de genio tan distante,
que son siete doncellitas.

PEREIRA. Hombre, y ¿dónde las hallaste?

PLASENC. Camino de Recoletos,
cogiendo la fresca, un martes.

LOS CUAT. ¿Y á todas las galanteas?

PLASENC. No, señor, que una es bastante
para divertirse un hombre.

PEREIRA. Y aun para desesperarse.

PLASENC. Pero soy de las demás
tutor; aunque, si persuade
más la vista que el oído,
luego que la tarea acabe
del teatro os llevaré,
que no está de aquí distante.
Las veréis ¡qué recatadas!
¡qué graciosas! ¡qué agradables!
Sólo á mí me quieren, y eso
porque me ven hombre grave.

LOS CUAT. Todos iremos gustosos.

PLASENC. Pues cuanto antes se despache
será mejor; vamos luego. *(Vuelven).*
Lo que encargo es que delante
de ellas no ha de haber palabra
ni obra con que se manche
lo cándido y lo sencillo
de su inocente carácter.

LOS CUAT. Bien está.

PLASENC. Pues de ese modo,
venid todos á envidiarme. *(Vanse.)*

(Salón. Salen las siete señoras, cada una con su labor, y detrás FRANCHO. *La salida muy despacio, dando vuelta al tablado, y se descubre una mesa y sillas).*

FRANCHO. Vamos tomando cada una
al instante su tarea,
si quieren que algo les traiga
que merendar cuando vuelva.

TODAS. ¡Tío, tío, vuelva usted,
por Dios, antes que anochezca!

FRANCHO. Bien está. ¡Qué laboriosas,
qué obedientes y qué bellas!

TODAS. Adiós, tío.

FRANCHO. Adiós, sobrinas,
que presto daré la vuelta.
Cuenta con no abrir á nadie,
y aplicarse á las haciendas. *(Vase.)*

PEREIRA. ¿Fuese?

TODAS. Sí.

PEREIRA. Pues arrojad
la labor sobre la mesa
y pensemos en holgarnos,
ínterin que á vernos vengan
algunos de los que suelen.

PAULA. Estarán en la comedia
todos, y acaso ninguno
vendrá ahora.

PEREIRA. No lo creas,
que antes yo me estoy temiendo
que, por vender la fineza
cada uno de acompañarnos,
ha de dar la contingencia
de que haya muchos á un tiempo,
y dió la tramoya en tierra
de creer cada uno que es solo;
citados á horas diversas...

JOAQUINA. Aquí que no lo oyen ellos,
cierto me admiro que sean
los hombres tales que, á vista
de las muchas experiencias
que hay, son los más castigados
los que menos escarmientan.

PAULA. ¡Ah, pobres! Como á nosotras
se nos ponga en la cabeza,
les haremos creer que son
anises las berenjenas.

BASTOS. La conversación, señoras,
para la cárcel es buena.
¿Qué hacemos?

JOAQUINA. Yo os lo diré...
(Llaman.)
Mas llamaron á la puerta.

TODAS. A sentarnos.

PEREIRA. Abre tú;
y por si otro viene, alerta;
y cuenta no te descuides.

SEGURA. Ya yo voy. ¡Cielos, paciencia!
¡Ay de quien sólo nace á ser portera!

(Va á abrir la puerta y sale CHINICA, *de abate).*

CHINICA. Antes que el sol, fatigado
de andar su larga carrera,
en el húmedo jergón
del Océano se tienda,
vengo á ver, hermosa, dulce,

florida, apacible, bella,
imponderable, exquisita,
adorada, feliz prenda,
cómo estás.

JOAQUINA. Como quien vive
sin ti.

CHINICA. Pues estarás muerta;
que, lejos de lo que se ama,
es muerte civil la ausencia.

JOAQUINA. ¡Cuánto tus satisfacciones
mi sencillo afecto premian!

CHINICA. Hablo con satisfacción
porque bien puedo tenerla.
Y vosotras no tengais
envidia de esta fineza,
que una vez que yo me cargo
con toda la casa á cuestas
á todas pondré en estado...
(Llaman y se tercia la capa).
Pero ¿quién así golpea?

TODAS. ¡Pobrecitas de nosotras
si es el tío!

CHINICA. Nada teman.
Si yo supiera el gallina
que intentó que no trajeran
espadines los abates
le había de abrir la cabeza
de una cuchillada.

PEREIRA. Vamos,
que para todo hay enmienda.
Póngase aquí de este modo,
y esa palangana tenga
segura; tú esos encajes
jabona, y haz la desecha;
mesurémonos nosotras,
y tú abre al punto la puerta.

SEGURA. Ya voy. ¡Cielos, paciencia!
y ¡ay de quien sólo nace á ser portera.
(Vase á abrir.)

CHINICA. ¡Tened clemencia, astros,
del que nace á servir de pie de palo!
(Sale ESPEJO, de abogado.)

ESPEJO. Amado, fino, imposible,
perdona si la tarea
de mis juntas y mis pleitos
me trae tarde á tu presencia.

BASTOS. Quien es deseado, nunca
viene tarde, como venga.

ESPEJO. Esto de ser uno solo
adonde una le requiebra,
y tiene á seis envidiosas,
es satisfacción suprema;
y que aquí no hay fingimiento
ni más gallo que el que suena.

CHINICA. ¡Achís!

ESPEJO. Dios ayude á usted,
señora, y que de completa
salud le sirva.

JOAQUINA. Vivais
mil años, por la fineza.

ESPEJO. Digo ¿qué fregado es ese?

BASTOS. Ociosidad. Dejadla á ella,
y hablemos aquí nosotros.

ESPEJO. Yo hablaré con quien yo quiera,
que toda la casa es mía,
desde el pie de la escalera
hasta el tejado.

TODAS. Es así

CHINICA. ¡Conque á mí nada me queda!

ESPEJO. ¡Lo que hace ser uno el amo
del cortijo! Como ovejas
están ya; no tengan miedo
que no está brava la fiera... *(Llaman.)*
¿Pero quién llama?

BASTOS. Mi tío
será; ¿que haremos, Marcela?

PEREIRA. No hay que asustarse; que él breve
se pasará á la otra pieza.
Quítese usted la peluca;
traed vosotras esa mesa,
que en levantando el tapete
y puesto de esta manera,
y tú aquí arrimada, como
que montas esta cofieta,
mal lo podrá conocer.

ESPEJO. ¿Cómo se hace tal bajeza
conmigo?

CHINICA. Como conmigo
esta otra.

PEREIRA Valga paciencia.

CHINICA. ¡Tened clemencia, astros,
del que nace á servir de pie de palo!

ESPEJO. ¡Tened, astros, clemencia
del que nació á ser molde de cofietas!

PEREIRA. ¡Abre!

SEGURA. ¡Cruel estrella,
sácame del estado de portera!
(Sale la señora MARIQUITA, de petimetre.)

MARIQ. A no ser de aquesta casa
tal la clausura, que apenas
resquicio por donde entrar
el débil ambiente encuentra,
estaría sospechoso
de la tardanza que muestran
para abrirme.

PAULA. Dueño mío,
tú traes de alguna impaciencia
preocupado el pensamiento,
pues mal puede gastar flema
en presentarse á tus ojos
quien con cólera te espera.

MARIQ. Amor es vivo; no extrañes,
dueño adorado, la queja.

ESPEJO. ¿Quién es este hombre que ha entrado?

BASTOS. No hay que volver la cabeza,
(Dale bofetón.)

porque á usted nada le importa
ni quién sale ni quién entra.

ESPEJO. Mándeme usté ahora danzar,
que es lo que sólo me resta

MARIQ. Aplicada está la gente.

PORTUG. Ya nos duele la cabeza
de trabajar.

ESPEJO. A mí no,
que la tengo de madera.

SEGURA. Señoras, ¿en el portal
no veis el ruido que suena?

PEREIRA. Este es el tío que viene
con gente.

MARIQ. Pues que me vea
es forzoso.

PAULA. Nos matara
si tal cosa sucediera.

ESPEJO. ¡Qué gran socorro es un tío,
una madre ó una suegra
para ciertos lances!

MARIQ. Vaya,
que debajo de la mesa
me ocultaré mientras pasa.

ESPEJO. Como usted con la manteca
del peluquín no me manche
la sotana, á la derecha
tiene bastante lugar.

MARIQ. ¡Villanas! ¿á mí esta ofensa?
Yo sabré vengar...

TODAS. El tío...

MARIQ. En vuestras vidas...

TODAS. ¡Que llega!...

MARIQ. De tanta infamia...

TODAS. ¡Que viene!

CHINICA. Los abates en pendencias
jamás parecieron bien.

(Suelta la palangana.)

MARIQ. ¿Otro engaño?

PEREIRA. No lo creas,
que ha sido por sólo hacer
de vuestro amor experiencia.
Y así, mientras pasa el tío,
cada uno vuelva á su tema,
y tú dentro de este marco
puesto así, tendrás suspensas
por un rato las acciones;
dejando por nuestra cuenta
lo demás.

LOS TRES. Por nuestro honor
el no replicar es fuerza.
¡Tened, cielos, clemencia!

ESPEJO. ¡De quien nació á ser molde de co-
[fietas!

CHINICA. ¡De quien nació á servir de pie de
[palo!

SEGURA. ¡Ay de quien sólo nace á ser por-
[tera!

(Sale PLASENCIA, *de majo, con otros cuatro.)*

PLASENC. Ya creí que había salido
la gente, sin mi licencia,
fuera de casa; cuidado,
y pase por la primera.
Acerquen esos asientos
á estos señores.

LOS CUAT. Que besan
vuestros pies.

TODAS. Muy bien venidos.

PEREIRA. Ya se ve que serlo es fuerza
los que acompañados vienen
del único...

PLASENC. Tente, espera,
que juzgo que mientes; ¿quién
es aquel hombre?

PEREIRA. ¡Qué ciega
es la pasión de un amante!
¿No ves que es una francesa
pintura para modelo
de las modas que allí estrenan?

LADVEN. Está tan propia, que puede
equivocarse cualquiera.

PONCE. Yo aseguro que jamás
vi figura que parezca
más natural.

PLASENC. ¡No ha de estar
natural, si pestañea!

LADVEN. ¿Y se dice qué pintor
hizo cosa tan bien hecha?

PEREIRA. Un francés aficionado.

PLASENC. Y, porque más os suspenda,
hasta la respiración
le pintó; llegad más cerca,
lo veréis.

PEREIRA. Teneos un rato,
(Los detiene.)
y mirad esta cabeza
para montar cofias, y este
pie de lavar.

CAMPANO. Aunque es fea
la cara, están las figuras
tan propias, que ni de cera.

PLASENC. ¡Vaya que los extranjeros
tienen preciosas ideas!

MARIQ. ¡Ejé!

CHINICA. ¡Achís!

ESPEJO. *Dominus tecum.*

PLASENC. El hablar y el que se muevan (1)
es maula: yo he de apurarlo
y matar á quien me ofenda.

CHINICA. Estése quieto ó va la
palangana á la mollera.

LOS TRES. Hagámonos de una banda.

LOS CUAT. Nosotros á la otra acera.

TODAS. Ved...

(1) Desde aquí hasta el final de letra diferente. Lo añadido es posterior á 1765, en que se casó el príncipe, después Carlos IV. Quizá sea de otro autor.

ELLOS. ¡Tened, picaronazas!
TODAS. El escándalo...
ELLOS. ¡Ah, embusteras!

(*Sale* FRANCHO.)

FRANCHO. ¿Qué es esto? ¿aquí tanta gente?
¿Voces tales y pendencias?
Todos quince han de morir.
PLASENC. Es verdad: cuando Dios quiera.
ELLAS. ¡Perdón, tío!
FRANCHO. No hay perdón,
que ha de acabarse la fiesta
á palos hoy ([1]).
MARIQ. Eso no, que ya acabada
esta pintura pequeña,
cantaremos en aplauso
del príncipe y la princesa
lo que dicte nuestro afecto
con las acordes cadencias.
UNO. Dices bien, pues es su día;
vamos presto.
TODOS. Pues empieza.
UNO. En este feliz día
es razón que celebremos
de nuestro dueño los años
y de su esposa el contento.
TODOS. ¡Vivan dichosos,
con lazo eterno,
los dos amantes
príncipes nuestros!
OTRO. Aunque siglos se le cuenten
siempre joven le admiremos,
logrando de la princesa
los recíprocos afectos.
TODOS. ¡Vivan dichosos,
con lazo eterno,
los dos amantes
príncipes nuestros!

16

El novio rifado

1762 ([2]).

(*El teatro representa la calle de la entrada de un lugar; casas á un lado y á otro; á la derecha, la del escribano; á la izquierda, la taberna; el foro de selva, y alguna casilla al último bastidor. Todas las mujeres que puedan, de payas muy bizarras y algunas con panderos cantando alrededor de* CHINICA, *que saldrá lleno de cintas y flores el sombrero, y con el coro bailan en el tablado, queriendo siempre* CHINICA *bailar con* POLONIA, *y se entrarán. Antes han salido* TADEO *y* ALDOVERA, *de capas y melenas; lo observan y luego llaman á la puerta del escribano, que es* ESPEJO, *y sale.*)

CORO. «¡A la flor, á la flor á la flor;
á la flor, á la flor del azahar!
¡Viva Periquito,
que es hoy el gallito
de nuestro lugar!
A CUATRO. Baila, baila, moreno, conmigo.
SOLO. Yo con todas no puedo bailar.
A CUATRO. Periquito, dinos, ¿á cuál quieres?
SOLO Eso, niñas, después se verá.
CORO. ¡A la flor, á la flor, á la flor;
á la flor, á la flor del azahar!
¡Viva Periquito,
que es hoy el gallito
de nuestro lugar!» (*Vase.*)
TADEO. Todo el lugar trae el bicho
del mozuelo alborotado.
ALDOVERA. ¿Qué quieres, amigo?; aquí
tiene lugar el adagio
de que «á falta de hombres, bue- [nos...»
TADEO. No es eso lo que yo hallo
peor.
ALDOVERA. ¿Pues qué es?
TADEO. El que sea
sobrino del escribano:
que si no ya hubiera habido
quien le escarmentase á palos,
para que no alborotase
las mozas.
ALDOVERA. ¿Y qué embarazo
para cascarle las liendres
es ése? Si remediarlo
no quiere el tío, verás
qué pronto lo remediamos
nosotros. ¿Si estará en casa?
TADEO. Veremos. ¿Señor Bernardo?

(*Sale* ESPEJO *por la puerta de su casilla en chupa y melena.*)

ESPEJO. ¿Qué se ofrece, caballero?
ALDOVERA. Decirle á usted que es un diablo
su zagal.
ESPEJO. Por él se dijo
«de casta le viene al galgo...»
Todos los de mi familia
lo fuimos cuando muchachos.
TADEO. Pues al diablo se le espanta
cruzándole á zurriagazos
muchas veces las costillas.
ESPEJO. ¿Y por qué?
ALDOVERA Porque no hay amo
ni padre que guardar pueda
á las mozas de su cargo.
TADEO. Porque de noche y de día
se escapan por galantearlo.
ESPEJO. Amigo, á todas las cosas
duplica el precio lo raro.
Mientras hubo en el lugar
abundancia de gallardos
mozos, todas las mocitas
de Perico hacían ascos

([1]) Falta el resto del verso.
([2]) Bib. Municip.: leg. 1-167-38. Copia antigua. Impreso suelto varias veces.

y ninguna le miraba.
Salieron para soldados
unos, por no salir otros
se fueron ó se casaron,
y se quedó el gallinero
de las mozas sin más gallo
que él en el lugar, conque
el que antes fué despreciado
de todas, hoy trae á todas
detrás de sí suspirando.

TADEO. Pues que despache á elegir
á una ú le despachamos
nosotros.

ESPEJO. Seo Regidor,
señor Personero, á espacio,
que es razón que yo aproveche
la ocasión, ya que ha llegado,
para establecerle bien.

ALDOVERA. En eso no nos mezclamos;
cásele usted con quien quiera,
pero enciérrele entre tanto.

TADEO. Nosotros á la quietud
pública sólo aspiramos,
y sobre ella...

ESPEJO. Sí, sobre ella
había que hablar muy largo;
porque hay otras inquietudes
secretas que hacen más daño
que las públicas; pero esto
ahora no viene al caso.
Vayan ustedes con Dios;
cuiden de que los abastos
sean de buena calidad
y á precios acomodados;
dispongan que en la taberna
no vendan el vino aguado;
que el alcalde no ande á pie
y el caminero á caballo;
tengan una danza menos
en las funciones del santo
y un capellán más, que enseñe
la doctrina á los muchachos;
no se coman el caudal
de los propios entre cuatro,
de cien vecinos, y dejen
noventa y seis suspirando,
etcétera, que el andar
las mozas por ahí bailando,
y mi sobrino tras ellas
hasta que una le eche el gancho,
no ha de perder á la villa
ni destruir los sembrados.

TADEO. Lo dicho, dicho.

ESPEJO. Está bien;
me doy por notificado.

ALDOVERA. ¿Vamos á probar su cuba
de vino moscatel?

TADEO. Vamos. (*Vanse.*)

(*Sale* CHINICA *por el otro lado.*)

CHINICA. Sobre que han dado las mozas
en que me han de poner guapo...

ESPEJO. ¡Qué de flores, qué de cintas!
Hombre, vienes más bizarro
que un novio.

CHINICA. Tío de mi alma,
no andemos con arrumacos;
yo no puedo resistillo
ya más.

ESPEJO. ¿Pues qué tienes?

CHINICA. Algo.

ESPEJO. Pero ¿qué?

CHINICA. ¿Ve usté toda esta
sarta de flores y lazos?
Pues á porfía las chicas
del lugar me los han dado.

ESPEJO. Eso es honrarte, sobrino.

CHINICA. Sí, ¿y el estarme forzando
todas á bailar con todas?

ESPEJO. Eso es debido agasajo.

CHINICA. Baila un hombre á una y luego,
cuando está un hombre cansado,
sale otra, le cansa más;
está un hombre deseando
que lo deje, y sale otra,
y luego otra, sin dejallo
á un hombre tomar aliento
tan siquiera. Vamos claros,
tío; yo no soy de piedra
para resistir á tanto,
y lo peor es que me tienen
de amor tan atiborrado,
que hubiera muerto á no ser
porque me siento aliviado (*Ríe*)
en viendo á Teresa.

ESPEJO. ¿Cómo?
¿Qué me dices, mentecato?
¿Tú amas á Teresa?

CHINICA Mucho.

ESPEJO. ¿Y á ti ella?

CHINICA. Mucho. El chasco
es que como no tuvimos
ocasión para explicarnos,
ni ella ha dicho que me ama
ni yo la he dicho que la amo.

ESPEJO. Según eso, ¿tú jamás
te explicaste por lo claro?

CHINICA. Si no he podido.

ESPEJO. ¿Pues cómo
sabes que te quiere?

CHINICA. Cuando
la veo, mi corazón
empieza á dar unos saltos
unas veces, y otras veces
discurro que está tocando
dentro de mi cuerpo algún
tamborilero encerrado. (*Se ríe.*)

ESPEJO. ¡Hola!

CHINICA Aún hay más que decir:

cuando la encuentro la largo
muchas cortesías, y á ella
se le ponen colorados
los carrillos.

ESPEJO. ¿Y qué más?

CHINICA. Se para; con una mano (*Ríe*)
suele retorcer la punta
de su delantal, jugando,
y con la otra, poniendo
los dedos así apartados,
se tapa los ojos, pero
bien me ve, porque si saco
la lengua se ríe la tonta. (*Ríe.*)

ESPEJO. ¿Y después?

CHINICA. Siempre encontramos
gentes, y entonces se va
cada uno por su lado.

ESPEJO. Oye, Perico, en todo eso
hasta ahora no hay algo malo;
pero á ti no te conviene
Teresa, considerando
que es una huérfana y que
su dote y su mayorazgo
son su persona y no más.

CHINICA. Eso es lo que me ha gustado (*Vivo*)
justamente, la persona,
y tras de la que yo ando,
tío mío.

ESPEJO. Esa es manía,
y pensar es necesario
en lo sólido; tú puedes
hallar más aventajado
partido.

CHINICA. Eso es imposible;
y por más viñas, ganados
y olivas que tenga, nunca
seré rico medio año,
pues al mes me muero si
con Teresa no me caso.

ESPEJO. Hombre, otras Teresas hay
en el lugar de más blanco
color, de mejores ojos,
mejor pelo, de más garbo
y más ricas.

CHINICA. ¡Dale, bola!
Digo que serán un pasmo
todas las Teresas; pero
esta sola me ha petado;
y más quiero ésta en camisa
que otra vestida de raso
liso de color de pulga,
con encajes, con penachos
y *Don*, como la Teresa
cuñada del boticario.

ESPEJO. Hombre, yo no puedo menos
de acreditarte mi amparo,
y si quisieran las tías
de Teresa darla ..

CHINICA. Vamos
á otro recurso, porque ese
ha días que está negado.

ESPEJO. ¿Por qué?

CHINICA. Porque ayer también
entrambas me declararon
su atrevido pensamiento.

ESPEJO. ¿Qué dices?

CHINICA. Sobre que me hallo
aburrido; pero ahí salen;
divertirlas entre tanto
que busco yo á mi Teresa.

ESPEJO. Con todo he de ver qué saco
de ellas.

(*Salen las señoras* JOAQUINA *y* MARIANA, *taberneras.*)

MARIANA. ¡Perico!

JOAQUINA. ¡Perico!

CHINICA. Ya vuelvo, que estoy despacio.

MARIANA. Escúchame.

JOAQUINA Mira.

CHINICA. Ahí queda
mi tío de apoderado. (*Vase.*)

MARIANA. Hermana, parece que
tu amante hace poco caso
de ti.

JOAQUINA ¿Mi amante? Di el tuyo.

MARIANA. ¡Si yo no gusto de trastos!

JOAQUINA. Así él te quisiera.

MARIANA. ¿Y quién
me disputará este lauro?

ESPEJO. La más rica labradora
(*A la* JOAQUINA)
y criadora de pavos
del lugar. La más famosa
(*A* MARIANA)
tabernera que hay de cuatro
leguas de aquí en el contorno,
¿habían de hacer el disparo
de casar con un mocoso
desnudo y atolondrado?

MARIANA. Ya se ve. Yo me avergüenzo
solamente imaginando
la poca honra de mi hermana.

JOAQUINA. Menos tienes tú, y si parlo
cuanto sé en esta materia...

ESPEJO. Si todo eso es excusado,
y es público en el lugar
que estais lejos de casaros
entrambas.

MARIANA. El lugar hace
muchos juicios temerarios
á veces.

JOAQUINA Y se publican
cosas que no se han pensado.

ESPEJO. Lo que se dice de ustedes,
con un general aplauso,
es que van establecer,
entregándola el legado

que la dejó su tío Antón,
á Teresa.

MARIANA. ¿Qué borracho
lo dijo?

JOAQUINA. Teresa ha poco
que cumplió los veinte años
y aún puede esperar

MARIANA ¿Teresa
casarse? ¡En eso pensamos!

ESPEJO. Casémosla con Perico,
y queda el pleito acabado.

MARIANA. Muy bien.

JOAQUINA. No puede ser eso.

ESPEJO. ¿Por qué razón?

MARIANA. En quedando
á solas os la diré.

JOAQUINA. Tenemos que hablar despacio.

ESPEJO. Ustedes me harán pensar
que entrambas lo han acotado
para sí.

JOAQUINA. Nunca he tenido
yo pensamientos tan bajos
como mi hermana.

MARIANA. Es verdad,
ya que me estás provocando,
que tu difunto no era
un miserable criado
de la taberna de padre
cuando por fuerza os casaron.

JOAQUINA. Cosas de padre.

MARIANA No fueron
sino cosas tuyas.

ESPEJO. Vamos
mudando conversación;
pues lo que en limpio sacamos
es que ninguna de ustedes.
le quiere por su cuñado.

MARIANA. Ya se ve, y lo que yo digo
es solamente mirando
al honor de la familia.

ESPEJO. Pues de esa manera hagamos
la paz, recíprocamente
ambas ante mí jurando
no casarse con Perico.

JOAQUINA. Yo desde luego me aparto.

MARIANA. Yo no tengo que apartarme,
porque nunca me he acercado.

ESPEJO. Y yo os doy el parabien
de que os conforméis con tanto
juicio.

JOAQUINA. Si usted halla oculto
(*Aparte á* ESPEJO)
medio, señor Escribano,
de casarme con Perico,
le doy cincuenta ducados
de guante.

ESPEJO. ¿Eso tenemos?

MARIANA. Si con Perico me caso (*Lo mismo*)
por disposición de usted,
diez fanegas le rega'o
de trigo y arroba y media
de aquel vino ojo de gallo
que á usted le gusta.

ESPEJO. Es famoso.

JOAQUINA. Disponedlo, reservando
esta especie de mi hermana,
y adiós, adiós... (*Vase.*)

MARIANA. Yo me allano
á todo lo que quisiere
capitular el muchacho;
no digais nada á mi hermana
y adiós, no sospeche algo. (*Vase.*)

ESPEJO. ¡Muy bueno! ¡Pobre sobrino,
tus esperanzas rodaron!

(*Sale* CHINICA)

CHINICA. ¡Tío, tío! ¡Ay, infelice
de mí!

ESPEJO. ¿Por qué estás temblando?
¿Qué traes?

CHINICA. Socórrame usted,
que todo el lugar ha dado
en que por fuerza me tengo
de casar con él.

ESPEJO. ¡Muchacho!
¿qué dices?

CHINICA. Nada, esas mozas
lo dirán por mí cantado.

(*Salen todas las más mozas que puedan, como antes, menos* POLONIA, *cantando el coro siguiente, y luego salen acechando* MARIANA *y* JOAQUINA.)

(*Cantando y porfiando entre ellas.*)

CORO. «Para mí le quiero,
yo por él me muero,
ninguna presuma
me lo ha de quitar.

(*Bailan rodeándole y él huye detras de* ESPEJO.)

A la flor, á la flor,
á la flor del azahar.
¡Viva Periquito,
que es hoy el gallito
de nuestro lugar.

(*Sale* MARIANA.)

MARIANA. Váyanse muy noramala
todas. Señor Escribano:
acábese el disimulo. (*Resuelta.*)
Le quiero para mí. Claro.

JOAQUINA. ¿Llegó el tiempo de servirme,
según teníamos tratado,
seor Escribano?

MAN. Y MAY. ¿Qué es esto?

ESPEJO. Se les ha puesto en los cascos
también casarse con él.

MAYORA. ¿Y con qué derecho? Alabo
su poca conciencia ¡qué almas!

¿pues no ven que eso es robarnos
á las solteras un triste
hombre que nos ha quedado?

MANUELA. Tiene razón; pues ustedes
ya saben lo que es el santo
matrimonio, ¡ande la rueda!
y dejen que lo sepamos
las demás.

MAYORA. Pedro en el día
no es dueño de sí.

ESPEJO. ¿Pues quién le ha embargado
la libertad?

MAYORA. ¡Yo!

MANUELA. ¡Yo!

TODAS. ¡Yo!

CHINICA. Tío, por Dios, os encargo
que ajustéis este negocio,
que yo aunque me hagan pedazos,
no puedo cumplir con tantas.

ESPEJO. Déjame á mí ese cuidado.

MAYORA. No, no, dejad que con él
nosotras nos avengamos.

ESPEJO. Escuchad, que me ha ocurrido
un proyecto muy al caso.

TODAS. ¿Cuál es?

ESPEJO. Rifar á Perico
entre todas.

TODAS. ¿Cómo?

ESPEJO. Dando
por su cédula cada una
aquello que convengamos
con la justicia y que pueda
servirnos para dotarle,
puesto que es pobre, y hacerle
más apreciable y más grato
á vista de la dichosa
á quien se le dé el acaso.
¿Os convenís?

TODAS. Convenimos.

MARIANA. Usted se burla, Bernardo.

ESPEJO. Quien quiera tener derecho
al mancebo ha de pagarlo.

JOAQUINA. Pero...

ESPEJO. La cédula á ciento
sesenta reales.

JOAQUINA. ¿Cuánto?

ESPEJO. Media oncita de oro.

CHINICA. Tío,
Teresa no tiene un cuarto,
ni yo tampoco.

ESPEJO. (*Aparte los dos.*) Tú, calla,
que aquí estoy yo, mentecato.

MARIANA. Si no hay remedio, por mí
al punto voy á sacarlo
de la gabeta.

JOAQUINA. Y yo y todo.

TODAS. Todas al instante vamos
al Ayuntamiento.

ESPEJO. Y yo
á vosotros me adelanto
para disponer la rifa.

MARIANA. Adiós, y mira á qué chasco
por ti expongo mi dinero.

JOAQUINA. Adiós, Pedro regalado.

MARIANA. Adiós, y nota con qué
gusto todas te cantamos.

TODAS. «A la flor, á la flor, á la flor», *etc.*

(*Vanse acariciándole todas, y él desdeñándolas se queda.*)

CHINICA. ¿Usted quiere que me saquen
por suerte? Pues no me caso
sino con Teresa.

ESPEJO. Bueno,
ves á buscarla volando
y dila que venga á verme.

CHINICA. ¿Para qué?

ESPEJO. Ve, que yo aguardo
que caerá la suerte en ella.

CHINICA. ¿Y cómo?

ESPEJO. No seas pesado.

CHINICA. Ya voy. Yo dudo... Supongo
que semejantes milagros
nunca fué capaz de hacerlos
nadie sino un escribano. (*Vase.*)

ESPEJO. Voy á ponerme la capa
y á entablar lo proyectado. (*Vase.*)

(*Bosque largo. La señora* POLONIA, *guardando unos pavos, sentada sobre una roca y con la cantinela sale.*)

POLONIA. «Pavitos inocentes, *clo, clo,*
no estéis alegres, no,
y cuando estéis más libres
recelad la prisión, *clo, clo, clo, clo.*
Alegre ayer cantaba
también mi corazón, *clo, clo,*
y hoy llora en las secretas
prisiones del amor, *clo, clo, clo.*»

(*Sale* CHINICA.)

CHINICA. Mejor canta
mi Teresa que los pavos.

POLONIA. ¡Perico!

CHINICA. ¡Teresa!

POLONIA. ¿Qué hay?

CHINICA. Ahora que solos estamos
te digo te quiere mucho
tu Perico idolatrado.

POLONIA. ¿Y para qué me lo has dicho,
tonto, que ahora es necesario
que huya yo de ti?

CHINICA. ¿Por qué?

POLONIA. Porque dos enamorados,
según me han dicho, no pueden
estar solos mano á mano.

CHINICA. Según eso, ¿á ti también
el amor te ha pellizcado?
Sea enhorabuena, me alegro
como soy.

POLONIA. Yo no te hablo
de eso ahora, ni te lo digo...
CHINICA. Bien, por eso no riñamos
y no me lo digas, como
me lo demuestres en algo.
POLONIA. Yo te diera este ramito,
pero como tienes tantos...
CHINICA. Apara en tu delantal
cuantos favores me han dado
las mozas.
POLONIA. Toma ahora el mío.
CHINICA. ¡Ay, qué olor tan soberano
producen las amapolas,
la flor del muerto y el cardo!
¿Sabes lo que digo?
POLONIA. ¿Qué?
CHINICA. Que en tu pecho se han juntado,
según lo frescas que en él
las flores se conservaron,
las humedades de Abril
y las *aquellas* de Mayo. (*Ríe.*)
POLONIA. ¡Anda, embustero!
CHINICA. No digas
esas cosas, que me enfado.
POLONIA. Yo también.
CHINICA. Tasadamente,
van en el lugar rabiando
todas las mozas por mí,
y yo solamente rabio
por ti! ¡Ay! Ahora que me acuerdo,
mi tío te está esperando
para una cosa.
POLONIA. ¿Qué cosa?
CHINICA. Una rifa que ha inventado
para saber á cuál toco
y con qué moza me caso...
¡Qué sé yo!, allá lo verás.
POLONIA. ¿Es como la del marrano,
que uno se le lleva y todos
los demás quedan en blanco?
CHINICA. Creo que sí
POLONIA. Pues yo no entro,
que te quiero demasiado
para exponer á un azar
mi amor.
CHINICA. ¡Ay! Ya te he pillado,
ya me has dicho que me quieres.
POLONIA. No tal.
CHINICA. Anda y no hagas caso,
que si no lo hace la suerte,
verás cómo yo lo hago.
POLONIA. Mi prima Paquita viene.
CHINICA. Huye, huye, que es un trasgo,
que todo lo acecha y todo
lo va después publicando.
POLONIA. Pues voy á ver á tu tío;
pero á decirle que en vano
piensa que yo entre en la rifa,
que yo no juego lo que amo. (*Vase.*)
CHINICA. ¡Teresa, Teresa! Pero
Paquilla se va acercando:
disimulemos.

(*Sale la* CHICA.)

CHICA. (*Atisbando*) Teresa
habló con él mucho rato,
y porque vengo se ha ido.
Ya se acerca, no hago caso.
¿De qué hablarían los dos?
No, pues yo he de averiguarlo,
y para un día después
que cumpla los quince años
ver, antes que otra le pille,
si puedo yo asegurarlo,
como mi madre á mi padre,
que Dios haya perdonado.
CHINICA. ¿Qué buscas aquí, muchacha?
CHICA. Perico, ¡qué bello ramo
tienes!
CHINICA. Ya te dará envidia.
CHICA. El mío es mucho más guapo;
mira qué flores, y todas
cogiditas por mi mano.
CHINICA. Si estás contenta, mejor
para mí, que yo no cambio
éste por todo un jardín
entero.
CHICA. ¿Quién te lo ha dado?
CHINICA. ¡Qué sé yo!
CHICA. ¡A verle!
CHINICA. ¿De veras?
CHICA. Hombre, no has de ser ansiado.
¿Temes que yo te lo coma?
CHINICA. Vaya, mírale.
CHICA. ¡Oh, el pazguato,
(*Se le quita y le burla*)
que se deja engañar de una
muchacha como un garbanzo!
CHINICA. Dámele.
CHICA. ¡En eso pensaba!
CHINICA. Mira que al instante marcho
á decírselo á tu madre.
CHICA. En casa queda contando
ahora dinero, anda ve
y dala muchos recados
de camino.
CHINICA. Si ya sabes
que yo te quiero.
CHICA. ¡Mamau!
(*Le esconde debajo del delantal.*)
Sí, vénme ahora á colobear;
¿piensas que yo me las mamo?
CHINICA. Ni yo tampoco, y permita
(*Le quita el suyo.*)
Dios que se me rompa un brazo
si te doy el tuyo como
no me des el mío.
CHICA. ¡Andallo!

¿Tú me le quitas del pecho?
Eso estaba yo aguardando.

CHINICA. Y el collar también.

CHICA. Mejor;
y si quieres los zapatos
avisa. Sea enhorabuena.

CHINICA. Vaya, Paquita, ¿trocamos?

CHICA. ¿Trocar? Perico, á su tiempo.
En fin, ¿tú no me has quitado
mis flores y mi collar?
Pues no se te olvide el chasco.
Adiós, y díle á Teresa
que vaya á espulgar un galgo.
(*Vase.*)

CHINICA. ¡Escucha, escucha, Paquilla!
Yo voy á ver si la alcanzo,
no me arme algún caramillo
con Teresa. Ya estoy harto
de enredos y de mujeres,
y eso que aún no me he casado.
Estoy por .. pero el demontre
de Teresa me ha picado,
y en llegando á picar ellas,
quedó un hombre desahuciado.

(*Con tambor y dulzaina se descubre la plaza. Debajo de una enramada habrá una mesa con un sombrero boca arriba y recado de escribir; una silla y dos bancos. A un lado, otra silla elevada y enramada para* CHINICA. *Van saliendo dos hombres de alguaciles,* ESPEJO, TADEO, ALDOVERA *y* CALLEJO, *de alcalde, que se sientan* pro tribunali, *y luego salen las mujeres, que se ponen en dos filas á los lados,* etc., *todo con la dulzaina y tamboril.*)

CALLEJO. Sentémonos y al negocio:
señores, vamos callando.

ALDOVERA. ¿Y á qué viene eso, mi alcalde,
pues hasta ahora nadie ha hablado
palabra?

CALLEJO. Para que callen,
lo prevengo de antemano.
¿Dónde está Perico?

CHINICA. Aquí,
todo entero y enterado.

CALLEJO. Suba usté á ocupar su puesto.

CHINICA. ¿Y cuál es? ¿Este tan alto?

ESPEJO. Pues.

CHINICA. (*Aparte.*) Si no me cuida usted,
tío, me muero ó me mato.

ESPEJO. ¡Calla, tonto!

CALLEJO. ¡Ea, señoras!
Para que contra el muchacho
en algún tiempo ninguna
repetir pueda el agravio,
aquí está echada la suerte;
cada una vaya sacando
la suya, y á la que toque
gócele por muchos años.

TODAS. ¡Amén!

CHINICA. Yo estoy divertido
ahora; después es el caso.

JOAQUINA. ¿Quién va primero?

TADEO. A la seña
vayan en fila pasando.

ESPEJO. Revuelvo las cedulillas
y doy fe de que en el acto
no hay trampa.

CHINICA. Pues si no hay trampa,
llevóse mi gusto el diablo.

CALLEJO. Silencio y atención: una,
dos, á las tres. ¡Vamos!

TODAS. ¡Vamos!

(*Vuelven á tocar y truecan puestos las mujeres sin confusión, sacando al pasar cada una su cédula grande para que se vea y doblada.*)

CALLEJO. ¡Chito! Váyanlos ahora
por su turno desdoblando.

MARIANA. ¡Maldita sea mi suerte!

JOAQUINA. ¡Y la mía!

RAF. Y BOR. ¡En blanco, en blanco!

ESPEJO. Vamos, Teresa.

POLONIA. No quiero
desdoblarla, ni yo paso
por la rifa, y con los dientes
antes haré mil pedazos
la cédula y con los pies
la he de soterrar debajo
del polvo.

CHINICA. ¿Qué haces, mujer?
(*Baja.*)

POLONIA. ¡Vete noramala, ingrato!

CHINICA. ¿Y á qué viene esto? Sin duda
sabe ya el trueque del ramo.

ESPEJO. ¿A ver, tú?

MANUELA. ¡En blanco!

ESPEJO. ¿Y vosotras,
muchachas?

MAY. Y CAR. ¡En blanco, en blanco!

ESPEJO. Por la cuenta era la alhaja
la que esotra ha desgarrado.

CALLEJO. ¡Viva la novia!

MAR. Y JOAQ. ¡No viva!

CHINICA. ¿Cómo? Estoy desesperado.

JOAQUINA. Vuélvase á rifar.

MARIANA. Sí, sí,
aunque demos otro tanto.

ESPEJO. No puede ser, que en conciencia
Teresa se le ha llevado,
pues, si no su cedulilla,
todas existen en blanco.

CALLEJO. Pues, conformidad, amigas.

TODAS. Habremos de conformanos
por fuerza. (*De mala gana.*)

(*Sale* CHICA.)

CHICA. Poco á poco,
señores, que el escribano
os la ha jugado de puño.

JOAQUINA. Muchacha, ¿qué estás hablando?

CHICA. Mire usted, madre, en la rifa

sólo había papeles blancos
y él le previno á mi prima,
yo misma se lo he escuchado,
que se hiciese la enojada
con Perico, y en sacando
la cédula la rompiera
en piezas para engañaros
de que era la escrita aquella
que Teresa había sacado.

ESPEJO. ¡Se dará tal demoñuelo!

MARIANA. Vuélvase á rifar.

TODAS. Volvamos.

CHICA. No hay para qué, porque ya
le tengo yo afianzado.

JOAQUINA. ¡Cómo, mocosa!

CHICA. Del mismo
modo que usted ha contado
muchas veces que á mi padre
afianzó á los once años.
El me ha quitado el collar
de mi pescuezo y el ramo
de mi pecho; éste es el suyo,
que yo por testigo guardo
y guardaré hasta que yo
tenga edad para casarnos.

JOAQUINA. Para que no te se olvide
yo te casaré entre tanto *(Enfadada)*
con dos docenas de azotes
hasta que deje chorreando *(La coge)*
la sangre.

CHICA. ¡Ay, ay! ¿quién me libra?
(Llora y grita.)

CALLEJO. Yo. Tía Geroma, despacio;
suelte usted esa niña. *(Se la quita.)*

JOAQUINA. ¿Cómo?
¿Puede un alcalde este caso
dejarle sin escarmiento
y el pueblo escandalizado?

CALLEJO. No pienso tal. Alguaciles,
en el calabozo bajo
encerrad esta mujer.

JOAQUINA. ¿Por qué?

CALLEJO. Porque yo fallo
son los azotes que á veces
sufren los pobres muchachos
injustos, siendo los padres
los que debieran llevarlos.
Pues no hubiera en la malicia
niños tan adelantados
si hablaran delante de ellos
los padres con más recato.
Llevadla ahora, y exigidla
después trescientos ducados,
que es el dote que á Teresa
le dejó por un legado
su marido, que Dios haya.

JOAQUINA. Señor...

CALLEJO. No nos detengamos.
(La llevan.)

MARIANA. ¿Y se deja sin castigo
la trampa del escribano?

CALLEJO. La hicimos entre los dos
de acuerdo, considerando
que no era razón casar
á Periquillo forzado
y hacer á dos infelices,
cuando estaba en nuestra mano
hacer á dos venturosos.

TADEO. El cuento es que ya se ha aguado
nuestra fiesta.

ESPEJO. ¿Cómo aguar?
Las muchachas se harán cargo
de la razón.

TODAS. Sí, señor.
¡Vivan los novios mil años!

ESPEJO. Y se dispondrá la novia
á divertirnos cantando
alguna gran tonadilla.

POLONIA. Y con el mayor gustazo.

CHINICA. ¡Bendita seas, amén!

CALLEJO. Y aquí el sainete acabando.

TODAS. Vuestras piedades merezca
si no mereciere aplauso.

17

La petimetra en el tocador.

1762 (1)

PERSONAS

DON ONOFRE, *marido de doña Agueda.*
DON ALONSO, *amigo de la casa.*
DON FELIX, *petimetre.*
UN PELUQUERO FRANCES, *amante de Beatriz.*
DOÑA AGUEDA, *petimetra.*
BEATRIZ, *criada.*
CELIA, *criada antigua.*
UN PROCURADOR.
UN PAJE

(La escena es un cuarto de la casa.—Tocador y sillas en disposición de haber habido visitas. DOÑA AGUEDA, DON ALONSO, D. FÉLIX, BEATRIZ *y* CELIA.*)*

D.ª AG. ¿El peluquero ha venido?

BEATRIZ. No, señora.

D.ª AG. ¿Y son?

D. FÉLIX *(sacando el reloj)* Las doce.

D.ª AG. ¡A las doce sin peinar
y hay concurrencia esta noche
en casa de doña Inés!
No hay paciencia.

BEATRIZ. No se enoje
usía, que, aunque no venga,
fácilmente se compone,
y en ahuecando los bucles
así como están, las flores

(1) *Inédito.* Bib. Municip.: leg. 1-158-14. Copia antigua con las aprobaciones y licencias que van al final.

y los polvos taparán
los defectos.

D.ª Ag. Ni los nombres,
¿Yo había de llevar peinado
remendado, y más adonde,
fuera de unas tres ó cuatro,
van las que mejor se ponen
en Madrid?

D. Félix. Mujer habrá
que de media legua note
si es añejo ó no el peinado.

D.ª Ag. Pues ¿no ha de haber? Desde el coche,
el otro día en los altos
distinguí unas diez ú once
que se peinan de criada.

D. A. y D. F. ¿Y en qué?

D.ª Ag. En que á todas las cogen
el dobladillo muy alto
y muy tirante. Las pobres
no entienden una palabra,
y se están como unos postes (1),
mientras una bruta de éstas
los pone como visiones.

D. Félix. Seguro está que de usted
tal se diga, pues conoce
los ápices del buen gusto.

D.ª Ag. No, señor. (*Con dengueza*)

D. Félix. Otra que amolde
peluqueros y criadas
como usted no hay en la corte.

D.ª Ag. No, señor... Han dado en eso...

Celia. ¡Qué adulador es el hombre!

D. Félix. Si han dado en eso es que usted
lo merece.

D.ª Ag. Usted me corre...
Pero á propósito, Celia:
¿ha traído respuesta Cosme
de casa de la batera?

Celia. Y ha tiempo.

D.ª Ag. Y bien, ¿concluyóse?

Celia. No, señora; le faltaba
que pegar las guarniciones.

D.ª Ag. ¿Y no me entraste el recado?
No hay cosa que más me choque
que esa maña en los criados.
Pues, importe lo que importe,
sin la bata no he de ir.

D. Alon. Si usted tiene unas catorce
ó quince, lleve una de ellas;
lleve usted la de colores
oscuros de antes de ayer.

D.ª Ag. A fe que bien se conoce
lo poco que usted lo entiende.

D. Alon. Pues ¿por qué? ¿qué hay que lo estorbe?

D.ª Ag. Que es visita de confianza,
y esas batas no se ponen,
con tanta b onda y nuditos,
sino en ciertas ocasiones.

D. Alon. Pues póngase usted la azul.

D.ª Ag. También es rica.

D. Alon. ¡Acabóse!
Pues ponerse la amarilla.

D.ª Ag. Es muy lisa.

Celia. No se tome
usía enfado por eso,
puesto le han dicho que torne
el paje antes de las dos
por la bata.

D.ª Ag. Y hasta entonces
estaré yo sin ponerme
las caídas y las flores,
y sin saber si la dicen
bien las que tengo.

D. Alon. ¿Si en corte
ha visto usted ya la tela
no basta?

D.ª Ag. Es distinto golpe
el que dará después de hecha
que en la pieza.

D. Alon. ¡Qué aprensiones
tan raras tienen ustedes!

Beatriz. Pues para que eso no estorbe,
ponerse las caídas blancas.

D.ª Ag. ¡Qué tarde y qué mal se imponen
las criadas en las modas!
¡Si se estilan de colores,
majadera, y, cuando no
sean triples, al menos dobles
y á lo salomónico!

Beatriz. Eso
ignoraba.

D. Alon. ¡Qué invenciones
para sacar el dinero
y dejarnos sin calzones
encuentran los extranjeros!

D.ª Ag. No, sino al tiempo de entonces,
con el pelo liso á fuerza
de pepitas de melones.

(*Sale el* Paje)

Paje. Señora, ya el peluquero
está aquí.

D.ª Ag. Que entre; ¿qué aguarda?

(*Vase y sale el* Peluquero)

D.ª Ag. Maestro, el día que más me urge
es cuando usted más se tarda.

Peluq. *Señorra, mi* he detenido
in casa de doña Juana,

(1) Variante de letra distinta:

En que á todas las ponen
el tur del todo aplastado;
los bucles todos sin orden,
y muy mal batido el pelo.
Ya se ve, y como las pobres
no entienden una palabra
aguantan como unos postes...

que es *tre dificíl*, *ma foá*,
de petinar, *oui*, *madama*.
D.ª Ag. Mal le luce, pues se peina
sin aire, gusto ni gracia.
Peluq. *Me* doña Juana *non es*
dan la meme inteligans.
D.ª Ag. Que lo esté ó no, siempre lleva
los bucles sobre la cara
tan menudos y tan llenos
de polvos y de pomada,
que parece son de estuco.
Peluq. La *plupart de estes madamas*
lo quierren ensí
D.ª Ag. Serán
todas las que tienen canas,
como doña Inés, que á fuerza
de untarlas y de empolvarlas
en blanco, engañan á muchos
de una legua de distancia.
D. Alon. Pues, ¿no es amiga de usted,
y amiga de confianza,
donde sería extrañeza
llevar una rica bata?
D.ª Ag. Sí, señor, ¿y qué tenemos?
D. Alon. Que es una cosa bien rara
lo sea para el adorno
y no deber ir de gala,
y que no lo sea bastante
á dejar de murmurarla.
D.ª Ag. ¡Ay, que me ha tirado usted!
Peluq. Estaba muy enredada
lo pel; si usía *mi permet*,
li desenredaré.
D.ª Ag. Vaya;
pero acabe usted ese bucle.
¡Ay, que ese alfiler me mata
y se me clava la punta!
Peluq. *Lli* quitaré.
D.ª Ag. ¿Qué es quitarla?
ni por pienso, que quizás
no podrá usted colocarla
de modo que quede bien.
D. Félix Eso es lo más acertado.
D. Alon. Pues ¿qué? ¿ha de ir la señora
con cilicio?
D.ª Ag. Menos malo
es que me incomode un poco
y que se me clave algo
que no aventurarme á que
no quede el bucle formado
á mi gusto y esté toda
la noche inquieta.
D. Félix. Eso es claro;
pues á fuerza de ludir
el alfiler contra el casco,
se le enromará la punta
y cuasi no la hará daño
en pasándose dos horas.
D. Alon. ¡No es nada!
D.ª Ag. No se ha enterado
el señor en estas cosas.
Este bucle está más alto
(*Al* Peluquero)
una línea que el igual
que ha puesto usted al otro lado.
Peluq. *Lli bacaré.*
D.ª Ag. Ya está mucho.
Peluq. *Lli* alzaré.
D.ª Ag. Ya es demasiado.
Peluq. *Lli aiustaré.*
D.ª Ag. Está sin aire.
Peluq. *Se lli daré.*
D.ª Ag. Está afectado;
mejor es que usted me vuelva
á peinar todo ese lado.

(*El* Peluquero *hace un ademán de enfado*).

D. Alon. Señora, si está tan bueno,
que yo, que estoy inmediato,
no le noto diferencia.
D.ª Ag. (*á* D. Félix) Los ojos tiene tapados.

(*Sale el* Paje)

Paje. Señora, el procurador
quiso que entrase recado
á usía, y dice que tiene
un negocio de cuidado
que comunicarla.
D.ª Ag. ¿Aun
no has ido (¡habrá pesado!)
por la bata?
Paje. Voy al punto;
pero á ese hombre que esperando
está en la antesala ¿qué
le digo?
D.ª Ag. Que más temprano
vuelva otro día.
D. Alon. Señora,
según ha dicho el criado,
parece es de consecuencia
el asunto, y escucharlo
será lo mejor.
D.ª Ag. Pues que entre;
no importa me esté peinando.

(*Sale el* Procurador)

Procur. Estoy á los pies de usía;
á usías beso las manos.
D.ª Ag. Dios guarde á usted
Procur. No quisiera
servir de algún embarazo.
D.ª Ag. No, señor.
Procur. Ni en ningún modo
ser molesto ni cansado.
D.ª Ag. No, señor; ¿y bien?
Procur. Es que
hay algunos tan pesados.
D.ª Ag. Ya se ve.

PROCUR. Que hablan dos horas
antes de llegar al grano
del hecho ([1]).

D.ª AG. Sí, como usted
dice lo experimentamos.

PROCUR. ¿Está usía buena? (*Sentándose.*)

D.ª AG. Buena.

PROCUR. ¿El señor don Onofre, ambos
señoritos y la niña
lo pasan bien?

D.ª AG. (*aparte*) ¡Qué pelmazo!
Muy bien. (*Al* PROCURADOR.)

PROCUR. Me alegro infinito.

D.ª AG. Que estamos muy ocupados:
levante usted más el bucle.
(*Al* PELUQUERO.)

PROCUR. Es, pues, el ca...

D.ª AG. No tan alto.

PROCUR. El caso es.

D.ª AG. (*Al* PELUQUERO.) No queda bueno;
es menester retaparlo.
¿Qué es, pues? (*Al* PROCURADOR.)

PROCUR. Es, señora, que
antes de ayer otorgaron
á nuestra parte contraria.

D.ª AG. (*Al* PELUQUERO) Ese está muy apartado.
Diga usted. (*Al* PROCURADOR.)

PROCUR. Digo, señora,
que antes de ayer oto...

D.ª AG. A espacio;
que me arranca usted el cabello.

D. ALON. Diga usted, ¿qué han otorgado?

(PROCURADOR *y* DOÑA AGUEDA *al mismo tiempo.*)

PROCUR. Digo que antes de ayer
obtuvo nuestro contrario
contra usía mandamiento
de ejecución, con embargo
de sus bienes muebles raíces,
adquiridos y heredados.

D.ª AG. De esta parte muy hundido,
está destotra muy alto;
y si usted no lo compone
no puedo salir. ¡Qué enfado
es que me tengan dos horas
sin acabar!

D. ALON. ¡Ea! vamos;
que el lance es de consecuencia,
señora, y bastante arduo;
por lo que es bien que al señor
con toda atención oigamos.

D.ª AG. Sin duda. (*A* D. ALONSO.)
(*Al* PELUQUERO.) Ese lado izquierdo
procurará usted igualarlo
al derecho.

D. ALON. Deje usted
el uno y el otro lado
y vamos á lo que importa.

D. FÉLIX. Lo que importa es el peinado.

D. ALON. Para el peinado habrá tiempo,
y puede muy bien dejarlo.

D. FÉLIX. ¿Dejarlo, á pique de que
sea hoy en todo el estrado
objeto de la censura?

D. ALON. Que lo sea monta un cuarto;
y monta mucho exponerse
al disgusto de un embargo.

D. FÉLIX. El embargo es fácil cosa
de impedir, y si por caso
la fama de petimetra
se pierde una vez, no alcanzo
cómo puede recobrarse
sin que pasen tantos años
que entre la gente se olvide
la incongruencia del tocado.

PROCUR. Y bien, ¿qué dispone usía?

D.ª AG. Que vuelva usted más despacio;
pues ahora, como usted ve,
no estoy para eso

PROCUR. Criado
soy de usía, y esta tarde
volveré si...

D.ª AG. Es excusado,
porque voy á la comedia.

PROCUR. Pues esta noche.

D.ª AG. Es en vano,
que luego voy á visita.

PROCUR. Está bien. (*Vase.*)

D.ª AG. Beatriz, volando
y traeme el otro espejo,
que antes que acabe los lados
quiero ver si está la trenza
bien hecha; usted le ha apretado
tanto que parece estoy
sin pelo.

PELUQ. *Me* si la ensancho
se risque de que se caiga.

D.ª AG. Usted no está acostumbrado
á peinar mucho en Madrid,
donde con pocos y malos
cabellos se hacen las trenzas
con ramales como el brazo.

PELUQ. *In honeur, madam*, que así
si lieva in Parris.

D.ª AG. Pues vamos,
déjela usted de esa suerte.

D. ALON. Lo que antes estaba errado,
luego que le han dicho á usted
que en París usan llevarlo
le parece bien.

D.ª AG. Sin duda,
y así debe ser; ¿acaso
quisiera usted que á Galicia
tomásemos por dechado?

D. ALON. No, pero la afectación

([1]) El censor advierte al margen que se quite la *l* ó se diga «de el asunto».

con que en Madrid abrazamos,
no sólo cuanto se estila
en los dominios extraños,
sino cuanto cualquier mono
de allá nos viene contando,
hace de nuestra nación
un diptongo galispano,
un pueblo que ignora desde
el sombrero hasta el zapato
lo que llevará mañana,
pues si se mete en los cascos
de una cabecilla en Francia
ponerse todo al contrario
que al presente, España toda
la vuelve de arriba abajo,
y hace un títere lo que
no pudiera un Alejandro.

D. FÉLIX. ¡Cómo pinta usted las cosas!
D.ª AG. ¡Jesús, qué sermón tan largo!
D. ALON. Y predicado en desierto.
D.ª AG. ¿Está ya finalizado?
PELUQ. *Oui, madam.*
D. AG. Pues está...
PELUQ. *Comán?*
D.ª AG. Como si los gatos
hubieran hecho los bucles.
PELUQ. *Lo pel* está disfrazado
y no quedará *micor.*
D.ª AG. Pues es fuerza remediarlo.
PELUQ. *Madam, il n'est pas posible.*
BEATRIZ. Vea usted si puede hacer algo.
PELUQ. *Por vusté, madmoasel,*
se fere le diable a cuatre.
Madam, il me samble que
com selá está bien puesto.
D.ª AG. ¿Bien? no lo imagine usted;
le falta mucho para eso.
PELUQ. *E bien,* no puedo *otri cosa.*
D.ª AG. ¿No puede usted componerlo?
PELUQ. No, *ma foa.*
D.ª AG. ¿No?
PELUQ. *No, madam.*
D. AG. Pues ya está todo deshecho.
(*Con rabia.*)
PELUQ. *¡Sacrebleu, sacre monam!*
Yo en Parris, ma foa, si ciert;
peinar bocú de prenceses.
D.ª AG. ¡Que pague yo mi dinero
y que gaste la mañana,
la tolerancia y el tiempo
en manos de este borracho!
PELUQ. Yo *ser* pobre peluquero,
madam; mes aucune, aucune
de tantes dams que peine,
mi trata ansi, é todes, todes
quedar de mí tre contentes.
D.ª AG. El peinado que me hace
le hiciera un esportillero.
PELUQ. *Sof le respect, madam,*
yo en Frans estar caballero,
é si injuriar davantaje
vuste á mi...
D. FÉLIX. Maestro, maestro,
mire usted no se propase.
PELUQ. *Elle se propas primero.*
D.ª AG. ¡Ella, ella! ¿qué se entiende?
¡Vinagre, bruto, grosero,
animal!
PELUQ. *¡Ma foa, madam!*

(*Sale* ONOFRE *en bata.*)

D. ONOF. ¿Qué gri... qué gritos son éstos?
¿Se arde la casa, se matan?
TODOS. No, señor.
D. ALON. Es...
D. ONOF. ¿Qué es?
D. FÉLIX. Es...
D. ALON. No es nada.
D. ONOF. ¿Qué es pues?
D. ALON. Un bucle mal hecho.
D. ONOF. ¿Por un bucle tanto ruido
y hacer tan grandes extremos?
¡Por vida de...!
D.ª AG. ¿Quién te mete
en los negocios ajenos?
D. ALON. Onofre, no te impacientes;
con sosiego, con sosiego.
D. ONOF. ¿Qué sosiego, ni que haca,
si escribiendo mi correo
estaba y por cuatro grifos
dan unos gritos tan recios?
D.ª AG. Yo gritaré lo que quiera.
D. ONOF. Que con estos embelecos
de composturas y modas,
que inventan los extranjeros,
en habiendo una visita
han de andar al retortero
todas las cosas!
D. ALON. Amigo,
que te vayas te aconsejo.
D. ONOF. Tienes razon. Adiós, hija;
pero ¿á qué hora comeremos?
(*Vase* D. ONOFRE.)
D. AG. Luego, al instante; pues yo,
para no ir con estos pelos,
me pondré una cofia grande.
BEATRIZ. Señora, si medio pueblo
estará esta noche allí;
¿no es mejor que procuremos
ver si con cuatro peinadas
puede componerse?
D. FÉLIX. Creo
que tiene razón Beatriz.
¿Y usted que dice?
PELUQ. *Verrenos.*
D.ª AG. No quiero sino la cofia.
BEATRIZ. Vaya, señora.

D.ª Ag. No quiero;
diré que me dió el vapor.

D. Alon. Así poco más ó menos
son los más males de ustedes.

Beatriz. ¿Es ésta? *(Trae la cofia.)*

D.ª Ag. Sí, ponla; luego
me acabaré de vestir.

D. Félix. Pues, señora, nos veremos
en la comedia después.

D.ª Ag. Ya sabe usted el aposento;
¿y usted, señor D. Alonso,
vendrá?

D. Alon. Allá iré si puedo.

D. A. y D. F. Beso á usted los pies. *(Vanse)*

D.ª Ag. Cuidado,
que sin falta los espero.

Todos. Mientras que una tonadilla
pide perdón de los yerros.

(Vase y quedan para la tonadilla Beatriz, Celia, *y el* Peluquero, *componiendo el tocador)* (1).

18

El Tío Felipe.

1762 (2).

(Salen las señoras, de mozas de lugar, siguiendo á Espejo, Nicolás *y los demás, que salen de mozos de lugar sin capas, sólo* Niso *que la trae.)*

Mujeres. Todo lo hemos de saber
ó han de dejar el pellejo
en nuestras uñas.

Hombres. ¡Mujeres,
que espera el ayuntamiento!

Pereira. Pues que espere ó que se vaya.
Se ha de saber á qué efecto
habéis estado cuatro horas
en la casa del concejo
y volvéis á ella al instante,
mi marido tan contento,
el tío Felipe tan triste,
todos los demás tan lelos
y el alcalde tan helado
que parece árbol de enero.

Espejo. Las cosas de que se trata
en los tribunales serios
ninguno debe saberlas
hasta que llegue su tiempo.

Mariq. Yo he de saber el asunto
que hay para tanto misterio,
ó agarro un palo y de todos
hago tortillas los sesos.

Todas. Queremos saber lo que hay,
sea malo ó sea bueno.

Nicolás. Señoras, poquito á poco:
ya saben que yo no quiero
riñas ni voces; hablando
todos nos entenderemos.

Plasenc. Sin ser mujer no es tan fácil
hablar y entender á un tiempo.

Pereira. Yo sólo quiero saber
qué caso tan raro y nuevo
es el que hay en el lugar.

Todas. Todas decimos lo mesmo.

Plasenc. Señoras, hasta después
quédense con Dios, pues veo
que no debemos decirlo
y es preciso que este cuento
venga á parar en puñadas.

Francho. Alcalde, poned remedio.

Niso. Yo no soy doctor, que soy
alcalde; hablad con respeto.
(Tocan dentro una campana.)

Nicolás. Señores, que está gritando
la campana del concejo,
y hay mucho de que tratar.

Todos. Pues vamos allá corriendo.

Pereira. ¿Conque resolvéis el iros
sin remedio?

Todos. Sin remedio.

Pereira. Pues ya que nos dejais, dadnos
un abrazo por lo menos.
(Hace señas para que los arañen.)

Plasenc. ¿Qué os concoméis, picarones?
¡Ah, inocentes majaderos!
¿no véis que sus agasajos
de Judas los aprendieron?

Pereira. El bribón del tío Felipe
nos ha entendido.

Mariq. *(Aparte á ellas.)* Es perverso;
en todo se le conocen

---

(1) Al final lleva estas licencias y aprobaciones:

«Madrid 27 de enero de 1762.—Extiéndase.

Nos el licenciado don José Armendáriz y Arbeloa, presbítero, teniente vicario de esta villa de Madrid y su partido, etc. Damos licencia para que el sainete antecedente se pueda representar en los coliseos de esta corte, atento que de nuestra orden ha sido reconocido y no contiene cosa alguna que se oponga á nuestra santa fe y buenas costumbres. Dada en Madrid á 28 de enero de 1762. —*Licenciado Armendáriz.*—Por su mandado, *José de Uruñuela y Marmolillo.*

Madrid 28 de enero de 1762. —Pase al censor y fiscal de comedias y con lo que dijeren se traiga.—*Luján.*

Madrid y enero 28 de 1762.—Señor: Este sainete de *La Petimetra en el tocador* no tiene reparo que impida el representarse si V. S. fuese servido conceder la licencia. Así lo siento, salvo miliori, etc.—*Nicolás González Martínez.*

Señor: Este sainete, por lo que mira á sus versos materiales, nada contiene que impida su ejecución; y si del asunto no se siguiere queja de persona particular por lo que denota el pasaje de sus escenas ó contra la razón de estado y política de la nación francesa, como expresan los versos de la foja 7 y 8, enmendando al mismo tiempo la palabra *lecho* con la que va puesta, podrá representarse dando V. S. su permiso; que es mi parecer, salvo, etc. —Madrid 29 de enero de 1762, *Antonio Pablo Fernández.*

Madrid 29 de enero de 1762.—Ejecútese con arreglo á las censuras. —*Luján.*

(2) Bib. Municip.: leg. 1-170-22. Impreso en la colección de D. Agustín Durán: I, 512, y suelto.

las mañas de perro viejo.
¡Chis! aunque me lleva algunos
años, he de ver si puedo
pegársela de codillo.

LAS OTRAS. ¿Y cómo ha de ser?

MARIQ. Fingiendo
todas la tema que yo
para burlarlos empiezo.—
Padre, vecinos, hermanos,
tíos, venid todos presto,
que nos matan, que nos matan
á traición.

LOS DEMÁS. *(Salen.)* ¿Qué ha sido ésto?
¿qué desgracia ha sucedido?

PLASENC. ¿En qué parará este enredo?

MARIQ. ¡Padre!

PAULA. ¡Padre!

PEREIRA. ¡Hermano mío!

JOAQUINA. ¡Marido!

LADVEN. ¿Qué contratiempo
es éste? Ved que el cuidado
nos tiene á todos suspensos.

PEREIRA. Felipe, por no sé qué
friolera que aquí hemos
tenido, de un bofetón
las narices me ha deshecho. *(Cae.)*

PAULA. El tío Felipe, á mí, á palos,
me ha molido todo el cuerpo.
¡Padre mío, padre mío,
que me muero, que me muero!
(Cae.)

MARIQ. Este otro me ha puesto á mí
una pistola á los pechos,
de manera que aun del susto
como una azogada tiemblo. *(Cae.)*

BASTOS. Este... yo... sí... ¡qué sudor!,
(Por FRANCHO.)
con un puñal... ¡yo fallezco!
airado vino... ¡qué angustia!...
Me parece que le veo
otra vez; ¡ay, ay, ay triste! *(Cae.)*

JOAQUINA. A mí, á patadas me ha puesto
el alcalde más madura
que caen las brevas al suelo:
¡que me caigo, que me caigo! *(Cae.)*

PORTUG. Yo no sé con qué me dieron,
que tengo un bulto tan grande.
(Cae.)

JOAQUINA. Vámonos todas muriendo
por no deshacer partido. *(Cae.)*

PLASENC. Id mirando, caballeros,
que todas mueren con su habla.

PORTUG. Menos yo, que callo y muero. *(Cae.)*

CHINICA. ¡Triste espectáculo! Mas
en teatro tan funesto
la música de los ojos
acompaña mis conceptos. *(Llora).*

UNOS. ¡Qué lástima!

LOS OTROS. Ya se ve
que es lástima no haberlo hecho.

LADVEN. ¡A no ser porque es lo más
en este lance su riesgo!...

OTROS. ¡A no ser por no dejarlas!...

LOS OTROS. Señores, que es embeleco.

MARTÍN. ¡Ah, Felipe, infiel amigo!

PLASENC. Hombre, que yo no me meto
con tu hija. Ya tú sabes
que yo soy un hombre quieto,
y en fin, el diablo del diablo
no pensara tal enredo.

NISO. ¡Patadas! y á ser verdad,
dos alambres ¿qué instrumentos
son para matar á nadie?

ESPEJO. Señores ¡yo armas de fuego!
Con otro testigo más
un presidio era lo menos.

FRANCHO. ¿A qué viene aquí el negarlo?
Confiesen, pues yo confieso,
y vamos á prevenir
á nuestra costa el remedio.
¡Qué lástima en su desmayo!
Porque vuelvan, por un ciento
voy de ventosas sajadas
y el cirujano al momento.

CHINICA. Ve mientras templo yo las
chirimías para su entierro.

TODAS. Detengan ese maldito;
no queremos, no queremos.

PLASENC. Pues nosotros sí: ve al punto.

ESPEJO. ¿Están ustedes contentos?
¿Son embusteras ó no?

LADVEN. En las mujeres no es nuevo.

NISO. Mi hija es la más embustera
que se encontrará en el reino.

MARIQ. *Talis pater, talis filia:*
usted no lo hace mal, *ergo*...

MARTÍN. Mi Paula, por no olvidarse
suele mentir aun durmiendo.

NICOLÁS. Así es, porque son en todas
aun los ojos embusteros.

CALLEJO. Entre buena gente estamos;
pero estas drogas dejemos,
y vamos á lo que importa:
¡alto! á concejo.

TODOS. A concejo.

CALDERÓN. Y pena de diez ducados
á la que hablare primero,
ni se mueva de su sitio:
así nos dejarán quietos.
Quédate tú aquí, y si alguna
(A CHINICA.)
se mueve, avisa corriendo.

CHINICA. Vayan ustedes con Dios.

CALDERÓN. Vayan con juicio y silencio.

(Vanse los hombres; ellas quedan con el dedo en la boca, y CHINICA *enfrente, del mismo modo, muy serio.)*

CHINITA. Algún día había de ser
el amo del gallinero.
(A ellas, que se le acercan con halagos.)
Dejemos zalamerías,
y cúmplase lo dispuesto.
Hínquense todas de hinojos
humildes: así las quiero
(De rodillas.)
yo; levántense y cada una
hágame un favor.
(Cógenle todas en el aire.)

MARIQ. Si luego
no nos cuenta lo que ha habido
y ha de haber en el concejo,
de aquí no saldrá con vida.

CHINICA. Que mayordomos han hecho
del Señor al tío Felipe
y al Hidalgo, y ahora han vuelto
á disponer grandes fiestas,
los cantarines trayendo
de la Italia, y las cantoras
vendrán de los coliseos
de Madrid.

MARIQ. Este es desaire
á los que cantar sabemos
en el lugar. Amiguitas,
para ahora es el esfuerzo;
seguidme, si queréis ver
cómo corridos los dejo
y triunfamos.

TODAS. ¿De qué modo?

MARIQ. Eso lo dirá el efecto.
Seguidme todas, y en prueba,
de que la solfa entendemos,
para ejercitar la voz
digan los sonoros ecos:

(A cuatro.)

«A pesar de los payos
de nuestra aldea
hemos de hacer nosotras
su fama eterna.
Ande la broma,
siga la idea,
pues sin nosotras quieren
hacer la fiesta».

(Vanse; y salen con tambor y gaita todos, trayendo en medio á ESPEJO *y* PLASENCIA *y forman el concejo.)*

CALDERÓN. ¡Hola! asiento á los señores
mayordomos que costean
la función, y es de justicia
que en todo se les atienda.

PLASENC. Muchas veces es el menos
atendido el que costea.

ESPEJO. Y yo, si no por precepto,
me siento por conveniencia.

FRANCHO. Ea: dese principio al acto
sin gastar, alcaldes, flema. *(Toca.)*

CALDERÓN. Dice bien; mi compañero
debe empezar por la arenga.

NISO. Tome usted el trabajo, que
para eso está á la derecha.

CALDERÓN Vos me llevais muchos años,
y aquesta atención es deuda.

NISO. Usted se equivoca, amigo;
¿no puedo yo con setenta
y quería que llevase
otro centenar á cuestas?

FRANCHO. ¿Despachan ó no despachan?
que allá voy yo si no empiezan.

CALDERÓN. Pues, señores, ya sabéis
que la suerte justiciera
hoy os sacó mayordomos
del Señor.

TODOS. Sea enhorabuena.

ESPEJO. ¡Vivan ustedes mil años!
(Aparte.) Ello el dinerillo cuesta,
pero más vale el aplauso.
Repito...

TODOS. Sea enhorabuena.

PLASENC. Reniego de vuestra boca
y el borracho que se acuerda
entrarme en suerte, y reniego
el cántaro, papeletas
y la mano del muchacho
que con mi suerte tropieza;
¡no hubiera habido allí dentro
un perro que la mordiera!

CALDERÓN. Y atendiendo á que vosotros,
como personas de cuenta,
queréis, claro está, exceder
los antecesores...

PLASENC. Tenga;
¿usted á qué llama exceso?
Ni llegarles. ¿Que yo exceda?
No, señor, que los excesos
tarde ó temprano se penan.

ESPEJO. Excesos de bizarría
no son exceso, son deuda;
ni buscarla ni rehusarla,
pero en llegando, atenderla.

TODOS. Sea enhorabuena.

PLASENC. ¡Qué rabia
me dan las enhorabuenas!

CALDERÓN. Mande traer al escribano
los libros de acuerdo; lea
la práctica, y luego ustedes
añadirán lo que quieran.
Leed.

ESCRIBA. *(Lee.)* «Memoria de lo gastado
en el año de sesenta
por Blas Gil y Juan Alonso,
mayordomos de las fiestas.
Para altar y procesión,
catorce libras de velas».

PLASENC. ¿Catorce libras? ¡no es nada!

ESPEJO. Eso es una friolera.

PLASENC. Cuando por Inés de Castro,
con profusión portuguesa,
mandó el viudo rey don Pedro
que cien mil hachas ardieran
desde Coín á Alcocer,
no se gastó tanta cera.
ESCRIBA. «De engrudo, papel de estraza,
cordel, clavos y madera
para armar los gigantones,
cien reales.»
ESPEJO. Ciento y cuarenta
echaba yo por lo menos.
PLASENC. Vaya esa partida fuera,
que á mi costa no ha de haber
gentes tales que no llevan
la vista donde los otros.
ESCRIBA. «Más de tarasca, noventa.»
PLASENC. Eso es barato, que ahora,
si ha de llevar manteleta
de gasas y cabriolé,
vuelos de blondas, rosetas,
collar de marlí y su bata
para salir con decencia,
hay tarasca que consume
marido, muebles y hacienda.
ESPEJO. Eso podría excusarse;
que en el lugar hay mil viejas
verdes que para tarascas
parecerán que ni nuevas.
ESCRIBA. «Más el tambor...»
PLASENC. Yo no pago
quien me rompa la cabeza.
CALDERÓN. ¡Hola! guarden ceremonia
y escuchen toda la cuenta.
ESCRIBA. «Más de rosquillas y vino
para después de la fiesta,
ciento y cincuenta reales.»
ESPEJO. Eso es una bagatela.
PLASENC. ¿A quién toca repartirlas
y el hacer las papeletas?
ESCRIBA. Al mayordomo más viejo.
PLASENC. Pues siendo de esa manera,
vengo en aquesa partida.
Yo haré me salga la fiesta
poco menos que de balde,
pues soy yo quien las maneja.

(*Sale la* PEREIRA.)

PEREIRA. ¡Sea Dios por siempre loado!
CAMPANO. Señora, vaya usted fuera,
que está formado el cabildo.
TODOS. Sea mil veces norabuena,
y ¡viva la mayordoma!
FRANCHO. ¡Viva, porque todos beban!
PEREIRA. ¡Pícaro!: cuando á tus hijos
(*Pega con* PLASENCIA.)
y tu mujer no sustentas,
¿tomas mil obligaciones
y la más precisa dejas?
CALDERÓN. Detengan esa mujer.
PEREIRA. En pelándole las cejas.
ESPEJO. ¡Mujer de dos mil demonios!
¿qué te ha hecho que te emperras
así con mi compañero?
PEREIRA. ¡Cuánto la cólera ciega!
Tío Felipe, usted perdone,
que á quien yo buscaba era
al bribón de mi marido;
pero ahora verá...
ESPEJO. Tenedla,
por Dios; porque si me agarra
hay que hacer elección nueva.
PLASENC. Señora, aunque usted perdone,
¿cuántas bofetadas secas,
repelones y patadas
me ha dado, si es que se acuerda?
PEREIRA. No lo sé; pero si quiere
volveremos á la cuenta.
PLASENC. No es menester. Compañero,
una madama de prendas
me ha entregado para vos
un recado.
ESPEJO. ¿Es cantaleta?
PEREIRA. ¡Pícaro! cuando á tus hijos
(*Embiste con él.*)
y tu mujer no sustentas
¿tomas mil obligaciones
y la más precisa dejas?
CALDERÓN. ¿Qué es aquesto? ¿Cómo aquí
tiene tan gran desvergüenza?
Agradezca el día que es.
PEREIRA. ¿A dónde estáis, compañeras?
(*Salen todas.*)
TODAS. Aquí estamos á tu orden.
CALDERÓN. ¿Quién quedó de centinela
de estas mujeres?
CHINICA. Señor,
yo quedé.
CALDERÓN. ¡Pues buena cuenta
habéis dado!
CHINICA. Con razón
hoy de nosotros se quejan,
diciendo que no se deben
traer cantoras de afuera
sabiendo ellas tonadillas.
TODOS. ¡No es mala la friolera!
SEGURA. Poco á poco, no se rían,
que yo que soy la más lega
he de desmentir á todos
por más que dude y que tema.
PEREIRA. No hay que temas y que dudes;
antes confía y alienta
en la piedad del concurso.
SEGURA. Digo, pues, de esta manera.

(*Canta tonadilla.*)

ESPEJO. Voto á San, que me ha gustado.
PEREIRA. Pues esto no es más que muestra;

y las dos que se han huído
las cantan muy bien.

CALDERÓN. Traedlas
aquí al instante.

NICOLÁS. Las cosas
siempre son malas por fuerza.
Mejor es is á buscarlas,
y con ruegos y finezas
pedirlas que nos ayuden
al aplauso de las fiestas.

PLASENC. ¡Qué haya un hombre de tragar
las cosas aunque no quiera!

ESPEJO. Desde aquí he visto que ahora
en aquella casa entran
donde están los bailarines

NICOLÁS. Pues vamos á ver la prueba
de uno y otro.

TODOS. Vamos, vamos.

PLASENC. Y yo por esta otra cera.

(Se van al modo que salieron y queda PLASENCIA *y los que acaban el sainete.)*

LADEN. ¿Qué es aquesto, tío Felipe?
Diga, ¿usted viene ó se queda?

PLASENC. ¿Y los demás?

TODOS. Ya se fueron.

LADVEN. ¿Qué causa hay que le embelesa?

PLASENC. ¡Adiós trigo, adiós cebada,
adiós vino, adiós cosecha!
Lo gasta un hombre por Dios,
y el diablo se lo merienda.

NICOLÁS. ¡Que el más honrado vecino
haya dado en esa tema,
cuando es un caso de honor!

PLASENC. Pues ¿es cosa de honor ésta?

TODOS. Es la mayor.

PLASENC. ¿De tal suerte,
que quedaré con afrenta
si me descargo del cargo
y no voy con la melena
suelta, y en la mano el cetro
diciendo que arda la cera?

TODOS. ¡Quién lo duda!

PLASENC. Pues ya soy
mayordomo ¡miedos fuera!
Y porque todo el lugar
esta resolución sepa,
idme aplaudiendo delante,
diciendo con voces huecas:
¡Vivan los pródigos!

TODOS. ¡Vivan!

PLASENC. ¡Mueran los avaros!

TODOS. ¡Mueran!

PLASENC. ¡Y viva el señor Felipe,
mayordomo de la aldea!

TODOS. ¡Que viva el señor Felipe,
mayordomo de la aldea,
y vivan los que perdonen,
piadosos, las faltas nuestras!

19

El Alcalde Boca de verdades

1763 (1)

PLASENCIA, *Gracioso.*
FRANCISCO RUBERT, 2.º *barba.*
PONCE (JUAN), 3.º
NISO (DIONISIO DE LA CALLE).
CAMPANO (JOSÉ).
ESPEJO (JOSÉ), *Barba.*
GRANADINA (M.ª DE LA CHICA).
PAULA HUERTA, 4.ª
JOAQUINA MORO, 6.ª
SOBRESALIENTA (FOIMALAGES).
MARIQUITA LADVENANT, *Graciosa.*
EUSEBIO RIBERA, 5.º
NICOLÁS DE LA CALLE, 2.º
CHINICA (GABRIEL LOPEZ), 4.º
JOSÉ TORRES.

(Será la escena en la plaza de un lugar, figurando un soportal en el foro, y salen cantando y bailando de paisanos las señoras JOAQUINA, PORTUGUESA, LADVENANT *y* SEGURA, *y* PACA, *con* ISIDRO, *los dos* CALLES *y* TORRES.)

A CUATRO.

«Pues plácido el tiempo
de la primavera
los céfiros bate,
las flores alienta,
las tareas del día mitiguen
de las tardes el júbilo y fiestas.

LAS CUATRO.

¡Viva nuestro Alcalde, viva!

LOS CUATRO.

¡Viva nuestro Alcalde y beba!».

(Salen PLASENCIA *y* FRANCISCO, *de alcaldes;* PONCE, *de escribano, y* NISO *y* CAMPANO, *de alguaciles.)*

PLASENC. Beba y viva no es todo uno;
pues es, mudando una letra,
la mitad aplauso y la
otra mitad borrachera.

FRANCISCO Compañero, esta no es
ocasión para sentencias.

PLASENC. Boca de verdades todos
por el lugar me vocean,
y no será razón que
á todo un lugar desmienta.

JOAQUINA. ¿Por dónde han de ir sus mercedes?
que, en pago de la licencia,
hemos de bailar el agua
delante.

PLASENC. ¿Luego se piensan
que yo el baile he permitido
para alborotos y grescas
del lugar? Digo, Escribano.

PONCE. La intención es bien diversa.

PLASENC. Pues no la digais ahora,
que ya lo dirá ella mesma.

(1) *Inédito.* Bib. Nac., ms. 14.523.—Contiene este ejemplar muchos atajos y correcciones de la censura. Hemos restablecido el texto original, marcando con dos asteriscos lo acotado ó suprimido por los censores.

Alguaciles, sacad bancos,
y la gente estése quieta
en la plaza, que ha de ser
para todos cuantos vengan
baile abierto.—Gil Patón,
por un lado; tú, Melenas,
por el otro, id y decid
á la gente forastera
que hay en el lugar, que yo
estoy muy á su obediencia
y que espero que en la plaza
un rato me favorezcan,
á un festejo de lugar
sin filis, mas con llaneza.

NISO Y C.º Vamos luego á obedecerte. *(Vanse.)*

PLASENC. Escribano mío, alerta
con las preguntas, que yo
cuidaré de las respuestas.

PONCE. De todo vengo instruído.
Muchachas, vaya de fiesta.

(Repiten el bailete y salen la señora GRANADINA, *de petimetra, y la señora* PAULA, *de viuda, con quitasoles, por un lado; y por el otro* ESPEJO, *con vestido de militar modesto, cofia de color de oro, medias negras, sombrero redondo y bastón.)*

MÚSICA.

«Pues plácido el tiempo», etc.

FRANCISCO Ea, descansen un rato,
que bastante tiempo queda
después para divertirse.

G.ª Y P.ª Hermana ¡qué gentezuela!
y ¡qué ordinario el alcalde!

GRANAD. Ya dicen sus fachas mesmas
que es la *justicia ordinaria.*

ESPEJO. Parece que hay fruta nueva
en el lugar, y están bien
de caras; conque así es fuerza
divertir la vida ociosa
con un par de cuchufletas.

PLASENC. Señoras, aquí hay asientos.

PONCE. Y usted, caballero, venga
también.

ESPEJO. Yo en cualquiera parte.
(Se va á sentar entre las dos.)

FRANCISCO Aquí, á mi mano derecha.

PLASENC. ¿Por qué razón?

FRANCISCO. Por tener
separados machos y hembras.

PLASENC. ¿Y que os metéis vos en eso?
* Sin duda quien os oyera
con motivo suficiente
pensara que en las Batuecas
habíais nacido, ¡qué alcalde!
Vaya, que en vos está buena
la honra de mi lugar *
Cierto que sois un babieca.
* ¿A dónde habéis visto vos
separación tan ajena
de sociedades civiles
y de crianzas modernas? *
Caballero, usted perdone;
y pues que le dan licencia
las damas, estése quieto,
* ponga pierna sobre pierna
y á ver quién engaña á quien. *

ESPEJO. Bien sabéis toda la escuela.

PLASENC. ¿Qué queréis? Como este pueblo
está de Madrid tan cerca,
el trato con los vecinos
nos ha hecho entender la lengua.

ESPEJO. ¡Qué pájaro es el alcalde,
señoras!

GRANAD. Y ¡qué bien piensa!
Sin gastar ridiculeces,
la gente ha de ser abierta
y dejar á todos sin
meterse en vidas ajenas.

PAULA. Este hombre está bien criado.
Debajo de aquella jerga
hay alma muy generosa.

ESPEJO. Yo ponderar más debiera
sus discursos, porque han dado
á mi favor la sentencia.

(Pónese ESPEJO *á hablar con las dos, y el* ALCALDE *y* ESCRIBANO *á observar, y salen la Sra.* MARIQUITA, *de bata, y* NICOLÁS, *de campo, decente.)*

MARIQ. Ciertamente es buen empeño
hacerme venir por fuerza
á ver patochadas.

NICOLÁS. Hija,
disimula y ten prudencia.
Aunque sea gente patana,
una vez que representa
la justicia, es muy debido
venerarla y atenderla;
y más cuando á un agasajo
nos convida.

MARIQ. ¡Qué postema
es un pariente discreto!
Y ¡qué bien hacen aquellas
que quieren continuamente
más bien tener á la oreja
que un marido racional
un cortejo como un bestia!

NICOLÁS. Esa es opinión de loca.
¡Por Dios que no la refieras!

MARIQ. Pero es opinión de muchas,
conque la disculpa es cierta.

PLASENC. Allí viene un matrimonio.

PONCE. ¡Qué! ¿también eres profeta?

PLASENC. No; mas vienen separados;
él como aburrido; ella
displicente; hablan muy poco
y con gesto; y de esas señas,
que son marido y mujer
puede inferirlo cualquiera.

PONCE. Señores, muy bien venidos:
tomad asientos.
MARIQ. ¡Qué bella
tarde!
NICOLÁS. Mujer, disimula.
MARIQ. No quiero; esta noche mesma,
si esto se repite, envío
á Madrid que el coche venga.
NICOLÁS. Ten juicio.
PONCE. ¿Viene esta dama
disgustada?
NICOLÁS. Está indispuesta;
pero con vuestro favor
la traigo á que se divierta.
PLASENC. Un aire corre que todas
padecen de la cabeza.

(*Salen de cazadores* LADVENANT *é* IBARRO.)

LADVEN. Habíamos salido un rato
al campo con la escopeta,
y habiendo un alguacil dicho
que vengamos á la audiencia,
venimos á obedeceros.
IBARRO. ¿Es asunto de merienda
ó de baile? Hablemos claro.
PONCE. Ustedes tengan paciencia
y siéntense.
CAMPANO. (*Sale.*) En el lugar
no sé si hay más gente que ésta
de Madrid; pero ya dejo
advertido que, si llega
alguno, aquí le encaminen.
PLASENC. Muy bien; y porque no sea
la molestia de esperar
otra segunda molestia,
todos perdonen el chasco
y dos palabras me atiendan.
Señores, por este tiempo
he observado que se llenan
los lugarcillos vecinos
á la corte de diversas
gentes, sin saber á qué;
y yo ahora he dado en el tema
de que he de saber quién son
y á qué vienen los que vengan
á mi lugar.
TODOS. A recreo.
ESPEJO. Con una voz la respuesta
de todos habéis oído.
PLASENC. Puede ser que alguno mienta.
PONCE. ¿A recreo, á diversión,
desde la corte á la aldea?
No, no; en Madrid hay tertulias,
paseos, bailes, comedias,
música; en Madrid hay toros.
PLASENC. ¡Ojalá no los hubiera,
y no tendría para muchos
la semana tantas fiestas!
PONCE. En Madrid se halla de todo;
aquí de todo hay carencia;
conque la proposición
es dura para creerla.
ESPEJO. También tiene mil disgustos
cada uno en sus dependencias,
y á esparcirse cuatro días
se aparta de todas ellas.
PONCE. Aunque sea curiosidad
¿qué profesión es la vuestra?
ESPEJO. Soy estudiante.
PLASENC. Y ¡qué bien
que le cae la cofia negra,
la paletina de lazos
y las hebillas de piedras!
PONCE. Y á la verdad ¿os sentís
agraviado en la carrera?
ESPEJO. Por más que he representado
méritos y actos, con treinta
años de estudios mayores,
no hay forma de que me atiendan.
PLASENC. ¿Treinta años habéis estado
estudiando? ¡Qué cabeza!
Y á mí en leyendo dos horas
me casca un dolor de muelas.
FRANCHO. Pero ¿han sido los treinta años
cabales?
ESPEJO. Menos aquellas
temporadas de verano;
porque gusto de comedias,
y desde abril hasta octubre
no barrieron mis bayetas
la Universidad, ni vieron
mis ojos su Biblioteca.
PLACENC. Ya los treinta años de estudios
quedan en quince.
PONCE. ¿A qué mesa
de trucos íbais durante
el curso?
ESPEJO. Yo á todas ellas
dos horas por la mañana
y otras cuatro por la siesta.
PLASENC. Son seis.
PONCE. ¿Qué dormís?
ESPEJO. Seis horas.
PLASENC. Y seis doce. Por la cuenta
ya quedan en siete y medio.
PONCE. Y en la ciudad, sea cual sea,
donde estudiasteis, que aquí
no nos importa saberla,
que el error del distraído
no es defecto de la escuela,
¿había tertulias?
ESPEJO. Mejores
que en Madrid. La noche entera
el invierno se pasaba
sin echar menos bellezas,
juegos, músicas, cortejos
ni bailes.
PLASENC. ¿Ni las *Gacetas?*

ESPEJO. Tampoco.
FRANCHO. Pues vos, amigo,
tuvisteis vida estupenda.
PLASENC. Pero si de los treinta años
las diversiones se restan
y sacamos tres de estudios,
no hay que volver á la cuenta.
PAULA. En rigor examinais.
PLASENC. No á todos, pues por las señas
se conoce que sois viuda.
PAULA. Sí, señor.
MARIQ. ¡Dichosa ella!
PLASENC. Y á vos no hay qué preguntaros
el motivo que os aleja
de la corte.
FRANCHO. Claro está
que es á divertir la pena
de la muerte del esposo.
PAULA. Si no tuviera otra queja
de la fortuna, con poco
pudiera divertir esa.
PONCE. Pues ¿qué tenéis?
PAULA. El no haberme
quitado esta ropa negra;
que á fe cuando me la puse
creí que quedara nueva,
pero ya lleva dos meses:
¡quién, hermana, lo dijera!
PONCE. ¿Pues esperábais que alguno
luego casarse quisiera
con vos?
PAULA. Yo no lo esperaba
entonces, pero pudieran
después haberse acordado
de que no hice preferencia
de alguno, para que todos
entre sí se la creyeran;
* respeto á que mi marido
me los llevaba; y por fuerza
me encaprichaba en su obsequio
aun cuando yo no quisiera,
Cuando murió, ya no anduve
en llantos ni en etiquetas,
de modo que conocer
pudo el que menos penetra
que le amé con voluntad
tan corta y tan pasajera,
que al salir de casa el cuerpo
iba el cariño dos leguas
delante; pero con todo,
los mismos que al verme ajena
maldijeron su fortuna,
parece que no se acuerdan.
Y eso que yo no descuido
en auxiliar la belleza;
que antes desde que soy viuda
soy mucho más petimetra. *
GRANAD. ¡Ay, hermana! Con los hombres
las expresiones y quejas
sirven de poco, y, por fin,
tú ya tienes experiencia
de que no todos engañan;
pero ¡ay infeliz de aquella,
como yo, que siempre vive
sin mirarse jamás dueña
de su casa, y sin lograr
con alguna más franqueza
dilatación de casada
sin remilgos de doncella,
PONCE. ¿Me resolverá una duda
usted, que es hombre de letras?
ESPEJO. ¿Cuál es?
PONCE. ¿En qué se distinguen
las damas que ya están puestas
en estado de las damas
solteras?
ESPEJO. Mirad: en que éstas
disimulan más aunque (1)
saben lo mismo que aquéllas.
PLASENC. Hay más.
PONCE. Pues dilo.
PLASENC. Los dos
estados se diferencian
en que las casadas pueden (2)
ir con un hombre cualquiera,
y las solteras van con
una amiga ó una vieja.
PONCE. ¿Y es doctrina general?
PLASENC. Se equivoca quien lo piensa,
que hay de todo; y no de todas
hablo, como las discretas
entienden; si las demás
no lo entendieren, paciencia.
PONCE. Pues la cara y talle no
son para tía perfecta.
ESPEJO. Ayudarse y al que llegue
inclinado, darle muestras
de correspondido.
GRANAD. Aunque una
tenga más correspondencias
que un agente de negocios,
* porque á todos cuantos llegan
admito; les disimulo
si se ofrece una llaneza;
los divierto, ya cantando
tonadillas, ya con bella
conversación, ya con bailes;
pero por más que se huelgan,

(1) Este verso y el siguiente fueron corregidos así:

«tienen diferente estado
de aquel que tienen aquéllas.»

(2) Enmienda del censor:

«también en que las casadas
quisieran verse solteras,
y las solteras casarse
hablo de algunas) quisieran.»

si les hablo de casaca
me responden de soleta.

ESPEJO. Si con tanta propensión
favorece á quien la ruega,
suplico una tonadilla.

GRANAD. ¿Por qué no? Ustedes atiendan
á una que solo tiene
de particular ser nueva.

(*Tonadilla á solo*)

ESPEJO. ¡Vaya, que es mucho cantar! *

PONCE. Alcalde, yo extraño que ésta
no esté ya empleada.

PLASENC. ¡Bobo!
Mira, éstas son las que encuentran
más tarde y peor; porque son
muchas damas de esta era
como las fiestas de toros,
que rabian todos por verlas
y á divertirse van muchos,
pero muy pocos se acercan.

MARIQ. ¡Ay, señorita, con cuánta
equivocación lamenta
su estado! Sin duda ignora
que en las casadas apenas
hay dos felices que acaso
buenos maridos encuentran.

NICOLÁS. Y tú en mí le hallaste, pues,
no dudas la diligencia
conque, ansiosas de servirte,
mis facultades se emplean
en tu obsequio.

MARIQ. Es mucho cuento
lo que me cuidas y obsequias,
y todo el año me tienes
en la casa hecha una negra
y desnuda.

PLASENC. ¡Poco á poco!
Que si el pariente costea
lo que usted viste, desmiente
la vista toda su queja.

MARIQ. ¿Qué? ¿Porque traigo esta bata?
¡Muy bueno! Si usted supiera
que no tengo más que dos
de entretiempo, cuatro nuevas
de verano y tres de ivierno,
puede ser que no dijera
que me quejaba de balde.

JOAQUINA. Con nueve sayos se queja
el demonio de la usía,
y acá estamos más contentas
que la Pascua de las flores
con un traje de bayeta
y un jubón de calimaco
para los días de fiesta.

PLASENC. Nueve batas bien tratadas
pueden lucir.

MARIQ. Estupendas
noticias gasta el alcalde.
Usted métase en si pesa
bien el carnicero el macho
ó la vaca: si festeja
Juan Nuño á María Muñoz:
si hay tertulia en la taberna,
ó en ver si están bien guardadas
las viñas; y no se meta
en esto, pues con tres veces
que sirva una bata, queda
sólo para una criada.

PONCE. Si os tiene como una negra
vuestro marido, es señal
de que es usted la que friega
y guisa.

MARIQ. ¿Y dar el salario
de balde á la cocinera?

PONCE. ¿Pues qué, coséis todo el día?

MARIQ. Para eso está la doncella.

PONCE. ¿Criais los hijos?

MARIQ. No es moda.

PONCE. ¿Estudiais?

MARIQ. Me da jaqueca.

PONCE. ¿Rezais?

MARIQ. ¡Ese tiempo tengo!

PONCE. ¿Pues qué demontres de haciendas
hacéis?

PLASENC. A mí me parece
que he de tocar en la tecla.
¿Gustais de cortejos?

MARIQ. Mucho.

PLASENC. ¡Vele ahí en lo que se emplea!

NICOLÁS. Señor, en desgracia mía.
Yo la sirvo con aquella
atención correspondiente
á una mujer de sus prendas
y á un hombre de mi carácter.
Su casa está con decencia,
se divierte cuando quiere,
el regalo de su mesa
corre á cuenta de su gusto,
tiene criadas atentas
á su descanso, visitas
con quien trate y se divierta.
Yo paso con un vestido
sólo decente porque ella
pueda explayarse en su adorno;
y con todo, es tan adversa
mi fortuna, que no puedo
verla dos horas contenta.

MARIQ. ¡Mientes, mientes!

NICOLÁS. ¿En qué miento?

MARIQ. En todo. Tenga usted cuenta.
Lo primero, hay en Madrid
mil gabinetes de ideas
mejores que el mío. Yo
tengo tan solas tres mesas
con espejos en la sala.
No puedo, como quisiera,
añadir cuatro cubiertos

todos los días. Comedias
veo pocas, porque el señor
quiere vaya á la cazuela,
ó á un aposento segundo.
Me pone en grada cubierta
si acaso voy á los toros.
Sólo cuando hay cosa nueva
que estrenar voy de visita.
Las criadas son perversas
y pocas; el paje es tonto,
y así lo demás: ved si esta
es vida que puede hacer
buen estómago á cualquiera.

NICOLÁS. Mujer, yo con mil ducados
que produce mi tarea
no puedo hacer más.

MARIQ. Maridos
conozco con menos renta
y lo hacen.

PLASENC. Esos aumentos
se ajustan por otra cuenta.

MARIQ. Yo no lo sé; lo que sé
es que yo de esta manera
no puedo vivir gustosa.

PLASENC. Tiene mucha razón esta
señora: hacedla que estrene,
si mudada queréis verla,
una bata cada día,
y si á ropas extranjeras
no alcanzan vuestros caudales,
también en España hay telas:
dádsela de felpa larga
ó de ropa de Palencia.

MARIQ. Consejo de hombre ordinario.

NICOLÁS. Si tú tuvieses prudencia
no oyeras este consejo.

MARIQ Y si tú no tenías fuerzas
para los gastos de moda,
buscaras una cualquiera
para casarte, ó jamás
te casaras.

NICOLÁS. Deja el tema,
que más tienes que compete
á una mujer de tu esfera.

FRANCHO. El hombre tiene razón.

PLASENC. También tiene razón ella;
que ninguno ha de casarse
si primero no hace pruebas
de un Perú de pesos gordos
y un Potosí de paciencia.

(Sale CHINICA, *de petimetre, de capa y limpiándose el sudor.)*

CHINICA. Los pies os beso, madamas.

GRANAD. ¿Es hora de venir ésta?

CHINICA. Por amor de Dios, señora,
que Madrid está á dos leguas,
y hoy el demonio del jefe
nos tuvo hasta la una y media
en la oficina, y por poco
que me detuve en la mesa
eran ya las tres.

GRANAD. Supongo
que habréis dormido la siesta.

CHINICA. Sí, señora, porque estoy
molido de la faena
de ir y venir cada día
al lugar.

GRANAD. ¡Grande fineza!
Estáos en el lugar

CHINICA. Mal
con la obligación cumpliera
del empleo.

GRANAD. Señor mío,
en un hombre que corteja,
la dama es la obligación;
las demás son subalternas.

CHINICA. Señora, quedo instruído.
(Pónese á hablar.)

ESPEJO. Este parece que es de ésta;
yo voy á hablar á la viuda.

PLASENC. Caballero, á la obediencia. *(A* CHINICA.*)*

PAULA. Mirad que os habla el alcalde.

CHINICA. Dios os guarde.

FRANCHO. ¿Hay desvergüenza
mayor?

PLASENC. Decid, compañero,
¿qué novedad os altera?
¿Queréis que porque en hablar
con nosotros se divierta
se escapen al señor don
Cotorra de la cabeza
los estudiados conceptos
que trae que decirla á ella?

PONCE. Dice bien. Ved con la prisa
que da á la devanadera.

CAMPANO. *(Sale.)* Una dama y un señor
de una berlina se apean
y aquí se acercan.

(Salen la SOBRESALIENTA *y* EUSEBIO, *de petimetres.)*

EUSEBIO. ¿Quién es
el alcalde de esta aldea?

FRANCHO. Villa y muy villa.

PLASENC. ¿Qué importa
que lo sea ó no lo sea?
¿Qué mandais, que aquí tenéis
toda la justicia entera?

EUSEBIO. Pues al instante, al instante,
busque usté una casa buena
donde pueda esta madama
holgarse esta primavera.

SOBRESAL. Yo la quiero con jardín,
muy pintada por de fuera,
que esté alhajada de gusto,
muy cerca del campo y fresca.

PLASENC. Muy bien, y ¿por cuánto tiempo
se ha de tomar?

EUSEBIO. Si le prueba
bien á madama, dos meses.
PLASENC. ¿Qué familia?
EUSEBIO. Sola ella,
una criada, un criado,
y yo, que es regular venga
todos los días.
PLASENC. Supongo
que la señora es parienta.
SOBRESAL. Lo mismo; porque es amigo
de mi marido, y le ruega
me acompañe, porque el otro
tiene tantas dependencias,
que no puede levantar
de un bufete la cabeza;
y á la verdad, no hace falta,
porque el señor desempeña
con tal eficacia el cargo,
que acredita la fineza
con que á mí me favorece
y á su amigo lisonjea.
EUSEBIO. Eso ustedes lo verán,
y que esta señora no echa
menos á nadie en estando
servida de mi asistencia.
PLASENC. Bien; y ustedes, ¿á qué vienen?
LADVEN. Sólo á emplear la escopeta
en dos pájaros, y luego
á Madrid damos la vuelta.
ESPEJO. ¿Cómo ir, cuando estamos todos
convidados á la fiesta
y al baile?
PLASENC. ¿Qué fiesta y baile,
(*Levántase y luego todos.*)
que ya falta la paciencia?
Una de dos, ó á la cárcel
todos, ó tomar la senda
otra vez para Madrid,
que no quiero hacer tercera
mi jurisdicción de gentes
que la diversión pretextan
para el abuso
TODOS. Advertid
lo que hablais.
PLASENC. No hay advertencia
que valga: lo dicho, dicho.
PONCE. Mirad que el pueblo granjea
mucho con huéspedes tales.
PLASENC. Así es; que en lo que comercia
el pueblo con estas gentes
algo adelantan las rentas
los vecinos, pero acaso
las vecinas lo costean.
Lo dicho, dicho: á la cárcel
ó al punto todos á fuera.
LADVEN. De todo tienes la culpa.
(*Á Nicolás.*)
TODAS. ¿Habrá mayor insolencia?
ESPEJO. Y lo hará como lo dice;
todos ustedes me crean
y vénganse tras mí
TODOS. Vamos.
PONCE. Ya van como unas ovejas.
(*Vanse poco á poco.*)
PLASENC. Váyanse, porque no quiero
que con este trato pierda
el pueblo, de su ignorancia
la natural inocencia,
pues al que ha de aprender vicios
le está mejor que no aprenda.
PONCE. Y acabado el entremés,
una tonadilla sea
lo que concluya.
TODOS. Esperando
de las faltas indulgencia [1].

---

[1] Van á continuación las siguientes censuras:

«Madrid 17 de mayo de 1763.—Bajo la corrección que contiene, y no en otra forma, se extienda la licencia y se cumpla así en su representación, pena de excomunión mayor *latae sententiae* en que incurra lo contrario haciendo. Y no ha lugar á que corra la letra de la tonadilla, bajo la misma pena. (*Rúbrica.*)

Nos el Licenciado Don José Armendáriz y Arbeloa, Presbítero, Abogado de los Reales Consejos y Teniente Vicario de esta villa de Madrid y su partido, etc. Por la presente, y por lo que á Nos toca, damos licencia para que el entremés nuevo titulado *El Alcalde Boca de Verdades* se pueda representar bajo la corrección que contiene, y no en otra forma, pena de excomunión mayor *latae sententiae* en que se incurra lo contrario haciendo, mediante que de nuestra orden ha sido visto y reconocido y parece no contiene cosa alguna opuesta á nuestra santa fe y buenas costumbres. Fecha en Madrid á 17 de mayo de mil setecientos sesenta y tres.—*Licenciado Armendáriz.*—Por su mandado, *Miguel Machín y Castillo.*

Madrid 17 de mayo de 1763.—Pase al censor de comedias para su examen y con lo que dijere se traiga.—*Luján.*

Madrid 18 de mayo de 1763.—Señor: Este entremés intitulado *El Alcalde Boca de Verdades*, arreglándose á lo que previene la censura eclesiástica, no hallo en él, por lo que á mí toca, el menor reparo que prohiba su representación. La tonadilla *del arriero*, á tres, que viene al fin, no contiene en lo escrito la menor cosa que pueda oponerse al permiso que se solicita, como en la ejecución se ciñan á la modestia que es justo. V. S. mandará lo que fuere de su agrado, pues este es mi parecer, salvo, etc.—*Nicolás González Martínez.*

Madrid 19 de mayo de 1763.—Ejecútese con arreglo á las censuras y la modestia que está mandada observar.—*Luján.*»

20

La civilización.

SAINETE EN LA COMEDIA

LA ANTORCHA DEL QUERER BIEN

1763 ([1]).

(Después de cantar dentro el cuatro en música paya, salen AYALA, *en bata, y* PEREIRA, *de majo, por un lado, y por el otro* GALVAN *y* CARRETERO, *de militar.)*

CORO *(Dentro.)*

«¡Viva nuestro amo;
bien venido sea;
y pues ha venido,
sea en hora buena;
y bailemos, pues manda la villa
que se le hagan tres días de fiesta!»

GALVÁN. ¿Señor Marqués?

AYALA. Caballeros,
¿pues qué novedad es ésta?
¿Vienen ustedes acaso
perdidos por estas sierras?

GALVÁN. No, señor; pero supimos
en Madrid se hallaba en ellas
usía á tomar posesión
deste estado, y era deuda
de nuestra amistad venir
á darle la enhorabuena,
pues nos han dicho que vale
quince mil pesos de renta.

AYALA. Más vale; pero ¡ay, amigos!
¡ojalá no los valiera,
ni yo heredara este estado!

PEREIRA. Ya empezamos con la tema.

CARRET. ¿Pues qué? ¿Tenéis que pagar
de censos acaso treinta?

AYALA. No por cierto; mayor daño
es el que me desespera.

GALVÁN. ¿Heredais con la pensión
de casaros!

AYALA. Más adversa
es mi suerte.

CARRET. ¿Tenéis pleitos
que os dilaten la prebenda?

AYALA. Más.

PEREIRA. Yo me muero de risa.

AYALA. ¡Hombre, tú... tú, me revientas
más con esa risa!

PEREIRA. ¡Yo
reventara á contenerla!

AYALA. Bien dicen que en esta vida
no hay felicidad perfecta.

GALVÁN. Pues ¿qué tenéis? Desahogad;
que bien sabéis cuán estrecha
es nuestra amistad.

AYALA. Amigos,
perdonad que mi vergüenza
os oculte mis trabajos
¡No te quedaras sin muelas
de una carcajada! *(A* PEREIRA.*)*

GALVÁN. Cierto,
señor Marqués, que es problema
difícil de adivinar
hallaros lleno de quejas.
Cuando heredais un estado
tan precioso, sin aquellas
pensiones de pleito, boda
y demás cargas perpetuas.

AYALA. Aunque lo riña el decoro,
aunque pese á la modestia,
y aunque caiga sobre mí
todo mi palacio á cuestas,
oid: es libre mi estado,
no tiene la menor deuda,
son mis vasallas honestas,
todo su terreno es pingüe,
abundantes sus cosechas,
y en sus moradores sólo
resplandecen las ideas
de religión, de verdad
aplicación é inocencia;
pero hay una tacha, con que
no hay estado ni grandeza.

LOS TRES. Grande será.

AYALA. Es la mayor.

GALVÁN. ¿Cuál es?

AYALA. Que toda esta tierra
está por civilizar.
Mirad si es justa mi pena.

CARRET. Yo creí que era otra cosa.

AYALA. ¡Ahí es una friolera!
Ve y avisa á los salvajes
de mis vasallos que vengan
aquí, por que estos señores
mis ponderaciones crean.

PEREIRA. Voy allá; ¡qué bello rato
de carcajadas me espera! *(Vase.)*

AYALA. La civilidad me trae
todas las tripas revueltas.

GALVÁN. Si es defecto universal
(según dicen malas lenguas)
de toda España, ¿por qué
extrañais que en una aldea
falte?

AYALA. Por esa razón.

([1]) *Inédito.* Bib. Munic. 1-153-24 y 1-203-36. Copias antiguas, con las aprobaciones y licencias al final y las notas que siguen en la portada, y dicen:

«Año de 1763. Comedia: *La Antorcha.*—Y la de *Artajerjes.*—Tonadillas: *Petimetra y Paya* y la de una *Vieja y enanos.*»

«Año de 1765. Comedia: *Crueldades de Nerón.*—Tonadillas: *Petimetra y Paya.*—Otra á duo de *Pastor y Pastora detrás del árbol.*—En el entremés: *La del barrendero.*»

«Año de 1767. Comedia: *La cautela en la amistad.*—Tonadilla á dúo: *Satisfacción de dos amantes.*—En el entremés á tres: *La tertulia.*»

Decidme: Si hay quien se atreva
á decir en sus bigotes
á una corte tan excelsa
como Madrid (que es tesoro
del respeto y la grandeza)
que aún está en paños menores
de educación y de ciencias,
¿qué no diría si viese
mis estados? Yo, en conciencia,
no puedo dejarlo así:
aquí no hay más que dos sendas:
ó esto ha de civilizarse
ó mando que se demuela.

CARRET. Si lo habéis hecho capricho,
¿por qué no dais providencia?

AYALA. Ya he enviado á Madrid por unos
de los que civilicean,
y anoche los esperaba
á ver si esto se remedia.

GALVÁN. ¿Qué es aquello? *(Grita.)*

AYALA. Los paisanos:
reparad qué gentezuela.

(Todos los que pudieren con tamboriles, castañetas, rabeles, etc., y entre ellos las señoras PACA *y* GUZMANA, *todos bailando á lo payo bailete con ramos, y detrás, de alcalde,* FELIPE *y el* TÍO GARCÍA, *de escribano.)*

CORO. «¡Viva nuestro amo, etc.!»

FELIPE. Deseamos que useñoría
haya dormido la siesta
como un pícaro.

AYALA. ¿Se puede
oir mayor desvergüenza?

GALVÁN. Aguardad, la apuraremos:
¿Por qué hablais de esa manera?

FELIPE. Porque deseo que haya
descansado á pierna suelta.
Y sigún están los tiempos,
están las gentes tan llenas
de cuidado, que no hay hombre
de bien que seguro duerma;
y los pícaros jamás
de cuidados se desvelan,
porque son gentes que viven
sobre la faz de la tierra.

AYALA. Sacó su caballo.

FELIPE. Nadie
saca aquí lo que no tenga.
Yo sólo puedo sacar
mi borrica; pero buena.

GUZMANA. Oyes ¿son otros señores
aquellos que están tan cerca
del amo?

PACA. ¿No lo han de ser,
si traen vestido de seda
de arriba á bajo?

GUZMANA. ¡Bendito
sea el señor, y qué grandeza!

GALVÁN. Todos nos están mirando.

AYALA. No he visto gente más bestia
ni más pagana; dejad
que Dios mañana amanezca,
que yo os pondré sujeción.
Es preciso vida nueva,
porque un país tan hermoso
no es bien que le habiten fieras.

GUZMANA. ¡El amo qué cara tiene!
¿No veis cojazos mos echa?

PACA. ¡Qué mala condición gasta!
Y cierto que, aunque viniera
el mismo rey, no podían
hacerse mayores fiestas;
más de tres pesos y medio
van ya gastados en ella!
¿Tengo de hablar al señor,
marido?

FELIPE. Sí, mujer, llega.

PACA. Señor, á los pies de usía.

AYALA. Ved la señora alcaldesa.

PACA. ¿Veisme? pues ya no me veis.
(Aparte al alcalde.)
Esta gente madrileña
debe aborrecer á las
mujeres.

FELIPE. No lo creas.

PACA. ¿Pues no ves cuando nos miran
que los ojos atraviesan?

FELIPE. ¡Zape! sin duda que quieren
manifestaros por señas
el cariño atravesado
de que usan allá en su tierra.

(Dentro bulla de campanillas como que llega carruaje.)

S.ª PER. Señor, ¡albricias, albricias!

AYALA. ¿Qué hay para que las pretendas?

PEREIRA. Que los civilizadores
han venido.

(Salen CALLEJO *y* ENRIQUE, *de payos.)*

C. y E. ¡Loado sea
el Santísimo Sacramento!

LOS PAYOS Por siempre.

AYALA. Despacha, llega;
sepamos qué es lo que trae
el regidor Antón Pera.

ENRIQUE. Enviástenos, gran señor,
á hacer una diligencia...

AYALA. ¿Dónde?

CALLEJO. A la Corte.

AYALA. Prosigue.

ENRIQUE. Y en una borrica negra,
que vale cualquier dinero...

AYALA. Mira, Periquito, deja
de contar cómo fué la ida
y dinos cómo es la vuelta.
¿Viene quien os civilice?

CALLEJO. En aquella noche mesma
que llegué cogí noticias;

y aunque hubo sus trabacuentas
de tanto más cuanto, y nadie
quiso venir en carreta
ni en borrico, sino en coche,
por fin y postre á la puerta
están los civilizantes
aguardando tu licencia.

AYALA. ¿Eso había y lo callabas?
Diles que entren ¿á qué esperas?

Llega al bastidor, saca á CORONADO, *de abogado, y todos los payos huyen, sin marchar del teatro, y el alcalde el primero.)*

FELIPE. ¡Jesucristo nos ampare!

LOS PAYOS ¡Válganos Santa Teresa!

AYALA. ¿Qué le ha dado á esta familia?
¡Hola! ¡Todos se detengan!

CORONADO Esto es respeto: ¡lo que hace
una gran prosopopeya!

FELIPE. ¿Cómo os llamais, caballero?

CORONADO El licenciado Seseña.

FELIPE. Creí que erais el licenciado
Uñate, que en esta aldea
estuvo el año pasado
á tomarnos residencia,
y nos causó más perjuicios
en el gusto y las haciendas
que la langosta de antaño.

T. GARCÍA Doy fe.

PACA. Y aunque no la diera
el escribano, no hay cosa
ni tan mala ni tan cierta.

CORONADO Ello hay gentes para todo,
de todas clases; paciencia:
este mundo es una bola
y es preciso que dé vueltas.

AYALA. ¿Trae el señor compañeros?

CALLEJO. Sí, señor, y compañeras.

CORONADO Distingo: porque los cuatro
que vienen son ellos y ellas
de esta gente que se llama
ó *Grand*-tonta ó *Petit*-metra,
y pocas veces se avienen
con golillas ni bayetas.
(*Aparte á* AYALA.)

CALLEJO. Señoría, este abogado
dicen que sabe á la letra
todas las leyes civiles.

AYALA. Y di, pedazo de bestia,
¿te parece que las leyes
que yo quiero que se aprendan
son las leyes del Derecho?
Pues, majadero, mal piensas:
yo busco las del torcido,
que son estas leyes nuevas
de civilidad. ¡Oh, nombre,
qué dulce pones la lengua!

CARRET. En efecto, el regidor
no hizo bien la diligencia.

FELIPE. Pues es mucho, porque es hombre
de cordura y de conciencia.

T. GARCÍA Doy fe.

AYALA. ¿Sois su confesor?

FELIPE. No es menester que lo sea,
que el hombre, por lo que obra,
publica lo que confiesa.

CALLEJO. Allá en Madrid preguntamos
por los que civilicean.
Un abogado, dijo uno;
otro dijo: por las señas
vos buscais quien os imponga
en la instituta moderna;
pues á tal parte habéis de ir,
que allí estarán; de manera,
que, hallándome atarugado,
dije al fin: ¡pecho por tierra!
Y en llevando á unos y á otros
llevamos lo que desean.

AYALA. Y ¿á dónde están los demás?

CALLEJO. Abajo están á la puerta.

AYALA. Pues, anda, diles que suban.
(*Vase* CALLEJO.)

GALVÁN. Ya estaban en la escalera,
y, á lo que aquí se percibe,
son dos muy lindas parejas.

AYALA. Para saber conduciros
los modelos se os presentan.
¡No pudiera hacer un padre
por un hijo más fineza!

(*Sale* CALLEJO *delante, y detrás* GARCÍA *con la señora* ROSA, *ambos muy de petimetres, y lo propio la señora* MARIANA, *con* MARTÍNEZ, *de abate, muy pulido.)*

ROSA. ¡Jesús, señor don Perito
qué pueblo y qué gentezuela!

GARCÍA. Cierto que es extraordinaria,
mi señora doña Elena.

MARIANA. ¿Qué os parece este lugar,
señor don Devanadera?

MARTÍNEZ. Mal, señora doña Linda;
supongo que en una aldea
no es mucho falte lo que
en la corte no se encuentra.

AYALA. Caballeros y señoras,
vengais muy en hora buena
donde de vuestros talentos
el resplandor amanezca.

MARTÍNEZ. Señor, usía nos mande,
y dejémonos de ofertas;
pues más que hablemos nosotros
ha de decir la experiencia.

AYALA. ¡Hola! ¡Sillas!

(*Los payos y payas han estado embobados, y se llegan cerca mirando á los cuatro, y hacen alguna extrañeza graciosa cuando ven al abate.)*

PACA. ¡Qué atavíos!

GUZMANA. ¡Válgame Dios, qué riqueza!

PACA. ¡Nunca he visto tanto junto!

¿No véis, mujer? Una pieza
de raso trae cada una
encima.

GUZMANA. Dime, y aquellas
mangas tan anchas y largas
¿se las quitan cuando friegan?

PACA. ¡Qué sé yo! Dime, marido:
¿sabes tú qué cosa sea
aquél de la media capa?

FELIPE. No entiendo la vestimenta.

PACA. El no es cura, porque trae
camisola y cabellera
rizada como el Marqués.

GUZMANA. Fraile no es, porque trajera
aquellos ropones largos.

PACA. Melitar no es, porque lleva
capa.

GUZMANA. Soldado tampoco,
porque no trae escopeta
ni espadín.

LOS DOS. ¿Qué será este hombre?

AYALA. ¿Qué estais mirando, babiecas?

FELIPE. Señor, verdaderamente,
está la gente suspensa
de ver aquesta fegura.

CORONADO Pues fácil es conocerla:
es un abate.

FELIPE. ¿Y qué es eso
de abate?

CORONADO ¡Gentil simpleza!
Es una gente que va
vestida de indiferencia.
La mitad de ellos se casa
y la otra mitad se ordena.

FELIPE. Vestidos de colorado
tienen la misma licencia.

AYALA. Pues, caballeros, al caso:
póngase con conveniencia
todo el mundo, y brevecito
les propondré mis ideas.
Yo he heredado este lugar
en bruto, donde no hay piedra,
hombre, mujer, ni edificio
que por la bestial corteza
no acredite que jamás
vió de sus murallas cerca
la civilidad. Yo, pues,
aunque consuma mis rentas
para enmendarlo...

GARCÍA. Señor:
usía no se detenga
en la explicación: nosotros,
de superior transcendencia
iluminados, sabemos
aún más de lo que se piensa.
Denos usía el timón
del estado, y á la vuelta
de una semana estarán
todas las cosas perfectas.

MARTÍNEZ. Y dar á Dios muchas gracias
por elección tan discreta;
pues si hubiera echado mano
de otro sujeto, era fuerza
que no le salieran bien
sus caprichos, en la cierta
inteligencia de que
no hay hoy ninguno que sepa
como nosotros tratar
el fondo de artes y ciencias
universalmente.

CORONADO. Y eso,
¿lo sabéis por experiencia?

MARTÍNEZ. No, señor; pero eso pende
de la necedad ajena.

AYALA. Señor, manos á la obra
y suspendamos el tema.
¿Y qué? ¿estas dos señoritas
son pasantas ó maestras
de la civilización?

ROSA. Yo soy de las petimetras
el modelo. Yo á las damas
separé de las tinieblas
del manto; yo las llevé
al paseo y la comedia
en cuerpo; yo las induje
al uso de manteletas;
y ésta les quitó los dengues.

MARIANA. Pero, ¡qué dengues! La necia
opinión de no salir
sin celosía á la reja;
no andar solas por la calle;
rodar por una escalera
antes que tocar la mano
de un hombre, y otras rarezas
del siglo pasado.

AYALA. Bueno.
Yo hallé gente de mi tierra.
Señores, si sois servidos,
bosquejad la planta nueva
de civilidad que debe
observarse.

GARCÍA. No es molesta.
Si ellos se aplican, al año
delante de cualesquiera
podrán parecer personas.

ROSA. La primera diligencia
es establecer cortejos.

FELIPE. Sepamos qué fruta es ésa,
cuánto vale, qué produce
y por qué tiempo se siembra.

CORONADO. El cortejo es una fruta
que vista en la mano ajena
horroriza, y en la propia
es tan linda que embelesa.
A cada uno le vale
conforme al otro le cuesta:
producen algunos gustos
cercados de contingencias,

y no se siembran, porque
son como la mala yerba,
que en el desorden del *Prado*
produce naturaleza.

AYALA. Métase usted en su golilla,
señor mío, y no se meta
en moralizar asuntos.

FELIPE. Bueno va, si no se enreda.

MARIANA. Es menester que estas mozas
aquellas gracias aprendan
de cantar á la italiana
y bailar á la francesa.

FELIPE. Poco á poco, que en cantar
y bailar están más diestras
que en amasar y coser.

T. GARCÍA. Doy fe.

AYALA. ¿Qué? ¿no tiene hechas
más voces el escribano
que *doy fe?*

FELIPE Le bastan ésas,
que aunque hay muchos del oficio
que en todo hablan y se mezclan,
dan fe de muchas mentiras
y las verdades enredan.

T. GARCÍA. Doy fe.

CORONADO. Los hay muy honrados.

FELIPE. Serán aquellos que piensan
en guardar fe para darla
cuando á derecho convenga:
y así es éste.

MARIANA. No se olvide
que estas mozas nos den muestras
de su habilidad: veamos
si para entrar en la escuela
tienen algunos principios.

PACA. Como mi marido quiera,
yo bailaré alguna cosa.

ROSA. El pedir esas licencias
se ha mandado recoger.

FELIPE. Será entre la gente suelta.
Yo te permito que bailes
por ser ocasión de fiestas.

PACA. Pues vamos allá, Josillo,
y anima las castañuelas.

(*La señora* PACA *baila un poco con* RAMÓN; *ríense los* PETIMETRES, *y el* ABOGADO *y* ALCALDE *se enfadan.*)

FELIPE. ¿De qué se ríen ustedes,
y perdonen la llaneza?

GARCÍA. Una de las propiedades
desta política nueva
es reirse de las cosas
que usaron nuestras abuelas.
Y aunque sean excelentes,
en viendo que algo semejan
á la antigüedad los usos,
hacer burla manifiesta.

FELIPE. Pues esa civilidad
es una gran desvergüenza.

MARIANA. ¿Y canta alguna de ustedes?

PACA. Esta hermanita soltera
que yo tengo canta bien;
pero le dará vergüenza.

MARIANA. Pues por eso
no quede; acompañaréla
yo, y la instruiré de camino
en varias modas y reglas
para ser dama.

GUZMANA. Usted cante,
que yo diré lo que pueda.

MARIANA. Pues vamos allá; atención,
y silencio todos tengan.

(*La tonadilla á dúo.—Sale de sacristán* LÓPEZ.)

LÓPEZ. Aunque usía no me llame,
viendo que aquí se solfea,
vengo como aficionado
y á darle la enhorabuena
de que los civilizantes
lleguen á nuestra presencia.

AYALA. Usted se siente, y ustedes
prosigan con sus ideas.

GARCÍA. Señor, esta es gente inculta;
sólo el tiempo y la experiencia
los pueden civilizar.

MARTÍNEZ. Conviene que se establezcan
catorce ó quince papeles
periódicos y los lean
todos.

FELIPE. ¿Y qué utilidades
tendrán con eso las rentas?

MARTÍNEZ. Ellos lo dicen.

CORONADO. Y basta;
me han convencido las pruebas.

GARCÍA. Es preciso se destine
una calle para tiendas
de mercaderes.

FELIPE. En todas
las calles de nuestra aldea
hay mercaderes que venden
sus frutos y sus cosechas.

CORONADO. Usted, amigo, hace bien,
que mientras ustedes vendan
sus géneros y no compren
los que vinieren de afuera,
la gente estará aplicada;
habrá con qué se mantengan,
y es preciso que el dinero
en lugar de irse se venga.

GARCÍA. El es tonto para alcalde;
y usted hombre de pocas letras.

ROSA. Se habla de tiendas de lienzos.

PACA. La que aquí no tiene llena
su arca de rollos se tiene
por la más inútil hembra
del mundo; pues los maridos
todo el día se revientan
en su trabajo, es razón

que la mujer como pueda
le ayude en aquello poco
que producen sus tareas.

ROSA. Pónganse de pedrerías,
paños y ropas de seda.

FELIPE. No será siendo yo alcalde.
En un lugar aquí cerca,
que estaba rico ha seis años,
trajo un vestido de tela
un hidalgo á su mujer;
y estuvieron todas muertas
de envidia hasta que las unas
vendieron desde la era
los granos para comprarle;
otras, parte de la hacienda;
y las demás lo sacaron
fiado; de tal manera.
que si usted ve ese lugar,
es una corte pequeña
en el trato y el adorno;
pero cocinas, bodegas
y trojes, son el más triste
retrato de la miseria.

PACA. Si es que cuesta más un traje
que un hato grande de ovejas.

AYALA. Ellos, tontos ó no tontos,
ajustan muy bien las cuentas
á su provecho.

FELIPE. Y al vuestro.

MARTÍNEZ. ¡Qué buen despacho tuviera
aquí una botillería!

FELIPE. Sepamos qué cosa es ésa.

ENRIQUE. Alcalde, yo lo diré,
porque estuve en una de ellas.
Unas casas adonde hacen
unas aguas tan espesas
que se comen con cucharas;
á otros les dan á que beban
garbanzos y pan; y, como
si estuviesen en Guinea,
les dicen que es pan de España,
¡oh qué lindas tragaderas!
Allí van mujeres y hombres
y dicen que se refrescan;
y hay unos lances ¡qué lances!
¡Dios nos libre y nos defienda!

PACA. Beber pan y comer agua
no puede ser cosa buena
al estógamo.

(*Salen tapadas con mantillas burdas las señoras* AUTORA *y* BASTOS.)

AUTORA. Casilda;
tápate bien no te vean.

BASTOS. ¡Ay, madre, que está allí el hombre!

AUTORA. Pues volvámonos afuera.

LÓPEZ. ¡Mi novia, señor alcalde!

FELIPE. Hermano, tenga paciencia.

AYALA. ¿Por qué huye usted de las gentes?
Acérquese, tía Teresa.

BASTOS. Vamos, madre, que yo estoy
toda turbada.

AUTORA. No seas
tonta, que ahora nos iremos.
Creí que usía estuviera
solo, y venía á decirle
que ya está la boda hecha
de mi hija y el sacristán;
pero como no es decencia
que él vaya donde ella esté,
es preciso vaya ella
de donde él está, y así
usía dé su licencia.

BASTOS. Sí, madre, vamos, por Dios,
que me muero de vergüeza.

AYALA. Si se han de casar mañana,
¿qué importará que hoy se vean?

CORONADO. Mucho; y porque importa tanto,
tenemos leyes expresas
que lo prohiben.

GARCÍA Sí habrá;
pero esas son frioleras.

MARTÍNEZ. Vaya usted, seó sacristán,
y dígale dos ternezas.

LÓPEZ. Eso es lo que yo quería.

FELIPE. Hermano, tenga paciencia.

ROSA. Quítese usted de la cara
ese biombo de bayeta
y venga aquí.

MARIANA. ¡Qué melindre!
Ahora es la ocasión perfecta
de pelar la pava y de
agarrarse de la oreja.

GUZMANA. ¡Jesús y qué mal ejemplo!

FELIPE. El cura por la Cuaresma
dijo: Novios que se tratan
sin la bendición á cuestas
están descomunicados.

GARCÍA. ¡Bravo chiste! Como de esas
pataratas dirá el cura... (*Levántanse.*)

FELIPE. Si otra proposición suelta
por el término, á la Santa
¡juro á Dios! que he de dar cuenta.
Sufriremos que nos echen
la albarda y la gurupera;
pero no consentiremos
que á civilizar la Iglesia
se atreva nadie.

PEREIRA. ¿No hay palos
ó estacas en las carretas
con que á los civilizantes
civilizarles la testa?

AYALA. Vasallos míos, perdón;
conozco mi inadvertencia
y que la civilidad
pretendida es la funesta
causa de la ociosidad,
escándalo y decadencia
de los pueblos.

TODOS. ¡Viva el amo
y los demás vayan fuera!
GARCÍA. Por fin, gente de lugar.
LOS CUAT. Quédense por unos bestias.
FELIPE. Ustedes vayan con Dios
y prosíganse las fiestas
á su señoría.
PACA Ya
vestidas adentro esperan
las muchachas para hacerle
un paso.
AYALA Vamos á verlas.
TODOS. Y el auditorio perdone
las faltas que se cometan [1].

21

El hambriento de Nochebuena.

1763 [2]

PERSONAS

EL VIZCONDE.—DOÑA EUROSIA.—EL SEÑORITO.—EL MAYORDOMO.—DON PAJARILLA.—DON MEDIA CAPA.—UN MAESTRO DE MÚSICA.—UN GALLEGO.—VARIOS CRIADOS.—MÚSICOS.—HOMBRES Y MUJERES.

(*Calle.*—DON PAJARILLA, *de abate ridículo muy estropeado.*)

PAJARILLA Señores, yo rabio de hambre
en tan excesivo grado,
que me quisiera comer
con los ojos cuanto hallo.
El alma y el corazón
se me van tras los regalos
que todas castas de gentes
andan trayendo y llevando.
¡Qué de frascos de licores!
¡Qué de cajas! ¡Qué de pavos!
¡Qué de capones y pollas!
¡Oh vil fortuna! ¿A unos tanto
y á mí nada? Mas, señores,
¡socorro, que de hambre rabio!

(*Quédase suspenso y sale* MEDIA CAPA *y un* GALLEGO *con un contrabajo al hombro.*)

M. CAPA. Gallego, camina apriesa.
GALLEGO. Es menester ir *despaciu*,
que este animal de *instrumentu*
se hará *añicus* si me *caigu*.
M. CAPA. Don Pajarilla, ¿qué tienes,
que estás tan triste?
PAJARILLA. ¡Ay, amado
Media Capa, que de hambre
me miro ya casi ojeado!
M. CAPA. ¿Hambre tienes?
PAJARILLA. Tengo tanta,
que me comiera estrellados
siete mil pares de huevos,
seis arrobas de pescado,
tres banastas de besugos,
dos cargas de pan, con macho,
serón y mozo. ¡Ay, amigo,
nada te lo he ponderado!
Me comiera...
M. CAPA. ¿Qué comieras?
PAJARILLA A todo el género humano,
si fuera dable caber
en la barriga que traigo.
Mas dime, ¿á dónde vas tú
con aquese contrabajo?
M. CAPA. Voy en casa de un Vizconde,
que me tiene convidado
para que cene esta noche
con él. El tal es tentado
de compositor y ha hecho
un villancico muy raro;
y hay de voces é instrumentos
cien personas á ensayarlo.
PAJARILLA ¿Y á todos da de cenar?
M. CAPA. Aunque fueran otros tantos.
Yo he visto la prevención,
y es cosa que causa espanto.
PAJARILLA Consuélame las orejas
con referirlo.
GALLEGO. ¿Ah, *muesamu?*:
mire usté que este *cimburru*
pesa y eso va despacio.
M. CAPA. Calla, gallego maldito.
Oye lo que hay preparado.
(*A* PAJARILLA.)
GALLEGO. Yo *quieru tucar aquestu* (*Aparte.*)
pues están los *dous falandu.*
M. CAPA. Tiene ensaladas de cuantas
naciones Dios ha criado.
PAJARILLA Que es decir comeré un huerto
compuesto y aderezado.
M. CAPA. Hay la mitad de Laredo

(1) A continuación siguen estas censuras:
«Nos el doctor D. Juan de Varrones y de Arangoiti, del claustro y gremio de la Universidad de Alcalá, Canónigo de la Santa Iglesia de Urgel, Inquisidor ordinario y Vicario desta villa y su partido, etc. Por la presente y por lo que á Nos toca damos licencia para que el sainete antecedente, titulado *La civilización*, se pueda representar, mediante que de nuestra orden ha sido visto y reconocido y parece no contiene cosa alguna opuesta á nuestra sante fe y buenas costumbres. Fecha en Madrid á 14 de octubre de 1763.—*Doctor Varrones.*—Por su mandado, *Miguel Machín y Castillo.*
Madrid 16 de octubre de 1763.—Con las letras de las tonadillas pase al fiscal de comedias y con lo que dijere tráigase.—(*Rúbrica.*)
Señor.—Con la licencia de V. S. puede representarse este sainete de *La civilización.* Así lo siento, salvo, etc. Madrid 16 de octubre de 1763.—*Antonio Pablo Fernández.*
Madrid 17 de octubre de 1763.—Ejecútese.—*Luján.*
Se puede representar este entremés, respecto de que, habiéndose visto por remisión de la sala, no encuentro cosa por que se le deba negar el permiso que solicita.—Madrid y octubre (*hueco*) de 1763.—*Moreno.*»
(2) Impreso suelto varias veces y en la colección de Durán: I, 176.

en besugos, y de cuantos
pescados y peces ricos
se pueden haber hallado.
Sopas reales, pastelones,
todo Alicante afamado
en turrones; cuantos vinos
la sutileza ha inventado;
rosolís, dulces y frutas,
bizcochos y dos mil pavos
para acabar de cenar.
Adiós, que se va acercando
la hora.

PAJARILLA. Llévame á mí,
así cuando seas casado,
á los seis ó siete meses
te dé Dios un mayorazgo:
mira que tengo las tripas
como aposento sin trastos.

M. CAPA. No puede ser.

PAJARILLA. De rodillas
te lo suplico postrado;
llévame á sacar el buche
esta noche de mal año.

M. CAPA. Alza, que de compasión
te llevaré.

PAJARILLA. ¡Oh, amigazo!
Deja que te lo agradezca
á puros besos y abrazos.
¡Aprieta y besa! ¡Ay, amigo
de mi vida!

M. CAPA. ¿Tú has tocado
instrumento alguna vez?

PAJARILLA El piporro y contrabajo;
pero está la facultad
perdida, y así me hallo...

GALLEGO. *You* también ya *sei tucar*. (*Toca.*)

M. CAPA. ¡Perverso! ¿estás destemplando
el instrumento?

GALLEGO. Al revés:
antes *lu* estaba *templandu*.

M. CAPA. Ven, don Pajarilla mío;
tocarás mi contrabajo
y yo cualquier violín.

PAJARILLA ¡Tripas mías, consoláos,
que ha de ser la noche buena,
ya que el día ha sido malo!
Vamos.

M. CAPA. Ello, á la verdad,
que te hallas estropeado
para ir.

PAJARILLA. Anda, que de noche
todos los gatos son pardos.

M. CAPA. Verás qué prevención hay.

PAJARILLA Para mí solo no hay harto,
porque tengo hambre canina
desde chiquitito.

M. CAPA. Vamos,
que hemos de tener gran noche
de todas maneras.

PAJARILLA. Vamos,
que al Vizconde y su familia
me he de comer si no hay harto.

(*Salón corto, con cornucopias y luces. Sale el* VIZCONDE, *de pelucón y vestido de gala· llama á los criados, que salen y ponen facistoles y asientos, encienden las luces y se entran.*)

VIZCONDE. ¿Criados? ¡Hola!

CRIADOS. ¡Señor!

VIZCONDE. Id la sala iluminando
con aquesas cornucopias,
y después id preparando
asientos y atriles presto,
que sois como unos pelmazos.
¿Mayordomo?

(*Sale el* MAYORDOMO.)

MAYORD. Señor.

VIZCONDE. ¿Qué
es lo que haces?

MAYORD. Reventando
porque usía quede bien,
en la cena ya he gastado
más de catorce mil reales.

VIZCONDE. Y dime, ¿cuánto has sisado
de los catorce?

MAYORD. Señor,
yo soy muy limpio de manos.

VIZCONDE. ¿Qué importa, si la conciencia
apuesto que está hecha un asco?
¿Hay abundancia de todo?

MAYORD. De todo hay bueno y á pasto.

VIZCONDE. Si los músicos viniesen
diles que vayan entrando.

MAYORD. Bien está.

VIZCONDE. ¿Mujer?

(*Sale* DOÑA EUROSIA.)

EUROSIA. ¿Qué quieres?

VIZCONDE. ¿Has sacado ya tabaco
para rellenar las cajas
á todos los convidados?

EUROSIA. ¿A todos? Menester era
más de lo que está estancado:
mira que las profusiones
te han de poner atrasado.

VIZCONDE. ¿Qué importa? Aquel que no da
es de pocos celebrado.

EUROSIA. ¿No les basta con la cena?

VIZCONDE. No, que fuera mal mirado
que haya tanto para el gusto
y nada para el olfato.

EUROSIA. No te enfades, que se hará
del modo que has ordenado.

VIZCONDE. Doña Eurosia, así lo espero,
que en mi casa yo soy amo.

(*Sale el* SEÑORITO.)

SEÑORITO. ¡Ay, padre del alma mía!
El paje me ha regañado
y no me ha querido hacer
una cosa que he mandado.
VIZCONDE. ¿Qué quieres tú, vida mía?
EUROSIA. ¿Qué quieres tú, dueño amado
de mi corazón?
SEÑORITO. Quería
una cosa con un palo
que mete un horror de ruido
en dándola con la mano.
EUROSIA. ¿Será un tambor?
SEÑORITO. Que no es eso,
¡por vida del diablo malo!,
que lo nombró el cocinero
y ya á mí se me ha olvidado.
VIZCONDE. Da otras señas.
SEÑORITO. Mire usted;
ello se hace en un cacharro
y se le pone un pellejo
en toda la boca atado:
tiene una cañita enmedio
y pasando y repasando
la mano por ella suena
que da gusto el escucharlo.
VIZCONDE. Hombre, eso es una zambomba.
SEÑORITO. Sí, padre, zambombo.
EUROSIA. A Pablo,
el mozo, que te la haga;
anda, di que yo lo mando.
SEÑORITO. Al instante que se acabe
verá usted cómo la traigo.
VIZCONDE. Ve poco á poco, no caigas.
SEÑORITO. A gatas me iré despacio,
que como soy tan chiquito
en cualquier parte resbalo. *(Vase.)*

(Sale el MAESTRO, DISCÍPULO 1.º *y* MUJERES, *de discípulas, todos de abates.)*

MAESTRO. A los pies de usía,
¡oh, señor Conde!, estamos
mis discípulos y yo:
solamente deseamos
que mande usía
lo que fuere de su agrado.
VIZCONDE. Muy bien venido, maestro.
Tiene gallardos muchachos
por discípulos.
EUROSIA. Y hermosos.
MAESTRO. Señora, los italianos
todos nacemos hermosos
y músicos consumados.
EUROSIA. Pues yo he visto algunos feos.
MAESTRO. Son neutros: supongo un caso.
De casarse una italiana,
tal vez, con un castellano,
nace un niño ó niña fea;
mas no de los italianos.
VIZCONDE. De cualquier modo estos son
graciosos, rubios y blancos.
TODOS. Esclavo me recomiendo,
ilustrísimo.
MAESTRO. Inclinados
más los cuerpos al hacer
la venia, como yo hago;
que es fuerza dar á entender
que no somos ordinarios.

(Salen de militar cuatro músicos: el primero y segundo con violines, y los otros con varios instrumentos, hacen cortesía, se sientan y empiezan á templar.)

MÚS. 1.º Mis compañeros y yo
besamos á usías las manos.
VIZCONDE. Bien venidos, caballeros.
¡Ea!, todos á sentaros;
y mientras sacan papeles,
vaya la orquesta templando.
DISCÍPUL. Señores, afinar bien;
porque nosotros cantamos
superfino.
MAESTRO. ¡Oh!, embelesan
las aves que van volando.
MÚSICOS. Todos somos oficiales.
MÚS. 1.º El que menos ha tocado
en las óperas caseras
que hubo el Carnaval pasado.
VIZCONDE. ¿Mayordomo?
MAYORD. *(Sale.)* ¿En qué os sirvo?
VIZCONDE. Ve los papeles sacando
y trae tu instrumento.
MAYORD. Bien.
EUROSIA. Dile al nieto que le aguardo;
que venga con la zambomba.
MAYORD. Se la está el paje acabando. *(Vase.)*

(Salen MEDIA CAPA, PAJARILLA *y el* GALLEGO *con el contrabajo y un violín.)*

M. CAPA. Perdonará usía, señor,
porque algo más he tardado;
que he ido á buscar este amigo
que toca y canta de pasmo.
PAJARILLA Servidor y capellán
de usía.
VIZCONDE. Pues me habéis dado
un gran gusto.
PAJARILLA. *(Aparte.)* ¡Cómo huele
la casa á ricos guisados!
¡Dios quiera que no se tarde
en cenar!
M. CAPA. Deja arrimados
los instrumentos y vuelve
muy breve.
GALLEGO. Voy *enteradu.* *(Vase.)*
MAESTRO. Muchachos, ¿no reparáis
qué abate tan estropeado
es aquel semiflaquillo
que ha venido?
TODOS. Rematado.
EUROSIA. ¿Cómo se llama usted, abate?

PAJARILLA Don Pajarilla me llamo;
capellán y servidor
de usía en cuanto yo valgo.
VIZCONDE. ¿Es usted compositor?
PAJARILLA En la catedral he estado
de Alcorcón, siendo maestro
de capilla, tiempos largos.
DISC. 1.° Pues según vuestra decencia,
poco en ella habéis medrado.
PAJARILLA Los hombres llenos de ciencia,
con cualquiera ropa andamos
bien.
M. CAPA. Calla.
PAJARILLA. Hasta comer,
hablaré más que un urraco.

(*Sale el* CRIADO 1.°)

CR. 1.° Tome usía el chocolate.
EUROSIA. No lo quiero, anda ve y dalo
á la perrita.
PAJARILLA. ¿Perrita?
¡Maldita sea! Criado,
venga, lo tomaré yo,
que se me ha encajado un flato
en este codo. ¡Cuál quema!
Pero, por fin, va colando.
¡Bendito seáis, Señor,
que ya me habéis remediado!
M. CAPA. Hombre, ¿y la perra?
PAJARILLA. La perra,
que se la lleven los diablos;
que no ha de estar harto un perro
y muerto de hambre un cristiano.
TODOS. ¡Cuál engulle el tal abate!
PAJARILLA Toma, hijo, que ya he acabado.
VIZCONDE. Parece que tenéis gana.
PAJARILLA Es que hoy ayuno al traspaso
y me daban ya vahidos
de puro debilitado.

(*Sale* MAYORDOMO.)

MAYORD. Aquí están ya los papeles;
cada cual vaya tomando
el que le toca; en el ínter
que voy al clarín quitando
las telarañas.
VIZCONDE. Señores,
verán ustedes qué encanto
de música he escrito.
EUROSIA. A mí
dadme el arpa.
MAYORD. Aquí está á mano.
M. CAPA. Yo tomo mi violín
para poder arreglarlo.
PAJARILLA Voy á templar como pueda
poco á poco el contrabajo
EUROSIA. ¡Que un hombre tan chiquitín
toque instrumento tan alto!
PAJARILLA Para eso sirve la maña;
sobre una silla me planto,
y ya crecí de repente
para poder manejarlo.

(*Sacan los criados en un pie de tinaja una tinajilla por zambomba, la que toca el* SEÑORITO, *y la ponen en medio.*)

SEÑORITO. Padre, oiga usted cómo suena
la zambomba que yo traigo.
TODOS. Está buena, señorito.
PAJARILLA El señorito es un palo
de toldos, y la zambomba
tan zambomba como el amo.
SEÑORITO. ¡Ay, los puntos que en las medias
tiene este abate!
PAJARILLA ¡Qué raro
capricho! Si son de gris
y la mezcla de eso blanco.
SEÑORITO. ¡Sí, sí, que yo soy tan tonto!
ya viene usted bien profano.
VIZCONDE. Principiemos, caballeros.
SEÑORITO. Verá usted cómo acompaño
yo con mi zambomba.
EUROSIA. Y yo
á los fuertes y pianos.
MAESTRO. A una todos: uniformes,
con brillantez y arreglados.

(*Los de los instrumentos fingen tocar y los demás cantan por los papeles: el* VIZCONDE *echa el compás y el* SEÑORITO *toca la zambomba.*)

PAJARILLA (*Cantan.*) «Atención á un villancico
de la bulla que se oyó
el día de Nochebuena
en la gran Plaza Mayor.»
¡Silencio!
TODOS. ¡Silencio!
PAJARILLA ¡Atención!
TODOS. ¡Atención!
P. Y TODOS ¡Silencio, silencio!
¡Atención, atención!
PAJARILLA «Al paso del peso
se oía en montón:
MAESTRO. ¡Jalea!
DISCÍPULO. ¡Perada!
M. CAPA. ¡Chorizos!
VIZCONDE. ¡Turrón!
TODOS. Granadas, naranjas,
merluza, salmón,
besugo, aceitunas,
tortas y acitrón.
PAJARILLA En medio de la plaza
todo era gritar:
MAESTRO. ¡Lombarda!
DISC. 1.° ¡Escarola!
M. CAPA. ¡Pavos!
VIZCONDE. ¡Mazapán!
TODOS. Gallinas, capones,
perdices, zorzal,
cascajo, camuesas,
y mil cosas más.»

PAJARILLA ¡Qué viva la idea!
TODOS. ¡Viva!
PAJARILLA ¡Viva Fuencarral!
TODOS. ¡Viva!
y ¡viva la pascua
de la Navidad!
TODOS. ¡Bravísimo!
VIZCONDE. Muchas gracias,
PAJARILLA Ello es digno de alabarlo,
y no es porque estais delante;
pero está bien acabado.
VIZCONDE. Gozando está, buen amigo,
de Dios tan dulce vocablo.
¡Quién pudiera hacer que diese
de sí el pellejo otro tanto!
EUROSIA. Vamos á ocupar la mesa.
SEÑORITO. Traed mi zambomba, muchachos.
(*Vanse.*)
PAJARILLA Solo quedé; y una cosa
me ocurre para chasquearlos,
que me ha de ser de provecho.
Con esta navaja abro
al contrabajo un bujero:
lo demás lo dirá el caso.
Al arma, pues los sirvientes
ya empiezan á pasar platos.

(*Empiezan los criados á sacar varios platos con comida y los va tomando* PAJARILLA *y embocando en el contrabajo y á cada plato le tira una lenguatada.*)

(*Sale* CRIADO 1.º)

CR. 1.º ¡Gran plato es este primero!
PAJARILLA Daca, yo lo iré llevando
á la mesa.
CR. 1.º Tome usted. (*Vase.*)
PAJARILLA Bizcochos son empapados
en rico vino; los pruebo
y vayan al contrabajo.
SALE 2.º Orejones.
PAJARILLA Venga y marcha.
¡Qué bueno está! ¡Al contrabajo!
SALE 1.º Salmón fresco.
PAJARILLA Cuatro ruedas,
son grandes. ¡Al contrabajo!
SALE 2.º Estos son buenos capones.
PAJARILLA Parece que están cantando.
Mañana serán mi cena
ó mi almuerzo. ¡Al contrabajo!
SALE 1.º Botellas ricas.
PAJARILLA También
me gustan. ¡Al contrabajo!
SALE 2.º Turrón y dulces.
PAJARILLA Yo soy
muy goloso. ¡Al contrabajo!
SALE 1.º De todos postres.
PAJARILLA Pues vengan
los postres. ¡Al contrabajo!
¡Qué tripa tiene el maldito
cuando le ha cabido tanto!
Y pues esto ha dado fin,
quiero irme, disimulado,
á la mesa, á ver qué dice
el montón que está aguardando.
(*Vase*).
MAYORD. (*Sale.*) Voy á llegarme á la mesa
para preguntar al amo
si ha estado la cena buena
puesto que ya se ha acabado.
(*Vase.*)

(*Descúbrese una rica mesa; y en ella sentados todos y* PAJARILLA. *Habrá ramillete, dulces y otras cosas.*)

VIZCONDE. ¿Cómo no traerán la cena?
PAJARILLA (*Ap.*) Porque otro ya la ha cenado.
Temiendo estoy si le da
un cólico al contrabajo
según está de repleto.
VIZCONDE. ¿Ah, mayordomo?

(*Sale* MAYORDOMO.)

MAYORD. Al mandado
estoy de usía.
VIZCONDE. ¿Y la cena,
la traen? ¿En que estais pensando?
MAYORD. Señor, que ya la han traído.
VIZCONDE. ¡Hombre! ¿estás calamocano?
PAJARILLA Puede, porque en esta noche
á muchos les coge el jarro.
EUROSIA. Aquí no han traído nada.
MAYORD. Ni en la cocina ha quedado
tampoco.
PAJARILLA (*Aparte.*) ¡Cómo están todos!
VIZCONDE. ¿Hay tal maldad?
TODOS. Esto es chasco:
vamos de aquí.
VIZCONDE. Caballeros,
mirad que no estoy culpado.
SEÑORITO. Se chanceará el mayordomo.
MAYORD. No es chanza, que formal hablo.
MAESTRO. Esto no se hace con hombres
que están caracterizados.
TODOS. Ni con músicos de honor.
PAJARILLA Ni con hombres de mi garbo
ni de mi categoría.

(*Sale* GALLEGO.)

GALLEGO. Mi *amu*, *¿llevu* el *contrabaju?*
PAJARILLA Carga con él y marchemos
donde nos den mejor trato.
VIZCONDE. ¡No tiene más, yo estoy lelo
de lo que aquí esta pasando!
GALLEGO. No le *puedu* levantar.
PAJARILLA Ha comido demasiado.
SEÑORITO. ¿A ver por este agujero
lo que dentro le han echado?
PAJARILLA (*Aparte.*) Ahora lo verás, violón,
después de haberte atestado,
si te ven la colación.

SEÑORITO. ¡Ay, padre, que han embocado
dentro de él cuanto nosotros
habíamos de haber cenado.
TODOS. ¡Bravo chiste!
VIZCONDE. ¡Gran maldad!
MAYORD. Así se sabrá. ¡Criados!
CRIADOS. (*Salen.*) ¿Qué nos manda usted?
MAYORD. ¿A quién disteis
que fuera entrando los platos?
CR. 1.° A ese abatillo
PAJARILLA ¿A mí?
CR. 1.° A ti;
no te hagas disimulado.
VIZCONDE. ¡Ah, perro, te mataré!
PAJARILLA A esos pies arrodillado,
pido ahora me perdone.
VIZCONDE. No hay perdón; molerlo á palos.
CR. 1.° ¡Muera el estafador!
SEÑORITO. ¡Muera!
PAJARILLA El que me toque le encajo
una silla en la cabeza.
Mozo, coge el contrabajo
y vamos de aquí. Usía
perdone la burla.
GALLEGO. *Vamus.*
PAJARILLA Al fin llevo prevención
para tres meses ó cuatro. (*Vanse.*)
VIZCONDE. Salid tras de él.
TODOS. Perdonadle.
VIZCONDE. Lo haré por no disgustaros.
Entremos á esotra sala
mientras se dispone algo
de cenar.
TODOS. Enhorabuena;
y lo pasado, pasado.
M. CAPA. Vamos y acabando aquí
este sainete,
TODOS. Postrados
pedimos le deis un vítor
como forma de aguinaldos.

22

Los novios espantados

SAINETE Ó COMEDIA EN UN ACTO (1)

¡Cuánto más felices fueran,
cuántos partidos hallaran
más ventajosos y breves,
si me litasen las damas
jóvenes que los adornos
caros y la extravagancia,
en vez de atraer los hombres
de mérito, los espantan!

(1) Impreso por el autor en el tomo V de su *Teatro*, ya citado (pág. 259), en la edición de Durán (II, 1) y suelto varias veces.

PERSONAS

D. PRUDENCIO, *caballero de Madrid.*
D.ª GERVASIA, *su sobrina.*
PASCASIA, *criada.*
GILITO, *paje.*
D. JORGE, *novio de doña Gervasia.*
BELTRÁN, *serrano, novio de Pascuala.*
D. ZACARÍAS, *abogado figurón.*
MR. TRICTRAC, *modista francés.*
HURACÁN, *peluquero de damas.*

(*La acción se supone en Madrid, y pieza de tertulia en casa de D. Prudencio.*)

(*El teatro representa sala de tertulia en casa de* D. PRUDENCIO, *con mesa de escribanía, sillas, etc. Al levantar el telón estarán el* PAJE, *sentado en la mesa escribiendo, y el* PELUQUERO.)

PELUQ. ¿Lo ha puesto usted todo claro?
PAJE. Yo no me he dejado nada
de cuanto me ha ido diciendo.
PELUQ. Lea usted, á ver si falta
alguna cosa.
PAJE. ¿Pues qué,
con lo apuntado no basta?
PELUQ. ¿Qué sé yo? Lea usted.
PAJE. «Lista
»de las cosas necesarias
»que se deben tener prontas
»para peinar á mi ama:
»Cuatro papeles de polvos,
»y tres botes de pomadas
grandes, de olor de París.»
PELUQ. Vaya,
adelante.
PAJE. «Un gran pañuelo
»y cuatro varas de gasa
»rayada.»
PELUQ. ¿Y no ha puesto usted
que de la mejor de Italia?
PAJE. Sí, señor; «ocho de cinta
»con esterilla muy ancha
»á listas, y tres de angosta;
»vara y media de bordada
»de piedras menudas negras
»y lentejuelas de plata:
»cuatro papeles de horquillas
»grandes, chicas y medianas,
»y otros tantos de alfileres;
»dos grandes plumas jaspeadas
»de las ricas, dos azules,
»un airón negro, y dos blancas.»
PELUQ. Bien. No sé si falta más ..
Las flores las hay en casa
si son menester. En fin,
disponga usted que se traiga
todo eso, mientras yo
peino á doña Cayetana;
que si algo se me ha olvidado,
en Madrid todo se halla
al punto con el dinero. (*Vase.*)
PAJE. Ojalá que no se hallara
nada de esto. ¡Qué receta!

(*Sale* D. PRUDENCIO.)

D. PRUD. Gilito, ¿con quién hablabas?
PAJE. Con esta lista que deja
de todas las zarandajas
precisas el peluquero
para peinar á mi ama.
D. PRUD. ¿Y quién ha de traerlas?
PAJE. Yo,
que no están lejos de casa
en la de monsieur Trictrac.
D. PRUD. Pues cuando por ellas vayas,
dile que las traiga él propio,
y con la cuenta ajustada
de su importe.
PAJE. ¿A su conciencia?
D. PRUD. Obedece pronto y calla.
PAJE. (*Ap.*) Bien cerca está. De este modo
voy sin sombrero ni espada (*Vase.*)
D. PRUD. ¿De cuándo acá mi sobrina
hace este exceso? ¡Pascuala!

(*Sale* PASCUALA.)

PASCUALA. Señor.
D. PRUD. ¿Qué estabas haciendo?
PASCUALA. Estamos muy ocupadas
hoy, porque hasta la cotilla
ha querido estrenar mi ama,
y ahora se la está probando.
¡Ah! sí; ya se me olvidaba;
deme usted diez y seis pesos
en que la tiene ajustada,
y ocho para el zapatero.
D. PRUD. ¿Ocho pesos?
PASCUALA. Y ocho gracias;
que hay zapatos que el bordado
solo cuesta una medalla.
D. PRUD. No los tengo aquí: á los dos
diles que vuelvan mañana.
PASCUALA. Muy bien.
D. PRUD. Escucha una cosa;
pero ha de ser reservada
entre los dos.
PASCUALA. La mejor
prenda mía es lo callada.
D. PRUD. ¿Qué idea tiene esta niña,
que ha sido tan moderada
en sus ideas y adorno
hasta aquí, en ir tan bizarra
hoy?
PASCUALA. No lo sabe usted todo.
¡Qué zagalejo, qué bata,
qué collar y qué pendientes
largos de los que se pagan
por oro, y son de oropel!
Pues ¡qué cabriolé con martas
cebellinas! ¡Qué abanico
ha encargado! No habrá dama
más bien puesta en la visita.
Sin duda esta noche saca
de la función cuatro novios
que le hacen muchas ventajas
á don Jorge.
D. PRUD. No es tan fácil,
que es un mozo de muy altas
prendas.
PASCUALA. Pero es tan seriote...
D. PRUD. ¿Crees que por eso la enfada?
PASCUALA. No, señor; su merced dice
que le quiere, y me le alaba
mucho; pero en su lugar
yo, señor, reflexionara
que el soltero que corteja
sólo á su novia, no baila
más que minuetes, se viste
sólo de ropas de España,
no lleva más que un reloj,
gusta de leer mucho y habla
poco, pasea con curas,
no frecuenta la Fontana,
no se peina en erizón,
juega sólo cuando falta
pie y á tanto moderado,
á las diez se va á la cama
y se levanta á las cinco,
con otras extravagancias
que tiene el señor don Jorge
de solterón; si se casa
será el marido más serio,
más puntual y más machaca
de Madrid, y su parienta
la mujer más desdichada.
D. PRUD. Tú piensas así, y yo sé
que mi sobrina Gervasia
piensa siempre de otro modo.
PASCUALA. Pues quizá desde que trata
á las vecinas de enfrente
y las ve que estrenan cuantas
modas salen cada día,
y los cortejos que arrastran,
hoy que se ofrece lucirlo,
se las quiere empatar.
D. PRUD. Basta:
ya de este extraño delirio
está entendida la causa:
tiene cerca el mal ejemplo,
es huérfana, no le falta
mérito y tiene dinero,
con que es preciso que caiga
en el precipicio, cuanto
menos de él está enterada.

(*Dentro* DOÑA GERVASIA.)

D.ª GERV. ¡Chica!
D. PRUD. Vete luego, y cuenta
que calles
PASCUALA. Como una estatua.
(*Aparte.*) ¡Qué mal que le sabe al tío
esto de soltar la plata! (*Vase.*)
BELTRÁN. (*Dentro.*) ¡Alabao sea Dios!

D. PRUD. Quien sea
pase adelante.

(*Sale* BELTRÁN, *de payo de sierra.*)

BELTRÁN. Dó gracias.
D. PRUD. ¡Oh, amigo Beltrán! ¿Qué es eso?
Como no vino la Pascua,
según dijo, discurrimos
que con la herencia olvidaba
á la Pascualita.
BELTRÁN. ¿Cómo
era fácil olvidalla?
¿Así se vuelven atrás
los hombres de sus palabras,
cuando dicen que las quieren
á las mujeres honradas?
D. PRUD. ¿Y no la has visto en más de un
año y medio que está en casa?
BELTRÁN. En sabiendo que están güenas,
para qué es alborotallas
un hombre y alborotáse
mientras la boda no cuaja?
Ahora tal cual con la herencia
de mi tía, que Dios haiga,
estamos en positura
de casarnos y llevarla.
D. PRUD. ¿Y á eso vienes?
BELTRÁN. Sí, señor:
y pronto, si usted no manda
otra cosa
D. PRUD. Ya verás,
qué buena moza y qué guapa
la tienes.
BELTRÁN. Dios la bendiga,
y pague á sus amos tanta
caridad.
D. PRUD. ¿Y heredas mucho?
BELTRÁN. Tres borricos, una casa
muy grande con su portal,
dos piezas que hacen á sala,
á cocina, á dormitorio
y palomar: una cuadra
para seis bestias, y yo
he pensado en alargalla;
porque aunque todo esto es chico,
el corralón es alhaja:
un cofre, dos escritorios
rotos, algunas estampas
que valen cualquier dinero
si no estuvieran ahumadas.

(*Sale* MR. TRICTRAC, *modista francés, y el* PAJE *con un cajón.*)

PAJE. Entre usted conmigo á ver
si los géneros agradan
á mi ama.
MR. TRIC. *Gui, monsiú:*
me asicuro que madama
será contenta.
D. PRUD. ¿Qué es eso,
Gilito?
PAJE. Las zarandajas
para el peinado.
D. PRUD. La cuenta.
MR. TRIC. Estará luego formada,
sí, señor.
PAJE. Entrad.
MR. TRIC. *Allon.*
(*Vanse los dos.*)
BELTRÁN. ¿No se puede ver al ama?
D. PRUD. Luego. Más querrá usted ver
lo que le importa. ¿Pascuala?
PASCUALA. (*Dentro.*) Ya voy.
D. PRUD. ¿Conoces la voz?
BELTRÁN. Me parece más delgada
que la que trajo
D. PRUD. Será
quizá virtud de las aguas
de Madrid.
BELTRÁN. Ya.

(*Sale* PASCUALA.)

PASCUALA. ¿Qué queréis?
(*Alegre.*) Pero, Beltrán de mi alma,
seas bien venido. ¿Cuándo
has llegado?
BELTRÁN. (*Serio.*) ¿Con quién habla
esta señora? ¿Es también
sobrina de usted ó hermana?
PASCUALA. Si soy yo. (*Saltando.*)
BELTRÁN. ¿Y quién es usted?
D. PRUD. ¿No conoces á Pascuala,
tu novia?
BELTRÁN. ¡Dale! A esa sí;
pero ésta no tiene traza
de haber estado en la sierra
escardando al sol, descalza
de pie y pierna, mantenida
con pan de centeno y cabra.
D. PRUD. Tú vienes ciego.
BELTRÁN. Y ustedes
parece que tienen gana,
como son Carnestoliendas
y me ven con las polainas,
de hacerme una burla; pues
á otra, que ésa no pasa.
D PRUD. Mírala bien.
BELTRÁN. Un poquillo
se le parece en las barbas;
pero la otra tiene un cuerpo
lo propio que una tinaja,
y ésta es como un asador;
la otra tiene media vara
de pie, y ésta media tercia;
la otra tiene tan ancha
la frente como San Pedro,
y ésta tan chica y tan rara
como las monas; la otra

tenía paño en la cara,
y ésta tiene rasoliso;
la otra traía una saya
del paño de por allá,
que valía poco, y maama
tiene mejor atavío
que en mi tierra las hidalgas
más ricas y ganaderas.
¡Si conoceré á Pascuala
yo, que dende tamañito
le eché el ojo encima para
mi esposa! Echela usté acá
y dejémonos de chanzas.

(*Salen el* PAJE *y* MR. TRICTRAC *de dentro.*)

PAJE. Vuelva usted pronto.
MR. TRIC. *Un momant,*
cuante prando las alacas
pur escoquer, y soy vuelto
tut allor. (*Vase.*)
D. PRUD. ¿Por qué se marcha
ese hombre sin dar la cuenta?
PAJE. El nos la dará bien larga.
¡Oh, nuestro amigo Beltrán!
¡Sea enhorabuena, Pascuala!
BELTRÁN. ¡Otra!
PAJE. ¿Qué tal? Me parece
que está un poco más medrada,
y más decente que vino.
BELTRÁN. ¿Y es ésta?
D. PRUD. No seas mechaca.
BELTRÁN. Pues no parece la misma;
será efecto de las aguas
de Madrid.
PAJE. Y de los aires,
que á las gordas adelgazan,
blanquean á las morenas,
y convierten las serranas
en usías.
BELTRÁN. Pues, señora,
sea usía bien hallada.
PASCUALA. No seas bufón. ¿Y las gentes
de allá?
BELTRÁN. Con tan malas caras
y tan mal vestidas como
cuando las dejaste estaban;
que allá no está la hermosura
ni la ropa tan barata.

(DON ZACARÍAS *dentro.*)

D. ZACAR. ¿Se puede entrar?
D. PRUD. Sí, señor.

(*Sale* DON ZACARÍAS, *de abogado figurón*)

D. ZACAR. El hallar á usted en casa,
señor don Prudencio, ya es
un paso feliz, que avanza
mi fortuna, por la senda
de la amistad vuestra, para
llegar al término donde
se corone su esperanza.
D. PRUD. ¿Qué mandais?
D. ZACAR. Quedemos solos.
D. PRUD. Da de almorzar y agasaja
á Beltrán.
PASCUALA. Con mucho gusto
voy.
BELTRÁN. Yo voy de mala gana. (*Vase.*)
PAJE. Este vino por sardina,
hallóla trucha, y se escama.

(*Sale* MR. TRICTRAC, *dá un papel á* DON PRUDENCIO.)

MR. TRIC. *La conta de los generos*
de tocador. Bien madama
hará sus otros buen gustos;
yo daré á usted.
PAJE. ¿Y la bata?
MR. TRIC. *Sé port una garnitur*
superb, será acomodada
tut allor. Lasé muá fer. (*Se entra.*)
PAJE. Este francés hoy le saca
á usted ochenta doblones.
D. PRUD. A ti no te importa; calla
y cuida de saber todos
los precios de cuanto traiga.
PAJE. El arregla á su conciencia
cuanto se vende en su casa. (*Vase.*)
D. ZACAR. Amigo.
D. PRUD. ¡Qué buena suerte
le conduce aquí de gala
hoy, señor don Zacarías?
D. ZACAR. Haga usted cuenta que nada
y mucho; porque las cosas
penden de la idea varia
que forman de un propio acto
dos personas: verbi gracia,
sobre un derecho inconcuso
le pone á usté una demanda
un don Fulano de Tal:
le dice que es infundada
á usted el letrado B;
y yo á la parte contraria
la digo que su justicia
tal y tal autor declaran
en tal y tal y tal ley,
y yendo á buscar entrambas
opiniones la justicia
al Consejo ó á la Sala
de corte, yo voy por Pinto
y el otro por Guadarrama,
D. PRUD. Decís bien.
D. ZACAR. ¿Me explico? Más.
Hoy soy soltero, mañana
me puedo casar; ¿me explico?
Pues habrá quien juicios haga
muy diferentes de un hecho
que nace de una humorada,
consejo, necesidad

ó de que me dió la gana.
Dije: para el que es discreto,
con lo ya apuntado basta,
y esto quede entre los dos
y mi sá doña Gervasia.

(*Sale* Mr. Tricfrac.)

Mr. Tric. *Voy pur de otras bagatelas,*
y traer de las quedadas
un pequeña apuntación.

(*Sale el* Paje *corriendo.*)

Paje. Monsiú Trictrac, dos varas
más de cinta.

Mr. Tric. *Fort bien.* (*Vase.*)

(*Sale* Doña Gervasia.)

D.ª Gerv. Gil,
corre y ve si está acabada
ya la manteleta: y di
de camino que las martas
del cabriolé sean de gusto.

Paje. ¿De color de piel de rata?

D.ª Gerv. Eso toca al manguitero,
y á ti hacer lo que te mandan.

Paje. Bien dicen que juicio y modas
no caben en una casa. (*Vase.*)

D.ª Gerv. ¡Oh, señor don Zacarías!
no sabía yo que estaba
usted por acá.

D. Zacar. Y á empeño
de la mayor importancia
con el amigo y usted;
ya le he dicho en dos palabras
lo que es, y de ambos espero
ver mis dichas consumadas,

D.ª Gerv. ¿Qué es, tío?

D. Prud. Yo no lo sé.

D.ª Gerv. No esté usted con mala cara
porque quiero ir una vez
vestida como muchacha
con cuatro chismes de moda,
y más estando tratada
de casar.

D. Prud. ¿Te digo yo algo?

D. Zacar. ¿Está usted muy ocupada?

D.ª Gerv. Ahora no, señor.

D. Zacar. Pues antes
que venga alguna fantasma
estorbadora, sentaos,
declararé en confianza
mi atrevido pensamiento,
agravantes que me mueven
á una acción extraordinaria.

D. Prud. ¿Y cuál?

D. Zacar. Es vergonzosillo,
á la verdad, declararla
á un hombre que ya se ve
en maitines de garnacha;
(que es más que vísperas); pero...
¿lo digo, lo digo?

D.ª Gerv. Vaya.

D. Zacar. Quiero casarme.

D.ª Gerv. ¿Y con quién?

D. Zacar. Con una mujer de clara
estirpe, linda y no pobre,
y de otras prendas muy altas.

D.ª Gerv. ¿Y cuál es la venturosa?

D. Zacar. Mi sá doña Cayetana,
vuestra prima, á quien adoro
con tan viva, inmoderada
pasión, que, á no contenerme
la inmunidad soberana
de esta golilla, recelo
que, distraído en sus gracias
y desdén, tal vez haría
más gestos y extravagancias
en español que en francés
Pigmaleón por su estatua.

D. Prud. ¡Fino amor!

D.ª Gerv. ¿Y lo sabe ella?

D. Zacar. Ahora entra mi plegaria
de que sean mis padrinos:
y como día de gracias
se la pidan en mi nombre
á mi señora doña Ana,
su madre, y á ella la informen
de que soy hombre que se halla
con muy buena librería;
que son clarín de mi fama
procuradores y agentes,
et cétera; y si no basta
todo, ahí van dos relaciones
de méritos, que declaran
mis ejercicios, mis cursos
y tareas literarias;
dádselas, y decid que
la propia justicia me hagan
que *némine discrepante*
me hicieron en Salamanca.

D. Prud. Más que en vuestras relaciones
podréis fundar esperanzas
en la que de vuestras prendas
haremos, con la eficacia
posible.

D.ª Gerv. Yo, por mi parte,
persuadiré á Cayetana
á vuestro favor. Supongo
que vendréis á celebrarla
hoy sus años con nosotros.

D. Zacar. Si yo no bailo.

D. Prud. ¡Qué tacha!
con eso tendréis más tiempo,
si pega, de requebrarla.

D. Zacar. ¡Que pegue es el cuento! En fin,
como el primer paso hagan
ustedes bien, los demás
ya sé yo cómo se andan.

(Sale don Jorge.)

D. JORGE. Señora, á los pies de usted.
D. PRUD. Creí que usted madrugara
hoy más.
D.ª GERV. El señor no entiende
de los días que la falta
al tocador es delito.
D. JORGE. Si lo es, vivid preparada
á perdonármela siempre.
D.ª GERV. No es de la mejor crianza
eso.
D. PRUD. Peor es adular
á señoras mal criadas,
por no decir otra cosa.
D. JORGE. Ahora vengo, por desgracia,
de casa de vuestra prima
de dar los años. Estaba
peinándose. Los que había
alrededor y la zambra;
los desperdicios que hacía
de polvos, manteca, gasas,
cinta, flores, alfileres;
y tirones que la daba
el peluquero, enfadado
del concurso y algazara
en el cuarto...
D. ZACAR. ¿Y qué decía
mi sá doña Cayetana?
D. JORGE. Mil chistes á un oficial,
con quien de bailar trataba
peremnemente esta noche.
D. ZACAR. ¿Mi sá doña Cayetana?
D. JORGE. Sí, señor; dar caramelos,
y reirse de la rabia
de Huracán, el peluquero.
D.ª GERV. ¿Y ha visto usted la gran bata
de encajes y el sombrerillo
que le han traído de Francia
y ha de estrenar?
D. JORGE. No, señora.
D.ª GERV. Creo que no habrá en la sala
alguna mejor vestida;
pero tampoco lo paga
ella con nueve mil reales.
D. ZACAR. ¿Mi sá doña Cayetana?
D. PRUD. Sí, su querida de usted,
por quien dice que se abrasa.
D. ZACAR. Me parece que se va
refrescando la mañana.

(Sale el Paje con un cabriolé grande y manteleta en un cajón ó paño: y con otro y una caja de abanicos monsieur Trictrac.)

PAJE. Señora, aquí está ya todo.
D.ª GERV. Ponlo encima de mi cama.
PAJE. La cuenta del manguitero,
señor. *(Dásela y vase.)*
D. PRUD. *(A Mr.)* ¿Trae usté ajustada
la suya?
MR. TRIC. *Prené, monsiú:*
y vea un poco madama
su abanico, é fort joli.
D. PRUD. ¿Está esta partida errada?
¡Por dos plumas nueve duros!
MR. TRIC. Otras hay de más baratas.
Aquellas tan grandes grandes,
son del Fénix de la Arrabia,
un *pácaro* que no *tien*
que seis, siete plumas largas
á su cola; y es *presis*,
pur haberlas, encargarlas
años antes, y despues
derrechos de empaquetarlas,
condución. y otros *derrechos;*
tanto *dimoño* de duanas;
y otros *dimoños* que no
quieren dejar entrar nada
contrabando... *San fasón*
que está hecha toda mi gracia
posible en mi cuenta.
D. PRUD. No,
no pretendo rebajarla;
voy á sumar lo que importan
las hasta aquí presentadas,
y pagar á todo el mundo.
(Se entra.)
MR. TRIC. ¿*E* sois contenta?
D.ª GERV. Me agrada
todo muchísimo. Don Jorge,
¿queréis ver unas alhajas
de piedras y oro que nadie
puede creer que son falsas!
D. JORGE. Si ellas lo son, la apariencia
más desluce que realza.
D. GERV. Siempre serio. Amigo, todo *(A Mr.)*
me gusta. Mientras que salga
mi tío, siéntese usted.
MR. TRIC. Con *permisión*: ando en casa
pur otro de mis negocios:
vengo pronto. *(Vase.)*
D.ª GERV. Gil.

(Sale el Paje.)

PAJE. ¿Qué manda
usted?
D.ª GERV. Lleva todo eso
á mi tocador, y marcha
á buscar al peluquero,
que son la doce, y ya tarda.
PAJE. ¡Qué valiente feria ha hecho
hoy el tal francés en casa. *(Vase.)*

(Sale el Peluquero.)

PELUQ. ¿Vamos, señorita?
D.ª GERV. ¡Eso es!:
siendo suya la tardanza,
entrar metiéndonos prisa.
Entre usted á ver si falta

algo de lo que ha pedido
para peinar.

PELUQ. En volandas
voy. *(Vase.)*

Dª GERV. Y avísenos usted.

(Sale PASCUALA.*)*

PASCUALA. ¡Ay, señora de mi alma!
¡Infeliz de mí, señor!

D.ª GERV. ¿Pues qué es eso?

BELTRÁN. Adiós, Pascuala:
que la seda y el picote
no hacen buena mezcolanza.

PASCUALA. Señor, señor.

(Sale DON PRUDENCIO *con un bolsillo lleno de dinero y luego* PELUQUERO *y* PAJE.*)*

LOS DOS. ¿Qué sucede?

D. PRUD. ¿Quién alborota la casa?

PASCUALA. Que Beltrán ya no me quiere.

D. PRUD. Si la boda está ajustada,
¿cómo puede ser?

BELTRÁN. Señor,
hablemos sin garambainas.
Yo la quería y la vine
á buscar como serrana,
que me hiciese un mal puchero
y remendase unas bragas
y un jugón con hilo gordo:
me lavase á la semana
una camisa de estopa,
mientras tanto que la hilaba
para hacerse ella otra, y luego
ir á la fuente por agua,
dar de comer á las bestias
á sus horas, y tratarlas
mejor que á nuestras personas,
puesto que á medias lo ganan
con nosotros; me hallo una
señora pintiparada
en todo, y más melindrosa
y presumida que la ama...
Yo no puedo sostenerla;
ni mi alcalde tolerara
en justicia el mal ejemplo
que en los contornos causara
ver á las ovejas gordas
y útiles vestir de lana,
y estar demás y vestida
de seda la más ruin cabra:
con que, como dijo el otro,
al inteligente paja.
Hija, Dios te dé fortuna,
en buena tierra te hallas,
oficios hay de holgazanes,
y novios para holgazanas. *(Vase.)*

D. PRUD. Llámale.

D.ª GERV. No llames tal,
y envíale noramala,
que mereces mucho más
tú.

PAJE. Merece la Pascuala
un señor.

D. PRUD. Lo que merece
es mirar, desengañada,
que, en vez de atraer, el fausto
á los novios los espanta.

(Sale el PELUQUERO.*)*

PELUQ. Señora, allí echo yo menos
mil cosas para peinarla.

D.ª GERV. Lo traerán. ¿Y mi primita?

PELUQ. Esa sí: toda la mapa
del primor lleva en el pelo.

D.ª GERV. Amigo, para eso gasta
al doble que yo.

D. PRUD. Si juzgas
que has estado moderada
y quieres saber lo que
importan, esto es, pagadas
á letra vista, las cosas
que ya tenemos en casa
para la visita de hoy,
y lo que le cuesta á cada
petimetra el variar ternos
cada día en la semana;
ahí tienes cerca de seis
mil reales que importa: paga
(Los echa de golpe sobre la mesa.)
á todos; con advertencia
de que á diez veces que hagas
lo que hoy, los sesenta mil
de tu dote se traspasan
á la niña que ha traído
[el] monsiur Trictrac de Francia.

D. GERV. Por una vez...

D. PRUD. Un adagio
dice que quien malas mañas...

D. ZACAR. ¿Con que gastó al doble de esto
mi sá doña Cayetana?

PELUQ. Y más.

D. ZACAR. ¡Qué linda estará!
Mas no tenéis que cansarla
ni cansaros; que no quiero
que por mí exponga la fama
del Colegio de abogados
el Colegio de abogadas. *(Vase.)*

TODOS. Don Zacarías.

D. JORGE. Yo iré
á llamarle. Una palabra,
don Prudencio.

D. PRUD. ¿Qué mandais?

D. JORGE. A mi sá doña Gervasia,
que yo la beso los pies;
que le agradezco en mi alma
el favor que antes me hacía,
y espero que ahora me haga
la justicia de creer

que el retirar mi palabra
es por no ser rico ni hombre
de moda por mi desgracia.
Aguardad, don Zacarías. *(Vase.)*

D.ª GERV. ¿Qué ha sido eso, tío?

D. PRUD. Nada.

D.ª GERV. ¿Cómo?

D. PRUD. Puedes esta noche
ver si en la visita hallas
otro novio más del tiempo,
que don Jorge, con urbanas
razones y con razón,
al contemplar la mudanza
de tu juicio, me ha dejado
para ti unas calabazas.

PASCUALA. Mejor, señora.

D.ª GERV. No tal,
que quedo un poco picada
del desaire.

D. PRUD. Mejor fuera
quedases desengañada.

D.ª GERV. Puede ser. Pagad á todos.
Guárdalo todo, Pascuala.
Gil, ve á decir á mi prima
que me he sentido muy mala
y no voy á la visita.

PELUQ. Y me están mil parroquianas
aguardando; pues no vuelvo
aunque me deis dos medallas. *(Vase.)*

D.ª GERV. Y usted escríbale á don Jorge,
que si no tiene otra causa
para mudar de dictamen
que mirarme alborotada,
que venga á desenojarse
y á ver las prendas y bata,
que desde hoy hasta mi boda
quedarán empapeladas.

D. PRUD. Dame un abrazo, sobrina.

PASCUALA. ¿Qué dirán, si por desgracia
lo saben allá?

D. PRUD. ¡Ojalá!
y meditasen las damas
jóvenes que los adornos
caros y la extravagancia,
en vez de atraer los hombres
de mérito, los espantan.

PASCUALA. ¡Ay mi Beltran!

D.ª GERV. Si tuvieras
juicio, no le suspiraras.

PAJE. ¡Qué suspirar, señorita!
Voy á tomar la guitarra
y á divertiros, en premio
de la reflexión tan sana
que habéis hecho.

D. PRUD. Yo la ofrezco
en su aplauso divulgarla.

LOS CUAT. Y ojalá que su memoria
se propague en toda España.

23

Los propósitos de las mujeres.

1763 (1)

(La escena es una sala adornada con arañas ó cornucopias, y asientos, y un clavicordio. Salen de petimetres, á lo militar, EUSEBIO *y* PLASENCIA; *y* ESPEJO, *de abate, con peluca de polvos.)*

ESPEJO. Pues la sala principal
está tan desocupada,
sin duda que las señoras
no deben de estar en casa
todavía. ¿Qué hora es?

EUSEBIO. Aun no son las ocho dadas.
Temprano es; señor don Lucas,
¿qué os parece de esta sala?
Hablad, y no estéis suspenso.

PLASENC. Que está muy bien adornada:
mas decid: ¿qué casa es esta?

ESPEJO. Aquí vive una madama
muy petimetra, y muy linda,
á cuyo lado se halla
otra hermanita soltera,
que la compite en la gracias
de bailar, representar,
cantar...

PLASENC. Tened: y ¿es casada
la primera?

ESPEJO. Sí, señor.

PLASENC. ¿Y el marido está en España
ó en Indias?

ESPEJO. Vive con ellas
también. ¿A qué es tan extraña
pregunta?

PLASENC. A vuestra respuesta;
que en mi lugar se señalan
las casas diciendo es de
fulano, no de fulana;
y al ver que sólo hablais de ellas,
yo pensé que no cantaba
gallo en este gallinero.

EUSEBIO. Aunque algunas veces canta,
no es él el que cacarea.

PLASENC. Pues será de mala casta;
porque el buen gallo se juzga
de su serrallo monarca,
y nunca sufre que suene
en su capilla otra gaita.

ESPEJO. Ya que habemos conseguido
que os hayais puesto de gala
y desmintais en el talle
vuestra grosera crianza,
es fuerza mudéis de estilo

(1) Bib. Municip.: Leg. 1-168-45. Copia antigua con el reparto de 1763 y otro posterior. Impreso por Durán: II, 152.

y hagais honor á la patria,
dándoos á la sociedad
con agradables palabras
que adulen á los oyentes.

PLASENC. Si el concepto se declara,
eso es decirme que mienta
á la moda.

EUSEBIO. No es tan baja
la proposición.

PLASENC. Pues dime,
cómo en la corte se trata
á la gente, y de qué modo
se corteja á las madamas,
que yo no vengo á otra cosa,
y ésta no quisiera errarla.

ESPEJO. Esa es lección que se aprende
vista mejor que explicada:
pero allí sale don Roque

(*Sale* PONCE, *de petimetre, y* PORTUGUESA *y* SEGURA, *de criadas.*)

PONCE. ¿Hay aprensiones más raras?
Caballeros, bien venidos.

(*Salen* CAMPANO *y* TORRÁ, *de pajes decentes.*)

CAMPANO. ¿Qué es lo que nos quiere mi ama?

SEGURA. El señor tiene la orden.

PONCE. Que os estéis en la antesala
toda la noche, y que sólo
dejéis aquí entrar las damas
de la visita; y á cuantos
hombres vinieren, que vayan
al cuarto de vuestro amo;
y si os preguntan la causa,
responded que no sabéis
más de que es orden cerrada.

CAMPANO. Desde luego digo que eso
mi señora no lo manda.

PONCE. Sí lo manda.

TORRÁ. Pues ¿qué tiene
su señoría? ¿Está mala?

CAMPANO. ¡Tonto! ese no era motivo
de cosa tan impensada,
pues pudiera recibir
visitas estando en cama.

SEGURA. Cierto que su señoría
es mujer de pataratas.

FRANCHO. (*Dentro.*) ¿Muchachos?

PAJES. El amo, el amo.

(*Sale* FRANCHO.)

FRANCHO. ¿Por qué dejais la antesala
sola?

PONCE. Estaban conmigo
para cosas de importancia.

FRANCHO. ¿Y mi mujer?

LAS CRIADAS. Allá dentro.

FRANCHO. ¿Cómo en salir tanto tarda,
y en venir estas señoras?

PONCE. Con algunas encerrada
está allá en el gabinete;
y me ha mandado que salga
á decir que no recibe
á ningún hombre; que vaya
y los lleve á vuestro cuarto,
y allí se les pongan francas
mesas de juego.

FRANCHO. ¿Y no es
figura de la baraja
mi mujer? ¡Gran novedad!
Pues, si el juicio no me marra,
ella se quiere morir
ó no es cierto cuanto hablan. (*Vase.*)

EUSEBIO. Hombres, yo he quedado absorto.

CAMPANO. Vamos, pues ya un coche para,
á ver quién es. (*Vanse pajes.*)

SEGURA. Y nosotras
vamos á decir que salgan
las señoras. (*Vanse criadas.*)

PONCE. Caballeros,
vamos adonde nos mandan.

EUSEBIO. ¿Usted alcanza el motivo?

PONCE. Dice que está escarmentada,
y quiere mudar de vida.

PLASENC. ¿Era buena ú era mala
la que traía?

ESPEJO. A la moda.

PLASENC. Pues no creo la mudanza.

ESPEJO. Lo que yo siento es que vos
os vais sin verlas ni hablarlas.

PLASENC. ¿Por qué?

ESPEJO. Porque no reciben.

PLASENC. Esa sí que es ignorancia:
¿no recibir las mujeres?
Ya veréis en lo que para... (*Vanse.*)

(*Por un lado salen las señoras* MARIQUITA, PAULA *y la* SOBRESALIENTA, *de batas; y la* PORTUGUESA, SEGURA *y* LADVENANT *de criadas. Y por otro la* JOAQUINA *y* PACA, *también de batas, con los dos* PAJES, *é* IBARRO *y* LADVENANT, *de petimetres.*)

MARIQ. ¡Queridas! ¿Cómo tan tarde?
Ya casi no os esperaba.

JOAQUINA. Pues no somos las postreras,
que ahora va por doña Juana
el coche, porque ella tiene
el ganado en verde.

MARIQ. ¡Brava
disculpa!

LOS DOS. A los pies de ustedes,
señoras.

LADVEN. No hay malas caras.

J.ª Y P.ª Besoos las manos, señoras.
(*Una tras de otra á todas.*)

SEGURA. ¡Oh, qué necia y qué cansada
expresión!

PORTUG. Así la pone
el ceremonial de entradas
de visita al primer folio.

(*Sale* Francho.)

Francho. ¡Tanto bueno por mi casa!
J.ª y P.ª Señor, beso á usted las manos.
Segura. Todavía les faltaban
estas manos que besar.
Francho. Y yo estoy á vuestras plantas.
Mariq. Hijo, lleva estos señores
á tu cuarto.
Francho. ¿Por qué causa
me das esa sujeción?
Mariq. Después te lo diré. Vayan
ustedes con mi marido.
Los dos. No replicamos en nada.
Francho. Venid conmigo, señores.
Ibarro. Esta es novedad extraña,
y más aquí.
Ladven. No hay arbitrio;
es preciso tolerarla. (*Vase con* Francho.)
Joaquina. ¿Qué será esto? (*Aparte las dos.*)
Paca. Yo no sé.
Mariq. ¿Qué hacemos en pie? Muchachas,
idos adentro, y vosotros
cuenta con que la orden dada
se cumpla.
Pajes. Ya obedecemos.
¡Famosa junta de urracas!
(*Vanse los cuatro.*)
Mariq. Queridas, hagamos corro.
(*Siéntanse.*)
Joaquina. Hoy estás extraordinaria,
amiga.
Paula. Y con gran razón:
en oyendo usted á mi hermana
será del propio dictamen.
Joaquina. Pues, hijas, ¿qué? ¿qué hay de [nuevo?
Yo toda estoy asustada.
Paca. Despénanos, porque á mí
el corazón se me salta.
Mariq. No, no es cosa de cuidado:
que antes, porque interesada
estoy en vuestro sosiego,
os daré parte de cuantas
ideas en la memoria
el feliz discurso labra.
J.ª y P.ª Con gusto te atenderemos.
Mariq. Pues, amigas de mi alma,
hablemos claro: solitas
nos vemos; salgan á plaza
nuestros defectos, pintados
de la verdad á la clara
luz, y veréis que vivimos,
las más, lejos de la gracia
y discreción, distraídas
en una vanidad baja,
que nos abate hasta ser
escarnio á quien lo repara,
vil asunto de las prensas,
y objeto para las farsas
ridículo. Los papeles
periódicos nos maltratan,
haciéndonos ignorantes,
indolentes, desaseadas
y poco civiles; otros
nos han sacado á las tablas
á ser perchas, donde cuelga
la moda su extravagancia;
y, aquí que nadie nos oye,
razón y justicia claman
de su parte: porque (vamos,
hablando aquí como hermanas)
nosotras ha mucho tiempo
no tenemos otras ansias
ni otro norte que el aliño
personal, acopiar galas
y prendidos, pretender
el carácter sin sustancia
de petimetras, y dar
al público nuestra fama.
Pues este no es el camino
que ha de guiar nuestras faldas
al pretendido respeto
que anhelamos, y á las altas
prerrogativas que debe
gozar el sexo; no, caras,
esto pide gran remedio;
y puesto que lo depara
la suerte en nosotras mismas,
no aguardemos á mañana.
Desde hoy, desde hoy, es preciso
la economía, la casa,
la dirección, el esposo.
El ejemplo y la observancia
de la religión serán
los que entren sin repugnancia
á ocupar nuestros cuidados;
porque podamos, ufanas
de haber desmentido al hombre,
correrle con la enseñanza,
y decirle entonces: ¿quién
es más útil á la patria?
Paula. ¿No os dije yo que, al oirla,
su prodigiosa mudanza
os dejaría confusas,
pero convencidas? Basta
de locura. Yo desde hoy
(mas que quede celibata)
sólo á los hombres de juicio
he de mirar á la cara.
Paca. Yo he quedado convencida:
luego que llegue á mi casa
pido perdón á mi esposo,
reconociendo mis faltas;
y esta propia noche envío
al cortejo noramala...
Sobresal. ¡Qué distintamente suena
el nombre, ya despejada
la fantasía de aquel

vapor con que se ofuscaba!
En adelante será
mi diversión la crianza
de mis hijos; no más bailes,
más músicas, ni más arias.

MARIQ. Renuncio de tonadillas
y de versos, en que tantas
horas he desperdiciado.

JOAQUINA. Entre mujeres tan santas,
mal está una pecadora.
Adiós os quedad, muchachas;
que, aunque quiera acompañaros,
no tengo habilidad para
ser tan buena de repente.

MARIQ. Hija, esto no quiere maña,
sino resolución.

JOAQUINA. ¡Tontas!
Si es todo una patarata;
y en viendo al cortejo habéis
de volver á las andadas.
¿Para qué es gastar el tiempo?

LAS CUAT. Es propósito.

JOAQUINA. Me agrada
el propósito. ¿Y es firme?

LAS CUAT. Más firmes que una muralla
estamos.

JOAQUINA. Y yo también
voy ya sintiendo unas bascas
de afectos de odio y amor
al cortejo, que si tardan
en declararse podrá
suceder una desgracia.

(*Sale* CAMPANO.)

CAMPANO. Señora, que viene aquí
mi señora doña Juana...
(*Levántanse.*)

(*Sale la señora* GRANADINA *con* NICOLÁS *y* CHINICA, *de petimetres.*)

MARIQ. Hija, bésote las manos.

GRANAD. Celebro el verte; madamas,
á la obediencia: y á ti,
por el coche, muchas gracias.

MARIQ. Ven al estrado.

GRANAD. Primero
oye aparte una palabra.
Repara este caballero
que ahora de llegar acaba
de las cortes: mi marido
me le llevó ayer á casa;
yo le aconsejé, y parece
que le agradó la posada.
Es muy discreto, es muy rico;
dicen que es bizarro, y habla
perfectamente: ¡verás
qué filis y qué crianza!

MARIQ. ¿Y el otro antiguo?

GRANAD. Que aguante,
ó se vaya noramala,
que yo no le echaré menos,
porque ha días que me cansa.

MARIQ. Haces bien; que por aquél
también yo á estotro dejara.
¡Bella facha! Yo no sé
dónde se hallan estas gangas.
¡Qué fortuna de mujeres!
Que yo .. (Ya no me acordaba
del propósito. ¡Ah, costumbre,
y qué fácilmente arrastras!)

GRANAD. Siéntense ustedes, señoras,
que están desacomodadas
por mí. Señor don Antonio,
tened honores de dama,
y á mi lado. (*Siéntanse.*)

NICOLÁS. Permitidme
primero que alarde haga
de mi fortuna al tocar
esfera tan soberana,
en que á un tiempo cinco soles
iluminan y no abrasan.

TODAS. ¡Bravo!

CHINICA. Permitidme á mí
que, al ver tanta estrella y tanta
luna, se me ofrezca tanto
que no diga cuasi nada
(*Aparte.*) El usía forastero
me va empujando de gana.

GRANAD. Venid también, don Alonso,
á estotro lado.

CHINICA. Eso vaya.

NICOLÁS. ¿La ha incomodado á usté el coche,
que parece que la caja
no tiene buen movimiento?

GRANAD. No, señor.

NICOLÁS. Estas madamas
están muy solas.

GRANAD. Cortejos
tienen; pero gente rara.

CHINICA. La veleta se ha inclinado
á poniente. ¡Desdichada
antigüedad mía! Creo
que por minutos te exhalas.

SOBRESAL. La amiga los trae á pares.

PAULA. ¡Qué presumida! ¡Qué ufana
está! Le parece á ella
que aquí es sola la que campa.

JOAQUINA. Y le parece muy bien,
si aquí estamos arrimadas
cada una á su taburete.

PACA. Dé al propósito las gracias,
que sino cada una era
bastante para empatarla.

JOAQUINA. Yo no le hecho todavía;
y aunque resuelva mañana
hacerle, aun puedo esta noche
darle á aquélla quince y falta.

MARIQ. Si para no quebrantar

el propósito se hallara
alguna interpretación,
yo dijera á una criada
que los llamase.

PAULA. Eso está
compuesto con que ahora hagan
su papel, y después darles
carta de pago.

NICOLÁS. Ellas hablan
solas.

GRANAD. Déjelas usted.

CHINICA. Allí juzgo que hago falta,
y aquí creo estoy de sobra. *(Pasa.)*

PACA. De vernos tan solitarias
se están burlando los tres.

MARIQ. Sólo por darles en cara,
aunque el propósito rompa,
hemos de pelar la pava
esta noche á dos carrillos.

TODAS. ¡Qué bien pensado!

MARIQ. ¿Muchachas?

(Salen tres criadas.)

CRIADAS. Señora.

MARIQ. Di á los señores
que vengan aquí ó la sala
al instante.

PORTUG. ¿No te dije
que era resolución falsa?

SEGURA. Es la mujer, animal
de poca perseverancia.

(Salen todos los hombres.)

ESPEJO. Señoras, ¿de qué tercero
se valió nuestra desgracia
para hacernos infelices?

EUSEBIO. ¿Cuál de ustedes es de entrañas
tan piadosas que á estos pobres
de aquel destierro los saca?

PONCE. ¿Ha mudado ya el semblante
la fortuna? Aunque ser varia
ahora importa.

MARIQ. Fué vengar
algunas culpas pasadas.
Siéntense ustedes ahora,
y dejemos pataratas.

(Siéntase cada uno al lado de una señora y PLASENCIA junto á CHINICA.)

FRANCHO. Gracias á Dios, mujer mía,
que me eximes de la maula
de entretener á unas gentes
que sólo con las madamas
saben hablar, no con hombres.

ESPEJO. Este es el señor, madama,
que dije á usted que vendría.

MARIQ. ¡Qué facha tan ordinaria!
Siéntese usted, caballero,
donde guste.

PLASENC. ¿Si? Pues vaya
entre estas dos señoritas.

PAULA. Aquí estamos ocupadas.

PLASENC. Pues vaya hacia aquí.

JOAQUINA. Tampoco.

CHINICA. Caballero, yo soy plaza
vacante.

PLASENC. El lado no es bueno,
pero es silla acomodada.

LADVEN. ¡A qué ha sido este retiro!

PACA. Después lo reiréis en casa.

FRANCHO. ¿Y qué disponen ustedes?
¿Se baila un rato, ú se canta?

SOBRESAL. Preciso es bailar un poco.

FRANCHO. Ha dicho bien. ¡Ea!, salgan
á bailar estas señoras
seguidillas, que las cantan
estas muchachas muy bien.

LAS TRES. Vaya desde luego.

TODOS. Vaya.

(Bailan seguidillas entre ocho.)

(Sale CAMPANO.)

CAMPANO. Señora, aquí hay un recado:
(A la SOBRESALIENTA.)
que se llegue usté á su casa,
porque ha dado alferecía
al niño.

SOBRESAL. Allí tiene el ama
que le cuide. Diga usted
que yo no voy por el ansia
que me da el verle penar;
que algún remedio le hagan
y avisen si vuelve. Digo,
señores, ¿con quien bailaba
yo?

PLASENC. Ese es el principal
cuidado, que el otro es rana.
¡La buena madre!

(Vuelven á bailar. Sale TORRÁ.)

TORRÁ. Señora,
(A JOAQUINA.)
dice un criado que vaya
usía luego al instante
á su casa, porque acaban
de llevar á su marido
con una pierna quebrada.

JOAQUINA. Que avisen al cirujano
y le metan en la cama;
que yo voy luego al instante.
Señores, que no sean largas
las seguidillas, porque
este cuidado me llama.

PLASENC. Después de esotro: ¡qué bella
señora!

TODOS. Cantad, muchachas.
(Bailan seguidillas.)

JOAQUINA. Y con esto, adiós, señores,
adiós.
FRANCHO. Muchachos, el hacha.
JOAQUINA. ¡Qué demontre de hombre! ¡Todo
el año está hecho una plasta!
S. Y P. Nosotras también nos vamos.
GRANAD. Pero cuenta que mañana,
después de beber, espero
á ustedes.
JOAQUINA. No doy palabra
por esta casualidad,
aunque espero no sea nada.
PLASENC. La primera irá, y el otro
se quedará con su pata
rota.
MARIQ. Yo, y estos señores
te damos de ir la palabra.
PONCE. ¿Y el propósito?
MARIQ Usted es tonto,
porque aquí no se le llama
á reconvenir. Como esos
se ofrecen y se quebrantan.
ESPEJO. ¿Os habéis holgado?
PLASENC. Mucho;
pero, amigo, no me agrada
este trato: él tiene mucha
diversión, pero bellaca.
T. CUATRO. Adiós, amiguita, adiós.
MARIQ. Abur, que yo lo que falta
de la noche pasaré
cantando con mis criadas.
TODOS. Porque se convierta en bulla
lo que hasta aquí fué matraca.

24

El refunfuñador.

FIN DE FIESTA PARA EL AUTO A TU PROJIMO COMO A TI.

COMPAÑÍA DE LA SRA. LADVENANT.

1763 (¹).

(*Suena dentro gaita y tamboril con el son que llevan los gigantones, y salen las señoras* PAULA *y* GRANADINA *regañando con la señora* JOAQUINA, *de criada;* NICOLÁS, *de majo, y de pelimetre* EUSEBIO, *ayudándolos á vestir.*)

NICOLÁS. Señoras, no hay que afanarse,
que bastante tiempo queda
de que demos tres ó cuatro
paseos por la carrera.
PAULA. Y son ya más de las nueve:
¡no gasta usted mala flema!
GRANAD. ¿Qué vuelos me das aquí?
¡Reniego de tu cabeza!
JOAQUINA. Unos bordados.
GRANAD. ¿Habrá
semejante desvergüenza?
Sácame los de blondinas.
Mujer, ¿ignoras la fiesta
que es hoy?
JOAQUINA. Es día del Corpus.
GRANAD. ¿Y te estás de esa manera?
A ver, á ver, qué abanico
tienes ahí. ¡Si eres perversa!
¡Toma, infame, esto mereces
aunque la hechura se pierda!
(*Tírasele.*)
PAULA. Tenga usted bien ese espejo;
sirva usted de algo siquiera.
EUSEBIO. Vaya, que no hay que apurarse,
que aún no son las nueve y media.
PAULA. Don Nicolás; esta flor,
¿dice bien con la espigueta
y guarnición de la bata?
NICOLÁS. Sí, señora; está perfecta.
GRANAD. Alfileres.
JOAQUINA. Aquí están.
GRANAD. Joaquinilla, las pulseras.
PAULA. Aguamanos.
GRANAD. La basquiña.
PAULA. La mantilla.
GRANAD. La escofieta.
JOAQUINA. O no mandar tanto á un tiempo
ó recibir más doncellas,
que yo no puedo más.
PAULA. ¿Oyes?
no me seas bachillera.
GRANAD. Ve y sácame el abanico
de las paces poco ha hechas
entre las cuatro naciones
beligerantes.
JOAQUINA. ¡Qué vuelta
de azotes! Todo el enredo
se mete en el cuerpo de éstas
en teniendo que salir
en público, á la comedia,
á procesión ó visitas.
¡Pobres criadas!
PAULA. ¿Qué rezas?
¡Mira que yo aguanto poco!
GRANAD. Y yo nada.
JOAQUINA. Vaya á cuenta
de lo mucho que yo aguanto.
Obedezcamos, ¡paciencia! (*Vase.*)
PAULA. Pues usted, también parece
que ha aprendido en las Batuecas
á asistir á un tocador.

(¹) Bib. Nac. Ms. T-9-27. Copia de 1763 con censuras y firma de D. Ramón de la Cruz.—Otro Ms. en la Bib. Municipal: 1-183-4: copia antigua. Impreso por el Ayuntamiento de Madrid en el folleto titulado *Homenaje del Ayuntamiento de Madrid á D. Ramón de la Cruz, con motivo de la colocación de una lápida conmemorativa en la casa donde vivió y murió aquel insigne sainetista. Madrid, Mayo de* 1900. 4.º, 29 pp.

NICOLÁS. ¡Cierto que está usted tremenda!
PAULA. ¿No tengo razón?
NICOLÁS. Señora,
muy sobrada.
GRANAD. Vamos, venga
aquel acerico.
EUSEBIO. Aquí
está.
GRANAD. ¡Qué hombre tan postema!
¿Para qué os le pido yo?
EUSEBIO. Señora, no soy profeta.
GRANAD. ¡Si sois el hombre más necio
que he visto! ¿No mirais suelta
esa cola de la bata?
EUSEBIO. Sí, señora.
GRANAD. Pues, prendedla
dos ó tres picos, de modo
que en la calle no se vea
por bajo de la basquiña.

(Sale PLASENCIA *á lo militar decente, hablando entre sí en tono de regañón.)*

PLASENC. La de Jueves Santo y esta
festividad son terribles.
Quisiera Dios que lloviera
todos los años, que así
habría menos ofensas
de la religión y menos
peligros de la decencia.
LAS DOS. ¿Seó don Prudencio?
PLASENC. Señoras;
me alegro de veros buenas.
Caballeros, á la orden.
NICOLÁS. Ese semblante demuestra
disgusto.
PLASENC. En mí es natural.
PAULA. Vendrá ya de la carrera
de buscar asunto para
gruñir desde aquí á que venga
otro semejante día.
PLASENC. No permita Dios que en ella
ponga yo los pies.
EUSEBIO. ¿Por qué?
PLASENC. Yo me entiendo y Dios me entienda.

(Sale PONCE *de petimetre.)*

PONCE. Señoras, vamos, que es tarde.
En poniéndose los treinta
alfileres, necesita
toda la mañana entera
una dama.
PAULA. Pues nosotras
vamos bien poco compuestas.
GRANAD. No hemos querido ir á ver
la procesión á la tienda
de nuestro mercader sólo
por no vernos allí puestas
de perspectiva, que entonces
el vestirse es larga hacienda.
PLASENC. Teniendo en estos señores
dos tan hábiles doncellas
se puede despachar presto.
NICOLÁS Aún no me ha dado licencia
mi ama para irme á vestir
de militar, y así es fuerza
ir de capa.
PAULA. Muy bien vais,
una vez que estoy resuelta
yo también á ir de mantilla.
EUSEBIO. Yo vine de esta manera,
porque anoche tuve el orden.
GRANAD. Como que he de ir descubierta.
PONCE. ¿Ustedes van embozados?
¿Y por qué ha sido ese tema?
PAULA. Porque á una no la conozcan
y murmuren lo que lleva
y con quién va.
NICOLÁS. Es lo mejor.
PLASENC. Ya se ve; pues si se piensa,
eso es hacer del gran día
del *Corpus* Carnestolendas
é ir de máscara los cuatro,
cada cual con su pareja.
TODOS. ¡Graciosa comparación! *(Ríense.)*
PONCE. Hombre, este día es de gresca,
de júbilos y de danzas.
PLASENC. Distingo. *(Aparte.)* Pero no es esta
ocasión, ni este paraje
para distinciones serias.
Tiene usted mucha razón. *(A él.)*
(Aparte) Llevémoslo por chufleta.
Día es de danzas, no hay duda;
y otra cosa no se encuentra
por ahí que danzas de monos
asidos á la francesa
ó en posturas de minuet;
los parados, en primera
ó en segunda; van andando
en cuartas los que pasean
las calles, y hacen la quinta
al formar la reverencia.
GRANAD. En todo tropieza usted.
PLASENC. Otros hay que no tropiezan
en nada y se caen de hocicos
por no mirar cómo sientan
el paso.
PAULA. ¿En qué te detienes,
muchacha?
MARIQ. *(Dentro)* La clavelera.
GRANAD. Que suba, que ésta los trae
muy lindos.
EUSEBIO. Y es brava pieza.
NICOLÁS. ¡Y qué buen rato nos dió
en el Prado! ¿No te acuerdas?

(Salen las señoras MARIQUITA, *con seis claveles, y* JOAQUINA *con las ropas pedidas.)*

MARIQ. ¡Alabao sea Dios! Podían
haber bajado: agradezcan
que subo.

PAULA. Nada has perdido,
que es cómoda la escalera.

GRANAD. Hasta un cuarto principal
cualquiera sube.

MARIQ. ¡Anda fuera
cuarto *prencipal!* ¡qué risa!
¡Digo! ¡si estaré yo hecha
á ver cuartos *prencipales!*

NICOLÁS. Chula eres de cuatro suelas.
¡Como hay sol que ya me tienes
amartelado!

MARIQ. ¿De veras?

NICOLÁS. Como lo digo.

MARIQ. Me gusta:
sabremos que hay un babieca
más en Madrid. Despachemos.

GRANAD. Todas estamos de priesa.

EUSEBIO. ¿Cuántos claveles queréis?

LAS DOS. Cuatro.

MARIQ. Para dos que quedan,
tome usted los seis.

EUSEBIO. ¿A cómo?

MARIQ. A peso gordo se ferian
para usted, que á los demás
se los doy á tres pesetas.

NICOLÁS. Yo ayer los compré mejores
á dos reales la docena.

MARIQ. A veinte valen los huevos
podridos y no se encuentran.
¡Vaya, que los cuatro indianos
son famosas hipotecas!

PLASENC. Yo no soy indiano, chula;
ni quiera Dios que lo sea,
que es riqueza temporal
con muchas cargas perpetuas.

EUSEBIO. El amigo se ha chanceado.
Te daré en buena moneda
veintiocho reales de plata,
que son catorce pesetas.

MARIQ. Si por pesetas se ajusta,
cinco por seis hacen treinta:
ó tomarlos ó me mudo.

EUSEBIO. ¿Tienes palabra de reina?
¿Qué bajas?

MARIQ. Caballerito,
mi tienda es como otras tiendas
de la corte; que quien quiere
la cosa se va sin ella
si no da lo que le piden.

NICOLÁS. Ahí tienes las seis durezas,
y otro para refrescar
cualquier tarde que te vea
en el Prado.

MARIQ. Eso le estimo.
Pero es preciso que aprenda
á cortejar á lo majo;
porque la boca le apesta
cuatro leguas en contorno
á usía.

NICOLÁS. ¿Pues qué? ¿cortejan
los majos mejor?

MARIQ. ¡No es cosa!
Aunque un rato se detengan,
venga su capa y sombrero;
siéntense ustedes y atiendan,
que se lo diré cantado.

TODOS. ¡Norabuena, norabuena!

(*Tonadilla á solo.*)

TODOS. ¡Pasmosamente! ¡que viva!

NICOLÁS. Muchacha, siempre que quieras
darme lección, estoy pronto.

MARIQ. No nací para maestra.
Agur, señores.

TODOS. Aguarda.

MARIQ. Me voy á andar la carrera
y á ver cuatro bobos, como
usted... verá si no ciega. (*Vase.*)

GRANAD. Muy graciosa es la muchacha.

PAULA. Y á fe que en cantar es diestra.

PLASENC. Y á todo esto, ¿han oído ustedes
misa?

NICOLÁS. Eso no corre priesa,
que hasta las dos la tenemos.

PLASENC. Bien. (*Aparte*) ¡Siempre ha de ser la
[postrera
la obligación de cristianos!

GRANAD. ¡Qué genio tenéis tan fuera
de lo regular! De todo
refunfuñais. Ahora es fuerza
que me acompañéis.

PLASENC. ¿Quién, yo?
Si deseais ir contenta,
no me llevéis y creedme.

PONCE. (*Ap.*) No hay cosa que me divierta
tanto como don Prudencio.
¡Si yo engañarle pudiera
y llevarle á Santa Cruz,
no tendría mala fiesta!
Voy á ver. Decid que vamos
todos á una dependencia
y os eximís.

PLASENC. Es verdad.
Puesto que como discreta
habéis prevenido el lance
de no ir solas, dad licencia
para que yo y el amigo
vamos á una diligencia.

GRANAD. Vámonos todos. Muchacha,
cuidado que la menestra
esté sazonada, y la olla
cocida, y á cuantos vengan,
que no sabes dónde estamos,
(*Aparte á ella*)
pero que á la tarde vuelvan.

JOAQUINA. Ya. Ustedes vayan con Dios,
(*Ap.*) que al punto cierro la puerta
y me voy á viltroteo
así como se van ellas.

GRANAD. Echadme el manto.
EUSEBIO. Allá voy:
cierto que va usted perfecta.
PAULA. Decid vos, don Nicolás:
¿va mi mantilla bien puesta?
NICOLÁS. Ni pintada; parecéis,
en lo que se transparenta
por la muselina el talle,
sol que entre nubes acecha.
PAULA. Es graciosillo.
GRANAD. ¡Oh! también
éste dice cosas buenas.
PLASENC. Don Cosme, poneos enfrente:
¿va mi peluca derecha?
PONCE. Un lado mira á Alcorcón
y el otro mira á Vallecas.
PLASENC. Pues así va bien.
PAULA. Señores,
delante. Muchacha, cuenta
con lo dicho.
JOAQUINA. Bien está;
ya lo veréis á la vuelta.

(*Vanse; y descubriéndose la fachada, como está prevenido al tramoyista, en los balcones abiertos estarán asomadas las señoras* PORTUGUESA *y* PACA, *muy bizarras, y atraviesa una gaita y tamboril, al mismo tiempo que irán saliendo la señora* SEGURA *con* LADVENANT, *de abogado, y* ANTONIO DE LA CALLE, *de paje; la señora* SOBRESALIENTA, *de mantilla, con* NISO, *de mujer decente, figurando una gitana su madre; la señora* LADVENANT, *de ramilletera;* CHINICA, *muy petimetre, con* IBARRO *detrás, de lacayo, muy bizarro;* TORRÁS *haciendo el pobre, sacando pañuelos y cajas;* CAMPANO, *de aguador;* PACO LA CALLE *podrá hacer un payo que ande con la boca abierta solo;* ISIDRO *un embozado que vaya mirando á todas; previniendo que las figuras no han de cesar de andar sino cuando importe que* PLASENCIA *lo oiga para responder.*)

LADVEN. ¡A cuartito van las rosas
de cien hojas!
CAMPANO. ¡Agua fría!
TORRÁ. ¡Den su bendita limosna,
señoras caritativas
y piadosos caballeros,
al pobrecito sin vista!
LADVEN. Señoras, paráos un rato;
ved que ya vais encendida.
SEGURA. Como me he puesto tan gruesa,
y en casa me estoy metida
todo el año, á poco que ande
me canso.
LADVEN. ¿No va usted á misa
por la mañana, á la tarde
á comedia y á visita
por la noche?
SEGURA. Sí, señor.
LADVEN. Pues bastante se ejercita.
SEGURA. Andar eso en una dama
es como á la golondrina
pasar de una acera á otra.
LADVEN. Es buen andar.
NISO. ¿Casildica?
¿qué? ¿te diviertes? Cuidado
con jugar esa mantilla,
y en las miradas...
SOBRESAL. ¿Pues qué?
¿no lo hago bien, madre mía?
NISO. De relámpago tan solo
has de dejarte ver, niña,
para llamar la atención,
que engañar á letra vista
es más dificil, aunque
no imposible.
SOBRESAL. Si me mira
alguno, ¿le he de mirar?
NISO. Entre mercé y señoría.
CHINICA. ¿Muchacho?
IBARRO. Señor.
CHINICA. (*A una pintada*) ¿No es ésta
aquella señora misma
que acompañamos ayer?
IBARRO. Esta es mucho más linda
que la otra.
CHINICA. ¡Mientes, borracho!
Con el abanico mira
como me hace el *rendibú*.
IBARRO. Es á uno que está en la esquina.
CHINICA. Con que tú, siendo lacayo,
¿quieres tener mejor vista
que yo, que soy caballero?
¿Habrá mayor picardía?
¡Hombre, méteme los dedos
por los ojos! ¿Me dominas?
IBARRO. Señor, sobre que es verdad.
CHINICA. A ver, hombre. (*Saca anteojillo.*)
IBARRO. ¿Lo ve usía?
Aquélla sí que es.
(*Señala á la* PORTUGUESA.)
CHINICA. A ver:
es verdad; pídeme albricias. (*Siguen.*)

(*Sale* DON FRANCISCO.)

FRANCISCO Mi mujer salió de casa
y dijo que no vendría
á la carrera... Pues ella
en jamás oyó dos misas.
Desde las ocho á las diez
van dos horas cabalitas,
y ella no parece. ¿En dónde
está mi mujer metida? (*Vase.*) [1].

(*Salen* PLASENCIA *y* PONCE.)

PLASENC. ¿Con que usted, quiera ó no quiera,
me trae á ver tarariras?
PONCE. Por oir lo que se os ofrece

[1] Estos ocho versos faltan en el manuscrito de la Bib. Nac.; pero constan en el de la Bib. Municipal.

siempre que os hacen cosquillas
estos objetos, me fuera
con vos desde aquí á Turquía.

PLASENC Yo me fuera por no verlos,
sin vos, hasta Filipinas.

P. CALLE. ¡Válgame Dios qué cosazas!

ISIDRO. Esta parece bonita.

PORTUG. Amiga, está la carrera
muy brillante.

PACA. Sí, amiguita,
y vestidos de buen gusto,
sin embargo de que el día
no está bueno.

PORTUG. Con todo eso,
la gente va muy lucida.

PACA. Mire usted lo que allí viene.

PORTUG. Ya le había yo visto.

CHINICA. Avisa
cuando me miren.

IBARRO. Ahora.

(*Habla con las del balcón.*)

PONCE. Ved allí dos en visita
desde la calle al balcón.

PLASENC. ¿Vos le conocéis?

PONCE. Ya ha días.

PLASENC. ¿Y es casado?

PONCE. Con la moda.

PLASENC. Pues á fe que poca envidia
le tengo.

PONCE. ¿Por qué?

PLASENC. Porque
es sujeto que domina
mucho y no tiene cabeza
para madre de familia.

LADVEN. Si habéis descansado ya,
demos otra vueltecita,
y echad al paje delante
por si hay alguna cosilla
que hablar.

SEGURA. Advertís muy bien.
¡Muchacho, lo que te arrimas!

A. CALLE. Como hay tantas almas, yo
por no perderme lo hacía.

SOBRESAL. Madre, ¿quiere usted que vaya
junto al de la chupa rica
y me descubra un poquito?

NISO. Haz como que no le miras
y le ves; pero cuidado
el juego de la mantilla.

LADVEN. ¿Quién me lleva ramilletes
de cien hojas?

CAMPANO. ¡Agua fría!

TORRÁ. No se recoge limosna;
pero, pues embebecida
está la gente, yo voy
á sacarlos de patilla.

P. CALLE. ¡Válgame Dios qué cosazas!

ISIDRO. ¡Esta parece bonita!

(*Sale* D. FRANCISCO.)

FRANCISCO Desde las ocho á las once
van tres horas cabalitas...
Mi mujer salió de casa
y no ha vuelto todavía.
Ella no está en la carrera
y jamás oyó dos misas...
Es como una rosa, y esto
me hace sentir mala espina [1].

(*Vase.*)

(*Sale* ESPEJO, *de petimetre, y* MARIQUITA, *muy tapada de manto.*)

ESPEJO. Por Dios, que te tapes bien,
muchacha; pues si averigua
alguien que vengo contigo
me han de aburrir.

MARIQ. Usted finja
cuanto negocio quisiere,
que como *naide entoadía*
me ha visto con este tren,
no puedo ser conocida,
y puedo burlar á muchos
que con mil alicantinas
me han venido y se han marchado
por la posta.

ESPEJO. ¿Ves las ninfas
que pagaron los claveles
á duro?

MARIQ. Si se divisan
yo avisaré.

ESPEJO. Por las señas
que me has dado son mis primas.

(*Sale* JOAQUINA *de mantilla.*)

JOAQUINA. Ya he visto la procesión,
gracias á Dios. La comida
que aguarde, que voy á ver
si hallo alguien y me convida
esta tarde á la comedia
de la Cruz, pues hay quien diga
que allí se hacen dos sainetes
de tan extrañas manías
que hacen reir y rabiar
á un tiempo á las señoritas
de moda. Pero allí vienen,
si no me engaño, las mías.

(*Salen la señora* PAULA, *con* NICOLÁS, *embozado, y la señora* GRANADINA, *con* EUSEBIO, *de la mano.*)

PAULA. Embozaos, don Nicolás,
que está allí la marquesita
su prima de usted.

NICOLÁS. Es verdad;
pero ni una chilindrina
se me da de que me vea,
porque ella me comunica

[1] Estos versos constan sólo en el texto de la Bibl. Municipal.

sus cosas, y yo la suelo
decir mis travesurillas.

EUSEBIO. Madama, creo que vais
demasiado divertida.

GRANAD. Bastante; pero ¿no veis
á vuestro amigo don Dimas
con qué tapada va?

EUSEBIO. Sí.

GRANAD. Cualquiera cosa daría
por saber quién es.

EUSEBIO. ¿Son celos?

GRANAD. ¿De ése? ¡Brava porquería!

EUSEBIO. Pues, señora, es muy galán;
«el discreto» le apellidan
todos; es noble y es rico.

GRANAD. Ya sabe usted que me hostiga,
porque hombre que á una señora
no sabe atar una cinta,
y que no trae pelo proprio,
yo no sé para qué sirva
en el mundo.

EUSEBIO. Bien decís.

CHINICA (*A* ESP.) Mandadme, señor don Dimas.

ESPEJO. Agur, agur, amiguito.

CHINICA. ¿Quién es esta señorita
que acompañais?

ESPEJO. Imposibles
no pidais en vuestra vida;
pensad muy alto y callad,
que estas cosas no se fían.

NICOLÁS. ¡Buen aire tiene esa moza!...
En confianza, ¿es bonita?

ESPEJO. Lo mejor que se pasea.

NICOLÁS. ¿Es señora?

ESPEJO. Más arriba.

NICOLÁS. Sois un fachendas.

ESPEJO. Asuntos
de tan alta jerarquía
los desluce la intención
propria que los averigua.
(*Ap.*) ¡Cuál los dejo de confusos!
Tápate bien, Mariquita.

P. CALLE. ¡Válgame Dios qué cosazas!

ISIDRO. Esta parece bonita.

(*Pasa otra danza con guitarra y violín, tocando el fandango, por delante de* PLASENCIA.)

PONCE. Divertíos con esta danza.

PLASENC. Dejadme, hombre, que me irrita
el ver á esta gente inútil
que va incitando en cuadrillas
y precediendo con gestos,
fandangos y seguidillas
el *Entramoro* y la jota,
en tan prodigioso día,
á misterio tan terrible;
y lo que á la fe más viva
perturba, mirad qué efectos
causará en la divertida.

PONCE. Dejad el magistral tono
y ved éste cómo atisba
desde su puerta vidriera
las mozas. (*Pasa* CHINICA.)

PLASENC. Es muy debida
atención; no mirar con
los proprios ojos que miran
los perros á las madamas.

CHINICA. ¿Oyes? No pierdas de vista
aquella moza que va
con su madre.

IBARRO. Mande usía.
Adiós, Juana.

JOAQUINA. Adiós, Antonio.
¿Oyes? dime, ¿me convidas
á la comedia esta tarde?

IBARRO. Como tú licencia pidas,
desde luego.

JOAQUINA. No haré tal;
sino romper la vajilla
cuando friegue y despedirme;
y así podré cuatro días
andar suelta.

IBARRO. Me conformo.

JOAQUINA. Pues espérame á tu esquina
después de las tres.

PONCE. ¿No oís
que el amo sigue á una, y cita
á otra el lacayo?

PLASENC. Según
es el amo es la familia.

NISO. Ya llevamos retaguardia;
recata el rostro y camina.

SOBRESAL. ¡Qué cosas tiene mi madre!
Mejor me divertiría
yo indiferente; pero es
mi tormento su codicia.

PONCE. Bien empleado vais, amigo.

ESPEJO. ¡Ahí es una niñería!
Amigo, esto es mucho y bueno.

PONCE. ¿Es alguna excelentísima?

ESPEJO. Puede; no, no me estrechéis;
la dicha no es para dicha.

PLASENC. Esta es alguna mozuela
de cántaro con cortinas
de seda oculta porque
el barro no se distinga.

(*Sale* D. FRANCISCO.) [1]

FRANCISCO Mi mujer salió de casa
y no ha vuelto todavía:
desde las ocho á las doce
son ya cuatro horas cumplidas...
Pero. . á conceptos celosos,
música de chirimías. (*Vase.*)

PONCE. ¿Qué irá buscando aquel hombre?

---

[1] Sólo en el manuscrito de la Bib. Municipal estos versos hasta donde dice: PONCE «¡Digo!: mirad don Prudencio.»

PLASENC. Alguna cosa perdida

PAULA. Con licencia de esta dama,
oid una palabrita,
primo.

MARIQ. Yo no doy licencia.

ESPEJO. Puede ser cosa precisa;
presto volveré á tu lado.

MARIQ. Si á usted no se le desvía,
cuando vuelva, á puntillones...

PAULA. Decidme... ¿Qué?... ¿No soy digna
de que me escuchéis?

ESPEJO. Yo fuera;
pero recelo las iras
de esta señora.

PAULA. ¡Señora!...
por la traza no lo afirma,
porque el saber columpiarse
el ser señorona implica.

ESPEJO. Llego por disimular.
(*Ap.*) Al instante vuelvo, niña.

MARIQ. Digo, señor don Naranjo,
¿dónde aprendió cortesía?
Con quien vengo, vengo ¡Toma!
(*Se descubre.*)
Yo lo digo. ¿Qué me miran?

ESPEJO. Calla.

MARIQ. No quiero, que tengo
mi cara y mis manos limpias,
gracias á Dios, y hablaré
cuanto quiera, que es muy mía
la calle.

ESPEJO. Tápate y vamos.

MARIQ. Con personas tan *endinas*
no van mujeres de forma
á *dengún* cabo, y *asina*
toma este *lapo* y agur.
¡Cuál se quedan las usías!
De lo mismo sirven éstas
que las *feguras* de china,
que solamente se hicieron
para engañar á la vista.
¿A mí piezas? ¡Cañamones!
¿A qué puerta se venían? (*Vase.*)

ESPEJO. ¡Vaya, vaya!

PAULA. Yo me alegro,
porque de escarmiento os sirva.

PONCE. ¿En que os detenéis? ¿No vais
siguiendo la excelentísima?

ESPEJO. ¡Hombre!... Dejadme, dejadme...
que se me arden las mejillas.

PONCE. ¡Digo! Mirad, don Prudencio,
con qué sutileza pilla
aquél cajas y pañuelos.

TORRÁ. Señor, una limosnita.

ESPEJO. Tomad.

TORRÁ. Con ésta, y con ésta;
supuesto que él no le limpia,
le limpiaré el espadín.
(*Sácale y escapa.*)

PONCE. ¡Que os desarman! ¡eh! ¿don Di-
[mas?

ESPEJO. Es verdad: ¿quién, quién ha sido?
¿Habrá mayor osadía?

PAULA. ¡Ay mi reló!

LADVEN. ¡Ay mi caja!

M. LADV. ¡Rosas, rosas!

CAMPANO. ¡Agua fría!

PONCE. Un pobre ha sido.

PLASENC. No tal,
no tal, que si ha muchos días
que hurta con fortuna, ya
será rico. (*Tocan.*)

TODOS. ¡A misa, á misa!

PONCE. ¿Mas qué? ¿ninguno la ha oído?

PLASENC. A mí no me maravilla;
que en tal día, si no llueve,
muchos se van sin oirla.

TODOS. ¡A misa!

PONCE. Pues ya parece
que la gente se retira,
venid, que por fin de fiesta
os llevaré á una armería,
donde hay dispuesto un juguete.

PLASENC. Y supuesto que aquí espira
un sainete á quien el tiempo
disculpa de que no siga
solo un concepto, tendido
con toda la compañía...

TODOS. Os pedimos un perdón
por premio de mil fatigas (1).

---

(1) El manuscrito de la Bib. Nac. lleva al final las censuras que siguen:

«Nos el doctor D. Juan de Varrones y de Arangoiti, presbítero, canónigo prelado de la Santa Iglesia Catedral de Urgel, inquisidor ordinario y vicario de esta villa y su partido, etc. Por la presente, y lo que á Nos toca, damos licencia para que se pueda representar y represente el fin de fiesta antecedente, intitulado *El Refunfuñador*, para el auto sacramental *A tu prójimo como á ti*, mediante que de nuestra orden ha sido visto y reconocido y no contiene cosa alguna que se oponga á nuestra santa fe y buenas costumbres. Dada en Madrid á 6 de junio de 1763.—*Dr. Varrones*. Por su mandado, *José Antonio Ximénez*.

Madrid y junio 8 de 1763.—Por remisión de la Sala he visto y reconocido el entremés ó fin de fiesta que se contiene en este cuaderno, y no se me ofrece reparo en que se ejecute.—*Tordoya*.

Madrid 7 de junio de 1763.—Pase al censor de comedias y con lo que dijere se traiga.—*Luján*.

Madrid 8 de junio de 1763.—Señor: Este sainete del *Refunfuñador* puede representarse, por no contener reparo que lo embarace. Mandó V. S. que las tonadillas que se hubiesen de cantar sean igualmente decentes en la letra que en la ejecución. Este es mi parecer, salvo, etc.—*Nicolás González Martínez*.

Madrid 8 de junio de 1763.—Ejecútese con arreglo á las censuras.—*Luján*.»

25

La víspera de San Pedro.

1763 ([1]).

(*Salen todas las mujeres con capas, sombreros y espadas debajo de los brazos, menos las señoras* Mariquita, Paula *y* Sobresalienta, *que saldrán de majas.*)

JOAQUINA. Dinos ¿á dónde nos llevas,
Geroma, con tal silencio?
MARIQ. ¡Chis!

(*Dan vuela al tablado.*)

PAULA. Ya me canso de andar;
si dura mucho me siento.
GRANAD. ¿Qué miras?
MARIQ. Si de algún hombre
se siente el tirano acento
ó la infame huella.
JOAQUINA. Todo
está en profundo silencio.
PAULA. ¿Querías que á prima noche,
una noche de San Pedro,
por el lugar anduvieran?
GRANAD. Ahora están todos durmiendo,
para ir después á enramar
las rejas de sus cortejos:
que también á los lugares
ha llegado ya el decreto
en que la reinante moda
establece su comercio.
MARIQ. ¡Por cuanto la Chispa había
de decirnos algo bueno!
SOBRESAL. ¡Así dijeras tú á qué
hemos venido á este puesto!
MARIQ. Despacio, seora Andaluza,
que ahora hablaré.
SOBRESAL. Sea presto;
que las sevillanas somos
de golpe y porrazo.
MARIQ. ¿Cierto?
Calle usted.
TODAS. Tiene razón.
MARIQ. Si la tiene, va de cuento,
amigas; hoy he sabido
que los hombres son perversos.
PAULA. Yo ya ha días que lo sé;
por eso los aborrezco.
JOAQUINA. A ratos.
GRANAD. Son malos bichos;
sepamos lo que hay de nuevo.
MARIQ. En dos palabras; no hay más
de que los mesmos, los mesmos
que á nosotras nos festejan,
con otros tales como ellos
salen de ronda esta noche,
con músicas y festejos,
á enramar todas las rejas
del lugar, con el desprecio
de dejar las nuestras solas
desairadas.
TODAS. ¡Qué groseros!
MARIQ. Poco á poco, que aún hay más.
Porque andan por ahí diciendo
que hablan con nosotras sólo
por pasar en algo el tiempo,
entre tanto que hallan novia
á su gusto.
PAULA. Pues yo creo
que es verdad, porque hoy me dijo
el sobrino del barbero
que había de haber muchas bodas
dentro de poco en el pueblo.
GRANAD. Que tienen echado el ojo
(así fuera ambos), es cierto;
que á mí me consta.
SOBRESAL. ¿Pues qué?
¿hay tan infames sujetos
en Castilla, que enamoran
á dos mujeres á un tiempo?
MARIQ. Que quieran á dos hay pocos,
pero que engañen á ciento
hay muchos.
JOAQUINA. Y muchas hay
que se quejan; sí, por cierto.
PAULA. Pues digo ¿en Andalucía
qué pasa?
SOBRESAL. No, no es lo mesmo.
¡Oh, amiga! los andaluces
son mucho más embusteros;
y no es pasión de paisana.
GRANAD. Vamos, claras, ¿y hay remedio
para vengarnos?
MARIQ. Sí le hay.
¿No traéis capas, sombreros,
guitarras y espadas?
TODAS. Sí.
MARIQ. Pues disfrazadas con eso
vosotras de hombre, y nosotras
buscando con otro intento
ocasión de ir á la plaza
con dos ó tres forasteros
que hay en el mesón; vosotras
añadid, cantando, esmero
á vuestras voces, de modo
que nadie haga caso de ellos
y su música; que acá,
para matarlos á celos,
las tres somos suficientes,
y lo demás á su tiempo.

([1]) Ms. de la Bib. Munic.: leg. 1-161-52, copia de la época en que se representó, 1763.—Impreso en la colección de Durán, I, 35?.

GRANAD. No en vano la inimitable
te llaman todos [1].

MARIQ. El tercio
gobierna de las guitarras
tú, mientras que yo gobierno
la partida del jinojo.

PORTUG. Pues si ha de ser, empecemos.

GRANAD. Canta tú unas seguidillas
de novedad y gracejo.

PORTUG. Allá voy: pido, señores,
dos minutos de silencio.

GRANAD. Pues si he de mandar, empiezo:
Guitarras y armas á tierra;
capas al hombro; sombreros
á la cabeza; levanten
los espadines del suelo
á la cinta; alcen guitarras;
escupan; tosan muy quedo;
abran la boca y ensayen
summissa voce, diciendo:

MÚSICA. «Diversión y venganza
dispongamos á un tiempo.
Vamos, chiquillas, vamos;
presto, muchachas, presto.
Quien á degüello mata,
muera á degüello.
Cosa es muy justa,
¡gran pensamiento!
pues van contra nosotras,
ir contra ellos.»

(*Vanse; y levantándose la fachada hasta la mitad, se verá otra y algunos laterales de tapias con rejas sin gente, cerradas; pero las rejas de modo que se puedan enramar; y á un lado figurada una alojería con su bandera, donde estará* FRANCHO; *y á otra una puerta de casa que se pueda abrir, con un escudo de armas á la piedra de encima; y salen los* CALLES, TORRES, CAMPANO, LADVENANT, IBARRO, ESPEJO, JUAN MANUEL, *etc., de mozos de lugar, unos con ramos verdes y floridos, y otros con guitarras; y pasan cantando.*)

ESPEJO. Alto, mozos, que ya es hora;
aquí la ronda empecemos,
para volver á la plaza
después de dar un rodeo
al lugar.

LADVEN. Vaya á la vez,
muchachos.

TODOS. Ya te atendemos.

(*Con los instrumentos que ellos puedan llevar.*)

(*Cantan todos.*) «Sal á la reja, señora,
para ver á quien te adora.
Sal, señora, á la ventana,
para escuchar al que canta.»

(*Pasan y se entran.*)

FRANCHO. En secándose la nuez,
á mi casa, caballeros,
que aunque está un poco caliente
la aloja, el vino está fresco.
De diversión y ganancia
no mala noche tendremos.

(*Siéntanse y salen con vestidos de militar ridículos y antiguos, por la puerta del escudo,* NICOLÁS, *de barba, deteniendo á* CHINICA.)

NICOLÁS. ¿Qué es lo que, inconsiderado,
intentas, hijo don Pedro?

CHINICA. Mi padre y señor don Félix,
dar una vuelta pretendo
al lugar y divertirme
por ser noche de San Pedro.

NICOLÁS. ¡Oh, mozo inconsiderado!
¡Oh, abatidos pensamientos!
¿Sabes que don Pedro eres
de Guevara, de Sarmiento,
Girón, Cárdenas, Zapata,
Córdoba, Cerda, Pacheco,
Caravajal y Chinchilla?

CHINICA. Como he cenado un pimiento
rancio en vinagre, y no más,
aunque lo sé no me acuerdo.

NICOLÁS. Pues ¿de qué sirven las armas,
que, glorioso monumento
de esta casa, iluminando
están todo este hemisferio?
Repáralas. ¿De qué sirven?

CHINICA. De dar á tus pensamientos
apoplejía, y castigo
á mis tripas.

NICOLÁS. ¡Oh, hijo necio!
Hombre que de ser ilustre
tuvo la dicha, en comiendo
pan y cebolla debajo
de sus armas, sale luego
á la calle con un rostro
plácido, noble, esparciendo
honor á cuantos le miran.
¡Oh, muchacho majadero,
que no sabes cuánto engorda
un pedazo de pan negro
comido debajo del
árbol genealógico!

CHINICA. Eso
es verdad; porque debajo
del árbol engorda el cerdo;
pero come cuanto quiere;
mas yo ni como ni ceno.

NICOLÁS. Si en teniendo hambre te acuerdas
de los altos privilegios
que hay en tu casa, con más
de cien reyes, tus abuelos,
¿qué echarás menos, bobillo?

CHINICA. Que, así como concedieron
exenciones, nos hubieran

[1] Enmendado:

No en vano en tu bizarría
fiamos todas.

dejado también exentos
de comer, pues no dejaban
un vínculo á cada nieto.
Póngame usted á servir,
(*Los hombres todos derecha.*)
que me parece que es medio
(*Las mujeres izquierda.*)
por donde el hombre de honor
que es pobre consigue empleos
detentes.

NICOLÁS. ¿Qué es lo que dices?
¿Hay en el mundo sujeto
digno de que tú le sirvas?
Aun para ser escuderos
de nuestra casa no habrá
cuatro dignos en el reino.

FRANCHO. ¡Qué vanidad! ¡Qué crianza!
¡Y qué famosos proyectos!

NICOLÁS. Saca sillas. (*Dos de brazos viejas.*)

CHINICA. Aquí está
todo el estrado completo.

NICOLÁS. Siéntate, pues, á mi lado,
poco á poco y con respeto,
que algún rey, abuelo tuyo,
quizás honró estos asientos
mil años antes de la
creación del Universo.

CHINICA. Entonces no tendrían chinches.
¡Antigua fecha, por cierto!

NICOLÁS. Haz cuenta que desde aquí
el mundo estás presidiendo,
y que tus vasallos hacen
por divertirte festejos
marciales, solicitando
las fortunas de tu imperio;
tendrás más honra que no
mezclado con los mozuelos.

CHINICA. Yo no replico; mas juzgo
que pensaron y adquirieron
de otra suerte mis parientes
las honras y los provechos.

FRANCHO. Si el padre no fuera tonto,
el hijo fuera discreto.
Supongo que el hombre vano
jamás cría un hijo bueno.

(*Vuelven los hombres y con las seguidillas van enramando las rejas.*)

(*A duo.*)

«La noche de San Pedro
te puse un ramo,
y amaneció florido
por todos cabos.
Querido dueño,
duerme porque no te haga
mal el sereno.»

(*Salen por el opuesto las seis de majos.*)

«No en el ramo te fíes;
mira, discreta,
que quien el ramo pone
pone la venta;
y es evidente
que donde hay ramo dicen:
aquí se vende.»

ESPEJO. Muchachos, agazaparse,
no chistar y cepos quedos,
hasta saber la intención
de aquellos seis caballeros.

GRANAD. Callar todas, que á cualquiera
lance ya estoy previniendo
la salida.

LADVEN. Juan Candil,
tú que eres hombre de alientos
llega á ver qué gente es ésa,
que yo no voy por mi empleo
de regidor, no se diga
que anda la justicia en estos
pasos.

ESPEJO. ¡Mira tú qué tacha!
Antes es mejor, que en viendo
que vas tú nos temerán,
y así nos dejarán dueños
del campo.

LADVEN. No; llega tú,
que yo saldré al desempeño.

JOAQUINA. Uno se nos va acercando.

GRANAD. Pues embózome y me acerco,
disimulando la voz
de calandria en voz de cuervo.

(*Se acercan las dos y* LADVENANT *detrás de* ESPEJO.)

ESPEJO. Parece persona chica.

GRANAD. Me parece en el pergeño
Juan Candil.

ESPEJO. ¿Quién va?

GRANAD. ¿Quién es?

ESPEJO. Yo he preguntado primero.
¿Quién es?

GRANAD. Una tentación.

ESPEJO. Con los hombres no las temo.

LADVEN. ¿Has apurado quién es?

ESPEJO. Un hombre que huele á espliego.

LADVEN. Será de Madrid, que allí
(PLASENCIA *en el burro, derecha.*)
también lo gastan.

ESPEJO. Veremos:
¿A qué viene aquí?

GRANAD. A cantar.

ESPEJO. ¿Es desafío?

GRANAD. Tremendo.

ESPEJO. Pues cada maestro se vaya
á su capilla; mas luego
el que venza ha de romper
con sus propios instrumentos
la cabeza á los contrarios.

GRANAD. Acepto y al arma.

ESPEJO. Acepto
y guerra. ¡Acá de los míos!

(*A sus bandos.*)

FRANCHO. ¿Mas que hay camorra?
Estas puertas entornemos,
por si riñen á pedradas,
no encajen alguna dentro
y rompan los garrafones.

CHINICA. Padre mío, esto va bueno;
un buen rato nos espera
y aquella es gente de pelo.

NICOLÁS. Cuando así se vulgariza,
no es gente que goza fueros
de sangre líquida, clara,
como el cristal de un espejo.

CHINICA. ¿No es colorada también
la sangre de los plebeyos?

NICOLÁS. Sí; pero en un color cabe
distinción: mira, en aquéllos
la sangre es color de rosa;
mas la de los caballeros
es de color de puzó
legítimo.

CHINICA. Ya lo entiendo.

Sale PLASENCIA *montado en un borrico, con alforjas, capa de payo,* etc., *cantando, y al llegar á una puerta se apea.)*

PLASENCIA. (*Canta.*)

«Con un albañilito,
madre, me caso,
porque son de mi gusto
los hombres blancos.»

(*Representa*)

Abre, Marica: Marica,
la pobre, estará durmiendo;
pero es fuerza despertalla
que viene mi compañero
con hambre. ¿Mujer? ¿Marica?;
abre aquí.

(*Llega* ESPEJO.)

ESPEJO. ¡Tío Regodeo!

PLASENC. Juan Candil: ¡Voto va á bríos!
¿Cómo va, cómo va?

ESPEJO. Tengo
trabajillos; pero, como
dijo el otro, habiendo
salud se pasa tal cual.

PLASENC. Alante; del mal el menos.

ESPEJO. Era hora ya de venir
de Madrid; ¿pero usted bueno?

PLASENC. La verdad, hombre, como amigo,
que ya sabes que te quiero;
¿fuiste tú ó tu hermano el que
se murió? Vaya, no andemos
en ceremonias.

ESPEJO. Fué el otro.

PLASENC. ¿De veras?

ESPEJO. Sí.

PLASENC. Pues me alegro:
que yo siempre te he querido,
y á tu padre, y á tu abuelo,
y á tu abuela, y conocí
á un tío tuyo gaitero
de Juenlabrada, que era hombre
en forma: oyes, ¿y se ha hecho
ya la puente?

ESPEJO. ¿Qué han de hacer?

PLASENC. ¿Qué? ¿se han comido el dinero
los alcaldes?

ESPEJO. Así dicen;
pero no puede ser eso.
Es verdad que ellos son hombres
sin olivas, sin majuelos
ni tierras, y tienen gastos
demasiados; mas son buenos;
tan buenos como el buen pan;
sino que el lugar en viendo
que uno hurta luego le llaman
ladrón.

PLASENC. Ahora que me acuerdo,
¿la hija de Cenaascuras,
se casó?

ESPEJO. Tío Regodeo,
¡qué muchacha! Usted lo crea
ó no lo crea, aún no ha hecho
seis meses que se ha casado
y ayer parió.

PLASENC. ¡Qué portento!
¡Válgame Dios, lo que puede
la mocedad! ¿Y qué es eso?
¿se anda de gallo?

ESPEJO. Un ratillo.

PLASENC. Debe de andar á bureo
también mi mujer Marica.

JOAQUINA. Vaya, muchachas, templemos.

GRANAD. Deja que vengan las otras
y que ayuden al enredo.

PLASENC. ¡Ay, demonches de mujeres!
Yo por el burro lo siento.

ESPEJO. Usted no se desazone,
que en casa del alojero
hay buena caballeriza.

FRANCHO. Y no le faltará pienso,
que ya sabe que yo soy
su amigo, tío Regodeo.

(*Llévase el burro.*)

LADVEN. A lo que estamos, y deja
la parola para luego.

ESPEJO. Es verdad; vamos.

CAMPANO. Aguarda,
que venir más gente veo.

(*Salen las señoras* MARIQUITA, PAULA *y* SOBRESALIENTA *con* PONCE *y* EUSEBIO, *de majos embozados.*)

MARIQ. Señores, no hay que cortarse;
que, aunque sean forasteros,
en España están.

PONCE. Querida;
como solamente *semos*
dos y vosotras *seis* tres,
estamos ambos perplejos
en aplicarse á *nenguna*.

MARIQ. Yo renuncio mi derecho.

PAULA. Yo ya sé andar sola.

SOBRESAL. Y yo
soy la primera que cedo.

PONCE. Pues yo de «la inimitable» ([1])
me agarro.

EUSEBIO. Yo estoy contento
con la sevillana, pues
Naturaleza en su acento
puso para mí tan grandes
hechizos: y así en oyendo
que dicen: *poyo*, *gayina*,
jebra de jilo y *jarnero*,
me andaré tras ella toda
la esfera del Universo.

MARIQ. Ahora digo que sois gente
de buen gusto; por lo menos
habrá muchas que me ganen
en lo hermosas: pero á esto
de Astrología tunante,
para proceder en tiempo
y ocasión, si hubiere alguna,
que salga, que aquí la espero.

PONCE. Si no hay que hacer, tú y yo somos
lo mejorcito del reino.

SOBRESAL. Usted, si ha de cortejarme,
conozca mi encogimiento
natural; y pocas veces,
sin desconfiar por eso;
porque el agua mansa suele
hacer mejores efectos.

EUSEBIO. Eso me gusta: en el mundo
habrá otra más de mi genio.

PAULA. Parece que están ustedes
divertidos, caballeros;
eso me gusta. ¡Por vida
de la jota, que me afrento
de venir con unos hombres
que parece que nacieron
sin ojos! Digan ustedes;
¿merezco yo este desprecio?

PONCE. Amiga, donde están éstas
no campas tú.

PAULA. Quedo, quedo,
que yo soy de lo mejor
lo mejor; mas ¿qué tenemos?
Si fuera rica les diera
albricias de que los pierdo.

E. Y P. Si éstas son como unas flores.

PAULA. ¿Flores? Serán las del berro;
mas yo soy la misma flor
de la canela.

CHINICA (*Levántase.*) Y si esto
intenta alguien desmentirlo,
lanza á lanza y cuerpo á cuerpo,
de sol á sol, en el campo,
con toda la ley del duelo,
yo lo sostendré, madama.
La flor de los caballeros
de España, según mi padre
dice, soy, y, aunque pequeño,
al noble su sangre aviva;
y yo á usted de que la quiero...

NICOLÁS. ¿Cómo, di, sin mi licencia
te atreves, infiel don Pedro,
á este arrojo?

CHINICA. Padre mío:
póngame usted los preceptos
que quiera, diga que ultrajo
en hablar con los plebeyos
mi linaje; que no sirva;
que me aniquile de hambriento;
que eche por la boca sangre
de color de puzó; pero
no me mande usted que deje
de seguir mi galanteo;
que el enamorar en nada
se opone á lo caballero.

TODOS. Dice bien.

PAULA. El espantajo
es gracioso por extremo.

NICOLÁS. ¿Cómo espantajo? Es mi hijo.

MARIQ. Pues lo desmiente por cierto,
porque parecen hermanos
en lo rico y lo moderno
del uniforme.

NICOLÁS. No me hablo
con semejantes sujetos.

CHINICA. Pues yo sí, que los señores
á veces apetecemos
mondongo.

PAULA. Déjelo usía
cocer, pues no ha de comerlo.

PLASENC. Dime, ¿de dónde al lugar
vino esta gente de trueno
y relámpago?

ESPEJO. Habrá un mes
que de la corte vinieron;
son tres valientes muchachas,
criadas en el comercio
de rábanos y limones,
naranjas y bollos tiernos;
pero son á todo ser
de rompe y rasga.

PLASENC. Lo creo,
que á éstas llaman en Madrid
reales mozas, epiteto

([1]) Variante: «Pues yo de aquesta muchacha.»

que ya sé en lo que consiste
sobre poco más ó menos;
pues donde sientan el real
dejan sin reales el puesto.

JOAQUINA. Ahora, Chispa, es ocasión
de disparar los acentos
de la música, porque
no acabe en palos el cuento.

GRANAD. Dices bien, vamos templando (1).

MARIQ. Señores, haya silencio,
que allí parece que van
á cantar.

ESPEJO. Nosotros quietos,
porque siempre tiene más
razón el que habla postrero.

CHINICA. Con licencia de usted, padre.

NICOLÁS. Si allá vas te desheredo.

CHINICA. ¿De qué? Mi padre chochea
de noble antes que de viejo.

(*Acércase á la* PAULA.—*Tonadilla á solo.*)

TODOS. ¡Viva, viva; que es un pasmo!

CHINICA. Lo canta como un jilguero.

NICOLÁS. Si yo tuviera las rentas
de mi tío Filiberto,
el gran duque de Pamplona... .

CHINICA. ¡Qué título tan horrendo!

NICOLÁS. Que harto de ser capitán
general en el imperio
murió de cabo de escuadra
de Marina, por sólo esto
la señalaba una renta;
pero bastante la premio
con oirla.

CHINICA. Los señores
premiamos como queremos.

GRANAD. ¡Vaya! ¿Cuándo llega el caso
de lucir esos gargueros
en la plaza?

ESPEJO. Poco á poco,
que esa es palabra de peso.

GRANAD. Digo cantando.

LADVEN. Eso, vaya.

MARIQ. Vamos, que ya entre los hierros
enramados esperando
están las novias los ecos
de la música.

SOBRESAL. Y parece
que les tienen grande afecto,
porque todas han salido
á escuchar.

ESPEJO. Este proyecto
lo descubrió alguna espía.

LADVEN. Muchachas, el campo es vuestro;
que sólo por divertiros
y divertirnos se ha hecho
esta humorada.

GRANAD. ¡Ah, bribones;
á mí no, que os las entiendo!

PAULA. No gastéis conversación
con semejantes sujetos;
vayan noramala, pues
sus mañas se han descubierto.

ESPEJO. ¿Noramala?; sin nosotros
no os podéis divertir.

GRANAD. Niego
la consecuencia, y sino
vamos á casa y veremos
si de divertir á todos
la palabra desempeño
cantando una tonadilla.

PONCE. Pues guía, te seguiremos.

NICOLÁS. Menos yo, que fuera ajar
mis erguidos privilegios
y desamparar mi escudo.

PAULA. Hace bien, que acá queremos
escudos, porque uno solo
ni aun de muestra le da aprecio
nuestra estimación.

TODOS. ¡Ea, vamos!

PLASENC. Vamos, que aunque se haya muerto
mi Marica, como dicen,
los duelos con pan son menos.

ESPEJO. Vamos, para que concluya
con diversión el festejo.

TODOS. Esperando que el concurso
disimule nuestros yerros.

26

El barbero

ENTREMÉS NUEVO PARA LA COMPAÑÍA DE LA SEÑORA LADVENANT.

1764 (1)

PERSONAS

EL BARBERO.—EL MAL PADRE.—CINCO GALANES.—LA MADRASTRA.—
SEIS HIJAS DEL PADRE.—VARIOS CRIADOS.

(*Puerta de casa de barbería y en ella el* BARBERO *sentado con guitarra, cantando, al aire de folías, que anunciará la orquesta.*)

BARBERO (*Canta.*)

«Cuantos por su frenesí
lloran por un sí que adoran,

---

(1) Variante:

Dices bien, vamos cantando
(*Cantan las seguidillas.*)
«No en el ramo te fies», etc.
TODAS. Mueran estos viles, mueran.

(1) Ms. de la Bib. Municip. Leg. 1-162-18. Copia antigua, con las censuras que van al final.— Colección de Durán, I, 60; incompleto.

sepan que hay otros que lloran
por haber dicho que sí.
¡Ay, amor! no blasonen tus flechas
de que nunca desairan el arco,
cuando son los aciertos tan pocos
y tan ciertos los muchos estragos.»

(*Representa.*)

Ello no tiene remedio;
este mundo es una rueda;
unos suben, otros bajan,
algunos están sobre ella,
y á los más, tarde ó temprano,
los monta y los estropea.
Apenas en esta vida
hay rato que se parezca
á otro pasado ó futuro;
se olvidan que hay providencia
los hombres, y en su concepto
la fortuna es quien gobierna
la felicidad humana,
en cuya tirana audiencia
no hay razón que valga al pobre
ni pleito que el rico pierda
sino con otro más rico.
Miren qué par de cabezas
tan redondas, la fortuna
y el mundo; allá se lo avengan
sus idólatras, que yo,
aunque son mis conveniencias
vacías, no lo son tanto
que la tripa no me llenan;
y, al fin, un rato cantando
y cuatro llorando, en prueba
de mortal, paso mi vida
y divierto la simpleza
pegajosa del amor.
¡Ay, imposible Manuela!
¡Ay, Manuela! Pero tente,
discurso, que te revelas;
no olvides que las mujeres
en cualquiera parte que entran
lo revuelven todo, y es
lo propio en nuestras molleras.
Si uno les da posesión
del pensamiento, no quedan
en la oficina de estado
de nuestra naturaleza
reflexión con reflexión
ni potencia con potencia;
y así, antes que me atolondre,
agarraré mi vihuela,
que estos ramos de locura
se divierten con las cuerdas.

(*Toma la guitarra, que dejó antes sobre la silla, y sale apresurado el* Galán 1.º)

Galán 1.º ¡Ay, amigo de mi vida!
Si puede haber en la tienda
de un barbero caridad...

Barbero. Conforme á lo que usted venga:
si pide limosna, tengo
caridad; mas como quiera
que le sangre, ó que le afeite,
ó que le saque una muela,
no lo espere, porque soy
un Nerón con las licencias
necesarias.

Galán 1.º Pues, amigo,
sacad luego la lanceta
y hacedme cuatro sangrías
de los brazos y las piernas
y dejad que corra...

Barbero. ¿Corra?
Parece usted de la escuela
de Séneca.

Galán 1.º ¡Qué sé yo!

Barbero. Es verdad que no dais muestras
de saber tanto.

Galán 1.º ¡Aprisita;
que se me va la cabeza!

Barbero. ¿De qué delira?

Galán 1.º De amor.

Barbero. Es manía tan perversa,
que están los hombres más locos
cuantos más azotes llevan,
y cuanto más se les sangra
y purga las faldriqueras.

(*Sale* Galán 2.º)

Galán 2.º ¡Ay, ay!... Señor cirujano,
téngalas usted muy buenas.
¡Ay! Con permiso de usted.

Barbero. Dejemos las frioleras
y diga lo que pretende,
ó qué convulsión es ésa.

Galán 2.º ¡Ay, señor! ¿Ve usted este frío?
Pues no es frío, ni lo sueña;
es el alquitrán de amor
que en el corazón se hospeda,
atrayendo el natural
con tan poderosa fuerza,
que deja el cuerpo cadáver.
¡Por Dios! deme usté unas friegas,
por que el calor se reparta.

Barbero. Deje usted que pase leña
de encina, y se las daré
de modo que efecto tengan,

(*Sale* Galán 3.º)

Galán 3.º ¡Presto, presto; aquí, aquí!
écheme usté dos docenas
de ventosas bien sajadas.

Barbero. Eso queda de mi cuenta;
dígame usted el motivo.

Galán 3.º Una caída violenta
que ahora he dado de costillas
y me temo una gangrena.

Barbero. ¿Y cómo fué?

GALÁN 3.° Un empujón
que amor me dió tan á secas,
que dió conmigo y con todas
mis esperanzas en tierra.
BARBERO. Pues eso, amigo, con sólo
dejarlo enfriar se remedia.

(*Sale* GALAN 4.°)

GALÁN 4.° ¿Qué he hecho yo con derretirme
por amor? ¡Maldito sea!
Por él se dijo sin duda
que era cosa muy mal hecha
dar á los muchachos alas;
criatura más traviesa
no la hay; y eso que en mi barrio
son los muchachos de prueba.
BARBERO. ¿Qué es eso, abuelo?
GALÁN 4.° Primero
es ser padre, y usted sepa
que soy mancebo.
BARBERO. Sepamos
qué es de lo que usted se queja.
GALÁN 4.° ¿Creerá que ha hecho conmigo
Cupido Carnestolendas?
BARBERO. Sí, señor; si ese bufón
á las damas no respeta
¿por qué á vos?
GALÁN 4.° Un jarro de agua
me acaba de echar á cuestas.
BARBERO. Sacuda la capa y deje
eso, que el tiempo lo seca.
GALÁN 4.° No me quejo yo de seco.
BARBERO. Pues explíquenos su idea.
GALÁN 4.° Que por Clemencia moría
y ya muero sin clemencia.

(*Sale* GALAN 5.°)

GALÁN 5.° Adiós, amigos, adiós;
suplid mis impertinencias
y mandad, que yo me marcho
á morir.
BARBERO. De esa manera,
tú eres el que has de mandar.
Pero di: ¿por qué nos dejas?
GALÁN 5.° Por nada, adiós, adiós hasta
que seamos calaveras,
y les cuente para ejemplo
á los muertos mi tragedia.
BARBERO. ¿Son celos ó desengaño?
GALÁN 5.° Con esa daga sangrienta
de dos filos el amor
me ha herido; dejad que muera
ó dadme cincuenta puntos
en la herida.
GALÁN 1.° ¿De una mesma
causa tan raros efectos?
BARBERO. Por eso á mí no me altera,
ni creo de los dolientes
la relación: ellos cuentan
con un dolor de costado,
y es mentira manifiesta,
porque no es más que una grande
destemplanza de cabeza,
que cura el recogimiento
ó tomar dos cosas frescas,
á no estar en el humor
el mal, que de esa manera
es preciso que el enfermo
sude bien y guarde dieta.
LOS CINCO. ¡Ay de nosotros!
BARBERO. Señores:
no me apuren la paciencia;
hable uno y diga el motivo
de esa común tarantela.
LOS CUAT. Pedro lo sabe.
BARBERO. Hable Pedro.
GALÁN 1.° ¡Ojalá no lo supiera!
Ya conocéis al hidalgo
que casó aquí con aquella
más rica y mejor muchacha
que había en toda esta tierra
de Toledo, y que no trajo
sino alguna ropa vieja,
falta de dinero y sobra
de fanfarria montañesa.
Que tuvo del matrimonio
seis hijas, hoy herederas,
por haber muerto su madre,
de toda la gran hacienda
de sus abuelos, tan pingüe,
que basta la parte sexta
para ser cualquiera rico;
y así tienen todas ellas
tantos nobles pretendientes,
que á no ser por la soberbia
del padre, que dice no hay
en Castilla quien merezca
á sus hijas, ya los nietos
contaría por docenas...
Escuchadme con paciencia:
sabéis que á los quince días
de viudo, sin darle cuenta
á nadie, casó con otra
muchacha de edad tan tierna
como quince años, en todo
hija de la providencia.
Que ésta se hizo embarazada,
y que el mal padre, ya sea
por desheredar las hijas,
ó ya por tener contenta
á la madrastra, las casa
dentro de su parentela
y las retira de aquí...
BARBERO. ¿Para qué es tan larga arenga
si eso lo sabemos todos?
GALÁN 1.° Porque ustedes todos sepan
que hoy ó mañana vendrán
los novios; que está dispuesta

la boda luego que lleguen;
que esta noche los hospeda,
y al otro día, que cargue
cada uno con su maleta.

BARBERO. ¿Y eso es cierto?

GALÁN 2.º Díganlo
de todo el lugar las quejas.

BARBERO. ¿Qué, no hay duda?

GALÁN 3.º Los criados
públicamente lo cuentan
á todos.

BARBERO. Pues ahora, amigos,
echadme á mí sanguijuelas,
ventosas, catorce parches
de cantáridas: no tenga
ninguno de mí piedad:
martirizarme. ¡Ay, Manuela!

GALÁN 1.º ¡Ay, Clara!

GALÁN 2.º ¡Ay, Inés!

GALÁN 3.º ¡Ay, Juana!

GALÁN 4.º ¡Ay, Ildefonsa!

GALÁN 5.º ¡Ay, Clemencia!

(*Sale primer criado* GALLEGO.)

GALLEGO. Vengo de parte de mi *amu*,
si le presta *lla vigüela*,
que espera *unus caballerus*
parientes y ha de haber fiesta
en casa.

BARBERO. ¿Y cuándo vendrán?

GALLEGO. *Creu de mí* llegue la recua
aquí de hoy para mañana.

BARBERO. Dime, mientras que se templa,
¿qué recua?

GALLEGO. La del *arrieru*
que *llos* trae; y por más señas
que paga el porte mi *amu*,
porque ella es gente *pubreta*,
y *ainda mais* de eso, están *todus*
hechos de mala *maneira*.

TODOS. ¿Cómo?

GALLEGO. Son jibados, mancos
y tienen *llas* patas tuertas.
Uno que vino allá
llu diju.

BARBERO. ¿Y están contentas
las novias?

GALLEGO. No, *non pardiobre;*
á fei como yo tuviera
capa y un *dobrón* de á *ochu*,
pescaba *lla mijor* de ellas.

GALÁN 1.º ¿Y ellas mejor se quedaran
en el lugar?

GALLEGO. Sí, de veras;
si no las cerrara el padre
llas ventanas y *llas* puertas,
ya se hubieran escapado.

GALÁN 2.º No es mala noticia ésta. (*Al* BARBERO.)

BARBERO. Lleva la guitarra, y di
que toda mi casa queda
para servirle.

GALLEGO Está bien.
Señores, á la *obedencia*. (*Vase.*)

GALÁN 1.º Hombre, con este gallego
enviárselas pudiera
un papel, y asegurarlas
que, si querían ser nuestras,
nuestra vida á todo trance
daríamos en su defensa.

LOS CUAT. Dice bien,

BARBERO, No dice bien,
pues si el padre le cogiera
todo se perdía. ¿Ustedes
me ayudarán á una empresa
en que yo casi aseguro
el modo de que sean nuestras
todas seis, y la malicia
del padre castigo tenga,
y escarmiento la madrastra?

TODOS. Sin duda.

BARBERO. Pues valga flema.
Decid, ¿ellas os conocen?

GALÁN 1.º Todos los días de fiesta
las aguardábamos, y
á hurtadillas de la fiera
madrastra se les hacían
y nos hacían sus señas.

GALÁN 2. La Manuela solamente
es la que se pasa tiesa.

BARBERO. Es que sabe que en mí tiene
su amartelado Manuela.

GALÁN 3.º ¿Y afeitas al padre?

BARBERO. No,
que, quizás de mi cautela
malicioso, él mismo va
á afeitarse á la otra tienda;
pero, venid á mi cuarto.

TODOS. Dinos primero qué piensas.

BARBERO. Allá dentro os lo diré;
porque no es razón que pierda
un instante quien se atreve
á dos tan arduas empresas
como ir á descubrir muchos
doblones y seis doncellas.

TODOS. Pues vamos.

BARBERO Conmigo todos,
repitiendo esta sentencia,
que espero que aquí se cumpla.

TODOS. ¿Cuál es?

BARBERO. Que al padre que piensa
desheredar á sus hijos,
los hijos le desheredan.

GALÁN 1.º Digna es de escribirse en mármol.

TODOS. Así es: que al padre que piensa...

(*Vanse y múdase el teatro en salón corto. Salen el* PADRE *y la* MADRASTRA, *cada uno por su lado.*)

PADRE. Hija mía...

MADRAST. Dios te guarde.

PADRE. ¿Qué tienes, que estás tan seria,
vida mía?

MADRAST. (*Aparte*) Las ternuras
qué mal en los viejos suenan.
Estoy hoy muy enfadada.

PADRE. ¿De qué?

MADRAST. De ver á las puercas
de tus hijas levantarse
tarde y estar las haciendas
sin hacer.

PADRE. ¿Por qué también
no riñes con las doncellas?

MADRAST. Porque ésas sólo me sirven
á mí; la poca vergüenza
es tuya, que no las haces
trabajar y las sujetas.

PADRE. ¿Qué más sujetas las quieres?
No salen sino á la iglesia;
no comunican persona,
porque ventanas y puertas
para ellas están cerradas.
Cree que es parte de tema
que las tienes.

MADRAST. Eso es verdad;
si yo no las consintiera
en mi casa no daría
lugar á sus insolencias.

PADRE. A bien que presto saldremos
de todas, pues están cerca
los novios.

MADRAST. Una criada
me ha dicho que están resueltas
á no casarse, porque
les han llegado las nuevas
de que son feos.

PADRE. Entonces
resolveremos ponerlas
en un convento.

MADRAST. Eso no;
porque es mucho lo que cuesta.

PADRE. Para todo hay.

MADRAST. Yo no quiero
se gaste y que lo carezca
después mi hijo.

PADRE. Con que,
querida mía, ¿estás cierta
que el concebido es varón?

MADRAST. Además de mis sospechas,
me lo ha dicho el sacristán;
porque él ha echado sus cuentas;
me vió andar, me tomó el pulso,
y al subir una escalera
dijo: «Niño es, que ha subido
antes la pata derecha.»

PADRE. Se ha de llamar don Alfonso
Blas, como yo.

MADRAST. No lo creas,
que no son santos de moda;
ó se ha de llamar don César,
ó don Julio, ó don Jenaro
María de las Candelas.

PADRE. Y suena mucho mejor.

(*Sale* GALLEGO.)

GALLEGO. Aquí viene la *vigüela*,
señor.

PADRE. ¿Qué dijo el barbero?

GALLEGO. Hízome mil reverencias,
y dijo que su merced
mandase en toda su hacienda.

PADRE. Ya le entiendo; el picarillo
bien sabe dónde le aprieta
el zapato; di á las niñas
que salgan.

GALLEGO. Si yo tuviera
capa y un *dobrón* de á ocho,
pescaba *lla* mejor de ellas. (*Vase.*)

MADRAST. ¿Y á qué viene esa guitarra
ahora?

PADRE. Para cuando vengan
mis sobrinos.

MADRAST. Pero no pienses
que en mi casa yo consienta
esa canalla.

PADRE. Mujer,
habla bien y considera
que por uno ó por dos días
y aquella noche...

MADRAST. Ni aquélla
ni otra: el mesón es bien grande;
que allí el cuarto les prevengan.

PADRE. No hago yo eso con los tuyos.

MADRAST. Es que es cosa muy diversa.
La casa es de la mujer
y toda su parentela;
y el marido ha de atenderlos,
procurar sus conveniencias,
los ha de sufrir, dejar
que le rompan la cabeza,
tolerar que le murmuren,
y si alguna vez le dejan
en paz, ha de dar encima
el dinero que ellos quieran.

(*Salen las seis hijas humildemente vestidas, con briales de lana ó droguete y sin delantales blancos, con los brazos cruzados.*)

LAS SEIS. Padre y señor, ¿qué mandáis?

PADRE. ¿Por qué están tan descompuestas?
Pónganse los delantales,
zarcillos y quirotecas.

HIJA 1.ª No hay más de lo que usted ve;
porque ropa blanca apenas
tenemos para mudarnos.

PADRE. No puede ser, porque vuestra
madre, que haya santa gloria,
dejó las arcas bien llenas.

HIJA 2.ª Y cómo que las dejó;

apuntadas las docenas
de todo.

PADRE. ¿Por qué no sacan
ropa de allí y se aderezan?

HIJA 3.ª Porque su mujer de usted...

PADRE. Otra vez no te acontezca
decir así, sino madre.

HIJA 3.ª De esa palabra tan tierna
y tan dulce ya ha perdido
la costumbre nuestra lengua;
pues no es justo que ni por
política se dijera
á una tan cruel madrastra,
que de cofres y gabetas
nos ha quitado las llaves;
y hoy las de trojes, despensas
y bodegas fía más
á las criadas.

PADRE. En esta
parte les sobra razón.

MADRAST. Da tú alas á su soberbia,
que tienen poca.

PADRE. ¿Por qué
no les das tú ropa?

MADRAST. Es nueva
y la quiero para mí.

PADRE. Pues repárteles la vieja.

MADRAST. Menos; porque en camisitas
y pañales se aprovechan
para el chiquillo.

PADRE. ¡Hijo mío!
Esa es la atención primera;
el ama dice muy bien (*á las hijas*),
y ya véis que es una prueba
de económica.

HIJA 1.ª No lo es
sino de muy avarienta.

MADRAST. ¿Hoy no ha lavado cada una
su delantal?

HIJA 2.ª Pero mientras
está seco y le aplanchamos
es precisa esta indecencia.

MADRAST. La presunción. Mire usted
quién hay que se acuerde de ellas.

(*Sale 2.º* CRIADO *conduciendo al* BARBERO, *que vendrá disfrazado de camino, con su peluca, sombrero de picos, mochila, una pata de palo, un libro de música, violín y barboquejo.*)

CRIADO. Señor, este hombre me ha hecho
que le entre á veros por fuerza.

BARBERO. *Obligattisimo padrone,
sono da vostra ecellenza
é las señorinas tutto.*

PADRE. Haga menos reverencias
y diga qué es lo que quiere.

BARBERO. *Non è piu longa mi arenga.
Io sono istato primo
ballarino de la bella
opera di Cádiz.*

PADRE. Bien,
¿y os quebrasteis esa pierna
haciendo algún balansé?

BARBERO. *Io no mai ballo per terra,
sempre per alto.*

MADRAST. ¿Y á dónde
marchais?

BARBERO. *Vado* en diligencia
á Madrid para enseñar
á *ballar* á la francesa
á *li pargoliti infanti*
de la Inclusa.

PADRE. ¡Linda pieza!

BARBERO. *Y avendo avuto noticia
que en vostro palacio aveva
isponsale, io son venuto
per director de la orquesta
e del sarao.*

PADRE. Veamos
cuál es la lección primera
que al empezar á bailar
un minuet da el maestro.

BARBERO. *Questa:
la prima, segunda e dopo
tercia, cuarta e quinta veda
un poco cuomo sono io;
voglio porque se diverta
en mi pícolo violino
sonar una pastorela.
Facha lo gracia, signora.*
(No te asustes, mi Manuela;
lee ese papel con cuidado,
dispón que todas le lean,
sabréis quién os quiere y quién
vuestra libertad desea.)

(*Al oído, al par de darla un libro, da el papel á* MANUELA, *que le oculta.*)

PADRE. ¡Hola! ¿qué es eso?

BARBERO. *In creanza
española é inobedenza;
no vol far el facistol.
Io sonaré de mia testa
qualque cosa.*

PADRE. Eso es mejor.

HIJA 1.ª Adentro, y corra la seña;
ya estarán los delantales.
Vamos.

TODAS. Adonde tú quieras (*Vanse.*)

(*Toca y las seis interin se van dando de codo unas con otras.*)

BARBERO. *¿Se andano le sue figlie?
¿Que è questo? ¿No les diletta
la música?*

MADRAST. A mí tampoco;
ya podéis tomar la puerta.

PADRE. Bien dice; id á descansar
á la posada; que es fuerza

que se canse al doble quien
no tiene más que una pierna.

BARBERO. *Yo lei riverisco; adío.*
A otra, pues se salió de ésta. *(Vase)*

(Sale 2.º CRIADO.*)*

CRIADO 2.º Señor, señor; estando yo en esa
reja que cae hacia el campo,
he visto por la vereda
de la herradura una tropa
á caballo.

PADRE. Salió cierta
la noticia; di á las chicas
que salgan aquí. *(Vase* CRIADO.*)*

MADRAST. Te espera
un buen rato cuando mires
su genio y su inobediencia.

PADRE. Por eso he de prevenirlas
primero.

(Salen todas, ya con delantales, y una con la guitarra.)

TODAS. Señor, ¿qué ordenas?

PADRE. Hijas, llegó el feliz día
que os previne; ya están cerca
vuestros esposos: ¿iréis
á la montaña contentas?

HIJA 1.ª Ya lo estamos desde ahora;
aunque creemos que es fuerza
haya hoy lágrimas en casa.
Ya estamos con la vihuela
para recibir cantando
á los novios.

PADRE. ¿Ves que no era
(A la madrastra.)
el león como le pintan?

MADRAST. Es preciso que esto sea
hipocresía.

PADRE. Decid;
de vosotras, ¿hay quién sepa
cantar algo?

HIJA 2.ª A nuestras solas
todas cantamos; mas ésta
lo hace mejor que otra alguna.

PADRE. Pues canta, porque lo crea,
algo sola.

LA QUE CANTE. Escuche usted
estas seguidillas nuevas.

(Canta, y al acabar ruido de cencerros.)

PADRE. Deja eso, que ya parece
que vuestros esposos llegan.

BARBERO. *(Dentro)* ¡So, machos!...

PADRE. Esos criados
que bajen hasta la puerta
á recibirlos.

(Sale el BARBERO, *de arriero tuerto.)*

BARBERO. ¡Deo gracias!
Ya me dice esa presencia
que sois mi tío...

PADRE. ¿Yo tío
de un arriero?

BARBERO. ¿Qué os altera?
¿No sabéis que en la montaña,
como no hay gente plebeya,
todos hacemos á todo?

PADRE. Eso es verdad.

BARBERO. ¿Y son éstas
las novias? No son malitas.
Yo voy, con vuestra licencia,
á que suban todos. Ya *(Aparte.)*
en lo alegre manifiestan
que han aceptado el partido. *(Vase)*

PADRE. Salid hasta la escalera
á recibirlos.

TODAS. Ya vamos
todas, señor, muy contentas.

(A cuatro cantan):

«Sean bien venidos,
bien venidos sean,
á cautivar almas
los que la libertan:
sean bien venidos,
bien venidos sean.»

(Llegan á la cortina con la música, y salen los cinco galanes, detrás del BARBERO, *todos desfigurados: uno jorobado, otro con muletas, otro manco y otro ciego.)*

TODOS. *(De rodillas)* Tío y padre, á vuestros pies
está vuestra parentela.

PADRE. Alzad, sobrinos y amigos.

MADRAST. Parecen gente de guerra
en lo estropeados.

BARBERO. La gente
de la montaña es discreta
y no tiene vanagloria
en las galas y preseas;
sus vanidades las fundan
solamente en la cabeza.

PADRE. Así son todos capaces
de cuanto se les presenta.
Ahora bien; ¿quién trae la carta
del cura, en que me refiera
quién es cada uno?

GALÁN 1.º Las trae,
metidas en la maleta,
mi pariente don Rodrigo.

BARBERO. Tiempo hay después para verlas;
sepamos si hemos de estar
mucho aquí, porque la recua
pierde otros viajes.

MADRAST. No, no;
mañana, antes que amanezca;
que hoy pueden quedar casados.

BARBERO. Mejor; aquí me dió, en prueba
de tener vuestros poderes
allá el señor cura, estas
breves capitulaciones.

MADRAST. Eso importa que yo vea.

(Tómalas, y se la da al PADRE.*)*

PADRE. ¡Hola, ya vienen firmadas!
Dicen, pues, desta manera: *(Lee.)*

«No queremos más de lo que el señor don Alonso Blas nos dé; justamente quedaremos agradecidos, y así no habrá pleitos por ningún motivo; tendrá derecho á quedarse con el dote de su primera mujer hasta el último maravedí; le sacaremos las hijas, serán nuestras esposas y lo firmamos todos.»

MADRAST. Muy bien.
BARBERO. Ese es para vos;
aquí viene otro á la letra
que habéis de firmar.
PADRE. Veamos.
En efecto, son las mesmas
palabras, sin faltar una
ni sobrar. Venga, pues, venga
la escribanía. Mujer,
¡gran fortuna!; de esta hecha
fundamos á nuestro hijo
venturo, la mayor renta
que pueda haber en Castilla.
Yo he firmado: lleguen ellas
á conocer sus maridos.
TODAS. Vamos muy enhorabuena.
PADRE. Veamos cuál se inclina á cual.
GALÁN 1.º Señor, estas no son peras
para escoger; cada uno
tiene á su mano derecha
la suya.
TODOS. ¿Usted nos las da?
PADRE. No hay duda en que ya son vuestras.
BARBERO. ¿Y ustedes quieren, señoras?
TODAS. Queremos.
BARBERO. Pues sólo resta
ahora que nos entreguéis
su legítima materna.
PADRE. ¡Acuerdan buena hora!
¿Creen que yo se las diera
sin tener este papel?
Oiganle, si no se acuerdan.
BARBERO. Yo leeré éste, que es lo mismo;
y siempre ha de hacer más fuerza,
por estar de vos firmado;
dice, pues, de esta manera:

«No queremos más de lo que el señor padre don Alonso Blas nos dé justamente; le quedaremos agradecidos, y así no habrá pleitos; por ningún motivo tendrá derecho á quedarse con la dote de su primera mujer; hasta el último maravedí le sacaremos; las hijas serán nuestras esposas, y así lo firmamos todos.»

Limpiaos con ése la baba.
PADRE. ¡Qué haya yo hecho la simpleza
de firmarle!
MADRAST. ¿No hay justicia?
PADRE. Mira si la hay, y tan cierto
que ya empieza á castigar
mi malicia.
GALÁN 2.º Pues aún queda
el rabo por desollar.
PADRE. Pues ¿qué falta?
BARBERO. Que usted sepa
que todos somos vecinos
del lugar.

(Se quitan los disfraces.)

PADRE. ¿A mí esta afrenta,
habiéndoselas negado
á los más nobles?
GALÁN 1.º Detenga
las iras, y dé á Dios gracias
de que á lo menos encuentran
con gente honrada.
HIJA 1.ª Y con hijas
que, á su obligación atentas,
no os dejarán perecer.
MADRAST. ¿Tú lo sufres?
PADRE. Y me es fuerza
darles muchas gracias; pues
rara vez se vió que tenga
piadosos hijos un padre
que la crueldad les enseña.
BARBERO. Todos quedaremos bien
como os viniérais á buenas.
PADRE. Los dueños sois de esta casa.
GALÁN 2.º El modo de que sea vuestra
es ése, y de que, contentos,
vueltos los pleitos en fiestas,
haya paz y gusto.
HIJA 1.ª Hoy ya,
para concluir la idea,
la tonadilla está pronto.
TODOS. Para que con esto tenga,
ya que no aplauso, perdón
quien por serviros se esfuerza (1).

---

(1) A continuación van las siguientes licencias y aprobaciones:

«Damos licencia, por lo que á Nos toca, para que se pueda representar el entremés antecedente intitulado *El Barbero*, compuesto para la compañía de María Ladvenant, atento á que ha sido reconocido de nuestra orden y no contiene cosa opuesta á nuestra santa fé y buenas costumbres. Dada en Madrid á primero de octubre de mil setecientos setenta y cuatro. —*D. Varrones*.—Por su mandado, *José de Uruñuela y Marmanillo.*

Madrid 1.º de octubre de 1764.—Con las letras de las tonadillas pase al Rvmo. P. Maestro Fray Manuel de Pinillos, del convento de San Agustín, y con su dictamen tráigase.—*Luján.*

He leído este entremés, intitulado *El Barbero*, y su tonadilla, y nada encuentro digno de censura ni opuesto á los dogmas sagrados y buenas costumbres. Así lo siento. Salvo, etc. Doña María de Aragón; Madrid octubre 2 de 1764.—*Mtro. Fray Manuel de Pinillos.*

Madrid 3 de octubre de 1764.—Ejecútese.—*Luján.*

Ejecútese.—Madrid 6 de octubre de 1764.»

27
La bella madre

COMEDIA EN UN ACTO O ENTREMÉS
PARA LA FIESTA DE PASCUA DE PENTECOSTÉS, QUE REPRESENTARÁ LA COMPAÑÍA DE LA SEÑORA MARÍA LADVENANT.

1764 (1).

(Salon corto.)

LA SEÑORA MARIQUITA SOLA.

«Suplico á ustedes que me oigan dos palabras. Creo me harán ustedes la justicia de discurrir que conozco cuánto debo á Madrid, y que procuro corresponder en el modo que puedo; esto es, sacrificando mi quietud, mi salud y mis afanes en su obsequio; á cuya consecuencia creerán también que por omisión mía, ó descuido, no será la falta del entremés, en que hoy nos vemos, y que ésta no es salida fingida, como ya se ha visto, para introducirle, pues ya ven ustedes que hablo seria, que hablo en prosa, y que yo no soy mujer que gusta de chanzas, y más hallándome revestida con el triste carácter de *Andrómaca*. Yo estaba confiada en Chinica; él en la compañía, y entre la compañía y él me han puesto en este doloroso, sensible y triste paso; pero no les saldrá barato, que á todos los voy á sacar á la vergüenza, y espero de la prudencia, seriedad, juicio y alta penetración del patio les dará una corrección para que se enmienden, disponiendo de mi fina voluntad en su obsequio, ínterin pido á Dios guarde sus vidas muchos años, como deseo. Madrid 9 de junio de 1764.»

(Da una palmada y van saliendo de dos en dos, con los brazos cruzados, toda la compañía, á excepción de CHINICA *y la señora* GRANADINA. *Quedan en ala.)*

(Sale MARIQUITA.)

MARIQ. Disimulad, mosqueteros,
esta falta; y vaya á cuenta
deste descuido el bochorno
que pasan todos.
TODOS. ¡Qué afrenta!
NICOLÁS. Quien morir debe es Chinica,
que tiene más culpa.
TODOS. ¡Muera!
MARIQ. Bien decís, ¿á dónde estás
escondido, buena pieza? *(Buscándole)*
BLAS. Hasta esa desgracia más
tenemos, pues con su ausencia *(Llorando)*
no puede hacerse el sainete
ni proseguir la comedia.
TODOS. ¿Dónde está?
BLAS. Yo no lo sé;
porque sólo sé que apenas
le amenazaron, tomó
la capa y cogió la puerta.
MARIQ. Búsquesele sin tardanza,
y al instante que parezca
en público ha de morir
á nuestras manos.
TODOS. ¡Que muera!
CHINICA. Ya lo oigo. *(Oculto en la tertulia.)*
NICOLÁS. ¿Dónde su voz
ha sonado?
BASTOS. En la cazuela
está: desde aquí le veo.
MARIQ. Yo no distingo sus señas.
TODOS. Ni yo tampoco.
BASTOS. Es verdad:
no es Chinica; es una vieja
con cofia de color de oro
y cara de berenjena
marchita; pero no he visto
cosa que más se parezca.
NICOLÁS. ¡Buena ocasión es de chanzas!
PONCE. Pues no hay duda, no, en que él era
el que habló en el coliseo.
CHIN. *(Descubierto.)* Y desde esta talanquera
tan alta, si se me antoja,
hablaré lo que se me ofrezca.
PONCE. ¿A qué has ido ahí?
CHINICA. Como ustedes
dicen que el morir es fuerza,
á buscar un confesor (1).

(Sale GRANADINA).

GRANAD. ¡Albricias, autora nuestra!
MARIQ. ¿De qué?
GRANAD. De que me ha ocurrido
cosa con que se remedia
la falta del estremés
y es una *novedad nueva*.
MARIQ. Así dijo el otro; vaya,
despacha, y di lo que sea.
GRANAD. ¿No te acuerdas que tenemos
ensayada una comedia
de carácter, en un breve
acto escrita, como aquellas
que los griegos inventaron
y otras naciones remedan,
y, si bien he oído, tienen
nombre de pequeñas piezas?

(1) *Inédito*. Bib. Municip.: leg. 1-162 21. Copia antigua con *Introducción* y *licencias* y *aprobaciones* de 7, 8 y 9 de junio de 1764.

(1) A la localidad denominada Tertulia, en lo alto del teatro solían concurrir clérigos y frailes.

Mariq. Sí me acuerdo; pero, hija,
ha de picar algo en seria.
Nicolás. Y el argumento ¿cuál es?
Mariq. *La bella madre*; pero esta
es ironía, porque antes
pinta una madre ligera
de cascos, que de dos hijas
locas los genios aprecia
y castiga las virtudes
de otras dos hijas discretas.
Todos. ¡Bello asunto!
Ponce. Y es retrato
que puede ser no carezca
de original en Madrid.
Todos. Salga luego.
Mariq. Vaya flema.
Es asunto en que no hay majos,
vizcondes de la Corchuela,
conceptos de carcajadas
que valen menos que suenan;
ni figurones de trapo;
pues aunque tiene la idea
despropósitos, son todos
muy á propósito de ella.
Además de esto, son solas
diez personas las que entran,
y es fuerza que las demás
se sienten, callen y vean.
Nicolás. Uno y otro inconveniente
me parece se sujetan
muy fácilmente: el primero
con las largas experiencias
que el público nos ha dado
de que las obras que llevan
ilación, nervio y doctrina
las estima más que aquellas
que van de la extravagancia
mal sostenidas y expuestas.
En cuanto al segundo, yo
seré el primero que ceda
y renuncie de papel.
Todos. Todos somos de la mesma
opinión.
Mariq. Pues de ese modo,
entretanto que se cuelgan
unas cortinas que sirvan
para distinguir la escena,
unas seguidillas bailen
la Méndez y Portuguesa,
y vénganse tras mí todos
aquellos que papel tengan.
Chinica. Ese soy yo; aguarde usted
que baje allá
Mariq. De cabeza,
y tardarás menos tiempo.
Todos. Sea muy enhorabuena,
y vamos bailando en tanto
que se prosigue la fiesta.
(*Bailan*).

LA BELLA MADRE

Sainete nuevo

(*Bailan unas seguidillas, y levantando el telón quedan á la fachada unas cortinas, y salen las señoras* Paula *y la* Paquita, *pobremente vestidas, la primera con un libro. y la segunda con una almohadilla, la señora* Guerrera, *de criada petimetra.*)

Paula. Lucía, ponte á esa puerta
y si viene madre avisa,
por Dios; porque si me halla
con un libro divertida,
ha de alborotar el barrio.
Paca. Y, por Dios, que no le digas
que yo he cosido, ni que
he comprado esta almohadilla,
porque tendré que sentir.
Guerrera ¡Buen rigor es, señoritas!
y yo no sé cómo piensa
mi ama, que así se irrita
de la aplicación de ustedes.
Paca. ¿Qué quieres?: tiene manía
su merced en que las cuatro
habíamos de ser usías;
y así á nuestras dos hermanas,
porque gustan de visitas,
del Prado, de la Comedia
y broma, las acaricia,
y á las dos nos aborrece.
Guerrera No en vano á mi ama la tildan
de grande loca.
Paula. ¿Qué modo
de hablar es ese, Lucía?
Ahora es cuando siento ser
de mi madre aborrecida,
y de carecer en casa
de la autoridad de hija,
para echarte por la puerta
ó el balcón. Dime, atrevida;
de mi madre, á quien venero
¿hablas en presencia mía
de ese modo? Su merced,
que es cabeza de familia
estando mi padre ausente,
debe saber la doctrina
cristiana. Si por acaso
su obligación se la olvida
ó no la cumple, nosotras
no debemos argüirla.
Guerrera ¿Ahora sermón? Mire usted,
mi señora doña Luisa;
aunque usted quiera ser monja,
que las monjas no predican.
Paula. Calla, y no acaso me obligues
á que te tire una silla.
Guerrera Así dicen, ¡vaya, vaya!
que he dicho una picardía
muy grande. ¿Que mi ama es loca?
¿Hay alguien que no lo diga
en Madrid?

PACA. Una criada
¿ha de tener osadía
de hablar así?

GUERRERA ¿Por qué no?
¡Vaya, que es cosa inaudita
el que una criada hable
de su ama mil perrerías!
Una cosa es que en cualquiera
casa del lugar se estila.

LAS DOS. Pues no ha de ser así en ésta;
¡infame!

GUERRERA ¡Qué tremolina
tan á deshora! *(Salen todas.)*

(Salen las señoras JOAQUINA, LADVENANT *y* GRANADINA, *con mantos y basquiñas como que vienen de misa, agarrándolas de las manos* CHINICA *y* EUSEBIO, *de petimetres cascabeles, y* ESPEJO, *de abogado, á la izquierda.)*

GUERRERA ¡Ay, señora de mi vida!
que si usted tarda un poquito,
toda su casa hallaría
perdida por una muerte!

JOAQUINA. ¿Por la de quién?

GUERRERA Por la mía;
pues hallando á las señoras,
que estaban entretenidas
sólo en mormurar de usted,
porque quise reprimirlas,
me han dicho malas palabras,
que sólo yo aguantaría
por la ley que á usted la tengo,
que no estoy hecha á sufrirlas
en parte alguna; que soy
moza muy honrada, é hija
de buenos padres.

JOAQUINA. No puede
salir una ni aun á misa.
¡Jesús, cuál anda mi casa!
¿Vosotras tan atrevidas
conmigo? ¿Vosotras dos
maltratar á mi Lucía
así, sabiendo que ayer
nos peinó de maravilla
á la greca; y que nos puso
á la turca las caídas?
¿Vosotras dos aguardar
á que yo vuelva la esquina
de casa para coger
los libros y la almohadilla?
¡Buena, buena anda mi casa!
¿Qué se entiende, las cochinas
venir al estrado? Esténse
¡noramala! en la cocina
ó en el desván.

MARIQ. ¿Qué hace usted
que no toma esta basquiña?

GRANAD. Esta mantilla usted quite,
y préndala en la cortina.
(A los petimetres.)

PETIMET. ¡Como está enojada madre!...

LAS DOS. ¿Qué nos importan sus riñas
á nosotras?

ESPEJO. ¡Bueno va!
¡Ajustadme estas medidas!
¡Y qué preciosas muchachas
son las dos!
(Mirando á las ajadas.)

JOAQUINA. Perdona, hija;
y si otra satisfacción
pretendes que te dé, dila.
(A la criada.)

MARIQ. Vaya y traiga un vaso de agua.

GRANAD. Ve tú; traeme una tacita
de sopas.

PACA Y PAULA. ¡Vaya! y por Dios
suframos esta injusticia. *(Vanse.)*

JOAQUINA. Haste cargo de que todo
en las dos es sólo envidia,
y calla; que en desenojo
te daré aquella bonita
bata de estofa [1].

GUERRERA Por usted toleraría
yo mucho más, y me fuera
con usted hasta las Indias.
¡Qué loca!; pero ella dé,
y dése contra una esquina.
(Aparte y vase.)

JOAQUINA. Sentémonos, caballeros;
que aquesta desazoncilla
ya se pasó.

ESPEJO. Permitidme,
señora, también que os diga
que extraño de vuestro juicio
distancia tan exquisita,
desde el cariño al desprecio,
como usáis con vuestras hijas,
de modo que á una criada
preferís. No se adivina
la causa.

MARIQ. Yo os lo diré
porque lo sepais; yo y Rita
somos del genio de madre;
del *bello espiritu;* vivas,
amables mucho; *la hacemos
honor* en la más lucida
concurrencia; mas las otras
son adustas, saturninas;
parece que se han criado
entre fieras; acreditan
almas ruines; pues la una
no parece que se cría
para doncella, según
en las labores se vicia;
y la otra para un convento,
según los libros la inclinan.

(1) Falta lo demás del verso.

Esto á una madre que sabe
cómo se adquiere en el día
la estimación de los hombres,
y el lado de las amigas;
y que sabe conducirse
en cualesquiera visitas
por su talento, es preciso
que, si no llega á afligirla
porque su gran corazón
todas las cosas estima
de casa por bagatelas,
la disguste; y á fe mía
que esto no es pasión de hermana;
su merced y ésta lo digan.

JOAQUINA. Son muy malas.

MARIQ. Son muy puercas.

GRANAD. Ellas son hermanas mías,
no lo niego; mas protesto,
que con ellas voy corrida
á cualquiera parte.

JOAQUINA. Ya
hoy menos os mortifican;
pues las hago que madrugen
las dos y salgan á misa
los días de fiesta; y las otras,
estándose allá metidas
en un cuarto, poco importa
que se las lleve Patillas;
pues son raros los que saben
que yo tengo tales hijas.

CHINICA. ¡Oh, es bien hecho! Vos estais,
madama, bien instruída
de las cosas de Madrid.
Si véis que vuestras fatigas
no aprovechan igualmente
que en estas dos señoritas,
obrais á la perfección
en abandonar las hijas
que os deshonran.

EUSEBIO. Además
que las cuatro os justifican:
estas dos son petimetras;
cantan á la maravilla;
saben prender una gasa;
dar el aire á una mantilla;
saben tratar con un hombre;
saben rizar una cinta;
son útiles al estado;
las otras son poco limpias;
si acaso un hombre las toma
la mano, gruñen ó chillan;
y á una confianza responden
con una palabra esquiva.

CHINICA. Meterlas en el Hospicio;
y luego por la comida
de las dos se toma un paje.

ESPEJO. La cólera se me irrita.

EUSEBIO. Sin duda, sin duda; pues,
yo soy de la opinión misma.

ESPEJO. ¡Oh, señores petimetres!
¡Cómo sois cortos de vista
para penetrar el fondo
de la virtud! ¡Oh malicia
de las costumbres!

JOAQUINA. Pues ahora
dejaos de filosofías.

PAULA. Rita; aquí tienes el agua.

MARIQ. Madre, vea usted la salvilla;
dos dedos tiene de polvo;
y luego cuando una riña
dirán que es injustamente.

JOAQUINA. No seas tú tan benigna;
tírasela á los hocicos,
y otra vez será más limpia.

PAULA. Yo bien la limpiara; pero
sino hay en casa rodillas.

JOAQUINA. ¿No teníais delantales,
una toalla ó las cortinas?

ESPEJO. O, á falta de todo eso,
limpiarla con la camisa,
si la tiene.

JOAQUINA. Esta es tan puerca,
que yo no lo extrañaría.

EUSEBIO. Ya se conoce en la traza:
no debieran permitirla
salir aquí cuando hay gente.

JOAQUINA. Como una está alcanzadilla;
porque aunque en los interiores
de casa haya economía,
están en calle Mayor
las cosas tan por arriba,
que es fuerza que una criada
á las tres nos peine y vista,
y que estotras dos se cuiden
de la escoba y la cocina;
siempre parecen criadas
también estotras dos hijas,
y así nos importa poco
vayan bien ó mal vestidas.

MARIQ. Márchate adentro. (*Vase* PACA.)

ESPEJO. Señoras:
aunque sea bachillería,
es buena intención, y así
me permitiréis que diga
que es esta desigualdad
escandalosa, y arruina
todo el orden inviolable,
no sólo de las divinas
sagradas leyes, sino
también las distributivas
del derecho natural,
y de las gentes: ¿Qué?, amiga:
¿Os parece que los hijos
son como las sabandijas,
en las casas, adonde hay
de todas las jerarquías;
que unos quieren más al gato;
otros á las falderillas;

otros gustan de la mona;
y otros tienen su manía
por los pájaros, *et sic*
de cœteris? Es mentira:
si son de vuestro marido
y vuestras las cuatro niñas,
como creo, que sino
allá os lo dirán de misas,
tienen derecho á mirarse
con igualdad asistidas
y amadas. Obligación
es de las cuatro que os sirvan;
sí, señor, deben hacerlo;
así el respeto lo dicta;
pero ¿la mitad criadas
y la mitad señoritas?
¿Quàre causa? ¿A dónde estamos?
¡Jesús, qué mala armonía!
¿Qué ley lo manda? Ninguna.
¿Es acaso introducida
costumbre? Pues es muy mala,
y debe ser abolida
por perniciosa. Las unas
hijas, como damas ricas,
cargadas de perejiles
de Francia; y las otras hijas
machacando el perejil
de la huerta en la cocina.
Así salen unos ajos
que corrompen las familias.

(*La madre se duerme.*)

¡Bueno va! No os durmais,
que son estas palabritas
un ámbar.

JOAQUINA. Creí que estaba
en sermón, y me dormía.

MARIQ. ¿Ha visto usted secatura
mayor de hombre?

CHINICA. Estos golillas
son raros.

GRANAD. ¡Oh, que los hay
también que fuman en pipa
de plata!

JOAQUINA. Me ha dado sueño,
como hay Dios, con la doctrina.

(*Sale* PACA).

PACA. Aun no está en sazón el caldo;
por Dios perdona, hermanita,
que ya te traeré las sopas.

JOAQUINA. Anda; ponte la mantilla
y trae un cuarto de todas
especias, una panilla
de aceite y catorce varas
de cinta de muer, bonita,
verde, para las cofietas,
delantales y manillas
de tus hermanas.

PACA. Y yo,
como usted me lo permita,
traeré un cuarto de hilo negro
para coser mi basquiña.

JOAQUINA. Está el tiempo, ciertamente,
para pedir golkrías.
Vaya, y no se meta en más
que en hacer lo que la digan.

PACA. ¡Paciencia! (*Vase.*)

ESPEJO. Por no enojaros
no le he dado á la Alfonsita
un duro.

MARIQ. Mejor empleado
estará esta tarde en limas,
y en beber.

ESPEJO. ¿No valía más
que con la bata tan linda
que habéis dado á la criada
remediaseis á esta chica?

JOAQUINA. A mí me importa tener
muy contenta á mi Lucía,
no se vengue con peinarnos
de manera que se rían
de nosotras.

CHINICA. Es muchacha
de mucha ley, muy pulida
y de habilidad: usted
no debe jamás reñirla
aunque tenga mil razones.

JOAQUINA. ¿Cómo? Yo me guardaría.

GUERRERA. Señora, aquí está un notario.

JOAQUINA. Que entre, y acerca una silla.

(*Sale* DON BLAS, *de notario.*)

BLAS. No es menester. ¿Vive aquí
mi señora doña Luisa
de Lara?

JOAQUINA. Yo soy su madre;
si algo tenéis que decirla,
yo estoy aquí; que ella es tonta
y estará hecha una rodilla.

BLAS. No importa; llámenla ustedes.

JOAQUINA. (*Sobresaltada.*) En alguna picardía
ha incurrido; ó ha vertido
el cubo y se le echó encima
á alguien. Señor secretario,
toda estoy asustadita.

(*Salen las tres.*)

Esta es.

BLAS. Veníos conmigo
en casa de vuestra tía
doña Antonia, que ha tratado
con un señor de Castilla
vuestro matrimonio: él
se os aficionó de vista;
vuestra gracia y humildad
le obligaron, y se mira
dudoso hasta que se vea
con mujer que tanto estima.

ESPEJO. Decidle á ese caballero

que hay quien su buen gusto siga;
y dándole á doña Alfonsa
la mano, sus peregrinas
virtudes pretenda

LAS DOS. Sólo
con que madre lo permita
nos podemos resolver.

JOAQUINA. De buenas maulas me libra,
y más cuando sus hermanas,
porque ellas rabien de envidia,
casen con estos señores.

CHINICA. ¡Desacato!

EUSEBIO. ¿Usted creía
que yo venía á su casa
á pretender á sus hijas
para casarme? ¡Qué error!

CHINICA. A semejantes mocitas
las galantea el más loco
solo por salir del día;
pero ¿para boda? ¡Zape!

LAS TRES. Pues ¿cómo tal osadía?

ESPEJO. Señoras, lo dicho dicho:
las damas de perspectiva
parecen en el estrado
y al tocador maravilla
al ocioso; pero ved
cuánto las virtudes brillan,
que á éstas nos llamais, y son
estotras las escogidas.

BLAS. Vámonos, que nos aguardan.

J. y GRAN. Retirémonos corridas
adentro.

MARIQ. Dejando al mundo
por máxima conocida,
que á la que se inclina á todos
ningún bueno se le inclina.

TODOS. (*Levántanse.*) ¡Bella cosa!

PACA. Y yo, poniendo
á esta comedia chiquita,
ó sea entremés, por contera
una buena tonadilla.

TODOS. Con todos pido perdón
de las faltas cometidas (1).

---

(1) Siguen las censuras:

«He visto y reconocido la comedia ó entremés antecedente, y no advierto en ella cosa que se oponga á los dogmas de fe ó buenas costumbres. Así lo siento en éste de la Santísima Trinidad de Madrid y junio 7 de 1764.—*Fr. Alonso Cano.*

Extiéndase. (*Rúbrica.*)

Nos el licenciado D. José Armendáriz y Arbeloa, presbítero, abogado de los Reales Consejos y teniente vicario de esta villa de Madrid y su partido, etc. Por el presente concedemos licencia para que en los coliseos de esta corte se pueda representar y represente el entremés antecedente, intitulado *La Bella madre*, dispuesto para la comedia de pascua de Pentecostés y venida del Espíritu Santo, mediante que de nuestra orden ha sido [visto] y reconocido y no tener cosa que se oponga á nuestra santa fe y loables costumbres. Dado en Madrid á siete de junio de mil setecientos sesenta y cuatro.—*Licenciado Armendáriz.* —Por su mandado, *Miguel Machín y Castillo.*

Madrid 8 de junio de 1764.—Con las letras de las tonadillas, pase al censor de comedias, y con lo que dijere se traiga. (*Falta la firma del Corregidor.*)

Madrid 9 de junio de 1764.—Señor: Este entremés de *La Bella madre* se pueda representar si fuere del agrado de V. S. Así lo siento, salvo, etc.—*Nicolás González Martínez.*

Señor Don Felipe Codallos: Por remisión de la Sala he visto este entremés titulado *La Bella madre*, y bajo las censuras antecedentes no encuentro reparo en su representación.—Madrid y junio 9 de 1764.

Madrid 9 de junio de 1764.—Ejecútese.—*Luján.*»

28

El Caballero de Medina

1764 (1).

(*La escena es en una sala, con mesa y sillas, y salen cantando y bailando los que pudieren, y después* ESPEJO, *vestido de color, capa de grana y peluca, con un papel en la mano.*)

CORO. «¡Viva, viva Himeneo!,
que de alegría llena,
de gozos y abundancia,
las casas que le esperan.
¡Viva, viva, viva!
Y bien venido sea.»

ESPEJO. Estas cartas me aseguran
que llega esta noche; ¡ea,
muchachas!, á prevenir
refresco grande y gran cena;
que, según dicen, mi yerno
estará de aquí una legua.
Vosotros id á avisar
los parientes y parientas,
que hoy ha de ir toda la casa
rodando por la escalera.
Pero, digo: ¿á dónde está
el paje?

CR. 1.° No hay quien le vea;
siempre encerrado en su cuarto,
suspira, llora y lamenta.

ESPEJO. ¿De qué?

CR. 2.° Ninguno lo sabe.

ESPEJO. Id y decidle que venga.

CR. 1.° Ya vamos á obedeceros,
repitiendo nuestra fiesta.

CORO. «¡Viva, viva, viva!
Y bien venido sea.» (*Vanse.*)

ESPEJO. ¡Válgame Dios y los días
de funciones que le esperan
á mi casa si esta noche
casada mi chica queda!
Luego, salgo de sobrinas
y las caso con cualquiera.
¿Habrá demontre de paje?
¿Si habrá hecho la diligencia
de llamar al escribano?

---

(1) Bib. Munic. leg. 1-163-18. Colección de Durán: II, 61. Suelto varias veces impreso.

¿Juanillo? ¡Sí, á la otra puerta!
¿Juanillo?

(*Sale* CHINICA.)

CHINICA. ¿Qué manda usted?
Parece, según vocea,
que trata con sordos.
ESPEJO. ¿Dónde
andas?
CHINICA. Estaba allá fuera
en visita.
ESPEJO. ¿Con quién?
CHINICA. Solo.
ESPEJO. Pues ¿quién la visita era?
¿con quién estabas?
CHINICA. Amor.
ESPEJO. ¡Alabo la desvergüenza!
¿Tú, enamorado?
CHINICA. Yo creo
que sí. Pues según las señas
de un picor que siento aquí,
junto la tetilla izquierda,
á modo de cuando á un hombre
le curan una postema,
no puede ser otra cosa;
y á más de eso en la cabeza
siento un estrépito como
si sentidos y potencias
siempre estuvieran jugando
dentro á la gallina ciega.
ESPEJO. ¡Pícaro!
CHINICA. Sólo faltaba
que usted me eche una pendencia
ahora, después que está un hombe
con todo un amor á cuestas.
ESPEJO. Mejor es dejarlo: ¡vaya!
¿Le dijiste que viniera
ya al escribano?
CHINICA. Ahora, ahora
vengo de su casa mesma,
y no puede venir hoy.
ESPEJO. Habré de tener paciencia,
y aguardarle hasta mañana.
CHINICA. Tampoco creo yo que venga
mañana.
ESPEJO. ¿Qué va que sí?
CHINICA. ¿Qué va que no?
ESPEJO. ¿Habrá tal tema?
Di ¿por qué?
CHINICA. Porque se ha muerto.
ESPEJO. Tienes razón. Dame treinta
patadas. ¡Que pueda yo
tolerar tan grande bestia!
CHINICA. ¿No le tolero yo á usted
también sus impertinencias?
¡Ay, amor, y qué bien dijo
quien dijo que eras lo que eras!
ESPEJO. Hombre, ten juicio un instante
y no te apartes ni muevas
de la antesala, ni dejes
entrar á nadie que venga
á ver las chicas, diciendo
que como esta noche esperan
al novio de Isabelita
tienen que hacer mil haciendas
y adentro están ocupadas;
pero que esta noche vuelvan
si gustan al desposorio,
que yo voy á buscar mientras
llega la hora otro escribano.
CHINICA. ¿Con que se casa de veras
la señorita? ¡Ay de mí!
ESPEJO. Esta noche.
CHINICA. ¿Y de qué tierra
es el novio?
ESPEJO. De Medina.
CHINICA. Pues, señor, de esa manera
no hacéis nada con casarla.
ESPEJO. ¿Por qué?
CHINICA. Porque de esa tierra
ninguno que viene, viene
capaz de poblar la nuestra.
ESPEJO. ¿Qué entiendes tú de eso? Tú
calla y haz lo que te ordenan.
(*Vase.*)
CHINICA. ¿Qué no lo entiendo? Quizá
puede ser que yo lo entienda
mejor que el amo y el novio;
pero aquí viene la fiera
de la hermosa señorita.
Esta es la ocasión de hacerla
mi proposición: ¡Lo que hace
ser un hombre de vergüenza!
Por todo me pongo yo
colorado.

(*Sale* GRANADINA *con una carta.*)

GRANAD. Ve allá fuera,
Juanillo, á la escribanía,
y tráeme al punto una oblea
para cerrar esta carta.
CHINICA. (*ap.*) ¿Qué tienen que ver las pierna
con el amor, que las hace
que bailen como que tiemblan?
GRANAD. ¿No has oído lo que te pido?
Una oblea...
CHINICA. Voy por ella;
perdóneme usted, que yo...
señora... el viejo... la vieja... (*Vase*
GRANAD. ¿Qué duende tendrá estos días
este bruto en la cabeza
que nada entiende ni oye?

(*Saca* CHINICA *un manguito y se le va á dar, sin hablar p*
labra, de rodillas.)

¿Qué es lo que me traes? ¿Se cierra
las cartas con los manguitos?
Una oblea pido; una oblea.

¡Este majadero hará
que yo pierda la paciencia!

CHINICA. ¡Ay! (*La mira y suspira.*)

GRANAD. ¿De cuándo acá has perdido
tú las palabras? ¿qué nueva
tontería has inventado?
Responde, ¿qué tienes, bestia?

CHINICA. Yo no me atrevo; tengo un
torbellino en la cabeza...
un terremoto en las tripas...
un amor que me atraviesa...
Yo no puedo hablar; mejor
os lo dirán esas letras.

GRANAD. ¡Vaya, que estás graciosísimo!
¿Qué significa toda esta
ceremonia? Veamos, pues,
si el papel lo manifiesta.

(*Lee.*)

«Señorita: Como no hay animal en el mundo que no ame á otro animal, es precisa consecuencia que yo ame á usted, cuya vida guarde Dios muchos años. Vuestro más humilde servidor y fiel amante, *Juanillo.*»

(*Representa.*)

¿Mi servidor más humilde
y amante con más fineza
Juanillo? ¡Vaya, que yo he hecho
una conquista tremenda!
¡Oh, señor enamorado,
yo quedo muy satisfecha!

CHINICA. Por una parte es verdad
que el mérito es quien merezca,
y por otra parte, yo,
señora, es la vez primera
que enamoro y estoy todo
turulato.

GRANAD. Yo estoy hecha
á oir los amantes, y entiendo
más que tú decirme piensas.
Luego hablaremos, ahora
ve y llévale á toda priesa
este papel á don Lindo,
y dile que al punto venga,
como le mando.

CHINICA. ¡Ah, pequeño
cocodrilo! ¡ah, ingrata; ah, fiera!
Yo echaré sobre mi fuego
toda la nieve del Etna. (*Vase.*)

GRANAD. La conquista de Juanillo,
aunque no sirve, no deja
de complacerme, que, al fin,
es una evidente prueba
de que nadie se me escapa
de cuantos se me presentan.

(*Salen con un libro* MARIQUITA *y* PAULA *con un espejo, altercando, sobre mirarse, con la* PAQUITA.)

PAULA. Tú ya te has visto bastante.

PACA. Más te has mirado tú, suelta.

MARIQ. ¡Con qué eficacia, Virgilio
pinta la fuga de Eneas!

GRANAD. Prima. ¡que siempre has de estar
tratando con los poetas!
¿No te he dicho ya otras veces
que el Parnaso está mil leguas
del Perú?

MARIQ. No me interrumpas;
deja que otras veces lea
en Eneas un engaño
y en Dido muchas finezas
que me escarmienten. ¡Oh, cuánto
fuera mejor que en la hoguera
que ella enciende para sí,
añadiendo siempre leña,
ardiera él y cuantos hombres
engañan nuestra inocencia!

PAULA. Mujer, déjame á mí dar
la última mano, y te queda
luego el espejo por tuyo.

PACA. Cuanto perfilo las cejas
no más un poco.

PAULA (*á* PACA.) Ahí le tienes,
primita, ¿qué tal me encuentras?
(*A la* GRANADINA.)

GRANAD. Para encantar.

PACA. ¿Y á mí, prima?

GRANAD. Os aseguro de veras
que estáis para hacer pagar
contribuciones muy buenas
á todos los corazones
que hay en Madrid.

PAULA. Sin que sea
vanidad, yo sé muy bien
que mi cara no es maleja;
pero en el siglo que estamos
con la natural belleza
se camina poco, y es
andar estudiando, fuerza,
modos para sustentar
las conclusiones tremendas
del matrimonio en que penden
todas nuestras conveniencias.

MARIQ. ¡Oh, que el natural aliño
atrae por naturaleza!

PACA. Contra: yo tengo razón
más poderosa.

MARIQ. ¿Cuál?

PACA. Ésta.
El hombre es un animal
tan animal, que desea
ser engañado, y así
más mérito con cualquiera
de ellos tiene una beldad
fingida que verdadera.

MARIQ. Bien está; pero yo creo
más: que las damas compuestas

son como el vino compuesto,
que por más que le celebran
todos y á todos les gusta,
son pocos los que le encuentran
bueno para todo pasto,
y en probándole lo dejan.

GRANAD. Lo cierto es que ahora los hombres
son de tan mala ralea
que, según la repugnancia
que á las bodas manifiestan,
está cerca el fin del mundo.

MARIQ. ¡Ay, que la causa no es ésa!;
que ellos no pueden pasar
sin nosotras; la miseria
nuestra pende de que no
sabemos en esta escena
hacer bien nuestro papel;
y el que no sabe, que aprenda.
Ninguna á ninguno había
de hacer la menor fineza
si antes, en papel sellado,
no ponía de su letra
«Otorgo, quiero y recibo»,
y después la firma entera.

PAULA. Prosigue en esa opinión,
y verás cómo te quedas
para tía.

PACA. Sobre que,
haciendo una cuanto pueda
de su parte, hay mil trabajos,
¿qué fuera si no lo hiciera?

(Sale CHINICA.*)*

CHINICA. Señorita, dice que
en dando unas providencias
que convienen al papel,
que vendrá cuando convenga.

GRANAD. ¿Estuviste con él?

CHINICA. Sí,
señora; y por la escalera
sube ya si no me engaño
él y la demás caterva
de moscones. Pero, á bien
que hoy de la agalla se quedan.
Todos ustedes se vayan
(A la cortina.)
ahora, y á la noche vuelvan,
que así me lo manda el amo.

GRANAD. ¿Qué hay para que tú te metas
en eso? No manda tal.

(Salen de petimetres NICOLÁS, EUSEBIO, PONCE *é* IBARRO.*)*

Ustedes, señores, sean
muy bien venidos y entren,
que hay que hablar de una materia
muy urgente y muy precisa.

LOS CUAT. Para cuanto se os ofrezca
me tenéis á vuestros pies.

PACA. Que á nuestra mano estuvieran
importara más.

GRANAD. Juanillo,
ves á cuidar de la puerta
y avisar si viene padre.

CHINICA. ¿Yo avisador? No me suena
bien; pero, en fin, el que ama
es preciso que obedezca.

LAS TRES. Bien venidos, caballeros.

GRANAD. No en cumplimientos se pierda
el tiempo; ya en el papel
os dije cómo esta mesma
noche me quiere casar
mi padre y que á todas éstas
con cualquiera determina
casarlas por salir de ellas;
con que así, hablemos clarito:
si el fin con que nos cortejan
ustedes es matrimonio,
les daremos preferencia;
si no, á engañar á otra parte,
que aquí estamos ojo alerta.

NICOLÁS. No sólo con ese fin
venimos, sino que queda
para celebrar las bodas
prevenida ya la fiesta.

GRANAD. ¿Cómo?

NICOLÁS. ¿No me habéis escrito
que esta propia noche llega
mi rival? Pues esta tarde
hemos de hacer que lo crea,
disfrazándose un criado
mío, que tiene para estas
humoradas genio y gusto
y le engañe y le entretenga,
mientras acá se disponen
las cosas como se pueda.

EUSEBIO. A todo estamos resueltos.

LAS CUAT. Nosotras también.

PONCE. En prueba
os damos mano y palabra.

IBARRO. Con muchas enhorabuenas.

(Sale ESPEJO.*—Se suspenden todos.)*

ESPEJO. ¿De qué?

CHINICA. *(Sale.)* Ya está aquí mi amo.

GRANAD. ¡A buena hora lo acuerdas!

CHINICA. No dirán que no di aviso
así que entró por la puerta.

ESPEJO. ¿No he dicho á ustedes que no
gusto que á mi casa vengan?

CHINICA. Si lo ha dicho mi amo, ¿á qué
será de venir la tema?

(Los cuatro hacen una cortesía sin hablar, iguales.)

ESPEJO. También es atrevimiento
demasiado que por fuerza
les he de dar mis muchachas.

CHINICA. Cada uno ajuste sus cuentas.

ESPEJO. ¿Hay razón ó no hay razón?
(Cortesía los cuatro.)
Si la hay ¿por qué no la alegan?
Señores míos, yo entiendo
muy poco de reverencias;
el pan, pan, y el vino, vino:
sí ó no, como nos enseñan.
(Cortesía y se van.)
¡A fe que éstos tienen una
conversación estupenda!
Como ellos tornen, yo les
haré danzar sin vihuela.
CHINICA. Y yo llevaré el compás
con la tranca de la puerta.
ESPEJO. Y á ellas, las desobedientes,
¿no les he dicho ya treinta
veces que no quiero que hablen
con éstos á solas?
(Cortesía las cuatro.)
Ellas
han aprendido á bailar
sin duda en la misma escuela.
Cuidado con no apurarme,
ni marearme la paciencia,
que hay conventos: si no bastan
los conventos, hay galeras.
(Otra profunda cortesía y se van.)
CHINICA. No se puede negar que
son las cuatro muy atentas.
ESPEJO. Juanillo, ¿sabes si acaso
es alguna moda nueva
de responder la que has visto?
¿Has entendido tú estas
ceremonias? *(Cortesía* CHINICA.*)*
¿Tú también
te me vienes con floretas?
(Otra cortesía.)
Pues si yo saco un garrote,
yo veré si cabrioleas
por alto. Vaya, habla en forma
ó te rompo la cabeza.
CHINICA. Yo bien tenía que hablar
á usted, pero de vergüenza
no me atrevo.
ESPEJO. No seas tonto,
dime todo lo que quieras.
CHINICA. Pues, señor, así tal cual
usted me ve, yo quisiera
casarme.
ESPEJO. ¡Que tontería!
CHINICA. Pero, señor, me consuela,
aunque yo os parezco tonto,
que también es tonta ella.
ESPEJO. ¿Y quién es la desdichada?
CHINICA. Mejor podrá conocerla
usted, pues que la ha parido.
ESPEJO. Di.
CHINICA. Como la pretendienta
es vuestra hija.
ESPEJO. ¿Isabelita?
CHINICA. La mesma.
ESPEJO. La ira me deja baldado,
que si no...
CHINICA. Vamos de veras
al asunto, que ser puede
para todos conveniencia.
Ella es muchacha y yo soy
muchacho, conque ya en esta
parte quedamos en pata.
Usted me da á mí sus treinta
reales al mes de salario;
deme usted quince y á ella
y está ajustado de modo
que á todos nos tiene cuenta.
Vea usted cómo hablo yo y si
me pongo en razón.
ESPEJO. Espera,
llevarás, antes que la hija,
el dote en buena moneda.
(Le sacude.)
CHINICA. Señor, eso no es estilo;
pero suspendeos, que llega
ahí vuestro yerno, según
la mala facha que ostenta.

(Sale BLAS, *de militar ridículo y gran peluca enharinada.)*

BLAS. Señor, yo creo que vos
no tendréis tanta impaciencia
de hacerme vuestro hijo como
yo de que el caso suceda;
á cuyo fin al instante
que llegué vengo á dar muestras
del rápido efecto que
trae rápidas mis finezas.
ESPEJO. Muchas gracias, hijo; pero
creo que no se arrepienta
usted del contrato, en viendo
que moza rica, discreta,
bella, noble...
BLAS. Poco á poco,
que tampoco habrá quien pueda
alabarse más que vos
de buen yerno en esta tierra.
En mí no hay vicio, ni en mí
reside alguna perversa
calidad. Yo nunca he sido
aficionado á quimeras;
aborrezco mortalmente
el juego; me da jaqueca
sólo ver el vino, y eso
de tratar con mujerzuelas
ó mujercillas ¡qué asco!
¡hachí, hachí!
(Estornuda y le ensucia.)
ESPEJO. *Dominus tecum.*
¡Solamente la limpieza
vale un Potosí!

BLAS. Para eso
tengo yo en la faltriquera
pañuelo con que limpiaros.

(Al sacar el pañuelo deja caer una bota, un rejón, dados, naipes, pipa, una pistola, una cofia maja y un abanico.)

ESPEJO. ¡Qué virtud de mozo, que
ni bebe, fuma, ni juega,
ni es quimerista! Pero estos
despojos no manifiestan
lo que decís.

BLAS. Lo que he dicho
lo cumpliré cuando duerma;
que cuando estoy con amigos
fuerza es que me divierta.

ESPEJO. Muy bien; Juanillo, di á tu ama
que salga, porque se vean,
y...

CHINICA. No hay para qué decirlo,
que ya salen aquí ellas.

ESPEJO. Ven, hija, ven, que tenemos
toda la ventura nuestra
en casa.

LAS CUAT. *(Salen.)* ¡Fiero animal!

ESPEJO. Llega á ofrecértele, llega.

GRANAD. Déjele usted que llegue él.

ESPEJO. Llegad.

BLAS. Hombres de mis prendas
no gustan preludios, que usan
los petimetres de teta.
Si se hace la cosa, se hace,
y si no queda deshecha.

ESPEJO. ¿Qué te parece?

GRANAD. Muy mal

MARIQ. Un hombre que se presenta
al frente de un matrimonio
sin saber hacer siquiera
un preliminar de amor,
vaya fuera, vaya fuera.

PACA. Digo, niñas, ya viene ahí
toda nuestra gente: ¡alerta!

(Sale NISO, de escribano, y se planta á la punta del tablado muy serio.)

NISO. ¡Alabado sea Dios!

ESPEJO. Señor
escribano, viene á buena
ocasión; siéntese usted.

CHINICA. No importa, dejad que crezca.

ESPEJO. Vos venís...

NISO. Ya sé á qué vengo,
y para esta diligencia
traigo hasta cuatro testigos.

ESPEJO. Y decid, ¿por qué no entran?

NISO. Entrarán. ¡Hola!

(Salen los cuatro.)

NICOLÁS. *(Abrazado.)* Mi dueño
y amigo, sea enhorabuena;
y goce por muchos años
vuestra hija lo que desea,
y la mano que á la suya
hoy felice se encadena.

(Se le da por detrás, sin soltar hasta que llega otro, y todos hacen este juego.)

ESPEJO. Vivais mil años.

EUSEBIO. *(Llega.)* Yo soy
vuestro tan de todas veras,
que me parece que toco
mi mayor ventura en esta
ocasión.

ESPEJO. Yo lo agradezco.
¡Lo que estas gentes aprietan! *(Ap.)*

PONCE. Dichoso vos; pero más
dichoso el que á verse llega
dueño de lo que idolatra.

ESPEJO. Mirad...

IBARRO. *(Llega.)* Aunque es la postrera
mi expresión en este lance,
nada que desear me queda.

CHINICA. ¡Señor, señor! ¿estais ciego?
¿pues no echais de ver que os pegan
fuego por detrás?

ESPEJO. ¿Qué es?

NICOLÁS. Cuatro
bodas en un pie de tierra.

NISO. De que doy fe, en testimonio
de verdad: *Gil Villa Seca.*
(Se va serio.)

ESPEJO. ¡Juanillo!

CHINICA. Señor, ¿qué dices?

ESPEJO. ¡A ellos!

CHINICA. Mejor es á ellas.

(Se quedan suspensos empuñando las espadas en acción ridícula, y los ocho asidos de las manos se postran y salen todos.)

LOS CUAT. Suegro } perdonad, pues todos
LAS CUAT. Padre }
os rendimos la obediencia.

ESPEJO. ¡Juanillo!

CHINITA. Señor.

ESPEJO. ¿Qué dices?

CHINICA. Paciencia, señor.

ESPEJO. ¡Paciencia!
Pero, ¿que hará el caballero
de Medina?

CHINICA. Que se vuelva.

BLAS. Yo bastante satisfecho
quedo cuando mi amo queda
servido, y pagado con
la mano de mi morena.
(A la MÉNDEZ.)

ESPEJO. Luego ¿esto es todo tramoya?

NICOLÁS. Una chanza.

ESPEJO. Lo que sea
sea: yo quedo sin cuidado
y allá ellos se las avengan.

Chinica. Nadie queda como yo.
Granad. Pues sea todo bulla y fiesta,
á que daré yo principio
con una tonada nueva,
porque el sainete perdón,
ya que aplauso no, merezca.

29

La devoción engañosa.

1764 (1)

Una mañana de junio,
desvelado un hombre serio,
decía: «Sombras, disfraces,
confusión entre ambos sexos,
músicas, libertad, vino,
gritos, puñaladas .. ¿Y á esto
llaman devoción? ¡Oh, noches
de San Juan y de San Pedro!»

PERSONAS

Una dama casada.
Nicolasa.
Antonia.
Inés.
Dos payas.
Una maja.
El casado, *marido de la dama*
Don Pedro.
Don Juan.
Don Diego.
Don Roque.
Un petimetre macareno.
Un maestro carpintero.
Cuatro oficiales.
Un majo.
Un gallego.
Un payo.
Un tambor.

(La escena es en Madrid.)

(Salen Don Pedro *y* Don Juan *deteniendo a* Don Diego, *que saldrá de capa y gorro, con su bastón.)*

D. Pedro. ¿Tan urgente es el negocio
que no podéis deteneros
siquiera un instante?
D. Diego. Amigos,
lo dicho, dicho; no debo
detenerme; la oración
no puede tardar, y quiero
rezarla despacio en casa.
D. Juan. Eso es que tenéis dispuesto
hacer colación temprano
para ir después á bureo.
D. Pedro. Quien no anda de gallo una
noche como ésta, no es cuerdo.
D. Diego. ¡Que un hombre con barbas diga
desatinos tan tremendos!
D. Pedro. ¿Qué desatino es creer
que gustéis de los festejos
de una noche de San Juan?
D. Juan. ¿Pues hay en el universo
noche alguna más plausible?
¿hay día más placentero,
ni santo más celebrado?
D. Diego. Buenas tardes, caballeros,
que si me detengo mucho
aquí con ustedes, temo
que acaben como entremés
nuestros antiguos afectos.
Los dos. ¿Cómo?
D. Diego. A palos.
D. Pedro. Poco á poco,
que para tantos extremos
no sé que tengais motivo.
D. Diego. ¡Poquito es lo que dijeron!
¿noche plausible? ¡Jesús!
¡Y qué malos pensamientos!
¡Qué malas lenguas!
D. Pedro. Pues, hombre,
¿no lo habéis visto vos mesmo
otros años?
D. Diego. Antes ciegue,
que yo tal vea; primero
se me rompan ambas piernas
que salga de mi aposento
en tales noches; las manos
se me quiebren si me atrevo
á abrir siquiera un balcón.
Dios me entiende y yo me entiendo.
D. Juan. Vos, amigo, sois sin duda
uno de los muchos necios
que nada gozan por no
perder dos horas de sueño.
Corred después cuatro calles
ó bajaos al paseo
de la Florida, y mañana
tendréis distinto concepto.
D. Diego. No tendré tal; vamos claros:
¿qué hay esta noche de bueno?
D. Pedro. Yo os lo diré: Por las calles
veréis tan franco el comercio
á la media noche como
al mediodía; no hay viejo
tan celoso que á sus hijas
ó á su mujer no dé asueto
para pasearse dos horas
y estar otras dos lo menos
disfrutando en las ventanas
las músicas y el sereno.
Allí se oye el dicho agudo,
que aunque tenga algo de obsceno
se responde; hoy todo pasa
y lo celebra el más serio.
D. Diego. En buen día, buenas obras
se hubo de decir por eso.
D. Pedro. Por allí viene una orquesta;
por allá cantan los ciegos;
una cuadrilla de majos
vienen escuchando atentos
á otro gangoso la historia
del guapo Julián Romero
por una parte; por otra
sale un mozo con el cesto
de viandas. Por allí

(1) Impreso en el tomo II, pág. 165 de la colección del autor, y en la de Durán; I, 432.

dos petimetres haciendo
van alarde de que tocan
con las manos á los cielos;
por allá van otros dos
vergonzantes caballeros
mal embozados y bien
encajados los sombreros,
temiendo se les descubran
los desiguales empleos.

D. DIEGO. Mucha vergüenza por fuera,
y muy poca por adentro.

D. PEDRO. Huyendo de la parienta
va allí un marido travieso;
y por allá suelen ir
otras parientas huyendo.
Suelen juntarse en un coche
cuatro amigos de ambos sexos
porque les dió la humorada
de pasar la noche al fresco.

D. DIEGO. Esos coches son la cosa
más caliente en este tiempo.

D. PEDRO. Bajad al río, y allí,
si hay luna, ¡qué acampamento
veréis formado de capas,
con discreción precaviendo
los efectos de las luces
de este planeta! Que es cierto
que en su creciente destempla
el humor de los cerebros.
Si hace oscuro ¿qué país
fué tan hermoso en bosquejo?
Distinguidas las acciones,
y confusos los objetos,
veréis á cuantos bajaron
á pasear aventureros
que la vista y el oído
les usurpa el movimiento.
A ninfas de Manzanares
elevarse pretendiendo
unas majas; seguidillas
cantar á un lado; al opuesto
dulce voz ó flautas dulces
lidian con graves gorjeos
primor á primor; y cuando,
confiada en el silencio,
toda el alma es del oído,
le asusta el infame gremio
de holgazanes con la voz
ronca de los «¡Bollos tiernos!
¡Agua fresquita y barquillos!»
Deja enfadado aquel puesto,
y á pocos pasos encuentra
otro sitio más ameno,
donde en desmandadas tropas,
idólatra todo el pueblo,
allí tributan á Baco
descomposturas ó sueños;
allá á Marte sacrifican
las puñadas y los leños;
en las más partes ofrecen
los corazones á Venus;
y en otras las gentes andan
buscando verbena y berros.
En fin, es tal la distancia
que hay de referirlo á verlo
como hay de vos á nosotros;
que dos noches de recreo
tan suspiradas de todo
el español hemisferio,
las malográis, con saber
que hay esto, y mucho más que esto.

D. JUAN. Son noches en que uno vive:
confesadlo y convenceos.

D. DIEGO. Hijos míos, vamos claros;
noche y libertad las tengo
por dos principios fatales
para cualquier fin honesto.
Y en dos palabras, amigos,
por la relación sentencio
que la gran celebridad
que ponderais y el obsequio
al día, es pocos ayunos,
los escándalos inmensos,
los borrachos y los locos
infinitos, y yo creo
que más que la primavera
querrán San Juan y San Pedro
les den dos viernes de marzo
para que los celebremos.

D. PEDRO. En echándose las cosas
todas á mal, nada hay bueno.

D. DIEGO. Fácil es ver si es malicia
mía ó desalumbramiento
de vosotros: en la noche
misma estamos, y no quiero
ya recogerme, sino
que los tres juntos rondemos
hasta las once, que no,
no darán sin convenceros.

LOS DOS. Sea enhorabuena; á esta esquina
arrimados esperemos.

(Salen las dos PAYAS *en burros con un* PAYO *delante de mozo á pie cantando á tres.)*

«¡Ay, noches de veladas,
cuántos cuidados
por algunos descuidos,
tenéis á cargo.
Anda, morena,
que hay en el año pocas
noches como ésta.»

PAYA 1.ª Anda, Josillo.

PAYO. Señores,
dejen pasar los jumentos.

D. DIEGO. Pasa, hijo.

D. PEDRO. ¿Dónde cargas
tan aventajados tercios,
amigo?

PAYO. Señor, son ambas
hacienda de otros arrieros.

D. JUAN. ¿Y van de venta?

PAYA 2.ª La acción
os está claro diciendo
que quien nos retira no
tiene gana de vendernos.

PAYA 1.ª Hemos venido á vender
nosotras.

D. PEDRO. ¿A quién?

PAYA 1.ª A ellos,
y á otros bobos de Madrid,
que en Madrid los hay á cientos.

PAYA 2.ª Tasadamente los burros
pueden llevar el dinero
que hemos sacado en la feria.

PAYA 1.ª ¿Oyes? compón los aperos,
que yo quiero ir bien sentada.

PAYA 2.ª Y yo lo mismo.

D. PEDRO. Lleguemos
á ayudar; venga la mano.

PAYA 1.ª ¡Y que se llevara un dedo
con la mía! No, señor,
es un cardo mi pellejo.

D. JUAN. Daca tú.

PAYA 2.ª No me he lavado,
y le ensuciaré los vuelos
á usia.

PAYO. ¡Fuera, señores! (*Las apea.*)

LAS DOS. Tenemos aquí bracero.

LOS DOS. Harto su dicha envidiamos.

PAYA 1.ª ¡Que hagan estos madrileños
á todo!

PAYA 2.ª Mira, estos son
lo mismo que los traperos:
callejean por oficio,
y á cuanto van descubriendo
echan el gancho, sin ver
si es el trapo malo ó bueno.

D. DIEGO. ¡Oh, qué bien que les sacuden
las palurdas el poleo!
Esto me gusta.

D. PEDRO. Sepamos,
¿con qué especie de comercio
habéis venido?

PAYA 1.ª Con hierba;
que en Madrid hay muchos necios
que se alimentan de verde
y se vende bien y presto.

D. JUAN. Habrán venido á vender
hojas, mastranzos y trébol
para engañar los muchachos,
á Santa Cruz.

PAYA 2.º Nada de eso;
para engañar los muy hombres:
¡vaya!; mas con los mozuelos
que no pasan de quince años,
se gana poco, porque esos
quieren llevar por un real
todo el montón que tenemos,
guindas, el santo, la cera,
y que les sobre dinero.

PAYA 1.ª Es así: nuestra ganancia
es con los hombres muy hechos;
porque en semejante día
hasta los esportilleros
compran su ramilletico
de á cuarto para el cortejo.
De los usías que van
con las madamas no hablemos,
porque dan como quien son.

D. DIEGO. Y son grandes majaderos;
pues valiendo un pan diez cuartos
dan por un clavel un peso.

PAYA 2.ª Yo sí que tuve un buen lance
con uno. Vino diciendo,
«¿De dónde eres, que me gustas?»
Yo le mentí de lo bueno,
dile después unas flores,
con que le saqué doscientos
reales en buena moneda.
Iba apretando de recio
en su amor, y le contuve,
con que el día de San Pedro
nos veríamos despacio
á la hora y en el puesto;
con que voy pagada, y él
queda engañado y contento;
que entonces vendrá mi hermana
y hará con otro lo mesmo.

D. DIEGO. Esta confesó, tomando
al revés los mandamientos:
mintió, hurtó, provocó...
octavo, séptimo y sexto.
Si digo yo que estos cultos
á San Juan son sacrilegios.

(*Sale el* PETIMETRE, *vulgar sin ridiculez, pensativo, pasando sin reparar.*)

PETIMET. La mujer del capitán
irá con el forastero;
la viuda irá con don Brito;
la Blasita con don Pedro;
doña Rita lleva siempre
al pariente de bracero;
doña Juana está de luto,
porque se la ha muerto un perro
y otro está cojo. Castigo
de Dios, porque hace con ellos
más extremos que con un
cristiano. Mas ¿que no tengo
con quien ir á la Florida?
Pero, vamos discurriendo
por parroquias mis tertulias,
que yo encontraré algo bueno.

(*Párase.--Salen la* MAJA *y el* MAJO.)

MAJO. Ya han dado en la Trinidá
las ocho, y estamos lejos

de casa; no hay que moverse
con columpios de paseo;
aprieta el paso ó te pico,
porque la intención penetro,
y el gallo por esta noche
hazte cuenta que se ha muerto
para ti.

MAJA. ¿Y quién le mató?

MAJO. Vaya, camina y no andemos
en requisitorias.

MAJA. Digo,
¿quién le ha dado á usté el empleo
de padre de mi familia?

MAJO. Hija mia, mi dinero.
No te debo á ti ni á *naide*
lo que á ti mesma te debo.

D. DIEGO. ¡Qué bien dice, y si se rumian
estas palabras, qué ejemplo!

PETIMET. Doña Pepa irá con veinte,
doña María con ciento,
las de la calle del Olmo
llevarán al cancerbero
de su tía, y si van tres
no pueden ir dos contentos.

D. DIEGO. No está con buen fin parado
aquél, según hace gestos.

PETIMET. Pensemos más; bueno fuera
que le faltara cortejo
esta noche á un señalado
caballerito del pueblo.
¿Qué se diría de mí
mañana en el Buen Suceso?

(*Sale apriesa el* MAESTRO CARPINTERO, *con capa, y detrás un* MOZO DE CORDEL, *cargado con un pellejo de vino.*)

MAESTRO. Señores, hagan ustedes
lugar por donde pasemos,
que vamos apriesa.

GALLEGO. A un *ladu*,
que pesa mucho un *pelleju*
de vino á cuestas.

D. PEDRO. ¿A dónde
se va á enterrar ese muerto?

MAESTRO. A casa; si son devotos
de asistir á los entierros,
yo los convido, ya pueden
venir de acompañamiento.

D. JUAN. ¿Y qué motivo tenéis
para dar este refresco?

MAESTRO. Ser muy devotas mis hijas
de San Juan, y haber dispuesto
un bello altar en mi tienda
(porque yo soy carpintero
para que ustedes me manden);
con cuyo motivo tengo
todo el barrio alborotado,
porque hay su fandango dentro
del portal, música fuera,
tambor; en fin, no está lejos,
venid, veréis que San Juan
no tiene otro más afecto.

D. DIEGO. (*Ap.*) ¡Oh, *falsa devoción*, cuántos
arrastras á los infiernos!

TODOS. Vamos todos.

PAYA 1.ª Y nosotras
también, aunque retardemos
el viaje.

MAESTRO Yo hago la guía.

GALLEGO. *Vamus*, señor, que *revientu*
ó me *bebu lla mitá*
para que me pese *menus*.

TODOS. Vamos todos juntos.

D. PEDRO. Vamos
á ver en qué para el cuento.

D. DIEGO. Yo lo diré: en borrachera
y escándalo por lo menos.

D. P. Y J. Las religiones se pierden
en vos un gran misionero. (*Vanse.*)

(*Descúbrese la fachada de barrio con el portal adornado como que hay altar de Santo. Y salen de gente oficiala* NICOLASA, ANTONIA *é* INÉS, *con cuatro oficiales de carpintero, que, después de tocar las orquestas, bailarán seguidillas con bandurria.*)

NICOLASA. Descansemos ahora un rato,
que es razón que reservemos
algún brío para echar
después de cenar el resto.

OFIC. 1.º Suelta la pólvora, chico,
que allí viene ya el maestro.

TAMBOR. Vamos, que también yo voy
á echar mi tambor á vuelo. (*Toca.*)

(*Salen, siguiendo al* MAESTRO CARPINTERO, *cuantos se hallaron en las primeras escenas, á excepción del* PETIMETRE.)

MAESTRO. Señores, muy bien hallados.
¡Jesús, qué frío está esto!
Pero aquí viene ya quien
dará calor al festejo.
Tomad posesión, amigos,
(*A los oficiales.*)
por que, repartido en sendos
jarros, á todos alcance
el rocío del sarmiento.

LOS OFIC. ¡Viva el maestro!
(*Llevando el pellejo.*)

NICOLASA. Señor,
¿quién son estos caballeros
que vienen con usted?

MAESTRO. Gentes
de buen humor. ¡Hola, asientos!
y vamos bailando todos.
(*Sacan bancos.*)

D. PEDRO. Amigo, tenéis gran genio;
si le tienen vuestras hijas
igual, viviréis contento.

NICOLASA. Esto es hoy, que todo el año

nuestra casa es un convento,
y nos cría con tan grande
recato, que no solemos
hablar ni á los aprendices.

D. DIEGO. Esto es lo propio que el juego
del cacho. Toda la noche
está un hombre recogiendo
tanticos, y en una mano
que dé mal, todo el dinero
se le llevan mil demonios.

D. JUAN. ¡A fe que son estupendos
muebles vuestras hijas!

MAESTRO. (*Por* NICOLASA.) Esta,
esta es mi ojito derecho;
tiene una viveza que
hiende en el aire un cabello;
¡pues si la oyerais cantar!

D. PEDRO. Mandad que cante y la oiremos.

MAESTRO. ¿Por qué no? Vaya, Colasa,
canta un juguete de aquellos
que acostumbras.

NICOLASA. Allá va
uno que he aprendido nuevo.

PAYA 2.ª Pero ¿no ves qué función?

PAYA 1.ª ¡Vaya, que esto es mucho cuento!

(*Canta* NICOLASA *una tonadilla del célebre Misón.*)

UNOS. ¡Grandemente!

OTROS. ¡Es un prodigio!

(*Salen la* CASADA *y el* CASADO, *y detrás* INÉS, *de criada.*)

CASADO. Otro altarito tenemos;
mírale y vamos, que ya
es hora de recogernos

CASADA. Hijo, cuando tú quisieres.
(*Ap.*) ¿Viene don Roque muy lejos,
muchacha?

INÉS. Unos veinte pasos.

CASADA. Pues quédate atrás, en viendo
que tu amo se descuida,
y di que luego le espero
á la reja, y ya que no
pueda salir hablaremos
despacio.

INÉS. Por hoy se dijo,
sin duda «A río revuelto...»

D. PEDRO Y D. JUAN. (*á* D. DIEGO):
¿Qué hacéis?

D. DIEGO. Holgaros vosotros,
entretanto que yo observo.

MAJO. No te tienes que cansar;
ó te vienes ó te dejo.

MAJA. Por media hora más...

MAJO. ¿Por media?
Yo he visto perderse en menos
muchas cosas; pero, vaya.

(*Sale* D. ROQUE, *de capa, atisbando á la* CASADA *y recatándose del* CASADO.)

D. ROQUE. ¡Qué guarde tanto este viejo
á su mujer, que jamás
la deje ir sola á un paseo
ó una comedia! Aun á misa
va con la maleta.

CASADO. Bello
está el altar, Mariquita.

CASADA. ¿Cuánto quieres que apostemos
á que no cuentas los ramos,
las macetas y los tiestos,
espejos y cornucopias
que tiene?

CASADO. Fácil es verlo.

CASADA. Ahora puedes desfilarte.

(*Va recatada* INÉS *á hablar con* D. ROQUE *y salen dos oficiales con jarras y vasos,*)

OFIC. 2.º Ya está aquí el vino.

MAESTRO. ¡Qué lerdos
habéis estado, muchachos!
Señores, vamos bebiendo.
Echese y no se derrame;
á las damas lo primero.

PAYA 1.ª Hasta que apaguen las luces
me estoy, aunque nos quedemos
en Madril.

PAYA 2.ª ¿Qué hemos de hacer,
si ya es tarde y está lejos?

PAYO. Lo que quisiereis, por mí
ya he despachado en bebiendo.

OFIC. 2.º Vaya, niña, u té ha de dar
el primer voto.

NICOLASA. No quiero;
que tengo mucho calor.

MAESTRO. ¿Cómo? No tiene remedio.

NICOLASA. No me gusta este sorbete.

MAESTRO. Pues, hija, nuestros abuelos
no usaron otro, y á fe
que mejor y más vivieron.

OFIC. 1.º (*A la* MAJA.) ¿Usted gusta?

MAJA. Por no hacer
á usted desaire, lo acepto.

MAJO. ¡Qué cortesana que eres!

MAJA. ¿Lo quieres probar?

MAJO. Veneno.

D. ROQUE. (*Aparte á* INÉS):
Dila que de aquí á un instante
vendré yo con un pretexto,
por que pueda divertirse
toda la noche y hablemos. (*Vase.*)

INÉS. Bien está.

CASADO. Se me confunde
la vista y contar no puedo...
¿Pero, la chica?

CASADA. Allí está.

CASADO. ¿Qué tienes que hacer tan lejos?

INÉS. Era una curiosidad.

CASADO. Si otra tienes, reñiremos;
que por las curiosidades

hay lances muy estupendos
en tales noches.

(*Sale el* Petimetre.)

Petimet. Bueno es
andarse de aventurero
un muchacho como yo;
pero aquí hay bulla; atisbemos
la caza, que puede ser
haya algún baldío... Bueno
(*A la* Maja.)
está el altar.

Majo. Esta moza
no es sacristán; conque pienso
que no lo entiende.

Petimet. Es que yo
soy sacristán y lo entiendo.

Majo. Pues eche por otra cera
que ésta no se corre.

Maja. Y eso
¿quién lo asegurará?

Majo. Yo
que tengo aquí cinco dedos
para despavilar.

Maja. ¡Vaya
que esta noche estás tremendo!

Nicolasa. (*Al oficial* 1.º):
En durmiéndose mi padre
es preciso que tratemos
de casarnos.

Ofic. 1.º Bien está.

Antonia (*Al oficial* 2.º):
Luego, después que cenemos,
se ha de pensar en el modo
de hacer nuestro casamiento.

Ofic. 2.º Sí, niña, que hasta otro día
de San Juan hay año y medio.

D. Diego. (*A los amigos*):
Allí riñen; allá beben;
allá se burlan del viejo
la mujer y la criada;
las hijas del carpintero
para malcasarse están
entablando el galanteo.
Esto solo aquí; ¡y el Santo
testigo de todo esto!
¿Ven ustedes que esto tiene
más de malo que de bueno?

D. Pedro. Esas son malicias vuestras.

D. Juan. Murmurador sois, don Diego,
y es malo.

D. Diego. Pero es peor
dar motivo para ello.

Petimet. Nadie huelga sino yo:
la víspera de San Pedro
me he de desquitar.

Inés. (*Ap. á la* Casada.) Don Roque
vuelve.

Casada. Pues disimulemos.

Maestro. (*A los músicos*):
Señores, toquen ustedes,
que de concierto á concierto
pasa una hora, y luego pillan
en un minuto el dinero.

(*Música con timbales, y mientras se repite la marcha un poco, sale* D. Roque, *que estará disimulado cerca del* Casado, *y luego dice*):

D. Roque Todo esto no vale nada.

Maestro. (*Enfadado*):
¿Qué es lo que está usté diciendo?
¿Pues fiesta como la mía
se la han de hacer en el reino
á San Juan?

D. Roque. Mucho mejor
se la hace un vecino vuestro,
sin exponer á indecencias
de la efigie los respetos.

Todos. (*Rodeándole.*) ¿Qué hay, qué hay?

D. Roque Lo que yo
pude advertir en compendio
es una gran perspectiva
que representa el Imperio
de los Dioses, ó la gloria
de Niquea. Sus reflejos
son delicia de la vista,
sin que la envidie por esto
el oído, pues allí
hay un gran baile dispuesto;
hay una escena cantada
muy festiva, y ahora mesmo
van á empezar.

Casada. ¿Oye usted?
¿y dejan entrar á verlo?

D. Roque. A las damas como vos
y á los decentes sujetos
no se les cierra la puerta.

Casado. Yo lo estimo, caballero;
pero es tarde.

Casada. No te canses,
hijo; porque yo he de verlo,
y es antojo.

Casado. Si lo es, vamos,
vamos, hija, que no quiero
escrúpulos por mi parte.

Maestro. Yo no voy porque no creo
que mejor fiesta y más vino
haya que la que yo tengo.

Petimet. Dividióse el reino en bandos,
mas yo allá voy, por si pego.

D. Roque. Síganme, pues, los que gusten;
(*Ap.*) allá, señora, hablaremos.

D. Diego. ¡Bueno, lindo!

D. Juan. Me parece
que tenéis razon, don Diego,
y que tales fiestas más
que culto son manifiesto
engaño de hombres vulgares.

El mayor crimen de aquellos
que para sus vicios toman
la devoción por pretexto;
abuso, al fin, el más digno
de reforma y escarmiento.

D. Diego. Eso es pensar bien; desde ahora
seré más amigo vuestro.

(*Separándose todos por distintos lados; se descubrió una vistosa mutación y se cantó y bailó en ella, según queda dicho en la página anterior.*)

30

Las frioleras.

Sainete 1.° para la tragedia HYPSÍPILE

1764 [1]

Aquellas *frioleras*
del gobierno tal vez mal consentidas,
suelen ser las primeras
causas de las costumbres corrompidas.

PERSONAS

El Señor del pueblo.	El Maestro de la Escuela.
Un Caballero amigo suyo.	El Santero.
Un Labrador rico.	Un Regidor.
El Alcalde.	Una Tabernera, maja.
El Medico.	Otra Maja, su compañera.
El Boticario.	La Mujer del Sacristán.
Un Tuno.	Una Labradora, viuda.
El Sacristán.	Labradores.
El Zapatero.	Labradoras.

(*La escena se representa en la plaza de un lugar de Castilla.*)

(*Coro de labradores y labradoras que cantan en aire festivo, y salen escuchando de capas y monteras, como disfrazados, el* Señor del pueblo *y su* Amigo.)

Coro dentro.

«Voces, instrumentos
festivos aplaudan
al dueño benigno
de nuestra comarca,
pues carga á sus vasallos de piedades
y de injustas pensiones los descarga.»

Amigo. Es grande el lugar.

Señor. Tendrá más de cuatrocientos
vecinos, útiles todos,
exceptuando los viejos
que no pueden trabajar.

Amigo. Así está todo su suelo
tan cultivado y las casas
todas en pie; tenéis, cierto,
aquí bella posesión.

Señor. Amigo, es la que más quiero
entre cuantas (á Dios gracias)
me dejaron mis abuelos.

Amigo. Y debe de ser la gente
alegre, pues lo primero
que hemos oído es la bulla
de voces y de panderos.

Señor. Quizá la están preparando
para mi recibimiento,
como escribí que venía;
aunque pensé desde luego,
como sabéis, apearme
en ese vecino pueblo,
mío también, y venir
desconocido á cogerlos
descuidados y que fuese
día de labor; con eso
observaremos si cumple
cada uno con aquello
que está á su cargo.

Amigo. Y así averiguaréis si es cierto
lo que os dicen del alcalde.

Señor. Ese es el mayor pretexto
que me trae; todos se quejan
dél, me dicen que es necio,
intrépido y poltrón.

Amigo. ¡Malo!

Señor. El me informa que está quieto
el lugar; y si le pido
dictamen sobre algún asunto,
dice que son frioleras;
con que ciertamente suelo
dudar en los más asuntos
y exponerme al resolverlos.

Amigo. Pues para salir de dudas
pensasteis el mejor medio,
y fué fortuna que nadie
alcanzase á conocernos.

Señor. No era tan fácil en este
traje; lo que yo me temo,
por no tener de las calles
cabal noticia, que demos
en alguno de los sitios
públicos, y no me atrevo
á preguntar por la casa
del escribano.

Amigo. Pues eso
yo lo haré, que soy aquí
desconocido para ellos.

Señor. Bien decís.

Amigo. Pues embozaos;
que por allí venir veo
una cosa que parece
mujer.

Señor. Y lo es con efecto.

(*Retirados un poco los dos sale la* Labradora viuda *con su mantilla larga, negra, un cabo en una mano y en la otra una alcuza o aceitera.*)

Viuda. ¡Dios le haya perdonado!
¡qué buen hombre era mi Pedro!

[1] Impreso por el autor en el tomo III, pág. 79, de su colección, y por Durán en la suya: tomo I, p. 470. En la Bib. Municipal hay un manuscrito (1-164-52) copia antigua con las licencias y aprobaciones que van al final. Este manuscrito es el que dicen sirvió de intermedio 1.º para la tragedia *Hipsípile*, estrenada el 29 de octubre de 1764.

A fe, si viviera él,
que habría puesto remedio
á las cosas del lugar.
Imposible con su genio
fuera aguantar estas gentes,
cuando á mí por mucho menos
solía molerme á palos.
¡Téngale Dios en el cielo,
y déle allá tanta gloria
como acá falta me ha hecho!

AMIGO. Señora, Dios guarde á usted
y la llene de consuelos.

VIUDA. Con uno había bastante
si el Señor quisiera hacerlo.

AMIGO. Ya se ve, con otro novio.

VIUDA. ¡Jesús, señor, ni por pienso!
Para eso está todavía
muy reciente el contratiempo.
Quédese á Dios el buen hombre,
que á mi estado y á mi sexo
no es la detención decente.
(*Mírale y aparte.*)
¡Y es buen mozo, con efecto!
¿Me tiene usted que mandar?

AMIGO. Tan sólo saber deseo
dónde vive el escribano.

VIUDA. Un mes ha se fué á paseo
á la corte.

AMIGO. ¿Y el alcalde?

VIUDA. De día no está en el pueblo.
Va á ver cómo le cultivan
sus olivas y majuelos.

AMIGO. El alcalde hace muy mal;
que aunque el lugar esté quieto,
puede ofrecerse algún lance.

VIUDA. ¿Quietud? Ya se va perdiendo
el buen aquel que tenía
entre todos este pueblo;
pues, aunque es bueno el señor,
este año le propusieron
á tres tontos para alcaldes
y nombró al más tonto dellos,
por empeño de un vasallo
que le prestó unos dineros
á su señoría. Todo
se sabe, porque mi Pedro
era el *plus ultra* de aquí;
tenía voto en concejo
y asistía á la tertulia
de la botica, ¡qué buenos
ratos me daba daspués
de cenar sentado al fuego!
Me contaba todo cuanto
había en el lugar de nuevo;
traía á casa la *Gaceta*,
y á mí y á un niño de pecho
que teníamos entonces
nos leía muchos cuentos
de las Indias, de los moros
y otros lugares muy lejos.
¡Ah, señor; perdí yo mucho!
¡Y qué mozo era tan bello,
mejorando lo presente!

AMIGO Yo vuestras desgracias siento;
pero decidme, ¿el alcalde
no hace justicia?

VIUDA. Antes creo,
señor, que aquella que había
en el lugar la ha deshecho.

AMIGO. ¿Y los regidores?

VIUDA. Uno
fué á Valladolid, á un pleito,
y el otro está en la taberna
todo el día, divirtiendo
á una tabernera que
unos dicen vino huyendo
de Madrid, y otros que no.
Yo no lo sé, que harto tengo
que hablar de mí, sin hablar
de ninguna; lo que es cierto,
que ella trae cuasi todo
el lugar al retortero.

AMIGO. ¿Y hoy, por qué hay baile?

VIUDA. Porque
dicen que ha de venir presto
el señor. ¡Si usted le viera
qué afable es y qué discreto,
mejorando lo presente!

AMIGO. Yo le conozco.

VIUDA. Me alegro:
y pues sois su conocido,
venid á casa hasta luego
que venga el alcalde.

AMIGO. ¿Y dónde
vais con esa luz?

VIUDA. Yo vengo
de la iglesia, de encender
las lámparas.

AMIGO. ¿Pues qué? ¿de eso
no cuida el sacristán?

VIUDA. Nada,
señor; anda en devaneos
también con la de Madrid;
y como hace tanto tiempo
que está enfermo el señor cura,
no puede poner remedio.
Las cosas van como van,
y cada cual anda suelto
á su libertad; hay mucho
que decir, pero no quiero
murmurar. Adiós, señor;
y, sin embargo que veo
venir por allí al alcalde,
si gustais que un rato hablemos
de mi amo y descansar,
mi pobre casa os ofrezco:
cualquiera os dará razón
de la viuda del Bermejo,

que era rubio como usted.
¡Téngale Dios en el cielo! (*Vase*).

AMIGO. La viuda, amigo, de plano
cantó. Sin duda está hecho
una lástima el lugar.

SEÑOR. Yo os aseguro por cierto
se han de acordar de mí algunos,
y que antes de recogernos
hemos de apurarlo todo.

AMIGO. Embozaos, porque pienso
que el que llega es el alcalde.

SEÑOR. Mejor será sorprenderlo,
y ver qué muestras nos da
de su juicio, para hacernos
cargo con ambos informes
y obrar después con acuerdo.

(*Sale el* ALCALDE, *montado en un burro que trae del cabezón el* LABRADOR 1.º *cantando el aire que más le acomode.*)

ALCALDE (*canta*).

«El juez y el escribano
que hay en la villa,
labrando están dos casas
á la malicia;
siendo los planos
hechos de mano y pluma
del escribano.»

LABRADOR. Ese cantar le sacaron
por usted.

ALCALDE. Ya lo sabemos;
y á mí me gusta, porque
los que me tienen por necio
verán que en el lugar otros
me celebran de discreto.
¡Arre, burro!

LABRADOR. Muy mal trato
le dais al pobre jumento;
págueme usted los dos meses
que hace hoy que se está sirviendo
de mi borrico y mañana
busque otro animal.

ALCALDE. No quiero,
que éste tiene muy buen paso.

LABRADOR. Andese usté á pie.

ALCALDE. No puedo;
que es contra la autoridad
del oficio.

LABRADOR. Si es por eso,
págueme usted, y por mí
prosigamos.

ALCALDE. ¡Debo, debo!

LABRADOR. ¡Pague, pague! y no ande á costa
de pobres en pies ajenos:

ALCALDE. Calle, que yo en esto á nadie
le puedo dar mal ejemplo (*Se apea*),
pues yo le tomo de algunos
del mundo, que andan muy tiesos
en coche y quizá no tienen
cochino para el puchero.
Marcha, y á la propia hora
mañana, en el mismo puesto.

LABRADOR. Dios traiga al amo por que haga
que todos andéis derechos. (*Vase.*)

ALCALDE. ¡Un hombre como yo á pie!

SEÑOR. Ahora es ocasión; lleguemos.

LOS DOS. Señor alcalde,

ALCALDE. Señor...
¡Usía!... ¿pues cómo es esto?

SEÑOR. Humorada de venir
con un amigo en secreto
á ver cómo están las cosas
del lugar.

ALCALDE. Todo está bueno;
á los pies de usía. Y usía
¿cómo lo pasa?

SEÑOR. No tengo
novedad.

ALCALDE. ¡Gracias á Dios!
Pues yo ya tengo dispuesto
el palacio; y los vecinos
mil invenciones han hecho
para festejar á usía.

SEÑOR. A todos os lo agradezco;
pero nada me complace
hasta tocar por mí mesmo
si hay paz y justicia.

ALCALDE. Todos
están como unos corderos.
Voy á avisar á la gente
al instante.

SEÑOR. Deteneos;
que mientras vais á mi casa
á prevenir que yo vengo
esta noche, quiero oculto
dar al lugar un paseo.

ALCALDE. ¡Jesús qué fortuna! Vaya,
de gozo no cabe el pecho.

AMIGO. ¿Os va bien con el oficio?

ALCALDE. Sí, señor, es estupendo.

AMIGO. ¿Y no es de mucho trabajo?

ALCALDE. Si yo fuera majadero
sí, señor; pero yo tomo
las cosas con gran sosiego;
rondo cuando me parece;
si hay quimeras, huyo el cuerpo;
si me regalan, lo tomo;
si hay avenidas, me encierro
en casa, y me bajo al río
si sucede algún incendio.
En los bautizos y bodas
me llevan á mí el primero
la bandeja, con que saco
ración doble; y así pienso,
ya que mis antecesores
tomaron siempre gruñendo
la vara, decir al amo
que me haga alcalde perpetuo.

SEÑOR. ¿Y pleitos, no hay?

ALCALDE. No, señor;
yo he desterrado los pleitos.
SEÑOR. ¿Y hay muchas quejas?
ALCALDE Tampoco.
¡Ojalá que hubiera ciento
cada día!
AMIGO. ¿En qué consiste
esa paz?
ALCALDE. En que el primero
que se me viene á quejarse
de nada, aunque le hayan muerto
á su padre, sea mentira
ó sea verdad, le condeno
en cien ducados, dos pares
de grillos y un mes al cepo;
y así ninguno se queja
de nadie, y todos sus cuentos
los litigan á cachetes:
el que sacude más tieso
gana el pleito en un instante,
y luego exige el barbero
las costas del que le pierde.
SEÑOR. Sois hombre de gran talento.
Vaya, haced lo que os he dicho,
que hacia la plaza os espero.
ALCALDE. Ya, ya, yo le diré á usía...
A los pies de usía; hasta luego,
¡Qué contento está! De esta hecha
me hacen alcalde perpetuo. *(Vase.)*
AMIGO. Este hombre es tonto.
SEÑOR. Mas no
tonto para su provecho,
según concibo; en fin, vamos
á la plaza, que yo creo
que allí podremos tomar
de todo conocimiento.
AMIGO. No os irritéis...
SEÑOR. Antes bien
he pensado, de lo mesmo
que siento que me suceda,
brindaros un pasatiempo.

(Vanse y descubriéndose la plaza, á la derecha estará la puerta de la taberna: á un lado el SANTERO, *con la tablilla (que figure y no sea) de la demanda y un vaso de vino; al otro el* REGIDOR, *con la guitarra, y delante los dos* MAJOS, *bailando con el* TUNO *y el* SACRISTÁN. *A la derecha la botica, y delante una mesa en que juegan á la malilla el* RICO, *el* BOTICARIO, *el* MÉDICO *y* MAESTRO DE LA ESCUELA, *y en medio está el corro de labradores, bailando con el son de panderos, sonajas, castañuelas, etc.)*

CORO DE LABRADORES.
«Voces, instrumentos
festivos aplaudan», etc.
TABERN. Seó regidor, canta usted,
ó me amostazo y lo dejo.
MAJA. Ya sabemos de memoria
el pasacalle.
TABERN. Ligero;
que en teniendo los pies fríos
se desazonan los cuerpos.
REGIDOR. Se me olvidan los cantares,
pero allá va éste que es bueno.

(Canta y bailan los cuatro seguidillas.)

«Aunque usen los amantes
distintas voces,
lo propio dice el majo
que los señores.
Sólo es lo vario
que éstos entran pidiendo
y esotros dando.»

(Al bastidor el SEÑOR *y el* AMIGO.*)*

AMIGO. ¡Qué aplicada está la gente!
SEÑOR. Sí, pero nadie al trabajo.
MAJA. Dejemos por ahora el baile,
que me parece que ha entrado
gente forastera.
TABERN. A ver... *(Sin moverse.)*
Ya me ha dado en el olfato
que son gente de Madrid
y caballeros entrambos.
MAJA. ¡Si traen monteras!
TABERN. No importa;
¿no ves que traen los zapatos
de toda moda y que saben
embozarse á ley? Es claro;
ya tengo yo diversión
esta tarde para un rato.

(Vase acercando poco á poco, y el TUNO *y* SACRISTÁN *como suspendidos.)*

RICO. ¿No reparó usted en el as
que descubrió el boticario?
¿Por qué no triunfó al instante?
MAESTRO. Porque eran mis triunfos bajos.
MÉDICO. ¡Ojalá! que entonces yo
asegurara mis bastos.
BOTICARIO. Yo solito le tenía.
AMIGO. Señorita, ¿se ofrece algo?

(A la TABERNERA, *que pasa como reconociendo.)*

TABERN. Nadie ofrece sin hablar;
ni ofrezco ni doy; rogando,
suelo yo decir que no.
AMIGO. Seréis de genio tirano.
TABERN. No mucho; á los que se mueren
en viéndome, no los mato.
AMIGO. Pues yo aún vivo.
TABERN. Poco á poco,
señor, que ahora empezamos.
SACRISTÁN. Mocita, ya sabe usted
(Llegándose á ella y no hace caso.)
que no es esto lo ajustado.
TABERN. Y esotro señor, ¿es mudo?
SACRISTÁN. A usted no le viene al caso

que sea mudo ó no lo sea;
¿no oye que la están hablando?

TABERN. ¿Pero hablaba usted conmigo?
(*Ahora le mira.*)

SACRISTÁN. Sí, señora, con ella hablo;
(*Enfadado*)
que es una gran grosería
desairar á un hombre blanco,
y estando hablando con él,
dejarle por los extraños.
Pues, ¡cuidadito conmigo,
que no soy hombre que aguanto
floreos!

TABERN. ¡Anda, chiquita!
¿Y lo dice usted enojao?
¡Ah, caballero!, ¿quién tiene
ganas de echar un gargajo (1)
para anegar á este hombre?

SACRISTÁN. ¿Pues, cómo conmigo?

EL TUNO. ¡Paso!
que á esta madama *nenguno*
sino yo puede hablar alto
(*Poniéndose en medio.*)

TABERN. ¡*Añide* sardinas, que
van viniendo convidados!
¿Y usté por qué, seo oficial
de trapero reformado?
¿Usted por qué?

TUNO. Porque tengo
la dicha de ser paisano
de usted, somos de un oficio
y hemos vivido en un barrio.

TABERN. Vaya, y ¿de dónde soy yo?

TUNO. De Madrí. ¿Qué, nos cansamos?
Usted tenía su lonja
de tostones en el Prado;
prima hermana de la Tuerta,
que vendía este verano
«avellanas verdes.»

TABERN. Cierto.
¿Y usted de dónde es?

TUNO. Indiano.

RICO ¿Por qué triunfa usted, sabiendo
que yo tenía dos fallos?

MÉDICO. Usted no vuelva en su vida
á salirme de caballo.

(*Sale* ALCALDE *apresurado.*)

ALCALDE. Señores, ¿han visto ustedes
si pasó por aquí el amo?

TODOS. ¿Qué? ¿ha venido?

ALCALDE. Ya le veo.
(*Le señala.*)
Decid que ¡viva!, muchachos.

(1) En el manusrcrito aparece corregido así:
ganas de echar una mano
para aplastar á este hombre?

LABR. 1.° ¡Viva! y alto á los panderos
diciendo por festejarlo.

MÚSICA.

«Voces é instrumentos
festivos aplaudan.....»

(*Descúbrense el* SEÑOR *y su* AMIGO, *se levantan los del juego y cercándole todos suspende con los versos la música.*)

SEÑOR. Callad, callad; yo agradezco
vuestros afectos y aplausos
como es justo; pero ahora
no es ocasión.

TODOS. ¡Viva el amo!

LOS DE LA MALILLA:
Sea usía muy bien venido.

SEÑOR. Seo Dotor, seo boticario,
seo maestro, yo celebro
ver á ustedes tan bizarros.
A usted no le digo nada (*Al* RICO),
cada día está más guapo.

RICO. Sí, señor, con mis doblones
me divierto y me regalo.

SEÑOR. Seo sacristán, ¿no llegais?

SACRISTÁN. Estaba un poco ocupado
aquí; después hablaremos.

AMIGO. ¿Qué es lo que pretende, hermano?
(*Al* SANTERO, *que se le presenta sin hablar.*)
(*El* SANTERO *llega al* AMIGO.)

SANTERO. Venga usía enhorabuena;
alguna limosna aguardo
para la lámpara.

AMIGO. Amigo:
si es la lámpara ese vaso,
bien cabe...

SANTERO. Cuartillo y medio.

AMIGO. ¿Y qué dura el alumbrado?

SANTERO. Chupa mucho la torcida,
que está seca, y la reemplazo
cada dos horas.

AMIGO. Ea, tome.

SANTERO. En fin, hay para dos tragos.

(*Salen la mujer del* SACRISTÁN *y la* VIUDA *y dicen las dos*):

LAS DOS. ¡Justicia, señor, justicia!

ALGUNOS. Lo mismo todos clamamos.
¡Justicia, señor!

SEÑOR. ¿Qué es esto?

ALCALDE. Voces del pueblo, que al cabo
serán todo frioleras.
Mal haréis en escucharlos,
sino iros á descansar.

SEÑOR. No, alcalde; que no es descanso
seguro el de un señor que
deja gritar al vasallo.
Por esto, y por que es preciso
saber, aunque sea de paso,
quién son esas caras nuevas,

acerquen aquí esos bancos,
y digan de quién se quejan.

MUJER. De mi marido.

VIUDA. Yo clamo
al cielo contra el doctor.

SACRISTÁN. ¿De mí, mujer?

ZAPATERO. De un tirano.

LABR. 2.º Del Regidor.

SEÑOR. ¿Y el Alcalde?

TODOS. De ese todos nos quejamos.

ALCALDE. ¡Frioleras, frioleras! (*Sonriéndose.*)

SEÑOR. ¡Bien! Lo primero sepamos
quién son esas dos mujeres.

TABERN. Lástima es que no traigamos
aquí la genealogía.

MAJA. ¿Pretende usía casarnos?

SEÑOR. No, pero saber pretendo
á qué han venido.

TABERN. A pasearnos.

AMIGO. ¿Y quién le dió la taberna?

TABERN. Mi dinero regalado.

ALCALDE. Y con grande utilidad
del común, pues está claro
que á cinco cuartos le sale
el cuartillo y le da á cuatro.

AMIGO. Y en el lugar ¿qué tal hallan
el vino?

ALCALDE. Como cristiano,
que á todos les sabe bien.

TABERN. Y *naide* queda borracho
aunque se beba una azumbre.

SEÑOR. ¿Y quién es ese hombre?

TABERN. ¿Acaso
me pagan á mí él ni usía
por ser un vocabulario.

ALCALDE. Bien dice.

SEÑOR. Decid ¿quién sois?

TUNO. ¿Quién, yo? Soy un hombre honra-
y mi capa no parece [do;
mucha cosa; mas debajo
de una mala capa... Ya,
ya sabrá usía el adagio.

SEÑOR. ¿Y qué hacéis aquí?

TUNO. Yo como,
me paseo, juego y gasto;
no tengo que hacer y me
entretengo enamorando.

SEÑOR. ¿Y á éste no le tenéis preso?

ALCALDE. No, señor; yo no reparo
en frioleras; yo sé
á donde se están paseando
muchos compañeros suyos
y nadie les hace daño.

AMIGO. ¿Y por qué vivís ocioso
y no os habéis aplicado
á oficio?

TUNO. Ya me apliqué,
cuando mis padres faltaron,
á un oficio.

SEÑOR. ¿Y á qué oficio
os aplicasteis?

TUNO. A gato.

SEÑOR. No habéis de afilar las uñas
en mi lugar.

TUNO. ¡Qué cuidado!
A bien que está el equipaje
pronto y el mundo es bien ancho;
los caminos están secos,
y por cualesquiera cabo
en yendo un hombre decente,
le hacen los honores.

MUJER. Vamos,
señor, que ahora que está aquí
mi marido he de acusarlo
de que no cuida su casa;
tiene á sus hijos descalzos,
los cria mal y les hace
ayunar lo más del año.
Tiene tiempo y no se aplica
para agregar al salario
el fruto de alguna industria;
y siendo un hombre casado,
el poco dinero que hay
lo gasta en vino, tabaco
y mujeres.

SACRISTÁN. Es mentira,
que yo tan sólo malgasto
la mitad, que lo demás
ella lo gasta en zapatos
de moda y en pelendengues,
en musolinas y lazos.
Jamás les da una puntada
á sus hijos, viltroteando
todo el día, ni los peina,
ni tiene el menor cuidado
de que vayan á la escuela.

SEÑOR. ¿Y nunca os habéis quejado
el uno y otro al alcalde?

LOS DOS. Sí, señor; mas no hizo caso.

ALCALDE. Como de esas frioleras
pasan entre los casados...

MUJER. Y á la escuela ¿á qué han de ir,
si siempre se está jugando
el maestro en la botica?

MAESTRO. Por no lidiar con muchachos
me jugaba yo la renta.

SEÑOR. ¿Y vos podéis tolerarlo?
(*Al* ALCALDE.)

ALCALDE. Señor, juegan solamente
una friolera, á cuarto.

VIUDA. ¡Mal haya su juego, amén,
que al dotor deja cansado,
de suerte que no responde
aunque vayan á llamarlo
de noche! Así sucedió
con mi dueño malogrado,
y me le dejó morir
como un perro. Yo le emplazo

á que me vuelva á mi esposo
ú otro mejor.

MÉDICO. Todo es malo.
Cuando los dejo morir
se quejan, cuando los mato
también, y son tan perversos,
que aunque esté un hombre engol- [fado
en el primer sueño, como
les dé una congoja, un flato,
ó en accidente, no tienen
la urbanidad de aguardarlo
á que despierte; y ¿por qué,
si quieren tener al lado
al dotor que los ayude,
no se mueren más temprano?

ALCALDE. Y eso es una friolera.
¡Bien hace en escarmentarlos!

MÉDICO. Dígales usted que vengan
ahora, que ya he quitado
el aldabón de la puerta.

ALCALDE. Con todo, hay llaves y cantos.

MÉDICO. Ya conozco yo los ecos
del hierro y de los guijarros:
que llamen con pesos gordos
y verán qué presto bajo

LABR. 1.° Yo señor... el regidor...
Yo soy un pobre.

SEÑOR. Hable claro.

LABR. 1.° Vine á vender libra y media
de azafrán, y me ha quitado
el regidor una libra.

REGIDOR. Para eso he tenido el cargo
de ponerle la postura.

SEÑOR. ¿Y esto lo habéis tolerado?

ALCALDE. Sí, señor; es de derecho.
De uvas, ciruelas, garbanzos,
arroz... en fin, una libra
le toca de todo cuanto
viene á venderse al lugar.

LABR. 1.° Y si tengo de hablar claro,
me quito dos onzas más.

ALCALDE. ¡Mire usted qué gran pecado!
Eso es una friolera;
solamente que debajo
del pretexto de derechos
hay dictámenes muy amplios.

ZAPATERO. ¿Y á mí? que me está debiendo
ocho pares de zapatos
el señor.

LABR. 2.° A mí dos meses
de jornal.

LABR. 1.° A mí el salario
de un año que le serví.

LOS TRES. ¿No nos queréis dar amparo?

SEÑOR. ¿Por qué no? ¿Es esto verdad?

RICO. Sí, señor; pero me enfado
de que me pidan, sabiendo
me sobra para pagarlo.

SEÑOR. ¿Por qué no lo remediasteis?

ALCALDE. Ya, señor, se me han quejado;
y si hubiera sido un pobre
le hubiera puesto el emplasto
de Vizcaya; pero á un rico,
¿quién habría tan osado
que por unas frioleras
como estarse utilizando
del trabajo de los pobres,
hacer de su afán escarnio,
y pagarles mal ó nunca,
se atreviera á desairarlo?

SEÑOR. Yo. Vaya luego á la cárcel
(*Levántase.*)

RICO. Váyase usía despacio
y guarde mis exenciones.

SEÑOR. Pues, ¿sois caballero, acaso?

RICO. No, pero soy hombre rico.

ALCALDE. A fe que los ha chafado;
que los que son ricos hombres
valen más que los hidalgos.
¿Veis cómo todas las quejas
eran frioleras al cabo?

SEÑOR. ¡Ay! que aquestas frioleras
son delitos tolerados,
por falta de celo vuestro;
y aunque no aparece el daño
en el día, al cabo son
la ruina de los estados.

AMIGO. Harto le decís, si tiene
colmillos para rumiarlo.

ALCALDE. Ya no los tengo.

SEÑOR. Por eso
á ti te se hablará claro.

ALCALDE. ¿Y seré alcalde perpetuo?

SEÑOR. Sí, amigo; perpetuo macho
de la tahona, después
que en un cepo hayas purgado
tus malicias, con algunos
que en ellas te acompañaron.

AMIGO. Pues eso no es friolera.

SEÑOR. Para que con eso, dando
al pobre satisfacción
y castigo á los malvados,
nos podamos divertir
después.

VIUDA. Yo, señor, me encargo
de disponer un festejo
con mis paisanas.

AMIGO. Muchachos:
bien podéis dar á Dios gracias
de que os destinó tal amo.

TODOS. ¡Viva! Y siga el regocijo
hasta dejale en palacio.

(*Con el aplauso de música y alborozos populares siguen todos al* SEÑOR *y se da fin al sainete* (1).)

(1) Siguen estas licencias y aprobaciones:
«Nos el Doctor Don Juan de Varrones de Arangoyen, Vicario de esta Villa de Madrid y su Partido, etc. Por la presente y lo

31

Las mujeres defendidas

1764 ([1]).

(Sale la GRANADINA *sola.)*

GRANAD. Mosqueteros: entre tanto
que para hacer el sainete
se visten los compañeros,
para que menos moleste
el blanco, y porque el señor
ingenio luego nos viene
con que perturban la idea
las tonadas que se ingieren
ó se pegan en las cortas
acciones de los sainetes,
he pensado yo en venirme
á visita con ustedes,
y con el justo motivo
del santo tiempo presente
á desearlos mil Pascuas
á todos los que nos quieren,
y á los que no, cuatro mil,
que no es razón que se piense
que aquí somos rencorosas
hasta con los más rebeldes;
y porque no se persuadan
que ya la Chica los tiene
olvidados, de camino
salgo á cantar un juguete:
oirle y asegurados
de que yo quisiera siempre
dar gusto á todos, juzgadle,
señores, benignamente,
y merezca yo disculpa
si el aplauso no merece.

(Tonadilla.)

LAS DAMAS DEFENDIDAS

SAINETE PARA LA FUNCIÓN DE NAVIDAD.—COMPAÑÍA DE LA SEÑORA MARIA LADVENANT.

(El teatro representa un gabinete.)

(Salen las señoras MARIQUITA, PAULA, GRANADINA *y* PORTUGUESA *con casacas y basquiñas de hábitos, pañuelos y delantales de lienzo, y las señoras* JOAQUINA *y* GUERRERA, *de trajes ricos, pero puestos sin filis ni adornos de moda; esto es, como damas lugareñas, y detrás* CAMPANO, *de paje.)*

MARIQ. Muchacho, cierra las puertas
que van hasta la antesala,
y á nadie dejes entrar,
sea caballero ú dama,
sin avisar. Llega sillas
á estas señoras, y marcha.

GRANAD. ¿Sabes lo que me parece,
si me acuerdo de tus raras
ideas, y de aquel aire
despejado con que tratas
á tus conocidos?; que
tienes alguna humorada
prevenida á tus amigas
y á tus tertuliantes.

PAULA. Basta
para conocerlo ver
que á unas venir nos encargas
como huérfanas vestidas
por amor de Dios con tanta
modestia, y á otras las haces
traer encima las galas
con tan poco arte como
un siglo ha las aldeanas.

JOAQUINA. La novia de Tarancón
ya conmigo comparada,
pareciera petimetra.

GRANAD. Y, amigas, fuera de chanzas;
con estos trajes humildes
¿no estais más acomodadas
que con aquellos vuelazos
delicados, que se agarran
á todo? ¿Aquellos garrotes
del cuello, aquellas mamparas
de las alas de las cofias,
que incomodan las miradas
de rabo de ojo, y el peso
de la cola de las batas?

PAULA. ¡Quién lo duda!

MARIQ. Ahora, dejaos
de reparos ni demandas

---

que á Nos toca, damos licencia para que el sainete antecedente, titulado *Las Frioleras*, se pueda representar, atento que de nuestra orden ha sido visto y reconocido y no contener cosa alguna que se oponga á nuestra santa fe y buenas costumbres. Dada en Madrid á veinte y dos de octubre de mil setecientos sesenta y cuatro.—*Dr. Varrones.*—Por su mandado. *Juan Crº... (roto).*

Nos el Doctor Don Francisco Romero Arcayos, Presbítero, Dignidad de Arcipreste de la Magistral de Alcalá, del Consejo de S. M. en el de la Suprema y General Inquisición, Vicario eclesiástico de esta Heroica Villa de Madrid y su Partido. Por la presente, y lo que á Nos toca, damos licencia para que en los teatros públicos de esta corte se pueda representar el sainete que antecede, titulado *Las Frioleras;* con tal de que se suprima lo que va tachado, mediante á que, habiéndose reconocido de nuestra orden, no contiene otra cosa que se oponga á nuestra santa fe y buenas costumbres. Madrid dos de enero de mil ochocientos diez y seis.—*Doctor Ramiro.*— Por su mandado, *Diego Alonso Martínez.*»

Madrid 2 de enero de 1816.—No hallo reparo en su representación.—*El Conde de Casillas de Velasco.*

Madrid y enero 8 de 1816.—Represéntese como dicen los censores.—El Corregidor, *M. Motezuma.*»

(1) *Inédito.* Bib. Munic. leg.: 1-209-28. Copia antigua. En la portada dice: «Para la función de Navidad de 1764».—Al fin lleva las aprobaciones y licencias de 22 y 23 de diciembre de 1764.

Parece que el título que se quiso dar por definitivo á este sainete fué el de *Las damas defendidas*, según se ve más adelante. Sin embargo, en el catálogo de Sempere lleva el que nosotros le adjudicamos.

y vamos á lo que importa...
(Siéntanse.)
Atención á mis palabras.

JOAQUINA. ¿Oye? ¿Vamos á hacer otro
propósito, como marras? (1).

MARIQ. ¡Qué más quisieran los hombres,
por poder darnos en cara
con ese textillo más!
Me parece que es más alta
la idea que me he propuesto,
más útil, más delicada,
más nueva y más divertido
el modo para probarla.

JOAQUINA. ¿Y basta que tú lo digas?

MARIQ. No; porque sé cuánto engaña
el amor propio; mas crea
que no se me dará nada
de que dos necios la muerdan
como un discreto la aplauda
y la justicia que espero
me hará el público mañana.

TODAS. Vaya de arenga.

MARIQ. No estéis
con temor de que sea larga.
Responderme lo primero:
¿Cuál es la más desdichada
criatura y la más útil
del universo, entre cuantas
le constituyen tan vario.
vegetables y animadas?

JOAQUINA. El borrico: que es quien más
palos lleva y más trabaja.

PAULA. La tierra: que nos mantiene
y la herimos al labrarla.

PORTUG. Los cerdos: que los engordan
sólo para la matanza.

PAULA. Los maridos: pues por toda
una familia trabajan;
y por lo común es buena
familia la de su casa.

GRANAD. Yo digo que la mujer:
es útil, porque dilata
al mundo; y es infeliz,
porque es del mundo la esclava.

MARIQ. La mujer es: *Item* más,
que otra preguntica falta.
Y á la mujer ¿quién le hace
la guerra más declarada?
En fin, ¿quién es su enemigo
mayor, en una palabra?

JOAQUINA. Los mercaderes: con ellas
sus comercios adelantan,
y ellos las ponen en otros
comercios con que se atrasan.

PAULA. Yo digo que son los años,
pues con nosotras acaban.

PORTUG. Yo los cortejos: que á las
más nos traen alborotadas.

GRANAD. Yo digo que los espejos,
pues nos dicen en la cara
cosas que, aún al desmentirlas,
es imposible negarlas.

PAULA. Yo que los hombres: pues ellos
nos conducen con su labia
á lances que después son
pretexto de sus infamias.

TODAS. Es verdad. ¡Ah, sexo vil!
¿qué te han hecho estas cuitadas?

GRANAD. El hombre es: ¡cuántas maldades
hay debajo de sus capas!

PAULA. ¿Te parece que habrá menos
debajo de las casacas?

JOAQUINA. Pues los de los cabriolés
¿qué? ¿se quedarán en zaga?

MARIQ. El hábito no hace al monje,
queridas; aquí se trata
del sexo en común, pues él
al nuestro en común agravia;
y así contra él convoco
todas vuestras asechanzas.

PAULA. Pues, amiga, si resuelves...
(Levántase.)
que todas seis, conjuradas,
como cabezas de bandos
andemos de casa en casa,
de calle en calle, de corro
en corro, de plaza en plaza
sublevando el ofendido
sexo para la venganza,
tu amiga soy, valor tengo
y mala condición. ¡Habla!

GRANAD. Si resuelves que esta noche...
(Levántase con recato.)
de debajo de la almohada
saquemos á los maridos
los calzones, y mañana
en hábitos varoniles,
bien prevenidas de armas,
de coletos y caballos,
los citemos á la plaza
de los toros, donde, puestos
entrambos sexos en arma,
la victoria se decida
cuerpo á cuerpo y lanza á lanza,
yo soy un soldado: tú
dispón como generala.

PORTUG. Yo no me atrevo, señoras,
que, aunque el ánimo me basta,
si lo sabe mi marido
me ha de hartar de bofetadas.

GUERRERA. Yo, como muera matando
hombres, nada me acobarda.

JOAQUINA. Tampoco á mí; mas, señoras,
pensémoslo con cachaza.
Lo primero, no conviene

(1) Alude al sainete *Los propósitos de las mujeres.*

armarnos, porque embarazan,
pesa el acero, y nosotras
no jugamos á la espada.
Lo segundo, ellos están,
si atendemos su crianza,
delicados, pues ¿por qué
no podremos á puñadas
vencer? Esto es más seguro...
Andemos disimuladas
por Madrid, y al que pillemos
puñete seco, y que caiga.

MARIQ. Eso es delirar, amigas;
no os pretendo yo tan guapas;
sólo astutas y obedientes
os busco. No es su arrogancia
la que nos tiene ofendidas.
Sus obsequios, sus bizarras
expresiones, sus descuidos;
en fin, sus buenas palabras
y sus malas lenguas son
el móvil de mi venganza,
y la escena en que prevengo
desagraviar á las damas
y hacerles ver á los hombres
que no hay defecto, no hay tacha
nuestra de que no sean ellos
el origen y la causa.

GRANAD. Rabiarán los hombres.

MARIQ. Rabien.
Cuando á nosotras nos sacan
nuestros defectos ¿no dicen
que precisamente hablan
con las poco cuerdas, que
los abusos idolatran,
y que la crítica expuesta
en común á nadie agravia?

TODAS. Así es.

MARIQ. Pues así la traguen;
y si hay alguno á quien caiga
la doctrina, que la sufra,
que no es ninguna montaña.

PAULA. ¿Y es esa la pastoral
á que tienes convidada
tanta gente, y con que quieres
divertirnos esta Pascua?

MARIQ. No por cierto; que después
que peguemos la tostada
al masculino auditorio,
yo seré la que más haga
por divertirle, y porque,
si por fortuna le agrada,
no salga de aquí esta noche
con la bilis exaltada.

GRANAD. Con que, en fin, ¿cuál es tu idea?

MARIQ. Que no pongais repugnancia
en hacer cuanto os dijere,
dejandoos aseguradas
de que quedaréis airosas,
y ninguna, hásta que yo abra
mi intención, despegue el pico;
pero entonces apoyarla
á pies juntillas; y no hable
ninguna, sino fundada.

TODAS. Disponlo todo á tu arbitrio.

MARIQ. Pues en esa confianza
seguirme: nos armaremos
todas para la batalla.

TODAS. No correrá mucha sangre;
pero habrá sus cuchilladas. *(Vanse.)*

PAJE. *(Sale.)* ¿Señora? ¿señora? ¿dónde
se han metido estas urracas?
¿Señora? ¿se puede entrar?
(Llama al bastidor que supone puerta.)

MARIQUITA *(Dentro):*
¿Qué es lo que quieres? despacha.

PAJE. Que están ahí unos señores.

MARIQ. Diles que entren á esa sala,
que ya salimos nosotras.

PAJE. ¿Qué harán éstas encerradas
solas? Sin duda se están
beneficiando la cara.
Entren ustedes, señores.

(Salen ESPEJO, *de abogado;* PEREIRA, *de soldado, y* EUSEBIO *y* PONCE, *de militar.)*

ESPEJO. Pues ¿qué es esto? ¿Y las madamas,
dónde están?

PAJE. Creo que adentro
están un poco ocupadas;
no tardarán en salir...

EUSEBIO. Primero que las farsantas
por afición se previenen
de todas sus zarandajas
pasa mucho tiempo.

PEREIRA. Y esto,
¿es opera, serenata
ú comedia?

PONCE. A mí me han dicho
que es una *escena cantada
pastoral* muy pulidita.

PEREIRA. ¿Y qué, se hace en esta sala?

ESPEJO. No, señor; hay su teatro
en forma, con sus montañas,
sus árboles. En fin, luego
lo veréis.

PEREIRA. Pero ¿lo cantan
bien? que si no el aparato
sirve lo propio que nada.

ESPEJO. *Lo veredes*, dijo Agrages.

(Salen las seis, unas después de otras, con sus labores, verbigracia, la señora MARIQUITA, *con almohadillas; la señora* GRANADINA, *con una devanadera; la señora* PAULA, *dando sopas á un chiquillo; la señora* JOAQUINA, *dando de mamar á otro por debajo del capotillo; la señora* PORTUGUESA, *haciendo calceta, y la señora* GUERRERA, *haciendo media burda; todas con los ojos muy modestos.)*

MARIQ. Niño ¿por qué no avisabas...
al instante? *(Al* PAJE.*)*

PAJE. ¡No es mala ésa!

(*Ap.*) Si se acusaran las amas
de los falsos testimonios
que á los pajes nos levantan...

MARIQ. Tomen ustedes asiento
y perdonen la tardanza.

TODAS. Tengan ustedes muy buenas
noches. (*Se sientan.*)

MARIQ. Ahí hay sillas altas;
siéntense ustedes.

ESPEJO. ¿Están
estas mujeres borrachas,
ó me he equivocado yo?
(*Mira la casa.*)
No por cierto; esta es la casa.
Señora, disimular;
me tomé la confianza
de traer este par de amigos
para que admiren y aplaudan
vuestro primor.

MARIQ. Vos me honrais.

EUSEBIO. ¡Hombre! ¿Son estas las damas
tan locas, tan petimetras,
de tal chiste, de tal gracia
que nos traías á ver?

PEREIRA. ¿Es colegio de beatas
ó maestra de niñas? Yo
presto cogeré la rauta.

ESPEJO. Don Benito.

PONCE. Ya os entiendo:
dejarlo á ver en qué para.

ESPEJO. Señoras, ¿qué aplicación
es ésa en tiempo de Pascua,
después de holgar todo el año?

MARIQ. A la mujer ocupada
en su labor, sus haciendas,
su economía y crianza
de sus hijos, rara vez
el mal pensamiento asalta;
huye el riesgo y viene la
prosperidad á su casa.

TODAS. ¡Y qué cierto!

PAULA. ¡Ay, hijo mío,
no seré tan inhumana
yo que te fíe á las crueles
variedades de una ama!

GRANAD. Con su labor cada una,
he aquí qué bien se pasa
el tiempo sin murmurar
ni pensar en cosas malas.

TODAS. ¡La aplicación es gran cosa!

PONCE. Señoras, si esta es matraca
que queréis darnos, y hacernos
rabiar un poco, ya basta,
y vamos á divertirnos.

MARIQ. Si toda la gente falta
¿cómo se ha de hacer la fiesta?

EUSEBIO. La mejor fiesta, madamas,
será la conversación,
que ese es el pasto del alma.

MARIQ. Pues ¿nos negamos nosotras
á eso? Daremos mil gracias
á ustedes si, mientras tanto
que estas labores se acaban,
ustedes, como discretos,
alguna historia relatan
de las mujeres insignes
que algún tiempo tuvo España,
verbi gracia: la señora
reina Isabel, cuya fama
cuenta que toda su ropa
y la de su esposo hilaba.
Usted, señor capitán,
que habrá visto tierras tantas,
nos instruye de los medios
que toman en la crianza
los extranjeros, de que
nace que sean á la Patria
también útiles las hembras;
y usted, que tiene tan rara
y copiosa librería,
algún libro nos señala
donde instruirnos podamos
y salir de las opacas
tinieblas de la ignorancia
con que todos nos ultrajan.

EUSEBIO. ¿Historia? Nuestras historias
las contamos á las damas
cuatro dedos del oído.

PONCE. No era empresa poco ardua
pretender que un petimetre
disertase en una sala.

PEREIRA. ¿Pedirme á mí observaciones?
¿Le parece á usted, madama,
que ese es mi oficio, cuando
voy asistir una plaza?

ESPEJO. ¿Libros? ¡Bueno! A la mujer
con saber hilar le basta,
que ellas no han de manejar
las plumas ni las espadas.

MARIQ. (*Aparte.*) No echar nada en saco roto
de cuanto dicen, muchachas.

PAJE. (*Sale.*) Señora, ya está aquí el amo,
con todos sus camaradas.

(*Salen* NICOLÁS, CALDERÓN, ESTEBAN, BARTOLO, NISO *y los que restan, á excepción de* CHINICA É IBARRO.)

NICOLÁS. ¿Señores?... ¡qué pocos somos!
Tendremos muy poca entrada
á la función... Mas ¿qué es esto?
¡Mujer! ¡Tú tan desaseada!
Y habiendo gentes de fuera,
¿tienes la poca crianza
de coger esa almohadilla?
(*Quitasela con ira.*)
¡Si el respeto no mirara
de los que nos favorecen!...

GRANAD. Padre, la mano.

CALDERÓN. Levanta.

¿No sabes que eso no es moda?
Y dime, infame, ¿esa aspa
á qué viene? ¿Te crío yo
para mujer ordinaria?
Si alguno de los presentes
con intención te mirara
de boda, ¿qué entendería?
que eras alguna aldeana;
y más con esa indecencia
¿No tienes trajes y batas
con que lucir?

NICOLÁS. Caballeros:
ó dejémoslas por fatuas
á todas, ó cada uno
contenga á la suya.

ALGUNOS. ¡Vayan
fuera todos los trebejos!

(*Se los quitan y entran dentro.*)

EUSEBIO. Dé usted ese chiquillo al ama.

(*A* PAULA, *y le quita el niño.*)

Señora; ¿no sabe usted
que las mujeres se acaban
de ese modo? Que lo pague
ó que reviente su alma,
vuestro marido, que á vos
os importa más la gracia
del semblante que cien hijos.

MARIQ. Cada máxima es un ámbar.
¿Y vuestra hija, don Gerundio?

NISO. Yo he creído que ya estaba
aquí; fué con un amigo
á pasear; pero ya tarda.

ESPEJO. Estando soltera, creo
que no hacéis bien en fiarla
de un hombre.

NICOLÁS. Discurro ha ido
con ellos una criada.

BARTOL. Yo creo que mi mujer
ya hubiera venido.

MARIQ. Vaya
usted por ella.

BARTOL. ¡La otra!
¿Os parece que está en casa?
Habrá ido á la comedia.

ESPEJO. Pues ya es hora de que salgan.

BARTOL. Me consta que ha ido con un
amigo, y no hago yo falta.

MARIQ. ¡Todo esto es bueno!

(*Aparte á las otras.*)

PAJE. (*Sale.*) Señora:
mis señoras doña Hilaria
y doña Irene.

(*Salen en batas muy petimetras las señoras* PACA, *con* CHINICA, *y la* MÉNDEZ, *con* IBARRO.)

MARIQ. ¡Queridas!

PACA. Perdona por la tardanza,
que es muy larga la función;
y después ha sido tanta
la confusión de los coches...

CHINICA. No, señor; que son las malas
providencias. Los corrales
habían de tener tantas
puertas como coches van
cada día. Si me hallara
yo gobernando á Madrid
fuera otra ccsa.

IBARRO. Madama,
aquí tenemos asientos.

EUSEBIO. A lo menos estas damas
vienen decentes.

PONCE Y PEREIRA. ¡A ellas,
y fuera la gente rara!

MARIQ. Asientos hay para todos.

GRANAD. Hija, ¿no ves cómo cargan
á las petimetras? (*Aparte las dos.*)

MARIQ. ¡Lindo!
¡Todo saldrá á la colada!

(*Se sientan á un lado todos, rodeando á las dos que han venido, y al otro las seis solas, y* NICOLÁS *y* ESPEJO *se quedan como absortos en medio, y hablando aparte.*)

MARIQ. ¡Querida; es de muy buen gusto:
puedes darle muchas gracias
al pariente!

BARTOL. No por cierto;
que no sufre tantas ancas
mi pobre sueldo; es un *filis*
que ha tenido esta mañana
el amigo.

CHINICA. Suelo yo
tener estas humoradas
con licencia del amigo.

BARTOL. Bien sabéis vos que en mi casa
os respetan más que á mí.

MARIQ. Ya tengo con abundancia
los textos: vamos ahora
á poner el juicio en tabla.
Marido mío, ¿en qué piensas?

NICOLÁS. Al amigo ponderaba;
que no hay por dónde entenderos,
mujeres. Tengan las raras
paciencia, que he de decirlo:
voluntariosas, ingratas,
gastadoras, poco instruídas,
presumidas, y aplicadas
sólo adornos que vestir.

MARIQ. (*Repite.*) ¡Voluntariosas, ingratas! etc.

TODAS. ¡El señor nos agasaja!

MARIQ. Y lo peor es que le sobra
la razón. Y usted, á tanta
criminalidad ¿qué dice,
seo letrado Calabaza?

ESPEJO. Que le sobra la razón.

MARIQ. Y á ofrecerse ¿lo probara
usted con leyes del reino?

ESPEJO. Sí, señora, y lo afianzan
las del derecho civil.

MARIQ. Pues salga usted, salga, salga
conmigo aquí en medio, á
la palestra literaria,
que con la ley del derecho
natural á mí me basta
para hacerles ver que si
somos las mujeres malas,
tienen los hombres la culpa.

NICOLÁS. Hoy estás loca; repara
que hay gentes de cumplimiento.

MARIQ. ¿Por qué no lo reparabas
tú primero, di? y ¿por qué
cuando en papeles, en farsas,
en las tiendas y corrillos,
en los paseos y plazas,
se murmura de nosotras
á destajo, no reparan
los hombres en opiniones,
cuanto más en pataratas
de la urbanidad? Y así,
siéntese ahí como una estaca
y tache los argumentos
que aquí le hicieren las damas.

(Pónense dos sillas en medio del teatro; en la de la derecha se sienta ESPEJO, *y en la de la izquierda se van sentando las que hablan.)*

PAULA. *Adsum*: Tomemos la cosa
en su origen, porque vaya
metódicamente, y vamos
al hecho sin gastar saliva.
Nace una niña, y el padre,
porque la mujer le engaña,
ó porque le quita el sueño
dándole dos noches malas,
se levanta atolondrado,
pregunta por cualquier ama,
sale, entrega sin saber
si es judía ó es cristiana,
y á muerte ó á vida, dice:
«Toma, y allá te las hayas.»
Tiene una madre cariño
á la cría, verbi gracia,
como yo; llega un don Lindo
y la dice que se acaba
con criar; de que presento
aquí un testigo que acaba
de hacerlo. La madre
entra en sospechas de flaca,
templa el cariño, creyendo
que se le arruga la cara,
y la da á criar, ó la
cría desenamorada.

ESPEJO. Tiene razón.

GRANAD. Esta niña
viene después á su casa,
y el padre, con que es pequeña,
y todo le cae en gracia,
la sufre que á los criados
los envía noramala,
que no se aplique, porque
con la razón adelantan
luego más; y á los siete años
se reduce su crianza
en ir á una maestra necia,
adonde aprende las mañas
que Dios sabe. A los diez años,
á algunas se le señalan
maestros de música y baile
para cuando les dé gana
de dar lección. Cuando quieren
van á la Comedia; bajan
al Prado, y sus instrucciones,
sus propiedades, sus almas...
En fin, es casualidad
que salgan buenas ó malas.

ESPEJO. Tiene razón.

MARIQ. Estas niñas
aspiran á ser casadas
en todo el mundo las más;
pero, por nuestra desgracia,
en España todas, pues
no dándonos en España
aplicación á las artes
ni al comercio, por las vanas
ideas de que envilece
el trabajo y de que ensalza
la ociosidad, es preciso
recurso de las muchachas
agarrarse al primer hombre
que quiera echarse la carga.
Aquí entran ellos; dejemos
razones, por no ser largas,
y doy el texto. Nosotras
tuvimos hoy la humorada
de vestirnos con modestia
y parecer aplicadas:
usted ha visto que nadie
nos ha dicho una palabra,
y que aquestas dos señoras,
aunque traen joyas y galas,
porque no traen las cotillas
de moda, y puestos en plata
cuatro diamantillos, que
no valen lo que se paga
por la hechura, están aquí
corridas y desairadas.
Luego, amigos: los afeites,
los lazos, la extravagancia
de tantas modas, y el menos
recato de que se achaca
á las solteras, es cargo
de que llevais á la rastra
vosotros la culpa, pues
si ellas vieran que cazaban
con la modestia, muy pocas

serían desbaratadas.
¿Que somos necias? Pregunto:
los hombres ¿de qué nos tratan
en las tertulias? Delante
de las niñas, en las casas
¿de qué se trata? De modas,
de visitas y de danzas.
Pues de ellas ¿qué más queréis,
si en lo que oyen adelantan?
Dicen: «Vamos á buscar
conversación», las casadas.
Si hay marido que no viene
sino á dormir á su casa;
si hay marido que desea
que su mujer ande guapa
sin dárselo él; si hay marido...
pero de maridos basta.
Si hay tan malos hombres que
de las locuras se pagan,
huyen de donde ven juicio,
que el bolsillo no desatan
sin mala intención y, en fin,
si teniendo declarada
potestad sobre nosotras
los hombres, así nos tratan:
ver en conciencia ¿por quién
la justicia se declara?

ESPEJO. ¡Tienen razón! Denme ustedes
(*Arrojándose á sus pies con la peluca y sombrero.*)
cincuenta y cinco patadas
á mí el primero, y después
sacúdanles otras tantas
á los presentes.

CHINICA. Pues ¿cómo,
quien debía la demanda
tomar por todos, así
les concede las ventajas?
¡Si me pongo la golilla
yo... verán!... (*Enfurecido.*)

ESPEJO. No son las malas
estas razones que apuntan,
sino las que reservadas
se quedan, y yo conozco;
y así, la silla plantada,
pro tribunali, me siento
y sentencio la demanda.
«En vista de las razones
que el bello sexo declara
á su favor, y testigos
convencidos que señala,
sentencio que las mujeres
queden aposesionadas
en todos sus privilegios,
derechos, franquicias, gracias
y demás inmunidades
que á ellas les diere la gana...
Las permitimos usar
de todas las hojarascas
con que engañan á los hombres,
si así los hombres se engañan.
Asimismo se las deja
en posesión de las galas,
joyas, alhajas, dineros,
que con sus artes y mañas
puedan sacar á los hombres.
Item más: se las declara
señoras de todo el sexo
masculino, y se le manda
se deje manejar de ellas,
pues no sabe manejarlas.
Impedimos á los hombres
solteros el engañarlas,
los celos á los casados,
y á todos el desairarlas,
en ausencia ni en presencia.
Y para desagraviarlas
encargamos á los mozos
se dediquen á obsequiarlas;
y mandamos que los viejos
al alcance no las vayan,
no hallándose en el estado
de servir cuatro campañas
en América; y si alguno
vulnera estas ordenanzas,
sea varón ó sea mujer,
por las leyes ordinarias
condenamos á los hombres
en todas las costas. Dada
en el Corral de la Cruz
el primer día de Pascua.»

TODOS. Esta es muy pesada burla.

GRANAD. Preciso es disimularla,
amigos; y para que
el enfado se deshaga,
seguirme todos adonde
otra función os aguarda
en la *Pastoral*, no menos
divertida y harto rara.

TODOS. Guía, que ya te seguimos.

IBARRO. Esperando que las ansias
con que servimos conozca
Madrid, y llegue á premiarlas.

(*Con todos.*)

Con el perdón que pedimos
humillados á sus plantas.

32

El Petimetre

1764 [1].

Siempre están en las casas
de los hombres de moda
los libros desairados
y las plumas ociosas.
Y los espejos claros
aun están más de sobra,
pues no los desengañan
y aumentan el error con la lisonja.

PERSONAS

D. Soplado.
D. Zoilo, *abate.*
D. Monico.
D. Modesto.
D. Simplicio, *barba.*
Doña Verónica, *mujer de Don Simplicio.*
Doña Tecla, *su hija.*
Doña Plácida, *su hija.*
Tararira, *criado de Don Soplado*
Un lacayo *del mismo.*
Juana, *criada de Doña Verónica.*
Un majo.
Un peluquero.

(*El teatro representa la cámara de un caballero soltero, con unos taburetes, un tocador, una mesa con algunos libros y multitud de frasquitos, cajas, etc.*)

(*Salen* Tararira *y el* Lacayo, *uno con el vestido y un cepillo, y otro con las ligas, peinador, etc., que colocan sobre alguna otra mesa ó silla.*)

Tararira. Dejemos eso, que ya
parece que se levanta
el amo.
Lacayo. Y aun sale aquí,
si el oído no me engaña.

(*Sale* Don Soplado, *en bata, despeinado ó con cofia, esperezándose.*)

D. Sopl. ¿Ha venido el peluquero?
Tararira. Más ha de dos horas largas
que espera en el tocador.
D. Sopl. ¿Qué tal está la mañana?
Tararira. Como de otoño, y aun hoy
está mucho más templada,
porque hay tal cual nubecilla.
D. Sopl. ¿Y qué hora es?
Tararira. Las diez dadas.
D. Sopl. ¡Oh!, pues siendo tan temprano,
hasta la hora de que salga
quizá saldrá el sol. Prevenme
el otro vestido de aguas
y galones.
Tararira. ¿Y si llueve?
D. Sopl. ¿Qué quieres que yo le haga?
Estando en el entretiempo,
¿he de llevar paño ó lana
y que se rían de mí?

[1] Impreso por el autor en su colección: tomo III, pág. 121, y reimpreso por Durán en la suya: I, 500.

Lacayo. Otros le llevan.
D. Sopl. Gentualla
que sólo tiene un vestido,
ó personas chavacanas
que los dogmas del buen gusto
no consultan ó no alcanzan.

(*Sale el* Peluquero.)

Peluq. Señor, ¿vamos despachando?
D. Sopl. Estoy pronto, aunque hoy es vana
vuestra queja, que no es tarde.
Tararira, las toallas.
Tararira. Aquí están. ¿De cuál manteca?
D. Sopl. Ninguna: trae la pomada
de jazmines.
Tararira. Está todo.
D. Sopl. Sólo ese libro me alcanza;
diré entre tanto el oficio.
Este quede aquí y tú saca
el vestido que te dije.
Tararira (*Aparte*):
Mientras se peina esta dama
bien puedo almorzar, oir misa
con sermón y no hacer falta. (*Vase.*)
D. Sopl. *Ro ro ro ro ro:* mirad
(*Como que reza entre dientes.*)
que ayer dicen que llevaba
tres pelos más en un lado
y un canto de real de plata
más levantado ese bucle.
Ro ro ro ro ro. Con gracia
este tupé; como ayer;
bien.
Peluq. ¿Lo aprobó alguna dama?
D. Sopl. Me dijo la marquesita,
y que no es mujer de chanzas,
que no había visto en su vida
cosa más bien acabada.
Ro ro ro ro ro. ¿Peinaste
ayer á doña Lisarda?
Peluq. No, señor; sólo la puse
la gran cofia.
D. Sopl. ¿Estaba mala?
Peluq. Yo no sé.
D. Sopl. *Ro ro ro ro.*
Una cosa de importancia
tenía que preguntar,
y no hay forma de acordarla.
Ro ro ro ro. Justamente,
ya me acuerdo. ¿Doña Laura
por qué os dejó?
Peluq. La dejé
yo, porque no me pagaba.
D. Sopl. Pues ¿cómo?
Peluq. Me hizo dejar
tres ó cuatro parroquianas,
ofreciéndome millones
porque no la hiciese faltas,
y después en año y medio

no la pude sacar blanca,
y aun me tiene por allá
cincuenta pesos.

D. SOPL. Más alta
la atadura, porque vean
que son esmalte de Francia
los broches del corbatín
y se distinga la holanda
que vuelve del cabezón.

(Sale TARARIRA.*)*

TARARIRA. Esperando en la antesala
don Mónico y don Modesto
están, con don Zoilo Maza,
que ha tres días que llegó
de París.

D. SOPL. ¡Fineza rara
es verme sin aguardar
que á cumplimentarle vaya!

(Salen los tres con TARARIRA; *se levanta y se abrazan.)*

D. ZOILO. ¡Señor don Soplado!

D. SOPL. ¡Amigos!
Señor don Zoilo, no alcanza
mi cariño qué razón
hay para que desairada
dejéis á mi urbanidad
anticipándoos con tanta
brevedad. ¿Créeis que ignoro
los ritos de la crianza
y venís á reprenderla
antes de poder culparla?

D. ZOILO. Al contrario; porque veáis
que vivo en la confianza
de nuestra antigua amistad,
no he querido que os cansárais
en ir, estando yo fuera.

D. SOPL. ¡Eh! los asuntos de tabla
creed que no los ignoro.

D. MOD. No es una ciencia muy alta
la de las visitas; pero
sí creo que es la más ardua
y difícil.

D. MÓNICO Añadid
á eso lo delicada.

D. SOPL. Es más de lo que parece.

D. MÓNICO Ya sé; el hombre que alcanza
á manejar en la corte
las etiquetas con gracia
sabe cuanto hay que saber.

D. ZOILO. Es la ciencia más abstracta
al juicio de los humanos.

D. MOD. Y en la razón tan fundada,
que ningún hombre de juicio
penetra sus pataratas.

D. SOPL. Sillas para estos señores,
Tararira.

D. ZOILO. ¡Cosa rara
es por cierto el apellido!

D. MOD. No tal; es la más hidalga
en la corte su familia,
pero es la más dilatada.

D. SOPL. Todo lo habéis de notar.
Así se le ha puesto en casa
por lo alegre que está siempre.

TARARIRA. Y porque á mi amo le agrada
este nombre más que cuantos
en el Calendario estampan.

PELUQ. Por Dios, señor, que ya es tarde.

D. ZOILO. Nuestra visita embaraza,
y más que estábais rezando.

LOS TRES. Adiós.

D. SOPL. No, que para nada
me podéis dar sujeción
vos, siendo de confianza,
y el rezo ya está acabado.

(Tira el libro sobre la mesa.)

PELUQ. ¡Y con qué devoción! ¡Vaya,
que edificará á cualquiera!

D. SOPL. Y cuando no se acabara,
esto se hace el día que uno
se está por demás en casa
un rato. Vaya, los polvos,
y tú puedes traerme agua
para lavarme. *(Siéntanse.)*

TARARIRA. Está bien. *(Vase.)*

D. MÓNICO Ausencia ha sido bien larga
la que habéis hecho, don Zoilo.

D. ZOILO. Diez años y medio.

D. MÓNICO ¡Qué ansia
tendríais de volver!

D. ZOILO. Por cierto
que en mi vida lo pensara
si hubieran mis asistencias
alcanzado á la bizarra
ostentación que es forzosa
en un extranjero que anda
con privilegios de noble
corriendo cortes extrañas.

(Sale TARARIRA.*)*

TARARIRA. Aquí está el agua, señor.

D. MOD. Poco os debía la patria,
señor don Zoilo.

D. ZOILO. Tan poco,
que sólo pudo, en la rara
melancolía que tuve
desde que me vi en España,
aliviarme la amistad
de los finos camaradas.

D. MOD. ¿Tan bien os han parecido
otras cortes?

D. ZOILO. Cosa extraña
es que vos lo preguntéis
habiendo corrido tantas.

D. MOD. Confieso hallé en cada una
muchas cosas que ilustraran
mi entendimiento, mas no

que me apagasen la llama
del amor al patrio suelo.

D. Zoilo. Pues yo traía ya echada
la cuenta de no pararme
en Madrid ni una semana;
pero en estos cuatro días
he observado que se halla
digno tal cual de que yo
le habite. Está adelantada,
en lo que cabe, la gente.
Ayer comí en una casa
y estuvo aquello mediano;
no hubo las extravagancias
de la sopa guarnecida,
ni lo de pichón por barba.
Había un lindo trinchero
de menestra, otro de pasta,
un fricasé, una compota
y una ó dos pollas asadas,
que para quince de mesa
es comida muy sobrada.
Ya la amanece el buen gusto
en el mueblaje; las casas
se adornan de cornucopias,
en vez de petos y lanzas,
y ya ven los españoles
que el papel y las indianas
para vestir las paredes
les hacen muchas ventajas
á los cuadros de Velázquez,
Cano, Ribera, que llaman
el Españoleto, y otros
pintorcillos de esta laya.
Parece se ha propagado
el cultivo hasta las caras.
Aquel bruto desaliño
del cabello y de la barba
que hacía nuestra nación
tan terrible á las contrarias,
ya dócil á beneficios
del jabón y las pomadas,
por donde quiera que vamos
van diciendo nuestras fachas
que somos gente de paz:
ya nadie al vernos se espanta,
pues yace oculto de miedo
el duelo ó la patarata
de aquel honor que fundaron
en ser las doncellas castas,
muy religiosas las viudas,
recogidas las casadas,
los ancianos venerables,
los niños de cera blanda,
los hombres ingenuos y
muy hombres de su palabra;
que porque me dijo mientes...
porque me sopló la dama...
ú otras tales bagatelas
¿he de andar á cuchilladas?
Hubo entre nuestros antiguos
gentiles extravagancias.

D. Mod. Gentiles serían; pero
ahora no son muy cristianas.

D. Sopl. Aunque no hubiera en Madrid
(*Lavándose.*)
otra cosa que esta masa
para lavarse las manos,
debía ser celebrada
nuestra edad.

D. Mod. No es en los hombres
mucho primor manos blandas.

D. Sopl. Antes sí, que si se ofrece
bailar una contradanza,
es feliz preservativo
de ofender la de una dama.

D. Mod. ¡Perfecta frase!

D. Sopl. Las ligas.

Tararira. Extienda usted bien la pata,
las apretaré á conciencia.

D. Sopl. Pues ya que de eso te encargas,
hazlo con juicio y esmero,
y mas que otra cosa no hagas
bien en tu vida, porque
no puede haber mayor tacha
en un hombre de honor, ni
puede hacer mayor infamia,
que profanar un estrado
con las medias arrugadas.

D. Mod. Extraño vuestro concepto,
pero más la tolerancia
del martirio que sufrís.

Tararira. Pues no es cosa tan extraña
el dar unas ligaduras
á quien el sentido falta.

D. Sopl. A título de bufón
dice cuanto le da gana.
El vestido.

Tararira. Ya está aquí.

D. Zoilo. Muy marcial está, y es grata
la horma, señor don Soplado.

Tararira. Y eso que hoy no está apretada
la cotilla.

D. Sopl. Pero ved
qué pecho, qué airosa manga.

D. Zoilo. El calzón es algo estrecho.

Tararira (*Aparte*):
La conciencia sí que es ancha.

D. Mónico Aquí llevais una mota.

D. Sopl. ¿Mota, yo? Si no mirara
á los señores... ¡yo mota!
¡voto á!... ¡una mota!... ¡ahí es nada
el defecto! ¿de qué sirve
á un hombre lo que trabaja
por mantener su opinión,
si en manos de esta canalla
va un hombre siempre vendido?

D. Modesto (*Aparte*):
En una mota repara

por afuera, y por adentro
estará lleno de manchas.

D. SOPL. El reloj.

TARARIRA. Ahí va con todos
sus cascabeles.

D. SOPL. Las cajas.

TARARIRA. Dos, tres, cuatro, cinco...

D. SOPL. Espera,
y los frasquitos alcanza;
iré mojando pañuelos,
no me vea en la desgracia
del otro día.

LOS TRES. ¿Qué fué?

D. SOPL. Varios pañuelos llevaba
rociados de las mejores
y más exquisitas aguas,
y se le antojó el olor
de clavel á cierta dama:
pidiómele, y yo que acaso
entonces no le llevaba,
discurrid cuál quedaría
sorprendido, hecho una estatua,
corrido. Estos son los lances
en que los hombres atrasan
sus carreras, y es un caso
que en las historias no se halla;
por eso ahora siempre voy
hecho una botica.

D. MOD. (*Aparte.*) ¡Vaya,
que si así prosigues, pronto
en ti mismo habrás de usarla!

D. MÓNICO En todo sois primoroso.
(*A* DON SOPLADO.)
Don Modesto, esta enseñanza
habíais de tomar.

D. ZOILO. ¿Os dura
todavía aquella avara
propensión hacia los libros?

D. MOD. Y siempre con más constancia;
esas son las diversiones
sin riesgo.

D. MÓNICO Vos con tan rara
manía os volveréis loco.

D. SOPL. Y sin alguna sustancia
ni especial utilidad.
Ved qué diferencia se halla
de vos á mí, y qué distinto
concepto tienen las damas
de los dos: vos, estudiando,
ignoráis cómo agradarlas;
yo con sólo presentarme
las agrado y me idolatran,
de modo que unas con otras
por mis obsequios se arañan.

D. MOD. Dichoso sois: ¡ay de quien,
con la estrella más contraria,
vive inclinado á quien nunca
se enternece de sus ansias!

D. SOPL. Vos tenéis la culpa, pues
os inclináis á beatas,
que tienen el dar la mano
á un hombre por grave falta
de su recato, por culpa
asomarse á una ventana
sin celosía. ¿Visitas,
cuando madre no está en casa?
¡Jesús, y qué liviandad!
Eso es ser galán de marras.
Amigo, *marcialitate;*
menos amor y más maulas;
menos conceptos, más bulla;
menos decoro, más labia,
ó meterte luego fraile,
porque dudo que halléis dama
tan boba, tan doña Elvira
y de tan poca crianza,
que por quereros de veras
ponga en opinión la fama
del buen gusto.

D. MOD. ¿Y qué es buen gusto?

D. ZOILO. Yo os lo diré: una fantasma
que como á los racionales
entes les anima el alma,
á los entes petimetres
anima invisible para
que se esfuercen á salir
de las jerarquías bajas
de su especie, hasta ocupar
la sublime; y se señalan
estos felices sujetos
ya en la hechura de las cajas
que llevan, ya en los relojes,
ya en la conducción gallarda
del aire, de la figura,
ya en la guarnición extraña
y colores del vestido,
y finalmente en la gracia
inconcusa con que se hacen
preferir de las muchachas.

D. SOPL. Eso es lo cierto: vos nunca
me disputaréis la palma.
El espadín.

D. MOD. Mucho siento
tengamos tan encontradas
opiniones; pero, amigos,
esa es una faramalla
de ociosidad peligrosa,
y quien las mira con casta
intención, evitar debe
con razón cuerda y cristiana
el riesgo de que le engañen
y el delito de engañarlas.

D. SOPL. Quien tenga dinero suelto
(*Mirándose al espejo.*)
déle medio real de plata
por la plática.

D. MÓNICO. ¿Y á dónde
vais desde aquí?

D. Sopl. Si tocaran
por ahí á misa, la oyera
primero; si no, haré varias
visitas hasta la una,
que entonces, aunque sea larga,
en el Buen Suceso, como
hay concurrencia tan varia,
está un hombre divertido.

D. Mónico. Vamos todos de reata
á presentar al amigo
á las hijas y madama
de don Simplicio.

D. Sopl. Es verdad,
y, amigo, hay una que canta
grandemente.

D. Zoilo. ¡Grandemente!...
(*Burlándose.*)
Al que viene de la Italia,
hecho á oir aquellas orquestras,
que en la menor serenata
hay cuatrocientos violines,
ciento y dos trompas de caza,
cien oboes y ochenta bajos,
¿qué efecto queréis que le haga
una mujer?

D. Mod. Ser mujer
española la que canta.

Todos. Vamos allá.

D. Sopl. Tararira,
ponte al instante la capa
y llévalas esas flores. (*Vanse.*)

Tararira. Haráse como lo manda;
pero antes es menester
lavarme también la cara,
y rociar todos los trapos.
Vamos adentro, Panarra,
me ayudarás á vestir.

Lacayo. Yo me voy ahora á la plaza
por los postres.

Tararira. Es preciso
componernos, que en la casa
del tamborilero todos
saben danzar la pavana.

(*Vanse, y cayendo otro telón de salón, que desfigure la primera escena, sale* Doña Tecla, *de petimetra.*)

D.ª Tecla. Milagro es que me han dejado
sola este rato siquiera
para estudiar la tonada.
Voy ahora á ver qué tal suena
en el clave, porque aquí
sale mi padre, no sea
venga con alguna de
sus muchas impertinencias.

(*Vase y sale* Don Simplicio, *en bata y gorro, los zapatos en chancleta, una media negra puesta y cosiendo la otra.*)

D. Simpl. Más que la de San Francisco
es larga la tal carrera,
y el punto está en que ha tres horas
el punto final no llega.
Mas ya he perdido la aguja;
¡voto á la...! que no hay paciencia
para sufrir tanto, y eso
que yo la tengo tremenda.
¡Juana!

(*Sale* Doña Verónica, *cosiendo una cinta á una venera.*)

D.ª Verón. ¿Qué quieres á Juana?

D. Simpl. Que me componga esta media,
que ya me canso.

D.ª Verón. No puede,
que está ocupada allá afuera
con aquel mozo paisano
que suele venir á verla,
y rabiará si la llaman.

D. Simpl. Pues, mujer, dame cualquiera
aguja y proseguiré.

D.ª Verón. Por milagro hallé yo ésta.

D. Simpl. ¿Y qué es lo que estás cosiendo?

D.ª Verón. Una cinta á una venera
de un amigo.

D. Simpl. (*Acercándose.*) ¡Qué bonita!
¡Hola! esta parece nueva.

D.ª Verón. ¡Qué lerdo eres! Más de cien
veces se la has visto puesta.

D. Simpl. Soy hombre de vista gorda;
no riñas por eso. ¡Tecla!

(*Sale* Doña Tecla *embelesada leyendo un papel de seguidillas.*)

D.ª Tecla. (*Leyendo.*)
«Es en glorias pasadas
el pensamiento
unas veces verdugo
y otras consuelo.
Y en las futuras,
á veces esperanza
y á veces duda.»

D. Simpl. ¡Tómate, que embelesada
sale estotra en su leyenda!
Tecla, ¿no oyes que te llamo?
(*Recio.*)

D.ª Tecla. No lo oigo: ¿Qué nos vocea
usted? Y será todo ello
al cabo una friolera.

D. Simpl. El agrado que tú gastas
con tu padre es cosa bella:
cóseme esta carrerita.

D.ª Tecla. ¡Tómate!, ¿y para eso eran
las voces? Estoy ahora
divertida en estas nuevas
seguidillas y no puedo.

D. Simpl. Es razón que me hace fuerza;
dame aguja y yo lo haré.

D.ª Tecla. Con mucho gusto, á tenerla;

pero ni aun sé dónde para
la almohadilla.

(*Sale* DOÑA PLÁCIDA *con un legajo de comedias en la mano.*)

D.ª PLÁC. ¿Qué comedia
de éstas, madre, es la mejor?
D.ª VERÓN. A ver qué títulos. Esta,
que tiene gran travesura
de lances y toda ella
es un arte de requiebros.
¡Ahí verás qué estratagemas
se aprenden para engañar
á un viejo padre que vela
el caro honor de sus hijas,
y luego, á pesar de rejas
y llaves, con qué primor
á sus padres se la pegan!
D. SIMPL. No se le escapará nada,
que la muchacha no es lerda;
es capaz de traer al
retortero dos docenas.
Plácida, dame una aguja
para coser esta media.
D.ª PLÁC. ¡Ay, padre, mal viene usted!
¿Yo aguja? Desde la feria
pasada, que á don Pepito
le puse una escarapela
en el sombrero, no sé
ni si las hay en la tienda.
D. SIMPL. Este es el diablo que quiere
que yo pierda la paciencia;
pues no ha de ser, aunque salga
hoy á la calle en calcetas.
D.ª TECLA. (*Aparte*):
Oyes, Plácida, repara
qué dada está á la tarea
madre.
D.ª PLÁC. ¡Tómate!; ¡no es cosa!
Todo su talento emplea
en rizar aquella cinta.
D.ª TECLA. ¡Bien le merece la pena!
D.ª VERÓN. ¡Si voy yo á las habladoras...!
D.ª PLÁC. Señora, son cosas nuestras.
D. SIMPL. Déjalas que hablen, mujer.
Chicas, ¿tengo yo otras medias?
D.ª TECLA. Mire usted si la criada
las tiene acaso compuestas.
¡Juana!

(*Sale la* CRIADA.)

CRIADA. ¡Qué Juana, señores!
¡No estamos con mala flema,
y nadie ha oído misa en casa!
D. SIMPL. ¿Pues qué? ¿es hoy día de fiesta?
D.ª VERÓN. Despacha y ve tú primero,
que sobrado tiempo queda.
D.ª TECLA. A la una aquí en la parroquia
hay misa, pero es eterna.

(*Llaman.*)

CRIADA. Voy á echarme la basquiña
y á ver quién llama á la puerta.

(*Vase.*)

(*Sale* TARARIRA.)

TARARIRA. Señoras, besoos los pies.
A traer esta primavera
vengo de parte de mi amo.
D.ª VERÓN. Señor Tararira, ¿era
hora de vernos?
TARARIRA. Pues ¿cuándo
Tararira no está en esta
casa, si no en realidad,
in mente?
D.ª TECLA. ¡Grandes fachendas
tiene vuestro amo!

(*Salen los cuatro caballeros y* DON SOPLADO *delante.*)

D. SOPL. ¡Dichoso
quien á tan buen tiempo llega,
que oyó en tus labios su nombre!
(*Ap.*) ¡Y dirán que el leer comedias
no es útil! Este concepto
¡á fe si viene á la letra!
LOS CUAT. Señoras, á vuestros pies.
LAS DAM. Señores, á la obediencia.
D.ª VERÓN. Tecla fué la que os nombró.
D.ª TECLA. Pues no la creais fineza,
que nos tenéis enfadadas.
D.ª VERÓN. Muy tonta eres en dar quejas
á nadie, que el que quisiere
venir ahí tiene la puerta,
pero nunca echamos menos
al que no viene.
D. MOD. (*Aparte.*) Embustera
que á todos dice lo propio,
y es envidia manifiesta
á aquellas casas adonde
son norias las escaleras
y arcaduces los galanes,
que unos salen y otros entran.
D. SOPL. Señoras, ustedes digan
lo que gusten; pero vean
si es suficiente disculpa
de tardar hoy la asistencia
á este amigo, que ayer vino
de París.
D. ZOILO. Con buena estrella,
pues no bien pisé del puerto
las suspiradas arenas,
cuando mi dicha al alcázar
de las tres Gracias me lleva.
D.ª VERÓN. Vos seais muy bien venido;
que ya habéis dado la muestra
de vuestro mérito.
LAS DOS NIÑAS. Ved
si hay en qué serviros pueda
esta casa.
TARARIRA. Esto se llama
mueble nuevo.

D. MÓNICO. Aunque no es esta
mi casa, con el favor
que sus dueños me dispensan,
en ella, y en mi posada
podéis mandar.
D. SIMPL. Mis ofertas,
caballero, valen poco
en esta casa, pues de ella
sólo sé que soy el dueño
cuando el casero me llega
á pedir el alquiler;
pero al fin, propia ó ajena,
la ofrezco, *sub conditione*
que mi mujer lo consienta.
D. SOPL. ¿Qué hacéis, señor don Simplicio?
D. SIMPL. En coser esta carrera
me divertía, y perdí
la aguja.
D.ª VERÓN. Pues toma ésta...
D. SIMPL. Dios te lo pague.
D.ª VERÓN. Que yo
ya acabé esta friolera.
D. MÓNICO Yo conozco esa alhajita.
¿Y á dónde está el dueño de ella?
D.ª VERÓN. Fuera de Madrid.
D. MÓNICO. Pues ¿cómo,
ha conseguido licencia?
D.ª PLÁC. Ha de volver esta tarde
y salió á las ocho y media
esta mañana.
D.ª VERÓN. Si no
seguro está que saliera.
D.ª TECLA. Madre, mire usted que es tarde.
D.ª VERÓN. De recibiros de priesa
y en esta pieza de paso,
por hoy la disculpa sea
el que no hemos oído misa.
D. SOPL. ¡Jesús, y qué arco de iglesia!
Del mismo color estamos
los tres; pero á bien que cerca
la tenemos á la una.
D.ª PLÁC. Apenas tiempo nos queda
de ponernos las basquiñas.
D. SOPL. Vereis cómo se remedian
tan grandes inconvenientes.
(*Vase.*)
D.ª PLÁC. Venga usté aquí, Juan enreda,
¿qué va usted á hacer?
D. SOPL. (*Dentro.*) Al instante
voy allá con la respuesta.
D. SIMPL. El tal don Soplado es
muchacho de gran viveza.

(*Sale la* CRIADA *de mantilla con el* MAJO *y tocan dentro.*)

CRIADA. Señores, el primer toque,
no hay que descuidarse.
D.ª PLÁC. ¡Ah, perra!
¡qué bravamente has pelado
la pava!
CRIADA. Su horita y media;
desquítense luego ustedes.
MAJO. Vaya, dos horas de arenga,
verás qué breve te dejo.
CRIADA. Vaya, hijo, no te enfurezcas,
que esto está acabado.
D.ª VERÓN. (*Al* MAJO.) Digo,
venga usted con su vihuela
esta noche, que ser puede
que algunas amigas vengan
y se baile un rato.
MAJO. Bien;
se hará como usté lo ordena.
Vamos, chica. ¡Brava loca
es tu ama!
CRIADA. Se la lleva
el diablo cuando á las hijas
ó á mí alguno nos festeja.
MAJO. ¡Mujer extraña!
CRIADA. No tal,
que hay otras muchas como ella.

(*Vanse los dos y sale* DON SOPLADO *con tres basquiñas y tres mantillas.*)

D. SOPL. Caballeros, cada uno
le sirva de camarera
á una señora, y así
despacharemos apriesa.
D. MÓNICO Venga aquí la de madama.
D.ª VERÓN. Esta es.
D. ZOILO. Ya que me franquea
la suerte casualidad
tan feliz, delito fuera
no lograrla.
D.ª TECLA. Me conformo,
que aquí no somos de aquellas
que lo mismo que apetecen
fingen que lo menosprecian.
D. SIMPL. ¿Qué basquiña llevas, hija?
D.ª VERÓN. ¿Qué, necesitas tú verla?
¡Afuera, que hace calor!
Los parientes una legua.
D.ª PLÁC. ¿Qué milagro es que os dignais
(*A* DON MÓNICO.)
hacer tan grande fineza
conmigo? Ved que mi madre
quizá formará una queja
de este obsequio, que tan mal
en servirme á mí se emplea.
D. SOPL. Señorita, un hombre solo
para tantas incumbencias
es poco, y es fuerza que obre
en algunas con tibieza.
D.ª VERÓN. Don Soplado, una palabra:
¡bravamente se aprovechan
los instantes!
D. SOPL. ¿Ignoráis
que á Dios hemos de dar cuenta
de los instantes ociosos?

D. MOD. ¡Y qué bien que los emplea!
D.ª VERÓN. ¿Qué sujeto es este abate?
¿de aquellos que se adocenan
en la estimación?
D. SOPL. Señora,
vos le hacéis una tremenda
injusticia. Este sujeto
ha ido á estudiar las ciencias
á las cortes. Trae secretos
para disimular pecas
del rostro, limpiar blondinas,
quitar manchas, lavar medias,
y otros grandes intereses
de la nación.
D. MÓNICO. (*Quieto.*) La pulsera,
que se le ha caído á madama.
D. SOPL. Perdonad la inadvertencia.
TARARIRA. Don Modesto, ¿cómo ahora
sobre llevarse la prenda
no se tiran los galanes?
D. MOD. La culpa tienen aquellas
que han puesto en tan bajo precio
los favores que cualquiera
puede haberlos: y las cosas
se estiman conforme cuestan.
D.ª TECLA. Señor abate, mil gracias.
D. ZOILO. Mandad cuanto se os ofrezca,
que, aunque soy abate, no
soy inclinado á la iglesia.
(*Tocan dentro.*)
D. SIMPL. Hijas, el segundo toque.
D.ª VERÓN. ¿Quién la mantilla me echa?
D.ª TECLA. ¿Quién me tira esta basquiña?
D.ª PLÁC. ¿Quién un rosario me presta,
que no sé dónde está el mío?
D. SOPL. Ahora un libro cualquiera
es más moda que el rosario.
D.ª PLÁC. No tengo.
D. ZOILO. Para una urgencia
la *Guía de forasteros*
basta. (*Dásela.*)
D.ª VERÓN. (*A* DON SIMPLICIO.) Tú en casa te queda,
y si tarda la criada,
echa al puchero la especia
y di á quien venga que espere,
que á la misa de una y media
ó de las dos puedes ir.
D. SIMPL. Voy á ponerme las medias
y á obedecerte.
TARARIRA. ¿Podrá
ser verdad esta comedia?
D. MOD. (*Aparte.*) Yo no lo sé: lo que es cierto
que va la crítica á tientas;
el cogido calle, y diga
el que no: ¡ande la rueda!

(*Vanse los petimetres agarrados de las manos de las damas, detrás, burlándose,* DON MODESTO *y* TARARIRA; DON SIMPLICIO *por el otro lado y se da fin.*)

33

El sarao [1].

SAINETE NUEVO PARA LA FIESTA DE PASCUA DE PENTECOSTES.
COMPAÑÍA DE MARIQUITA LADVENANT.

1764 [2]

(*Selva corta. Salen* NICOLÁS *y* ESPEJO, *de capas y sombreros, por un lado, y por otro* EUSEBIO, IBARRO *y* PONCE, *de petimetres.*)

ESPEJO. Retirándonos del Prado,
vamos hacia Recoletos,
que allí hay menos confusión.
NICOLÁS. Antes, señor don Tadeo,
me parece que no puede
darse país más ameno,
más vario y más divertido,
más agradable y más fresco.
ESPEJO. Poco á poco, que probaros
todo lo contrario puedo
¿Cómo ha de haber diversión
adonde anda tan ligero
el cuidado, y donde dan
á cada paso un tropiezo
la curiosidad de algunos
y de otros el devaneo?
¿qué viento, si no sacais
de las cabezas el viento?...
NICOLÁS. Quede para otra ocasión
apuntado ese concepto,
y reparad en don Braulio,
don Dionisio y don Ruperto
qué galanes vienen.
ESPEJO. ¡Hola!
Curiosos nos acerquemos
á averiguar el motivo.

(*Salen* PONCE, EUSEBIO *é* IBARRO, *de petimetres.*)

EUSEBIO. Buena noche me prometo,
pues la gente que decís
toda es útil.
IBARRO. Ya podemos
pensar en irnos allá.
PONCE. Aún se están en el paseo

---

1) En el impreso puso el autor, según costumbre, estos versos como lema:

De este y otros Periquitos,
con semejantes talentos,
¡cuántos en las sociedades
aspiran al mejor premio!

(2) Impreso en el tomo VII, pág. 505 de la colección del autor, y por Durán, II, 119. Reproducimos el texto del manuscrito que sirvió para la representación (Bib. Munic.: leg.: 1-169-34) con las aprobaciones y licencias que van al final, para que pueda juzgarse de las modificaciones hechas después por el autor en su obra.

muy despacio las señoras;
siempre cuando comencemos
á bailar serán las nueve.

NICOLÁS. Buenas tardes, caballeros.
LOS TRES. Amigos, á la obediencia.
PONCE. ¿De capa? pues ¿cómo es esto?
NICOLÁS. No parece extraño el traje
de la hora, el sitio y el tiempo.
EUSEBIO. ¡De capa un día de Pascua!
ESPEJO. Y usted, ahora que me acuerdo,
¿no estaba de capa y cofia,
en misa en el Buen Suceso,
á la una y media del día?
EUSEBIO. ¿Y qué tiene que ver eso
con esotro? Esta mañana
me levanté con intento
de no hacer visita alguna,
y le dije al peluquero
se volviese hasta la tarde,
porque estuviera más bello
para esta noche el peinado.
NICOLÁS. ¿Pues qué? ¿hay algo de provecho
que hacer?
PONCE. Reciben de novia,
en casa de don Anselmo,
á la mujer de aquel hombre.
ESPEJO. ¿Quién es aquel hombre?
NICOLÁS. Un viejo
que casó con una niña
linda.
ESPEJO. ¡Pobre caballero!
NICOLÁS. El otro día madama
me convidó; mas protesto
que se me había olvidado.
PONCE. Aún tenéis sobrado tiempo
si queréis ir.
NICOLÁS. He salido
con este amigo, y no quiero
ni es razón dejarle solo.
ESPEJO. No, don Lope, yo os absuelvo
de ese escrúpulo; marchad
á bailar y buen provecho.
EUSEBIO. Poneos un peluquín
y una casaca y marchemos
todos juntos.
ESPEJO. Yo ni bailo,
ni enamoro, ni refresco,
con que no tengo á qué ir.
NICOLÁS. Otro motivo hay más de esos
para ir á un baile.
ESPEJO. ¿Cuál es?
NICOLÁS. Observar los movimientos
de todos y murmurar
con el vecino.
ESPEJO. Ese es bello
rato; pero es menester
tener un buen compañero
y tela de que cortar.
NICOLÁS. Nunca ésa falta; y en siendo
uno buen sastre, murmura
de lo malo y de lo bueno.
EUSEBIO. Sin duda don Periquito
va allá, pues viene tan puesto
de punta en blanco.
PONCE. ¿No ha de ir,
y está para bastonero
elegido?
EUSEBIO. Pues, señores,
hagámosle mil obsequios
y ganemos este amigo,
que es el poderoso medio
para aprovechar la noche.
PONCE. El es un gran majadero,
que apenas sabe leer,
incapaz de todo empleo
político ú militar;
pero es hombre de talento
para dirigir un baile.
ESPEJO. De modo que no hay sujeto
tan universal que sea
capaz de todo manejo,
y es felicidad de un hombre
ser útil para un empleo.

(*Sale* CHINICA, *muy petimetre, con un librito de música.*)

CHINICA (*cantando.*) «*La rara la la*», etc.
Cadena con los costados;
se retiran á sus puestos,
y después la diferencia.
Dudo yo que se haya puesto
contradanza más bonita
jamás.
TODOS. ¡Oh, señor don Pedro!
CHINICA. Señores.
EUSEBIO. ¿Tan divertido?
CHINICA. Aquí me iba entreteniendo
con unas contradancillas
nuevas que inventadas llevo
para esta noche.
PONCE. Cuidado
que no tengan mucho enredo,
y en explicarlas se pierda
media noche.
CHINICA. Yo las tengo
con las sillas de mi cuarto
bien ensayadas, y creo
no tengan dificultad.
EUSEBIO. Vaya ¿y qué gente tenemos?
CHINICA. Mucha y buena. Van dos hijas
de aquel francés...
NICOLÁS. Ya lo entiendo:
serán grandes bailarinas,
porque al padre yo le tengo
por un gran danzante.
CHINICA. A todos
les debe el propio concepto.
Va también doña Joaquina...
NICOLÁS. Muchacha de bello genio.

CHINICA. Doña Paula...

NICOLÁS. Esa me dicen
que no le tiene tan bueno.

CHINICA. Va también la otra madama,
mujer del otro extranjero,
y no va el marido.

NICOLÁS. Es mucho,
porque la quiere en extremo.

CHINICA. Va la dueña de la casa.

ESPEJO. Esa no irá.

NICOLÁS. Si está dentro,
¿á qué ha de ir?

CHINICA. También usted
parece un poco chancero.
Y yo también voy; y pues
aquí nada que hacer tengo
y allá hago falta, señores,
buenas tardes y hasta luego.

EUSEBIO. Cuidado, que á los amigos
en unos días como éstos
se les sirve.

CHINICA. Muchas veces
no puede uno todo aquello
que quiere; pero bien sé
que debe un buen bastonero
tener perfecta noticia
de personas y deseos;
tener cara de baqueta,
tener cabeza de hierro,
más paciencia que un casado
y los pies algo ligeros.
Memoria para guardar
abanicos y pañuelos;
sé que es de su obligación
prestar guantes y sombreros;
saber las genealogías,
para evitar parentescos;
ser autor de contradanzas,
aprovechador del tiempo,
atrasar mucho el reloj,
dar de beber á los ciegos,
despavilar las bujías,
procurar que estén contentos
los maridos y las madres,
y, además de todo esto,
no ser nada escrupuloso,
y ser hombre de secreto.

NICOLÁS. ¡No hay otro don Periquito!

ESPEJO. ¡Válgame Dios! En los reinos
grandes ¡qué de habilidades
hay ocultas y sin premio!

CHINICA. A leer y á escribir me pueden
ganar todos; pero á esto,
á mentir, á hacer cositas
de gasa y á jugar juegos
de prendas, no temo á nadie.
Hasta despues, caballeros.
(Vase deprisa.)

ESPEJO. ¡Qué paso lleva! Por ver
oficiar á este muñeco
solamente, estoy tentado
de ir yo también al festejo;
además, que como soy
amigo de don Anselmo,
se holgará de verme entrar
sin convidarme.

NICOLÁS. Pues si hemos
de ir, á ponernos vamos
decentes, que hay poco tiempo.

EUSEBIO. ¿Y á dónde hemos de esperar
nosotros?

NICOLÁS. Sin cumplimientos;
nosotros iremos solos;
ustedes vayan derechos
y en esperar no se cansen.

LOS TRES. De ese modo obedecemos:
hasta después. *(Vanse.)*

LOS DOS. Id seguros
de que estamos allá presto.

ESPEJO. ¡Vamos, que el don Periquito
me ha gustado por extremo!

(Entranse por distintos lados, y descubriéndose el salón corto, se verá adornado de asientos, con algunas cornucopias y una araña, que estarán encendiendo RAFAEL *y* CAMPANO, *de pajes, y salen las señoras* GRANADINA, *de señora, en bata ó traje de tontillo, y las* SÁNCHEZ *y* GUERRERA, *de criadas.)*

GRANAD. Pues ha dado la oración,
muchachos, id encendiendo
las luces, que es regular
se vengan desde el paseo
ó comedia las amigas.

GUERRERA. Yo juzgo que ya los ciegos
están ahí.

GRANAD. Bartolo mío,
¿en cuánto?

CAMPANO. ¡Reniego de ellos!
No los pude hacer venir
en menos de doce pesos;
refrescan como señores
y beben como tudescos.

GRANAD. Pero ¿vienen ajustados
hasta el amanecer?

CAMPANO. Cierto.

GRANAD. Pues cuenta decirle á tu amo
la mitad, que yo pretendo
que no gruña, y supliré
de mi bolsillo secreto
la otra mitad.

GUERRERA. Su merced
sale.

(Sale BARTOLO, *en bata y gorro.)*

BARTOLO. ¿Ya están encendiendo
y aún hay media hora de sol?
Haces bien, hija; gastemos
todo en un día, y después

se ayunará los trescientos
y sesenta y cuatro más
del año.

CAMPANO. Si no es bisiesto,
que entonces habremos de
ayunar un año entero.

GRANAD. Hijo, ¿por qué no te vistes?
Parece que haces empeño
en darme que sentir.

BARTOLO. ¡Vaya
que es gente de gran respeto
para mí la que aguardamos!

GRANAD. Pero lo es de cumplimiento,
por ser primera vez que
vienen á favorecernos
algunos.

BARTOLO. De esos favores
diles nos hagan los menos
que puedan. ¡No es mal favor
tener un rato estupendo
hoy á mi costa, y mañana
burlarse de mi dinero!

(*Sale* CHINICA.)

CHINICA. A los pies de usted, señora.
Compadre ¿de gorro? ¡Cierto
que estais decente! Decid,
¿os habéis al paso puesto
para recibir visitas
ó para espantarlas?

BARTOLO. Quedo,
que ya me voy á poner
más guapo que un Gerineldos.
(*Vase.*)

GRANAD. ¿Está decente la sala
y bastante clara? Hablemos
sin ceremonia; ved que en
vuestras manos encomiendo
la noche, don Periquito.

CHINICA. Quizá faltarán asientos,
y están algo separados;
supongo que no es defecto,
que después le arrimará
cada uno á su gusto.

GRANAD. Creo
que ha parado coche. Niños,
abrid la puerta, y si es cierto
bajad á alumbrar.

CAMPANO. ¿Con qué?

GRANAD. Con una vela de sebo,
que está en una palmatoria
prevenida.

LOS PAJES. Voy corriendo. (*Vanse.*)

GRANAD. Don Pedro; como que sale
de vos, iréis previniendo
á todos que se ha omitido
la molestia del refresco;
y después á los que quieran
tomar algo, que tenemos
prevenido un ambigú
en una pieza de adentro.

CHINICA. Eso es lo mejor.

(*Sa'en las señoras* MARIQUITA *y* JOAQUINA.)

LAS DOS. ¡Amiga!

GRANAD. Queridas, la mano os beso.

MARIQ. Yo te beso á ti la cara,
que la tienes como un cielo.

GRANAD. Ya lo sé; pero ¡ay, amiga,
que no pasa un alma!

MARIQ. Bueno;
ya sabes que entre nosotras
no se atraviesan misterios.

GRANAD. Vamos, hijas, al estrado.

JOAQUINA. Bien estamos, que harto tiempo
nos queda de estar sentadas.

MARIQ. Sabe usted, señor don Pedro,
que estamos para servirle.

CHINICA. Yo soy el que me intereso,
y me debiera ofrecer;
pero tengo igual respeto
en ausencia que en presencia
á mis amigos.

JOAQUINA. ¡Qué lerdos
son, hija, tus convidados!

MARIQ. No es tarde; nosotras hemos
sido demasiado vivas.

CHINICA. Si ustedes fueran de genios
dóciles, las suplicara
cansaran los instrumentos
cantando alguna cosi'la.

GRANAD. Ha dicho bien; decid luego
que entren, no se estén demás.
(*Vase* CHINICA.)

MARIQ. Yo estoy pronta á que cantemos
lo que tú quieras.

CHINICA. Aquí
están, señoras, los ciegos.

(*Salen* ESTEBAN, ANTONIO *y* JUAN MANUEL, *de ciegos.*)

CIEGOS. Dios les dé muy buenas noches.

GRANAD. ¡Qué indecentes y qué puercos!
ponedlos á aquel rincón.

ESTEBAN. Temprano se empieza esto.

MARIQ. ¿Acompañan tonadillas?

J. MAN. Cante usté y no tenga miedo,
que al oído cualesquiera
cosa le acompañaremos.

MARIQ. Yo no canto sola.

GRANAD. Vaya,
entre las dos.

MARIQ. Me convengo.

(*Tonadilla á duo.*)

(*Salen las señoras* PAULA *y* PORTUGUESA, *con* LADVENANT *y* BLAS, *de oficiales.*)

PAULA. Eso me parece bien.

MARIQ. Hijas, nos entretenemos
las dos á solas.

CHINICA. Pues yo
¿qué? ¿soy algún estafermo?
GRANAD. ¡Jesús, qué tarde!
PAULA. No riñas;
que nosotras no tenemos
la culpa; los dos señores
la han tenido.
GRANAD. Yo lo creo;
que os tendrían divertidas.
Venid y nos sentaremos.
PAULA. ¡Vamos! hasta que se enrede
(Aparte á BLAS.)
el baile ponerse lejos.
BLAS. ¿Por qué razón? No, señora,
que yo con quien vengo vengo.
PAULA. Parece mal.
BLAS. ¿Qué más tiene
antes que después? No entiendo.
GRANAD. Ved que parece que llaman.
CHINICA. Señora, estos caballeros.

(Salen PONCE, EUSEBIO *é* IBARRO.)

LOS TRES. A los pies de usted, señora.
GRANAD. Señores, sin cumplimiento
y hasta que la novia venga,
no hay reservados asientos.
LADVEN. Así ha de ser; lo demás
es convidar á tormento
y no á divertirse.
EUSEBIO. Yo
lo que me dejen acepto.
GRANAD. Vaya, señor don Dionisio,
que aunque procuréis atento
disimular, en la cara
se os conoce todo el fuego.
(Siéntanse alternados.)
MARIQ. ¡A buena hora! ¿No me visteis
cuando salí de paseo? *(Bajo á* EUSEBIO)
EUSEBIO. No, señora.
MARIQ. No lo extraño;
porque hay muchos embelesos
en el Prado.

(Saca la cabeza BARTOLO, *de militar, á un bastidor.)*

BARTOLO. Ya parece
que esto se va componiendo.
Baile y comedias caseras
son unos ratos muy buenos
en casa de los amigos,
y en las propias un infierno.

(Sale CAMPANO.)

CAMPANO. La señora novia viene.
MARIQ. Fuerza es que nos levantemos
á recibirla.
BARTOLO. Salgamos
ahora que hay bulla.

(Salen la señora PACA, *con* NISO *de la mano, muy bizarros, y después* NICOLÁS *y* ESPEJO, *de militar, y por el otro lado* BARTOLO.)

GRANAD. Lo bueno
siempre se hace desear.
PACA. El feliz es mi deseo,
que se logra en vernos juntas.
NIC. Y ESP. Señoras, á vuestro obsequio.
BARTOLO. Señoras, besoos los pies.
¿Qué hay, amigo don Alejo?
¿Cómo va de novio?
NISO. Amigo,
mejor que no de soltero;
algún flatillo acomete,
pero en lo demás me siento
admirable.
MARIQ. ¡Ea, queridas!
las molestias excusemos
y á sentarse.
NISO Hazme un ladito,
hija.
PAULA. Nosotras le haremos
á los demás.
GRANAD. Eso no,
que este sólo es privilegio
del novio.
BARTOLO. Amigos, acá
todos los que somos ceros
en el baile.
ESPEJO. Ahí entro yo,
que, sin convidarme, vengo
solo por acompañaros.
BARTOLO. ¡Cuánto, amigo, lo celebro!
MARIQ. ¡Qué bien tocada que vienes!
(A PAQUITA.)
¿Viste tocado más feo
ni más ordinario? *(A* PAULA.)
PAULA. Embiste
la mujer. Está muy bueno.
¿Quién te peina?
PACA. Una criada.
GRANAD. Don Periquito ¿qué hacemos?
CHINICA. Aguardo el orden.
GRANAD. Pues vaya
á los novios los primeros.
CHINICA. Présteme usted, y perdone,
ese bastón.
LADVEN. Es muy vuestro.
EUSEBIO. Don Pedro, yo avisaré
cuando he de salir.
MARIQ. Don Pedro,
si yo tengo de bailar
no me saquéis con don Diego.
NICOLÁS. Don Pedro, cuenta que yo
nunca bailo si no llevo
buena compañía.
PAULA. Digo,
ya sabéis que yo no puedo
dar un paso si no bailo
con oficiales.
GRANAD. Don Pedro
¿qué hacéis?

CHINICA. ¡Si todos me llaman!
Ya voy. Se están disponiendo
las cosas. Toquen ustedes
(*A los* CIEGOS.)
minuetes cortos y nuevos
de claro compás. Señores
novios, que me honréis espero.
PACA. Vamos allá.
NISO. Ello es preciso
hacer un hombre un esfuerzo.

(*Tocan piano siempre, de modo que se oigan los versos; y el bastonero no cesa de andar sacando, y los minuetes se bailan cortos, midiendo la representación á los tiempos.*)

JOAQUINA. ¡Qué frío que me ha dejado
el novio el lado derecho!
(*A* MARIQUITA.)
MARIQ. Pues de ese modo la novia
tendrá helado todo el cuerpo.
NISO. ¡Qué linda estás! (*Al pasar.*)
PACA. Calle usted.
NISO. Ya te he dicho que no quiero
que me trates de ese modo.
NICOLÁS. El amigo don Alejo (*A* ESPEJO.)
¡cómo la obliga!
ESPEJO. Bastante
se ayuda, pero le temo.
PONCE. ¡Lástima de primavera
es que la siga el invierno!
(*A la* PACA *al pasar.*)
PACA. ¡Jesús, qué vergüenza!
TODOS. ¡Vítor!
(PAULA *y* NICOLÁS.)

NICOLÁS. Mil días ha que apetezco
esta dicha.
PAULA. Si es verdad,
mucho lo habéis encubierto.
MARIQ. Bien baila, pero presume,
GRANAD. Tiene muy bonito cuerpo;
pero lo demás no es cosa
NICOLÁS. ¡Qué bella!
PAULA. ¡Qué lisonjero!
ESPEJO. Anda, hijo; estos apartes
son bonitos, pero serios.
En empezando á bailar
por mayor ¡allí te quiero!

(PORTUGUESA *y* EUSEBIO.)

MARIQ. Don Pedro ¿no me sacáis
á bailar? Mal bastonero
hacéis.
CHINICA. Señora... Es preciso
cumplir con todas...
MARIQ. No quiero
bailar; me he desazonado.
CHINICA. (*A la* GRANADINA.)
Salga usted ahora. ¡Reniego
del oficio!
GRANAD. Vaya usted
y sáqueme con don Diego.
CHINICA. Está bien. (*Va á* PONCE.)
EUSEBIO. Perfectamente
bailais. (*Al pasar.*)
PORTUG. Es favor que os debo.

(GRANADINA *y* PONCE.)

PONCE. ¿Había de llegar la hora?
GRANAD. Callad, que luego hablaremos.
CHINICA. Ahora sigue usted.
LADVEN. No bailo.
CHINICA. Usted va después.
BLAS. No quiero;
y sepa el chiquilicuatro
que la tropa es lo primero
en todas partes.
CHINICA. Amigo,
es mucho negocio esto
para un hombre solo, mas
esto se acaba; saquemos
á contradanza.

(*Saca el libro y habla á todos como que cita.*)

GUERRERA. Nosotras
creo que no cataremos
el baile.
MÉNDEZ. ¡Qué sosería
de baile!
GUERRERA. Yo ya me duermo.
ESPEJO. No perder las esperanzas,
que luego habrá taconeo.
CHINICA. Los nombrados, y unas luces
para que toquen los ciegos
por el papel.
J. MAN. Diga el nombre,
que acá todas las sabemos.
CHINICA. «La inimitable».
CIEGOS. En buen hora.
CHINICA. Pues, señores, esto es ésto:
Zarcé, alemanda, arcos dobles,
cuatro caras, y á sus puestos.

(*Previénese, para las censuras, que este baile y el siguiente entre ocho serán más decentes que las seguidillas, que se permiten sin reparo, como se verá en su ejecución en el teatro.*)

(*Señoras* MARIQUITA, PAULA, JOAQUINA, PORTUGUESA, *con* NICOLÁS, EUSEBIO, PONCE *é* IBARRO *bailarán esta contradanza, y acabada dice* CHINICA):

CHINICA. Los nombrados, que la gracia
está en no perder el tiempo.
MARIQ. Muy linda es la contradanza;
pero seria.
CHINICA. (*A la* GRANADINA.) Suponiendo
la gracia de usted, he sacado
á las muchachas, que quiero
poner una más alegre
y muy extraña.

GRANAD. Yo apruebo
cuanto haga usted.

CHINICA. Pues *allons*:
«la Chispa», y yo también entro
en ella para guiarla.

BARTOLO. Todos nos calentaremos
ya que la casa se quema.

ESPEJO. Bien dicen; no hay hombre cuerdo
á caballo.

CHINICA. Poco á poco,
hasta que nos enteremos.

(*Señoras* GRANADINA, PAQUITA, GUERRERA *y* MÉNDEZ, *con los cuatro que parezca.*)

TODOS. Muy graciosa y muy extraña.

NISO. Si aquí mucho me detengo,
me han de alborotar la niña.
Hija, bueno está lo bueno;
vamos á casa.

TODOS. Es temprano.

(*Levántanse todos.*)

PAULA. Ya es hora de recogernos
también nosotras. Agur,
amiguita.

JOAQUINA. Mucho agradezco
el buen rato.

UNOS. Adiós, señoras.

GRANAD. Los que se queden, adentro
á cenar alguna cosa;
y entre tanto dispondremos
cantar después un juguete.

TODOS. Eso ha de ser lo primero.

GRANAD. Vamos, que en mí, por serviros,
no hay acción que no sea obsequio.

NICOLÁS. Lo propio sucede á todos,
esperando que por premio

(*Con todos.*)

el indulto de las faltas
dichosos conseguiremos [1].

---

(1) Van á continuación estas aprobaciones y licencias:

«He visto y reconocido *El Sarao* ó sainete nuevo que antecede, y no advierto en él cosa que se oponga á los dogmas de fe ó buenas costumbres; así lo siento en éste de la Santísima Trinidad de Madrid, y junio 7 de 1764.—*Fr. Alonso Cano.*

Extiéndase. (*Rúbrica.*)

Nos el licenciado don José Armendáriz y Arbeloa, Presbítero, Abogado de los Reales Consejos y Teniente vicario de esta villa y su partido, etc. Por la presente, y por lo que á Nos toca, damos licencia para que se pueda representar y represente el sainete antecedente, titulado *El Sarao*, mediante que de nuestra orden ha sido visto y reconocido y no contiene cosa alguna que se oponga á nuestra santa fe y buenas costumbres. Dada en Madrid á 7 de junio de 1764.—*Ldo. Armendáriz.*—Por su mandado, *José Muñoz de Olivares.*

Madrid 8 de junio de 1764.—Con las letras de las tonadillas, pase al censor de comedias y con lo que dijere traigase. (*Rúbrica*).

Madrid 9 de junio de 1764. — Señor: Este sainete de *El Sarao*, con dos tonadillas que le acompañan, una á tres, del *Sacristán*, y otra, también á tres, del *Granadero*, pueden representarse, ejecutándolo con la modestia correspondiente, por no hallar embarazo que se oponga á su permiso, si fuere del agrado de V. S. concederle. Este es mi parecer, salvo, etc.—*Nicolás González Martínez.*

Ejecútese con arreglo á las censuras.—*Luján.*

Señor Ceballos.—Por remisión de la Sala he visto este sainete, y no hallo reparo se represente bajo las censuras antecedentes.—Madrid 9 de junio de 1764. (*Rúbrica*).»

34

Las resultas de los saraos.

1764 [1].

(*La escena se representa en una sala donde hay un clave y sillas desordenadas y uno ó dos espejos.*)

(*Sale* GRANADINA *sola, atándose el delantal y restregándose los ojos, y la* PACA *regañándola.*)

PACA. Vamos, muchacha, acomoda
esos taburetes presto;
sacúdelos bien y pon
en su lugar esos ruedos.
Barre esta sala, ¿no ves
que las once están cayendo
y empezarán á venir
varias gentes?

GRANAD. Si se fueron
á las seis de la mañana,
los más cuasi sin aliento
de haber estado bailando
desde anoche, yo no creo
que vuelvan ahora.

PACA. Tú eres
muy necia y no entiendes de eso.
Si antes de echarte á dormir
lo hubieras dejado hecho,
yo me ahorrara de decirlo
y tú te ahorraras de hacerlo.

GRANAD. ¡Lástima fuera! ¿Qué? ¿acaso
no somos de carne y hueso
las criadas? Solamente
he descabezado el sueño.
¿Y usted por qué no se ha echado?

PACA. Porque esta noche tenemos
el baile en casa del tío,
y descomponer no quiero
el peinado, que ayer noche
á porfía le aplaudieron.
Yo me voy al tocador;
tú adereza con silencio
la sala, pues padres duermen,
y si alguno viene á vernos,
di que estamos recogidas
si es alguien de cumplimiento,
y avísanos al instante
si es alguno de los nuestros.

GRANAD. Extraño que usted me explique

---

(1) *Inédito.* Bib. Munic.: leg. 1-169-15. Copia antigua. Es distinto de *El reverso del sarao.*

á mí esas cosas, sabiendo
sé mi obligación.

PACA. A veces,
que otras nada de provecho
sueles hacer. (*Vase.*)

GRANAD. Es que entonces
estoy como que no quiero.
¡Vaya vaya, lo que puede
la presunción! Porque el pelo
no se descomponga, deja
de echarse á dormir: ¡qué bueno
estará el mío! No está (*Mírase*)
tan malo, y á fe que tengo
quien, peinada y despeinada,
me diga algo y me haga gestos.

(*Canta.*)

«Es en glorias pasadas
el pensamiento», etc.

(*Representa.*)

¡Hallazgo!... ¡qué linda flor!
Esta la derribó el viento
del baile ó vino prendida
de mano de peluquero.
A ver qué tal está en mí:
bien dicen que á lo trigueño
cualquier cosa le está bien.
¡Cuántos de los que vinieron
ayer noche hubieran dado
por mi cara su dinero!
Supongo que no faltó
quien, aunque tenía el cortejo
en la sala, iba á fumar
de cuando en cuando allá dentro.

(*Canta.*)

«De Madrid se nos vino
la Ladvenana,
y ya está en mi pueblo», etc.

(*Llaman.*)

(*Al trabajo, mirándose siempre que pasa por los espejos.*)

(*Representa.*)

¿Quién es? Será el comprador:
¡qué pelmazo! Aún no está puesto
el puchero, ni ha traído
recado para ponerlo
el picaporte.

(*Sale* Niso, *de militar, muy serio.*)

NISO. Adiós, niña;
¿y tu amo?

GRANAD. Aún está durmiendo.

NISO. ¿Qué? ¿ha pasado mala noche?

GRANAD. Como hizo de bastonero
en el baile, quedaría
molido.

NISO. (*Se sienta.*) Le esperaremos
un rato á que se levante;
y si no tú entrarás luego
á decirle quiere verle
precisamente el casero.

GRANAD. En mal día viene usted,
porque en la cena y refresco
gastó mucho, y aún se debe
la cera, el vino y los ciegos.

NISO. Pero para la función,
de aquí ó de allí hubo dinero,
y nunca hay para pagar
la casa, y debe año y medio.

GRANAD. Si usted no viene á otra cosa,
que se ahorre le aconsejo
el porte y vuelva otro día.

NISO. Déjame que tome aliento,
hija, que vengo cansado.

GRANAD. Por mí, señor, desde luego
se puede usted estar ahí hasta
que vengan los nazarenos.

NISO. ¿Te embarazo?

GRANAD. No me estorba,
que es lo propio y no es lo mesmo.

NISO. Tiene despejo la chula.
¿De dónde eres?

GRANAD. Del Infierno.

NISO. ¿Y cuándo vas á tu tierra?

GRANAD. En ella estoy.

NISO. ¿Cómo es eso?

GRANAD. ¡Si nací en el callejón
de la Plaza (1), junto al peso,
señor!

NISO. Ya se te conoce.
¡Vaya! toma un caramelo.

GRANAD. Me dan tos.

NISO. Antes la quitan.

GRANAD. ¿Qué sabe usted, caballero?
Es muy al revés de todas
la complexión que yo tengo.

GUERRERA. (*Dentro.*) ¡Mariquilla!

GRANAD. Entra, Tomasa.

GUERRERA. (*Sale.*) ¡Mujer! ¿aún estás en eso?

GRANAD. ¿No sabes el desbarate
de cualquier casa en habiendo
función? Pues esto es aquí,
que si entraras allá dentro,
todo está hecho un laberinto.

GUERRERA. ¿Me das el chocolatero
y los vasos de mi casa?

GRANAD. Tú entrarás después por ellos
si los conoces, que yo
sólo sé que allí hay quinientos
vasos, jícaras y platos;
pero yo no sé sus dueños.

GUERRERA. Pues se quebraron bastantes.

GRANAD. Esos menos tendré luego
que fregar.

NISO. Escucha, niña.

(1) Callejón llamado del Infierno y hoy de Siete de Julio.

GRANAD. Bien oigo.
NISO. No me chanceo.
Dile á tu amo que me espere
en casa, que presto vuelvo.
GRANAD. ¿A qué, si no tiene un cuarto
ni esperanzas de tenerlo?
NISO. Como él me dé una alhajita
de su casa, yo le ofrezco
no pedirle el alquiler.
GRANAD. ¿Qué cosa?
NISO. Yo la estoy viendo,
y ella me está viendo á mí.
GRANAD. No la queréis vos.
NISO. La quiero.
GRANAD. Pues mucho ha de dar encima,
que, si es una que yo pienso,
vale más que el inquilino,
el alquiler y el casero.
NISO. Adiós, picarilla. (*Vase.*)
GRANAD. Agur.
GUERRERA. ¿Qué te decía el abuelo?
GRANAD. Como es ya señor mayor,
me daba buenos consejos.
GUERRERA. ¿Tienen tus amas también
fandango esta noche?
GRANAD. ¡Y bueno!;
que durará hasta mañana.
GUERRERA. Con eso nos juntaremos
en mi cuarto por la tarde
á echar el agua á calderos,
á bailar toda la noche;
que ya prevenido tengo
al paje se vuelva á casa
con algunos compañeros,
y veréis qué broma armamos.
GRANAD. Me parece que es muy tieso
y muy Quijote tu paje.
GUERRERA. Ni le habrá de mejor genio;
todo el día está jugando
con nosotras; yo le quiero;
mucha lástima es que no
le saque mi amo un empleo,
que es muchacho para todo.

(*Sale* BLAS, *de comprador y aguador.*)

BLAS. ¡*Alabadu* sea Dios!
GRANAD. ¡Bueno!
¿Es bella hora de venir?
BLAS. *You* vine á la hora que *puedu.*
GRANAD. ¿Y qué? ¿no traes nada?
BLAS. Nada.
GRANAD. ¿Y el recado?
BLAS. ¿Y el *dineru?*
GRANAD. El amo te lo dará.
BLAS. Pues que me *lu* dé y *trairélu.*
GRANAD. Pues ¿hasta ahora no has suplido?
BLAS. De *esu* pende *todu el cuentu,*
que el *diabro cuartu más supru.*
Yo he *venidu* á que *ajustemus*
las cuentas el *amo y you;*
porque servir más *nu quieru*
á un amo que en *francuchelas*
gasta en *dus* días el *sueldu,*
y el *cumprador todu* el año
que esté *supliendu y supliendu.*
Nu, amiga, *esu nu es cuncencia*
ni *you* vine aquí del *Vierzu*
á suplir, sino á sisar;
¡parece que *sumus lerdus*!
GRANAD. ¿Y hoy qué comerán?
BLAS. *Fandangu.*
GRANAD. ¡Vaya; buena la tendremos!
GUERRERA. Abajo has de traer hoy tres
cántaros más de agua, luego
ó á la tarde.
BLAS. ¿Para qué?
¿para mofar *llus babiecos*
que van *tirandu llus chochus*
y á los que andan tras *cogellus?*
GRANAD. ¡Vaya, que si echan algunos,
nosotras te guardaremos!
BLAS. No, no, yo *nu* soy *guloso;*
¡el *diabro* miaja que *quieru!*
No pagando á real de *prata*
malditu el cántaru llevu.
GUERRERA. Toma una peseta y tráenos
dos.
BLAS. *Pur* ésta sí, y bien *llenus.*
ESPEJO. (*Dentro.*) ¿Deo gracias?
GRANAD. Pasen ustedes
adelante, caballeros.

(*Salen* ESPEJO, *de redingot, y* NICOLÁS *y* JUAN ESTEBAN, *de estudiante.*)

NICOLÁS. ¿Qué hay, Mariquita? Madamas
aún estarán durmiendo,
naturalmente.
ESPEJO. Si digo
que es un disparte horrendo
irse á las siete y venir
á las once, con pretexto
de saber cómo han pasado
la noche. Pues ¿no sabemos
que la han pasado en un puro
y continuo movimiento?
GRANAD. Voy á avisarlas.
NICOLÁS. No, no;
que nosotros no queremos
hacer mala obra.
GRANAD. Yo sé
que no se la harán, por cierto.
Ven por los vasos, Tomasa.
BLAS. Y di al *amu* que yo *esperu.*
(*Vanse los tres.*)
NICOLÁS. Sería muy reparable
no acreditar el deseo
de saber si han descansado.
ESPEJO. Otro motivo más necio.

NICOLÁS. ¿Y por qué?

ESPEJO. Porque esa pregunta
me parece que no es tiempo
de hacerla hasta haber pasado
ocho días, porque en menos
no pueden descansar de
tantas vueltas como dieron.

NICOLÁS. Vos, apenas que cenamos
os dormisteis.

ESPEJO. Muy contento,
porque con los vaporcillos
de la cena en el cerebro,
lo abrigado de la sala
y el son de los instrumentos,
aquel rincón parecía
un dormitorio de aquellos
que habrá, según los poetas,
en los Campos Elíseos.

NICOLÁS. Yo no sé para qué vais
á los festines, no habiendo
de bailar, ni de alegraros.

ESPEJO. Yo soy el que más me alegro
de cuantos van á los bailes.

ESTEBAN. No entiendo por qué.

ESPEJO. Por esto.
A mí no se me da nada
de que reparen si llevo
las medias negras ó blancas
y el corbatín blanco ó negro;
si Marica habla conmigo
porque lo sienta don Diego,
y don Diego habla á la Pepa
por dar á Marica celos,
y luego Pepa y Marica
me dejan porque entra Pedro:
me río de ellas y de mí,
del que entra y los que están dentro.

NICOLÁS. ¿Y á más de eso, qué sacais?

ESPEJO. Lo primero, que refresco,
divertirme lo segundo,
cenar de balde, si puedo
llevar algo que almorzar,
postres para mucho tiempo,
noticias que dar á muchos;
y la noche que así duermo,
ahorro la lumbre, la cama
y la luz mientras me acuesto.

(*Sale* PACA.)

PACA. ¿Han descansado ya ustedes?

ESPEJO. Téngalos usted muy buenos.

PACA. Me habéis cogido en gran falta,
eso se da por supuesto.
(*Se sientan.*)

NICOLÁS. ¿Y vuestra hermanita?

PACA. Está
embelesada allá dentro
con una tonada que
la trajo ayer su maestro.

ESPEJO. ¿Y no habéis dormido?

PACA. Nada;
pues como los peluqueros
ahora están tan ocupados,
hemos omitido el riesgo
de encontrarnos despeinadas
para la noche.

(*Sale la señora* JOAQUINA, *despacio, con su cabriolé, como que se levanta de la cama desazonada.*)

JOAQUINA. ¿Qué es esto?
¡Mucho han madrugado ustedes!

NICOLÁS. Sin embargo, ya tenemos
(*Saca el reloj.*)
las once y media: y usted,
¿ha dormido?

JOAQUINA. Ni por pienso.
Apenas me acosté, unas
tan fieras ansias me dieron,
que he vomitado la cena,
y estoy que aún hablar no puedo
de cansada.

ESPEJO. De bailar.

JOAQUINA. Es usted un gran embustero;
porque eso no puede ser
sino haber cogido el cuerpo
en mala disposición
la cena; lo que yo creo
que aquel ejercicio que hice
bailando me hizo provecho.

PACA. Yo no sé cómo es mi madre;
sabe que al menor exceso
se indispone y no escarmienta.

NICOLÁS. Había tanto y tan bueno,
que aun los excesos merecen
disculpa.

PACA. Todos dijeron
que había estado completa
la función.

ESPEJO. Sólo un defecto
noté.

JOAQUINA. Decidle.

ESPEJO. ¡A buena hora,
cuando no tiene remedio!

TODOS. ¿Y á dónde estuvo?

ESPEJO. En la mesa;
que debieran haber puesto
para cada uno un pastel
como el grande que había enmedio.

NICOLÁS. ¡Que así penséis y no pueda
quitaros esos groseros
estilos!

ESPEJO. Siempre las cosas
las digo como las siento.

(*Sale* EUSEBIO, *de abate, hablando con ironía.*)

EUSEBIO. Señoras, bésoos los pies.

JOAQUINA. ¡A buena hora, don Tadeo!

EUSEBIO. Pues creed no ha sido descuido

sino cuidado, atendiendo
á dejar que descansase
mi discípula.

PACA. ¡Qué bueno
es usted! ¿por qué no vino
anoche?

EUSEBIO. Tuvo el maestro
una prueba.

ESPEJO. Para pruebas,
¡qué oportuno es este tiempo!

JOAQUINA. Ya me hago cargo.

PACA. Oiga usted
una palabra en secreto.
(Se levanta.)
¿Por qué fué la bufonada
de no venir?

EUSEBIO. Porque tengo
visto que doña Leonor
desea emplear sus talentos
más en las leyes que en la
música.

PACA. ¡Qué majadero
sois! Vaya, entrad á que ella
os diga su sentimiento.

EUSEBIO. Señora.

PACA. Haced lo que os digo.

EUSEBIO. Sólo por obedeceros
entraré. *(Se entra.)*

ESPEJO. ¿Quién es aquél?

NICOLÁS. Enseña á tocar salterio,
clave y cantar á la otra
señorita.

ESPEJO. Pues por eso
le pagarán bien.

NICOLÁS. Es que éste
enseña de balde.

ESPEJO. ¡Fuego!

NICOLÁS. De veras, que no le pagan
los seis ó los ocho pesos
que otros cobran por mesadas.

ESPEJO. Quizá llevará el intento
de cobrar por junto en cuartos
sin acordarse del peso.

(Sale MARIQUITA, de deshabillé.)

MARIQ. ¡Vecina!

JOAQUINA. He estado muy mala.

MARIQ. Y yo me vengo muriendo.
de la jaqueca. Señores:
por Dios, que tomen asientos.

JOAQUINA. ¿Y el vecino?

MARIQ. De allí á poco
que bajé, se fué al Consejo;
porque tenía precisión
de ir á informar en dos pleitos.

PACA. Pues usted alguno dejó
pendiente, si yo no miento,
anoche.

MARIQ. ¡Mucho sería!;
porque yo despacho presto
los que me salen.

PACA. Yo os he visto
en algunos deteneros.

MARIQ. Tendría la parte contraria
los méritos muy bien puestos.

(Sale CHINICA, de petimetre, con el pescuezo envarado.)

CHINICA. Señores, muy buenos días.

NICOLÁS. Don Periquito, ¿qué es éso?

CHINICA. Algún aire se debió
de encajar en el pescuezo
y no puedo enderezarle.

MARIQ. Mal hacéis en exponeros,
con salir de casa.

CHINICA. ¿Y cómo
lo he de remediar si el tiempo
es ocupado? Esta noche
cuatro ó cinco bailes tengo,
y aunque no sea más que un rato,
es fuerza ir á todos ellos.

ESPEJO. ¿Qué? ¿no escarmentáis?

CHINICA. ¿De qué?

ESPEJO. De que eso ha sido saliendo
acalorado de un baile.
sin abrigaros.

CHINICA. ¡Qué bello
discurso! Esto ha sido sólo
casualidad, y lo mesmo
fuera si hubiera salido
de visitar un enfermo;
mas no importa, como queden
los pies y la lengua sueltos;
que ir un poco ladeado
más es primor que defecto
en el baile.

MARIQ. No podréis
bailar así.

CHINICA. ¿No? Veremos.
(Cabriolea.)

JOAQUINA. No seais loco.

CHINICA. Andad, señora,
que si acaso ha sido efecto
del baile, con otro baile
sudaré y estaré bueno.

PACA. Sí, que eso naturalmente
es resfriado, y haciendo
cama en dos días se cura.

CHINICA. ¿Ahora cama? ni por pienso;
el miércoles de Ceniza,
que nos desocuparemos.

MARIQ. ¿Y Leonorica?

PACA. No sé
qué tonada está aprendiendo
allá.

MARIQ. Mandadla que salga,
por Dios, vecina, y la oiremos.

PACA. ¡Leonor!

PORTUG. *(Dentro.)* Señora, allá voy.

(*Sale* Ponce, *en bata.*)

Ponce. Buenos días, caballeros.
Señora, á los pies de usted.
Todos. ¿Se ha descansado?
Ponce. No tengo
de qué, que el recibir honras
no cansa, que antes da aliento.
Espejo. Bien dicen que la honra es cara,
pues éste pagó á buen precio
las que le hicimos anoche.

(*Salen la* Portuguesa *y* Eusebio.)

Portug. ¿Qué manda usted?
Joaquina. Que lo mismo
que cantabas allá cantes
aquí.
Portug. Madre, no me atrevo,
que la he repasado poco;
¿no es verdad, señor maestro?
Nicolás. Vaya, señora.
Eusebio. Cantadla;
que algo han de poder los ruegos.
Portug. Por haceros rabiar más
he de cantar; obedezco.

(*Tonadilla.*)

Todos. ¡Vítor!
Mariq. La canta muy bien.
Portug. Es merced que á ustedes debo.
Eusebio. Señoras, hasta después.
Portug. ¿A dónde vais?
Eusebio. Pronto vuelvo.

(*Sale la* Paula, *de basquiña y mantilla, con* Esteban *é* Ibarro, *de militar, y otros que no hayan salido y sea preciso;* Caile *y* Rafael.)

Todas. ¡Amiga!
Paula. (*Enfadada.*) Dios guarde á ustedes.
Joaquina. Siéntate.
Paula. No me siento.
Joaquina. Pues ¿á qué es esta venida?
Paula. A decir lo que no quiero
que otros te digan que he dicho
de ti y lo tomes á cuento.
Te tenía por mujer
regular; pero ya veo
que tú y todas tus amigas
sólo vivís con enredos,
chismes y murmuraciones.
Mariq. Poco á poco: ¿cómo es éso?
Paula. No me meto con usted,
señora.
Mariq. Es que yo me meto,
por si acaso.
Paula. Cuando llegue
ese caso nos veremos;
y ahora déjeme usted hablar.
¿Anoche andarme trayendo
en lenguas, que si tenía
tantas batas, tantos vuelos;
si llevo á cualquiera parte
á docenas los cortejos,
y además de eso conquisto
para mi casa los vuestros?
Si esto llegara á noticia
de mi marido, aunque bueno,
¿te parece que podría
resultarme poco infierno?
Y después la pieza de
dejar á estos caballeros,
que bastaba que viniesen
conmigo para atenderlos,
sin bailar, si no es á uno
que salió de los postreros.
¿Crees que son mis tertulianos
como los cuatro monuelos
que entran aquí?
Chinica. Aquí entro yo
que soy un grande sujeto,
¡y por vida...!
Espejo. Calle usted;
porque dice aquel discreto
adagio que á hombre enojado
pocas razones.
Joaquina. ¿Y á esto
sólo has venido?
Paula. Y me voy,
pues sólo que añadir tengo
que en su casa cada una
mucho mejor estaremos.
Dios te haga feliz. Señores,
vamos; adiós, caballeros.
(*Se va con los que vino.*)
Mariq. ¿Háse visto tal monada?
Espejo. A mí, el acompañamiento
mudo me ha dado más golpe.
Nicolás. No hacer muchos aspavientos,
que ya sé que hay ejemplar.
Chinica. Si no tuviera el pescuezo
yo malo, sería otra cosa.
Joaquina. Muchacha, saca el brasero,
que á mí me ha dejado fría.
Granad. Voy á acabar de encenderlo.
(*Aparte las dos.*)
No le vuelva usted á pedir;
que anoche fuí recogiendo
cisco para el chocolate
y nadie sopló al sorberlo.

(*Sale de paje* Bartolo.)

Bartolo. Mi ama besa á usted las manos,
y dice que allí van menos
diez vasos, y otros seis rotos,
y también falta un cubierto
de plata.
Ponce. Se buscará;
id con Dios.

BARTOLO. La orden que tengo
no es esa.
JOAQUINA. Llevad ahora
la respuesta y volved luego.
BARTOLO. Bien está; pero cuidado,
que mi amo tiene mal genio. *(Vase.)*

(Sale la MÉNDEZ, *de brial y mantilla.)*

MÉNDEZ. Señora, á los pies de usted;
mi ama que me dé usted aquéllo,
que va á visita esta tarde.
JOAQUINA. Hija, dila que no puedo,
que yo tengo precisión
de ir á otra.
ESPEJO. ¿No podremos
saber lo que es?
MÉNDEZ. Una bata
que la prestó mi ama.
JOAQUINA. ¡Bueno!
al revés lo has entendido.
Hija, ve un poco allá dentro,
que ya voy á despacharte.
MÉNDEZ. Pues despácheme usted presto.
(Vase.)
PACA. Ha equivocado el recado.
GRANAD. Señor, ahí está el casero.
PONCE. (¡Malo!) Vendrá á disculparse,
como él es hombre tan serio,
de no haber venido anoche.
JOAQUINA. Sal allá al recibimiento
á despacharle.
NISO. *(Sale.)* ¿Por qué?
No vengo yo á entreteneros
ni á molestar. Señor mío:
como adquirís el dinero
para fiestas, adquiridle
para pagar año y medio
de casa que me debéis.
Porque veais que soy atento,
os doy plazo de ocho días;
si no acudiré á los medios
judiciales, porque os hagan
capaz de algún escarmiento.
Señores, adiós; madamas,
tan rendido como debo. *(Vase.)*
CHINICA. ¡Chúpate esa! ¡Eso es peor
que el aire de mi pescuezo!
MARIQ. Yo me he inquietado de ver
lo que os está sucediendo.
JOAQUINA. Y yo: ¿quiere usted tomar
alguna cosa?
MARIQ. No, cierto.
PACA. Sí tal. Chica, saca un caldo.
GRANAD. *(Sale.)* No está cocido el puchero
aún.
JOAQUINA. ¡Cómo, picarona...!
GRANAD. Hable usted con más tiento,
porque diré...
JOAQUINA. ¿Qué dirás?
GRANAD. Que no ha querido traerlo
el mozo, y no hay que comer.
PONCE. ¡Cómo! ¿Tal atrevimiento
tiene en mi casa ese infame?
GRANAD. ¡A fe que no está muy lejos,
si quiere responder!
PONCE. Voy
á despedirle.
BLAS. *(Sale.)* *A esu vengu.*
PONCE. ¿Por qué razón hoy nos dejas
sin comer, hombre perverso?
BLAS. Porque *ustei non* me paga.
PONCE. ¿Qué te debo yo, embustero?
BLAS. *Señur dun Esmuringildu;*
pocas voces, que hay mal *preitu.*
PONCE. Pues no me provoques.
BLAS. Cante
lla cuenta *llu* que *you mientu*
y vean en Dios y en *cuncencia*
si suplí cuarenta *pesus.*
ESPEJO. Larga es.
BLAS. *Lléala* su merced.
ESPEJO. *(Lee.)* «Traje» y «más traje»: ¿que es [esto?
BLAS. Bien dice:
que fuí *trayendu* y *trayendu.*
PONCE. Todos serán disparates.
ESPEJO. En verdad que, según veo,
señor don *Esmurugildo*,
su merced tiene mal pleito.

(Sale de abogado CALDERÓN.)

CALDERÓN. ¡Alabado sea el Señor!
MARIQ. ¡Mi marido! Mucho siento
que me halle aquí.
CALDERÓN. Bien podías
estarte en casa, sabiendo
que no gusto de que subas
más de lo preciso, y eso
desde aquí te lo prohibo;
porque sé los embelecos
que hubo anoche y los que aquí
hay todo el año, y no quiero,
siendo buena mi mujer,
la hagan mala los ejemplos.
PONCE. ¿En mi casa...?
CALDERÓN. En vuestra casa
hay un grande desgobierno.
La una hija con quien yo sé,
y la otra con el maestro
de clave; la criadita
¡qué sé yo!; poned remedio,
y adiós, porque éste ó mi cuarto
se desalquilarán presto.
LAS MUJRS. Adiós, vecinita, adiós.
(Con extremos.)
CALDERÓN. Señor don Ermenegildo:
conformidad y escarmiento.
(Vase con MARIQUITA.)

PONCE. ¡Qué diferencia hay del día
de ayer al de hoy! Y puesto
que lo conozco, la enmienda
es el único remedio.
ESPEJO. Ya habéis visto las resultas
de estos caprichos, no siendo
por precisión ó ignorando
en qué gastar el dinero.
BLAS. Voy á *traellus* qué comer,
que, como hay *Dius*, me *enternezcu*.
JOAQUINA. Hijo, vender al instante
las alhajas que tenemos,
pocas ó malas; ¡afuera
maulas y ensanchar el pecho!
ESPEJO. Dicen bien; y pues no pueden
remediar los sentimientos,
nada, á divertir la pena.
CHINICA. Ya esto se va componiendo.
Hijas, padres están tristes;
yo también haré un esfuerzo
y vamos á divertirnos.
PACA. A eso es á lo que me ofrezco,
sin embargo de los sustos;
porque en tocando al obsequio
de quien tengo obligación,
se duplican mis alientos.
PONCE. Pues á cantar, esperando
de los afanes en premio...
TODOS. Que el auditorio prudente
disimule nuestros yerros.

35

El Sordo y el Confiado

DE D. RAMÓN DE LA CRUZ.—PARA CASA DEL EXCMO. SR. CONDE DUQUE Y SEÑOR DE HIJAR, MARQUES DE DRASI.

1764 (1).

PERSONAS

UNA MAJA.	UN MAJO.	UN PETIMETRE.
UNA PETIMETRA.	UN BEATO.	UN MÉDICO.
UNA BEATA.	UN ABOGADO.	DOS CABALLEROS.
UNA DISCRETA.	UN SORDO.	CRIADOS Y CRIADAS.

(*Salen de estudiantes el* ABOGADO, PETIMETRE, BEATO, MAJO, *muy desconsolados y rotos.*)

MAJO.

No vi día peor, ni mayor frío.

PETIMETRE.

Yo le sufro también, amigo mío.

BEATO.

A mí me ha dado un general calambre

ABOGADO.

Pues yo no siento el frío, sino la hambre.

MAJO.

Ese propio pesar aflige á todos.

PETIMETRE.

Yo estoy por merendarme los dos codos.

BEATO.

La mía es la mayor, porque es canina.

ABOGADO.

No tal, que tengo yo hambre estudiantina.

MAJO.

¿Y *quid faciendum*?; porque ya no hay sopa.

ABOGADO.

Vamos á caza.

LOS TRES.

¿Dónde?

ABOGADO.

A nuestra ropa;
que nuestro frío así divertiremos,
y ya que no comamos, mataremos;
pues quien caza, según la historia cuenta,
se olvida de comer y se calienta.

BEATO.

Yo juzgo que serán ideas vanas
no tener que comer é ir á hacer ganas.

MAJO.

Juntemos entre todos un ochavo.

PETIMETRE.

Hombre, tu flema alabo.

ABOGADO.

Nadie le tiene, porque considero
que eso fuera haber gente de dinero
entre nosotros, y hombre de tal clase
ni era razón ni moda que estudiase.

PETIMETRE.

Ya viene nuestro quinto camarada,
el sordo.

MAJO.

Cara trae de no traer nada.

(1) *Inédito.* Bib. Munic.: leg 1-169-45. Autógrafo de 1764; y otro manuscrito de 1767 que dice al principio: «Para la Compañía de Juan Ponce» y con las censuras que van al final.

El autógrafo trae el reparto de la representación hecha en casa del Duque, que fueron: Una maja, mi señora.—Una petimetra, Mlle. Manó.—Una beata, Sra. Tomasa.—Una discreta, Doña Josefa de Rada.—Un majo, Muñoz.—Un beato, Sr. Conde.—Un abogado, Sr. Duque.—Un sordo, Pavía.—Un petimetre, Sr. Marqués.—Un médico, D. Antonio de Rada.

BEATO.

El desde antes de ayer no ha parecido.

ABOGADO.

El propio tiempo ha que no he comido.

MAJO.

Todos cuatro ayunamos al traspaso.

ABOGADO.

¿No veis al sordo cómo siente el paso,
que viene alegre, colorado y gordo?

DOS.

No será el sordo, pues.

DOS.

Sí que es el sordo.

(*Sale, de estudiante igualmente, el* SORDO)

SORDO.

¡Gente infeliz, cobarde y apocada;
estudiantillos de capa y espada;
gente de mucho estudio y ciencia poca
y tunantes de los de ciento en boca,
que en el árido aspecto y en lo ayunos
parecéis ermitaños más que tunos,
de mí aprended!

LOS CUATRO.

¿Pues tienes dicha alguna?

SORDO.

Ayer noche cené con la fortuna.

ABOGADO.

¿Y te sentó á su mesa?

SORDO.

¿Qué? ¿te pesa?

ABOGADO.

Que si cenastes en su propia mesa
es lo que te pregunto

SORDO.

¡Qué pazguato!
Los dos cenamos juntos en un plato;
y si mi suerte el carro no atropella,
en su sitial me he de sentar con ella. (1)

LOS CUATRO.

El caso cuenta, pues.

SORDO.

¿Que si me caso?
Sí, pues aunque suceda algún fracaso
hay cuatro en que escoger, y malo fuera
que la cuarta también se escabullera.

LOS CUATRO.

¿Pues, qué novedad hay?

SORDO.

Hablais tan quedo
que, aunque lo oigo, responder no puedo,

MAJO.

Que des cuenta de todo á la cuadrilla.

SORDO.

Para eso os busco, oid. Hay en la villa
un médico, doctor tan afamado,
que hasta hoy ningún muerto se ha quejado
dél, siendo ciencia tan sutil y fuerte
que el ser uno doctor es una muerte.
Cuatro hijas tiene á cual mejor criadas.
La más fea, con Venus comparada,
ofendida quedara y muy quejosa;
pensad cómo será la más hermosa.

LOS CUATRO.

¿Y dónde están?

SORDO.

¿Que si se van? Es cuento;
no, amigos, que han venido aquí de asiento.
El padre, que es sagaz y que no ignora
que no hay sobra de novios por ahora,
que hay muchos lerdos entre los casados
y que están los solteros aviados,
puso la mano y aplicó el remedio.

BEATO.

Desde hoy á la boda tendré tedio;
pues no debe de ser asunto sano,
una vez que el doctor puso la mano.

SORDO.

Viendo, pues, en las gentes
reinar las opiniones diferentes,
á cada hija inclinó por su camino,
para dar á las cuatro su destino.
La una es maja, la otra petimetra,
otra, sabia, el latín todo penetra;
y las más chica dio en la patarata
de no querer ser monja y ser beata.
A vellas me llevaron ayer tarde,
y como soy tan lindo ¡Dios me guarde!
cada cual con los ojos me decía:
«Mirad que yo no estudio para tía»;
mas, como soy cristiano,

(1) Este verso es de la censura. Antes decía:
«Dentro de poco he de dormir con ella.»

á engañar á las cuatro no me allano
y á que me aconsejéis vine de un brinco

ABOGADO. (*Aparte.*)

Pensemos modo de engañar á cinco.

LOS TRES.

¿No es una dicha de participantes?

SORDO.

Como á mí me dejéis escoger antes,
regalaré á los tres mis tres cuñadas.

LOS CUATRO.

Vamos allá.

SORDO.

Despacio, camaradas;
que siendo cuatro ellas sobra uno.

ABOGADO.

Si has de escoger primero que ninguno,
¿por qué te da cuidado
que entre nosotros haya un desairado?

SORDO.

Eso es verdad.

ABOGADO.

¡Alerta, sopistones!
Según las cuatro dichas vocaciones,
vamos á la posada á disfrazarnos
con la ropa que allí puedan prestarnos
y avanzar á las cuatro.

LOS TRES.

Así prometo.

SORDO.

Caballeros ¿qué ha sido ese secreto?

MAJO.

Haber entre los cuatro convenido
que aquel que quede fuera del partido
ha de llevar á los demás la cesta
y hacer para las bodas una fiesta.

SORDO.

Es un gran pensamiento; yo consiento.

ABOGADO.

Pues no lo dejes ir del pensamiento.

SORDO.

Yo os introduciré, pero hablad gordo;
que no quiero que crean que soy sordo.

BEATO.

Llévanos, pues, para que seas testigo
de que te somos el que más amigo.

SORDO.

Mirad que no habéis de ir de sacristanes

PETIMETRE.

Todos iremos limpios y galanes,
y repita hasta allá la comitiva,
que viva el sordo.

SORDO.

Bien.

TODOS.

¡El sordo viva!

(*Vanse; y salen el* MÉDICO *y dos* CRIADOS.)

MÉDICO. ¿Se han levantado las niñas?
CR. 1.° Sí, señor.
MÉDICO. Pues mientras llego
á hacer las pocas visitas
que me han quedado en el pueblo
pues antes de ayer contaba
con cuarenta y dos enfermos
y hoy sólo hay cinco, porque
los treinta y siete se han muerto,
ved si hay algún pretendiente
á las chicas, que entre luego
ó no se canse en entrar
si no es persona de pelo.
CR. 2.° Esperando en la escalera
creo que hay dos caballeros.
MÉDICO. Que lleguen; diez mil ducados
han de tener por lo menos,
que para eso está la tienda
surtida según el genio
de cada uno.

(*Sale* CABALLERO 1.°)

CAB. 1.° Extrañaréis
que, sin valerme del bello
corazón de un fraile [1] ó de otro
piadoso casamentero,
venga á ver á vuestras hijas.

(*Sale* CABALLERO 2.°)

CAB. 2.° De mí extrañaréis lo mesmo,
mas quien cree que se acerca
á una fortuna está inquieto,
creyendo que la desaira
si no se acerca el primero.
MÉDICO. Señores: un doctor debe
ser hombre de grande pecho
¿no ve usted que comerciamos
y vivimos con los muertos
con una seguridad
envidiable? Yo contemplo
vuestra venida y ahorraros

---

[1] La censura puso «ente».

aun la proposición quiero,
con mostraros las alhajas
antes que las ajustemos.
¡Hola; que salga cada una!

CAB. 1.º Me han dicho que es un portento.

CAB. 2.º O miente la fama, ó son
todas cuatro un embeleso.

MÉDICO. Retiraos hacia esta parte,
porque podais encubiertos
observar y echar los ojos
á la que os lleve el afecto.

CR. 1.º Ya salen las señoritas.

LOS CABS. En todo os obedecemos. *(Ocúltanse.)*

(Sale la MAJA, *cantando seguidillas correspondientes.)*

MAJA. «Hay damas que se precian
tanto de damas
que sirven de lo propio
que las estatuas.
Pues los melindres,
si no sirven de nada,
¿para que sirven?»

MÉDICO ¡Que siempre has de estar cantan- [do!

MAJA. Así, padre, me divierto;
mientras tenga yo salud
y corran mis alimentos
de cuenta de otro, ¿por qué
no ha ser este mi empleo?
Si detrás viene otra vida,
en llegando la veremos;
pero en tanto; ancha es Castilla;
y á mí me gusta el paseo.

(Sale la DISCRETA *con un libro.)*

DISCRETA. *Is dato femineis*: todo
es dado al hermoso sexo
dice aquí Virgilio. Este
es latín, y no el de Homero,
todo frases y suspiros;
verbi gracia, como el texto:
Bombín, bombardu, sonabat.

MÉDICO. Muchacha, ¿qué estás diciendo?

DISCRETA. *Ego intéligo me.*

MÉDICO. *Bonum.*

DISCRETA. Perdonad el desacierto
de hablar delante de vos
en latín, no previendo
que los médicos no saben
otros idiomas que el griego.

(Sale la PETIMETRA *con su espejo y un lunar.)*

PETIM.ª Parece una friolera,
y basta un lunar mal puesto
para perder la opinión
del buen gusto con los necios
una señora; que el hombre
instruído en el manejo
de un tocador bien alcanza
que es un delito pequeño
de la prisa colocar
sin consultar los preceptos
del geometría un lunar
cuatro líneas más ó menos

(Sale la BEATA *con su gordo rosario.)*

BEATA. ¡Que estén los hijos de Adán
cada día más traviesos,
sin ver que el tiempo que pasa
nada es más que un pasatiempo!

MAJA. Padre mío, la verdad:
¿á qué es este llamamiento?
Si es para algo bueno, aprisa,
y será dos veces bueno.

DISCRETA. ¡Qué propio de la ignorancia
son los vulgares proverbios!

MAJA. ¡Qué propio de presumidas
no conocer sus defectos
y entrar sin que las conviden
á censurar los ajenos!

BEATA. No puedo ver á las majas;
siempre á mundo van oliendo.

MAJA. Las beatas son peor,
que van apestando á infierno.

PETIM.ª ¡Que gastéis el tiempo en cosas
de tan poco fundamento!

MAJA. Tú le aprovechas ¿y estás
preguntándole al espejo
media hora para ponerte
esa cantárida?

CAB. 1.º ¡Bellos
caprichos tienen las cuatro!

CAB. 2.º Atendamos y esperemos
á que nos llame su padre.

MÉDICO. Pues, hijas mías; yo pienso
daros estado.

LAS TRES. ¡Acabóse!

MÉDICO. Tú, ¿qué dices?

MAJA. Acabemos

BEATA. Padre hace bien; Dios lo manda
en el cuarto mandamiento.

DISCRETA. Si estuvierais instruídas
aplaudierais el intento
de padre, porque es muy grande
la despoblación [1] del reino.

PETIM.ª Padre, por lo que á mí toca,
usted verá con sosiego,
porque me es indiferente
un marido ó un cortejo.

MAJA. Usted, padre, no me traiga
visitas de cumplimiento
para novios; con saber
si me quiere y si le quiero,
salís del apuro; esto es boda:
que los demás son misterios.

MÉDICO. Ello no puede tardar;

---

[1] El censor puso: «desolación»

sobre día más ó menos,
una grande conveniencia
para vosotras; por eso
no me apresuro y rogar
de todos tanto me dejo.

MAJA. No haga usted tanto que llegue
ocasión de que roguemos.

MÉDICO. Eso no es fácil; y en prueba
aquí tengo dos sujetos
pretendientes. Estos son.
(*Los saca.*)
Ya habéis visto sus talentos
y sus méritos, sepamos
la calidad de los vuestros.

CAB. 1.° Yo tengo hasta unos tres mil
ducados puestos á censo.

CAB. 2.° Yo tengo unos cuatro ú cinco
mil ducados...

(*Sale* CRIADO 1.°)

CR. 1.° El herrero,
que vaya usted al instante;
que le ha entrado un crecimiento
á la fragua.

MÉDICO. Hombre, ¿qué dices?

CR. 1.° Que estando en ella ejerciendo
su oficio, se sintió malo.

MÉDICO. Eso, vaya, voy á verlo.
Seguidme, y por el camino
las bodas ajustaremos.

LOS CAB. No acaso la dilación...

MÉDICO. Esta casa es un convento
y las cuatro muy esquivas;
no tenéis que tener miedo;
ninguna sin mi licencia
levanta la vista al cielo.

LOS TRES. Vamos.

LOS CAB. No se va quien deja
en casa su pensamiento. (*Vanse.*)

MAJA. La ida del humo. ¡Valiente
par de pelgares!

BEATA. Sujeto
á mi padre el albedrío,
nada sé, nada resuelvo;
si gusta de boda, boda,
y si convento, convento.

(*Sale* CRIADA 1.ª)

CR. 1.ª Preguntando por mi amo
están ahí cuatro sujetos
acompañados del sordo.

MAJA. Pues no vendrá ahora tan presto
mi padre, decidles que entren
y el rato divertiremos
(*Vase el* CRIADO.)
con el sordo, que es el hombre
más ridículo del reino.

LAS TRES. ¿Y si en tanto padre viene?

MAJA. A mi cargo está el pretexto
que he de dar de haber entrado.

LAS TRES. De esa manera entren luego.

(*Salen los cinco disfrazados según sus caracteres y el* SORDO *en bata, sombrero y bastón.*)

SORDO. Hablad recio, porque no
se conozca mi defecto.

LOS CUAT. Bien está.

LOS CINCO. A los pies de ustedes
se ofrece nuestro respeto.

SORDO. No hablar á coros. Cada uno
vaya tomando su puesto.

LOS CUAT. ¿Cuál queréis?

SORDO. Yo estoy seguro;
entablad vuestros afectos.

MAJA. Sea usted muy bien venido;
ya en el traje conocemos
nos tratan con confianza.

SORDO. Ya sé que es atrevimiento;
pero son buenos muchachos
los cuatro; cualquiera de ellos
es bueno para marido.

MAJA. Lo que digo es que celebro
que honréis esta casa en bata.

SORDO. ¿Pues no he respondido á eso?
Como la bata es el traje
más de moda, me la he puesto.

PETIM.ᵉ ¡De qué buen gusto es la vuestra!
¡Qué tocado tan perfecto!
¡Qué bien conducido talle!
Hasta en el aire del gesto
se conoce la elegancia
de todos los movimientos.

PETIM.ª Muchos me han dicho lo propio;
mas nadie con tanto acierto
me difinió; proseguid,
pero hablad algo más quedo,
pues bien sabéis que no es moda
hablar claro ni hablar recio.

BEATO. Sin embargo de que yo,
negado á los devaneos
del mundo, á la mujer miro
como á un enemigo terco
del hombre, vuestra modestia
me asegura que no hay riesgo
en trataros.

BEATA. No, señor,
vos también sois de mi genio,
y hablaré con vos gustosa (1)
como un asunto entablemos
de cosa santa.

BEATO. Si os place,
es un asunto muy bueno
el matrimonio.

---

(1) Este verso es del censor. Antes decía:
«y me prometo un buen rato.»

BEATA. Sin duda,
que al fin es un sacramento.
ABOGADO. Señora, el rápido curso
de mis volantes anhelos
á fecundizar la culta
biblioteca del concepto,
me estimula á demandar
de su libro el epiteto.
DISCRETA. ¡Qué estilo! Sabiendo yo
tanto, casi no lo entiendo.
Es el *Arte* de Nebrija:
para tan grande maestro
como vos poco apreciable;
pero á un alumno pequeño
de Minerva, como yo,
suficiente.
ABOGADO. No lo creo.
Discreta *á nativitate*
sois; *quod natura dat, nemo*
negare potest; las caras
son índices de los hechos.
DISCRETA. Sin duda astrologizó
vuestro gran conocimiento
el que dijo *intelligéntibus*
pauca; tratemos, tratemos
de antigüedades.
ABOGADO. Señora,
el asunto más del tiempo
es que tratemos de boda
unánimemente (1).
DISCRETA. Cierto,
y es un asunto fecundo;
sobre ese discurriremos.
SORDO. Ya están tres acomodados;
si me descuido me quedo
asperges: pues á fe mía
que no he de ser el más lerdo.
Señorita, usted ni yo
me parece que tenemos
vocación de frailes; conque
ya la mitad está hecho,
y también la otra mitad,
pues no hay duda que yo os quiero.
MAJA. Falta el todo, sin embargo,
de todo su rendimiento (2)
y se lo diré cantando,
para que pueda entenderlo.

(*Canta.*)

«Muy mal nos avendremos,
porque usté es sordo
y yo no escucho nada
de lo que oigo.
Siendo mi tema
el hablar solamente
con quien me entienda.»
MAJO. Pues me parece que yo
á usted la voy entendiendo.
MAJA. Hable, pues, que las personas
hablando nos entendemos.
SORDO. ¿Cuánto va que me la pegan?
¡Digo, digo, caballeros;
que no es eso lo ajustado!

(*Aparte los cinco.*)

ABOGADO. Hombre, no tengas recelo,
sobre que todas nos dicen
que por ti se están muriendo.
SORDO. Persuadidlas.
LOS CUAT. A eso estamos.
SORDO. ¡Qué poco saben los necios!

(*Vuelven á colocarse cada uno con la suya y sale el* MEDICO *con los* CABALLEROS.)

MÉDICO. Entrad, señores, pues, ya
celebrados los conciertos,
nadie puede disputaros
la dicha de ser mis yernos.
SORDO. Amigos, ya está aquí padre.
MÉDICO. ¿Padre de quién?
LOS CINCO. Padre nuestro.
MÉDICO. Cinco en casa y dos que traigo,
para cuatro hijas que tengo,
son siete. ¡Bendito Dios
que para escoger tenemos!
CAB. 1.º ¿Es esta la casa que
tenía honores de convento?
CAB. 2.º ¿Son éstas las que no osaban
levantar la vista al cielo
sin vuestro permiso?
LOS DOS. ¡Zape!
¡Buenas tardes, señor suegro!
MÉDICO. Aguardad, que como quiera
habéis llegado primero
y habéis de escoger...
MAJA. Pues, ¿qué?
¿somos manzanas en cesto
para que anden con nosotras
á ésta quiero, á ésta no quiero?
Padre y señor, esa hacienda
ya las cuatro la hemos hecho,
y hemos escogido novios
según crianzas y genios.
BEATA. Yo ya he escogido un buen hombre.
MÉDICO. Pues no suele ser muy bueno.
PETIM.ª Yo un hombre de muy buen aire.
MÉDICO. No te alabo el pensamiento;
que cuando anda al aire es fuerza
que se resfríe muy presto.
DISCRETA. Yo me incliné á un abogado.
MÉDICO. Pues cuenta no andar en pleitos,

(1) Estos tres versos son del censor. Decían:

«Pues el asunto más viejo
fué pedir á Dios el hombre
una compañera.»

(2) Enmendado. Antes decía;

«De tener usted los medios.»

que quizá si andas torcida
usará de su derecho,
LAS CUAT. Tu aprobación esperamos.
MÉDICO. ¿Qué he de hacer si no hay remedio?
SORDO. Yo no soy escrupuloso:
con cualquiera me contento
que me dé la mano.
MÉDICO. Toma
ésta que no tiene dueño;
que lo demás ya está todo
alquilado.
SORDO. Yo la beso
como más humilde hijo:
saber solamente espero
cuál me hace dichoso.
MÉDICO. Todas, pues os han dejado suelto,
y con amor y con damas
es tan crítico el comercio,
que nos hacen un favor
si admiten nuestros obsequios,
y si nos dejan en paz
nos hacen favor y medio.
SORDO. ¿Luego éstos me la han pegado?
MÉDICO. Respóndate este argumento:
Si á un hombre celoso, á quien
duplican sus pensamientos
la virtud de ojos y oídos,
pues no hay duda que acudiendo
á un sentido los cuidados
obra con mejor afecto,
se le pegan estas burlas
de amor á cada momento,
¿qué esperabas tú, sin darte
en cada oreja un barreno?
SORDO. ¡Ah, falsos amigos!
ABOGADO. ¡Vaya!:
las molestias evitemos
y la fiesta prometida
dispón á nuestro himeneo.
SORDO. ¡Para fiestas estoy yo!
MAJA. Nosotras sí; y concluyendo
aquí esta idea, con otra
cantada divertiremos
otro rato al auditorio.
TODOS. De quien espera, por premio,
palmadas la compañía
y piedades el ingenio (1).

36

Los baños inútiles.

FIN DE FIESTA
QUE EN EL AUTO SACRAMENTAL LA NAVE DEL MERCADER
REPRESENTARÁ LA COMPAÑÍA DE LA SEÑORA MARÍA HIDALGO.

1765 (1)

(*Empieza en la fachada que sirve para el auto.—Salen las señoras* PAQUITA *y* OROZCAS, *de lavanderas, con sus talegas sobre las caderas, y detrás la señora* MARIANA, *de lavandera, más decente, trayéndole la talega* CALLEJO, *de mozo de cuerda, y las va siguiendo* MARTÍNEZ, *de usía majo.*)

LAVANDERAS Á CUATRO CANTAN.

«Manzanares, Manzanares,
pocas aguas hay en ti
para templar los ardores
de los hijos de Madrid.
¡A la jota, qué chusco es el río,
que se seca de enamoradito;
y á la jota de las lavanderas,
que sacan las chispas del agua y la arena!»
MARIANA. Gallego, ¿por qué también
tú no cantas y te alegras?
CALLEJO. Porque esa *cantiña*, el diablo
canto vale donde hay éstas:
«Tanto bailé con la moza del cura;
tanto bailé con la gaita gallega.»
MARIANA. Vamos caminando aprisa.
Burro de dos pies, arrea;
para que cuando la gente
de los baños se prevenga
al baile, hayamos nosotros
acabado la tarea
de lavar, y entren en corro
también nuestras castañuelas.
PAQUITA. Poco á poco, que nosotras
llevamos la carga á cuestas
y andar no podemos tanto.
Ya se ve, como usted lleva
el cuerpo bien mantenido

---

(1) A continuación van estas censuras:

«Madrid 4 de junio de 1767.—Extiéndase.

Nos el licenciado D. José Armendáriz y Arbeloa, presbítero, abogado de los Reales Consejos y vicario interino de esta villa de Madrid y su partido, etc. Por la presente, y lo que á nos toca, damos licencia para que se pueda representar y represente el entremés antecedente, titulado *El Sordo y el Confiado*; su autor, D. Ramón de la Cruz, mediante que de nuestra orden ha sido visto y reconocido y no contiene cosa alguna opuesta á nuestra santa fe y buenas costumbres. Dada en Madrid á cuatro de junio de mil setecientos sesenta y siete.—*Licenciado Armendáriz.*—Por su mandado, *José Muñoz de Olivares.*

Madrid 4 de junio de 1767.—Pase este sainete al censor para su examen y reconocimiento y con lo que dijere tráigase.—*Delgado.*

Madrid y junio 5 de 1767.—Señor: Este entremés de *El Sordo y el Confiado* puede representarse, como se observe no decir lo que va enmendado y sí lo que está sustituído; porque disuena menos de este modo, si fuere del agrado de V. S. conceder el permiso para la representación. Este es mi parecer, salvo, etc.—*Nicolás González Martínez.*

Madrid 5 de junio de 1767.—Ejecútese con arreglo á la censura antecedente.—*Delgado.*

He visto el entremés antecedente, con el título *El Sordo y el Confiado*; su autor, D. Ramón de la Cruz, y no hallo en él cosa alguna disonante ni que se oponga á las regalías de S. M. ni á las Leyes y Pragmáticas del Reino. Madrid 6 de junio de 1767.—*Acedo.*»

(1) *Inédito.* Bib. Municip.: leg. 1-152-34. Copia antigua con las censuras que van al final.

y ligero, sólo piensa
en holgarse; vamos ahora
despacito y buena letra,
que para todo da el tiempo
de sí cuando se aprovecha.

MARTÍNEZ. ¡Que no pueda yo apurar
quién es esta lavandera
tan salada! Pues protesto
que aunque á doña Pepa [1] mienta
la causa de no bajar
por hoy al baño con ella,
he de ver si con estotra
entablo correspondencia.

PAQUITA. ¿Oyes? mira lo que viene
por aquel lado, Antoñuela.

MARIANA. Ya lo he reparado; Dios
se lo dé á quien lo desea.

PAQUITA. El está muerto por ti;
las más de las tardes deja
la usía con quien va al baño,
y haciendo que se pasea,
pasará por nuestras bancas
cien veces.

MARIANA. Veréis qué fiesta
tenemos, como á decirme
cualquiera cosa se atreva.

CALLEJO. ¿Caminamos, ó me siento
encima de la talega?

MARIANA. Aguárdate.

CALLEJO Es que *lla* carga
aunque es *branda*, ¡á fe que pesa!

(*Llega* MARTÍNEZ.)

MARTÍNEZ. Yo te aliviara el trabajo,
galleguito, si supiera
que tu ama gustaba de
criados de mi librea.

MARIANA. Si usted pretende ganar
los ocho cuartos que cuesta
el bajar la ropa al río,
¿por qué no? cargue con ella.

CALLEJO. ¿Cuánto ha de dar su merced
por llevarla y soltarela?

MARTÍNEZ. Ropa es que se puede dar
un buen regalo por ella.

MARIANA. Apare usted ese regalo;
y era un cuarto de cerezas.

MARTÍNEZ. Digo porque es ropa fina.
(*Toca la talega.*)

MARIANA. Pues deje la ropa quieta.
¿No ve usía que es estopa
y se pinchará con ella?

MARTÍNEZ. Más pinchas tú.

MARIANA. Buen remedio:
echar por esotra acera.

MARTÍNEZ. No pierdes nada en que yo
vaya á tu lado por ésta.

MARIANA. Tampoco gano.

MARTÍNEZ. Pues ¿qué?
¿tienes quien te pida cuenta?

MARIANA. Y quien la ajuste también.

MARTÍNEZ. Pero ¿merece la pena?

MARIANA. Es de mi gusto y San Juan.

MARTÍNEZ. Con todo; ya consideras
que una golondrina no hace
verano, y que por la puerta
que entran dos en una casa
pueden entrar tres.

MARIANA. ¿De veras?
¡Me ha gustado!

MARTÍNEZ. Esto es poner
ejemplo que te convenza.

MARIANA. Pues gusto yo de ejemplitos
ni mi marido de fiestas [1];
y, sobre todo, yo soy
una pobre lavandera;
usted es señor y algo más,
y yo tengo cuatrocientas
razones para enviarle
noramala La primera,
que dice el adagio: cada
oveja con su pareja.
La segunda, que aunque probe
cada uno tiene, en su esfera,
su honra y su alma en sus carnes;
y no es posible que pueda
gustarme nada, teniendo
un marido que se lleva
la palma de los maridos;
de aquellos que cuando entran
á cualquier hora en su casa,
y en una china tropiezan,
dan una voz y estremecen
toda la circunferencia.

MARTÍNEZ. ¿Y se porta bien contigo?

MARIANA. Me empalaga de pesetas
cuando yo quiero, y cuando á él
se le pone en la cabeza
me desembarca una flota [2]
de patadas y me deja
más alegre que un fandango
con bandurria y castañuelas.

MARTÍNEZ. ¡Prueba es de cariño!

MARIANA. ¡Toma!
quien quiere da con franqueza.
Váyase por otras veces
que se está con la vihuela
componiéndome cantares;
y por cierto que esta siesta,
que estaba de humor, me dijo
muy tierno de esta manera:
(*Seguidillas.*)

---

(1) Enmendado: «Elvira». Estas variantes son del censor.

(1) Variante de: «ni el otro de entrar á medias,» que era la forma primitiva.

(2) Variante de: «me da una capellanía.»

MARTÍNEZ. ¿Esa gracia tienes más?
MARIANA. Y otras mil que hay encubiertas
MARTÍNEZ. ¿Y cómo quedamos?
MARIANA. Buenos.
¿Y por allá? ¡Anda, Manuela;
que le está dando al señor
mucho sol en la cabeza
y le dará un tabardillo!
CALLEJO. Como ustedes se detengan
más, voy por ahí adelante.
MARTÍNEZ. Vamos andando,
MARIANA. Una legua
de nosotras, caballero.
MARTÍNEZ. ¿Con que, por fin, me desprecias?
MARIANA. ¡Clarito! Yo sólo gusto
de uno que es hombre de veras,
y sabe á cada suspiro
apagar un par de velas.
Los demás que andan por ahí
con pasos á la francesa,
suspiros á la italiana,
embeleso á la flamenca
y voz á lo portugués,
no son hombres que me petan;
porque á quien come alfeñique
le duelen después las muelas.
¡Arrea, tonto, y nosotras
paso largo y voz risueña!
(*Cantan.*)
«Manzanares, Manzanares», etc.

(*Se van cantando con bulla y fisgándose de* MARTÍNEZ, *que ha quedado suspenso; y sale* NAVAS, *muy acalorado.*)

MARTÍNEZ. ¿Habráse visto muchacha
más chula ni más sardesca?
Lo que me ha dado más golpe
es la aplicación discreta
de los efectos de amor
con pasos á la francesa,
suspiros á la italiana,
embeleso á la flamenca
y voz á lo portugués...
Atolondrado me deja.
¡Es imposible que no haya
corrido las cortes ésta!
NAVAS. (*Sale.*) ¡Jesús qué calor! ¡Reniego
de condición tan perversa
como la de esta mujer!
MARTÍNEZ. ¡Don Roque! ¿Qué priesa es ésa?
NAVAS. ¿A qué ha de ser? A buscaros;
pues mi hermana, hecha una pe-
[rra, (1)
una hora esperando en casa,
y otra hace que, hecha una fiera,
aguardando está en el río,
hasta que por complacerla
os vengo á buscar y os hallo
que os estais con mucha flema
y muy poco miramiento
chuleando las lavanderas.
Ya le diré yo á mi hermana (1)
que os ajuste bien las cuentas.
MARTÍNEZ. Estaba cansado, amigo;
echéme á dormir la siesta
y se me pasó la hora:
perdonad por la primera.
NAVAS. Pues de esos descuidos, pocos,
y éste perdonado queda,
por lo que á mí toca; luego
allá os las hayais con ella.

(*Sale* CARRETERO, *de capa y gorro, muy serio, con su sábana debajo del brazo, mirando al cielo.*)

CARRET. Fuerza es que sea tarde, pues
va perdiendo el sol su fuerza.
¿Sabrán ustedes, señores,
decirme qué hora es la cierta?
MART. (*Saca el reloj.*) Las cuatro.
CARRET. ¡Vivais mil años!
Vamos á espantar la pesca. (*Vase.*)
MARTÍNEZ. ¡Qué acalorado venís!
Paráos un rato á la bella
sombra de este álamo.
NAVAS. Vos
tenéis muy poca vergüenza;
pues siendo su pretendiente, (2)
y viendo la que os espera
con mi hermana, os quedais
con el ánima tan fresca.
Yo no me detengo, que ha
cuatro días y hora y media
que estamos en paz, y yo
solicito permanezca
por otros tantos; vos luego (3)
allá os las hayais con ella. (*Vase.*)
MARTÍNEZ. Aguardad. Fuerza es seguirle;
aunque sólo me desvela
de la Antoñica el empleo (4);
que en el de las petimetras,
por bien que uno salga, nunca
se cobra lo que nos cuestan. (*Vase.*)

(*Descúbrese la mutación de los baños en la forma que haya parecido más natural, pasándose varias gentes. A la puerta de un baño estará* GALVÍN, *de bañero; al lado de otra las señoras* GUZMANA, *de dama, y la* SEGURA, *de criada, y las lavanderas en sus bancas lavando y cantando. En un bastidor el* TIO GARCÍA, *vestido de vieja figonera, en su barraca, etc.*)

(1) Antes decía: «pues tenéis á mi parienta».

(1) Antes: «Ya diré yo á mi mujer».
(2) Texto primitivo:
«ó sois insensible, pues
sabiendo la que os espera
con mi mujer...»
(3) Decía: «á toda costa; vos luego».
(4) Decía: «cortejo».

CORO DE LAVANDERAS.

(*A cuatro.*)

«A la frondosa orilla
del claro Manzanares,
alegres lavanderas
papel de Ninfas hacen.
Y en su alegría,
á sus cadencias,
del jabón y la tabla
forman orquesta.»

OLMEDO. ¡Tostones y queso fresco!
CABALL. ¡Ciruelas de flor! ¡ciruelas!
T. GARCÍA. ¡Livianos!
GALVÁN. ¡A mis bañitos,
que están limpios como perlas!
CALLEJO. ¡Ropa!
SEGURA. Señora; entre usted
en el baño; y mas que venga
ó no el otro, pues que ya
andará de ceca en meca
mi amo sin que dé con él.
GUZMANA. ¿Cómo quieres que me atreva,
sin saber cómo está el agua,
y fuera del baño tenga
quien mire por mi salud?
SEGURA. Señora, ¿pues no pudiera
haberlo hecho igualmente
eso mi amo?
GUZMANA. ¡Majadera!
Aunque tú no necesitas
entender estas materias,
has de saber que, entre gentes
de buen gusto, los que obsequian
á damas deben saber
de todo cuanto se ofrezca,
y los parientes (1) de nada.
Que al pariente se le niega
el voto, al estilo de
tribunales y academias.
VOCES. (*Dentro.*) ¡Pára, pára!
GALVÁN. (*Recio.*) ¡Aquí hay ociosos
baños limpios como perlas!
OLMEDO. ¡Tostones y queso fresco!
CABALL. ¡Ciruelas de flor! ¡ciruelas!
CALLEJO. ¡Ropa!
T. GARCÍA. ¡Livianos, pepinos!

(*Sale* CARRETERO.)

CARRET. ¡La calor de hoy es inmensa!
Muy buenas tardes, bañero.
GALVÁN. Téngalas usted muy buenas.

(*Gritando.*)

¡Ah, señoras, las del coche:
aquí hay baños como perlas!

(1) Antes decía: «maridos».

CARRET. Sentémonos aquí un rato
mientras uno se sosiega.

(*A las lavanderas.*)

Chicas, ¿qué tal está el agua?
MARIANA. Corriente.
CARRET. ¡Linda respuesta!

(*Sacan de la mano* GARCÍA *y* AMBROSIO *á las señoras* PACA *y* ROSA *en traje de baños, trayendo el uno una excusabaraja y el otro un envoltorio con una botella y un papel de bizcochos.*)

GARCÍA. Estos baños son más grandes,
señoras, y están más cerca
de Madrid que los del Puente
Verde.
PACA. Es verdad, pero aquella
broma, música y fandangos
que allá se arman, y meriendas,
son la salsa de los baños,
y de ese modo aprovechan
más los del río que en casa.
AMBROSIO. Esa es cosa manifiesta.
El baile es la media vida,
y el paseo la otra media.
ROSA. Mi médico, que es un hombre
de aquello que no se encuentra,
habiendo comunicado
largamente, dice que esta
es medicina mayor;
y yo, fundada en tan cierta
doctrina, antes y después
observo la cuarentena,
reducida á un pucherito
donde solamente quepan
seis garbanzos, un alón
y dos hojitas de acelga.
GARCÍA. Es diurética, laxante
y aperitiva, y la dieta
optimum medicamentum
según la común sentencia.

(*Llega* GALVÁN.)

GALVÁN. Señoras: de éstos tres baños
elijan aquel que quieran;
porque mejor recogido,
ni con mejores esteras,
me río. Tiene su banco,
dentro soga, que atraviesa
para sostenerse y todo.
Suplico á ustedes que vengan,
porque ya se puede ver.
PACA. Antes que el baño se vea
es fuerza ver si está el agua
en punto como si fuera
caramelo.
GARCÍA. Pues, señoras,
me descalzaré una pierna

y lo observaré yo propio,
(*Hace la acción de descalzarse.*) (1)
que en casos que se interesan
dos vidas tan importantes,
toda precaución es fuerza

PACA. ¿No puede verse con un
vaso que viene en la cesta?

MARIANA. Muchachas: mirad allí
un usía sin calcetas.

GARCÍA. Es economía y moda.

MARIANA. Si usa de la moda mesma
con la camisa el señor,
no ha menester lavandera.

ROSA. ¿Qué tal está el río?

GARCÍA. Como
el amor en las doncellas:
ni tan ardiente que con
el menor soplo se encienda,
ni tan frío que destemple
la intención del que se acerca.

ROSA. Pues vamos; quedando ustedes,
como es regular, afuera,
y no lejos. Vos, tomad (*A* GARCÍA)
esta muestra, que está puesta
con la de mi peluquero,
que siempre puntual la lleva,
y avisadme por minutos;
porque, según la receta
de mi médico, yo salga
del baño cuando convenga.

PACA. Vos, mientras que yo me baño,
disponedme la merienda
de un salpicón con la carne
que hallaréis en esa cesta,
y un gran plato de ensalada
de pepinos que en aquella
casilla los hay, y adiós.

GALVÁN. Yo voy á cerrar la puerta.

GARCÍA. Id, que nosotros quedamos
á dar mil enhorabuenas
al río de que, si el mar
entre sus ondas entierra
solo un sol, hoy Manzanares
dos entre las suyas mezcla.

(*Llevándose el envoltorio se entran los dos.* GARCÍA *se sienta cerca del baño, observando el reloj, y el otro dispone la merienda, etc.*)

GUZMANA. ¿Habrás visto tal tardar?
Como por aquí viniera
alguna silla volante,
á casa me iba.

SEGURA. ¡Paciencia,
señora!; y si no la tiene,
de mi amo puede aprenderla;
pues su merced jamás riñe;
y aunque algunas veces venga
que parece que no cabe
en casa, según vocea,
luego se hace cargo de
la razón y se sosiega.

T. GARCÍA. ¡Pepinos!

CABALL. ¡Al queso fresco!

OLMEDO. ¡Ciruelas de flor! ¡ciruelas!

(*Sale* CORONADO, *de valenciano, con su tiple, cantando al lado de la silla volante.*)

(*Seguidillas.*)

«Un calesero chusco,
que iba á Sevilla
solo con su caballo,
cantaba ansina.
Y como es largo
el viaje, proseguía
siempre cantando».

GUZMANA. ¡Calesero, calesero!

CORONADO. ¿Qué es lo que usted manda, reina?

GUZMANA. ¿Cuánto quiere por llevarme
solamente á la Plazuela
de Santo Domingo?

CORONADO. Nada.
La honra de mi calesa,
mi caballo y mi presona
es que usted se sirva de ella;
suban ustedes, que ya
está la rodilla en tierra.

SEGURA. Ajustémonos primero.

CORONADO. El que ajusta con las hembras
es tonto, pues ¿no sabe
que las que alcanzan son ellas?
Vamos.

SEGURA. ¡Albricias, señora!

(*Salen* NAVAS *y* MARTÍNEZ.)

NAVAS. Ya estás servida, morena;
hallé á don Ignacio, y ya
le tienes en tu presencia.

GUZMANA. ¡A buena hora! Ya me vuelvo
á casa, que no estoy buena.

NAVAS. Pues si yo despedí el coche
hasta las doce, supuesta
la diversión que tenemos
en esa vecina huerta
esta noche.

GUZMANA. En esta silla
me voy.

MARTÍNEZ. Madama, no sea
usted tan determinada;
atended...

GUZMANA. Nada hay que atienda;
sois un hombre desatento,
un descuidado, un tronera,
y sabiendo que si riño
con vos me da la jaqueca
¿así exponéis mi salud?

---

(1) Antes decía: «Se quita la media, llevando otra de color de carne».

Pues os juro, á fe de Pepa,
que habéis en toda mi vida
de acordaros.

NAVAS. ¡Chúpate ésa!
¡Déjale, mujer! ¡Amigo,
alabo vuestra paciencia!

MARTÍNEZ. Templad, señora, en el agua
del baño toda esa hoguera.

GUZMANA. Hoy no estoy para bañarme,
que me he puesto muy inquieta.

NAVAS. ¡Ea!; pelitos á la mar.

CORONADO. ¡Arre, caballo!; á la vuelta
tengo mi silla á la sombra:
avisad cuando se ofrezca.

(Se va con ella.)

MARTÍNEZ. Chica, lleva á tu ama al baño.

GUZMANA. ¡Sobre que ya lo hice tema!

MARTÍNEZ. Pues volvámonos á casa.

GUZMANA. Idos vos, y pues se queda
ahí mi hermano, voy al baño;
cuando yo salga no os vea.

(Se entran las dos.)

MARTÍNEZ. Pues ¿por qué tanto rigor?...

NAVAS. ¡Alabo vuestra paciencia!

MARTÍNEZ. Muy enojada está... Pero,
allí está mi lavandera.

NAVAS. Pues si lo supiera todo.

CARRET. Bañero, ya estoy tranquilo:
vamos á espantar la pesca

(A otro baño.)

NAVAS. Sentáos y gobernaremos
el mundo. ¿Traéis la *Gaceta?*

MARTÍNEZ. Sí, leedla vos, en tanto
que doy por aquí dos vueltas.

GARCÍA. Ya un minuto ha que en el baño
estais; si sentís flaqueza
tomad medio bizcochito.

T. GARCÍA. ¡Pepinos!

CALLEJO. ¡Ropa!

OLMEDO. ¡Ciruelas!

(Se sienta NAVAS á leer; MARTÍNEZ se pasea rondando las lavanderas, y sale el coche alquilón que conduce ENRIQUE, y trae dentro á AYALA, en bata y gorro, con tres ó cuatro capas á cuestas; LÓPEZ, su médico, y RAMÓN, de criado, y se apean á su tiempo.)

ENRIQUE. ¡Arre, mula!: ésta de mano
es mal animal.

ALGUNOS. ¡Amuela,
simón!

ENRIQUE. ¡Miente todo el mundo!;
y es necio quien no venera
á don Simón, por la grande
fundación que dejó hecha.

AYALA. ¡Pára, pára!

ENRIQUE. So, Pastora!
¿Hay demonio de muleta?

(Se apea y abre.)

AYALA. Señor Doctor, ¿os parece
que está la tarde á manera
de poder bañarse un hombre?

LÓPEZ. La tarde está muy serena;
y vos debiérais bañaros
aunque muy mala estuviera.

AYALA. Decid la razón.

LÓPEZ. Porque
toda criatura seca
apetece la humedad.

AYALA. ¿Qué aforismo lo comprueba?

LÓPEZ. El de *contraria contrariis
curantur;* que está á la letra.

AYALA. Pues el aforismo miente;
que si la verdad dijera,
no acabaran los doctores
con nuestra naturaleza.

MARTÍNEZ. *(Llega.)* ¡Señor don Mamerto!

AYALA. ¡Amigo!

MARTÍNEZ. ¿Pues qué novedad es ésta?

AYALA. ¿Qué novedad es bañarse,
sabiendo que en esta era
todo es una secatura,
y que á la gente discreta
los enfados y disgustos
no la enfadan, que la secan?
Y así yo, viéndome seco
de sufrir impertinencias,
me vengo á echar en remojo,
desde la cruz á la fecha.

MARTÍNEZ. Es prevención prodigiosa.

AYALA. A ver, señor doctor, meta
usted el bastón en el agua
y dígame si está buena.

LÓPEZ. ¿Pues cómo queréis que una
caña los efectos sienta?

AYALA. Registradla con la vista.

LÓPEZ. Para eso no basta ella.

AYALA. Pues meted el dedo chico.

LÓPEZ. Don Mamerto, eso es demencia
conocida.

AYALA. No hay tal cosa;
que yo sé por experiencia
que son los tres modos con
que los médicos lo prueban.

(Mete la mano en el río.)

RAMÓN. El agua está algo fresquita.

AYALA. Pues en casa quedó puesta
una olla grande á la lumbre;
muchacho, ves á traerla.

RAMÓN. ¿Para qué?

AYALA. Para templar
el río.

LÓPEZ. Es una simpleza:
que á vuestra complexión antes
le conviene el agua fresca.

AYALA. Mirad el pulso.

LÓPEZ. Está bueno.

GALVÁN. ¿Gusta usted que le prevenga
el baño?

AYALA. Oye: ¿está limpio
y seguro?
GALVÁN. Cosa bella.
AYALA. Pues, en fin, señor doctor,
ya que bañarnos es fuerza
empezáos á desnudar.
LÓPEZ. ¡No estaba mala la idea!
¿Bañarme?
AYALA. ¿Cómo que no?
Todo lo que á mí me ordena
usted ¿no dice que es cosa
sana? Pues vamos á medias.
¿No queríais el otro día
echarme cien sanguijuelas?
Yo me echo cincuenta como
os echéis otras cincuenta.
Sangráos y me sangraré;
recetad una docena
de ventosas, como vos
os dejéis echar la media.
Y si así lo hicieran todos,
yo aseguro que estuviera
más poblada la nación.
¡Hola! ¡Vamos! ¡Ropa fuera!
Chico, desnuda al señor
como á mi persona mesma.
LÓPEZ. ¡Vamos! ¿yo entrar en el baño?
MARTÍNEZ. ¡El don Mamerto es gran pieza!
AYALA. Chicas, cuidado con lo
que se lava.
PAQUITA. Ropa puerca.
AYALA. ¡Juguemos limpio!

(Se entran al baño.)

GAR. Y AMBR. Señoras.
¿Qué tal os sentís?
PACA Y ROSA. Muy buenas.
GARCÍA. Ya van seis minutos, tres
segundos y dos terceras
partes de otro.
ENR. Y COR. *(Salen.)* Señor Juan,
venid, echaremos media
y una tajada.
T. GARCÍA. ¡Livianos!
ENRIQUE. Vamos muy enhorabuena
y sin gastar ceremonias,
que los cocheros y bestias
de alquiler jamás conocen
por el pienso la Cuaresma.
CALLEJO. Tenga usted muy santas tardes.
ENRIQUE. ¡Oh, señor Domingo! Venga
usté acá, que un convidado
puede convidar á treinta.
CORONAD. Pues sentarse aquí á un ladito
que vengo al instante. ¡Abuela!

(Al TIO GARCIA.)

Dé buen recado.

(Sale la señora BASTOS, *de arriero.)*

BASTOS. ¿Hacia dónde
estará mi lavandera?
Que aunque hace que quiere
á un soldado y me desdeña,
con todo, donde hubo lumbre
algunas cenizas quedan.
Quiero buscarla y cantando
por aquí hacer la desecha;
que como me oiga no dudo
que tras de mis ecos venga.

(Tonadilla ésta y la MARIANA.)

MARTÍNEZ. ¡Viva esa gracia!
MARIANA. Se estima;
pero, amigo, se atraviesan
en el gaznate requiebros
que en el alma no hacen fuerza.
Agures.
BASTOS. Oyes, Antonia,
¿qué te quiere ese babieca?
MARIANA. Nada. Esa ropa recoge,
gallego; carga con ella
y llévala á casa.
CALLEJO. Bien.
MARIANA. Hasta más ver, compañeras.

(Vanse las dos.)

(Salen del baño las señoras PACA *y* ROSA.)

LAS DOS. Señores, muy buenas tardes.
PACA. Ponednos las manteletas,
y capotes.
AMBROSIO. Ya tenéis
aquí pronta la merienda.
PACA. Vamos, amiguita,
ROSA. Nada.

(Saca la cabeza AYALA.)

AYALA. Es una gran desvergüenza
ponerse á lavar adonde
están los baños tan cerca.
GARCÍA. ¿Qué ha sido eso, caballero?
AYALA. Hacerle á un hombre que beba
lo que otro comió; mañana
yo pondré una centinela. *(Entrase.)*
LAVAND. ¡Vaya, vaya al mar, que aquí
no se recoge otra pesca!
GALVÁN. Señor, si usted es servido
oigame una impertinencia.
MARTÍNEZ. Con mucho gusto.

(Hablan aparte.)

CORONADO. Tío Juan:
y la vida que se lleva
de cochero de la sopa,
¿qué tal es?
ENRIQUE. Grande prebenda:
no tiene jubilación
mejor ninguna carrera.
La ración no es mucha, pero
á la gente ya provecta,

para no morir ahita
le conviene la miseria.
Trabaja un hombre seguro;
porque don Simón ordena
que á las mulas de sus coches
se hagan rigurosas pruebas
de vita et moribus, y
se dé á la edad preferencia;
por eso veréis que todas
van tan despacio y tan serias.
La vanidad desterrada
de todas nuestras cocheras,
coches, mulas y cocheros
observamos tal modestia,
que infunde veneración
cualquier tren que sale de ellas.
Trata un hombre en este oficio
con muchas gentes diversas,
y aprende un hombre de todo,
porque allí de todo entra.
Hay sus gajes, que se llaman
maulas, y con advertencia
que son las maulas mejores
cuantas más maulas se llevan.
En fin, don Simón dejó
una obra pía estupenda,
y si él no hubiera nacido
hoy la corte no tuviera
tantos cementerios para
coches, mulas y libreas.

MARTÍNEZ. Amigo, quedo enterado
de todo.

(A GALVÁN, llega al baño.)

MARTÍNEZ. Señora.

SEGURA *(Sale.)* ¡Ea!
déjenos usted en paz,
que no gusta de fachendas,
mi ama.

MARTÍNEZ. Suplico á usted
que salga, si está ya fuera
del baño.

NAVAS *(Llega.)* ¡Vaya! sal, hija.

GUZM. *(Sale.)* Decid, ¿qué embajada es ésta?

MARTÍNEZ. Pues á todos pertenece,
todos ustedes atiendan.

L. Y COR. Bañero, ved que parece
que aquel baño se derrienga.

GALVÁN. No lo creais; es más firme
que una fábrica de piedra.

AYALA *(Dentro.)* ¡Bañero, bañero! ¡Que
se me cae la casa á cuestas!

(Cae el baño.)

TODOS. ¡Qué desgracia! *(Se levantan todos.)*

AYALA *(Dentro.)* ¡San Jonás,
saca de aquí esta ballena!

(Llegan y le sacan.)

TODOS. ¿Os habéis hecho mal?

AYALA. Yo
no sé bien si alguna pierna
ó algún brazo estará ahogado,
que el susto me tambalea;
pero como lo esté, juro
se ha de acordar de la fiesta
el bañero.

MARTÍNEZ. Id á vestiros,
y todas las gentes vengan
conmigo y con el bañero;
que en esta vecina huerta
ha dispuesto, según dice,
divertir en una regia
galería con tonada
y baile á los que frecuentan
sus baños, manifestando
cuánto dar gusto desea.

NAVAS. ¿Y hay para todos?

GALVÁN. Señor,
sí; y aun para más que vengan.

GARCÍA. Que viniera todo el mundo
á verlo es lo que él quisiera.

PACA. Jamás me he negado á lances
de baile ni de meriendas.

ROSA. También iré, sin embargo
de mi rigurosa dieta.

LÓPEZ. Usted hace muy bien, que para
lo que sirven y aprovechan
los baños, está mejor
empleada la madera
en ese salón.

TODOS. Pues vamos
allá.

MARTÍNEZ. Todavía resta,
por lo hecho y por lo que falta,
revestida ya la idea
de seriedad, que pidamos
perdón de las faltas nuestras.

GARCÍA. Y con grande confianza;
que quien sus faltas confiesa..

(Con todos.)

ó de gracia ó de justicia
con fundamento le espera (1).

---

(1) Siguen estas censuras:

«Madrid 13 de junio de 1765.—Con las letras de las tonadillas, pase al fiscal de comedias, y con lo que dijere se traiga. *(Rúbrica.)*

Señor: Atento á la práctica de este autor, podrá ejecutarse este fin de fiesta, obviando en su representación cualquiera afecto que desdiga á lo mandado, dando V. S. su licencia, salvo, etcétera.—Madrid 13 de junio de 1765.—*Antonio Pablo Fernández.*

Madrid 13 de junio de 1765.—Ejecútese con arreglo á la censura y á la que diere el tribunal eclesiástico.—*Luján.*

Madrid 15 de junio de 1765.—Ejecútese, quitando todas las expresiones correspondientes, así al auto como á la festividad del *Corpus.*—*Mata.*»

37

INTRODUCCIÓN AL SAINETE NO ORIGINAL DE

El casero burlado.

estrenado en 1765 *(junio)* (1).

ENTREMÉS PARA LA COMPAÑÍA DE NICOLÁS DE LA CALLE.

(Se levantan las tres cortinas del foro: en la de enmedio está NICOLÁS *sentado á una mesa, revolviendo libros y legajos; en la de la derecha la Sra.* GRANADINA, *cantando entre dientes, como que escribe música, y á la izquierda* CHINICA, *haciendo visajes como que escribe versos).*

CORO DENTRO ANTES.

«Pues que todos los gustos
están tan delicados
que apenas hallan cosa
digna de aplauso,
todo sea discursos,
todo trabajo.»

NICOLÁS. Sainetes de Cañizares;
Zamora, sainetes varios;
entremeses de Solís.
Muy bien: vamos apartando
materiales, mientras otros
van recogiendo silbatos.

GRANAD. *(Canta) Lanlará, lanlelará.*

(Representa)

Este es muy bonito paso;
así fuera el estribillo
tan fácil como idearlo.

CHINICA. Salen ahora las mujeres
con un candil en la mano
y un garabato en la otra
vestidas de negro y blanco
en busca de la fortuna,
diciendo todas á cuatro,
que acompañan los clarines
y los timbales punteados:

(Canta y toca el solo haciendo los timbales sobre la mesa.)

«Fortuna, fortuna,
si dormida estás,
despierta á la bulla
de trompa y timbal.»
Esto, como lo haga bien
y se cante acompañando
con cien pares de timbales,
ha de alborotar el patio.

Salen la señora PEREIRA, PAULA *y otros que no hayan de salir en la pieza principal.)*

TODOS. ¿Qué es ésto?

PEREIRA. ¡Vaya que está
bien repartido el teatro!

PAULA. ¿Quién se ha vuelto loco?

NICOLÁS. *(Sale)* Yo
lo estoy de andar manoseando
libros donde hallar sainetes
y entremeses, y aunque hay tantos
y sin embargo de ser
de los autores más raros,
dudo si podrá haber uno
que sacie el gusto del patio.

CHINICA. Se ha puesto ya ese señor
en un pie muy delicado:
vea usted qué premio le dieron
á mi entremés del *Indiano*,
que en otro tiempo quizá
daría de comer un año.

PEREIRA. ¿Y qué estabas escribiendo?

CHINICA. Otro; que no he escarmentado.

PAULA. ¡Qué bueno que estará él!

CHINICA. Puede ser que no esté malo;
porque la idea es hurtada
y puesta sólo en extracto
porque salgamos del día.

NICOLÁS. Hoy, por empeño más arduo
tengo el hacer un sainete
que una comedia, mirando
que las críticas enojan,
que al ridículo hacen ascos,
lo discreto no divierte,
en lo amatorio hay reparos,
etcétera. Conque, amigos,
cualquiera toma temblando
la pluma, porque al más hábil
cuesta mucho el trabajarlo
y al más ignorante cuesta
muy poco el decir que es malo.

CHINICA. Pues el mío ha de salir.
¡Sobre que ya me he picado!

NICOLÁS. ¿Y qué asunto tomas?

CHINICA. El
lo dirá al representarlo.
Cuidado que nadie diga
que es el pensamiento hurtado,
que yo, como nunca he escrito
cosa original, lo callo.

PEREIRA. ¿Y tú qué haces, Mariquita?

GRANAD. Callad, que ya estoy plantando
el *finis coronat opus*
de una tonadilla.

PAULA. ¡Bravo!

(Sale la GRANADINA.)

GRANAD. Pues hijas; ¿qué quereis que haga?
ello es forzoso aplicarnos
á trabajar; si después
la fortuna nos da marro,
podrá quejarse la gente

(1) Bib. Municip.: leg. 1-162-48. Copia antigua, con las aprobaciones y licencias que van al final. La *Introducción* es *inédita*. El sainete se imprimió suelto varias veces y Durán lo incluyó en su colección, tomo I, pág. 54.

de que no hemos acertado
á servirla; pero no
de que no lo procuramos.

NICOLÁS. ¿Conque tienes tonadilla?

GRANAD. Mala ó buena, ya la traigo.

NICOLÁS. ¿Y tú tienes ya sainete?

CHINICA. Tan breve que, aunque es hurtado,
por parvidad de materia
pueden todos tolerarlo.

PEREIRA. ¿Pues á qué aguardas?

CHINICA. A que,
mientras que nosotros vamos
á prevenirnos, ustedes
ó canten ó bailen algo;
que no tardaremos mucho.
(Vanse los precisos.)

NICOLÁS. Eso queda de mi cargo.
Id con Dios. ¡Digo! ¿Paquita?
vamos cantando ó bailando
unas buenas seguidillas.

TODAS. Toquen, que prontas entramos.
(Bailan.)

NICOLÁS. Pues quien no tenga que hacer
retírese á no estorbarnos;
y el auditorio prudente,
atento á cuanto anhelamos
complacerle...
(Con todos.) nos conceda
indulto, ya que no aplausos.

(Se retiran y se descubre fachada de casa pobre con un armario, tres sillas viejas y los demás trastos que se citan después, y está CHINICA, *de peón de albañil, sentado, con la guitarra en la mano, cantando.)*

EL CASERO BURLADO

PERSONAS

EL CASERO, *Espejo.*—EL ALBAÑIL, *Chinica.*—UN ESCRIBANO, *Pereira.*—MARICA, *Granadina.*—LA SEÑORA LUCIA, *Joaquina.* TROPA DE ALGUACILES, *Todos.*—VECINAS, *Algunas mujeres.*

(La escena en casa del ALBAÑIL.—*Se descubre el* ALBAÑIL *cantando lo que quiera, y sale la mujer con mantilla, muy acalorada.)*

MARICA. ¡Esta sí que es buena vida!
Todos son días de fiesta
para ti y días de ayuno
para mí. ¡Quién me dijera
que yo había de venir
á verme en tanta miseria,
cuando en casa de mis padres
estaba yo tan contenta
y tan querida de todos! *(Llora.)*

ALBAÑIL. ¿Qué va que si la vihuela
cojo por lo más estrecho
te la encajo en la cabeza?

MARICA. Ya lo creo, que tú eres
capaz de infamias como esas
y de otras. Hombre que está
todo el día en la taberna
con otros tan holgazanes
como él, y no se avergüenza
de no mantener su casa
ni de que á su mujer vean
indecente, ¿qué no haría?
¡Reniego de mi simpleza
y de mi cariño, que
tantas lágrimas me cuesta! *(Llora.)*

ALBAÑIL. Yo no siento que se queje;
lo que siento es que se queja
con razón.

MARICA. A fe, que cuando
me pretendías no eras
tan bribón ni tan soberbio,
y que las noches enteras
sabías estarte en la calle
al frío, rondando mi puerta;
y cuando fuiste á pedirme
á mi madre diste muestra
de humildito, y la decías
que yo había de ser la dueña
de la casa, y la contabas
que tenías tantas grandezas,
que ganabas tanto y cuanto
y tenías las arcas llenas
de ropa. ¡Fuego de Dios
y cómo mientes! ¡Ah, perra
de mí! que pudiera estar
tan bien como una marquesa,
y estoy peor que una esclava.
Yo te aseguro, si fuera
otra, que me pones en
paraje de no ser buena.

ALBAÑIL. Mujer, tú tienes razón;
yo te prometo la enmienda
Al punto cojo la capa
y me llego á la taberna
á decir que no me esperen
solamente. Tú ahí te queda,
que voy á eso, y de camino
á exponer nuestra miseria
al casero, porque aguarde
hasta que pagarle pueda.

MARICA. Ahora vengo yo de allá,
y es ociosa diligencia,
que ha ido á buscar la justicia
para que al instante venga
á embargarnos los haberes
y te encajen en la trena.

ALBAÑIL. Pues ¿por qué tanto rigor?

MARICA. ¿Por qué? Yo te lo dijera,
pero si luego .. yo... que...
Mejor es que no lo sepas.

ALBAÑIL. ¡Malo!

MARICA. ¿Malo? Todavía
pudiera ser peor, si fuera
yo otra; pero eso no;

que la honra es la riqueza
mayor del mundo.

ALBAÑIL. Pues ¿qué?
la verdad, ¿te galantea
el casero?

MARICA. Como tú
á él no se lo dijeras,
yo te diría que sí,
y que ya me tiene hechas
más de cuarenta visitas.

ALBAÑIL. Más me ha hecho á mí de cincuenta
su mujer; pero es por solo
caridad, pues siempre deja
para poner el puchero.

MARICA. Pues el otro no lo lleva
por tan buen camino, que
dice que hasta que le quiera
no me ha de dar un ochavo,
y que nos ha de echar fuera
de la casa.

ALBAÑIL. Pues, mujer,
vamos discurriendo á medias
qué se ha de hacer.

ESCRIBANO *(sale.)* La justicia.

(Todos cuantos pudieron ser alguaciles y los rodean.)

ALBAÑIL. Por fin á buena hora llega,
que me ahorra el discurrir.

MARICA. ¡Ay, que yo estoy medio muerta!
Por no aplicarte, bribón,
nos vemos en esta afrenta.

ALBAÑIL. Tampoco, si te aplicaras
tú, jamás nos sucediera;
pero si somos entrambos
desaplicados, ¡paciencia!

ESCRIB. ¿Sois Antón el albañil?

ALBAÑIL. ¡Ojalá que no lo fuera!

ESCRIB. ¿Conocéis aquesta firma?

ALBAÑIL. Es de mi mano y mi letra.

ESCRIB. Vamos entregando llaves
y haciendo aquí manifiestas
todas las alhajas luego,
que hacer inventario es fuerza
para ver si el acreedor
con los muebles se contenta.

MINIST. 1.° Cuidado no ocultar algo,
porque es cargo de conciencia.

MARICA. No hay más de lo que se ve
y la ropa que está en esa
arca.

ESCRIB. Pues vaya, muchacho,
arrímate á aquella mesa
y ve escribiendo.

ESCRIBIENTE. Ya traigo
prevenida la cabeza.

ESCRIB. Escribe. «Primeramente:
una, dos, cuatro silletas;
una sin asiento, otra
sana y las dos enfermas.
Un cazo de azófar, roto;
una sartenilla vieja;
un candelero de barro;
un candil; repisa y media
de yeso; una estampa ahumada;
un arca y una alacena;
un barreño esportillado,
que sirve de chimenea
y brasero; una jofaina
y una cortina en dos puertas.»
Vamos ahora á ver la ropa
del arca.

MARICA. *(Va corriendo).* No la revuelvan
ustedes; y como ustedes
me dejen esta escofieta
y la ropa con que voy
á pasear los días de fiesta,
vaya todo lo demás.

ESCRIB. «Un zapato, tres calcetas,
una camisa sin mangas,
un escarpín de bayeta.»

ALBAÑIL. Y dió fin la ropa blanca.

MARICA. ¡Pícaro, das buena cuenta
de mi dote!

ESCRIB. Ciertamente
que para cobrar la deuda
hay bien de que asir, amigos;
(A los ALGUACILES aparte
vamos antes á dar cuenta
de todo al juez y á la parte,
por si quieren que se prenda
este hombre y asegurar
nuestras costas, y no sea
que, con que es pobre, después
nuestro trabajo se pierda.

TODOS. Vamos donde usted mandare.

ESCRIB. Cuidado que, hasta que vengan
por los trastos y por él,
de la casa no se muevan,
que el casero ha de venir
á ver si esto le contenta.
Yo le entregaré su vale
y él allá se las avenga. *(Vanse.)*

MARICA. ¡Muy buenos hemos quedado
marido!

ALBAÑIL. Voy á una iglesia
á retraerme.

MARICA. ¿No dijo
que iba á decir que viniera
el casero el escribano
y á darle el vale? Pues ¡ea!
¿quieres ver cómo le burlo?

ALBAÑIL. ¿Y si él lo toma de veras?

MARICA. Se llevará mayor chasco.
Sal tú de casa y acecha
cuando entre, y luego, después
de un rato, has de dar la vuelta
enfadado, y lo demás
déjalo tú por mi cuenta.

ALBAÑIL. Muy bien está. ¿Oyes? cuidado,
que la burla está dispuesta
entre los dos; no te yerres
entre los dos al hacerla. *(Vase.)*

MARICA. ¡Deje usted estar al amigo
casero! Yo haré que sepa
quién es Marica Pendaño,
y que otra vez no se atreva
á inquietar mujeres que
se están en su casa quietas.

(Sale el CASERO, *muy serio.)*

Pero él viene allí; empecemos
á entablar la estratagema.
¡Ay pobre de mí! ¿No hay quien
venga á auxiliar á una muerta?
(Cae desmayada gritando.)

CASERO. ¡Pobre Marica! Yo bien
la perdonara la deuda;
pero ¿por qué carga de agua?
No, señor; pague quien deba,
que él me lo debe á mí, y yo
no le debo nada á ella.

MARICA. ¡Ay, que me empiezo á morir!

CASERO. ¿Qué hay, Marica? ¿Estás contenta?
Pues aún falta lo peor.
Estáte tiesa que tiesa,
que yo estoy duro que duro,
y veremos quién se lleva
el gato al agua.

MARICA. ¡Ay, señor;
no creí yo que usted era
tan fuerte de genio! ¡Vaya,
que paga bien las finezas
con que yo iba procurando
modo de tener licencia
de Antón para que pudiese
venirme á ver sin sospecha
de él ni de la vecindad!

CASERO. ¡Hija! ¿Lo dices de veras?

MARICA. Ya no. ¡Jesús y qué poco!
Ha sido crueldad horrenda
la de hoy.

CASERO. *(Aparte.)* Ella dice bien.
¡Reniego de mi viveza!

MARICA. ¡Ea!; vaya usted con Dios
y haga usted que luego vengan
por los trastos.

CASERO. Mariquita,
fácilmente se remedian
las cosas. Conque, por fin,
¿ya estabas tú menos terca?

MARICA. ¡Toma si lo estaba! Pero,
¡ya más poco!; ya estoy hecha
un veneno.

CASERO. Pues, querida,
perdóname, y como quieras
tratarme tan solamente
con agrado, serás dueña
desta casa, de la mía
y de mi bolsa; y en prueba
de esta verdad, pongo el vale
á tus pies.

MARICA. ¡Cayó esta breva!

CASERO. ¿Qué dices?

MARICA. Que tengo yo
un genio que, como sea
por bien, al cabo del mundo
con un cabello me llevan;
pero por mal, soy el dianche.
(Cógele el vale.)

CASERO. Y di: ¿estás ya más contenta?

MARICA. ¡Qué sé yo! Por fin y postre,
yo le diré á Antón las muestras
de cariño que os debemos;
y él es preciso que, á fuerza
de hombre de bien, pues no paga
la casa, deje algo á cuenta (1).

CASERO. Mejor es no se lo digas.

ALBAÑIL. *(Dentro.)* Mujer, ábreme la puerta.

MARICA. ¡Pobre de mí!

CASERO. Pues, ¿qué importa?

ALBAÑIL. *(Dentro.)* Abre, mujer.

CASERO. ¿De qué tiemblas?

MARICA. De que si os halla aquí dentro
os ha de abrir la cabeza.

CASERO. ¡Eso faltaba! Pues, hija,
daca el vale, no se pierda
todo; y si me veo apretado,
le diré, cuando le vea
enfurecido, que vine
á perdonaros la deuda
por caridad.

MARICA. ¡Ay, que Antón
no la conoce!; y mi pena
es que vos habéis entrado
aquí á hacer una obra buena
y él os hará mala obra,
y es un cargo de conciencia.
No, lo primero sois vos.
Meteos en esta alacena
y dejadme hacer á mí.

CASERO. ¿Y el vale?

MARICA. En mi mano queda
seguro, y así veremos
qué resulta de esta prueba.
Yo se lo diré; escuchad
vos desde aquí su respuesta.

CASERO. ¡Buena la hice!

MARICA. Vamos presto,
que tiene poca paciencia.

(Escóndele en la alacena, que estará de modo que se le pueda oir, y abre la puerta MARICA *y sale el* ALBAÑIL.*)*

---

(1) Hay una enmienda de la censura que dice:

«De hombre de bien, él también
os dé la correspondencia.»

MARICA. Hombre, ¡qué deprisa vienes!
(Hácele señas de que está el otro escondido.)
ALBAÑIL. Dame la llave de aquella
alacena, que es preciso
sacar de allí la herramienta.
CASERO. ¡Pobre de mí, pobre de...!
ALBAÑIL. Que tengo una obra de priesa.
MARICA. El caso es que no la topo.
ALBAÑIL. Pues búscala, ó será fuerza
descerrajarla.
CASERO. ¡Anda, hijo!
Yo caí en la ratonera.
ALBAÑIL. ¿No la hallas? Pues voy á abrir
á coces.
CASERO. ¡Anda morena!
MARICA. Hijo, el casero ha venido.
ALBAÑIL. ¿Que dices? ¡Que no viniera
yo antes y le encontrara
para cortarle las piernas!
MARICA. Antes merece las gracias;
pues apiadado de nuestra
infelicidad, me trajo
el vale, y dice que queda
en ser muy amigo tuyo
y en perdonarnos la deuda.
ALBAÑIL. Si como he pillado el vale
entre mis uñas cogiera
al casero, había de hacer
de su figura menestra.
CASERO. ¡Bueno va!
ALBAÑIL. Daca la llave.
MARICA. No la encuentro; pero espera,
que aquí en casa del vecino
hay una llave maestra
y nos la puede prestar.
ALBAÑIL. Pues ve corriendo por ella.
CASERO. ¡Triste vale y triste hombre!
ALBAÑIL. ¡Juro á bríos que si supiera
á dónde hallar al casero,
le había de dar una felpa!
LA CASERA. *(Dentro)* ¿Deo gracias?
ALBAÑIL. Pase adelante.
¿Quién es? ¡Señora casera!
CASERO. ¡Esto es peor; que es mi mujer!
LUCÍA. Antón mío, ¿qué tragedia
te sucede? ¿Tú acosado
de la justicia? ¿Tu hacienda
embargada, estando yo
en el mundo? Si te acuerdas
de que yo te quiero, ¿cómo (1)
á mi inclinación no apelas
en tus infortunios?
CASERO. ¡Vaya,
que la función es completa!

(1) La censura corrigió este verso y el que le sigue así:

«de que á los pobres estimo,
¿por qué á mi piedad no apelas?»

ALBAÑIL. Señora, vuestro marido
me aflige por una deuda.
LUCÍA. ¿A quién no afligirá él?
Es el animal más bestia,
el más avariento, el más
soberbio y el más tronera
del mundo.
CASERO. ¡Ve echando mases!
LUCÍA. ¡Reniego de la riqueza!
¡Ojalá me hubiera yo
casado contigo!
CASERO. ¡Arrea,
Manolo!
LUCÍA. En fin, págale,
que aquí hay en buena moneda
treinta doblones, y luego
ve á casa por otros treinta.
CASERO. ¡Y el vale roto! ¡Arda Troya,
pues que mi casa se quema!
(Por salir cae con armario y todo.)
ALBAÑIL. Yo os doy gracias: mas ¿qué es esto?
LUCÍA. ¡Pícaro! ¿tú en casa ajena
escondido?
ALBAÑIL. ¿Usté en mi casa
escondido con cautela?
(Cógenle los dos.)
LUCÍA. ¡Yo te lo diré!
ALBAÑIL. ¡Yo y todo!
LOS DOS. ¡Muera este insolente, muera!
CASERO. ¡Justicia venga del cielo,
pues que me falta en la tierra!
LUCÍA. ¡Le tengo de hacer añicos!

(Sale MARICA y las vecinas.)

MARICA. Hola, hola, ¿qué bulla es esta
en mi casa?
ESCRIB. *(Sale.)* La justicia.
Todo el mundo se detenga,
y sepamos qué ha sido esto.
LUCÍA. Pillar en la ratonera
á mi marido.
CASERO. Pillar
in fraganti á mi parienta
de ladrona y ¡qué sé yo (1)
qué más! ¿De dónde, perversa,
tienes tú tanto dinero?
LUCÍA. De lo que desaprovechas
tú y yo sé ahorrar, para que,
socorriendo la pobreza
de esta gente, á tu intención
puedan tener resistencia.
ALBAÑIL. ¡Que todos estos caseros
tengan las caras tan feas!
ESCRIB. Vayan todos á la cárcel.

(1) Variante del censor:

«de ladrona, estafadora.
Dime, de dónde, perversa» etc.

MARICA. Harto castigados quedan
el casero y su mujer,
si alguna culpa hay en ella,
con que pierdan el dinero.
ESCRIB. Como prometan la enmienda
todos y queden en paz,
callar y callemos.
CASERO. ¡Ea!
Pues pelillos á la mar,
y está dada la sentencia
como se muden de casa
donde yo nunca los vea.
MARICA. Así lo ofrecemos, y
para que acabe con fiesta
la burla de mi casero
enamorado, una nueva
tonadilla he de cantar.
ESCRIB. Sea muy enhorabuena.
TODOS. Pidiendo perdón al patio
de todas las faltas nuestras (1).

38

El chasco de los aderezos.

1765 (2)

REPARTIMIENTO

GUZMANA.—NAVAS.—AYALA. CORONADO.—LÓPEZ.—MARTÍNEZ.—GARCÍA.—SEGURA.—ROSA.—BASTOS.—PACA.—CALLEJO.—AMBROSIO.—GARCESA.

(Habrá una mutación de salón con sus arañas, sus taburetes y sillas, y salen cantando y bailando cuatro pajes y cuatro criadas.)

SEGUIDILLAS.

«Pues son días del ama
y ha de haber fiesta,
alegrémonos, chicos,
y ande la gresca:
¡Dále que dále;
suenen las castañetas;
rabie quien rabie!»

(Sale GUZMANA.)

GUZMANA. ¿Habrá mayor desvergüenza?
No está compuesta la sala
y vendrán ya las visitas.
¡Si no servís para nada!
BASTOS. Ya falta poco, señora.
GARCESA. Sólo faltan las arañas.
GUZMANA. Vaya, niños, encenderlas;
¿y mi esposo, dónde anda?
BASTOS. En su cuarto está gruñendo
y tirándose las barbas
en pensar el gasto de hoy.
GUZMANA. Pues lleve el diablo su casa;
si son mis días ¿qué quiere?
GARCESA. Apenas pagó la bata
echó mil pestes y votos.
GUZMANA. ¿Habrá pícaro?, ¡canalla!
¿Si es un ruin, si es un tacaño!
¿Chifichafe?
CALLEJO. ¿Qué me manda?
GUZMANA. ¿Buscaste los aderezos?
CALLEJO. Sí, señora.
GUZMANA Pues ya tardan.
CALLEJO. ¡Ya van! Que llaman, señora.
GUZMANA. Mira quién es.
CORONAD. ¿Está en casa
la señora, caballero?
CALLEJO. Sí, señor.
CORONAD. Pues avisadla
que traigo los aderezos.
CALLEJO. Está bien.
GUZMANA. Di, ¿quién es, maula?
CALLEJO. El que trae los aderezos.
GUZMANA. Dile que entre pronto; ¡vaya!
COR. *(Sale.)* Tenga usted muy buenas tardes.
GUZM. *(Ap.)* No tiene muy buena facha.
A ver esos aderezos.
¡Jesús, y qué feas cajas!
CORONAD. No tenéis razón, señora,
que estas cajas no son malas.
GUZMANA. ¡Jesús, y qué aderecitos!
No son cosa. ¡Vaya, vaya!
¿de dónde sois?
CORONAD. De Madrid.
GUZMANA. Por eso no valen nada.
¿Y dónde están hechos?
CORONAD. Estos, señora, se engarzan
aquí en la Puerta del Sol.
GUZMANA. ¡Jesús, qué cosa tan mala!
Apenas vi las cajillas
dije serían una plasta.
CORONAD. ¿Por qué razón, señorita?
GUZMANA. Sólo porque son de España;
si fueran de Ingalaterra

(1) Van á continuación estas censuras:

«Madrid 25 de junio de 1765.—Preséntese la letra de la tonadilla que se ofrece para su inspección y censura. (*Rúbrica.*)

Extiéndase la licencia. (*Rúbrica.*)

Damos licencia para que se pueda representar el entremés nuevo titulado *El casero burlado*, y la tonada á dúo de *Un criado y una señora* se pueda cantar, mediante que uno y otra han sido vistos y reconocidos y no contienen cosa que se oponga á nuestra santa fe y buenas costumbres. Dada en Madrid á veinte y seis de junio de mil setecientos sesenta y cinco.—*Licenciado Armendáriz.*—Por su mandado, *José de Uruñuela y Marmanillo.*

Madrid 27 de junio de 1765.—Pase este entremés al fiscal de om e dias para su censura y con la [que] diere se traiga.—*Luján.*

Señor: Puede ejecutarse este entremés, dando V. S. su permiso, con las enmiendas notadas para su decencia, salvo, etc. Madrid 30 de junio de 1765.—*Antonio Pablo Fernández.*

Madrid 1.º de julio de 1765.—Ejecútese con arreglo á las censuras y no en otra forma.—*Luján.*

Madrid y julio 11.—Visto.—*Abila.*»

(2) Bib Municip.: leg. 1-153-41. Copia antigua. Impreso suelto y por Durán: II, 313.

trajeran cajas de zapa.
¡Jesús, y qué poco fondo!
¿Y el precio?

CORONAD. Sin que haya falta,
éstos á siete doblones
y éstos ocho.

GUZMANA. No me agradan.
No me parara en el precio
si fueran de Dinamarca.
Nada que se haga en Madrid
es de moda ni es de fama.
¿Sabéis de algún extranjero,
de éstos que van por las casas?
que esos los suelen traer
de Londres, que son la mapa.

COR. (*Ap.*) (Yo haré que tragues los propios
y que me pagues la gana).
Señora: este jueves vino
monsiur Cribite de Irlanda
y trajo de todas piedras;
pero, señora, muy caras.
(*Ap.*) ¡Tú pagarás el desprecio
y los tragarás, tarasca!

GUZMANA. Yo no me paro en el precio,
como no sean de España.
Amigo, enviadme ese hombre
de aquí á media hora, sin falta.

CORONAD. Señora, yo voy corriendo
y haré que venga en volandas.
(*Vase.*)

GUZMANA. ¿Oyes, Pepe?; llama á tu amo.

AMBROSIO. Señor, mi señora llama.

GUZMANA. ¿Qué haces ahí dentro metido.

(*Sale* AYALA.)

AYALA. ¿Qué quieres, parienta, que haga?
Consumirme y abrasarme
en ver cómo anda mi casa.

GUZMANA. Si son mis días ¿qué quieres?

AYALA. ¿Y por ser tus días, Clara,
pretendes el destruirme?
¡Treinta doblones la bata!
Ya no puedo con tal peso.

GUZMANA. Pues, hijo, suelta la carga;
ya sabes lo que te dije,
yo no te he engañado en nada.
Pensar tú que yo he de ver
á mi amiga doña Juana
una moda, y que tú al punto
corriendo no me la traigas,
eso es hablar de la mar,
porque se arderá la casa.
No soy menos que ninguna.

AYALA. ¿Y si yo no tengo, Clara?

GUZMANA. Búscalo, pide prestado.

AYALA. Pero ven acá (¿hay tal rabia?)
¿A qué viene esta función
y este gasto?

GUZMANA. Mira, calla,
yo te lo diré, mi Justo.
¿No tuvo doña Juliana
el día de San Julián
un gran festín en su casa,
con su refresco y su cena?
Pues ¿no fuera cosa extraña,
siendo mis días, no hubiese
otro que tal en mi casa?
No soy menos que ninguna.
¡Poquito de mí se hablara!

AYALA. Más se hablará de nosotros
con estas calaveradas;
que ésos, si lo hacen, lo tienen.

GUZMANA. ¡Que lo tienen? Sí, la gana.
¿Te parece que esos gastos
los pagan ellos? ¡Ya baja!

AYALA. Pues ¿quién los paga, parienta?

GUZMANA. Don Periquito los paga;
y en casa, si tú quisieras,
don Alberto los pagara;
pero tienes ese genio
tan ridículo que enfada.
Y pues no quieres, ¡paciencia!;
¡aguanta la mecha, aguanta!
que yo he de ir como quien soy.

AYALA. Y yo he de gastar, mi Clara,
como quien soy y no más.

GUZMANA. Yo no gasto pataratas.

AYALA. Si no hallo arbitrio ninguno.

GUZMANA. Yo te diera uno.

AYALA. Pues vaya.

GUZMANA. ¿Le has de tomar?

AYALA. Ya veremos.

GUZMANA. ¿Ya veremos? No me agrada;
has de tomarle y seguirle.

AYALA. ¿Es acaso puñalada?
Quiero saberlo primero.

GUZMANA. Pues escucha.

AYALA. Vamos, habla.

GUZMANA. No más conque tú permitas
venga de tertulia á casa
don Alberto y que le muestres
buen semblante.

AYALA. No me agrada.

GUZMANA. Ese es tu maldito genio.
Pues ¿no ves á doña Blasa
cómo va don Diego á verla
siempre que le da la gana?
Porque mira, Justo mío,
esto se ha de hacer con maña.

AYALA. Eso tiene, Clara mía,
una consecuencia clara,
que es subir de tertuliano
á ser el amo de casa.

GUZMANA. Eso es menosprecio mío,
y es no tener confianza.
¿Sabes la mujer que tienes?

AYALA. Porque lo sé digo, Clara:
mujer que gusta de modas,

perendengues, pataratas,
sin que su marido tenga
para aquesas barrumbadas,
esta no es mujer.

GUZMANA. Pues ¿qué es?

AYALA. Veleta desordenada,
que á todos aires se mueve.
Parienta, en aqueste arbitrio
yo soy quien lleva la carga.
Que habiéndome dado Dios
(de que le doy muchas gracias)
buena cabeza, tú quieres
por fuerza hacérmela mala,
no me parece que es justo.

GUZMANA. Déjate de pataratas,
que eso es aprensión no más.

AYALA. Estas aprensiones matan.

GUZMANA. Para eso se hizo el ingenio.

AYALA. Bien te ingenias, pero...

GUZMANA. Vaya,
no seas, Justo, tan esquivo.

AYALA. Clara, no seas tan clara.

GUZMANA. Pues á la empresa y silencio.

AYALA. ¡Santos míos de mi alma,
préstadme todos paciencia,
que este Justo ya se ensancha!

(Salen la ROSA *y* GARCÍA, *de petimetres.)*

ROSA. Don Diego, ahí van las chinelas

GARCIA. Ya voy, mi vida, á guardarlas
y á limpiarme los zapatos,
que este empedrado levanta
un polvo que es un infierno.
Si no fuera por la maula
de llevar la bayetita
á prevención reservada
y meterme en los portales
de paso á dar su limpiada,
fuera uno como un cochino.

ROSA. ¡Amiga, querida Clara!

GUZMANA. ¡Amiga, señor don Diego!

GARCÍA. Me tenéis puesto á esas plantas.

ROSA. ¡Señor don Justo!

GARCIA. ¡Querido!

AYALA. ¡Don Diego, mi doña Juana! *(Ap.)*
¡Y que digan que esto es bueno!
Sí será, mas no me encaja.
¿Y el pariente, dónde queda?

ROSA. Allí se quedaba en casa
rezando con la familia;
á mí nunca me hace falta;
con don Diego voy y vengo.

AYALA. Lo mismo dirá mi Clara
en viniendo don Alberto,
que éstas sienten, gruñen, rabian,
no sólo viendo al marido,
pero el nombre les enfada.

(Salen la PACA, *la* SEGURA, MARTÍNEZ *y un* PAJE.)

SEGURA. ¿Oyes? si fuere don Lucas,
dile que venga á esta casa;
pero si tu amo pregunta
no le hables una palabra.

PACA. ¡Qué vivo es el pajecillo!

SEGURA. Vale, amiga, mucha plata;
él es mis pies y mis manos.

MARTÍNEZ. Señoras, á vuestras plantas;
don Justo, felices noches,

AYALA *(Ap.)* ¡Qué he de mostrar buena cara
á mi enemigo mortal!
Don Alberto, aquesta casa
ya sabéis que siempre es vuestra.
(Aparte.) ¡Maldita sea tu casta!

P. Y SEG. ¡Querida, don Justo, amigos!

GUZMANA. ¡Amigas de toda alma!
¿No podíais venir solo?
¿Tenéis vergüenza en la cara?
¿Con dos mujeres venís
á mi presencia? ¡Qué rabia!
¡Ya os acordaréis de mí!

MARTÍNEZ Señora, yo...

GUZMANA. Calla, calla.

AYALA. No asamos y ya empringamos.
¡Buen principio de semana!

GUZMANA. Vaya, amigas, á sentarse;
pase usted allí, doña Juana.

ROSA. Pues que se pase don Diego.

GUZMANA. ¿Quién lo duda?

GARCÍA. Cosa clara.

GUZMANA. Don Alberto, aquí á mi lado.

MARTÍNEZ. ¡Yo, señora!

AYALA. Cosa clara;
¿quién lo duda?

GUZMANA. Es evidente.

AYALA. ¡Digo: la mezclilla es mala!
ya se van emparejando.

(Sale AMBROSIO.)

AMBROSIO. Señora, á la puerta llama
un caballero que dice
que don Alberto le aguarda.

MARTÍNEZ. Señora, es un forastero
amigo, que, en confianza
del favor que yo recibo,
le convidé, cosa clara;
si quería divertirse.

GUZMANA. Suba corriendo, ¿qué aguarda?
¿No sabéis que sois el amo?

AYALA. Y yo el criado de casa.
¡Cómo me honra mi Clarita!

GUZMANA. ¿Chifichafe?

CALLEJO. ¿Qué me mandas?

GUZMANA. Dile que suba corriendo.

CALLEJO. Ya va llegando á la sala.

(Sale FELIPE.)

FELIPE. ¡Jesús tanto *papillote*!
Así va la harina cara.
A la *obedencia*, señores.

Señoras: ¡Jesús, qué guapas!
á vuestra *indisposición*.
ROSA. ¿Qué rústicamente que habla!
GARCÍA. Todo él es contrahecho.
SEGURA. ¡Qué ganso es el camarada!
PACA. ¿De dónde sois, caballero?
FELIPE. ¿No os lo ha *icho* ya mi facha?
Soy hidalgo de Alcorcón.
AYALA. Ya lo dice vuestra masa.
AMBROSIO. Un extranjero, señora,
que no se entiende lo que habla,
por señas por ti pregunta.
GUZMANA. ¿Chifichafe?
CALLEJO. ¡Vaya, vaya!
aquí estoy.
GUZMANA. Dile que suba.
CALLEJO. Ya poco á poco se encaja.
Entre usted, monsieur la Bomba.

(*Sale* CORONADO.)

CORONADO. *¡Oh, siñoritas, madamas!*
Yo traigo *lis adierrezos*,
mi señora doña Clara.
GUZMANA. ¿De dónde sois?
CORONADO. Yo, *siñorra*,
tener muy *lecos* mi patria;
yo estar *Giniebro*, mas ellos
se *trabacan* en Moldavia.
GUZMANA. ¿Cómo os llamais?
CORONADO. Yo mi nombro
mons Petardí fachi á facha;
mas *no estar* yo el *artifice*,
que éstos *soli lis trabaca*
don Anchelo Tagarnini;
es el *micor* de la Italia.
SEGURA. ¡Jesús, qué cajas tan lindas!
CORONADO. *Soli mi cuestan las cacas*
cada uni sieti pisietas;
mirre, son de zapa, zapa.
GUZMANA. ¡Jesús, qué hechura tan linda;
qué pedrería tan guapa!
¡Cuánta diferencia hay de éstos
á los otros!
CORONADO (*Aparte.*) En las cajas,
que no he mudado otra cosa.
De esta suerte se les clava
muchas cosas de Madrid
diciendo que son de Italia.
GUZMANA. ¿Y á cómo son?
CORONADO. *Siñorrita*,
istos siempre me los *paca*
madama lla Sinforosa,
sin que le falte una blanca,
á veinte y siete *dublones;*
no estar piedra, que estar pasta.
SEGURA. Cierto que los extranjeros
con mucho primor trabajan.
CORONAD. (*Ap.*) Español hay en Madrid
que, si le viene la gana,
hará de un demonio dos,
lo que no harán en Italia.
GUZMANA. ¿Don Alberto?
MARTÍNEZ. Ya os entiendo.
AYALA. Ya le pegó la tostada.
MARTÍNEZ. Ahí van en oro.
GUZMANA. Me gusta;
no he de regatearle nada.
¿Habéis visto en vuestra vida
cosa más brillante?
FELIPE. ¡Guapa!
GUZMANA. Ve corriendo y págale.
AYALA. ¡Qué ducha que está mi Clara!
FELIPE. ¿Y cuánto vale esta cosa?
GUZMANA. Una porquería, nada;
veinte y siete dobloncillos.
FELIPE. Puerquerías son las natas.
AYALA. Ahí va todo su dinero.
CORONAD. (*Ap.*) ¡Ya le tragaste, tarasca!
ROSA. Bien podías mercarme uno.
GARCÍA. Ahora veré si os agrada.
¿A ver esos aderezos?
CORONAD. *Isto istar tútili* mapa;
istar, *siñorr*, *postri modi*;
trugi soli parra Hispaña
ocho *juecos* y al *instanti*
tanti gente á mí me carga,
que si no *gardi estis catri*,
parra unas siñorras macas
me *quedarra* sin *ninguni*.
GARCÍA. ¿Y éstos, á cómo se pagan?
CORONAD. Estos *trescientis* pesetas.
ROSA. ¡Ah, don Diego! ¿no le paga?
GARCÍA. (*Ap.*) ¡No es este pequeño lance
para el que no tiene blanca!
¿cómo he de hacerlo, Dios mío?
Mosié, escuche una palabra.
CORONAD. Eh bien, diga, *cabalier*.
GARCÍA. De suerte que una madama
á quien yo sirvo y cortejo
que está dentro de esta sala
me ha pedido un aderezo.
CORONAD. ¡Eh bien: *páguime* y agarra!
GARCÍA. Que no es eso lo que digo:
de suerte..
CORONAD. Sin *patarrata*,
yo dijo que son cabales
trescientis pieseti en plata.
GARCÍA. Sí, señor; no voy contra eso.
CORONAD. (*Aparte.*) Ya te entiendo la legaña.
¡Eh, bien: explíquese *clarro*.
GARCÍA. Pues, amigo, es, en sustancia,
que yo quiero un aderezo.
CORONAD. *Alon tomé vusté y paca.*
GARCÍA. No es eso; usted no me entiende.
CORONAD. Yo no entiendo *patarratas*;
clari, clari, lisi y llani.
GARCÍA. Pues, amigo, en confianza,
yo me hallo aquí sin dinero.

CORONAD. ¿Para *esti* tanta palabra?
¡Eh bien! ¿qui quierri?
GARCÍA. Yo quiero,
por cortejar á madama,
ver si usted fía.
CORONAD. En Dios *soli*.
GARCÍA. Pues segura está mi paga.
CORONAD. Más *sigurra* está en mi bolsa.
GARCÍA. Pues qué ¿no haréis confianza?
¿no me daréis...?
CORONAD. *Al dimoño*
primierro que mis *alacas*.
GARCÍA. ¡Ah insolente, ah deslenguado!
desta suerte...
CORONAD. *Patarrata*,
porque no *quierri*.
GARCÍA. ¡Ah vinagre!
MARTÍNEZ. ¡Don Diego! ¿qué es esto? ¡vaya!
GUZMANA. ¡Qué atrevimiento!
ROSA. ¡Ay de mí!
CORONAD. Yo ya me llevo la papa,
ahora ahí os quedan las llaves.
(*Vase.*)
PACA. Desmayóse doña Juana.
MARTÍNEZ. ¿Qué es esto?
GARCÍA. Señora.
TODAS. Amiga.
GARCÍA. ¿Tenéis agua de Lavanda?
PACA. Echarla bien.
SEGURA. ¡Qué desgracia!
AYALA. ¿No vais vos?
FELIPE. ¿A qué?
AYALA. A asistirla.
FELIPE. No entiendo de desmayadas;
ya *golverá*, si es que *güelve*.
AYALA. ¿Y si no?
FELIPE. Caiga el que caiga.
ROSA. ¡Jesús!
MARTÍNEZ. Ya ha vuelto.
ROSA. ¡Ay de mí!
FELIPE. Lagotería.
GARCÍA. ¡Ea, vaya!
Respiremos, corazón.
ROSA. ¿Por qué sacasteis la espada?
GARCÍA. Porque llegué al extranjero
y le pedí me dejara
un aderezo como ése
que ha tomado doña Clara,
y no hubo forma de darle,
siendo así que le alargaba
un doblón á más del precio,
y me respondió el canalla
que los tenía vendidos
á una modista de fama,
y yo empeñado en el lance
quise ver si con la espada...
ROSA. Basta; sosegaos, don Diego.
GARCÍA. (*Ap.*) Mejor salí que esperaba.
GUZMANA. No sabéis lo que yo he andado
hasta encontrar esta alhaja.
¡Poquito nos ha costado!
Siete hay no más en España.
PACA. A ver, señora. ¡Jesús!
así es el mío; no es chanza,
y está engarzado en Madrid.
GUZMANA. ¿Qué ha de ser? ¡Sí, patarata!
Aunque no tuviérais ojos.
PACA. Señora, haya cachaza;
quítese usted el aderezo
y yo el mío, á vista vaya.
GUZMANA. Es cosa que me deshago
con estas simples tontazas.
Ahí está, véanle todos.
¡Si es envidia declarada!
SEGURA. No hay que hacer, hermanos son,
el mismo dibujo se halla
en el uno que en el otro.
GARCÍA. Y las mismas piedras; vaya,
son iguales.
GUZMANA. ¿Hay tal rabia?
¿También sois vos porfiado?
¡Bueno es que se ha hecho en Mol-
[davia
y esotro está hecho en Madrid!
Ved si diferencia se halla,
y estas piedras no son piedras.
GARCÍA. Pues, ¿qué son, señora?
GUZMANA. Pasta.
PACA. Mire usted bien, caballero.
FELIPE. Yo bien veo, á Dios gracias.
PACA. ¿No es lo mismo uno que el otro?
FELIPE. No, señora.
GUZMANA. Es cosa clara.
No conocen lo que es bueno.
¡Si es envidia declarada!
PACA. Diga usted; ¿en qué no es lo mis-
[mo?
FELIPE. ¿Tiene esa caja de *zampa*?
SEGURA. ¿Y es ese solo el motivo?
FELIPE. También hay otro, madama;
que estas piedras no son piedras.
TODOS. Pues ¿qué son, señor?
FELIPE. Son *plasta*.
GUZMANA. ¿Qué entiende ese bruto de eso?
PACA. ¿Qué va, si me da la gana,
que hago venir al platero
y que traiga aquí una carga?
GUZMANA. Como el mío no es posible.
PACA. ¿Gustais vos, mi doña Clara,
vaya un paje vuestro donde
yo le envíe?
GUZMANA. Sí, que vaya.
PACA. Chifichafe: á don Raimundo
dile que traiga una caja
corriendo, con aderezos.
CALLEJO. Volando voy. (*Vase.*)
GARCÍA. ¡Doña Juana!
ROSA. Pues me tenéis muy contenta.
FELIPE. ¿Quién es el ama de casa?

AYALA. ¿No la conocéis?
FELIPE. Yo no
AYALA. Mi señora doña Clara.
FELIPE. ¡Buena púa me parece!
¡Muy bien se pela la pava
con mi amigo don Alberto!
¿Y ésta, es viuda ó es casada?
AYALA. Marido tiene.
FELIPE. ¡Qué lindo!
él será muy buena alhaja.
Yo le pondría en Orán,
sólo porque aquesto aguanta
AYALA. ¿Conocéis á su marido?
FELIPE. No quiero, ni tengo gana;
ya sé poco más ó menos
que será de *güena* pasta;
un bribonazo de aquellos
de «A mí no se me da *naa*»
AYALA. *(Ap.)* No es nada lo que vomita;
y es la verdad lisa y llana.
Pues el que hable con un hombre
¿lo tenéis á cosa mala?
FELIPE. Mirad, que no soy borrego,
aunque vestido de lana,
y hacerme creer á mí
con *sopísticas* palabras
que esos polvos no son lodos,
¡como hay *ños* que yo me ahorcara!
Pues ¡miren las amiguitas!
á su *moa* están cortadas:
¿y esto llaman divertirse?
¿Habrá pícaros canallas?
AYALA. *(Ap.)* ¿Y este es el tonto, el salvaje
que no entendía de nada?
¡Fuego de Dios en su lengua!
FELIPE. Sobre quien todo esto carga
es el amito, el *marío*
de la buena doña Clara.
¿Habrá pícaro borracho,
insolente? ¡Vaya, vaya!
¡y qué habiendo este *ganao*,
den los campos tanta alfalfa!
AYALA. *(Ap.)* ¡Que oiga uno tales razones
y no pueda hablar palabra!
FELIPE. Con el maridito hiciera
y con éstos una danza
de dos en dos á Melilla
por diez años á ensayarla.
AYALA. ¡Antes ciegues que tal veas!
MARTÍNEZ. Cantad algo, doña Clara;
ya sabéis el gusto mío.
TODAS. Es verdad; Clarita, vaya,
cantad alguna cosita.
GUZMANA. Unas seguidillas majas
cantaré.
TODOS. Pues ¡atención!
MARTÍNEZ. Nadie chiste una palabra.

(Canta.)

TODOS. ¡Vítor, vítor; bravamente!
GARCIA. Tiene preciosa garganta.
FELIPE. Para una soga no hay *dua*.
AYALA. Vete á la mano, mi Clara,
que andan aquí murmurando.
GUZMANA. ¡Anda, vete noramala!
Mira no busques mi lengua,
que nos oirán!...
AYALA. ¡Calla, calla!
Y vos, decid, ¿sois soltero?
FELIPE. Soltero soy, á Dios gracias.
AYALA. ¿No estaréis mejor casado?
FELIPE. ¡Dios me libre de tal plaga!
¿Queréis oir un cuentecito
que sucedió ha dos semanas?
AYALA. Contadle, si vos queréis.
FELIPE. Pues atención, que no es rana.
Murióse uno aqueste día,
y la muerte y su guadaña
le preguntó de esta suerte:
—¿Qué estado has tenido? habla
—Casado una vez he sido.
Y la muerte dijo *airaa*:
—Que suba al cielo por mártir.
Murióse allí otro panarra
y la muerte le pregunta:
—¿Qué estado has tenido? habla.
—Casado he sido dos veces,
respondió; y ella enfadada
le dijo: —¡Dos veces, dos!
por tonto al infierno baja.
Mirad por qué yo me case,
si, el mejor, mártir escapa.

(Sale CALLEJO.)

CALLEJO. Señora, aquí está el platero.

(Sale LÓPEZ.)

LÓPEZ. Señoras, á vuestras plantas.
PACA. Adiós, señor don Raimundo.
LÓPEZ. Aquí tenéis una caja
de aderezos como el vuestro.
PACA. Llegue usted, mi doña Clara;
ahora veréis si es posible.
Don Raimundo, esta madama
porfía que este aderezo
no es como el mío.
GUZMANA. ¿Hay tal rabia?
¡Si el vuestro se ha hecho en Ma-
[drid!
LÓPEZ. Y el de usted se ha hecho en mi
[casa.
Mire usted doce lo mismo,
y éste ha dos horas escasas
que ha salido de mi tienda.
Primero vino sin caja,
luego se volvió con él,
buscó tres cajas de zapa
y al cabo os encajó el uno
y le pagasteis la gana.
Yo los doy á seis doblones,

pero él tuvo mejor maña
que os agarró veinte y siete.

FELIPE. Para esto se hizo en *Mondravia*.

GUZMANA. ¿Habrá pícaro, embustero?
¡Por vida de.....!

MARTÍNEZ. Doña Clara,
esto no tiene remedio;
bebamos y ¡santas Pascuas!

GUZMANA. Pues *alón*, vamos adentro,
que allá todo nos aguarda.

TODOS. Pidamos perdón primero,
y que salga la tonada. [1].

39

Los destinos errados

ENTREMÉS QUE EN EL AUTO TITULADO LA NAVE DEL MERCADER REPRESENTARÁ LA COMPAÑÍA DE LA SEÑORA MARÍA HIDALGO.

1765 [2].

(*Cantan dentro el cuatro, y salen luego las señoras* ROSA, MARIANA, GUZMANA *y* SEGURA, *de mozas de lugar, vestidas pobremente, y las señoras* BASTOS, PACA *y* OROZCAS, *de labradoras, todas de misterio.*)

CUATRO.

«Pues el tiempo y la fortuna
unidos nos halagan,
cerca del mayor día,
con dichas de la patria,
puesto que se duplican los motivos,
duplíquense también las algazaras.»

MARIANA. Seguidme todas aprisa.

TODAS. ¿Dónde nos llevas, muchacha?

MARIANA. Entretanto que las gentes
van concurriendo á la plaza
con los dos grandes motivos
de ser el día mañana
del Señor, y que esta tarde
llegarán de Salamanca
mis hermanos y el vecino,
que ha tres años ya que andan
por allá estudiando, quiero
deciros una idea rara
que me ha ocurrido.

ROSA. Pues dila;
puesto que, si retiradas
nos ven, pueden sospechar
alguna cosa muy mala.

GUZMANA. ¿De qué, si aunque somos muchas
somos lo mismo que nada,
y todo el lugar nos tiene
por unas pobres cuitadas,
doncellas á piedra y lodo,
supuesto que en nuestras casas
ninguno entra y están siempre
todas las puertas cerradas?

SEGURA. ¡Ay, hija, que están hoy día
las lenguas tan toleradas
en el mundo, que á no ser
por el miedo que me causan
la culebras, á un desierto
me iría de buena gana!

ROSA. Para huir de lenguas mejor
es Madrid, que allí son tantas
las cosas que hay de que hablar,
que las tres partes se callan.

BASTOS. ¿A qué hora, si tienes algo
que decirnos, nos despachas,
que yo soy viva?

PAQUITA. ¡Pues yo!...
Si supiérais bien la rabia
que me da cuando destripan
un cuento... Vamos, despacha.

MARIANA. Allá voy; pero primero
responded, en confianza:
¿Os queréis casar?

LA SEIS. Sí.

SEGURA. Yo
miro al cielo, y no me llama
por ese camino, cuando
tanto en disponerlo tarda.

MARIANA. Pues, hijas, algunas veces
que en mis horas reservadas
he pensado en que las mozas
se exponen á la matraca
de quedarse para tías,
si á su tiempo no se casan,
he visto que la cosecha
de novios es más escasa
hoy día que en estos años
se ha visto la de cebada.
El labrador, el artista,
el hombre de circunstancias
y hasta el ruin, como el dinero
dé á sus pensamientos alas,
si lo miráis bien veréis
que para dar la crianza
á sus hijos no consultan
la utilidad de su casa,
el talento de su hijo,
la inclinación que le arrastra,
el aumento del estado
y raíz de su prosapia,

---

[1] A continuación va la licencia:
«Madrid 9 de enero de 1765.—Extiéndase. (*Rúbrica*).
Nos el licenciado D. José Armendáriz y Arbeloa, presbítero, abogado de los Reales Colegios y teniente Vicario de Madrid y su partido. Por la presente, y por lo que á nos toca, damos licencia para que el sainete antecedente, titulado *El chasco de los aderezos*, se pueda representar, mediante que de nuestra orden ha sido visto y reconocido y parece no contiene cosa alguna opuesta á nuestra santa fe y buenas costumbres.—Fecha en Madrid á 9 de enero de 1765.—*Licenciado Armendáriz*.
Madrid 9 de enero de 1765.—Con las letras de las tonadillas.—Por su mandado, *Miguel Machín Castillo*.»

[2] *Inédito*. Bib. municip.: leg. 1-185-29. Copia antigua.

sino al capricho, abusando
el hombre de las ventajas
que Dios le dió, y el ejemplo
que le dan brutos y plantas.
Los burros producen burras,
las cabras producen cabras,
el rosal produce rosas,
la malva produce malvas,
el almendro rinde almendras
y el manzano da manzanas;
consiguiendo cada uno
continuar su semejanza
y que de su especie nunca
se separe la abundancia.
Pero el hombre, no, señor,
á su arbitrio; verbi gracia:
En este lugar sabemos
hay gente muy hacendada,
con hijos; ¿me diréis uno
que destine á la labranza
ó al oficio que profesa
sus hijos? No; unos se marchan
á probar fortuna, otros
á estudiar de mala gana
ó de buena, para ser,
porque su padre lo manda,
curas ó frailes; de suerte
que yo, siendo tan muchacha,
conocí seis zapateros
en el lugar, y hoy no se halla
uno, siendo así que todos
dejaron sucesión larga.
Y todas estas locuras
de los padres ¿quién las paga?
Las pobres hijas, que luego
nos hallamos precisadas
á tomar nuestras medidas
ó á responder sin tomarlas
al primero que alza el dedo
y dice: quiero casaca.

TODAS. Esa es la pura verdad.

PAQUITA. No creí que eras tan sabia,
mujer.

GUZMANA. ¿No veis que tenemos
hermanos en Salamanca?

ROSA. No es eso, sino que cuando
siempre la idea trabaja
sobre cualquier punto, al fin
es mucho lo que adelanta.

BASTOS. ¿Y qué sacamos en limpio
de esa relación tan larga?

MARIANA. ¿Qué sacamos? Sacaremos,
si la suerte no nos marra;
pues viniendo hoy á la villa,
por las fiestas de mañana,
los estudiantes y otros
sujetos de estas comarcas,
si nosotras ostentamos
á su vista nuestras gracias,
puede ser que se enamoren;
puede Dios tocar la aldaba
de su corazón; ser puede
que salgamos de tan ardua
dificultad; nuestra hora
puede ser que sea llegada,
y, en fin, lo que puede ser
sábelo Dios y lo calla.

TODAS. ¡Bien pensado!

ROSA. Me parece
que cada una se empeñara
en una gracia distinta
de la otra, siendo varias,
como las inclinaciones
de los hombres, nuestras armas
para rendirlos. Yo ofrezco,
pues siempre he sido aplicada
á los libros, embobarlos
con noticias y palabras.

SEGURA. Yo no saldré de mi paso:
si hay un hombre de buena alma,
que guste de la modestia,
y me toca, resignada
al cielo estoy; cúmplase
su voluntad soberana.

BASTOS. Si alguno llega á decirme
que me quiere y se retracta,
¡juro á bríos! que le de hacer
que me quiera á manotadas.

GUZMANA. Muy mal haría, porque
con las doncellas no hay chanzas.

PAQUITA. Si supieran cómo yo
sé gobernar una casa
los hombres, sobre el que había
de llevarme se mataban.

MARIANA. Me parece bien que todas
os halléis tan esforzadas.
Vosotras dos en el baile
echad el resto, y mi hermana
y yo haremos lo posible
cantando, y está ajustada
la cuenta.

ROSA. Sólo falta ahora
con el huésped ajustarla.

GUZMANA. Lo que yo siento es tener
indispuesta la garganta,
ahora que importa.

MARIANA. Que ya
al cantar estará clara
si esfuerzas la voz; á ver,
para hacer la prueba, canta
alguna cosa ligera.

TODAS. Unas seguidillas.

GUZMANA. Vaya;
pero si no suenan bien,
mandadme luego dejarlas.

MARIANA. Canta, que no faltará
quien lo diga si no agradan.

(*Seguidillas.*)

TODAS. ¡Muy bien!
MARIANA. Más hace el que quiere
que el que puede. ¡Ea, muchachas!;
antes que nos echen menos
cada una ponga en planta
su idea y vamos de aquí,
diciendo disimuladas
y alegres como al principio
nuestras voces de calandrias:

TODAS.

«Puesto que se duplican los motivos,
duplíquense también las algazaras.»

(Vanse cantando; y levantando las cortinas aparece la fachada de plaza. Habrá en medio una puerta de casa decente cerrada; á la derecha una albardería, á cuyo umbral estarán sentados, cosiendo, el TIO GARCÍA *y* ENRIQUE, *cantando; á los de la izquierda* CORONADO, *de herrador, con su banco y yunque.)*

(Canta ENRIQUE *y el* TIO *hace el bajo.)*

«Venga quien tuviere gusto
delicado en la cotilla,
que aquí se la ajustaremos
sin tomarle la medida.»

*(*CORONADO *canta al tiempo del martillo con ellos.)*

«Vengan todos los que sufren carga,
que es raro sufrirla sin llenar albarda.»
ENRIQUE. Vamos despachando, porque
mañana por la mañana
es preciso que estén estas
dos cotillas acabadas
y va trayendo la gente
toda la bulla á la plaza.

(Salen cantando y bailando las señoras BASTOS, PAQUITA *y* OROZCAS, *con* GALVÁN, CARRETERO, CABALLERO *y* OLMEDO; *y detrás* AYALA *y* GARCÍA, *de alcaldes; este por el estado noble y el otro por el general.)*

CUATRO.

«Pues el tiempo y la fortuna
unidos nos halagan», etc.
AYALA. ¡Hola!; pues ya hemos traído
mi compañero á su casa,
id dos ó tres de vosotros
á la torre y haced salva
á los estudiantes, luego
que lleguen, con las campanas,
que ya tengo prevenido
del arrabal á la entrada
que los reciban con cohetes,
el tamboril y la gaita.
GALVÁN. Está muy bien. *(Vase con otros.)*
GARCÍA. Compañero,
amigos, os doy mil gracias
por tanto como pensais
favorecerme. ¡Ah de casa!
(Abren la puerta.)
Saquen aquí unos asientos,
que pues están empeñadas
las gentes en no dejarme
hasta que las algazaras
avisen de que han llegado
mi hijo y los que le acompañan,
razón es que se acomoden
á esperar por si se tardan.
AYALA. Mucho dicen se ha aplicado
vuestro hijo.
GARCÍA. A mí me enfada
su aplicación; yo aseguro
que no vuelva á Salamanca,
que en un hijo de un hidalgo
es una idea muy baja
aplicarse á facultad.
Basta que se aplique para
saber tener sucesión
con que continuar su casa,
aunque infeliz, que al hidalgo
con muy poco pan le basta.
AYALA. Así nos lo dice aquel
adagio, que gente honrada
no es paniega.
GARCÍA. En el instante
que llegue, á punta de lanza
le obligaré á que se case
con la que le dé la gana,
ó le ahogo.
AYALA. De ese modo
está ya la suerte echada;
si no se casa le ahogan,
y se ahoga si se casa.

(Tocan gaita y campanas repican dentro.)

GARCÍA. ¡Hola! ¿qué es esto?

(Sale LÓPEZ, *de labrador, muy alborotado.)*

LÓPEZ. Señores
alcaldes; ¡fortuna rara!
¡qué felicidad, que ya,
ya repican las campanas!
ENRIQUE. ¿Oye usté?, aunque usté perdone;
(Se levanta.)
¿es día de fiesta mañana?
AYALA. No más que día del *Corpus*,
como quien no dice nada.
T. GARCÍA. ¿Y es día de misa?
GARCÍA. ¡Qué ignore
tal cosa un hombre con barbas!
T. GARCÍA. ¡Como es jueves!...

(Sale la señora PACA, *corriendo.)*

PACA. ¿Dónde están
los hijos de mis entrañas,
marido?
LÓPEZ. Mujer querida;
no te aflijas, calla, calla,
que ya no pueden tardar.

PACA. ¡Ay, mi Pascual de mi alma!
Voy á ver si una hora antes
que lleguen pueden mis ansias
abrazarlos. (*Vase.*)

LÓPEZ. Por acá,
mujer. Ella está azorada;
y yo voy á echar al punto
el figón por la ventana. (*Vase.*)

AYALA. Vuestro hijo viene también;
¿cómo vos no nos dais tantas
muestras de alegría?

GARCÍA. Porque
quiero que al verme la cara
seria conozca el disgusto
que su aplicación me causa.

ENRIQUE. Oiga usté: con que todo este
regocijo y esta zambra
¿es porque nuestros sobrinos
llegan? Tomemos las capas
y vamos á recibirlos
al instante.

T. GARCÍA. ¡Vaya en gracia!

(*Se entran en la tienda.*)

(*Repitiendo el repique de campanas y cohetes que atraviesan el tablado, salen delante la gaita y tamboril y algunos con* LÓPEZ, *tirando los sombreros; detrás dos borricos; en el primero viene solo, como abochornado,* MARTÍNEZ, *y en el segundo, montados,* NAVAS, *de estudiante ridículo, y* AMBROSIO *y* RAMÓN, *de majos, haciendo cortesías á todos.*)

TODOS. ¡Viva, viva!

LÓPEZ. Apeaos, hijos,
que ya estamos en la plaza.

MARTÍNEZ. ¡Oh, pobreza, á lo que obligas!
La conformidad me valga.
¡Padre mío!

GARCÍA. Dios te guarde.

LÓPEZ. Hijo mío, ¿qué reparas,
ó qué echas menos?

NAVAS. La luna.

LÓPEZ. ¿Si es de día?

NAVAS. Allí quedaba
la noche que yo me fuí,
y han hecho mal en quitarla,
que era entera, y no hay á veces
más que media en Salamanca.
Padre, tampoco en la torre
está la cigüeña blanca
que yo dejé.

LÓPEZ. ¿Habrá muchacho
como él? Nada se le escapa.

AYALA. Ya se conoce que viene
bien adelantado.

LÓPEZ. Gracias
á Dios; que nuestro dinero
lo luce, ya que se gasta.

(*Se apean los tres.*)

LOS TRES. ¡Padre, padre!

LÓPEZ. ¡Qué personas
tienen los tres tan gallardas!
Hoy es el día que queda
mi testuz sin una cana.

MARTÍNEZ. Padre, decidme: ¿es conmigo
esa seriedad?

GARCÍA. ¿La extrañas?
Pues oye, y muda de ideas,
si pretendes remediarla.

(*Salen las señoras* PACA *y* SEGURA.)

PACA. ¡Hijos míos! ¡Pascualito
de mi corazón! abraza
á tu madre, que aunque sois
los tres pedazos del alma,
tú, como eres el más chico,
todo mi cariño arrastras.

(*Abraza á* NAVAS.)

AYALA. Bien venidos, caballeros.

MARTÍNEZ. En mí tenéis resignada
la obediencia á vuestro gusto.

LÓPEZ. Mirad que el alcalde os habla.

AMB. Y RA. Téngalas usted muy buenas.

NAVAS. A los pies de usted, madama.

SEGURA. Muy bien venidos, hermanos;
no tenéis vosotros traza
de haber estudiado mucho.

PACA. Pascual sí que trae la cara
de estudiante, ¡pobrecito!
No sabes bien el agua
que he llorado al discurrir
las tristes noches y malas
que habrás pasado estudiando.

NAVAS. Por la noche no estudiaba,
ni por la tarde tampoco.
Lo que hacía por la mañana
era levantarme tarde,
y antes de salir de casa
vestirme; luego después
iba á visitar muchachas,
que me gustan mucho, y luego
iba á oir el sermón al aula;
desde allí á jugar al tango,
y otras veces á las damas.

AYALA. ¿Y perdías mucho?

NAVAS. Jamás,
como jugase de chanza;
pero en jugando de veras
sucedía á la contraria,
perdiendo el dinero, porque
toditas me las soplaban.

AMBROSIO. Yo no he estudiado allá mucho
latín; pero en toda España
no habrá quien juegue mejor
el florete ni la espada.

RAMÓN. A tocar las castañuelas
y á bailar, salga el que salga,
tampoco temo á ninguno.

AYALA. ¡Lindos mozos de esperanzas
por los estudios tenemos!

SEGURA. Vea usté ahí en lo que gastan
todo el dinero que padre
les envía de mesada,
y luego á las pobres hijas
el estado nos atrasan
y la decencia, por que ellos
lo distribuyan en maulas.

ENRIQUE. Vamos nosotros. Sobrinos,
vengais con bien á la patria
á descansar unos días
del afán.

T. GARCÍA. Salud y gracia.

(*Sale* CALLEJO, *de militar, de negro y peluca.*)

CALLEJO. Señores, habiendo oído...
tanta alegría y la causa
de tanta alegría, vengo...
con tanta alegría cuanta
requiere tanta alegría...
con alegre confianza
á felicitar la alegre
alegría que os inflama.

NAVAS. ¿Quién es este Salomón,
madre mía?

PACA. Este se halla
de abogado en un lugar
cerca de aquí con gran fama,
y todos acuden á él
con sus pleitos.

NAVAS. ¡Cómo habla!

LÓPEZ. Respóndele tú en latín.

NAVAS. *Suficit atque rebastat,*
Domine, et letitia tua
exultent canentes auras.

CALLEJO. *Domine, eloquentia vestra...*

NAVAS. *Age, age.*

CALLEJO. *Admiretur magna.*

NAVAS. *Contrate: horrida per campos*
bombín bombarda sonabat.

LÓPEZ. ¡Vítor tú!

T. GARCÍA. ¡Bendito seas!

ENRIQUE. Mi sobrino es mucha alhaja.
Esta noche sin remedio
le envío la mejor albarda
que tenga; primero es él
que el macho que me la encarga.

GARCÍA. O te has de casar al punto,
ó te embocan en la jaula
los ministros; padre y juez
es mucho lo que contrastan.

MARTÍNEZ. Es verdad; pero á los jueces
y los padres está dada
la potestad, entre tanto
que se acuerden al usarla
de que hay razón y justicia;
y en queriendo violentarlas,
ni hay padre ni hay juez. Señor,
si yo tengo la esperanza
de adelantarme y de daros
una vejez descansada
con mi aplicación, ¿por qué
quieres hacer tan tirana
violencia á mi inclinación
y á mi juicio? Pues ¿no os salta
al rostro cuanto va expuesto?
¿quién, siendo pobre, se casa?
Pues, como un discreto dice,
el matrimonio se adapta
solo á dos clases de gentes:
á quien reserva en sus arcas
mucho que dejar, ó á quien
no tiene que perder nada.

GARCÍA. Que diga lo que dijere,
yo quiero ver en mi casa
la posteridad; yo quiero
que te cases, y esto basta.

LÓPEZ. Digo, parientes; aquél (*A los suyos.*)
aún no ha dicho una palabra
en latín, y Pascualito
todo.

NAVAS. Pues aún sé otras tantas
cosillas.

T. GARCÍA. ¡Bendito seas!

ENRIQUE. Mi sobrino es mucha alhaja.

AMBROSIO. Padre, y las otras dos chicas,
¿dónde están?

LÓPEZ. Muy ocupadas,
porque entran en las funciones
que hoy este lugar prepara.

AYALA. Os pondremos esta noche
juego de manos; mañana
hay procesión con tambor,
gigantones y tarasca;
por la tarde representan
una comedia muy guapa;
hay toros en el lugar
estotro día, y se acaba
con dar para emborracharse
á todos licencia franca.

LÓPEZ. Voy á decir á las chicas,
que una pastoral ensayan,
porque os divirtáis un rato,
que vengan aquí á cantarla. (*Vase.*)

(*Sale* ROSA.)

ROSA. Señor don Pedro, tía Juana,
yo os doy mil enhorabuenas
de los astros que á la patria
iluminan y os alumbran
con mayor concomitancia,
que aunque á costa de la ausencia
replandezcan, fuera el alba
menos hermosa á no haber
oscuridad que alternara.
El Iris es más brillante
cuanto es mayor la borrasca;

además que las historias
políticas y profanas
están publicando cuánto
los jóvenes adelantan
saliendo. El grande Merlín,
que era natural de Arganda,
fué á estudiar á Egipto, y luego
fué un prodigio por la magia.
Esculapio, á quien los dioses
le concedieron la plaza
de médico de familia,
no se hubiera visto en tanta
dignidad si antes no hubiera,
según el padre Mariana,
venido á graduarse á Osuna
de médico y de sátrapa.
Y por fin, hablando como
que estoy entre gente sabia,
nemo est in patria sua
propheta, ni patriarca.

NAVAS. ¡Caracoles y qué moza
tan sabida! Yo estudiara
mejor con ésta que con
los maestros de Salamanca.

GARCÍA. Habiéndote de casar,
mira, mira qué muchacha.

MARTÍNEZ. Padre, mujer bachillera
y muy presumida, ¡guarda!
Sobre que yo á las mujeres
no las puedo ver pintadas.

AYALA. Sentaos; aún ha de concluir
esta función á puñadas.

(Sale LÓPEZ.*)*

LÓPEZ Todo el mundo se acomode,
sin turbar á las muchachas,
que salen con su juguete.

AMB. Y RA. Busquemos buena posada.

(Se van al lado de la BASTOS *y* VICENTA.*)*

NAVAS. Yo en cualquiera parte, como
no estén muy lejos las faldas.
(Con ROSA.*)*

AYALA. Silencio ahora, que luego
se podrá pelar la pava.

(Se acomodan todas: y cantan su tonadilla, de pastoras, las señoras GUZMANA *y* MARIANA.*)*

TODAS. ¡Vítor, vítor!

GARCÍA. ¿Qué me dices
de estos rostros y estas gracias?

MARTÍNEZ. Bien; pero no me hace fuerza,
porque sé que las que cantan
son en casa las adustas,
que con los maridos rabian.

NAVAS. ¡Como hay Dios, que me han gustado!
¿quién son estas dos zagalas?

LÓPEZ. Tus hermanas.

NAVAS. ¡Voto á Alá,
que á no serlo me casara
con las dos y con la otra,
que ya la tengo acotada!

LÓPEZ. Si en chanza no lo dijeras,
yo aseguro...

NAVAS. ¿Cómo chanza?
Lo mejor que yo sé es
musa musae, y *amo amas*.

CORONADO. Hágame usted el favor
de dejar esa madama
y irse á estudiar.

AMBROSIO. ¿Sabe usted
que si yo cojo la espada...?

CORONADO. Más á mano está el martillo;
y yo sé que si me enfada
le he de sepultar en breve
dos cáncanos en la caspa.

AYALA. ¡Hola! ¿qué ha habido ahí?

CORONADO. Decía
al amigo que bailara,
pues dice que sabe.

RAMÓN. Yo
bailaré de buena gana.
Padre, vea usted con tres cursos
qué sueltas tengo las tabas.

NAVAS. Aquí estamos demás; vamos
á disponer lo que falta.

BASTOS. Ya andan altercando sobre
quién se lleva el gato al agua.
Principio quieren las cosas;
no me enterrarán con palma.

(Bailan RAMÓN *y la señora* VICENTA.*)*

PACA. Los tres muchachos, marido,
no agraviando á nadie, vaya,
se ingenian á cual mejor.

LÓPEZ. Solamente no me agrada
que se arrimen á las mozas.

AYALA. Perdonad la confianza,
caballeros, y decidme:
¿por qué están tan encontradas
vuestras idea, que vos
queréis que por fuerza haya
de casarse vuestro hijo,
y vos tenéis repugnancia
á esto y queréis que los tres
por fuerza estudien sin gana?

GARCÍA. Porque yo deseo mirar
mi progenie dilatada
hasta que un octavo nieto
mío se venga á mi casa
á mojar el pan en la olla
saltando de rama en rama.

AYALA. ¿Hasta el octavo? Con ver
yo los cuatro me alegrara.

LÓPEZ. Yo no, señor; sólo quiero
ver una misa cantada
de un hijo, que otro predique

del caso las circunstancias
y que otro esté desde el coro
entonando con voz clara
la solfa. Yo seré alcalde
aquel año, y la prosapia
tendrá cura, sacristán,
fraile y alcalde; y á tanta
función vendrán muchas gentes;
mataremos una vaca;
habrá tostones y vino,
y haremos que ande la gaita
por el lugar.

PACA. ¿Y esa fiesta
ha de ser hoy ó mañana,
marido?

LÓPEZ. En teniendo ellos
toda la ciencia que basta.
Seo letrado ¿qué decís
de esta idea?

CALLEJO. Es acertada.

PACA. ¿Qué dices tú, Pascualito?

NAVAS. Que ya sé bastante para
la vocación que yo tengo.

SEGURA. Pues es hoy día de gracia,
si usted me concede el dote
quiero ser monja.

LÓPEZ. ¡Ah, bellaca!
¿Tú quieres ser monja? pues
tú sola has de ser casada;
que los hijos han de hacer
lo que sus padres les mandan.
(Levántanse todos.)

AYALA. Conforme: que á tal delirio
ya la paciencia me falta.
¿No miráis que estáis gastando
los ojos en Salamanca
con vuestros hijos, y que
ellos no aprovechan nada?
¿Pues por qué no los ponéis
á arar, porque, sin que salgan
de su estado, se aprovechen
y florezca la labranza,
sin aplicarlos á cosas
que tenemos tan sobradas?
Y vos, señor don Miseria,
dejad que siga la marcha
de sus estudios á esotro,
que al noble que sus ventajas
le retira la fortuna,
para volver á arrastrarlas
ya no hay otros dos remedios
que las letras y las armas.
¿He dicho algo?

PACA. ¡Qué malo es
el alcalde si se enfada!

GAR. Y LÓP. Nos damos por convencidos.

TODOS. ¡Viva el alcalde Polaina!

AYALA. Pues venga ahora todo el mundo
á refrescar á mi casa,
para ir después á los fuegos
y, las fiestas acabadas,
vosotros os casaréis.

BASTOS. Ya están tres acomodadas.

ROSA. Si sois el casamentero,
yo soy vuestra prima hermana
y debo ser preferida.

GARCÍA. Tú te irás á Salamanca
otra vez; tú serás monja,
y todos verán logradas
sus vocaciones según
sus estados y crianzas.

AYALA. Así ha de ser; y ahora vamos
á continuar la algazara.

TODOS. Después de pedir á todos
el perdón de nuestras faltas.

(Se van cantando y bailando como al principio y se da fin.)

40

La fuente de la felicidad.

SAINETE PARA LA PASCUA DE PENTECOSTÉS.
COMPAÑÍA DE NICOLÁS DE LA CALLE.

1765 (1).

(Salen cantando y bailando las señoras JOAQUINA *y otras con algunos hombres, de aldeanos, y detrás* PONCE, *con la señora* PEREIRA; EUSEBIO, *con la señora* PAULA; CALDERÓN, *con la señora* GERTRUDIS, *y la señora* GRANADINA *sola. Todos en traje de campo decente, como forasteros, y detrás* ESPEJO, *de alcalde, y algunos de alguaciles.)*

CORO.

«Pues nuestra villa ilustra
la gala y la belleza,
todo sea regocijo,
todo sea fiesta,
hasta encontrar asunto
que los divierta.»

ALCALDE. Prosigan las algazaras,
que es preciso que agradezca
la villa, cuando otras muchas
tiene la Corte tan cerca,
que al salir á divertirse
sus vecinos la prefieran.

JOAQUINA. Sin duda creo que hogaño
no vienen tan placenteras
como otros las gentes; todos
vienen con caras de suegras.

ALCALDE. Así lo advierto: señores,
díganme claro si echan
algo menos; ó si quieren

(1) *Inédito.* Bib. Municip.: leg. 1-166-2. Autógrafo de 1765. Otro ejemplar copia antigua con las licencias y aprobaciones que van al final.

se hagan toros ó comedias,
que, por darles gusto, en todo
se tomará providencia.

TODOS. ¡Viva el alcalde!

ALCALDE. ¡Hola!, asiento;
y dispóngase que vuelva
luego el baile: ande la bulla,
y váyase la tristeza
enhoramala.

LAS CUATRO SEÑORAS. ¡Por Dios,
alcalde, que se suspenda!

ALCALDE. ¿La razón?

PONCE. Por mi mujer
no os cause, alcalde, extrañeza;
porque hasta ahora no he encontrado
con cosa que la divierta.

PEREIRA. ¿Cómo me he de divertir
con nada, si mis finezas
con nada obligarte pueden?
Confesando con vergüenza,
no habrá marido que más
á su mujer aborrezca.

PAULA. ¿Y de éso se queja usted?
De buena gana mi queja
trocara yo por la suya.

PEREIRA. ¿Pues, cuál es?

PAULA. El que me quiera
tanto, tanto, mi marido,
que apenas una despierta,
marido; si una se viste,
marido; si una se sienta
á hacer su labor, marido;
cuando come y cuando cena,
marido; marido cuando
va al paseo ó la comedia;
marido cuando hay visita;
marido cuando se acuesta.
Y sobre todo, marido:
¿dónde hay cosa tan molesta?

PEREIRA. ¡Ay qué gloria!

PAULA. Si esa es gloria,
gócela quién la desea.

EUSEBIO. Pues, ídolo de mi vida,
(*Muy tierno.*)
dulce, idolatrada prenda;
si solamente tus luces
son las que mi sér alientan,
¿cómo he de exponer mi vida
ni á tres minutos de ausencia?

PEREIRA. ¡Qué dulzura!

PAULA. ¡Qué pelmazo!
Hombre, hazte allá, que me echas
á perder la ropa.

EUSEBIO. ¡Oh, quién
para adornarte tuviera
cuanto á la industria del hombre
produce naturaleza!
Pluma á pluma. planta á planta,
flor á flor y perla á perla,
pues nada es más digno que
tu mérito y tu belleza.

PEREIRA. Aprende, aprende.

PONCE. Ni quiero
ni debo gustar ternezas
con una mujer que tiene
la condición de una fiera.

PEREIRA. ¿Cómo he de vivir? si yo,
así como dijo aquélla
á todas horas marido,
á todas horas pendencia;
si le doy los buenos días,
gesto; si le hago unas medias,
ropa ó ligas, que es razón
servirle pues me sustenta,
gesto; si añado algún plato
de mis manos á la mesa,
gesto; si me estoy en casa,
gesto; cuando salgo de ella,
sólo á lo preciso, gesto;
y siempre cuando se acuesta,
gesto; ved si habrá quien viva
con tantos gestos contenta.

PONCE. ¡Que yo no te pueda hacer
conocer que eres perversa!

EUSEBIO. La mía es un ángel; no hay cosa
que iguale con mi Marcela.

JOAQUINA. Entre los de Madrid no hay
uno que á otro se parezca.
¡Bien haya los payos, que
son todos de una manera!

ALCALDE. Y usted, señorita ¿tiene
también duende en la cabeza?
(*A la* GRANADINA.)

GRANAD. Yo estoy pensando, señores,
en una cosa que apenas
á alguno le habrá ocurrido,
y ha días que me desvela.

ALCALDE. ¿Cuál es?

GRANAD. En qué se me va
á mí el tiempo; que á diversas
gentes he oído decir:
¡Se me ha hecho la noche eterna!
¡Qué largo día! Una dice:
hoy he hecho un par de calcetas;
otra: yo una camisola;
otra cuenta mil haciendas,
y yo no sé en qué consiste
que á mí el tiempo se me vuela
de las manos; yo me acuerdo
de haber hecho la experiencia
de madrugar y aplicarme,
y en poner á una cofieta
cintas para atar, pegar
en el collar de mi perra
un cascabel y leer
un párrafo de *Gaceta*
se me fué el día: y para eso
me costó tres de jaqueca

JOAQUINA. ¡Vaya, vaya, que es asunto!
Bien dice la tía Elena
que estas gentes de Madrid
tienen ramo de loquera.

ALCALDE. ¿Y su marido de usted?

GRANAD. También con no sé qué idea
anda por ahí preocupado.
No tardará en dar la vuelta.

ALCALDE. Usted, señor bachiller,
que es de toda nuestra tierra
el oráculo, ¿que dice?

CALDERÓN. Todo está pasado en cuenta

ALCALDE. ¿Y comprende estas manías?

CALDERÓN. Lo mismo que si estuviera
dentro de sus intenciones;
como yo en todas materias
soy igualmente perito,
no hay cosa que no comprenda.

JOAQUINA. ¿Oís, mozas? A éste le llaman
todos el pozo de ciencia.

CAMPANO. *Asina* es: é *iz* que habla poco,
porque si hablara y le oyeran,
se cayeran todos muertos.

JOAQUINA. ¡Dios ponga tiento en su lengua!

ALCALDE. Esa humildad de la niña
¿es desazón ó modestia?

CALDERÓN. Es virtud. No sabe usted
lo que aquí dentro se encierra;
hija de más juicio, más
virtuosa, más discreta,
más hermosa, ni más noble
que la mía, no se encuentra.

ALCALDE. Sí será; pero no aplaudo
sus honras en su presencia.

GERTRUD. La que vive, como yo,
lejos de las opulencias,
la vanidad, los caprichos,
lujo, voces hechiceras
del hombre y otros insectos
que tiene naturaleza
para inquietar gente indocta,
no es fácil se desvanezca.
Yo, mi labor, mi retiro,
mi devoción y mi jerga.

CALDERÓN. En dejándola cumplir
con sus devociones, ella
no apetece cosa alguna.
¡Es mucho cuento mi Pepa!

JOAQUINA. ¡El diantre de la beata;
qué ojos tiene de embustera!

(Sale NISO *pensativo.)*

NISO. Yo no valgo para empeño;
yo á nadie le doy mi mesa;
en mi casa no hay saraos;
en mi casa no se juega;
mi mujer no toca el clave,
y siempre la casa llena
tengo de visitas; yo
no sé por qué ¡será estrella!

(Sale NICOLÁS *por el otro lado igualmente pensativo.)*

NICOLÁS. Yo tengo un mayorazguito;
dos mil ducados de renta;
regalos, y jamás tengo
un cuarto en la faltriquera.
Yo no tengo agujereada
la bolsa, ni se me acuerda
que me hayan en tiempo alguno
robado la papelera.
¡Pues qué será esto? ¿por dónde
se me irá á mí la moneda?

ALCALDE. Caballeros, ¿qué discursos
son esos?

NISO. Son unas cuentas
que ando ajustando conmigo.

NICOLÁS. Yo otras, y como en ellas
me encuentro muy alcanzado,
les ando dando mil vueltas.

CALDERÓN. Si se ofreciere, yo sé
la aritmética á la letra.

NICOLÁS. Pues responderme: yo soy
rico por naturaleza,
y soy pobre por desgracia,
sin ser posible que sepa
dónde se me va el dinero.

ALCALDE. Yo le daré la respuesta.

CALDERÓN. A usted no se lo preguntan.
No se quedará sin ella.

NISO. Pues mi cuidado no es ése,
sino saber de qué penda
tener yo tantos amigos
que me hagan la reverencia
sin ser ministro, ni ser
poderoso, y sin que puedan
esperar ni en Carnaval
en mi casa una merienda.
Discurro el motivo, y sólo
apuro que será estrella.

CALDERÓN. También puede ser aquel
signo.....

ALCALDE. Con vuestra licencia,
que pues antes me quisisteis
privar de que respondiera,
ninguno ha de responder.

CALDERÓN. Cuando están las gentes llenas
de dudas que los distraen
é impiden que se diviertan,
es mala intención.

ALCALDE. No es;
sino querer que ellas mesmas
se respondan, conociendo
de la pata que cojean.

NICOLÁS. Conocerse á sí las gentes
no es fácil.

ALCALDE. Yo haré lo sea.
Alguacil, oye un secreto.

(Habla aparte con él.)

(Sale PEREIRA, *de majo, fumando.)*

Pereira. Todico el mundo se queja
de que está el mundo perdido;
no he visto mayor simpleza.
¿Cuándo ha estado mejor? Vaya;
vale más el tren que lleva
ahora una mujer común
que antes el de una princesa.
(Fuma.)
Los mercaderes de allende
tenían sólo una tienda
corta, como sus caudales,
y ahora muchos pleitean
por tener cuatro en que hacer
ostentación de su hacienda.
Comen como potentados;
tienen vajillas; arriendan
ó erigen palacios, y hacen
pedir á su parentela. *(Fuma.)*
Antes al que era holgazán
le plantaban en galeras
si era malo, y si era bueno
se moría de laceria;
ahora, verbigracia, yo
ando con mucha decencia,
mantengo dos casas, triunfo
y echo á rodar en la mesa
de trucos, cuando se ofrece,
cuatro onzas de oro, y me quedan
otras cuatro para lo
que en el paseo se ofrezca. *(Fuma.)*
Lleva reloj el lacayo,
tisú el sastre, la frutera
diamantes; los que antes iban
á pie ó en mula, hoy pasean
en coche el lugar; los pobres
toman tabaco y no almuerzan
sino chocolate; nadie
de nadie se diferencia
en el respeto, en el trato
ni en el traje; porque la seda
es más común que la lana,
y todo el mundo se queja
de que está el mundo perdido;
no he visto mayor simpleza. *(Fuma.)*

Joaquina. ¡No está mala la embajada!
Había de ver la miseria
de los pobres labradores...

Blas. Eso no es de mi incumbencia.
Yo estoy sano; los que se hallen
indispuestos, que se mueran.

(Sale Chinica *trayendo por fuerza á la señora* Paca *y* Ladvenant, *ambos payos.)*

Alguacil. De todo voy enterado;
se hará como usted lo ordena.
(Vase.)

Paca. Sobre que no quiero entrar.

Chinica. Sobre que has de entrar por fuerza.

Paca. No quiero.

Chinica. Señor alcalde...

Paca. Protesto la resistencia.

Alcalde. ¿Que es éso?

Chinica. Es un juicio.

Paca. Miente,
que es una locura inmensa.

Chinica. Señor alcalde, ¿supongo
que usted tiene dos orejas?

Alcalde. Como cada hombre.

Chinica. Y cada
animal tiene las mesmas.
Pues deme á mí su merced
la que me toca y á ella
la otra.

Alcalde. Ya estoy atento.

Chinica. En aquesta dependencia
ha de haber más que atención.

Alcalde. ¿Qué ha de haber?

Chinica. Justicia seca.

Alcalde. ¿Qué tienes que pedir?

Chinica. Mi honra,
un par de ligas de seda,
un escarpidor y todos
los cuidados que me cuesta
esta moza.

Paca. Usted desprecie,
señor alcalde, á este bestia,
que ha dado en la tontería
de que quieras ó no quieras
yo me he de casar con él.

Alcalde. ¿Hay por medio algunas prendas
con que él te pueda obligar?

Chinica. Sí, señor; todas aquellas
cosas que puede haber antes
de casarse: la primera,
que yo la quiero; *sigunda*,
que ha habido más de doscientas
dádivas de parte á parte;
más, que los días de fiesta
he dejado de jugar
á la barra yo por vella
en el baile; más, el sueño
que me ha quitado; y aun resta
que todo el lugar lo sabe
y quedará mi honra expuesta,
si no se casa conmigo,
á que digan malas lenguas.

Alcalde. ¿Esto es cierto?

Paca. Sí, señor.

Alcalde. Pues di ¿por qué le desprecias?

Paca. Porque he conocido que es
un bruto.

Chinica. Es una embustera,
que no es por eso, sino
porque ahora la hace fiestas
otro que es algo más alto;
y ya ve usted que pareja
como los dos no es posible
que se halle en toda la tierra;

vara y media tengo yo
y ella tiene vara y media.

ALCALDE. Una vez que no te quiere,
déjala, que mejor quedas
soltero.

CHINICA. Yo bien sé que es
tontería; pero es tema,
y he de seguir la demanda,
aunque en el caso supiera
venderme yo y otro burro
que he traído de la sierra.
Poco puntoso soy yo...

ALCALDE. Después daré providencia,
que me llaman los cuidados
de la gente forastera.

PEREIRA. ¿Es posible que tan poco
mis atenciones merezcan
que malogréis mis obsequios?

TODOS. No hay nada que nos divierta.

GRANAD. Sin embargo, yo por ver
si me alivio, y porque vea
usted que deseo servirle,
cantaré algo.

TODOS. Enhorabuena.

GRANAD. Pues denme atención ustedes
á esta tonadilla nueva.

(Tonadilla sola.)

TODOS. ¡Viva, viva!

ALCALDE. Ya ha empezado,
señores, siga la fiesta.

PEREIRA. Yo no me divertiré hasta
que mi marido me quiera.

PAULA. Yo mientras me quiera tanto
el mío, nada me alegra.

GRANAD. Ni yo hasta que apure cómo
se va el tiempo estoy contenta.

NISO. ¿Por qué razón tendré yo
de gente mi casa llena?

NICOLÁS. ¡Dónde estará mi dinero!
El no está en mi faltriquera.

CHINICA. Ello es preciso casarme
mas que sea como sea.

GERTRUD. Yo mi labor, mi retiro,
mi devoción y mi jerga.

CALDERÓN ¡Bien haya yo, que soy sabio
y decido las materias
por filosofía, y todo
mi talento lo supera.

BLAS. ¿El mundo es que está perdido?
No he visto mayor simpleza.

(Sale ALGUACIL.)

ALGUACIL. Señor alcalde, ya están
todas las cosas dispuestas.

ALCALDE. Pues *alón.* *(Levántase)*

TODOS. ¿A dónde vamos?

ALCALDE. Señores: aquí á la vuelta
se ha descubierto una fuente
cuyas aguas son tan tersas,
delgadas y prodigiosas
que, en gustándolas, cualquiera
sale de todas sus dudas
con felicidad tan nueva
como conocerse á sí
y apurar con evidencia
los corazones ajenos.

TODOS. Vamos al instante á verla.

ALCALDE. Eso deseo; muchachas,
supuesto que está tan cerca,
guiad delante diciendo
festivamente esta letra:
«Porque el agua aproveche,
reflexione quien deba,
que en este mundo es todo
dudas y quejas,
porque todo lo hechizan
sus apariencias.»

(Con la música se entran detrás del coro todos, cada uno con su pareja, y vuelve á salir interin el propio coro; descubriéndose una bella fuente rodeada de árboles á cuyos lados habrá dos payos con salvillas y la señora PORTUGUESA, de serrana, coronada de flores, con un cantarito igualmente adornado, y echando agua en los vasos. Acabado el cuatro, dicen:)

TODOS. ¡Qué sitio tan delicioso!

OTROS. ¡A la fuente!

ALCALDE. Con licencia
de ustedes, que porque á nadie
le enoje la preferencia,
ninguno debe beber
hasta que yo haga la seña
y los vasos se repartan;
oyendo todos lo que esta
serrana dice, entre tanto
que á todos el agua llega.

(Por cada lado un payo reparte vasos á las que después hablan, y la PORTUGUESA canta en medio la copla, que atienden todos: al acabar, hace el Alcalde la seña, beben y se queda la señora PAULA arrodillada ante EUSEBIO; PONCE arrodillado á la señora PEREIRA; la GRANADINA suspensa; CHINICA huyendo de la señora PACA y ésta siguiéndole; NISO y NICOLÁS haciéndose cruces; BLAS mirando á todas partes estático, y CALDERÓN y la GERTRUDIS tapándose la cara con los pañuelos, y el ALCALDE y los PAYOS riéndose y señalando á las figuras.)

PORTUGUESA.

«Pues es el agua imagen
de los espejos,
los que se ven por fuera
véanse por dentro;
porque así sea
más fácil el remedio
que no la queja *(Seña.)*

ALCALDE. ¡Buen provecho! ¿Pero qué
razón hay que los suspenda?
(Pausa.)

JOAQUINA. ¿No véis á todos? Parecen

monos de las covachuelas
de Madrid.

ALCALDE. ¿Qué motivo hay
para acciones tan diversas?

PAULA. Haber conocido el bien
que tenía en las finezas
de mi marido. (*Levántase.*)

PONCE. Haber yo
conocido cuán discreta
y prudente es mi mujer.

ALCALDE. Ya está dada la sentencia
del pleito que hay entre hombres
y mujeres; pues en éstas
y esotros se encuentran unas
cosas malas y otras buenas.

GRANAD. Señor alcalde, ya sé
en qué consiste que fuera
para mí tan corto el tiempo.

ALCALDE. También yo; y de paso advierta
que se pueden recobrar
los gustos, salud y haciendas;
pero el tiempo que se pierde
una vez, perdido queda.

NISO. Ya sé yo por qué tenía
tantas visitas: no eran
á mí, sino á mi mujer,
que es agradable y muy bella.

ALCALDE. Pues aunque no sean á vos,
será en vos prevención cuerda
pagarlas, sin dar lugar
que piense en pagarlas ella.

NICOLÁS. Ya pareció mi dinero.

ALCALDE. ¿Y á dónde está?

NICOLÁS. En tan ajenas
manos como mercaderes,
botillerías, limeras,
mozas y rufianes.

ALCALDE. ¡Bello
comercio para una quiebra.

BLAS. ¡Qué perdido que está el mundo!

ALCALDE. Seó guapo, ¿qué le embelesa?

BLAS. Ver el mundo tan perdido
y mirar la decadencia
de aquellas tres fes, divina,
pública y legal, que alientan
de la racional especie
la natural subsistencia.

ALCALDE. ¿Pues no decíais lo contrario?

BLAS. Es que yo creí que era
todo oro el que relucía.

ALCALDE. La lástima es que lo piensan
muchísimos, porque le tienen
encima, ó le tienen cerca:
sin ver que el oro es la sangre
del gran cuerpo de la tierra;
y en no circulando bien,
todo el edificio enferma.
¿Por qué os tapais vos la cara?

CALDERÓN. Me la tapo de vergüenza
de haber hecho creer al mundo
que era una sima de ciencia,
siendo un tonto presumido
que, si devolver hubiera
lo que he robado, quedaran
todas mis obras sin letras.

ALCALDE. Es cierto que los autores
sus desvelos nos franquean
para que se los imiten,
no para que los revendan.
Y la beata, mi señora,
¿qué dice?

GERTRUD. Que soy perversa;
que he sido la gata de
Mari-Ramos, y me pesa,
que aunque es virtud el ser cauto,
no es virtud toda cautela.

CHINICA. Señor alcalde, ya no
me caso. ¡Si usted la viera
por dentro, qué maulas tiene!
Mire usted, allí entre las cejas
tiene un genio tan maldito
como un ruin cuando le ruegan;
aquellos ojos, á cuantos
llegan á ver atraviesan;
y si se atreven con todos,
al marido ¿qué le queda?
A poquito que la piquen
se le dispara la lengua,
y es chasco que á un hombre le
respondan con escopeta.
Lo demás, yo no le he visto,
porque estoy algo de priesa;
pero si es mala por dentro,
¿de qué sirve lo de afuera?

PACA. Me has de cumplir la palabra:
que nadie hay que me convenga,
más que tú.

CHINICA. Todos debemos
mirar nuestra conveniencia.

PONCE. Señor alcalde, ¿y á cómo
la gota de agua se feria?

ALCALDE. A cántaros, y de balde
se da; porque no está en ella
el bien, sino en el aviso
que dijo antes de beberla
que conociesen al mundo
todos y se conocieran,
para salir de las dudas
unos, y otros de las quejas.

TODOS. ¡Viva el alcalde!

ALCALDE. Señores,
la explicación es grosera
pero, por fin, el capricho
es mío y la intención buena.

TODOS. Vamos bailando.

ALCALDE. Por ahora
hay otra cosa dispuesta
con que divertir á todos.

EUSEBIO. ¿Y ésa, cuándo se empieza?
ALCALDE. Al instante; sólo falta,
para que vamos á verla,
que, como siempre, rendida,
repita la atención nuestra:
(Con todos.)
que de la del auditorio
perdón nuestro afecto espera [1].

41

Los picos de oro.

COMEDIA Ó SAINETE EN UN ACTO.
PARA LA COMPAÑÍA DE NICOLÁS DE LA CALLE.

1765 [2]

(La escena es en la sala de una casa de honor en Madrid. —Se descubre la sala con la puerta vidriera de alcoba á un lado del foro abierta, sus cortinas descorridas y adorno correspondiente de sillas, mesa, etc.—Se descubrirá D.ª ELENA *con las cuatro criadas haciendo labor á las almohadillas, cantando alguna tonadilla ó seguidillas de los ciegos, que sean conocidas en el teatro.)*

ELENA. No cantéis todas á un tiempo,
que me aturdís la cabeza.
CR. 1.ª ¿Qué quiere usted? De este modo
se divierte la tarea.
CR. 2.ª Pues yo creí que esta tarde
durmiese usted más la siesta:
¡como se acostó usté anoche
á más de las tres y media!
ELENA. Harto lo sentí; y es cierto
que si Leonarda no fuera
tan quejillosa, á las diez
ó á las once, cuando empieza
la bulla del baile, estuve
por venirme á la francesa.
CR. 3.ª ¿Bailó usté mucho, señora?
ELENA. No; porque la concurrencia
era bastante y muy útil;
había muchachas solteras
y aguantaron.
CR. 2.ª Yo aseguro
que habría lindas escenas.
ELENA. Ya tú sabes que no gusto
de criadas bachilleras;
cose y calla.
CR. 1.ª Usté, señora,
es al revés de una cierta
ama que yo tuve, que
siempre que iba á la comedia,
ó á visita, nos contaba,
sin faltar pelo ni seña,
qué llevaba cada una
puesto, cuál bata más bella,
cuál mejor peinado, cuál
era tonta, cuál discreta,
quién cortejaba á quién, y,
en fin, con tal menudencia,
que gozábamos nosotras
de lo mejor de la fiesta;
pero usted jamás nos dice
nada.
ELENA. ¿No veis, majaderas,
que era hacer yo dos delitos
graves sobre dos simplezas?
CR. 2.ª ¿Dos delitos?
ELENA. Sí; el primero
murmurar yo; y la imprudencia
de deciros á vosotras
lo que no os puede traer cuenta
saber, por muchos motivos;
el segundo, no seais necias,
que yo sé lo que me hago,
Ve de aquí á un rato, Manuela,
á prevenir el refresco;
que aunque es regular no vengan
una amigas que aguardo
hasta después que anochezca,
es preciso, por si vienen
á beber, que lo prevengas.
(Sale un PAJE.*)*
PAJE. Señora.
ELENA. ¿Qué quieres, niño?
PAJE. Un caballero está ahí fuera,
que pregunta por usted.
ELENA ¿Y quién es?
PAJE. No se me acuerda
haberle visto jamás.
ELENA. ¿Y qué traza tiene?
PAJE. Buena.

---

[1] A continuación van las licencias y aprobaciones.

«Nos el Dr. D. Juan de Varrones y de Arangoiti, Presbítero, Canónigo de la Santa Iglesia de Argel, Inquisidor Ordinario y Vicario de esta Villa de Madrid y su partido, etc. Por la presente, y por lo que á nos toca, damos licencia para que se pueda representar el sainete titulado *La fuente de la felicidad*, su autor D. Ramón de la Cruz, mediante que de nuestra orden ha sido visto y reconocido, y parece no contiene cosa alguna opuesta á nuestra santa fe y buenas costumbres. Fecha Madrid, 25 de mayo de 1765.—*Dr. Varrones.*—Por su mandato, *Miguel Machín Castillo.*

Madrid 25 de mayo de 1765.—Con las letras de las tonadillas pase este sainete al censor de omedias, y con lo que dijere se traiga. (*Rúbrica.*)

Madrid 24 de mayo de 1765.—Señor: Este sainete de *La fuente de la felicidad* puede rapresentarse, pues no hay reparo en él que lo prohiba, si fuere del agrado de V. S. conceder el permiso que para ello se pretende. Así lo siento, salvo, etc.—*Nicolás González Martínez.*

Madrid 25 de mayo de 1765.—Ejecútese.—*Luján.*

Sr. D. Manuel Ramos: No encuentro reparo en que represente y cante este sainete y tonadillas, con las licencias y censuras antecedentes.—Madrid y mayo 24 de 1765.» (*Rúbrica.*)

[2] Impreso por el autor en el tomo I, pág. 179 de su colección particular. También se conserva el autógrafo: leg. 1-168-19, de la Bib. municipal. Como curiosidad reproducimos este texto anotando las diferencias del impreso.

El viene de capa y cofia;
pero se conoce á la legua
que es hombre de circunstancias.

ELENA. Yo no caigo en quién ser pueda.
Vuelve y dile que te diga
cómo se llama. (*Vase el* PAJE.)

CR. 1.ª No sea
algún forastero.

ELENA. Puede;
que tu amo algunos espera
de sus parientes y amigos
que han de venir á las fiestas.

(*Sale el* PAJE.)

PAJE. Dice que es don Luis María
el de anoche; y que añadiera,
por si usted no se acordaba,
que es el que cuando la cena
le guardó á usté el abanico.

ELENA. Allí le tomó un cualquiera
de que no me acuerdo. Hombre,
dile que estoy indispuesta
y no puedo recibirle;
mas no le digas que vuelva,
que ese hombre, sin duda, debe
de tener mala cabeza;
pues adonde no le llaman
se mete de esa manera.
(*Vase el* PAJE.)

CR. 1.ª ¿Y no cae usté en quién es?

ELENA. Os aseguro de veras
que no hago memoria ni
del nombre, ni de las señas.
Don Luis María...; ¡ya caigo!
Justamente, un calavera,
como otros muchos, que allí
hubo entre gentes diversas.
No es dable visita más
importuna ni más fresca.

(*Sale el* PAJE.)

PAJE. Dice que le envía mi
señora doña Josefa
á que esté precisamente
con usted.

ELENA. Puede que sea
ese el motivo, y que acaso
á Pepita se le ofrezca
alguna cosa. Di que entre.
(*Vase el* PAJE.)

CR. 1.ª Por fin venció á la tercera.

ELENA. Al recado con que viene
de mi amiga lo agradezca;
que si no, seguro estaba
de que yo le recibiera.

(*Sale* D. LUIS, *muy petimetre, chulo, de capa y cofia, espada debajo del brazo, dos relojes, etc., y muy desenfadado.*)

LUIS. ¡Válgame Dios, señorita!
No sabía yo que usted era
tan desconocida, ¡ah! sí,
que es la visita primera
ahora, y es menester
entrar con todas aquellas
ciquiricatas de moda,
no digan que uno es un bestia.
A los pies de usted, madama;
(*Se quita el sombrero.*)
me alegraré que usté tenga
la satisfacción de haber
descansado; que esté buena,
con el pariente y los niños,
los criados, las doncellas,
los perros, los gatos, el
aguador, la lavandera,
el cortejo y lo demás
que usted bien quiere y desea;
que para si alguna vez
me olvido de la etiqueta,
quiero dejar desde luego
toda la gente contenta.

ELENA. (*Aparte.*) Este hombre es bufón ó loco.
Muchacho, un asiento llega
al señor, si gusta, aunque
parece viene de priesa.
(*El* PAJE *le pone una silla lejos.*)

LUIS. ¿Quién, yo? El visitar á damas
siempre ha sido diligencia
que la tomo muy despacio.

ELENA. Pues, señor, yo, aunque carezca
del buen rato, no lo estoy,
que está mi vecina enferma,
y debo subirla á ver:
decidme qué manda Pepa.

PAJE. Aquí tiene usté el asiento. (*Vase.*)

LUIS. Saliendo un día de la mesa
de trucos me resfrié
el brazo izquierdo, y me ordena
el médico desde entonces
que cuando pueda estar cerca
del calor á lumbre mansa
no lo deje de vergüenza.

(*Arrima otra silla al lado derecho de* DOÑA ELENA.)

CR. 1.ª ¡Ah, buen hijo!

CR. 2.ª ¡Qué chusco es!

ELENA. (*Ap.*) Vaya, que el tal hombre es pieza;
pero á bien que viene donde
hay buenas despachaderas.
Conque ¿qué dice mi amiga?

LUIS. Lo primero que me ordena
aquella señora es que
cuando su recado os diera
no hubiese nadie delante.

ELENA. Mis criadas están hechas
á no hablar.

LUIS. ¡Esa es gran cosa!

ELENA. (*Ap.*) ¡Con qué infamia lo interpreta!
LUIS. Sin embargo, veis que yo
debo obedecer á aquella
señora.
ELENA. Por un instante
salíos las cuatro allá fuera,
(*Levántanse las criadas.*)
CR. 1.ª Muchachas, destos usías
quisiera yo que vinieran
veinte cada noche.
CR. 2.ª Ya
tomaras una docena. (*Vanse*).
LUIS. Señorita, usted perdone
que esta mañana omitiera
venir á cumplir con mi
obligación.
ELENA. ¿Cuál es ésa?
LUIS. Saber si usté había traído
tabardillo en las orejas
de escuchar á majaderos.
ELENA. No, porque, si usté se acuerda,
solamente le oí á usted
algunas palabras sueltas.
LUIS. En fin, señora, no vine
por obrar la contingencia
de que no estuviese en casa
el pariente.
ELENA. Aunque estuviera
hicisteis mal, porque no es
él hombre que se amedrenta
ni se espanta de avechuchos;
y aunque alguien en casa vea,
ni le riñe, ni lo extraña.
LUIS. Ya estoy más allá de Illescas.
Un marido como muchos,
de razón y de prudencia;
que en haciendo su mujer
las cosas, las dan por hechas.
ELENA. Muy bien. Decid el recado,
ya que debéis la fineza
de haceros su secretario
á esa dama.
LUIS. ¿Quién, la Pepa?
Ha muchos años que yo
soy el hombre que allí entra
de su confianza.
ELENA. Vaya;
pero yo voy con frecnencia
á su casa y no os he visto
jamás allí, ni con ella.
LUIS. Hubo una desazoncilla,
porque se inclinó á un tronera
que no me gustaba mucho.
Tuvimos tal cual pendencia,
la amenacé, no hizo caso,
porque es su mercé algo terca,
conque hice la retirona,
hasta que cayó en la cuenta,
me escribió un papel, yo fuí
en persona á responderla,
me dió mil satisfacciones
y quedó la cosa puesta
en su lugar.
ELENA. Mucho extraño,
de una mujer tan discreta,
esos tratos.
LUIS. Vos, madama,
no conocéis la moneda
corriente. ¡A qué hora, candil!
¿Por aquí os venís con ésas?
ELENA. Sois precioso; y no parece
tenéis frenillo en la lengua.
LUIS. ¿Cómo? Si todos me llaman
Pico de oro; y mi franqueza
con las mozas no la tienen
dos en Madrid, ni mi estrella.
ELENA. Así estaréis divertido.
LUIS. Cuanto quiero; y si yo fuera
hablador, os diría cosas
de algunas amigas vuestras,
que os quedárais aturdida;
porque, vea usted, doña Tecla
cuánto ha dado que decir
con aquél de la venera,
que estaba allí anoche, y luego
se venía á hacerme fiestas
á mí. Pues ¡bobo es el chico!
ELENA. ¡Qué mordaza tan bien puesta!
LUIS. Pues la hija de doña Julia
me empezó á dar cantaleta
anoche con doña Laura,
que es como ustedes empiezan,
siempre que se hallan vacantes,
á entablar sus diligencias.
Pero salió desahuciada,
y ya véis qué moza aquélla.'
Supongo que quién sacó
la palma de la asamblea
ya se sabe...
ELENA. Caballero:
yo aguardo con impaciencia
el recado de Pepita.
LUIS. ¿Qué? ¿Ahora se hace usted la nena?
¡Qué chusca es usted, madama!
¿No vé que fué estratagema
para venir, porque anoche
quedó la correspondencia
sin formalizar?
ELENA. Pues luego [1]
discurro que vendrá ella.
¿Por qué no os trajo?
LUIS. Señora,
suplico á usted que me entienda.
Yo no la he dicho palabra.

(1) Estas dos palabras y los dos versos que siguen faltan en el impreso.

¡Toma, pues si lo supiera,
buena la habría! Ni usted
le ha de decir nada á ella;
porque yo sólo pretendo
que á la noche entrar me vean
algunos que defendían
anoche que usted no era
mujer que deja obsequiarse,
y ganarles cierta apuesta
que hice de que para mí
no era difícil empresa. [fames

ELENA. ¿Pues, qué? ¿Hay hombres tan in-
que fundan sus conveniencias
ó su vanidad á costa
de tan sagrada materia
como el honor de la dama
y de su opinión?

LUIS. ¡Qué seria
os ponéis! Y ello, en sustancia,
todo es una friolera.

ELENA. Agradeced... (*Se levanta alterada.*)

LUIS. ¡Poco á poco!;
que no soy hombre que piensa
de usted ni pretende cosa
indigna en usted de hacerla,
Yo no pretendo, señora,
que usted conmigo se exceda
en un ápice; pretendo
sólo que el lugar lo crea...
(*Se queda sorprendida ella.*)
Hablad; que yo no os he dicho
cosa mayor; ¿qué os altera?
(*El observando.*)
(La pobre está acostumbrada
á pocas funciones de éstas...
(*Se recobra ella.*)
Ya va estando mejorcita...
La gente que no está hecha
á bromicas es lo propio
que la que nace en Batuecas.)

ELENA. Muchachos.

(*Sale el* PAJE *por la derecha y las* CRIADAS *por el otro lado.*)

PAJE. ¿Qué manda usted?

ELENA. Que estés pronto á abrir la puerta
y á despedir al señor.
Muchos recados á Pepa,
y que descuide, pues sabe
soy su amiga verdadera
y mujer para vengar
su nombre cuando se ofrezca.
(*Vuelve la espalda.*)

LUIS. Señora, á los pies de usted.
(*Turbado.*)

ELENA. Beso á usted las manos.

PAJE. Esta
es la salida; ¡qué débil
es el tal señor de piernas!

(*Vase* D. LUIS, *con el* PAJE, *trémulo*).

CR. 1.ª Señora, parece que
no ha quedado usted contenta.

ELENA. No por cierto; me he enfadado
con este hombre muy de veras,
porque habla de las mujeres
con notable desvergüenza.
¡Y qué hará con otros tales
como él, si en mi presencia
tuvo tan poco respeto!

CR. 2.ª Pues el pobre vino á buena
parte por lana.

CR. 1.ª Yo apuesto
á que si vino no lleva
que trasquilar.

(*Salen* D. JOSÉ *y* D. BLAS.)

JOSÉ. Hija mía:
sea muy enhorabuena;
que nos hemos encontrado
don Blas y yo en la escalera
á don Luis María.

BLAS. Señora,
os habéis echado bella
gala, es mozo de un talento
muy notorio y grandes prendas.
(*Con pausa.*)

ELENA. Déjenme ustedes, por Dios;
que me ha puesto hecha un fiera
el hombre.

JOSÉ. Pues ¿qué te ha dicho?

ELENA. Ha hablado con insolencia
de cuantas trata, ó no trata
sino sólo de apariencia,
la primer vez que ha venido
á esta casa, con supuesta
embajada de Pepita.
¡Qué se yo! Lo que me pesa
es no haber mandado á todos
los criados que le dieran
su merecido.

JOSÉ. ¿Por qué,
mujer?

ELENA. Porque no dijera
de mí, mañana, lo propio
que ha dicho de otras tan buenas
ó mejores.

JOSÉ. Anda, hija;
que esas cosas se desprecian
ó se hacen diversión.

BLAS. No;
creed, don José, que su lengua
y las más de los que van
en casa de doña Tecla
son temibles, porque no hay
mujer de cualquiera esfera
de quien no digan que logran
la primer vez que la encuentran.

ELENA. No sé qué me diera yo
porque ella lo conociera;

y esta noche se lo digo,
empeñada en convencerla,
ó abandono su amistad.

BLAS. Dénos usted su licencia
para hacer una humorada
la primera vez que vuelva
don Luis María, que creo,
según su poca vergüenza,
que será esta noche.

JOSÉ. Y más,
cuando yo creí que Elena
le habría ofrecido la casa,
respecto que estaba en ella,
y le hice mil cumplimientos,
rogándole que viniera.

ELENA. ¡Buena la has hecho!

JOSÉ. ¿Qué quieres?
Soy tercero de mi afrenta.

ELENA. Pues si viene la segunda,
te fío que la tercera
no ha de venir, ¡por tu vida!,
que es lo que más me interesa.

JOSÉ. Yo me voy á mi tertulia;
allá tú te las avengas
con don Blas; pero, cuidado,
no sea pesada la befa.

BLAS. Se hará justicia. Id con Dios.

JOSÉ. Adiós, amigo, y divierta
usted, señora, ese enojo,
que no merece la pena... (*Vase.*)

ELENA. Y ¿qué es lo que hemos que hacer?

BLAS. Ya nos dará la ocurrencia
el caso; procure usted
que las damas se convenzan;
que el convencerlos á ellos
eso de mi cargo queda.

(*Sale el* PAJE.)

PAJE. Señora, coche ha parado.

ELENA. Pues, muchachas, sacad velas,
que ya está oscuro.

BLAS. Veréis

BLAS. qué noche tan estupenda,
tenemos.

(*Salen por un lado dos criadas con cuatro luces, que ponen sobre dos bufetes; y por el otro* DOÑA CELIA, DOÑA MARIQUITA, *su hija,* DOÑA LEONARDA *y* DOÑA JOSEFA.)

CR. 1.ª Ya están aquí,
señora, las luces puestas
y el refresco prevenido.

LEONARDA. ¡Jesús, amiga, qué buena!
No se te conoce nada
la mala noche.

ELENA. ¿Qué hay, Celia?
¿Has descansado?

CELIA. Yo, sí.
(*Abrazos y cumplimientos.*)

ELENA. Me alegro de verte, Pepa;
adiós, Mariquita, ¿y tú?

MARIQ. Tan ágil. ¡Ojalá hubiera
un fandango cada noche!

BLAS. Señoras, los pies os besa
mi atención; hasta después.
(*Vase con las criadas.*)

CELIA. ¿Dónde va?

ELENA. Tiene allá fuera
que hacer. Vámonos sentando;
(*Siéntanse.*)
y antes que de otra materia
se trate, díme, Leonarda,
¿quién un caballero era
que anoche estuvo en tu casa,
buen mozo y de gran viveza,
llamado don Luis María?

LEONARDA. Uno que me llevó Pepa.

PEPA. ¿Yo? No trato con tal hombre.
Un día en casa de Celia
le hallé; salió cuando yo,
y que quieras ó no quieras,
fué conmigo hasta mi casa,
ni le dije que subiera
ni nada, y de allí á dos días
se encajó con gran franqueza,
me atolondró y yo mandé
que jamás cuando volviera
le recibiesen. Esto es
todo, en resumidas cuentas.

ELENA. Pues consuélate con que él
publica que te corteja,
que le has escrito papeles...
finalmente, que le ruegas,
en una palabra.

CELIA. ¿Quién,
don Luis María? No creas
eso; pues, tasadamente,
en Madrid no se pasea
hoy muchacho más atento,
que baile y toque vihuela
como él, ni más petimetre;
y todos dicen que juega
grandemente á carambola.

ELENA. Celia mía, tú te ciegas
por tus tertulianos, y
ciertamente no debieras
admitir á muchos de ellos.
Tienes una hija soltera
que puede perder, y tú
también, que no eres tan vieja.

CELIA. Lo estimo; pero todo eso
es envidia manifiesta.

PEPA. Dime la verdad: ¿te burlas
ó me hablas formal, Elena?

ELENA. Habrá una hora, cuando más,
que lo han oído estas orejas.

CELIA. ¡Eso es mentira, es mentira!
¡Vaya, que poquitas pruebas
hago yo á mis tertuliantes!
Y cuando ustedes no quieran

creerme, está ahí mi hija, que
no me dejará que mienta.

MARIQ. ¡Jesús! Cuantos van á casa
son unas gentes muy bellas,
y tan agasajadores,
que encantarán á cualquiera.

PEPA. Yo le aseguro al tal mono
que se acuerde de la fiesta.

ELENA. Celia mía, tú les haces
unas pruebas pasajeras.
¿Vaya que si yo hago una
te hago ver cuánto te yerras
tú y todas cuantas admiten,
sin muy grandes experiencias,
hombres en su casa, y les
permiten una llaneza?

CELIA. ¿Vaya que no? No serás
tú mujer que lo mantengas.

ELENA. ¿Cómo que no? ¡Hola, muchachas!
Cerrad la media vidriera
de esa alcoba y corred bien
las cortinas.

LEONARDA. ¿Qué fachenda
dispones?

ELENA. Ya se verá:
decidles á cuantos vengan
que todas hemos subido
á ver un rato la enferma;
y entretenedlos aquí
ó cantando frioleras
ó bailando, hasta que yo
os mande cosa diversa,
y veníos á esconder
las demás conmigo.

CELIA. ¡Bella
disposición!

CR. 1.ª Pues ya llaman.

ELENA. ¡Cuidado, que estéis alerta!;
que yo le voy á decir
á don Blas lo que hacer deba.

(Se esconden entre las cortinas y salen D. SEBASTIÁN, D. JACOBO, D. REMIGIO *y* D. LUIS MARÍA, *todos de chuscos, á excepción de* D. REMIGIO *y* D. PEDRO, *que saldrán decentes de capa.)*

SEBAST. ¡Hombre, ciertamente has hecho
una conquista tremenda!

LUIS. Ya te contaré después
lo que hubo.

REMIGIO. ¿Qué hay, damiselas?
¿Dónde están estas señoras?

PEDRO. Estarán en la comedia.

CR. 1.ª No por cierto, están arriba
á ver doña Dorotea,
que está siempre mala.

JACOBO. Dios
la mejore cuando quiera.

LUIS. ¡A fe que tiene madama
bravo tiro de muletas!

CR. 2.ª ¡Vivais mil años!

LUIS. Yo, chicas,
no gasto de más arengas.

PEDRO. Id á avisar las señoras.

JACOBO. ¿Para qué? Así se estuvieran
por allá toda la noche:
¿no tenemos aquí éstas,
que estarán rabiando por
armar un rato de gresca?

L. Y SEB. Eso es verdad.

JACOBO. Pues *alon;*
aquí tenemos vihuela; (1);
báilense unas seguidillas.

CR. 2.ª Por no parecer groseras,
bailaremos.

JACOBO. Ya se ve.

CR. 1.ª Y por estirar las piernas,
que en esta casa ni á misa
dejan salir las doncellas.

JACOBO. Sin duda que en esta casa
saben el modo de haberlas. *(Bailan.)*

SEBAST. Dejemos el baile. Chicas,
la verdad: ¿estais muy diestras
en pelar la pava?

CR. 2.ª Aquí
tenemos muy poca escuela.

CR. 1.ª Y luego, señor, que cada
oveja con su pareja.
Ustedes váyanse á
pelar con las petimetras.

JACOBO. No dice mal; que hay algunas
justamente que nos pelan.

SEBAST. La sosa de doña Elvira
me ha costado á mí estas ferias
más de doscientos doblones.

JACOBO. Yo en casa de doña Celia
gasto los ojos; y allí
tengo cortejo con suegra
y cuñada.

LUIS. ¿Pues por qué
no os descartáis de esa pesga?

JACOBO. Porque pensará en casarme
con la niña. ¡Bravas muestras
va dando! ¡Hija de tal madre!
Que me toquen esa tecla
y verán qué presto afufo.

REMIGIO. Pues ¿por qué la galanteas?

JACOBO. Por el gusto de tener,
cuando voy á la comedia,
ó al paseo, ó concurrimos
en un estrado, una bella

---

(1) Este verso y los doce siguientes hállanse acotados en el autógrafo y puestos al margen estos otros dos, en letra que no es de Cruz:

«Dime: ¿quieres tú, Manuela,
bailar unas seguidillas?»

Probablemente será corrección de la censura, aceptada por el autor al imprimir su obra.

muchacha al lado y que todos
la miren á mí sujeta;
por lo demás, yo no quiero
bodas con tales cabezas.

LUIS. Yo, amigos, con todas voy
á chupar lo que se pueda
y luego á janguengue.

CR. 1.ª y 2.ª ¡Bravo!
¡La pícara que os creyera!

PEDRO. ¡Ah, famosos Picos de Oro,
qué bocas tenéis tan bellas!

CR. 3.ª Muchachas, ¡qué divertidas
estarán las encubiertas!

PEDRO. Mudemos conversación,
que tenéis malditas lenguas.

SEBAST. Chicas, la verdad; ¿qué gente
os parece la más diestra
para enamorar?

CR. 1.ª Por mí,
yo no entiendo esas materias;
y soy de estado insensible,
hasta nueva orden.

JACOBO. Manuela,
¿y tú qué dices á éso?
Cuando el abate te encuentra
¿qué te dice?

CR. 2.ª Los abates
con diseñar se contentan
el amor, y todo es mimos.

JACOBO. ¿Y qué clase más te peta?
¿los petimetres?

CR. 2.ª No gusto
de habladores y babiecas.

JACOBO. ¿Hombres maduros?

CR. 2.ª ¡Qué asco!

JACOBO. Pues ¿cuáles más te congenian?

CR. 2.ª Oficiales y cadetes [1],
que son los que nunca dejan
hasta dar la última mano
cualquier obra que comienzan.

(Fingen hablar con ellas y D. REMIGIO *y* D. LUIS *con* D. PEDRO *aparte cerca de la alcoba.)*

REMIGIO. ¡Hombre, yo estoy aturdido!

PEDRO. Yo lo extraño en doña Elena
mucho.

LUIS. Pues ¿vendría yo
si no me hubiera ella mesma
convidado? Anoche fué
la primer vez que con ella
hablé, y nos hemos estado
ya hoy solos toda la siesta
en aquesta misma sala.
Me dijo que eran secretas
las criadas; y el marido
como muchos de esta era,
y otras cosas que parecen
mentiras, pero son ciertas.

REMIGIO. Yo no he de creerlo si no
me lo dice la experiencia.

LUIS. No habrá que aguardar á tanto;
ved al instante una prueba.
Niñas, ¿y qué tal os va
desde esta tarde?

CR. 1.ª Muy buenas.

LUIS. Por fin se logró un ratico
de no hacer la labor mientras
hablamos los dos á solas.

CR. 1.ª Nos fuimos adentro á hacerla.

REMIGIO. No debe de mentir, puesto
que las criadas contestan.

LUIS. ¿Qué dijo luego madama?

(Sale ELENA.*)*

ELENA. A eso yo daré respuesta.

LUIS. Señora...

ELENA. Luego hablaremos.
¿Qué os turba ni qué os altera?
¿Y mi amiga Pepa?

LUIS. Ya
os dije que es una necia.

(Sale PEPA.*)*

PEPA. ¡Vivais mil años, amigo,
y gracias por las ausencias
que os debo!

LUIS. Señora, yo...

(Sale CELIA.*)*

CELIA. Con que decid: ¿cuánto os cuesta,
don Jacobo, el mantenerme?

(Sale MARIQUITA, *llorando.)*

MARIQ. ¡Y yo, que ya estar pudiera
casada, á no ser por vos;
no creí que os mereciera
tal infamia y tal agravio!

JACOBO. Señora, fué una chufleta:
ya sabéis que todo el año
para mí es Carnestolendas.

ELENA. Y para cualquier mujer
que fía en vuestras cautelas.

(Sale LEONARDA.*)*

[1] Este pasaje está corregido de dos maneras en el manuscrito autógrafo. Dice la primera:

«Oficiales y cadetes,
que cuando á querer empiezan,
hasta que se ven queridos,
maldito aquel que lo deja.»

Y la segunda:

«Oficiales y cadetes,
porque son gente de guerra».

La letra de ambas enmiendas es diferente entre sí, y también de la del autor.

La primera de estas dos correcciones fué la que reprodujo el autor en su texto impreso.

LEONARDA. Don Sebastián: ¿con que Elvira,
mi prima, os costó estas ferias
doscientos doblones?
SEBAST. ¿Quién,
señora, de eso se acuerda?
CELIA. ¿Y no habrá quien á estos hombres
venga á sacarles las lenguas?
ELENA. No faltará... ¡Hola!

(Sale D. BLAS, *de cabo, con los que pudieren de soldados enmascarados.)*

BLAS. ¡Señora!
JACOBO. Aquí hay traición manifiesta.
ELENA. No hay sino justicia.
LUIS. Esto es
que se han visto descubiertas;
y ahora, á fuer de damas, quieren
que acá paguemos la pena.
BLAS. Señoras, yo estoy á la orden
de su consejo de guerra
de ustedes; sólo suplico
que sea breve la sentencia.
CELIA. Lenguas cortadas.
MARIQ. Quemados.
LEONARDA. Mordazas ardiendo.
PEPA. Eso
es piedad; si no le rajo
yo propia, no estoy contenta.
LUIS. Si esto con decir ahora
que ustedes todas son buenas
se compone, lo diremos
por cumplir, aunque se mienta.
JACOBO. Yo, sin cumplir, me desdigo
de cuanto dije; y en prueba
doy la mano á Mariquita.
SEBAST. Yo de miedo, de vergüenza
de mi infamia, sin poder
hablar... *(Cae redondo.)*
ELENA. Este ha dado muestras
de que tiene honor y quiere
que lo confirme la enmienda.

(Acuden los criados y D. REMIGIO.)

LUIS. Pues yo, porque ustedes queden
bien, diré lo que se ofrezca;
pero, á la verdad, bien saben
ustedes mi gran prudencia,
y que de ninguna he dicho
la mitad, porque no pierda.
PEDRO. ¿Hay hombre más obstinado?

(Hace una seña DOÑA ELENA *y le agarran.)*

PEPA. ¿Quién una espada me presta!
ELENA. Matarle no; que es razón
quede uno que servir pueda
á los demás de escarmiento.
Ponedle la boca abierta,
y al señor del Pico de Oro
le echaremos libra y media
de pimentón; y después,
porque se haga manifiesta
su infamia y nuestra venganza,
le arrancaremos las cejas
á uñate.

(Hácenlo dos y le ensangrientan las cejas.)

LUIS. ¡Ay, ay, qué me matan!
ELENA. Muertes mucho más violentas
has dado tú á nuestro honor.

(Sale D. JOSÉ.)

JOSÉ. Señor, ¿qué voces son éstas?
ELENA. Echad ahora ese bribón
á palos por la escalera
rodando.
JOSÉ. ¿Qué ha sido esto?
CELIA. Una diversión casera
que ha habido con el amigo.
JOSÉ. Permitidme que lo sienta.
PEDRO. No, pues ni una sexta parte
de lo que merece lleva.
SEBAST. Todo lo sabrás después [1].
BLAS. Entre nosotros se queda
y ustedes todo este caso;
pues, las caras descubiertas,
son los criados, conmigo,
los que la tropa aparentan.
JOSÉ. Yo estoy confuso.
LEON. Y PEPA. Y nosotras
aun estamos medio lelas.
ELENA. Pues vamos á divertirnos;
quedando ejemplo á las hembras
de que, si no lo parecen,
no hacen nada con ser buenas.
BLAS. Pues si toman el ejemplo,
alguna mañana de estas
á la mitad de los hombres
los hemos de ver sin cejas.
ELENA. Pues vaya la tonadilla;
y este sainete ó comedia...
TODOS. Si no mereciere un vítor,
siquiera el perdón merezca.

---

(1) Había aquí otra lección, que el mismo Cruz acota, sustituyéndola por este verso. Dice así la primera:

«SEBASTIÁN. ¡Ay, Jesús!
ELENA. Entradle adentro.
SEBASTIÁN. Dejadme que convalezca,
para pediros perdón».

42

La Plaza Mayor.

Para la compañía de Nicolás de la Calle.

1765 (1).

(El teatro de calle ó selva.)

(Salen Ponce *y* Eusebio, *de capas y sombreros con peluquines, cada uno por su lado y el primero se pasa de largo.)*

Eusebio. Digo, amigo don Alonso,
pues ¿cómo de esa manera
pasais sin decir palabra?

Ponce. Perdonad la inadvertencia
de no haberos conocido.

Eusebio. Sin duda llevais la idea
preocupada.

Ponce. No, por cierto;
antes, como no hay comedias,
pensando iba en qué pasar
la tarde.

Eusebio. ¡Gentil simpleza!
Hombre, pues ¿hay tarde alguna
tan divertida como ésta,
yendo á la Plaza Mayor?

Ponce. Así es; si por vos no fuera
me perdía ese buen rato.

Eusebio. El modo de que lo sea
es que vamos los dos juntos
á observar cuanto allí entra
y sale, y reirnos de todo.

Ponce. Como algún lance no venga
rodado en que sea preciso
que aflojemos las pesetas,
y se rían de nosotros;
que los que van á la feria
no siempre dichosos vuelven (2).

Eusebio. Hombre ¿quién se divirtiera
en el mundo si pensase
primero las contingencias?
Vamos allá.

Ponce. Deteneos;
que viene allí la Teresa,
que sirve á vuestra vecina;
la diremos dos chufletas
al paso.

Eusebio. Dejadme á mí,
veréis qué rato de fiesta.

(Sale la Criada, *de basquiña y mantilla, muy de prisa.)*

Criada. ¿Saben ustedes qué hora es?

Eusebio. ¿A dónde vas tan deprisa,
Teresa?

Criada. Hacia la Plaza,
á dar corriendo dos vueltas
y ver qué hay allí de bueno;
que pedí sólo licencia
á mi ama por un instante,
para llegarme á una tienda
á comprar una camisa,
y fuí á una diligencia
primero junto al Hospicio,
después á ver una vieja
que ha solido procurarme
más de cuatro conveniencias (1)
y vive en el Lavapiés.
Desde allí fuí á la Puerta
de Toledo, á dar las Pascuas
á un ama, porque me diera
algo, y había salido;
pero el amo, que me aprecia,
me ha regalado tres libras
de chocolate, unas velas
de cera, dos pesos gordos
y una caja de jalea.

Eusebio. ¿Eh? no se ha perdido el viaje.

Ponce. La verdad, ¿y en qué se piensa
emplear ese dinerillo?

Criada. En unos guantes de seda
blancos, y si encuentro al paso
algún retal de griseta
de color de oro, pues los
mauleros están tan cerca,
haré zapatos de moda.

Ponce. Pues di, muchacha, ¿no fuera
mejor comprar tres camisas?

Criada. En teniendo dos con buenas
mangas para quita y pon,
está demás la tercera.
Tenga una mujer buen guante,
buen zapato, buena media,
mantilla limpia y basquiña
bien plegada y algo hueca;
que en la calle sólo luce
lo que se ve por defuera.

Los dos. Dice bien.

Criada. Adiós, señores,
que no quiero que me vea
ese estudiante.

Eusebio. Pues marcha,
y allá junto al peso espera,
que tenemos que decirte.

Criada. Como ustedes presto vengan,
bien está. *(Vase.)*

---

(1) Bib. Municip.; 1-168-18. Copia antigua con las aprobaciones y licencias que van al final. Durán: tomo II, pág. 464, lo imprimió incompleto.

(2) Variante del *censor*:

«pues donde hay tantos que vendan
algunos habrá que embistan.»

(1) Variante del *censor*:

«que de cuantos he servido
me llevó á las conveniencias.»

Los dos. No tardaremos.
Eusebio. ¡La muchacha es linda pieza!
Ponce. ¡No es mala la que se sigue!

(Sale Pegote, *hablando entre sí.)*

Pegote. ¡Que haya quien se dé á las letras
y no se dé á los arbitrios,
sabiendo cuánto granjea
más que aquél, porque merece
el otro porque se ingenia!
Para el infeliz no hay Pascua;
para el feliz no hay Cuaresma.
Sin memoriales al rico
la gula ofrece hoy mil mesas,
y al memorial de los pobres
aun los desperdicios niega;
mil ruines comen en plata,
mil nobles en Talavera;
los agentes visten de oro,
los ministros de bayeta;
en manguitos y sombreros
todas las plumas se emplean,
y así andan tantos y tantas
que las merecen sin ellas.
A un hombre ¿de qué le sirve
el tener buena cabeza,
si no tiene buenos brazos
para poder echar piernas?
Pero, por fin, estas son
cosas del mundo, ¡paciencia!
Vámonos hacia la Plaza
á satisfacer en ella
el hambre, de olfato y vista,
ya que el gusto lo carezca. *(Vase.)*

(Salen la Maja *con el* Majo, *atravesando.)*

Maja. A la vuelta pasaremos
por en casa de la Petra,
porque vaya á acompañarnos.
Majo. Hablaremos á la vuelta.
Maja. No te olvides de comprar
las pasas.
Majo. Aunque no tengas
buena memoria no importa;
si alguna vez no te acuerdas
de andar el camino, yo
te arrimaré las espuelas.
Maja. ¿Oyes? me dijo la Alfonsa
llamásemos á su reja
cuando vamos á la misa
del Gallo.
Majo. Sea enhorabuena;
y yo no dudo que tú,
como mujer tan atenta,
dirías que sí.
Maja. Claro está,
suponiendo tu licencia.
Majo. Como esas *supusiciones*
tienes tú que me degüellan.
Pero es el día que es,
y basta.
Maja. Pero, hijo...
Majo. Arrea;
vamos en paz á la Plaza,
á comprar cuatro miserias
para colación, que luego
se ajustarán esas cuentas. *(Vanse)*
Ponce. ¿Usted no ve qué figuras
pasan?
Eusebio. En tarde como ésta
cada paso es un asunto
para hacer una comedia.

(Sale Calderón, *de capa y gorro, seguido de un* Esportillero.)

Mozo 1.º Ya llevamos cuatro viajes.
Calderón. Y llevaremos cuarenta,
si no cargas de una vez
con toda la plaza acuestas;
porque mi mujer parece
que piensa dar una mesa
de cien cubiertos, según
las prevenciones ordena.
Ponce. Eso me parece bien,
señor don Antonio.
Calderón. Estas
son pensiones de casado,
amigos, y aunque molestas,
hay ciertas costumbres que
se han de observar á la letra.
Mi mujer conoce todo
el nervio de la etiqueta
y sabe que á la tertulia
que todo el año frecuenta
una casa se le da
de cenar la Nochebuena,
y mañana de comer.
Yo en unas cosas como éstas
no gusto de quedar mal;
y así, por mi mano mesma
siempre hago las prevenciones.
Mandad, que antes que anochezca
quizá tendré que volver
por alguna bagatela. *(Vase.)*
Eusebio. ¿Qué renta tiene este hombre?
Ponce. Poca; pero aunque tuviera
mucha, el que llena en la Plaza
esta tarde cuatro espuertas,
y á su tertulia le da
un baile en Carnestolendas,
con lo que le sobra este año
no hará el que viene la fiesta.

(Sale la Beata, *de manto, con una* Niña.)

Beata. ¡Quién te dijera, doña Ana
de Zápalos, cuando eras
el asombro de la corte
por tu pico y tu belleza,
llegara tiempo en que tú,

con todas tus reverendas,
á pie, con poco dinero
y manto prestado fueras
por escarola á la plaza!
El consuelo que me queda
es que mientras que lo tuve
en músicas y meriendas
se esparramó alegremente,
y no hay quien quitarme pueda
lo holgado.

NIÑA. Cómpreme usted,
madre, una libra de peras.

BEATA. Eso me lo has de decir
solamente cuando veas
que estoy parada con gentes;
y si acaso no nos ruegan,
llora y grita.

NIÑA. Es que tengo hambre,
y el hambre no tiene espera.

BEATA. ¡Quién te dijera, doña Ana
de Zápalos, que las mesmas
amigas que rellenaron
los buches y faltriqueras
á tu costa en tales días,
hoy con la puerta te dieran
en los ojos! ¡qué mal hace
quien sin saber dónde siembra!

NIÑA. Madre, ¿á quién he de pedir
el aguinaldo?

BEATA. Al que veas
que se pára con nosotras. (*Vanse.*)

PONCE. Digo, ¿conoce usted á aquélla?

EUSEBIO. Sí, pero tal está que
es milagro conocerla.

PONCE. Hombre, vamos á la Plaza.

EUSEBIO. Dejad, á ver quién es ésta
que viene.

(*Salen la* PETIMETRA, *de mantilla, y* PETIMETRE, *de capa de usía.*)

PETIM.ª Es una locura
que usted á la Plaza venga
conmigo; bastaba el paje.

PETIM.ᵉ Quedó limpiando las mesas,
señora; además que yo
sólo con dar media vuelta
á la Plaza me impondré
de todo cuanto hay en ella.

PETIM.ª ¡Por Dios, que me dejéis bien!

PETIM.ᵉ El modo de que eso sea
es decir á don Antonio
no empiece con las fachendas
de marido; que me deje
á mí y á las cocineras.

PETIM.ª ¡Oh! El no se meterá en nada,
como usted se lo prevenga.

PETIM.ᵉ ¡Y luego, si no lo entiende!
Tres ó cuatro viajes lleva
hechos y faltan mil cosas.

PETIM.ª Ya le he dicho que volviera
al instante con el mozo.

PETIM.ᵉ ¡Ya veréis qué bien dispuestas
ensaladas! Cuatro veces
os he de cubrir la mesa. (*Vanse.*)

PONCE. Esta es la mujer de aquel
que antes pasó.

EUSEBIO. ¿Y la corteja
este otro?

PONCE. Pues ¿quién lo duda?
Y apuesto á que hace la cena
él por su mano, la sirve
y después los platos friega.

LOS DOS. Vamos tras ellos, que el rato
es lástima que se pierda.

(*Descúbrese la Plaza en la conformidad prevenida, y cantan.*)

CORO.

«Al jardín opulento del gusto,
donde ofrece sus frutos la tierra,
donde el aire tributa sus aves
y donde se sacian las mismas ideas
en carnes y en frutas,
en dulces y yerbas,
lleguen, lleguen, lleguen,
vengan, vengan, vengan,
pródigos, tacaños, prudentes, golosos,
pues hay para todos comercio en la feria.»

MARIQ. ¡Coliflores y apios!

MÉNDEZ. ¡Cascajo y camuesas!

CAMPANO. ¿Quién un pavo compra?

NISO. ¡Turrón y jalea!

CIEGOS. ¡A los villancicos,
que ya pocos quedan!

CORONADO. «Lleguen, lleguen, lleguen», etc.

(*Sale la* CRIADA *y llega al* MAULERO.)

CRIADA. ¿Tiene usted, aunque perdone,
algún pedazo de tela
de color de oro encendido?

MAULERO. Aquí lo tiene usted, perla.

CRIADA. ¿Y cuánto vale?

MAULERO. Por ser
para usted, cuatro pesetas.

CRIADA. ¡Qué caro! ¿quiere usted dos? (*Hablan.*)

(*Sale* ALGUACIL.)

ALGUACIL. Dios guarde á ustedes, mis reinas.

JOAQUINA. A la orden, señor *menistro.*
¿Tiene usté en la faltriquera
algún pañuelo de sobra?

ALGUACIL. Aunque sea media docena,
traigo al servicio de usted.

JOAQUINA. Perdone usted la llaneza,
y tome estas dos lombardas.

ALGUACIL. ¿Y cuánto he de dar por ellas?

JOAQUINA. Ya están pagadas.

ALGUACIL. ¡Qué viva!
JOAQUINA. Cuidado con la Quiteria,
que es una buena muchacha
y es lástima que se pierda
por lo que otras no se pierden.
ALGUACIL. Si la parte no pidiera,
ya lo hubiéramos compuesto,
mas se hará lo que se pueda.
Coliflores hay muy pocas.
JOAQUINA. Nadie las tiene tan buenas
como la Olalla.
MARIQ. (*Seria.*) Por tales
las he pagado en la huerta.
ALGUACIL. ¿Y á cómo valen?
MARIQ. A duro.
ALGUACIL. Muy duras están.
MARIQ. Cocellas
bien y pagallas mejor,
estarán al comer tiernas.
ALGUACIL. ¡Qué blancas!
MARIQ. Como la leche.
ALGUACIL. Y grandes.
MARIQ. Las manos secas. (*Le sacude.*)
ALGUACIL. Hoy está de mal humor.
MARIQ. No tal, es una advertencia;
porque hay cosas que se ponen
lacias si se manosean (1).

(*Vase el* MINISTRO *á otro lado.*)

CRIADA. ¿Quiere usted los nueve reales?
si no adiós, que en cualquier tienda
se hallan zapatos á pares.
MAULERO. Lo último es las tres pesetas.
CRIADA. No doy más.
MAULERO. Venga usted aquí.
CRIADA. Prestito, que estoy de priesa.
JOAQUINA. ¡Que no dieses al menistro
una coliflor siquiera!
Mujer, ¡qué mal genio tienes!
MARIQ. ¡Como hay Dios, lástima fuera!
¡y llevársela á su casa!
¡Mira tú qué cuatro piezas
de á ocho le debo! Además,
que el que regala su hacienda
no ha menester mayordomo.

(*Sale* ANTOÑUELO, *de hortera, con dos lechugas.*)

ANT. ¡Señora Olalla!
MARIQ. ¡Anda fuera!
¡Cuidado que me amedrentan
á mí *menistros!*
ANT. Señora
Olalla, que estoy de priesa.
MARIQ. Prestito y en plata.
ANT. Dice
mi ama que con qué conciencia
da usted tan pocas lechugas
por dos cuartos, que son éstas
malas y quiere cogollos
apretados, ó me vuelva
usted el dinero.
MARIQ. Muchachas,
¿habéis oído la arenga
de este parroquiano? Dile
á tu ama que con la mesma
que ella dos doblones de á ocho
ganó yo acá dos pesetas,
y que por poco dinero
no me dan á mí en su tienda
mucho y bueno.
ANT. Vaya usted
y dígale lo que quiera,
y deme á mí mis dos cuartos.
MARIQ. Tómalos.
ANT. Venga otra pieza
mejor.
MARIQ. ¿Cuánto va que te
agarro de la talega
y llegas volando á casa?
ANT, ¡Como yo agarre una piedra...!

(*Van pasando las figuras que salieron en la introducción, y deben proporcionar sus diálogos cuando estén delante.*)

NISO. ¡Turrón bueno de Alicante!
PORTUG. ¡Mocitos, á mis camuesas!
MÉNDEZ. ¡Al cascajo, que se acaba!
CAMPANO. ¡Al pavo de arroba y media!
RAFAEL. ¿Quién llama al mozo?
CIEGOS. ¡A dos cuartos
se venden las coplas nuevas!
MAJA. ¿Con que, en efecto, Manolo,
te has encerrado en el tema
de que hemos de estar solitos
á cenar?
MAJO. Es conveniencia
del bolsillo y la salud.
Mira, se pone la mesa
con lo poco ó mucho que hay,
y arrimamos dos silletas,
yo enfrente de ti y tú enfrente
de mí, á este lado la vela,
la salvilla á este otro lado,
en el suelo las botellas,
y va trayendo la moza
la vianda; se conversa
un rato, se bebe siempre
que los gaznates se secan
ó se atraviesa el bocado;
si empalagan las menestras,
á la izquierda está la fruta
y el cascajo á la derecha;
se hace boca al hipocrás,
y sin voces ni etiquetas

(1) Variante del censor:

«porque manoseada suele
marchitarse hasta la berza.»

cenamos como señores.
Si quieres de esta manera,
lo dicho dicho; y si no,
por seis ú ocho callejuelas
tiene salida la Plaza;
múdate por una de ellas
y larga vida, que yo
no gusto de bromas, Pepa.
(*Pasan.*)

PEGOTE. ¡Por las nubes está todo!
Hombre veo que se deja
cien reales, y él solo puede
cenarse lo que se lleva.
Mas don Alonso, mi amigo,
viene; veamos si pega
y me convida. ¡Señor!...

PONCE. Estoy á vuestra obediencia,
amigo.

PEGOTE. ¿Dónde esta noche
celebrais la noche buena?

PONCE. En casa.

PEGOTE. Eso me parece.
Me han convidado en diversas
partes, mas de cumplimiento,
y yo sólo apeteciera
cenar con un par de amigos.

PONCE. Pensais con mucha prudencia.

EUSEBIO (*Aparte al otro*):
Despedíos de ese pelmazo,
que he visto allí la Teresa.

PONCE. Señor licenciado, adiós,
que vamos algo de priesa.

PEGOTE. Esta no pegó, apelemos
á otros lances y ¡paciencia!

ALGUACIL. ¿Qué hay, Antoñita?

PORTUG. ¿Por qué
no ha venido usted por peras,
señor don Lesmes, que aquí
le tengo á usted dos docenas
apartadas? Envíe usted
el mozo.

ALGUACIL. Esa friolera
aquí cabe en un pañuelo.

BEATA. ¡Quién te dijera, doña Ana
de Zápalos, que anduvieras,
día en que desperdiciaste
tanto, sin tener apenas
colación para esta noche!
Mas con aquella frutera
está mi vecino, ¿á cómo
su venden las esperiegas?

ALGUACIL. Señora doña Ana, ¿usted
por aquí?

BEATA. Para que viera
la niña esta profusión
salí un poco, y no me deja
porque algo la compre.

NIÑA. Madre,
yo quiero cascajo.

ALGUACIL. ¡Ea!
¿Y á dónde le has de llevar?

BEATA. Lo que basta para ella,
si usted nos hace favor,
cabe aquí en la faltriquera.

ALGUACIL. Pues échale á su merced
lo que ajuste de mi cuenta,
y á los pies de usted, que voy
á hacer una diligencia. (*Se retira.*)

MÉNDEZ. Esta mujer por bolsillos
debe de traer dos maletas.

PETIM.ª Mientras parece mi Antonio,
nada de vista se pierda
de lo que haya que llevar.

PETIM.ᵉ Allí tenemos muy bellas
coliflores.

PEGOTE. Pensando iba
en que el tiempo me franquea
la ocasión de visitaros;
pero como hay la etiqueta
de no ir sin ser del convite,
permitid que lo suspenda
hasta mañana.

PETIM.ª U esotro;
que vos de todas maneras
tenéis conmigo cumplido:
quedad con Dios.

PETIM.ᵉ ¡Bravo pelma
se nos quería encajar!

PEGOTE. Yo no sé cómo se ingenian
otros, que visten y comen
en Madrid á costa ajena.

ANT. ¡Lo que hay que ver en la Plaza...!

CIEGO 1.° Ahora hay mucha gente; templa.

CIEGO 2.° Muchachos, á divertirse
por poco dinero; atiendan.

(*Cantan una copla de una jácara nueva que han sacado los ciegos al aguinaldo y será más conocida.*)

(*Sale* MERCADER *y le pega de pescozones al chico.*)

MERCADER ¿Oyes, hijo de la cabra;
me dejas solo en la tienda
y te estás embelesado?

ANT. ¿Y usté á mí por qué me pega?
(*Llorando.*)
¿Y quién es usted para eso?
Pues si yo se lo dijera
á mi primo el de la calle
de las Postas...

MERCADER ¡Anda, buena
alhaja!

ANT. Estése usted quieto
ú le rompo la cabeza
de un cantazo.

MERCADER ¡Ya verás
en casa la que te espera!
(*Se entran á golpes.*)

EUSEBIO. Teresa, ¿dónde has andado?

CRIADA. Por la Plaza dando vueltas
en busca de ustedes.
PONCE. ¡Vaya!
¿quieres ir á la comedia
mañana?
CRIADA. Pues ¿por qué no?
EUSEBIO. Pero ¿te darán licencia?
CRIADA. Si no me la tomaré
con mucho modo. Por fuerza
he de ir á misa mañana;
me estaré dos horas, pega
mi ama conmigo, y entonces
la digo dos desvergüenzas
y me despide.
PONCE. Pero eso
es perder la conveniencia.
CRIADA. ¡Mira qué tacha! Nosotras
por ahora, Carnestolendas,
Semana Santa y aquellos
quince días de la feria,
en no estando en una casa
donde nos den mucha suelta,
nos la tomamos. Agur,
y mañana á la una y media
estoy allá. *(Vase.)*
EUSEBIO. Bien está.
PONCE. Esta noche al amo de ésta
no le queda en el vasar
un títere con cabeza.
ALGUACIL. Cuidado que ese turrón
con exceso no se venda.
NISO. No, señor; yo juego limpio.
ALGUACIL. ¿Le tiene usted de canela?
NISO. Pero muy rico.
ALGUACIL. ¿Y á cómo?
NISO. Llevad primero la muestra.

(Al pañuelo.)

PONCE. Mi señora doña Ana, ¿de á dónde
se viene ahora?
BEATA. De una iglesia
de rezar por mi difunto.
NIÑA. ¿No me da usted una peseta
de aguinaldo? *(Aparte la* NIÑA *recio.)*
EUSEBIO. Sí, hija mía.
BEATA. Muchacha, ¡qué desvergüenza!
Perdone usted, caballero.
Dácala aquí, no lo pierdas.
PONCE. ¿Gusta usted de algo?
BEATA. A comprar
iba un manojo de acelgas.
PONCE. Lleve usted para ensaladas,
señora, y no se detenga.
RAFAEL. ¿Quiere mozo?
BEATA. No, hijo mío;
que para una friolera,
con el bolsillo me basta.

(Echan la verdura.)

JOAQUINA. ¿Son bolsillos ú maletas?

(Salen CALDERÓN *y el* MOZO.*)*

CALDERÓN. Sígueme á ver dónde está
mi mujer, que no quiero
desazonarla por poco.
PEGOTE. A madama he visto buena;
(Llega.)
y como sé que esta noche
tenéis grande francachela,
la he dicho que no me espere.
CALDERÓN. Y lo pensais con prudencia.
PEGOTE. ¡Malo!
CALDERÓN. Y yo hiciera lo propio
si irme de casa pudiera.
¡Agur!
PEGOTE. ¡Con la colorada!
Esto es ser pobre, ¡paciencia!
MARIQ. No pase usía de largo,
si quiere una cosa buena,
señorita.
PETIM.[a] Y decía el otro
que eran hoy todas pequeñas
las coliflores que había.
PETIM.[e] Usted, señora, me crea;
los maridos siempre compran
lo más barato que encuentran.
MARIQ. Vaya, ¿cuántas quiere usía?
PETIM.[a] No soy ninguna marquesa,
hija.
MARIQ. No hay nada perdido,
señora, y haga usted cuenta
de que, como dijo el otro,
más vale pecar de atenta
la gente. Digo, señor,
¿escojo media docena?
PETIM.[e] Vaya, mientras viene el mozo.

(Las apartan ínterin juegan las otras figuras.

MAJA. Si quisieses que subieran
las vecinas, ya que está
encordada la vihuela,
después de hacer colación,
se bailaran cuatro vueltas.
MAJO. ¡Qué ganas tienes de una!...
Sabes que si se perdiera
la formalidad se hallara
en mí. Ya veces diversas
te he dicho que yo no gusto
de bromas, y tú más terca;
pues no te fíes, al ver
que hoy me domina la flema,
que los humores circulan,
y si la cólera entra...
¡qué sé yo! Lo dicho, dicho:
poca gente, buena cena,
mejor vino y paz *incorda.*
Si quieres de esta manera,
tan amigos, y si no,
por seis ú ocho callejuelas

tiene salida la Plaza;
múate por una de ellas
y larga vida, que yo
no gasto más broma, Pepa. (*Pasan.*)

BEATA. En tiempo que era soltero
este don Antonio, era
mi tertuliano; he de ver
si de aquel tiempo se acuerda
Adiós, señor don Antonio.

CALDERÓN. Madama, ¿venís vos mesma
á hacer vuestra prevención?

BEATA. De hacer una diligencia
que á vos solo la fiara, (*Llorosa.*)
y eso con harta vergüenza.
¿Sabe usted quién será empeño...?

CAMPANO. Señores, arroba y media
tiene y le doy bien barato
por irme antes que anochezca.

BEATA. ¿Cuánto queréis?

CAMPANO. Veinte reales.

BEATA. ¡Ay, hijo; es mucha moneda
para una pobre!

CALDERÓN. Por eso
no se quedara si hubiera
quien os le llevara.

BEATA. Aquí
cabe en esta faltriquera.

NIÑA. ¡Qué lindo pájaro, madre!

BEATA. Mil gracias. (*Vanse.*)

CALDERÓN. ¡Linda postema!

PEGOTE. La tarde se va pasando
y no encuentro uno siquiera
que me convide á cenar,
¿y en una noche como ésta
no he de llenar el jergón?
Eso niego, que para estas
ocasiones es la maña,
ya que no vale la ciencia;
que *intellectus apretatu*,
dijo un sabio allá en Consuegra.

PETIM.e ¿Y cuánto valen las seis?

MARIQ. Mire usted, para la mesa
de un duque me las acaban
de pagar á tres pesetas;
dé usted á diez reales, que tengo
ya gana de salir de ellas.

PETIM.e ¡Jesús, mujer!

MARIQ. ¡Jesús, hombre,
y qué sangre tan ligera!
Quien de tan poco se espanta,
no es bueno para la guerrra.

PETIM.a A tres reales.

PETIM.e Y aun es mucho

JOAQUINA. Querrán los señores berzas;
vengan usías, que aquí
las hay malas á peseta.

PETIM.a No sean desvergonzadas
las cochinas, y agradezcan
á que soy quien soy.

MARIQ. ¡Que suelten
ese reloj y que enciendan
las luminarias, que pasa
por la plaza su excelencia!

JOAQUINA. ¡Que si quieres coliflor;
y puede ser que esté hecha
á cenar sopas de gato!

CALDERÓN. ¿Qué, esto es cosa de pendencia?

PETIM.a Si tú supieras comprar
mejor, no me sucediera
esto á mí.

CALDERÓN. Pues ¿qué te falta?

PETIM.e Yo, por ver si se sosiega,
la llevo á casa; usted ajuste
y llévese una docena
de coliflores, diez frascos
de rosolí, diez botellas
de Fontiñán, cuatro libras
de anises y seis de almendras
de garapiña, un barril
de anchoas, cuatro cubetas
de alcaparrón y aceitunas,
y quedará de mi cuenta
que madama se sosiegue
y esté con gusto á la mesa.

PETIM.a ¡Cuenta con lo que te han dicho;
que lo has de ver si lo yerras!
(*Vanse.*)

CALDERÓN. ¡El demonio del cortejo,
como no paga receta!
El favor que me ha de hacer
usted, señor don Fachenda,
es dar más y mandar menos,
ó por cualesquiera de estas
calles puede usted marchar,
que en mi casa no gobierna
nadie sino yo.

PETIM.a ¡Pero hombre!

CALDERÓN. ¡Pero mujer! No hay respuesta.
Tú conmigo y usté *alon.*

PONCE. ¡Don Antonio! ¿Qué os altera?

CALDERÓN. Cosas de un casado que
por su mujer se gobierna.

PETIM.e Beso vuestros pies, señora.
Don Antonio, mandar. (Esta
noche estoy descortejado,
sin cenar y sin pesetas). (*Vase.*)

(*Sale el* MERCADER *y* ANTOÑUELO.)

ANT. ¡Ay, que me matan!

MERCADER ¡Bribón! Yo
haré que te echen á Ceuta
por ladrón.

TODOS. ¿Qué es esto?

ANT. ¡Ay!

MERCADER Que á un revolver de cabeza
me ha pillado este bribón
del cajón ocho pesetas.

ANT. Señor, son para turrones.
MERCADER. Para curarte la brecha
que te he de hacer en los cascos.

(Salen todos de sus puntos y el MERCADER *le pega y le detienen.)*

TODOS. Dejadle.
ANT. ¡Ay, madre!
TODOS. ¡Pendencia!
¡La guardia!

(Mientras la bulla va PEGOTE *quitando lo que pueda.)*

PEGOTE. Ahora es ocasión,
mientras allí anda la gresca.
NISO. ¡Ay, que me roban! ¡Ladrones!
ALGUACIL. ¡Ténganse! ¿Qué bulla es esta!
NISO. Siga usté á aquel estudiante,
que me ha robado mi hacienda.
MÉNDEZ. A mí me lleva la fruta.
ALGUACIL. Voy tras él, y si le agarro,
por la calle de Carretas
ha de salir, ¡vive Dios! *(Vase.)*
MARIQ. Por defender al hortera
ha sido esto.
TODOS. Pues ¡á él!
que lo paguen sus orejas.
ANT. ¡Ay, que me matan!
MERCADER. ¡Dejadle!
que él soltará las pesetas,
ó le ha de llevar el diablo.
Y pues no puede esta idea
aspirar á conclusiones,
discreto auditorio, resta
TODOS. que, por sainete del tiempo,
algún indulto merezca (1).

(1) Lleva el manuscrito las siguientes censuras:

«Madrid 11 de diciembre de 1765.—Extiéndase la licencia en la forma ordinaria.

Nos el licenciado Don José Armendáriz y Arbeloa, Presbítero, Abogado de los Reales Consejos y Teniente Vicario de esta villa de Madrid y su partido, etc. Por la presente, y por lo que á Nos toca, damos licencia para que se pueda representar el entremés intitulado *La Plaza Mayor*, mediante que de nuestra orden ha sido reconocido y no contiene cosa que se oponga á nuestra santa fe católica y buenas costumbres. Dada en Madrid á 14 de diciembre de 1765.—*Licenciado Armendáriz.*—Por su mandado, *Martín Antonio de Zornoza.*

Madrid 15 de diciembre de 1765.—Pase al censor para su examen y reconocimiento y con lo que dijere tráigase.—*Delgado.*

Madrid y diciembre 19 de 1765 —Señor: Este entremés de lo que ocurre en *La Plaza Mayor* en este tiempo, puede representarse, si fuere del agrado de V. S., ejecutado con la modestia que es justo y con las enmiendas que van con mi rúbrica y no en otra forma, pues este es mi parecer, salvo, etc.—*Nicolás González Martínez.*

Madrid 19 de diciembre de 1765.—Ejecútese observando las precauciones que se expresan en el informe antecedente. —*Delgado.*

Madrid y diciembre 20 de 1765.—No se ofrece reparo en la representación.»

43

Poner la escala para otro.

1765 (1)

(Selva, con fachada de tapias de lugar, con rejas, y en medio una puerta, donde estarán tres de las damas, decentes, bailando con PEREIRA, PONCE *y* EUSEBIO, *en traje de campo decente, y las demás sentadas en poyos al lado de la puerta, cantando con panderos, y todas de mozas de lugar.)*

SEGUIDILLAS.

«A no haber imposibles
que lo estorbaran,
me fuera yo á la corte
de buena gana.
¡Viva quien baila;
que merece la moza
mejor de España!»

(Sale la PEREIRA.)

PEREIRA. Caballeros, que ya es tarde.
Antes que se vuelva á casa
mi hermano, váyanse ustedes,
que es su condición muy rara.
PAULA. ¡Jesús!, si viera este exceso,
por lo menos nos matara.
BLAS. Lluevan hermanos, que no
nos espantamos de nada.
EUSEBIO. Tendrán aquí sus queridos
y no querrán que, si pasan,
tengan celos.
GRANAD. ¡Y qué poco!
Aunque estamos encerradas
en esta Sierra, y nos vemos
de un pobre escribano hermanas,
tenemos muy altos humos.
GUERRERA. Más quiero yo una casaca
á lo militar, que treinta
justadores de persiana.
GERTRUD. Por nosotras, crean ustedes
que estamos muy bien halladas;
porque ustedes, ya se ve,
son gentes de circunstancias;
pero si viene mi hermano
y nos halla acompañadas
de gentes que no conoce,
puede haber una desgracia.
GRANAD. Andai, mujeres, que ahora
está jugando á la mata
en casa del sacristán;
y como esta noche es Pascua,
merendarán vino, y

(1) Bib. Municip.: leg. 1-168-1. Copia antigua. Impreso por Durán: II, 291.

será la visita larga
y tendida.

PONCE. Vaya un rato.
de bulla; que si llegara,
diremos que se le busca
con el fin de que nos haga
un testimonio.

BLAS. Es verdad.
¡Vaya!, sentarse, muchachas,
á conversación.

GRANAD. ¡Por Dios,
que sea buena, y no sea larga!

(*Siéntanse en un carro, á la puerta, interpolados, y salen* CHINICA, ESPEJO, JUAN MANUEL, LADVENANT, CAMPANO *y otros, de payos en cuerpo.*)

CHINICA. *Pasai* muy *ensimulados;*
¿veis cómo están embobadas
con los usías que ayer
vinieron?

JUAN. ¡Voto á la manta
de mi mula, que es verdad!

ESPEJO. Si los tengo yo en mi casa
hospedados.

TODOS. ¿Y á qué vienen?

ESPEJO. Yo no sé; dicen que pasan
á Castilla, y aguardando
á otros que los acompañan
allá, se estarán aquí
hasta después de mañana.

CHINICA. Hombres. ¿Si las dirán algo?

ESPEJO. Algo, sí, porque ellos hablan;
y como el algo no pase
de que se lo digan, vaya.

CHINICA. Escuchemos á esta esquina,
que las cogemos de espaldas,
á ver si entender podemos
algo del algo. ¡Malhaya,
amen, la caballería
que acá los trujo!

ESPEJO. Tres jacas
son que, no agraviando á nadie,
son cuatro dedos más altas
que ¿quién diré yo?, que el macho
del alcalde, con albarda
y todo.

JUAN. Calla y escucha.

ESPEJO. Hay en las tres una blanca,
que parece al caballito
de San Jorge.

CHINICA. Si no callas,
no apuraremos el algo.

ESPEJO. Amigo, cuando se trata
de animales, ¡como soy,
se me regocija el alma!

CHINICA. ¿Quieres callar, Patagorda?

ESPEJO. Si no se les oye nada.

PAULA. Lo peor es que ustedes piensen
irse pasado mañana,
y dejarnos.

EUSEBIO. Estaremos
todo lo que á ustedes plazca,
si nos tratan bien.

PEREIRA. Nosotras
lo haremos de buena gana.
(*Mira á los payos.*)

PAULA. Allí se ha parado gente.

PEREIRA Pues mejor es que se vayan.

GRANAD. Sí, porque es malo en las mozas
solteras y recatadas
hablar con hombres. Ahora,
¿sabéis lo que yo pensaba?
Que después podían venir
á hablarnos por la ventana
de la puerta falsa.

PEREIRA. Pero
si lo saben, y lo parlan
mañana por el lugar,
¿qué dirán?

PAULA. Si lo reparas
todo, no tendremos nunca
gusto cumplido.

PEREIRA. Pues anda,
que si algo nos sucediere,
tú serás la más culpada.

CHINICA. ¿Lo habéis oído?

ESPEJO. ¿Qué dicen?
Yo no he entendido palabra.

CHINICA. ¿Pues de qué servís vosotros?

ESPEJO. Si no se les oye nada,
más que *u*, *ru*.

CAMPANO. ¿Queréis que vamos
á echarlos de allí á puñadas?

CHINICA. No, porque tuve yo un tío
que pretendió en Salamanca
la cátedra de Maitines;
era hombre de mucha labia,
sabía las declinaciones
de los verbos como el agua,
estudió la *notomía*,
medicina y gatomaquia.
¡Hombres, si vierais qué borla,
que tenía escarolada,
con un plato de fideos!...
En descanso esté su alma.

TODOS. ¿Y qué decía tu tío?

CHINICA. Es verdad, no me acordaba.
Que nunca jamás riñera,
ni de veras ni de chanza,
con el rico, porque el rico
tiene la mano pesada.

ESPEJO. Yo que soy amigo suyo,
les sonsacaré con maña
su idea. Dejadme solo.

CHINICA. Bien: vamos hacia la plaza
nosotros, que me ha ocurrido
una cosa de importancia
que preveniros.

ESPEJO. ¿Y qué es?

que iré, si ustedes me aguardan.
CHINICA. Tú eres inútil para esto.
Adiós. Vamos, camaradas.
(*Vasc.*)
ESPEJO. ¡Hola! Pues ¡voto á la luna!,
que si á mí me da la gana,
nadie me la ha de pegar:
yo me valdré de mis maulas.
PONCE. ¿En qué quedamos?
GRANAD. En eso;
pero hasta las once dadas
no hay que venir,
BLAS. Bien está:
y fuera miedo, madamas,
que no saben todavía
con los tres hombres que tratan.
ELLAS. Pues hasta después.
ELLOS. Agur.

(*Vanse cerrando la puerta y se suben á la ventana.*)

PEREIRA. Cierra la puerta, Tomasa.
TODAS. Adiós, señores.
ELLOS. Adiós,
perlas.
EUSEBIO. Son lindas muchachas.
BLAS. Para dos días que aquí
hemos de estar, lo que basta.

(*Llega* ESPEJO.)

ESPEJO. Muy buenas noches, mis amos.
PONCE. Patagorda, pues ¿dónde andas?
ESPEJO. Ya puede ver su merced ..
EUSEBIO. Es menester que nos hagas
un gusto.
ESPEJO. Tasadamente,
no hay en el lugar entrañas
como las mías. Ustedes
hablen sin vergüenza.
PONCE. ¡Vaya!:
dime una cosa.
ESPEJO. Conforme
sea la cosa.
EUSEBIO. No es extraña,
y tú la sabes.
ESPEJO. Hay cosas
que se saben y se callan.
PONCE. La casa del escribano
¿tiene otra puerta?
ESPEJO. ¡Caramba,
y qué preguntilla! Otra,
que la puerta falsa llaman.
LOS TRES. Enséñanos esa puerta.
ESPEJO. Yo no enseño puertas falsas.
LOS TRES. ¿Por qué?
ESPEJO. Los hombres de bien
siempre embisten cara á cara.
PONCE. ¿Por qué tanto lo resistes?
ESPEJO. Como mi padre fué guarda
de viñas, le oí decir
á su merced (que Dios haya)
que el que va huyendo la puerta
de la viña, porque ladran
los perros, y va buscando
por el portillo la entrada,
ó es ladrón ó es alcahuete
del que quiera vendimiarla.
PONCE. Este es tonto malicioso.
BLAS. Porque quede deslumbrada
su malicia, mejor es
dar una vuelta á la casa
y reconocerla. Adiós.
ESPEJO. Si ustedes quieren compaña,
buscaré una luz y iré,
que está la noche nublada
y oscura.
LOS TRES. No, que nosotros
sabemos á la posada.
EUSEBIO. ¿Tú te vas á acostar?
ESPEJO. Luego.
Cuidado que cuando abran
la puerta no me despierten.
LOS TRES. Bien. Adiós. Hasta mañana,
amigo patrón. (*Vanse.*)
ESPEJO. Adiós.
Ellos piensan que me engañan.
Ya va. ¡Pues tonto es el niño!;
y más cuando en la entruchada,
si el diablo seca la yesca,
puede peligrar mi Juana.
¡Que si quieres! Yo los sigo
hasta ver en lo que pára.

(*Ocúltanse la puerta y la fachada, y sale* CHINICA *con sus payos.*)

CHINICA. Amigos, ello es forzoso
pasar noche toledana
y guardar nuestras queridas;
ellos no han de ir á inquietarlas
por la puerta principal,
porque se acuesta en la sala
el escribano; y así,
lo que conviene es guardarlas
por detrás.
TODOS. Bien discurrido.
CHINICA. Pues vamos á tomar capas,
las monteras y garrotes,
los violines y guitarras;
y porque no ignoren cuánto
nos deben esas ingratas,
y ellos no lleguen, si saben
que ellas tienen puerta falsa,
música en ellas y en ellos;
á ver si luego se alaban
los forasteros de que
burlan á la gente paya.
JUAN. Un cirujano latino
no discurriera con tanta
intención.

CAMPANO. Siempre Miguitas
ha sido mozo de chapa.
ESTEBAN. Y si á la ventana salen
algunas, ¿hemos de hablarlas?
CHINICA. Veremos; eso será
según y cómo.
TODOS. Pues marcha,
que ya te seguimos.
CHINICA. Vamos;
y nadie replique á nada
que yo diga; que esta acción
yo solo he de gobernalla.
TODOS. Muy bien.
CHINICA. Si el caso se enreda,
veréis la burla que anda. (*Vanse.*)

(*Salen* PONCE, EUSEBIO *y* BLAS, *con una escalera; y* ESPEJO *siguiéndoles recatado.*)

EUSEBIO. Si nos encuentran los payos
ó al alcalde le da gana
de rondar por aquí, ¡linda
función tenemos armada!
BLAS. Ya habrá dos horas que todos
están durmiendo. ¡Qué brava
gente sois para la guerra!
PONCE. Mal conoces, irritada,
esta gente.
EUSEBIO. Caballeros,
esta ha de ser la ventana.
BLAS. Silbo, á ver si salen. ¡Toma: (*Silba.*)
ya está el moro en la campaña!
EUSEBIO. ¿Se puede llegar?
GRANAD. Aún
no se ha metido en la cama
mi hermano, que está escribiendo.
PACA. Déjame llegar, hermana;
que no lo has de hablar tú todo.
JOAQUINA. Yo no he de quedarme en zaga.
GRANAD. Yo nací antes.
PACA. No deis voces.
PONCE. Si movéis esa algazara,
os oirá el hermano.
PACA. ¿Qué?
BLAS. Que no alborotéis la casa.
ESPEJO. ¡Hola, hola; bueno va el ajo!
Pardiez que están asomadas,
y esto no me gusta. Yo,
arrimadito á la tapia
de enfrente, lo he de ver todo.
PACA. La ventana está tan alta,
que nada oigo.
GRANAD. Si tú eres
muy sorda, mujer, aparta,
déjame hablar á mí, que
tengo la oreja más larga.
EU. y PON. Nada se entiende.
BLAS. Dejad,
que asegure yo la escala
y suba.
PONCE. Yo he de subir
primero.
EUSEBIO. Yo di la traza
y debo ser preferido.
BLAS. Y yo la tengo agarrada,
después de traerla á cuestas.
¿Quién alega más?
PONCE. Pues vaya
á veces.
EUSEBIO. Un cuarto de hora
cada uno.
BLAS. Eso me agrada.
Yo voy allá; el que me siga,
que me tire de la capa.
ESPEJO. ¡Qué oscura que está la noche!
¡Como soy, no veo palabra!
GRANAD. Hablad quedo; pero hablad
algo.
BLAS. Ya subo yo.
(*Estornuda* ESPEJO.)
PONCE. Aguarda,
que nos están acechando.
BLAS. Retírese usted, que anda
gente en la calle. (*Bájase.*)
ESPEJO. ¡Reniego
de mí y de mi estornudada
tan á deshora!
EUSEBIO. Alguien viene;
hagamos la deshilada
á la vuelta de la esquina,
dando lugar que se vaya.
(*Vanse.*)
ESPEJO. Tres bultos veo, y parece
se retiran. Esta es guapa
ocasión de agazaparme
debajo de la ventana
y oir lo que dicen si vuelven.
Pero ¡hola! que está arrimada
una escalera, y esta es
la mía. ¡Jesús qué maula!
Pues á fe que ha de valerme
para subir yo á tratallas (*Sube.*)
como merecen; ¡arriba!
Mas ninguna hay asomada:
embócome adentro, y luego
que salga por donde salga.
(*Entrase.*)

(*Salen los payos, con violín, guitarra y bandurria y páranse frente la ventana.*)

(*Cantan.*)

«Amor de caballero
nunca le creas,
que cada oveja, niña,
con su pareja.
Despierta, tonta,
á premiar el afecto
de quien te ronda.»

CHINICA. La música debe estar
en esta esquina parada.
Si salen ellas, ¡festejo!
si vienen ellos, ¡estacas!
¡Chito! y agacharse todos;
pues la noche está cerrada,
y es menester gran cuidado
si hemos de ver lo que hablan.
TODOS. Bien está.
ESPEJO. Cerré la puerta
de la escalera que baja
al cuarto de ellas. Si vuelven,
¡qué buena ha de andar la danza!
EUSEBIO. ¿Pudiera inventar el diantre
más que venir ahora á darlas
música?
BLAS. ¿No se han parado
á una legua de distancia?
Pues dejarlos, que con eso
será la fiesta doblada,
y estamos asegũrados
si la ronda ó alguien pasa.
ESPEJO. Ya vuelven ¡chis, chis!
BLAS. ¿Cuál es
usted de las seis hermanas? (*Sube.*)
ESPEJO. La doña Beatriz. (*Fingiendo la voz.*)
BLAS. El nombre
dice que sois la más dama.
EUSEBIO. ¿Cuál es ésa?
BLAS. La Beatriz.
EUSEBIO. Pues esa es mi amartelada;
déjame subir á mí.
BLAS. Pero sube lo que basta
para oirla y nada más.
EUSEBIO. Es prevención acertada;
porque, si acaso se ofrece
bajar presto, no me caiga.
PONCE. ¿Oyes? cuenta que me avises
si saliere la Tomasa.
EUSEBIO. Bien está. Feliz mil veces
quien puede decir que escala,
para gozar las estrellas,
la región iluminada.
ESPEJO. ¡Qué risa!
EUSEBIO. Romped la nema
de ese candado de nácar
é inundad con el aliento
todo el aire de fragancia.
ESPEJO. ¡Gran cosa debe de ser
ser mujer! Si aun esta chanza
suena bien, ¿qué será cuándo
sea cosa proporcionada?
EUSEBIO. ¿No respondéis?
ESPEJO. Os prevengo
que estoy algo acatarrada.
CHINICA. ¿Ois un *rum, rum*, á modo (*Quedo.*)
de cuando las moscas hablan?
CAMPANO. Sí; y yo conozco que es voz
de mujer, en lo delgada.
CHINICA. Pues, amigos, haced cuenta
de que ya ha salido el alba;
y nenguno de nosotros
se duela de sus gargantas.
Vamos á una. Con brío,
mozos, y veréis mañana
qué contentas van á misa.
JUAN. Vaya un buen cantar.
TODOS. Despacha.
(*Cantan.*)
«No hay tiesto de claveles
en toda España
como tú, si te pones
á la ventana.
Quiere á los limpios
más que no á los hidalgos,
que están podridos.»
ESPEJO. ¡Qué rato! Por ser mujer
diera un ojo de la cara.
EUSEBIO. ¿Habéis cenado, señora?
ESPEJO. Sí.
EUSEBIO. Ya lo publica el ámbar
que sale de vuestro aliento.
¡Jesús, y qué tufarada (*Aparte.*)
de vino me ha echado!
BLAS. ¿Oyes?:
pregunta por las hermanas.
CHINICA. Diles á los forasteros
que estando ellas festejadas
de nosotros, las embistan.
TODOS. ¿Cuál estará allí?
CHINICA. Mi Juana.
CAMPANO. ¿Pues en qué lo has conocido?
CHINICA. En que el corazón me salta
y me pican las narices.
Tengo tal olfato ¡vaya!;
más me estima á mí que al perro
el cura, cuando va á caza.
¿Oyes?, canta tú un corrido,
Acibuche. Y tú, Botana,
vente poco á poco á ver
si *mos* echan avellanas
ú tostones.
PONCE. Me parece
que dos de ellos se adelantan.
EUSEBIO. Ya bajo. Agur, hasta luego.
BLAS. Por si acaso lo reparan,
llevémonos la escalera,
pues es fácil ocultarla
contra el suelo, aquí al volver,
tendida.
PONCE. Vamos á casa,
que hemos de tener un lance.
EUSEBIO. Ya no es razón el dejarlas
solas, mientras que los de
la música no se vayan. (*Retíranse.*)

(*Mientras cantan algo de romance, se va acercando* CHINICA; ESPEJO *hace señas con la corbata, y* CHINICA *sube encima del otro, para llegar á la ventana.*)

ESPEJO. Ahora se acercan los otros.
Yo quiero con la corbata
hacerles señas.
CHINICA. ¿No ves
menear una cosa blanca?
CAMPANO. Sí, veo.
CHINICA. Pues eso es que
con el pañuelo me llaman.

(*Jácara.*)

«Atención, noble auditorio,
oirán la historia más rara
que repitieron al mundo
las historias celebradas.
Oigan los cuatro elementos,
Africa, Europa y el Asia,
y las tres partes del mundo,
aire, tierra, fuego y agua.»
JUAN. A ver, dale á las terceras,
templaré bien la guitarra.
CHINICA. ¡Digo, digo, tente tieso!
ESPEJO. ¿Quién es?
CHINICA. ¡Qué disimulada!
¿Vaya, qué, no me conoces?
¡Válgame Dios qué rosada
y qué hermosa! Me pareces
una fuente de cuajada.
¿Oyes?, mira no me dejes
caer una costalada.
CAMPANO. ¡Qué pesas!
CHINICA. Me agarraré
al marco de la ventana,
para sonllevarme. ¿Oyes;
das algo?
ESPEJO. No tengo nada.
CHINICA. ¿Qué querían los usías?
ESPEJO. Si vieras lo que me cansan.
CHINICA. Dice Patagorda que
se van pasado mañana.
Oyes; ¿me das la manita?
ESPEJO. ¿Pues por qué no? Soy bizarra.
CHINICA. ¡Qué mano! Llena la mano.
ESPEJO. Suelta, que me la maltratas.
CHINICA. ¿Me echas una escupitiña?
ESPEJO. ¡Agua va!

(*Sale* JUAN *con la guitarra.*)

JUAN. Ya está templada.

(*Vuelven á cantar, y sale de repente por la puerta que está debajo de la ventana* IBARRO, *con un candil y una espada; y al verlo vase corriendo el payo, dejando á* CHINICA *colgando del marco de la ventana, y los de la música hacen un ovillo en el suelo tendidos; y al ruido salen los forasteros.*)

IBARRO. ¿Quién se atreve de esta suerte
á alborotarme la casa?
Digan quién son, ó al estoque
hago de sus tripas vaina.
¿Pero qué miro? ¡Ah, ladrones!

(*Mirando á la ventana.*)

CHINICA. Usted mire lo que habla;
que yo no soy, escribano,
lo que piensa, sino un alma
como otras, de los cabellos
de su deseo colgada,
IBARRO. ¡Villanos, todos sois pocos
para empleo de mi rabia!
ESPEJO. A bien que yo estoy subido.
PEREIRA. Mira tú Beatriz, qué barbas
tiene tan lindas.
EU. y PON. ¡Habernos
hecho burla tan pesada
á nosotros!
IBARRO. Pues ¿qué es esto?
FORAST. Vengarnos de esta canalla.
ESPEJO. ¡Ahí me las den todas!
CHINICA. Salto;
¡Dios me ayude cuando caiga!

(*Salen las mujeres y se ponen en medio.*)

PEREIRA. Caballeros; haya paz.
TODAS. ¡Hermanito de mi alma,
perdonadlos!
IBARRO. ¿Qué? ¿vosotras
sois también interesadas?
PEREIRA. No; pero sabemos que esta
sólo ha sido una humorada
de los mozos por chasquear
á estos forasteros.
IBARRO. Vaya;
si es eso, ya me sosiego.
PAULA. Mujer, ¡yo estoy asombrada
del caso!
TODAS. ¡Jesús, qué enredo!
Callemos, que somos causa.
TODOS. Perdón, señor escribano.
IBARRO. Pase por ésta; y no valga
de ejemplar para otra vez.
PEREIRA. Pues la bulla sosegada,
tu desazón templaremos
con una buena tonada,
que te cantarán las chicas.
IBARRO. Ya sabéis cuánto me agradan.
Y así, vamos allá dentro.
TODOS. Pidiendo antes, á las plantas
del auditorio, perdone
los descuidos y las faltas.

44

El Prado por la noche.

FIN DE FIESTA QUE EN EL AUTO LA VIÑA DEL SEÑOR REPRESENTARÁ LA COMPAÑÍA DE NICOLÁS DE LA CALLE.

1765 (1).

(Se figura la fachada, sala con cuatro taburetes.)

(Salen de capa y gorro, con sus bastones, CALDERÓN *y* ESPEJO.)

ESPEJO. No creía yo que usted,
siendo día de correo,
saliese de casa.
CALDERÓN. Voy
á dar un rato un paseo
por ahí.
ESPEJO. Pues, si os parece,
al Prado juntos iremos.
CALDERÓN. Muy bien está: ¿habéis bebido?
Decidlo sin cumplimiento.
ESPEJO. Ahora en la Puerta del Sol
una visita le he hecho
de paso al tío Jaime, que
no hay en Madrid otro puesto
de mejor agua y más fría,
ni yo hallo mejor refresco
ni más barato.
CALDERÓN. ¿Sabéis
como está, á favorecernos,
madama esta tarde en casa?
ESPEJO. No lo sabía por cierto.
CALDERÓN. La mía ha salido un poco
á rezar el jubileo
y dicen que se encontraron.
ESPEJO. Como yo nunca me meto
en que ella salga ni entre,
lo ignoraba.
CALDERÓN. Pues yo creo
no hacéis bien, amigo mío,
en dejarla así, sabiendo
que, mujeres y caballos,
como un hombre suelte el freno
de la mano, al punto suelen
echar por los vericuetos.
ESPEJO. También hay mujeres y hay
caballos de tan mal genio,
que en tirándoles la rienda
ponen el brinco en el cielo,
ó empiezan á tirar coces
y descalabran al dueño.
CALDERÓN. ¡Hola, muchacho! di que
está aquí el señor don Pedro
á las señoras.

(1) Bib. Munic.: leg. 1-168-6. Autógrafo de 1765. — Impreso por Durán en su colección; tomo I, pág. 571, con muchas variantes.

(Sale ESTEBAN, *de paje.)*

ESTEBAN. Ya salen,
que yo se lo dije luego
que su merced vino.

(Salen, en batas, las SRAS. PEREIRA *y* GRANADINA.)

PEREIRA. ¿Ya
están ustedes dispuestos
á marchar?
GRANAD. Tiene esa gracia,
hija, siempre que yo vengo
tu marido...
CALDERÓN. Porque veais
que habéis errado el concepto,
muchacho, toma esa capa.
PEREIRA. ¡Reniego de ti! ¿Qué has hecho?
(Aparte.)
GRANAD. Yo lo enmendaré; Jesús,
¡qué formal sois! ¿no veis que esto
es una satisfacción,
hija del favor que os debo,
y una chanza?
CALDERÓN. Es que, señora,
en tocándome al respeto
de las damas, todavía
de mi obligación me acuerdo;
que, aunque un hombre no es muy niño,
quien tuvo, retuvo.
ESPEJO. ¡Bueno!
¡En vuestra vida, don Luis,
dejaréis de ser florero!
GRANAD. ¿Ustedes irán ahora
al Prado, á ver que hay de nuevo?
CALDERÓN. Naturalmente. Si ustedes
quieren el favor hacernos
de venir, prontos estamos
los dos para irlas sirviendo.
GRANAD. ¡Bravo par de mozos!
ESPEJO. Estas
se persuaden á que en yendo
con nosotros van sujetas,
y por eso huyen el cuerpo,
y hacen mal.
PEREIRA. Esa es malicia,
que no lo hacemos por eso,
sino porque las dos solas
muchísimo que hablar tenemos
esta noche.
ESPEJO. ¡Desdichado
aquel miserable objeto
que pilléis entre los dientes!
CALDERÓN. Mejor es que las dejemos,
y antes que ellas nos envíen
á pasear, vamos primero.

(Salen NICOLÁS *y* PONCE, *petimetres.)*

LAS DOS. Señoras, á vuestros pies.
CALDERÓN. Buenas tardes, caballeros.

LAS DOS. Sean ustedes bien venidos.
ESPEJO. Nosotros, si no tenemos
en que serviros, nos vamos.
Ahí os quedan, advirtiendo
que las hacéis mala obra,
que, hablando sin cumplimiento,
se han sentado á murmurar.
NICOLÁS. Nosotros nos vamos presto;
sólo el cuidado nos trae
de vuestra salud.
PONCE. ¿Y luego,
no han de ir ustedes al Prado?
ESPEJO. No, señor; se les ha puesto
en la cabeza que no,
y no podrá un misionero
ya convencerlas.
NICOLÁS. (*Aparte.*) Quizá
podrá un petimetre hacerlo.
PEREIRA. Váyanse ustedes, y ustedes,
si quieren, tomen asiento.
CALDERÓN. Adiós, señoras.
ESPEJO. ¡Cuidado,
que tienen que hacer! (*Vanse.*)
GRANAD. ¡Qué necios
y qué pesados que son,
amiga, todos los viejos!
PEREIRA. Antes; ya de algunos días
á esta parte se han dispuesto
mejor las cosas, que antes
era el mueble más molesto
del mundo cualquier marido.
NICOLÁS. En este siglo se han puesto
las cosas en un gran pie.
PONCE. ¿Con que no vais, con efecto,
al Prado?
GRANAD. Pues ¿no hemos de ir?
Ha sido por no ir con ellos
esta excusa; con ustedes,
en siendo más tarde, iremos.
PEREIRA. ¿Y si por casualidad
nos hallan? Yo no me atrevo.
GRANAD. ¡Qué poco expediente tienes,
mujer! Todo está compuesto
con que los señores vayan
un poco antes, y en un puesto
conocido nos aguarden.
Nosotras hasta allá iremos
con el paje; nos sentamos
luego que los encontremos,
y estamos hasta las once;
si nos hallan al volvernos,
se les dice que mudamos,
de parecer, ú otro enredo,
que á ellos, que ya nos conocen,
no se les hará de nuevo.
PEREIRA. La tentación eres.
NICOLÁS. Todas
las mujeres, según vemos,
se tientan unas á otras,
y aun les sobra mucho tiempo
para inventar tentaciones.
PEREIRA. Si usted viene de humor serio,
váyase al Arca del agua,
á tertulia con don Pedro
y mi marido.
PONCE. Señoras,
sobrada noche tenemos
para hablar; ¿no valdrá más,
ínterin va anocheciendo,
que mi señora doña Ana
cantase algo?
GRANAD. Yo no tengo
reparo, aunque tengo duda
si en dar gusto tendré acierto.
NICOLÁS. Ya sabe usted que aquí tiene
apasionados.
GRANAD. Más temo
yo á un apasionado que
á un millón de aventureros.
PEREIRA. Vaya, hija, canta.
GRANAD. Allá voy,
por obedecer.
NICOLÁS. Silencio.

(*Tonadilla sola.*)

LOS DOS. Mil gracias por el buen rato.
PEREIRA. Ya es tarde; si ha de ser esto,
márchense ustedes ahora.
GRANAD. Vamos nosotras adentro
á hacer la deshecha, que
luego al paje llamaremos
y marchamos.
PONCE. ¿Y hacia dónde
hemos de esperar?
GRANAD. Yo creo
que es lo mejor á la entrada
del Prado.
LOS DOS. Pues hasta luego.
PEREIRA. Cuenta con atisbar para
que no nos equivoquemos.
LOS DOS. Bien está; á los pies de ustedes.
LAS DOS. Hasta después, caballeros.

(*Mutación de selva y se van por distintos lados.—Se de- cubre el Prado lo más divertido que sea posible: paséan- se gentes entre la alameda. La* GERTRUDIS, *de limero la* MÉNDEZ *y* VICENTA, *de mozuelas que piden limosna danzando al compás de la música de los ciegos, que atra- viesa, y* FRANCHO, *de aguador de cántaro. En la Arca de agua estará sentada la* PAULA, *de mantilla y basquiña con* CHINICA, *de capa, y al fondo se pasean* CAMPANO, RAFAE[L], ANTONIO CALLE *y* BLAS, *de majo;* NISO, *de pobre vergonzan[te] á una esquina. Los ciegos son* JUAN MANUEL, ABRIL *y* RIVAS.)

GERTRUD. ¡Avellanas verdes!
FRANCHO. ¡Agua
fresquita de Recoletos!
NISO. ¡A este pobre vergonzante!
GERTRUD. ¡Garbanzos verdes y tiernos!

VICENTA. Oyes, ¿si habrá ya venido
aquel de los caramelos?
MÉNDEZ. Yo no sé; vamos á ver
si por ahí bajo le vemos.
VICENTA. ¡Roscones de Zaragoza!
MÉNDEZ. ¡Bizcochos de moda tiernos!
(Vanse.)

PAULA. Vámonos, don Manolito,
que ya van bajando en cuerpo
las gentes, y estoy aquí
siendo el lunar del paseo.
CHINICA. En quitándoos la mantilla
y la basquiña podemos
quedarnos; sobre que yo
las guardaré en un pañuelo
bien dobladitas. ¡Poquito
mañoso soy yo para eso!
PAULA. Vamos.
CHINICA. ¡Ahora que yo estaba
con vos aquí tan contento!
PAULA. ¡Qué gracia!
CHINICA. Pues, ya se ve.
PAULA. ¡Pues, ya se ve que no quiero!
(Dan paseo.)

BLAS. Vámonos á merendar
un cigarro, mientras vemos
que se va poblando de aves
nocturnas el hemisferio.

(Sale EUSEBIO, *de capa.)*

EUSEBIO. ¿Si estará doña María
por aquí? *(Siéntase en una piedra.)*
PAULA. ¿Es aquél don Diego,
don Manolito?
CHINICA. Si está
oscuro ¿cómo he de verlo?
PAULA. ¡Ejé!
EUSEBIO. Sin duda que es ésta.
Pues, señora, ¿qué portento
es retirarse usted cuando
se ha de coger algún fresco?
CHINICA. Y pulgas.
EUSEBIO. No os retiréis;
que luego á las diez tenemos
aquí cerca una función
á que convidaros puedo.
PAULA. Muy bien está; que yo me iba
porque el señor es tan necio
que jamás habla palabra,
CHINICA. Yo bien le hablo á usted de aquello
y lo otro. Usted es la que nunca
me responde con concierto.
PAULA. ¡Viva!
EUSEBIO. Señor don Manuel,
ya sabe usted que le quiero.
PAULA. Vámonos allí debajo
de un árbol; veréis qué presto
me desnudo, y el señor
va á llevar esto corriendo,
y á traerme un delantal.
CHINICA. ¿No puede el señor hacerlo
también?
PAULA. Vos sois más de mi
confianza, y más ligero.

(Tiende la capa EUSEBIO *y se quita la basquiña y mantilla* PAULA.—*Salen* CALDERÓN *y* ESPEJO.)

CALDERÓN. ¿A qué hora sale la luna
esta noche?
ESPEJO. Poco creo
que puede tardar; amigo,
desocupado tenemos
el canapé; vamos antes
que nos ganen el asiento.
BLAS. Allí parece que hay paso
de tocador.
(Mirando á D. MANOLITO, *que dobla la mantilla.)*
PAULA. Por los mesmos
dobleces; que sino toda
se arrugará.
CHINICA. Ya lo entiendo.
GERT. *(Pasa.)* ¿Gusta usted de una doncella?
¡Avellanas verdes! ¡puerros!
CHINICA. Adiós, tuerta.
GERT. Adiós, señor
don mano de morteruelo. *(Vase.)*

(Salen NICOLÁS *y* PONCE.)

PONCE. Parados en esta esquina,
si os parece, esperaremos
á que lleguen.
NICOLÁS. Mejor es
ir á dar por allí en medio
una vuelta, que, aunque lleguen,
distinguirlas bien podremos,
pues está la noche clara.
PONCE. Vamos allá.
NISO. ¡Caballeros,
á este pobre vergonzante,
con once niños enfermos
y una mujer impedida
y coja!
NICOLÁS. ¿De nacimiento?
NISO. No, señor; creo que son
las sequedades del tiempo
pasado y las humedades
del presente. Todo el riesgo
le vino de una zorrera
que padeció antes, y luego
paró en un gran reumatismo.
NICOLÁS. Tome; póngala un puchero,
y encárguela bien que sude.
FRANCHO. ¡La recoletilla!
BLAS. Esto
me agrada; salga la luna
y así nos conoceremos.
CHINICA. ¿Mandais otra cosa?

PAULA. Que
no tardéis.
CHINICA. Al punto vuelvo.
PAULA. ¡Chis! Decidle á la criada
que me fría unos torreznos
con tomates.
CHINICA. Bien está.
PAULA. ¡Chis! Decidla que no quiero
hoy vinagre en la ensalada.
CHINICA. Hasta después.

(*Pasan los ciegos tocando y se van sin parar.*)

NISO. ¡Caballeros,
á este pobre vergonzante,
que vino á Madrid á un pleito,
y no tiene que comer!
CHINICA. Todos pleiteamos por eso,
y en teniéndolo, buscamos
el modo de estar hambrientos.
(*Vase.*)

(*Se han tendido sobre su capa* CAMPANO *y* RAFAEL, *cerca de los árboles. Salen de la mano* IBARRO *y su mujer.*)

IBARRO. Mujer, yo te diera gusto
como tuviera dinero (*Paseándose*);
pero sobre que no alcanza
ni aun para comer el sueldo...
PACA. Yo no pido gollerías;
pero sobre que no tengo
más que dos camisas, ¿cómo
me he de mudar en invierno
si tarda la lavandera?
IBARRO. Hasta entonces ya veremos.
PACA. Y ¿sabes que se ha acabado
el carbón y no tenemos
tocino para ocho días?
IBARRO. ¡Qué mal te huele el aliento!
(*La suelta.*)
Mujer, en tu vida pienses
salir conmigo á paseo.
PACA. Mejor; esa pesadumbre
no me ha de quitar el sueño.
IBARRO. Te estarás en casa.
PACA Ya
lo oí cuando lo dijeron.
CAMPANO. ¿Vino ya la de la bata?

(*Pasa* ANTONIO CALLE.)

IBARRO. Ya empiezan los majaderos.
RAFAEL. ¡Ahí va ese palo de toldo!
ANTONIO. ¡Ahí queda ese par de cerdos!
IBARRO. Sentémonos aquí á un lado
y callemos. (*Siéntanse al lado de* BLAS.)
PACA. Sí, callemos;
pero para no volverte
á pedir hay dos extremos:
ó que me des ó me dejes
quejar.
IBARRO. En eso no entro.

(*Pasan* NICOLÁS *y* PONCE.)

BLAS. Estos dos van consultando
dónde imponer el dinero
de la lotería.
IBARRO. Vaya;
aquí tenemos asiento. (*Siéntanse.*)
CAMPANO. Pasaban por una calle
dos amigos verdaderos...
NICOLÁS. Hombre, demos otra vuelta
con cuidado, que ya ha tiempo
que pueden estar aquí.
PONCE. Se vendrán pisando huevos.
(*Se entran.*)
BLAS. ¡Hola! No ha venido mala
vecindad, pared en medio;
solamente que el señor
que la acompaña es muy serio;
pero más serios serían
los templarios y cayeron.

(*Sale* CHINICA.)

CHINICA. Aquí está ya el delantal.
PAULA. ¿Y me le vais á traer puerco?
¡La culpa tiene quien fía
recados á majaderos!
CHINICA. Señora, yo siempre tomo
lo que me dan.
PAULA. Volved luego,
y que os den otro planchado
y de los bordados nuevos.
CHINICA. Señora, ¿quién lo ha de ver?
PAULA. Basta que yo pueda verlo,
y sobra.
CHINICA. Voy allá. ¡Que yo (1)
no escarmiente con todo esto!
(*Anda aprisa.*)
RAFAEL. ¿Digo, digo?
CHINICA. ¿Qué?
RAFAEL. ¿Va usted
á echar cartas al correo?
CHINICA. ¡No es mala la friolera!
¡Estoy yo para gracejos! (*Vase.*)
CALDERÓN. Hablemos de novedades.
ESPEJO. Yo ya me estaba durmiendo.
CALDERÓN. ¿Qué tenemos de *Mercurio?*
ESPEJO. Vos tendréis; que yo no quiero
tener ni una onza de trato
con semejante sujeto.
CALDERÓN. El *político.*
ESPEJO. Añadid
el general. Yo no suelo
leerle, porque me asusta
el título cuando leo.

(*Salen en batas las señoras* PEREIRA *y* GRANADINA, *y* ESTEBAN, *de paje, con una capita corta.*)

---

(1) Así el autógrafo; pero sobra una sílaba.

PEREIRA. Vamos mirando uno á uno.
Muchacho, no vayas lejos.
CAMPANO. Atención, que pasa un hombre
con manteleta.

(BLAS *quiere hablar con la* PACA *é* IBARRO *lo repara.*)

IBARRO. ¿Qué es eso?
PACA. Nada.
IBARRO. Vámonos de aquí,
que sentados en el suelo
estaremos mejor.
PACA. Vamos;
¿yo, qué inconveniente tengo?
(*Se van á un árbol.*)
PEREIRA. Pudieran haber tenido
más cuidado.
GRANAD. Yo me temo
no hayan encontrado á otras;
pero en tal caso prometo
se habrán de acordar de mí;
porque es mucho lo que siento
una burla.
PEREIRA. ¿Y el hacerlas?
GRANAD. Eso me gusta en extremo.

(*Salen* NICOLÁS *y* PONCE.)

PONCE. Crea usted que no han venido,
que yo buena vista tengo,
á Dios gracias.
NICOLÁS. Estas son.
GRANAD. Sin duda que son aquéllos.
LOS DOS. Señoras, muy bien venidas.
LAS DOS. Bien hallados, caballeros.
GRANAD. ¡Ea! vamos á sentarnos,
que venimos de secreto
esta noche.
NICOLÁS Este árbol hace
bastante sombra; aquí tiendo
mi capa.
PONCE. Eso no; la mía.
NICOLÁS. Se ha de tender.
PONCE. Yo no cedo.
NICOLÁS. Ni yo estoy hecho á ceder
semejantes privilegios;
y si me le disputais,
aunque se alborote el pueblo,
andaremos á capazos.
PEREIRA. ¡Digo, digo! pues ¿qué es ésto?
Tiendan ustedes las dos,
y se finaliza el duelo.
GRANAD. Chico, tú ponte ahí á un lado
cuanto no oigas lo que hablamos,
y di cosas que nos hagan
reir de los pasajeros. (*Se acomodan.*)
BLAS. El vecino conoció
bravamente el barlovento;
que la moza creo que
no es muy terrible de genio.
CALDERÓN. Hombre, está el Prado caliente.
ESPEJO. ¿No ha de estar, si los alientos
son alquitrán, y las bocas
chimeneas de los pechos?

(*Salen de medias batas* JOAQUINA, PORTUGUESA *y* GUERRERA.)

JOAQUINA. Tapaos con los abanicos
las caras, porque al reflejo
de la luna no os conozcan.
GUERRERA. Madre, siquiera daremos
una vuelta.
JOAQUINA. Una no más,
que está el río muy revuelto.
ESTEBAN. Son las tres Necesidades.
JOAQUINA. ¡Bufones!
PORTUG. ¡Qué majaderos!
CAMPANO. ¿Es esa cofieta ó molde
de bacía de barbero?
RAFAEL. Dejadlas, que llevan bata
y media entre las tres.
JOAQUINA. Esto
está muy mal consentido.
BLAS. Señoras, aquí hay asiento.
JOAQUINA. Vaya, chicas, asentaos
un rato á tomar aliento.

(*Sale* CHINICA.)

CHINICA. ¿Es ésto lo que usted pide?
PAULA. Ahora ha tenido este acierto;
siéntese usted y descanse.
EUSEBIO. Ya os había echado menos.
(*A D.* MANOLITO.)

(*Salen la* MÉNDEZ *y la* VICENTA.)

MÉNDEZ. ¿Usted es aquel señor
que nos da los caramelos?
(*A* EUSEBIO.)
EUSEBIO. Sí; pero has de cantar algo.
MÉNDEZ. Pues denos usted primero
un cuarto, que está mi madre
mala.
EUSEBIO. Un realillo te ofrezco.
VICENTA. Pues yo cantaré, señor.
EUSEBIO. Pues canta.
VICENTA. A ver si me acuerdo.

(*Canta remedando á la* MÉNDEZ.)

EUSEBIO. ¡Caramba y qué canción! ¡Vaya
que cantas que es un portento!

(*Sale* GERTRUDIS)

GERTR. ¡Ya comienzan las bribonas
á alborotar el paseo!
VIC. (*Burlándose.*) ¡Avellanas verdes!
GERTR. ¿Oyes?
Como te encaje en los sesos
una pesa, puede ser
que te se acabe el paseo.
¡Avellanas verdes, verdes!
ESTEBAN. ¡Adiós, tuerta!

GERTR. ¡Adiós, camello!
PEREIRA. Llame usted esas avellanas.
PONCE. ¡Avellanas!
GERTR. (*Se sienta.*) ¿Qué tenemos?
PEREIRA. ¿A cómo son?
GERTR. A peseta.
PEREIRA. ¡Qué caras! A real y medio
nos las dieron la otra noche.
GERTR. No sería yo.
NICOLÁS. Todo el cesto
te tomamos á dos reales.
GERTR. Voy á decírselo al dueño
á ver lo que determina.
Aguárdeme usté hasta enero
que vuelva con la respuesta.
(*Se levanta.*)
¿Ha venido ya don Pedro
Miserias? ¡Arrea, Manolo;
que aquí reparten dinero!
¡Sobre que de cada día
van los usías á menos! (*Vase.*)
BLAS (*A* JOAQUINA.) Señora: ¿es usted la madre
de este par de niñas?
JOAQUINA. ¿Y eso,
qué le importa á usted?
BLAS. Es sólo
curiosidad de saberlo.
JOAQUINA. ¿Qué, le he parecido á usted
la más vieja?
BLAS. No por cierto:
que antes está usted más moza
que las dos; y por lo mesmo
lo preguntaba.
JOAQUINA. Es que yo
tenía tan poco tiempo
cuando me casé, que apenas
nos llevamos año y medio
mis hijas y yo.
BLAS. A la legua
se conoce desde luego.
EUSEBIO. El bueno del don Manuel
nos obliga á que callemos.
PAULA. Es verdad. Don Manolito:
¿traeis la flauta?
CHINICA. A vuestro obsequio
la traigo.
PAULA. Tocad un poco
para que nos alegremos.
CHINICA. (*Toca.*) ¿Qué le ha parecido á usted
este minuet?
PAULA. Es muy bueno.
CHINICA. Pues vaya otro.

(*Toca algo* CHINICA, *y se enfada de verlos hablar.*)

¡No está mala
la fiesta! ¡Estar yo perdiendo
mi aire en hacer el son
para que se huelguen ellos!
PAULA. ¿Por qué cesais?
CHINICA. Porque se
me turba el entendimiento.
PAULA. Pues id á coger el aire,
y de camino traednos
unos pasteles.
CHINICA. Ahora
no os pueden hacer provecho.
PAULA. Eso no es de vuestra cuenta:
marchad al punto á traerlos.
CHINICA. ¡Traer, traer; sin saber
si un hombre tiene dinero!
(*Se levanta.*)
Con las mujeres se asciende
aprisa; no bien le han hecho
á un hombre su gentilhombre
y ya le hacen tesorero.
¿Si encontraré yo un amigo
que me preste un par de pesos?
(*Va mirando.*)
NISO. ¡A este pobre vergonzante!
CHINICA. ¡Habéis llegado á buen puerto!

(*Pasan los ciegos.*)

NICOLÁS. Señoras: ¿queréis un rato
de música? ¡Digo! ¿Ciegos?
CIEGOS. ¿Quién llama?
GRANAD. ¿Qué tonadillas
saben bien?
JUAN. La del arriero,
gigantones, los timbales.
Pregunten, que hartas sabemos.
GRANAD. ¿Y seguidillas?
JUAN. Muy guapas.
Vaya éstas que son del tiempo.

(*Tocan seguidillas y se van acabando con el minué.*)

ABRIL. Chic: *¿qué á donat* el señor?
ESTEBAN. Mira si es peseta, ciego.
JOAQUINA. Los ciegos poco han cantado.
BLAS. Si queréis que los llamemos,
al instante...
JOAQUINA. No, señor.
GUERRERA Aquí en el corro tenemos
quien, si quisiera cantar,
canta mucho mejor que ellos.
BLAS. Pues, señora, ¿para cuándo
ha criado Dios lo bueno?
JOAQUINA. Vaya, canta muy piano
algún juguetillo nuevo;
pues hace más en pedirlo
el señor que tú en hacerlo.
PORTUG. Madre, yo sin la guitarra
no haré cosa de provecho.
BLAS. Pues todo se compondrá.
¿Ciegos? Siéntense un minuto
aquí, y presten la guitarra
á una señora que oiremos
todos cantar.
CIEGOS. En buen hora.

PORTUG. Pues que atienda usted le ruego.
JOAQUINA. No es porque es mi hija; mas ya
verá usted que es mucho cuento.

(*Canta seguidillas la* PORTUGUESA.)

BLAS. ¡Es un prodigio!
ABRIL. *¡Millor*
que nosatres com hay Deu! (*Se van.*)

(*Sale* CHINICA *con un pañuelo de pasteles.*)

CHINICA. La hebilla del corbatín
en cinco reales y medio
queda empeñada. ¡Que yo
no escarmiente! No había hechos
más pasteles.
PAULA. ¡Qué ordinarios!...
Y están fríos como un yelo.
Marchad en una carrera
y decid al pastelero
que los caliente. Sois hombre
de limitado talento.
EUSEBIO. ¿No veis que pasteles fríos
nos pueden dar un asiento?
PAULA. Ya creí que estábais de vuelta.
CHINICA. Si de ésta escapo y no muero,
ya bien sé yo que mañana
voy á la plaza, me meto
en un cajón y me estoy
toda la noche durmiendo.

(*Pasa* ANTONIO.)

ESTEBAN. ¿Es usted corre ve y dile?
CAMPANO. ¿Ha venido ya el modelo
de los gigantones?
CALDERÓN. ¡Vaya,
que está divertido esto!

(*Sale* GERTRUDIS.)

GERTR. ¡Avellanas verdes!
ESPEJO. Niña,
¿hay buen despacho?
GERTR. ¡Estupendo!
Anímese usté y verá
si le despacho bien presto.
CALDERÓN. ¿Oyes? ven acá, muchacha;
te sentarás aquí en medio ([1])
y nos dirás cuatro cosas.
GERTR. ¿Pues no sabe usted, abuelo,
que ha bajado ya la orden
para recoger los viejos,
á las ocho en el verano
y á las seis en el invierno? (*Se va.*)
CALDERÓN. ¡Ah, picarilla!
ESPEJO. Don Luis,
¡si viérais cuánto me alegro!

([1]) Acotado este verso en el autógrafo y puesto al margen, en letra que no parece de Cruz, este otro:

«siéntate junto al Congreso».

GERTR. No puede andar con muletas
el tal, y está presumiendo
de potro.
BLAS. Trae avellanas,
tuerta mía; ¿cómo está eso?
GERTR. De todo hay; ahí quedan todas.
BLAS. ¿Y si no tengo dinero
para pagarlas?
GERTR. No importa.
BLAS. Pues mañana nos veremos.
JOAQUINA. Ya se conoce que usted
es hombre de fundamento.
GERTR. ¿Si lo es? ¡así fueran todos!
Con esta gente comemos
nosotras, que los usías,
como no los avancemos
cuando vienen con madamas,
ni saliva gastan.
JOAQUINA. Quedo,
señor mío, agradecida
á tanto como os debemos.
CALDERÓN. Don Pedro, ¿os parece hora
de que ya nos retiremos?
ESPEJO. Sí, pero quiero decir
en un instante que, habiendo
observado este paraje,
me he acordado de un soneto,
que creo que viene al caso.
CALDERÓN. Pues decidle.
ESPEJO. Estad atento.

Del verano en la plácida estación,
es el Prado paseo de alquiler,
donde cuesta á los más breve placer
la fama, la salud y el corazón.
Adornada entre tanta confusión
y torpe la ocasión se deja ver,
de cualquiera dejándose coger;
que aquí sólo no es calva la ocasión.
Pretextan que se van á refrescar,
y á divertirse con mirar y oir,
dando mucho al discreto que pensar
cómo puede un paraje divertir
donde pierden los hombres por mirar,
y las mujeres sólo por venir.

CALDERÓN. No va muy descaminada
la idea. Mas ¿qué es aquello?

(*Se oye todo el golpe de la orquesta piano, como á lo lejos*).

EUSEBIO. Señora, esta es ya señal
que va á empezar el festejo
que os dije y...
PAULA. ¿Qué cosa es?
EUSEBIO. Será ocioso
decirlo si vais á verlo.
TODOS. ¡Música, música!
PEREIRA. Vamos
allá, que yo no la pierdo.
EUSEBIO. Todos los que quieran ir,
vengan mis pasos siguiendo.

TODOS. Y ¿qué es?

EUSEBIO. Un paso cantado
y baile que está dispuesto
en un salón, cuyo ornato
representa los Trofeos
de Hércules.

TODOS. Todos seguimos.

NICOLÁS. Esperando que de yerros
cometidos contra toda
la idea de nuestro anhelo...
(Con todos.)
De auditorio tan prudente
indulto mereceremos.

45

El pueblo quejoso.

INTERMEDIO DRAMÁTICO
REPRESENTADO POR LA COMPAÑÍA DE LA SEÑORA MARÍA HIDALGO
EN LA PRIMERA COMEDIA DE LA TEMPORADA DE INVIERNO
DEL PRESENTE AÑO.

(Sácalo á luz un apasionado de su autor, D. RAMÓN DE LA CRUZ CANO Y OLMEDILLA.)

1765

Con licencia.
En Madrid, en la Imprenta de Francisco Xavier García,
calle de los Capellanes.
Se hallará en la Librería de Antonio del Castillo,
frente las Gradas de San Phelipe el Real
y en su Puesto en dichas Gradas [1].

(Salen cantando y bailando (porque son gente alegre, y porque lo manda la acotación) las señoras GUZMANA, BASTOS, OROZCO *y* ANTONIA ALCÁZAR, *con otros cuatro hombres de la compañía, y acechando detrás* AYALA, *á medio vestir de moro.)*

MÚSICA.

«Supuesto que es Ayala
tan lindo y perillán,
y adonde le encontremos
nos hemos de vengar:
con el paloteo
lleve un zarandeo
y escarmentará».

(Sale AYALA.)

AYALA. ¿Qué diantres tiene esta gente
si se va ó no se va Ayala?
Niñas, ¿qué salida es esta?

GUZMANA. No es salida, que es la entrada
del sainete.

AYALA. No es posible,
que esta es idea ordinaria,
y á mí me dijeron que era
de una idea muy extraña.

BASTOS. Pues usted, por su papel
¿no ha conocido la traza?

AYALA. No, señora; porque yo
sólo allá cuando se acaba
dicen que salgo de moro
sin hablar una palabra.

TODAS. ¡Raro capricho!

GUZMANA. Aquí dice:
«Papel para la Guzmana,
en el Sainete famoso
del *Renegado.*»

AYALA. ¡Caramba!
¿Y quién reniega?

GALVÁN. Serás
tú, que ya tienes la cara
á propósito.

AYALA. Pues tú eres
bonito como una plata.
Mas vamos á lo que importa:
¿qué papel en esta farsa
te ha señalado el ingenio?

GUZMANA. Tres papeles me señala:
El primero en el Corral,
vestida como en mi casa;
el segundo en Mequinez,
con adornos de Sultana;
y el tercero en el Mogol,
con botas fuertes, espada
y rodela.

AYALA. Las salidas
son todas extraordinarias.

BASTOS. No lo son menos las mías,
y son cuatro.

AYALA. ¡Vaya en gracia!

BASTOS. La primera de abogado,
con peluca y capa larga,
en Africa; la segunda,
de sacristán, en el Asia;
la tercera, de arlequín,
en América; y la cuarta
en Madrid, representando
la parte de primer barba.

AYALA. Si en media hora lo has de andar
todo, traerás bellas ganas
de merendar á la vuelta.
Pero, dejando las chanzas,
¿qué demonio de sainete
es éste?

GUZMANA. Alguna ensalada
de entradas y de salidas,
figuras y mojigangas,
como los más.

(Sale AUTORA.)

AUTORA. ¿Qué ha sido esto?
¿Qué novedad hay? ¿qué causa
de que ustedes al tablado

[1] En 8.° y con 32 páginas.

á conversación se salgan
con tan poco miramiento?

Guzmana. Con ese recado á Ayala,
que ha salido á interrumpirnos.

Ayala. Y con razón muy sobrada,
y estorbaré que prosiga
el sainete, si, en sustancia,
se reduce á que me voy,
que me buscan y me hallan;
pues de esta idea se han visto
la décima parte en tablas.

Autora. Así es, poco más ó menos;
pues se reduce su trama
á que te vas, y nosotras,
constantes y disfrazadas,
por todas las cuatro partes
del mundo giramos, hasta
que te hallamos, renegado,
en la región otomana;
te quemamos por infiel
las uñas, las otras cantan
una tonadilla nueva,
y aquí el sainete se acaba.

Ayala. Pues si ya se acabó, vamos
á la tercera jornada.

Autora. Tú parece que hoy no tienes
resolución de hacer nada:
márchate á pasear al Prado
y déjanos.

Ayala. No pensara
nunca que en usted cabía
intención tan depravada

Autora. ¿Pues en qué, quien te desea
las diversiones, te agravia?

Ayala. ¿Al Prado? Vaya, señora,
que bien se conoce que habla
sin experiencia del aire
malévolo que allí anda.

Autora. ¿Todos los días?

Ayala. Y todas
las noches.

Autora. Yo no sé nada.

Ayala. Pues yo sí, que muchas gentes
se han quedado allí pasmadas,
sin otras que tal como hoy
fueron buenas y mañana
volvieron cojeando, y otras
que allí se quedaron mancas:
hay mil ejemplares. ¡Dios
nos libre de horas menguadas!

Bastos. Enfrente de Santa Cruz
se dice que está la Casa
de la Conversación, que
aquí sólo el que trabaja
debe hablar.

Guzmana. Tiene razón
la Bastos. Adentro marcha;
y prosígase el sainete,
diciendo las consonancias...

Ayala. No dirán; yo he de hablar solo,
que en mi tiempo y en mis barbas
no se han de volver á hacer
obras de tan mala hilaza
que á un tiempo se representen
en el Japón, en Irlanda,
en Siria y Constantinopla.
¡Oh, personas obstinadas
de los teatros! Decid,
decid; ¿cómo tenéis cara
para presentaros, donde
hay inteligencia tanta,
con unas obras que están
ab utroque condenadas?
¡Oh, sectarios del mal gusto!
¡Oh, gentes alucinadas!
¿De qué os sirve por lo menos
un sermón cada semana,
que se predica al asunto?
¿Os parece que allí se habla
de repente, que allí ponen
sólo lo que les da gana,
por su interés ó capricho,
y que es alguna fantasma
que han inventado el carácter
suspirado que declaman?
Pues no, amigos; no creais
que lo ponen de su casa,
que antes que ellos lo dijeran
lo dijeron en España
Salas, Cascales, Cervantes,
Luzán, y otras bien cortadas
plumas (dejando Molières,
y Ricobonis de Francia,
Eurípides y Terencios,
porque no entiendo palabra
de griego, ni de latín),
con una relación larga
de autores sobre este tema,
por no parecer machaca.
¡Con grandes autoridades
lo dicen, y es necesaria
la enmienda! Señora Aurora;
si hemos de representar dramas
á gusto de estos señores,
ponga usted el manto, y vaya
á buscar poetas, que, atentos
á que sufrimos las cargas
de lo que yerran, enmienden
nuestro trabajo y sus faltas.

Autora. Hombre, yo he minado el mundo;
los poetas de más fama
he consultado, y me dicen
que el pueblo sólo se paga
de bromas y disparates,
y que los conceptos causan,
porque el pueblo sólo quiere
el bullicio y la algazara.

Ayala. Y el pueblo ¿qué dice á eso?

DOS EN EL PATIO:
Que es la proposición falsa.
DOS EN LA GRADA:
Que es mentira.
DOS EN LA TERTULIA:
Es testimonio.
MARTÍNEZ. Y si ustedes nos aguardan,
á pública ofensa debe
ser pública la probanza.
GUZMANA. ¡No se ha revuelto mal ajo!
AYALA. Muy buenas tardes, madamas:
adiós, amigos, y ustedes
solos el sainete hagan,
y buen provecho, que yo
me voy á pasear.
TODOS. Aguarda.
AUTORA. Después que has alborotado
al pueblo ¿luego escapas?
AYALA. Usted lo alborotó.
AUTORA. ¿Yo?
Sólo he hablado una palabra.
AYALA. Para alborotar un reino
una mujer, eso basta.

(Sale la señora PEREIRA.)

PEREIRA. Dos personas, que parecen
caballeros en la traza,
y ninguna es conocida,
ahora de llegar acaban
de parte de la luneta
al vestuario, con la rara
pretensión de que en el teatro
han de desmentir su infamia.
AYALA. Muchachos, sacad dos sillas
de toda moda, forradas
de damasco carmesí
dorado á fuego, y que salgan
esos señores. *(Vase* PEREIRA.)
UNO. Aquí
están las sillas doradas.

(Sale PEREIRA.)

PEREIRA. Los aposentos también
envían de diputadas
dos señoras petimetras.
AYALA. ¿Pues qué hacéis, que no se saca
un canapé, donde estén
sus señorías sentadas?
OTRO. Aquí está el canapé.
AYALA. Vamos
á hacer la ciquiricata.

(Llegan á las cortinas, y salen por un lado las señoras ROSA *y* GARCESA, *de batas, y por otro* GARCIA *y* NAVAS, *de petimetres, y cogen los cuatro el centro, quedando las señoras á la derecha, y repartidos á los lados los que estaban de pie.)*

AUTORA. Vengais muy enhorabuena,
señoras, donde os aguarda
nuestro respeto.
GARCÍA. En los dos
tenéis seguros, madama,
dos apasionados.
AYALA. Yo,
en nombre de la comparsa
os doy... no es así, os ofrezco...
tampoco es esto... (¡Mal haya
(Aparte.)
el hábito que he tenido
de enamorar á criadas,
pues al hablar con señoras
no encuentro con las palabras!)
GUZMANA. ¿Tú te turbas? ¿de qué?
AYALA. Amiga:
en poniéndose la bata
cualquier mujer, me parece
mucho cuento y me acobarda.
AUTORA. Señores; ya que se dignan
de honrar tanto nuestras tablas
esta tarde, del motivo
sepamos las circunstancias.
GARCÍA. Hablen usías, señoras.
ROSA. No; usías tienen ganada
la mano.
GARCESA. Señora Bastos,
está usted muy bien peinada.
NAVAS. Este es buen asiento, si
le dieran por temporada.
ROSA. Siéntense ustedes también.
AUTORA. Obedeced.
AYALA. ¿Y quién habla?
ROSA. Hablad, caballeros.
NAVAS. Yo
gasto muy pocas palabras.
GARCÍA. Yo, protestando que hablo
en fe de que me lo mandan,
diré que la generosa,
la respetable, la clara
nobleza española, cuya
clase tiene destinadas
las lunetas, desde allí
por sí, y aquí en la demanda
con que nos envía, responde
á la indolencia bastarda
que atribuye á los oyentes
las culpas de su ignorancia,
que es mentira, y que la bulla,
la tropería y las falsas
ideas, el aparato
de papelones de estraza,
la confusión y otras muchas
comunes extravagancias
de nuestros teatros tuvieran
la nobleza desterrada
de ellos si tres prodigiosos
motivos no la arrastraran:
El primero, la costumbre,
que con lentitud se arraiga
en la ilusión, y va haciendo
ceder á la repugnancia.

El segundo es la viveza,
la travesura, la traza,
los conceptos, los donaires
y locución que se halla
en tantas comedias nuestras;
y donde hay escritas tantas,
basta que haya algunas buenas
para no ser todas malas.
¡Ah, españoles! ¿Quien diría
que las naciones extrañas
tengan más comedias nuestras
traducidas que en España
tenemos suyas? Señal
la más fuerte de que hallan
méritos en ellas; y que
se produzcan en la patria
fantasías tan humildes,
por no decir preocupadas,
que se persuaden á que
lo peor es lo de casa;
presumiendo al mismo tiempo
que pueden dar á su fama
más motivo con lo que
ó conciben ó trasladan
contra nosotros, que dieran
si, usando de aquellas altas
doctrinas, que nos prescriben,
redujesen la enseñanza
á prácticos documentos
originales, y hallara
la nación dos intereses,
como tener arregladas
comedias y lograr más
sujetos que la ilustraran.
A nadie parezca extraño
que, á quien al público habla,
el público le responda;
que para andar la distancia
que hay del decir al hacer,
ya que tiene tan trillada
la senda, vayan delante.
Volvamos á lo que estaba:
El tercer motivo que hallo
de concurrir es la gracia
de nuestras cómicas.

NAVAS. ¡Eso,
eso es lo que á mí me agrada!
Salgan ellas, y mas que
la comedia nunca salga.

AYALA. Es diversión más ligera.
Si la vista no me engaña,
á este usía me parece
que le he conocido en Babia.

GARCÍA. El aire con que se prenden
muchas de ustedes y bailan
nuestros bailes naturales,
y el gracejo con que cantan
sus tonadillas, imán
es de tan grave eficacia,
que aun muchos que lo murmuran
se dejan atraer con gana.
Si sólo malas comedias
aquí se representaran,
fuera ninguno el concurso:
que aunque esté nuestra crianza
tan en mantillas, que sólo
hay ocho ó diez en España
puestos á andar, con todo eso
creo tengan nuestras almas
el racional ejercicio
que las constituye para
preferir lo menos malo
donde nada bueno se halla.
Concluyendo por decir
á los que presumen que andan
que ha habido y hay españoles
tan sueltos, que de la vasta
extensión de todo el orbe
literario, con la maña,
y la fatiga, el desvelo,
el ánimo y perspicacia,
no han dejado algún lugar
que haya sido de sus plantas
desconocido, sin otros
que la española constancia
sólo hubiera descubierto;
siendo cosa averiguada,
que otros no saben andar
un paso si no se agarran.

AYALA. ¿Y usía ha de sacudirnos
con otra oración tan larga?

NAVAS. Soy poco pájaro yo.

GUZMANA. ¡Qué humildad tan cortesana!

AYALA. Por más que usía desmienta
el ser pájaro, la facha
es de caballero injerto
en pavo real.

ROSA. Dos palabras
oid, con que satisface
la parte de las madamas
que asisten á la comedia:
la mitad dice que basta,
para concurrir á algunas,
ver que los hombres aplaudan
su mérito, y más se inclinan
á aquellos prudentes dramas
donde, unida la sentencia
al donaire, al paso que anda
entre los dientes la risa,
está escociendo la llaga
interior de verse objeto
ridículo de las tablas;
que aunque más se disimule,
bien se conoce con cuánta
falsedad nos sonreimos
al mirarnos retratadas;
pero en estos casos es
cuando volvemos mañana,

por no confesar, pues dicen:
quien la confiesa la paga.

GARCESA. La otra parte, que es por quien
yo tengo de hablar, nó gasta
su discurso ni su vista
en si está desempeñada
la idea, ni si el actor
hace el ademán con gracia;
su objeto es ver si viene hoy
sirviendo á doña Fulana
don Fulano, ó mirar si
trae el cortejo y la bata
de mejor gusto que ayer;
observar si hay delicadas
ideas en que gastar
lo que tiene ó la regalan;
aprovechar la ocasión,
que suele faltar en casa,
para hablar con una amiga;
y retirarse muy vanas
de que de cien caballeros
que adornaron la estacada,
los noventa y nueve llevan
su original en el alma;
y aunque vengan otro día
y nadie les diga nada,
se van menos satisfechas,
pero no desengañadas

AYALA. Entre cuantos tribunales
hay de veras y de chanza,
no hay como el de las mujeres,
que no se perdonan nada
unas á otras.

PEREIRA *(Sale.)* Un peón
de albañil, que se acompaña
de un maestro de obra prima,
de parte del patio clama
por entrar, con advertencia
que hacen cantando la entrada.

AUTORA. Que entren cuándo y como gusten

UNOS. ¿Qué asientos se les prepara?

AYALA. Una silla sin respaldo
y un cubo de sacar agua.

(Salen CORONADO *y* AMBROSIO, *con la tonadilla siguiente.)*

A DUO.

Aquí los dos venimos,
representando
nada menos, señores,
que á todo el patio.
Oigan, atiendan;
tengan cuidado;
oigan, atiendan, cómo
nos explicamos.
Como se les obliga
con lo cantado,
envía su embajada
también cantando.
Oigan, atiendan, etc.

AMBROSIO.

Dice el pueblo, señores,
que es insolencia
decir que por él se hacen
malas comedias;
y que es manía,
pues él es quien lo traga,
no quien lo guisa.

CORONADO.

Déjate tú de eso;
déjalos hablar;
hagan lo que quieran,
la gente vendrá
como la Mariana
nos vuelva á cantar
El paso del trompetero.

AMBROSIO.

El pueblo claro dice
si le parece
que las obras son malas,
cuando no vuelve;
de que resulta
dar la mala una entrada,
la buena muchas.

CORONADO.

Déjate tú de eso;
déjalos hablar;
hagan lo que quieran,
gente acudirá
como la Guzmana
nos vuelva á cantar
El paso de las Chirimías.

AMBROSIO.

Aunque sean ensaladas,
el pueblo quiere
que los sainetes tengan
cierto sainete;
no sabe el nombre,
pero cuando lo prueba
bien le conoce.

CORONADO.

Déjate tú de eso;
déjalos hablar;
hagan lo que quieran,
gente acudirá
como Coronado
nos vuelva á cantar
Yo pretendo casarme, etc.

A DUO.

Y así, señores,
y así, madamas,
ustedes canten.

ustedes hagan
buenas comedias,
buenas tonadas,
que nosotros vendremos
de buena gana,
y dará el patio
con mucha gracia,
si lo merecen,
muchas palmadas,
también diciendo
lo que ahora falta
en estas seguidillas,
con que se acaba.

(*Seguidillas.*)

Cuando en cualquier comedia
se halla un buen paso,
y quien lo hace le esfuerza,
repite el patio:
Viva la Paca,
viva García,
viva la Rosa,
y todos vivan.
y cuando canten
unas cosas de gusto,
bien arregladas:
Viva Mariana,
viva la Autora,
viva Guzmana,
y vivan todas.
¡Alto! al trabajo;
que en el pueblo se tiene
cierto el aplauso.
¡Rabie quien rabie
caiga el que caiga,
la patria viva,
y viva España!

(*Siéntanse, y salen por un lado* Callejo, *y por otro* Pereira.)

Callejo. Dos sujetos ahora llegan
reprentando las gradas.
Ayala. ¿Qué gente?
Callejo. Uno parece
hombre de forma y de chapa,
como de alguna oficina.
Ayala. Un taburete le saca
á ése, y al otro banquillo,
siendo persona ordinaria.
Pereira. De parte de los oyentes
vergonzantes...
Autora. ¡Tente, aguarda!
¿Quiénes son esos señores?
Pereira. Aquellos que se agazapan
en la suprema tertulia,
y aunque estén en la baranda
juzgan que están descubiertos.
Ayala. ¿Será gente de sotana?
Pereira. Sí, señor.
Ayala. Pues sáquenles
reverendas sillas anchas
de brazos, que aunque estén duras,
es gente que tiene el anca
hecha á prueba de baqueta.

(*Salen* Martínez *y* Caballero.)

M. y C. ¡Alabado sea Dios!
L. y E. ¡Deo gracias!
Martínez. En la grada...
López. En la tertulia...
Ayala. La brevedad se os encarga.
Caballer. Las gradas, muertas de risa...
Guzmana. ¿Qué? ¿tienen boca las gradas?
Martínez. Yo hablaré.
Caballer. Si dije yo
que no soy para embajadas.
Martínez. Los que á las gradas venimos,
que con mala ó buena capa
solemos entender algo,
aunque se sufre ó se calla,
al ver que se nos insulta
y que á todos se nos trata
como al más ínfimo pueblo,
nos faltó la tolerancia;
y en dos palabras venimos
á defender nuestra causa.
Dícese, pues, ¿qué tragedias,
qué comedias arregladas
se nos han dado hasta ahora,
y ha dejado desairada
nuestra atención, para que
sobre nosotros recaiga
el atrevido dictado
de bárbaros? Que, glosada
la voz, nos quiere decir:
Gentes donde las humanas
leyes son desconocidas;
donde la religión falta;
donde se ignora el manejo
político de las armas;
donde el respeto debido
á los fueros no se guarda;
donde no se halla memoria
de los héroes, ni se halla
de las letras y las artes
la voz naturalizada.
Y más... ¿Bárbaros nosotros?
¿Bárbaros? ¿Por qué? En sustancia,
porque aunque hemos atendido
á enriquecer á la patria
con las conquistas, á dar
á tantas gentes luz clara
de la fe, á que no se cuenten
las series de las tiaras,
los imperios, los concilios
y el blasón de las hazañas
sin que entren los españoles
en el número de cuantas
clases y acciones ilustres

la historia en sus libros guarda,
hemos cuidado un poquito
menos de que no se hayan
observado en el teatro
tres ó cuatro pataratas,
que establecidas son buenas,
pero si no no hacen falta,
y sólo las echa menos
la gente desocupada.
¿Bárbaros por esto sólo?
La cólera se me exalta...

NAVAS. ¡Líbranos, Señor, de nuestros
enemigos!

AYALA. Sáquenle agua,
que se encoleriza el hombre.

NAVAS. Yo vengo á ver las muchachas;
salgan ellas, y mas que
la comedia nunca salga.

CABALLER. Yo no gusto de comedias;
yo sólo gusto de Ayala.

AYALA. Y la tertulia ¿qué dice?

LÓPEZ. Que viene, que ve y que calla;
que en puntos de diversión,
si es tolerable hacer gala
del ingenio, no lo es
entrar á fuego y espada
en mano á herir la nación
que ha dado suelo y ampara.

ENRIQUE. Y añade, porque lo sabe,
que en las naciones más vanas,
si hay dos ingenios peritos,
hay doscientas calabazas.

CALLEJO. ¡La cazuela, la cazuela!

AYALA. ¿De menestra ó de chanfaina?

CALLEJO. La del Coliseo, que envía
dos niñas.

AYALA. Sillas de paja
sacad para que se sienten.

(*Salen las señoras* PACA *y* MARIANA).

PACA. No tiene usted que sacarlas,
porque venimos de paso.

MARIANA. Al grano, doña Tomasa.

AYALA. No oiremos sin ver que ustedes
estén bien acomodadas.

PACA. Pues cualquier canapé sufre
cuatro asientos; ven, muchacha.

ROSA. Este es mucho atrevimiento,
que no hemos de estar mezcladas.

MARIANA. Dicen que sí; pero si
nos ha dado ahora la gana.

PACA. ¿Si será la vanidad
porque se han puesto la bata?
Pues, si me enfadan un poco,
en quitándome la saya,
y arrojando la mantilla,
quedo ya, mal comparada,
tan señora como ellas.

ROSA. No sean desvergonzadas.

MARIANA. ¡Ya, ya están ustedes bien!
¡Qué cosa tan soberana!
¡Cierto que es la bata hoy día
vestidura extraordinaria!
Antiayer una mujer
estaba pesando vaca
con manga de ángel.

AYALA. Pregunto:
¿Y el marido, qué pesaba?

ROSA. Las de coche, de este modo
venimos más desahogadas.

PACA. ¿Y tiene usía cochino?

MARIANA. Déjalo, doña Tomasa:
¿no ves que han venido en coche
Deben de pensar las daifas
que somos las dos algunas
potajeras de la Plaza.

MARTÍNEZ. Eso no, que en la cazuela
se suele encontrar guisada
una menestra de todo
lo mejorcito de España.

AYALA. ¿Y qué dice la cazuela?

PACA. Dice que hora se acaban
estos dimes y diretes
y la tonadilla cantan.

AYALA. Al instante.

GARCÍA. ¡Poco á poco,
que la respuesta nos falta!

AYALA. Yo no la doy, que soy lego.

GUZMANA. Pues sin ir á Salamanca
cualquiera decidir puede
en las materias más arduas;
porque hay libros que lo dicen
y manos que lo trasladan.

TODOS. La Autora que nos responda.

AUTORA. Yo, agradecida y postrada
al pueblo, sólo diré
que, hecha cargo de que varias
son las intenciones con que
se frecuentan estas casas,
en la parte que me toca
ofrezco proporcionadas
distracciones para todos:
las tragedias que me traigan
se presentarán; lo mismo
las comedias arregladas
á corregir los abusos;
porque de esta suerte no haya
quejosos por nuestra parte,
y veamos si el mal estaba
en quien oye las comedias
ó en quien las escribe.

AYALA. ¡Vaya,
que nuestra Autora es autora
en todas las circunstancias!

TODOS. Así quedamos contentos.

AYALA. Pues á cantar la tonada,
muchachas.

MARTÍNEZ. Mientras nosotros,

ofreciendo la constancia
en el trabajo...

TODOS. Pedimos
el perdón de nuestras faltas [1].

46

La botillería.

FIN DE FIESTA

1766 [2].

(*Empieza en la fachada.—Salen* CORONADO *y* RAMÓN, *de majos, manoteando sin hablar palabra, y se arriman á un bastidor. Luego* GARCÍA, *con las manos atrás, mirando arriba y á los pies, muy de petimetre, y se para; después* LÓPEZ, *de capa y gorro y bastón, y* MARTÍNEZ, *de soldado.*)

MARTÍNEZ. No tiene remedio, amigo;
cualquier hombre que se empeña
en ser gurrumino debe
prevenirse de paciencia.

LÓPEZ. Después de habernos tenido
esperándola á la puerta
de la cazuela una hora,
hasta salir la postrera
mujer, quizá dirá luego
que yo no acudí por ella.
Y si se ha ido sola á casa
¡Dios te la depare buena!
Para todo este año tengo
yo salida de cazuela.

MARTÍNEZ. Quizá saldría temprano,
porque se puso indispuesta.

LÓPEZ. ¿Quién? ¿La otra indisponerse?
Mientras está en la comedia
no puede ser.

MARTÍNEZ. ¿Por qué no?

LÓPEZ. Porque en diez años que lleva
de matrimonio conmigo,
aunque flatos y jaquecas
la ponen noche y mañana
á morir, por experiencia
he visto que á las dos de
la tarde se pone buena
y le dura la salud
hasta subir la escalera
de casa.

MARTÍNEZ. Ved ahí por qué
gustan todas de estar fuera.

LÓPEZ. En fin, á bien que ya estamos
curtidos de las baquetas.
Ahora en todo caso iremos
á beber ahí á cualquiera
botillería.

MARTÍNEZ. He notado
que hay muy grande diferencia
de como yo las dejé,
habrá cuatro años, en ellas.

LÓPEZ. Muy grande; unos gabinetes
están todas las más hechas.

MARTÍNEZ. ¿Y hay muchas?

LÓPEZ. Habrá en Madrid
hoy más de mil y quinientas.

MARTÍNEZ. ¿Y hay consumo en todas?

LÓPEZ. Mucho.

MARTÍNEZ. Cierto que no lo creyera;
que no era así antes.

LÓPEZ. Amigo,
vos no sabéis lo que aprieta
de unos años á esta parte
el calor en esta tierra.

MARTÍNEZ. Y decidme, don Ambrosio,
¿hay en esas concurrencias
sociedad?

LÓPEZ. ¿Qué es sociedad?

MARTÍNEZ. Conversaciones discretas.

LÓPEZ. No sé; pero muy agudas
y muy vivas suele haberlas.

MARTÍNEZ. ¿Se trata en ellas del bien
del estado, de sus rentas
y política?

LÓPEZ. No creo;
solamente las materias
de comercio y población
son las que allí se frecuentan.

MARTÍNEZ. Pues, amigo, en muchas partes
los cafées son escuela
decente á la juventud;
se instruye por las *Gacetas*
de los estados del mundo;
se alcanza un mapa y empeña
el gusto en la geografía,
y en las historias da muestras
un hombre de que ha suplido
con su lección su experiencia.
Se tratan los extranjeros
con atención y reserva,
observando sus costumbres,

---

[1] Habiendo visto este sainete D. Juan Christóbal de Romea y Tapia, dijo la siguiente

DÉCIMA

Vi el sainete: en mi sentir,
él por él ha de abogar,
y á más de dos enseñar
lo que deben imprimir.
Esto es herir sin herir,
y con pruebas racionales
mostrar á los imparciales,
sin dolo, fraude, ni engaños,
cómo abortan los extraños
y paren los naturales.

[2] Bib. municip.: leg. 1-152-44. Copia antigua, con las censuras que van al final. Impreso en el volumen titulado *Homenaje del Ayuntamiento de Madrid á D. Ramón de la Cruz, con motivo de la colocación de una lápida conmemorativa en la casa donde vivió y murió aquel insigne sainetista. Madrid. Mayo de* 1900. 4.°, 29 pp.

con el fin de aborrecerlas
ó de adoptarlas, al paso
que con política diestra
se les hace concebir
una magnífica idea
por el patricio de aquel
país. Si tal vez se juega,
la moderación, el garbo
y la buena fe interesan
al jugador más que el débil
sonido de las monedas;
y, en fin, yo en cuanto he viajado
he conocido por estas
casas públicas los usos,
los gobiernos, opulencias
y genios de las naciones:
ved si con razón me lleva
la curiosidad á ver
cómo se trata en la nuestra.

LÓPEZ. Pues venid; pero entendido
de dos cosas: la primera,
que los abusos no son
defectos de providencia
en el gobierno, son sí
efectos de la perversa
crianza de padres necios
y de madres altaneras;
y la segunda, que vamos
sólo por estar más cerca
de aquí á esta botillería,
no porque al entrar en ella
penséis que es ésta la mala
ni que las demás son buenas.

MARTÍNEZ. Vamos, pues; pero aguardad:
¿qué fantasmas son aquellas
que se paran?

LÓPEZ. Si queréis
saberlo por experiencia,
detengámonos un rato
aquí haciendo la deshecha
y lo veréis.

MARTÍNEZ. Bien está. *(Salen.)*

RAMÓN. ¿Oyes? Ahí viene la Pepa.

CORONADO. Calla y no la digas nada,
porque creo que la espera
aquel usía, que ha habido
desde el patio muchas señas
y contorsiones; ya entiendes.

RAMÓN. Pues embózate, que llega.

(Sale la CHICA, *cantando.)*

GARCÍA. De las preciosas muchachas
que hoy hubo en la delantera
ésta ha de ser una. ¡Digo!
¿Esa es mantilla ó vidriera?

PORTUG. ¡Qué necio!

GARCÍA. No lo soy tanto,
cuando por la transparencia
conozco los bultos.

PORTUG. Pues
ya puede usted hacer cuenta
que no ha conocido nada.
Vaya su camino; ¡ea!

MARTÍNEZ. ¿Solita?

PORTUG. Ya sé el camino;
seguro está que me pierda.

LÓPEZ. En el lugar en que estamos
me parece que son esas
sobradas satisfacciones.

PORTUG. Yo sé que puedo tenerla.

CORONADO. ¡Agua va!

PORTUG. Así dijo el otro,
y escupió todas las muelas.
(Entrase.)

GARCÍA. Con efecto, es buena moza;
pero es un poco sardesca.
Sígola: ¡á fé que tampoco
es muy mala ropa ésta!

(Han salido las señoras BASTOS *y* SOBRESALIENTA, *tapadas.*

SOBRESAL. ¿Oyes? Ahí está arrimado
el que desde la luneta
nos estuvo haciendo gestos.

BASTOS. Tápate, que no te vea,
que tiene traza de indiano.

SOBRESAL. A mí ya me ha dado pruebas
de que es inútil.

BASTOS. ¿Por qué?

SOBRESAL. Hija, porque los que apelan
á los lances de un paseo,
salida de las comedias
y de las botillerías,
ó tienen poca moneda
ó, escarmentados, van sólo
buscando un rato de fiesta,
y es necedad empeñarse
con hombres que no se empeñan
ó que no pueden salir
de un empeño que se ofrezca.

GARCÍA. ¡Lo que me miran! Supongo
que el peinadillo á la greca
es el mérito de un hombre.
Señoritas, aunque sea
atrevimiento, hoy á mí
se me ha olvidado dar cuerda
al reloj; para ponerle,
permítanme ver su muestra.

SOBRESAL. Mire antes dónde señala
la mano. *(Le da un bofetón.)*

GARCÍA. No quiero verla,
que va muy adelantado
ese reloj.

MARTÍNEZ. *(Al pasar.)* Qué: ¿tan feas
son ustedes que no pueden
destaparse de vergüenza?

SOBRESAL. Anda y calla.

MARTÍNEZ. Feas y mudas
son dos faltas estupendas.

LÓPEZ. Lo primero puede ser,
lo segundo no lo creas.
SOBRESAL. En tu vida con los viejos
ni los soldados te metas,
porque aquéllos nos oprimen
y éstos al punto desertan.
MARTÍNEZ. No hacen caso.
LÓPEZ. Su misterio
habrá.
RAMÓN. ¿Conoces á éstas?
CORONADO. Yo creo que son las de
la calle de las Carretas.
Yo he seguirlas, que quiero
introducirme con ellas.
RAMÓN. Pues anda, que en el café
nos veremos.
CORONADO. ¿Qué? ¿te quedas?
RAMÓN. Sí.
BASTOS. ¿Dónde refrescaremos?
SOBRESAL. Entrate ahí en la primera
botillería, que tengo
que hablar con cierto fachenda
un poco. *(Entranse.)*
CORONADO. Para estos lances
hacen falta las pesetas;
pero á bien que fían. *(Entrase.)*

(Sale TONETA, *y* AYALA *siguiéndola.)*

GARCÍA. ¡Valiente
aire de taco trae ésta?
Ese garbo es andaluz,
no hay que volver á la cuenta.
¿He mentido? ¿sí? pues ¿hay
más de que usted me desmienta?
No mirara lo que hace.
(A AYALA, *que le empuja.)*
AYALA. *(Por en medio.)* Márchate por la otra cera.
(A ANTONETA.)
TONETA. ¿Me meto yo con nenguno?
Si ellos son sueltos de lengua,
¿tengo yo la culpa? ¡Toma!
(Entre sí.)
GARCÍA. Usted, seo majo, pudiera
ver dónde pone los pies,
que me ha emporcado una media
y me ha pisado un zapato.
AYALA. Si el zapato no se queja,
que es el ofendido, ¿quién
le mete en causas ajenas?
GARCÍA. Vaya, vaya usted con Dios.
(Ap.) Estas gentes se desprecian.
AYALA. De éstos soy yo capaz de
merendarme dos docenas.
MARTÍNEZ. Por en medio, señorita.
TONETA. No soy yo tan desatenta.
LÓPEZ. Vaya, no hay que detenerse.
MARTÍNEZ. Deje usted que se detenga,
que no es mal tercio para una
conversación.
TONETA. Con licencia
de ustedes.
AYALA. *(Pasa.)* ¿Habrá demontre
de mujer? Ella tropieza
con todos, y alguno temo
que ha de tropezar con ella.
A estos soldados los temo.
(Pasa mirando airado.)
MARTÍNEZ. ¿Le ha parecido que es buena
mi cara para un retrato?
AYALA. Me había parecido que era
usted un amigo á quien busco.
Manden ustedes.
RAMÓN. Lorenza:
¿vas sola?
TONETA. No, que viene ahí
aquel hombre.
RAMÓN. Mas que venga,
anda adelante, que yo
le espantaré si se acerca. *(Vase.)*
AYALA. ¡Otro moro! ¿Cuánto va
que no pára en bien la fiesta?

(Sale CARRETERO, *fumando.)*

CARRET. Adiós, Perico.
AYALA. Adiós, Pepe.
CARRET. ¿Vas al café?
AYALA. Sí. ¿Quién queda
allí?
CARRET. No hay muy mal ganado.
AYALA. ¿Oyes? ¿Y están ya las mesas
ocupadas?
CARRET. Sí; hasta luego,
que yo pronto doy la vuelta.
AYALA. ¿Jugaste?
CARRET. Sí, y he perdido
diez medallas.
AYALA. ¿Y quién juega
ahora?
CARRET. Un nuevo presumido,
que con todos atraviesa
y pierde.
AYALA. ¡Voto va sanes!
¡que justamente me venga
sin dinero! Dame una onza.
CARRET. ¿Te parece que á tenerla
me saldría yo del juego?
Voy á ver si uno me presta
algo; no tardo en volver.
AYALA. Adiós, amigo.
MARTÍNEZ. ¡Qué bella
gente es la que anda al redor!
LÓPEZ. Si acabar de conocerla
queréis, vamos.
MARTÍNEZ. Para mí
no hay diversión como ésta.

(Sale PACA, *de limera, cantando.)*

«¡Limitas y limones,
dulces naranjas,
baratitas las vendo
por irme á casa!
¿Quién me las compra?
Todas son escogidas,
dulces y gordas.»

GARCÍA. Me he llevado fiero susto:
creí que era una limera
á quien le debo unos cuartos.
¡Adiós!

PACA. ¿Ha estado usted fuera
de Madrid?

GARCÍA. ¿Por qué lo dices?

PACA. Como en todas estas fiestas
no le hemos echado encima
la vista mi compañera
ni yo en el Prado...

GARCÍA. He tenido
una fluxión á las muelas
que me ha incomodado mucho,
y aun ahora me retienta.
¡Adiós!

PACA. ¡Bravo parroquiano!

(Sale señora PEREIRA, *con* CALLEJO, *de abate, y* CABALLERO, *de soldado.)*

PEREIRA. ¡Vaya, que cosa como ella
no me ha sucedido nunca!
Decid, ¿no estaban perversas
todas las bebidas?

CALLEJO. Cierto.

CABALL. ¡Porquería! Si no fuera
por usted, le encajo el
mostrador en la cabeza
al botillero.

CALLEJO. Si llevo
con qué, le abro la mollera.

CABALL. ¡Porquería!

PEREIRA. El cuento es
que llevo como una yesca
los labios.

CALLEJO. A bien que aquí
tenemos otra bien cerca.

PEREIRA. Bien está.

CALLEJO. A mí me parece
que os ha causado impaciencia
no haber hallado al pariente.

PEREIRA. Cierto que eso me afligiera
mucho; ni yo me acordé,
al salir de la cazuela,
de mirar si estaba allí,
una vez que estaba cierta
de que estarían ustedes.
El flato es lo que me lleva
displicente.

CALLEJO. Pues, señora,
no bebais frío, no sea
que os haga daño.

PEREIRA. Antes bien,
al contrario, me recetan
los médicos beba helado
bastante, y que me divierta
y baile, con tal que no
haga labores violentas
como el hilar ó coser.

CALLEJO. ¿También el hacer calceta
es malo?

PEREIRA. ¡Oh, Jesús! Eso
nos destruye las caderas.

PACA. Señora: naranjas dulces.

PEREIRA. Tome usted media docena,
mi capitán.

CABALL. ¡Porquería!
Con cincuenta pares de éstas
no tengo yo para un diente.

PEREIRA. Es verdad que son pequeñas,
dejadlas.

CABALL. ¡Adiós, guitona!

PACA. No soy yo de las que piensa,
señor oficial, ni doy
un retal de mi pobreza
por toda la usía, aunque dé
la basquiña de griseta
y el reloj encima.

PEREIRA. Vamos,
que tienen muy mala lengua
esas mujeres.

CALLEJO. Señora,
aquí con delicadeza
se hacen todos los sorbetes;
vamos.

PEREIRA. ¿Sabéis cuál bebiera
yo de buena gana, abate?

CALLEJO. Decid.

PEREIRA. Sorbete de brevas.

CALLEJO. Si no le hay, yo mandaré
que mañana se prevenga.

CABALL. Si no hay sorbete de pavo,
seguro está que yo beba. *(Vanse.)*

(Sale MARIANA, *de limera, cantando seguidillas.)*

«No hay en Madril hoy día
mejor comercio
que limas y naranjas
en los paseos.
Y esto se infiere
de que allí sin posturas
todo se vende.»

PACA. ¿Oyes, Lucía? ¿qué tal
ha ido esta tarde de venta
en el Prado?

MARIANA. Grandemente;
más de catorce docenas
he vendido, y me saldrán
chica con grande á peseta.

PACA. Mujer, no sé cómo lo haces;
yo no encuentro quien las quiera
á tres cuartos.

MARIANA. Cada una
se ingenia como se ingenia.
Vosotras de arriba abajo
andais como pregoneras
roncando en balde; y, amiga,
todos los que se pasean
no buscan naranjas; yo
me tiro á los que se sientan
á los coches y á los que
andan haciendo la rueda
á las madamas, y, llamen
ó no, les echo las cestas
encima; ellas son golosas
todas por naturaleza
y ellos vanos, y de aquí
se saca la consecuencia
de que ellas las toman y ellos
pagan y no regatean.
Amiga, quien no supiere
el oficio que le aprenda.

PACA. En conciencia, yo discurro
que esto es hurtar y que pecas.

MARIANA. ¿Hay alguno que haya visto
en el Prado la conciencia?
No ha bajado allí á paseo
jamás persona tan seria.

PACA. He visto al usía que
te pegó la bigotera
la otra tarde.

MARIANA. ¿Y dónde está?

PACA. Oye, verás y qué fiesta.

(Hablan aparte las dos y salen las señoras GUZMANA *y* SEGURA, *de payas, con basquiñas y mantillas de bayeta, y* NAVAS, *de payo, en cuerpo, con una cachiporra y un pañuelo atado.)*

GUZMANA. ¡Lo que has tardado, Josillo!

NAVAS. Como hay allí tantas puertas
y era tan mucha la gente
que entra y que sale por ellas,
no atinaba con *vusotras*.

GUZMANA. ¡Déjame, que he estado muerta
de calor!

SEGURA. A mí se me ha hecho
un instante la comedia.

GUZMANA. No es comedia

NAVAS. ¡Ya se ve!;
¡si ésta es lo propio que un bestia!

SEGURA. Pues ¿qué es?

NAVAS. ¡Qué sé yo! una cosa
que hacen allí.

GUZMANA. Es... es .. zarzuela.

NAVAS. Es *verdá*; no está malita;
mas la que en *Carnestoliendas*
hicieron en el lugar,
ésa sí que estaba buena.

GUZMANA. Valía más la relación
que echó el hijo de la Andrea
que todo esto.

NAVAS. ¿Y el barbero,
no hizo un papel de primera
dama, que rompieron todos
los bancos y las silletas
de risa? *¡Madril Madril!*
y es todo una friolera.

SEGURA. Sin embargo, á mí me gusta
cómo cantan las más de ellas,
y el teatro es mucho cuento.

NAVAS. Yo cantaba, cuando era
monago, mejor que todas.

GUZMANA. ¿Oyes, Josillo? ¿qué llevas
en ese atado?

NAVAS. Pasteles
muy ricos.

GUZMANA. Yo más quisiera
que llevaras agua fría.

NAVAS. Por aquí puede que vendan
agua. Voy á preguntarlo,
que éstas *quizabes* lo sepan.
¡Chis! ¡digo! ¿dónde se bebe?

MARIANA. Ahí tiene un pilón bien cerca,
en la Puerta del Sol.

PACA. No
le hagas rabiar. En aquella
casa, si refrescar quieren,
encontrarán cuanto quieran.

SEGURA. ¿En cuál?

MARIANA. En aquel portal
grande, pasando las rejas.

NAVAS. Vamos, muchachas.

GUZMANA. ¡Qué sed
que llevo!

SEGURA. Yo me estuviera
sin comer como durara
todo el año la comedia.
(Vanse.)

MARIANA. ¿Con que en la botillería
se entró?

PACA. Yo le vi.

MARIANA. Pues deja,
que he de quitarle el vestido
si no me paga. ¿Con frescas
á mí? Vamos, Manolilla;
que nunca estoy más contenta
yo que cuando me retoza
en el cuerpo una pendencia.
(Canta.)

(Repitiendo la seguidilla que parezca de las dos, se entran y se descubre la botillería ó café de la calle de la Cruz con la mayor propiedad. En la primera mesa estarán las señoras BASTOS *y* SOBRESALIENTA, *tapadas; en la que se sigue la* PORTUGUESA, *sola; en la primera del otro lado la señora* PERREIRA, *con el* ABATE *y* CABALLERO; *en la que se sigue y en la del foro no habrá nadie, y* RAMÓN *se pasea solo, y* ENRIQUE, *de enano, y* GALVÁN, *de mozo, corren de una parte á otra. A la derecha del teatro, que se figura la puerta, está el* TÍO GARCÍA, *de pobre; frente de la mesa donde está la* PERREIRA *hay un banco sin mesa á la puerta del tablado.)*

CALLEJO. ¡Hola, mozo! ¿qué tenemos
que beber? Con ligereza.
GALVÁN. Agua de limón, horchata,
agraz, aurora, canela,
leche, mantecado, boca
de dama, imperial y fresa.
PEREIRA. ¿Qué sorbetes hay?
GALVÁN. De arroz,
de garbanzos, de manteca
de Flandes, de fresa, lima,
bizcochos de mil maneras,
y té, café, chocolate,
dulces de Francia, conservas
y licores.
CALLEJO. ¿Qué gustais
que traigan de ésto?
PEREIRA. Que venga
de todo para probar.
PORTUG. ¡Mozo!
BAS. y SOB. ¡Mozo!
ENRIQUE. Poca priesa,
que hay muchos á quien servir.
RAMÓN. ¿Dónde has puesto la cazuela
de la lumbre?
ENRIQUE. ¿No la ve
usted sobre aquella mesa?
GALVÁN. Vaya, señores, ¿qué traigo?
CALLEJO. Pedid, madama.
PEREIRA. Me suena
á ordinario cuanto ha dicho.
Yo no sé cómo no inventan
estas gentes un sorbete
cada tarde, y así fuera
su ganancia más segura.
GALVÁN. ¡Que tenga yo tan perversa
memoria! Justamente
tengo dos bebidas nuevas.
PEREIRA. ¿Qué son?
GALVÁN. Agua de almendrucos
y sorbete de lantejas,
PEREIRA. Esas son más exquisitas.
CALLEJO. Pues trae y haremos la prueba.
GALVÁN. Yo haré un bodrio que vomiten
la hiel, á ver si escarmientan.
(*Vase.*)

SOBRESAL. Digo, ¿está ahí don Federico?
(*A* ENRIQUE *quedo.*)

ENRIQUE. Jugando desde la siesta
está allá dentro.
SOBRESAL. Pues dile
que aquí dos damas le esperan,
que salga al punto.
ENRIQUE. Allá voy.
(*Vase por la puerta chica.*)

PORTUG. Chico, da presto la vuelta.

(*Sale* GARCÍA, *cantando, y atraviesa como que entra al juego.*)

GARCÍA. «Ya huyó la noche,
ya salió el sol,
las corderillas
con su arrebol» *etc.*

(*Tio* GARCÍA, *pasa quitándose el sombrero sin mirar.*)

T. GARCÍA. ¡Señores, al pobre viejo!

(*Salen* LÓPEZ *y* MARTÍNEZ.)

MARTÍNEZ. Está con mucha decencia
esto.
LÓPEZ. ¿No os lo dije yo?
Pues todo es á costa nuestra.
PEREIRA. ¡Mi marido, mi marido!
CALLEJO. ¿Qué peligro hay en que os vea?
PEREIRA. Ninguno; pero es bastante
para que á gusto no beba
yo que bebiera conmigo.
CALLEJO. Pues á bien que hay otras mesas
desocupadas.
PEREIRA. Sí, sí,
mejor será. (*Mudan de mesa.*)
CABALL. ¡Que ande en estas
pantomimadas un hombre
como yo!; ¡qué friolera!

(*Sale* TONETA.)

TONETA. ¡Qué temprano que has venido,
y solita!
PORTUG. Por ofertas
no ha quedado; pero ya
sabes tú lo que se arriesga.
TONETA. Lo propio me ha sucedido
á mí.
RAMÓN. Pidan cuanto quieran
ustedes, con disimulo,
que aquí estoy yo.
TONETA. Eso se aprecia
mucho, pero no podemos
admitirlo.
RAMÓN. Pues paciencia.

(*Sale* OLMEDO, *de majo, se sienta en una mesa, da cuatro golpes y no habla palabra.* GALVÁN *saca la bebida á la* PEREIRA; AMBROSIO *sale con el taco en la mano y* ENRIQUE *le señala donde le llaman y luego acude á* OLMEDO.)

ENRIQUE. Esas son. ¡Ya van, ya van!
GALVÁN. ¿Qué mandan ustedes? (*A* LÓPEZ.)
LÓPEZ. Deja
eso, que ya pediremos.
TONETA. ¡Chis! (*A* GALVÁN.)
GALVÁN. Manden ustedes, reinas.
MARTÍNEZ. ¿Por qué se levantaría,
cuando entrábamos, aquella
que está allí con el abate
y el oficial?
LÓPEZ Por fachenda
y darnos en qué entender.
MARTÍNEZ. Yo voy á reconocerla.
(*Va con disimulo.*)

LÓPEZ. Será alguna de las muchas
maulas que aquí salen y entran.

AMBROSIO. ¿Y para eso me mandaste
llamar? Yo haré lo que quiera
y cuanto me dé la gana;
y en tu vida te acontezca
llamarme estando jugando.

SOBRESAL. Pues como usted no se venga
ahora con nosotras, ya
puede echar por la otra cera,
señor guapo. ¡Vaya, que hay
poquitos á la prebenda!

AMBROSIO. Ya sabes tú dónde hablas.
Calla, porque si aprietas,
pagarás lo que yo pierdo.
¡Tasaditamente llegas
en el día del despacho.

SOBRESAL. ¿A mí?

AMBROSIO. A ti y á otras treinta
como tú.

BASTOS. Vamos callando;
que parecen muy mal esas
cosas en gente de mundo.

(*Sale* ENRIQUE.)

ENRIQUE. Que dicen los que atraviesan
que si vuelve usted ó no vuelve.

AMBROSIO. Ya voy: dispón tú que beban
lo que quisieren. ¡Yo, yo
te curaré la soberbia!
(*Se entra.*)

ENRIQUE. Pidan ustedes.

SOBRESAL. No tienes
que traer nada de su cuenta.
Hemos de hablar, porque rabie,
con el primero que venga.

BASTOS. ¿Qué? ¿eres tú de las que cuando
tienen alguna pendencia
con su cortejo no quieren
tomar lo que las presentan?

SOBRESAL. Me han de rogar mucho para
que yo tome una fineza.
¡Vaya, bonita soy yo!

BASTOS. Pues no eres sino muy necia.
Tratarlos muy mal y hacerles
echar un palmo de lengua
es muy conforme á razón;
pero la vez que pretendan
regalarnos, desairarlos,
eso no nos tiene cuenta,
ni es buena crianza, ni
se puede hacer en conciencia.

(*Sale* CORONADO.)

CORONADO. Allí están, y están aún solas.
Yo llego, que la vergüenza,
aunque es buena para todo,
para cortejar no es buena.
(*Se va acercando.*)

(*Sale* AYALA *y se tiende en el banco de la mesa donde están* PORTUGUESA *y* TONETA.)

AYALA. ¿Qué hay, muchachas? Como soy,
que este calor me revienta.
¿Habéis bebido?

TONETA. Hasta que
tu real persona viniera
¿cómo era fácil?

AYALA. ¡Mil hombres!

ENRIQUE. Señor.

AYALA. Traedles lo que quieran.

T. GARCÍA. ¡Señores, al pobre viejo!

GALVÁN. Hermano, váyase fuera
á pedir.

T. GARCÍA. Déjeme usted,
que tengo la casa llena
de familia.

MARTÍNEZ. (*Volviendo á su sitio.*) ¡Vaya, vaya,
que, como soy, no creyera
de la mujer de mi amigo
locura tan manifiesta!

LÓPEZ. ¿La habéis conocido?

MARTÍNEZ. No.

LÓPEZ. Ella será linda pesca.

CORONADO. Ustedes ya habrán bebido.

BASTOS. No, señor.

CORONADO. Si mereciera
yo que me honrasen ustedes...

SOBRESAL. Fuéramos muy desatentas
en despreciar tantas honras.

CORONADO. ¡Muchacho!

GALVÁN. ¡Bravo postema!
¿Qué se os ofrece?

CORONADO. Al instante
trae cuanto estas damas quieran.

GALVÁN. ¿Quién paga?

SOBRESAL. ¡Buena pregunta!

BASTOS. Vaya, que el tal mozo es pieza.

GALVÁN. ¿Quién paga?

CORONADO. Yo, ¡bruto!

GALVÁN. Es que...
en pagando usted la cuenta
que tiene de tres veranos
formaremos otra nueva.

CORONADO. ¡Ea!; marcha y no te chancees.

GALVÁN. No hablo sino muy de veras.

CORONADO. Yo se lo diré á tu amo,
(*Se levanta.*)
y que te eche por la puerta
de la calle en este instante.

BASTOS. ¡Vaya, que quedamos buenas!

SOBRESAL. Consolémonos con que
no seremos las primeras.

RAMÓN. ¿Qué te ha sucedido, Paco?

CORONADO. ¿Me das ahí unas pesetas?

RAMÓN. ¿Me estaría tan de sobra
aquí yo si las tuviera?

CORONADO. Veré si encuentro allá dentro
alguno que me las presta. (*Vase.*)

(*Sale* GARCÍA.)

GARCÍA. Rabiaron los cuatro duros
que traía en la faltriquera;
pero aquí están las tapadas,
desquitémonos con ellas.
(*Se sienta.*)

(*Sale* CARRETERO.)

CARRET. ¿Oyes, Perico?

AYALA. ¿Qué traes?
¿encontraste esa moneda?

CARRET. No, pero traigo un arbitrio.
Tú, que aquí no tienes deudas,
puedes entrar á jugar,
y yo esparciré que juegas
poco; iremos á la parte
en el partido y traviesas;
eso yo lo compondré.

AYALA. Bien, como luego no sea
que...

CARRET. No dudes; déjate
gobernar por mí y no temas.
(*Se entran.*)

(*Salen los payos.*)

NAVAS. ¡Válgame Dios y qué casa!
No está tan guapa la iglesia
de mi lugar.

GUZMANA. Mira, Joso,
cuántas por allá quisieran
esta colgadura para
guardapies el día de fiesta.

SEGURA. Si en *Madril* hasta los *probes*
andan vestidos de seda.

NAVAS. En *Madril* es *impusible*
que cuando llueve no llueva
oro macizo *sigún*
se *lluce*.

GALVÁN. Aquí tienen mesa.

GUZMANA. No venimos á comer.

GALVÁN. Ya se sabe; pero beban
sentados.

SEGURA. Dice muy bien,
que así están todas aquéllas.

NAVAS. En *Madril* debe de hacerse
todo con gran conveniencia.

GALVÁN. ¡Vaya! ¿qué piden? ¿bebidas
ó sorbetes?

NAVAS. ¡Buena es ésa!
Sorbitos es caldo hirviendo.

GUZMANA. Saque usted una cosa fresca.

GALVÁN. Pero ¿qué quieren: horchata,
aurora, limón, canela,
agraz?

SEGURA. ¿Cuál es más barato?

GALVÁN. Todas las bebidas cuestan
á un precio.

NAVAS. Pues de ese modo,
pedid una cosa *güena*.

GUZMANA. Pide tú.

GALVÁN. Despachen, que hay
muchas partes á que atienda.

NAVAS. ¿Con que mi gusto es el vuestro?

GUZMANA. Sí, Joso, no le detengas.

NAVAS. Saque usted tres vasos chicos
de aloja, mas que siquiera...

GALVÁN. No se vende aquí la aloja.

NAVAS. Vaya, que como es tan fea.

SEGURA. Pues vaya horchata, que yo
la bebí una vez y es bella.

NAVAS. Vaya, sáquela usted.

GALVÁN. Voy.
¿Habrá semejantes bestias?
(*Va por ella.*)

(*Salen las limeras.*)

PACA. Oyes, chica, allí le tienes
de espalda; valga la flema
hasta ver si se levanta.
(*Se paran.*)

(*Sale* CORONADO.)

CORONADO. En las mayores urgencias
faltan aún los amigos.
Dejarlos estar; que tenga
yo dinero... Pero allí
he visto mis naranjeras;
voy á ver si de lo mucho
que les doy algo me prestan.
(*Se va á ellas.*)

MARTÍNEZ:
(*A* GALVÁN, *que ha traído la bebida á los payos.*)
Oyes, muchacho: ¿quién son
tantos matones como entran
y salen aquí?

GALVÁN. Señores,
yo no sé; ellos vienen, juegan
largo, beben, fuman;
no se les sabe el oficio
á los más; y doy que pierdan
hoy treinta duros, mañana
los pagan y traen sesenta
que jugar; cosa es que aturde.

MARTÍNEZ. Mucho temo que les venga
su San Martín, según la
presente justicia.

NAVAS. Pepa,
no te lo bebas sorbido,
sino como yo; echa, echa
sopas.

GUZMANA. Mojad los pasteles,
veréis qué cosa tan tierna.

MARIANA. No prestaré ni á mi padre.

CORONADO. Pues no seas vocinglera.

MARIANA. Voy á hacer un ejemplar.
(*Va á la mesa de* GARCÍA.)
Señoras, con su licencia,
tengo que hablar al señor.

BASTOS. Y gracias, si se le lleva
de aquí, daremos encima.

SOBRESAL. También suele haber sus quiebras,
como en los demás, en el
oficio de petimetras.
BASTOS ¿Cuáles?
SOBRESAL. Que solemos ir
á pegarla y nos la pegan.
BASTOS. ¡Anda!, que hasta que lleguemos
á estar en paz, bien les queda
que desquitar á los hombres.
GARCÍA. Ahora estoy algo de priesa;
ya nos veremos, muchacha.
MARIANA. Venga usté acá, don Miseria.
¿Le parece á usté que á mí
me dan de balde la hacienda
los murcianos en el peso?
Si usted tiene la flaqueza
de cortejar y no hay plata,
pleitee, como otros pleitean,
por *probes*; pero querer
cortejar á costa ajena,
y especialmente á la mía,
á fe que era linda empresa;
pero es usted oficial
muy corto y yo muy maestra.
GARCÍA. Calla ahora.
MARIANA. ¿Quién? ¿yo? ¡á qué horita!
Peseta sobre peseta
me ha de pagar *iso fato*
ú le descuelgo una prenda.
PACA. Quítale el reloj.
GARCÍA. Primero
me quedara sin calcetas.
Es alhaja delicada,
y es la única que me queda
de las muchas que heredé
de mi tía la condesa.
PACA. ¿Cuánto va que trae usía
reloj de las Covachuelas?
MARIANA. ¿Hay más de que lo veamos?

(*Tira de la cadena y le arranca el bolsillo, que está cosido.*)

GARCÍA. ¡Muchacha: que me estropeas
el vestido!
PACA. ¡Viva, viva!
GARCÍA. Es una gran desvergüenza;
que nadie á otro meter debe
la mano en la faltriquera.
MARIANA. ¿Hay quien me compre, señores,
por ahí una funda vieja
para un reloj?
PEREIRA. Mientras tanto
que anda por allá la gresca,
vayan ustedes delante,
de suerte que no me vea
mi marido, y escapemos.
LÓPEZ. ¡Digo, digo!: ¿no es aquella
mi mujer? Adiós, señora,
¿á dónde va usted tan seria?
PEREIRA. Tú eres el serio y el puerco
cochino; que por más señas
que te he hecho, y he estado adrede
bien patente y descubierta,
no has llegado ya; quizá
habría quien lo impidiera.
LÓPEZ. Mujer, dígalo el amigo.
MARIANA. ¡Fuego de Dios y qué diestra!

(*Salen por la puertecilla* AYALA, *en chupa, con el taco en la mano, y* AMBROSIO, *del mismo modo, trayendo agarrado á* AYALA *del cuello de la camisa y rota la cabeza, y* CARRETERO *queriéndolos dividir.*)

AMBROSIO. ¡A buena parte se vienen
con trampas y con chufletas!
AYALA. ¡Por vida de...! ¡suelte usted!
AMBROSIO. Hasta mirar su cabeza
rota del todo no ha
de holgar la mano derecha.
MARTÍNEZ. ¡Caballeros, poco á poco!
AYALA. No, pues como se atreviera
á levantarme la mano,
le había de pesar de veras.
MARTÍNEZ. ¡No es nada, y tiene en la cholla
cuatro ventanas de á tercia!
PEREIRA. ¡Avate; vamos de aquí!
LÓPEZ. Caballeros, la prudencia
en todo caso.
PEREIRA. ¡Hijo, hijo!
¿qué vas á hacer? No te metas,
por Dios, con ellos. ¿Tú quieres
dejarme de un susto muerta?
CABALL. Vamos, que estoy de por medio.
NAVAS. Vámonos de aquí, no sea
que nos descalabren.
ENRIQUE. Digo,
¿han pagado?
NAVAS. Allí se queda
la mitad del ajo blanco,
la otra mitad pagaréla.
AMBROSIO. Yo he de escarmentar á uno
de estos guapos.
AYALA. Agradezca
á los que han mediado; pero
yo le pillaré allá fuera. (*Entrase.*)
AMBROSIO. ¡Aguarda, aguarda!
GALVÁN, Señores,
mi amo decirles ordena
que no vuelvan á esta casa
jamás, pues de las pendencias
que una ú otra vez se suelen
armar por malas cabezas,
resulta tal vez la mala
opinión, sin merecerla,
de la casa.
TODOS. Dice bien.
ENRIQUE. Si quieren reñir, afuera.
MARTÍNEZ. Ya te quedarás bien ancho.
GARCÍA. Y pues no puede esta idea
terminar ni concluirse,

porque entonces fuera eterna,
pongamos fin, continuando
tonadillas y fin de fiesta.

TODOS. En solicitar piedades,
cuando aplauso no merezcan [1].

47

El Caballero Don Chisme.

FIN DE FIESTA PARA EL CARNAVAL DEL AÑO DE 1766.
COMPAÑÍA DE NICOLÁS DE LA CALLE [2].

(*La escena es en Madrid; ya en casa de* DON CHISME, *ya en casa de* DON ALBERTO.—*Cuarto de hombre solo, con sillas, cuatro mapas en el foro, pintada la cama, colgada de indiana; un guardarropa, etc., y con otra mutación han de salir dos mesas (aunque sea por escotillones) la una tocador y la otra con recado de escribir, libros y papel, etc.*).

(DON CHISME *paseándose de abate* [3], *con gorro.*)

D. CHISME Muy temprano es todavía;
(*Con el reloj.*)
poco más de nueve y media;
vamos, mientras dan las diez,
pensando en las diligencias
del día, y si están bastante
surtidas las faltriqueras

(*De todas las faltriqueras saca billetes y los vuelve.*)

de géneros. ¡Eh! Para hoy
bastantes habrá con treinta.
En casa de doña Inés
iré á las diez, que me espera
para que le cuente cuanto
en casa de doña Eugenia
pasó anoche; y desde allí
me marcharé en casa de ésta
á decir lo que me diga
doña Inés, ó lo que vea
en su casa, que es el modo
de estar bien con todas ellas,
pues gustan de chismes y
yo gusto de complacerlas.
A las doce me es preciso
ir á recorrer las tiendas
de la fama, para ver
los que salen y los que entran
á comprar y averiguar
cómo y para quién lo llevan;
y de camino veremos
si se ofrecen caras nuevas
que adivinen los amigos.
Luego comeré en cualquiera
parte donde llegue á tiempo
que se pongan á la mesa.
A las cuatro iré á los dos
Corrales de las comedias
á ver las listas y ver
si hay alguna nueva idea
de ademán ú moda en los
aposentos y cazuelas.
Tengo esta noche tres... cuatro...
cinco bailes... academia
en casa de don Francisco
y la comedia casera
de allá abajo... y justamente
también tengo ahí una esquela
de entierro, pero no gusto
yo de música tan seria.
En fin, desde aquí á la noche
tiempo de pensar me queda
en lo que he de hacer...¿Muchacho?

(*Sale* LACAYO.)

LACAYO. ¡Señor!
D. CHISME Preven la *toaleta*.
LACAYO Ya está todo prevenido.
D. CHISME Pues salte luego allá fuera
y á cuantos vengan di que entren.
LACAYO. El paje de doña Lesbia
ya ha rato que está esperando
en la antesala.
D. CHISME ¡Que seas
tan animal! ¿No te he dicho
que á ninguno me detengas
cuando estoy solo?
LACAYO. ¿Y si hay alguien?
D. CHISME O que se espere ó que vuelva
el que viniere.
LACAYO. Está bien. (*Vase*).
D. CHISME Ahora también se me acuerda
que, de camino de misa,
ha de venir la doncella
de doña Elisa á traerme

---

[1] Van á continuación estas censuras:

«Madrid 31 de mayo de 1766.—Extiéndase la licencia. (*Rúbrica.*)

Damos licencia para que se pueda representar y represente el fin de fiesta antecedente, titulado *La Botillería*, su autor D. Ramón de la Cruz, mediante que de nuestra orden ha sido visto y reconocido y no contiene cosa alguna opuesta á nuestra santa fe y buenas coseumbres.—Dada en Madrid á 29 de mayo de 1766.—*Licenciado Armendáriz.*—Por su mandado, *José Muñoz de Oliva.*

Madrid 8 de junio de 1766.—Pase al fiscal para su examen y con lo que dijere tráigase.—*Delgado.*

Señor: Este fin de fiesta puede representarse con la licencia de V. S. y con tal que en su representación se observe la correspondiente decencia, y esto mismo en la tonada ó tonadillas que le acompañen, evitando en sus letras, mímica y gesticulatoria cualquiera indecencia ó acción provocativa que sea causa del más leve escándalo, que así es mi parecer, salvo, etc.—Madrid 2 de junio de 1766.—*Antonio Pablo Fernández.*

Madrid 2 de junio de 1766.—Ejecútese observando las advertencias que se hacen en el informe antecedente del fiscal.—*Delgado.*

Madrid 5 de junio.—Ejecútese. (*Rúbrica*).»

[2] *Inédito.* Bib. Municip.: leg. 1-165-2. Autógrafo de 1766.

[3] Tachado y sustituído «petimetre».

no sé qué, y por consecuencia
es día de Misa. ¡Que siempre
ha de ser día de fiesta
aquel que está un hombre más
cargado de dependencias!

(*Sale* PAJE 1.º)

PAJE 1.º Tenga usted muy buenos días.
D. CHISME ¡Oh, mi don Roquito! El bestia
de mi criado hasta ahora
no me ha dicho que usted era
el que esperaba, sabiendo
que es usted el dueño de esta
casa. ¿Por qué usted no entra?
PAJE 1.º Señor...
D. CHISME Vaya, aquí hay silletas.
PAJE 1.º No puedo sentarme, que
vengo bastante de priesa.
D. CHISME Pues ¡qué importa? Levantarse
luego.
PAJE 1.º Protesto la fuerza.
D. CHISME Supongo habrá usted almorzado.
PAJE 1.º No, señor, y tengo buenas
ganas.
D. CHISME ¿Si son cerca ya
de las diez, no ha de tenerlas?
Vaya, dé usted su recado
y váyase en hora buena
á almorzar, y nunca salga
en ayunas, que así empiezan
á padecer desde niños
los flatos y las jaquecas.
PAJE 1.º Usted viva dos mil años.
D. CHISME Don Roque, yo soy de veras
apasionado de usted;
mande en cuanto se le ofrezca.
PAJE 1.º Almorzar se me ofrecía.
(*Ap.*) ¡El demontre del fachenda!
La señorita me manda
decir á usted que le besa
las manos, y que teniendo
que dar unas fuertes quejas
á un caballero que vino
á Madrid á ver las fiestas
y se va sin despedirse
ni quedar en cosa cierta
de ciertos antecedentes
que ha habido de oreja á oreja,
se sirva usted de enviarle
el papel que le parezca,
tratándole con el modo
que merece su insolencia;
y que diga usted cuánto es
lo último.
D. CHISME Venís en bella
ocasión, que están de todo
surtidas las papeleras.
«Celos. Legajo primero.»
(*Saca papeles según dice.*)
No está aquí. «Correspondencias
regulares, imposibles.»
Vamos á estotra gabeta.
«Desigualdades.» Tampoco.
«Reconvenciones de ausencias
subrepticias». Aquí está,
éste es; decidla que lleva
todo recado.
PAJE 1.º ¡Y qué vale?
D. CHISME Estos papeles se ferian
á duro, pero yo sé
lo que he de hacer con las buenas
parroquianas. Que me envíe
su merced cuatro pesetas.
PAJE 1.º Aquí las traigo.
D. CHISME Mejor,
y tome usted bien las señas
de la casa para siempre
y cuando que se le ofrezca.
PAJE 1.º Quede usted con Dios.
(*Va y vuelve el* PAJE.)
D. CHISME Agur,
y á madamas mis atentas
expresiones.
PAJE 1.º ¡Ah! Cuidado
que nada de esto se sepa.
D. CHISME ¿Cómo es fácil? ¡Pues ahí es
algún zurdo quien lo juega!
(*Vase el* PAJE.)
Ya nos hemos estrenado
hoy; vamos á toda priesa
á acabarnos de vestir.

(*Sale* LACAYO.)

LACAYO. Señor, ahí está la Pepa
de casa de doña Elisa.
D. CHISME Dila que no se detenga
(*Vase el* LACAYO.)
en entrar. ¿Si vendrá por
otro papel?

(*Sale* PEPA, *criada 1.ª*)

PEPA. ¡Qué carrera
he dado por venir antes
que usted picara soleta!
D. CHISME ¿Qué hay, Pepa mía?
PEPA. Ya usted
lo puede ver.
D. CHISME ¿No te sientas?
PEPA. No, señor, que estoy de priesa.
D. CHISME Mi señora doña Eugenia
y doña Elisa, tu ama,
¿cómo lo pasan?
PEPA. Tan buenas.
Se quedan ahora adornando
de todas sus quirotecas
para la visita de hoy.
D. CHISME ¿Conque, en fin, está resuelta
á dar el baile esta noche?
PEPA. ¡Toma si está! Y ahora queda

enseñándola don Bruno
unas seguidillas nuevas,
muy bonitas; pero no
quiere que nadie lo sepa.

D. CHISME Por mí ¿quién lo ha de saber?
Vamos claro: ¿y costea
tu amo toda la función,
Pepita?

PEPA. ¡Qué buena pesca
es usted! Pues ¿quién había
de pagarla en casa ajena?

D. CHISME ¡Oh! yo sé que hay algo en esto.
Pongámosla aquesta piedra
que ella caerá. *(Aparte.)*

PEPA. Sí que hay algo;
pero la cosa primera
que nos han mandado es que
callemos como unas muertas.

D. CHISME Por mí no hay inconveniente;
pues solamente me resta
saber tal cual circunstancia.

PEPA. No me venga usted con esas;
porque, aunque soy chiquitita,
no soy mujer que se deja
sonsacar.

D. CHISME Pues no lo digas;
que á bien que la diligencia
que me encargaste de hablar
al paje de la marquesa
la suspenderé.

PEPA. ¿Pues, qué?:
¿aún se está usted sin hacerla?

D. CHISME No; pero tiene otros pasos
que dar, y espero que tenga
todo buen éxito.

PEPA. Vaya,
pues deme usted la respuesta.

D. CHISME No, hija, callar y callemos.

PEPA. No creí yo que usted fuera
tan interesado. En fin
(entre los dos) esta fiesta
se ha compuesto á escote, como
muchas en Carnestolendas.

D. CHISME ¿Y entre quiénes?

PEPA. Entre muchos.
Don Cosme paga la cena;
don Jerónimo, el refresco.
¡Por Dios, que nadie lo sepa,
señor don Chisme!

D. CHISME Aquí nadie
lo escucha; prosigue, Pepa.

PEPA. Pues oiga usted.

D. CHISME Estoy en todo.
«Don Cosme, paga la cena,
»don Jerónimo, el refresco.»

PEPA. Así es. Don José, la cera;
el abogado, los ciegos;
don Antonio, las botellas,
y todo viene á pagarlo
mi amo en resumidas cuentas,
pues todo el año á los más
los mantiene en casa á mesa
y manteles; y esta es
la demostración primera
que han hecho; y con todo, á mi [amo
conozco que no le sienta.

D. CHISME Pues mal hace; que es gran cosa
divertirse á costa ajena.
Vaya ¿y qué recado traes?

PEPA. Estos guantes y estas medias
que le envía á usted mi ama
porque haga dos diligencias.
La primera, es ir en casa
de Lisi, y saber si lleva
algo nuevo, y sonsacarla
del mercader ó la tienda
de donde lo sacó, y quién
lo paga, por ver si es cierta
una noticia que tienen
mis señoras.

D. CHISME Que no tengan
cuidado, que averiguar
eso es una friolera.

PEPA. Y la segunda, que usted,
así como que se deja
caer la especie, la diga
no vaya muy petimetra,
porque no hay función y sólo
es una cosa casera.

D. CHISME ¿Y á qué viene eso?

PEPA. ¿A qué viene?
Una envidia manifiesta;
porque ninguna lo luzca
en concurso donde va ella.

D. CHISME ¿Y qué más?

PEPA. Que vaya usted
á ver si están bien compuestas,
cuanto antes.

D. CHISME Bien está;
sin embargo que hoy me cercan
mil cuidados, á madama
mil gracias por su fineza;
que en el baile de esta noche
(Toma el regalo.)
lo lucirán. Adiós, Pepa.

PEPA. ¿Oye usted? Mi ama me dijo
que, en caso que usted me diera
algo, que no lo tomase.

D. CHISME Es que madama se acuerda
de mis humos; mas, no obstante,
perdonará la llaneza
de que te dé un peso duro.

PEPA. Sólo porque usted no sienta
que le desaire le tomo. *(Píllale.)*

D. CHISME Mira, niña, no quisiera
que tu ama te riñese,
ya que te previno atenta
que de mí nada tomases.

PEPA. Fué con la mano derecha;
por eso ha visto usted que
lo he tomado con la izquierda.
(Vase.)

D. CHISME ¡Sopla! ésta puede ser mi
pasanta y aun mi maestra.
¿Muchacho? Trae la peluca
de los bucles á la greca.

CRIADO. Aquí está, señor.

D. CHISME Ve y mira
quién ha llamado á la puerta.
¡Que fuese yo tan grandísimo
animal que, ya que hiciera
la ceremonia, soltase
de la mano la moneda!

(Salen D. PEDRO *y* D. ANGEL.*)*

PEDRO. Amigo mío; fortuna
sin duda ha sido la nuestra
de encontraros aun en casa.

D. CHISME Por bien poco estoy ya fuera;
sino que he tenido hoy mil
visitas. A la obediencia
de usted, caballero.

ANGEL. Yo
soy quien pone á la vuestra
la persona y facultades.

D. CHISME *(Ap.)* Pues aquí todo se acepta.

PEDRO. Sin embargo que parece
que estais bastante de priesa,
os traíamos un negocio
que os podía tener cuenta.

D. CHISME ¿Sobre qué cosa?

PEDRO. Este amigo
parece que galantea
á una dama de las pocas
que hoy no pueden por sí mesmas
tratar los asuntos de
sus gustos y conveniencias;
y habiéndole dicho yo
que no hay en estas materias
otro que vos...

D. CHISME Usted me honra.

PEDRO. Se viene á poner en vuestras
manos, de mí apadrinado,
y una vez que ya hecho queda
el empeño, le diréis
cuándo gustais de que vuelva.

D. CHISME ¡Qué sé yo! Cada día tengo
más que hacer. Las diez y media
(El reloj).
son ya, y aún tengo que oir misa,
porque es hoy día de fiesta,
y otros cuatro mil negocios.
Mas, como dicen las viejas,
primero es la obligación
que la devoción, no sea
que se le haga mala obra
al señor. ¿Qué es lo que ordena?

ANGEL. Un papel en que le haga
á esta dama manifiesta
mi intención.

D. CHISME Sepamos si es
esta intención mala ó buena.

ANGEL. La de casarme; ¿podía
ser otra menos honesta?

D. CHISME ¡Toma si podía! En fin,
lo mejor es que así sea;
porque ese es caso corriente.
¿Qué pasos ó diligencias
tenemos adelantadas?

ANGEL. Ninguna.

D. CHISME ¡Qué gentes éstas!
Son capaces de quedarse
sin comer si no les llevan
las cucharas á la boca.

ANGEL. Sólo por una doncella
la entregué un día un papel
de que no tuve respuesta.
Es verdad que no tenía
eficacia. Aquí á la letra
tengo la copia.

D. CHISME Veamos.

PEDRO. No tiene aquella viveza
de expresiones que los vuestros.

D. CHISME No he visto cosa más necia.
¿Quién os le dió?

PEDRO. Aquel abate
que este verano, en la Puerta
del Sol, hacía este comercio.

ANGEL. Y me llevó por más señas
un doblón de oro por él.

D. CHISME Yo no sé con qué conciencia
ganan muchos el dinero;
yo los doy á seis pesetas
de superior calidad
el papel y mejor letra.

PEDRO. Nadie lo duda; por eso
venimos á vuestra tienda.
Pero hay más que hacer; que vos
habéis de ser la estafeta
por donde llegue seguro.

D. CHISME ¿Eh? Ahí ya son otras cuentas.

PEDRO. No os costará gran trabajo,
que en casa de doña Eugenia
le podréis dar esta noche,
que no os falta sutileza.

ANGEL. Y creedme que no tendréis
escasa la recompensa.

D. CHISME Muy bien. ¿A dónde van ustedes
desde aquí?

PEDRO. A cualquier iglesia
á misa.

D. CHISME Por el camino
se concluirá la materia.
¿Muchacho?
(Sale el CRIADO.*)*

CRIADO. ¿Qué manda usted?

D. CHISME Que cierres bien esas puertas,
y cuides la casa.
CRIADO. ¿Y tengo
de prevenirle á usted cena
ó comida?
D. CHISME No, hijo mío.
CRIADO. ¡Y yo?
D. CHISME Tengo en la cabeza
tanto, que no me acordaba
de que comes. Ahí te quedan
dos reales; compra un papel
de polvos finos, la vela
de sebo, y con lo demás
come bien, mas con prudencia;
que los excesos de ahora
se pagan por la Cuaresma.
Perdonadme que haya hecho
esta pequeña advertencia
á mi criado. *Allons nous en.*
ANGEL. ¿Qué? ¿hablais la lengua francesa?
D. CHISME ¡Oh! Para mi profesión
es necesario saberlas
todas, y saber hablar
á cada uno en su lengua.
ANGEL. Sois famoso.
PEDRO. ¿No os lo dije?
D. CHISME Ya veréis mis habilencias. *(Vanse.)*
CRIADO. ¡Hártate bien, comilón,
y le daban dos almendras!

(Descúbrese un salón y en él DOÑA EUGENIA, *con la* PEPA *y otra criada prendiéndose, y* DOÑA ELISA *cantando con el maestro de música, que toca la guitarra.)*

(Seguidillas.)

MAESTRO. No tiene usted que temer;
que la música más diestra
no las cantaría mejor.
ELISA. Mirad que habrá quien lo entienda.
MAESTRO. Cantad, sobre mi palabra.
ELISA. Cuidado con que usted venga.
MAESTRO. No haré falta hasta la noche.
(Vase.)
ELISA. Mi gustazo es el cogerlas
de improviso, y que ninguna
hasta oírmelas las sepa.
EUGENIA. ¿Qué te parece, primita?
ELISA. Te has puesto como una perla.
EUGENIA. ¿Y el tocado?
ELISA. Primoroso.
EUGENIA. Con todo, hasta que merezca
la aprobación de don Chisme
no me veo satisfecha.
PEPA. Ese es gran voto.
EUGENIA. Sin duda,
como que nadie frecuenta
tanto como él gabinetes
y casas de petimetras.
ELISA. ¿Dijo que vendría?
EUGENIA. Al instante
que hiciese las diligencias
de lista.
ELISA. Bien las hará,
que es mozo de gran viveza.
PAJE 2.° Señora, ahí vienen tres mozos
cargados con unas cestas
y unos garrafones.
ELISA. Que entren
y lo pongan en la pieza
que está antes de la cocina;
todo disponlo tú, Pepa.

(Saldrán los mozos cargados como se ha dicho.)

PAJE. Entren.
MOZOS. ¡*Luado* sea Dios!
ELISA. Dios les guarde.
MOZOS. Así *mus* dieran
un trago.
ELISA. Dásele y hazlos
que salgan por la otra puerta.
EUGENIA. El refresco será bueno.
ELISA. No será inferior la cena;
que don Cosme es muy bizarro.

(Sale el AMO.*)*

AMO. Mujer, esta es una afrenta:
de mi casa ha de decirse
que á nadie se petardea;
no, hija mía, yo soy muy
angosto de tragaderas.
O todo lo arrojo, ó han
de tomar lo que les cuesta.
ELISA. Ya, ¿qué remedio?
AMO. Le habría,
si tú no condescendieras
tan fácilmente...
EUGENIA. Pero esto,
¿cómo es fácil que se sepa?
AMO. Yo no quiero, yo no quiero.
ELISA. Habrás de querer por fuerza.
AMO. ¿Por fuerza? No ha de quedarme
un títere con cabeza
allá dentro.
ELISA. ¡A qué mujer
en el mundo sucediera
tal desprecio!
AMO. Pues, demontre
de mujer!, ¿de qué te quejas?
ELISA. ¿Qué marido alborotara
la casa porque cortejan
á su mujer, sino tú?
AMO. El que tuviera vergüenza.
ELISA. Yo voy á desavisar
á todas, aunque me tenga
que sangrar ó irme del mundo.
AMO. Menos en eso se arriesga
que en estotro; piensas bien.
ELISA. ¡Qué condición tan perversa
de hombre!

AMO. No nos cansemos,
ó los pagaré, ó me empeñan
en regalarlos.
ELISA. ¡Jesús!
¡Qué disparate!
AMO. Nò seas
loca.
ELISA. No seas tú hablador.
AMO. Tengamos en paz la fiesta.

(*Sale* D. CHISME, *danzando.*)

(*Canta.*)

D. CHISME «Al trabajo, á la labranza,
á llenar luego la panza», *etc.*
LAS DAMAS Amigo...
AMO. ¡A qué bello tiempo
que viene este calavera!
Adiós.
D. CHISME ¿A dónde va usted?
AMO. Tengo que hacer allá fuera. (*Vase.*)
D. CHISME ¿Qué?: ¿está de mala?
ELISA. Dejarle;
¡á ver cómo se le lleva
Barzoque! ¿Y esas dos cosas
que os encargué?
D. CHISME Ya están hechas.
Lisi está de mar á mar.
¡Señoras, qué petimetra
que viene! Trae una bata
de color de berenjena
con entorchados azules
y de color de canela,
que es un primor. Cabriolé
nuevo de color de perla
rica, sus vuelos de encaje,
abanico de parejas
y piocha de diamantes.
ELISA. Permitid que me sorprenda.
¿Pues cómo?
D. CHISME A mí, en confianza,
me ha dicho todo ella mesma.
EUGENIA. ¿Y quién?
D. CHISME ¿Quién? ¿No salió de año
con don Ambrosio, y aquella
noche le entregó ella propia
las cedulillas?
ELISA. ¿De veras?
D. CHISME Pues eso es; pero, cuidado
que esto ninguno lo entienda,
porque estoy juramentado
del secreto.
EUGENIA. Vaya; venga
usted aquí. ¿Qué le parece
á usted de mí?
D. CHISME Que está buena.
toda junta, pero había
que poner muchas enmiendas.
Primeramente, les faltan
á esos brazos más de media
vara para ser de moda,
y advertid que no se llevan
ya atrás los codos, sino
así como dos madejas
de estopa puesto á curar;
que es la rigurosa greca
del ademán.
EUGENIA. El caso es
que ya no es fácil que crezcan.
D. CHISME Puede ser; dad esa mano
á Elisa, tire bien tiesa
y hará que dé más de sí.
(*Hace lo que dice.*)
EUGENIA. ¡Mire usted que me estropea!
D. CHISME Amigo, por hermosura
pasar cochura.
EUGENIA. Pues cuenta
que parece que han crecido
D. CHISME ¡No es nada la diferencia!
unas dos pulgadas,
EUGENIA. Pues
aunque un poquito me duela,
vaya otro estirón..
D. CHISME Para esto
un torno tiene más fuerza.

(*Salen tres caballeros.*)

LOS TRES. ¡Madamas!
ELISA. Adiós, señores.
ABOGADO. Al punto que anocheciera
mandé venir á los ciegos.
(*Aparte á* DOÑA ELISA *todos.*)
JOSÉ. ¿Os parece que habrá cera
bastante?
ELISA. Y sobrará mucha.
COSME. Callad, que como lo entienda
ese hombre, todo el lugar
juzgará mañana de esta
humorada.
ELISA. ¡Poco á poco,
que es mozo de grandes prendas
don Chisme!
COSME. ¡Fiése usted de él!

(LISI *con* D. PEDRO *y* D. ANGEL.)

LISI. Hija mía, para muestra
de cuánto te quiero, he
querido ser la primera.
ELISA. Yo te lo estimo.
EUGENIA. ¿Qué hay, Lisi?
LISI. Te beso la mano, Eugenia;
adiós, señores. Amigo...
(*A* D. CHISME.)
D. CHISME (*Al oído á* LISI):
Ya las tengo casi muertas
de envidia de ver á usted,
aun antes que usted viniera.
LISI. Eso me gusta.
ELISA. Yo pienso

que estemos en esta pieza,
hasta beber.

LISI. Dices bien,
que con eso no se empuerca
la sala para bailar.

(*Salen* DOÑA LESBIA *y su hija;* DOÑA INÉS, D. JOSÉ, D. ANTONIO *y el* PAJE 1.º)

PAJE 2.º Mi señora doña Lesbia
con su hija, y mi señora
doña Inés.

ELISA. ¿Por qué no entran?
¿Ceremonias en mi casa?

LESBIA. No, hija; ha sido fachenda
de tu criado.

PAJE 1.º ¿A qué hora
quiere usted que el coche vuelva?

LESBIA. A las doce.

ELISA. Es muy temprano;
di que después que amanezca.

INÉS. Lleva ese cabriolé á casa
y mira que no le pierdas.

PAJE 1.º Para cuidarle no hay cosa
mejor que llevarle á cuestas.
(*Pónesele.*)

LESBIA. ¡Bruto! ¿Qué haces?

ELISA. Lesbia mía,
mándale que luego vuelva
á ayudar á los de casa.

LESBIA. Que se quede en hora buena.

PAJE 2.º Amigo, ¡qué cena!

PAJE 1.º Bueno.

LOS DOS. ¡Brava noche nos espera!
(*Entranse.*)

AMO. ¡Tanto bueno por mi casa!

LISI. Señor don Felipe, sea
usted muy bien parecido.

EUGENIA. Señores, ¿nadie se sienta?

ELISA. Mientras se junta la gente,
¿qué se ha de hacer en pie?

ANGEL (*Aparte á los dos*): Aquella
niña que se sienta ahora
es la de la diligencia
que os tenemos encargada.

D. CHISME Listo está en la faltriquera
el papel; pero los coches,
si no los untan, no ruedan.

ANGEL. Decís bien; por ahora,
tomad esa friolera.

ELISA. ¿Qué es eso?

D. CHISME Estamos trocando
un peso duro en pesetas.
(*Aparte á él.*)
Usted quedará servido.

LESBIA. Interin las demás vengan,
se podía cantar algo.

D. CHISME Madama tiene una bella
tonadilla preparada.

ELISA. ¿Quién le ha contado á usted esa
novedad?

D. CHISME Quien lo sabía.

INÉS. Vaya; no te hagas de pencas,
Elisa.

ELISA. ¡Si no hay tal cosa!

D. CHISME (*Aparte á los tres*):
Interin que se diviertan
los demás, cuando ella cante,
veréis con qué sutileza
que la encajo yo el papel.

PEDRO. Más segura diligencia
será cuando empiece el baile.

D. CHISME Si usted un poco me aprieta,
aquí delante de todos,
sin que ninguno lo advierta,
se le tengo de dar.

PEDRO. ¿Cómo?

D. CHISME Hablen ustedes y atiendan.

PEDRO. Háblese de novedades,
ya que madama nos niega
su habilidad.

D. CHISME. En este año
(*Levántase y se pasea.*)
las hemos de ver tremendas:
el miércoles de ceniza
cae dentro de la Cuaresma.

AMO. ¡Pues esa es novedad grande!

D. CHISME En las casas que hay meriendas
y bailes, cae la mitad
dentro y la otra mitad fuera.
¿Me presta usted su manguito
(*A la hija de* DOÑA LESBIA.)
que tengo las manos yertas
de frío?

NIÑA. Con mucho gusto.
(*Aparte.*) ¡No está mala la llaneza!

INÉS. ¿No veis á Lisi, que no
trae cosa que no sea nueva?

ELISA. Cualquiera pudiera traerlo
si la fortuna tuviera
de caer con un buen año.

LISI. (*Ap.*) ¡Virgen Santa; yo estoy muerta!
¿Por dónde lo habrán sabido?

ELISA. Yo no sé dónde te encuentras
esas fortunas.

LISI. Tampoco
sé yo, pues tanto me aprietas,
¡dónde te hallas tú la de
que uno te pague la cena,
otro el refresco; los ciegos,
otro...!

AMO. ¿Habrá tal desvergüenza?
¡Falsos amigos!

LOS AMIGOS Nosotros...

D. CHISME Aquí ha de haber pelotera;
y si se descubre, á mí

me han de sacudir la felpa;
señorita, tome usted. (*A la* NIÑA.)

AMO. ¡Ea, mujer!, ¿estás contenta?
Sepan ustedes...

NIÑA. ¿Qué es ésto?

D. CHISME No sea usted tan vocinglera;
disimule un papelito.
(*Levántanse todos.*)

NIÑA. ¿Habrá tan grande insolencia?
¡Váyase muy noramala!
(*Arroja el billete.*)

LESBIA. ¿Qué es éso?

D. CHISME Una friolera
del tiempo.

D. COSME. Eso el papelito
lo referirá á la letra.

ELISA. La verdad: ¿quién os ha dicho
que quien á mí me festeja
hoy no es mi marido?

LISI. ¿Quién?
Don Chisme.

ELISA. Pues de la misma
suerte he sabido yo que
tu año de pies á cabeza
te ha vestido.

LESBIA. Ese papel
preciso es que yo le vea.

COSME. ¿Para qué? Lo que celebro (*Rómpele.*)
es que se descubre y sepa
quién es ese hombre.

D. CHISME Ustedes.
miren cómo hablan y sepan
con quién hablan; porque yo
soy mucho hombre.

TODOS. ¡Vaya fuera!
¡Vaya fuera el zurcidor!

D. CHISME Sí; yo me iré, pero cuenta
que yo me vengaré cuando
por papeles á mí vengan (1).

TODOS. ¿Habrá tal chismoso?

AMO. ¿Habrá
hombre á quien tal le suceda?

PEDRO. ¿Por qué? ¿No sabemos todos
el honor con que usted piensa?
Pues déjelo estar.

LISI. ¡Ea!: vamos
á gozar de la franqueza
del tiempo, y á todo lo
pasado échese tierra.

ELISA. Dicen bien; vamos, en tanto
que la gente se congrega,
á cantar una tonada.

COSME. Dice bien, para que tenga
fin el sainete.
(*Con todos.*) Y perdón
de sus faltas y las nuestras.

(1) En el autógrafo se leen al margen estos versos más, que no son, sin embargo, de letra de D. Ramón:

«Y ya que no me conocen
ni estimarme saben, sepan
que los hombres como yo
son sólos, porque la inmensa
máquina del universo
se congratula y se aumenta».

48

El careo de los majos.

1766 (1).

Cualquiera que el tejado
tenga de vidrio,
no debe tirar piedras
al del vecino.
Ni acuse á nadie
sin hacer de sus faltas
primero examen.

PERSONAS

DOÑA BLASA, *petimetra.*	LA OLAYA, *viuda, tendera del Avapiés.*
DON JERONIMO *su cortejo.*	UNA CRIADA DE ÉSTA.
UN SEÑOR ALCALDE.	DIONISIO, BLAS, MANOLO *y* ESTEBAN, *majos.*
DON PANCRACIO, *escribano.*	DOS CIEGOS.
DON IGNACIO, *alguacil* 1.º	UN PORTERO DEL SEÑOR ALCALDE.
UNA VECINA GAZMOÑA.	OTROS ALGUACILES.
LA RUMBONA *y* LA SANTURRIA, *majas.*	

(*La escena se representa en Madrid y barrio del Avapiés. Salón corto. Visita de majas, que se compondrá de la* RUMBONA, SANTURRIA *y* OLAYA, *y de majos, que serán:* DIONISIO, BLAS, ESTEBAN *y* MANOLO, *con la guitarra; unos se sientan en sillas y los otros bailan seguidillas después de los primeros versos.*)

OLAYA. Mientras se junta la gente,
pues hay á mano guitarra
y no falta quien la toque,
no perder tiempo, muchachas.

RUMBONA. Yo á casos de honra jamás
me he negado; fuera capas,
caballeros, y bailemos.

OLAYA. ¿Oyes, Rumbona?

RUMBONA. Di, Laya.

OLAYA. ¿Sabes lo que hay?

RUMBONA. Sé que hay mucho;
mas de nuevo no sé nada.

OLAYA. ¿No te acuerdas de ayer tarde,
que la usía remilgada
del cuarto principal vino
á ver si la convidaban
al baile, y porque yo me hice
desentendida, de rabia
envió catorce recados
para que no alborotaran
la vecindad?

RUMBONA. Sí.

(1) Impreso en el tomo VI, pág. 185 del autor; por Durán II, 97, y suelto varias veces.

DIONISIO. Por señas
que yo, con mi acostumbrada
atención, respondí á uno
que no nos daba la gana.

OLAYA. Pues ha ido á quejarse al juez
del barrio.

SANTURRIA ¿Nos amenaza?
¡Que si quieres! Por lo mismo
se ha de alborotar la casa
á la ley, y ha de durar
el fandango hasta mañana.

DIONISIO. Dice muy bien la Santurria;
aunque sea prima ó cuñada
del juez, ¿qué pueden hacernos?
Naide en el mundo de nada
debe temer, siempre y cuando
esté la conciencia salva.

OLAYA. ¡Pues vaya!... Pues ¿no se sabe
muy bien quién es la tía Olaya,
la tendera en Lavapiés
y las calles comarcanas?

DIONISIO. Dice bien; ¡vaya de baile
y dejallos venir!

MANOLO. Vaya,
yo cantaré, mientras vienen
los ciegos, que la garganta
está aun del vino y la bulla
de anoche algo acatarrada.

(*Cantan y bailan seguidillas.*)

«El oro de las Indias
fuera moreno
si al oro se juntara
de tus cabellos.
Por eso noto
cuestan más tus cabellos
que vale el oro.»

(*Sale la* CRIADA *como de tienda de aceite y vinagre, llorando muy angustiada y se abraza de la* OLAYA.)

CRIADA. ¡Ay, señora de mi vida!

TODOS. ¿Qué es esto?

OLAYA. ¿Qué traes, muchacha?

CRIADA. Que... que... no puedo decirlo:
¡Ay, señora de mi alma!

OLAYA. ¿Cuánto va que te hago yo
hablar de dos manotadas?

CRIADA. ¡Pobre de mí! ¡Ay, ama mía!

DIONISIO. Quizá vendrían por pasas
y encontró entre ellas algún
ratón y viene asustada.

BLAS. ¿Es eso?

CRIADA. No, no, señor.

OLAYA. ¿A que...? (*Amenázala.*)

DIONISIO. Mejor es llevarla
por bien. Vaya, dueño mío,
límpiate los mocos y habla.

CRIADA. Que estando yo ahora en la tienda
sola, he visto que se entraban
unos...

BLAS. ¿Tigres?

CRIADA. No, señor...
Unos...

DIONISIO. ¿Toros de Jarama?

CRIADA. No, señor...

BLAS. ¿Un león?

CRIADA. Tampoco.

OLAYA. ¿Es el dueño de la casa?

CRIADA. Unos... unos alguaciles:
¡Ay, señora de mi alma!
(*Abrázanse.*)

OLAYA. ¿Y qué quieren los *menistros*
conmigo? Dejad que salga
ajuera, veréis qué presto
que los despacho.

(*Salen* DON IGNACIO *y otros, de alguaciles.*)

TODOS. ¿Deo gracias?

D. IGNAC. Dios guarde á todos ustedes,
señores.

DIONISIO. A Dios sean dadas.

D. IGNAC. ¿Cuál de ustedes aquí es la
señora tendera Olaya,
de aceite y vinagre?

OLAYA. Yo,
yo soy.

D. IGNAC. Por muchos años.
¿Y quién son estas madamas?

OLAYA. Mis amigas, mis vecinas
y mujeres muy honradas.

D. IGNAC. Muy bien. ¿Y estos caballeros
quién son?

OLAYA. Yo no sé palabra;
pero con saber que son
hombres conocidos basta.

DIONISIO. Menos yo, que no conozco
á nenguno de mi casta,
ni á mi padre.

D. IGNAC. ¿Ni á su padre?
¡Cosa rara!

DIONISIO. ¿Cosa rara?
¿Juraría usted quién fué el suyo?

D. IGNAC. Ya se ve que lo jurara.

DIONISIO. Eso va en conciencias; yo
la tengo más delicada.

OTRO ALG. ¿Y vuestra madre?

DIONISIO. A esa sí;
y aun está tan buena y sana,
que después de haber criado
algunos millares de almas
está capaz de criar
y mantener otras tantas.

OTRO ALG. Decid, ¿quién es tan fecunda
mujer?

DIONISIO. La *Enclusa*.

RUMBONA. ¡Qué gana
de conversación que tienen

ustedes! Presto, y en plata,
digan á qué vienen y
ahorrémonos de palabras.
D. Ignac. ¿Hubo aquí fandango anoche?
Manolo. Sí, señor.
Otro alg. ¿Y quién estaba?
Blas. Nosotros, y mucha más
gente á quien le dió la gana.
D. Ignac. Pues es preciso que ustedes
dentro de media hora vayan
á casa del señor juez
del barrio, que así lo manda.
Santurria ¿Y hemos de ir á pie ú en coche?
Dionisio. Cuando la justicia llama,
cada uno va como puede,
y es preciso dar las gracias
de que no venga á llevarle.
Diga usted que iremos.
D. Ignac. No hagan
resistencia.
Blas. Usted no sabe
todavía con quién trata;
á media vez que se diga,
la palabra es la palabra.
Dionisio. Y entre la gente de forma
no ha de haber desconfianza;
cada uno es cada uno, y el
decirlo media vez basta.
Rumbona. Y aunque sea curiosidad;
¿sabe usted si será larga
la *vesita?*
Santurria ¿Y *semos* solas
nosotras las convidadas?
D. Ignac. Allá lo verán ustedes;
yo, señora, no sé nada.
Vamos, caballeros, á
citar los pocos que faltan.
Alguacil.s Adiós, señores.
Todos. Agur.
Olaya. Señores, se me olvidaba;
si ustedes gustasen de
tomar algo, lo hay en casa.
D. Ignac. No sé si los compañeros
querrán; yo no tengo gana.
Alguacil.s Es aun temprano; se estima.
Dionisio. Pues cuenta que no es jactancia;
pero se puede beber
sin escrúpulo. ¡Ea, nuestra ama!:
vaya usted, saque un pañuelo
de almendras *ú* de castañas
pilongas y un vaso limpio.
Olaya. Voy.
D. Ignac. Señora, usted se cansa;
que nosotros no tomamos
en ninguna parte nada
de interes; pero se aprecia
como si se disfrutara. (*Vanse.*)
Dionisio. Eso tiene aquesta gente,
que es muy desinteresada.
Santurria Si hemos de ir, ¿qué se ha de hacer
Blas. De suerte que allí no tragan
á nadie. Dice uno aquello
que le preguntan y á casa.
Olaya. Tan fijo es que ha dado queja,
como dijo, la taimada
de la vecina de arriba.
Pero puede que le salga
capón el gallo; que si ella
ha ido á decir que se baila
abajo, yo diré al juez
que andan arriba otras danzas.
Rumbona. ¿Y hemos de ir todos?
Blas. ¿Por qué
no había de ir toda la jarcia?
Dionisio. Pues ¿no podemos ir todos
con las caras destapadas
de cabo á cabo del mundo?
Rumbona. Dice bien: danos, muchacha,
la mantilla; y entretanto
llevemos adelantada
otra seguidilla más,
por si allí se nos estraga
el buen humor.
Blas. Dice bien;
repitan las algazaras:
«El oro de las Indias», etc. (*Vanse.*)

(Múdase el teatro en otra sala, con mesas, sillas y escribanía. Salen el Alcalde, *en bata y gorro, serio;* D. Pancracio, *de militar, como escribano, con unos papeles, y doña* Blasa, *de petimetra, de mantilla, y* D. Jerónimo, *de peluquín, etc., y uno de ministro ó portero.)*

D.ª Blasa. Como digo, señor Juez,
son unas desvergonzadas
insolentes; y no es fácil
que baste la tolerancia.
Hubo pendencia, hubo gritos,
y decían unas cosazas...
¡Como que estaban borrachos!
Vea usted si vengo con causa
á quejarme; es menester
ponerles una mordaza
á todos; enviar á ellos
á un presidio y encerrarlas
á ellas en una galera.
Sepan las señoras majas
cómo deben tratar á una
mujer de mis circunstancias.
Alcalde. De todo estoy informado;
pero vos venís, madama,
muy criminal.
D. Jerón. ¿Criminal?
Si supiérais las infamias,
las cosas. . Es mucho, es mucho...
Se avergüenza uno al mentarlas.
Alcalde. A bien que ahora las sabremos;
que ya las tengo citadas
á todas y á los vecinos

de las casas inmediatas,
porque sirvan de testigos,
y, las cuentas ajustadas,
el que debiere que pague.

D.ª BLASA. Por no ponerme á demandas
y respuestas con tal gente,
dejaré como se estaban
las cosas.

(*Sale el* PORTERO.)

PORTERO. Señor, ahí fuera
están las partes contrarias
y los testigos.

ALCALDE. Que aguarden
éstos; aquéllos que vayan
entrando.

PORTERO. Que entren ustedes.

(*Sale tropa de majos y majas con mucha orden.*)

DIONISIO. Dios sea en aquesta casa.

BLAS. A la obediencia de ustedes.

ALCALDE. Dios guarde la gente honrada.

RUMBONA. Y á usté le libre de chismes
y cuestiones excusadas.

ALCALDE. ¿Juran decir la verdad
en lo que sean preguntadas?

RUMBONA. No, señor, porque nosotras
somos tan libres y claras,
que no daremos lugar
á que nos pregunten nada.

DIONISIO. Y la verdad por delante.

ALCALDE. Despacio. ¿Quién es Olaya,
la tendera, en cuyo cuarto
hubo el baile?

OLAYA. Una criada
de ustedes.

ALCALDE. ¿Y con qué motivo
fué el baile?

OLAYA. Porque es usanza,
todas las noches de fiesta,
haber bailes en mi casa.

ALCALDE. ¿Y hubo otro alguno?

SANTURRIA. Señor,
no más que uno en cada casa;
yo no soy *naide*, y estuve
á nueve ó diez convidada.

ALCALDE. Pero no en todos habría
borracheras y algazaras,
como en el vuestro.

MANOLO. Ya sé
que no ha faltado una mala
lengua; mas tasadamente
es lo propio que una espada
la mía.

RUMBONA. Todos hablaremos,
supuesto que á hablar nos llaman.

ALCALDE. ¿Pero es cierto hubo pendencia?

DIONISIO. Sí, señor; fué cuasi nada;
con la sangre que hubo no
se pudo regar la sala.

D. PANCR. ¿Sangre hubo?

DIONISIO. Dos amigos,
que allí hicieron la mostaza
á otros dos amigos.

ALCALDE. ¿Quién
fué de la pendencia causa?

DIONISIO. La pendencia sobre-vino,
señor, de una patarata.

ALCALDE. Esa quiero saber yo.

DIONISIO. Pues bien fácil es contarla.

ALCALDE. ¿Estabas tú allí?

DIONISIO. Pues ¿hay
otro que se atreva á armarlas
como yo? ¡Qué poco sabe
el señor juez con quién trata!

D.ª BLASA. Si todos ellos...

ALCALDE. Señora,
usted será preguntada
á su tiempo.

RUMBONA (*Aparte á* OLAYA.) ¡Qué hambre tiene
mi vecina de patadas!

ALCALDE. Conque, hijo, vamos á nuestro
asunto: ¿cómo te llamas?

DIONISIO. ¿Quién, yo?

ALCALDE. Pues ¿hablo con otro?

DIONISIO. Yo soy Lonisio el de Arganda,
pa servir á Dios y á usté.

ALCALDE. Con que el caso fué... despacha.

DIONISIO. De suerte es y de manera...
¿conoció usté á la Juliana
de Fuencarral?

ALCALDE No, por cierto.

DIONISIO. ¡Si usté viera qué muchacha!
Tiene unos ojazos como
asina... fresca ella, alta
y dispuesta.

ALCALDE. ¿A qué viene ahora
todo eso?

DIONISIO. Es que la causa
fué que ésta vino allí anoche
con la Curra, la Salada,
la Boca de Puches y otras,
y el que las acompañaba,
que era Gorito el Cantero,
es un poco de mi alma.
Como fueron algo tarde
y estaba toda la sala
llena de gente de modo,
no había donde acomodarlas;
quiso hacer de presonita,
y que otras se levantaran,
que eran tan buenas como ellas;
estotras también estaban
allí, con sus gentes propias;
conque sacaron la cara,
como hubiera hecho usted, yo,
ú otro en tales circunstancias,

y empezaron á picarse.
Atisbóme la Juliana,
que, aunque estamos regañados,
fuimos conocidos marras,
y vino y dijo: «Lonisio,
esto, si tú no lo ganas
se pierde.» Yo dije entonces:
«No sé cómo tienes cara
para ponerte *delantre*;
si fuera yo otro... Mas, anda
con Dios, que por fin y postre
eres mujer y esto basta.»
Fuime entonces á la bulla
y dije: «¡Hola, camaradas!
delantre de mí *nenguno*
es *naide.*» Quiso echar plantas
el seor Gorito el Cantero,
y yo, que no sufro *achanzas*,
le di (salva sea la parte)
tal puntapié en la culata,
que estuvo una hora bailando
de coronilla en la sala.
Luego metieron la mano
allí cuatro buenas almas,
hubo paz y prosiguió
el sarao sin desgracia.

D. JERÓN. ¡Vea usted, con tal gentuza,
qué tal sería la zambra!

DIONISIO. ¿Oye usted?: ¿me hará usted gusto
de decirme esa palabra
que quiere decir «gentuza»
esta noche en la calle Ancha
del Lavapiés?

D. PANCR. ¿Cuánto vino
cayó?

BLAS. Es cierto que se gastó,
pero con mucha medida;
yo casi, casi, jurara
que no lo probé.

DIONISIO. No mientas;
la verdá, y caiga el que caiga;
por señas de que brindaste
allí á que Dios nos librara
de cualquier testigo falso
y del poder de la vara
de justicia; y *dempués* yo
brindé con la misma taza
á la salud del que quiere
y no puede.

ALCALDE. Vaya, vaya;
que ya veo que sería
un escándalo la casa.

D.ª BLASA. Yo jamás me quejo en balde;
vea usted si escrupulizara
cualquiera en tolerar esto.

ALCALDE. Vuestra queja es muy fundada,
pero yo pondré remedio.

RUMBONA. Pues ya que en eso se cansa,
remédielo todo á un tiempo;
que también esa madama
necesita entrar en cura.

D.ª BLASA. ¿Yo?

ALCALDE. ¿Cómo?

SANTURRIA Escandalizada
tiene todita la calle.

D.ª BLASA. ¿Pues dirá alguien que en mi casa
hubo jamás alborotos?

SANTURRIA Dice bien; esa es la gracia,
que si es malo cuanto dicen
de ésta, es peor lo que se calla
de ustedes.

OLAYA. Es que en mi cuarto
todas las cosas se tratan
á puerta abierta, y arriba
todo es á puerta cerrada.

D.ª BLASA. ¡Jesús, y qué testimonio!

D. JERÓN. Yo os aseguro, canalla,
que á no estar aquí...

BLAS. ¡Pues digo!;
¿sería usted fuera el que hablara?

RUMBONA. Y de no estar de por medio
el respeto de estas barbas,
¿no se hubiera ya ganado
este pleito á bofetadas?

ALCALDE. ¡Buena gente! ¡Hola! ¿Quién son
los primeros que ahí se hallan
como testigos de vista?

(*Salen* D. IGNACIO *y ciegos.*)

D. IGNAC. Los dos ciegos que tocaban
en el dicho baile, que
viven en la misma casa.

CIEGO 1.º ¡Alabado sea Jesús!

ALCALDE. ¿Te han dicho que aquí te llaman
á declarar?

CIEGO 1.º Sí, señor;
y aunque yo no veo palabra,
por el tacto y el oído
sé todito cuanto pasa.

ALCALDE. Mas tú conocer no puedes
á la gente por la facha.

CIEGO 1.º ¿A qué digo quién es toda,
si usted me deja tentarla?

D. JERÓN. Señor juez, este es un loco.

CIEGO 1.º ¿Oye usted? Este que habla
es el usía que ahora
corteja á la doña Blasa
de mi cuarto principal;
y si queréis que de cuantas
mozas viven en el barrio
os diga las circunstancias,
mandallas cantar á todas,
supuesto que todas cantan,
y diré de todas vidas,
milagros, estado y patria.

CIEGO 2.º Señor juez, yo me remito
en todo á mi camarada.

ALCALDE. ¿Sí? Pues cantad cualquier cosa
ligera á ver si se engaña.

RUMBONA. (*Mirando á la usía.*) ¡Para cantar estoy yo!
De lo que yo tengo ganas
es de solfear á una cierta
conocida.

SANTURRIA. Pues yo, ¡pajas!

OLAYA. ¿No basta que el señor juez
lo mande? Yo haré la salva;
que para oir la voz, con sola
una seguidilla basta.

(*Canta.*)

«Cualquiera que el tejado
tiene de vidrio,
no debe tirar piedras
al del vecino.
Arrieros *semos*,
puede que en el camino
nos encontremos.»

D. PANCR. ¿Quién es ésta?

CIEGO 1.° La tendera;
una viuda muy honrada
y muy amiga de hacer
su gusto, hija de la Mancha,
y á quien por su genio todos
en el barrio la idolatran.

ALCALDE. Canta tú.

SANTURRIA. Voy, que no tengo
razón de esconder la cara.
«Hay muchos que se meten
en las quimeras
y salen con las manos
en la cabeza.
Bien empleado;
¿quién los mete en la renta
del excusado?

CIEGO 1.° Adiós, señora Santurria;
me alegraré que usted haya
descansado desde anoche.

ALCALDE. ¿Conoces á esta muchacha?

CIEGO 1.° Sí, señor; vive la puerta
más abajo, y es casada
con un peón de albañil;
dicen que tiene la falta
de ser sardesca, pero ésa
también la tiene mi gata.

D. PANCR. Vaya otra.

RUMBONA. Si ha de ser, yo
echaré mi cuarto á espadas.
«Vale más un cachete
de cualquier maja,
que todos los alhagos
de las madamas.
Porque se arguye
que todo esto es cariño
y el otro embuste.»

CIEGO 1.° ¿Qué? ¿está la Rumbona? Esta
había de estar engarzada
en rubíes, amatistas,
coral y piedras de Francia.

ALCALDE. ¿Quién es ésta?

CIEGO 1.° Usted perdone,
que soy parte apasionada,
porque tiene unos ojillos
tan bailarines ..

ALCALDE. Aguarda;
¿qué? ¿la ves?

CIEGO 1.° No, señor, pero
se le conoce en el habla.
Además, que cierto día
que la cogí descuidada,
llegué quedito, la puse
los dedos en las pestañas,
y al punto adiviné el aire
con que las niñas bailaban.
¡Pues para mentir! Hay pocas
que tengan tan linda gracia;
más de mil chascos me tiene
dados, y tanto me arrastra...
En fin, yo no puedo verla
y me muero por hablarla.

D.ª BLASA. ¿No os dije que no podríais
sacar cosa de sustancia
de este ciego?

CIEGO 1.° ¡Oh, que está aquí
mi señora doña Blasa!
También á usted la conozco;
señor Juez, valiente maula.

ALCALDE. ¿Pues quién es ésta?

CIEGO 1.° Esta es
la que tiene alborotada
toda la vecindad.

ALCALDE. ¿Cómo?

CIEGO 1.° Porque á todas tiene mala
voluntad, y tiene tirria
contra todas las muchachas
de la calle; porque dice
que les tiran de las capas
á sus cortejos, y anoche,
porque entrar no la dejaban
al baile, en toda la noche
pudo sosegar de rabia;
y yo oí desde mi cuarto
que le dijo á la criada
que hoy había de tomar
de todas ellas venganza.
La verdad, yo no veo mucho;
pero el oído es alhaja.

D.ª BLASA. Que relate la pendencia,
puesto que tanto relata.

CIEGO 1.° La pendencia, ciertamente
que fué cosa de sustancia.

D. PANCR. ¿Hubo heridos?

CIEGO 1.° Sí, señor.

D. PANCR. ¿Y muertes?

CIEGO 1.° Sí, señor.

D.ª BLASA. Vaya,
que ello se irá averiguando.

D. JERÓN. Todo saldrá á la colada.

CIEGO 1.° Y hubo entierro.
ALCALDE. ¡Hombre! ¿qué dices?
DIONISIO. Dice bien: que cuatro pavas,
un cochinillo de leche
y un pellejo que llevaba
sus cuatro arrobas murieron
y en nuestros vientres descansan.
ALCALDE. ¿Hay más testigos?
D. IGNAC. Señor,
aquí esperando se halla
esta chica.
ALCALDE. ¿Usted quién es?

(Sale la vecina GAZMOÑA.)

VECINA. Yo, señor, una cuitada,
huérfana de padre y madre,
que vivo de mis puntadas.
CIEGO 1.° La vecinita del cuarto
segundo; ¡otra que bien baila!
ALCALDE. ¿Conque usted es costurera?
VECINA. Sí, señor; de ropa blanca.
RUMBONA. De toda costura sabe,
señor juez, examinadla.
VECINA. Todo eso es ponderación
y visitas que me achaca
su malicia, de las muchas
que ven que suben y bajan
la escalera... pero todas
se quedan en la posada
del cuarto principal, que
arriba no sube un alma.
Yo sola con mis agujas
paso mi vida atareada,
siempre sola, y no de Dios.
D.ª BLASA. No nos haga la beata,
ni la gazmoña, que toda
a calle vive enterada
de que tiene sus devotos.
VECINA. De modo que á nadie falta
la Providencia, y quizá...
pero no quiero sacarla
los colores.
D.ª BLASA. Ella es,
y mire bien cómo habla,
la que me quita el pellejo
con toda aquesta morralla
de la vecindad.
OLAYA. ¡Hola, hola!
Sea usía mejor hablada:
y ya que es tan gran señora,
desempeñe la cuchara
que tiene en mi tienda en prenda
de una libra de castañas
y tres panillas de aceite.
ALCALDE. Yo creo que si esto pasa
adelante ha de ser fuerza
tomar una muy sonada
providencia. Yo discurro,
señoras, que todas hablan,
y todas tienen por qué
callar. Váyanse á sus casas
ahora, pero apercibidas
ellas de que no armen zambras,
ni juntas escandalosas,
y ustedes de ver cómo andan,
porque ya estoy sobre aviso,
y á la menor cosa que haya
las pondré donde no vean
el sol en muchas semanas.
D.ª BLASA. Don Jerónimo, buscadme
donde mudarme mañana.
DIONISIO. Mejor fuera que esta noche
se quedase ya mudada.
RUMBONA. Señor juez, y ya que usted
prohibe lo que se baila,
¿permite las tonadillas?
ALCALDE. Como sean moderadas,
pueden cantarlas.
DIONISIO. Pues bien;
vamos al punto á cantarlas.
D. IGNAC. No creí yo que esta gente
saliera tan bien librada.

49

La comedia casera.

PRIMERA PARTE

INTERMEDIO PARA LA ZARZUELA LAS PESCADORAS.
EN LA COMPAÑÍA DE NICOLÁS DE LA CALLE.

1766 (1).

(Salen las señoras GERTRUDIS, GUERRERA *y* VICENTA, *cantando y bailando, con* CAMPANO, ANTONIO DE LA CALLE *y* RAFAEL, *en traje de criadas y pajes de casa particular.—Salón corto.—Cantan y bailan seguidillas, y después sale* CHINICA, *con bata y gorro, enfadado.)*

CHINIC. *(Dentro.)* ¿Muchachas, muchachas? ¿hay
semejante desvergüenza?
¿No oís que llamo?
CAMPANO. Señor,
como estábamos de fiesta
no lo oímos.
CHINICA. Ya se ve;
¡á fe, á fe, que si no fuera
por evitar esta noche
con vuestra ama una pendencia,
á puntapiés iríais todos
rodando por la escalera!
LAS TRES. De modo, señor...
CHINICA. ¿El modo,

(1) Bib. Municip.: leg. 1-162-49. Autógrafos de 1766 las dos partes. Impresas por Durán: I. 383 y 395, con algunas supresiones y variantes.

le conocen ellos ni ellas?
Saben que estoy trabajando
cosas graves y de priesa
estos días, y se ponen
á romperme la cabeza.
¿Y á qué viene ahora este baile?
¿No tienen la noche entera
para holgarse?

GUERRERA. Es que, señor,
como está la tarde fresca,
para calentar los pies
quisimos dar cuatro vueltas.

CHINICA. ¿Pues no tienen un brasero
bien grande en esotra pieza?
Métanlos entre el rescoldo,
verán cómo se calientan.

GERTRUD. Eso es quemarse.

CHINICA. También
muchos bailando se queman.
¿Y la niña, dónde está?

GERTRUD. Estudiando las piruetas
de un baile que han de hacer luego
con Joaquinita, la Pepa
y el paje de vuestra prima,
que es el que todo lo enreda.

CHINICA. ¿Y quién lo ha mandado?

CAMPANO. Mi ama,
ya que no disteis licencia
para tener baile en forma
cuando sus años celebra.

CHINICA. ¿Ella celebrar sus años?
Calla, tonto, no lo creas;
por eso yo no he querido
que haya baile ni merienda.

GUERRERA. Callad, que parece que oigo
ruido por las escaleras

CAMPANO. Las señoras son, sin duda;
voy corriendo á abrir la puerta.

CHINICA. Conque al fin ello ¿hay visitas
esta noche?

GUERRERA. Doña Elena
y la prima de mi ama,
no más.

CHINICA. ¡Qué par de cabezas!
Sólo la de mi mujer
las puede hacer competencia.

(*Salen, de batas con basquiñas y mantillas, las señoras* MARIQUITA, PAULA *y* JOAQUINA *y la* MÉNDEZ, *no muy decente.*)

MARIQ. Entrad, hijas; arrimad
sillas, que venimos muertas.

CHINICA. Ellas resucitarán
á costa de mi despensa.

JOAQUINA. Señor don Blas, buenas noches.

PAULA. Señor primo, á la obediencia.

CHINICA. A los pies de ustedes siempre.
Adiós, señora parienta.

MARIQ. Dios te guarde.

CHINICA. De ti nunca
hallo agrado en las respuestas.

MARIQ. El modo de conseguirlas
es conforme al merecerlas.

CHINICA. ¡Vítor y vanse!

MARIQ. ¿No hay luces?
¿Qué sacais aquí?

CHINICA. A la vela
lo tienen todo, mujer;
no te indispongas la flema.

MARIQ. ¡Ea, déjanos en paz
y calla!

CHINICA. ¿Qué buena yerba
has pisado? Se conoce
que vienes, hija, contenta.

JOAQUINA. En parte, si no lo viene,
tiene razón, que es violencia,
en el día de sus años,
no permitirla que tenga
diversión á sus amigas.

CHINICA. Como divertirse quieran
ellas con ellas, que avise
para que mañana vengan.

JOAQUINA. Cierto, estaría lucida
una función sólo de hembras.

CHINICA. No lucirían tanto, pero
tampoco se oscurecieran.

PAULA. ¡Jesús, primo, qué machaca
estais con vuestras sentencias!

MARIQ. Mi paciencia solamente
sufriría sus simplezas.

CHINICA. Yo no quiero sufrir otras,
porque no tengo paciencia.

PAULA. Eso no es lo más; lo que
escandaliza á cualquiera
es no tener libertad
para, si á un amigo encuentra,
permitir que la acompañe
y precisarla á que vean
sus cortejos, sus amigas,
la tarde que se pasea.

CHINICA. ¿No tiene aquí mi escribiente
y un paje de legua y media
que la sirvan y acompañen?

MARIQ. Para los días de fiesta,
que voy á misa, no hay duda;
mas ¿qué dama se presenta
con un paje en un paseo?

PAULA. ¡Vaya, no hay que darle vueltas:
sois ridículo y celoso!

CHINICA. Señores, es fuerte tema
que ha de ser malo un marido
porque no quiere ser... Lleva
luz al despacho, Simón,
que el correo nos espera.
Hasta luego. Estos correos
del miércoles me revientan.

CAMPANO. Vamos á remar tres horas.

(*Vase con* CAMPANO.)

PAULA. ¿No le veis qué paso lleva?
MARIQ. Eso hace siempre en hablando
de cosas que no le sientan.
Muchachas, estas basquiñas;
¿por qué os marchais allá fuera
sin quitarlas?
GUERRERA. Como ustedes
no dijeron nada...
MARIQ. Pepa,
¿por qué tú no te la quitas?
MÉNDEZ. Como salimos de priesa,
se me olvidó el delantal.
MARIQ. Tráile uno mío, Manuela.
MÉNDEZ. No se canse usted, que tengo
gusto en dejármela puesta.
JOAQUINA. (*Aparte con* MARIQUITA):
No todo en público puede
decirse; la resistencia,
amiguita, sólo es por
que no trae debajo de ella
sino es un zagalejito
¿qué se ha de hacer? La pobreza
no es deshonra.
MARIQ. No, por cierto.
(*Siéntanse*)
PAULA. Volviendo á nuestra primera
conversación, ciertamente,
queridas, es friolera
que nos estemos tan solas;
porque la desgracia nuestra
apenas habrá en Madrid
cuatro damas que la tengan.
MARIQ. ¿Qué quieres? Con mi marido
he hecho cuantas diligencias
son posibles, pero no hay
forma de entrarle en carrera.
JOAQUINA. Pues el mío no se mete
jamás en quién sale ni entra
en casa, y eso que ha entrado
gente alegre, cuando yo era
más linda que ahora y teníamos
de sobra las conveniencias.
MÉNDEZ. Por eso ahora pasan días
sin llamar nadie á la puerta.
PAULA. Algún día llamarán.
JOAQUINA. Yo por mí no lo sintiera;
pero por la chica sí,
porque si nunca comercia
con las gentes, ella es corta
y todos creerán que es necia.
PAULA. Mujer, ahora que me acuerdo,
por ser la propia materia;
tu vecina la de arriba,
que estaba tan recoleta
antes y nada sobrada,
¿ha tenido alguna herencia?,
¿ó qué arbitrio ha discurrido
para estar tan opulenta
y tan rodeada de obsequios?
MARIQ. Desde las Carnestolendas,
que le dió gana de hacer
en su casa una comedia,
aunque la tal fué muy mala,
no lo fué la concurrencia,
pues le quedó una tertulia
que la sirve y la festeja
en forma; y lo mejor es
que todas las noches juegan;
quien pierde el dinero pierde,
y la que lo gana es ella;
con que vive divertida
y no le faltan pesetas.
JOAQUINA. Cierto que algunas mujeres
tienen unas ocurrencias
felices; vea usted un arbitrio
honrado y sin contingencia.
PAULA. Arbitrio es que con ventajas
usurpársele pudiera.
No hablo por mí, pero tú
cantas bien y representas;
yo supliré algo, tal cual
tenemos á nuestra Pepa,
que canta y baila.
JOAQUINA. Todo es
merced que usted quiere hacerla.
PAULA. Conque, como la emprendamos,
creo que salgamos con ella.
MARIQ. Todo eso es un disparate:
lo primero, tú no cuentas
con hombres, y lo segundo,
¿quién á tocarle esa tecla
se atreverá á mi marido?
PAULA. A la réplica primera
respondo que en convidando
á tu vecina y, sea buena
ó mala, darle un papel
que no desluzca la fiesta...
MARIQ. ¡Oh! que es útil.
PAULA. Pues mejor.
Preciso es baje con ella
su tertulia, y de ellos, muchos
entrarán por complacerla.
MARIQ. O quizá por complacernos;
que, al fin, no somos tan feas
que no vinieran gustosos
como licencia tuvieran.
PAULA. Don Blas es el dedo malo
que tenemos.
JOAQUINA. Esa empresa
es mía; voy á embestirle.
MARIQ. No, por Dios; estate quieta,
que para eso mejor es,
si luego ha de haber pendencia,
que sea por algo. ¿Lopito?

(*Sale* ANTONIO CALLE.)

ANTONIO. Señora...
MARIQ. Toma una luz

y súbele á la vecina
un recado: que la besan
estas señoras las manos,
y que, como yo, la ruegan
que nos baje á acompañar.

JOAQUINA. Con los señores.

MARIQ. Elena,
por Dios, que no soy costal.

MÉNDEZ. Y no era mala advertencia,
por si alguno no ha venido,
que baje luego que venga.

PAULA. ¡Miren ustedes la niña!

JOAQUINA. ¡Oh, la muchacha no es lerda!
¡Así tuviera ella bata
y una bonita escofieta,
como sabe la hora á que
se ha de comer la merienda!

MARIQ. Pues, hombre, ya lo has oido.

ANTONIO. Ya voy, señora. (*Vase.*)

MARIQ. ¿Manuela?

(*Sale* GUERRERA.)

GUERRERA. ¡Señora!

MARIQ. Ve y dile á tu amo
que, si no es cosa de urgencia
en lo que está, venga aquí,
que pronto tendrá licencia
de volverse.

GUERRERA. Bien está. (*Vase.*)

(*Sale* GERTRUDIS.)

GERTRUD. Señorita, á usted le esperan
para ensayar el bailete.

MARIQ. ¿Y los dos chicos?

GERTRUD. No entran,
como están vestidos, porque
nadie hasta luego los vea.

PAULA. Pues ¿por qué no vas, Pepita?

MÉNDEZ. Yo haré lo que madre quiera.

JOAQUINA. Vaya ve; pero ¡cuidado
me llamo con la modestia!

(*Vase con la* GERTRUDIS.—*Sale* GUERRERA.)

GUERRERA. Dice mi amo que ya viene,
señora ¡y qué fachenda
con el tío y el indiano
está!

PAULA. Con tantas agencias
como tiene tu marido,
y tantos que salen y entran
en tu casa, ¿cómo al paso
algunos de ellos no pescas?

MARIQ. Porque tiene prevenido
que entren por estotra puerta.

PAULA. Lo propio sucede en casa
con mi viejo; mas tan hecha
estoy á estarme solita,
que al oir un golpe en la puerta
pienso que es trueno y me asusto.

MARIQ. ¿Quién te paga por que mientas?
Si todo lo que no tienes
es porque no puedes. Deja
ahora esas hipocresías,
y vamos á vuestra empresa.

(*Sale* GUERRERA.)

GUERRERA. Ya sale mi amo. (*Vase.*)

MARIQ. Bien os
podeis tapar las orejas,
luego que el punto se toque,
para no oir la respuesta.

(*Sale* CHINICA, *con* NICOLÁS *y* ESPEJO; *éste de viejo y aquél bizarro.*)

CHINICA. Hija, al señor don Fadrique
dije que tenían dispuesta
cierta función los muchachos
y quiere quedarse á verla.

NICOLÁS. Mi mayor satisfacción,
señora, es el que merezca
ofreceros mi respeto.

MARIQ. Yo soy servidora vuestra.

JOAQUINA. ¿Es este el indiano?

MARIQ. Sí.

(*Aparte las dos.*)

JOAQUINA. Yo he de observarle si aprieta
de cuando en cuando las manos,
ó las tiene siempre abiertas.

PAULA. A Nicolás de la Calle
se parece en la presencia. (*Aparte.*)

MARIQ. Tío, beso á usted las manos.

ESPEJO. Señora sobrina, sean
éstos víspera de muchos
que cumpla vuestra belleza.

MARIQ. Eso se sabe y se calla.

NICOLÁS. Pues si el que no calla yerra,
sea testigo el silencio
de lo que el gusto desea.

JOAQUINA. Mucho sabe éste; también
sabrá guardar su moneda.

CHINICA. ¿Y á qué me llaman ustedes?

NICOLÁS. Llegaos, que puede que sea
para cosa reservada.

CHINICA. ¿Pues acaso pueden éstas
guardar silencio en su vida?

JOAQUINA. No es cosa que no se pueda
decir.

MARIQ. Aunque te lo digan,
hijo, no hagas caso de ellas,
que ambas están delirando.

CHINICA. Pero sepamos el tema.
sobre que deliran.

PAULA. Sólo
que nos des, primo, licencia
para hacer las Navidades
una comedia casera,
aquí, para los amigos.

CHINICA. No es esa mala comedia.

ESPEJO. Tienen mil inconvenientes,
Blasito, no condesciendas.
JOAQUINA. Y debéis agradecerlo;
y que haya lodos ó llueva
estáis divertido en casa,
sin tener que ir á la ajena.
CHINICA. ¡Que siempre ha de estar hablando
en chanza esta doña Elena!
JOAQUINA. Yo muy de veras lo digo.
CHINICA. Pues también yo muy de veras
responderé que no quiero.
¡Jú! ¡jú! ¡No habrá mala gresca!
¡Comedia casera! Y yo
consentirla y sostenerla,
y aun acomodar la gente
me mandarán. Lo que éstas
callan cuando están entre ellos
y hablan cuando están entre ellas
tiene las casas perdidas.
MARIQ. ¡No sabes tú lo contenta
que estoy de que las desaires!
Lo propio, antes que vinieras,
las dije yo ce por be.
Tienen muchas contingencias
estas funciones.
CHINICA. ¡Pues!
MARIQ. Vienen
mil gastos que no se piensan
detrás de ellas.
CHINICA. Y... adelante.
MARIQ. Si quieren venir á verla
muchos, quedas mal con todos.
CHINICA. ¡Pues!
MARIQ. Y la casa se queda
destruída.
CHINICA. ¡Pues!
MARIQ. De modo
que quien emprende una fiesta
así, estropea amistades,
ropas, dinero y cabeza.
CHINICA. (*Ap.*) ¿De cuándo acá mi mujer
repara en lo que estropea?
MARIQ. Ahora, que tiene que aquí
entre amigas y parientas,
donde no necesitamos
más que un par de hombres de
bien pudiera hacerse... [fuera,
CHINICA. ¡Ya!
MARIQ. Eligiendo una de aquellas
comedias de Calderón
sin teatro ni extrañeza
de vestidos...
CHINICA. ¡Ya!
MARIQ. Cerrando
á pretensiones la puerta,
no siendo de confianza...
CHINICA. ¡Ya!
MARIQ. ¿Quien venir pretendiera?
Demás de ésto, aquí no había
precisiones de meriendas
Chocolate lo hay en casa;
conque sólo el gasto fuera
de azúcar rosado ó dulces
y unas roscas ó libretas.
CHINICA. ¡Ya, ya! Su cuenta no es mala;
mas no le saldrá la cuenta. (*Aparte.*)
MARIQ. ¡Ya, ya! ¿Tú crees que yo
tengo en esto alguna prenda?
Pues te equivocas, porque
no soy yo tan majadera
que no conozca que todo
el trabajo, si se llega
á ejecutar, sobre mí
ha de recaer por fuerza.
Por éstas sólo lo hago.
CHINICA. Yo no lo haré ni por ésas.
J. Y P. Pues ya estamos empeñadas.
NICOLÁS. ¡Mucho este testigo aprieta!
CHINICA. Ellas aflojarán luego
si ven que no las contentan.
LAS TRES. La comedia se ha de hacer.
CHINICA No se ha de hacer la comedia.
LAS TRES. ¿Y por qué?
CHINICA. Porque no quiero.
¿Habrá cosa como ella?
NICOLÁS. Vos, señor don Simeón, (*á* ESPEJO)
que sois hombre á quien respeta,
id y templadle.
ESPEJO. Sobrino,
por eso no te enfurezcas
como un león.
CHINICA. Más quiero ser
león que ser otra fiera.

(*Sale la señora* GRANADINA, *con* EUSEBIO, *petimetre;* PONCE, *de licenciado, y* CALDERÓN, *de capa, gran peluca y bastón;* FUENTES, *de soldado;* IBARRO, *de abate, cortejándola todos y* CHINICA *se asusta.*)

GRANAD. Hija, más es noche de
diversión que de pendencia:
siento entrar en este lance.
MARIQ. Pues siéntate y no lo sientas,
que ha sido todo cuestión
sobre cuatro bagatelas.
LOS CINCO. Señoras, siempre rendidos.
MARIQ. Señores, á donde quiera
cada uno.
GRANAD. Don Bernardo
aquí, á mi mano derecha;
usted á este lado, y los tres
aquí á mis pies.
MARIQ. ¿En la tierra
se han de sentar?
GRANAD. Sí, hija mía;
con eso no hay competencia,
sobre á cual quiero más, viendo
que á todos los quiero cerca.
CHINICA. Tío; señor don Fadrique,

¿qué va que esta noche mesma
es la fiesta?

ESPEJO. ¿En qué lo fundas?

CHINICA. ¿Pues usted no ve cómo entran
convidados?

NICOLÁS. No es posible
que sin noticia y licencia
de usted lo hubiesen dispuesto.

ESPEJO. Ni era razón.

CHINICA. Sí lo era;
que siempre debo ser yo
el último que lo sepa.

GRANAD. ¡Qué pellizco ha de llevarme
el primero que se mueva!

LOS CINCO. No lo tema usted. (*A media voz.*)

GRANAD. Querida,
disimula la llaneza;
que hasta ahora no he podido
bajar á decirte veas
éstos y otros muy gustosa.

JOAQUINA. Diga usted: por una apuesta,
mi señora doña Marta...

CHINICA. Según los que la rodean,
es la Marta de los pollos.

JOAQUINA. ¿Gastó usted mucho en la fiesta
que tuvo este Carnaval?

GRANAD. ¡Jesús! ¡Una friolera!
No dando de refrescar
sino á cómicos y orquesta,
como se ha puesto en estilo,
es muy poco lo que cuesta.

MARIQ. ¿Ve usted si digo yo bien?

GRANAD. Luego ¿ha sido la contienda
sobre divertirse en éso?

JOAQUINA. Sí, amiga; pero no entra
don Blas.

ESPEJO. Ni tampoco tienen
proporciones para hacerla.

GRANAD. ¿Cómo que no? Si yo sirvo,
tomaré un papel cualquiera;
y entre estos señores hay
una compañía entera.
Hay galanes, hay gracioso,
hay tramoyista, poeta,
carpintero, guitarrista,
sastre y apuntador.

CHINICA. ¡Lesnas!
No extraño estéis divertida
con compañía tan bella.

GRANAD. Y más hay.

CHINICA. No dudo yo
que hay más de lo que se cuenta.

GRANAD. Que ayer tarde recibí
una criada estupenda
para cantar tonadillas

MARIQ. ¡Así decirla quisieras
que bajara, porque fuese
la noche menos molesta!

GRANAD. Al punto. Don Aquilino,
vaya usted y diga á Lamberta
que baje.

EUSEBIO. Voy, voy, señora.
(*Aparte.*) Como cuaje la comedia,
ha de ser la ama de casa
mi embeleso. (*Vase.*)

IBARRO. Doña Elena,
¿si habrá traído á su hija?

PONCE. ¡Qué chusca y qué petimetra
es la prima de don Blas!

(*Sale* NISO, *con capa y gorro, sombrero de picos y bastón etcétera.*)

NISO. Tengan ustedes muy buenas
noches.

PAULA. ¿Cómo vienes, hijo?

NISO. Para servirte, parienta.

MARIQ. Primo, ¿de dónde bueno?

NISO. De hacer una diligencia.

MARIQ. Aquí hay asiento.

CHINICA. Miente,
que no hay sino polvareda.

(*Sale* BLAS, *de paje.*)

BLAS. Señora ¿ha mandado usted (*A la* GRANADINA.
que bajase la Lamberta?

GRANAD. Sí. ¿No basta que lo diga
el que ha subido por ella?

BLAS. Usted al bajar me mandó
tener con la casa cuenta;
la casa segura está,
porque es mucho lo que pesa;
con que defender me toca
las alhajas que hay en ella,
para entregarlas al dueño
siempre que me pida cuentas.

GRANAD. ¡No eres tú muy mala alhaja!
Vé y dila que baje apriesa.

BLAS. Voy. (*Vase*).

GRANAD. ¡Qué serio estais, don Cleto! (*A* CALDERÓN.)
¿No os gusta la concurrencia?

CALDERÓN. Mejor estamos arriba
y estamos con más llaneza.

ESPEJO. Blas, por mucho que te insten
en la función, no te venzas,
que hay muchos inconvenientes.

NICOLÁS. Cuando la gente es atenta
y moderada, no le hay.

CHINICA. Yo estoy como en una prensa.

(*Sale la señora* PACA, *agarrada de* EUSEBIO *y* BLAS, *que traerá un velón apagado en la mano.*)

EUSEBIO. Aquí tenéis ya esta niña.

GRANAD. ¿Y á qué bajas tú aquí, bestia? (*A* BLAS,)

BLAS. A alumbrar, y se apagó
el velón en la escalera.

¡Qué tunda me ha de llevar
un día este don Fachenda
si vuelve á decirla!...

GRANAD. Marcha.

BLAS. Ya me voy. No te detengas (*A ella.*)

ESPEJO. ¡Qué ojos tiene la muchacha!
¡No he visto mayor viveza!

GRANAD. ¿Lamberta?

PACA. ¿Qué manda usted?

GRANAD. Estas señoras me empeñan
para que te haga cantar
alguna cosa ligera,
para oirte.

PACA. Yo no tengo
más voluntad que la vuestra;
y porque quedéis airosa
respondo con la obediencia.

(*Canta.*)

TODOS. ¡Viva!

ESPEJO. ¡Qué gracia, sobrino!
Si se llega á hacer la fiesta,
no se habrá visto en Madrid
jamás función como ella.

TODOS. Preciso es que consintais.

CHINICA. Ya consentiré si entra
mi tío don Simeón,
porque, si el diablo se suelta,
como suele, en los ensayos,
pueda atarle.

ESPEJO. Porque vean
estas damas que las sirvo,
vamos á elegir comedia.

TODOS. ¡Viva el tío!

CHINICA. ¡Cepos quedos!
que no ha de haber más merienda
que agua de fregar, azúcar
y bizcocho de galeras.

NICOLÁS. Usted no se pare en éso,
que los gastos que se ofrezcan
todos de mi cuenta corren.

ESPEJO. ¡Pues bien subirá la cuenta!

JOAQUINA. El indiano ya dió lumbre.

MARIQ. Ya verás tú la menestra
que sale de todo esto.

NISO. Ya que ofrecerme no pueda
á hacer papel, por mis años;
por lo que ocurriese, sepan
que toco el arpa, el violón
y la chirimía.

CHINICA. ¡Ea,
tío!; mi casa desde hoy
entrego á vuestra prudencia.

ESPEJO. Todo irá bien; ya tú sabes
que yo no aguanto chufletas.
¡Qué ojillos tiene!... (*Por* PACA.)

EUSEBIO. Señores,
no se enfríe la comedia,
y los papeles elijan.

TODOS. Por mí vaya norabuena.

(*Sale* GUERRERA.)

GUERRERA. Señora, los señoritos
dicen que si ustedes entran
á beber, que necesitan
ensayar aquí la escena
de su baile.

MARIQ. Dicen bien;
señores, á estotra pieza.

NICOLÁS. Y aquí se suspende, no
se le da fin á esta idea,
pues se verá en lo que pára
concluída la zarzuela.

(*Con todos.*)

Esperando que ambas partes
vuestras piedades merezcan.

50

La comedia casera.

SEGUNDA PARTE

FIN DE FIESTA PARA LA ZARZUELA LAS PESCADORAS.

(*Empieza en la fachada, con una puerta como de calle: y salen por el tablado* BLAS, *de capingot, trayendo debajo un bulto grande, y* CHINICA, *de militar, por la puerta, poniéndose el espadín sin abotonar la casaca, furioso, y se tropiezan al entrar uno y salir otro cuando se acota.*)

BLAS. Sólo le faltaba á un pobre
paje celoso y hambriento
que, después de tantas faltas
como todo el año entero
suple á su ama, le hiciera
suplir al esportillero.
La culpa tiene de todo (*Llora*)
mi tío el fraile, que me ha puesto
á servir en una casa
de titiritaina; y esto,
como me quisiera más
Lamberta, fuera lo menos.
Pero esta comedia á todos
el juicio les ha revuelto.

(*Sale* CHINICA.)

CHINICA. Aunque me vista en la calle,
tengo de salir huyendo
de mi casa.

BLAS. ¿Usted no ve
cómo sale?

CHINICA. ¡Majadero!,
¿no mirarás cómo entras?

BLAS. Perdone usted, caballero;
que con el llanto no sé
dónde voy, ni lo que veo.

CHINICA. ¿Don Roque?
BLAS. ¡Señor don Blas!
CHINICA. ¿Qué es éso?
BLAS. ¿Qué ha de ser ésto?
Ser paje de mi ama y ser
lacayo de sus cortejos.
CHINICA. ¿Qué carga es ésa?
BLAS. ¿Esta?
Es la capa de don Cleto.
CHINICA. ¿Cuál era de aquellos cinco
de la otra noche?
BLAS. El más viejo,
y al que más quiere mi ama.
CHINICA. No es la niña boba en eso.
BLAS. ¿Por qué?
CHINICA. Porque en los muchachos
es la inclinación un viento
que hoy es solano, y mañana
ó está al poniente ó es cierzo;
pero los viejos son tierra
firme, que el mal tratamiento
de la mano que los hiere
los cultiva más, y el dueño
asegura en tiempo el fruto,
y le coge antes de tiempo.
BLAS. Señor don Blas, ¿de qué libro
ha sacado usté ese texto?
CHINICA. Del teatro de la vida
humana, que es donde leo.
BLAS. Pues muchos dicen que usted
no entiende los libros.
CHINICA. Necio;
la mala voluntad nunca
concede el entendimiento;
pero ¿qué importa, ni qué
valen dichos, donde hay hechos?
Adiós, hijo, y déte Dios
la paciencia que deseo
para mí.
BLAS. ¿Pues dónde va
usted con tal desafuero?
CHINICA. A ahorcarme.
BLAS. ¿Y qué es de la soga?
CHINICA. Es verdad; pero venenos
hay, cuando falten cordeles.
BLAS. No hay otra cosa en el pueblo.
Beba usted bien leche helada,
coma un plato de pimientos
en vinagre, y á las diez
de la noche está usted muerto.
CHINICA. No lo creas: mi mujer
las más tardes suele hacerlo,
y está cada día más gorda.
BLAS. Pues bien; seguid el ejemplo
y engordaréis.
CHINICA. No es posible.
¡Ay, amigo, que yo tengo
un gusano que me roe
por afuera y por adentro!
BLAS. ¿Qué gusano es?
CHINICA. Mi mujer.
BLAS. ¡Sois un pobre caballero!
CHINICA. ¿Cómo que pobre?
BLAS. Yo digo
pobre de conocimiento.
CHINICA. Pues tengo en este lugar
muchos pobres compañeros.
BLAS. No lo dudo. La mujer,
la mujer es como el perro:
en dándole palos sólo,
busca amo de mejor genio;
en dándole sólo pan,
se envicia y quiere bureo,
y dándole pan y palos,
toma ley y se está quieto.
CHINICA. Eso es verdad; pero, ¡ay, hijo;
tiene un genio tan travieso
mi mujer!... ¡Si tú supieras
lo que me pasa ahora mesmo!
BLAS. Diga usted, que puede ser
que se remedie.
CHINICA. Es que temo
que venga alguno y nos oiga,
ó nos vea juntos.
BLAS. Meternos
en este portal,
CHINICA. Hay luz,
y se sabrá cuanto hablemos.
BLAS. ¡Por cierto, extraña aprensión!
CHINICA. Don Roque, vamos con tiento;
que yo sé que muchas cosas
que se dicen en secreto,
aunque sin luz se hayan dicho,
aunque á oscuras se hayan hecho,
con un sigilo notable,
al cabo se han descubierto.
¡Ved si do hay luz quedará
más arriegado el secreto!
Vamos al portal de enfrente,
que está oscuro y huele á queso.
BLAS. Aquí seguros estamos;
desabroche usted el pecho.
CHINICA. Ya sabes cómo Patillas
dictó en mi casa el enredo
para hacer una comedia.
BLAS. Yo diera por no saberlo
el salario de tres meses,
poco ó mucho. ¡Derreniego
de la comedia y de quien
tuvo tan mal pensamiento!
CHINICA. ¿Pues tú por ella qué pierdes?
BLAS. ¡Ay, señor don Blas, que temo
que usted no lo sabe todo!
CHINICA. Si hay más de lo que yo creo,
mucho habrá.
BLAS. Y habrá muchísimo
si no se pone remedio.
CHINICA. Pues, hijo, si has de matarme,

que no sea con misterios,
sino dame un trabucazo,
y me ahorro de veneno.
¿Qué es lo que hay, don Roque?

BLAS. Hay broma.

CHINICA. Yo no la entiendo.
Pero como soy cristiano
y casado, me da miedo.
Defíneme qué es la broma.

BLAS. Un animal imperfecto,
que la diversión produce;
alimenta con su pecho
descuidos y confianzas;
tiene por casa, en creciendo,
al apetito; no aprende
ley ni ciencia, sólo atento
á su voluntad, de modo
que es su mejor paradero
escándalo, y las más veces
es ruina sin escarmiento.

CHINICA. ¡Hombre! ¿y tengo yo en mi casa
un animal tan horrendo?

BLAS. Sí, señor.

CHINICA. No puede ser,
ni allí no hará esos efectos,
que el tío don Simeón
sabrá tirarle del freno.

BLAS. ¿Don Simeón? No hay allí otro
que procure más el cebo
de la mala bestia.

CHINICA. ¿Cómo?

BLAS. En lugar de reprenderlo,
á todos los mete en danza,
por hacer su contratiempo.

CHINICA. ¿Mi tío? No puede ser;
vos sois un gran embustero.

BLAS. ¿Yo mentir? ¿Sabéis, don Blas,
que soy por el lado izquierdo
montañés, y vizcaíno
por el costado derecho,
asturiano por detrás
y por delante gallego?
¡Por vida de don Pelayo
y el rey Alfonso el onceno,
que, si no queréis, arrastra
os he de llevar á verlo!

CHINICA. Yo de buena gana iría;
pero, si ven que yo entro,
harán la gata ensogada
todos.

BLAS. Yo buscaré medio
de haceros ver mi verdad.
Pero, decid: ¿por qué huyendo
os salís de vuestra casa?

CHINICA. Porque después que me han puesto
á porrazos esta tarde
la cabeza como un templo
para armar el tabladillo,
y me han sacado doscientos
reales para merendar,
todos de común acuerdo,
me querían hacer coser
y ayudar al carpintero.

BLAS. Señor don Blas, eso ha sido
sólo buscar un pretexto
para que os quitéis de encima.

CHINICA. Puede ser, mas no lo creo.

BLAS. Pues id á dar una vuelta
por ahí, y de aquí un momento
volved, que yo me pondré
á la puerta, y sin el riesgo
de que os vean, entraréis,
y oculto, como yo pienso,
veréis lo que anda, y si yo
digo la verdad ó miento.

CHINICA. Pues bien, en eso quedamos;
pero aguarda ¿quién son éstos?

BLAS. El escolar y el soldado.

CHINICA. ¡Valiente par de sujetos!

BLAS. Si usted cree que son cobardes,
descuídese usté con ellos;
yo me entro antes que me vean.
Señor don Blas, hasta luego.
(Vase.)

(Salen PONCE *y* FUENTES, *y delante uno de lacayo, con hacha, y al entrar por la puerta dice):*

PONCE. ¿A qué hora parece á usted
que mande volver á Pedro?

FUENTES. Entre once y doce.

PONCE. Ya lo oyes;
y tráeme, si llueve recio,
los guantes y el quitasol.

FUENTES. Vamos.

PONCE. Vaya usted primero.

FUENTES. Vaya.

PONCE. Vaya.

FUENTES. Entrad.

PONCE. Entrad.

CHINICA. Excusados cumplimientos
entre dos que, si no son
parientes, son compañeros.

CRIADO. ¿Sabe usted qué hora es?

CHINICA. No, amigo.

CRIADO. ¿No tiene reloj?

CHINICA. Le tengo;
pero se queda en mi casa
el reloj muy descompuesto;
aunque yo le arreglaré
de modo... ya lo veremos. *(Vase.)*

(Se descubre la sala de casa de D. BLAS, *y al frente estarán los criados en escaleras, como colgando el teatro, que se figurará, y* EUSEBIO *acogollando una cortina. A un lado habrá una mesita con luz, y sentados junto á ella* IBARRO, *de abate; la señora* PAULA *y la* GUERRERA, *cosiendo; al otro lado una mesa con luz, y á ella la señora* MARIQUITA *y otras, con* JUAN MANUEL, *con el violín, y el guitarrista pasando música á cuatro, y* ESPEJO *dando rosquillas á la chica).*

A CORÓ CON ORQUESTA.

«Vengan los galanes
á elegir las damas», etc.

MARIQ. Este cuatro ya se sabe
bastante bien; descansemos.

EUSEBIO. Esa cortina más alta,
cuanto tropiece en el suelo;
bien está así; este abanico,
prendido de los extremos,
se ha de colocar arriba.
Esa cortina de enmedio
¿cuándo acaba de coserse?

(A la señora PAULA.*)*

IBARRO. Poco á poco se va lejos.

PAULA. Es corto sastre el abate.

IBARRO. Según la obra que tengo
entre manos, señorita.

J. MANUEL ¿Y las seguidillas?

MARIQ. Luego
las pasaré, si viene alguien,
para ver si hacen efecto.
Por ahora, váyanse ustedes
á lo que hay que hacer adentro.

GERTRUD. Y dígame usté, señora,
¿se ha de prevenir refresco?

MARIQ. Una vez que hay cena, sólo
al que lo pida traedlo.

ESPEJO. Ea, bastan; no te hagan mal.

MARIQ. Tío, ¿le dijo usted aquello
á la chica?

ESPEJO. No, sobrina;

(Aparte los dos.)

pero la voy disponiendo
á que haga lo que le mande.

CHICA. Madrecita, caramelos.

MARIQ. Toma; pero como digas
á nadie, malo ni bueno,
lo que pasa aquí, la boca
te he de llenar de pimiento.

CHICA. Yo, á padrecito no más.

MARIQ. Ni á tu padre.

CHICA. Ya lo entiendo;
pero deme usté otros pocos,
para dar á mi cortejo
cuando venga.

PAULA. ¡Quite de ahí!
Tamañita como un huevo,
¿y ya piensa en boberías?

CHICA. Yo hago la labor que aprendo
en casa y en la maestra.

MARIQ. Toma, para que des luego
á tu Joaquinito. Calla,
mujer, que yo me divierto
en oir sus conversaciones,
y de este modo están quietos:
ahora en éstos no hay malicia.

ESPEJO. ¡Quién se volviera como ellos,
y lo pasado, pasado!

CHICA. ¿Tía, riñe?

ESPEJO. No tengas miedo:
haz lo que manda tu madre,
verás cómo te queremos.

(Salen PONCE *y* FUENTES.*)*

PONCE. ¡Qué bien parece en las damas
la aplicación!

MARIQ. Caballeros,
sean ustedes bien venidos.

EUSEBIO. Amigos, os agradezco
la puntualidad con que
venís á ayudarme.

MARIQ. Eso
hay menos que agradecerles
y habrá más que agradeceros.

FUENTES. ¿Qué hay que hacer, que á eso venimos?

(Tira el sombrero y se quita la espada.)

PONCE. ¡Ropa fuera y trabajemos!

(Se quita el manteo.

PAULA. Vengan ustedes acá;
acabará usted, don Diego,
esta costura, y usted,
capitán, irá siguiendo
este dobladillo.

LOS DOS. ¡Yo!
¡Señora!

PAULA. Ustedes, y presto;
que quien no trabaja, mal
puede pretender el premio.

PONCE. ¿Hay más que coser?

FUENTES. Cosamos.

IBARRO. Cosed, que todos cosemos.

ESPEJO. ¿Subo ya por las vecinas?

MARIQ. Aún es temprano para eso.

ESPEJO. Es que como la Lamberta
falta, yo no me divierto.

MARIQ. Ya están ahí Elena y los chicos.

(Salen ANTONIO CALLE, *de capa y sombrero, con el chico en el brazo y linterna, y detrás la señora* JOAQUINA *y* MENDEZ, *de mantilla y batas recogidas.)*

ANTONIO. ¡El demontre del muñeco!:
si podría venir andando.

MARIQ. ¡Qué tarde, Elena!

JOAQUINA. Tenemos
en casa tanto que hacer,
que te aseguro que tengo
gana de que eso se acabe.

ESPEJO. Como yo de caerme muerto.

MÉNDEZ. ¿Pues qué?, ¿sabe usted coser?

(Se va con IBARRO.*)*

IBARRO. Señora, hago lo que puedo.

MÉNDEZ. Pues nadie puede pediros
más.

CHICO. A tus pies, embeleso
mío. ¿Estás buena?

CHICA. Así, así.
Me alegro de verte bueno.
JOAQUINA. ¡Hola, Pepa! ¿Joaquinillo?:
¿habrá tal atrevimiento?;
¿habéis saludado á todos?
MARIQ. Eso se da por supuesto;
no seas ridícula, Elena.
JOAQUINA. Es que yo no les enseño
esa crianza, ni soy
como otras madres del tiempo,
que los crían como brutos
y los dejan andar sueltos
á su libertad; no, amiga;
usen con todos aquellos
políticos, regulares
y públicos cumplimientos,
y luego hablen con quien quieran
lo que quieran en secreto,
que bien saben que les doy
todos cuantos gustos puedo.
CHICO. Estoy á los pies de ustedes,
en general.

(*Las criadas quitan las mantillas.*)

MÉNDEZ. Y yo beso
las manos á la tertulia.
MARIQ. Muchacho, toma el sombrero
y la capa de este niño.
Y ya basta, caballeros,
de afanes por esta noche;
mañana lo concluiremos.
EUSEBIO. ¿No hemos de ensayar?
MARIQ. Conforme:
siéntese usté aquí y hablemos.
PAULA. Pues soltura de labor
y al estrado.
PONCE. Me convengo.
CHICA. Muchachas, las sillas chicas.

(*Se las trae.*)

MARIQ. Mejor es que os vais adentro,
á jugar con las criadas.
CHICA. No, madre; aquí jugaremos
como ustedes, sentaditos.
MARIQ. Es mujer de mucho asiento
ya mi hija.
JOAQUINA. Pues Joaquín,
mi Joaquín es mucho cuento.
ESPEJO. Hija, voy por las vecinas.
MARIQ. Aún es temprano.
ESPEJO. A lo menos
subiré por la Lamberta,
para que con instrumentos
repase sus tonadillas.
MARIQ. ¡Ah, tío, cómo os entiendo!
ESPEJO. Pues no os alabéis, que todos
juzgo que nos entendemos.
MARIQ. Pues luego subirá usted.
CHICA. Ahora todos hablan recio:
háblame tú así.
CHICO. Es verdad;
después hablaremos quedo.
MARIQ. Abate, mirad que Pepa
está sola.
JOAQUINA. ¿Y qué tenemos?
También lo estoy yo; que tenga
paciencia, pues yo la tengo.
FUENTES. Si yo supiera, señora,
que gustáis de rendimientos,
días ha que á vuestros ojos
fuera despojo mi afecto.
JOAQUINA. ¡Jesús! Yo soy la dichosa;
aquí tenéis un asiento.
¡Bien haya la tropa, amén,
que reparte sus obsequios
entre todas!; no esos monos,
petimetres, soflameros,
que en los estrados van como
entre peras escogiendo:
presunción y pocos años.
Repare usted, que es discreto,
político, generoso
y rendido, qué defecto
en una dama es que tenga
cuarenta años más ó menos.
FUENTES. Ya se ve, son aprensiones:
cada uno tiene su genio.
ESPEJO. ¿No ve el diantre de la vieja?:
¡pero, Simeón, echemos
una china en el bolsillo!

(*Sale* PACA.)

PACA. ¿Se puede entrar con secreto
á saber quién está aquí
en un instante, y me vuelvo?
MARIQ. ¡Lamberta mía! ¿pues cómo
bajas sola? ¿Qué hay de nuevo?
PACA. Nada.
MARIQ. Por Dios, me lo digas;
porque sin duda es misterio.
PACA. Como quede entre nosotras...
MARIQ. Eso yo te lo prometo.
PACA. Pues no es más de que mi ama,
como es tarde y sólo el viejo
ha venido, se sospecha
lo que le está sucediendo,
y me ha mandado bajar
á ver, con otro pretexto,
quién está aquí y con quién habla.
ESPEJO. Ya lo ves, no hay otro cero
que yo, porque tú faltabas;
en fin, ya pareció aquello. (*Aparte.*)
PACA. A esto solo es mi venida.
PAULA. ¡Adiós!; ¡buena la tenemos!
Prima, yo soy de dictamen
que á todos los encampemos
á que cumplan con quien deben.
LOS CUAT. Nosotros nada debemos
allá, y aquí estamos bien.

JOAQUINA. Usted no haga ofrecimientos
tan generales, que alguno
no querrá dejar el puesto.
¿No digo bien?

FUENTES. Sí, señora.
Aunque estoy aquí violento, *(Ap.)*
me da lástima quitar
á la pobre este consuelo.

EUSEBIO. ¿Y qué has de decirla?

PACA. Yo
soy poco amiga de cuentos;
diré...

(Sale ANTONIO CALLE.*)*

CALLE. Mi señora doña
Marta y el señor don Cleto.

MARIQ. ¿Por qué no entran al instante?
¿No saben que son muy dueños?

(Sale GRANADINA, *con* CALDERÓN, *de capa, peluca, etc., y delante, trayendo de la mano á la referida,* NICOLÁS, *y* BLAS *alumbrando.)*

(Sale GRANADINA.*)*

GRANAD. ¿Cómo va, querida? Dios
guarde á ustedes, caballeros
(Con gesto.)

ELLOS TODOS. Señora, á los pies de usted.

MARIQ. ¿Y tú?

GRANAD. Yo estoy que te beso
las manos á ti y á todos,
con un dolor en el pecho,
un flato y una jaqueca
que, á no ser porque aborrezco
deshacer partidos, hoy
me hubiera sangrado.

MARIQ. Siento
tu desazón. hija mía.

GRANAD. ¡Qué fingido sentimiento!

PACA. ¡Qué embustera que es mi ama!

ESPEJO. No son, no, poco embusteros
tus ojos.

PACA. ¿Le han dicho á usted algo
que no haya salido cierto?

NICOLÁS. Beso á usted los pies, señora.

MARIQ. Yo á usted la mano, y celebro
la buena elección.

NICOLÁS. Madama,
lo que es acaso no es cierto.

GRANAD. Señor don Fadrique, aquí hay
desocupado un asiento.

PAULA. También aquí.

JOAQUINA. Aquí también.

NICOLÁS. Señoras, yo lo agradezco;
pero soy hombre que gusto
de ver á todos contentos;
aquí estoy bien, que no estorbo.

MARIQ. Hombres como vos, yo creo
que en ninguna parte estorban.

LOS HOMB. ¡Lo que hace tener dinero!

GRANAD. Aquí puede ser que sí;
porque tan llena estoy viendo
de monos la sala, que
las gentes ya no cabemos.

PAULA. Vaya usted con doña Marta,
que está rabiando de celos.

PONCE. Que tenga paciencia.

MARIQ. Idos:
¿no veis que os están riñendo?

ESPEJO. ¡Qué bien que se escopetean!;
¿y aquí, cómo estamos?

PACA. Buenos.

BLAS. ¿Lamberta, subes?

ESPEJO. No sube
hasta después que ensayemos.

BLAS. Ya esto está como ha estar:
voy á ver, si está en acecho
don Blas, á abrirle la puerta;
después me dirá si miento. *(Vase.)*

(Sale JUAN MANUEL.*)*

J. MANUEL Ya dicen que estamos todos:
¿ensayamos ó qué hacemos?

GRANAD. Yo no estoy para ensayar.

ESPEJO. Mejor es que haya bureo
esta noche, y que se baile,
y haya palillo.

MARIQ. Convengo:
pero mis seguidillicas
se han de probar, á lo menos;
que después no quiero errarlas.

TODOS. ¡Viva!

J. MANUEL Pues vamos con ello.

MARIQ. Hablen ustedes si quieren,
que á mí con los instrumentos
que atienda es bastante.

TODOS. Todos estamos suspensos.

CALDERÓN ¡Qué tierno está el Aquilino!
(Aparte los dos.)

GRANAD. Es un grande zalamero;
días ha que me enfada mucho.
¡Tú me la pagarás, perro!
(Aparte sola.)

MARIQ. Pues si ha de ser, allá voy.

EUSEBIO. Silencio todos. *(Con afecto.)*

GRANAD. Hablemos,
por lo mismo. *(Con rabia.)*

CALDERÓN. No es razón;
luego, después hablaremos.
(Con madurez.)

(Canta seguidillas la dicha.)

(Se asoma al bastidor, que figura la puerta, BLAS, *de capingot, y* CHINICA, *con la cabeza pelada, se asoma por el aleta.)*

BLAS. Para verlo todo no hay
mejor forma de esconderos.

CHINICA. Bien lo has pensado. ¡Jesús,

y qué estrado tan completo!
¿Oyes? ¿quién es el que está
con mi mujer?

BLAS. Un mozuelo,
mucha planta y pocos cuartos.

CHINICA. ¡Es bello gusto por cierto!

BLAS. Mire usté el tío, si cuida
de la casa.

CHINICA. Ya lo veo.

ESPEJO. Si usted guisa como canta,
¡qué guisaditos tan bellos
hará usted!

PACA. A mi ama sirvo,
y me tiene con respeto
por doncella. ¡Hola!

ESPEJO. Yo no
discurro que á usted la ofendo
en creerla de buen gusto.

PACA. Pues crea usted que le tengo.

ESPEJO. No lo dudo. (Esto es por mí.)

CHINICA. Mi tío es gran cancerbero.

NICOLÁS. ¿Por qué no jugais, chiquillos!

CHICO. Ya jugamos.

NICOLÁS. Yo no os veo
sino cuchuchear.

CHICO. Es que...
jugamos á los cortejos.

NICOLÁS. Y decidme, vidas mías:
¿quién os enseñó ese juego?

CHICO. ¡Qué preguntón es el hombre!
Eso se aprende de verlo,
como el jugar á la mata.

NICOLÁS. ¡Lo que puede el mal ejemplo!

CHINICA. ¡Qué adelantada está mi hija!
¡válgame San Nicodemus!

NICOLÁS. Mi alma; ¿y vas á la escuela?

JOAQUINA. Iba, pero como el tiempo
es tan caliente en verano
y tan frío en el invierno,
le he quitado hasta que tenga
catorce años por lo menos.

NICOLÁS. ¿Pero sabrá la doctrina
cristiana?

JOAQUINA. No sé; yo creo
que sí; ¿la sabes?

CHICO. Ya sé
la mitad del Padre Nuestro.

NICOLÁS. ¡Válgame Dios, qué crianza!
(Se retira.)

CHICO. ¿No tienes más caramelos?

CHICA. Otro hay, y si quieres más,
mi madre tiene un pañuelo,
que la trajo aquel señor
que tiene tan guapo el pelo.

GRANAD. Vecina, con tu licencia;
préstame ese caballero
por un momento no más,
que al instante te le vuelvo.

CHINICA. ¡Hola! ¿qué? ¿también se prestan
estos muebles? Yo estoy lelo,
don Roque.

BLAS. Pues calle usted,
que aún ha de ver algo bueno.

MARIQ. ¡Jesús, hija; y regalado,
si gustas dél, te lo cedo!

EUSEBIO. Yo, señora...

MARIQ. Vaya usted.

EUSEBIO. Así á las dos obedezco.
(Se va á la GRANADINA.*)*

NICOLÁS. Señora, porque este rato
no os falte en que hacer empleo
de las iras ó favores,
sustituiré en el asiento
interinamente.

MARIQ. ¿Cómo
interinamente? Vuestro
es, si acaso no os disgusta
la propiedad.

NICOLÁS. Me convengo.

CHINICA. Hasta el indiano, que sólo
hablaba de jubileos,
y en el mar de los cariños
siempre iba á viento sereno,
se alborotó y se echa á pique:
¡está divertido esto!

EUSEBIO. Pues, señora...

GRANAD. No haya más
de lo dicho; y os prevengo
que en vuestra vida me habléis,
ni me veais.

EUSEBIO. Si os ofendo
con el mirar y el decir,
fuerza será obedeceros;
que á bien que allí... pero ya
también me han cogido el puesto.

CHINICA. Estas creo que dan, antes
de que vaquen, los empleos.

NICOLÁS. Aquí tiene usted su silla.

MARIQ. Eso será si yo quiero.

EUSEBIO. No, señora; está muy bien,
que yo divertirme pienso
con los chicos.

CHICO. ¿Se le ofrece
á usted aquí algo, caballero?

EUSEBIO. Saber qué se hace.

CHICO. ¿Y á usted
qué le importa lo que hacemos?

EUSEBIO. ¡Hola, el mono!

CHICA. Dice bien;
que pequeños con pequeños
y grandes con grandes. ¡Ea,
no sea usted postema!

EUSEBIO. Vengo
á ver si quieres, Maruja,
que un fandanguito bailemos.

CHICA. Vamos al instante.

CHICO. Digo,
¿y sabes tú si yo quiero?

CHICA. Supongo...
CHICO. Supones mal.
EUSEBIO. ¿Quieres quitarte, muñeco?
CHICO. Si voy por el espadín,
allá fuera nos veremos
las caras. O has de bailar
conmigo ú ha de haber cuento.
JOAQUINA. Mira qué guapo es mi chico,
me le comiera ahora á besos.
EUSEBIO. Con efecto, eres gracioso.
MARIQ. Callad, dejadlos á ellos
que bailen.
CHICA. Mande usted, madre,
que saquen un instrumento.

(*Sale* NISO.)

NISO. Aquí estoy ya con el arpa;
y si hoy no he llegado á tiempo,
mañana madrugaré.
PAULA. ¡Que has de ser tan majadero!
NISO. Pues si no lo fuera, ¿cómo
estaría tu pellejo?
¿Qué se ha de tocar?
CHICOS. Fandango.
NISO. Pues atiendan, que comienzo.
(*Le bailan los dos chicos.*)
TODOS. ¡Lindamente, lindamente!
Han danzado con extremo.
CHINICA. ¡Esto no puede aguantarse!
¡Ya si no salgo reviento!
CHICA. ¡Ay, señores, que don Roque
tiene cuatro pies, dos negros
y dos blancos!
CHICO. Es verdad.
MARIQ. Muchacha, ¿qué estás diciendo?
BLAS. Bien dice; y si ustedes quieren,
vengan ustedes á verlo.

(*Sale* CHINICA.)

CHINICA. ¡Bendito sea el que cría
tal parva de majaderos!
Mujer, que sea enhorabuena;
tío mío, agradeciendo;
obligato, madamitas;
madamitos, *obliperro*.
TODOS. ¿Qué es esto?
CHINICA. ¡Chis! esto es
haber visto lo que es esto.
MARIQ. Pues, marido...
CHINICA. Pues, mujer...
una de dos, ó convento,
ó deshacer el tablado;
(*Con soflama.*)
y que vayan al infierno
á ensayar estos señores
el paso que han de hacer luego.
TODOS. ¿Por nosotros?
CHINICA. Por ustedes.
NISO. Y tú, ¿qué dices á esto,
mujer?
PAULA. Que te quiero mucho.
NISO. Yo también á ti te quiero.
CHINICA. ¿En qué quedamos?
NICOLÁS. En que
tenéis razón; pero atento
á la estimación de todos,
todo quede aquí secreto,
y se cante una tonada
al instante, desmintiendo
las sospechas de quimera.
CHINICA. Como esto se acabe luego,
mas que canten.
TODOS. Perdonad.
CHINICA. Yo no perdono; al discreto
auditorio es á quien toca
dar castigos y dar premios.
y en fin dar...
NICOLÁS. Pues si da tanto,
á sus plantas pediremos
(*Con todos.*)
que nos dé un perdón en paga
de todos nuestros esmeros.

51

La comedia de Maravillas.

1766 (1).

PERSONAS

JUAN MANUEL.	MERINO.	PACA.
PONCE.	IBARRO.	CALIJO.
BASTOS.	SOLDADO.	SIMÓN.
CORTINAS.	ESPEJO.	PAULA.
MARIANA.	CHINICA.	EUSEBIO.
ESTEBAN.	JOAQUINA.	LA MARTÍNEZ.
	PORTUGUESA.	

(*Mutación de calle, con una puerta cerrada, un balconcillo encima y con un farol pintado.—Salen* JUAN MANUEL *y* PONCE, *con las señoras* BASTOS *y* CORTINAS, *de majas y con mantillas.*)

CORTINAS. Ya son cerca de las ocho.
J. MANUEL ¡Qué ocho! ni las seis y media.
PONCE. Ahora poquito dió el cuarto.
BASTOS. Jamás he visto tal flema.
¿Cuánto apostais á que ya
se ha empezado la comedia?
PONCE. ¡Qué se ha de empezar! Ni un [alma
que hay todavía á la puerta.
CORTINAS. ¡Hola!: tienen su farol
muy pintado.
BASTOS. ¿Qué pensais?

(1) Bib. Municip.: leg. 1-165-21. Copia antigua. Otra con la fecha de 1766 en Bib. Nacional. En Durán, muy incompleto: tomo I, pág. 29. Suelto varias veces.

¿que Alonsillo no se porta?
El no tiene muchas fiestas
en su casa, pero cuando
las tiene, las tiene buenas.

J. MANUEL ¿Y abrirán?

CORTINAS. ¡Toma!: al instante
que escuche mi voz de ¡Pepa!

(*Salen* MARIANA *y* ESTEBAN, *con un bulto bajo de la capa.*)

MARIANA. Vamos, por Dios, que estará
mi marido hecho una fiera
aguardando que le vista.

ESTEBAN. ¡Qué rica chupa de tela
me ha prestado un parroquiano!

CORTINAS. ¿Oyes? ¿sabes quién es ésta?

BASTOS. La mujer de la segunda
dama, ¿no he de conocerla?

MARIANA. Vamos, llama.

ESTEBAN. Bien podían
tener las puertas abiertas.

MARIANA. ¡No faltaba más! ¿Tú sabes
que comedia como esta
no se ha hecho en las Maravillas?

ESTEBAN. Y para Carnestolendas
se ha de hacer otra mejor:
El más justo rey de Grecia.

MARIANA. Esta noche diz que viene
la mitad de la grandeza
á ver la función.

ESTEBAN. Por mí,
¿qué se me da de que vengan?

(*Todos se habrán ido acercando á la puerta.*)

MARIANA. En sabiendo uno el papel,
en no teniendo vergüenza
de nadie y estando tieso,
es buen cómico cualquiera.
Pero, sin pasión, ¿no lo hace
mi marido bien? Y cuenta
que en su vida ha sido dama.

ESTEBAN. La graciosa sí que es buena;
y canta.

MARIANA. Como que fué
sorchantre en la santa iglesia
de Leganés; algo bronca
es la voz, pero muy buena.

ESTEBAN. Vamos llamando.

(*Sale* MERINO, *de majo.*)

MERINO. ¡No es nada
la gente que hay á la puerta!
¿Si se habrá acordado de
guardarnos las dos silletas?
Con licencia de usted...

BASTOS. Antes
estoy yo aquí sin licencia
de nadie; aguárdese atrás.

MERINO. Por eso no haya quimeras.

TODOS. ¡Alonso, Alonso!

MERINO. ¡Alonsillo!

CORTINAS. Callen ustedes: ¡Tía Pepa!

MERINO. ¿Cuánto va que está ya lleno?
¿Alonsillo?

IBARRO. (*Dentro.*) ¿Quién vocea?

TODOS. Yo soy.

MERINO. Yo.

MARIANA. Callen ustedes,
que á mí me han de abrir por fuerza.

IB. (*Al balcón.*) Señores, no hay que cansarse,
porque hasta las siete y media
no se abre á nadie.

MERINO. ¿Y las sillas
para las dos petimetras
que te dije?

IBARRO. Si no hay nadie.
Dilas que vengan apriesa,
se sentarán á su gusto.

PONCE. Avise usted á la Josefa
de que están aquí sus primas.

ESTEBAN. Hombre, abre con más de treinta
demonios; ¿no ves que tengo
que vestirme y ya son cerca
de las siete?

IBARRO. ¿Por qué no hablas?
Al instante bajo, espera;
pero no entra nadie más.

MERINO. Cuidado, que voy por esas
señoras; guárdame dos
sitiales en la luneta.

(*Sale el* SOLDADO.)

SOLDADO. Paisano, aunque usted perdone:
(*A* MERINO.)
¿sabe usted qué bulla es ésta?

MERINO. Es que hacen en esta casa
una comedia casera.

SOLDADO. ¿Y qué comedia es?

MERINO. *Afectos
de odio y amor.*

SOLDADO. Voy á verla.

MERINO. No dejan entrar á nadie.

SOLDADO. ¿Quién es el dueño ó la dueña
de la casa?

MERINO. Un zapatero
catalán, que representa
grandemente; y hay un viejo
que hace el papel de Cristerna
tan bien, que puede enseñar
á Paula y á la Pereira.

SOLDADO. ¿Y qué? ¿no entra usted?

MERINO. Yo voy
por dos damas aquí cerca.

SOLDADO. Vaya usted presto, que quiero
entrar con usted y con ellas.

MERINO. Mande usted. (*Vase.*)

SOLDADO. Dios guarde á usted.
No hay funciones como éstas.

(*Sale* ESPEJO, *en jubón y capa, con una peluca en la mano.*)

ESPEJO. Tardecillo es; pero á bien
que yo no soy el que empieza,

que antes hablan otros dos.
A un ladito de la puerta,
señores; háganme calle,
que si alguno me despeina
la peluca, de un sopapo
le derribaré las muelas.

CORTINAS. ¿Qué papel hace usted, tío
Blas?

ESPEJO. ¡Qué pregunta tan necia!
¿Entrara yo en fiesta alguna
que el primer galán no hiciera?
¡Cuidado con mi peluca!

(Sale IBARRO.*)*

IBARRO. Entren los de la comedia
por ahora, y los demás
aguarden á que hora sea.

TODOS. Ahora hay pocos.

IBARRO. ¿Cuántos son?

MARIANA. Nosotros y tus parientas.

IBARRO. Entrad presto y cerraré
antes que más gente venga.
(Entran.)

SOLDADO. ¿Se puede entrar?

IBARRO. Todavía
tardará mucho la fiesta
en empezar; mas si usted
quiere pasar la molestia
de esperar, suya es la casa.

SOLDADO. Yo estimo vuestras finezas.

(Entra y cierra IBARRO.*)*

(Sale CHINICA, *de majo, con cofia grande y capa, debajo el brazo una guitarra y unos papeles en el pecho.)*

CHINICA. Aguarda, Alonso, no cierres.
¿Cuánto va que ya está llena
la sala? Pero á bien que
no han de empezar sin orquesta.
¡Alonsillo, baja á abrir!
Como no agarre una piedra
no me han de oir.

JOAQUINA. *(A la ventana.)* ¿Quién está ahí?

CHINICA. Yo; ¿no me ve usted, tía Pepa?

JOAQUINA. ¿Cómo he de ver si es de noche?

CHINICA. *(Aparte.)* No creí que era usted ciega.
Manolillo el cirujano.

JOAQUINA. ¿El de aquí de la plazuela?

CHINICA. El mismo.

JOAQUINA. ¿El apuntador?

CHINICA. Pues ¿no ve usted la vigüela?

JOAQUINA. Ya bajan á abrir.

CHINICA. Que bajen,
que está la noche serena
y luego después, si se
me resfria la cabeza,
cantaré como un becerro.

(Sale MERINO *con la* PORTUGUESA *y* PACA MARTÍNEZ.*)*

MERINO. Aprisita.

PORTUG. Qué tal fuera
que nos volviésemos sin
haber visto la comedia.

PACA. El frío que hemos pasado
es lo que yo más sintiera.

MERINO. Primero faltara asiento
aquí para una condesa
que para mí y para ustedes.
Mas de mil reales de suela
me deben; miren ustedes
si al instante que me vean
me abrirán.

PORTUG. Al hombre rico
ningún portillo se cierra.

CHINICA. ¡Alonso!

MERINO. ¿Qué? ¿está cerrado?

CHINICA. ¿Llamara yo si estuviera
abierto?

MERINO. ¿Es usted también
de los que en la función entran?

CHINICA. Sí, señor, y no, señor.

MERINO. Dudosilla es la respuesta.

CHINICA. Es que no hago personaje
ninguno de la comedia;
pero he prestado una chupa,
pespunteo la vigüela,
apunto y canto después
una tonadilla nueva.

PACA. Bueno estará.

PORTUG. Llame usted,
hombre, que ya estoy hambrienta
de función.

CHINICA. ¿Qué mujer hay
de funciones satisfecha?

(Salen á la puerta IBARRO *y* ESPEJO.*)*

IBARRO. Hombre, por Dios, que no tardes.

ESPEJO. Si voy sólo aquí á la vuelta
á echar medio cuartillico,
porque está la noche fresca.

IBARRO. Bebe poco, no te quite
la gana de cenar.

ESPEJO. ¡Buena!
¿qué cosa hay que abra las ganas
de cenar como una media?

MERINO. ¡Alonso!

IBARRO. Entre usted, y que tomen
los taburetes que quieran
estas señoras y usted.

(Se entran con MERINO.*)*

LAS DOS. Vamos muy enhorabuena.

CHINICA. ¿Dónde vas, primer galán?

ESPEJO. A hacer una diligencia
que me conforte la voz.

IBARRO. Vamos, ¿entras ó no entras?

CHINICA. Aguarda, que voy á hacerle
á este amigo una advertencia.

ESPEJO. ¿Oyes?: que me apuntes bien.

CHINICA. Como el papel todo sepas
de memoria, por mi parte
no hayas miedo que te pierdas.
Pero, hombre, sufre la risa,
que haces la parte más seria,
y parece mal.

ESPEJO. Amigo,
cuando me dice Cristerna,
en la segunda jornada,
que vaya por Auristela,
como sé que no voy más
que á traer el sastre á cuestas,
no me puedo contener.

IBARRO. Despachad, antes que venga
más gente.

ESPEJO. Pues hasta luego.
(Vase.)

CHINICA. Oyes, ¿hay bastante cera
de carnero?

IBARRO. Ya he traído
dos libras, y habrá otra vela
empezada.

CHINICA. Bastante es;
y para lo que les cuesta,
si se acabare la luz
que se acabe la comedia. *(Vase.)*

(Mutación de casa pobre, con sillas á los dos lados, un tabladillo con cortinas al foro, una cornucopia, encendida una vela y tres apagadas. Salen de un lado la señora JOAQUINA, *de casa; por el otro los que entraron primero.)*

MARIANA. ¿A dónde está mi marido?

JOAQUINA. Allí está en esotra pieza
poniéndose los zapatos.
Yo le he puesto la escofieta,
la cotilla y la casaca.

(Salen PONCE, JUAN MANUEL, *la* CORTINAS *y la* BASTOS.*)*

PONCE. Téngalas usted muy buenas.

JOAQUINA. Pasen ustedes *alante*.

(Sale CALLEJO, *de mujer de medio cuerpo arriba, con escofieta, casaca, cotilla, vuelos y medias muy charras de mujer, zapatos de tacón, con mucho colorete y muy enfadado.)*

CALLEJO. ¿Era hora de que vinieras,
picaronaza? Agradece
á que estoy en una prensa
con este tren, que si no
tú comenzaras la fiesta.

MARIANA. Pero, hombre...

CALLEJO. No me repliques,
que te echaré la cabeza
abajo de un capirote.

PONCE. La han detenido á la puerta
mucho tiempo.

CALLEJO. A no ser por
estos señores que median,
yo te aseguro... Anda adentro
y ensánchame vara y tercia
la cintura del brial,
que me viene un poco estrecha.

MARIANA. Voy allá. *(Vase.)*

BASTOS. ¡Jesús, qué diablo!

(Sale ESTEBAN.*)*

ESTEBAN. Ven adentro, no te vean.

CALLEJO. ¿Qué tal estoy, Mari Lucas?

ESTEBAN. Si no te se conocieran
las barbas y te cortaras
por la cintura las piernas,
pareces lo mismo que un
retrato de la taberna.

CALLEJO. En poniéndome el tontillo
verás qué chasco se llevan *(Vase.)*

JOAQUINA. ¿Oyes, cuñado?

CALLEJO. ¿Qué quieres?

JOAQUINA. Que pongan esas silletas
en forma, porque se vayan
sentando conforme vengan.

CORTINAS. Desde aquí bien se verá.

BASTOS. Yo siempre á tu lado, Elena.

PONCE. Hacia aquí, que no estorbemos.

SOLDADO. Está con mucha decencia
esto. *(Paseando.)*

JOAQUINA. Señor militar,
siéntese usted donde quiera.

SOLDADO. Yo en cualquiera parte estoy
de marcha.

(Sale MERINO *con las dos.)*

MERINO. Señora Pepa,
las sillas de estas dos damas.

JOAQUINA. En dejándome una de éstas,
que es preciso reservar
por si viene una marquesa
á quien calza mi marido,
todas las demás son vuestras.

MERINO. ¿Dónde les parece á ustedes?

PORTUG. Si quieres, tomemos éstas.

LA MART. Muy bien.

MERINO. Y yo aquí detrás,
por si acaso de la fiesta
hay que hacer burla, estar pronto.

(Salen CHINICA *é* IBARRO.*)*

CHINICA. Señores, á la obediencia
¿Dónde está el músico?

IBARRO. Adentro.

CHINICA. Vamos, pondré la vigüela
con el violín.

IBARRO. Vamos luego,
porque tiempo no se pierda.
Avisa si viene alguno.

(Sale SIMÓN, *majo crudo, con la* PACA.*)*

SIMÓN. ¡Alabado sea Dios! Entra,
que asientos tienes de sobra,
y siéntate donde quieras,

JOAQUINA. Tenga usted muy buenas noches.
PACA. ¡Jesús, señora Josefa; qué guapa!
JOAQUINA. ¿Qué quiere usted? No todos los días entra tanto bueno por mi casa.
SIMÓN. Siéntate y no gastes flema, que embarazamos en medio.
JOAQUINA. Aquí están ustedes cerca del teatro.
PACA. ¡Cómo hiede á cómicos de la legua!

(*Se sienta.*)

PORTUG. Poquito á poco, señora: ¿no mira que me estropea el ahuecador?
PACA. Traerle en lo alto de la cabeza por *petibú*, y sobre todo, quien quisiere conveniencias que se esté en su casa.
SIMÓN. Calla.
PACA. ¡Pues, hombre! ¿no ves que apenas llego, empieza á jibar?
SIMÓN. Calla.
PACA. ¿Y quieres tú que consienta provocaciones?
SIMÓN. Chitito; que estamos en casa ajena.
PACA. Más vale callar.
SIMÓN. Más vale.
MERINO. Señora, usted no se meta con esa gente.
PORTUG. ¿Usted ha visto qué mal criada y qué necia?
PACA. ¿Lo oyes?
SIMÓN. Como de esas cosas se oyen y se desprecian; y de parte de la gente de modo está la prudencia.
JOAQUINA. Callen ustedes, porque parece que un coche suena.
TODOS. Con efecto.
VOCES DENTRO. ¡Pára, pára!
JOAQUINA. ¡La marquesa, la marquesa!
PACA. ¿Qué marquesa?
JOAQUINA. La del Truco.
SIMÓN. ¿Alto ó bajo?
JOAQUINA. Es forastera y no la conozco. Alonso, sal apriesa.

(*Sale* IBARRO.)

IBARRO. ¿Qué haces, bestia, que no alumbras, que está obscuro el portal?
JOAQUINA ¿Y qué? ¿nos dejas á obscuras? Ya mi cuñado ha bajado á abrir la puerta.

(*Sale* ESPEJO.)

ESPEJO. ¡Jesús, lo que viene!, y ¡toma, lo que hay! ¡Qué concurrencia tan lucida! Alborotado está con nuestra comedia todo Madrid; pero tales personas entran en ella.
JOAQUINA. Vete á vestir.
ESPEJO. Voy corriendo. (*Vase.*)

(*Sale* IBARRO *con* PAULA *y* EUSEBIO.)

IBARRO. Venga muy enhorabuena usía á honrar esta casa.

(*Sale* MARIANA.)

MARIANA. ¡Gracias á Dios que ya queda vestido! Si me descuido, el peor asiento me queda.
PAULA. Dios guarde á ustedes. Alonso, sólo por usted hiciera yo este exceso, porque vengo muriéndome de jaqueca.
JOAQUINA. Me alegro de ver á usía.
EUSEBIO. ¿Es esta vuestra parienta?
IBARRO. Sí, señor.
PAULA. Por muchos años.
IBARRO. Señora, usía que los vea. ¿Dónde gusta de sentarse usía?
PAULA. Donde esté cerca y haya dos asientos juntos.
EUSEBIO. Pues está esto de manera que habrá sus dificultades.
IBARRO. Eso breve se remedia. Muchachas, vosotras dos pasad á esotras silletas,

(*A la* CORTINAS *y la* BASTOS.)

y usted pase á esotra fila

(*A la* MARTÍNEZ.)

BASTOS. No queremos, que para eso hemos sido las primeras.
MARIANA. Y yo puedo estar aquí mucho mejor que cualquiera; que hace mi marido parte *prencipal*.
JOAQUINA. Por esa mesma razón que tú eres de casa...
BASTOS. No seas tonta, estáte quieta.
MARIANA. Si soy de casa, es preciso dar lugar á los de afuera.

(*Se levanta y sienta junto á la* PACA.)

IBARRO. Háganse ustedes arriba ó abajo, y así nos quedan dos sillas desocupadas.
BASTOS. No queremos.
PAULA. No se meta usted en cuestiones por mí; que aquí hay dos asientos cerca.

EUSEBIO. Si gustais, yo estaré en pie
detrás.
(*Se sientan á las puntas de las filas.*)
PAULA. Cuando se me ofrezcan
los pañuelos y las cajas
yo os avisaré.
PACA. ¡Qué fresca!
No debe de traer su
señoría faltriqueras.
PORTUG. ¡Qué bien peinada que viene!
MERINO. Es dama muy petimetra.
PAULA. Señor barón, mi pañuelo.
EUSEBIO. ¿Cuál? ¿El de China?
PAULA. Cualquiera.
PACA. Señora, ¿tiene usted azogue?
(*A la* PORTUGUESA, *que se vuelve á hablar á* MERINO.)
PORTUG. Pues ¿acaso quién la llega
á usted ni con media vara?
PACA. ¿Hay tal menear de cabeza
y tal remeneo? Parece
la buena mujer veleta.
PORTUG. ¿Cómo es eso de mujer?
La mujer lo será ella;
que yo soy señora.
PACA. Ya
se le conoce á la legua.
SIMÓN. Siéntate en estotra silla.
(*La muda.*)
¡Mal pimentón en tu lengua
provocativa! Primero
que tú vayas á otra fiesta
conmigo has de ver diez mayos.
PACA. Si tú vergüenza tuvieras,
tú sacarías la cara.
SIMÓN. Si yo tuviera vergüenza,
¿tratara contigo? Calla,
aprende á tener prudencia.
PAULA. Señor barón, dos pastillas.
EUSEBIO. ¿De caramelo ó de fresa?
(*Por delante de la* CORTINAS *y la* BASTOS.)
PAULA. De uno y de otro. El vinagrillo.
BASTOS. Parecen devanaderas.
PAULA. Oiga usted una palabra.
(*Esto es por delante de las dos.*)
PACA. Ya estoy yo harta de fiesta.
(*Levántase.*)
Vámonos á casa.
SIMÓN. ¿Ahora?
¿no te ha pedido comedia
el cuerpo? pues que la trague.
PACA. ¿Y si ya no quiero verla?
SIMÓN. La verás.
PACA. Me he puesto mala.
SIMÓN. Lo siento, mas considera
que has de estar peor si me empeño
yo en curarte la jaqueca.
PACA. Tú te acordarás.
SIMÓN. Veremos
después quién de quién se acuerda.
MERINO. ¡Qué viva es esa madama!
SIMÓN. Y que sea viva ó sea lerda,
¿le importa á usted algo?
MERINO. A mí, nada.
SIMÓN. Pues cuide usted de sus hembras,
y déjele á cada uno
que con lo suyo se avenga.
PAULA. Señor barón, el estuche.
BASTOS. Ya me han hecho una postema
en este lado.
CORTINAS. Y á mí otra;
y me tienen la cabeza
desvanecida.

(*Sale* IBARRO.)

IBARRO. Señores,
un poquito de paciencia,
que ya vamos á empezar.
JOAQUINA. Ves encendiendo esas velas,
muchacho.

(*Sale* CHINICA.)

CHINICA. Señores, ¿hay
de ustedes alguien que tenga
dos sombreros?
PONCE. ¿Para quién?
CHINICA. Para el barba.
PONCE. ¿No tuviera
bastante con uno?
CHINICA. Sí.
PONCE. Pues diga usted que ahí le lleva.
PAULA. Mire usted, señor barón.
BASTOS. Mujer, déjales las sillas,
con más de treinta demonios,
libres. (*Se juntan.*)
MARIANA. Si en empezando la fiesta
no callan, me planto encima
del barón y la marquesa.
EUSEBIO. ¡Vivan ustedes mil años!
PAULA. Corrida estoy de vergüenza
de estar aquí entre una gente
tan chavacana y tan puerca.
EUSEBIO. ¿Qué nos importa á nosotros,
una vez que nos diviertan?
PAULA. Así es, y es menester
desensebar lo marquesa
alguna vez.
EUSEBIO. Cuanto más
caballeros, más llaneza.
IBARRO. ¡Por Dios, señores, silencio!
que ya va á empezar la orquesta.
PACA. ¡Que no puedan las usías
ni aun en misa estarse quietas!

(*Sale* CHINICA.)

CHINICA. ¿Quién nos presta un correón
de aquellos de donde cuelgan
el espadín?
SOLDADO. ¿Biricú?

CHINICA. ¿Qué sé yo! Es una correa
que se ata por la barriga
con un embudo que cuelga
al lado derecho.

SOLDADO. ¿Es esto?

CHINICA. Sí, señor.

SOLDADO. Pues ahí le llevas.

CHINICA. Ahí va y calle todo el mundo,
que la función se comienza. *(Le tira.)*

Encendidas las luces y todos acomodados, suena un violín dentro y CHINICA *con la guitarra sobre el tablado. Tocan un minuet viejo, que otro acompaña con unas castañuelas adentro; luego arrima la guitarra, toma la comedia y la luz y se pone á apuntar de modo que le vean.)*

CHINICA. Vamos saliendo.

ESTEBAN. ¿Quién sale?

CHINICA. Tú y el albañil empiezas.

(Salen CALLEJO, *de dama, con tontillo, y* ESTEBAN, *de barba.)*

CALLEJO. «¿Qué hace mi hermano?

ESTEBAN. Ya es
ociosa pregunta esa.

CALLEJO. ¿Por qué?

ESTEBAN. Porque ya se sabe
que está...

CALLEJO. Dí.

ESTEBAN. De esta manera.

(Corren la cortina y se ve ESPEJO, *sentado.)*

ESPEJO. Quien tiene de qué quejarse
¡qué mal hace si se queja!»
(A CHINICA.)
(Apunta un poco más recio.)
«Mas ¿quién está aquí? ¿Auristela?»
¡Jesús, qué demonio! *(Se ríe.)*

CHINICA. ¡Vaya!:
no te rías.

CALLEJO. «Cuando atenta
á la pasión que te aflige,
no te acecho... Pues Cristerna...

ESPEJO. No la nombres, ¡calla, calla!
no la acuerdes, *¡ciesa, ciesa!*
Pero ya que la has nombrado,
escucha, para que sepas
lo que por ella suspiro.
lo que me pasó con ella.»
(A CHINICA.)
Cuenta con la relacion;
apunta bien, no me pierda.

IBARRO. ¿Qué tal, señores?

TODOS. Muy bien.

JOAQUINA. Pues cuidado, que ahora empiezan.

ESPEJO. «Después que en contadas marchas
Adolfio y yo las riberas
ocupamos del *Denubio*,
frente haciendo de banderas
en lo intrincado de un...»

CHINICA. *(Recio.)* ¡Cuerno!

(Se quema CHINICA *y suelta la comedia y la candela y todos se ríen.)*

TODOS. ¡Viva, viva la agudeza!

ESPEJO. Cumple con tu obligación
ó te romperé las muelas.

CHINICA. Pues si me he quemado.

CALLEJO. Sopla,
y no tires la comedia.

ESPEJO. A no mirar ..

CHINICA. Calla tú,
si no quieres que te tuerza
el pescuezo.

MARIANA. ¿A mi marido
tú?
(Se levanta y va al tablado.)

MERINO. Ya está armada la gresca.

IBARRO. ¡Por vida de tal, por vida
de tantos, que esto suceda
en mi casa!

JOAQUINA. ¡Ay, Alonsillo!
déjalos, tú no te pierdas.

IBARRO. ¡Por vida de... que he de hacer
de todos ellos menestra!

ESPEJO. Yo no represento más.

IBARRO. Representarás por fuerza.

SOLDADO. Vamos callando, ó á todos
los ato y van á la trena.

PACA. Por lo que lo siento es por
el barón y la marquesa.

IBARRO. ¿Qué se dirá? que en mi casa
á ninguno se chasquea.

PAULA. Y es lástima ciertamente,
que iba la función muy buena.

IBARRO. ¡Por amor de Dios, señores,
que esto se acabe y que vuelvan
á empezar!

EUSEBIO. No lo permita
el Señor.

ESPEJO. Ya está dispersa
la compañía; y la culpa
tiene quien se mete en fiestas
con monos.

CHINICA. El será el mono.

SIMÓN. Ahorrémonos de quimeras.
Cada uno tome su mueble,
y á cenar el que lo tenga.

CHINICA. ¿Cómo es eso de irse sin
que á todos se les divierta,
á lo menos un ratito?
Vaya usted y diga que enciendan
las luces del corredor,
y los otros se prevengan;
que, aunque la fiesta se ha aguado,
se ha de hacer el fin de fiesta.

TODOS. ¡Viva, viva!

IBARRO. Pues, señores,
para concluir la idea,
pidamos todos rendidos
perdón de las faltas nuestras.

52

El maestro de rondar.

1766 ([1])

PERSONAS

PAYA 1.ª—ALCALDE.—JUAN PULÍO, *majo.*—EL ESTUDIANTE.—EL PADRE DEL ESTUDIANTE.—TERESA.—JUANA.—ANTONIA.—PAYOS Y PAYAS.—ALGUACILES (*no hablan*).

(*Calle y salen* PAYOS *y* PAYAS, JUAN PULÍO, *á lo majo,* ESTUDIANTE *y su* PADRE.)

TODOS. ¡Viva el estudiante, viva,
y viva su amada perla!
PADRE. ¿Qué te parece, Pablitos?
¿No ves cómo te festeja
toda la gente?
PAYO 1.º Esto sólo
es un poquillo de gresca,
que el día que usted se case
le hemos de hacer una fiesta
que ha de ser sonada.
JUAN (*Aparte.*) ¡Antes
revientes que tal suceda!
¡Que sea yo tan desgraciado
que, amándome mi Teresa,
esté empeñado su padre
en dársela á este babieca!
ESTUD. Gracias, amigos.
PADRE. Yo debo
á todos muchas finezas;
mira tú, al señor alcalde,
no bien le dije la idea
de casarte con su hija,
me dijo que te trajera
de Alcalá, donde estudiabas;
y así es menester que tú
hoy de bobo no la pierdas.
JUAN. ¿Con que usted se va á casar
sin saber la dependencia
que es? Pues ya lo verá usted
al ajustar de la cuenta.
ESTUD. Sobre eso es el pleito, y
no puede ser en conciencia.
JUAN. Ni usted le sabrá decir
á la novia dos de aquellas
palabras que congratulan.
ESTUD. ¡Si no he estudiado una letra
de la congratulatoria,
ni yo sé si eso se enseña
en Alcalá todavía!
JUAN. ¡Pues ya está usted bien! ¡ya!; crea
usted que es hombre perdido.

([1]) Bib. Municip.: leg. 1-165-47. Copia antigua y en Durán, tomo II, pág. 389.

ESTUD. No haya miedo que me pierda,
porque no me casaré
en mi vida, hasta que aprenda
á rondar, á enamorar,
á casarme; y si me aprietan,
hasta que aprenda á enviudar
tendrá la novia paciencia.
PAYA 1.ª Pues venga usté acá, deshonra
del gremio de las bayetas:
¿qué ha hecho en Alcalá?
ESTUD. Estudiar
muchas cosas y muy buenas,
que á no estar en latín todas
sin duda las entendiera.
PAYA 1.ª ¿Y no trató con madamas
en alguna concurrencia,
baile ó paseo?
ESTUD. No gasto;
mi diversión sólo eran
los libros, cazar ratones
y concurrir á meriendas
á escote, donde pagaba
por uno y comía por treinta.
PAYA 1.ª Pues desde luego aseguro
que es usted un gran babieca;
porque el estudiante que
á entender no se detenga
musa musae y *amo amas*,
rara cosa habrá que entienda.
ESTUD. Yo bien lo entiendo, sino
que no me ayuda la lengua.
PADRE. ¡Bueno será que por tonto
pierdas una conveniencia
tan grande!
JUAN. No haya usted miedo,
que en el lugar hay escuela
bastante de galanteo,
y á cuatro cosas que vea
con aplicación, será hombre.
ESTUD. Yo tengo memoria buena,
y aprenderé á cualquier cosa
á dos veces que lo vea.
PAYA 1.ª Hacia aquí viene la ronda
con el alcalde.
PADRE. Ten cuenta,
muchacho, y habla á tu suegro
poco y con mucha modestia.
ESTUD. Eso sí, siempre yo he sido
muy atento con cualquiera.
JUAN. Amigos, vaya de bulla,
que el señor alcalde llega.
TODOS. ¡Que viva el alcalde nuestro;
que viva edades eternas!

(*Salen el* ALCALDE *y* ALGUACILES.)

ALCALDE. ¡Vaya, vaya, caballeros;
qué temprano se comienza
el regocijo! Cuidado,
que á ninguno doy licencia

mas que hasta la media noche,
porque no quiero que sea
escándalo el permitido
júbilo en noches como éstas.

JUAN. Vaya usted, señor alcalde,
que toda la gente es quieta.

ALCALDE. ¿Quieta? ¿Y vas tú, Juan Pulío,
gobernando la asamblea?
¡Fuego!

PADRE. Es un buen muchacho.

ALCALDE. Sí, lo es, nadie se lo niega;
muy atento, bien nacido
y honrado; pero no queda
moza en el lugar á quien
no me la cascabelea.

JUAN. Señor, eso es aprensión:
antes es una materia
de que no entiendo palabra.

ALCALDE. ¡No es nada, y es quien enseña
á todos el arte del
amor y á decir chufletas!
¡Tengamos la fiesta en paz,
si queremos tener fiesta!

ESTUD. ¡Hola! ¿Qué? ¿este es el maestro?
Así enseñarme quisiera.

PADRE. Como es amigo de Pablos
desde sus edades tiernas,
le ha dispuesto esta alegría
para ir á dar una vuelta
á la casa de la novia
luego, que es razón que sepa
que la corteja.

ALCALDE. Amiguito:
vuestro hijo es una gran bestia;
ni aun sabe hablar ni explicarse:
es tonto de cuatro suelas.
La chica le ha conocido;
está hecha una Madalena,
y yo no he de violentarla
si el muchacho no se enmienda.
Instruirle, y hasta luego;
porque la gente me espera.
(*Vase y Ministros.*)

ESTUD. Padre, yo me voy con ellos;
¿Padre? (Parece que reza
ó gruñe.) ¡Padre!...

PADRE. ¡Animal!
¡borrico!

ESTUD. Usted que los vea.

PADRE. ¿Por qué no hablaste al alcalde,
di? ¿por qué razón?

ESTUD. Por ésta.
Porque yo he llegado á oir
á gentes sabias, señor,
que la palabra mejor
es la que está por decir.
Y como estoy en estado
de merecer, no quisiera
perder mis merecimientos
por cuatro palabras necias.
Vele usted ahí.

PADRE. ¡Buena salida!
Pero, amigo, él no te encuentra,
para su yerno, con todo
el mérito que desea,
y la novia mucho menos.

ESTUD. Yo sé que si á ella la fueran
á escudriñar, hallarían
quizá sus tachas, y buenas.

PADRE. Eso es contingente, y
las tuyas son manifiestas.

ESTUD. ¿En qué están?

PADRE. En no saber
portarte delante de ella
á lo novio.

ESTUD. ¿Y cómo es eso?

PADRE. Juan Pulío, tú que en estas
historias eres perito,
dile algo para que aprenda.

ESTUD. Sí, Pulío, tú que sabes
y entiendes de las materias...

JUAN. Bien está: pero para esto
era menester que fuera
yo con él á ver la dama,
porque son de mil diversas
especies de genios, y
en la teórica se arriesga
la práctica muchas veces.

ESTUD. Eso es claro.

PADRE. ¿Qué me cuentas?
¿Y cuántas especies hay
de mujeres?

JUAN. Yo con ellas
no me meto, hablo de las
especies de sus ideas
ó caprichos.

PADRE. Y di ¿ésas
cuántas son?

JUAN. Inmensas;
pero las más conocidas
y universales en esta
moda de trato civil
son cuatro.

PADRE. ¿De qué manera?

ESTUD. Cuatro son. Yo bien me acuerdo
desde que anduve en la escuela.

PADRE. ¿Sabes tú que especies son?

ESTUD. Sí, señor: clavo, pimienta,
canela y azafrán.

PADRE. ¡Bruto!
¿qué dices?

ESTUD. Las cuatro especias.

PADRE. Se trata especies de genio.

ESTUD. Pues hablar claro ¡hay tal flema!
¿Y de qué especie será
la hija del alcalde?

JUAN. Esa
es mi duda; y es preciso

que vamos á conocerla
los dos.

ESTUD. Pues ¿qué inconveniente
hay? ¿Su casa no está abierta
para ti?

JUAN. Es que yo después
con su padre no quisiera
tener historias.

PADRE. ¿Qué historias?
Y para que menos temas,
yo le entretendré: id vosotros,
y dale tú la primera
lección de cómo se debe
portar con la que corteja
para su esposa, que yo
te ofrezco la recompensa.

JUAN. Sólo en eso no convengo;
no, señor, que si aprovecha
la lección (como yo aguardo)
bastante premiado queda
mi afán.

PADRE. Pues Dios lo permita.
(Vase.)

JUAN. Usted déjelo á mi cuenta.

ESTUD. Empecemos la lección.

JUAN. Ponte bien esa montera;
límpiate bien los zapatos;
recoge bien de la izquierda
esa capa; ahora redobla
al lado de la derecha
y embózate. *(Lo hace* JUAN *primero.)*

ESTUD. Ya lo haré.

JUAN. Cuando estés delante de ella
has de escupir á lo majo,
¡ajá! así de esta manera.
¿Has entendido?

ESTUD. Ahora bien;
la primer lección es ésta;
á ver si se me ha olvidado.
Ponerme bien la montera,
limpiarme bien los zapatos,
coger con la mano *drecha*
toda la capa, y después
embozarme con la izquierda.

JUAN. ¿Qué haces?

ESTUD. Se me fué la capa.

JUAN. ¡Habrá semejante bestia!

ESTUD. Voy siguiendo la lección.
Estando delante de ella
he de escupir á lo majo
así: ¡ejé!

JUAN. ¡Maldito seas,
que me has manchado la capa!

ESTUD. Quitarse de enmedio.

JUAN. ¡Ea!
va la segunda lección.
Paseando la calle mesma
donde ella vive has de ir,
siempre que pases, de aquesta
manera: un hombro caído,
y el otro hasta las estrellas.

ESTUD. ¿Así?

JUAN. De ese modo mismo.
Sígueme con gran modestia
y sin turbarte.

ESTUD. Y pregunto:
para enamorar las hembras,
¿es preciso hacer un hombre
diariamente esta faena?

JUAN. Es forzoso.

ESTUD. ¡Buen cilicio
sobre mí ha caído á cuestas!

JUAN. Aprende y calla.

ESTUD. Ya aprendo.

JUAN. ¡Ay de ti, pobre Teresa! *(Aparte.)*

ESTUD. ¿A qué esperamos?

JUAN. A solo
decirte que no te muevas
de mi *lao* cuando allá estemos,
y que oigas, calles y veas
para aprender.

ESTUD. Eso es fácil;
y con la postura ésta,
en viéndome la muchacha
se ha de enamorar por fuerza.
(Vanse.)

(Casa pobre, y salen TERESA, ANTONIA *y* JUANA.*)*

JUANA. ¿Qué tiene usted, señorita?
¿Qué hace usted que no se alegra?
Si el novio á usted no le agrada,
é insta á que le favorezca
su padre, á bien que allá abajo
tenemos en la despensa
calabazas; cuando pida
favores, hartarle de ellas.

ANTONIA. Hablemos claro; yo sé
que el dueño de esa belleza
y el amado es Juan Pulío,
y que el estudiante llega
tarde ya á la pretensión. *(Llaman.)*

TERESA. Mira quién llama á la puerta.

JUANA. Algún convidado que
vendrá al olor de la cena.
Voy, señora. *(Vase.)*

ANTONIA. ¿Qué os aflige?

TERESA. No me he de casar por fuerza.
¿Quién es?

(Sale JUANA.*)*

JUANA. El mal y el bien; el
tabardillo y la receta;
amado y aborrecido;
la esperanza y la molestia;
el novio desesperado
y Juan Pulío, que esperan

TERESA. Diles que entren, y vosotras
idos á poner la mesa
á la sala.

ANTONIA. Muy bien.
Señores ¿por qué no entran?

(*Salen* JUAN PULÍO *y el* ESTUDIANTE.)

JUAN. Pon cuidado á cuanto yo hable
desde que te haga una seña.
TERESA. Muy bien venidos, señores.
ESTUD. Téngalas usted muy buenas.
¿Oye usted, señora novia,
son todas estas doncellas?
TERESA. ¡Rara pregunta!
ESTUD. Es que alguna
podía ser la cocinera.
JUANA. Y todas somos iguales
para ser criadas vuestras.
TERESA. Aquí no tenéis que hacer;
marchad á vuestras haciendas.
ANTONIA. Cuide usted de hacer las suyas,
que importan más que las nuestras
(*Vase.*)
JUAN. Desde ahora, cuidado á todo.
ESTUD. No perderé ni una letra.
Habla tú y yo aprenderé
para después; ¡ea! comienza.
JUAN. Aquí empieza la lección.
ESTUD. Sea muy enhorabuena.
Todo cuanto aquí mi amigo
os hable, estad satisfecha
lo digo yo, porque á mí
la cortedad no me deja.
¿Estais?
TERESA Ya lo comprendo.
JUAN. En fin, amada Teresa,
el estado en que nos vemos
clama por la más violenta
rápida declaración
de mi amor. ¡Dichosa sea,
y cuarenta y tres millones
de veces dichosa, aquella
hora que te hablo, si así
nuestras ansias se remedian!
TERESA. Torpe médico serías
si mis males no entendieras.
JUAN. ¿Qué tal, Pablos?
ESTUD. ¡Grandemente!
Más valía que yo hubiera
aprendido esto, que no
las súmulas de la escuela.
JUAN. Si dudas de mis afectos,
pídeme la mayor prueba:
yo estoy prendado de ti
y de tu mucha belleza,
y resuelto á libertarte.
ESTUD. ¡Aprieta, Pulío, aprieta;
oblígala sin temor!
JUAN. ¿Y esperaré que prefieras
mi mano á la de una bestia?
ESTUD. Pulío: ¿quién es la bestia?
JUAN. Tú... aprende y calla.
ESTUD. Ya aprendo.
JUAN. No temas, no, mi Teresa.
¿Serás mía, amado dueño?
TERESA. Hasta que la muerte venga.
JUAN. ¡Dichoso el que te merece!
Tú eres mi bien.
TERESA. Tú mi prenda.
JUAN. Tú á quien quiero.
TERESA. Tú á quien amo.
JUAN. Tú mi norte.
TERESA. Tú mi estrella.
JUAN. Tú mi adorado embeleso.
TERESA. Tú á quien rindo mis potencias.
ESTUD. Tú, turrututú, Pulío:
no tanto *tú*, *tú*, ¡canela!
JUAN. Calla, que ahora va lo bueno.
Pues para que tenga fuerza
el trato, dame la mano.
TERESA. Toma, porque la defiendas
como tuya.
ESTUD. ¡Poco á poco!
¿cómo va eso?
JUAN. No seas bestia;
que esto es lo esencial.
ESTUD. Si es esa
esencial cosa, acabemos:
ya es eso de otra materia.
TERESA. Lo dicho, dicho, y adiós,
porque parece que llega
mi padre. (*Vase.*)
JUAN. ¡Adiós, vida mía!
ESTUD. ¡Mi maestro, qué bien enseña!
¡Qué bien explica mi amor!
¡Cómo la obligó! Quisiera
saber yo tanto.
JUAN. ¿Qué dices?
ESTUD. Digo que es cosa muy bella
aprender para saber.
JUAN. Pablo mío, cuando quieras
ser correspondido, así
has de tratar á las hembras.
ESTUD. Ya estoy yo rabiando por
dar á mi padre las muestras
de mi explicación.
JUAN. Pues ya
le tienes ahí.

(*Salen el* ALCALDE, ALGUACILES *y el* PADRE.)

ALCALDE. Queden fuera
todos menos los de ronda,
les bajarán la merienda.
¡Hola, muchachas!

(*Salen las* MUJERES.)

MUJERES. Señor.
ALCALDE. ¿Están ya puestas las mesas?
JUAN. Sí, señor.
ALCALDE. ¡Oh tanto bueno
por mi casa! ¿Qué hay en ella
que hacer, señor Juan Pulío?

JUAN. Para que no se perdiera
mi amigo, vine á traerle.
ALCALDE. ¿Y ha hablado usted á su prenda,
señor novio?
ESTUD. Voy á hablarla
ahora, si me da licencia,
PADRE. Cuidado.
ESTUD. Ya soy otro hombre:
en fin, así se comienza:
se escupe ¡ejé!, el hombro iz-
[quierdo
que esté junto á las estrellas.
TERESA. Usted se cansará en vano;
porque soy un poco tierna
de gusto, y él muy borrico.
JUAN. ¡Paciencia, amigo, paciencia!
ESTUD. Juan Pulío ¿qué es aquésto?
La primer lección ¿no es ésta?
deje siquiera que le hable.
En fin, amada Teresa...
TERESA. Ya le he dicho que no estoy
para escuchar sus arengas.
ESTUD. ¿Cómo va esto, Juan Pulío?
Yo bien sé que así se empieza
la lección.
JUAN. Habla más alto.
ESTUD. En fin, amada Teresa... (*Alto.*)
TERESA. Váyase á gritar al monte,
que me aturde la cabeza.
ESTUD. ¡Juan Pulío!
JUAN. ¿Qué me quieres?
ESTUD. ¿Que tracamandana es ésta?
JUAN. No des gritos, háblala
más bajo.
ESTUD. ¡Maldito seas!
Probemos ahora por bajo.
En fin, amada Teresa... (*Bajo.*)
TERESA. No te entiendo, ni te quiero
entender, y para prueba
de que te cansas en balde
y los que forzarme intentan,
ya Juan Pulío es mi esposo.
Toma mi mano derecha.
JUAN. Y tú la mía, mi dueño.
ALCALDE. ¡Villana! ¿tú á mí esta afrenta?
PADRE. Hace bien, y yo seré
el primero á defenderla;
pues yo me hiciera lo propio
por no vivir con un bestia.
ESTUD. Mejorando lo presente.
PADRE. ¿Todavía hablas?
ESTUD. ¡Paciencia!
¡El demonio del maestro!
¡Qué lección tan estupenda!
ALCALDE. Si vos os dais por contento,
yo también.
TODOS. Sea enhorabuena.
Y aquí da fin el sainete,
perdonad las faltas nuestras.

53

La música á oscuras.

SAINETE DE EMPEZAR LA TEMPORADA DEL AÑO 1766
LA COMPAÑÍA DE NICOLÁS DE LA CALLE [1].

(*Descúbrese la puerta de una casa entre las cortinas y salen las señoras* MARIQUITA, PAULA *y las demás que quisieren (á excepción de las que entren en las tonadillas) de guardapiés de droguete ó sarga y mantillas terciadas como de mozas de lugar, con un farolillo una.*)

MARIQ. Hasta casa del alcalde
no hay que parar.
PAULA. Pues ligero,
que á agravio pronto es preciso
aplicar pronto el remedio. (*Vanse.*)

(*Van saliendo por distintos lados* CHINICA *y* JUAN MANUEL, *con dos guitarras debajo de la capa, pisando de puntillas, y se entran cruzando sin hablar palabra. Salen luego y se entran en la misma conformidad* EUSEBIO, *con violín, y el* TÍO NISO, *con un bajón. Después seguirán, con igual silencio y pantomima,* CAMPANO, *de vejete, con un clarín, y* ESPEJO, *de payo, en cuerpo, con una dulzaina; luego* BLAS, *solo, embozado; y vuelven á salir las mujeres del modo que al principio*).

MARIQ. Muchachas, en esa puerta
vive el alcalde, llamemos.
MUJER 1.ª ¡Ah de casa!
UNO. (*Dentro.*) ¿Quién va allá?
PAULA. Nosotras; abra usted presto.
UNO. (*Dentro.*) Digan qué se les ofrece.
MARIQ. Que salga, y se lo diremos
al señor alcalde.

(*Sale* CALDERÓN.)

CALDERÓN. Aquí
está el alcalde: ¿qué es ésto?
MARIQ. Una injusticia, una cosa
jamás vista en este pueblo.
PAULA. Un desaire de las mozas
que estamos aquí de asiento.
TODAS. ¡Justicia, alcalde, justicia!
CALDERÓN. Hable una sola y sabremos
la causa de sus querellas.
PAULA. Habla, Jerónima.
MARIQ. *Aceto*,
y en voz y en nombre de todas,
con los poderes que tengo
de *ca* una *insólidum*, voy
á *referillo* en un trueno.
Es el caso de manera
que ya sabéis que tenemos
en el lugar tres ó cuatro

[1] Bib. Municip.: leg. 1-165-28. Copia antigua. Impreso en la colección de Durán, tomo I, pág. 417.

cómicas que se vinieron
á divertir con achaque
de que, aunque en Cuaresma este-
para trabajar cada uno [mos,
huelga cuando tiene tiempo.
Pues, señor, en buena hora
lo diga; desde que vieron
á estas mozas nuestros mozos,
se fueron indisponiendo
con nosotras, de tal suerte
que se echaron á cortejos
de esotras, de modo que
son ellos y no son ellos,
porque el hombre *enemorado* [mo.
no es el propio, aunque sea el mes-
Desde entonces no hay marido
con marido, parentesco
con pariente, primazgo
con primazgo, ni tenemos
novio con novio, y, en fin,
está el antiguo comercio
tan atrasado, que es fuerza
que el lugar se venga al suelo.
Alcalde sois; harto he dicho:
remediadlo y entendedlo.

CALDERÓN. Agrio es el caso; preciso
es que le dulcifiquemos.

PAULA. Aquí no hay dulce que valga;
justicia seca, y no andemos
con *emplásticos*.

CALDERÓN. Muchachas,
escuchad: Yo sé de cierto
que, acabada la Cuaresma
hoy, se marcharán corriendo
á cumplir con su ejercicio
mañana; con que dejemos
las cosas por ahora, que
después se pondrá remedio.

TODAS. Apelamos, apelamos.

PAULA. ¡También el alcalde es bueno,
á fe mía! Si tuviera
usted un poco de celo
y rondara, los vería
que andan todos contrapuestos
alborotando el lugar,
cada uno con su instrumento.
Hoy por ser la última noche,
las van á hacer un obsequio
á la ley.

CALDERÓN. ¿Y quiénes van?

PAULA. Manguitas, Cara de Piejo
y otros van con la guitarra.
El usía va muy serio
con su violín; también lleva
su clarín el trompetero;
sabemos que va Gil Once
con su dulzaina, y sabemos
va también con su bajón
el tío Mano de Mortero.
Vea usted si puede llegar
á más el atrevimiento.

CALDERÓN. Con efecto; si es así
tenéis razón, en efecto;
y yo haré justicia. ¡Hola!

UNO *(Sale.)* Señor.

CALDERÓN. Ve y llama corriendo
á la ronda; que esta noche
me han de quedar en el cepo
todos. ¿Queréis más, muchachas?

MARIQ. Eso tan sólo queremos.

CALDERÓN. Pues id con Dios, que vengaros
de vuestras quejas ofrezco. *(Vase.)*

TODAS. ¡Viva el alcalde que sabe
ser con las mozas atento! *(Vanse.)*

(Ocúltase la puerta y se descubre una reja cerrada, y van saliendo cada uno de los siete que pasaron, con sus versos á media voz y el instrumento que se acotó.)

(Sale CHINICA.*)*

CHINICA. ¡Qué obscura que está la noche!
Casi casi tengo miedo;
pero en un hombre de bien
el valor es lo primero.
(Va andando.)

(Sale JUAN MANUEL.*)*

J. MANUEL ¡Qué bueno fuera que yo
perdiera el tino, y que, yendo
á dar música á mi dama,
se la diera al pregonero.
(Se queda á la punta del tablado.)

CHINICA. A esta parte cae la reja,
sobre poco más ó menos.
(A la otra punta.)

(Sale CAMPANO.*)*

CAMPANO. Ya que la noche me ampara
con su lobreguez, lleguemos
con grande sigilo á dar
una música de recio. *(Párase.)*

(Sale EUSEBIO.*)*

EUSEBIO. Esta es la calle; sin duda
que yo he llegado el primero,
pues nada oigo; sin embargo,
escucho mientras comienzo.
(Párase.)

(Sale CALLEJO.*)*

CALLEJO. ¡Qué soledad tan profunda!
Apenas mueven los vientos
otra paja más que á mí;
allí es la reja, paremos. *(Párase.)*

(Sale ESPEJO.*)*

ESPEJO. ¡No he visto noche mejor
para poder con secreto
alborotar el lugar
y dar mi música; á ello!
No hay duda que la dulzaina

no es el mejor instrumento
para cantar seguidillas;
pero yo cumplo en haciendo
lo que sé. ¡Qué lobregura
de noche! Nadita veo;
sin embargo, por el tacto
de los ojos estoy cierto
de que hacia allí está la reja.
(*Señala la cazuela.*)
Voy á sacar mi pañuelo
y á sacarle el lustre, no
diga que soy algún puerco
si la ve llena de polvo,
cuando saliere, mi dueño.
(*Límpiala á su pañuelo.*)

(*Sale* BLAS.)

BLAS. Espada, vamos callando,
y no hay que tener recelo,
que vas conmigo y yo voy
contigo; si traes hambriento
el estómago de chicha,
aguárdate á que encontremos
hombres, y te hartaré de hombres.
A tientas llegué derecho
á la ventana, y ya que
la grande fortuna tengo
de estar tan solo este sitio,
voy á llamar con aliento.
TODOS. (*Quedo.*) Solito estoy y seguro:
vamos á tocar sin miedo.

(*Hace cada uno su ademán respectivo y se queda en la acción que le coge suspenso al oir la voz de* CHINICA.)

CHINICA. (*Canta.*) «A Madrid nos vamos todos,
mas yo llegaré primero,
porque tú vas en persona
y yo voy de pensamiento.»
J. MANUEL Este es Manguitas; pues yo
voy allá, que no le temo.

(*Se van acercando todos á reconocer al que canta, y antes de llegar oyen á* JUAN MANUEL *y se vuelven á un tiempo.*)

J. MAN. (*Canta.*) «Aunque está oscura la noche
y hay paredes de por medio,
te estoy viendo ahora lo propio
que cuando no te estoy viendo.»
ESPEJO. Este es un asesinato
á mi amor; pero protesto,
me han de oir hasta los sordos.
Gil Once, estira el pellejo. (*Toca.*)
NISO. Yo no he de quedarme en zaga.
IBARRO. La justicia, caballeros.

(*Sale* CALDERÓN, *de alcalde, los que pudiesen de ministros, trayendo* IBARRO *la linterna, y se retiran todos á un lado.*)

BLAS. A bien que yo no he tocado
ni sé tocar.
CALDERÓN. ¿Cómo es esto?
¿Aun no ha entrado bien la Pascua
y ya andamos de bureo,
y por unas forasteras,
que después se irán riendo
de vosotros que lo hacéis
y de mí que lo consiento?
BLAS. Es así, señor alcalde;
yo se lo estaba diciendo
ahora.
CALDERÓN. Supongo que
si el tío Mano de Mortero,
lleno de ages y años, anda
á cazar gangas ¿qué haremos
los muchachos?
CHINICA. Es verdad,
señor alcalde; ahora es cierto
que las mozas lo merecen.
Una hay no de mucho cuerpo,
pero más tiesa que un paje
y más viva que los muertos.
ESPEJO. Hay una que dice al sol
hazte allá, que tiene un serio
en aquellos ojos que...
¡vaya, no he visto yo de eso!
CALLEJO. ¡Hay una cachigordilla!
J. MANUEL ¡Hay una cachiabadejo!
BLAS. Vea usté aquí mucho *hay hay*,
y no hay nada para ellos.
IBARRO. Hay una cárcel tan ancha,
hay un cepo, hay otro cepo,
hay unos grillos tan gordos
y hay tan feroz carcelero
y hay...
CALDERÓN. No digas eso, di:
hay un alcalde tan recto.
BLAS. Que si viera las muchachas
se haría una rosca luego.
CALDERÓN. ¿Yo, yo? ¿sabéis quién soy yo?
Vamos á verlas corriendo,
que antes que el rigor os ha
de castigar el ejemplo.
ESPEJO. En diciéndolas que canten
ó digan aquellos versos
de cómo el pez se introduce
por la caña y el anzuelo,
dió el alcalde de espinazo,
CHINICA. No, hombre; mejor son aquellos
cuando dicen, cuando dicen
y dicen... yo no me acuerdo
de una palabra ¿es verdad?
ESPEJO. ¡Bien dices; mejor es eso!
EUSEBIO. Señor alcalde, toditos
le vamos á usted sirviendo:
pero cuenta con la cuenta.
CALDERÓN. Luego os contaré yo el cuento.

(*Vanse y salen con* PONCE *y una señora que figura ama de la casa la señora* GRANADINA, *la* MÉNDEZ *y otra que á su tiempo haya de cantar la tonadilla última.*)

PONCE. Con que mañana sin falta
se ha de marchar.
GRANAD. No hay remedio;
ha llegado la forzosa.
MÉNDEZ. Es preciso que marchemos,
que hacemos falta en Madrid.
PONCE. Esos son los privilegios
del mérito, que cualquiera
donde no está le echa menos.
AMA. Ustedes perdonarán,
señoras, de los defectos
que haya habido en la posada.
GRANAD. No ha estado sino muy bien
todo, y á no ser porque
dada palabra tenemos
de estar mañana á las tres
á cumplir cierto convenio
sobre gustos é intereses
que ajustados ya tenemos
con el público, no iría
yo á Madrid en mucho tiempo.
PONCE. Cúmplase el gusto de ustedes.
(*Llaman.*)
Pero ¿quién llama tan recio?

(*Salen todos.*)

CALDERÓN. Yo, que vengo á daros quejas
amargas de que, teniendo
tanto bueno en un lugar.
no me dieseis parte de ello,
para servirlas.
LAS TRES. Señor,
nosotras no merecemos
tantas honras.
CALDERÓN. ¡Ahí es nada
lo que merecen, y el pueblo
todo se llevan tras sí!
ó traslado á estos mancebos ([1]).
GRANAD. Favor que todos nos hacen.
CALDERÓN. Yo apadrinándolos vengo,
porque desean hacer
á estas damas un obsequio
y no se atrevían á entrar.
GRANAD. Nosotras lo agradecemos
y aceptamos.
PONCE. ¡Ea, mujer!:
di que saquen aquí asientos.
CALDERÓN. Hartos hay, porque es preciso
que yo me retire presto.
ESPEJO. Señor alcalde, ¿qué tal?
CALDERÓN. Poco más que pasadero.
CHINICA. ¿Pasadero? (Cállate,
que tú caerás si yo puedo.)
MARIQ. ¡Qué música más completa!
No hubiera más instrumentos
en Madrid.

([1]) Este verso en Durán dice:

ó si no, díganlo éstos.

ESPEJO. Si hubiérais visto
en tiempo de mis abuelos
este lugar; ¡qué lugar!
había dos *tamburileros*
y chirimía.
CALLEJO. Nadie puede
sentir más los contratiempos
que yo, pues por no tener
la señora villa efectos
para dotar chirimías,
está mi bajón soltero.
MÉNDEZ. ¿Y qué? ¿no tocan?
CHINICA. Señoras;
aquí, aunque pobres, sabemos
de cortesía, y las damas
siempre han de ser lo primero.
Cante algo alguna de ustedes,
que aquí nos quedamos luego.
GRANAD. ¿Hay entre ustedes quien pueda
acompañarnos?
BLAS. Yo puedo,
y acompañaré á cualquiera,
si gusta, aunque vaya lejos.
GRANAD. ¿Acompañar á bailar?
BLAS. Eso es lo que yo no entiendo.
IBARRO. Pues ¿á qué vienes si no
tocas ni eres de provecho?
BLAS. Es que yo toco y no toco.
IBARRO. ¿Y cómo puede ser eso
de tocar y no tocar?
BLAS. Como no toco instrumento
y toco pito.
CALDERÓN. Hijo mío,
explícate que soy lerdo.
BLAS. Tocar pito es tocar uno
el órgano del afecto
hasta hallar las consonancias
unísonas en dos pechos.
CALDERÓN. ¡Hola! ¿qué me cuenta usted?
¡No es mal músico el mozuelo!
EUSEBIO. ¿Y quién canta?
GRANAD. Vaya, niña;
si ha de ser, no molestemos
á estos señores.
MÉNDEZ. Yo cumplo
con obedecer: empiezo.

(*Canta tonadilla ó seguidillas.*)

ESPEJO. Señor alcalde, ¿qué tal?
¿son mendrugos ó buñuelos?
CALDERÓN. Amigo, esto es pan y miel.
Ven acá, hija; ¿cuánto tiempo
tienes?
MÉNDEZ. Sólo quince años.
CALDERÓN. Pues dale gracias al cielo
de estar tan adelantada,
que yo con cerca de ciento
no puedo hacer otro tanto.
MÉNDEZ. Pues si usted se paga de esto,

¿qué fuera si oyera á alguna
de las maestras? Aquello
es cantar, que esto es piar
como jilguerillo nuevo.

IBARRO. Señoras mías: suplico
á ustedes nos den completo
el rato.

GRANAD. Toquen ustedes
ahora y alternaremos.

ESPEJO. Usía toca el violín,
toque; luego el clarinero
tocará, y yo le haré el bajo
con la dulzaina.

NISO. Toquemos
aquel dúo.

EUSEBIO. Enhorabuena.

NISO. Aspacio, no tropecemos.

(Tocan un minuet violín y bajón. Salen las mujeres.)

MARIQ. ¡Bendito sea el Señor!:
¡qué bello alcalde tenemos,
que á los que rondan por fuera
los entra á que ronden dentro!

PAULA. Pues ¿no podemos vengarnos
nosotras de ellas y de ellos?

GRANAD. ¿De nosotras? Pues nosotras,
¿acaso se los comemos?

LA OTRA. ¿Pues vaya, que son los mozos
para apetecidos, cierto!

J. MANUEL ¿Qué te parece, Manguitas?

CHINICA. Lo que á ti, Cara de Piejo.

ESPEJO. Pues ¿yo qué tengo de malo?
¿no soy hombre hecho y derecho?

CALDERÓN. No os alteréis, hijas mías,
que ya está todo compuesto.
Estas señoras se van
mañana; yo multo á ellos
en que os den una merienda
esta Pascua; y ahora os ruego
que veais si podéis coger
alguna cosilla al vuelo
de lo que cantan, que lo hacen
de «como así me lo quiero.»

MARIQ. Lo bueno á todos les gusta;
que canten y las oiremos.

GRANAD. Es el caso que nosotras
sin ensayar nada hacemos.

PONCE. Pues ensáyense aquí ustedes
solas, mientras yo me llevo
allá dentro á los demás
á tomar algún refresco.

GRANAD. Muy bien está, y entretanto
yo una tonadilla ofrezco
con que concluir la fiesta.

ESPEJO. Rendidos antes, diciendo
que, el empezar perdonando,
desde hoy cualquiera defecto...

TODOS. Será una piedad muy digna
de auditorio tan discreto.

54

La pradera de San Isidro

FIN DE FIESTA.

SU AUTOR D. RAMON DE LA CRUZ.

1766 [1].

(Empieza en la fachada ó salón cortísimo.—Sale CHINICA, *de militar, con redecilla y un espejito mirándose.)*

CHINICA. ¡Hola! ¡pardiez que me está
mejor la cofia encarnada
que el peluquín, y no pesa
un adarme! ¡Fiera carga
es para un mísero paje
peluquín por la mañana,
peluquín al medio día,
la tarde y la noche larga
peluquín, y peluquín
cuando tal vez se levanta
á media noche porque
le ha dado un soponcio al ama!
¡San Isidro de mi vida:
esta tarde, ante su santa
ermita, te he de hacer voto
de llevarte, si me sacas
del triste oficio de paje,
un paje de cera blanca!

(Sale MARIQUITA.*)*

MARIQ. ¿Oyes, pajuncio?

CHINICA. Usted mande,
sirvienta.

MARIQ. De mala gana
te mando yo á ti, pero es
preciso, porque me traigas
dos cuartos de harina y dos
de alfileres.

CHINICA. ¿Eso es para
componerte? La verdad.

MARIQ. Para lo que me da gana;
¿eso qué te importa á ti?

CHINICA. Es que si te pones guapa
tan sólo con la intención
de lucir dentro de casa,
aquí estoy yo; pero si es
para estarte á la ventana
ó lucirlo en otra parte,
el que lo ha de ver que vaya
por ello.

MARIQ. ¿No sabes que
tengo licencia de mi ama
yo para ir á San Isidro?

---

[1] Bib. Municip.: leg. 1-168-7. Copia antigua. Impreso por Durán: tomo I, pág. 221, con variantes.

CHINICA. También me la tiene dada
á mí el amo.

MARIQ. De ese modo
es regular que no salga
su merced y que se quede
de guardián.

CHINICA. Si eso llegara
á suceder, tú no ignoras,
mujer, que la única gracia
que suele tener un paje
es cortejar á madamas.

MARIQ. Siquiera por no irme sola,
te permitiré que vayas
conmigo.

CHINICA. ¿Y no si tuvieras
otro?

(CHINICA *saca el bolsillo.*)

MARIQ. Entonces lo pensara.
¿Qué vas á ver?

CHINICA. El estado
en que tengo la mesada
de los tristes veinte y cinco
reales. Si yo los gastara
con juicio; estamos á quince
hoy, doce y medio quedaban.
¡Hola, hola! no estamos mal;
que hay siete reales de plata
y mucho vellón; lo que es
para refresco y naranjas,
puedo dejarte servida.

MARIQ. Deja á ver, si se levanta
el amo, qué es lo que dice;
que aun puede ser que no salgan
las cuentas como se ajustan.

CHINICA. En el reloj de la sala
¿qué hora era cuando saliste?

MARIQ. Las tres y media muy dadas.

CHINICA. Hoy que tenemos que hacer
ha tomado siesta larga
el amo; y el día que uno
la duerme, luego le llaman...

MARIQ. ¿Quieres ver qué presto le hago
despertar?

CHINICA. ¡Que no pasara
una tropa de tambores
ahora por la calle!

MARIQ. Traza
hay mejor que esa.

CHINICA. ¿Cuál es?

MARIQ. Disparar yo mi garganta
y cantar, como que acaso
de que duerme descuidada
estuve.

CHINICA. Bien dices, y
canta recio, ya que cantas.

MARIQ. Verás qué ruido armo con
mis seguidillas gitanas.

(*Canta las seguidillas, y luego sale* NICOLÁS *esperezándose, en cuerpo, como de casa.*)

NICOLÁS. ¡Que no has de tener un poco
de miramiento, muchacha!
Sabes que estoy recogido
y mueves una algazara
y unos gritos que pudieran
oirse desde la plaza.
¡Cierto que es muy lindo modo!

CHINICA. Yo diciéndoselo estaba
ahora; pero ella es así.

NICOLÁS. Anda, que tan buena alhaja
eres tú como ella.

CHINICA. ¿Sí?
Pues crea usted que me agrada
la comparación, porque
ésta vale mucha plata.

NICOLÁS ¡Buen par de mozos sois ambos!
Anda, ve, traeme la capa,
el sombrero y espadín.

CHINICA. ¡Adiós con la colorada!
Mi gozo en el pozo. (*Vase.*)

MARIQ. Pues
qué ¿va usted fuera de casa?

NICOLÁS Sí; voy á dar un paseo
por ahí, á que se me esparza
la cabeza.

MARIQ. Pues, señor,
á mí me ha dado mi ama
licencia por esta tarde
para ir con una paisana
á San Isidro.

NICOLÁS. Pues ve,
que la casa bien guardada
queda quedándose el paje.

(*Sale* CHINICA.)

CHINICA. Aquí están capote, espada
y sombrero.

NICOLÁS. ¿Oyes, Cirilo?
¿á qué hora mandó que vayas
tu ama por ella?

CHINICA. A ninguna;
antes dijo esta mañana
su merced, cuando salió,
que es regular que la traigan
en el mismo coche que
va con las otras madamas
á paseo.

NICOLÁS. Pues supuesto
que por hoy no la haces falta,
quédate en casa, y cuidado
que cierres bien y no abras
á nadie.

CHINICA. ¿Usted no se acuerda
de que ya me tiene dada
licencia de ir á bureo?

NICOLÁS. No puede ser, que Juliana
ha de salir.

CHINICA. Yo también.

NICOLÁS. Eso de que los dos salgan
no puede ser.

CHINICA. Pues, señor,
que se quede la criada.
MARIQ. Señor, que se quede el paje.
NICOLÁS. Esas cuentas ajustadlas
entre vosotros, con tal
de que quede asegurada
la casa con uno; y cuenta
que lo que mando se haga. (*Vase.*)
CHINICA. Vaya usted con Dios. Y ahora
¿quién ha de ganar la instancia?
¿tú ó yo?
MARIQ. ¿Quién pregunta eso,
mirando que tengo faldas?
CHINICA. También tú debes mirar
á que yo nací con barbas.
MARIQ. Eso es nacer desde luego
hombre.
CHINICA. No andemos en chanzas.
MARIQ. Bien está; verás qué seria
me visto y cojo la rauta.
CHINICA. Aguárdate, que ahora mismo
me ha ocurrido una idea rara
de que quedemos iguales.
MARIQ. ¿Cuál es?
CHINICA. Quedarnos en casa
los dos contándonos cuentos,
y á la hora acostumbrada
dar un salto á la despensa,
freir unas buenas magras
y merendar mano á mano
con una paz octaviana.
MARIQ. Eso no, amigo, porque
si los amos no reparan
en dejarnos á dos mozos
solos y á puerta cerrada,
debo repararlo yo,
que, aunque alegre, soy honrada.
CHINICA. ¡Jesús y qué maliciosa
que eres, mujer, y qué mala!
Pues qué, ¿te parece á ti
que tampoco yo arriesgara
mi honor así como quiera?
MARIQ. En todo caso, la traza
no me gusta; busca otra
ó adiós, hasta luego.
CHINICA. Aguarda:
vamos los dos, que en dejando
las puertas muy bien cerradas,
y volviendo algo temprano,
no hay peligro.
MARIQ. ¿Y si nos hallan?
CHINICA. Disfrazarse.
MARIQ. ¿Cómo?
CHINICA. Yo
me pondré una chupa guapa
y un peluquín de mi amo;
tú ponte basquiña, bata
y vuelos de mi señora,
y verás qué función anda
MARIQ. Eso me suena mejor.
CHINICA. (*Aparte.*) Mis siete reales de plata
volaron; pero también
el que lo tiene lo gasta.
MARIQ. Vamos, que es tarde, y los amos
que no quieran que les hagan
de estas burlas la familia,
que cuiden más de su casa.

(*Se entran y se descubre la vista de la ermita de San Isidro en el foro, sirviendo el tablado á la imitación propria de la pradera con bastidores de selva, y algunos árboles repartidos, á cuyo pie estarán diferentes ranchos de personas de esta suerte. De dos árboles grandes que habrá al medio del tablado, al pie del uno, sobre una capa tendida, estarán* ESPEJO, CAMPANO, PAQUITA *y la* GUERRERA, *de payas, merendando, con un burro en pelo al lado, y un chiquillo de teta sobre el albardón, que sirve de cuna, y le mece* ESPEJO *cuando finge que llora. Al pie del otro estarán bailando seguidillas la* MÉNDEZ *y la* ISIDORA, *con* ESTEBAN *y* RAFAEL, *de majos ordinarios, de trueno, y la* JOAQUINA, *etc. Al primer bastidor se sentará* NISO, *solo, sobre su capa, y sacará su cazuela, rábanos, cebolla grande, lechugas, etc., y hará su ensalada sin hablar, y al de enfrente estará arrimado* CALDERÓN, *de capa y gorro y bastón, con una rica chupa, como atisbando las mozas; seis ú ocho muchachos cruzarán la escena con cántaros de agua y vasos y ramos de álamo, y al pie del telón en que está figurada la ermita se verá el paseo de los coches, y á un lado un despeñadero en que rueden otros muchachos; y, en fin, esta vista puede el gusto del tramoyista hacerla á muy poca costa, y hacerla plausible con lo referido y lo que se le ofrezca de bello y natural. En ella* GERTRUDIS *y* VICENTA *se pasean vendiendo tostones y ramilletes.*)

(*Seguidillas, que canta el coro y bailan los majos ordinarios, y al mismo tiempo llora el niño y rebuzna el burro. La señora* JOAQUINA *estará con un pandero aquí si saliese.*)

CANTA.

«El señor San Isidro
nos ha enviado,
porque le celebremos,
un día claro.
Bien lo merece,
pues es paisano nuestro
pese á quien pese.»

GERTRUD. ¡Tostones tiernos, tostones!
VICENTA. ¡Ramilletes y naranjas!
JOAQUINA. ¡Ea!, vamos á merendar,
que la gente está cansada.
ESPEJO. Al borrico y al muchacho
darles algo, á ver si callan.
PACA. ¿Primero mientas al burro
que al niño? ¡*Mia* tú qué gracia!
ESPEJO. Los mayores en edad
y saber, es cosa clara
que han de ir en primer lugar.
Daca la bota, Nicasia.
PACA. No bebas mucho, que tienes
que volver á pie á Aravaca.

ESPEJO. ¿Qué importa? Cuanto más bebo
yo, tengo menos legañas.
GUERRERA. *A la ro, ro, gua, gua, gua.*
¡Calla, hijo de la borracha!
PACA. Cuenta que está aquí su madre;
Paquilla, mira cómo hablas.
GUERRERA. ¿Y eso qué importa? Aunque fuera
su madre un grande de España;
yo soy su tía, y le puedo
llamar lo que me dé gana.
NISO. Yo me llamo Juan Palomo,
solito haré mi ensalada
y la comeré solito;
muy buen provecho me haga.
(*Saca un frasco largo con el ajo.*)

(*Salen* BLAS *y* EUSEBIO, *de chuscos.*)

BLAS. ¡Vaya, que está la pradera,
amigo, que ni pintada!
EUSEBIO. ¿Oyes, Hernando?: ¿no ves
qué linda es aquella paya?
BLAS. Al viejo que está con ella
conozco; y si no me engaña
la memoria, se casó
el año pasado. Calla,
que sin duda es su mujer.
EUSEBIO. Vamos á la deshilada
á armar un rato de broma,
que me gusta aquella cara.
BLAS. Demos por ahí otra vuelta,
pensaremos con qué traza
llegar, y á ver si yo caigo
también en cómo se llama.
EUSEBIO. No dices mal, que esta gente
es maliciosa, aunque sana.
BLAS. ¿Hay para todos, amigo?
(*Pasando á* NISO *y se entran.*)
NISO. Y para más... que se vayan.

(*Sale* CALDERÓN.)

CALDERÓN. Mucho tarda mi lacayo,
aunque no es mala ventana
ésta, y me divierto en ver
las buenas mozas que pasan.

(*Salen de oficiales, como de maestro de coches y de sastre, con vestidos de día de fiesta,* PONCE *é* IBARRO, *y las señoras* PAULA *y* GRANADINA, *muy huecas y bizarras, con cofias; y* JUAN MANUEL *con la guitarra debajo del brazo, trayendo dos de ellos servilletas atadas y platos que figuren la merienda.*)

PONCE. Toda la Pradera casi
la tenemos ocupada.
IBARRO. Pues elegid breve un puesto,
que ya me pesa la carga
PAULA. No está malo este pradito.
GRANAD. Bien dice; tended las capas
y despachemos con ello,
que también yo estoy cansada.
(*Forman rancho.*)
PAULA. Enfaldémonos, Antonia,
que está la yerba mojada
y se echa á perder la ropa.
GRANAD. Y además de eso se mancha.
¡Qué lindo guardapiés! ¿cuándo
lo has estrenado?
PAULA. Esta Pascua
hizo mi Ginés un terno
para un lugar de la Mancha,
y de un retal que quedó,
como de unas treinta varas,
hice este guardapiés y una
colchita para la cama.
IBARRO. Los pobres sastres, amiga,
nos vestimos de las *miajas*
que sobran de los vestidos
que en el taller se trabajan.
GRANAD. Para eso que un oficial
de maestros de coches nada
puede utilizar, sino
que pille astillas ó estacas.
PONCE. Anda, que también los maestros
cuando visten á las cajas
se visten ellos...
GRANAD. Ginés,
haz ese pernil tajadas,
mientras parto los cogollos,
y tú templa esa guitarra,
que luego hemos de bailar.
IBARRO. Y ahora, para hacer ganas.
CALDERÓN. Ya viene aquí mi Domingo.

(*Sale, de lacayo,* ANTONIO DE LA CALLE.)

ANTONIO. Señor; hay mozas bizarras
y de muy buen *cariterio,*
peru maldita *lla* casta
de la que yo he *conucido.*
CALDERÓN. ¿Pues de esa suerte, panarra,
después de estarte una hora
por allá, no has hecho nada?
ANTONIO. Pues ¿quería su mercé
que á *tudas* les preguntara
quién eran ú qué querrían?
CALDERÓN. Arrímate á un lado y calla.
Este lacayo es muy bruto;
poco ha servido él en casas
de señoritos solteros.
ANTONIO. ¡*Par* Dios, que el *amu* ya es maula!
(*Se retira.*)
UN CHICO. ¡Agua fresquita, señores!
NISO. Chico, échame un poco de agua
aquí en esta cazolita.
CHICO. ¿Para qué?
NISO. Para lavarla.
CHICO. Pues déme usted el ochavo.
NISO. Por un ochavo se harta
cualquiera; échame un poquito.
CHICO. Pues vaya usted á sacarla
del río como yo hago.

NISO. ¡Miren aquí qué crianza!
¿No sabe que debe hacer
cuanto los mayores mandan?

CHICO. También mi madre es mayor,
y dice que el que no paga
ni come ni bebe; ¡el diantre
del viejo!

NISO. ¡Anda enhoramala,
pícaro gato!

CHICO. Si cojo
una piedra...

NISO. Aguarda, aguarda,
que ya voy á ti.
(*Le coge y le sacude golpes.*)

CHICO. ¡Muchachos,
que me matan, que me matan!

(*Vienen unos cuantos muchachos, y unos apartan á* NISO *y otros le destruyen la merienda á pedradas y echan á correr luego;* NISO *vuelve á su sitio y recoge lo que puede en los cascos.*)

PONCE. Muchachos, dejad á ese hombre.

CAMPANO. ¡Digo, digo, lo que anda
por allí!

NISO. ¡Triste merienda!
pero no ha de sacar nada
conmigo Patillas, que
todo esto es plata quebrada.
(*Siéntase, etc.*)

GERTRUD. ¡Tostones tiernos, tostones!

VICENTA. ¡Ramilletes y naranjas!

CALDERÓN. ¡Cómo va de venta, chicas?

GERTRUD. Como han traído de su casa
todos lo que han de engullir,
no se vende casi nada.

CALDERÓN. ¿Y sois hermanas las dos?

GERTRUD. Sí, señor.

CALDERÓN. ¿Y sois casadas
ó solteras?

GERTRUD. Uno y otro.

CALDERÓN. ¡La respuesta me hace gracia!

GERTRUD. Es que ésta es soltera, y yo
ya estoy metida en la jaula.

VICENTA. ¡Toma, el demonio del hombre!
Déjale que es un machaca.

GERTRUD. ¿Compra usté algo, ó nos mudamos?

CALDERÓN. Aunque sea una banasta
te compraré de tostones,
si me los llevas mañana
á mi casa.

VICENTA. Y de camino
puedes llevarle dos sartas
de dientes para mascarlos.
¡El demontre de la *estauta*!
¡Tostones le pide el cuerpo!

CALDERÓN. ¿Qué dices? ¿irás?

VICENTA. Sin falta;
pero mientras coma usía
puches, que es comida blanda.
(*Se entran.*)

(*Sale la señora* MARIQUITA, *de basquiña, buena bata y mantilla, con* CHINICA, *muy petimetre, de capa y una grande espada que le arrastre.*)

CHINICA. ¡Los conocidos que tienes!
¡Mujer, con todos te paras!

MARIQ. Aquí venimos á ver
y ser vistos.

CHINICA. Destapada
no vas bien, que si encontramos
al amo ¡buena se arma!

(*Sale de majo, siguiéndolos,* FUENTES.)

FUENTES. La Julianita es aquélla,
mi compañera pasada;
pero va con un usía;
no sé si me atreva á hablarla.

CHINICA. ¡Como soy, vas hecha una
señora pintiparada!

MARIQ. ¿Qué me falta para serlo?
Sólo que alguna buena alma
con dinero me quisiera,
se empeñase en verme guapa
y se casara conmigo.

CHINICA. O que á mí me acomodara
el amo.

MARIQ. ¿En qué, majadero?

CHINICA. En una de aquellas plazas
que acomodan á los pajes
porque son pajes.

MARIQ. ¡Ea!, calla;
no me rompas la cabeza.

FUENTES. No, pues el que la acompaña
no parece gran persona;
voy á darle una puntada.
¿Va usté arando, caballero?

CHINICA. ¿Qué dice usted?

FUENTES. Le avisaba
que esa espada es prohibida.

CHINICA. ¿Por?

FUENTES. Porque no es de la marca.

CHINICA. Me la he mandado yo hacer
crecedera, por si salta
cuando riño la mitad,
salir con mi media espada.

MARIQ. ¡Oyes, don Cirilo?: mira;
allí está el sastre de casa
con su familia. ¡Don Pedro!
(*A* FUENTES.)

FUENTES. Adiós, señora Juliana.

MARIQ. ¡Cuánto ha que no he visto á usted!

CHINICA. ¿También éste es camarada?

MARIQ. Sí; hemos sido compañeros.

FUENTES. Y buenos.

CHINICA. ¿No regañaban
ustedes nunca?

MARIQ. ¡Oh, amigo,
tiene esotro otra crianza
que tú!

CHINICA. También tú con él
serías quizá mejor criada.
GRANAD. Mira el paje y la doncella
allí, de tu parroquiana
doña Violante.
IBARRO. Es verdad.
Voy á decirles que hagan
rancho con nosotros. ¡Digo,
don Cirilo! Adiós, madama.
(*Se levanta y llega.*)
MARIQ. Tenga usted muy buenas tardes.
CHINICA. Señor Ginés, ¿qué?, ¿se baja
aquí con la merendita?
IBARRO. Como el día convidaba.
han traído una friolera
mi mujer y mi cuñada.
Vamos, vamos, que aunque no es
la merienda de importancia,
hay un pernil razonable
y una bonita ensalada,
CHINICA. Por no despreciar favores
iremos. Vamos, muchacha.
MARIQ. ¿Qué quieres? (*Con despego.*)
CHINICA. Deja ese mono,
que ya hay merienda en campaña
y jamón. ¡Que tenga yo
por los jamones tal ansia!
MARIQ. Yo no tengo gana ahora,
quédate tú á disfrutarla.
CHINICA. ¿Y tú?
MARIQ. Yo con el señor
voy muy bien acompañada.
CHINICA. Contigo salí, y contigo
tengo de volver á casa.
MARIQ. Y di, Cirilo: ¿á qué viene
al caso esa quijotada?
Aunque si es por eso, yo
volveré antes que te vayas
por aquí é iremos juntos.
CHINICA. Pero si...
MARIQ. No seas machaca.
P. y G. Señores, vengan ustedes.
MARIQ. (*A ellas.*) Señoras, no tengo gana;
lo aprecio en mi corazón.
(*Al* PAJE.) Ya es preciso que tú vayas
IBARRO. Vamos, señor don Cirilo.
FUENTES. Vaya usted, que esta madama
no se perderá.
CHINICA. Harto siento
el verla tan bien hallada.
Antes que todo es mi honor:
vamos.
IBARRO. ¿Conque nos desaira
usted? Pues mire usté, amigo,
que el jamoncillo no es rana.
MARIQ. Adiós.
IBARRO. ¿Quiere usted probarlo?
CHINICA. La boca se me hace un agua;
el corazón me palpita
entre un pernil y una dama.
¡Oh, triste paje, qué afectos
tan contrarios te arrebatan!
MARIQ. Adiós, querido, hasta luego.
FUENTES. Amigo, vea usted si manda.
CHINICA. ¡Victoria por la gazuza!
Pues hasta luego, Juliana.
(*Se va al rancho de* IBARRO.)
MARIQ. ¿Con que ya le acomodaron
á usted? No sabía palabra.
(*Separándose* MARIQUITA *como que sigue el paseo.*)
FUENTES. ¡Cuánto ha!: más ha de año y me-
[dio.
MARIQ. ¿Y es empleo de importancia?
FUENTES. Oficial mayor de un puesto
de lotería.
MARIQ. No es mala
prebenda; pues de ese modo,
mucho es que usted no se casa.
FUENTES. Lo voy pensando despacio.
MARIQ. Yo soy de usted apasionada,
porque ha sido siempre mozo
de gran juicio y de esperanzas.
FUENTES. ¿Por dónde hemos de ir?
MARIQ. Sigamos
por aquí, si á usted le agrada.
(*Se entran.*)
PAULA. ¡Esto es tener buenos amos,
don Cirilo, que regalan
á sus criados!
CHINICA. Yo lo soy
de usted.
PAULA. No ha cuasi nada
que se hizo en casa esa chupa.
IBARRO. Y á fe le costó bien cara.
GRANAD. ¡Vaya, señores! ¿qué hacemos?
¿merendamos ó se baila?
J. MANUEL Bailen, que no ha de volver
desairada mi guitarra.
GRANAD. Pues bailemos; pero si
se arrima mucha gentualla,
yo al instante me arrellano.
MÉNDEZ. Vaya, toca la guitarra
y empecemos á bailar.
PAULA. Yo jamás replico á nada.
NISO. La ensalada no está limpia,
pero está bien machacada.

(*Se arman dos corros de baile, el 1.º de majas ordinarias, con el pandero, y el 2.º de las señoras* PAULA *y* GRANADINA, *con* IBARRO *y* CHINICA, *al son de la guitarra de* JUAN MANUEL, *y éste y la señora* JOAQUINA *cantan cada uno á los suyos.*)

CALDERÓN. ¿Oyes, Domingo?
A. CALLE. Señor.
CALDERÓN. ¿Este majito que baila
no es mi sastre?
ANTONIO. Ya se ve,
y su mujer es la sastra.

CALDERÓN. Pasar quiero por allí,
(*Acercándose.*)
que á fe que ha escogido brava
ropa el dicho sastrecito.
Adiós, Ginés.
IBARRO. (*Se levanta.*) Señor, vaya
su señoría con Dios;
ello no es cosa apropiada
para usía; mas si usía
gusta, de muy buena gana ..
CALDERÓN. Yo lo estimo. ¿Oyes? ¿no sabes
que me han traído de Francia
un vestido muy bonito?
IBARRO. No, señor; yo iré mañana
á tomar medida y verlo.
CALDERÓN. Mejor será que no vayas,
que quiero yo ir á tomar
las medidas á tu casa.
IBARRO. Siempre que usía gustare.
CALDERÓN. Adiós; ya se me olvidaba.
¿Está aquí tu mujer?
IBARRO. Esta
es; ¿por qué no te levantas
y hablas á su señoría?
PAULA. Ya voy.
IBARRO. Señor, perdonadla,
que es muy corta.
CALDERÓN. Señorita,
usted vea si me manda.
PAULA. Servir á usía.
CALDERÓN. ¿Y la otra,
quién es?
GRANAD. (*Muy aguda.*) Yo soy su cuñada.
PONCE. ¡Que todos estos señores
hayan de tener la maña
de ser preguntones!
CALDERÓN. ¡Hola;
es muy viva y muy aseada!
CHINICA. (*Aparte.*) Ya podía estar digerida
la merienda. ¡Lo qué tardan
estas gentes! Caballeros,
que se enfría la ensalada.
CALDERÓN. No quiero hacer mala obra.
Adiós. Tú que has ido tantas
(*Se retira.*)
veces á llamarle, bien
sabrás dónde es.
ANTONIO. En la *Praza*;
encima del *quintu cielu.*
CALDERÓN. ¿Qué dices?
ANTONIO. Me *quivucaba*;
númeru cincu á tres *altus.*
CALDERÓN. Explícate, papanatas. (*Se entran.*)
GRANAD. ¡Brava visita te espera,
Antonia! ¡Así te regalas tú!
PAULA. Sólo estos parroquianos
consiente Ginés que vayan
á visitarme.
GRANAD. ¿Porque es
viejo? ¡Mira tú que tacha!
Los viejos son como el oro,
hija, que no ocupa nada
donde le ponen, y cuando
le necesitan le hallan.
PONCE. ¡Hola, mujer, lo qué sabes!
GRANAD. Ni aun tú, que tanto me tratas,
sabes la mujer que tienes.
PONCE. Pues vuelve á decir palabras
semejantes, y verás
si vuelves descalabrada.
GRANAD. ¿Tú á mí?
PONCE. Yo á ti, ¿y por qué no?
GRANAD. Pues si tú me levantaras
la mano, ¿habías de volver
á Madrid con las quijadas?
PONCE. Pues toma, á ver cómo lo haces.
(*Le tira un plato, que pasa por cima.*)
GRANAD. ¡Ay, hermano, que me mata
este hombre!
IBARRO. (*Se levanta.*) ¿Quién eres tú
para cascar á mi hermana?
PAULA. (*Se levanta.*) ¡Ginés, por amor de Dios!
PONCE. (*Se levanta.*) Su esposo, y puedo cascarla
siempre y cuando...
CHINICA. Dice bien.
(*Ap.*) Riñan, que todo es ganancia
para mis dientes. Señores,
que se enfría la ensalada.
(*Sigue merendando.*)
PAULA. Sentarse; no alborotemos
toda la Pradera.
PONCE. En casa
lo veréis. Vamos, merienda.
GRANAD. ¡Veneno!
CHINICA. ¡De ésas me hagan!
IBARRO. Ella es viva, y tú temoso;
y véle ahí cómo se arman
quimeras.
PAULA. Dejemos eso
y merendemos en gracia
de Dios.
CHINICA. ¡Que no haya durado
la pendencia hasta mañana!
ESPEJO. Mira, mujer; mira cómo
duerme el hijo de mi alma.
PACA. Déjale, no se despierte.

(*Salen* EUSEBIO *y* BLAS.)

EUSEBIO. ¿Es posible que no hagas
memoria del nombre?
BLAS. No,
pero esa no es circunstancia.
Yo divertiré á los payos,
ve tú á divertir la paya.
Adiós, tío Francisco.
ESPEJO. Juan
me llamo, si usted no manda
lo contrario.

BLAS. Sí, sí, es cierto;
señor Juan, no me acordaba.
ESPEJO. ¿Qué hay en que servir á usted?
BLAS. ¿No conoce usted esta cara?
ESPEJO. Me acuerdo de haberla visto;
pero así Dios dé á Nicasia
una hora chica, que no
me acuerdo dónde.
BLAS. ¡Qué flaca
memoria tenéis! ¿no sois
vos aquel que da la paja
para casa de mi tío
en la calle de la Palma?
ESPEJO. Ni á usted ni á su tío jamás
les di paja ni cebada.
PACA. ¿Y quién es el que está hablando
con mi Juan?
EUSEBIO. Un camarada
suyo, que tiene con él
un negocio de importancia.
CAMPANO. Casilda, ten ese chico
mientras yo pongo la albarda
al burro.
GUERRERA Quedito, á ver
si duerme más en mi falda.
ESPEJO. Pues, como digo, el señor
que vive en la Cava Baja
es quien me la toma, y más
que hubiera, porque la cuadra
tiene llenita de mulas.
BLAS. Eso es, que yo equivocaba
á ese tío con el otro.
ESPEJO. ¡Pues á fe que es mucha alhaja
aquel señor! ¡Qué agradable
y qué puntualmente paga!
Que crea usted que eso en Madril
Dios lo sabe cómo anda.
Y luego dice: «Tío Juan,
refresque usted», y me alarga
una peseta lo menos.
BLAS. Ya sé lo que os quiere; y vaya,
¿á qué ha sido la venida?
ESPEJO. Como estaba mi Nicasia
embarazada, y la *probe*
siempre ha sido apasionada
á mal parir, yo hice voto
al santo, como llegara
á cumplir los siete meses,
de venir ante su santa
ermita á comer un pavo
y oir una misa rezada.
BLAS. Pues el día ha estado hermoso.
ESPEJO. Eso es verdad, á Dios gracias;
pero, al fin, hubo un azar,
porque el pavo salió pava.
Es verdad que estaba tierno;
si *hubiá* venido una miaja
antes, lo hubiera probado.
BLAS. Sois de condición bizarra.
PACA. ¿Qué sé yo si en mi lugar
hay casas desalquiladas?
Mi Juan podrá responderle.
EUSEBIO. No hables tan recio.
ESPEJO. Nicasia,
ven acá: ¿qué te decía?
PACA. Que si allá en mi lugar tratan
á los forasteros bien;
que si son en Aravaca
los maridos muy celosos,
y que á cómo están las habas
y los guisantes: ¡si vieras
lo que en un instante ensarta!
ESPEJO. Muy bien. Ustedes sin duda
son gente desocupada;
pues váyanse á divertir
á otra parte, que aquí basta.
Chico, apareja el borrico,
coge los trastos y á casa.
Adiós, amigos.
EUSEBIO. El payo
qué mala condición gasta.
BLAS. Como va y viene á Madrid,
conoce ya nuestras mañas.
PACA. ¿Qué te quería aquel hombre?
ESPEJO. No era á mí á quien el buscaba.
Vamos.
GUERRERA ¡Qué prisa que tienes!
ESPEJO. Me pican la retaguardia.
NÍSO. Yo me llamo Juan Palomo;
solito hice mi ensalada
y me la comí solito;
muy buen provecho me haga.
(*Sale* NICOLÁS.)
NICOLÁS. ¡Semejante desvergüenza
no sé yo dónde se haga!
EU. y BLAS Amigo...
NICOLÁS. Adiós, caballeros;
¡que cupiese tal infamia!
BLAS. ¿Por qué vais de tal humor?
NICOLÁS. He encontrado á mi criada,
á quien hoy dimos licencia
de venir con su paisana
á paseo, con un chulo
sola, haciendo mil monadas
y dando que decir.
EUSEBIO. ¡Toma,
eso es corriente!
NICOLÁS. No pára
aquí el chasco, sino que
se ha puesto la mejor bata
y vuelos de mi mujer.
BLAS. Nada de eso nos espanta;
¿y la habéis dicho algo?
NICOLÁS. No,
que no es justo alborotara
este concurso.
EUSEBIO. ¿Y el paje?
NICOLÁS. Ese me ha salido alhaja;

es muchacho muy honrado
y tiene ley á la casa.

CHINICA. Mi amo... ¡Voto va el demontre!
(*Se pone la capa.*)

PONCE. ¿Para qué os ponéis la capa?

CHINICA. Me ha dado un poco de frío.

BLAS. No son mal par de muchachas
las que estén en este corro.

NICOLÁS. Mi sastre es: eso me agrada.
¡Ginés!

IBARRO. El caso es que ya
ha llegado usted al *Deo gracias*.
Don Cirilo nos ha honrado.

NICOLÁS. ¡Cómo!

CHINICA. ¡No te atragantaras!

NICOLÁS. ¡Mi paje!

IBARRO. Pues ¿no le veis?

PONCE. Levantáos, ¿no veis que llama
el amo?

CHINICA. ¿Habrá sastre alguno
más hablador?

NICOLÁS. ¡Ah, canalla!
¿con que la casa, por fin,
dejasteis abandonada
los dos? ¡Y qué es lo que miro!
¿mi ropa más reservada
te atreves á usar!

CHINICA. ¡Señor!...

NICOLÁS. Aquí no hay señor que valga;
y tengo de escarmentarte
á porrazos y á patadas.
(*Pégale de patadas y con el estaca.*)

CHINICA. Señor, que se aja la chupa,
y que el peluquín se arrastra.

BLAS. Dejadle; que se alborota
esto.

NICOLÁS. ¡Aunque se alborotara
el mundo!

VOCES. ¡Riña, pendencia!

(*Llegan todos.*)

CHINICA. El que lo viera pensara
que yo he hecho una picardía.

TODOS. Dejadle, señor; ya basta.

NICOLÁS. No basta; pero le dejo
sólo por no hacer aciaga
la tarde de San Isidro;
y porque de esta humorada
otra sea complemento
más festivo.

EU. Y BLAS Declaradla.

NICOLÁS. Ella lo dirá al instante,
y si todo esto no basta
para merecer aplausos
del auditorio...

(*Con todos.*)

A sus plantas
pedimos hoy, reverentes,
siquiera un perdón de gracia.

55

El reverso del sarao.

1766 ([1]).

La medalla de un sarao,
aunque presente el aspecto
más inocente en la sala,
suele tener un reverso
á veces escandaloso
en las piezas más adentro.

PERSONAS

D. VENANCIO, *amo de la casa.*
DOÑA JUANA, *su mujer.*
D. PEDRO, *amigo de la casa.*
D. ROQUE, D. PASCUAL BAILÓN, D. ANSELMO, D. LUIS, D. GIL *y* D. JOAQUÍN, *visitas.*
D. ALEJO, *novio anciano.*
LA NOVIA, *joven.*
DOÑA LEONOR, DOÑA IRENE, DOÑA LUCÍA *y* DOÑA PEPA, *visitas.*
MARIQUITA, TOMASA *y* MANUELA, *criadas.*
D. HERMÓGENES, *criado mayor, viejo.*
LUCIO *y* BENITO, *pajes.*
EL TÍO PO.
OTROS DOS CIEGOS.

(*La escena se finge en una casa particular de Madrid.—Salón largo. Cerca del foro se verá una mesa con el tren de un refresco; estarán arrimadas á ella: la* TOMASA, *haciendo chocolate;* MANUELA, *fregando vasos y jícaras en un barreño, y* MARIQUITA, *sentada en el suelo, llorando y con el delantal limpiándose. A un lado se verán, en banco sentados, refrescando, tres ciegos bien vestidos; los dos primeros tendrán al lado sus violines, y el* TÍO PÓ *su violón entre las piernas, é ínterin el coro canta no cesarán de entrar y salir, sirviendo el refresco, los dos pajes y* D. HERMÓGENES.)

CORO DE CIEGOS.

«Atención, madamitas;
atención, caballeros;
vaya de desengaños
en forma de festejo:
y calle alguno, si le coge el carro,
ó que chille, y así quién es sabremos.»

LUCIO. Muchachas, gracias á Dios
que se concluyó el refresco.

MANUELA. ¿No falta más chocolate?

LUCIO. Nada.

MANUELA. Mejor y más bueno.

BENITO. Venga una salvilla de agua,
y despachemos con ello...
¿Qué tiene usted, Mariquita?

MARIQ. ¿Qué le importa á usté saberlo?

BENITO. De los desagradecidos
está atestado el infierno.
(*Vase con la salvilla.*)

TÍO PÓ. ¿No habrá un par de jicaritas,
niñas, para un pobre ciego?

MANUELA. ¿A pares han de ser?

TÍO PÓ. Sobre
que há un año que no lo pruebo.

---

[1] Impreso por el autor en el tomo VII, pág. 313 de su colección, y por Durán en la suya, tomo II, pág. 129.

(*Sale* D. Pedro.)

D. Pedro. Chicas, madama pregunta
si han acabado los ciegos
de beber.

Ciego 1.° Nosotros, sí...
Anem, tío Pó.

Tío Pó. En concluyendo
de comer esta corteza,
al instante templaremos.

D. Pedro. Y que vengan dos criados
para sacar el brasero.

Manuela. Ahí los tiene usted: ya lo oyen.

Lucio. Diga usted que al punto iremos.

D. Pedro. Mariquita, ¿por qué lloras?

Mariq. Fuí á verter un barreño
en la y griega, y se cayó
un tenedor que había dentro.
¡Pobre de mí, cuando mi amo
lo sepa!

D. Pedro. Si no hay remedio
de que tengais un cuidado.

Manuela. Como está todo revuelto,
y la pobre tiene tantas
cosas que atender á un tiempo,
no lo pudo remediar.

Mariq. Mire usted, señor don Pedro;
si usted quisiera prestarme
para comprar otro, luego
se lo pagara, conforme
los meses fueran cayéndo.

Manuela. Y quizá tú le sirvieras
al señor en otro empeño
mañana; que en este mundo
todicos somos arrieros,
y solemos encontrarnos.

Mariq. Actualmente estoy sirviendo
á su mercé en mucho.

D. Pedro. A mí,
¿qué me hicieran cuatro pesos
que veis que puede costar?
pero dárselos no quiero;
con eso tendrás cuidado
para otra vez. (*Vase.*)

Manuela. ¡Qué consuelo!
Como yo fuera que tú,
me había de vengar bien presto.

(*Sale* Benito.)

Benito. ¿Acabóse con la prisa?

Mariq. Da de refrescar á ésos,
Manuela.

(*Vuelve á la mesa y da de beber á los pajes.*)

Manuela. Vengan ustedes.

Mariq. ¿No va usted?

Lucio. Me compadezco
yo tanto de ver trabajos
de mujeres, sin poderlos
remediar, que se me pone
un ñudo aquí en el pezcuezo,
que atravesar no me deja
bocado.

Mariq. Yo lo agradezco;
pero si esta noche misma
lo sabe mi amo, al momento
me despedirá.

Lucio. ¿Pues hay
más que no llegue á saberlo?

Mariq. ¿Cómo ha de ignorar? ¡Vaya,
que es poquito cominero,
y poquito miserable!

Lucio. ¿Pues qué? ¿cuenta los cubiertos?

Mariq. ¿Si cuenta? Hasta los garbanzos
que se echan en el puchero;
y si alguno hay mal cocido,
le aparta y saca otro menos
para la olla al otro día.

Lucio. Y ¡vaya!, ¿qué tal, es bueno
el salario?

Mariq. Veinte reales,
y sus dos cuartos de almuerzo.

Lucio. Pues si te despiden, yo
tengo casa de dos pesos,
y chocolate.

Mariq. Es que aquí
me vienen muchos provechos
por mi ama, con que voy
tal cual mi cofre surtiendo;
y donde no dan las amas,
las criadas no podemos
subsistir, porque el salario
no alcanza para remiendos.

Lucio. ¿A que la sirves mejor
que al amo?

Mariq. Suele ser eso
muy natural; y más yo,
que hago donde estoy sirviendo
lo que puedo por las amas,
y á veces lo que no puedo.

Lucio. Pues, hija, si sirvo de algo,
puedes contar con aquello
que pueda.

Mariq. Se estima, y
si se ofrece cansaremos.
Vaya usté á beber, don Lucio.

Lucio. Si tú no bebes, no bebo.

Mariq. No quiero ser desatenta,
ya que usted ha dado en eso.

Ciego 1.° Vamos á templar, que están
esperándonos.

Tío Pó. Templemos.

Ciego 2.° Yo tengo que poner prima
nueva.

Ciego 1.° Pues vaya ligero.

(*Sale* D. Venancio, *de militar, sin espada ni sombrero.*)

D. Ven. Muchachos, ¿no os han mandado
que sacaseis los braseros
de la sala?

LUCIO. No, señor.
D. VEN. Pues id al punto y traedlos
á este cuarto: ¡á pocas de estas
funciones quedamos buenos!
BENITO. Vamos los tres, para que
traigamos los dos á un tiempo.
(*Vanse.*)
D. VEN. ¡Más importa el agasajo
de aquí fuera que el de adentro!
¿Oyes, María?
MARIQ. Señor.
D. VEN. ¿Cuánto chocolate has hecho?
MARIQ. Dos libras.
D. VEN. ¡Jesús mil veces!
¿Para setenta sujetos
dos libras de chocolate?
MARIQ. Pues no estaba muy espeso;
y si todos le tomaran,
hubiera habido que hacerlo.
D. VEN. Y á los pajes y criadas,
¿por qué has de darles refresco?
MARIQ. Porque es un estilo antiguo.
D. VEN. ¡Vea usted aquí lo que no puedo
tolerar! Porque es estilo
antiguo, se ha de hacer esto;
y otras cosas, porque son
de estilo antiguo, aunque bueno,
se han de dejar, por seguir
otros estilos perversos.
MARIQ. Si yo no tengo otra cosa
que darles.
D. VEN. Darles un... hueso,
para mondarse los dientes.
¡Anda, anda, que ya te entiendo!
¡Eso sí, gran rebanada
del pan de mi compañero!

(*Salen los tres criados.*)

BENITO. ¿A dónde se han de poner
estas copas?
(*Una de estrado y otra de pies.*)
LUCIO. En el suelo.
D. VEN. El brasero en este lado,
y arrimadle unos asientos
para la gente de juicio;
y la copa al otro extremo
de la sala.

(*Sale* DOÑA JUANA.)

D.ª JUANA. Vamos, hijo:
¿has de ser tú bastonero,
ó no?
D. VEN. Si todas me dais
facultades, en teniendo
el bastón, de bastonaros,
lo seré; si no, no quiero.
Además, que ¿quién le había
de hacer al señor don Pedro
un agravio en disputarle
las funciones de cortejo?
D.ª JUANA. Por no hacer un gusto, eres
capaz, si te dan mil pesos,
de no tomarlos.
D. VEN. Sí tal:
¿á dónde está ese dinero?
D.ª JUANA. ¡Que no escarmiente, ni acabe
yo de conocer tu genio!
D. VEN. También conozco yo el tuyo:
¿qué quieres?, y no escarmiento.
D.ª JUANA. Vaya; pues ya que te excusas
de ir á la sala, á lo menos
cuida de que estén servidos
los que vengan aquí dentro.
Poned ahí una mesita
con vasos limpios, diversos
vinos, y bizcochos muchos.
¡Hijo, por Dios, que quedemos
bien con todos!
D. VEN. Ese encargo
házsele al señor don Pedro,
que sabe contemplar gaitas.
D.ª JUANA. ¿Por qué razón? ¿El es dueño
de la casa, por ventura,
para echarle todo el peso?
D. VEN. Pues yo no puedo con más;
porque con la bulla tengo
una cabezota que
no cabe en el aposento:
además que todo el año
estoy yo como un jumento
trabajando, y él está
sentadito en el brasero
en conversación contigo.
Pues bien está, trabajemos
cada uno cuando le toque:
si no, sentencia este pleito
un juez de piedra. Señores,
¿pido yo algún adefesio?
D.ª JUANA. Pues ve y díselo tú,
que el decírselo yo creo
que es mucha satisfacción.
D. VEN. Que tengas ésa te ruego;
(*Con fisga.*)
que como en ésa se quede,
me daré por satisfecho.

(*Sale* D. PEDRO.)

D. PEDRO. Señora, que ya la noche
se va pasando: ¿qué hacemos?
D.ª JUANA. No hay forma de convencer
á éste á que sea bastonero,
y quiere que usted lo sea.
D. PEDRO. ¡Jesús, señora!; es tan dueño
mío el señor don Venancio,
que, aunque inútil me contemplo
para el cargo, en testimonio
de mi obediencia, le acepto.

D. VEN. Muchacha, da mi bastón
al señor, y buen provecho.

LUCIO. ¿Qué tienen de que quejarse
los maridos poco cuerdos,
cuando el bastón dan á otro,
de que otro mande más que ellos?

D. PEDRO. ¿Supongo que, aunque parienta
vuestra, sacaré primero
á la novia?

D.ª JUANA. ¿Quién lo duda?

D. PEDRO. No lo erraré; que para esto
tenemos los Periquitos
hechas pruebas del acierto.

CIEGOS. ¿Vamos ya?

D. PEDRO. Vengan tras mí
á la sala.

TÍO PÓ. Vaya, ciego;
tú que ves, anda adelante.
(*Vase con ellos*)

CIEGO 1.º Venidme los dos siguiendo.

D.ª JUANA. Cuidado con que esté todo
abundante, limpio y bueno.
(*Vase.*)

D. VEN. A mi mujer se le olvida
á veces que sólo tengo
catorce reales de renta.

D. HERM. ¡Cuántos olvidos hay de ésos!

D. VEN. ¿Don Hermógenes?

D. HERM. ¿Señor?

D. VEN. Usted que está, por ser viejo,
ya en la edad de la codicia,
ha de ser mi despensero
y mi mayordomo: ahí van
las llaves; sacad con tiento
cuatro botellas de vino
vacías, y al mismo tiempo
una llena, y en las cinco,
la cantidad repartiendo
del licor partes iguales,
las llenaréis de agua luego,
y las traeréis.

D. HERM. Tan aguado,
señor, ¿cómo han de beberlo?

D. VEN. ¿Cómo beben en sus casas
el que vende el tabernero?

D. HERM. Dirán que sois miserable.

D. VEN. O dirán que soy discreto.
¿No beben para templar
de la agitación el fuego,
porque bailando se abrasan?
Pues, amigos, agua en ellos.

(*Se oyen los minués, que se supone bailan en la sala.*)

MARIQ. Pues, señor, sea lo que fuere,
lo que se ponga sea presto,
porque ya bailan, y pronto
querrán beber.

D. VEN. No hayas miedo
que mientras bailan minuetes
salga alguno. En concluyendo
los *graves*, y en empezando
la música los *allegros*,
que es cuando empiezan los brincos
y la mudanza de asientos,
y, cada uno á su negocio,
nadie repara el ajeno,
entonces es cuando empiezan,
los cuatro humores revueltos,
á apetecer gollerías,
y cada uno va sintiendo
el semblante humedecido
y los paladares secos.

D. HERM. Allá voy: pon entretanto,
niña, la mesa en su puesto.

(*Sale* D. ROQUE, *como cansado, con gorro y bastón.*)

D. ROQUE. Adiós, señor don Venancio.
Disimulad si me siento
sin hablar otra palabra,
que esta fatiga en el pecho,
con su calentura al canto...
¡Ay, amigo, yo me muero!

D. VEN. Y os está bien empleado.
En una noche de invierno,
¿quién sale así de su casa,
y no se está con sosiego
en la cama, procurando
para sus males remedio?

D. ROQUE. ¿Qué queréis? Por no quitar
á mi mujer el consuelo
de que vaya á las comedias,
los bailes y los paseos,
no puedo quedarme un día
en la cama, ni me atrevo
á quejarme. aunque el doctor
dice que me caeré muerto.

MAN. (*A los pajes.*) Los que sois ó habéis de ser
maridos, tomad ejemplo.

LUCIO. Ya tengo yo otro sabido,
para cuando llegue á serlo,
mejor.

MANUELA. ¿Mejor? ¿Y cuál es?

LUCIO. Querida, el de los cocheros:
hacer trabajar las mulas
y cercenarles el pienso.

MANUELA. Eso no es de hombres de bien.

LUC. (*Sin señalar.*) ¿Y son hombres de bien éstos
que consienten?... Dejarme,
porque diré setecientos
disparates, si me apuras.

(*Sale* D. PASCUAL BAILÓN.)

D. PASC. Buenas noches, caballeros.

D. VEN. ¡Señor don Pascual Bailón!
¿cómo tan tarde?

D. PASC. Es que vengo,
amigos, de merendar
y beber como un tudesco.

D. ROQUE. ¡Gracias á Dios, que os da ganas!

Yo, aunque á la mesa me siento,
suelo no acabar un caldo:
es verdad que me divierto
en ver comer á mi esposa,
que tiene un diente estupendo.

D. PASC. Dígala usted que, si quiere
apostar, que comeremos;
y la haré ver que no sabe
cuál es su diente derecho.

D. VEN. Pues ya que ustedes no bailan,
á la lumbre, caballeros,
y trátese de las cosas
que haya en el lugar de nuevo.

D. PASC. Yo esta mañana, y cuidado
que no es bola, le oí á un ciego
decir que había almanaques
y pronósticos.

D. VEN. Pues eso,
aunque es verdad que los haya,
es embuste manifiesto.

LUCIO. Niñas, si ustedes nos dan
(*A la copa.*)
lugar, nos calentaremos
las manos.

MARIQ. ¡Ojalá hubiera
tanto lugar en el cielo!

LUCIO. En verdad que dicen que hay
de Madrid allá buen trecho.

(*Sale* D. HERMÓGENES.)

D. HERM. Aquí está el vino y bizcochos.

D. VEN. ¡Don Hermógenes! ¿qué es ésto?
¿Cuántos traeis?

D. HERM. Media libra.

D. VEN. Vos habéis perdido el seso:
con un cuarterón sobraba
¿Somos aquí confiteros?

(*Sale* DOÑA LEONOR, *sofocada, y* DOÑA JUANA *detrás.*)

D.ª JUANA. ¿Quieres algo, Leonor mía?

D.ª LEO. Mujer, desahogarme quiero
de la risa que me oprime.
¿Viste tocado más feo,
ni bata de más mal gusto
que la de la novia? Y luego,
no es tan linda como dicen.

D.ª JUANA. ¿Qué quieres, hija? Hasta en eso,
que está á la vista, se yerran
los gustos y los conceptos;
y á veces en un concurso
las hermosuras nos vemos
desairadas, y las sierpes
están rodeadas de obsequios.

D.ª LEO. Lo que me ha escandalizado
es que ya tiene cortejo,
y ha nada que se casó.

D.º JUANA. Es que con el novio ha hecho
lo que con el coco se hace
á los niños, en creciendo.

D.ª LEO. ¿Qué es?

D.ª JUANA. Enseñarles el coco,
para que pierdan el miedo.

D.ª LEO. Y él me parece un buen hombre.

D.ª JUANA. ¡Toma si es! y más que bueno.

MARIQ. Tráiganos usté hacia acá
á la novia, la veremos,
señora.

D.ª JUANA. Luego después
entrará.

(*Sale* D. GIL, *de redingot, mojado y lleno de lodo.*)

D. GIL. ¡Jesús, cuál vengo!

D.ª JUANA. ¡Oh, señor don Gil, tan tarde!

D. GIL. ¿Qué quereis, si está lloviendo
á cántaros, justamente
en una noche que tengo
precisión de ir á once bailes?

D.ª JUANA. ¿Pues por qué no os estais quieto
en uno?

D. GIL. Si en todas partes
me quieren, ¿cómo he de hacerlo?
(*Saca zapatos del bolsillo y se muda.*)
Señores, con el permiso
de ustedes, me quitaré ésto
aquí, para entrar decente.

D.ª JUANA. Sea en buen hora.

D.ª LEO. Lo que siento
es que no previne coche,
como estaba el día sereno,
y me he de poner perdida.

D.ª JUANA. Ahí tienes á don Anselmo,
que le busque.

D.ª LEO. No quisiera
meterle ahora en este empeño.

D.ª JUANA. Ven, que, si tienes reparo,
yo lo haré, que no lo tengo.

(*Sale* D. PEDRO.)

D. PEDRO. ¡Hay aquí alguno que quiera
bailar!

D.ª JUANA. ¿Se van concluyendo
los minuetes?

D. PEDRO. Sí, señora.

D.ª JUANA. Pues despachar y empecemos
las contradanzas. ¿Don Gil,
queréis bailar ahora, ó luego?

D. GIL. Que bailen cualquiera cosa
entretanto que me peino.
(*Saca un espejo, le clava y se pone á peinar.*)

D. PEDRO. Vaya, que igual confusión
no la he visto.

D. ANS. (*Dentro.*) ¡Bastonero!

D. PEDRO. Ya voy, ya voy: ni le dejan
á un hombre tomar aliento. (*Vase.*)

D.ª LEO. Volvámonos al estrado.

D.ª JUANA. Vamos á componer eso. (*Vanse.*)

D. VEN. ¡Lo que ha caído que hacer
á mi amigo! ¡Buen provecho!

D. ROQUE. ¡Hay más noticias?
D. PASC. Que vienen
los Reyes á seis de enero.

(*Sale* DOÑA IRENE.)

D.ª IRENE. ¿Muchacha? (*A* MANUELA.)
MANUELA. ¿Qué manda usted?
D.ª IRENE. Buenas noches, caballeros.
(*A los del brasero.*)
LOS TRES. A los pies de usted, madama.
D.ª IRENE. ¿Dijiste á don Luis aquéllo?
(*Aparte las dos.*)
MANUELA. Sí, señora; pero dijo
que tenía que ir primero
á otra función.
D.ª IRENE. Pues si viene,
y entrase por aquí dentro,
dile que lo sé; y que estoy
contra él hecha un veneno;
pero oyes, en todo caso
no le dejes ir. (*Vase*).
MANUELA. Ya entiendo.
MARIQ. ¿Qué regaña?
MANUELA. No es conmigo,
que es con el mismo dueño
de su voluntad, porque
se ha ido á otra parte á bureo.
LUCIO. ¡Qué guapa que viene?
MANUELA. Gracias
á un señor don Majadero,
que la ferió aquella rica
bata que trae.
TOMASA. Para eso
una ama que tuve yo
(que en la sala está por cierto).
Echó una demanda en todas
sus tertulias, con pretexto
de una gran necesidad
que estaba á su cargo; y luego
lo echó en una bata que
necesitaba su cuerpo.
LUCIO. Yo serví á otra que rifaba
cuanto tenía, y me acuerdo
que se quedaban en casa
las alhajas y el dinero.

(*Sale* D. JOAQUÍN, *sacando de la mano á la novia.*)

NOVIA. ¡Qué calor!
D. JOAQ. Si está la sala
echando bombas de fuego;
de mejor temple está aquí.
NOVIA Arrimad unos asientos.
Dios guarde á ustedes: traed otro
aquí cerca, y hablaremos.
(*Siéntanse.*)
LUCIO. ¡La novia, chicas, la novia!
TOMASA. No es malita, y él es bello
mozo.
MARIQ. No es ése el marido.
TOMASA. ¿Pues quién es?
MARIQ. Otro don Pedro
como el que viene á mi casa.
D. ROQUE. Don Venancio, ¿qué es aquello?
D. VEN. ¿Que haya casado que
pregunte lo que está viendo
por su casa, por la mía,
y por la de otros más huecos?

(*Llega* D. GIL.)

D. GIL. Señores, sea en hora buena:
y recibid mi deseo
de que os gocéis muchos años.
NOVIA. No es aqueste caballero
mi esposo.
D. GIL. La cercanía
me persuadió el parentesco;
perdonadme.
D. JOAQ. No hay de qué.
NOVIA. El hombre es muy majadero
D. GIL. ¿Está el peinado tal cual?
(*A los criados.*)
CRIADAS. Muy lindo.
D. GIL. Pues voy adentro. (*Vase.*)

(*Sale el* NOVIO.)

NOVIO. ¿Te has indispuesto, hija mía?
NOVIA. No, hijo, no me he indispuesto;
he salido á desahogarme
aquí por un rato.
NOVIO. Has hecho
muy bien: ¿y usted no ha bailado?
D. JOAQ. Eso le estaba diciendo
á madama; ¿por qué habían
de sacar á otros primero?
Cuando no por ver que soy
el mayor amigo vuestro,
siquiera por ver que traigo
vestido de terciopelo;
mas ya la pagará; ¡vaya
á pasear el bastonero!
NOVIA. Cuando tengamos función
allá en casa, usté ha de serlo,
y nos hemos de vengar.
NOVIO (*Refunfuñando*):
¿Función? Veremos, veremos.
D. PASC. (*Y los otros que están al brasero*):
¡Ah, señor novio!
NOVIO. Señores.
LOS TRES. Venga usté, que aquí hay asiento.

(*Le hacen lugar.—Sale* D. PEDRO.)

D. PEDRO. ¡Pronto, pronto! Lleven vino
y bizcochos á los ciegos.
D. VEN. ¡Don Pedro!
D. PEDRO. ¡Qué manda usted?
D. VEN. Sea en buen hora. (*Burlándose.*)
D. PEDRO. ¿Y para eso

llama usted? Vaya que estamos
(*Enfadado.*)
para malograr el tiempo. (*Vase.*)
¿Se ha llevado lo que he dicho?

BENITO. Ya vamos.

D. VEN. Chicos, con tiento;
no sea que se emborrachen
y se ahiten.

(LUCIO *y* BENITO *llevando el refresco.*)

LUC. y BEN. No haya miedo.

(*Sale* D. ANSELMO.)

D. ANS. ¡Que llueva esta noche, para
ponerme en tan grave empeño!
¿Dónde habrá coche á estas horas?

(*Sale* D. LUIS.)

D. LUIS. ¡Qué húmedo que está el invierno!

D. ANS. ¿Traeis coche?

D. LUIS. El de San Francisco.
Ahí en un rincón he puesto
los zapatos, con más agua
que tres libras de abadejo.

D. ANS. Pues prestadme vuestra capa,
que voy á ver si le encuentro
en algún alquilador. (*Vase.*)

D. LUIS. Ahí vá; pero volved presto.

MANUELA. Señor don Luis.

D. LUIS. ¿Qué hay, Manuela?

MANUELA. ¡Buena la hizo usted!

D. LUIS. ¿Pues qué he hecho?

MANUELA. Poner á mi ama en peligro
de darle un encendimiento
de sangre, viendo que usted
se resiste á sus preceptos.

D. LUIS. ¿Todo eso hay?

MANUELA. Y mucho más.

D. LUIS. ¿Será cosa de ir corriendo
á llamar á un sangrador?

MANUELA. No hagais burla, que yo temo,
según está sofocada,
que la cueste caro el cuento.

D. LUIS. ¡Sea por amor de Dios!
(*A los del brasero.*)
Buenas noches, caballeros.

D. PASC. Tarde venís.

D. LUIS. No he podido
más.

D. VEN. ¿No vas á bailar?

D. LUIS. Luego.

TOMASA. ¿Es ese el mueble de tu ama?

MANUELA. Sí.

BENITO. ¿Qué va que no entra dentro,
porque no le riña?

MANUELA. Esotro
galantea con coleto,
amigas; y si le quieren
se alegra; si no, lo mesmo.

LUCIO. De ese modo puede un hombre
ser algunos ratos necio.

MARIQ. ¡Ah, pobres mujeres!

LUCIO. ¡Ah,
mujeres tontas, que de ellos
se fían; y que no aprenden,
por leyes de buen comercio,
que quien mucho fía, cuando
no se pierda, gana menos!

NOVIA. Llegaos á decirle al ama
(*A* D. JOAQUÍN.)
de la casa que la espero:
que se llegue aquí un instante.

D. JOAQ. Voy, señora, voy corriendo. (*Vase*).

D. LUIS. La novia está allí; veré
si haciéndola mis obsequios
puedo hacer rabiar á esotra.
Señora, los pies os beso.

NOVIA. ¿Señor don Luis?

D. LUIS. Con licencia
de usted, tomaré este asiento.

NOVIA. Mientras vuelve el que se ha ido

D. LUIS. Sólo al pariente le cedo,
pero á otro no; porque yo
en sus ausencias espero
la plaza de gentilhombre.

NOVIA. Está ya dado el empleo.

D. LUIS. ¡Lo que madrugan algunos!...
(*Aparte.*)

NOVIA. Y aunque llegárais á tiempo,
no tenéis, señor don Luis,
conducta para cortejo,
ni filis. Para marido
me parece que sois bueno;
y así, al instante que enviude,
envidad, que yo os acepto.

D. LUIS. Esta es palabra mayor:
(*Levantándose*).
¿á mí decirme que tengo.
cara de marido? ¡Vaya,
que sin duda soy muy feo!

(*Sale* D. JOAQUÍN.)

D. JOAQ. Señora, al instante viene.

(*Sale* D. PEDRO.)

D. PEDRO. ¿Ha venido alguno nuevo
que baile? Vamos, Luisito:
y á todos ustedes ruego
que no falten de la sala.

D. LUIS. ¡Qué acalorado estás, Pedro!

D. PEDRO. Yo sé quien por culpa tuya
lo está más.

D. LUIS. Que beba fresco.

D. PEDRO. ¿Vienes á la sala?

D. LUIS. Voy,

sólo por ver á un espejo
qué señales de marido
son las que adornan mi cuerpo. (*Vase.*)

(*Sale* Doña Lucía.)

D.ª Lucía. ¿Ha venido mi pariente?
D. Pasc. ¿No me ves, tonta?
D.ª Lucía. Me alegro,
para decirte que vayas
á casa á que tengan puesto
el farol en la escalera.
D. Pasc. ¿Cómo tengo de ir lloviendo?
D.ª Lucía. ¡Qué lástima! Pues tampoco
puedes ir en coche luego.
D. Pasc. ¿Por qué?
D.ª Lucía. Porque la berlina
sólo tiene dos asientos,
y don Blas trae medias blancas.
D. Pasc. ¿Pues qué, los tres no cabemos?
D. Lucía. ¡Ahora iría el otro con esa
mortificación!
D. Pasc. Por eso
no haya pendencia; bien, bien,
ya iré.
D.ª Lucía. Pues cuenta con ello. (*Vase.*)

(*Sale* Doña Juana *con* Doña Pepa *de la mano*).

D.ª Juana (*A la* Novia):
Ya vengo á ver qué me mandas;
y porque te ha echado menos,
viene esta dama á buscarte.
Novia. Hijita, yo lo celebro;
pues quería suplicarte
le dijeses mi deseo
de oirla cantar y tocar
la vihuela.
D.ª Juana. El propio intento
traía ella.
Novio. Canten ambas,
luego que solos quedemos,
alguna cosa.
D. Roque. (*Se levanta.*) Canta, hija.
(*A* Doña Pepa.)
D.ª Pepa. ¡Toma! ¿qué? ¿también tenemos
aquí este emplasto?
D. Roque. ¡Cuánto há!
Mira, hijita, canta aquello
que cantabas por la noche
el día que hice testamento.
D.ª Juana. ¿Pues qué, tan malo os hallais
que ha llegado ya ese extremo?
D. Roque. Muy malo.
D.ª Pepa. No le creais,
que es solo aprensión que ha hecho;
pues, según el doctor dice,
no hay de qué tener recelo;
porque aunque la calentura
es continua, está en los huesos
y no le llega á la carne.
(*Todos se sonríen, mirando á* D. Roque.)
Mas por ver si le divierto,
cantaré unas seguidillas
de un duendecillo travieso.
D.ª Juana. Pues cántalas, hija mía.
D.ª Pepa. Pues escúchalas, que empiezo.
(*Aquí cantó las seguidillas dichas.*)
Todos. ¡Viva, viva: te has portado!

(*Sale* D. Anselmo.)

D. Ans. ¡Jesús, qué noche de perros!

(*Sale* Doña Leonor.)

D.ª Leo. ¿Hallasteis el coche?
D. Ans. No
se halla por ningún dinero.
D.ª Leo. ¡Siempre me dejais airosa!
D. Ans. ¡Estos sí que son aprietos!
¿Pues no hallaréis, entre tantas
amigas, algún asiento? (*Recio.*)
D.ª Leo. Diez hay para cada coche.
Bien podéis marchar corriendo
á casa por la mantilla
gorda y los zapatos negros.
Novia. Hija, yo te llevaré. (*Aparte á ella.*)
D.ª Leo. Calla, déjale; que quiero
que se refresque, y así
será otra vez más atento.
D. Ans. Voy allá.
D. Luis. Venga mi capa.
(*Se la quita.*)
D. Ans. ¿Cómo tengo de ir en cuerpo?
D. Luis. A lo militar.
D. Ans. ¿Hay otra
por ahí? Pero ya la veo.
(*A la de* D. Gil *que está colgada.*)
D. Gil. No es capa, que es capingot;
perdone usted, caballero.
(*Se la quita.*)
D. Ans. De la humedad de esta noche
malas resultas espero. (*Vase.*)

(*Sale* D. Pedro *sofocado.*)

D. Pedro. Luego que esta contradanza
se concluya, á nadie tengo
que sacar, porque toditos
se han encajado aquí dentro.
¡Si no me da un tabardillo
esta noche, soy de acero! (*Vase.*)
D.ª Juana. Tiene razón.
Novia. Pues que cante
esta dama, y nos iremos
á la sala.
D.ª Pepa Si ha de ser,
cantaré; pero no tengo
vihuela.
Mariq. ¿Cómo que no?
Aquí está la de los ciegos.

D.ª JUANA. Ya sé lo del tenedor,
Mariquita. (*Aparte las dos.*)
MARIQ. Harto lo siento,
señora.
D.ª JUANA. Pues no te asustes,
que ya está todo compuesto.
D.ª PEPA. Vaya unas seguidillas
de idea extraña.
TODOS. Silencio.

(*Cantó y tocó sentada unas seguidillas particulares la* PORTUGUESA (*que hacía este papel*) *y todos los del baile se fueron entrando á oirla, rodeando su silla, etc.*)

TODOS. ¡Lindamente, viva, viva!
UN CIEGO. Entretanto que yo bebo.
D.ª JUANA. ¡Ea, á bailar, que ya es tarde,
y la noche aprovechemos! (*Vase.*)
UNOS. ¡A bailar!
D. PEDRO. (*Dentro.*) ¡Jesús mil veces!
VOCES. (*Dentro.*) ¡Qué desgracia!
D.ª JUANA. ¿Qué ha sido eso?

(*Sale* BENITO.)

BENITO. Que le ha dado una congoja
tan grande al señor don Pedro,
y se ha caído redondo.
D.ª JUANA. Tú tienes la culpa de éso.
D. VEN. ¿Yo, mujer?
D.ª JUANA. Sí; pues si hubieras
hecho tú de bastonero,
no le sucediera al otro;
sólo por verte contento.
D. VEN. Y si á mí me sucediera,
¿no era más trágico el cuento?
D.ª JUANA. Tú en tu casa te quedabas,
aunque te cayeras muerto.

(*Sacan á* D. PEDRO, *desmayado, entre algunas damas y caballeros de la función y le sientan.*)

D.ª IRENE. ¡Presto, presto, un poco de agua!
D. VEN. Aquí hay un vino estupendo
para los pulsos.
D.ª IRENE. Amiga,
no te asustes, que yo espero
que será sólo un vapor.
D.ª JUANA. Muchachas, id y traer luego
plumas de perdiz.
D. LUIS. Humazos.
Y que uno vaya corriendo
por agua de torongil
y cerdas de toro negro.
D. VEN. Aflojarle la cotilla.
D. GIL. Ponerle un ladrillo ardiendo
en la tripa, y volverá.
D. PEDRO. ¿Dónde estoy, piadosos cielos?
(*Volviendo con melindre.*)
LAS DAMAS Entre amigos.
D. LUIS. ¿Cómo va?
D. PEDRO. Mejorcito.
D. LUIS. Yo me alegro.
D. PEDRO. Esto no es nada, señoras,
mas que desvanecimiento.
D. VEN. La primer verdad que he oído
en mi vida al tal don Pedro.
D.ª JUANA. Hijas, id á divertiros.
D.ª IRENE. No, amiga, que ya tenemos
mucho más de media noche.
D. HERM. Y ya se van escurriendo
de la sala cuasi todos.
D.ª JUANA. Pues, chicos, id previniendo
las hachas.
D. HERM. Ya hay quien alumbre
allá en el recibimiento.
D. VEN. ¿Con que esto se acabó?
D. PEDRO. Sí;
¿tenéis que añadir á éso?
D. VEN. Nada: sólo declarar
que esto es ver por el reverso
la medalla de un sarao,
que aunque se vea de aspecto
inocente por la cara
de la sala, al mismo tiempo
suele ser de otro semblante
en las piezas más adentro.

56

El simple discreto.

SAINETE DE D. RAMON DE LA CRUZ.

1766 [1]

PERSONAS: LAS DE LA COMPAÑIA

(*Salen* CHINICA *y* ESPEJO, *de payos, dadas las manos.*)

ESPEJO. Juanillo, ve con cuidado,
no sea caso que te pierdas;
éste es Madrid, y la calle
de Alcalá también es ésta.
CHINICA. Alcalá, Madrid y calle
dice usted, ya tengo cuenta.
ESPEJO: Sí; que como eres tan simple,
te lo digo, porque aprendas.
CHINICA. Le oí decir al boticario
que con los simples se ingenia.
Y aquello, padre, ¿qué es?
ESPEJO. Donde se miran las fiestas
de toros cuando se corren.
CHINICA. Le oí decir á mi abuela
que todo aquel que se corre
es porque tiene vergüenza;
y si los toros se corren,
también la tendrán.

---

[1] *Inédito.* Ms. en la Bib. Nacional, núm. 14.594-20.

ESPEJO. No, ¡bestia!
Quiero decirte, muchacho,
para que mejor lo entiendas,
que allí es donde los matan.
CHINICA. Me enseñaron en la escuela
que era el quinto no matar.
ESPEJO. Tu juicio me desespera;
chico, que son animales.
CHINICA. Eso es lo mismo que bestias;
¿y dónde los toros viven?
ESPEJO. Los crían partes diversas.
CHINICA. Y en nuestro lugar, ¿los hay?
ESPEJO. De más ó menos fiereza,
en todas partes se crían.
CHINICA. A fe que si nos cogiera
alguno, nos reventara.
ESPEJO. Dentro de Madrid, no temas,
que si hay alguno, se guarda.
CHINICA. Porque, si no, le corrieran.
Pero, padre, ¿qué es aquello?
ESPEJO. Son los guardas de la puerta.
CHINICA. Y ¿de qué sirve guardarlas
si las tienen siempre abiertas?
ESPEJO. Sí, que á todos los registran,
y por la noche se cierran.
CHINICA. ¿Para todos?
ESPEJO. Para todos.
CHINICA. Eso es bueno, porque á puerta
cerrada, el diablo se vuelve;
pero ¡ay, padre! ¿qué carretas
pasan por allí?
ESPEJO. Son, simple,
coches en que se pasean
las madamas de la Corte.
CHINICA. Pues allí veo que lleva
barbas aquella madama.
ESPEJO. Será hombre.
CHINICA. La cabeza
solo le veo, y por eso
dudé.
ESPEJO. Es que también conservan
hombres los coches.
CHINICA. ¡Ah, padre!,
pues si hombre y mujer se mezclan,
y van en mismo coche,
será muy mala conserva.
¿Qué es aquello?
ESPEJO. Es una fuente
adonde gentes diversas
están en conversación.
CHINICA. Y ¿qué sacan?
ESPEJO. Se les pega
á muchos ciertas cosillas
que, aunque sacudirse quieran,
sólo el dios Mercurio puede
hacer esta diligencia,
castigándolos.
CHINICA. ¿Por qué?
ESPEJO. Por lo mucho que babean,
y algunos en la estacada
se suelen quedar.
CHINICA. ¡Canela!
Huyamos del puente, padre.
ESPEJO. ¿Por qué?
CHINICA. Porque no quisiera
que, como nuevo en Madrid,
cayese en la ratonera.
ESPEJO. Pues echa por este lado.
CHINICA. ¡Ay, padre, lo que allí suena
de gritos!
ESPEJO. Es el Prado,
donde toda esta caterva
de gentes viene...
CHINICA. ¿A pacer?
que este prado tendrá hierba.
ESPEJO. ¡Y bien mala!
CHINICA. Que la corten.
ESPEJO. Buenos trasquilones lleva,
y si acaso algún retoño
no se ve, que con presteza,
luego que empieza á crecer
va á parar á la gamella (1).
Descansemos aquí un rato;
sentados en esta piedra,
te divertirás.
CHINICA. Ya estoy.
ESPEJO. Pues atiende á los que llegan.
(*Siéntanse.*)

(*Salen* BLAS, *de ciego, con cabriolé, y detrás* EUSEBIO, *petimetre, con la señora* PAULA; ESTEBAN, *lo mismo, con la señora* GRANADINA, *unos tras otros.*)

BLAS. Vengan ustedes conmigo,
que yo les pondré á la puerta:
¡qué bonita! ¡qué graciosa!
¡qué cosa! ¡con qué decencia!
¡qué música! es un primor.
EUSEBIO. Y ¿á qué hora se comienza?
CHINICA. ¿Cómo es esto? ¿un ciego guía
á los de vista perfecta?
ESPEJO. El ciego es el mismo Engaño,
aunque material lo veas.
BLAS. A las ocho es el refresco;
á las nueve entra la fiesta;
á las diez las contradanzas;
y mientras llega la cena,
unos hablan, otros ríen
y todos la pava pelan;
y si acaso algún cañón
después de pelarla queda,
se van...
EUSEBIO. ¿Dónde?

(1) Variante:

Y si acaso algún retoño
se ve luego, con presteza,
antes que empiece á crecer,
se le corta la cabeza.

BLAS. A los infiernos.
ESPEJO. Ahí es donde tú los llevas.
¡Mira qué bien guía el ciego!
CHINICA. Por lo menos será fresca
la posada.
ESTEBAN. Es un buen rato.
CHINICA. El los lleva á cosas buenas:
refresco, baile y cenar.
Lo que más me ha hecho fuerza
es lo de pelar la pava.
ESPEJO. También algunos se quedan
tan pelados, que ni polvo
les queda en las faltriqueras.
CHINICA. ¡Válgate el diantre la pava!
Todos á pelar en ella,
y después de repelada
se vuelve á quedar entera.
PAULA. ¡Don Francisco!
EUSEBIO. ¿Qué mandais?
PAULA. Poned en las faltriqueras
ese frasquito, por si
acaso el flato me aprieta;
no por ir desprevenida
eche yo á perder la fiesta;
y dadme la mano.
EUSEBIO. Vamos.
BLAS. Tengan ustedes paciencia,
que aun es temprano, y mejor
les será que se diviertan
viendo gentes en el Prado
hasta que la hora sea.
GRANAD. Rabiando estoy por bailar,
y si es que de las postreras
llegamos, me desespero.
BLAS. Para todos habrá tela.
EUSEBIO. Sentémonos.
PAULA. Por mí, vaya.

(*Siéntanse á la izquierda en banquillos de peñasco.*)

ESTEBAN. Norabuena.
GRANAD. Norabuena.
CHINICA. Padre, la que dió la mano
¿es su mujer?
ESPEJO. Ni lo piensa.
CHINICA. Pues ¿para qué da la mano?
ESPEJO. Por no caer.
CHINICA. ¡Esa es buena!
Pues á mí me parecía
que era caer más apriesa.
ESPEJO. Cierto es que tiene peligro
junto á la lumbre la yesca.
CHINICA. Sí, pues cuando no se queme,
á lo menos se calienta.
ESPEJO. Parece que poco á poco
á ser malicioso empiezas.
CHINICA. Será efecto del país
ó de mi naturaleza.
Mas diga usted, ¿qué es aquello
que le cuelga en la cabeza
aquella niña. (*A* PAULA.)
ESPEJO. Es el tur.
CHINICA. ¿Trun? pues, ¿es caja de guerra?
ESPEJO. Y sólo sabe tres sones;
el primero, la retreta;
el segundo, la llamada;
y en viendo que ya no queda
que chupar, la retirada.
CHINICA. Pues retirémonos de ella,
no sea caso que nos chupe.
ESPEJO. Estate quieto y no temas.
CHINICA. Y aquello que la otra tiene
pendiente de una cadena
con tantos cascabelillos,
¿qué será, padre?
ESPEJO. La muestra.
CHINICA. ¿De qué? si no vende nada.
ESPEJO. Hombre, es un reloj que enseña.
CHINICA. ¿La hora en que se arrepiente?
ESPEJO. ¿De qué?
CHINICA. De llevar la muestra.
ESPEJO. Otros llevan dos.
CHINICA. Me río,
padre, del que no escarmienta,
por más muestras que le den,
si tiene de una experiencia.
¿Y cuestan mucho?
ESPEJO. Un sentido.
CHINICA. En habiendo cinco muestras,
adiós sentidos, volaron.
ESPEJO. Y á veces una los cuesta.
VOCES (*Dentro*):
¡Ténganse allá! ¡Fuera! ¡Aparta!
CHINICA. ¡Hola! ¿qué bulla es aquélla?
ESPEJO. Dos mujeres.
CHINICA. Ya lo dije,
que habiendo bulla eran ellas.

(*Salen las señoras* MARIQUITA *y* PACA LADVENANT, *la primera bizarra y la segunda humilde.*)

MARIQ. Pues ¿cómo tan sin sabor
delante de mi presencia
osa parecer? ¿no sabe
que es una loca, una necia
desaliñada, y que yo
tengo gallarda presencia?
Váyase, váyase digo;
y donde yo esté no venga.
PACA. Señora, si, la verdad...
BLAS (*Levántase*):
¡Qué oigo! Voy á echarla fuera.
¡Prima!
MARIQ. ¡Primo!
BLAS. ¿Qué es aquéso?
MARIQ. Esa hipócrita, que piensa
que ha de encontrar caridad.
BLAS. ¡Vaya fuera! ¡Vaya fuera!
(*Desvíala y la recoge* CHINICA.)

CHINICA. ¡Qué pobrecita que está!
Padre, ¿por qué la desprecian?
ESPEJO. Porque ésta que ves humilde,
la Verdad solo la alienta,
y está sola; la Mentira,
el Engaño y la caterva
de sus secuaces no quieren
que la verdad prevalezca.
CHINICA. Pues los niños y los locos
la cantan y la vocean.
Venga acá.
PACA. Con mucho gusto;
que un simple es morada cierta
de la Verdad, y un anciano
es compuesto de experiencias.
CHINICA. Pues si es compuesto y yo simple,
y la Verdad siempre exenta,
aunque entre los dos te sientes,
nunca has de salir compuesta;
que para tu adorno basta
presentarse con decencia.
MARIQ. Y ¿tengo cabida yo
en la tal cosa?
BLAS. Por fuerza,
y más estando yo allí;
además, que en esta era,
en viniendo bien vestido,
en cualquier parte se entra.
CHINICA. ¿Quién es éste que aquí viene?
PACA. Un médico.
CHINICA. ¡Guarda, fuera;
huyamos de él, no nos coja!
PACA. No temas; ¿por qué te alejas?
Este nos preserva á todos
y libra de las dolencias
defendiendo nuestras vidas.
CHINICA. ¡Dios de él á mí me defienda!

(*Sale* PONCE, *de médico.*)

PONCE. Don Francisco, madamitas;
estoy á las plantas vuestras.
TODOS. Señor doctor, bien venido.
PONCE. Ahora acabé la tarea
de mis enfermos, y vengo,
porque un poco se divierta
la imaginación, al Prado;
porque como el sol calienta
y el frío es fuerte, convida.
CHINICA. Este ¿de qué se sustenta?
PACA. En sólo los males nuestros
consiste su conveniencia.
¿Conocisteis á su padre?
CHINICA. Yo no; diga usted quién era.
PACA. Un sepulturero.
CHINICA. ¡Zape!
¡Para que enterrar no sepa,
teniendo antes por oficio
la que ahora ciencia profesa!
PACA. No hay facultad más valida,
y los buenos se granjean
la estimación de los hombres.
CHINICA. Y ¿qué figura es aquésta?

(*Sale* IBARRO, *de abate.*)

IBARRO. ¡Señoritas; oh, señores!
¿en el Prado? ¡qué extrañeza!
MARIQ. Aquí es donde más segura
puedo yo hacer mi cosecha,
pues se acaba de sembrar
la Mentira, y ya se siega.
CHINICA. ¡Qué pronto es en producir
el Prado!
ESPEJO. Si tú supieras
qué producciones que suele
dar, aún mejor lo dijeras.
CHINICA. Pues ¿qué es, padre?
ESPEJO. Niñerías,
que nada importa las sepas.
CHINICA. ¿Por qué?
ESPEJO. Porque ajenas faltas
publican la ligereza.
IBARRO. Pues, como digo, en la calle
Mayor han llegado frescas
y muy delicadas batas,
cabriolés de la Antuerpia,
medias de trama del Sur
y de la China escofietas,
broqueles de Dinamarca
y hermosas flores de Persia.
PONCE. Iré á tomarles el pulso.
CHINICA. Si va, las flores de Persia (*Aparte*).
se marchitaron al punto.
GRANAD. Si por ser tarde no fuera,
antes de ir á la función
habíamos de ir á verlas.
MARIQ. Mañana iremos, y puede
que, aunque ellas baratas sean,
las saquemos mucho más
aun sin ajustar la cuenta.
CHINICA. Explícame tú qué casta
de pájaro representa
éste de la capa corta.
PACA. Yo te lo diré á la letra.
Este ni es hembra ni macho,
ni ningún arte profesa,
ni es militar, ni estudiante,
ni teme quintas ni levas;
y del modo que le ves,
ni habita en cielo ni en tierra.
CHINICA. El alma de Garibay
andaba de esa manera.
PACA. Pero advierte que éste es solo;
que hay otros, á quien respeta
la veneración, capaces
de las más arduas empresas.
CHINICA. ¿Su nombre?
PACA. Abate no más.
CHINICA. ¿Abate? No hay quien lo entienda.

¡Gentes raras se descubren
en el Prado!

Espejo. Pues aun resta
que veas más.

Chinica. En el arca
de Noé, fácil no era
caber tanto abejarruco
como aquí se manifiesta.

(Sale la señora Joaquina, *de naranjera.)*

Joaquina. Vaya, señores: ¡naranjas
como bolas! ¿quién las lleva,
que nada he vendido hoy?

Blas. ¿Oyes?

Joaquina. ¿Qué?

Blas. ¿Hay mucha venta?

Joaquina. *Denguna*; ya se acabó
el buen aquél de esta tierra.
Unas por otras, perdemos.

Blas. ¿Y la Chata?

Joaquina. Con la Pepa.

Blas. ¿Y la Curra?

Joaquina. Con Grigoria.

Blas. Y ¿qué hacen?

Joaquina. Se encomiendan
á un santo, para aprender
á hilar y torcer; la treta
de escarmentar que sabían,
ahora no les aprovecha;
y como á pluma y á pelo
hacían, ahora se trueca
en lana.

Blas. ¿Y tú, qué has de hacer?

Joaquina. Yo giro por otra escuela,
y mucho mejor harina;
que, aunque *probe*, con conciencia;
y en yendo por buen camino,
no la hagas y no la temas.

Chinica. Padre, ella es de rompe y rasga.

Espejo. A ninguna de éstas creas.

Chinica. ¿Por qué?

Espejo. Porque la mejor
tarde ó temprano cojea.

Blas. Señora, que se hace tarde.

Mariq. Todos con nosotros vengan.

Joaquina. ¿Y yo?

Mariq. Ven también, que allí
has de tener mejor venta.

Todos. Vamos á la diversión, que
lo demás es friolera. *(Vanse.)*

Chinica. Vamos, por si pillar puedo,
para ver qué fruta es ésa,
una pata ó un alón
de esa pava que se pela.

Espejo. Mientras á tu lado asista
no lo lograrás.

Chinica. Pues ¡ea!
vámonos, sea como fuere.

Las dos. Cuidado, no te nos pierdas.

(Descúbrese un hermoso salón, y en el centro una mesa con viandas y licores, y en ella sentadas las señoras María Ladvenant, Guerrera *y* Joaquina, *con* Nicolás, Ponce *é* Ibarro, *y sirviendo* Antonio. *A la derecha otra mesa en que juegan las señoras* Paula *y* Granadina, *con* Eusebio *y* Esteban; Blas, *en pie, alrededor de la mesa; á la izquierda* Gertrudis *y* Méndez, *bailando con* Campano *y* Simón, *y* Juan Manuel *cantando con todos esta seguidilla.)*

(Música.)

J. Manuel «Equivocando tiempos
viva el Engaño;
y celebrando dichas
todos vivamos;
que la Mentira,
mientras no se descubre,
sale á la orilla.»

Nicolás. ¡Cómo me complace ver
mi familia divertida,
tan gustosas á vosotras
y á mí lleno de alegría!
Platos, viandas y licores
gusto, y comer: ¡no hay más vida!

Mariq. La salsa de este guisado,
por cierto que está exquisita.

Guerrera ¿Ha probado usted esta sopa?

Ibarro. No, que soy poco sopista.

Joaquina. Pues á mí la sopa, es cierto,
me sabe mejor que almíbar.

Ponce. Y es el más sano alimento,
como Hipócrates afirma.

Paula. A esta carta mi dinero.

Eusebio. Haga usted resto.

Granad. ¡Qué ira!

Blas. Muchacha, ¿de qué te alteras?

Granad. De ver la desgracia mía,
que nunca puedo ganar.

(Salen Chinica, Espejo *y* Paca.)

Paca. Ya todos juntos los miras;
nota los de aquella mesa
cómo comen, cómo brindan;
cómo los otros se ceban
movidos de la codicia
en el juego.

Chinica. Ya lo veo.
Mas diga usted, padre, diga:
¿á dónde la pava está?

Espejo. En todos ésos que miras.

Chinica. ¡Y también la naranjera
entra en corro!

Espejo. ¿Qué te admira?
En la baraja del mundo,
cada uno tiene su pinta.

Nicolás. ¡Vianda! ¡Vianda!
(Quédase dormido.)

Antonio. Aquí está.

Granad. ¡Que no tenga yo la dicha
de ganar.

Blas. ¿Por qué regañan?

ESPEJO. Aquél, sobre la comida
ya se ha quedado dormido.
CHINICA. Lo mismo hace la borrica
que en casa tenemos, padre.
BLAS. ¿Y á ti, cómo te va chica?
PAULA. Esta mano que ganaba,
vienen las cartas unidas;
y por ser carta mal dada,
está la suerte perdida.
BLAS. Echa una bajo la mesa
con disimulo. *(Arrójala.)*
PONCE. ¿Lo miras?
PAULA. Ya está. Yo gano, señores.
ESTEBAN. No puede ser; es mentira.
EUSEBIO. ¿Qué modo de hablar es ese
con una dama? Mi ira
castigue el atrevimiento.
BLAS. ¡Dale! ¿Por qué desconfías,
estando á tu lado yo? *(A ESTEBAN.)*
ESTEBAN. Con mi aliento ..
BLAS. *(A EUSEBIO.)* ¿No le tiras?
MUJERES. Que se matan.
CHINICA. ¡Padre, padre!...
ESPEJO. No te muevas.

(Salen CALDERÓN y NISO, de jueces.)

CALDERÓN. ¡La justicia!
NISO. Ténganse: ¿qué ha sido ésto?
CALDERÓN. ¡Qué alboroto! ¡qué comida!
¿Qué juego, qué baile es éste?
Y el dueño, que así se mira
dormido, sin impedirlo,
¿quién es?
PACA. Si queréis que yo os declare
de todos estado y vida,
yo lo diré.
MARIQ. ¡Calle ella!
CALDERÓN. ¿Cómo que calle? ¡Atrevida!
Prosigue, hija, lo que sabes.
PACA *(A EUSEBIO)*:
De éste su genealogía
dice viene de Pelayo,
infante.
CHINICA. Pelón sería,
y él vivirá equivocado.
PACA *(A PALLA y GRANADINA)*:
Estas dos que con él miras
fueron antes lavanderas
de un convento.
CHINICA. En lo que estriba
su vanidad, pues que siempre,
limpios ó con porquería,
hábitos nunca faltaron
en su casa.
ESPEJO. Es cosa fija:
¿y eran hábitos de jerga?
CHINICA. No, señor; de algarabía,
NISO *(A ESTEBAN)*:
Y éste ¿quién es?
PACA. Este, sastre.
CHINICA. Pero no recoge tiras,
aunque mil vestidos corta;
que está en hablar su malicia.
ESPEJO. Pues es contra el estatuto
de toda la sastrería.
CALDERÓN *(A ANTONIO)*:
¿Y este otro?
ANTONIO. Yo lo diré,
antes que á mí me lo digan.
Yo, señor, no robo á nadie,
antes mi atención suplica
que con lo que es mío solo
me dejen pasar mi vida.
PACA. Y siempre está pereciendo.
CHINICA. Esto es que Dios, como mira
que nada es suyo, permite
se le convierta en ceniza.
PACA *(A PONCE)*:
Aqueste es un hombre grande
que lo futuro adivina.
NISO. ¿Cómo?
CHINICA. Yo se lo diré.
A la primera visita
le pronostica al enfermo
que saldrá, y con alegría
lo consigue.
CALDERÓN. ¿Cómo es eso?
CHINICA. Dentro de tercero día
les saca con regocijo,
y á la parroquia camina.
CALDERÓN. ¿El muerto con regocijo?
esa es cosa nunca oída.
CHINICA. El muerto no.
ESPEJO. ¿Pues quién? dilo.
CHINICA. Los niños de la doctrina.
CALDERÓN *(Al ABATE)*:
Y éste, ¿quién es?
PACA. Ese es cero.
CALDERÓN. ¿Cero?
CHINICA. ¿Pues de qué se admira?
Esta clase de avechuchos
nunca forman compañía.
CALDERÓN *(A BLAS)*:
Y éste, ¿quién es?
PACA. El Engaño.
NISO *(A MARIQUITA)*:
¿Y esta otra?
PACA. La Mentira.
CALDERÓN. Pues ¿cómo así se introduce?
ESPEJO. Porque viene bien vestida.
CALDERÓN. Salga aquí en medio el Engaño.
BLAS. Señor...
PACA. Ya ha llegado el día.

(Quítale el cabriolé, y queda mal vestido y colgando del cuello varias taleguillas como dicen los versos.)

¡Vaya fuera el cabriolé!
CHINICA. Padre, ¡lo que él escondía!

CALDERÓN. Aguarda. ¿Qué encierras, dime,
dentro de estas taleguillas?
BLAS. Pues que ya estoy descubierto,
vedlo.
MARIQ. Muchachas, aprisa
vámonos á ver las batas
antes que se acaben, niñas.
(*Vanse.*)
CALDERÓN. De estopa es ésta, y bien grande.
BLAS. Esa un pobre la traía
con cien ducados.
ESPEJO. Por eso
es la talega cumplida,
que en la talega del pobre
todo cabe.
CHINICA. Bien podía,
si cien ducados guardaba,
ser mayorazgo en Galicia;
que allí sería el más grande.
ESPEJO. Esta otra es de holandilla,
que hacia este lado le cuelga.
CHINICA. Es bolsa de los usías.
PACA. Esa nada tiene dentro.
CALDERÓN. ¿Pues de qué sirve?
CHINICA. En plantillas
se gasta; que, sin dinero,
un petimetre es plantilla.
ESPEJO. ¡Hola! éstas son de buen lienzo,
y tienen peso.
BLAS. Unas niñas
me las dieron á guardar,
y ellas guardadas se miran.
CALDERÓN. ¿A dónde?
CHINICA. En un lugar nuevo,
que no lejos de aquí dista.
JOAQUINA. ¿Lugar nuevo? ¡guarda fuera!
que el oirlo atemoriza. (*Vase.*)
ESPEJO. Esta es buena, y con monedas.
CHINICA. Y de cruz; ¡por vida mía,
que no se llevará el diablo
á su dueño!
PACA. Bien podía
por falta de luz.
BLAS. Así es;
aunque harta cera tenía.
PACA. Ya todo está descubierto,
y pues que triunfar se mira
del Engaño á la Verdad
en aquesta edad florida,
desterrada salga luego
esa infiel de nuestra vista,
para que, libres nosotros,
exentos de su malicia,
entretenga al auditorio
una buena tonadilla.
TODOS. A cuyo amparo se acoge
hoy nuestra humildad rendida.

57

El alcalde contra amor.

1767 (1).

(*Plaza de lugar.—Descúbrese la plaza con* MARTÍNEZ, *de herrador, en su lugar;* NAVAS, *de mozo payo, en cuerpo, pesando la saca de paja;* RAMÓN *y* CARRETERO, *con capas, en corro, con* GALVÁN, *de médico, en chupa, gorro, bastón y sombrero. Salen de mozas de cántaro y llegan á una fuente que hay en la plaza las señoras* SEGURA, BASTOS, PACA *y* SOBRESALIENTA, *cantando las seguidillas siguientes.* BRUJONES (*ó sea* RAMÓN) *está sentado á la puerta del Ayuntamiento sobre el tambor.*)

A CUATRO.

«¿De qué sirve que tantos
la calle ronden,
si no quiere mi madre
que yo me asome?
¡Hala, hala,
que el agosto está en casa!
¡Ole, ole,
que es el baile de noche!
Si no quiere mi madre
que yo me asome.
¡Viva la gala
del primero que al baile
la moza saca!
¡Ole, ole,
que es el baile de noche!
¡Hala, hala,
que el agosto está en casa!
Del primero que al baile
la moza saca.»
(*Vanse las cuatro á la fuente.*)

(*Sale* MARTÍNEZ.)

MARTÍNEZ. ¿Saben ustedes á qué
se ha juntado hoy el concejo
á puerta cerrada y tienen
de poste al tamborilero?
CARRET. La propria duda los dos
y el señor doctor tenemos.
GALVÁN. Aguardad, que puede ser
que lo sepa Juan Poleo,
que es primo del secretario.
MARTÍNEZ. Juanillo, ¿qué están haciendo

---

(1) *Inédito.* Bib. Municip.: leg. 1-151-18. Copia antigua de 1767, según las notas que se hallan en la cubierta de este manuscrito.

«Año de 1767. Comedia: *Duelos de amor y lealtad.* Tonadilla á tres: *El cortejante bromista.* En el entremés á cuatro: *Ama, criada y dos galanes.*

Año de 1768. Zarzuela: *Los portentosos efectos de la gran naturaleza.* Tonadilla· *Los danzantes.* En el entremés á solo la *Mayora.*

Año de 1770. Zarzuela: *Los cazado. es.* Arias á la italiana.»

los de justicia, que están
encerrados tanto tiempo?

NAVAS. ¿Qué? ¿no lo ve usted?

MARTÍNEZ. Yo no.

NAVAS. Pues yo tampoco lo veo.

MARTÍNEZ. ¿No te ha dicho algo tu primo?

NAVAS. ¿De qué?

MARTÍNEZ. Si hay algo de nuevo
en el lugar.

NAVAS. No, señor;
mas ¿sabéis á qué recelo
que se han juntado?

LOS CUATRO. Di, di.

NAVAS. Sobre poco más ó menos,
á dar voces y ver cuál
ha de pillar más dinero
y más trigo de los propios
y el pósito; pues me acuerdo
que el año que fuí yo alcalde
nos juntábamos á eso
muchas veces, y sacaba
mejor partido el más terco.

GALVÁN. Eso es hacer malos juicios.

NAVAS. Puede ser; pero yo veo
que, si no docena y media
de vecinos que tenemos
el turno de la justicia
y algunos parientes nuestros,
el médico, el señor cura,
el lonjista, el tabernero
y el obligado de carnes,
todos están pereciendo
y todos trabajan más;
con que, amigos, algo es ello.

MARTÍNEZ. Aunque eso sea así, debieras
callarlo, reconociendo
que los culpas y te culpas
contra el bien común.

NAVAS. Concedo;
pero es distinto ser uno
ladrón á ser embustero.

MARTÍNEZ. Pues ya que así lo conoces,
cuando la vara te dieron,
¿por qué no lo remediastes?

NAVAS. Porque acababa mi suegro
futuro de ser alcalde;
porque debía yo cien pesos
al pósito; porque estaba
todo desnudo y hambriento;
porque luego que allí entré
los regidores dijeron
que allí era estilo tomar,
dar y callar y callemos,
y por otros mil motivos,
ó mejores ó tan buenos.

GALVÁN. Y después, al dar las cuentas
todos los que andais en eso,
¿cómo salís?

NAVAS. Pie con bola.

MARTÍNEZ. ¿Y cómo?

NAVAS. Yo no lo entiendo;
mas mi primo el escribano
es quien sabe componerlo;
de modo que cuando él quiere
se alcanza mucho dinero.

CARRET. ¡Bueno va!

GALVÁN. La lástima es
que es difícil el remedio.

NAVAS. Más difícil es que usted
se le aplique á los enfermos.

GALVÁN. ¡Qué bárbaro!

RAMÓN. ¡Ea, callar!:
que parece que han abierto
la puerta los alguaciles.

GALVÁN. A salir van con efecto.

MARTÍNEZ. Pues disimulemos todos
y á la deshecha observemos.

(Se vuelven á sus primeros lugares, y van saliendo por entre los bastidores que fingen la casa de Ayuntamiento OLMEDO *y* CABALLERO, *de alguaciles;* HERMENEGILDO *y* AMBROSIO, *de regidores;* ENRIQUE, *de escribano, y* AYALA, *de alcalde, muy serio y sofocado, y todos desgreñados y con gesto.)*

AYALA. Toca á bando, y tú, escribano,
en la casa de concejo
pon el primer ejemplar,
y el segundo le pondremos
en el rollo, para que
á todos sea manifiesto.

HERMEN. Es locura.

AYALA. Que lo sea.

AMBROSIO. Es disparate tremendo.

AYALA. Tampoco soy el primer
alcalde que los ha hecho.
Toca á bando; dese vuelta
á todo el lugar entero.

(Vanse, tocando con el orden regular, en fila, después de plantados los carteles, y se acercan los que estaban á leer uno, y salen LÓPEZ, *de boticario, y* CALLEJO, *de mercader, leen el otro, y mientras las muchachas cantan sus seguidillas en la fuente.)*

SEGURA. Muchachas, ¿á qué pondrá
la justicia aquel letrero
en el rollo?

BASTOS. Será cosa
de postura.

SOBRES. Despachemos,
no nos regañen en casa.

PACA. Mejor será que cantemos,
por que sepan que aquí estamos,
pues todos se están leyendo
y no nos han dicho nada.

LAS TRES. Pues vaya, y vámonos presto.

CORO. «De qué sirve que tanto
mi calle ronden», *etc.* *(Vanse.)*

LÓPEZ. ¡Jesús y qué garrafal
desatino!

Martínez. Yo sospecho
que se le volcó al alcalde
la cazuela de los sesos.
Callejo. ¿No ve que esta providencia
arruina todo el comercio?
Navas. Yo no sé leer, ni lo que
dice allí; mas desde luego
digo que es un disparate,
pues todos lo están diciendo.

(Sale, de viuda, la Granadina.*)*

Granad. Señores, aunque perdonen,
¿saben ustedes de cierto
qué bando es el que va echando
la justicia por el pueblo?
Martínez. Lea usted esos dos carteles,
que la informarán.
Granad. No tengo
esa gracia.
Martínez. Pues escuche,
que es el asunto muy nuevo
de la providencia.
Navas. Vaya,
que todos escucharemos.
Mart. *(Lee.)* «Nos el alcalde Gil Blanco,
y por mal nombre Moreno,
alcalde absoluto y proprio
de este lugar, atendiendo
á lo que llevo expresado
y á lo demás que reservo,
mando pena de la vida
y cuatro años de destierro
después, á todo vecino
y vecina de este pueblo
que ninguno se enamore
y que con ningún pretexto
ellos regalen á ellas
ni ellas se traten con ellos;
prohibiendo toda suerte
de amor y de galanteo,
mirando más, como miro,
á la quietud que al aumento
del estado, y que ninguno,
aunque sea desatento,
hable con ninguna moza,
ni vieja, bajo el apremio
referido, y otras penas
que á nuestro arbitrio impondremos.
Y para que nadie alegue
ignorancia, lo hemos hecho
publicar por bando. Junio
á seis: Gil Blanco Moreno.
Ante mí: Antón Paja Buey.»
Navas. Mi primo y servidor vuestro.
Granad. ¿Eso dice?
Martínez. Sí, señora.
Granad. A ver, volved á leerlo,
no os hayais equivocado,
y su inteligencia erremos.
Martínez. Parece que el asuntillo
os importa.
Granad. No lo niego.
¿No ha de importarme si estoy
en el más crítico empeño
de hallar segundo, ya que
se me desgració el primero?
Que prohibiera el amor,
vaya, que sin él sabemos
pasar muy bien las mujeres
y acomodarnos, habiendo
un poco de aquello que
se llama fingir á tiempo
y dar dedadas de miel
á los pobres majaderos;
pero el trato civil entre
la diferencia de sexos
¿cómo es fácil? ¡Pobrecito
del mundo si fuera ésto!
¡se acabara en cuatro días
y se quedara desierto!
Martínez. El papel así lo dice;
yo no sé si será cierto.
Navas. No hay duda que por un lado
es terrible el mandamiento;
mas mirado por el otro,
nos ahorra mucho dinero.
Callejo. Es menester apelar,
señor boticario, que esto
nos destruye á usted, á mí...
Granad. Apelemos, apelemos;
que esta providencia á todos
les destruye sus proyectos. *(Vase.)*
Martínez. A la viuda le ha picado.
López. Y á todos; mas un violento
capricho exigir no debe
la observancia.
Todos. Apelaremos.

(Sale Guzmana*, de mantilla y guardapiés de lana.)*

Guzmana. ¿Qué bulla es ésa que anda
por el lugar, Juan Poleo?
Navas. Es una bulla que dice
á todos que se estén quietos.
Guzmana. Dice bien, que en el lugar
hay muchos mozos traviesos.
Navas. Amiga, y previene más.
Guzmana. ¿Qué es?
Navas. Que no hay nada de aquéllo.
Guzmana. ¡Válgame Dios! ¿y por qué?
Navas. Eso es lo que yo no entiendo.
Allí dice que *nengún*
hombre (de cualquiera sexo
que fuere) hable con *nenguna*
moza ni malo ni *güeno*,
ni la regale, ni chico
ni grande y... anda á leello;
anda, verás y qué tal
nos ponen á los solteros.

GUZMANA. Yo ¿qué quieres que te diga?;
pero á lo poco que entiendo
las cosas, para casarnos
no es fuerza que nos hablemos.

NAVAS. Pues, tonta, no miras que,
aunque está ya lo más hecho,
falta todo lo que falta
que hacer, y al cabo del cuento
es preciso hablarnos cuando
digamos que sí á lo menos.

GUZMANA. ¡Calla, tonto! ¿Quién te ha dicho
que es menester todo eso?
¿No sabes decir que sí
con la cabeza?

NAVAS. Yo creo
que lo aprendí allá en la escuela,
pero ahora no me acuerdo.

GUZMANA. Pues mira, no hay que hacer más
que mover así el pescuezo.

NAVAS. Es verdad, mas no podré
regalarte...

GUZMANA. ¡Ya lo creo!

NAVAS. Sobre que lo han prohibido.

GUZMANA. Yo solamente lo siento
por lo que dirán de ti;
mas si no hay otro remedio,
Juanillo, ¿qué sé ha de hacer?;
lo primero es lo primero.

NAVAS. Vete, mujer, que me pierdes,
y se falta al mandamiento
del bando de la justicia.

GUZMANA. ¡Válgame Dios, á qué tiempo
nos ha traído el señor!
Pero di, ¿nos casaremos?

NAVAS. Encomiéndaselo á Dios,
que yo pronto estoy si puedo.

GUZMANA. Cree que, aunque mala, no hay día
ni hora que no se lo ruego ([1]).

(*Sale* CORONADO, *de sacristan, trayéndolo preso* OLMEDO.)

GALVÁN. Digo, ¿qué bulla es aquélla?

LÓPEZ. Que traen al sacristán preso.

CORONADO. Es una gran picardía,
y es un grande atrevimiento.
¿No ve que traigo sotana?

OLMEDO. ¿Y qué tenemos con eso?
A la cárcel.

GALVÁN. ¿Y por qué?

OLMEDO. Porque éste ha sido el primero
que delinquió contra el bando,
y á una niña le hacía gestos
en el atrio de la iglesia.

CORONADO. Amigo, aquél es mi suelo,
y en su casa cada uno
de hablar con quien quiera es dueño.

LOP. y GAL. ¡Ea, déjale!

OLMEDO. (*Muy serio y llevándole*):
Soy ministro
y mandado; no hay remedio.

CORONADO. Señores, sean testigos
que me han sacado violento
de sagrado.

OLMEDO. Con mi alcalde
litigaréis ese pleito. (*Se entra.*)

CORONADO. ¡Favor, favor!

GUZMANA. ¡*Probecillo*
sacristán!

MARTÍNEZ. Pues ya tenemos
diversión para unos días,
si prosigue el prendimiento.

GUZMANA. Si esto hacen con los que saben
latín ¿qué harán con los legos?

NAVAS. *Vaite* bendita de Dios,
que si nos ven nos perdemos.

GUZMANA. Vaya, pues di en qué quedamos
de lo otro y me voy corriendo.

NAVAS. En que te diré que sí
con la cabeza.

OLMEDO (*Sale.*) ¿Qué es esto?
¿qué hacen ustedes ahí juntos?

NAVAS. No hablar.

OLMEDO. Pues cuenta con ello.
(*Vase.*)

NAVAS. ¿Lo ves, lo ves?

GUZMANA. Este bando
ha de aniquilar al pueblo.
(*Se apartan.*)

(*Salen todas las mujeres, menos* BARBALA, *agarradas de la señora* PEREIRA, *gritando.*)

TODAS. ¡Piedad, señora alcaldesa;
favor, favor!

PEREIRA. Yo os le ofrezco.

SEGURA. Ved que soy huérfana.

BASTOS. Ved
que yo no tengo otros medios
de pasar la triste vida
que apelar á un casamiento.

PACA. Ved que, si no hablamos, nadie
nos oirá, ni acá podremos
responder si nos preguntan.

LAS CUAT. ¡Amparadnos, defendednos!

NAVAS. ¡Cómo las hace chillar
á las mozas el silencio!

LAS CUAT. ¡Por Dios, señora alcaldesa?
(*De rodillas.*)

PEREIRA. Dejadme, que me habéis puesto

([1]) En otro manuscrito se leen, antes de salir Coronado, estos versos más:

«Pero, dime, ¿sabes tú
si es pecado el que cantemos?

NAVAS. Mujer, yo creo que no,
porque el cantar es del tiempo.

GUZMANA. Pues oye á una madamita
que quiere, á Madrid sirviendo,
dar á entender cuánto es
lo fino de sus deseos.

NAVAS. Pues oigamos, camaradas;
por Dios, que presten silencio.»

con vuestros llantos y voces
la cabeza como un templo.

SEGURA. ¡Ay, que no sabe usted bien
lo que á todas nos va en eso!

BASTOS. ¡Ay, que á quien no habla no le
en la tierra ni en el cielo! [oyen

MARTÍNEZ. ¡Ah, qué mal hace quien deja
para después lo primero!
que á estar casadas sería
el daño la mitad menos.

PEREIRA. Callad, con mil de á caballo,
y guardad esos pañuelos.
¿No digo yo que le haré
al alcalde que sea cuerdo?
Dejadle venir aquí,
veréis qué fiesta tenemos
y qué breve anulo yo
el bando y le hago romperlo.

CALLEJO. Sólo usted, que es su mujer,
puede darnos el remedio.

LÓPEZ. Unámonos todos y
trátese de convencerlo.

CALLEJO. Si se da por contrabando
el amor, ¡pobre comercio!

LÓPEZ. ¡Y pobres boticas si
no les da amor alimentos!

GALVÁN. Señor boticario, vos
no perdéis tanto en el pleito,
pues ganaréis en horchatas
lo que perdéis en ungüentos.

NAVAS. ¡Ay del que no es boticario,
ni médico, ni tendero,
y sólo cuenta con el
jornal para su sustento!

GUZMANA. ¡Ay de la que tiene ya
todos los muebles dispuestos
para su boda, y la quitan
el mueble principal de ellos!

(*Sale* BARRALA.)

BARRALA. ¿A dónde está la justicia?

NAVAS. Nadie lo sabe de cierto.

MARTÍNEZ. Aquí tienes una parte
en la alcaldesa, que es hueso
del alcalde.

BARRALA. A él necesito.

PEREIRA. ¿A efecto de qué?

BARRALA. A efecto
de que suelte al sacristán,
á quien de su orden han preso
sólo por hablar conmigo,
y es desaire manifiesto
á una mujer como yo.

MARTÍNEZ. Pues ya vuelve; procuremos
todos hacer que conozca
su necedad. (*Mirando adentro.*)

PEREIRA. No lo apruebo,
sino que á mí me dejéis
con él, y veréis qué presto
le hago ceder.

TODOS. Norabuena.

LÓPEZ. Pues atender y callemos.

(*Salen los de justicia con el orden que entraron, y la señora* GRANADINA *agarrada á la capa del* ALCALDE.)

AYALA. Señora, ¿queréis dejarme?
Lo resuelto está resuelto.

GRANAD. No os he de soltar sin que
este bando tan tremendo
se destruya, ó se exceptúe
á las viudas, á lo menos.

AYALA. Ni las viudas, las casadas,
ni las solteras. Yo quiero
la quietud de mi lugar;
es así que el galanteo,
el amor y el mucho trato
á todos los trae inquietos
sin diferencia de gentes
ni estados algunos; luego,
á todas gentes y estados
debe comprender. ¿No tengo
razón, señor doctor? Vos,
que tocais con vuestros dedos
los achaques del lugar,
¿aprobais este remedio?

GALVÁN. Señor, todo lo que es dieta
no puede ser malo.

GRANAD. Y LAS CUATRO. ¡Ah, perro!:
¿tú también contra nosotras?

(*Le agarran.*)

AYALA. Alguaciles, á un encierro
todas.

HERM. Cualquier alguacil
que se atreva á su respeto
morirá.

AMBROSIO. Cualquier corchete
será privado de empleo
que se atreva á las muchachas.

AYALA. Dadme fe de todo esto,
escribano.

ENRIQUE. Yo doy fe
de que en el lugar tenemos
falta de pan y pesetas
con inútiles proyectos (1).

PEREIRA. Marido, ¿habéis vos pensado
bien en lo que estais haciendo?
¿Habéis tomado dictamen?
¿habéis oído primero
á los asesores?

---

(1) Esta es la lección primitiva, pero hay dos variantes. La primera dice:

«de que en el lugar nos vemos
con falta de muchas cosas
y nos sobran los proyectos.»

La segunda:

«De que sois un majadero.»

Sin más, que es la seguida en el otro manuscrito.

AYALA. No;
pero ¿quién manda en el pueblo,
ellos ú yo?
TODOS. Vos mandais.
AYALA. Pues yo lo mando y lo quiero.
BARRALA. Mi marido el sacristán...
AYALA. ¡Sacristán casado! ¿veislo?
id y prendedle al instante.
OLMEDO. Ya está en la cárcel.
AYALA. Traedlo,
que quiero reconvenirle,
y que todos vean que tengo
razón para lo que hago.
CALLEJO. ¿Sí? pues vaya este argumento.
Es así que de regalos
de bodas y de deseos (1)
de parecer bien las gentes
con las galas y el cortejo
pende el excesivo lucro
de los mercaderes; luego
si decaen cortejo y fausto,
se arruina todo el comercio.
AYALA. Es así; nace de ahí que
todos estén pereciendo
y esté sólo en tres ó cuatro
(sabe Dios cómo) el dinero;
luego más vale se pierdan
los cuatro que todo el pueblo
LÓPEZ. Bien dice; ese inconveniente
no es el mayor; el tremendo
perjuicio es á las boticas;
porque si no hay galanteos
no habrá tercianas, porque
no se cogerán serenos:
la agitación de la sangre
no causará encendimientos;
no habrá apoplejías, quitadas
las bodas y los bateos,
y, en fin, todos buscarán
diversiones sin el riesgo
ó resultas que se saben,
y así es fuerza que miremos
el punto con reflexión,
pues se trata nada menos
que de extinguir unos grandes
mayorazgos que tenemos
hoy los boticarios sobre
un buen pozo y un mal huerto.
AYALA. Esto me hace fuerza; amigo,
yo mi palabra os empeño
de haceros justicia.
LÓPEZ. ¿Cómo?
AYALA. Señalando un tres por ciento
á vuestras ganancias.
LÓPEZ. Si
yo ganaba un mil, ¿qué tengo
que agradeceros?
AYALA. El no iros
con mi licencia al infierno.
GUZMANA. Esto se va cada vez
poniendo peor, Juan Poleo.
NAVAS. ¡Qué viva eres! Ten paciencia,
Jeroma, que ya veremos.
(Aparte los dos.)
OLMEDO. Aquí está ya el sacristán.
(Le saca.)
AYALA. Venid acá: mucho siento,
señor bachiller nublado,
que hayais vos sido el primero
que caiga en mis manos.
BARRALA. No,
que yo os pondré impedimento,
pues antes cayó en las mías.
AYALA. Seo bachiller, ¿qué ha sido esto?
CORONAD. Una violencia, que yo
ni sé por qué ni la entiendo.
AYALA. Un hombre que cuando sale
con su bonete y manteo,
haciendo hinquen la rodilla
los chiquillos en el suelo,
da á besar la mano como
el fraile más reverendo
¿se ha de casar?
CORONAD. ¿Qué más tiene
recibir el sacramento
del orden que el matrimonio?
Vaya, señor, que todo eso
es gana de hacer de alcalde.
AYALA. Y esotro es ser monstruo engerto
de romance y de latín,
entre colorado y negro,
y de intrusión, que se opone
directamente al derecho
de los abates.
CORONAD. ¿Pues qué?
¿no merece más aprecio
un sacristán que un abate?
AYALA. ¿Cómo puede merecerlo?
CORONAD. ¿Cómo? Como el sacristán
ya se sabe el ministerio
á qué sirve y el carácter;
explíqueme usted ahora el de ellos.
AYALA. En verdad, en verdad que
no sé cómo los llamemos.
CORONAD. Pues yo sí: llamadlos unos
inútiles pasajeros
del mundo, que hallando en él
muchos caminos diversos
por donde hacer su jornada,
se plantifican en medio,
estorbando á otros que van
por su camino derecho.
BARRALA. ¿Y á qué viene esa disputa?
Señores míos, al cuento.

(1) Esta última palabra del verso está suplida por otra copia: la del original no es posible leer de borrosa.

AYALA. El bando sólo se mete
con casados y doncellos.

GRANAD. Perdone usted, que también
las viudas lo padecemos.

TODOS. ¿Qué? ¿no hay excepción?

AYALA. Ninguna.

TODOS. ¿Ni remedio?

AYALA. Ni remedio.
Haced cuenta que amor era
un hombre y se cayó muerto.

CORONAD. Pues si la causa es común,
todos en común gritemos.

PEREIRA. ¿Por qué han de gritar? ¿no ven
que yo me conformo, siendo
la que pierde más?

AYALA. ¿Por qué?

PEREIRA. Porque soy la que te pierdo.
¡Que yo he de verte y no hablarte!
¡que yo no he de oirte aquellos
requiebros enamorados
que me daban alimentos
más substanciosos que el pan
y la vaca y el carnero,
y que yo no he de poder
explicarte los extremos
con que te adoro!

AYALA. Mujer,
¿á qué viene ese lamento?

PEREIRA. Perdóname, hijo, perdona,
que, arrastrada del afecto,
no he reparado que contra
el bando estoy delinquiendo,
pues que te hablo y te enamoro.

AMBROSIO. Dice muy bien; vaya luego
á la cárcel la alcaldesa.

AYALA. Si yo á ella no la comprendo,
¿por qué ha de ir?

LÓPEZ. Sin excepción
de personas dice el texto.

TODOS. ¡Vaya presa, vaya presa!
(La agarran.)

AYALA. Es un grande atrevimiento.

TODAS. ¡Chis!

(Hacen señas con el dedo en la boca y con la otra mano que la llevan.)

AYALA. ¿Qué quiere decir *chis*,
y todo ese manoteo?

CALLEJO. Como no pueden hablar
con nosotros, han dispuesto
el explicarse por señas.

PEREIRA. ¡Que des tú lugar á esto!

AYALA. Suelten la presa, ó en todos
he de hacer un escarmiento.

HERM. Ya que usted nos ha quitado
que con las mozas hablemos,
nos es forzoso servirlas
callando y obedeciendo,
y como ellas no la manden
soltar, cargada de hierro
ha de perecer.

PEREIRA. Pues vamos
á morir. *(La llevan.)*

AYALA. ¡Ah, caballeros!
No sean ustedes tan vivos,
que quiero ver lo que puedo
yo con ellas. Hijas mías...
(De rodillas.)

GRANAD. ¡Hijas mías! Vaya preso
el alcalde, que nos habla
y nos ha dicho requiebros.

TODOS. Dicen bien.

AYALA. No dicen tal.

BARRALA. Entre todas le agarremos
y metámosle en la trena.

AYALA. Ved que soy alcalde.

LÓPEZ. Vedlo
vos antes y no impongais
tan imposibles preceptos.

AYALA. Pues ¿he de dejar el mundo
así?

GALVÁN. Para contenerlo
más quiere maña que fuerza,
pues el curar á un enfermo,
más que del remedio, pende
de aplicar bien el remedio.

AYALA. ¿Con que amor ha de vivir?

GALVÁN. Sí, señor.

AYALA. ¿Y el galanteo?

GALVÁN. Siendo lícito, también.

AYALA. ¿Y ha de reinar el perverso
abuso de cortejar?

GALVÁN. No; antes bien os aconsejo
que, en lugar de aquel antiguo
bando, pongais este nuevo:
«Cualquiera que cortejare
las mozas con fin honesto,
vista de verde, porque
le distingamos, y aquellos
que cortejaren por uso,
liviandad ó pasatiempo,
que se vistan, como locos,
de azul, amarillo y negro,
para poder separar
lo útil de lo perverso»

NAVAS. ¡Jesús, y los arlequines
que hemos de ver en el reino!

AYALA. ¿Qué os parece á todos?

TODOS. Bien.

AYALA. ¿Os conformais?

TODOS. Desde luego.

AYALA. Pues al punto se ejecute,
y las paces celebremos
justicia y ajusticiados.

GUZMANA. ¿Oyes? dime, Juan Poleo,
¿tienes tú vestido verde?

NAVAS. Yo no.

GUZMANA. Pues habréis de hacerlo.

NAVAS. ¿De qué?
GUZMANA. Yo te venderé
la mitad del zagalejo.
TODOS. ¡Viva el alcalde!
MARTÍNEZ. Muchachas,
el modo de agradecerlo
es con coplas y tonadas.
TODAS. Prontas estamos.
MARTÍNEZ. Sea luego;
mientras que todos, rendidos,
al auditorio discreto
TODOS. pedimos, en vez de aplausos,
indulto de tantos yerros.

58

Las bellas vecinas.

1767 (1)

(Calle con dos puestos de castañeras, que serán las señoras PACA *y* JOAQUINA; ESPEJO, *de zapatero de viejo, á una puerta, y en la casa donde se figure, cédulas á las ventanas. Cantan, soplando la lumbre, y* CHINICA *sale á la mitad y hace señas á* ESPEJO, *que deja encargado el puesto á* CALLE, *que se andará paseando, de mozo de esquina; y* CAMPANO *y* JUAN, *en acabando de cantar, pasan de militar, soplados.)*

SEGUIDILLA Á DÚO.

«¡Castañitas baratas,
gordas y buenas,
calentitas y dulces
como camuesas!
¡Ah, petimetres!
¿quién por poco dinero,
no come y bebe?»
ESPEJO. Presto, que aun tengo que echar
cuatro ó cinco medias suelas
y es día de recoger
el puesto antes que anochezca.
CHINICA. De manera, ¿entiende usted?
Y ya se ve; de manera
que si usted no está despacio,
y dice que está de priesa,
yo tampoco, tío Pachón,
quiero que usted por mí pierda
su jornal; que cada uno
está á tomar lo que venga,
y primero es lo primero
que el que tiene un peseta
la tiene, que el que no, suele
las más veces no tenerla.
ESPEJO. Pero, hombre, ¿qué quieres?
CHINICA. Quier
tantas cosas...
ESPEJO. Di la idea
que traes en pocas palabras.
CHINICA. Larga no es. ¡Si usted supiera
las vueltas que yo le he dado
antes de que aquí viniera!...
Pero no tiene remedio.
Mi tía, la besuguera
de la Red, me dijo dice:
«Crespillo, antes que te metas
en ello trata el negocio
con un hombre de conciencia
y carácter»; y yo entonces
dije digo: «Pues, ¡aprieta,
manco!, y al tío Pachón,
que al fin y postre se precia
de sabihondo y es hombre
que está criado á una puerta
de calle, y sabe muy bien
lo que es el mundo y las hembras...
Con que, ¿usted me entiende?; us
dígame, como si fuera [te
yo su hijo y usted mi padre,
que bien podía ser á tuertas
ó á derechas; ¿no es verdad?
ESPEJO. Hombre, di, no te detengas.
CHINICA. Usté ha de decir; si estoy
esperando la respuesta.
ESPEJO. Pues ¿tú me has dicho del caso
algo para que lo entienda?
CHINICA. ¿Pues qué? ¿es menester decirlo
yo para que usté lo sepa?
ESPEJO. Ya se ve.
CHINICA. Pues de ese modo
lo adivinará cualquiera.

(Llega JOAQUINA.)

JOAQUINA. Yo quiero saber, señores,
qué conversación es ésa.
ESPEJO. ¡Si no acaba de explicarse!
CHINICA. ¡Por Dios! no diga usted á ésta
nada de lo que yo iba
á decirle.
JOAQUINA. ¿Por qué dejas
el trabajo tan temprano?
Marcha otra vez á la tienda,
no te espere el maestro; y yo
juro que luego que seas
marido de mi hija, ya,
ya holgarás el día de fiesta,
y eso según y conforme.
CHINICA. Antes es ver si con ella
yo me «según y conformo».

(1) Bib. Municip.: leg. 1-183-21. Impreso en el tomo: *Sainetes inéditos de D. Ramón de la Cruz, existentes en la Biblioteca Municipal de Madrid y publicados por acuerdo del Excmo. Ayuntamiento de esta villa. Madrid*, 1900. 4.º; pág. 1. Fué colector de este tomo, que comprende 12 sainetes, D. Carlos Cambronero, jefe de la referida Biblioteca. Sempere y Guarinos, en la lista que publicó en su *Biblioteca* de las obras de D. Ramón de la Cruz, da á este sainete el subtítulo de *Casa de linajes*. El manuscrito lleva sólo el de *Las bellas vecinas*; pero quizá conste también en algún otro.

Tío Pachón, á la otra cera
le aguardo á usté de aquí á un rato.

Espejo. Bien.

Chinica. Cuidado con las señas;
que yo buscaré ocasión
que su madre no nos vea.

Joaquina. ¿Qué dices, qué dices?

Espejo. Nada,
que cuantos días de fiesta
trae la Pascua.

Joaquina. Los bastantes
para que en ellos se puedan
correr las *monestaciones*.

Chinica. ¿Lo ve usté claro? Sí; ellas
corran, que yo bien seguro
es que vaya á detenerlas. (*Vase.*)

(*Sale la* Méndez, *de criada, con un par de zapatos de seda colorados y dice.*)

Méndez. Tío Pachón; que dice mi ama
que le eche usté un par de piezas
curiosas á estos zapatos,
y que si tiene usté puercas
las manos, que se las lave
para no emporcar la tela,
que es de París.

Espejo. ¿Oyes, chica?
¿Te ha dado que me trajeras
el dinero de las tapas
del otro día?

Méndez. ¿Qué priesa
corre? Dice su mercé
que usté llevará la cuenta.

Espejo. Pues ve y dila que no hay
libro de caja en mi tienda,
como en la calle Mayor,
y que yo tengo muy negras
las manos de los cerotes
y mancharé la griseta;
que esta compostura es digna
del primor de una batera.

Joaquina. ¡Digo, digo! ¡pues el par
de zapatos, si se ferian,
ya valen cualquier dinero!

Méndez. Mire usté que de aquí á media
horita vuelvo por ellos.

Espejo. Para que volver no tengas,
llévatelos de camino.

Méndez. Es necesario por fuerza
que usté los componga; sobre
que es mañana el día de fiesta
que es, y no tiene otros buenos
para ir á la comedia.

Espejo. Si éstos son buenos, ¡qué tales
que serán los que le quedan!

Joaquina. Para ir á misa supongo
que no le hacen falta.

Méndez. ¡Ea!
¿los toma usté ó no los toma?

Espejo. No los tomo, que está llena
la esportilla de obra, y quien
antes paga, antes le sueltan.

Méndez. Yo le diré á mi ama que
le harte é usté de desvergüenzas.

Joaquina. Dile á tu ama que si á mí
la media bata me presta
mañana para una boda,
le prestaré unas chinelas
de baldés alimonadas
que tengo allí en una cesta.

Méndez. No se pone mi ama tales
porquerías; ¡qué indecencia!
(*Vase.*)

Espejo. El par de zapatos sólo
necesitaba una pieza
desde la punta al tacón.

Joaquina. En yendo lo que se vea
tal cual, lo demás importa
muy poco á las petimetras.

(*Cantan.*)

«!Ah, petimetres...!
Engertitas y dulces,
gordas, calientes.»

(*Pasan* Campano *y* Esteban, *de petimetres.*)

Campano. ¿Nos dan un par de cuartitos
de castañas?

Paca. ¡Y qué bellas
y qué calientes las tengo!
¿Cuántas hecho? ¿una peseta
para entrambos? Pues ¡qué menos!

Esteban. No tenemos plata suelta.

Paca. Aunque sea una pieza de á ocho
trocaré yo que se ofrezca,
ó las llevarán de balde.
No se asusten ¡vaya!: venga
un pañuelo en que echarlas.

Campano. Irán en las faltriqueras.

Esteban. O en las manos; sobre que
sólo es gana de que vendas
este par de cuartos más.

Paca. Yo estimo á ustedes que vengan
á dejar esa ganancia.
antes que á otras, á mi tienda.
Ahí van; venga ese dinero.

Esteban. ¿Cuántas das? ¿media docena
al cuarto?

Paca. Me equivoqué,
que había de dar cinco; vuelvan
ustedes una cada uno.

Campano. Muchacha, ¿tienes conciencia?

Paca. Y limpia como una plata.

Esteban. Que dé otras tantas, ó deja
sus castañas, que allí hay otra.

Paca. Vayan ustedes á aquélla,
que las vende más baratas.

ELLOS. Ya se ve que iremos.
JOAQUINA. Pepa,
¿qué es éso?
PACA. Estos parroquianos,
que no es fácil quo se avengan
conmigo, y han conocido
que usted es mujer más dispuesta
á su genio. ¡Ahí va esa ganga!
despáchela usted, y cuenta
que la ganancia es partible.
JOAQUINA. ¡Mujer!; si tú eres tremenda
y no tienes aquél para
tratar con *prosopipea*
la gente de posición.
Pídanme á mí lo que quieran,
verán cómo los despacho.
CAMPANO. Si es sólo una friolera;
dos cuartitos de castañas.
JOAQUINA. ¿Y qué? cada uno merca
lo que quiere y lo que puede.
ESTEBAN. Peladas.
JOAQUINA. Las manos quietas,
que se les quita la flor.
CAMPANO. Pues ¿acaso son ciruelas?
JOAQUINA. Son castañas. Vengan esos
cuartos y hasta la primera.
ESTEBAN. ¡Jesús, qué pocas!
JOAQUINA. Por poco
dinero, poca manteca.
CAMPANO. Y te ha dado las peores.
JOAQUINA. También yo mala con *güena*
las compro en el peso. ¡Pepa!
PACA. Déles usté media hanega
por ocho maís.
JOAQUINA. Y un pan
candial, y un par de botellas
de moscatel rico para
que no se ahoguen con ellas.
PACA. ¡Miren qué planta; y por dos
castañas arman pendencia
con dos mujeres de forma!
CAMPANO. Vámonos, que nos afrentan,
hombre.
LAS DOS. Vuélvanse de aquí
á un rato por las que quedan;
se las daremos mondadas.
LAS DOS. ¡Fuego de Dios con sus lenguas?
JOAQUINA. Hombres hay que es un dolor
que coman pan de Vallecas.
PACA. ¡A mis castañas, que están
calentitas y muy tiernas!

(*Salen* PAULA *y* EUSEBIO, *de paseo.*)

PAULA. También allí hay otra casa
(aunque parece pequeña)
desalquilada, don Félix.
EUSEBIO. Si queréis, vamos á verla.
PAULA. Sí; ved quién tiene las llaves.
EUSEBIO. Dígame usted, castañera...
PACA. Pregunte usté, don Cortejo.
PAULA. Sea un poco más atenta.
PACA. Si el cortejo es porquería,
pordone por la llaneza;
pero si el señor me llama
por el oficio, yo es fuerza
responda por el que veo
que ahora tiene.
PAULA. ¿Cuánto renta
aquel cuarto?
PACA. Diez doblones.
PAULA. Es cuarto de gentezuela;
no nos cansemos en verle.
EUSEBIO. Señora, pues ¿cuántas piezas
tiene?
PACA. (*Ap.*) (¿Señora? ¡qué risa!
Esta gente así se enseña.)
Tiene una sala, su alcoba,
una cocina muy buena,
con otra pieza detrás
y un poquito de dispensa.
PAULA. ¿Y no tiene gabinete?
PACA. Sí, señora; allí en la mesma
cocina tiene á un ladito
su gabinete de media
vara, con su canapé
de palo y su chimenea.
PAULA. Tenga un poquito más modo.
JOAQUINA. ¡Mujer!, ¡que con todos pegas
al instante! Señorita,
la casita no es de aquellas
grandes, pero es muy pulida.
Vengan ustedes á verla,
que aquí tengo yo las llaves.
EUSEBIO. ¿Y quién ha vivido en ella?
JOAQUINA. Quien la ha pagado, ó se fué
sin pagarla.
PAULA. Es que no fuera
razón que yo me mudara
sin saber si tiene buenas
vecindades.
JOAQUINA. Ya se ve,
que usté desde media legua
está *goliendo* á señora;
mas, si el cuarto le contenta,
múdese sin el menor
escrúpulo, porque en ella
no hay más vecinos que dos
cuartos principales cerca
del suyo, otros tres segundos,
cuatro terceros, tres tiendas,
seis guardillas y tres altos
de corredores, que encierran
cuarenta y cinco vecinos,
pero toda es gente quieta.
EUSEBIO. Pues de ese modo, esa casa
es más lugar que Vallecas.
PAULA. ¡Jesús! vámonos, don Félix.
¿Cómo es fácil que viviera

entre tanta vecinilla
una mujer de mis prendas?

PACA. ¿Vecinillas? Una que hubo
la echamos á la galera,
porque en la casa toda es
gente *probe*, pero honesta.

JOAQUINA. Por verla nada se pierde.
¿Bartolo?, ten aquí cuenta
y *arrecoge* luego el puesto.

PACA. Justamente ese que llega
es el casero.

(*Sale* MERINO.)

MERINO. ¿Don Félix?
¿qué hay en que serviros pueda
por mis barrios?

EUSEBIO. He salido
con esta dama, que intenta
mudarse, á ver algún cuarto,
y reparando en aquella
cédula quiso informarse.

MERINO. Además de que lo hiciera
por vos, por esa señora
se hará cuanto le convenga
y guste de obra en el cuarto.
Vamos á verle.

PAULA. Esta buena
mujer dice que es muy chico
y que hay más de setecientas
vecindades en la casa,
y esto será una Ginebra.
Yo os lo estimo, mas no quiero
que toméis esa molestia.

MERINO. Aquí, señora, no hay otra
vecina mala sino ella,
que es capaz de deshonrar
medio mundo con su lengua;
pero yo pondré remedio.

JOAQUINA. Poco á poco...

MERINO. Vengan, vengan
esas llaves, y mañana
(si en todo el día no deja
su cuarto desocupado)
yo la plantaré á la puerta
de la calle, ó en la calle
los trastos.

JOAQUINA. ¿Va eso de veras?

MERINO. Ya lo verá. Señorita,
seguidme, que yo quisiera
fuese el alcázar del sol
el cuarto.

PAULA. La atención vuestra
estimo.

EUSEBIO. Si le agradase,
ya nos haréis conveniencia.

MERINO. Yo á las hermosas alquilo
mis cuartos en lo que quieran.

(*Vanse los tres.*)

PACA. Eso tiene mi casero,
que á los *probes* les aprieta
en cumpliéndose los meses,
ó les vende la espetera;
pero á las mozas bonitas
jamás les pide la renta
de los cuartos, y toditos
los días se le blanquea.

JOAQUINA. Déjale, déjale, yo
le ajustaré la gorguera.
Bartolo, *arrecoge* el puesto,
que le he de armar una y *güena*.

PACA. Mujer, la culpa es de toda
la vecindad, que se queja
de ti.

JOAQUINA. ¡Pues, vaya, que yo
soy de las que, cuando *atruena*,
se asusta! Como me aticen,
todos han de salir fuera
de la casa sino yo.
Al que le pique la pierna
que se la rasque. ¡Caramba;
qué par de cuartos de especia!

PACA. ¡Calentitas! Yo no quito
mi puesto hasta que anochezca.

(*Sale* CHINICA *al bastidor.*)

CHINICA. ¡Chis, chis, tío Pachón!

ESPEJO. Ya voy,
en acabando esta pieza.

CHINICA. Ya la acabará usté.

ESPEJO. ¡Vaya!;
ven, que yo con las orejas
no trabajo; y de este modo
haré á un tiempo dos haciendas.

CHINICA. Pues vámonos más adentro
del portal.

ESPEJO. Donde tú quieras.

PACA. El esparterillo, yerno
en cierne de la Teresa,
parece que anda asustado.

ESPEJO. ¿Y sobre qué es la materia
que traes?

CHINICA. Sobre que es la novia
mucho peor que la suegra.

ESPEJO. Aun no es tarde.

CHINICA. Pues por eso
vengo á buscar quien lo entienda.

LOS DOS. Vamos dentro del portal. (*Vanse.*)

PACA. Yo también, antes que venga
mi marido del trabajo,
voy á disponer la cena. (*Vase.*)

(*Mutación de casa pobre. A las figuradas puertas, á una estará la* PORTUGUESA, *hablando con* FUENTES, *de usía, de capa; á otra estará la* RITA, *cosiendo, y á otra la* FELIPA, *lavando en un barreño, y habrá otra cerrada. Canta la* FELIPA, *lavando, cualquiera seguidilla ligera con la orquesta.*)

FUENTES. ¿Con que te casas, Juanilla?
¡y qué tal, es conveniencia?

PORTUG. Un oficial de espartero.
FUENTES. Pues, mujer, ¿y qué te lleva?
PORTUG. Casarme, pues aunque el *probe*
por ahora no me mantenga
de todo, dice mi madre
me ayudará en lo que pueda;
y yo también sé ganar
la vida haciendo calceta.
FUENTES. Bien, y sobre todo, chica,
mi ración cuenta con ella,
que basta hayas sido más
de un año mi compañera.
RITA. Chica, ¿qué trapos son esos
que lavas?
FELIPA. ¡No es mala ésa!
¿Trapos, y es la camisola
que para las fiestas recias
tiene uno de los mayores
petimetres que pasean
la calle Mayor y el Prado?
RITA. Para espantar una higuera
no es mala.
FELIPA. Lo que se ve
no es malo, que son las vueltas.

(*Sale* MUCHACHO, *con cartapacio.*)

MUCH. ¡Loado sea Dios!
RITA y PORT. Por siempre.
¿Sales ahora de la escuela?
MUCH. De donde me da la gana.
¿Oyes? ¿hay pan en la cesta?
PORTUG. ¡Qué sé yo! ya verás luego
con madre lo que te espera.
MUCH. ¡Qué se me da á mí! (*Se entra.*)
PORTUG. Este chico
es mi hermano,
FUENTES. ¡Linda pieza
parece!
PORTUG. Pues es muy hábil
para cualquier diligencia;
ya lo verá usted. ¡Pepillo!

(*Sale el* MUCHACHO.)

MUCH. ¿Qué quieres?
PORTUG. Vete á la puerta,
y si el Crespillo ó mi madre
vienen, avisa.
MUCH. Pues vengan
dos cuartos para cerilla.
PORTUG. No tengo.
MUCH. ¿No? pues por ésta
que le he de decir á madre
aquéllo.
PORTUG. Cuando los tenga
te los daré.
MUCH, Pídelos
al señor.
PORTUG. ¡Qué desvergüenza!
FUENTES. No tal; tómalos y adiós.
MUCH. Yo avisaré cuando vea
que viene alguien.
RITA. ¿Dónde vas?
MUCH. A ver si hay aquí agua fresca,
que en mi casa está caliente.
(Voy á quitarle una cuerda
de uvas).
RITA. Este mal muchacho
todita la casa enreda.

(*Se entra del lado de la* RITA.—*Sale* NISO, *de aguador.*)

NISO. Muy buenas tardes, señores.
R y PORT. Téngalas usté muy buenas.
NISO. ¿No está la mujer en casa?
RITA. Aun no ha venido.
NISO. ¡Paciencia! (*Vase.*)
RITA. ¿Qué haces ahí, muchacho?
MUCH. (*Sale.*) Nada.
PORTUG. ¿No vas á eso?
MUCH. Ten paciencia.

(*Sale* JOAQUINA *con el mozo del puesto, que trae los trastos y los entra en su figurado aposento, y luego se va al cuarto cerrado.*)

JOAQUINA. ¿Dónde vas, bribón?
MUCH. Ahora
he venido de la escuela,
y voy á jugar un rato.
JOAQUINA. No quiero que vayas; entra
al cuarto.
MUCH. Déjeme usted.
JOAQUINA. ¿A que te quito las muelas
de una guantada? Juanilla,
¿con quién estás en *conversa*?
PORTUG. Con un compañero mío,
á quien debí mil finezas
cuando estábamos sirviendo.
JOAQUINA. Si tu novio lo supiera,
se quejara y con razón.
Caballero, esta doncella
está en días de casarse;
usté ahora se contenga
en venir, porque *nenguno*
diga ni el otro lo sepa;
que la boda es pronto, y luego
podrá venir cuando quiera.

(*Sale* ESPEJO, *con su esportilla al hombro, y* CHINICA *detrás temeroso.*)

ESPEJO. Entra, pues, y habla sin miedo,
que yo saldré á la defensa,
si se ofrece.
CHINICA. Pues cuidado,
que esté usté pronto á la puerta
de su cuarto.
ESPEJO. Mas no digas
que soy yo quien te aconseja;
que yo con esa mujer
no tengo gana de fiestas.
CHINICA. Bien.

(*Sale* JOAQUINA.)

JOAQUINA. ¿Qué traes acá, Crespillo?
CHINICA. Ya puede ver, tía Teresa.
¿Quiere usté oir unas palabras
al oído, con licencia
de esos señores?
PORTUG. ¡Muchacho!:
¡qué? ¿te entras de esa manera,
sin darme los buenos días
ni hablar palabra ni media?
CHINICA. Bastantes palabras traigo
que hablar, y todas muy buenas.
JOAQUINA. Di, que el señor es de casa.
CHINICA. Pues, en resumidas cuentas,
esto se reduce á que
mi tía la besuguera
me ha dicho que no me case,
porque este año la cosecha
es muy escasa de pan
y abundante de madera,
pero no de esparto, y como
un hombre trata en esteras,
y no es carpintero, ni
aguarda ninguna herencia,
hasta que haga *bucha*, dice
su merced que no me meta
con una mujer, con tres
cuñados y con la suegra;
porque para comer todos
mi jornal no basta, y fuera
mal hecho ponerse un hombre
á comer del jornal de ella.
Es verdad que yo la quiero;
pero en llegando una urgencia,
una madre es una madre
y envía su hijo á la guerra.
JOAQUINA. Amigo (aquí hay maula), ¿tú,
venirme con esa arenga?
La verdad: ¿quién te ha metido
ese embrollo en la cabeza?
CHINICA. El tío Pachón no me ha dicho
á mí palabra ni media
de esto.
JOAQUINA. ¿No? pues no ha sido otro.
CHINICA. Sí, han sido las compañeras
y las amas que ha tenido,
que dicen que es muy traviesa,
amiga de golosinas,
de paseos, de comedias
y de toros, y no quiero
que haga conmigo estas fiestas,
y más dicen...
JOAQUINA. ¿Qué más dicen?
PORTUG. Pues son unas embusteras,
que yo no he hecho nada malo,
y miente quien lo sospecha.
CHINICA. Que tiene un *pajuncio* largo,
muy feo, que le corteja
siempre en su casa, y que siempre
que sale sale con ella.
JOAQUINA. ¿Pues qué? ¿había de andar mi hija
por el lugar sola y suelta,
como otras?
CHINICA. Pocas hay que
por andar solas se pierdan;
yo sé que las más se pierden
por ir por donde las llevan.
JOAQUINA. ¿Y en qué quedamos?
CHINICA. En que
se case con el postema
del paje, y á mí me deje
la Juanilla el alma quieta.
JOAQUINA. ¡Ah, infame! ¡dejar á mi hija,
(*Le agarra de los cabezones*)
cuando tengo dado cuenta
de la boda y convidada
á toda la parentela!
Pepillo, ves á llamar (*Sale* PEPILLO)
á un alguacil, que le meta
en un cepo.
MUCH. Voy allá. (*Vase.*)
CHINICA. ¿Pues qué?, ¿esto ha de ser por fuerza?
¡Tío Pachón!
ESPEJO. ¿No te lo dije?
Pues, hijo, sufre y paciencia.

(*Sale* PONCE, *de albañil.*)

PONCE. Dios guarde á ustedes. Cecilia,
vamos; á darme la cena.
RITA. Voy allá. Mal humor trae. (*Ap.*)
CHINICA. Señora, estése usté quieta
y oiga razones.
JOAQUINA. ¿Razones?
Mil testigos hay que sepan
la palabra; sobre la honra
de mi hija, aunque se venda
la cama, irás á un *presillo*,
ó te has de casar con ella.
CHINICA. ¿Casar? antes sentaré
plaza en alguna bandera
de granaderos.

(*Salen* PAULA, EUSEBIO, MERINO, *con llaves.*)

MERINO. De modo
que, agregando estas dos piezas,
(pues mañana ha de quedar
mudada la castañera)
queda un buen cuarto.
PAULA. Yo haré
que mi marido le vea,
y creo seremos vecinos.

(*Sale* PONCE.)

PONCE. ¿A dónde está la peseta
que dejé sobre el vasar,
y quién ha roto dos cuerdas
de uvas?
RITA. Si las he tocado,
que veneno se me vuelvan.

PONCE. Pues ¿quién ha entrado aquí?
RITA. Solo
el hijo de la Teresa.
JOAQUINA. Mi hijo no hurta nada á nadie;
y poco á poco con esas,
porque cargará el demonio
con toda la casa á cuestas.
FELIPA. Señor, ¡usté por mi casa!
PAULA. ¡Hola, hola!
EUSEBIO. Es mi lavandera.
FELIPA. Mire usté qué camisola
le lavo.
EUSEBIO. Esa es una vieja
que ya no sirve. ¡Por Dios,
(*Aparte á ella.*)
la compongas como puedas,
que es fuerza mudarme y
no hay otra mala ni buena!

(*Sale* GERTRUDIS.)

GERTRUD. ¿Ha venido mi marido?
RITA. Ya verás la que te espera.
GERTRUD. Encontré á unos conocidos
y me detuve en parleta.
(*Se entra por la puerta cerrada.*)
JOAQUINA. La mujer del aguador...
¡No gasta poca griseta!

(*Sale* PACA, *dando de pescozones al muchacho.*)

PACA. ¡Anda, ratero, bribón!
JOAQUINA. ¿Qué es eso?
MUCH. Que me aporrean;
dígale usté al alguacil,
madre, que la lleve presa.
PACA. ¿No me ha hurtado de debajo
de la manta dos pesetas,
y un puñado de castañas,
mientras volví la cabeza
á ver pasar los soldados?

(*Sale* IBARRO, *de alguacil.*)

IBARRO. ¿Qué manda usté, tía Teresa!
JOAQUINA. No puede ser.
RITA. Sí será;
que también hurtó la nuestra.
JOAQUINA. ¿Mi hijo? aseguradme á éste,
(*A* FUENTES *y la* PORTUGUESA.)
que yo escarmentaré á aquéllas.
IBARRO. ¡Qué hubo? Poco á poco; ¿no
ven que están en mi presencia?
JOAQUINA. ¿Mi hijo ratero?
MERINO. Señoras,
escuchen y esténse quietas.
IBARRO. Sepamos qué es.
MERINO. Seor ministro,
todo el caso se remedia
con que yo iré ver al juez
y haga que esta mala hembra
se mude.
JOAQUINA. No me da gana;
que se muden los que deban,
que yo pago mi alquiler
corriente.
PAULA. Será por fuerza,
que yo necesito el cuarto.
JOAQUINA. Yo también.
TODOS. Que vaya fuera,
que es una mala vecina.
ESPEJO. Y tiene muy mala lengua.
JOAQUINA. Porque digo las verdades;
pero todavía mi puerta
no se ha abierto á las deshoras
como otras.
FUENT. y PORT. ¡Ay, que se suelta!
IBARRO. ¡Favor al rey!
JOAQUINA. Lleve usté á éste
y encájemelo en la trena.
ESPEJO. No encaje usted tal, que quiere
perder al pobre por tema
de que case con su hija;
y por algunas cosuelas
que se sabe que han pasado,
y algunas que se sospecha
que pasarán, se conoce
no puede tenerle cuenta
al muchacho este consorcio.
IBARRO. Con todo, á la cárcel venga,
hasta que esto se averigüe.
CHINICA. Déjeme usté.
IBARRO. ¡Resistencia!
MERINO. ¡Pues, digo!; ¿dónde está el auto
del juez para que le prenda?
IBARRO. Yo bien sé lo que me hago.
JOAQUINA. Llévele usté y luego vuelva,
que yo seré agradecida.
IBARRO. Mándeme usted, tía Teresa.
Venga.
PORTUG. Que le echen dos pares
de grillos y la cadena
gorda.
IBARRO. Quedará seguro.
CHINICA. ¿Que no hay quién me favorezca?
PONCE. Suelte usté á ese mozo y lleve
á éste, que es la comadreja
de la casa.
UNOS. Es un ratero.
OTROS. Y su madre es quien le alienta.
IBARRO. ¡Favor al rey! ¿á que todos
van atados de una cuerda?
PAULA. ¡Jesús, qué casa! En el día
me mudara si viviera. (*Vase.*)
EUSEBIO. ¡Qué casualidad!; ¡vivía
hacia aquí mi lavandera!
MERINO. Señor ministro, usted deje
estas cosas de mi cuenta,
que yo estaré con el juez.
TODOS. ¿Y se irá la tía Teresa?
MERINO. Al instante.

TODOS. ¡Viva, viva
nuestro casero!
PACA. Y en muestras
de lo alegres que quedamos,
una tonadilla sea
(*Con todos.*)
la que concluya, esperando
perdón de las faltas nuestras.

59

El Cochero y monsiur Corneta [1].

PERSONAS

NICODEMUS, *cochero*. -UN MOZO.—UN LACAYO.—TÍO PACO, *cochero*.—DOS MAJAS. — DOS HOMBRES. — MONSIUR CORNETA, *cirujano*.

(*Calle. Sale el* COCHERO *con una librea muy vieja, un látigo en una mano y en otra una carta, muy abierto de piernas y muy raro.*)

COCHERO. ¡No hay peor trabajo en el mundo
que el de cochero! ¡Sea
todo por amor de Dios!
El cielo me dé paciencia,
pues de correr ayer y hoy
tengo las piernas deshechas.
(*Sale el* TÍO PACO.)
PACO. ¿Qué hay, Nicudemus?
COCHERO. ¿Tío Paco?
PACO. Hombre ¿qué planta es aquésa?
COCHERO. ¿Qué sé yo? Será la planta
del que planta berenjenas.
PACO. ¡Qué esparratado que vas!
Hombre, parecen tus piernas
una puente con un ojo.
COCHERO. Creo que usted no lo yerra,
pues la puente de Mantible
es imposible que fuera
tan grande.
PACO. Puede pasar
por debajo una carreta.
COCHERO. Y aun el arca de Noé
pasará, si usted me aprieta.
PACO. Vaya, ¿no dices qué es eso?
COCHERO. ¿Esto qué es? Vengo de fuera
de traer á mi amo.
PACO. ¿Qué amo?
COCHERO. Don Terencio de Contreras,
que fué á buscar á mi ama
que estaba en La Granja, ¡ah pier-
[nas!
PACO. ¿Y le sirves todavía?
No sé cómo á tal tronera
aguantas.

COCHERO. Tampoco sé
cómo ha tenido paciencia,
de haberme aguantado á mí;
pero en aquesta hora mesma
acaba de despedirme.
PACO. ¿Qué dices, hombre?
COCHERO. De veras.
PACO. ¿Y por qué ha sido?
COCHERO. Porque hoy
le hice bajar de cabeza
el puerto de la Fuenfría.
PACO. ¿Cómo?
COCHERO. Veníamos de priesa
á La Granja, y con la bulla
se me olvidó atar las ruedas,
y al bajar el Reventón
di con la basura en tierra.
PACO. ¿Cómo basura?
COCHERO. Que el coche
en medio de la carrera
se disparó sin poder
remediarlo. ¡Si usted viera
venir rodando las mulas
con el coche por aquellas
laderas abajo! El amo,
asomando la cabeza
por un estribo diciendo,
con unas voces tremendas:
«¡Aquí de Dios, que me matan!»
El ama por la otra puerta
del otro estribo, también
decía: «¡Que me despeñan!»
PACO. ¿Y volvistes al instante
á montar?
COCHERO. Eso por fuerza;
y al momento que llegamos
escribió ésta con presteza,
(*Enseña una carta.*)
y me dijo: «Toma, hijo,
busca un tal monsiur Corneta,
cirujano, y dásela,
que él me debe unas pesetas,
y cobra de él tu salario,
y nunca á mi casa vuelvas.»
PACO. Pues, Nicudemus, adiós,
que yo tengo mucha priesa.
(*Vase.*)
COCHERO. Vaya usted con Dios, tío Paco.
A mí el correr me estropea;
pero, en fin, descansaré
sentado aquí en esta puerta.
(*Se sienta.*)
Harto estoy ya de cruzar
plazas, calles, callejuelas,
para encontrar esta casa;
pero, ó me engañan las señas,
ó es la de enfrente. No hay duda;
ella es, la calle es ésta;
quiero llegar por si acaso.

[1] Impreso suelto varias veces y en Durán, tomo I, pág. 116.

¡Ay, ay, ay! ¡Qué bueno fuera
que ahora que ya me he enfriado
levantarme no pudiera
de este dichoso escalón
(Hace que se levanta y no puede).
¡Dicho y hecho! ¡Tijeretas!
Pero dos hombres ahora
salen de una callejuela:
por aquí vienen sin duda,
pero vienen muy de priesa;
no obstante, yo he de decirles
que me levanten. Dios quiera
que lo hagan.

(Salen los HOMBRES *1.º y 2.º)*

¿Señores míos,
si una caridad tuvieran...?

HOMB. 1.º Dios le remedie, hermanito.
(Vase.)

HOMB. 2.º ¡Qué holgazanería ésta!
¿Por qué no se va al Hospicio?
(Vase.)

COCHERO. ¿Qué tal, eh? ¡Ha estado buena!
Por allá viene una maja
de las que abunda esta tierra.
Dios me dé su santa gracia.

(A la MAJA *1.ª, que sale):*

Señora, si usted quisiera
levantarme...

MAJA 1.ª ¿Quién, yo?

COCHERO. ¿Pues?

MAJA 1.ª ¡So espantajo! Pues ¿qué? ¿piensa
que no tengo yo otro oficio
que andarme de puerta en puerta
recogiendo la basura?

COCHERO. ¿Yo soy basura? ¿eh, de veras?
Pues usted no tiene traza
de haber visto la limpieza.
¡Miren quién habla, y yo creo
que la ropa que trae puesta
algún muladar murió
y se la dejó en herencia!...

MAJA 1.ª Sí es usted desvergonzado...

COCHERO. Tengamos en paz la fiesta.
Usted tiene mil razones;
ayúdeme usted, y sea
lo que usted guste: ea, vamos.

MAJA 1.ª ¡El demonio del babieca,
que tendrá ahora veinte años
y ha de menester muleta!

COCHERO. Son veinte y uno, hija mía.

MAJA 1.ª ¡Pues cierto es que desempeñan
sus bríos los pocos años!

COCHERO. Si me quitaron la teta
muy temprano, y me quedé
siempre con muy pocas fuerzas.

MAJA 1.ª Pues, hijo mío, á mamar
el pezón de una carreta,
y si le parece poco,
ahí está la Inclusa cerca.

COCHERO. Ea, pues lléveme allá.

MAJA 1.ª Si hubiera por aquí cerca
algún molino de agua,
yo me tomara la pena
de llevarle, por el gusto
de arrojarle entre sus ruedas.

COCHERO. Esa es tiranía. Vaya,
deme usted la mano, reina.

MAJA 1.ª Espere usted; iré al Retiro
y haré que la leona venga
para que le dé la suya.

(Sale MAJA *2.ª)*

MAJA 2.ª ¿Qué estás haciendo aquí, Pepa?

MAJA 1.ª ¿Qué he de hacer? Mirar un mono
que tienen en esta puerta.

COCHERO. ¡Así como usted me honra,
la dé Dios lo que desea!

MAJA 2.ª ¿Y qué quiere su merced?

MAJA 1.ª Dice que no tiene fuerza
para levantarse, y quiere
que le ayude.

MAJA 2.ª Y ¿en qué guerra
le baldaron, comparito?

COCHERO. No fué en ninguna pelea.

MAJA 2.ª Y ¿se ha estropeado usted?

COCHERO. Sí, señora, y de manera
que estoy muerto.

MAJA 2.ª ¡Pobrecito!
Mujer, que sea yo tan tierna
que en viendo lástimas luego
lloro. Ve, trae una piedra.

MAJA 1.ª ¿Para qué?

MAJA 2.ª Porque no puedo
mirar que tanto padezca,
y así quiero, en caridad,
tirársela á la cabeza
porque muera de una vez:
anda, por caridad, Pepa.

COCHERO. ¡Lo que es un buen corazón!
¡miren qué caridad ésta!

MAJA 2.ª Y qué ¿no lo es?

COCHERO. Sí, mas puede
ir al infierno á ejercerla.

MAJA 1.ª Pues vaya por caridad.
(Vanse las dos.)

COCHERO. Dios te dé la gloria eterna.
La risa dentro del cuerpo
rabia por salirse afuera.
(Levántase.)
¡Vaya, vaya, que no puede
darse más! ¿Si será ésta
la casa del tal monsiur,
porque aquí tiene una muestra?
Entro, pues... Pero ¡Jesús,
qué demonio de escalera
tan pendiente! Yo no puedo

subirla, pero con piedras
yo llamaré desde abajo:
y ¡qué á propósito es ésta!
(*Coge una y tírala.*)
¡Ah de arriba! ¡adiós, farol!
Pero no; mas pasó cerca.

MOZO. (*Dentro.*) ¿Quién es quien llama?
COCHERO. No es nadie:
un hombre con dos orejas
y tres ojos.
MOZO. Suba usted.
COCHERO. Es que no puedo, aunque quiera;
conque baje usted, y perdone
este chasco y la molestia.
¿Rodando viene? Señor,
no es menester tanta priesa.

(*Sale el* MOZO.)

MOZO. Vaya, diga usted qué quiere.
COCHERO. En primer lugar, quisiera,
si no lo ha por enojo,
saber (*Aparte.*) (la risa me tienta)
en dónde aprendió ese modo
de bajar las escaleras.
MOZO. Señor, eso cada uno
la baja como se ingenia;
y si acaso le ha gustado
á usté esta moda, por nueva,
yo le haré bajar, si quiere,
con la misma ligereza.
COCHERO. No, no señor; viva usted
mil años por la fineza.
MOZO. ¿Qué otra cosa preguntaba?
COCHERO. Saber si monsiur Corneta
vive acaso aquí.
MOZO. Sí, amigo,
y ahora en este instante entra.
Señor, ahí le buscan á usted.

(*Sale el cirujano* CORNETA.)

CIRUJANO. Que entre al momento quien sea.
COCHERO. Pues, señor, esta cartita
sírvase usted de leerla.
CIRUJANO (*Lee.*) ¿Muchachos?
DENTRO. Señor.

(*Salen, como de practicantes, los dos* HOMBRES *1.º y 2.º*)

CIRUJANO. Acá.
COCHERO. ¡Ay, ay, ay; qué gentezuela!
Estos serán *platicantes*.
CIRUJANO. Espere usted.
COCHERO. En hora buena.
CIRUJANO. Preparad unas ventosas,
(*Aparte á un practicante.*)
estopas y sanguijuelas,
y tenedlo todo pronto,
que hay que hacer una faena
con este hombre, en castigo
de una fechuría buena
que con sus amos ha hecho.

HOMB. 1.º ¿Quién es su amo?
CIRUJANO. Contreras.
COCHERO (*Ap.*) En cobrando mi salario,
voy á mi casa, y en ella
un sahumerio de azúcar
me he de dar, que es cosa buena.
CIRUJANO. ¿Sabe usted á lo que viene?
COCHERO. ¿A qué vengo? ¡Linda flema!
Vengo á cobrar mi salario.
CIRUJANO. Y algo más. Usted atienda.
(*Lee.*) «Muy señor mío y mi dueño:
Amigo, el portador de ésta
es un cochero de casa,
á quien debo la fineza
de haberme despeñado hoy,
y yo, agradecido á ella,
dispongo satisfacerle
este beneficio.»
COCHERO. Lea.
CIRUJANO (*Lee.*) «A este le debo tres meses
de salario, y no quisiera
quedar á deberle nada,
ni que él tampoco se fuera
debiéndome, y así...»
COCHERO. El es hombre de conciencia.
CIRUJANO (*Lee.*) «Suplico á usted que se sirva,
en pago y en recompensa
de la buena obra, de darle
cuatrocientos y sesenta...»
COCHERO. Esa es mi cuenta; adelante.
CIRUJANO (*Lee.*) «Y dos azotes...»
COCHERO (*Dando un salto*). No es ésa.
CIRUJANO (*Lee.*) «A calzón quitado.»
COCHERO. ¡Zape!
Monsiur Corneta, usted lea
con fundamento.
CIRUJANO (*Enséñale la carta.*) Vea usted.
COCHERO. Es verdad.
CIRUJANO. Pues qué, ¿usted piensa
que yo le engañaba?
COCHERO. ¿Ahora,
ahora salimos con éstas?
¡Si me llegaran á andar
en la persona!
CIRUJANO. Usted atienda.
(*Lee.*) «Y después, sin que se enfríe,
se le echará una docena
de sanguijuelas.»
COCHERO. ¡Naranjas!
CIRUJANO (*Lee.*) «Que le chupen y echen fuera
la mala sangre, porque
malas resultas no tenga.»
COCHERO. ¡Qué prevenido que es
mi amo! ¡Maldito él sea!
¡Mire usted, y qué cuidado
se le dará á él que tenga
buenas ó malas resultas!
CIRUJANO (*Lee.*) «Y luego en la parte mesma,
y en el lado más obscuro...»

COCHERO. ¡También es buena advertencia!
¿Qué se ha de hacer en lo obscuro?
CIRUJANO (*Lee.*) «Se le echará otra docena
de ventosas bien sajadas
y bien ardiendo...»
COCHERO. ¡Canela,
madre del clavo, cominos,
sal, azafrán y pimienta!
CIRUJANO (*Lee.*) «Y después daràle usted
cuatrocientos y sesenta
y dos reales que le debo
de salario. Quien desea
servir á usted con toda ansia,
Don Terencio de Contreras.»
COCHERO. ¡Don demonio del infierno,
y que presto en él se vea!
¡Ira de Dios, y qué carta!
En lo sutil de la letra
se parece á la de Urías.
CIRUJANO. No, no hay mucha diferencia.
En fin, ya lo ha oído usted.
COCHERO. Ya.
CIRUJANO. Pues, amigo, calzón fuera.
COCHERO. ¿Calzón qué?
CIRUJANO. Bragas abajo.
COCHERO. Esto creo va de veras.
CIRUJANO. Bragas abajo.
COCHERO. Dios mío,
¿qué es lo que á mí se me ordena?
CIRUJANO. Bragas abajo.
COCHERO. ¿También,
también está usted de priesa?
CIRUJANO. ¡Ea! prevenid ventosas.
COCHERO. Mire usted, monsiur Corneta.
CIRUJANO. ¿Qué dice usted?
COCHERO. ¿Qué sé yo?
Está un hombre de manera
con esta carta, que no
sabe uno lo que se pesca.
CIRUJANO. Vamos pronto.
COCHERO (*Aparte.*) Si algún rato
entretenerle pudiera,
mientras que en los calzoncillos
me echo cien nudos.
CIRUJANO. ¡Ea, apriesa!
COCHERO. ¿Usted es francés?
CIRUJANO. Sí, señor.
COCHERO. Francia, amigo, es buena tierra.
CIRUJANO. Eso no es del caso ahora.
COCHERO. ¿Ha mucho que salió de ella?
CIRUJANO. Ha ya treinta años.
COCHERO. ¡Jesús!
y ¿no ha tenido usted nuevas
de sus gentes desde entonces?
CIRUJANO. Todos los días hay letra
de mi casa.
COCHERO. Y la familia
¿se mantiene toda buena?
CIRUJANO. Muy buena.
COCHERO. ¡Gracias á Dios!
Yo me alegro.
CIRUJANO. Enhorabuena.
COCHERO. Vaya, cuénteme usted algo
de Francia.
CIRUJANO. ¿Qué burla es esta?
Fuera de broma; agarradle,
y que quiera ó que no quiera,
quitarle las bragas pronto.
COCHERO. Señores, ustedes vean...
CIRUJANO. Su amo de usted es mi amigo,
y se ha de hacer á la letra
como dice, y algo más.
COCHERO. ¡Ay, Dios mío!
CIRUJANO. Porque vea
que yo deseo servirle.
Sacad una manta fuera
para mantearle antes
de todo. (*La sacan.*)
COCHERO. Monsiur Corneta,
ó monsiur demonio: mi amo
creo yo que lo dijera,
si hubiera querido que
también pasase por ésa.
CIRUJANO. No, no, que yo me he empeñado.
COCHERO. ¡Si despeñado te vieras
en lo alto de la Fuenfría!
¿Si como á mi amo te cogiera (*ríe*),
ya te dijera yo á ti
quién volaba más!
HOMBRE 1.° Ya espera
la manta.
CIRUJANO. Pues agarradle.

(*Agárranle y le echan sobre la manta, donde no pueden sujetarle, pues lo echan por un lado y se sale por otro. Dura esta faena hasta que entra el lacayo.*)

COCHERO. ¡Ay, señor! En las calderas
de Pedro Botero yo
más bien mirarme quisiera
que no metido entre las
uñas de esta gentezuela.
¡Monsiur Corneta, piedad!
CIRUJANO. No tiene piedad Corneta.
COCHERO. ¡Que esto no dice mi amo!
CIRUJANO. ¡Hola! ¿quién llama á la puerta?

(*Sale* LACAYO.)

LACAYO. Señores, vengo de parte
de don Terencio Contreras
para que, si llego á tiempo,
el castigo se suspenda
del cochero.
CIRUJANO (*á los practicantes.*) Pues soltadle.
COCHERO. ¡Por siempre alabado sea
(*Levantándose*)
el que pudo libertarme
de tan maldita sentencia!

¡Angel mío y dueño mío!
(*Al* Lacayo, *que riyendo le abraza y besa.*)
¡Prenda adorada!

Lacayo. Hombre, suelta.

Cochero. Tú eres mi bien, mi regalo.

Lacayo. Hombre, ¿el juicio se te vuelca?

Cochero. Tú eres mi padre, mi madre,
mi hijo, mi abuelo, mi abuela.

Lacayo. Vaya, éste se ha vuelto loco.

Cochero. ¿Y es para menos la nueva
que me has dado, cielo mío?

Lacayo. Pues mira, si no me dejas,
haré que prosigan.

Cochero (*Quédase muy quieto.*) No:
ya me ves como de piedra.

Homb. 1.º ¡Pues de buena se ha librado!

Cochero. *¡Fugite, partes adversas!*
dejadme solo, y en paz,
libre de vosotros, pueda
pedir á todos rendido...

Todos. Perdón de las faltas nuestras.

60

Chinica en la aldea.

Sainete para la compañía de Juan Ponce.

1767 (1).

(*Plaza de pueblo corto.*)

(*Salen* Chinica, *de militar, sombrero, redecilla y bastón, y* Espejo, *de payo; y habrá algunos paseándose por la plaza en igual traje.*)

Espejo. Con que la verdad, nuestro amo:
¿de veras el lugarejo
le ha parecido tal cual
á su merced?

Chinica. Es pequeño;
pero está muy bien situado,
tiene muy alegre cielo,
la gente es muy racional,
buen clima y lindos pellejos
las muchachas que conozco.

Espejo. Sí, señor; en cuanto á eso
del *climen* de las muchachas
de acá, no le tiene pueblo
nenguno en toda esta tierra;
y si estuviera más lejos
de Madrid, habría más mozas
que aceitunas por Enero
en las olivas; mas yo
no sé lo que es: en *tiniendo*
los quince años, rabian todas
por ir allá, y, con efecto,
las más hacen su fortuna
y no quieren volver luego
al lugar más que unas perras.

Chinica. Es que por allá sabemos
estimar, y se les pagan
sus trabajos á buen precio.

Espejo. Y ¡valga el diantre las tripas
de todos los madrileños!,
¿por qué con el *probecillo*
labrador no hacen lo mesmo?
Y no que, si uno va allá,
le tratan con un desprecio
como si fuera un judío;
y que venga malo *ú güeno*
el año, después que un hombre
se mata por mantenerlos,
todo se lo ha de vender
por fuerza barato y bueno,
y *dempués* suelen quedarse
con la mitad del dinero,
sin que haya fuerzas humanas
de que lo paguen; y si á ellos
les debe uno veinte reales,
al punto le ponen preso.
Mire usted; un vecino mío
le debía á un caballero
de *Madril* ochenta reales
ó noventa, y no pudiendo
pagárselos luego el *probe*,
se querelló y le vendieron
hasta el jergón y el candil,
y dicen que el tal sujeto
mantenía una madama
que le costaba mil pesos
por lo menos cada mes.
Madril solamente es bueno
para ricos y mujeres,
lacayos y zapateros.

Chinica. Madrid es un gran lugar,
amigo.

Espejo. Muy buen provecho
les haga á todos *ostedes*
los usías; mas yo veo
que cuantos vienen de allá
vienen más flacos y hambrientos
que los pollos agostizos,
y, hablando con perdón, luego
que están aquí quince días
van gordos como unos cerdos.

Chinica. A eso vengo yo, á engordar
y á separarme del remo
del trabajo y del estudio.

Espejo. No tiene su merced genio
para engordar.

Chinica. ¿Porque soy
muy vivo?

Espejo. No, no es por eso;
que yo estoy bastante gordo
y soy vivo como un trueno.

(1) *Inédito*. Bib. Municip.: leg. 1-165-10. Autógrafo de 1767 y otra copia con las censuras que van al final.

CHINICA. Pues ¿por qué?
ESPEJO. Porque usted tiene
traza de ser muy travieso
y *arriscao*, y se le ponen
los ojos como azulejos
en viendo una hija de Adán.
CHINICA. No tal; sólo me divierto
con cuantas se me presentan,
porque soy algo chancero.
ESPEJO. ¿Y galantea usted de chanza
á la hermana del barbero
también?
CHINICA. Sí.
ESPEJO. No es mala chanza.
CHINICA. Pues el ponerla los dedos
en el tiple, y enseñarla
á cantar juguetes nuevos
ó seguidillas ¿qué quiere
suponer?
ESPEJO. Yo no lo entiendo;
pero en el lugar se dice
que el casarse, por lo menos.
CHINICA. Pues si eso es lo menos, ¿qué
será lo más, majadero?
ESPEJO. ¿Qué será lo más? Usted
lo sabrá, yo no lo entiendo.
CHINICA. ¿Oyes?: ¿no tiene ella novio
en el lugar?
ESPEJO. Más de un ciento;
porque, no agraviando á nadie,
es muchacha de lo bueno,
y que tiene y no le falta.
tal cual su par de majuelos,
su olivar [1] y su casita
doblada. Ella está bien, pero
como ven á su merced
andar entrando y saliendo
en la casa, cada uno
calla y busca su remedio
por otra parte.
CHINICA. Pues ¿yo
le he venido á hacer mal tercio
á nadie? Estos cuatro días
que esté será mi cortejo,
y después ahí se les queda.
ESPEJO. Es que entonces dirán ellos
que donde pasó el verano
vaya á pasar el invierno.

(*Sale* JOAQUINA.)

JOAQUINA. Señor, véngase usté á casa,
que le están dos caballeros
y una madama aguardando,
y vienen, según dijeron,
de Madrid por su merced.

CHINICA. ¿Por mí? ¡Buena la tenemos!
Pues ¿cómo te preguntaron?
JOAQUINA. Por un señor chiquituelo,
delgadito y muy gracioso.
CHINICA. Pues diles que en este pueblo
no hay semejante avechucho
JOAQUINA. Yo no soy mujer que miento.
CHINICA. Toma, y miente.
JOAQUINA. Yo no sé
mentir por ningún dinero.
CHINICA. Pues no es posible que tú
seas mujer.
ESPEJO. ¿No se está viendo?
CHINICA. Mujer que no toma, ni
miente pagándola, niego
que es mujer, aunque lo vea,
siendo sólo los enredos
lo único que dan de balde
cuando no pueden venderlos;
que si pueden, hay mentira
de ellas que cuesta un talento.
JOAQUINA. Eso será allá, que aquí
de nada más entendemos
que el pan pan y el vino vino,
su sal sal y el queso queso.
CHINICA. ¿Y también la mula mula?
ESPEJO. ¡Pues!
CHINICA. ¿Y el carnero carnero?
ESPEJO. Sí, señor; acá hay de todo.
CHINICA. Tampoco allá carecemos.
JOAQUINA. ¡Digo, digo! aquél que viene
cacia acá es el uno de ellos.
ESPEJO. Y también la gente ya
á la plaza va viniendo
á un ratico de jolgorio.
CHINICA. Que vengan, y á eso me atengo.
Libertad y buena vida,
y quede para los necios
vivir de prisa en la corte
y esclavos de su puchero.
ESPEJO. ¡Quien lo oiga, y quizá mañana
se marchará!
JOAQUINA. O quizás luego
que vea la *pretimeta*
que ha llegado.
ESPEJO. ¿Es mucho cuento?
JOAQUINA. Mucho; es de aquellas de rizos,
mangas de catorce vuelos
y zapatos de tres días.
CHINICA. Que les cuestan á dos pesos.
ESPEJO. Tres cientos sesenta y cinco
por diez son tres mil seis cientos
y cincuenta reales sólo
para los pies.
JOAQUINA. A ese precio,
¿cuánto necesitarán
para lo demás del cuerpo?
CHINICA. Mucho; pero lo más caro
son las cabezas, supuesto

(1) La censura enmendó: «su pollino.»

que, por ellas, cuanto en ellas
se gasta lo lleva el viento.

ESPEJO. ¿Con que son como una tierra
mala que tuvo mi abuelo,
que la sembraban de buen
trigo y daba mal centeno,
mapolas y cornicabra?

CHINICA. Haz cuenta que, ello por ello,
acá se siembran pesetas
y el fruto que dan son...

JOAQUINA. Quedo,
que hay mujeres de mujeres,
y aquí estoy yo, que en teniendo
quien me dé una saya, pido
á Dios por él y le rezo
un rosario cada día.

CHINICA. Las otras no tienen tiempo
de pedir por nadie; harto hacen
en pedir por ellas, siendo
tanto lo que necesitan.

(*Sale* EUSEBIO.)

EUSEBIO. Amigo Gabriel, ¿qué es esto?
¿Sabes á cuántos estamos?

CHINICA. No; pero es fácil saberlo;
dime á cuántos estuvimos
ayer.

EUSEBIO. Vámonos corriendo
á Madrid, y excúsate
de réplicas y argumentos.

CHINICA. ¿Te han dado la comisión
de alguacil, amigo Eusebio,
y me vienes á prender,
ó qué te trae á este pueblo?

EUSEBIO. Lo que á Ponce y á Paquita;
como amigo á mí, y á ellos
como dama y como autor,
acordarte que ya es tiempo
de ir á cumplir con tu oficio;
y si resistieses terco
á tan prudentes avisos,
llevarte por los cabellos.

CHINICA. Amigo, si tú supieras
la vida que yo aquí tengo,
nunca apetecieras otra.

EUSEBIO. Pues en este lugarzuelo
¿qué puede haber?

CHINICA. Libertad,
paz, abundancia y sosiego.

EUSEBIO. Todas esas son alhajas
que merecen poco aprecio
á cualquiera de la corte

CHINICA. También hay, la hoja volviendo,
menos vanidad, más vida,
más barato el alimento,
solo un doctor para todos,
y de balde los conejos;
que es decir que aquí del bien
lo más, y del mal el menos.

EUSEBIO. Vente con nosotros, y
déjate ahora de gracejos.

CHINICA. Sois vosotros poco imán
para arrastrarme, teniendo
yo á la vista y al oído
este natural recreo,
que alegremente festivo
se nos acerca diciendo:

(*Salen de labradores los que pudiesen, cantando y bailando, y* CHINICA *se mezcla entre ellos; baila solo una seguidilla con la señora* PORTUGUESA *y luego repite el coro y sale* PONCE.)

CORO (*Saliendo.*)

«Puesto que los días
del otoño fresco
plácidos convidan
con fruto y sereno,
gocemos sus horas
con bulla y festejo.

(*Seguidillas*)

El rostro de una paya,
si bien lo miro,
está menos lavado
y está más limpio:
porque no se halla
color que mejor pinte
que el agua clara.»

CHINICA. Yo ya he bailado bastante;
salgan otros caballeros,
y á mi lado, como siempre,
señora Pepa, que quiero
que vea este camarada
que, si á Madrid no me vuelvo,
tengo disculpa bastante.

(*Llega* PONCE.)

PONCE. ¿Le has hallado? mas ¿qué veo?
¡Chinica!

ESPEJO. ¡Jesús, qué nombre
tan malo!

EUSEBIO. Nada hemos hecho
con hallarle; porque dice
que se halla aquí muy contento
y se quiere avecindar.

FUENTES. Dice bien; y yo le tengo
puesto ya el cuarto en mi casa.

CHINICA. ¡Pues!

HOMBRES. Y todos le queremos
en el lugar.

LAS MUJERES. ¡Que se quede!

ESPEJO. Como ha sido su maestro
de danza y de seguidillas,
las mozas quieren tenerlo
segurito en el lugar.

CHINICA. Ya se ve, y yo las ofrezco
que no ha de quedar en nada
corto mi agradecimiento;

tres serenatas las he
de enseñar en este invierno,

PONCE. Yo estoy escandalizado
de oirte. ¿Tú, que el primero
eras á cualquiera lance
de tu obligación, sabiendo
que ésta sin cesar empieza
mañana con más empeño,
hoy vives tan descuidado?

CHINICA. No tal; jamás tan despierto
me he visto; y porque lo creas,
mira el cuidado que tengo.

EUSEBIO. ¡Qué linda es y qué modesta!

PONCE. ¡Qué bizarría y qué aseo!

CHINICA. Háganme ustedes el gusto
de apartarse, caballeros.

PON. Y EUS. Por ver..

CHINICA. Las figuras tienen
mejor vista desde lejos.

PONCE. Hombre, yo te alabo el gusto;
pero ya ves que no puedo
dispensar tu obligación.

CHINICA. Usted ya sabe que, en esto
de obligaciones, los gustos
y las damas son primero.

PONCE. ¿A dónde lo has estudiado?

CHINICA. En Madrid, ó si no, vedlo,
que bien de sobra tenéis
á la vista los ejemplos.
¿Cumple con su obligación
la casada con cortejo?
¿Cumple la viuda que ofrece
al vivo y no ofrece al muerto?
¿Cumplen los hombres que engañan
catorce mozas á un tiempo?
¿Cumplen las viejas que al lado
consienten un galanteo,
por olvidar lo que son
á vista de lo que fueron?
¿Cumple el mercader que vende
lo bueno y lo malo á un precio?
¿Cumple con su obligación
el médico que al enfermo
yerra la cura y no paga
la botica y el entierro?
¿Cumplen sus obligaciones
los sastres y zapateros
ninguna Semana Santa?
¿Cumple el poeta que, haciendo
malditas obras, si al punto
no le dan aplauso y premio,
dice que cuantos las oyen
son unos grandes jumentos?
¿Cumple el cómico que sale
al tablado á decir versos
de repente?; y á este modo,
otros muchos que no cuento
¿cumplen con su obligación?
Pues bien está; si esto es cierto,
¿qué mucho es que yo anteponga
á mi obligación mi genio?

ESPEJO. Dice bien. ¡Vaya, que el hombre
tiene mucho entendimiento!

TODOS. ¡Que se quede en el lugar!

PORTUG. No tengáis ningún recelo
de que se vaya, que yo
asegurado le tengo.

EUSEBIO. No hay que fiarse de él, querida,
mirad que es gran zalamero.

CHINICA. Piensa el ladrón...

FUENTES. Sí, señor:
compadre, acá de los nuestros,
que usted ya es nuestro paisano.

CHINICA. Paisano y amigo y deudo
sería si ustedes gustasen.

DENTRO. Yo creo que son aquellos
que están hablando con otro.

(Sale PACA, y la trae del brazo NISO.)

PACA. ¡Vaya, vaya, caballeros,
que es buena gracia dejarme
sola y venirse á bureo,
obligándome á que sea
mi galán el mesonero!

NISO. No creí yo que tenía gracia
para servir de bracero;
si me atraso en el mesón,
voy á Madrid y me meto
á pajecito.

EUSEBIO. Paquita,
por darte el gusto completo,
al volverte á ver, llevando
con nosotros este fiero,
nos detuvimos; mas ya
todos podemos volvernos
sin él, que quedarse quiere.

PACA. Lo que yo alabo es los bellos
corazones de los dos,
su templanza y su sosiego.
Pues ¿no tiene ese hombre orejas
de donde arrastrarle; cuello
adonde atarle una soga,
y que vaya como un perro
atado detrás del coche?

FUENTES. No irá, que acá le tenemos
en mayor estimación.

PACA. Irá, porque yo lo quiero,
ó se acordará de mí.

JOAQUINA. ¿No ven, muchachas, qué imperio?
¿Es usted su mujer propia,
para llevarlo y traerlo
adonde la dé le gana?

PACA. Soy su dama, que es empleo
más activo y más tirante.

CHINICA. Pues por más que tires, creo
que no has de poder moverme,
que me he plantado de recio.

PACA. Pues ¡cómo tú á mí!...

PONCE. Paquita,
por fuerza mal quedaremos;
obligale con agrado.
PACA. Dices bien; veré si puedo.
CHINICA. Ustedes no anden tomando
medidas ni con secretos;
si se quieren divertir,
merendar y marchar luego
solos, seremos amigos;
pero ir yo, no se hable de eso.
ESPEJO. Eso déjelo usté estar
á nuestro cargo; primero
habrá muertes que el señor
Cantito salga del pueblo.
FUENTES. ¿Quién es el señor Cantito?
JOAQUINA. Hombre, Chinita dijeron.
ESPEJO. Es verdad, pero ¿Chinita
y Cantito no es lo mesmo?
NISO. En todo caso, madama,
¿gusta usted más del bracero?
PACA. Váyase con Dios, buen hombre.
NISO. Buena mujer, hasta luego.
PONCE. El mesonero parece
caña de coger vencejos.
PACA. Di, Gabriel, ¿me has conocido?
CHINICA. Difícil es; pero pienso
que sí.
PACA. ¿Tú eres el que tantas
veces me juró su afecto?
CHINICA. Sí, porque á nadie le cuesta
nada echar un juramento.
PACA. ¿Eres tú el que tantos años
me ha dedicado su obsequio?
CHINICA. Sí.
PACA. Malas pruebas me das.
CHINICA. Pues ¿qué otro indicio más cierto
habrá de que ayer te quise
que el que sepas que hoy te dejo?
PACA. ¿Dejar? luego ¿me aborreces?
CHINICA. No; que lo mismo te quiero,
aunque quiero á otra.
PACA. Pues ¿puede
ser querer á dos á un tiempo?
CHINICA. ¡Quién lo duda! es demostrable.
Mira, el general experto
no echa sobre el enemigo
de una vez todo el esfuerzo,
antes deja la mayor
fuerza oculta, por si luego
hay un lance donde sea
preciso el echar el resto.
Así yo, gran oficial
en las campañas de Venus,
te hice la guerra con todos
mis cinco sentidos; pero
dejé de retén, para otra
ocasión de más empeño
que se ofreciera, memoria,
voluntad y entendimiento,
para coronar mi frente
con dos victorias á un tiempo.
TODOS. ¡Viva!
EUSEBIO. ¿Qué dirán de ti,
si faltas, los mosqueteros?
CHINICA. Nada, porque en este lance
lo mismo se hicieran ellos.
PACA. ¿Con que no vienes?
TODOS. No va.
PACA. ¿Con que te quedas?
CHINICA. Me quedo.
FUENTES. Sí, señor, que tiene dada
palabra de casamiento
á mi hermana, y es preciso
que se la cumpla.
CHINICA. Eso niego;
de marido no podía
darla, sino de cortejo.
FUENTES. ¿Y qué más tiene?
PORTUG. Uno ú otro,
habiendo boda, es lo mesmo.
EUSEBIO. ¿Con que las has engañado
vendiéndote por soltero?
FUENTES. Pues qué ¿eres casado?
CHINICA. Sí.
FUENTES. ¿Y con qué conciencia has hecho
tantas fiestas á mi hermana?
CHINICA. Eso es lo que yo no entiendo;
yo de esta suerte hallé el mundo:
que respondan los primeros
casados que galantearon
á otras, si queréis saberlo.
FUENTES. Paisanos, esta es afrenta.
CHINICA. ¿Qué afrenta ni qué embeleco,
si esta es práctica corriente?
FUENTES. No lo será, si yo puedo,
en mi lugar. Esta noche
ha de dormir en el cepo.
ESPEJO. Id á dar cuenta al alcalde.
CHINICA. Vámonos da aquí corriendo,
amigos, que ya es razón
acudir al cumplimiento
de mi obligación allá
PACA. Mejor es que le dejemos
aquí á purgar sus pecados.
FUENTES. A palos á este embustero
se le ha de echar del lugar.
PONCE. Poco á poco, caballeros;
¿hay aquí parte agraviada? (1)
Respóndame.
ESPEJO. ¿Qué sabemos?
CHINICA. Una vez que todos callan,
sin duda estarán contentos.
FUENTES. No lo estamos; en vengando
nuestra burla, lo estaremos.
TODOS. ¡Palos!

---

(1) La censura enmendó: «alguno agraviado.»

PACA. ¿Qué es eso de palos?
¿no es mejor que nos quedemos
en paz y que haya merienda,
música, baile y festejo?
CHINICA. Mejor será, y más si tú
cantas un juguete bueno
de los que sueles, de modo
que todos se caigan muertos.
ESPEJO. Sea en buen hora.
PACA. Porque haya
paz, yo cantárselos ofrezco,
y, si gusta, repetirles
mi trabajo y mis obsequios.
ESPEJO. Pues vamos á divertirse
cuanto se pueda.
TODOS. Pidiendo
indulto de nuestras faltas
al auditorio discreto ([1]).

61

La elección de cortejo.

SAINETE PARA LA COMPAÑÍA DE JUAN PONCE.

SU AUTOR D. RAMON DE LA CRUZ.

1767 ([2]).

(*Calle.—Salen* ESPEJO, MERINO *y* PONCE, *de militares.*)

ESPEJO. Con efecto, está la tarde
famosa para paseo.
MERINO. Antes en este año ha sido
Primavera todo el tiempo.
PONCE. Calor hace por Noviembre.
ESPEJO. Vamos á ver lo que han hecho
desde el lunes en el Prado,
¿ó queréis que nos entremos
en la comedia?
PONCE. Por mí,
para todo estoy dispuesto.
MERINO. Vamos á pasearnos, que
puede ser que allí encontremos
á don Mauricio y nos traiga
novedades que llevemos
á la tertulia después.
PONCE. Avechucho más tremendo,
¿le habéis visto en el lugar?
ESPEJO. Es gracioso con extremo;
y cuidado que no hay uno
que sepa los embelecos
de Madrid como él los sabe.
PONCE. Aquí viene don Tadeo.
MERINO. Ese se irá á la comedia,
porque tendrá en aposento
ó en delantera á madama.

(*Sale* EUSEBIO, *de petimetre.*)

EUSEBIO. Buenas tardes, caballeros.
MERINO. ¡Tan tarde! Supongo que aun
habrá en la luneta asiento.
EUSEBIO. Mientras hagan la comedia
que hoy han empezado, pienso
no poner allá los pies.
MERINO. ¿Por qué?
EUSEBIO. Porque sé de cierto
que van á dar un sainete
criticando á los cortejos,
y estamos ya corrompidos
de tan común argumento:
yo no sé qué sacan de
repetirle los ingenios
ESPEJO. Es verdad, pues aunque el fin
es hacer cualquier exceso
ridículo, porque alguno
se avergüence en cometerlo,
ya ha mil años que podían
haberlo dejado, viendo
que este es un mal que no puede
tener cura ni remedio,
y que nadie se avergüenza
de tenerle ni de serlo.
MERINO. Como es esa una materia
tan amena y donde hay nuevos
casos cada día, es preciso
que se repita el objeto,
pues con distinto semblante
no es el proprio y es el mesmo.
EUSEBIO. Pues ¿qué es el cortejo? ¿es más
que una aprensión ó un misterio
de las gentes enemigas
del político comercio?
ESPEJO. ¡El cortejo aprensión! Id
y preguntárselo á ellos,
y os dirán si es aprensión:

---

(1) Siguen las censuras en la copia.

«Nos el Dr. D. Manuel Fernández de Torres, Vicario de esta villa de Madrid y su partido, etc. Por la presente, y lo que á Nos toca, damos licencia para que se pueda representar el sainete antecedente titulado: *Chinica en la aldea*, su autor don Ramón de la Cruz, mediante que de nuestra orden ha sido visto y reconocido, y no contiene cosa alguna opuesta á nuestra santa fe y buenas costumbres.—Dada en Madrid á 3 de septiembre de 1767.—*Dr. Torres.*—Por su mandado, *José Uruñuela y Marmanillo.*

Madrid 3 de septiembre de 1767.—Pase este sainete al censor, para su examen, y con lo que dijese tráigase.—*Delgado.*

Madrid 4 de septiembre de 1767.—Señor: Este sainete, *Chinica en la aldea*, puede representarse, si fuere del agrado de V. S., omitiéndose lo que va tachado y diciendo lo que sea sustituído, porque, sin duda, la adelantada malicia de las gentes (no obstante lo equívoco del concepto), lo interpretaría hacia lo peor. Este es mi sentir, salvo, etc.—*Nicolás González Martínez.*

Madrid 4 de septiembre de 1767.—Ejecútese con arreglo á la censura antecedente.—*Delgado.*

Madrid septiembre 5 de 1767.—Ejecútese.—*Ramos.*»

(2) *Inédito.* Bib. Municip.: leg. 1-164-15. Copia antigua con las censuras que van al final.

pasar la vida sujetos,
aspirar á ver contenta
una mujer, sufrir celos,
no proponer esperanzas,
ni anhelar jamás al premio,
servir sólo por los gajes,
adivinar pensamientos
y, en fin, cuando haya logrado
la perfección del obsequio,
irse muy enhoramala
y quedarse pereciendo.

EUSEBIO. Pero es muy feo ese asunto.

ESPEJO. Por lo mismo que es tan feo,
es menester repetirle,
por si alguna vez aquellos
que otra vez no repararon
reparan.

PONCE. ¿Y si están ciegos?

ESPEJO. Dejarlos y que se vayan
como puedan al infierno.

EUSEBIO. Yo creo que ya está dicho
cuanto hay que decir.

MERINO. Yo creo
que ni, á sainete por día,
en sesenta años enteros
se dijera la mitad.

ESPEJO. Es un país muy ameno
y produce cada dia
unos frutos no muy buenos,
pero gordos y salados
como jamones gallegos.

MERINO. ¿Señor don Mauricio?

CHINICA (*Sale.*) Amigos;
buenas tardes.

PONCE. ¿Dónde bueno?

CHINICA. A la imprenta del *Diario*,
á llevar un papelejo
con una noticia extraña.

MERINO. ¿De qué clase? ¿de comercio
ú economía?

CHINICA. De todo
tiene; pero la pondremos
por aviso extraordinario.

PON. y ES. ¿Se puede saber?

CHINICA. No tengo
inconveniente; aquí está
manuscrita. «El tabernero
junto á la botica en la
calle de los Pasatiempos
dará razón de una dama
que necesita un cortejo
joven y rico, que sepa
adular, rizar el pelo,
y mondar melocotones.»

TODOS. ¡Hombre! ¿habéis perdido el seso?

CHINICA. No, señor.

MERINO. Por las señales
de la habitación, apuesto
los cuartos á que es Anarda.

CHINICA. La misma.

ESPEJO. Y decid, ¿podremos
creer que ella os ha mandado
esa diligencia?

EUSEBIO. No; esto
será chanza del señor
don Mauricio.

CHINICA. ¿Cómo es eso
de chanza? Es mucha verdad.

EUSEBIO. Amigos, yo no lo creo;
porque esa es una madama
que no ha querido cortejos
en su vida.

CHINICA. Pues, amigos,
puede tanto el buen ejemplo
de sus amigas, que ya
á tenerle se ha resuelto;
pero ¡con qué condiciones!
es extraordinario el cuento.

TODOS. Pues ¿cómo?

CHINICA. Una vez resuelta,
se ha empeñado en que, respecto
á que supone más que otro
en las casas el cortejo,
debe hacérsele más prueba
que si fuera casamiento;
y, en fin, ella dice que
quiere escoger entre ciento
el de más méritos, más
galán, valiente y discreto.

ESPEJO. Amigo, el siglo ha enmendado
ya hace días ese verso;
lo galán en presumido,
en hablador lo discreto,
y lo valiente en valientes
mozos para un desempeño.

MERINO. Si os queréis holgar un rato,
vamos hacia allá, supuesto
que es conocida de todos,
¡veréis qué tarde tenemos!

CHINICA. Y más hoy, que tiene algunas
amigas, con el pretexto
de informarse ya de algunos
que pretenden el empleo.

MERINO. Ella es una buena moza,
y merece por lo menos
un capitán ó un marqués.

ESPEJO. Para vanidad son buenos
uno y otro; pero si es
para utilidad, yo pienso
que es mejor un mayorazgo
mozo ó un mercader viejo.

EUSEBIO. A mí me gusta la tal
muchacha. Vamos, que quiero
presentar mi memorial;
y cuidado que yo creo
que en esta parte me sobran
méritos para el empleo.

CHINICA. Si no atestigua conmigo,

aunque yo también pretendo
echar mi cuartito á espadas.

TODOS. Vamos, nos divertiremos.

ESPEJO. ¡Digo, digo!: lo mejor
será entrar todos, haciendo
que vamos de pretendientes,
á ver si apurar podemos
qué idea es la de las mujeres
en asunto de cortejos.

EUSEBIO. Ya se sabe.

PONCE. Demasiado
decir es.

ESPEJO. Vamos á verlo.
Es del cortejo la idea;
en las señoras, obsequio;
en las de mediana clase,
vanidad y pasatiempo,
y en las demás, una estafa
que tiene arruinado el pueblo.

MERINO. Hombre, ¡qué aprensiones tienes!

ESPEJO. Digiera usté el pensamiento,
y advierta, por lo que apunto,
si es poco lo que reservo.
¿Vamos allá?

TODOS. Vamos todos
á tener un rato bueno. (*Vanse.*)

(*Gabinete.—Salen las señoras* PAULA, RITA, PACA, PORTUGUESA *y* MÉNDEZ, *de petimetras.*)

PAULA. Hijas, el que hayais venido
tan temprano os agradezco,
para que hablemos un rato.
Id todas tomando asientos.

RITA. Nos alegramos de verte
tan buena.

PACA. Sin cumplimiento,
cada una donde gustare,
y tú has de ponerte en medio,
que eres la novia.

PAULA. ¡Yo novia!
No lo quiera Dios, que tengo
mucho amor á mi marido.

PACA. Eso ya lo suponemos.
Novia digo, porque estás
tan soltera de cortejo
hasta ahora, que aunque hubieras
nacido en algún desierto
no fueras tan insociable.

PAULA. Hijas mías, os confieso
que temo mucho á los hombres,
y que cuando debí al cielo
un buen marido, exponerme
á sufrir un mal cortejo
me pareció un desatino.

RITA. Que lo es, todas lo sabemos;
pero ¡qué le hemos de hacer!
sobre que no hay otro medio
de parecer sin vergüenza
en público.

PORTUG. Y con efecto,
¿no te quieres reducir?

PACA. Eso fuera hacer desprecio
de las costumbres; y tiene
demasiado entendimiento
Anarda para dejar
desairado el buen ejemplo
de sus amigas. Y ¡vaya!:
¿has elegido sujeto?

PAULA. ¡Elegir! ¿Pues qué? ¿esta es cosa
que se hace sin un perfecto
examen? Un hombre á quien
he de fiar los secretos
de mi corazón, ¿no es fuerza
que averigüe yo primero
si tiene bastante juicio
para hacer buen uso de ellos?
Aquél que ha de parecer
á mi lado en los paseos,
en comedias y visitas,
¿he de elegir, no sabiendo
si en la calidad me iguala
y me excede en el talento?
Para conservar mi honor,
¿no he de saber si es modesto?
Para que pueda sufrirle
mi familia, ¿si es atento,
afable y no entremetido?
Y, por remate del cuento,
¿si es hombre de tan prudente
conducta, si es tan discreto
y puro que jamás pueda
tener mi marido celos?

PACA. ¡Ay, querida Anarda, mucho
es lo que te pide el cuerpo! (1).

PAULA. ¿Pues qué?; ¿vosotras hacéis
en iguales lances menos?

PACA. Nosotras no hacemos nada,
sino jugamos el juego
con las cartas que nos vienen.
¡Buscar un hombre perfecto!
¡no es cosa!; más fácil es
acertar un terno seco
en la lotería.

RITA. ¡Vaya,
hija! que no te has impuesto
en el asunto.

PAULA. Pues dime:
¿no debe hacer á lo menos,
la que un cortejo recibe,
las diligencias que hacemos
é informes con que un criado
recibimos?

PACA. No por cierto;
porque también despedimos
más fácilmente un cortejo
que un lacayo.

---

(1) Variante del censor: «quererte informar es eso.»

PAULA. Pues yo, amigas,
no he de exponer el acierto.
¡Petrona!

(*Sale* GERTRUDIS.)

GERTRUD. ¿Qué manda usted?
PAULA. Anda, ves y tráeme aquellos
papeles que están encima
del tocador. Yo ya tengo
tomado informes de algunos
que han venido pretendiendo.
RITA. ¿Y de quién los has tomado?
PAULA. De aquellas que antes sirvieron,
que saben sus propiedades.
PACA. ¿No ves que vendrán mintiendo,
porque quizá están celosas?
PAULA. Pues ¿cómo puede haber celos
donde no hay estimación?
PACA. Es que somos como el perro
del hortelano nosotras,
pues las berzas no comemos
ni queremos que tampoco
las coman otros hambrientos.

(*Sale* GERTRUDIS.)

GERTRUD. ¿Es ésto lo que usted pide?
PAULA. Sí; marcha otra vez adentro
y avisa si alguien viniere.
GERTRUD. Bien está. En este congreso
se resolverán sin duda
cosas de gran fundamento. (*Vase.*)
PAULA. Mirad lo que dice Laura,
informando de don Pedro
de Sevilla y Ropa Vieja:
(*Lee.*) «No te puedo decir más
de que es muy buen caballero,
pero muy desconfiado »
MÉNDEZ. ¿Y Laura se queja de éso?
pues ¡como es ella tan firme!
PACA. Sí, señor, y en mes y medio
la hemos conocido nueve,
que con un canto á los pechos
y á cierra ojos se pudiera
admitir al menor de ellos.
RITA. Por lo regular los romos
siempre abundan de pañuelos.
PAULA. En éste me informa Elvira
que, en cuanto á don Filiberto
de Cascachufas y Parla,
sólo, para mi gobierno,
puede decirme que es muy
miserable y pedigüeño
RITA. Son muy agraciables prendas.
PACA. Yo te diera uno muy bueno,
muy ilustre, muy bizarro,
muy galán y muy discreto;
pero tiene una gran falta.
PAULA. ¿Qué cosa?
PACA. Es un gran defecto:
que no tiene pelo proprio,
y es lástima que un sujeto
de tan bellas prendas viva
sin reputacion por eso
entre nosotras.

(*Sale* GERTRUDIS.)

GERTRUD. Señora,
ahí fuera está don Tadeo,
con otros cuatro señores,
que dicen que quieren veros.
TODAS. ¡Que entren, que entren!
PAULA. Aguardad,
que si son de cumplimiento
nos iremos á la sala.
PACA. Mujer, pareces del tiempo
de Maricastaña. Ahora
el acreditar el bello
gusto y la buena crianza
las gentes es concediendo
la confianza y la silla
inmediata desde luego.
PAULA. El ser una cortejada
sin duda que será bueno,
pero incomodará mucho.
PACA. Todo al contrario; en haciendo
el ánimo en estas cosas,
lo demás se encuentra hecho.
PAULA. Diles que entren.
GERTRUD. Voy allá. (*Vase.*)
PORTUG. ¡Por Dios, que mudes de genio,
mujer, y verás después
qué ratos tienes tan bellos!

(*Sale* ESPEJO, MERINO, EUSEBIO, PONCE *y* CHINICA, *muy serios y estirados.*)

LOS CINCO. Señoras, á vuestros pies.
EUSEBIO. Perdonadme si me atrevo
á conducir estos cuatro
amigos.
PAULA. Vos sois dueño
de esta casa.
PACA. Ustedes vayan
arrimando los asientos.
PAULA. Pues ¿no están mejor allí?
CHINICA. Habla con conocimiento
madama. De suerte que,
atraídos de los ecos
de la noticia que corre,
convidando á vuestro obsequio
á cuantos se encuentren dignos
de tan glorioso trofeo,
desde levante á poniente
y desde el austro hasta el cierzo,
competidores y amigos
(que los generosos pechos
lidiamos porque lidiamos,
mas no nos aborrecemos
para las cortesanías),

venimos los cinco, atentos,
cortesanos, reverentes,
petimetres, placenteros,
vigilantes, oficiosos,
alegres y zalameros,
y es hoy la más relevante
prueba de vuestro talento
igualar á todos, hasta
que, del mérito en el duelo,
del lado las confianzas
sean indicios del premio.

RITA. ¡Mira éste qué bien discurre!

PACA. El discurso es lo de menos;
son los cortejantes más
dichosos cuanto más necios.

PAULA. ¡Qué lindos muebles! Pues vaya,
señores, yo ya he resuelto,
á empeño de mis amigas,
elegir un compañero
de confianza, con todos
los honores y los sueldos,
las excepciones, los gajes
y demás emolumentos
que gozan los del oficio
y á él hayan estado anejos.
Pero antes es necesario
que la elección del sujeto
penda de su habilidad
para servir el empleo.

PONCE. Pues, señora, yo conformo
con vos en todo, supuesto
que hasta ahora tampoco tuve
la intención de ser cortejo.

PAULA. Pues si ignorais el oficio
y yo también, quedaremos
mal en cualquier concurrencia.

ESPEJO. Dice bien. Señora, en estos
lances, hombres de experiencia;
verbi gracia, con dos dedos
de bigote en el hocico,
y que una noche de invierno
si anduviereis con él sola,
os vuelva á casa sin miedo.

PACA. No le quieras tan maduro,
hija; mira que son luego
inútiles y celosos.

PAULA. Yo el favor os agradezco,
mas no quisiera ocuparos,
por que aprovechéis el tiempo
que os queda en pedir á Dios
que os vuelva el entendimiento.

CHINICA. Solo él, á quien una vez
se le fué, puede volverlo.

MERINO. Que *laus in ore proprio*
vilescit, dice el proverbio,
señora, y así de mí
nada que creais pretendo,
sino que á la experiencias
confiéis el más tremendo
examen de mi buen trato,
mi discreción y mi genio,
pues la experiencia mejor
os lo dirá, y más sabiendo
que se conoce la causa
conociendo sus efectos.

PAULA. ¡Vivais mil años! Hablais
muy bien, pero no lo entiendo.

EUSEBIO. ¿A que me entendéis á mí?

PACA. Sin más que ver de aquel cuerpo
la elegancia, aquel peinado,
del vestido el gusto bello
y la docta arquitectura
que brilla en aquel sombrero,
viene bien recomendado
para obtener el empleo
sin contradicción.

PAULA. ¡Ay, hija!
si fuera todo por dentro
como por fuera parece,
habría menos escarmientos.

RITA. Eres ridícula, Anarda.

PORTUG. No has de encontrar, según veo,
con cosa que te acomode.

PAULA. ¿Y vos quién sois?

CHINICA. Ahí presento
memorial y relación
de mis méritos: leedlos
y haced justicia.

PAULA. Bien pide.

PACA Leed los méritos primero,
que el memorial se supone.

PAULA. Pues dice este caballero:
Consta en certificaciones
dadas por los peluqueros,
médicos y cirujanos,
y por más de mil asientos
en libros de mercaderes,
que don Mauricio Silverio
Cabezudo y Cabezuela...

CHINICA. Siempre muy servidor vuestro.

PAULA. Tiene treinta años de edad
y los veinte de cortejo;
ha hecho mil oposiciones,
y obtenido por derecho
de *némine discrepante*
diez plazas de bastonero
en diez funciones de pompa;
que cortejó con extremo
ó gratis seis damas pobres
y les sostuvo sus pleitos
á su costa hasta dejarlas
ricas; que tiene completos
todos los grados que puede
conseguir cualquier sujeto
de su clase. Aquí también
consta, por dos documentos
de dos bateras, que sabe
hacer nuditos y vuelos,

bolsillos de todas modas
y caídas á lo marrueco.
Por otro, que baila bien,
y por un auto que veo
también de un alcalde, consta
el exacto cumplimiento
con que ha cortejado hasta
que el crédito y el dinero
se acabaron y quedó
avergonzado y en cueros.

PACA. Ese sí que es todo un hombre
y sabe con el esmero
que se debe cortejar.

TODAS. Este debes atenderlo
por aclamación.

PAULA. (*Se levanta*) ¿Hablais
de veras, ó estais haciendo,
como yo, burla del caso?

PACA. ¿Burla en punto de cortejos?
Pues hoy día, entre nosotras,
¿hay otro asunto más serio?

PAULA. Sí, debe haberle.

TODAS. ¿Cuál es?

PAULA. Vuestra obligación: no quiero
acordárosla; tan sólo
que miréis con juicio os ruego
que, sea por vanidad,
por costumbre ó pasatiempo,
veais á quién admitís
á vuestro lado, temiendo
la lengua del admitido
y del desairado el ceño,
los ojos de las vecinas
y el escándalo del pueblo.

RITA. ¿Y tú, por qué no lo miras
antes de haberte resuelto?

PAULA. Porque sólo estoy resuelta
á burlarme y convenceros
de que, si se examinara
este punto de cortejos,
ó fueran los juicios más,
ó fueran los chascos menos.

CHINICA. ¿A usted le parece que,
porque me haga ese desprecio,
me falta á mí quien me quiera
y mozas de fundamento?
¿No es verdad, amigos?

LOS HOMBRES. Sin duda,
á docenas las tenemos.

LAS MUJ. Esa jactancia es muy mala.

PAULA. Nace del consentimiento
de las mujeres.

PACA. Pues, hija,
cada una siga su empeño,
que yo no puedo vivir
sin mi cacho de cortejo.

TODAS. Y lo mismo las demás.

PAULA. Pues que os haga buen provecho.

MERINO. Suspéndase la materia,
pues los votos se han opuesto,
y vamos á divertirnos.

PACA. Mejor será que cantemos
una tonadilla.

PAULA. Vamos,
al auditorio pidiendo...

TODOS. Que, por lo útil, disimulen
á este sainete lo serio [1].

62

La embarazada ridícula.

¡Oh, cuánto le acomoda
el verse embarazada
á alguna de las damas á la moda,
petardista, golosa y mal criada!
¡Triste quien la complazca y quien la enoje,
y triste todo cuanto se le antoje!

1767 [2]

PERSONAS

DOÑA MARÍA TORCUATA, *dama embarazada*.
SU MADRE.
D. FELIPE, *su marido*.
D. LUIS, *su amigo*.
D. CELEDONIO, *médico*.
D. ROQUE y D. CLAUDIO, *petimetres*.
DOÑA INÉS y DOÑA JUANA, *petimetras*.
CRIADA 1.ª
OTRAS CRIADAS.
CRIADOS.

(*Voces de vendedoras dentro.—La escena en Madrid. Calle pública.*)

(*Sale* D. FELIPE.)

D. FEL. ¡Que haya hombre que se case
sólo porque otros se casan,
sin detenerse á pensar
los trabajos que le aguardan!
¡Ah, perro de mí, qué bien
me estaba como me estaba,

---

(1) Siguen las censuras.

«Nos el Dr. D. Manuel Fernández de Torre, Presbítero, Abogado de los Reales Consejos, dignidad de Arcipreste de la Iglesia colegial de Talavera y Vicario de esta villa y su partido, etc. Por la presente, y lo que á Nos toca, damos licencia para que se pueda representar y represente el sainete antecedente, titulado *La elección de cortejo*, su autor D. Ramón de la Cruz, mediante que de nuestra orden ha sido visto y reconocido y no contiene cosa alguna opuesta á nuestra santa fe y buenas costumbres.—Dada en Madrid á 9 de noviembre de 1767. *Dr. Torres.*—Por su mandado, *José Antonio Jiménez*.

Madrid 9 de noviembre de 1767.—Pase este sainete al censor, para su examen, y con lo que dijere tráigase.—*Delgado.*

Madrid 10 de noviembre de 1767.—Señor: Este sainete, intitulado *La elección de cortejo*, diciéndose un verso como va enmendado, puede representarse si fuere del agrado de V. S. Así lo siento, salvo, etc.—*Nicolás Gonzalez Martínez*.

Madrid 10 de noviembre de 1767.—Ejecútese.—*Delgado.*

Ejecútese cumpliéndose con lo testado.—Madrid, 10 de noviembre de 1767.—*Barcia.*»

(2) Impreso por el autor en el tomo I, pág. 227 de su colección; por Durán, tomo II, pág. 615 de la suya, y suelto varias veces. En la Biblioteca Municipal hay un manuscrito correspondiente á 1767, con las censuras de 10 y 11 de febrero. En él se añade que se escribió para la Compañía de Nicolás de la Calle.

sin cuidado alguno y sin
tener que contemplar gaitas,
que por más que uno las temple,
nunca suenan afinadas!
Mas no hay otro medio que
matarse ó sufrir la carga.
¡Vaya, que aprensión como ella
no es creíble: vaya, vaya!

(*Sale* D. Luis.)

D. Luis. ¡Señor don Felipe!
D. Fel. ¿Dónde
iré yo con mi embajada
que no me tengan por loco,
ó me den de bofetadas!
D. Luis. Amigo, ¿en qué vais pensando,
que llevais tan extraviadas
la vista y las atenciones?
D. Fel. ¡Oh, señor don Luis! Llevaba
distraído el pensamiento
con ciertas extravagancias.
D. Luis. Vamos claros: ¿es algún
disgustillo con madama?
D. Fel. No, porque esos con la misma
fuerza que acometen pasan.
D. Luis. ¿Son celos!
D. Fel. Ya no se estilan.
D. Luis. ¿Disteis alguna estocada
á alguno?
D. Fel. No.
D. Luis. ¿Tenéis deudas?
D. Fel. Aun es mayor mi desgracia.
D. Luis. Hablad, hombre.
D. Fel. De vergüenza
se me está ardiendo la cara.
D. Luis. Decidme qué tenéis.
D. Fel. Tengo
mi mujer embarazada,
y es loca y antojadiza.
D. Luis. Pues no digais más, que basta
para que perdais el juicio
si pretendéis contemplarla.
D. Fel. ¡Si yo os dijera qué antojos
se le ofrecen!
D. Luis. No me espanta:
que por antojos sé quién
comió ratones.
D. Fel. ¡Qué bascas,
qué manías que la dan!
Y en replicándola, rabia,
se pone á llorar y dice
que pretenden sofocarla
la criatura en el cuerpo.
De suerte está que empalaga
á veces aun á su madre,
y á las amigas que trata,
si les ve algo bueno, dice
que se le antoja y lo agarra.
D. Luis. De ese modo os hará rico.
D. Fel. Tomáramos que alcanzara
sólo para golosinas
el sueldo; pero me gasta
aun la paciencia.
D. Luis. ¿Y ahora,
hay antojito en campaña
difícil de hallar? Decid.
D. Fel. ¡Ahí es una patarata!
Hoy ha pedido más de
cien cosas extraordinarias:
ved cuáles serán, que entre ellas
acaso es la menos rara
pedirme con grande empeño
que á toda priesa le traiga
escabeche de almendrucos
y agua de limón asada
en parrillas. ¡Ved si habrá
cocinero que la haga!
D. Luis. Amigo, eso sólo puede
haberlo pedido en chanza.
D. Fel. ¿Chanza? Si no se lo llevo
alborotará la casa.

(*Sale* D. Celedonio.)

D. Cel. Con el tiempecillo están
las gentes acatarradas
fuertemente, y lo peor es
que algunos pican en asma.
D. Fel. ¡Oh, señor doctor!
D. Cel. Amigo,
¿qué tal le sentó á madama
la sangría?
D. Fel. Grandemente.
D. Cel. Luego que la vi la cara
encendida, conocí
que era preciso evacuarla.
D. Fel. ¿Cómo no habéis vuelto á verla?
D. Cel. La voluntad no me falta;
pero, amigo, falta el tiempo,
porque hay mucha gente mala
en Madrid.
D. Luis. ¿Y de qué males?
D. Cel. Alguna gente casada
se queja de la cabeza,
y hay quien la tiene inflamada;
la gente viuda padece
hipocondrías y ansias,
y las solteras, á vista
de los resfriados braman.
D. Luis. Mucho tenéis que hacer.
D. Cel. Mucho;
y si yo no despachara
con tanta facilidad,
habría más. No es por jactancia,
pero mire usted la prueba:
en la presente semana
entré con cuarenta enfermos,
y hoy ya no tengo en la cama
sino diez.
D. Fel. ¿Pues y los treinta?

D. Cel. Ya han salido de su casa.
D. Fel. ¿Y todos sanos?
D. Cel. De modo
que hay convalecencias largas;
dos puede ser que se mueran,
porque están peor que estaban;
pero á los demás es cierto
que ya no les duele nada.
D. Fel. Dígame usted, ¿y hay remedios,
como para las cuartanas,
para los antojos de
mujeres embarazadas?
D. Cel. Conforme las complexiones.
Hay jarabes de esperanzas,
si es dócil.
D. Fel. ¿Y si no es dócil?
D. Cel. De neguilla.
D. Fel. ¿Y si no alcanza,
por ser complexión altiva?
D. Cel. Ponerla una cataplasma
de azotes en el reverso
del vientre, y está curada.
D. Fel. Mirad que os hablo de veras,
amigo.
D. Cel. ¿Pues qué, madama
adolece de ese achaque?
D. Fel. En tal grado, que me mata
con tantas impertinencias.
D. Luis. Vos sois un pobre Juan Lanas;
si de ese modo se sale
con cuanto le da la gana,
hace bien; hacedla ver
vos que conocéis la maula.
D. Fel. ¡Pero si dice su madre
que es preciso contemplarla,
aunque la casa se pierda,
porque no se pierda un alma,
y suele ser de los más
antojos la madre causa!
D. Cel. Puede ser que esté también
vuestra suegra embarazada.
D. Fel. No puede ser, que es doncella.
D. Cel. ¡Eso es bueno!
D. Fel. ¡Qué ignorancia!
Viuda he querido decir,
sino que tengo atronada
la cabeza de pensar
las cosas que á mí me pasan.
D. Cel. Pues yo lo compondré todo,
y veréis, sin irritarla,
cómo la curo el humor
antojadizo.
D. Fel. Curadla
también el humor goloso.
D. Cel. Eso es á lo que no basta
ningún médico, porque
es propensión heredada.
D. Fel. ¿Y cuándo iréis?
D. Cel. Al instante,
que es gran prenda la eficacia
en un médico, y yo no
soy como otros migas blandas,
que están con observaciones
moliéndole las entrañas
al enfermo; yo receto
todo cuanto me da gana;
porque si el enfermo muere,
luego dicen en la casa:
«¡Si el doctor era un borrico!
¡Sobre que no mandó nada!»
Y aunque muera, si les queda
algún ciento de garrafas,
de gatuperios y emplastos,
le añaden á un hombre fama,
diciendo: «Sin duda que
su muerte de Dios estaba;
porque el médico no pudo
hacer más; dejó apurada
la botica; once sangrías
le hizo; creemos que pasan
de cuarenta las ayudas;
hasta ventosas sajadas
y cantáridas le echó.»
Conque, amigos, es ventaja
de un médico ser ligero
de manos, caiga el que caiga;
porque un hombre se acredita,
los parientes no se agravian,
el boticario se alegra
y el muerto no habla palabra.
D. Luis. Bien decís.
D. Cel. Adiós, amigos,
que voy de cuatro zancadas
á decirla que se deje
de antojos y pataratas,
que no coma porquerías
y tome buenas substancias.
D. Fel. Esperad, iremos juntos.
D. Cel. No puedo, porque me aguarda
una junta formidable.
D. Luis. ¿De alguna enfermedad rara?
D. Cel. No, señor, con mi cochero,
sobre consumo de paja. *(Vase.)*
D. Luis. Este doctor no me gusta.
D. Fel. Bien se conoce que usté habla
de memoria. Mire usted;
es hombre de tanta gracia
y tanta resolución,
que en entrando en una casa
todos se mueren por él.
D. Luis. Pues muy buen provecho os haga;
pero yo, amigo, jamás
me muero por lo que mata.
D. Fel. Venid conmigo, y veréis
la verdad acreditada
en el modo de portarse:
que si á mi mujer amansa,
ya es una cura de prueba.

D. LUIS. La dejará peor que estaba.
D. FEL. Vamos allá, y lo veremos.
D. LUIS. Sólo por daros matraca,
he de ir allá.
D. FEL. Norabuena.
LOS DOS. Veremos en lo que pára.

(Mutación de salón corto. Salen DOÑA MARÍA TORCUATA, *sostenida de* D. CLAUDIO *y* D. ROQUE, *de petimetres; la* MADRE, *de señora mayor, y dos* CRIADAS.)

MADRE. ¡Hija, por Dios, que te animes!;
porque á las embarazadas
les conviene el ejercicio.
D.ª MARÍA. Sobre que estoy tan pesada
que no me puedo mover.
D. ROQUE. Pues, señora, otras madamas
conozco que están así,
y se pasean y bailan
como si tal cosa hubiera.
D. CLAU. Entre la gente ordinaria
se suelen hallar algunas,
es verdad; pero una dama
nunca debe sostener
la ilusión de delicada
como en ese caso; y ya
que no estén exceptuadas
por naturaleza, es fuerza
que del arbitrio se valgan
del melindre y del antojo
prohibido á la gentualla.
D.ª MARÍA. Don Claudio, vos pensais bien;
venga una silla... Esa es alta.
D. CLAU. ¡Qué error! ¿Ignorais que debe
ser la silla grande y baja?
D.ª MARÍA. Si es un zoquete.
MADRE. Traed
sillas. *(A las* CRIADAS.)
CRIADAS. Ya están arrimadas.
(Vanse.)
D.ª MARÍA. Crea usted, madre, que sólo
de venir desde la sala
no puedo echar el aliento.
MADRE. Lo propio á mí me pasaba
cuando estaba encinta, y eso
que paría cada semana.
D. CLAU. ¡Oh! desde la sala á aquí
hay una buena tirada.
D. ROQUE. Sí, que habrá unos veinte pasos
ó veinte y dos.
D. CLAU. ¡Ahí no es nada!
D. ROQUE. ¿Habrá tal adulador?
MADRE. Señor don Roque, la caja;
tomaremos un polvito.
D. CLAU. Dios quiera que con bien salga
(Aparte.)
de sus manos: tome usted.
MADRE. ¡Mira, María Torcuata,
mira qué bonita!
D.ª MARÍA. A verla:
está muy bien acabada.
¿Oye usted? ¿dónde las venden?
D. ROQUE. No discurro que se hallara
otra; pero si ésa os gusta,
no necesitais comprarla.
D.ª MARÍA. No, no lo digo por tanto:
¡bonita soy yo!, tomadla.
D. ROQUE. No tomaré tal, señora.
MADRE. Mira del modo que te hallas,
niña; si te se ha antojado,
primero eres tú que nada,
D. CLAUD. Dice muy bien mi señora
su madre de usted, madama.
D.ª MARÍA. La tendré un rato; después
yo procuraré olvidarla:
y crean ustedes deseo
salir de esta patarata
de embarazo, porque todo
se me antoja, y como andan
que es materia escrupulosa
negar lo que á una le agrada,
es chasco el andar pegando
petardos.
D. ROQUE. *(Ap.)* Para el que paga.

(Sale un CRIADO.)

CRIADO. Ahí fuera están, mi señora.
doña Inés y doña Juana.
MADRE. ¿Pues, por qué no entran?

(Salen DOÑA INÉS *y* DOÑA JUANA.)

D.ª MARÍA. ¡Queridas!
¿cumplimientos en mi casa?
D.ª INÉS. Perdona, que hasta ayer no
supe que estabas sangrada;
por eso no vine antes.
D.ª JUANA. ¡Hijita!, ¿cómo lo pasas?
D.ª MARÍA. Muy bien; vámonos sentando.
MADRE. No ha sido cosa, á Dios gracias,
sino sólo una aprensión.
D.ª MARÍA. ¡Válgame Dios, y qué guapas
venís!
D.ª INÉS. ¿Pues qué cosa traigo
yo que no sea ordinaria?
D.ª JUANA. Ni yo tampoco.
D.ª MARÍA. ¿Pues pueden
ser más bonitas las batas?
D. ROQUE. *(Ap.)* Si se le antojan, las hace
ir en camisa á su casa.
MADRE. Mejores son los pendientes:
mira, María Torcuata.
D.ª MARÍA. Ya los había reparado;
pero porque no pensaran
que era antojo...
D.ª INÉS. ¡Jesús, hija!
Antes lo que yo me holgara
es que fueran de brillantes.
D.ª MARÍA. ¿Pues qué, son piedras de Francia?
D.ª INÉS. Sí.

D.ª María. Pues no, no te los quites;
que todo lo que se alaba
no se antoja
D.ª Inés. Sin embargo,
la materia es delicada (*Se los quita*):
los has de tomar.
D.ª María. No haré.
D.ª Inés. ¡Vamos, no seas porfiada!
D.ª María. ¿Ven ustedes tal porfía?
D.ª Inés. Si los has de tomar.
D.ª María. ¡Vaya!
los tomo porque no digas
que te dejo desairada. (*Se los pone.*)

(*Sale* D. Celedonio.)

D. Cel. A los pies de usted, señora.
D.ª María. ¡Oh, señor doctor! ¿Qué causa
os trae, sin que os lo supliquen,
á favorecer mi casa?
D. Cel. Es visita de amistad.
D.ª María. Pues estoy desazonada;
algún ángel trajo á usted;
mirad el pulso
D. Cel. No hay nada.
A ver el otro.. Tampoco.
Estais como una guitarra.
Madre. Pues es milagro, porque
tiene la pobre muchacha
un embarazo fatal.
D. Cel. ¿Pues qué tiene?
Madre. La desgracia
de que está siempre pensando
en cosas extraordinarias
que comer, y ya nos tiene
las paciencias apuradas,
porque no prueba bocado.
D. Cel. ¿No lo dije yo que hallaba
debilidad en el pulso?
Si á mí nada se me escapa.
Es menester sujetarse;
mandad que al punto la traigan
una tacita de caldo
con cuatro sopas.
Madre. ¡Muchachas!
D.ª María. ¿Caldo? ni verlo.

(*Sale la* Criada 1.ª)

Cr. 1.ª Señora.
Madre. Dispón al punto á tu ama
unas sopas.
D.ª María. No las quiero.
Madre. Haz lo que te mando; marcha.
Cr. 1.ª No tendremos mala fiesta
de toros para tomarla:
en mi vida he de casarme
por no verme embarazada. (*Vase.*)
D.ª Inés. Ello es cierto que es trabajo,
pero es preciso que hagas
de tu parte lo que puedas.
D.ª María. En balde ustedes se cansan,
que nada he comer mientras
mi marido no me traiga
lo que le he pedido
Todos. ¿Y qué es?
D.ª María. Agua de limón asada
en parrillas.
D.ª Inés. ¡Jesús, hija;
qué imposible extravagancia!
D.ª María. Yo no me antojo de berros,
sino cosas delicadas,
y esta noche he de cenar
otras dos cosas extrañas.
Madre. ¿Cuáles?
D.ª María. Alones de pulgas,
y tierra de sacar manchas
en estofado.
D. Cel. Señora,
vos estais desalumbrada,
ó, con iguales antojos,
acaso estais empeñada
en que todos os tengamos
por ridícula. Usted haga
por desechar las ideas
tan despreciables y vanas
que le acometen. ¿No ve
que eso solamente es gana
de hacer rabiar al pariente,
porque es un pobre Juan Lanas,
y que...?
D.ª María. Vaya usted con Dios,
por no decir noramala,
y hágame el gusto de no
volver jamás á esta casa,
que yo buscaré doctor
más contemplativo. ¡Vaya,
si mi marido lo oyera,
tras que él es bueno, bastaba
para descuidar del todo!
D. Cel. Señora, si ha sido chanza
sólo por oiros saltar.
(*Ap.*) El demontre me mandaba,
por no dejarla ser loca,
perder una parroquiana.
D. Clau. Luego lo conocí yo;
tiene sobrada crianza
el señor don Celedonio
para quitar á una dama
su gusto.
D. Cel. Pues ya se ve.
D. Roque. Este es otro que bien baila. (*Ap.*)

(*Sale* Criada 1.ª)

Cr. 1.ª Señora, aquí están las sopas.
D.ª María. ¡Jesús, mujer, y qué taza
que traes tan grande! Anda, ve
y ponlo en otra mediana.
Cr. 1.ª Si es de las más chicas que hay.
D.ª María. Y que me compren cucharas

de á dos cuartos la docena,
que no las quiero de plata.

D.ª Inés. ¡Qué mal gusto!

D. Cel. Dice bien,
que la madera es muy sana.

D.ª María. ¿No es verdad?

D. Cel. ¿Pues no lo digo?
Y se le abrirán las ganas
de comer con la madera;
y yo no comiera en taza,
sino en hortera de palo.

D.ª María. Sí; que al punto me la traigan.

Madre. Eso es manía.

D.ª María. Señora,
si el médico me lo manda.

Cr. 1.ª No, pues á poquitas de éstas
la dejaré muy plantada.

D.ª María. ¿Oyes? ¿qué estás ahí gruñendo?

Cr. 1.ª Claro: busque usted criada
ó mude de genio, que
me canso ya de aguantarla.

Madre. ¡Habrá tal atrevimiento!

D.ª María. No seas desvergonzada,
que te abriré la cabeza.

D. Clau. Criatura, ¿no reparas
cómo está?

Cr. 1.ª Esté como esté.
Cierto que, si se desgracia
el mayorazgo, se pierde
la sucesión de la casa:
¡lo dicho dicho, y agur!
Así si me da la gana
de pasearme este verano,
me ahorraré la circunstancia
de andar pidiendo licencia,
que me pongo colorada.

D.ª María. ¿Se dará insolencia igual?
Si no la harto de patadas
malparo.

D. Clau. ¡Por Dios, señora!

D.ª Inés. Lo que yo extraño es que hagas
caso de tales locuras.

D. Clau. Trabajemos en templarla
todos.

D. Cel Si le hiciera mal
ella se entiende, dejarla.

(*Salen* D. Felipe *y* D. Luis.)

D. Fel. ¡Jesús, señores, qué bulla!
Sepamos si es buena ó mala.

D.ª María. ¿Me traes eso que te he dicho?

D. Fel. No la había preparada;
pero hemos quedado en que
la tendrán para mañana.

D. Luis. Eso es; seguirle el humor
con zumba, y no replicarla.
Señoras...

D.ª María. Dios guarde á usted.

D. Fel. ¡Hola! ¿qué? ¿estás enfadada?

D. Cel. Amigo, no está muy buena:
bien necesitais cuidarla,
y que coma lo que quiera,
porque tiene una desgana
horrible.

D. Fel. ¿Y yo qué he de hacer?

Voces (*Dentro.*) ¡Leche!

Otra voz. ¡Limas y naranjas
dulces!

D.ª María. ¿Muchacha?

Cr. 2.ª Señora.

D.ª María. Anda ves al punto, baja
por naranjas y por leche.

D. Fel. Mira que son muy contrarias,
hija.

D.ª María. Si se me ha antojado.

D. Fel. Señor doctor, replicadla.

D. Cel. Nada que les sabe bien
hace mal á las preñadas.

D.ª María. ¿Lo han subido ya?

D. Fel. Ya han ido
por ella, mujer, aguarda.

D. Clau. ¡Que sean estos criados
tan lerdos! ¡en todo tardan!

D.ª María. ¡Ay de mí!

Madre. ¿Qué tienes, niña?

D. Fel. ¿Por qué suspiras?

D.ª María. Por nada.

D.ª Inés. Una friolera que
tuvo con la criada.

D.ª María. No es eso.

Madre. Ya sé lo que es:
ella hace rato que anda
reparando el abanico
que trae su amiguita, y calla
de cortedad.

D.ª Juana. A tus pies
le tienes; ¿por qué no hablas?

D.ª María. ¡Qué cosas tiene usted, madre!

Madre. Pues si no es eso, es la bata
que viste á doña Manuela.

D.ª Juana. En todo caso, que salga
del gusto del abanico.

D.ª María. No es esa mi mayor ansia;
pero, en todo caso, venga. (*Le toma.*)

D. Fel. Mujer, ¡que medio no haya
de reprimir tus antojos!
Amigo, desengañadla.
(*A* Don Celedonio.)

D. Cel. ¿Yo? ¡seguro está! Son estas
materias muy delicadas
para tratarlas de priesa.

Madre. Lo que es menester, que vayas
á ver á doña Manuela
y que averigües con maña
dónde la bata sacó
y otra como ella la traigas.

D. Fel. ¿Y si no tengo dinero?

D. Cel. Buscarlo, que está antojada.

D. Fel. ¿No dijisteis que era fácil
de los antojos curarla?
D. Cel. Eso fué por engañaros.
Pues es cierto que se hallan
poquitos casos en los
autores, de embarazadas
que han parido mamarrachos
por antojos, Verbigracia.
Una preñada miró,
cierto día que pasaba
por la calle de Valverde
con la vista levantada,
la media naranja de
los Basilios: fué á su casa,
y malparió un niño con
una berruga en la cara
tan grande ni más ni menos
como la media naranja,
con su chapitel y todo.
Andense ustedes con chanzas.

(*Sale* Criada 2.ª)

Cr. 2.ª Señora ¿qué se ha de hacer
con la leche y las naranjas?
D.ª María. Lo que al doctor le parezca.
D. Cel. O natillas, ó cuajada.
D.ª Inés. Tu médico es muy gracioso.
D.ª María. Tanto, que me dan las ganas
de sacarle con los dientes
del cogote una tajada.
D. Fel. ¿Pues por qué no lo haces, hija?
que en los autores se hallan
muchos ejemplares.
D. Cel. A
los pies de ustedes, madamas.
¡Cierto que por la visita
bella propina me daban!
D. F. y D. L. Tome usted, señor doctor.
D. Cel. Muchas gracias, muchas gracias.
(*Vase.*)
D. Clau. ¡Cómo va!
D. Luis. Corre que vuela.
D. Roque. Primero voló mi caja.
D.ª Inés. Adiós, hija, que ya es tarde,
y te pido que te vayas
á la mano en los antojos.
D. María. Estoy tan acostumbrada
ya, que sentiré parir
por sólo dejar la maña.
D Luis. Así son muchas, amigo.
D. Fel. No lo dudo, pues se agarran
de este pretexto, que sólo
sirve de dorar la estafa.
D. Luis. La verdad decís, amigo.
D.ª María. Pues, hijas, hasta mañana,
que espero que nos juntemos.
D.ª Inés. Seguro está que yo traiga
cosa buena.
D.ª Juana. Mejor es
no volver hasta que pára.

(*Se van las amigas murmurando entre sí de* Doña María *y la* Madre.)

D. Fel. ¡Corrido quedo, mujer!
Di, ¿no te se cae la cara
de vergüenza?
D.ª María. A mí, ¿de qué?
D. Fel. De que pides y que agarras
cuanto ves.
D.ª María. Si se me antoja.
Madre. Déjale, chica, y no hagas
caso, que tu gusto es antes
que cuanto murmuran malas
lenguas.
D. Fel. Pero, madre mía...
Mad. é H. ¡Patarata, patarata!

63

El espejo de los padres.

1767 (1)

(*Calle.—Sale* Eusebio, *de petimetre, con un ramo en la mano y un papel de música en la otra, y detrás* Hidalgo, *de lacayo.*)

Eusebio. Muchacho, lleva esas flores
y esta tonadilla en casa
de don Patricio, y si acaso
no estuviesen levantadas
de siesta las señoritas,
espérate en la antesala,
y después en propia mano
dale á doña Nicolasa
este papelito, y luego
espérate á que yo vaya
en el portal; porque aun,
como tiene un hombre tantas
cosas que hacer, no he resuelto
con la reflexión que basta
en qué tengo de ocupar
la tarde, que esté empleada
con gusto y utilidad,
y estoy dudoso si vaya
al Prado ó á la comedia
ó acompañar á una dama.
Hidalgo. ¿Me manda usía otra cosa?
Eusebio. No; ve á lo que digo; marcha.
(*Vase.*)
¿Qué hora tenemos? Las tres
y media; no sé qué me haga.
Hasta las cinco ó las seis
en los cafés no hay muchachas

(1) *Inédito.* Bib. Municip.: leg. 1-164-40. Copia antigua.

á estas horas, aunque hay broma;
las comedias son muy malas,
según dicen los que dicen
que lo entienden. ¡Oh, qué gana
tengo de ver una de éstos,
que será pieza acabada
sin duda; porque meterse
de otro modo á censurarlas
todas, y decir que nuestros
ingenios no valen nada,
fuera ser locos, ó ser
enemigos de la patria.
Ir en casa de mi sastre
es locura, pues la sastra
estará ya en la comedia
ó no habrá comido en casa.
Yo no sé si tengo otra
visita de confianza
en estos barrios; en fin,
consultaremos la caja
de barro... ¡qué rico está! *(Huele.)*
mientras viene otra humorada.

(Sale Chinica.*)*

Chinica. ¡Oh, señor marqués!
Eusebio. Amigo,
¿á dónde con prisa tanta?
Chinica. Voy á ver si don Patricio
se quiere quitar las barbas,
pues creo tienen función,
según pude esta mañana
entender de la familia,
celebrando la llegada
de su sobrina y su hermano.
Eusebio. Si usted supiera qué rabia
me ha dado á mi su venida.
Chinica. ¿Por qué, si usía es quien manda
aquel cortijo, y de quien
tienen tanta confianza
los amos, especialmente
el padre, que usía trata
sus hijas como á sus propias
mujeres ó sus hermanas?
Eusebio. Por eso; pues como todos
estos hombres sin crianza
no conocen el gran mundo...
Chinica. Perdonad que la palabra
os ataje: ¿qué cosa es
el gran mundo?
Eusebio. ¡Qué ignorancia!
Es un espacio absoluto
ó una esfera imaginada,
donde las gentes de vasto
espíritu civil dilatan
la conciencia y las ideas
útiles, sin limitarlas
al estrecho mundo que
nos muestra la cosmografia.
Chinica. Quedo instruído: pues allá
nuestro palurdo se espanta
de todo
Eusebio. Ya se ve; anoche
¿no tuvo las extravagancia,
porque me llegué á su hija,
que es bonita, aunque la falta
aquel espíritu moderno
que hace brillar á una dama,
de decirme que me fuese
de su lado ó que la hablara
recio? ¡Mire usted si yo
tengo tan mala crianza
que me pondría á gritar
en una tertulia! ¡Vaya,
que hay gentes que sólo habían
de mantenerse con paja!
Chinica. Lo que es un gusto es oir
las niñas á las espaldas
de la prima cerril cómo
la ponen...
Eusebio. Son muy saladas
las tres.
Chinica. Mucho es que su padre
no se despacha en casarlas.
Eusebio. ¡Ojalá!
Chinica. ¿Le gusta á usía
alguna?
Eusebio. Todas me encantan.
Chinica. ¿Y cuál es la preferida
para esposa?
Eusebio. Eso no; ¡guarda,
Pablo! Para diversión
son las tres lindas muchachas;
mas para mujeres propias
mil circunstancias les faltan
apreciables, y les sobran
otras muchas circunstancias.
Chinica. Hacia aquí vienen sus dos
maestros de música y danza.
Eusebio. Quizá estarán avisados,
ó tendrán que repasarlas
para lucir esta noche.
Adiós, que entrambos me enfadan
y no quiero detenerme
á hablarlos. A las madamas,
que porque tengo que hacer
no me ido á acompañarlas
esta siesta; que iré luego. *(Vase.*
Chinica. No parece mala caña
el tal señor. Todas ellas
están muy esperanzadas
en ser marquesas, y creo
que por estas esperanzas,
ó han de hacer un disparate
ó se han de ver destinadas
á una doncellez perpetua.
Yo si ese caso llegara,
á la Pepita, que es mi
discípula de guitarra

y que no le suena mal
lo que se le dice en chanza,
yo le ofreciera de veras,
si no una buena casaca,
una tal cual casaquilla,
que más vale algo que nada.

(*Salen* GARCÍA *y* FUENTES.)

GARCÍA. Pues, amigo, ya que vos
decís que á la Nicolasa
tenéis en tan buen estado,
yo confieso que la Juana
está perdida por mí,
y yo no dudo que entrambas,
desesperadas de ver
que su padre no las casa,
creyendo no hay, como él dice,
quien merezca descalzarlas,
á poco que las instemos
se entren en la red y caigan.
FUENTES. Creo que tienen buena dote.
GARCÍA. Su tío el de Nicaragua
las remitió tres mil pesos,
para cuando se casaran,
á cada una. A más de esto,
de la hacienda de Aravaca
son herederas las tres;
tienen diamantes y plata...
FUENTES. Y tienen malas cabezas;
todo es menester que salga.
GARCÍA. Andad, hombre; hoy día, ¿quién
en las cabezas repara?
Lo que nos conviene es ver
si podemos conquistarlas,
que lo demás con el tiempo,
si no se olvida, se traga.
FUENTES. Vamos allá.
GARCÍA. Prometamos
en una empresa tan ardua
los recíprocos auxilios.
FUENTES. Yo os doy mi mano y palabra.
GARCÍA. Yo la acepto.
LOS DOS. Y al que falte,
un moro zurdo le parta. (*Vanse*).

(*Salón con sillas, mesa con un salterio, guitarra y papeles de música.—Salen* JOAQUINA, *de casa, y* ESPEJO, *en bata y gorro.*)

ESPEJO. No te canses, que no quiero
que se casen las muchachas
hasta ver cómo se explica
el marqués; pues si lograra
casar alguna con él,
ó todas se titularan
ó casaran con barones,
indianos ó personazas
de carácter, que á este modo
se hacen soberbias las casas.
JOAQUINA. Hombre, tú eres loco; mira
que están ya cascabeleadas
y rabiando por casarse;
que tenemos, á Dios gracias,
proporciones para todas,
y no es bien desperdiciarlas.
ESPEJO. ¡Cierto que las proporciones
que hay son muy aventajadas!
Señoritos de oficinas
ó vínculos que no alcanza
ninguno á tres mil ducados,
y si llegan, de ahí no pasan.
JOAQUINA. Pues, hombre, ¿tan malo es eso?
Muchas hay que lo tomaran.
ESPEJO. Pues yo lo desprecio, mientras
el que viniere no traiga
caballo con herradura
de oro ó carroza dorada.
JOAQUINA. Pues no te quejes si un día,
cuando vinieres, las hallas,
por dirección de tu hermano,
con mi licencia casadas.
ESPEJO. ¿Mi hermano? ¡Bravo sujeto!
Si tuvieran la crianza
mis chiquillas que la suya,
es cierto que les bastara
para marido cualquiera
hidalgo de Peñaranda;
pero estotras tienen otro
filis y otras esperanzas.
JOAQUINA. Son hijas mías.
ESPEJO. No hay duda;
porque yo estaba en la sala
y nacieron en la alcoba.
JOAQUINA. Pues creo que tendré tanta
autoridad como tú
en punto de acomodarlas.
ESPEJO. Pues ¿y yo, no soy su padre
natural?
JOAQUINA. Así te llaman
ellas; no conocen otro.
Tú les pagastes las amas;
tú las estás manteniendo
y las vistes y las calzas.
ESPEJO. Con toda esa prueba, suelen
salir las cuentas erradas.
Pero vamos al asunto:
¿quién es cabeza de casa?
JOAQUINA. El que mejor la gobierna.
ESPEJO. Pues yo bien sé gorbernarla,
y la mujer sólo debe
gobernar la ropa blanca,
la cocina y la despensa,
y si usted se me propasa
á otra cosa, daré voces
y haré una que sea sonada.
¡Hola!

(*Sale* MERINO.)

MERINO. ¿Qué pendencia es esta?
JOAQUINA. Hermano, esto es, en sustancia,
que este hombre se empeña en ver

á sus hijas mal casadas;
y porque yo solicito
lo contrario, me amenaza. (*Vase.*)

ESPEJO. ¡Qué cuñada te dió Dios
tan loca!

MERINO. No es mi cuñada
sino muy prudente; tú
sí que tienes preocupada
la cabeza de ilusiones,
que te han de quitar la gana
de comer y de dormir
antes de muchas semanas.

ESPEJO. ¿Por qué?

MERINO. Amigo, porque tienes
tus hijas muy mal criadas,
y antes de que todos lo
conozcan no las despachas.

ESPEJO. ¿Sabes tú lo que merecen
mis hijas?

MERINO. Muchas patadas,
y un freno muy duro.

ESPEJO. Hablemos
ahora fuera de chanza.
Si en Madrid te detuvieras,
vieras que no hay otras damas
de más mérito en un todo,
ni otras á quien todos hagan
más justicia; en todas partes
donde van son señaladas.

MERINO. Lo mismo hacemos allá
con las reses, que se apartan,
á las unas por muy buenas,
á las otras por muy malas.

ESPEJO. Concepto de monterilla
fuera del caso y machaca.
Ellas leen perfectamente
en el castellano, y mascan
el francés; ellas refieren
de memoria todas cuantas
comedias se han inventado;
todas tocan la guitarra,
el salterio, el clavicordio
y alguna de ellas la flauta;
ellas juegan al volante
y todo juego de cartas;
ellas saben dar un aire
extraordinario á las batas,
y el aire de su cabeza
pasma á todos cuantos bailan.
A todos admira ver
cómo notan una carta
y cómo usan de las notas
de la solfa cuando cantan.
En una conversación
que se ofrezca, has de observarlas
que, aunque las hablen de aquello
que las hablen, no se atajan.
¿Cuánto dieras tú por ver
tu hija tan civilizada?

MERINO. Poco.

ESPEJO. Pues ¿qué sabe tu hija?

MERINO. Solamente ser cristiana,
toda suerte de labores
y gobernar una casa.

ESPEJO. ¿Y te atreves á traerla
á Madrid tal mal criada?
Hombre, por Dios, que la ocultes
hasta ver si mis muchachas
la pueden poner en tono.

MERINO. No la quiero yo entonada,
ni tampoco tienen manos
tus hijas para templarla.

(*Sale* CHINICA.)

CHINICA. Señor, vamos despachando
si os queréis quitar las barbas.

ESPEJO. ¡A buena hora, y aun está
sin componer la guitarra,
ni saber la tonadilla
Pepita, y ha de cantarla
esta noche! Pues también
el señor maestro de danza
y el de clave ya podían
estar aquí á repasarlas.

CHINICA. No tardarán. Vamos ahora
á lavarle á usted la cara.
(*Se quita la capa.*)

ESPEJO. Lo primero es lo primero;
más importa el afirmarla
á Pepa en la tonadilla
que afeitarme yo. ¿Muchachas?

(*Sale la* MÉNDEZ, *de criada.*)

MÉNDEZ. Ya voy, señor; aquí están
los paños y palancana.

ESPEJO. No te llamo á ti, ni sirven
esos trastos para nada.
Que salgan aquí las niñas.
¿Pepa, Juanita, Colasa?

(*Sale* JOAQUINA.)

JOAQUINA. ¿Qué las quieres? Aun están
al tocador ocupadas.

ESPEJO. Eso es otra cosa; todas
son urgencias de importancia.
¿Y mi sobrina?

JOAQUINA. Leyendo
está á fray Luis de Granada.

ESPEJO. ¿Y de cuándo acá tenemos
libros de frailes en casa?

MERINO. Ella le traería consigo
por diversión.

ESPEJO. ¿De qué trata?

MERINO. Dirección de la conciencia.

ESPEJO. ¡Qué valiente gazmoñada!
Pues sabe leer, mejor fuera
que una comedia tomara
y aprendiera á responder
si alguno se le arrimara.

(*Sale* Eusebio.)

Eusebio. A los pies de usted, señora.
¿A dónde están las madamas?
Joaquina. Al tocador.
Eusebio. Voy allá. (*Vase.*)
Joaquina. Hijo, á mí esta confianza
no me gusta.
Merino. A mí tampoco.
Diga usted á mi hija que salga,
y perdone.
Méndez. Voy allá. (*Vase.*)
Espejo. ¿Tú crees que el marqués es traga-
doncellas?
Merino. Yo nada creo.
Espejo. ¿O tienes desconfianza
de ellas?
Merino. No; pero es el modo
de no tenerla el guardarlas.

(*Sale* Mariana, *de hábito decente y modesto.*)

Mariana. Señor, ¿qué me manda usted?
Merino. Que estés con nosotros, nada
más.
Espejo. Hombre, di: ¿por qué traes
indecente á esta muchacha?
Joaquina. Pues ¿qué tiene de indecente?
Espejo. ¿Se ha de presentar sin bata
en una visita?
Joaquina. Yo
quisiera ver adornadas
mis hijas tan bien como ella.
Merino. ¿De qué?
Joaquina. De virtudes.
Merino. Calla,
mujer, que eso de virtudes
es bueno para beatas;
lo amable y lo petimetra
es mérito en una dama;
¿no es verdad, Patricio?
Espejo. Pues,
gracias á Dios que te adaptas
á mi modo de pensar.
O tengo de regalarla
yo la bata ó se la compras.
Mariana. A mí, tío, no me llama
Dios al estado infeliz
de petimetra, ni á tanta
costa como padecer
mil martirios sin substancia
ni mérito. Sujetar
la libertad á una mala
cabeza, perder el tiempo
y traer en lenguas su fama;
me parece que ninguna
se podrá ver bien hallada
en tan odiosos empleos
no estando loca ó borracha.
Espejo. Hija, no se hizo la miel
para bocas ordinarias.

(*Sale* Paula.)

Paula. Padre, vea usted el marquesito
qué papel con tanta gracia
me escribe.
Espejo. Yo no lo dudo;
que para ser marqués se halla
instruído y ha caminado
hasta Mompeller de Francia.
Paula. Coloradillo está; pero
tiene cosas muy saladas.
Chinica. Pues ella para leerlo
no se pone colorada.

(*Sale* Paca.)

Paca. Madre, vea usted; el marqués,
al ponerme esta arracada,
me la ha roto.
Espejo. Y qué, ¿no puedes
ó componerla ó atarla?
Merino. Con tan lindo camarero,
¿para qué quieres criadas?
Joaquina. ¿Y el marqués, á dónde está?
Paca. Con los maestros de danza
y de salterio, que entraron
por la cocina.
Espejo. Que salgan.
Paula. Déjelos usted, que están
tratando de una humorada.
Espejo. Ellos toda es gente alegre;
dile que venga á tu hermana.
Joaquina. Vaya, hombre, ¿te has de afeitar?
Espejo. No, que antes es repasarla
la tonadilla á Pepita.

(*Sale la* Portuguesa.)

Portug. Ya está aquí Pepa, y no hay nada
que hacer, porque ya la sé.
Espejo. Sin embargo, has de cantarla
sólo por darme á mí gusto.
Chinica. Y á mí.
Portug. De muy buena gana.
Espejo. Digo, marquesito, maestros.
(*Salen los tres.*)
Los tres. ¿A qué viene esa llamada?
Espejo. A que va á cantar Pepita;
tomen asientos y vaya.
Eusebio. Cuenten ustedes conmigo
(*A los maestros.*)
y lo que quisieren hagan,
que el coche dentro de una hora
estará á la puerta falsa.
Espejo. Lo que encargo es el silencio;
ahí tenéis desocupada
silla. (*A* Chinica.)
Chinica. Señor, yo estoy bien.
Espejo. Sentaos presto, que os alcanzan
privilegios de maestro.
Portug. Suelto al punto la guitarra
si usted no se sienta.

CHINICA. Aunque
sea descortesía, vaya.

(*Se sientan todos, y los maestros* GARCÍA *y* FUENTES *junto á las señoras* PAULA *y* PACA, *sin cesar de cuchichear detrás del abanico, y canta la* PORTUGUESA *su tonadilla sola, y luego le cede la silla* CHINICA *y se pone detrás de rodillas á cuchichear y sale* RITA.)

TODOS. ¡Viva, viva!
PORTUG. Estos aplausos
es razón que se repartan
con mi maestro.
CHINICA. ¿Qué más
premio que ver vuestra gracia?
PORTUG. Está muy para serviros.
CHINICA. Mas acoto la palabra.

(*Sale* RITA.)

RITA. Prima...
JOAQUINA. ¡Jesús, qué temprano!
¡Hombre, que aun te estés en bata!
ESPEJO. Voy á ponerme corriendo
la peluca y la casaca.
Colasica, mientras tanto
ensaya tú la bretaña
ó el paspié. (*Vase.*)
PAULA. No tengo ahora
ánimo de hacer mudanzas.
GARCÍA. ¡Feliz el que tal escucha!
PACA. Mira, mira, Nicolasa,
qué divertida que está
nuestra prima.
PAULA. ¿Has visto, Juana,
en tu vida cosa más
inútil ni más parada?
MARIANA. ¡Qué tal se burlan de mí,
padre, mis primas!
MERINO. Tú calla,
que quizá día más ó menos
serán ellas las burladas.

(*Sale* ESPEJO.)

ESPEJO. Ya estoy hecho un Gerineldos.
RITA. Pues yo he sido adelantada,
porque tengo con los tres
que hablar muy en confianza.
Vengan ustedes aquí,
y divierte á las muchachas.
ESPEJO. Idos á estudiar allá,
hacia los pies de la sala,
que bien grande es, entretanto
que aquí un negocio se trata.
GARCÍA. Repasemos el minuete.
EUSEBIO. Yo tocaré el violín, vaya,
y le pondré la sordina
porque menos ruido haga.
PORTUG. Enseñadme aquel caballo
andaluz de anoche.
CHINICA. (*Aparte.*) Vaya:
esta liebre no cayó,
pero está muy apretada.
MARIANA. Mientras voy á ver en qué
este capítulo pára. (*Saca un librito.*)

(*Se sientan en corro la señora* JOAQUINA, RITA, ESPEJO *y* MERINO; *al foro, en un lado bailan* GARCÍA *y* PAULA; *al otro están al salterio la* PACA *y* FUENTES; *á la una puerta,* CHINICA *tocando quedo la guitarra con la* PORTUGUESA, *y á la otra* MARIANA *lee*)

RITA. Pues, parientes, han venido
dos sujetos á mi casa
con más de dos mil ducados
y de muchas circunstancias,
buscándonos por padrinos
para venir á esta casa
y pediros un par de hijas...
ESPEJO. No gastemos más palabras;
dos mil ni tres mil ducados
es poca manteca para
mantener dos hijas mías.
MERINO. En lo que dices repara,
hombre.
ESPEJO. Yo sé cuándo y cómo
me conviene acomodarlas.
(*Se levanta.*)
RITA. El cuento es que mi marido
los traerá en la confianza
de que ganábamos mucho.
MERINO Ahora no hay que hablarle nada;
veremos luego si acaso
le gustan viendo su traza.

(*Salen* GERTRUDIS *y* FELIPA, *con* NISO *y* PONCE *é* IBARRO, *de caballeros, y otros.*)

GERTRUD. Hijas, ¡Jesús y qué bien
divertida está la sala!
JOAQUINA. No traeis vosotras poco
acompañamiento.
RITA. Blasa,
los dos que traen los vestidos
de galones son... (*Aparte los dos.*)
JOAQUINA. Pues calla;
veremos si ellas se inclinan,
que es lo principal. Muchachas,
que está aquí aquesta señora.
PAULA. Estábamos ocupadas.
(*Cumplimientos.*)
HOMBRES. A los pies de ustedes.
PACA. Vamos
sentándonos.
FELIPA. Bien llegada,
señorita.
MARIANA. Beso á ustedes
las manos.
(*Hablan entre sí las mujeres.*)
PONCE. ¿Qué os parecen?
IBARRO. Muy mal: ¿no ve usted qué traza,
qué desembarazo y qué
gestos de mala crianza?

PONCE. Pues añadid á eso el tren
que estando solteras gastan,
y pensad en qué podrán
sus maridos regalarlas
que no les parezca poco
ó lo vuelvan á las barbas.

IBARRO. Bien decís.

NISO. Los novios creo
que han puesto muy mala cara.

GARCÍA. Mientras tanto que anochece
y que el refresco se saca,
podemos irnos adentro
á ensayar la contradanza
que hemos de bailar después.

GERTRUD. Sí, niñas, ustedes vayan
á gozar sus diversiones.

LAS TRES. Pues hasta luego, madamas.

(Vanse los seis.)

ESPEJO. Qué ¿no va usted, marquesito?

EUSEBIO. Estoy hablando á esta dama
sobre cierta pretensión
con vos, que es muy acertada.

(Con RITA.*)*

MERINO. ¿Qué fuera que del veneno
sacásemos la triaca?

ESPEJO. Si es sobre casar mis hijas,
son ellas pocas tenazas.

PONCE. Oyes, la prima sí que es
modesta y muy agraciada.

IBARRO. Lo mismo estoy reparando:
mucho más ésta me agrada
que las otras.

PONCE. Como soy,
que la indignación me arrastra.

ESPEJO. ¿Dónde vas? *(A* MERINO, *que se levanta.)*

MERINO. Voy allá dentro,
á ver qué hacen las muchachas.

ESPEJO. Usted cuide de la suya,
que las mías bien cuidadas
están, pues que son discretas,
y es mal hecho perturbarlas
cuando están en sus negocios

(Sale la MÉNDEZ.*)*

MÉNDEZ. ¡Ay, señores de mi alma,
qué trabajo!

(Sale CAMPANO, *de paje.)*

CAMPANO. Acudid presto
á evitar una desgracia,
que ya no tiene remedio.

MERINO. El corazón me lo daba.

JOAQUINA. Vamos, sácanos del susto.

TODOS. ¿Qué ha sido el caso?

ESPEJO. Despacha.

MÉNDEZ. Que el barbero y los maestros
de la música y la danza
se llevan las señoritas.

CAMPANO. Yo lo vi por la ventana
de mi cuarto.

Todos suspensos; se desmaya JOAQUINA.*)*

MERINO. No te asustes,
que tienen buena crianza.

ESPEJO. ¡Pobre de mí! ¿No hay justicia
(Se araña.)
en Madrid? Dadme una espada
para matarme. Señores,
¿no hay quien me socorra?

MERINO. Aguarda,
que yo te traeré el remedio
que conviene á tu ignorancia.
(Vase.)

EUSEBIO. Señores, siento que ustedes
se hallen con esta desgracia;
si se ofrece alguna cosa,
ya saben que tengo casa.
(Vase muy serio y sereno.)

MARIANA. Acudamos á mi tía,
señoras, por Dios.

TODAS. ¡Agua, agua!

ESPEJO. Hermano, hermano, ven, ven
y venguemos esta infamia.

(Sale MERINO *con una soga de pozo.)*

MERINO. Toma, y ahórcate si quieres,
que es la única esperanza
de consuelo que te queda
si la pena no te mata.

ESPEJO. ¡Ay de mí! *(Sofocado.)*

PONCE. No seais cruel,
que puede ser que me valgan
mis amigos á impedir
se consume esta desgracia,
pues os favorece el rapto
y las pocas circunstancias
de los sujetos.

ESPEJO. En vuestras
manos pongo vida y fama.

IBARRO. Pues no perdamos el tiempo.

MERINO. Y yo estoy á vuestras plantas,
que una cosa es mi razón
y otra cosa mi venganza.

PONCE. A vos no os saldrá de balde,
que vuestra hija...

MERINO. No está el alma
capaz de otras impresiones;
hombre de bien soy...

PONCE. Pues basta.

ESPEJO. ¡Qué espejo para los padres!
Ahora veo cuánto estraga
el honor de las mujeres
nuestra moderna crianza.

MERINO. Después que se ha muerto el asno,
ponle al rabo la cebada.

FELIPA. Aun no ha vuelto en sí.

MARIANA. Entre todas
la llevemos á la cama.
PONCE. Vamos á ver lo que pueden
vuestra razón y la maña.
MERINO. Y aquí suspensa la idea
por el temor de ser larga...
(*Con todos.*)
esperamos el perdón
de las nuestras y sus faltas.

64

La fineza en los ausentes.

1767 ([1]).

(*La escena es en Madrid y Pozuelo. Salen al tabladillo, donde habrá algunos asientos, la* GRANADINA *y* BASTOS, *llorando, y detrás, al mismo modo,* MARTÍNEZ *y* HERMENEGILDO, *de viaje, y luego la* BARRALA, *de criada, burlándose. Mesa con escribanía.*)

GRANAD. ¿Quién me presta un corazón
capaz del mayor tormento
de los humanos?
BASTOS. ¿A dónde
podré comprar un remedio
tan eficaz que me alivie
de la opresión que padezco?
GRANAD. Yo me acabo.
BASTOS. Yo me fino.
GRANAD. Yo me desmayo.
BASTOS. Yo muero.
BARRALA. Y yo me río de ver
embustes tan zalameros.
GRANAD. ¡Este es mal!
BASTOS. ¡Este es dolor!
MARTÍNEZ. Señora, ved que mi pecho
ya no puede resistir (*Llorando.*)
de vuestro llanto los ecos,
y que el alma, liquidada
en las lágrimas que vierto,
se me sale poco á poco.
HERMEN. ¡Yo sí... cuándo... piedad, cielos!
(*Cae.*)
GRANAD. ¡Ay, Dios; agua de cerezas!
BARRALA. Aquí prevenido tengo
un jarro de dos azumbres.
BASTOS. Con eso la beberemos
á todo pasto.
MARTÍNEZ. Don Blas,
decidme, amigo, ¿habéis muerto?
¡Bien temí yo que esta ausencia
fuera nuestro mal postrero!
LAS DOS. ¡Ay de mí!
BARRALA. Vamos, señoras,
que para tantos extremos
no hay causa. ¿Acaso se van
del mundo estos caballeros?
GRANAD. ¡Ahí es nada, y se van por
cuatro días á Pozuelo!
BASTOS. ¡Mujer, y que no te falte
para decirlo el aliento!
¡Alabo tu resistencia!
GRANAD. Quiero ver si repitiendo
el mal consigo aliviarle.
HERMEN. Idos vos solo, don Pedro;
que yo quedaré á suplir
por los dos.
MARTÍNEZ. El pensamiento
me habéis hurtado. Idos solo,
serviré yo ambos empleos.
HERMEN. Yo no puedo separarme.
MARTÍNEZ. ¡Ay, que yo tampoco puedo!
(*Sale* CORONADO, *de arriero.*)
CORONADO. ¿Voy delante con la carga,
señores, ó les espero
si hemos de ir todos juntitos?
MARTÍNEZ. Nos estamos despidiendo.
CORONADO. ¿Qué despedida? Pues vaya,
¡como es el viaje tan lejos!
GRANAD. Ven acá, arriero, ¿has amado
alguna vez?
CORONADO. No me acuerdo.
GRANAD. No amaste, puesto que extrañas
de la ausencia los tormentos.
MARTÍNEZ. ¡Ah, quién fuera un hombre bajo
y no fuera un caballero,
que en soltando su palabra
(y más de amor) no hay remedio
la cumple al pie de la letra!
BASTOS. Las dos decimos lo mesmo,
pues no se dará ejemplar
de dama que admita obsequios
de un galán y mire á otro.
GRANAD. ¿Pues cómo era fácil eso?
Y sino, en nuestras vecinas
se encontraran mil ejemplos
de fineza.
CORONADO. ¿Oye usted, reina?
BARRALA. ¿De qué?
CORONADO. De mi pensamiento.
BARRALA. ¡Gran vasallo!; ¿qué se ofrece?
CORONADO. ¿Tiene usted á mano un puchero
de agua?
BARRALA. ¿No era mejor vino?
CORONADO. Se cría un hombre soberbio,
y no le quieren las novias.
BARRALA. ¿Pues cómo han de ser?
CORONADO. Corderos,
para tenerlos al año
acostumbrados al genio.
BARRALA. No es usted muy mala caña.

([1]) Bib. Municip.: leg. 1-155-2. Copia antigua. Impreso por Durán, tomo I, pág. 69, con muchas variantes.

CORONADO. Tampoco usté mal anzuelo.
MARTÍNEZ. Señores, ello ha de ser;
y cuanto más lo pensemos
damos al dolor más fuerza.
CORONADO. No he visto esposos más tiernos.
BARRALA. No son éstos sus maridos.
CORONADO. ¿Pues quiénes son?
BARRALA. Sus cortejos.
CORONADO. Muy finos son.
BARRALA. En Madrid
es muy ordinario esto.
GRANAD. Id con Dios, y no dejéis
de escribir ningún correo.
MARTÍNEZ. Son perezosos; tres propios
cada día os enviaremos.
BASTOS. Seis enviaremos nosotras,
porque veais el exceso
de nuestra fineza.
HERMEN. Doce
yo por mí solo os ofrezco.
GRANAD. Pues yo ofrezco veinticuatro,
para tener el consuelo
de saber todas las horas.
BARRALA. Pues no nos acostaremos,
según eso, en esta ausencia.
GRANAD. ¿Cómo ha de caber sosiego
en quien tiene ausente el alma?
CORONADO. ¡Qué lástima de dinero!
Señoras, á bien que yo
cada día voy y vengo
y podré portear las cartas.
MARTÍNEZ. Son muy pelmas los arrieros.
Si de ti hemos de fiarnos,
has de ir y venir lo menos
ocho veces cada día.
CORONADO. En pagando, me convengo.
GRANAD. Cuídalos por el camino.
BASTOS. Haz que no vayan corriendo
los caballos.
GRANAD. No les dejes
pasar por el vado el fiero
Manzanares, y pregunta
antes á algún arquitecto
si está bien seguro el puente.
MARTÍNEZ. Tú, cuida de nuestros dueños,
Mariquita, y hazlas que
tomen algún alimento.
BASTOS. Harto será, que esta noche
entrambas nos sangraremos.
CORONADO. Si desenvaino la vara...
MARTÍNEZ. Con resolución, don Pedro.
Madamas, llegó la hora.
LOS DOS. ¡Adiós!
BASTOS. Yo no quiero verlos.
GRANAD. ¡Que me dan treinta congojas;
María, preven remedios!
HERMEN. Escapemos sin mirarlas.
LOS DOS. ¡Quién vió mayor sentimiento!
CORONADO. Yo estoy por mudar el viaje
y llevarlos á Toledo.
¡Adiós, alma de los dos! (*Vase.*
BARRALA. ¡Adiós, lanza con coleto!
Señoras, ¿á dónde estamos?
¿Se queda el mundo desierto
porque se van dos petates?
LAS DOS. ¿Fuéronse ya?
BARRALA. Ya se fueron.
BASTOS. ¿Cómo irán? ¿Si habrán llegado?
GRANAD. Haz que vayan al correo.
á ver si tenemos carta.
BARRALA. Ellas han perdido el seso. (*Llaman.*)
Mas parece que llamaron
y aun vuelven á llamar recio. (*Vase.*)
GRANAD. Mira quién es, y aunque sea
la más amiga, el más deudo,
no dejes entrar á nadie.
BASTOS. Diles que estamos de duelo.

(*Sale* BARRALA.)

BARRALA. ¡Albricias, señoras, que
un propio viene corriendo
con ésta desde la puerta
de San Vicente.
GRANAD. ¡Qué presto
se aleja lo que se quiere!
BASTOS. Dice que hasta allí van buenos.
GRANAD. ¡Gracias á Dios! Trae recado,
que es preciso responderlos.
(*Llaman.*)
BARRALA. Aquí está otra vez. ¡Ya van! (*Vase.*)
BASTOS. Cuidado con el precepto
de que á nadie des entrada.

(*Sale* BARRALA.)

BARRALA. De la huerta del Cerero
viene otro propio con ésta. (*Vase.*)
GRANAD. Y es la letra de don Pedro.
A mí es.
BASTOS. Mira qué dice,
con eso responderemos
á la par.
GRANAD. ¡Jesús!
BASTOS. ¿Pues qué hay?
GRANAD. Que dicen que está lloviendo.
¡Mira tú, si se mojasen,
á qué daño se han expuesto!
BASTOS. ¡Sobre que son temerarios!...
GRANAD. Si me lo estaba diciendo
el corazón.

(*Sale* BARRALA.)

BARRALA. Señoras,
don Judas y don Alberto
esperan en la antesala,
¿Los envío á buscar berros?
GRANAD. No; que antes en nuestras ansias
nos servirán de consuelo.
BASTOS. Diles que esperen un rato,

porque estamos escribiendo
á nuestra prima la monja.

GRANAD. Pon ese bufete enmedio,
y sin decirles palabra
ve y procura entretenerlos.

BARRALA. Eso sí haré. Adiós ausentes;
si hay presentes, *volaverunt.* (*Vase.*)

BASTOS. Escribe corto.

GRANAD. Dos letras,
porque fuera un grande yerro,
habiendo rendidos cerca,
atender los que están lejos.
(*Pónense á escribir.*)

BARRALA (*Al paño.*) Mis señoras, ciertamente
que son falsas con extremo
y quieren parecer finas;
mas como yo las entiendo
y conozco bien sus maulas,
acá á mis solas comprendo
que en entrando estos amantes
ya se olvidarán de aquéllos.

GRANAD. Mariquita, di á los propios
que lleven las cartas luego,
porque importa que se entreguen
en mano propia.

BARRALA. Ya entiendo.

BASTOS. Y don Alberto y don Judas
pueden entrar al momento.

BARRALA. Serán ustedes servidas. (*Vase.*)

LAS DOS. ¡Ay, ausentes pensamientos!

(*Salen* CALLEJO *y* AMBROSIO, *de petimetres, muy fachendas.*)

LOS DOS. Madamas, á vuestros pies.

LAS DOS. Bienvenidos, caballeros.

CALLEJO. Siempre estoy para serviros,
que esta obligación os debo.

AMBR. Si acaso á la sociedad
da lugar el sentimiento,
venimos á acompañaros.

GRANAD. Nosotras no le tenemos
por nada.

BASTOS. Mil días hace
que no he tenido el contento
de hoy.

CALLEJO. Sea en hora buena.

GRANAD. Chica, llega unos asientos.

CALLEJO. Señorita, muchas gracias;
nosotros nos serviremos.

AMBR. Yo creyera que la ausencia
de don Blas y de don Pedro
os tuviese en la agonía.

GRANAD. Son muy para echados menos
el citado par de muebles.

BASTOS. Sólo que no sea más lejos
sentimos.

GRANAD. Por más que tarden
en volver, volverán presto.

AMBR. Pues ustedes han llorado.

BASTOS. Mucho; de risa de verlos
despedir muy presumidos
de que quedamos sintiendo
la ausencia.

GRANAD. Señor don Judas...

CALLEJO. Señora...

GRANAD. ¿Cómo estais?

CALLEJO. Bueno;
muy siempre á los pies de usted.

GRANAD. ¿Cómo está el señor don Diego?

CALLEJO. A los pies de usted muy siempre.

GRANAD. ¿Y cómo le prueba el nuevo
estado á vuestra hermanita?

CALLEJO. No sé, señora; mas creo
que hasta ahora no le ha probado,
ni se casará hasta Enero.

GRANAD. ¿De veras?

CALLEJO. Así me dicen
en el último correo.

BASTOS. Vamos, anímense ustedes
un ratito, y hablaremos
de novedades.

AMBR. Señora,
no quisiéramos, por cierto,
ofender nuestros amigos.

GRANAD. Si ustedes están violentos,
no necesitan disculpa.

CALLEJO. Aquí no hay más que el recelo
de los ausentes.

BASTOS. ¿Qué ausentes?
Aquello fué pasatiempo.

CALLEJO. ¿Y estotro?

GRANAD. Quizá elección.

CALLEJO. ¡Dichoso yo que tal veo!

GRANAD. (*Ap.*) ¡Qué melancólicos, Juana,
estarán los dos sujetos
por allá y qué pensativos!

BASTOS. Yo apuesto que vienen secos
de no dormir ni comer
en los cuatro días ellos.

AMBR. Con todo, por más que ustedes
hacen se está conociendo
su pesar.

BASTOS. ¡Jesús, qué error!

CALLEJO. Yo así, señora, lo creo.

GRANAD. Pues no lo creais, don Judas,

CALLEJO. Es mi duda: los luceros
pupilares acreditan
la humedad del pensamiento.

AMBR. Si no, desmiéntame usted.

GRANAD. Pues podéis tener por cierto
de que no nos acordamos
de semejantes sujetos.

LOS DOS. Yo me alegro, señoritas.

(*Sale* BARRALA.)

BARRALA. Señora, aquí está el arriero.

GRANAD. Que vaya con mil demonios.

BARRALA. Así llegará más presto.

AMBR. Conque, señoras, ¿desde hoy

en vuestra gracia tendremos
ausencias y enfermedades?

Granad. No, señor, sino el empleo,
y si tuviéramos coche
habíamos de ir á Pozuelo
al instante.

Callejo. Pues, señora,
aun bien que yo no le tengo,
pero otros le tienen, y
si le prestan le tendremos.

Ambrosio. Por eso no quede, yo
dentro de un instante ofrezco
que le tengais á la puerta.

Bastos. Pues vamos á disponernos;
veréis qué chasco pegamos
á los ausentes, en viendo
que estamos más divertidas
y más gustosas sin ellos.

Callejo. ¿Digo? ¿son gente de paz?
Porque no gusto de cuentos.

Granad. Sobre gustos no hay disputas.

Callejo. ¿Quién tal dice? No lo niego;
pues sólo donde concurren
los gustos están los riesgos.

Ambrosio. Vamos.

Bastos. ¿No te compadeces
del susto que les daremos?

Granad. No, que como el oro fino
se acrisola con el fuego,
así el amor acrisola
sus finezas en los celos. (*Vanse.*)

(*Casa pobre. Salen, al son de tamboril y dulzaina y castañuelas, delante la* Paca, Doblado, Gertrudis, *con* Juan Esteban *y* Ramon; *luego* Galván, Enrique *y* López, *con capa y pelo tendido, de alcalde;* Segura *y* Felipe, *de novios;* Ayala, *y la* Pereira, *de padrinos; ella de viuda beata y él de gala ridículo, y se sientan en los bancos todos.*)

Todos. ¡Vivan los novios y vivan
los padrinos!

Ayala. Caballeros,
irse acomodando, que
para todos hay asientos;
y mientras que allá en la sala
van las mesas disponiendo,
aquí estamos bien.

López. Sin duda,
el portal está más fresco.

Ayala. Y el que quisiere quedarse
á comer, levante el dedo...
(*Levantan todos.*)
¡Panarizos! no parecen
amigos de cumplimientos.

Todos. ¡Vivan los novios y vivan
los padrinos!

Ayala. Yo agradezco
la expresión; pero aplaudid
á la madrina primero.

Pereira. No hagais tal, que los aplausos
suenan mal á la que, lejos
de la vanidad del mundo,
conoce que todo es viento.

Felipe. ¿Oye usted, padrino mío?
Dígame usted ¿cuándo empiezo
á reñir con mi mujer?

Ayala. ¿Qué causa tenéis para eso?

Felipe. Ninguna; pero yo he oído
que el matrimonio es un pleito
en que se litiga quién
á quién domina primero,
y antes que ella me lo gane,
quisiera yo defenderlo.

Ayala. Los hombres son las cabezas.

Felipe. ¿Cabezas de qué?

Ayala. Del resto.
de la familia.

Felipe. Pues muchas
familias hay por el pueblo
degolladas, porque todas
son de carne de pezcuezo.

Segura. Diga usted, madrina mía:
¿me puedo reir?

Pereira. En teniendo
gana, ¿por qué no?

Segura. Es que dicen
que las novias no podemos
comer mucho ni reirnos.

Pereira. Eso era allá en otros tiempos,
cuando eran todas las novias
tontas; yo lo que te puedo
asegurar es que el día
de mi primer casamiento
reí casi casi tanto
como el día del entierro
de mi segundo marido.

Segura. Dígame usted ¿y cómo ha hecho
para enviudar tan mocita
dos veces? Porque yo creo
que mi novio es muy robusto.

Pereira. Yo te daré dos consejos
con que, sin que tú le mates,
se vaya él propio muriendo.

López. Señores novios, repito
la enhorabuena y deseo
sea para servir á Dios,
que es el fin del casamiento.

Ayala. Ese es el fin, pero suele
malograrse por los medios.

Galván. Dios dé á usted mucha salud
para emplear su dinero
en tan buenas obras.

Ayala. Sí;
dar de comer al hambriento
obra es de misericordia.

Enrique. Yo, para no errar, en estos
casos repito lo mesmo
que todos antes dijeron.

Felipe. Yo también, para no errar

de novio los cumplimientos,
digo lo que otros han dicho
y haré lo que otros han hecho.

AYALA. Pues vaya á ver un criado
si dos amigos que espero
llegan, para dirigirlos.

(*Vase* JUAN MANUEL.)

PEREIRA. ¿Son de Madrid?

AYALA. Sí.

PEREIRA. Me alegro;
que son por lo regular
comerciables, suponiendo
que á mí me es indiferente
cuanto ocupa el universo.
Yo mi quietud, mi retiro,
mi labor y mi puchero.

AYALA. Su murmuración, sus ratos
de visita y su paseo.

(*Sale* CORONADO.)

CORONADO. Aquí tiene usté, nuestro amo,
los huéspedes madrileños.

AYALA. Salgamos á recibirlos
y háganles los instrumentos
la salva.

(*Tocan tamboril y dulzaina.*)

FELIPE. Señora novia,
dígame usted algo.

SEGURA. No quiero ([1]).

(*Tocan la dulzaina y salen* MARTÍNEZ *y* HERMENEGILDO.)

MARTÍNEZ. ¡Ay, ausente corazón,
qué mal encuentras sosiego!

TODOS. Señores, muy bien venidos.

AYALA. Amigos, no extraño el veros
venir tan tarde; habrá habido
desmayos y gimoteos
á la ausencia de madamas.

MARTÍNEZ. Os aseguro que vengo
con escrúpulo de haberlas
dejado, porque recelo
que las acabe el pesar
de no mirarnos.

HERMEN. Yo apuesto
que á esta hora están encerradas
las dos solitas, pidiendo
al sol que abrevie las horas
de la ausencia de sus dueños.

AYALA. A bien, amigos, que aquí,
aunque no tengan aquellos
filis que en Madrid, no faltan
madamas para cortejos.

MARTÍNEZ. Señores, siéntense ustedes.

LÓPEZ. Así todos estaremos
hasta que ustedes elijan
lugar.

MARTÍNEZ. ¡Valientes ojuelos
tiene la viuda!

HERMEN. La novia
tiene valiente pellejo.

MARTINEZ. Yo, por mí, en cualquiera parte.

HERMEN. Yo también digo lo mesmo.

PEREIRA. (*Ap.*) Miren qué casualidad.
¡Y que no me haya yo puesto
el guardapiés de griseta
y el jubón de terciopelo!

MARTÍNEZ. Señora, si yo incomodo...

PEREIRA. ¿Incomodar? No por cierto;
usted tiene muy mal gusto,
pero yo se lo agradezco.

HERMEN. De la elección de la niña
la enhorabuena os ofrezco.

FELIPE. Y yo os doy la enhoramala
de la elección del asiento;
dígale usted que se mude,
padrino.

AYALA. ¿No ves, jumento,
que siempre el mejor lugar
se le debe al forastero?

FELIPE. ¿Con que también...?

AYALA. Tú no entiendes
estas cosas, ¡majadero!

FELIPE. ¡A cuántos les importara
no tener entendimiento!

SEGURA. ¿Oyes, marido reciente?
¡Si tú supieras qué bello
es este señor!

FELIPE. ¡Padrino!

AYALA. ¿Qué quieres? Estate quieto,
y observa las ceremonias
de marido, ¡gran jumento!

HERMEN. (*Ap.*) ¿Cómo estará aquella gente!

MARTÍNEZ. Puede ser que se hayan muerto;
pero en este mundo quien
es tonto tiene mal pleito.

HERMEN. Para haber llegado tarde,
no hemos hallado mal puesto.

FELIPE. ¡Padrino!

AYALA. No seas machaca.

([1]) Una variante del manuscrito, también de letra antigua, dice:

AYALA. Me alegro.

(*Salen* MARTÍNEZ *y* HERMENEGILDO.)

TODOS. Señores, muy bien venidos.

MARTÍNEZ. Yo á todos ustedes beso
las manos.

HERMEN. Y yo, madamas,
estoy al servicio vuestro.

PEREIRA. Muchas gracias.

SEGURA. (*Ap. á ella.*) ¿Y yo, digo
algo, madrina mía?

PEREIRA. Lo mesmo.

SEGURA. Muchas gracias, muchas gracias.

AYALA. (*A* FELIPE.) Responde tú.

FELIPE. Yo no quiero.

AYALA. ¿No ves que es ser descortés?

FELIPE. Que lo sea. ¿Qué tenemos?
(*Aparte*): ¡El diablo de los usías!

Un marido ha de estar serio
en semejantes funciones.

LÓPEZ. Señores, ¿y qué hay de nuevo
por la Corte?

MARTÍNEZ. Quien dará
razón es mi compañero (1).

FELIPE. (*Ap.*) ¡Oh, quién hubiera sabido
antes que pasaba esto!

AYALA. Si trajerais la *Gaceta*...

HERMEN. Justamente, aquí la tengo:
léala usted.

FELIPE. No sé leer.

LÓPEZ. Pues nosotros la leeremos.

HERMEN. Dígame usted, señorita,
¿gusta usted de caramelos? (2)

SEGURA. ¡Mucho!

FELIPE. Padrino, esto es malo.

AYALA. ¿Por qué

FELIPE. Porque yo me acuerdo
de haber oido decir
en el lugar á los viejos,
que la mujer y los peces
que al presentarles el cebo
se acercan y no se asustan,
se tragan todo el anzuelo.

SEGURA. ¿Quieres un caramelito? (3)

FELIPE. ¿Le tomo?

AYALA. No seas grosero;
tómale.

FELIPE. ¡Permita Dios
que se me vuelva veneno!

(*Sale* PACA.)

PACA. Señores, un coche que
de Madrid viene corriendo
me preguntó por ustedes.

AYALA. Pues dile al coche que luego
suba al desván, que allá voy.

TODOS. ¿Quién será?

---

(1) De letra diferente dice al margen:

HERMEN. Mi compañero es quien sabe
lo que pasa en todo el pueblo.

(2) Aquí la variante dice:

FELIPE. ¿Qué es esto que cuchichean,
padrino, no ve usted?

AYALA. Necio.
ya veo que están hablando
dos á dos ¿y qué tenèmos?

FELIPE. Usted nada; pero yo
puedo tener.

AYALA. ¿Qué?

FELIPE. Recelo
de que murmuren de mí.

(3) En letra diferente dice:

FELIPE. Padrino...

AYALA. ¿Quieres, camueso,
callar?

FELIPE. Diga usted, ¿le tomo?

AYALA. Tómale.

LÓPEZ. Entren al momento
los que fueren.

(*Salen* GRANADINA *y* BASTOS.)

GRANAD. Con licencia
de ustedes; pero ¡qué veo!

BASTOS. ¿Qué es esto? pero ¡ay de mí! (1)

(*Desmáyanse los cuatro.*)

MARTÍNEZ. Pues, ¿cómo?... ¡Valedme, cielos!
mas ¡ay! que del sentimiento
yo me desmayo.

FELIPE. En el banco;
que esta almohada tiene dueño.

(*Le quita.*)

LÓPEZ. ¡Qué desgracia!

AYALA. Son vahidos
y flaquezas de cerebro
que padecen muchas gentes
en Madrid.

PEREIRA. ¿Y habrá remedio?

AYALA. El mal por sí es incurable,
pero se les pasa luego.

LOS CUAT. ¡Ay de mí!

GRANAD. ¡Falsos amantes!
¿qué es esto?

MARTÍNEZ. Lo propio que eso.

AYALA. Y lo propio que sucede
con ausentes y con muertos;
y así, supuesto que ustedes
cuatro se han visto los juegos,
hágase tablas y sea
del día el placer completo
con tan lucido concurso.

FELIPE. Padrino, yo lo agradezco;
pero, vámonos á casa.

(*Coge á la* SEGURA.)

LÓPEZ. ¿Antes de comer?

FELIPE. No quiero
exponer yo mis bocados
á donde hay tantos hambrientos.

TODOS. Ese dicho no es de un payo;
se le conoce es discreto.

PEREIRA. ¿Y la función prevenida?

FELIPE. Si es para esos caballeros,
que la gocen norabuena,
que estotra y yo bailaremos
donde nos diere la gana.

SEGURA. El cuento es que yo le tengo
dada palabra al señor
de bailar con él primero
que con otro.

---

(1) La variante, dice desde aquí:

BASTOS. ¿Qué es esto? ¿Pero qué miro?

GRANADINA. ¡Ay de mí, que yo fallezco! (*Cae.*)

BASTOS. Yo... si... cuando... (*Cae.*)

MARTÍNEZ. ¡Ay de mí triste! (*Cae*)

TODOS. ¿Qué demonios es aquésto?

HERMEN. ¿Pues cómo? ¡Falsas tiranas!

HERMEN. Si el pariente
lo repugna, yo os absuelvo.
FELIPE. ¡Viva usted mil años!
LÓPEZ. Hombre,
¿quieres que vayan diciendo
que son hombres sin crianza
los vecinos de Pozuelo?
FELIPE. No sabía yo que consiste
la estimación de los pueblos
en ser los vecinos tontos.
Lluevan sobre mí cencerros.

(*Sale* PACA.)

PACA. Señor, mientras que se acaban
de tostar bien los corderos,
quieren cantar á los novios
un juguete que han dispuesto
en la otra sala.
LÓPEZ Y AYALA. Pues, vamos.
MARTÍNEZ. Y usted, amigo, tenga pecho,
que los petimetres somos
como los perros falderos,
que alborotamos las casas
ladrando, mas no mordiendo.
FELIPE. Oiga usté un dicho de un payo,
y no lo eche en el tintero:
Nadie confíe en halagos
de gatitos ni de perros,
porque al fin son animales
que obran sin entendímiento,
y cuando menos se piensa
se vuelven contra su dueño.
AYALA. ¡Hola! mi ahijado es moral.
FELIPE. Y mi padrino cermeño.
TODOS. ¡Qué viva el novio!
LÓPEZ. El aplauso
siga, y vámonos adentro,
por que prosiga la fiesta.
MARTÍNEZ. Rendidos antes pidiendo...
TODOS. Del auditorio á las plantas
el perdón de nuestros yerros.

65

Los ladrones robados.

1767 ([1]).

PARA LA COMPAÑÍA DE JUAN PONCE. SU AUTOR D. RAMÓN DE LA CRUZ.

(*Salen, de majas, las señoras* PACA *y* JOAQUINA, *con* CHINICA *y* FUENTES, *en el propio traje.*)

PACA. Yo ya me canso de andar,
si la venta está muy lejos.
CHINICA. No lo está; pero si tú
te cansas, arrellanemos
las *presonas* por un rato.

([1]) *Inédito.* Bib. Municip.; leg. 1-165-21. Autógrafo de 1767. Otro manuscrito copia con las censuras que van al final.

FUENTES. Ya está mi capa en el suelo;
vamos tendiendo la *estauta*
de largo á largo, que luego
se proseguirá el camino.
PACA. Pizpita, ¡bravos cortejos
nos ha dado la fortuna,
que nos sacan á paseo,
sin traer que merendar!
FUENTES. ¿Por qué no mandaste recio
lo que te pedía el gusto?
CHINICA. Y poco á poco con eso
de cortejos; si otra vez
te se ofrece el pensamiento,
me *múo* de tu presencia.
Majos fueron mis abuelos;
mi padre también fué majo,
y sólo ser majo quiero,
pues por la *misilicordia*
de Jesucristo no vengo
de casta ni en mi linaje
ha habido *nengún* cortejo.
PACA. Ya se ve; serían *probes*,
y esa gente por lo menos
son usías.
FUENTES. Calla, tonta;
¿qué usías ni qué embeleco?
Hay por esas calles hombre
que tiene tanto dinero
como un borrico calcetas,
y negocio va fingiendo
con cuantas pasan y están
al balcón tomando el fresco.
¡Si está ya *perdío* el mundo!
CHINICA. Remediarlo, compañero ([1]).
FUENTES. Si los estudiantes dicen
que ya no tiene remedio,
¿qué hemos de *jacer* nosotros?
PACA. Pues no lo han de enmendar ellos;
que son pájaros de cuenta
para decir chicoleos
y hacer presa de la oreja.
JOAQUINA. Un hombre viene corriendo.
CHINICA. Que vengan seis; donde estamos
nosotros ¿puede haber miedo?

(*Sale* GITANO.)

GITANO. La paz del Zeñor zea aquí,
zeñoraz y caballeroz.
CHINICA. No somos aquí *presonas*
de tan alto tratamiento:
baje el estilo.
GITANO. Puez, hijaz
y zobrinoz...
CHINICA. Cepos quedos,
y antes díganos por dónde
ha venido el parentesco.

([1]) Este y los siete versos que siguen, tachados por la censura.

GITANO. No ze inquiete, pico de oro,
que no zomoz acá negroz;
ezto ez la concomitancia
que loz gitanoz tenemoz
con loz majoz; todoz zomoz
gente de moño en el pelo,
pipa en boca, largaz uñaz
y conciencia con coleto.

CHINICA. ¡Como hay Dios tiene razón!
Compadre, venga aquí en medio
y diga de adónde viene.

GITANO. ¡Ay, zeñor! vengo juyendo
de una venta donde acazo
me paré á tomar refrezco
y hacer una caridad.

FUENTES. La caridad no te creo.

GITANO. Zí, zeñor; porque me han dicho
que ez muy ladrón el ventero,
y yo quería zacarle
de caza sólo el talego
y una muchacha que tiene
como un zol; pero ¡qué habemoz
de jacer! Vino ayí un hombre
á quien jurté unos carneros
más ha de un año, y aún
ze acordaba el hombre de eyo:
¡mire usté qué rincoroso!
Cierto que loz hay perverzoz.

PACA. ¿Pero usté restituyó
las reses ó lo que dieron
por ellas?

GITANO. ¿Puez qué? ¿zoy bobo?
¿quién había de jacer ezo?

CHINICA. ¿Con que el ventero es muy rico?

GITANO. Mil doblonez por lo menos
dicen que tiene en monea,
y no eztará el cabayero
que ayí está con él desnúo.

CHINICA. Pues, muchachos, inventemos
una humorada.

TODOS. ¿Cuál es?

CHINICA. Que á la venta nos lleguemos
á redimir esos cuartos.

PACA. ¡Y que nos den pan de perro!

CHINICA. ¿Eh?, levanten las figuras
y vamos tomando viento,
que el chasco se ha de lograr.

TODOS. ¿Cómo?

CHINICA. Yo les diré el medio
por el camino.

TODOS. (*Después de* CHINICA.) Pues vamos
todos alegres diciendo:
¡Vaya de burla y de chasco,
y al arma contra el talego!

(*Salen* ESPEJO, *de ventero; la señora* PAULA, *su hija; la* PORTUGUESA, *de criada de mesón;* EUSEBIO, *de hidalgo de lugar, de caza, con escopetas los cuatro, y mozos y mozas de mesón, cantando y bailando algún cuatro en la mutacion blanca que parece portal de mesón.*)

ESPEJO. ¡Que se escapase el gitano!

EUSEBIO. Vos tenéis la culpa de eso;
haberle dejado entrar
en la venta lo primero;
después dejarle dormir
á piernas sueltas, y luego
atarle, y después de atado
de pies, manos y pescuezo,
reconvenirle, señor.

ESPEJO. Yo tengo algunos cuartejos
y tiemblo en viendo gitanos.

EUSEBIO. ¡Qué gracia! Yo también tiemblo;
por eso digo que atarle
y reconvenirle luego.

PAULA. Cuatro personas armadas
tener á un solo hombre miedo
y dejarle ir de las manos,
mengua es referirlo, cierto.
¡Ay, gitano de mi vida,
si te habrás ido muy lejos!

(*Dentro ruido de campanillas lejos.*)

PORTUG. Una calesa se acerca.

ESPEJO. Las esquilas suenan lejos;
pero di que ponga luces
el mozo, y tú éntrate dentro
á aderezar las alcobas
por si son gente de pelo.

CHINICA. (*Dentro.*) ¡Toma, mula!

FUENTES. Hombre del diablo,
que nos echas en el suelo.

PACA. ¡Ay, infeliz!

CHINICA. ¡Só, demonio!

TODOS. ¡Jesús, Jesús!

EUSEBIO. ¿Qué es aquello?

ESPEJO. Trabajos de caminantes.

EUSEBIO. Vamos, pues, á socorrerlos.

ESPEJO. No, que volverá el gitano.

EUSEBIO. ¿Si? pues estémonos quietos

(*Sacan* PACA *y* FUENTES *al* GITANO, *embozado con una capa y entrapajada la cabeza, y* JOAQUINA *llorando.*)

FUENTES. Patrón, sacad una silla
donde poner á este enfermo
mientras se le hace una cama.

ESPEJO. ¿Viene herido?

PACA. Deteneos,
¿dónde vais? Tasadamente
cuatro cuarterones hecho
tiene el casco, y se han unido
otra vez con el pañuelo.

JOAQUINA. ¡Ay, tío del alma mía!

ESPEJO. Vaya, sentadle.

PACA. Con tiento.

FUENTES. Cuide usted de él, mientras voy
á matar al calesero.

PACA. Con un borracho no cabe
venganza; á esotro cuidemos,
y á él que se lo lleve el diablo.

(*Sale* CHINICA, *borracho, de calesero.*)

CHINICA. Como han tomado en enero
el verde, están las muletas
echas unos Gerineldos.

FUENTES. ¿Y la calesa?

CHINICA. ¡Qué risa!
¿quiere usted saber lo cierto?
Pues como digo... ¿oye usted?
¿Usted me escucha ó lo dejo?

FUENTES. Por la calesa pregunto,
borracho.

CHINICA. Ya lo sabemos
y que usted es bizarro; un polvo.
(*Saca la caja.*)

FUENTES. La calesa...

CHINICA. Voy á eso;
¿qué? ¿es un hombre costal?
¡Vaya, vaya, que hay sucesos
que parece que suceden
conforme van sucediendo!

FUENTES. Con efecto, tú has dejado
la calesa.

CHINICA. Con efecto,
oiga usté: aquí, gran señor,
os he menester atento.

EUSEBIO. Déjale, que está gracioso.

PACA. Y esotro se está muriendo.

GITANO. ¡Ay!

PACA. Dejemos el borracho
y cuídese del sosiego
del amo.

ESPEJO. Es verdad. ¿Ah, moza?

(*Sale* PORTUGUESA.)

PORTUG. Señor, todo está dispuesto.

PACA. ¿Hay camas decentes?

ESPEJO. Hay
camas para pasajeros.

FUENTES. Pues no sirven; aunque sea
á cuestas le llevaremos
á un lugar donde le cuiden,
y que lo pague el dinero,
que harto tiene, y su salud
es de todos el consuelo.

GITANO. ¡Ay!

ESPEJO. (*A* FUENTES.) Decidme, ¿puede saberse
en confianza el sujeto?

FUENTES. Es hombre muy conocido;
metedle en vuestro aposento
y en vuestra cama, que ya
os dará las gracias luego.

ESPEJO. ¿Hija? ¿Moza?: acompañad
á los señores adentro;
porque á su gusto acomoden
al herido caballero.

PAULA. Vamos, señores; aquí
me presumo que hay enredo.

CHINICA. A los dos una palabra.

EUSEBIO. Aparta. Con él entremos,
siquiera por cortesía
con la gente.

CHINICA. Cepos quedos.
¿Toman ustedes un polvo?

LOS DOS. No.

CHINICA. Pues yo sí, y no es malejo.
El vino y tabaco, rancios;
la esposa y los naipes, nuevos.
¡Achís! (*Estornuda.*)

LOS DOS. ¡Aparta, con el diablo!

FUENTES. Señores, no hablen tan recio,
que como está en la cabeza
el mal, puede correr riesgo
y ahora queda sosegado.

PACA. ¡Por Dios, que tengan silencio!

CHINICA. ¡Chitito!

FUENTES. ¿Aun estás aquí,
demonio? ¿Qué se habrá hecho
la calesa?

CHINICA. Mil pedazos;
¿y qué tenemos con eso?
¿sobre mi dinero voces?

EUSEBIO. Las mozas son como cielos,
y de las que á mí me agradan
gente de columpio y trueno.
A ésta le quiero decir
mi atrevido pensamiento. (*Acércase.*)

CHINICA. A un lado tiró una mula,
la otra por el opuesto,
y la calesa tendióse
como un atún: ¿qué tenemos?;
¿será la primer calesa
que yo habré volcado?

EUSEBIO. ¡Cuero!
¿Por qué no miras lo que haces?

CHINICA. A Dios gracias, bien lo veo.

PAULA. Ya que gente tan lucida
hoy por nuestra tierra vemos,
lástima es que los azares
de algunos divertimientos
nos priven.

FUENTES. ¿Cómo privar?
Aunque el amo se haya hecho
la cabeza una tortilla,
si hay quien haga el son, bailemos
mientras él duerme.

CHINICA. ¿Y qué? ¿yo
me he de quedar al sereno?

FUENTES. No, vete á dormir la zorra
á ese primer aposento.

CHINICA. Con licencia: cuide usted
de mi capa y mi sombrero,
que aquí los dejo colgados.

TODOS. Del clavo grande.

CHINICA. Hasta luego.
(*Ap.*) Vamos á ver si el amigo
ha menester compañero. (*Vase.*)

EUSEBIO. Chica, saca esa vihuela;
(*A la* PORTUGUESA.)

y para que nos holguemos,
canta algunas seguidillas.
ESPEJO. La moza es linda para eso;
formen ustedes el corro,
suelta el torrente y bailemos.

(*Bailan seguidillas ó las canta la* PORTUGUESA.)

ESPEJO. ¡Bien se ha sacudido el polvo!
PACA. ¿De qué ha quedado suspenso,
señor hidalgo?
EUSEBIO. ¿De qué
preguntais?: ¿no basta el veros
para que el amor al alma
deje chafados los sesos?
PACA. Si en el alma sesos tiene,
sobrarán en el celebro,
y no es mucho, que parece
hombre de grande talento.
EUSEBIO. Dios os guarde. El dolor es
que la ausencia será presto.
PACA. Más lástima es dar en duro
un señor que está tan tierno.

(*Salen agarrados* CHINICA *y* GITANO, *descubierto.*)

CHINICA. O partir como Dios manda,
ó dejar allí el dinero.
GITANO. A mí me tocan dos partes,
porque descubrí los reos
y el contrabando.
CHINICA. Bastante
es la mitad.
TODOS. ¿Qué es aquesto?
CHINICA. Señor, usté será el juez,
pues no puede el mesonero
serlo en causa propria.
ESPEJO. ¡Cómo!
¿ha pasado mi talego
á las manos del gitano
desde el arca? Alborotemos
el contorno: ¡Hola, ladrones!
CHINICA. ¿Para qué los llama recio
si los tiene usted en casa?
EUSEBIO. ¿El gitano es? Ahora pienso
cobrar mis reses.
CHINICA. Y ahora
van todos á los infiernos
si me replican palabra.

(*Coge una escopeta que dejaron allí, cuando las sacaron, los otros.*)

FUENTES. Y el gitano irá el primero
si vuelve á chistar. Mocitas,
vamos al campo saliendo
mientras mueren estos mandrias.
PAULA. No por mi vida te ruego,
sino por la del gitano,
que es mi esposo.
ESPEJO. ¡También eso!
PACA. Vaya, dejad esa gente
y tomad ese dinero.
CH. Y F. ¿Convienen?
LOS OTROS ¡Qué hemos de hacer
sino convenir!
PAULA. Y en premio
de que se llevan la mosca
sin sacudirnos el pelo,
para celebrar la burla
con tonadilla acabemos.
ESPEJO. ¡Burla y me deja sin blanca!
CHINICA. A él sí; pero lo cedemos
para dote de su hija,
tan sólo con que del tiempo
nos dé merienda y función.
UNOS. Todos así lo ofrecemos.
TODOS. Pues vaya de tonadilla
y dese fin al enredo (1).

66

El mal casado.

INTERMEDIO NUEVO.

1767 (2).

PERSONAS

D. SIMÓN.—D. PRECISO.—UN JUEZ.—UN ESCRIBANO.—CIPRIÁN *herrero.*—PACO, *albañil.*—MARTA.—JEROMA.—TIA ZAPA.—TRES SOLDADOS MUDOS —TÍA COMINOS.—FRASCA LA SEBERA.—LA ROMA, —EL TIO LECHUZA, *trapero.*—TIO PINGAJOS, *zapatero.*—TRES ALGUACILES.

(*Sale* D. SIMÓN, *en traje forastero, y* D. PRECISO *asido de él.*)

D. PREC. Don Simón, no, no os canséis
D. SIMÓN. Don Preciso, por más que haga
usted, no he de ir allá.
D. PREC. ¿Estais loco? ¿tenéis alma?

---

(1) A continuación van las licencias y aprobaciones que dicen: «He leído el sainete intitulado *Los ladrones robados*, su autor D. Ramón de la Cruz, y me parece puede permitirse su representación, salvo mejor dictamen.—Madrid 7 de diciembre de 1767.—*Dr. D. Francisco de la Fuente.*

Madrid á 7 de diciembre de 1767.—Concédese licencia para que pueda representarse este sainete.—*Dr. Torres Uruñuela.* —Ante mí, *Juan Gregorio Martínez.*

Madrid 9 de diciembre de 1767.—Pase al censor para su examen y con lo que dijere tráigase.—*Delgado.*

Madrid 10 de diciembre de 1767.—Señor: Este entremés ó sainete de *Los ladrones robados*, soy de dictamen que se omitan ocho versos que van tachados con mi rúbrica á vuelta de la primera hoja, porque, aunque nada quieran decir en rigor puede la crítica maliciosa darlos siniestro sentido. Por lo demás, no hay reparo que prohiba su representación, si V. S. fuere servido conceder la licencia, pues este es mi parecer, salvo, etcétera.—*Nicolás González Martínez.*

Madrid 10 de diciembre de 1767.—Ejecútese con arreglo á la censura antecedente.—*Delgado.*

Sr. D. Miguel Lorieri: Represéntese este sainete con lo prevenido en las censuras antecedentes.—Diciembre 16 de 1767.» *(Rúbrica).*

(2) Bib. Municip.: leg. 1-157-26. Autógrafo de 1767. En la misma Biblioteca hay otros manuscritos del propio año, uno con la licencia para la representación que va al final. Impreso por Durán tomo I, pág. 87, con variantes.

Pues ¿no basta que un amigo
vuestro y hombre de cachaza
y seso os prometa que
no gastaréis una blanca?
Andad con Dios, que sois un...
iba á decir un panarra;
mas lo dicho...

D. SIMÓN. Don Preciso,
si ya son las doce dadas
y tendrá mi posadera
una hora ha la sopa echada.
¿Qué pensará si no voy
á la hora acostumbrada?

D. PREC. Pensará que en otra parte
hoy os cogió la majada;
que eso me sucede á mí
los más días de la semana:
ir á mi casa, y en el
camino encontrar la ganga
de uno que me dice: «Vamos,
don Preciso, que en mi casa
comeremos.» Voy con él,
y así se corre la tanda.

D. SIMÓN. Es que mi patrona sabe
que yo no encuentro esas gangas.
¡Adiós, amigo!

D. PREC. Primero
que me neguéis esta gracia
me he de ahorcar de una encina.

D. SIMÓN. Ahorcaos aunque sea en la plaza,
que yo no he de ir con vos.

D. PREC. ¿Sabéis quién es la muchacha
que vais á ver?

D. SIMÓN. No, por cierto.

D. PREC. Pues tiene la mejor cara
de cuantas hay en Madrid.

D. SIMÓN. Sí, lo creo; pero hay caras
en Madrid que cuestan más
caras que no una mortaja.

D. PREC. Tiene dos ojos, amigo,
lo mismo que calabazas.

D. SIMÓN. Esas son las que ellas dan
á aquel que con ellas gasta
los ojos, así que huelen
que el pobre no tiene blanca.

D. PREC. Tiene un andar tan brioso
y un aire de taco... Vaya,
no es posible ponderar
el meneo de sus faldas (1).

D. SIMÓN. ¡Dios nos libre de sus aires,
amigo!

D. PREC. ¿Por qué?

D. SIMÓN. ¡Caramba! (2)
Que conozco yo hombre que,
de darle aire esas malvadas,
se ha quedado con la boca
podrida, las manos mancas,
cojo, ciego, y, por remate,
lleva al pescuezo las armas.

D. PREC. No parece sino que
hablais de experiencia.

D. SIMÓN. Harta
experiencia tiene el que
ve lo que por otro pasa.
Sobre todo, señor mío,
lo mejor es no jugarla.

D. PREC. Pues ésta, amigo, no es de esas
que pensais, que es gran muchacha.

D. SIMÓN. Tanto me la encarecéis,
que quisiera sin tardanza
me dijérais sus costumbres,
nacimiento y circunstancias.

D. PREC. Es mujer de un albañil;
pero, amigo, ¡qué portada;
qué reloj, que batas, qué
diamantes y otras alhajas!
Pues ¡en las modas! si salen,
la primera ha de estrenarlas.

D. SIMÓN. (*Ap.*) Y bien puede hacerlo, que
para todo da la masa.
¡Pero, hombre, mujer de un pobre
albañil tantas alhajas!
¿De dónde demonio salen?

D. PREC. Amigo, ella se las gana
con su trabajo.

D. SIMÓN. Lo creo.

D. PREC. Es mujer muy aplicada;
venid y la veréis bien
despacio.

D. SIMÓN. De mala gana
voy; mas por daros gusto
con vos iré, aunque mi ama
me esté esperando á comer.

D. PREC. Hoy comeréis en su casa. (*Vanse.*)

(*Casa de* MARTA, *en la que habrá dos cofres, un arca con diferentes ropas y alhajas, y sale de basquiña y mantilla, que se quitará, y su hermana* JEROMA *en cuerpo.*)

JEROMA. Hermana, aprisa, por Dios,
que ya son las doce largas
y vendrá ya tu marido.

MARTA. No te aflijas, mujer, calla,
porque hoy no viene á comer,
que así dijo esta mañana
cuando salió, que está lejos.

JEROMA. ¡Ojalá volviera en carta!

MARTA. Dime, ¿bajó la vecina?

JEROMA. ¿La lavandera, ó la Juana?

MARTA. La Roma de la guardilla.

JEROMA. No, porque estuve ocupada
con aquel del otro día.

MARTA. ¿Cuál?

---

(1) La censura sustituyó «garboso» en lugar de «meneo».

(2) En lugar de esta palabra y los seis versos siguientes la censura enmendó:

Porque se hallan
por ahí muchísimos hombres
que con el aire se baldan.

JEROMA. El que estuvo aquí.
MARTA. Vaya;
si no te explicas mejor
no te entiendo.
JEROMA. Con el guardia.
MARTA. (*Ap.*) Ya me quitó un parroquiano [1].
¡Maldita sea su casta!
Y don Preciso ¿ha venido?
JEROMA. Hoy no le he visto la cara;
habrá estado en otra parte.

(*Salen* D. PRECISO *y* D. SIMÓN.)

D. PREC. Adiós, mi señora Marta.
MARTA. Por poco me hallan en cueros.
¿No hay puerta? ¿por qué no llaman?
D. SIMÓN. (*Ap.*) El recato de esta hembra,
con dinero no se paga.
D. PREC. Amiguito, ¿qué os parece?
D. SIMÓN. (*Ap.*) ¡Que es una valiente maula!
D. PREC. Marta mía, ¿cómo te ha ido
desde la vista!
MARTA. ¡Tan guapa!;
que yo, en teniendo pesetas,
tengo la salú sobrada.
D. SIMÓN. Dice bien.
D. PREC. ¡Si es mucho cuento!
Pues aun no habéis visto nada.
Pero mire usted qué ojazos
como puños. (*Al oído de* D. SIMÓN.)
D. SIMÓN. (*Ap.*) ¡Qué legaña!
Con éste y otros bobazos
tienen éstas su ganancia.
D. PREC. ¡Jeroma!
JEROMA. ¿Qué manda usted?
D. PREC. ¿Viene tu cuñado á casa
á comer?
JEROMA. Hoy no, señor.
D. PREC. ¿De veras? Pues ve en volandas
por algo ahí á una hostería,
que yo y este camarada
hoy comeremos acá,
que es amigo de confianza.
(*La da dinero y se va ella.*)
MARTA. Jeroma, no vayas donde
estuvimos ayer.
D. PREC. Vaya
donde esté más cerca, que,
por Dios, tengo buenas ganas.
¡Pues digo mi compañero,
si se quedará á la zaga!
D. SIMÓN. Yo siempre voy por delante [2].

(*Sale* JEROMA, *asustada.*)

JEROMA. ¡Marta, Marta! ¡ay, desdichada
de mí!

---

[1] Suprimidos los cuatro versos anteriores por la censura.
[2] Variante del censor: «camino bien.»

MARTA. ¿Qué te ha sucedido
que vienes tan asustada?
JEROMA. Que viene ahí tu marido.
D. PREC. Llevóse el diablo la danza.
JEROMA. ¡Que llega! (*Temblando.*)
D. PREC. ¿Y qué hemos de hacer?
MARTA. No hay que asustarse de nada;
meterse aquí en esta pieza.
D. SIMÓN. ¡Bueno fuera que pagaran
los justos por pecadores!
¿Quién me metió en esta danza?
D. PREC. Gran gana de comer tuve;
pero ya no tengo ganas.
(*Los entra al lado izquierdo.*)
JEROMA. Haz que te dió el accidente.
MARTA. Haz tú también que trabajas.
¡Presto, presto!

(*Finge* MARTA *un desmayo y* JEROMA *que trabaja, y sale* PACO, *su marido, muy serio, de albañil, en cuerpo, con una vara en la mano, fumando y mirando á todas partes con disimulo.*)

PACO. ¡Dios sea aquí,
aunque pienso que aquí anda
el diablo más á menudo!
Jeroma, dime, ¿á tu hermana
le ha dado aquel patatús
que suele?
JEROMA. Está algo asustada;
como entraste de repente
y sin preguntar palabra
si podías ó no podías
entrar.
PACO. ¡Brava patarata!
¿Pues qué?, ¿yo no puedo entrar
siempre y cuando me dé gana?
JEROMA. No, señor, que las mujeres
tenemos mil cosas raras
y males que ni el marido
conviene que sepa nada.
PACO. Bueno; bastante me dices,
Jeroma, en pocas palabras.
JEROMA. Pues me alegro que me entiendas.
PACO. Ya te entiendo.
JEROMA. ¡Buena maula!
¿por qué no llegas á ver
si tiene algo?
PACO. ¿Hablas de chanza?
JEROMA. De veras hablo.
PACO. ¿De veras?;
pues pon la mesa, que hay ganas
de comer, mientras que veo
si vuelve al mundo ó dél marcha.
D. PREC. ¿Mas que el demonio le tienta,
y viene aquí?
D. SIMÓN. ¡Ojalá!
PACO. ¡Marta!

(*Llega y la da voces, y se levanta* MARTA, *muy enfadada, amenazándole.*)

¡Ya murió, Dios la recoja!
Vamos, Jeroma, despacha.

MARTA. ¿Yo morir, picaronazo?
¡Eso quisieras, canalla!
Esa es la ley que me tienes,
¡pícaro, borracho!; ¡anda,
que yo te pondré vergüenza
antes que pase mañana!

PACO. *(Ap.)* Bien dicen que las mujeres
aun después de muertas hablan.

JEROMA. Mujer, échale á un presidio.
(Se entra.)

PACO. Y como las dé la gana
á las dos, según están
los tiempos, allá me encajan;
y más llevando á favor
suyo lo de ser honradas;
que por las dos, las dos manos
me metiera yo en las brasas (1).

(Sale JEROMA.)

JEROMA. Ya tienes la mesa aquí:
come; ¡así comieras balas!

Saca una mesa chica, una servilleta rota, una olla que tendrá carne medio cocida, una cazuela, y se sienta PACO *á la mesa.)*

PACO. ¿Y el pan?

JEROMA. En la tienda está.

PACO. ¿Por qué no lo traes?

MARTA. Daca
el dinero.

PACO. ¿No te di
el jornal de esta semana,
mujer?

MARTA. ¡Buena porquería!
No tenías para ensalada
si hubieras de comer de él.

PACO. Salió como yo esperaba:
apelemos á lo nuestro
y ¡paciencia!

(Saca de un bolsillo de la chupa una libreta y se hace migas en la cazuela.)

MARTA. Saca, saca
la olla.

JEROMA. Si ya está aquí.

PACO. Jeroma, ¿esta olla estaba
á la lumbre? *(Tienta la olla.)*

JEROMA. ¡Qué pregunta!

MARTA. Como suya; calla, calla.

PACO. Aunque estuviera en lo alto
del puerto de Guadarrama
no pudiera estar más fresca.

JEROMA. Si está fresca, calentarla.

PACO. ¿A dónde?

MARTA. En los infiernos,
que acá está la leña cara.

PACO. Allá tengas los inviernos.
(Vuelca la carne en la cazuela.)

D. PREC. ¿En qué parará esta danza?

D. SIMÓN. En medirnos las costillas
muy bien con aquella vara.

MARTA. ¿Qué?; ¿querías comer faisanes
con cinco reales que ganas?
¡Qué paciencia de los diablos!

PACO. ¿Esta está frita ó asada
ó cocida?

JEROMA. Ni uno ni otro,
pues aun no estaba espumada.

PACO. Pues según eso, está cruda.

MARTA. Esté cruda ó este asada,
más cruda la come el perro:
cómela, y si no, arrojarla.

PACO. Pero será á tu cabeza,
picarona.

(Arroja la olla y cazuela y echa la mesa á rodar y se levanta muy enfadado.)

MARTA. ¡Ay, desdichada
de mí! ¡Pícaro, bribón!
¡Parientes, que aquí me mata
mi marido!

PACO. ¡Miente, miente!
Ahora me voy á casa
del juez, pues está aquí cerca,
y le diré lo que pasa,
y aunque se arriesgue mi honra,
yo haré justicia en mi casa. *(Vase.)*

JEROMA. Mujer, quéjate.

MARTA. A eso voy.
Dame la basquiña, ¡acaba!

(Al ponerse la basquiña salen CIPRIÁN, *hermano de las dos, de herrero; la* TÍA ZAPA, *tía; la* TÍA COMINOS, *parienta; el* TÍO PINGAJOS, *muy derrotado, de zapatero, con el tirapié en la mano; el* TÍO LECHUZA, *de trapero, con cesta, gancho y alforjas y vecinas.)*

LOS HOMB. ¿Qué ha habido aquí?

MUJERES. ¿Qué ha sido esto?

MARTA. ¡Ay, parientes de mi alma,
que me mata mi marido!

T. LECH. ¿Oyes? ¿te ha hecho sangre, Marta?

MARTA. Pues ¿no lo ves? ¡qué pregunta!

T. LECH. Por eso lo preguntaba.

CIPRIÁN. ¿Se escondió por aquí *drentro?*

(Hace que va á entrar al lado izquierdo y le detienen las dos.)

LAS DOS. No, Ciprián, que ahí no hay nada;
que se escapó.

CIPRIÁN. Si le pillo,

(1) Faltan en el manuscrito de la censura los ocho versos anteriores.

le he de dar tanta *palaa*,
que ¡voto á bríos!...

T. PING. Pues yo ¡digo!
¿le he de dar dello las gracias?
Pregunto: este tirapié,
puesto en forma de batalla,
¿no es hombre?

CIPRIÁN. ¡Por vida de...!
¿Tú sabes dónde trabaja?
(Muy colérico y le asen las mujeres.)

T. ZAPAS. Ciprián, no te encolerices,
porque esto quiere más maña
que fuerza; vamos al juez
á decille lo que pasa,
que él hará justicia á todos.

T. COMIN. Dice muy bien la tía Zapas;
Ciprián, que no están los tiempos
para hacer *calaveraas*,
y no es razón que te pierdas
tú por esa buena alhaja.

MARTA. Pues que le echen á un presidio,
ó á los infiernos; que á casa
no ha de volverme en su vida.

TODOS. Pues vamos allá.

(Al irse, sale el JUEZ, *un* ESCRIBANO, *tres* ALGUACILES, PACO, *marido de* MARTA, *de capa, que se quedará donde no le vean: tres* SOLDADOS, *con armas, que se quedarán al bastidor de la derecha.)*

ALG. Y ESC. ¿Deo gracias?

T. LECH. ¡Adiós, con dos mil demonios!

PACO. Señor, esto es lo que pasa...
(Al oído del JUEZ.)

JUEZ. Ya estoy de todo enterado;
quedaos vos fuera.

JEROMA. Marta,
nos la ganó por la mano.

MARTA. Poco le servirá, ó nada.

JUEZ. Cuidado no salga nadie:
(A los SOLDADOS.)
¿cuál es el ama de casa?

D. PREC. ¡Vive Cristo, que hay justicia,
compañero!

D. SIMÓN. Mas que la haya;
con eso iremos también
los dos á apalear el agua.

JUEZ. ¿No hay alguno que responda?

MARTA. Señor juez, yo soy el ama.
(Dando grandes voces y llorando.)
¡Justicia, señor, justicia,
contra el pícaro, canalla,
de mi marido!

JUEZ. Despacio,
porque está la casa baja.
¿Y quién son éstos?

T. LECH. Señor,
toa gente de importancia.

ALG. 1.º *(Ap.)* Y mi capa no parece.
¡Ya conozco á estas alhajas!

T. ZAPAS. Yo soy tía de esta moza,
señor juez.

LOS TRES ALG. ¡Qué brava maula!

JUEZ. ¿Y usted?

T. PING. El tío Pingajos
por mal nombre á mí me llaman,
(Fumando y con chulada.)
señor juez, y, aunque Pingajos,
no faltan cuatro de plata
en el bolsillo por si
se ofrece echar cuatro plantas.

JUEZ. ¿Y usted, quién es?

T. COM. Señor juez,
yo parienta muy cercana
(Estos versos con velocidad)
por parte de padre y otro
pariente que está en campaña
sirviendo al rey, y otro que
le cogieron en la plaza
por unas revoluciones [1],
y otro también que trabaja
zapatos de valentía,
y la Pepa la Rallada,
que vende cordilla y manos
en el Rastro, la Colasa
la callera, que los guisa
que si *osía* los probara
se había de lamer los dedos;
¿quié osía que se los traiga?

JUEZ. No, por cierto.

ALG. 2.º Para ciega
valía ésta mucha plata.

T. LECH. *(Fumando y vuelta la espalda al* JUEZ*)*:
El *decille* yo mi empleo,
señor juez, es patarata,
supuesto que está á la vista;
de las demás circunstancias
mías, ese es cuento largo,
y así no se hable palabra,
porque *too* el barrio sabe
quién es Lechuza. En la plaza.
toas las más verduleras
me conocen, porque marras
me se ofrecieron tres cuartos,
llegué á una y fué tan franca
que me dijo: «Toma, hombre,
aunque sea un real de plata,
que *pa* estas ocasiones
son los dineros.» Olaya
(la dije entonces) dispón
de esta *presona*, muchacha;
que *toitico* soy tuyo
desde el cogote á las zancas.

---

[1] La censura varió este verso así:
«por meter el dos de bastos»

JUEZ. ¿Y á qué viene esa canción
con lo que ahora se trata?

T. LECH. De suerte es, y de manera,
señor juez, de que yo estaba
amolestao con otra
dos veces; pero la Olaya
ma llenao el ojo, y no
me ha de hacer otra la cama.

ALG. 3.º ¡Disparo sobre disparo!

T. LECH. Volviendo al cuento de Olaya...

JUEZ. Bueno está ya.

CIPRIÁN. Pues, señor,

(*Fumando y embozado, con la montera puesta*)

too es gente de *presapia*
y, aunque *probes*, *caa* uno
tiene su honra en las espaldas.

JUEZ. ¿Y usted quién es?

CIPRIÁN. ¿Quién, yo?

JUEZ. Sí.

CIPRIÁN. Yo su hermano.

JEROMA. Y yo su hermana.

ALG. 1.º ¡El parentesco de Judas
con éste, viene á ser nada!

JUEZ. ¿Y qué oficio tiene usted?

CIPRIÁN. ¿Quién, yo?

JUEZ. Sí.

ESCRIB. ¡Habrá tal maza!

JUEZ. ¿Qué oficio tiene? pregunta.

CIPRIÁN. ¿No se lo dice mi facha?
Herrero. (*Desembózase.*)

JUEZ. ¿Y trabaja siempre?

CIPRIÁN. Siempre y cuando me da gana,
y cuando no, me paseo;
sorbe too, cuando vaya
á *peille* á usía algo
para comer...

LAS MUJ. (*Tirándole la ropa.*) Hombre, calla...

CIPRIÁN. No quiero callar, porque,
como dijo el otro ¡vaya!
caa uno es *caa* uno,
y en llegando á estas *andancias*
nenguno es mejor que *naide*.

LOS ALG. ¿Hay desvergüenza más rara?

ESCRIB. ¡Cuidado con el hablar!
Poco y bien.

LAS MUJ. ¿Y quién lo manda?

ESCRIB. Yo lo mando.

LOS HOMB. ¿Y qué papel
hace usted en esta farsa?

ESCRIB. Eso luego lo veremos.

(*Saca* CIPRIÁN *del cinto un martillo, el* T.º PINGAJOS *una cachiporra y* LECHUZA *el gancho, y le van á embestir; se alborotan todos y las mujeres meten paces.*)

LAS MUJ. ¡Ciprián, que te pierdes, vaya!

JUEZ. ¡Hola! ¿Delante de mí?...

CIPRIÁN. Señor, ya está *acabaa*
la función; basta que usía
metiese su *cucharaa*. (*Se descubre.*)

T. COM. ¡Con el muchachito éste
se pueden venir á chanzas!

JEROMA. ¿Y á qué viene el señor juez
á esta *probe* choza, vaya?

JUEZ. Aquí vengo á hacer justicia
de este alboroto.

MARTA. Pues haga
usía justicia, y pronto,

(*Dando voces y llorando*)

que del alboroto es causa
mi marido, señor juez;
testigos, los que se hallan
presentes.

JUEZ. Estos no sirven,
por partes interesadas.

TODOS. ¿Cómo no?, que juraremos...

PACO. Y eso que no han visto nada;
¿qué fuera si vieran algo?
¡Oh, qué conciencias tan anchas!

P. y LECH. Señor juez, *osía* nos crea...

(*Al oído del* JUEZ.)

JUEZ. Gastemos menos palabras:
¿vive algún vecino más
aquí?

JEROMA. Sí, señor, la Frasca
la Sebera, y su marido.

JUEZ. ¿Nadie más?

T. COM. Y otra que lava
la ropa del *espital*,
y la Roma y la Cegata,
que viven en la guardilla.

ALG. 2.º ¡Por Dios que parece el arca
de Noé la casa ésta!

T. LECH. *Toa* gente de importancia.

JUEZ. Que comparezcan aquí,
alguacil.

ALG. 1.º Desta gentualla
no sacaremos mucho humo.

(*Vase.*)

T. PING. Hoy me hago hombre de gran fama.

CIPRIÁN. Señor juez, si se ha de hacer
justicia, que sea sonada;
porque ése es un picarón
y ésta una mujer *honraa*,
que pasa las penas del
Prugatorio con él.

T. ZAPAS. Calla,
Ciprián, que ya el señor juez
nos hará justicia.

T. COM. Vaya,
como el señor juez no es
muy cabal en cuanto trata;
todos dicen que es un santo.

JEROMA. Es el señor mucha alhaja.

ESCRIB. Que llaman.

T. PING. Pronto ha *cazao*.

MARTA. Ya verá lo que le pasa.

(*Sale* ALGUACIL 1.º *con la* FRASCA *y la* ROMA, *asidas de la mano.*)

ALG. 1.º Estas dos se han encontrado,
que oyéndolo todo estaban.
R. y FR. ¿Y á qué nos llaman aquí?
JUEZ. ¿Ustedes son de la casa?
LAS DOS. Sí, señor.
JUEZ. ¿Y qué han oído
de este alboroto?
LA ROMA. La Frasca
es la que lo sabe todo,
señor, que tiene la maña
de escuchar.
LA FRASC. Señor, que miente.
LA ROMA. No seas desvergonzada.
(*Se quieren embestir.*)
JUEZ. Ea, callen, ó si no
á la cárcel van entrambas.
¿Qué dicen de este alboroto?
LA FRASC. ¿De cuál? ¿Del de esta mañana,
ó el de ahora?
JUEZ. De éste que hubo.
LA FRASC. ¿De cuál de ellos, porque pasan
los que hay de diez cada día?
JUEZ. ¿Y quién es de ellos la causa?
MARTA. Mi marido, mi marido.
CIPRIÁN. Vete poco á poco, Marta;
que la Frasca la Sebera
sabe muy bien lo que pasa
y no te hará *quear* mal.
T. COM. ¡Ay, señor! Es una santa,
y cuanto le diga á usía
sepa que es la *verdá* clara.
ALG. 1.º Si la adulación se pierde,
se encontrará en esta casa.
JUEZ. Vamos, diga.
LA FRASC. Pues, señor,
si he de hablar como Dios manda,
sepa usía que él es hombre
muy de bien en cuanto trata,
y *aplicao* á su trabajo;
que el jornal que el *probe* gana,
el sábado se le entrega
así como viene á casa,
y que lo oigo yo muy bien
desde mi cuarto, y ella anda
á picos pardos con un
usía que entra en su casa
gordinflón.
D. PREC. Ese soy yo.
LA FRASC. Y en fin, señor, tantas batas
que se estrena cada día
no se las dan por su cara ([1]),
que yo oigo ciertas cosas...

MARTA. ¿Qué cosas?
LAS MUJ. ¿Dónde vas, Marta?

(*La va á embestir, y la* FRASCA *descalza un zapato, y las mujeres meten paces.*)

LA FRASC. Déjenla ustedes que venga,
que yo la diré...
JEROMA. ¿Oyes, Frasca?
¿y harás bueno cuanto dices?
LA FRASC. Si no lo hiciera, callara.
CIPRIÁN. Señor, es una embustera,
¡vive Cristo!
PACO (*Sale.*) Camarada,
no es sino la verdad pura
cuanto expresa y más que...
JUEZ. Basta.
¡Alguaciles!
LOS TRES ALG. Mande usía.
JUEZ. Registradme bien la casa,
cofres, arcas y baules.

(*Registra cada uno lo que dicen los versos.*)

T. LECH. ¡Pues no es mala la *tonaa!*
MARTA. Jeroma, perdidas somos.
JEROMA. Tú tienes la culpa ¡calla!
ALG. 1.º Señor, en este aposento
estos dos pájaros andan.

(*Saca á* D. PRECISO *y* D. SIMÓN.)

JUEZ. ¿Y á qué han venido?
ESCRIB. A rezar,
sin duda.
LOS DOS. Señor, la causa...
LA FRASC. Este es el que yo decía,
señor juez. ¿Lo viste, Marta?
PACO. ¡Ay, cómo andaba mi honra!
¿No lo dije yo?
ALG. 2.º En este arca
hay telas ricas, hay sedas.

(*Saca lo que dice, y el tercero lo mismo.*)

ALG. 3.º Y en éste varias alhajas,
un reloj, dos aderezos.
PACO. ¡Tanta riqueza en mi casa,
y yo rabiando de hambre!
¡Oh, mundo, y lo que en ti pasa!
CIPRIÁN. Señor juez, *toico* eso
es *prestao*. Tía Zapas,
¿no es *ansina?*
T. ZAPAS. Sí, señor.
JUEZ. Después de vistas las causas,
se averiguará todo eso,
y así todos en reata
á la cárcel.
LOS HOMB. ¿Quién, nosotros?
JUEZ. Sí, señor, vosotros: ¡vaya!
¡Alguaciles, amarradlos!

([1]) Variante de la censura:

«no sé yo dónde las halla,
y si no diré otras cosas.»

(Los atan á todos juntos, menos á Paco, *y llegan los* Soldados.)

D. Sim. ¿Y éstas son las circunstancias
que decíais de esta mujer?

D. Prec. Mejor lo diré mañana,
cuando salgamos á dar
una vuelta por la plaza.

Todos. ¡Señor juez!

Juez. Callar la boca,
no me hablen otra palabra.

T. Ping. ¡Por Dios, que *paece* paso
éste de Semana Santa!

T. Lech. Y estos cuatro los sayones,
y el juez Judas.

D. Prec. ¡Virgen santa! ([1])
¿y hemos de ir de esta suerte
por la calle? ¡Vaya, vaya!
¿qué dirán mis conocidos
en viéndome?

Ciprián. *Camaraas,*
no hay que *aflegise po* eso,
que *nenguno* pierde *naa*;
que bien sabe *too* el mundo
quién soy yo y quién es mi herma-
mas ¡por, vida del demonio, [na;
que no sufro!...

Alg. y Escr. Si no calla,
¡vive Dios! que haremos que...

Ciprián. ¿Ahora me vendéis plantas
porque me véis *amarrao?*
Ya me caeréis en la trampa,
que diez años de *presillo*
en un instante se pasan.

(Los llevan los soldados.)

Escrib. Y poniendo fin aquí
á la idea comenzada,
quedando solo en bosquejo,
porque sería eternizarla,
mientras tanto que allá dentro
disponen una tonada...

(El y todos.)

á nosotros y al ingenio
perdonad las muchas faltas ([2]).

([1]) Faltan este verso y el anterior en el ejemplar de la censura.

([2]) Sigue la licencia, que dice:

«Nos el Dr. D. Manuel Fernández de Torres, Inquisidor ordinario y Vicario de esta villa de Madrid y su partido, etc. Por lo que á Nos toca, damos licencia para que el intermedio antetedente, titulado *El mal casado*, pueda representarse, mediante que de nuestra orden ha sido visto y reconocido y parece no contiene cosa alguna opuesta á nuestra santa fe y buenas costumbres.—Madrid y 3 de diciembre de 1767.—*Dr. Torres.*—Por su mandado, *Miguel Machín y Castillo.*»

Faltan las demás censuras.

67

El mercado del lugar.

1767 ([1])

Para la compañía de Juan Ponce.

(La escena es en la plaza del lugar.—Salen cantando y bailando, de payos, las señoras Joaquina, Gertrudis *y* Felipa, *con* Hidalgo, Campano *y* Juan Manuel, *y luego* Espejo, *de alcalde,* Ibarro *y* Ponce, *de regidores, etc., y* Chinica, *de procurador.)*

Dentro coro.

«¡Vaya de bulla, vaya,
vaya de jira y fiesta,
pues llegaron los días
en que el lugar se alegra!
¡Dale al pandero,
ande la gresca
y el lugar alboroten
las castañuelas!»

Espejo. No me tenéis que marear;
¡sobre que no ha de haber feria!

Ponce. ¡Sobre que la ha de haber!

Espejo. ¡Vaya!

Ponce. ¡Vaya!

Ibarro. ¡Sobre que ha de haberla!
De géneros forasteros
está la posada llena,
y se han de vender.

Espejo. Que vayan
á otra parte y que los vendan.

Ponce. Procurador, tú ¿por qué
no defiendes la materia?

Chinica. De un alcalde tonto, ¿ha visto
usted que alguien se defienda?

Ibarro. Señor mío, á usted le toca,
pues sabe las conveniencias
que se siguen al común
de que haya mercado.

Espejo. Esa
es necedad.

Ibarro. ¿Y por qué?

Espejo. Porque á nadie tiene cuenta
que le quiten el dinero
y después no se lo vuelvan.

Ibarro. Y sin comercio un lugar,
¿no es preciso que se pierda?

Espejo. Conforme fuere el comercio.
Si es ir á vender afuera
todos los géneros que
sobran y que no sustentan,
concedo; pero soltar

([1]) *Inédito.* Bib. Municip.: leg. 1-165-37. Autógrafo de 1767 Otro manuscrito copia, con las censuras que van al final.

su mosca por bagatelas,
y dar por cintas y agujas
sus granos y sus pesetas,
niego y juro no ha de ser
por este año ni mientras
Antón Cosquilla sea alcalde;
porque además de esta idea
tengo otra para impedir
que en mi lugar haya feria.

PONCE. ¿Cuál? que nadie la sabemos.

ESPEJO. Bastante es que yo la sepa.

CHINICA. Para evitar de cuestiones,
que se toque la cencerra
del concejo y vaya á votos.

IBARRO. Di aquí lo que allá dijeras.

CHINICA. Dijera que todos hablan
con mucha de la prudencia
y nadie tiene razón,
pues mirado por defuera
no es lo mismo que por dentro.
Toda la gente está hecha
por este tiempo á mercado,
y si no le hubiere es fuerza
que no le haya y que todo
el vecindario lo sienta.
Iten más: (Poquito á poco,
que yo hablaré como pueda.)
De los pueblos comarcanos
hay mucha gente á la venta
y á la compra, y es preciso
que se compre y que se venda;
porque si no, ya se ve,
dirán dos mil frioleras;
luego es proprio de la villa
los derechos de las tiendas
que se ponen; bien que en éstos
se pierde mucho, pues dejan
de pagar los que más venden,
porque no han dado en la tecla
mis antecesores.

IBARRO. ¿Cómo?

CHINICA. Bastante es que yo lo sepa.

IBARRO. Usted lo ha de decir.

CHINICA. Cuando
diga el alcalde la tema
porque el mercado resiste.

ESPEJO. Yo hablaré cuando yo quiera.

CHINICA. Y yo callo cuando quiero.

IBARRO. Semejantes providencias
no se toman de repente,
porque no es justo se pierdan
las prevenciones que traen
unos, como las que esperan
hacer acá los vecinos.

CHINICA. Es razón que me hace fuerza.

ESPEJO. A mí no; miren que tengo
de decirlo si me aprietan.

PONCE. Eso pretendemos.

ESPEJO. ¿Sí?
pues reviente la postema.
Ya sabéis que de Madrid
vengo de pagar las rentas
al señor y los derechos
reales.

PONCE. Pues ¿quién te lo niega?

ESPEJO. Tampoco ignorais que estaban
en el tiempo de su feria.

IBARRO. ¿Y eso qué quiere decir
para suspender la nuestra?

ESPEJO. ¿Qué quiere decir? ¡Mamola!
que no conviene tenerla.

PONCE. ¿Y por qué?

IBARRO. Porque habrá visto
lo que se dijo en la tienda
del barbero la otra noche;
muchas casitas de estera,
los coches y las madamas
con los hombres por muletas.

ESPEJO. No, señor, que acá no se usa,
y no está ahí la contingencia

IBARRO. Pues ¿en qué está?

ESPEJO. En otras cosas
que vi allí y no quiero verlas
aquí.

PONCE. Pues qué ¿son tan malas?

CHINICA. No se sabe cosa cierta;
mas se deja discurrir,
cuando el alcalde se aferra
en que no ha de haber mercado.

IBARRO. No es posible que eso sea,
que lo ha de haber.

ESPEJO. No ha de haber.

CHINICA. Que se toque la cencerra
y vote el común.

TODOS. ¡Mercado,
mercado!

(*Sale* GARCÍA.)

GARCÍA. ¿Qué bulla es ésta?

IBARRO. Que se ha empeñado el alcalde
en que ogaño no haya feria.

GARCÍA. ¡Cómo! ¿qué decís? ¿hablais
de burlitas ó de veras?

ESPEJO. Como tres y dos son cinco.
¿Mercado? ¡ni que lo huela!

GARCÍA. ¡Cómo que no! ¿sabe usted
que es preciso que se pierda
el lugar si no hay mercado?
¿Sabe usted que á la hora de ésta
están ya todas las mozas
maquinando en su cabeza
lo que han de pedir y cómo
asegurar la cosecha,
para todo el año? ¿Sabe
que los bizarros desean
darse á conocer? ¿Ignora
que es la ocasión que desean,
para emplearse los ociosos

en amor, la de la feria?
¿Sabe que estos son los días
en que, á las luces de honesta
curiosidad, se permiten
la vista de las doncellas,
el paseo de las viudas,
el dinero y la licencia
á las casadas, porque
surtan la casa de aquellas
bujerías que se ofrecen,
y que todas interesan
en esto, según aquellos
intereses que las llevan?
Pues ¿cómo, si tanto sabe,
insiste en la resistencia?
Y si no lo sabe, ¡chito!
déjelo correr y aprenda.

ESPEJO. Si supiera yo el latín
como las picardigüelas
que suceden donde hay bulla,
no llevara yo montera,
sino peluca.

CHINICA. De modo,
alcalde, que en la materia
es preciso dar un corte.

IBARRO. La cosa ha de ser entera,
y de cortes no entendemos.

CHINICA. Si lo dejan de mi cuenta,
yo les daré gusto á todos.

GARCÍA. ¿De qué modo?

IBARRO. ¿Ha de haber feria?

CHINICA. Sí, señor.

ESPEJO. ¿Feria ha de haber?

CHINICA. No, señor.

ALGUNOS. Pues ¿cómo?

CHINICA. Ahí entra
el *busilis*.

PONCE. Nadie entiende,
si no la explicas, tu idea.

CHINICA. Esa no es gracia; mejor
será que lo explique ella,
porque no perdamos tiempo
ni tengamos cuestión nueva.

ESPEJO. Yo, en fin, para que después
no digan que es sólo tema,
pongo la cosa en tus manos.

TODOS. ¡Mercado, mercado!

CHINICA. Tengan
cachaza, que todavía
no saben quién es Melena,
su procurador. ¿Ustedes
no extrañarán que yo quiera
asegurar los derechos
de todo lo que se venda?

IBARRO. No, señor.

GARCÍA. Eso es muy justo.

CHINICA. Pues, chicos, siga la gresca,
y avisad en el mesón
que salgan á poner tiendas
los que hubiere forasteros,
y venga á comprar quien quiera.

GARCÍA. Voy á dar esta noticia
á todas las petimetras
del lugar.

CHINICA. Es viaje ocioso,
porque no hay ninguna de ellas
que ignore las estaciones
del año.

ESPEJO. ¿Cuáles son ésas?

CHINICA. La Semana Santa, el Corpus,
el Carnaval y las ferias.

GARCÍA. Mientras yo publico el caso,
siga en la plaza la fiesta.

(Sigue el baile. Se sienta la justicia donde se oiga y no estorbe; y luego van saliendo las figuras que se acoten, y conforme van pasando se colocan á los bastidores y centro con sus baratijas, de modo que formen mercado.

CORO.

«Vaya de bulla, vaya» *etc.*

(Vanse los del coro, y luego los que no tengan pieza conocida sacarán algo que haga la vista de feria á los bastidores, como rimas de sillas, algunos panderos, etc.)

A. CALLE. ¡Escobas de todas suertes!

FUENTES. ¡Paños ricos y baquetas!

CALLE. ¡Señor procurador!

CHINICA. ¿Qué?

CALLE. ¿A dónde pongo mi tienda?

CHINICA. Al pie del rollo, y debajo
de la lonja de la iglesia
puedes poner tú la tuya.

FUENTES. Se hará como usted lo ordena.

CHINICA. ¿Los derechos?

LOS DOS. Tome usted.

CHINICA. ¿La guía?

FUENTES. En la faltriquera.

CHINICA. Después la veremos.

LOS DOS. Vamos,
y denos Dios buena venta.

(Al puesto.

Sale MARIANA, *de maja, con cestas y cantando.)*

MARIANA. «¡Avellanas y nueces,
melocotones!
¡aquí hay ferias baratas
para los pobres!
Que en los cariños,
también las golosinas
hacen su oficio.»

(Llega CHINICA.)

CHINICA. Tenga usted muy buenas tardes.

MARIANA. Téngalas usté muy buenas.

CHINICA. Usted supongo que viene
al mercado con sus cestas.

MARIANA. Sí, señor.

CHINICA. Y usted supongo
que es mujer.
MARIANA ¿No ve la prueba
de que lo soy en que traigo
basquiñas?
CHINICA. Por esa regla
no me convenzo, porque hay
muchos hombres que las llevan.
MARIANA. ¿Quién es el procurador?
ESPEJO. El señor Paco Melena,
que es con quién estás hablando.
MARIANA. Pues yo gasto poca flema.
CHINICA. Yo mucha.
MARIANA. Diga usté, ¿á dónde
he de colocar mi tienda?
CHINICA. Conforme lo que vinieres
á vender.
MARIANA. Mis nueces frescas,
melocotones y mis
avellanas.
CHINICA. En conciencia:
¿no vienes á vender más?
MARIANA. ¿No lo ve usté?
ESPEJO. Si lo viera
no lo preguntara.
CHINICA. Es que
muchas veces venden éstas,
en hallando buen despacho,
más de lo que manifiestan,
y es en perjuicio del proprio.
ESPEJO. Dice bien.
IBARRO. Esa es quimera.
CHINICA. ¿Cómo que miento? Yo he visto
traer siete libras de peras
y después vender catorce.
Es menester entenderlas.
MARIANA. No soy yo de ésas. Yo llevo
muy ajustadas mis pesas.
ESPEJO. Pues no tendréis de ganancia
muchos pesos en la feria.
CHINICA. Siéntate á esa esquina, y luego
ajustaremos la cuenta.
MARIANA. Ya la traigo yo ajustada:
¡el payo es bonita pieza!

(A su puesto.)

(Sale, de basquiña y manteleta, PAULA, *con* GARCÍA.)

GARCÍA. Sin embargo que aún no están
las cosas en forma puestas,
ved qué cosa hay en la plaza
que menos indigna sea
de vuestras manos.
PAULA. Por mí
ninguna cosa escogiera;
pero como ya es estilo
que un sujeto que corteja
á una dama la regale
en este tiempo de ferias,
no quiero que por andar
yo escrupulosa se pierda
la costumbre é imponer
al mundo leyes tan nuevas
y perjudiciales contra
las útiles etiquetas
de damas y caballeros,
y que después me aborrezcan.
GARCÍA. Pues elegid.
PAULA. Nada hay bueno.
Sentados en esta pieza,
que está del sol reservada,
aguardemos á que vengan
géneros de droguería
ó de plata.
GARCÍA. En hora buena.
Allí hay fruta.
PAULA. Me hace mal.
GARCÍA. Dios ponga tiento en tu lengua;
pero este es lance de honor;
¿qué le hemos de hacer? ¡Paciencia!

(Sale CAMPANO.)

CAMPANO. ¡A mi *vidriao*!
CHINICA. Anda, ve,
ponte allí con tus cazuelas.
ESPEJO. ¿Qué?, ¿ese no paga derechos?
CHINICA. No me paro en frioleras
yo; en las cosas que se venden
por alto fundo mi tema.
ESPEJO. No sube á tanto la mía,
mas juzgo que la anda cerca.

(Salen, de mercaderes extranjeros, como quinquilleros, MERINO *y las señoras* PAULA *y* PORTUGUESA, *cantando.)*

A DUO.

«Bonitas labradorcitas,
puliditos mancebitos,
señoritos de lugar,
quien quiera comprar
para regalar
y para lucir,
acérquese aquí:
de todo hallará »
QUINQ. 1.ª Aquí hay alfileres
para las mujeres
que quieran prender.
QUINQ. 2.ª Aquí hay quirotecas
para los babiecas
que han de merecer.

DUO.

«Quien quiera comprar
para regalar
y para lucir
acérquese aquí:
de todo hallará.»
CHINICA. Ya entran las cosas mayores.
ESPEJO. ¡De valiente par de horteras
se sirve este mercader!

PACA. Vamos á poner la tienda.
CHINICA. Lleguen antes á la aduana.
MERINO. *Monsieur, votre serviteur*
très humble.
ESPEJO. ¿Entiendes la lengua?
CHINICA. Sí; dice que viene á ver
los tontos que hay en mi tierra.
¿Ustedes traen mucho y bueno?
MERINO. *Si ninguna bagatela*
vous plaira... ¿come se dise
an español?
PACA. Os contenta.
MERINO. Sí, contenta: *Vusté* es dueño.
CHINICA. ¿Es usted la que interpreta?
PACA. Sí, señor.
CHINICA. Con que parece
que usted sabe muchas lenguas.
PACA. No muchas, pero hoy en día,
¿quién ignora la francesa?
CHINICA. Yo y otros muchos amigos,
que aun no sabemos la nuestra.
PACA. ¡Qué ignorancia!
CHINICA. ¿Y qué se vende?
MERINO. *Siñor*, todo está de venta.
CHINICA. ¿Y está usted pronto á pagar
derechos de lo que venda?
MERINO. *Ye ne sé pa: ¿que es quel dir?*
ESPEJO. ¿Dice que no?
PACA. ¡Quién tal piensa!
Dice que no lo ha entendido.
ESPEJO. Pues que lo estudie y lo aprenda.
CHINICA. ¿Qué va que lo entiende ahora?
¿Quiere usted cuatro pesetas
por un papel de alfileres?
MERINO. *Siñor*, el mismo me cuesta;
me con *vusté* no *riparo.*
CHINICA. El es hombre de conciencia;
por cuatro pesetas da
las cosas que valen media.
ESPEJO. ¿Oye usted?; ¿y estas dos niñas,
son hermanas ó parientas?
MERINO. *Come* yo *estar extranquero,*
porto las madamiselas
españolas, porque entienden
grrandemente la moneda
y venden bien las cositas (1).
ESPEJO. ¿Y por qué no trae dos viejas?
MERINO. *¿Viecas?* ¡Puf...! á la ocasión
naide comprara á mi tienda;
no, *siñor*, no *estar* yo tonto.
CHINICA. ¿Con que usted porque interesa
con ellas las trae?
MERINO. Sin duda:
son muchachas *desperrencia*
y de *espritu:* ¡Oh, yo *conoscq!*

(1) Variante del censor:

«á mí poder engañarme.»

ESPEJO. Yo te conozco á ti y á ellas.
CHINICA. Pues págueme los derechos
también de lo que granjea
con ellas (1), que vale más
que los géneros que lleva.
MERINO. *E bien, amico, á la tabla*
beberemos la *butella.*
ESPEJO. Acá bebemos en jarro.
CHINICA. Pague, que en pagando sueltan.
PACA. Pues si hubiera de pagar
por nosotras, no tuviera
con qué: ¿sabe usted qué alhajas
somos yo y mi compañera
para ponernos en precio?
CHINICA. Ni quiera Dios que lo sepa.
PORTUG. Si yo fuera que tú, había
de darles alguna muestra.
MERINO. *Allon;* canta un *airrecito*
al tanto que armo la tienda
en forma.
PACA. ¿Qué he de cantar,
si no hay aquí quien lo entienda
ni guste?
ESPEJO. Diles que sí,
no piensen que somos bestias.
CHINICA. Por oir cantar nos iremos
nosotros á *Ingalaterra.*
ESPEJO. ¡Vaya, poquito se entiende
de música en esta tierra!
GARCÍA. No todos somos paletos,
que hay en el concurso orejas
bien delicadas.
MERINO. *Vuste*
se le conoce *á las leguas*
que *está* hombre de condición.
Yo tengo unas cosas bellas
por feriar á la madama.
PAULA. Pues luego iremos á verlas.
PACA. ¿Qué cantaré?
PAULA. Una tonada.
PACA. Callen ustedes y atiendan.

(Canta su tonadilla.)

ESPEJO. ¡Amigos, esto es mucho cuento!
CHINICA. Pues ajustemos la cuenta.
¿Le parece á usté, el amigo
si venderá lo que quiera
como quiera, con el par
de reclamos en la tienda?
Si esto pagara alcabala,
¡fuego de Dios, cuál subiera!
PAULA. Veamos, señor don Fadrique,
lo que hay en la tienda nueva.
CHINICA. Pague usté antes los derechos.
PAULA. Yo no vengo á vender.

(1) Variante del censor:

«por eso, que...»

CHINICA. Tenga
usté el tapial, señorita.
GARCÍA. ¿En qué fundais esa idea?
CHINICA. En que la mujer casada
que con otro va á la feria,
si no se vende, á lo menos
pone á su marido en venta (1).
GARCÍA. El procurador es loco.
ESPEJO. Ha tenido buena escuela.
PAULA. Vamos, que yo haré que luego
castiguen tu desvergüenza. (*Vanse.*)

(*Sale* EUSEBIO, *de petimetre, con* JOAQUINA, *de charra.*)

EUSEBIO. Ven, Paca, te feriaré
un guardapiés de bayeta.
JOAQUINA. No, señor, guardapiés tengo;
férieme usté una escofieta.
EUSEBIO. ¡No ves que no te conviene?
JOAQUINA. ¿Y qué importa? ¡Como de esas
hay que no deben llevarla,
en el lugar, que la llevan!
EUSEBIO. ¿No vale más que te abrigue?
JOAQUINA. En llevando la cabeza
guapa, lo demás no importa
vaya de cualquier manera.
ESPEJO. De estas locuras no habría
tantas si no hubiese feria.

(*Sale* RITA, *de viuda, y la* MÉNDEZ.)

MÉNDEZ. Madre, ¿por dónde he de echar?
RITA. Pasemos por la otra cera
con mucho del disimulo,
que allí está en la tienda nueva
del extranjero, don Cosme.
MÉNDEZ. Diga usté, y cómo me ofrezca,
¿he de aceptar?
RITA. ¿Qué has de hacer?
Al instante: ¡tanto diera!
MÉNDEZ. A bien que ahora nadie puede
murmurarlo aunque lo sepa.
CHINICA. ¿Los derechos?
RITA. Pues ¿yo acaso
vengo á vender á la feria?
CHINICA. Mucho.
RITA. ¿Qué vengo á vender?
CHINICA. Lo primero, la inocencia (2)
de su hija; lo segundo,
la opinión y la vergüenza,
y lo tercero, lo cuarto,
lo quinto y lo sexto...
ESPEJO. Cesa,

(1) Variante del censor:

«va para que allí la vean.»

(2) Variantes del censor en los cinco versos siguientes:

«Soy modesto; es la materia
delicada, y es mejor
dejarlo al silencio.»

que es ocioso decir cosas
que se dicen por sí mesmas.
MÉNDEZ. ¡Vaya, que el procurador
hoy tiene gana de fiesta!

(*Sale* NISO.)

NISO. No hay otra cosa en la plaza
mejor que la avellanera.
¿A cómo da usted la fruta (1)
del árbol de la belleza?
MARIANA. Usted lo sabrá, que tiene
traza de estar harto de ella.
NISO. ¿Tan gordo estoy?
MARIANA. Por lo mismo;
que es fruta de tan perversa
condición, que á los golosos
enflaquece y no sustenta.
CHINICA. Pague los derechos, pues
se viene aquí á vender piernas
y no las tiene.
NISO. Pues ¡digo!;
¿qué es esto que se menea? (2)
CHINICA. Dos varillas de cortina,
forradas con una media.
NISO. A no mirar que es un hombre
flaco, yo se lo dijera.

(*Salen las* PAYAS *y* PAYOS.)

PAYAS. ¡Señor alcalde!
ESPEJO. ¿Qué es esto?
PAYOS. Señor alcalde, una fuerza.
CHINICA. ¿Qué? ¿ellas os quieren feriar?
J. MANUEL Sí, señor.
CHINICA. Es cosa bella.
ESTEBAN. Quieren que les compren todo
cuanto en el mercado encuentran,
y no tenemos dinero.
ELLAS. Pedirlo prestado.
ESPEJO. Tengan
juicio, que ya me sofoco.
ELLAS. ¡Ferias, ferias, ferias, ferias!
(*Gritando.*)
CHINICA. ¡Azotes, azotes, palos!
ESPEJO. ¡Rueca, rueca, rueca, rueca!
ELLAS. El *uso* es lo que queremos.
ESPEJO. ¡Así andan vuestras molleras!
IB. y PONC. Están locas.
ESPEJO. No, señor;
la locura fué la nuestra
en permitir el mercado;

(1) Variantes del censor en los ocho versos que siguen:

«MARIANA. ¿Cómo? Ni entre tantas gentes
hombre de facha más fresca.
NISO. ¿Tan gordo estoy?
MARIANA. No es por eso;
sino porque te presentas
vivo abadejo, y jamás
le hay tan fresco en la cuaresma.»

(2) «¿qué son las que se menean?» corrigió el censor.

pues todo lo que no vieran
no desearan, ni habría
la emulación manifiesta
de empatarse unas á otras,
peste del mundo tan cierta,
que á algunos sale á la cara
y á muchos á la cabeza:
y así venga el pregonero
y publique en bando pena
de presidio á los marchantes
que una hora se detengan
en el lugar.

LOS QUE VENDEN. Nos perderemos.

ESPEJO. Amigos, tened paciencia;
más vale se pierdan cuatro
que no que el lugar se pierda.

ELLOS. No es justicia.

ESPEJO. Pues no hay gracia.

IB. y PONC. Es muy justa la sentencia.

CHINICA. Si no, que paguen derechos
de todo aquello que vendan,
y en dinero, que en especie
quizá no habrá quien lo quiera.

ELLOS. Apelamos.

ESPEJO. A otra parte,
que aquí se acabó la audiencia.

MARIANA. Menos para mí, que quiero
cantaros luego una nueva
tonada, si mereciere
vuestra atención y licencia.

ESPEJO. Yo te la doy.

LOS JUECES. Y nosotros,
con muchas gracias á cuestas.

PACA. Mejor te las daré yo,
pues así me desempeñas
y complaces al concurso.

ESPEJO. De cuya piedad atenta,
(Con todos.)
hoy esperamos, rendidos,
perdón de las faltas nuestras (1).

---

(1) A continuación van las censuras que dicen.

«Nos el Dr. D. Manuel Fernández de Torres, Presbítero, Abogado de los Reales Consejos, dignidad de Arcipreste de la Iglesia colegial de Talavera y Vicario de esta villa de Madrid y su partido, etc. Por la presente, y lo que á Nos toca, damos licencia para que se pueda representar y represente el sainete antecedente, titulado *El mercado del lugar*, su autor D. Ramón de la Cruz, mediante que de nuestra orden ha sido visto y reconocido y no contiene cosa alguna opuesta á nuestra santa fe y buenas costumbres.—Dada en Madrid á 20 de octubre de 1767.

Dr. Torres.—Por su mandado, *José Antonio Jiménez.*

Madrid 20 de octubre de 1767.—Pase este sainete al fiscal para su examen y con lo que dijere traigase.—*Delgado.*

Madrid y octubre 21 de 1767.—Señor: Este sainete, intitulado *Las ferias del lugar*, que por hallarse enfermo mi compañero el fiscal me ha remitido para que le censure, puede representarse, si fuere del agrado de V. S., como va enmendado, porque, según comprendo, no dejaría de hacer disonancia á muchos la viveza de las expresiones que se notan tildadas, y en que aun el menos escrupuloso repararía sin duda; y, sobre todo, así lo siento, salvo, etc.—*Nicolás González Martínez.*

Madrid 22 de octubre de 1767.—Concédese licencia para la ejecución de este sainete, con tal de que se arregle á las advertencias de la censura antecedente.—*Delgado.*

Sr. D. Francisco de Salazar y Bustamante: El sainete antecedente, con las licencias, censuras y prevenciones anteriores, puede representarse.—Madrid 25 de octubre de 1767.—*Salazar.*»

68

La merienda del jardín.

SAINETE PARA EMPEZAR TEMP. PARA LA COMPAÑÍA DE NICOLÁS DE LA CALLE.

1767 (1).

(Salen cantando y bailando las señoras PETRONILA MÉNDEZ *y* GERTRUDIS, *con* ESTEBAN, FUENTES *y* CALLE, *de jardineros, y luego* JOAQUINA.)

«Pues plácido el tiempo
sereno se ve
y prados y selvas
se ven florecer,
todo sea festejos, júbilo y placer.»

JOAQUINA. ¡Que no os canseis de bailar
todo el día! ¡Cuánto diera
porque ahora viniera el amo
y os diese una linda felpa
por holgazanes!

FUENTES. ¿Acaso
están algunas haciendas
por hacer? Pues déjenos
holgar el día de fiesta.

TODOS. Dice bien.

JOAQUINA. Coche ha parado.

FUENTES. El amo es, que se pasea
y acá viene en derechura.

(Sale Espejo.)

ESPEJO. Muchachos, vamos, apriesa,
poniéndolo todo en forma
y disponiendo las mesas
del cenador, porque traigo
para una grande merienda
convidadas á unas damas,
y quiero quedar con ellas
airoso. Ve tú á echar lumbre
á la cocina, Ginesa;
ve tú al palomar, Antonia,
y bájate una docena
de pichones; tú, Francisca,
ve á sacar las servilletas
y manteles de Alemania,
y tú, Olaya, ve á la huerta
á escoger buenos cogollos.
Vosotros estad alerta
para cortarles las flores

---

(1) *Inédito.* Bib. Municip., leg. 1-165-49. Autógrafo de 1767. Otro manuscrito con las licencias que van al final.

y los claveles que quieran,
y uno que vaya á Madrid
por nieve. ¡Por Dios, que sea
todo con puntualidad,
porque hay gente forastera
en el convite y deseo
que todos mi garbo vean!

Joaquina. ¡Ea, mucho cuento es ése!
¿De cuándo acá usted se empeña
tanto por las damas?

Espejo. Es
por un amigo que anhela
á casarse; tiene dos
que igualmente le interesan
é igualmente no ha tratado,
y quiere desde más cerca
ver cuál le congenia más.

Joaquina. ¡Y que por eso se meta
usté en gastos excusados!

Espejo. Pues si un hombre no sirviera
en un lance á sus amigos,
merecía que le dieran
de patadas. Vamos, vamos,
amigas, que el tiempo vuela
y ya no pueden tardar.

Joaquina. Vamos muy enhorabuena.

Méndez. ¿Y á la noche bailaremos,
señor?

Espejo. Todo cuanto quieran.

Méndez. ¿Y con las usías?

Espejo. ¡Pues!

Méndez. ¡Viva el amo!

Todos. ¡A las haciendas!

Espejo. ¡Despachad!

(*Vanse y sale* Chinica, *muy petimetre.*)

¡Señor don Cosme!;
¡qué temprano!

Chinica. Es que esta siesta
soñé que me había casado
y que no estaba contenta
mi mujer, ni yo tampoco,
porque era alta, gorda y fresca,
y yo flaco, chico y rancio;
y aunque uno creer no deba
en sueños, he venido antes
para que en esta materia
se discurra lo mejor
y usted me diga, en conciencia,
lo que ocurra en el asunto.

Espejo. De modo, amigo, que en esas
cosas nadie puede dar
consejo sin contingencia;
todas las mujeres son
en un cierto modo buenas.

Chinica. Pues de ese modo, casarse.

Espejo. Y de otro modo perversas.

Chinica. No casarse de ese modo;
pero lo que yo quisiera
es saber las circunstancias
de las dos madamiselas
que me han propuesto.

Espejo. Una es linda.

Chinica. Eso será conveniencia
de mis amigos, no mía.

Espejo. Pero muy pobre.

Chinica. Ya es fea.

Espejo. La otra es muy rica.

Chinica. Eso es bueno.

Espejo. Pero es sumamente terca
y gritadora.

Chinica. ¡Qué tal
me pondría la cabeza!

Espejo. Y entrambas son chiquititas.

Chinica. Esa es una buena prenda;
que se ahorra en cada basquiña
un par de varas de tela.

Espejo. En fin, vos las veréis luego;
y con maña y con cautela
tantearéis las circunstancias.

Chinica. ¿Y si ambas á dos me tientan?

Espejo. Apartarse á tomar fresco,
para después con prudencia
reflexionar el asunto.

Chinica. Y diga usted: ¿no pudiera
uno tomar un cortejo
que tal cual le entretuviera
y dejarse de bodorrios?

Espejo. Eso es más caro.

Chinica. ¿Qué? ¿cuesta
dineros el cortejar?

Espejo. Mucho y en buena moneda.

Chinica. ¿Con que eso se paga como
si se comprara en la tienda?

Espejo. Sólo con la circunstancia
que no es proprio ni se estrena.

Chinica. ¡Los tontos que hay en el mundo!
y me creía yo que era
solo!

Espejo. Creo que he sentido
ruido de coche á la puerta.

Chinica. Todo me he sobresaltado:
¡qué mi madre me pariera
á mí tan corto de genio!

Espejo. Vamos á ver si son ellas.

(*Al llegar al bastidor, salen las señoras* Paula, Rita, Paca *y* Felipa, *con todos los hombres que quisieren, de petimetres, menos* Nicolás.)

Espejo. ¡Señoras!

Paula. Señor don Luis:
mire usted si satisfechas
vivimos de su favor,
que tenemos la llaneza
de traer nuestros tertuliantes.

Espejo. Pueden muy bien, como dueñas
de cuanto yo valgo, ustedes
mandar en todo.

PAULA. Manuela,
mira qué lindo jardín.
RITA. Ya le había yo visto. Pepa,
mira tu novio.
PACA. No tiene
cara de hacer cosa buena.
FELIPA. ¿Qué le parece á usted, tío?
TOMÁS. Es una cosa estupenda.
ESPEJO. Caballeros, bien podéis
usar como cosa vuestra
del jardín y de la casa.
TODOS. Os damos mil gracias.
PAULA. ¡Ea!
vamos á pasear, señores.
ESPEJO. Aun tiene el sol mucha fuerza;
mejor es aquí, á la sombra,
tener un rato de fiesta
ó de tertulia. Muchachos,
los bancos. *(Sacan bancos.)*
LAS DAMAS. Sea en hora buena.
ESPEJO. Señor don Cosme, ¿qué hacéis?
CHINICA. Estoy echando la cuenta
de los que á cada madama
le tocan de la caterva.
ESPEJO. Todos casi los trae una;
eso á vos no os cause pena.
Sentaos entre las dos niñas,
y ved cuál es la que peta.
CHINICA. Ya lo sé yo.
ESPEJO. ¿Cuál?
CHINICA. Ninguna.
ESPEJO. Aquí entre las dos solteras,
amigo, me ayudaréis
á que estas señoras tengan
algún más obsequio y
la tarde menos molesta.

(En un banco largo se sienta, entre PACA y FELIPA, y habla á las dos alternando.)

PAULA. Señor don Luis ¡usté aquí!
CHINICA. ¿Con que usted es forastera?
¿Con que usted es de Madrid?
Oye usted, ¿y de qué tierra?
¿Y en qué calle vive usted?
Oye usted, ¿y cuántas leguas
está de aquí? ¿Dónde va
usted á misa?
PACA. A la iglesia.
FELIPA. Vaya, que el buen caballero
parece devanadera.
EUSEBIO. Caballero, usted no es fácil
que á dos empeños atienda;
y así, con su permisión,
me sentaré á la derecha
de esta dama.
(Se va á la punta del banco.)
PACA. Sí, señor;
con eso al señor le queda
libertad de hablar con una,
sin que el desaire padezca
la otra, ó esté por demás.
FELIPA. Pues en ese caso venga
usté aquí, señor don Pedro,
para que á doña Josefa
le quede el campo por suyo.
IBARRO. ¿Y siempre se le reserva
á este caballero el
lugar de la preferencia?
(Se va á la otra punta.)
CHINICA. ¿Y cuál es ése?
IBARRO. El de enmedio.
PACA. Ya se ve, pues ¿no era fuerza
si nos ha venido á honrar?
CHINICA. Pues oiga usted: yo quisiera
hablar á usted muy despacio.
PACA. Ahora no, que tendrá queja
mi amiguita; otra ocasión
habrá, y si no la hay, ¡paciencia!
Hablemos de cualquier cosa,
(A EUSEBIO.)
á ver si este hombre me deja.
CHINICA. Esta es despegada; veamos
esta otra si se pega.
¿Oye usted?: en acabando
de tratar esa materia *(A FELIPA.*
con el señor, tengo yo otra
más útil que proponerla.
FELIPA. ¡Perdone por Dios, hermano;
que se ha cerrado la audiencia
en ese oído!
CHINICA. ¿Pues qué?
¿he de estar hecho un babieca
sin que hablemos todos?
FELIPA. Tío,
usted que es hombre de letras
y de noticias, aquí
tiene gente de su tierra.
CHINICA. Yo no lo digo por tanto;
si estorbo, me iré á la huerta
á pasear.
TOMÁS. Iremos juntos,
y si traéis la *Gaceta*,
la glosaremos ó iremos
á coro rezando nuestras
devociones.
CHINICA. No, señor;
voy á dar dos providencias
que me ha encargado el amigo.
ESPEJO. Dejadlas, que ya están hechas,
y escuchad una palabra.
PAULA. Vos tenéis mucha viveza
para cortejar; habiais
de ir descubriendo la senda,
poco á poco.
CHINICA. No, señora;
yo no gusto de veredas,
sino del camino real.
PAULA. Pues son muchachas de prendas

las dos, y si no sentaos
aquí á mi lado.

CHINICA. No sea
que me hagan dejar el puesto
después...

PAULA. No me hagais la ofensa
de pensarlo, y yo os haré
ver que toda su aspereza
es por probaros y ver
si sois hombre de paciencia
cuando pretendéis casaros

CHINICA. ¿Y para qué es esa prueba?

PAULA. Porque es común.

CHINICA. Y corriente.

PAULA. Dejemos esa materia,
y ¿qué os parecen las novias?

ESPEJO. ¡Si usted cantar las oyera
á las dos!

PAULA. Eso es muy fácil.
Digo, señoritas; mientras
de poner se acaba el sol
¿favorecernos pudieran
con cantar alguna cosa?

RITA. Dice muy bien. Vaya, Pepa,
canta alguna tonadilla.

PACA. Donde hay dama forastera,
fuera una descortesía.

FELIPA. Y también, donde hay maestras,
fuera osadía cantar
una principianta.

ESPEJO. ¡Ea!:
que todo se compondrá.
Canten ambas.

PACA. Norabuena:
mas la amiguita primero.

FELIPA. Tío, ¿qué haré?

TOMÁS. Lo que quieras.

PAULA. Haz lo que te mandan, canta.

FELIPA. Pues séalo que obedezca
méritos para que suplan
los defectos que cometa.

(*Tonadilla la* FELIPA.)

TODOS. ¡Viva, viva!

TOMÁS. Si se aplica
la muchacha, será buena.

PAULA. ¿Qué le ha parecido á usted?

CHINICA. No sé, que el alma, suspensa
de vuestra beldad, no tuvo
libertad de oirlas ni verlas.

PAULA. Cuidado, no sea que lo oigan
las novias y celos tengan.

CHINICA. ¿Qué se me da á mí? ¡Ojalá
que usted á mí me quisiera,
sin perjuicio de tercero,
por suyo; en inteligencia
de ser solo, porque tengo
angostas las tragaderas!

PAULA. Justamente llega usted
á encontrar la cosa mesma
que buscaba, porque yo
vivo sin saber qué sea
esto de conversación
media vara de la oreja,
ni cortejo ó patarata,
y sólo usted me pudiera
obligar...

CHINICA. Muy bien está.
Renuncio bodas, y sean
vuestros obsequios mi empleo.

PAULA. ¿Sois firme?

CHINICA. Como una piedra.

PAULA. ¿Amante?

CHINICA. Como un Macías.

PAULA. ¿Tierno?

CHINICA. Como manteca.

PAULA. ¿Y sois garboso?

CHINICA. Es verdad;
ajustemos esa cuenta
y veamos antes lo
que me ha de costar la fiesta.

PAULA. Nada; á precio de suspiros
solo mi favor se feria.

CHINICA. Suspiraré yo...

(*Sale* NICOLÁS.)

NICOLÁS. Madama;
por hacer las diligencias
que me mandasteis tardé
en venir á donde fuera,
volante de vuestro coche,
presurosa mi fineza.

PAULA. Yo os lo agradezco: venid.

NICOLÁS. Caballero, con licencia
de usted.

(*Se sienta casi sobre* CHINICA.)

CHINICA. ¡Sobre que no cabe!
¿no ve usted que me revienta?

NICOLÁS. Pues esto así se compone.

CHINICA. ¡Señora, que me echa fuera!
(*Se levanta.*)

PAULA. ¿Y qué queréis que yo le haga?

CHINICA. Pues ¿y la correspondencia
prometida?

PAULA. Se acabó:
¿qué? ¿había de ser eterna?

CHINICA. ¿Se podrá dar en el mundo
semejante desvergüenza?
Don Luis, yo voy á perderme,
y que estas mujeres sepan
que, aunque chiquito, soy guapo.

ESPEJO. Ved que mi casa se arriesga.

CHINICA. Aunque se perdiera el reino.

(*Sale* JOAQUINA.)

JOAQUINA. Señor, ya está la merienda.

CHINICA. Agradezcan á ese aviso,
que mis cóleras se templan;

que si no, yo les haría
salir de aquí sin las piernas.

ESPEJO. Señores, á merendar,
y lo que de tarde resta
á disfrutar el jardín;
que tiempo á la noche queda
de bailar y divertirse.

EUSEBIO. ¿Y qué? ¿no ha de cantar esta
señorita?

PACA. Yo estoy pronta
á cantar lo que se ofrezca,
ahora y siempre, y les prometo
una tonadilla nueva
hoy, y para todo el año
cuanto den de sí mis fuerzas.

NICOLÁS Vamos, y el noble auditorio,
hecho cargo de la priesa
de este sainete primero,
cualquier defecto que tenga
disimule...

(*Con todos.*)

Como á todos
de los que nos acontezca (1).

69

Los pobres con mujer rica.

1767 (2)

En las casas de los pobres
visitas de caballeros,
si los pobres son casados,
raras veces son á ellos.

PERSONAS

JUAN EL PICAPEDRERO.—DOÑA INÉS *su mujer*.—UNA CRIADUELA.
EL TIO CHISPA, *herrero*. -SU OFICIAL. SU APRENDIZ.—DOÑA ANDREA *y* DOÑA JUANA, *petimetras*. UNA CUÑADA, *zarrapastrosa, de la primera*.—UN VAGO, *marido de Doña Andrea*.- UN ALBAÑIL *marido de Doña Juana*.—CORTEJANTE 1.° *y* CORTEJANTE 2.°, *aventureros*.—VAGO, *guitarrista*.—VECINA 1.ª—OTRAS VECINITAS *y* PILLOS.—UN ALCALDE DE BARRIO.—SU RONDA.

(*La escena es en el barrio del Avapiés, de Madrid.—Calle. Salen el* TIO CHISPA, *su* OFICIAL *y su* APRENDIZ, *de herreros, con alguna obra.*)

T. CHISPA. ¿Conque ésta que hemos topado,
tan guapa y con tantos gestos,
es la vecina, mujer
de Juan el Picapedrero?

LOS DOS. La misma.

T. CHISPA. A mí me parece
imposible, y no me atrevo
á asegurarlo hasta que
lo averigüe por mí mesmo.

APRENDIZ. Pues hoy no va todo el tren.

OFICIAL. ¿La vistes en el paseo
de San Isidro, Colás?

APRENDIZ. ¡No había de verla! Y me acuerdo
que llevaba más de treinta
usías al redopelo.

T. CHISPA. ¿Y de dónde saca un pobre
oficial tanto dinero?

OFICIAL. De donde lo sacan otras
oficialas que tenemos
también en la vecindad.

APRENDIZ. Calle usted, señor maestro,
que usted no sabe en Madrid
lo que hay.

T. CHISPA. Ni quiero saberlo.
Id á llevar esa obra
en casa del carpintero,
y marchad luego á la tienda
á esperarme si no he vuelto.

APRENDIZ. ¡Digo, lo que viene aquí!

T. CHISPA. ¿Quiénes son éstas?

OFICIAL. Reparemos,
que vecinas son también:
yo se las iré diciendo.

(*Hablan aparte.*)

(*Salen los* CORTEJANTES 1.º *y* 2.º, *de petimetres, cortejando á las señoras* DOÑA ANDREA *y* DOÑA JUANA, *que saldrán de mantillas, muy bizarras, y la cuñada con ella muy desairada.*)

CORT. 1.° ¿Es posible, señorita,
que no merezca á lo menos
que me diga dónde vive?

D.ª AND. Si yo en mi casa no puedo
tener visitas, ¿de qué
le sirve á usted el saberlo?

CORT. 2.° ¿Conque aquí no hay más arbitrio
que apelar á los encuentros?

D.ª JUANA. No puede ser otra cosa;
porque tiene muy mal genio
mi marido.

---

(1) Siguen las censuras, que dicen:

«Madrid 18 de abril de 1767.—Extiéndase la licencia.

Nos el licenciado D. José Armendáriz y Arbeloa, Presbítero, Teniente vicario de esta villa y su partido, etc. Por la presente, y lo que á Nos toca, damos licencia para que se pueda representar el sainete antecedente, compuesto para la compañía que refiere por D. Ramón de la Cruz, cuyo título es *La merienda del jardín*, atento que de nuestra orden ha sido reconocido y no contiene cosa opuesta á nuestra santa fe y buenas costumbres. Fecha en Madrid á 18 de abril de 1767. -*Lic. Armendáriz.*—Por su mandado, *Juan Eugenio Martínez Mora.*

Madrid 18 de abril de 1767.—Pase al fiscal para su examen y con lo que dijere tráigase.—*Delgado.*

Señor: Dando V. S. su permiso y licencia, puede representarse este sainete, salvo, etc. — Madrid 18 de abril de 1767. -*Antonio Pablo Fernández.*

Madrid 18 de abril de 1767.—Ejecútese.—*Delgado.*

Madrid 19 de abril de 1767.—Ejecútese.—*Mesa.*»

(2) Impreso por el autor en el tomo II, pág. 121, de su colección, y por Durán en la suya, tomo I, pág. 489. En la Biblioteca Municipal. leg. 1-168-17, hay un manuscrito, copia antigua, con las licencias y aprobaciones fechadas á 4 de junio de 1767 y los nombres de los actores que representaron esta obra. Fueron, por el orden con que se enumeran en el encabezado del sainete impreso arriba, éstos: Chinica, Paquita, la Méndez, Espejo, Fuentes, Hidalgo, Paula, Mariana, Gertrudis, Ibarro, Ponce, García, Eusebio, y el alcalde, Niso.

CUÑADA. Que ya es tarde,
chicas, vámonos corriendo,
no sea que vuestros maridos
lleguen á casa primero.

CORT. 1.º ¿Quién es ésta?

D.ª AND. Es una hermana
de mi marido, que tengo
en casa por caridad.

CORT. 1.º ¿Y no me diréis qué empleo
tiene vuestro esposo?

D.ª AND. Ahora
nada, que como los tiempos
están así, no halla el pobre
á dónde meter el cuezo.
¡Así para acomodarle
fuera usté hombre de provecho,
que él sería agradecido!

CORT. 1.º ¿Pero á qué aspira?

D.ª AND. El es bueno
para todo, y ya valdría
su capa mucho dinero,
como supiera leer
y escribir.

CORT. 1.º Pues no sabiendo
leer ni escribir ¿en qué
queréis que le acomodemos?

D.ª AND. ¡Ahi está la gracia!

CORT. 2.º Y vaya:
¿en qué se ejercita vuestro
marido?

D.ª JUANA. A peón de albañil;
y no le parió para eso
su madre, que es de muy buena
gente; pero, caballero,
como él dice, peor sería
ponerse á ladrón.

CORT. 2.º Es cierto.

D.ª JUANA. Aquí tiene mil parientes
colocados y bien puestos;
pero cada uno se está
en su casa y no los vemos.

CORT. 2.º No dudo yo que tendréis
muy honrados parentescos;
mas siendo inútiles, no
debéis hacer caso de ellos.

D.ª AND. Adiós, señores; que estamos
ya cerca, y yo no me atrevo
á que nos acompañéis.

CORT. 2.º Decid el nombre á lo menos.

D.ª AND. Doña Andrea de Chinchilla,
Burgos, Bilbao y Oviedo,
hidalga por todos ocho
costados de mis abuelos.

CORT. 1.º Sea muy enhorabuena,
aunque sea más sentimiento
para mí no dedicar
á vuestros pies mis obsequios.

CUÑADA. ¿Oyes?: en casa de Inés
bien pudieran, con pretexto
de que allí van muchas gentes,
ir después y bailaremos.

D.ª AND. Yo no tengo inconveniente.

CORT. 2.º Pues por nosotros no creo
le hay tampoco.

D.ª AND. Pues bien,
después, en anocheciendo,
volved, y en aquella calle
preguntad hacia el comedio
por doña Inés, la mujer
de Juan el Picapedrero,
que allí estaremos nosotras.
Vámonos, Juana, corriendo,
que ya se va haciendo tarde.

CORT. 1.º Si puede haber algún riesgo
en que nos déis ese gusto,
nosotros...

D.ª AND. ¿Qué? ¿tenéis miedo?

CORT. 2.º No, señora; ustedes vayan
con Dios, que ya volveremos.

CUÑADA. A eso de las ocho y media.

LOS DOS. Muy bien. Adiós.

LAS TRES. Hasta luego.
(*Vanse las tres.*)

CORT. 2.º ¿Doña qué? ¿Oyes?

CORT. 1.º Doña Andrea
de media España.

CORT. 2.º No es eso.
¡Ah! Doña Inés, la mujer
de Juan el Picapedrero.

CORT. 1.º Hombre, yo creí de risa
reventar.

CORT. 2.º ¿Y volveremos?

CORT. 1.º ¿Qué hemos de hacer esta noche?
Vendremos á ver qué es esto
un instante.

CORT. 2.º El chasco es
el que hayamos de meternos
entre gentecilla.

CORT. 1.º En fin,
vendremos antes: veremos
qué traje tiene la casa
de esa Inés; y conociendo
que no nos puede estar bien,
entonces afufaremos.

CORT. 2.º Vaya, que locas como ellas
no es dable.

CORT. 1.º Pues ve con tiento:
que éstas, á mi parecer,
son de aquellas de tomemos,
y si nos piden, enviarlos
á cobrar á los infiernos.

CORT. 2.º ¡A bien que un par de pesetas
de botillería las hemos
devengado en risa!

CORT. 1.º Vamos:
no se nos olvide luego
la calle.

CORT. 2.º Ni yo tampoco

sé la calle que es, por cierto.
CORT. 1.° Pues aquí viene un guilopo;
á él preguntarle podemos.

(*Sale* JUAN, *distraído, con herramientas de picapedrero debajo de la capa.*)

JUAN. ¿Para qué me aplicaría
mi padre á este oficio, habiendo
otros que producen más
porque se trabaja menos?
Sin duda debo venir
de casta de majaderos:
pues peor oficio que todos
es ser casado, y yo mesmo
me le apliqué, y cuanto más
trabajo, menos le entiendo.
CORT. 1.° Amigo...
JUAN. Dios guarde á usted.
CORT. 1.° ¿Qué calle es esta que vemos
aquí á la izquierda?
JUAN. La calle...
la calle... de... no me acuerdo.
CORT. 2.° ¿No sois de este barrio?
JUAN. Sí,
y yo vivo enmedio enmedio
de la tal calle.
CORT. 1.° (*Ap. los dos.*) Pues no
le preguntes más: no demos
que sospechar á esta gente.
CORT. 2.° Bien dices. ¡Guardeos el cielo!
(*Vanse.*)
JUAN. Vayan ustedes con Dios.
¿Qué les importará á éstos
que sea la calle que fuere?
Yo aseguro desde luego
que no es para obra ninguna
de caridad.

Sale el TÍO CHISPA.

T. CHISPA. ¿Qué ha sido eso,
vecino mío?
JUAN. Tío Chispa,
querían saber aquellos
señores de nuestra calle
el nombre, y yo (que me muero
por hacer cualquiera gusto)
no se lo he dicho.
T. CHISPA. Bien hecho;
pues estos dos perillanes
hasta la esquina vinieron
con dos petimetras que,
según dicen mi mancebo
y mi aprendiz, son mujeres
la una del forastero
de la guardilla, y la otra
de aquel albañil manchego
que vive en el patio; ved
si pueden ser con fin bueno
las preguntas.
JUAN. ¡Oh! los fines
que llevan los caballeros
á las casas de los pobres
siempre suelen ser muy bellos.
T. CHISPA. Y más cuando son casados.
JUAN. ¿Ha visto usté en algún tiempo
estos señores en casa
del pobre viudo ó soltero?
¿Qué va que no le visitan
á usted?
T. CHISPA. ¡Dios me libre de ellos!
JUAN. ¿Se viene usté á casa?
T. CHISPA. No;
que á un parroquiano le tengo
que entregar un poco de obra,
y voy á pillar dinero.
JUAN. Yo voy á ver á mi Inés,
cenar y acostarme presto
en paz, si Dios es servido
y visitas no tenemos
de las vecinas, que suelen
venir y, con el pretexto
de que tengo el cuarto grande,
suelen armar un poleo
mediano; es verdad que yo
en dando las diez me acuesto.
T. CHISPA. ¿Y dormís?
JUAN. Mi Inés alaba
á Dios en ver cómo duermo.
haya la bulla que hubiere
en casa; es verdad que vengo
todas las noches molido.
T. CHISPA. Pues, vecino, yo no apruebo
que duerma tanto un casado.
JUAN. Yo sé la mujer que tengo,
amigo, y tanto me quiere
dormido como despierto.
T. CHISPA. Con todo, la confianza
suele ser madre del riesgo,
y en el barrio se murmura...
JUAN. Vos sois un maldito viejo,
tío Chispa, y murmurador
sin conciencia.
T. CHISPA. Y vos un necio,
bárbaro, que por los ojos
os dejais meter los dedos,
ó consentís...
JUAN. ¿Quién, yo?
T. CHISPA. Sí.
JUAN. Diga usted lo que consiento.
T. CHISPA. Que lleve vuestra mujer
mucha seda, muchos vuelos,
mucha escofieta y reloj...
y vos llevais muchos...
JUAN. Quedo.
T. CHISPA. Guiñapos, quiero decirlo;
y por remate del cuento,
si lo dudais, os haré
abrir los ojos y verlo. (*Vase.*)

JUAN. ¿Mi mujer reloj y seda,
y yo todo el día riñendo
con las tripas por el hambre
y de más á más en cueros?

(*Sale el* ALBAÑIL, *de albañil.*)

ALBAÑIL. Adiós, Juan.
JUAN. Adiós, Perico.
ALBAÑIL. Me alegro de verte bueno;
á tu mujer ya la he visto
esta tarde, que iba cierto
como una señora.
JUAN. ¿Dónde
la encontraste?
ALBAÑIL. Hacia el paseo
iba, y me dió cortedad
saludarla por aquellos
que iban con ella. Adiós, hombre,
(*Le da la mano.*)
que voy de prisa; me alegro. (*Vase.*)
JUAN (*Canta*).
«Echele usté agrio,
verá usté que gustito
que tiene el caldo.»
(*Representa.*)
¡Vaya, que hay lances capaces
de dejar á un hombre muerto!
¡Mi mujer andar por ahí
sin mi licencia en paseos!
Si acaso... pero estas cosas
jamás acaso se han hecho.
Los vecinos... Los vecinos
con su obligación cumplieron,
supuesto que lo observaron
y después lo van diciendo.
¿Si la mataré? Sí... no...
no... sí... ¿Si me estaré quieto
hasta ver? Sí; esto es lo más
sano, y aun después de verlo.
Honor, sospechas, ¿que haré?
¿Por dónde partiré, celos,
que no sé si medio parta
ó si parta por entero?
¿Callaré? No, que es común.
¿Sufriré? Tengo mal genio.
¿Pues qué he de hacer? Observar
mis sospechas, y si encuentro
la mayor ó la menor
cosa de las que recelo,
me cargaré de razón,
y haré... lo que otros han hecho.
(*Vase.*)

(*Descúbrese la casa pobre, con una arca, algunas sillas viejas y una mesita. Sale del lado izquierdo la* CRIADCELA, *indecente, y* DOÑA INÉS, *del derecho, muy petimetra y acelerada, y desnudándose pone en el arca los vestidos.*)

D.ª INÉS. Muchacha, ¿ha venido el amo?
CRIADA. No, señora.
D.ª INÉS. Pues corriendo
ve guardando esos vestidos
en la arca y dame los viejos.
¡Despáchate, apriesa, apriesa!
CRIADA. Pues todavía no creo
es tan tarde que mi amo
pueda venir.
D.ª INÉS. Con todo eso,
es menester prevenirse.
Toma, guarda allí los vuelos,
el reloj y el abanico.
CRIADA. ¡Hola, señora, éste es nuevo!
D.ª INÉS. Vamos, guárdale y ahora
no te detengas á verlo.
CRIADA. Señora, aquel melitroncho
que vino con don Lorenzo
la otra noche, ha estado aquí;
¡y si viera usted qué terco
estaba sin querer irse!
D.ª INÉS. Le estarías entreteniendo
tú con tu conversación,
y le detendrías.
CRIADA. Cierto.
¡Pues vaya que la muchacha
es amiga de cortejos!
D.ª INÉS. Daca, daca la labor
para que disimulemos
cuando venga.

(*Sale* JUAN.)

JUAN. Sea alabado
el que mata los gallegos.
LAS DOS. Por siempre.
JUAN (*Aparte*). La labor, dijo,
para que disimulemos
cuando venga. Más aprieta
este testigo que aquéllos.
D.ª INÉS. ¿Qué traes, hombre?
JUAN. Chica, toma
el capote y el sombrero,
y guárdame la herramienta.
D.ª INÉS. ¿Cómo vienes?
JUAN. Como vengo.
Dame la bata.
CRIADA. Aquí está.
(*Le trae una chupa rota.*)
JUAN. Dame el jarro.
CRIADA. No tenemos
agua.
JUAN. ¿Ni vino?
CRIADA. Tampoco.
JUAN. Pues no lo traigas. Yo creo
que todos mienten. ¿A dónde
están tantos lucimientos
como dicen?
D.ª INÉS. Vaya; dale
á la muchacha dinero
para ensalada y aceite.
JUAN. ¿Sabes tú ya que le tengo?

D.ª INÉS. ¿Pues no has de tener?
JUAN. ¿De dónde?
D.ª INÉS. ¡Qué sé yo! De los infiernos.
JUAN. Allí dicen que tenéis
vosotras el tesorero.
¿No tienes tú algunos cuartos?
D.ª INÉS. Cuatro, pero no son éstos
para emplearlos en aceite.
JUAN. Es verdad.
D.ª INÉS. No seas molesto:
despacha esa chica.
JUAN. Vaya,
trae un ochavo de berros,
y que te den buen recado.
CRIADA. Mire usté que al aceitero
se le debe ya una libra.
JUAN. Que te dé otra y deberemos
dos
D.ª INÉS. Yo no gusto de trampas.
JUAN. ¡Hola! Con que supondremos
que lo que debes lo pagas.
D.ª INÉS. Cabal.
JUAN. Pues ajustaremos
una cuenta entre los dos.
Anda, marcha tú corriendo
por el aceite.
D.ª INÉS. Cuidado,
chiquilla, que vuelvas presto.
JUAN. Cierra la puerta hacia allá.
D.ª INÉS. No la cierres, deja abierto
de par en par. *(Vase.)*
JUAN *(Aparte)*. Voy á ver
si me puedo poner serio.
D.ª INÉS. Hombre, ¿qué columpio es ese?
JUAN. Me estoy aquí entreteniendo.
Inés, dame tú la llave
del arca, veré si encuentro
una cosa.
D.ª INÉS. Allí no hay nada
tuyo.
JUAN. Dámela y veremos.
D.ª INÉS. Se ha perdido.
JUAN. Dácala.
D.ª INÉS. ¡Dale!
JUAN. Dácala.
D.ª INÉS. No quiero.
JUAN. Dácala.
D.ª INÉS. No seas pesado.
JUAN. Dácala.
D.ª INÉS. ¡Si no la tengo!
JUAN. Dácala.
D.ª INÉS. En la cerradura
me parece que la veo.
(Ap.) ¡Vágame Dios, si me mira
la faltriquera, me pierdo!
La esconderé. *(Se levanta.)*
JUAN. ¿A dónde vas?
D.ª INÉS. A buscarla
JUAN. ¿Esas tenemos?
Yo la buscaré mejor;
mira si la encontré presto.
(Se la quita.)

(Salen CORTEJANTES 1.º *y* 2.º*)*

LOS DOS. *¡Deo gracias!*
D.ª INÉS. Pasen ustedes
adelante, caballeros.
JUAN. ¿Qué se les ofrece á ustedes?
CORT. 1.º Perdone usted, que no es esto
lo que buscamos. Adiós.
JUAN. ¿Que no es á mí? ¡ya lo creo!
D.ª INÉS. A mí tampoco será.
CORT. 1.º No; pero en un cuarto de éstos
buscamos á doña Inés,
mujer de un picapedrero.
JUAN. ¿Se llama Juan?
CORT. 2.º Justamente.
JUAN. Pues tomad unos asientos,
que yo soy ese Juan y ésta
la Inés al servicio vuestro.
LOS DOS. De modo que aquí venimos...
JUAN. Que aquí venís ya lo veo.
Siéntense ustedes, sepamos
á qué vienen y hablaremos.
(Se sientan.)
CORT. 1.º Yo me acuerdo de haber visto
á usted.
JUAN. Yo también me acuerdo;
adelante.
CORT. 1.º Yo no sé
qué le diga.
JUAN. Ve encendiendo
el velón, chica, que es tarde.
CORT. 2.º Tienen ustedes un bello
cuarto.
JUAN. Pues aun son mejores
las dos piezas que están dentro.
CORT. 1.º ¡Tiene sol de medio día?
JUAN. No, señor; antes solemos
estar entonces á oscuras.
D.ª INÉS *(Ap.)* ¿A qué habrán venido éstos?
D.ª AND. *(Dentro)*. Manolilla, saca luz.
D.ª INÉS. Alumbra, chica, que creo
que vienen ya las amigas.
CORT. 1.º Salimos ya del aprieto.
JUAN. Esta noche ha de haber fiesta
con todos los instrumentos.

(Salen DOÑA ANDREA *y* DOÑA JUANA, *de petimetras, con vaqueros ó jubones de moda y briales, y los hombres que parezca, y un vago con guitarra. Y luego van saliendo otros, y la* VECINA 1.ª, *al bastidor, que figura la puerta, y se quedan allí como que van á ver la fiesta.)*

D.ª AND. Esta noche nos venimos
temprano, porque tenemos
mucha gana de bailar.
D.ª INÉS. Hacéis bien.
D.ª JUANA. Vaya, me alegro
que estés tan acompañada.

D.ª INÉS. Pues creed que yo no tengo
noticia...

D.ª AND. (*Ap. á D.ª Inés.*) ¡Calla, demontre!;
que no queremos que nuestros
maridos sepan que aquí
los hemos citado.

D.ª INÉS. El cuento
es que el otro está que rabia.

D.ª JUANA. Después los embrollaremos
á todos.

D.ª INÉS. Sentarse hasta
donde alcancen los asientos,
señores, que aquí no hay más.
¿Oyes?: ya sé quién son éstos,
y á qué vienen. (*A Juan.*)

JUAN. ¿Cuánto va
á que yo también lo acierto?

ALB. (*Entre ellos.*) A fé que se ha echado Inés
valiente par de cortejos.

VAGO. Y luego murmura Juan
de nosotros si solemos
llevar á casa un amigo.

ALBAÑIL. ¿Oyes?: ¿no miras aquello?
Más parece que se aplican
á nuestras mujeres.

VAGO. Estos
son grandes politicones;
y las hablan por lo mesmo
que tienen más confianza
con la otra.

ALBAÑIL. Ya lo entiendo.

D.ª INÉS. Lástima es que no tengamos,
para que mejor bailemos,
quien toque el violín.

JUAN (*Aparte*). Después
te tocaré yo el salterio.

D.ª INÉS. ¿No te vas á acostar, hijo?

JUAN (*Aparte á ella*):
Esta noche no me acuesto
hasta bailar sobre el arca
y sobre ti el taconeo.

D.ª AND. ¿Oyes, marido?

VAGO. ¿Qué quieres?

D.ª AND. Llega á ver si está don Pedro
en casa, y di que te dé
el violín.

VAGO. Voy. (*Vase.*)

D.ª AND. Vuelve presto,
ó no vuelvas.

CORT. 1.º ¿Es aquél
vuestro digno esposo?

D.ª AND. El mesmo.

CORT. 1.º Le tenéis bien enseñado.

D.ª AND. Cuidado con el empleo.

(*Sale el* VAGO.)

VAGO. Mujer, ya está aquí el violín.

(*Sale el* TÍO CHISPA.)

T. CHISPA. Buenas noches, caballeros.

D.ª INÉS. El tío Chispa también
es amigo de bureo.

T. CHISPA. ¿Cómo va, compadre Juan?

JUAN. ¿Cómo ha de ir? Como el enfermo
que nada le duele y poco
á poco se va muriendo.

D.ª INÉS. Chica, pon allí otra luz,
y ármese el baile, que el tiempo
se va pasando.

T. CHISPA. ¡Jesús;
cuál huele la casa á espliego!

JUAN. No es la casa, que es la ropa
de la gente.

T. CHISPA. Ya lo huelo,
y no me gusta.

JUAN. ¿Por qué?

T. CHISPA. Porque, amigo, los zaumerios
exteriores son señales
ciertas de que hay peste dentro.

D.ª AND. Vamos, ¿quién baila con quién?
Nosotras dos ya nos hemos
acomodado.

CORT. 1.º ¿Pues qué?
¿no se han de bailar primero
unos minuetes?

D.ª JUANA. Amigo,
es ese baile muy serio.

CORT. 2.º ¿Pues qué se baila?

VAGO. Fandango
ó seguidillas.

D.ª AND. Bailemos
seguidillas por ahora.

T. CHISPA. ¡Qué lindo rato que espero,
luego que llegue la ronda
que he avisado, á ver si dejo
limpia la casa y á estotro
seguro de que no miento!

CORT. 2.º Pues vaya con diferencias.

D.ª INÉS. Eso sí, diferenciemos.

(*Bailan, y luego salen algunos de ronda con su* ALCALDE DE BARRIO.)

ALCALDE. Cuidado que nadie salga
ahora. ¿Quién es el dueño
de la casa?

JUAN. Estos señores.

D.ª INÉS. ¿Ronda en mi casa? ¿qué es esto?

CORT. 1.º ¿Dónde nos hemos metido,
hombre? (*Temblando.*)

CORT. 2.º ¡Buena la tenemos!

ALC. (*Al Tío.*) Buen hombre, dígame usted:
¿cuál es el oficio de estos?

T. CHISPA. Este es sastre, éste albañil
y estotro picapedrero;
éste holgazán, éste dice
que es pretendiente.

ALCALDE. Lo mesmo.

T. CHISPA. Yo herrero, y estos dos son
(*Señala.*)
mi aprendiz y mi mancebo,

y estas que véis son mujeres
de éste, de éste y de éste.

JUAN. Bueno.

ALCALDE. Mucho da de sí el oficio.

D.ª INÉS. Vaya, que no tengo puesto
ningún traje de tisú;
estotras...

D.ª AND. Quedo con eso
de estotras; que quizá tienes
tú en el arca más dinero
y más ropa que nosotras:
sino que andas siempre huyendo
de que vea tu marido
la presunción, y en volviendo
la espalda sacas el tren,
y todos se quedan lelos.

ALCALDE. Pues usted no está indecente.

D.ª JUANA. Sacamos las dos un terno
de lotería, y entonces
nos forramos el pellejo.

D.ª INÉS. Eso es mentira.

ALCALDE. ¿Y quién son
ustedes dos, caballeros?
(*Les habla aparte.*)

VAGO. ¡Qué aguda que es tu mujer!

ALBAÑIL. No tiene respuesta aquello.

T. CHISPA. ¿Qué te parece, Juanito?

JUAN. Hasta ahora va bien esto.

ALCALDE (*A los* CORTEJANTES, *quedo*):
Quedamos en que mañana
á las siete los espero
en mi casa.

LOS DOS. Sí, señor:
entrambos sin falta iremos. (*Vanse.*)

ALCALDE. Dejadlos salir, y todos
los demás que vayan presos,
mientras les averiguamos
las vidas y los excesos.

JUAN. Todo se reduce á un punto;
no es menester muchos pliegos
de papel para escribirlos.

T. CHISPA. Ahora, señor, yo os advierto
que aquí nada hay malo, sólo
el escándalo y aquello
de bailar los cortejantes
y sacarles el dinero;
porque jamás hemos visto
cosa de sospecha, y eso
que á mí nada se me escapa.

D.ª INÉS. Señor, que miréis os ruego
qué se dirá de nosotras.

TODAS. Todas nos enmendaremos.

ALCALDE. ¿Se enmendarán?

JUAN. Esta noche.

ALCALDE. Obrar con rigor no quiero
la primera vez; cuidado
la segunda.

JUAN. ¿Oyes?: te advierto
que se ha de quemar el arca
al instante, ó me querello
de ti, como más en forma
haya lugar en derecho.

D.ª INÉS. ¡No, por Dios!

ALCALDE. Yo celaré
más la calle, y os advierto
que llueve sobre mojado.

JUAN. Pues tardará en estar seco.

ALCALDE. Adiós, amigos. (*Vase.*)

MUJERES. ¿Se fué?

HOMBRES. Sí.

D.ª JUANA. Pues, muchachas, bailemos
otro rato, que estas cosas
no se han de tomar á pechos.

D.ª INÉS. Ya es tarde para bailar,
y yo estos chascos no quiero
repetidos en mi casa.
Sólo porque desechemos
el susto unas seguidillas
se bailarán.

T. CHISPA. ¿Dónde hay de ésto?
¿Tendrá valor para tanto
el más guapo granadero?

JUAN. ¿Quién ha dicho que no pueden
éstas más que un regimiento?

D.ª INÉS. Pues vaya, para hacer gana
de cenar y recogernos.

(*Bailan algunas seguidillas, y en acabando se retiran con la propia música y algazara.*)

70

Las preciosas ridículas.

1767 [1]

PERSONAS

DOÑA CLARA, *Granadina.*	D. BERNARDO, *Callejo.*
DOÑA LUCIA, *Bastos.*	D. JACINTO, *Navas*
ANTONIA, *Segura.*	D. ROQUE, *Ambrosio.*
FRAZCO, *Ayala.*	BENITO, *Enrique.*
PERICO, *Coronado.*	MÚSICOS.

(*La escena es en Madrid.*)

(*Mutación de calle, con una puerta de casa, y sentados á ella, jugando á los naipes,* FRAZCO *y* PERICO, *con librea.*)

AYALA. No quiero más, treinta tengo.

CORONADO. Pues mío es el real de plata,
que yo las tengo de mano.

AYALA. ¡Cargue el diablo con las cartas
y mala peste le venga
al que inventó las barajas!
(*Rómpelas.*)
La mitad de la ración
de hoy se la llevó la trampa.

[1] Bib. Municip.: leg. 1-209-1. Copia antigua. Impreso suelto varias veces.

CORONADO. ¿Pues, qué? ¿solos cuatro reales
te da tu amo?
AYALA. No da nada:
pues aunque da una peseta,
no la da, pues no la paga.
¿Y cuánto te dan á ti?
CORONADO. Seis reales y la pitanza.
AYALA. ¡Sopla!
CORONADO. Es que yo soy lacayo
en forma, y me hallo con cuantas
habilidades requiere
el oficio.
AYALA. No me faltan
á mí tampoco, pues sé
peinar bien, hacer la barba,
guisar, aplanchar, coser,
dar recados á madamas
y desalumbrar maridos,
sino que mi amo es un mandria
y no me deja lucir.
CORONADO. Pues el mío bien lo manda.
pero bien lo recompensa.
AYALA. ¿Oyes? Dicen que se casan
con estas dos forasteras.
CORONADO. Sí; yo ya tengo esperanzas
de pillar librea en forma.
AYALA. Yo, amigo, no quiero ama:
luego busco conveniencia
que esté la boda ajustada.
CORONADO. Pues mal haces, que un lacayo
hábil y de buena planta
puede fundar en Madrid
muy felices esperanzas.
bien por los méritos suyos,
ó bien por los de sus amas.
AYALA. Yo he oído decir al mío
que estas son unas madamas
que han venido de Segovia
á casarse; tan hurañas,
tan presumidas y tan
ridículas y privadas
de lindas y de señoras,
que nadie puede aguantarlas,
y con títulos ó grandes
tan sólo quieren alianzas.
CORONADO. Bien tontos son nuestros amos
en venir y no dejarlas
por locas.
AYALA. Es que son ricas.
CORONADO. Esa es grande circunstancia
para pretendidas: pero
maldita para logradas.
AYALA. Yo me quiero desquitar
á otro juego.
CORONADO. Por mí, vaya.
AYALA. ¿Sabes á la morra?
CORONADO. Sí.
AYALA. Pues vamos; cada tirada
un real, y dame la mano.
CORONADO. Vamos como te dé gana.
LOS DOS ALTERNANDO:
Seis, ocho, dos, nueve, cinco,
todas, una, cuatro, nada.

(Sigue el juego y salen por la puerta NAVAS *y* AMBROSIO, *de caballeros decentes, y* AMBROSIO, *muy petimetre; éste enfadado y el otro riyéndose.)*

AMBR. Amigo, yo ya no tengo
paciencia para aguantarlas.
NAVAS. ¡Que haya hombre que no se ría
de tales extravagancias!
AMBR. ¿Qué, no salís satisfecho?
NAVAS. Y aun harto; pero con tanta
gana de reir, que no pienso
dejarlo de aquí á mañana.
AMBR. Yo salgo escandalizado;
¿no ve usted las culipardas
qué desprecios nos han hecho?
¡Qué gestos y qué monadas!
¡qué secretos al oído!
¡qué indiferentes palabras
de «sí, no, ya, pues, conforme!»
¡Y con qué poca crianza
preguntarnos tantas veces
qué hora sería, y las raras
preguntas de si tenemos
parientes grandes de España!
NAVAS. Y el decir que en Madrid nadie
es atento con las damas,
porque ya toda la corte
no ha venido á visitarlas,
¿no es bonito? Pero vos
lo tomais con demasiada
seriedad.
AMBR. Tanto, que nunca
pienso volver á su casa.
NAVAS. ¿Queréis ver cómo dispongo
una graciosa venganza,
con que aprendan á vivir
y queden escarmentadas?
AMBR. ¿Cómo ha de ser?
NAVAS. Mi lacayo
y el vuestro son dos alhajas,
de lo que se encuentra poco,
para cualquier humorada;
¿no es verdad?
AMBR. Sí, yo os fío
á mi Perico.
NAVAS. Yo ¡pajas
á mi Frazco!
CORONADO. ¿Oyes? Parece
que de nosotros se trata.
AYALA. Estarán quizá tratando
de las libreas de gala.
CORONADO. Mi amo está de mal humor.
AYALA. El mío es de buena pasta
y con todo se conforma.
AMBR. Decidme, pues, vuestra traza
ó idea.

NAVAS. Yo os la diré.
Vamos á vuestra posada.
ó la mía...

AMBR. Deteneos,
porque sale á la campaña
el contrario.

NAVAS. ¿Quién?

AMBR. El suegro:
¡Miren ustedes qué facha!

(*Sale* CALLEJO.)

CALLEJO. ¡Caballeros!

LOS DOS. Dios os guarde.

CALLEJO. Hablemos sin patarata.
Puesto que salen ustedes
de ver sus partes contrarias,
¿qué tal les han parecido?
¿qué resultas nos aguardan
de esta visita?

AMBR. Resultas,
que podréis averiguarlas
de ellas más que de nosotros.
Entrambos os damos gracias
del favor que nos hacéis,
y aquí y en cualquier distancia
somos vuestros servidores.
Perico, sigue mis plantas.

(*Vase con* CORONADO.)

NAVAS. Somos vuestros servidores
aquí y en cualquier distancia.
Frazquillo, venme contando
los pliegues de la casaca.

(*Vase con* AYALA.)

CALLEJO. ¡Hola: parece que salen
de haber comido mostaza!
¿Qué razón podrán tener?
¡Hola! ¿muchachos, muchachas?

(*Vase.*)

(*Salón corto, y estarán de payos segovianos la señora* SEGURA *y* ENRIQUE, *limpiando y barriendo, cantando en rústico.*)

SEG. (*Sola.*) «¿Quien pretenda tocarme
ni que le toque,
ajuste con mi madre
sus pretensiones.

A DUO. ¡Elé!
¿Qué quieres que te ferie?
¡olé!
Porque voy á la corte.»

ENRIQUE. Las canciones de Segovia
ya, Autora, hemos de olvidarlas
y aprender las de Madrid,
que las hay muy sazonadas.

LOS DOS. Señor, ¿qué nos manda usted?

(*Sale* CALLEJO.)

CALLEJO. ¿A dónde están vuestras amas?

SEGURA. Están en el gabinete.

CALLEJO. ¿Y qué hacen? Dilas que salgan.

SEGURA. Se están untando los labios
con una cosa encarnada,
y los carrillos con otra
que no sé cómo se llama.

CALLEJO. Dí que vengan. Desde que
están aquí tienen traza
de arruinarme; yo no veo
otros muebles que pomadas,
leche virginal, mantecas,
manos de carnero, claras
de huevo y otros mejunjes,
que yo no sé qué sustancia
sacan de ellos; se podían
mantener con lo que gastan
en eso cuatro criados
y bien gordos.

(*Salen* BASTOS *y* GRANADINA, *de petimetras esmeradas y algo de charro.*)

BAST. Y GRAN. ¿Qué nos mandas,
señor?

CALLEJO. Acérquense ustedes.

GRANAD. Verás tú que panpringada.

(*A la* BASTOS.)

CALLEJO. ¿Qué habéis hecho á esos señores
que ahora de salir acaban
de aquí, que van á manera
de quien lleva calabazas?
¿No os los mandé recibir
con toda la zalagarda
debida á los que han de ser
vuestros esposos mañana?

GRANAD. ¿Qué estimaciones pensais
que hiciésemos de la entrada
irregular de esa gente?

BASTOS. ¿Una razonable dama
se podía acomodar
á una gente tan cansada?

CALLEJO. ¿Qué tenéis más que decir?

GRANAD. ¡Qué festejos y qué ansias
de sujetos! Al primer
envite, marido.

CALLEJO. ¡Y vaya!
¿con que querían ustedes
que los dos las envidaran
con el cortejo?

GRANAD. Usted habla.
padre, como un pobre hidalgo
de una ciudad limitada,
y yo pienso con el filis
de la más preciosa dama.

BASTOS. ¡Qué vergüenza! Usted debiera
tomar alguna enseñanza
del bello gusto.

CALLEJO. Yo digo
que es una cosa sagrada
el matrimonio, y que sólo
pretexto tan justo salva

el arriesgado comercio
del sombrero con las faldas.

BASTOS. ¡Jesús! Si todos los juicios
del mundo se sujetaran
al vuestro, cortos asuntos
tendrían libros y estampas.

GRANAD. ¿Qué tuviera que decirnos
de Eneas y Dido la fama,
si al instante que llegaron
á verse se desposaran?

BASTOS. Entonces fueran ociosos
los festejos y las galas,
los tocadores y cuanto
hace brillar la esperanza
de los hombres.

CALLEJO. ¿Qué me cuentas?
Yo no te entiendo palabra.

GRANAD. Padre, ahí tenéis á mi prima,
que está como yo enterada
de que el matrimonio debe
ser en gente de importancia
la última aventura. Es fuerza
que un amante que idolatra
vaya subiendo los grados
del mérito por la escala
de lo dulce, de lo tierno,
del temor, de la esperanza,
y el obsequio que acredite
la docilidad del alma.
Ha de buscar en los templos,
paseos y todas cuantas
sean públicas concurrencias
la persona que le arrastra.
Luego debe presentarle
un pariente ó una dama;
llenarse allí de pasiones
sublimes; volver á casa,
lleno de melancolía,
á sufrirla y á callarla,
hasta que no quepa el fuego
y arroje fuera las llamas.
La primer declaración
la ha de hacer con voz turbada,
en la alameda de algún
jardín; entre las jornadas
de alguna comedia, estando
en un palco á las espaldas
de la señora; en un baile
de carnaval ó en la plaza
de los toros. Ha de estar,
al vernos sobresaltadas,
entonces bien prevenido
de disculpas cortesanas;
y desde aquel mismo día,
sin hacer la menor falta,
ha de ir insensiblemente
acostumbrando la dama
á sus discursos y sus
galantes ideas, hasta
que, vencido el desdén, logre
la inclinación suspirada.
Luego entran las aventuras
de los amantes que pasan
por la calle; de los padres
que les estorban tratarlas;
las mal entendidas señas;
el plazo que se dilata;
el susto de las sangrías,
y las apariencias falsas;
llantos, desesperaciones,
enojos, quejas y rabias.
Así va bien; y así es como
estos asuntos se tratan;
y estas son reglas que nunca
deben de ser exceptuadas.
Pero venir golpe en bola
á toma mi mano y daca
la tuya, y decir «marido»
á la primera palabra,
¡qué inutilidad! Sería
empezar por donde acaban
otras historias la nuestra.
Yo estoy escandalizada
de que quepan en los hombres
unas ideas tan bajas.

CALLEJO. ¡Qué estilo tan alto! Amiga,
estás muy adelantada.

BASTOS. Tío, dice bien mi prima;
y á lo dicho es bien que añada
el mal gusto de los trajes
de esos hombres. Poca gracia
en el peinado del uno,
y el otro de tan bastarda
naturaleza, que lleva
peluquín. Ver unas damas
que se pretenden con unos
vestidos como unas batas,
sin bordados ni galones;
el sombrero sin cucarda;
sin punto de Ingalaterra
las camisas; una capa
sola; no más que dos sellos
en el reloj; una espada
sin vaina verde; un calzón
sin charreteras doradas
y sin ocho ó diez botones
á la boquilla, es gana
de acreditarse de tontos
ó pretender con desgracia.
Apuesto yo que los versos,
las endechas y las cartas
amatorias son para ellos
tierras incógnitas.

CALLEJO. ¡Vaya,
que entrambas se han puesto locas!
Decidme, Lucía, Clara...

GRANAD. Padre, por amor de Dios,
no nos llame, si nos llama,

con nombres tan ordinarios.

CALLEJO. Cuando os echaron el agua
al bautismo así os pusieron.

GRANAD. ¡Qué vulgar sois! Vuestra facha
y modo de pensar hace
difícil que me persuada
que pudisteis hacer vos
una hija de tanta gracia
cual yo y tan espiritual.
Diera cien reales de plata
porque viviese mi madre
para que lo declarara.
¡Clara, Lucía! ¿En qué historia
política ni profana
ha encontrado usted esos nombres?

BASTOS. Una oreja delicada
padece furiosamente
con apelación tan charra.
Aquellos nombres de Aminta,
Amarilis, Adelaida,
Florelinda, Clorilene,
Aganipe y Belisarda
sí que son lindos.

CALLEJO. ¿Y en qué
calendario hay esas santas?

GRANAD. Los hay en libros impresos
y encuadernados en pasta.

CALLEJO. Para mí no sirven vuestras
críticas extravagancias.
Los dos caballeros son
ricos y de ilustres casas:
ó habéis de casar con ellos
ú os pongo monjas mañana.

GRANAD. A mí el nombre de marido
me choca.

BASTOS. A mí me acobarda;
porque dicen que los hay
que aguantan y que no aguantan.

CALLEJO. Yo sé que absolutamente
soy el amo de mi casa:
ó matrimonio, ó convento.
Pensadlo de aquí á mañana,
que para un hombre son dos
hembras locas mucha carga. *(Vase.)*

BASTOS. Querida, ¡qué estupidez
tiene tu padre en el habla!

GRANAD. Yo me avergüenzo de ser
su hija, y tengo esperanza
de que, andando el tiempo, alguna
aventura extraordinaria
me declare feliz fruto
de más ilustre prosapia.

BASTOS. Yo pico un poco más alto.

(Sale SEGURA.)

SEGURA. Esperando en la antesala
hay un lacayo, señoras;
y dice que su amo aguarda
licencia para subir.

BASTOS. ¿Ha dicho cómo se llama
su amo?

SEGURA. Sí.

GRANAD. ¿Y quién ha dicho?

SEGURA. El marqués de Frescas Auras.

GRANAD. ¡Hija: un marqués, un marqués!
Sin duda que nuestra fama
va corriendo por Madrid.

BASTOS. Seguramente.

GRANAD. Anda, anda,
condúcenos al instante
el consultor de las gracias.

SEGURA. ¿Y quién es ese animal?

GRANAD. El espejo. ¡Qué criada
tan indigente!

SEGURA. ¡Señora;
si yo no entiendo palabra
de latín! Ustedes hablen
cristiano como Dios manda. *(Vase.)*

BASTOS. Es preciso sostener
nuestra reputación.

(Sale SEGURA.)

SEGURA. Vaya,
aquí está el animalito.

GRANAD. Avisa que sin tardanza
suba el marquesito, y tú
por ningún motivo salgas;
no desautorices nuestro
filis con tus patochadas.
(Vase SEGURA.)

BASTOS. ¿Estoy linda?

GRANAD. Como Venus.
¿Y yo?

BASTOS. Como una Diana.

(Sale SEGURA.)

SEGURA. ¡Qué sale, qué sale!

GRANAD. Toma:
guarda el espejo.

(Sale AYALA con vestido rico, muy bizarro, bastón, etc.)

AYALA. Madamas,
usías se quedarán
sorprendidas de la audacia
de mi visita; mas vuestro
mérito corre con tanta
fortuna por el lugar,
que como va tras la garza
el halcón, vienen siguiendo
vuestro mérito mis ansias.

BASTOS. Si el mérito vais buscando,
no vive en aquesta casa.

GRANAD. O sólo vive aquel tiempo
que usía guste de honrarla.

BASTOS. Siéntese usía.

AYALA. No estén
usías incomodadas.

GRANAD. Aquí en medio.

AYALA. Yo, señoras,
las serviré.

(*Les llega las sillas y se sienta entre las dos.*)

BASTOS. ¡Qué crianza!
AYALA. Señoras, bien puedo dar
el parabién á mi patria;
mal digo: el pesar daré,
cuando debe avergonzada
veros cual feliz compendio
de su grandeza y sus gracias,
que en ella bajan y suben
y aquí ni suben ni bajan.
BASTOS. ¡Qué perífrasis tan lindo
y qué original!
GRANAD. Repara
¡qué bien acabado viene
de vestir y qué ajustada
trae la hebilla del zapato!
AYALA. Sólo, señoras, extraña
mi temor el trato, pues
no es correspondencia hidalga
hacer que cueste á los hombres
sólo el miraros el alma.
¡Ay, pobre libertad mía,
que diste con la emboscada
de unos ojos que te ofrecen
la esclavitud más tirana!
GRANAD. ¡Oh, señor! mi prima y yo
somos las que, más incautas,
dimos de vuestras lisonjas
en el lazo.
BASTOS. Esto se llama
todo un hombre.
GRANAD. Es un Aníbal
ó Adonis.
AYALA. Y bien, madamas;
¿qué os parece de Madrid?
GRANAD. Es fuerza que una se hallara
antípoda del buen gusto
para negar las ventajas
de Madrid. Es el buró
de las maravillas, la aula
del talento y del Perú;
es el río de la Plata.
AYALA. (Mucha corre, sólo que
saben pocos dónde pára.)
GRANAD. En fin, Madrid es el centro
del amor y de las galas.
AY. (*Ap.*) Eso es decir que es Madrid
la feria de las muchachas.
Y decid, ¿qué petimetres
han presentado en la aduana
feliz de vuestro discurso
sus pretensiones y alhajas?
BASTOS. Hasta ahora no estamos bien
conocidas ni anunciadas
todavía en la *Gaceta*
ni en el *Diario*.
AYALA. Mañana
haré yo esa diligencia;
porque de vuestra llegada
tenga noticia la Europa.
¿De qué gustais más, de danzas,
de comedias ó de toros?
GRANAD. El baile es lo que me encanta
á mí.
BASTOS. El baile es el contraste
donde las gentes declaran
su talento, su nobleza
y su honor.
AYALA. ¿Queréis que haga
traer mis músicos y que
un sarao ó serenata
acredite mi grandeza?
GRANAD. Por no dejar desairada
vuestra bizarría. .
AYALA. ¡Hola!
¿Domingo, Pedro, Quijada,
López?: ¿A que mis volantes
se han ido?
BASTOS. Benito.

(*Sale* ENRIQUE.)

ENRIQUE. Vaya.
BASTOS. ¿Los criados del señor
marqués?
ENRIQUE. Yo no he visto nada.
AYALA. Se habrán ido á la taberna.
Es imposible que haya
caballero peor servido
que yo en la corte.
GRANAD. Pues baja
á llamar á las vecinas.
AYALA. Chico, de camino llama
cuantos músicos encuentres
en la Puerta del Sol para
que, mientras vienen los míos,
no estén las gentes paradas.
ENRIQUE. Asina se hará. (*Vase.*

(*Sale* SEGURA.

SEGURA. Señoras,
suplica le deis entrada
el vizconde de Mil-Valles.
AYALA. ¿Mil-Valles? Mi camarada
y mi pariente: ¡gran mozo!
GRAND. Hazle entrar luego; ¡despacha!

(*Vase* SEGURA.)

BASTOS. ¿Le conocéis?
AYALA. Como á mí.
Hemos hecho mil campañas
juntos; servimos á un tiempo.

(*Sale* CORONADO, *tan guapo como* AYALA.)

AYALA. ¡Vizconde!
CORONADO. ¡Marqués!
LOS DOS. Abraza.
GRANAD. Gracias á Dios, ya empezamos

á vernos comunicadas
del gran mundo.

AYALA. Aquí os presento
este amigo, cuyas altas
prendas son bien conocidas.

CORONADO. Disimulad la tardanza
de la obligación que á todas
las gentes de circunstancias
vuestros méritos exigen.

GRANAD. Vuestras atenciones pasan
ya los últimos confines
de la lisonja.

BASTOS. Marcada
quedará en nuestro almanaque,
como venturosa y rara,
la hora de conoceros.

GRANAD. Siéntense usías.

(Se vuelven á sentar.

AYALA. Madamas,
no os espante ni os admire
el ver la figura flaca
del vizconde, porque ha poco
que salió de unas tercianas.

CORONADO. Fruta es de la corte y
resultas de las batallas.

AYALA. ¿Sabéis, señoras, que ahora
estais viendo facha á facha
el mayor soldado que
se pasea por España?

CORONADO. Bien saben todos, marqués,
que tú no me debes nada,
y hacía bastante calor
donde nos vimos las caras.

AYALA. Y eso que allí no había tan
bellas cuatro luminarias.

(Por los ojos de las dos.)

CORONADO. ¿Nuestro gran conocimiento
te acuerdas que fué en la armada,
y que tú aun eras pequeño
oficial y yo mandaba
toda la caballería
de las galeras de Malta?

AYALA. Sí, amigo.

BASTOS. Yo quiero mucho
los soldados.

GRANAD. Pues yo ¡pajas!

AYALA. ¿Te acuerdas cuando ganamos
la media luna ..?

CORONADO. ¿Qué hablas?
No era sino luna llena,
donde un golpe de granada
me llevó la pierna izquierda.

GRANAD. Pues ¿no tenéis ahí entrambas?

CORONADO. Es que la encontró un soldado,
y viendo que era la pata
de su general, la trajo
y volvimos á pegarla:
vea usía la añadidura.

BASTOS. Con efecto, está bien clara.

AYALA. Perdone usía, y atiente
dónde tengo yo una bala
como una nuez. *(A la nuez.)*

GRANAD. Es verdad.
Toda la gente de espada
es muy hábil y valiente
y es la gente que se trata
más útil.

(Salen las mujeres de visita).

¡Vecinas mías!
Perdonad la confianza
de haberos incomodado.

MUJERES. Antes os damos las gracias.

AYALA. ¿Los músicos, han venido?

ENRIQUE. Ya esperan en la antesala.

AYALA. Que entren.

(Salen los hombres de músicos, y MARTÍNEZ *y* LÓPEZ, *hermano, traerán violín y otros instrumentos, y sale la* GUZMANA.)

GUZMANA. A los pies de usías.

GRANAD. Ve aquí lo que nos faltaba;
unos cortejos en forma.

AYALA. ¿Están templadas las gaitas?

MARTÍNEZ. Toda la orquesta está á punto.

AYALA. Vizconde, con estas damas
bailemos un minué doble.

BASTOS. ¿Con unas pobres patanas,
señores?

CORONADO. Al sol jamás
le ofuscan las nubes pardas.

(Bailan el minué los cuatro, y cuando parezca salen NAVAS *y* AMBROSIO, *con cuatro valientes, y los empiezan los dos á dar de palos.)*

AMBROSIO. ¡Pícaro!, ¿Qué haces aquí?

CORONADO. Hago lo que usted me manda.
¡Ay, ay!

NAVAS. ¡Bribón!; ¿tú metido
á sujeto de importancia?

AYALA. ¡Ay, ay de mí!

GRANAD. Pues ¿qué es esto?
¿por qué no sacais la espada?

CORONADO. Esto es amistad; pues ¿no
conocéis que ha sido en chanza?

AYALA. Por no matarlos, no quiero
irritarme.

BASTOS. Pues ¿qué infamia
es ésta?

AMBROSIO. Porque conozcan
á lo que buen gusto llaman
estas señoras, ponedlos
á entrambos á dos en bata.

Los desnudan los valientes.)

(Sale CALLEJO.)

CALLEJO. Señores ¿qué ruido es este?

GRANAD. Esos hombres, que profanan
tu casa y nuestro respeto.

NAVAS. No es sino desengañarlas
de su elección, pues las mismas
que de nosotros se enfadan
admiten nuestros lacayos;
y por su apariencia vana,
prefieren sus travesuras
y á sus cortejos se humanan.
AYALA. ¡Ved aquí un marqués en paños
menores!
CORONADO. ¡Ah, temeraria
fortuna, qué presto has hecho
de mi señoría una plasta!
NAVAS. Señoras, si en el estado
que los veis os arrebatan
el buen gusto y el espíritu
civil, no tenemos nada
que apetecer: ahí os quedan,
gozadlos edades largas.
(*Vanse los dos.*)
GRANAD. ¡Yo reviento de despecho!
BASTOS. ¡Qué sonrojo!
MARTÍNEZ. ¿Quién nos paga?
AYALA. Ahí está el señor vizconde.
CORONADO. El señor marqués que os llama.
MARTÍNEZ. Señor, aunque usted perdone:
¿es usted el amo de casa?
CALLEJO. ¡Soy el diablo, picarones! (*A los dos.*)
AYALA. ¿Usted sabe con quién habla?
GRANAD. Después de tanta insolencia,
¡atrevidos! ¿tenéis caras
para mirarmos?
AYALA. ¡Oh, mundo!
¡cómo á la menor desgracia
desprecia á un hombre la propia
lengua que antes le adulaba!
Vamos á buscar fortuna
á otra parte, camarada.
CORONADO. Vamos, pues vemos que sólo
las apariencias se pagan,
y la verdad en estando
desnuda no vale nada. (*Vanse los dos.*)
LÓPEZ. Prosiga el baile ó tomemos
este dinero.
CALLEJO. En patadas
os pagaré.
BASTOS. Tío mío:
aquí es menester venganza.
CALLEJO. Sólo vuestra enmienda y vuestra
vergüenza son necesarias;
pues habéis venido á ser
escarnio á Madrid, mañana
marcharemos á Segovia.
GRANAD. Perdonad, que, escarmentadas,
vuestra opinión seguiremos.
CALLEJO. Ya es tarde, que el que dispara
mal la piedra, ya no puede
cogerla para enmendarla.
MARTÍNEZ. Pues, amigos, ya que aquí
ni nos quieren ni nos pagan,
vamos á otra función donde
hay una escena cantada,
y luego se estrena un baile
de una extranjera muchacha,
de habilidad que es ocioso,
pues se ha de ver, ponderarla.
LÓPEZ. Vamos.
GRANAD. Y al noble auditorio
pedimos, en vez de aplauso,
que perdone nuestras faltas.

71

Las señorías de moda.

1767 (1)

Leed cómo *cualquiera* hace la gracia
á otro *cualquiera* de la señoría:
y como los *cualquieras* no la tienen,
entre sí propios se ridiculizan.

PERSONAS

ELISA, LAURA y CELIA, *petimetras.*
DOS CRIADAS.
DOS PAJES.
DON LORENZO y DON FABRICIO, *caballeros de Madrid.*
DON ANSELMO, *hidalgo de Castilla la Vieja.*
CLARA, *moza desacomodada.*
DOS MERCADERES.
DOS SASTRES.

(*La escena es en casa de* ELISA.—*La sala de casa de* ELISA. *Salen ésta, y dos* CRIADAS.)

ELISA. Cuidado con que se sirva
como he mandado el refresco,
y que esté todo puntual
cuando al gabinete entremos
á beber; pues aunque sólo
á dos amigas espero,
reparan en los menores
ápices con tanto extremo,
que cuando á mi casa vienen
lo estimo, pero lo temo.
CR. 1.ª Y más viniendo avisadas,
que no se puede el defecto
disculpar con lo improviso.
CR. 2.ª Crea usía que pondremos
cuanto esté de nuestra parte.
ELISA. Si no, ya lo veréis luego.

(*Sale* PAJE 1.º)

PAJE 1.º Señora, los mercaderes
y el sastre me respondieron
vendrán después de las cinco,
sin falta.
ELISA. Pues ve corriendo
á casa de la tía Pepa,

(1) Impreso por el autor en el tomo I, pág. 75 de su colección y en la de Durán, tomo II, pág. 671. En la Biblioteca Municipal: leg. 1-161-46, existe el autógrafo de este sainete con algunos versos más al final y el título de *Las vistas de novio.*

la planchadora, y que luego
me envíe aquella criada
tan primorosa, que quiero
que la aprueben mis amigas
y la vea aquel sujeto
que la ha de ir acompañando
á Castilla.

CR. 1.ª ¿Con efecto,
tomó usía por su cuenta
todo cuanto don Alberto
la encarga desde Palencia?

ELISA. Además de que lo debo
hacer porque me lo pide,
la razón de parentesco
me estrecha á dejarle airoso.

PAJE 1.º ¿Y si está en casa, la tengo
de venir yo cortejando?

ELISA. Y puedes al mismo tiempo
decirla qué casa es ésta,
su fausto y el tratamiento
de cuantos á ella concurren,
y que, poco más ó menos,
lo propio es la de mi primo
en Castilla.

PAJE 1.º Voy en ello.
A los pies de usía. *(Vase.)*

ELISA. Cuidado
que lo hagas bien y ligero.

(Sale PAJE 2.º*)*

PAJE 2.º Las señoras doña Laura
y doña Celia...

ELISA. Pues, necio,
¿por qué no las dices que entren?
Idos vosotras adentro,
y cuidado. *(Vase el* PAJE.*)*

LAS DOS. Usía descuide,
que todo saldrá perfecto. *(Vanse.)*

(Sale levantando la cortina el PAJE, *y luego* LAURA, CELIA *y* DON LORENZO.*)*

ELISA. ¿Con que os hizo detener,
hijas, este majadero?

LAURA. No, hijita; sólo aguardamos
á saber el aposento
en que estabas.

ELISA. Yo creí
que era ceremonia.

D. LOR. Beso,
señora, los pies de usía.

ELISA. Me alegro que usía esté bueno.

CELIA. Hija, ¿cómo está el pariente?

ELISA. Sin novedad: ¿y los vuestros?

L. y C. A tus pies.

ELISA. Sentémonos.
Digo, señor don Lorenzo;
¿qué hace usía? No sea mono:
siéntese usía aquí en medio.

D. LOR. Señora, me pareció
demasiado atrevimiento;
mas, con permiso de usías,
me sentaré.

ELISA. Y con sosiego.
No puede usía pensar
en comedia ni en paseo
por esta tarde, que yo,
la licencia suponiendo
de Laura, le necesito.

LAURA. ¡Jesús, hija, qué concepto
tan errado! Es el señor
de su voluntad muy dueño.

D. LOR. Señora; no me haga usía
infeliz, y en el obsequio
de madama la desaire,
si el de usía no merezco.

ELISA. ¡Ejé!: pase la lisonja;
y al asunto.

CELIA. A todo esto;
¿tienes también avisada
á Elvirita?

ELISA. No, por cierto;
además de que ésta no es
visita de cumplimiento,
sino muy de confianza,
como sabréis; no tolero
yo monadas. Revestida
de que todos sus abuelos
han sido títulos, siempre
da mascado el tratamiento
á las demás.

LAURA. Yo también
me he retirado por eso
de su amistad; es muy trasto:
y ¡á fe, á fe! que yo me acuerdo
de tal vez que iba su padre
á hacer la corte al cajero
del mío y que le prestara
los mil ó los dos mil pesos.

ELISA. Vea usted ahí; así va el mundo:
que todas las que tenemos
opulencia presumamos
de señoras, ya lo entiendo,
y es regular; pero que una
pobre, fiada en su abolengo,
nos las empate, es delirio:
que en el amor, en el tiempo,
la fortuna y la nobleza,
se verifica el proverbio
de agua pasada no muele;
y todos nos atenemos
á lo que en el día parecen
las cosas, no á lo que fueron.

(Sale PAJE 2.º*)*

PAJE 2.º Ahí fuera están los señores
don Fabricio y don Anselmo.

ELISA. Que entren.

(*Sale* Don Anselmo *y* Don Fabricio, *éste de petimetre y el otro de caballero de ciudad.*)

D. Ans. ¡Alabado sea
quien crió todo lo bueno!
Tengan ustedes muy santas
tardes.

D. Lor. ¡Qué bruto!

Laura. ¡Qué necio!

D. Fabr. A los pies de usías, señoras.

Elisa. Tomen usías asientos. (*Siéntanse.*)

Laura. ¿Quién es este don Palurdo?

Elisa. Este es un gran caballero
de Castilla, primo mío.

L. y C. Sea en hora buena; me alegro
de ver á usía, y que usía
haya venido tan bueno.

D. Ans. Ciertamente que la plaza
(*A* Don Fabricio)
de Madrid es mucho cuento.

D. Fab. Mirad que os están hablando
estas damas.

D. Ans. No; yo creo
que es á vos.

Laura. No es sino á usía;
á quien repetir debemos
que sea muy bien venido.

D. Ans. Señoras, como no pienso
ser oficial de alto grado,
título, ni consejero,
ni he nacido hijo de grande,
extrañaba el tratamiento
de señoría.

Laura. Además
de ser tan cercano deudo
de Elisa, á mí me bastaba
ver que ocupais un asiento
de su estrado, y que pisais
los ladrillos de este suelo,
para ser atenta.

Elisa. Primo;
como usía viene hecho
á las costumbres de allá,
cometerá mil defectos:
más valdrá que calle usía.

D. Ans. Digo, prima, que convengo
como de merced me traten.

Elisa. ¿Qué interés tenéis en eso?

D. Ans. Que la señoría, en quien
no la tiene de derecho,
me parece á mí una cosa
como la maza en los perros,
que por bien que se las aten
siempre se les van cayendo,
y hacen con el ruido á todos
reparar y reirse de ellos.

Celia. El conoce que le sienta
mal; verás cómo le apeo.

Laura. No, que es preciso insistir,
porque nos la vuelva, en ello.

Elisa. Pues, hijas, yo os he llamado
porque estoy en un empeño
metida; y vuestro buen gusto
me ha de servir de consejo
y norte para salir
de él con el aire que espero.

Celia. Dinos cuál es, pues ya sabes
cuán tuyas somos.

Elisa. ¿Tadeo?

(*Sale* Paje 2.º)

Paje 2.º Señora.

Elisa. En mi tocador,
entre papeles diversos,
encontrarás una carta;
tráela aquí sin revolverlos.
Primo, aquel chico, cuñado
de mi sobrino don Diego,
¿sabe usía qué se hizo,
ó si murió?

D. Ans. No, por cierto;
dos días antes de salir
le hablé, y aquel día mesmo
encontré á su señoría
que estaba arando un barbecho
para sembrar algarrobas.

Elisa. Vaya que usía es chancero.

D. Ans. ¿Cómo chanza? Vamos claros:
si á mí por ser vuestro deudo
me dan usía, mejor
alcanzará el privilegio
el que es vuestro primo hermano.

(*Sale el* Paje 2.º)

Paje 2.º Señora, ¿será este el pliego?

Elisa. Lee el principio á ver qué dice.

P. 2.º (*Lee.*) «En veinte y cuatro de enero,
mi señora doña Elisa
debe dos pares de vuelos
ricos, catorce abanicos
y una...»

Elisa. No es eso, no es eso;
animal, ¿todavía ignoras
lo que es carta?

Paje 2.º Si no encuentro
encima del tocador
sino papeles como éstos.

Elisa. ¿Sino que yo en el bolsillo
la metiera? Con efecto.
Escuchad la comisión
con que el señor don Anselmo
viene destinado á mí
de Castilla.

C. y L. Ya atendemos.

Elisa. «Parienta: ya sabe usted...
Nos conocimos pequeños
en casa, y nos dispensamos
uno á otro el tratamiento.
Ya sabe usted que me caso;
y como aquí carecemos

de primores, la suplico
elija á su gusto aquello
que le parezca del caso
y de moda, dirigiendo
á nuestro pariente en todo,
con quien envío dineros,
y la razón de las cosas
que se han de comprar. Yo que-
et cétera. Ya habéis visto [do...»
si es este asunto que debo
tomar con aplicación;
y así á las cinco he dispuesto
que vengan los mercaderes
y nos pongamos de acuerdo
en la elección.

D. Ans. No se olvide
una criada que creo
he de llevar.

Elisa. Es verdad,
en una posdata luego
la encarga. Ya un paje mío
vendrá con ella muy presto
ó con la razón.

D. Ans. Señora,
un sastre, paisano nuestro,
y muy honrado, he traído,
por si acaso es de provecho
para hacer la ropa.

Elisa. No;
cosas en que yo me meto
han de salir acabadas.
Quizá será un chapucero;
en fin, luego vendrá el mío,
que es primoroso, y veremos.

(*Sale* Paje 1.º)

Paje 1.º La doncella está aquí.

Elisa. Que entre.

Paje 1.º Entrad.

(*A la puerta* Clori, *de mantilla y basquiña, muy petimetra, y habla antes de presentarse con el* Paje 1.º)

Clori. Decidme primero
cuál es la señora

Paje 1.º Esta:
y no os olvidéis de aquello
de dar señoría á todas.

Clori. ¿Son marquesas?

Paje 1.º No es por eso,
sino porque son usías.

Clori. Ya; usías de medio pelo.

Paje 1.º Eso es.

Clori. ¿Y por qué razón?

Paje 1.º Solamente porque han hecho
empeño en que lo han de ser,
y se han salido con ello.

(*Sale* Clori.)

Clori. A los pies de usías, señoras.

Elisa. Dios la guarde. Más adentro,
que nos veamos las caras.

D. Ans. ¿Gusta usía de este asiento? (*A* Clori.)

Elisa. Primo, que es una doncella.

D. Ans. ¿Qué, en Madrid pierden por serlo
el derecho á la atención
de los hombres?

Elisa. No por eso;
sino porque es demasiado
é irregular cumplimiento
con una criada.

D. Ans. ¿Es ésta
la que he de llevar?

Elisa. Veremos.
Siéntese.

Clori. Estoy bien en pie.

Laura. Es linda, y tiene despejo.

Elisa. Así es: ¿á dónde ha servido?

Clori. Siempre me he ido manteniendo
de mi trabajo.

D. Ans. Sepamos
de qué trabajo primero.

Clori. Con la aguja.

D. Ans. ¿De coser,
ó de marear?

Elisa. ¡Qué molesto
sois! Lo que necesitamos
es que tenga buen talento
para servir; lo demás
no hace al propósito nuestro.
¿Como está de habilidades?

D. Ans. Examinadla con tiento;
porque ellas prometen unas
cuando entran, y salen luego
con otras habilidades
que usías saben.

Laura. Es cierto;
pero en Madrid es distinto
que en Castilla.

D. Ans. Por lo mesmo.

Elisa. ¿Y querrá ir á servir fuera?

Clori. Conforme.

Elisa. En eso no hablemos:
es en casa de un pariente
mío, no hay que detenernos.

Clori. Pero es preciso informarme,
señora, porque sabemos
que hay parientes de parientes.
¿Y á dónde es? ¡Está muy lejos?

Elisa. Es en Castilla la Vieja.

Clori. No me gusta nada viejo.

D. Ans. Hija, los amos son mozos,
y el trabajo llevadero:
madrugar á despachar
los mozos; ir con su cesto
á lavar la ropa al río;
amasar; algún remiendo;
tal vez hilar; la cocina;
cuidar los niños, y luego
échate acá en cada un año
siete ducados lo menos.

ELISA. No lo creas, que se burla.
CLORI. Señora, no nos cansemos;
que no puedo resolver
sin que consulte primero
al médico si el mudar
los aires me hará provecho;
que los de Madrid ya sabe
usía que son muy buenos.
ELISA. ¿Muchachos? *(Ladra dentro un perro.)*

(Sale PAJE 2.º*)*

PAJE 2.º ¿Qué manda usía?
ELISA. Echad á fuera ese perro.
(Vuelve á ladrar.)
PAJE 2.º Entraron los mercaderes,
y ladra desconociendo
los mozos que traen las ropas.
ELISA. Hija, nosotras tenemos
que hacer.
CLORI. A nadie le falta
si se aplica. ¿En fin, yo quedo
en responder?
ELISA. Cuando quiera
vuelva; porque yo la tengo
mucha inclinación.
L. Y C. Y todas.
ELISA. Vaya, y no perdamos tiempo.
A la tía Pepa un recado,
hija, y quedamos en eso.
CLORI. En lo que usía gustare.
¡Brava *convenencia* pierdo!
Dejar á Madrid por siete
ducados, y estar sirviendo
un año. ¡Madrid de mi alma!
quien te deja por tal precio,
mal conoce lo que vale
tu ballena y sus efectos. *(Vase.)*

(Salen dos mercaderes, uno con telas ó muestras y otro con una caja de cartón con gasas, blondas, etc., y ladra el perro.)

MERC. 1.º Si usía nos da licencia...
ELISA. Entre usted, señor don Pedro.
¿Qué hay, Manolillo? ¿Y tu amo?
MERC. 2.º A los pies de usía, bueno.
ELISA. Aprenda usted á tener ley
á las parroquianas, viendo
que no sé llamar á otro.
MERC. 1.º Ya sabe usía que suelo
darla gusto, y que hace días
no la he debido un recuerdo.
ELISA. Ya, ya, siempre he estado mala;
después he tenido un duelo,
y ahora estoy con esta boda
de mi primo, que no tengo
lugar de atender á nada.
MERC. 1.º Señora; el contar dinero,
y enviarle por un criado,
(Sigue ladrando.)
no es algún negocio eterno.
ELISA. ¿Ahora viene usté á llorar
por un pico que le debo,
cuando pensaba en pedirle
cuatrocientos ó quinientos
doblones, porque en Madrid
es el hombre del dinero?
MERC. 1.º ¡Ay, señora, que no sabe
usía cómo está el tiempo!
ELISA. Dejemos ahora eso y vaya
otra cosa, que tenemos
mucho que hablar. ¿Hasta cuánto
fué la orden que allá os dieron
para gastar? *(A* D. ANSELMO.*)*
D. ANS. Letra abierta.
ELISA. Pues si es así, giraremos
largo; vamos viendo ropas.
Vaya, señor don Lorenzo:
usía que tiene buen gusto.
D. LOR. Por mi voto nada de esto.
¿Qué dice usía? *(A* D. ANSELMO.*)*
D. ANS. *(Ladra el perro.)* Señora,
mándele usía á aquel perro
que calle su señoría,
que no nos entenderemos.
ELISA. Para chanza, una vez basta:
no ha de ser usía necio.
D. ANS. Señora, á mí se me ha dicho
que por pisar este suelo
me la dan, y se la doy
también al chucho por eso;
pues siendo cosa de usía,
no he de ser yo desatento.

(Sale PAJE 1.º*)*

PAJE 1.º Señora, los sastres.
ELISA. Que entren.
LAURA. Pero decidnos primero
cuántas batas y vestidos
quieren, para ir escogiendo
con variedad.
ELISA. Dices bien.
Adelante, caballeros.

(Salen los SASTRES, *de militar uno desaliñado, y el otro de capa y peinado de petimetre.)*

SASTRE 1.º Señora, despache usía
breve, pues sabe lo inmenso
que tengo á mi cargo.
ELISA. ¿Usted
es también sastre?
SASTRE 2.º Al obsequio
de usía.
ELISA. ¡Qué mala traza!
D. ANS. Es el que yo recomiendo.
ELISA. Tal para cual, Laura mía.
LAURA. Ya lo estábamos diciendo.
ELISA. Diga usted, primo: á la novia
¿cuántas batas enviaremos?
D. ANS. Una de gusto, y un traje

es lo que aquí viene puesto.
(*Saca un papel.*)

ELISA. ¿Una que va á ser parienta
mía, aunque viva tan lejos,
una bata? No, señor;
llevará seis.

LAURA. ¿Y qué menos?

D. ANS. Una; que por allá sobra
todo, menos el dinero.

ELISA. Gaste, que bien rico es;
y yo en esta ocasión debo
salir del empeño airosa.

D. ANS. Y echarle al otro el empeño.

ELISA. Decidme: ¿qué varas lleva
cada una?

SASTRE 1.º ¿Con zagalejo?

ELISA. Ya se ve.

SASTRE 1.º Con veinte y cuatro
hay bastante.

SASTRE 2.º Yo me atrevo
á hacerlas con veinte y una.

D. ANS. Y aun pueden quedar remiendos.

LAURA. ¡Jesús! ¿Batas remendadas?

ELISA. Ni á las criadas solemos
permitir esa indecencia.

D. ANS. Pues yo conocí al abuelo
de usía una chupa de raso
verde, y al irse rompiendo
le remendaban con verde
siempre; pero tan diversos,
que había verde celedonio,
verdegay y verdi-negro.

ELISA. ¡Qué disparate! ¿Con que
veinte y cuatro?

D. ANS. Este es más diestro,
que la hará con veinte y una.

LAURA. En Madrid nunca tenemos
reparo en dar lo que piden,
en quedando satisfechos.

ELISA. Aunque vistiera de balde
ése, sólo por no verlo
tan indecente, anduviera
desnuda.

SASTRE 2.º Pues considero
que estoy algo más decente
que esotro.

ELISA. Ni pensamiento;
pues aunque viene de capa,
la sortija de su dedo,
vale un Potosí. Además,
que éste jamás tiene tiempo
de vestirse: á ver la lista.

D. ANS. Don Fabricio, yo me temo
que he de reñir con mi prima.

D. FABR. Haréis mal: echad el cuerpo
fuera, y el que á ella os remite
que pague.

ELISA. Ya me avergüenzo
de ver cómo allá se piensa;
aunque no el primo, supuesto
que dió letra abierta.

D. ANS. Esto es
sobre poco más ó menos.

LAURA. ¿En las bodas quién repara?

D. ANS. Quien vé lo que sigue luego.

ELISA. Que siga lo que siguiere,
me toca su desempeño,
pues él se ha puesto en mis manos.

D. ANS. Según vais girando, creo
que vais á empeñarle á él,
á sus hijos y á sus nietos.

ELISA. Yo he de vestir á los novios
á mi gusto.

D. ANS. Que es el medio
de estar muy guapos un día
y andar todo el año en cueros.

ELISA. Yo le escribiré á mi primo
lo pesado y lo grosero
que habéis estado conmigo.

D. ANS. También yo escribirle pienso
lo muy bizarras que usías
(*Se levantan.*)
son con los bienes ajenos.

ELISA. En fin, esto ha de girarlo
mi elección: mañana iremos
las tres y se escogerá
entre todas lo más bello
y más rico.

D. ANS. ¡Pobre novio!
¡Qué Cuaresma te prometo
tan larga!

LAURA. Y, por el trabajo,
una bata, por lo menos,
es razón que tú te feries.

ELISA. ¿Pues no?; todas chuparemos.

SASTRE 1.º Y MERCADERES:
¿Con que hasta mañana?

ELISA. Sí:
prevenidnos mucho y bueno.

LOS MISMOS A los pies de usías.

LAS DAMAS. Adiós.

D. ANS. Señora, ahí la letra os dejo;
destruid á vuestro primo,
que yo ni salgo ni entro.

ELISA. Es usía ciertamente
bello mozo y muy atento.

D. ANS. ¡Qué lindas que son usías!
Mil años las guarde el cielo,
para bien de mercaderes
y ruina de majaderos (1).

(1) En el autógrafo van á continuación estos versos:

ELISA. Hijas, vamos á beber;
y luego divertiremos
la noche cantando.

CELIA. Todas
somos tuyas.

TODOS. Y con esto
y el perdón de nuestras faltas,
dará fin el intermedio.

72

Los alcaldes de Novés.

SAINETE PARA LA FIESTA DEL CORPUS. — COMPAÑÍA DE PONCE.

1768 ([1])

(*Plaza de lugar. Delante del atrio de la iglesia estarán bailando, al aire de tamboril y dulzaina, varios danzantes, y paseándose, de militar,* PONCE *y* EUSEBIO, *hidalgos;* IBARRO *y* FUENTES, *de majos de capa, como que son el cortador y el barbero; y las señoras* MARIANA *y* GERTRUDIS *pasarán luego con sus cantarillos á la cintura y se quedarán como mirando á los danzantes; y si hay algún muchacho de sobra por el vestuario, se le permitirá que salga y ande tras los danzantes, que en bailando un rato se retirarán hacia el foro, y empieza la representación, y sale* CAMPANO *de alguacil.*)

CAMPANO. ¡Señor maestro, señor maestro!
IBARRO. ¿Qué trae usted tan deprisa?
CAMPANO. Que está rabiando el alcalde
porque son las ocho y media
de la mañana, y teniendo
que ir á las nueve á la iglesia
y luego á la procesión,
ha ocho días que no se afeita,
y está desde amanecer
aguardando á que usté fuera
para quitarle las barbas
y atusarle la melena.
IBARRO. ¿Pues qué? ¿no ha ido ya el mancebo?
CAMPANO. No, señor, ni está en la tienda.
IBARRO. Pues ¿dónde estará? Dos barbas
tenía sólo de tarea
para hoy, y hace tres horas
que no parece.
CAMPANO. Esa cuenta
ajústela usted con él,
y mire usted que le espera
el alcalde.
IBARRO. Voy allá.
Dígale usté á la mozuela
que ponga agua á calentar.
¡Que ni el día de la fiesta
del *Corpus* ha de poder
un hombre estarse á la fresca!
(Vanse los dos.)
MARIANA. No está malita la danza;
¿no es verdad?
GERTR. Mejor la hubiera
si hubiera salido alcalde
mi amo, que diz que deja
cuando sale mayordomo
empeñada la venera.
MARIANA. Tal cual también se ha portado
don Jorge, que tiene llena
de músicos de Toledo
la casa, y más de cuarenta
docenas de voladores,
y doce ó catorce estrellas,
amén del castillo; pero
lo principal es que tenga
novillos y cuatro toros
de muerte.
GERTR. Dime: ¿te lleva
tu ama á verlos?
MARIANA. Ya se ve,
y á la *prucisión*; ¿qué? ¿piensas
que había de quedarme en casa?
¡Y qué mantilla tan bella
tengo que estrenar!
GERTR. ¿De qué?
MARIANA. De musolina.
GERTR. ¿De veras?
MARIANA. ¡No, sino no!
GERTR. Oye, pues, dime,
¿quién te la ha dado, Manuela?
MARIANA. Mi novio.
GERTR. ¿Sí? ¿el barberillo?
MARIANA. A *Madril* envió por ella
como un duque.
GERTR. Pues, mujer,
¿no era mejor que te diera
camisas, algún jubón,
guardapiés de sempiterna
ó zapatos, que mantilla?
MARIANA. Como los hombres empiezan
siempre á vernos por la cara,
en yendo una mujer *güena*
de medio cuerpo *pa riba*,
el otro medio se queda
para el curioso *letor*,
como dicen en mi tierra.
GERTR. ¡Eso sí: dichosa tú
que te verás en tu tienda
hoy *ú* mañana, y serás
ó *cerujana* ó barbera!
Pero yo, *probe* de mí;
por más fortuna que tenga,
será un destripaterrones
y un *probe* jornal.
MARIANA. ¡Miseria!
FUENTES. Muchachas, ¿qué hacéis paradas
y sin tener las haciendas
en vuestras casas?
MARIANA. ¿Y usted
acaso tiene que hacerlas
por nosotras?
FUENTES. ¡Qué garrote
tan bien empleado! *(Vase.)*
GERTR. En esas
costillas.
MARIANA. Por eso propio
hemos de estar otra media
hora aquí, á ver lo que pasa.

([1]) *Inédito.* Bib. Municip.: leg. 1-161-5. Autógrafo de 1768.

GERTR. Yo no puedo, que me espera
mi ama y me reñirá.

MARIANA. ¿Y qué *te se* da á ti, bestia?
Hagamos nuestro gustito
nosotras, y rabien ellas.

EUSEBIO. Con efecto, ¿hemos de ir
á ver si la madrileña
viene á la función?

PONCE. Yo creo
que de funciones de iglesia
las de Madrid gustan poco.

EUSEBIO. Pues, amigo, estando hecha
á la corte, convidarla
á pasear por la carrera
de las calles de Novés,
á mí me causa vergüenza.

PONCE. Amigo, aquí como aquí,
y allá como allá. Ofrecerla
nuestros obsequios debemos,
al fin, como forastera,
y ella acepte ó que no acepte.

EUSEBIO. Ella es pulida y discreta.

PONCE. Ella sí, mas su marido
parece un grande tronera
y presumido.

EUSEBIO. Esa es gracia
común en la gente necia.

PONCE. ¿Qué hacemos?

EUSEBIO. Vamos allá,
como que vamos á verla,
y después resolveremos.

PONCE. Por mí, vamos norabuena.

(Vanse los dos.

GERTR. ¿Cuánto va que los hidalgos
van á ver la madrileña
que vino *antiyer?*

MARIANA. *Siguro:*
¡qué espetada es, y qué tiesa!

GERTR. ¿Y será hidalga, porque
se llama doña Teresa
con su *don* y todo?

MARIANA. ¡Tonta!:
en siendo una petimetra,
en Madrid, para tener
don no es menester más pruebas.

GERTR. Pues por eso aquí podían
dárselo á la carnicera,
que allí viene más bizarra
que si fuese una marquesa.

MARIANA. Pues mira la del barbero:
¡qué basquiña trae de seda,
que puede tenerse en pie!
pues ¡digo, la molinera!

GERTR. Pues ¡mira la Mari-Sancho
qué mantilla!

MARIANA. Como aquella
es la mía.

GERTR. Yo tomara
una buena de bayeta
de la fábrica de aquí,
y estaría muy contenta.

(Pasan algunas mujeres muy bizarras, de basquiñas y mantillas de musolina, y van hacia la iglesia, y sale corriendo CAMPANO, *de alguacil.)*

CAMPANO. ¡Danzantes, que llega ya
la justicia! ¡Ande la gresca!

Llegan los danzantes, y salen MERINO, *de alcalde por el estado noble,* CALLEJO, *por el llano,* JUAN ESTEBAN *y* CAMPANO, *de alguaciles, y dan vuelta á la plaza.)*

CALLEJO. ¿Qué hora ha dado el señor cura?

MERINO. A las diez. Tiempo nos queda
para dar primeramente
por el lugar una vuelta,
y mirar si están las calles
adornadas con decencia.

CALLEJO. Vaya delante la danza

MERINO. Y el alguacil que prevenga
que barra al que no tuviere
limpia y barrida su puerta.

CALLEJO. Bien dicho.

CAMPANO. Señor alcalde,
los toros saber desean
á qué hora se han de empezar.

CALLEJO. Diles que á las cuatro y media
estaremos en la plaza.

MERINO. Y al carretero, que tenga
atajadas á las tres
las calles y callejuelas.

(Sale la señora BASTOS, *alborotada, con mantilla de bayeta.*

BASTOS. ¡Ay, alcalde, lo que he visto!

MERINO. ¿Qué has visto?

BASTOS. La más tremenda,
la más formidable cosa...

CALLEJO. ¿Y qué cosa es?

BASTOS. La más nueva:
la cosa más formidable
y la más rara: ¡que llega...
que viene!... Mas no, se fué
por esotra callejuela.

MERINO. Pero ¿qué fué?

BASTOS. De admirada
no acierto á mover la lengua.

CALLEJO. ¿Has visto llover dinero?

BASTOS. Aún es mayor la novela.

MERINO. ¿Ha dicho verdad el sastre?

CALLEJO. ¿Has visto rico un poeta?

MERINO. ¿Has visto á un pobre discreto?

CALLEJO. ¿Has visto amada á una suegra?

MERINO. ¿Has visto los malos años?

BASTOS. Más dificultosa que esas
es la cosa que yo he visto.

LOS DOS. Pues ¿qué has visto?

BASTOS. Con licencia
y con el perdón de ustedes,
he visto que por mi puerta
pasó una mujer con manto.

LOS DOS. ¡Qué prodigio!
CALLEJO. Pues, Lorenza; ¿de eso te espantas?
MERINO. Y bien puede espantarse cualquiera, que en estos tiempos un manto es más raro que un cometa.
BASTOS. Diez años ha que no había visto cosa como ella.
MERINO. Vamos á ver si la hallamos por fortuna en la carrera, para alabar al Señor, porque en su día nos muestra á la vista algún retrato del tiempo de la inocencia.
CALLEJO. ¡Tan buenas maulas había de manto, marras, marruecas, como dicen que hay ahora de mantilla y manteleta!

(Se van con la danza y sale PEPE, *barberillo, majo, con sus trastos debajo del brazo, y se pone á hablar con la* MARIANA.)

PACA. ¡Qué temprano hemos venido! Ahora va por la carrera á pasearse la justicia.
CORTINAS. ¿Vámonos también á verla nosotras? Mejor estamos aquí á ver quién sale y entra, y el tren que cada uno saca para venir á la iglesia.
PORTUG. ¿Y qué ¿hemos de estar en pie?
PACA. No tal, verás qué de priesa saca un banco el alojero y estamos á conveniencia. Muchacho, saca ese banco.

(Le saca un mozo y se sientan las cuatro)

PEPE. ¿No te he dicho ya, Manuela, que no gusto de que andes con los cántaros á cuestas?
GERTR. Si no te gusta, ¿por qué no te pones en tu tienda y la sacas del servicio?
PEPE. Si yo dinero tuviera para examinarme, ya tendría esa diligencia evacuada; porque en cuanto á las prácticas materias de acepillar una cara, agujerear una vena y recetar un emplasto para heridas y postemas á sane ó no sane, ya sé lo mismo que cualquiera barbero; y de calentura entiendo como mi abuela; pero tengo todo el arte en el pico de la lengua.
MARIANA. ¿Y cuándo tendrás dinero para comprar la licencia de herir al género humano sin que contigo se metan y te den dinero encima?
PEPE. Prestito.

(Sale IBARRO.)

IBARRO. ¡Hijo de la perra borracha que te parió!: ¿te mantengo yo en mi tienda para que andes galanteando á todas cuantas encuentras, ó para trabajar?
PEPE. ¡Hola! tenga usté las manos quietas, ó el chocolatero hirviendo va volando á su cabeza.
IBARRO. ¡A mí tú!
MARIANA. Déjele usté.
IBARRO. Vayan noramala ellas.
PEPE. ¿Qué apuestan á que le pongo la vacía por montera?
IBARRO. ¡Anda, que yo te aseguro que te acuerdes de la fiesta!

(Le entra á puntapiés.)

GERTR. Mujer, vámonos á casa.
MARIANA. Vamos, que luego que vea salir á mi ama quiero venir también á la iglesia, para lucir mi mantilla y mis *naguas* de bayeta verde, que aun están tal cual.
GERTR. ¡Dios te la depare buena!

(Se van las dos.)

CORTINAS. ¿Qué es aquello, *Telisfora?*

(Sale PAULA.)

PACA. Una dama forastera que hay en Novés; mírala, que parece que se quiebra.
PORTUG. Por eso trae dos puntales.
CORTINAS. Mira cómo la cortejan los hidalgos.
PACA. Hace bien.
CORTINAS. ¿No ves qué ridiculeza que trae manto?
PACA. Si lo viesen en nosotras, se rieran.
CORTINAS. Pongámonos á hacer burla nosotras y á reirnos de ella.
PACA. Ahora no, porque sería exponernos á quimera: déjalo hasta ver si pasa con su manto alguna vieja charra de nuestro lugar.
EUSEBIO. Lejillos está la iglesia, madama.
PAULA. No está muy lejos.

(*Salen, con los versos antecedentes, la señora* PAULA, *petimetra, de manto, obsequiada de* EUSEBIO *y* PONCE, *y delante saldrá* CHINICA, *de militar decente.*)

Y más á mí, que estoy hecha
á andar todas las mañanas
por Madrid más de una legua,
á ir, desde los Afligidos,
por la tarde á la comedia,
y después dar por el Prado
lo menos catorce vueltas.

PONCE. ¡Buen andar es!

CHINICA. Mi mujer
bien puede apostar á piernas
con el más ligero agente
de negocios.

EUSEBIO. Pues es prenda
que se halla en pocas señoras.

CHINICA. Es porque se hacen de pencas
algunas, pues es constante
que las más son muy ligeras.

PAULA. Pues es bonita la plaza.

(*Sale* ESPEJO, *de abogado.*)

ESPEJO. Señora, aunque usted no quiera...

PAULA. ¡Oh, señor don Policarpo!

ESPEJO. Fuí á cumplir con la deuda
de saber cómo os probaban
estos aires de mi tierra,
y no habiéndoos encontrado,
me he tomado la licencia
de veniros á buscar.

PAULA. Yo os estimo la fineza.
¿De qué te ries, majadero?
(*A* CHINICA, *que se ríe de* ESPEJO.)

CHINICA. De una muy graciosa idea
que me ha ocurrido.

PONCE. ¿Y cuál es?

CHINICA. El dejar los tres á ésta,
y que la acompañe
el amigo, porque tenga
hoy diversión el lugar
con la graciosa pareja
de un manto y una golilla,
que puede ser cosa nueva
para todos los nacidos
después del año de treinta.

ESPEJO. Amigo, para un letrado,
en las funciones más serias
es el uniforme grande.

PAULA. También el manto es decencia
de la gente en tales días,
y la distingue.

CHINICA. Teresa,
manda hacer de él una bata
para las Carnestolendas
y no te quieras hacer
risa de las concurrencias.

(*Sale* JOAQUINA, *de manto y charra.*)

JOAQUINA. ¡Qué poco que he madrugado!
¿Si habrá quedado en la iglesia
misa rezada?

PACA. Muchachas:
ahora ha llegado la nuestra.

CORTINAS. Ya está el pendón en la plaza;
sin duda que viene cerca
la *prucisión.*

PACA. Calla, boba:
¿no ves que es doña Ximena,
la del cuadro de palacio?

JOAQUINA. ¡Si voy yo á las bachilleras!...

PORTUG. ¿Quién se mete con usted?

JOAQUINA. Pues ¿qué? ¿tengo las orejas
tapadas?

CORTINAS. El tafetán
es de lustre.

PORTUG. Y de muy buena
calidad.

PACA. Mirad, muchachas,
qué cernícalo atraviesa
por la plaza.

MARIANA. Dos veo yo.

PAULA. Esto es una desvergüenza;
burlándose están de mí.

CHINICA. Yo cien doblones las diera,
por el gusto que me dan;
para que otra vez no seas
loca y saques tu mantilla
como todas las discretas
y castizas españolas
sacan en funciones recias.

PAULA. Yo me tengo mis razones
para no usarla.

PACA. ¡Qué seria
anda la gente con manto!

JOAQUINA ¿Qué va á que agarro dos piedras
y descalabro á las chulas?

CORTINAS. ¿No ve usted que se ofendiera
el manto?

PACA. Deja que tire,
verás qué par de banderas
hacemos.

JOAQUINA. Pues allá va.

PAULA. ¿Ven ustedes qué insolencia?

EUSEBIO. ¡Callen las provocativas!

PONCE. ¡Que la justicia no venga
por aquí!

JOAQUINA. ¿No hay quien socorra
á un manto de una violencia?

(*Salen los de justicia, sin los danzantes, acelerados.*)

MERINO. ¿Qué ruido es éste? Alguaciles,
haced que nadie se mueva
ni se escape de la plaza
hasta que el motivo sepa.

CALLEJO. En buen día, buenas obras;
que la pague el que la deba.
Doy fe que hubo gritería.

CHINICA. ¡Caramba! un cuarto de legua

tiene el escribano: ¡cuánto
pillará cuando se extienda!

MERINO. Vamos, ¿qué ha sido esto?

MUJERES. Nada.

ESPEJO. Mucho, y con todas aquellas
circunstancias que el derecho
previene, y el docto Olea
glosa, parece ante ustedes
á poner una querella.

MERINO. ¿Contra quién?

ESPEJO. Contra esas mozas
de mantilla.

JOAQUINA. Mejor fuera
se pusiese la demanda
á la mantilla que á ellas,
pues desde que se introdujo
la musolina se observa
que no vale el pan barato
porque no hay buenas cosechas.

CALLEJO. Y añada usted que en Novés
la fábrica de bayeta
no sirve, porque se van
á Madrid ó á Talavera
á comprar la musolina,
y el dinero se lo llevan,
y si no viene ¿de qué
las fábricas aprovechan?

ESPEJO. Más razón hay.

MERINO. Poco á poco,
que el juicio quiere prudencia
y escuchar á entrambas partes.

CHINICA. Si el pleitecillo se enreda,
no tema la musolina,
que aquí estoy á su defensa.

ESPEJO. ¿Pues qué? ¿es usted abogado?

CHINICA. Recibido en la Academia
de los Reales mozos, que
deben en la controversia
dar la ley como que saben
el fondo de las materias
apuntadas.

ESPEJO. ¿Sí? Pues contra.

PAULA. Déjalo tú y no te metas
en cuestiones.

CHINICA. Es ya caso
de honor, para que no pierda
la extensión de sus derechos
la mantilla.

ESPEJO. De bayeta
de nuestro lugar, *concedo*,
para la gente plebeya;
pero la de musolina,
que confunde la nobleza
de las damas y equivoca
á las lindas con las feas,
á las altas con las bajas
y á las malas con las buenas,
nego, *nego*.

CHINICA. Eso es negar
el buen gusto de las hembras,
y aun su honra, pues podrían
después decir malas lenguas
que las mujeres no van
con su cara descubierta.

ESPEJO. ¿Y eso es útil?

CHINICA. Y muy útil.

ESPEJO. No, señor, ¡ni que lo huela!

CHINICA. Vamos á razones.

ESPEJO. Vamos.

CHINICA. Las hay á millares.

ESPEJO. Vengan.

CHINICA. La musolina en verano
no sofoca, por ligera,
y con los aires de invierno
tampoco, porque se pega.

MUJERES. ¡Viva el argumento!

ESPEJO. Contra:
Que en el verano se tuestan
y en el invierno se erizan;
y á trueque de ir petimetras,
los dolores de costado
y tabardillos desprecian.

MUJERES. Eso es mentira.

ESPEJO. Es verdad;
que lo digan en conciencia.

PAULA. Usted habla como un ángel;
así es al pie de la letra.

MERINO. Pues caso en que la salud
de las damas interesa,
es menester que se mire
con mucha de la prudencia.

CALLEJO. Y lo peor es que se pierde
la fábrica de bayeta,
y en lugar de que nos traigan
el dinero, se le llevan.

BASTOS. Pues á bien que mi mantilla
es gorda y no se clarea.

(*Salen* MARIANA *y* PEPE, *como se dijo.*)

IBARRO. La moza de mi mancebo
es una bonita pieza;
¡mantilla de musolina
y guardapiés de bayeta!

ESPEJO. Lo primero que les coge
el demonio es la cabeza.

CHINICA. Pues ¿hay cosa más barata
que cualquier mantilla de éstas,
que si se lava no encoge
y siempre parece nueva?

ESPEJO. Sí, señor, el tafetán
de Toledo ó de Valencia,
que ahorra el agua y jabón
y suele durar por peñas.

CHINICA. También se lavan los mantos.

ESPEJO. Mas no con tanta frecuencia.

CHINICA. Los mantos es antigualla
de las ridículas nuestras;
con los mantos las mujeres
no parecen extranjeras.

ESPEJO. Con las mantillas tampoco.
CHINICA. Como las mantillas sean
delgadas, sí lo parecen,
pues como van descubiertas,
lucen las batas, los vuelos,
los escotes y escofietas.
Los mantos, en los concursos,
parecen tropa funesta
de cuervos, y las mantillas
que sutiles transparentan
lo vario de los ropajes,
son en cualquier concurrencia
ensaladilla en que sacian
los ojos sus apetencias.
Y, sobre todo, los mantos
no deben de tener cuenta
al reino, á los comerciantes
ni á ellas mismas, cuando ellas
la musolina prefieren;
siendo lo que hace más fuerza
que cuantas leyes se pueden
alegar en la materia,
que es moda ya recibida:
¡sóplate esa berenjena!
MUJERES. ¡Viva el abogado nuestro!
PACA. Catorce pares de vueltas
de musolina bordada
merece por la defensa.
CHINICA. Mirad si le he atarugado.
¡Si esto no tiene respuesta!
ESPEJO. Poquito á poco; que hablar
de repente poco cuesta;
pero nos oirán los sordos
si no logramos que vean
los que tienen ojos quién
introdujo la perversa
moda de la musolina.
¿Fué alguna prudente reina,
que hizo político el uso?
No, señor. ¿La conveniencia?
Tampoco; pues sólo tiene
de bueno la ligereza.
¿Fué el bien del estado? Menos,
que es mucho lo que le cuesta.
¿Fué el recato? ¡Tararira!
Pues ¿quién fué?: ¿la desvergüenza?
No se sabe á punto fijo,
pero hay muchas evidencias.
¿Fué la moda? ¿Y quién es la
moda para dar sentencias?
¿Sabe usted quién es la moda?
Una enemiga encubierta
del estado, introducida
por las espías secretas
de los contrarios, que temen
cuerpo á cuerpo nuestras fuerzas
y quieren debilitarnos;
que lo digan los de Atenas;
que nos cuenten los romanos
algo de esto. ¿Qué granjea
la gloria de una nación
en los usos y qué arriesga?
Aquí, aquí *fica o punto*,
como dicen los de Almeida.
Pues, señores míos, vamos
claritos y trampas fuera.
La musolina destruye
la fábrica de bayeta
del lugar. La musolina
ha hecho tablas la modestia
general de las mujeres.
En la musolina arriesgan
su opinión las más honradas.
La musolina pretexta
sólo el recato y ofrece
más que la vista desea
de todos; y, últimamente,
la musolina en la iglesia
es escándalo ó peligro:
¡sóplate esa berenjena!
CALLEJO. Y sobre todo se pierde
la fábrica de bayeta;
y en lugar de que nos traigan
el dinero, se le llevan.
BASTOS. A bien que mi mantellina
es gorda y no se clarea.
MUJERES. ¡Apelamos, apelamos!
MERINO. ¡Mucho este testigo aprieta!
PAULA. Pues aun se puede apretar
un poco más la materia.
PACA. ¿Qué mujer contra su sexo
la voz ni las armas presta?
PAULA. La que ve que las mujeres
se destruyen por sí mesmas.
¿Creen ustedes que los usos
de las mantillas aumentan
nuestros hechizos?: ¡qué error!
Dos motivos nos alientan
para rendir á los hombres:
el casarse las solteras,
ó el mirarnos obsequiadas
á muchas sin diferencia
de estados Si lo primero,
¿qué hombre cuerdo habrá que quiera
pretender á una mujer
que no le ha costado verla
ni el paseo de la calle,
ni el acecho de la reja,
ni el brujuleo del manto,
ni el esperar á las fiestas,
porque todo su trabajo
es parecer petimetra,
y, si no la buscan, ir
buscando donde la vean?
Si es para cortejo, somos
lo mismo que las cerezas,
que valen á doce cuartos
y hay puñadas por cogerlas

cuando hay pocas, y en mirando
que á cada esquina se encuentran,
se quita la gana y no hay
quien dé un ochavo por ellas.
A fe que mejor sabían
el arte nuestras abuelas,
que si enseñaban un dedo
había de ser con su cuenta
y razón. Manto *me fecit*,
señoras, y los que quieran
vernos el hocico, penen,
que suspiren, que no duerman,
que suden, ¡pese á su alma!;
y en viéndonos, que se mueran.

CHINICA. También ahora nos morimos
de risa de ver qué necias
que sois

CALLEJO. Señor compañero,
la fábrica de bayeta
se pierde.

MERINO. Algo más se pierde,
y para que no se pierda
todo, se dispondrá un bando
en saliendo de la iglesia.

PACA. ¿Y cuál ha de ser el bando?

ESPEJO. Debe ser la providencia
terrible y con grandes multas.

MERINO. Antes una friolera;
verbi gracia: Que ninguna
mujer de mantilla pueda
quejarse de que imagine
cualquier hombre lo que quiera
si las ve por esas calles
ó paseos andar sueltas.
Que á la entrada de paseos,
botillería y comedias
(cuando en el lugar las haya)
paguen un par de pesetas
para mantener los pobres;
y pues la misma decencia
es que vayan con mantilla
que el que vayan descubiertas,
que vayan como los hombres
con peluquín á la iglesia,
y que estén los sacristanes
desde las nueve á la puerta
y no las dejen entrar,
pues á las misas postreras
quizá no es la obligación
del precepto lo que llevan.
Y, en fin, que si en algún tiempo
pareciere la primera
que introdujo las mantillas
de musolina, parezca
ante el cura y la conjure
para que así salga de ella
el vil espíritu, y quede
capaz de la vida eterna.

TODOS. ¡Viva el alcalde!

CAMPANO. Señor,
que repican á la fiesta.

MERINO. Vamos, y ¡fuera mantillas!,
si entrar quieren en la iglesia;
ó le digo al señor cura
que les eche un anatema.

PACA. Usted no juzgue jamás
por su opinión las ajenas;
que si usté es alegre de ojos,
otros hay que no lo sean.

MERINO. Ya entiendo; pero el perjuicio
es común, con diferencia
de que los malos caemos,
y los más justos tropiezan.

TODOS. ¡Que salga el bando!

CALLEJO. ¡Y que viva
la fábrica de bayeta!

PAULA. Y el tafetán, que es amparo
de las lindas y las feas.

CAMPANO. ¡Señor, que tocan á vuelo!

MERINO. Vamos, y quede suspensa
materia tan dilatada,
y atentos á que la alienta
de un buen español el celo,
los defectos de su idea
queden suplidos.

TODOS. Y alcance
á todos la piedad vuestra.

73

El baile en máscara.

SAINETE NUEVO.—SU AUTOR, D. RAMÓN DE LA CRUZ.

1768 [1].

(*Salon corto. Salen* MERINO, *enfadado, y* CHINICA, *de criado*).

MERINO. Muchacho, dame la capa,
que no basta la paciencia
por más que la estire un hombre,
para una mujer tan terca.

CHINICA. Grande motivo hay, sin duda,
para que usted salga fuera
de casa de noche.

MERINO. Pues,
¿no será peor que en ella
ejecute, despechado,
algún disparate? ¡Bestia!,
¿no oyes que pido la capa?

---

[1] *Inédito.* Bib. Nacional: Manuscrito núm. 14.594-17. En la primera hoja se lee: «Soy de Pedro Canal. Cádiz y Febrero 5 de 1770.» En la Bib. Municip. leg. 1-162-9 hay otro manuscrito, copia antigua, sin nombre de autor, que corresponde á 1769, según el sello del papel en que está escrito.

CHINICA. Ya voy, señor, á traerla.
No os enfadéis.

MERINO. Pues ve presto,
que pegaré con cualquiera
que se me ponga delante.

CHINICA. Me alegro que usted lo advierta
para ponerme detrás,
aunque de paje descienda
á lacayo.

MERINO. En este mundo,
¿habrá algún hombre que sepa
el secreto de tener
á las mujeres contentas?

CHINICA. Yo.

MERINO. ¿Cuál es?

CHINICA. No darles nada
ó darles á manos llenas.

MERINO. ¡Despacha!: tráeme la capa.

CHINICA. Voy. Mas ¿cuál quiere usted?

MERINO. Cualquiera.

(Vase CHINICA. *—Sale* CORTINAS.)

CORTINAS. ¿Señor?

MERINO. ¿Qué traes?

CORTINAS. Dice mi ama
que entre usted.

MERINO. Dila que mientras
no tenga juicio y modere
su genio, no quiero verla.

CORTINAS. Pues si ha de ser eso, tarde
será cuando usted la vea.
¿Qué la digo?

MERINO. Que no quiero.

(Sale CHINICA.)

CHINICA. Aquí está la capa.

MERINO. Venga.
(Pónesela.)

CORTINAS. ¿Vais á salir?

MERINO. Y quizá
será tarde cuando vuelva.

CORTINAS. ¡Ay, señora de mi alma,
que mi amo se va y nos deja!

MERINO. Adiós. *(Vase.)*

CHINICA. Aguárdese usted;
agarraré la linterna,
y mi capa y mi sombrero.

MERINO. No es necesario que vengas
conmigo.

CHINICA. Pues me iré solo;
porque si mi ama se suelta
en yéndose usted, no quiero
que me rompa la cabeza.
Mas ya se soltó.

(Sale PACA.)

PACA. ¿Es posible
que partas con ligereza
tan grande, y que mis razones
en la vida te convenzan?
Supongo que sin oirlas,
¿cómo pueden hacer fuerza?

MERINO. ¿Tú tienes razón?

PACA. Y mucha.

MERINO. Con tal de que no me vuelvas
á enfadar con tus manías,
yo te la concedo.

PACA. Espera.
¿A dónde vas á estas horas?

MERINO. Donde libertarme pueda
de ti siquiera un par de horas.

(Sale ESPEJO, *de capa de grana y peluca.)*

ESPEJO. ¡No he visto cosa más bella!
A los pies de usted, madama.

PACA. Téngalas usted muy buenas.

MERINO. Adiós, señor don Francisco.

ESPEJO. ¿Pues qué novedad es ésta?
¿Vais á salir?

MERINO. Me es preciso
el visitar á una enferma.
(Ap.) Disimulemos.

PACA. No quiero;
(Ap.) que á todos, porque lo sepan
he de contar mis desgracias;
y que no hay cosa en que tenga
yo gusto, que tú permitas.
Y falta ya la paciencia
para callar, pues tú sólo *(Llora.)*
aspiras á verme muerta,
y no lo habrás de lograr,
porque si hasta aquí fuí necia,
tengo de darme una vida,
desde hoy, como una duquesa.

ESPEJO. Quedad con Dios, que jamás
fuí testigo de quimeras,
ni escuché llantos de damas
cuando está el marido cerca.

CHINICA. Ni yo tampoco.

CORTINAS. Ni yo.

CHINICA. Sí, vamos á la dispensa
á buscar qué merendar,
ínterin se pelotean. *(Vanse.)*

MERINO. Aguardad, que habéis de ser
vos el juez de la pendencia;
ya que mi mujer no tiene
reparo de que se sepa
el motivo.

ESPEJO. ¿Quién? ¿yo el juez,
y más en estas materias
matrimoniales? Buscad
un casado que lo sea;
que yo no lo soy, aunque
en el invierno lo sienta,
cuando me voy á acostar,
porque hallo la cama fresca.

MERINO. Oidme cuatro palabras,
que no es menester gran ciencia

para conocer quién tiene
justicia.

PACA. ¡Si es una tema
tuya!

MERINO. No es sino razón,
que me dicta la experiencia.

ESPEJO. Pues compongamos el pleito,
antes que más gente venga.

MERINO. Yo hablaré.

PACA. Me toca á mí.

MERINO. Yo soy aquí la cabeza.

PACA. Yo soy la que tiene faldas.

ESPEJO. Señorita, usted advierta
que la razón de las faldas
contra el marido no es buena.

PACA. Pues déjenme hablar ustedes.

ESPEJO. Déjala hablar.

MERINO. Norabuena.

PACA. Pues, señor...

(*Sale* MARIANA.)

MARIANA. Hijita; traigo
una grande impertinencia.

ESPEJO (*Ap.*) ¡Que todo pleito ha de ser
largo por fas ó por nefas!

PACA. ¿Qué tienes que mandar?

MARIANA. Puede
hacer una diligencia
tu paje?

PACA. Pues, ¿por qué no?
¿Perico?

MARIANA. Dile que venga.
presto.

PACA. ¿Perico?

CHINICA (*dentro*): Ya voy,
que estoy con la boca llena.

PACA. ¡Despacha!

(*Sale* CHINICA.)

CHINICA. Me cogió el carro
por medio de la merienda!
Si no me llaman, me emboco
trece cajas de jalea.

MARIANA. Ya sabe usted que mi sastre
es ese de la plazuela.

CHINICA. Sí, señora.

MARIANA. Pues, por Dios,
que vaya usted, y le dé priesa
á que me traiga el vestido
de máscara, que son cerca
de las siete de la noche
y aún estoy de esta manera.

CHINICA. ¿Y si aún no está concluído?

PACA. Aguárdate; no te vengas
sin él.

MARIANA. Tráele debajo
del brazo, que poco pesa.

CHINICA. ¿A quién? ¿al sastre?

MARIANA. Al vestido;
y volved con la respuesta
breve.

CHINICA. Cuando me despachen. (*Vase.*)

PACA. No hay otra que se divierta
como tú.

MERINO. Mejor podías
hacerlo tú, si quisieras.

PACA. ¡Bonito eres tú para eso!
Siéntate un ratito, Pepa;
(*Siéntanse*).
dirás en cierta disputa,
también lo que te se ofrezca.

MARIANA. Te aseguro que no estoy
para nada. ¡Desvergüenza
mayor de sastre! A las cuatro
le mandamos que viniera,
y aun á las seis no ha venido.

ESPEJO. Y más de las seis y media
son ya.

MARIANA. ¡Si lo digo yo;
que no hay en toda la tierra
otra mujer más fatal!

PACA. De poco, amiga, te quejas;
si tuvieras un marido
como el mío, que me niega
cualquier gusto, entonces sí
que te quejaras de veras.

MARIANA. Pues ¿qué? ¿no quiere que vayas
á las máscaras?

PACA. No es esa
la manía, sino que
se ha empeñado en que no tenga
bailes este Carnaval
en casa, cuando estoy hecha
á darles á mis amigas
tres ó cuatro, con sus cenas,
refrescos y aun chocolate
por la mañana, si era,
como es por lo común,
de día la última vuelta.

ESPEJO. ¿Y ha sido sobre eso el pleito?

MERINO. Sí, señor.

PACA. ¿Y qué? ¿es pequeña
causa? ¡Y porque le repito
la instancia, salirse fuera,
tomar la capa y dejarme!
¡Ah! si alzara la cabeza
mi padre y viera á su hija
por iguales bagatelas
desairada, yo aseguro
que te temblaban las piernas!

ESPEJO. ¿Ha dicho usted?

PACA. Sí, señor.

ESPEJO. Pues apliquemos la oreja
á esotra parte.

MARIANA. La amiga
en parte funda su queja
en razón; pero no es tanta

como la que yo tuviera
para pedir que á mi sastre
le trasladaran á Ceuta
por embustero.

ESPEJO. No hay forma
de que en mentir se contengan:
por Jueves Santo, ¿y dirán
verdad por Carnestolendas?

PACA. Mire usted cómo ahora calla,
conociendo que por fuerza
se han de poner de mi parte
todos.

MERINO. Si no consideran
todos los inconvenientes
de un sarao y una cena
en casa particular,
donde, por mucho que atienda
el dueño á su obligación,
falta de muchas maneras,
no hay duda que puede haber
alguno que te defienda.
Pero si se hiciesen cargo
de que entre la concurrencia
nadie queda agradecido
y muchos quejosos quedan;
del insoportable gasto
á gente de nuestra esfera;
de que hay hombres y mujeres
mezclados sin otra idea
que divertirse, ni más
freno que el de su prudencia,
pues el amo de la casa,
aunque oiga y aunque vea,
suele hacerse sordo y ciego
por no desgraciar la fiesta:
y si se hacen cargo, al fin,
de que con menos que cuesta
cualquiera de estas funciones,
sin la menor contingencia,
con mayor diversidad
é incomparable decencia,
se puede uno divertir
todas las Carnestolendas
en los Caños del Peral (1),
raro será el que no crea
que es tonto el que expone casa,
quietud, familia y hacienda
por divertirse, teniendo
la diversión más completa,
sin tener que responder
sino de sí y su pareja.

MARIANA. No dice mal tu marido;
que allí una mujer se huelga
más, y sin tanta fatiga.

PACA. Veamos lo que sentencia
don Francisco.

ESPEJO. Ni uno ni otro
dictamen mi juicio aprueba.

LOS TRES. ¿Por qué?

ESPEJO. Porque no convienen
estas funciones caseras
ni las máscaras; aunque
jamás he querido verlas,
porque no me gustan.

MERINO. Pues
es una graciosa idea
decir que no gusta aquello
que no se ha visto.

ESPEJO. ¡Paciencia!
Como esos hay que sin ver
las cosas murmuran de ellas.

MERINO. Pues una noche conmigo
habéis de venir por fuerza.

ESPEJO. ¿Quién, yo? Más fácil será
quitar del cielo una estrella.

MERINO. Pero ¿por qué?

ESPEJO. Porque no.

MERINO. No hay razón que más convenza.

(Salen CHINICA, IBARRO, *de sastre, y* CALLEJO, *de oficial.)*

CHINICA. Señora, ya está aquí el sastre.

MARIANA. ¡Reniego yo de su flema
de usted!

IBARRO. No se puede más,
señora; vamos apriesa,
que no puedo detenerme,
porque en mil partes esperan.

MARIANA. ¿Qué tal viene guarnecido?

IBARRO. A la perfección. Despliega
el vestido de madama,
muchacho. Vea usted si lleva
poca obra.

MARIANA. ¿Qué estais diciendo?
¡No es nada la diferencia
de mi vestido á ése!

IBARRO. ¿Habrá
equivocación más necia?
Madama, perdone usted,
que presto daré la vuelta.
Pero ¿de qué era el vestido
que esperábais?

MARIANA. De holandesa.

IBARRO. Ya lo sé; lo que pregunto
si os acordais de la tela.

MARIANA. De raso liso.

IBARRO. ¿Encarnado,
y coloradas las vueltas?
Sí, acabado está; ya vuelvo.

MARIANA. ¡Usted no tiene cabeza!
¡Hombre, si era azul y blanco!

IBARRO. Pues será el de la Marquesa
el otro; vamos por él,
aunque, por lo que suceda,

---

(1) Se daban entonces allí unos famosos bailes de máscaras introducidos el año anterior por el Conde de Aranda, presidente del Consejo de Castilla.

tomaremos las medidas
primero.

MARIANA. Por esas señas,
no está hecho.

CALLEJO (*aparte*). Ni cortado.

IBARRO. Pegando las cintas quedan.
Dentro de un cuartito de hora
estará usted ya á la vela.
Vamos á llevar esotro
á la calle de la Reina. (*Vase.*)

CALLEJO. ¿Da usted para refrescar?

MARIANA. ¡Por lo que el maestro se esmera
conmigo! ¡Con un garrote!...
¿Habéis visto desvergüenza
mayor?

CHINICA. Ni yo vi en mi vida
tampoco mejor comedia
que la confusión que tiene
el dicho sastre en la tienda.

MARIANA. Tendrá pocos oficiales.

CHINICA. Más tiene de una docena
entre mozos y mancebos.
Pero es tan grande la gresca,
que hay hombre que va á pegar
á un chupetín charreteras,
y otro pega á unos calzones
mangas en las faltriqueras
de los costados. Allí
á todo el mundo que llega
se le dice que ya van,
y después ya no se acuerdan
ni de ir ni de la ropa
que toca á cada pareja.

MARIANA. ¡Pues estamos bien! Yo voy
al recurso que me queda,
que es ir de maja.

CHINICA. Señora,
coche ha parado á la puerta.

PACA. Deja que suba quien es.

(*Salen, de máscara, la señora* IGNACIA, BASTOS, EUSEBIO *y* FUENTES.)

IGNACIA. Amiguita, esta es fineza;
sin embargo de que es tarde,
venimos á que nos veas.

PACA. ¡Qué lindos vestidos!

BASTOS. Pues
creímos que tú vinieras
también.

PACA. ¡Para eso estoy yo!

BASTOS. Pues, ¿qué tienes?

PACA. La jaqueca
y el estómago, que ha
tres días que no me dejan.

IGNACIA. Ven al baile y verás cómo
vuelves á tu casa buena.

BASTOS. Así me sucedió á mí,
por cierto, una noche de éstas.

PACA. Pues idos, y enviadme el coche.

MERINO. Muchacho, ve por caretas
y guantes.

CHINICA. Venga dinero.

MERINO. Toma, y trae cuatro boletos
de camino.

PACA. ¿Para quién?

MERINO. Vete tú á vestir, y deja
lo demás á mi cuidado;
que con tal de que no quieras
bromas en casa, tendrás
cuantos gustos apetezcas.

MARIANA. Vea usté al sastre de camino,
y mire si acaso piensa
en cumplirme la palabra.

CHINICA. ¿Y que luego le impusieran
una multa por decir
la verdad? (*Vase.*)

EUSEBIO. Pues vamos, mientras
estos señores se visten,
porque el coche á tiempo vuelva.

LAS DOS. Vamos.

PACA. Abur; hasta luego.

IGNACIA. Oyes, ¿qué vestido llevas?

PACA. No sé; el primero que saque.
(*Vase* IGNACIA.)

MARIANA. Agur.

PACA. Hasta luego, Pepa.

MERINO. A vestiros, don Francisco,
porque habéis de ir de pareja
con mi mujer.

ESPEJO. ¿Quién, yo?

MERINO. Sí.

ESPEJO. Dejad que vaya á la escuela
y aprenda á bailar, y luego
iré á echar allí floretas.

PACA. No importa que no bailéis.

ESPEJO. Pues, ¿á qué he de ir?

PACA. Usted venga,
que allí hay muchas diversiones.

ESPEJO. Yo no bailo ni doy vueltas.

MERINO. ¿Qué apostamos que, si vais,
no perdéis noche?

ESPEJO. Es apuesta
que perdéis si la contesto.

MERINO. Pues, vamos, aunque la pierda.

ESPEJO. No voy.

PACA. Me haréis ese gusto.

ESPEJO. Una vez que usted lo ordena,
iré, por no ser grosero;
pero protesto la fuerza.

LOS DOS. A vestirnos.

ESPEJO. Sí, yo iré;
pero á un volver de cabeza
los dejo, y voy á zamparme
en la cama. ¿Qué hay que pueda
allí entretener á quien
ni baila ni galantea?

LOS DOS. Vamos, y no seais pesado.

ESPEJO. ¡Bravo chasco les espera!

(Mutación de coliseo. Todos los que puedan de máscaras algunas de las damas bailando; y sucesivamente los hombres, algunos dando vueltas, con diferentes disfraces; y CAMPANO *en medio, de maestro de baile, con el dominó y bastón de cintas de colores varios. La orquesta toca los minuetes quedo, de suerte que la representación se perciba.)*

PONCE. Máscara, ¿quieres bailar?
CORTINAS. Luego, que quiero dar vueltas
antes con mi compañero.
PONCE. Pues cuidado no te pierdas.
¿Oyes?
CORTINAS. Ya me sé andar sola.
J. MANUEL ¿No traes quién te divierta?
PONCE. No.
CORTINAS. Pues echa por la otra,
que está ocupada esta acera.
ORDÓÑEZ. ¿Bailaremos contradanzas?
PORTUG. Sí, en acabando está alerta.
GABRIELA. Poca gente hay.
CALLEJO. Es temprano.
GABRIELA. ¿Oyes?: mira la Teresa
dónde está.
CALLEJO. Y ¿quién es aquel
con quien viene de pareja?
GABRIELA. Su cuñado.

(Sale IBARRO.)

IBARRO. Adiós, amigo.
CALLEJO. No te conozco.
IBARRO. Ya dieras
por conocerme algo bueno.
Pregúntale á tu pareja
que cómo le fué en el baile
de la calle de las Huertas
antes de ayer.
GABRIELA. ¿Oyes, oyes?
IBARRO. ¿Qué?
GABRIELA. Quítate la careta,
que te quiero conocer.
IBARRO. No quiero, que soy doncella.
GABRIELA. ¡Mira!...
IBARRO. Luego nos veremos;
cuídala, que es buena hembra.

(Sale MARIANA, *con* ESTEBAN, *de majos.)*

MARIANA. Al cabo venimos tarde;
y á ser conocida expuesta
por el vestido.
ESTEBAN. ¿Y qué importa?
Otras hay que te parezcan.
MARIANA. Vamos á ver dónde están
las amigas.
EUSEBIO. Cuatro bailes
ha que perdido me llevas,
por el gusto de bailar
contigo un minué.
PORTUG. Pues deja
que acabe y le bailaremos.
IBARRO. ¡Tú ya sabes quién es ésta!
EUSEBIO. Sí.
IBARRO. ¿Y quién es?
EUSEBIO. Una real moza:
pero no hay forma de verla
sin quien la corteje.
IBARRO. Aquí
todo tiene centinelas.
PORTUG. Vamos.
EUSEBIO. Gracias á Dios que
me tocó la vez... ¡Que sea
tal mi desgracia!

(Golpe del bastonero y cesa la orquesta.)

PORTUG. Adiós, hijo;
perdona por la primera.
TODOS. ¡Contradanzas! ¡Contradanzas!
CAMPANO. Aquí falta una pareja.
IGNACIA. ¿Cuál se baila?
CAMPANO. *El año nuevo* (1).
BASTOS. ¡Maestro, aquí!
CAMPANO. Luego. Cadena.
cuatro caras, los costados,
y á su lugar. Vaya de ésta.

(Contradanza en el foro; la orquesta quedo, y sale PACA, *con* CHINICA, MERINO *y* ESPEJO.)

PACA. Bailando están contradanzas.
ESPEJO. ¡Qué bien que se zarandean!
MERINO. ¿Qué tal está esto?
ESPEJO. ¡Muy bueno!
Ciertamente que sintiera
no haberlo visto.
MARIANA. ¡Adiós, viejo!
ESPEJO. Mientes, que aun no tengo treinta
cumplidos.
MARIANA. En cada pata,
y otros diez en cada oreja.
ESPEJO. ¿Cómo lo conoces, si
traigo la cara cubierta?
MARIANA. Adiós, Frasquito, y cuidado
que no empeñes la venera
por cortejar á las mozas.
ESPEJO. ¡Caramba, y qué gentezuela
hay aquí!
MERINO. Esta es la vecina.
(Aparte los dos.)
PACA. Ya la conozco. ¡Adiós, Pepa!
MARIANA. Adiós. Calla, que le quiero
dar al viejo cantaleta.
ESPEJO. ¡El demontre de la maja!
PACA. ¿A dónde vas?
ESPEJO. Voy tras ella;
que me ha gustado.
CALLEJO. ¡Adiós, hombre!

(1) El ms. de la Bib. Municipal dice: «*La Inmutable.*»

¿Qué milagro es que tú vengas
aquí? ¿Traes alguna moza?
ESPEJO. No; pero si me la dieras,
la tomara.
MERINO. ¡Eso me gusta!
ESPEJO. Aquí, ¿no se viene á fiestas?
MERINO. Sí.
ESPEJO. Pues á chulo ninguno
me gana, como yo quiera.
IBARRO. ¿Y la Juanita?
ESPEJO. ¿Quién eres?
IBARRO. Yo soy, si es que no te acuerdas,
el pájaro solitario
que nunca traigo pareja
y me acomodo con todas,
como se acomoden ellas.
ESPEJO. ¡Eso me gusta!
IBARRO. ¡Adiós, Paco!
ESPEJO. ¡Adiós, pájaro de cuenta!
MERINO. ¿Qué os parece esto?
ESPEJO. Un prodigio.
¡No he visto cosa más seria,
ni más divertida, con
más prudentes providencias!
MERINO. Pues aún no lo has visto todo.
ESPEJO. ¡Ay, amigo: bien se deja
conocer que aquí los pies
y la boca solo juegan!
TODOS. ¡Fandango! ¡Fandango!
MERINO. Ahora
veréis cuál todos alientan.
CHINICA. Máscara ¿cómo estás sola?
IGNACIA. Como no hallo quien me quiera...
CHINICA. Ni yo tampoco; conque
haremos linda pareja.
IGNACIA. Vamos á cenar.
CHINICA. Ya traigo
hecha yo esa diligencia.
IGNACIA. Pues tomaremos café
con leche; que una peseta
bien puede gastarla un paje.
CHINICA. !Qué chusca que eres! ¿Tú piensas
sacar mentira diciendo
verdad?
SIMÓN. Ven á bailar esta
contradanza.
IGNACIA. ¡Adiós, don Roque!
CHINICA. ¡Los chascos que uno se lleva
aquí, en siendo tierno de ojos,
suelen contarse á docenas!
ESPEJO. Honmbre, ¿ha visto usté una maja
que cada vez que me encuentra
me da una matraca y un
pellizco que me revienta?
CHINICA. Esa será conocida.
ESPEJO. Yo no puedo conocerla.
MERINO. ¿Qué tal va, amigo?
ESPEJO. ¡En mi vida
tuve noche como ésta!
PACA. ¿Queréis cenar?
ESPEJO. ¿Qué cenar!
ni cenara ni comiera
en tres días, si durara
esto tres días.
MERINO. Pues, ¡ea!;
daos prisa á divertiros,
que ya amanece, y es fuerza
que esto se acabe.
EUSEBIO. Madama,
que va contradanza abierta,
para acabar; ¿la bailais?
BASTOS. Vamos allá.
MERINO. ¿Estás contenta,
hija?
PACA. Mucho; ya te doy
la razón de que no quieras
tener en casa funciones,
pudiendo disfrutar éstas.
CAMPANO. Señores, no confundirse.
Una va.
TODOS. Va en hora buena.

(Contradanza «la Inmutable,» con la que se da fin, echando el telón.)

74

La bella criada.

1768 ([1])

SAINETE PARA LA COMPAÑÍA DE PONCE.

(Sala regular.—Salen la señora PAULA, *acabándose de vestir, y de criadas, las señoras* PORTUGUESA *y* GERTRUDIS, *con bandeja la una, en que estén guantes, un vuelo, el abanico, etc.;* ESPEJO, *con gorro y corbatín, como amo de casa, etcétera; y por el otro lado sale* CHINICA, *de paje.)*

PAULA. ¡Vaya!; vamos despachando,
que ya es hora de que vengan
las amigas, y no es justo
hacer que estén á la puerta
paradas dentro del coche
esperándome hora y media.
ESPEJO. Temprano es para paseo,
que es mucho lo que calienta
el sol.
PAULA. Pues ¿aguardaremos
á salir cuando anochezca
y ya no se vean los bultos?
ESPEJO. Si ustedes llevan la idea
de ver todo lo que pasa,
y de que á ustedes las vean,
esa es otra cosa.

([1]) *Inédito.* Bib. Munic.: leg. 1-162- Autógrafo de 1768.

PAULA. Y tú
¿qué intención es la que llevas
cuando vas á los paseos?
ESPEJO. Yo voy á estirar las piernas.
PAULA. Pues nosotras el pescuezo
para ver qué es lo que lleva
puesto cada una, y quién son
todos los que se presentan.
ESPEJO. Y tener que murmurar,
que es una diversión necia
y sin fruto alguno.
PAULA. Todo
lo que divierta aprovecha.
¿Qué abanico traes aquí?

A la PORTUGUESA.

PORTUG. ¡Si no ha dejado usted fuera
otro!
PAULA. Pues toma las llaves.
PORTUG. ¿Y cuál saco?
PAULA. El que tú quieras,
que sea bonito.
PORTUG. Ten tú
entretanto la bandeja. (*Vase.*)
PAULA. ¿Si tienes las manos limpias?
GERTR. Quizá más que la doncella
y más blancas. ¡Pues es cierto
que ando yo nunca muy puerca!
PAULA. Ya tú sabes que no gusto
de criadas bachilleras:
calla y déjalo.
CHINICA. ¡Señora!
PAULA. ¿Qué traes?
CHINICA. La criada nueva,
que está ahí con su madre. Dice
que si usté la da licencia
para entrar.
PAULA. Ve y dila que entre.
CHINICA. ¡Qué bonita compañera
me viene!
ESPEJO. ¿Y el comprador,
hizo ya la diligencia
de ir á tomar los informes?
CHINICA. Sí, señor.
PAULA. Jamás se acuerda
de volverme los recados.
Dile que salga á ese bestia.
CHINICA. ¡Domingo!
CALLEJO (*Dentro*). ¿Qué quieres, hombre?
CHINICA. Esto es una desvergüenza.
Señor, ¿por qué han de llamarme
á mí de tú las sirvientas
ni el comprador?
ESPEJO. ¿Y en qué fundas
tan mal fundada soberbia?
CHINICA. En que en Madrid vale más
ser paje que ser doncella.
ESPEJO. Pero el ser comprador vale
mucho más.
PAULA. Pues entretenla,
allá en la antesala, en tanto
que los informes se sepan.
CHINICA. Voy á entretenerme, pues
me mandan entretenerla. (*Vase.*
PAULA. ¡Domingo!

(*Sale* CALLEJO.)

CALLEJO. ¿Qué manda usted?
mi *siñora?*
PAULA. ¿Qué respuesta
me traes de aquellos informes?
CALLEJO. La que me *dierun.*
ESPEJO. ¡Muy bella
razón!
PAULA. Sepamos cuál fué.
CALLEJO. Yo fuí y llamé á *lla* puerta,
peru non me *respondierun*,
hasta que vide una cuerda
y *toquei duna* campana
de aquella misma *maneira*
que tocan *llus sancristanes*
para la misa postrera.
ESPEJO. ¡Despacha! ¿Y qué te dijeron?
CALLEJO. Respondióme una mozuela,
comu la señora Antonia
la de casa; díjele á ella
á lo que iba, y ella *diju*
que es *verdá* que la Teresa
sirviú allí y ya *num sirvía*,
peru que en Dios y en conciencia
la Teresa es buena moza;
antes que de *puru* buena
se pasaba, y que su ama
gusta de *llas* cosas frescas,
y la *despidiou* por *esu*,
y *purque cuandu* saliera
tardaba *muchu* en volver,
purque iba su madre á verla
muy á menudo, y porque
cantaba que se las pela;
y *purque* tiene *mais primus*
que una mora de Guinea,
y *todus* la regalaban
abinicus y *escufietas*.
Pero que no hay otra cosa,
y que es buena costurera,
guisa, barre, cose, plancha,
fila, canta, baila, peina,
borda, devana, jabona,
enjuaga después que friega;
si la regañan responde;
calla si la tiene cuenta,
y sabe de sastrería.
PAULA. ¡Animal!; ¡que nunca sepas
volver un recado!
CALLEJO. ¿Quiere
que lo repita otra vuelta?
PAULA. Calla y mándalas entrar;
que ahí en la antesala esperan.

(*Sale* CHINICA.)

CHINICA. Señores, el coche dice
que doña Ana está á la puerta.
PAULA. Al revés, ¡bruto!
CHINICA. ¿Qué más
tiene al revés que á derechas?
(*Ap.*) ¡Qué materiales que son
todas estas petimetras!
PAULA. ¿Viene sola?
CHINICA. No, señora;
porque á lo menos con ella
viene el cochero y las mulas.
PAULA. Di á la criada que vuelva
otro día.
ESPEJO. ¿No es mejor
que suba doña Ana á verla;
y, si os pareciere bien,
entre las dos se resuelva
que se quede?
PAULA. Dices bien.
Baja y dila que, de nuestra
amistad en confianza,
la pido tome la pena,
porque tengo que decirla,
de subir las escaleras,
y que al punto nos iremos.
ESPEJO. Y di de camino á esas
mujeres que entren.
CHINICA. Hoy hay
que hacer muchas diligencias.
CALLEJO. ¿Y yo me *quedu* en visita
ú voime?
ESPEJO. Marcha allá fuera.
CALLEJO. Voy á acabar de escribir
el *curreo* de mi tierra. (*Vase.*)

(*Salen, de mantillas y basquiñas, las señoras* JOAQUINA *y* PACA MARTÍNEZ.)

LOS DOS. ¡Alabado sea el Señor!
ESPEJO. ¡Por siempre alabado sea!
MARTÍNEZ. Señora, á los pies de usted.
PAULA. ¿Qué es eso? ¿viene contenta?
MARTÍNEZ. Yo sí, señora. El caso es
que tenga feliz estrella
en complacer á mis amos.
PAULA. Como tú hagas lo que puedas,
de los pechos nobles es
alentar á los que empiezan,
y te suplirán las faltas
si rendida las confiesas ([1]).
JOAQUINA. ¡Jesús! Es mi Teresita
humilde como una tierra;
y si oye un grito, se mete
debajo de una silleta.
ESPEJO. Lo mismo hace en casa el perro,
y muerde á los que se sientan.
PAULA. ¿Qué te parece?
ESPEJO. A mí bien.
PAULA. Supongo, que en siendo hembras
rara es la que te disgusta.
ESPEJO. Excepción tiene la regla.
PAULA. ¿Cuál?
ESPEJO. Tú, que eres hembra y me
das pesares á docenas.

(*Salen, de señoras en bata,* MARIANA, BASTOS *y* LADVENANT.)

MARIANA. ¿Conque, hija, estás ocupada?
LADV. Por nosotras, aunque quieras
que dejemos el paseo,
estaremos tan contentas.
BASTOS. Y más que está abochornada
la tarde.
CHINICA. ¡Qué pispireta
y qué espigada que es la
pícara de la doncella!
PAULA. Sentaos un rato, que ahora
viene esta criada nueva,
y quiero que en amistad
me digais lo que os parezca.
Trae sillas, niño.
CHINICA. ¡Yo niño!
Y si yo tenido hubiera
con que casarme, podían
ya ir mis niños á la escuela.
PAULA. ¿Qué haces?
CHINICA. Arrimar la silla
á la señora Teresa.
ESPEJO. Sobre ti si que estaría
una albarda mejor puesta.
MARTÍNEZ. Sirva usted á las señoras.
CHINICA. A usted sí que la sirviera
yo de buena gana.
PAULA. ¡Niño!
CHINICA. Señora.
PAULA. Ves allá fuera
y trae la silla poltrona
para la pobre Xaviera,
que está embarazada.
LADV. No;
para mí cualquiera es buena.
CHINICA. ¿La traigo?
PAULA. ¿Para qué?
CALLEJO. Para
que se siente la doncella.
MARTÍNEZ. Estamos muy bien así.
PAULA. Siéntense.
JOAQUINA. Con su licencia
de ustedes.
ESPEJO. No ha habido en casa
criada más petimetra.
MARIANA. Es muy linda.
CHINICA. Yo lo creo;
así fuera yo como ella,
que otro gallo me cantara.
LADV. ¿Y de dónde es?

([1]) Alude aquí el poeta á que Francisca Martínez era nueva en el teatro.

MARTÍNEZ. De Vallecas.
MARIANA. ¿Y ha mucho que está en Madrid?
MARTÍNEZ. Creo que desde las ferias;
eso mi madre lo sabe.
JOAQUINA. Sí, señora; haga usted cuenta
de que, como dijo el otro,
como han sido las cosechas
como han sido en estos años,
me fué preciso traerla,
porque los que más no pueden
con sus mujeres se acuestan.
CHINICA. Ni aun eso puedo yo.
PAULA. ¿Y dónde
ha servido?
MARTÍNEZ. En una tienda
de la calle de las Postas
estuve para doncella
tres años.
PAULA. Pues ¿no me ha dicho
que vino á Madrid por ferias?
JOAQUINA. Eso fué esta última vez;
que no le probó la tierra,
y se fué á tomar los aires.
PAULA. Pues si tampoco le prueban
ahora, no hacemos nada.
JOAQUINA. Señora, hágase usted cuenta
que sarna con gusto á *naide*
le pica, y si está contenta
y da gusto, la salud
le sobrará, y la *experencia*
lo dirá; porque aunque es mi hija
y lo mujer que es Teresa
me esté á mí mal el *decillo*,
sabe de todas haciendas,
porque ha tenido una madre
que ha sido en todo Vallecas
conocida, y que ni más
honrada ni costurera
tampoco, y que se crió
en la casa de la abuela
con todo á pedir de boca *(Llora)*.
y su guardapiés de seda,
de que hay en Madrid trescientos
testigos si no se hubieran
muerto; pero en este mundo
todas las cosas dan vuelta.
PAULA. No se aflija usted por eso.
MARIANA. La muchacha es muy modesta,
y tiene muy buena pinta.
JOAQUINA. Señora, usted no me crea,
y recíbala á cierra ojos.
BASTOS. Si no te saliere buena,
á bien que no es casamiento.
PAULA. Pues bien está. Chica, entra
y quítate la basquiña
y vuelve al instante.
CHINICA. Venga
usted conmigo.
MARTÍNEZ. Ya voy.
ESPEJO. Muchacho, ¿dónde la llevas?
CHINICA. A enseñarla su aposento.
ESPEJO. Ahí están sus compañeras.
GERTRUD. Venga usted, querida.
MARTÍNEZ. Vamos.
JOAQUINA. Yo también voy, con licencia
de ustedes; que, al fin, soy madre,
y una madre siempre es fuerza
que la dé buenos consejos.
MARTÍNEZ. ¿Qué tal, madre? *(Aparte las dos.)*
JOAQUINA. Aquí hay *probeza*,
y mucha bambolla; pero
por ahora estáte quieta.
Mira si encuentras por ahí
alguna cosa mal puesta,
que mañana, si Dios quiere,
buscaré otra conveniencia. *(Vanse.)*
CHINICA. La madre es mucha mujer.
ESPEJO. La muchacha es una acendra
y así es como á mí me gustan;
altas, y que alcanzar puedan
á ponerme el corbatín.

(Salen Eusebio y Ponce.)

E. Y PON. Habiendo visto á la puerta
el coche, no hemos querido
pasar sin saber qué es esta
novedad.
ESP. Y PAU. Adiós, señores.
LADV. Estimamos la fineza;
mas no es cosa de cuidado.
PAULA. Que tenía una doncella
que recibir, y he querido
que las amigas la vean.
BASTOS. ¡Y qué bella traza tiene!
PAULA. Ahora saldrá para verla,
y nos iremos. *(Salen.)*
JOAQUINA. Señora,
en su casa de usted queda
mi corazón; y ¡cuidado!,
que no fiara yo á Teresa
á otra no fuera usted
EUSEBIO. ¿Oyes?, ¿no es la tía Pepa?
PONCE. Y la Tomasilla.
EUSEBIO. Calla.
PONCE. Esta es trampa manifiesta.
EUSEBIO. ¿Y qué se nos da á nosotros?
Peor será que estotras sepan
que ha sido nuestro cortejo
y ande la marimorena.
LADV. ¿De qué se ha puesto encarnada?
JOAQUINA. Tiene *muchisma* vergüenza
mi hija, y sentirá la pobre,
como es natural, que queda
sin su madre de su alma.
PONCE. ¿Ves cómo nos hace señas
de que callemos?
EUSEBIO. Callar,
hasta ver qué broma es ésta.

MARIANA. ¿Sabe bailar esta niña?;
porque el cuerpo manifiesta
natural disposición.

JOAQUINA. ¡Ah! si su padre viviera,
bien sabría, que á bailar
y tocar las castañuelas
no habría quien se pusiere
delante de él Y ¡qué piernas
tenía! ni hechas á torno.
Ahora lo que suele ella
hacer tal cual es cantar;
y si la diesen escuela,
ha dicho uno que lo entiende
que hay más de lo que se piensa
en su voz.

LADV. Pues mandarla
que cante alguna cosuela,
porque la oigamos.

ESPEJO. Vaya unas
seguidillas manchegas.

MARIANA. ¿Y no sabe tonadillas?

MARTÍNEZ. ¿Y qué hago yo con saberlas,
si no sé cantarlas bien?

PAULA. Pues canta una como sepas,
que ya nos hacemos cargo
de que hoy es la vez primera
que cantas aquí, y es fácil
que te turbe la vergüenza.

MARTÍNEZ. Con todas esas disculpas,
no la hay á la resistencia,
y más estando á servir.

TODOS. Pues vaya.

MARTÍNEZ. Ustedes atiendan.

(*Tonadilla.*)

TODOS. ¡Muy lindamente!

(*Sale* FUENTES, *de crudo.*)

FUENTES. ¡Deo gracias!
Tengan ustedes muy buenas
tardes.

ESPEJO. Muchacho, pregunta
qué quiere ese hombre.

CHINICA. ¿No hay puerta
donde llamar?

FUENTES. Yo no gusto
de esperar en la escalera,
pudiendo entrar á la sala.

CHINICA. Pues esa es mucha llaneza
y poca crianza.

FUENTES. ¡Chito!;
que no gusto de quimeras;
ahora, si usted la pretende,
á mí muy poco me cuesta.
Tengamos la fiesta en paz,
y dejar las almas quietas.

PAULA. Pero ¿qué es lo que usted busca?

FUENTES. Tengan ustedes paciencia;
que no soy costal que vacia
por la boca cuanto lleva.

CHINICA. ¡Que hombre tan (1) largo y tan [serio!

FUENTES. Tomasa, ¿con qué licencia
vienes tú á servir á nadie?
Pues ¡reniego de tu media
casta!; sirviéndome á mí,
¿te ha faltado buena mesa
y que vestir y calzar,
ni es menester que te atengas
al salario de un usía
tarde y mal pagado? ¡Ea!:
vuelve á coger tu ropica
y vámonos, con licencia
de esos señores.

MARTÍNEZ. Mi madre
me ha mandado que viniera.

JOAQUINA. Sí, señor, que lo he mandado,
que cuando fué, por Cuaresma,
á cumplir con la *perroquia*,
la dieron de penitencia
que se pusiese á servir.

FUENTES. Usté calle, y agradezca
al aquel destos señores
que no la abro la cabeza.

JOAQUINA. ¿Qué? ¿no hay justicia en *Madril?*
No quiero que mi hija sea
su maja, ni su mujer,
ni que de nosotras tenga
el barrio que *mormurar*.

ESPEJO. Su razón es manifiesta.

FUENTES. Sí será. Vamos, Tomasa;
ó que tu madre prevenga
todo lo que me ha estafado.

JOAQUINA. ¿Yo? pues ¿no hay quien lo des- [mienta
en la sala? Estos señores
digan cuántas diligencias
han hecho para llevarnos
algún día á la comedia,
á los toros, y después
entrar en casa á la vuelta;
pero ¡mas poco bonita
soy yo para andar en fiestas!

P. Y EUS. ¿Nosotros, mujer?

JOAQUINA. Ustedes;
no hay que fingir ni hacer señas.
Ustedes; la gente blanca
no debe ser embustera.

PAULA. Ustedes tenían buen gusto.

MARIANA. Sea muy enhorabuena,
caballeros.

(*Sale* GABRIELA.)

GABRIELA. ¡Ay, señora!
que de encima de la mesa
me faltan seis cucharitas
del dulce y dos servilletas.

ESPEJO. Pues ¿quién ha entrado aquí?

GABRIELA. Nadie,

(1) «Crudo» en letra distinta.

sino la criada nueva
y su madre.

JOAQUINA. ¿Oyes, mocosa?;
si quieres quedar con muelas
habla bien.

FUENTES. Vamos, Tomasa,
que tu madrina te espera
para ir á ver al vicario.

CHINICA. ¿Sabe usted, como ella quiera,
que hay quien ponga impedimento?

FUENTES. ¿Sabe usted que hay quien desea,
si pronuncia otra palabra,
dejarle libre de muelas?

CHINICA. No, señor; que un paje tiene
aun más necesidad de ellas
que de saber escribir.

JOAQUINA. Vámonos de aquí, Teresa;
que no es esta casa casa
para gente de vergüenza.

LADV. ¿Y ustedes aguantan ésto?

MARIANA. Como está para ser suegra,
no querrán desazonarla.

PAULA. Muchacho, de una carrera
vete al cuartel.

JOAQUINA. Vámonos,
muchacha, mas que se pierdan
la basquiña y la mantilla.

BENITA (*Dentro*). ¿Y la palancana, Celia,
dónde está?

GABRIELA. Allí la dejé.

JOAQUINA. Vámonos de aquí, Teresa.

ESPEJO. Ve á llamar á los soldados:
que nosotros á la puerta
contendremos la salida
de toda esta gentezuela,
si no vomitan el hurto.

FUENTES. Eso yo haré que parezca.
Vamos, tía, suelte usted,
ú yo mismo iré á dar cuenta
al alcalde; que una cosa
es poner uno en defensa
la moza, y otra es hurtar.
Vamos.

JOAQUINA. Si tú no vinieras
aquí, no tenía yo ahora
que pasar esta vergüenza.
(*Saca lo dicho.*)

CHINICA. ¡Válgame Dios, cómo vuelve
el Señor por la inocencia!

PAULA. ¡Ea, vayan enhoramala!

JOAQUINA. Ya me voy; pero agradezcan
que no he tenido tres días
para mudar la despensa
á mi casa. (*Vase.*)

FUENTES. Caballeros,
mandar en cuanto se ofrezca,
que todo, menos la moza,
lo tienen á su obediencia.
(*Vase con ellas.*)

CHINICA. ¡Qué chasco!

MARIANA. ¡Fuego de Dios,
y qué criadas tan bellas
se usan!

LADV. Por eso es malo
recibir sin conocerlas.

BASTOS. Yo lo que siento es el chasco
que estos señores se llevan.

LOS 2 CAB. Señoras...

PAULA. Dejemos eso;
y pues se frustró la idea
del paseo, divirtamos
la noche como se pueda,
y lo pasado pasado.

LADV. ¿No saben alguna nueva
tonadilla sus criadas?

PAULA. Sí.

LADV. Pues di que nos diviertan,
y esto se acabe.

TODOS. Implorando
perdón de las faltas nuestras.

75

Los convalecientes.

SAINETE NUEVO.

1768 (1).

(*Bosque.—Salen por distintos lados, como de paseo.* ESPEJO, *en chupa, gorro, sombrero de picos y bastón, como de médico, y* CORONADO, *de capa y montera, como escribano.*)

ESPEJO. Adiós, señor secretario.

CORONADO. ¡Viva esa cara de Pascua,
señor doctor, que este otoño
después de la temporada
de verano son dos flotas!

ESPEJO. En el día la ganancia
no es mucha, pero hay pendientes
media docena de causas
buenas; y como Dios quiera
que el marqués y la madama
del consejero, que están
de mala calidad, salgan
remendados de Vallecas
y que no estiren la pata
hasta volver á Madrid,
les tengo puesta la tasa
á cincuenta dobloncitos
cada uno en una caja
de oro.

---

(1) *Inédito.* Bib. Municip.: leg.: 1-155-25. Copia antigua, que dice en la portada: «Para la compañía de Manuel Mrz., á 4 de octubre de 1768.» Y á continuación: «Año de 1768. Comedia *Carlos V sobre Túnez*, tonadilla á 2 *Los danzantes*. En el entremés á 5 *Los ciegos*.»

CORONADO. Amigo, para vos
es el mundo.

(Sale NAVAS, *todo de negro, con chupa y con montera.)*

NAVAS. ¿Qué se trata,
caballeros?

CORONADO. No es asunto
de la menor importancia
para usté, seo sacristán.

ESPEJO. Me estaba dando matraca
con que valen mucho las
propinas extraordinarias
de aquellos tontos que luego
que se pudren las entrañas
en Madrid con sus afanes,
con sus pretensiones arduas
ó sus gustos; que en Madrid
cada gusto es una taza
de veneno, que hace más
daño á quien mejor lo paga,
con salir sólo á una aldea
dos meses y mudar aguas
y aires piensan volver
sanos como una manzana.
Pero yo, que, aunque no entiendo
mucho de pulso, en las bascas
y los visajes conozco
que ya están aquellas almas
disponiendo su equipaje
para la última jornada,
les receto un cordialito,
les doy buenas esperanzas,
afianzo mis derechos
y los envío á su casa
á morir más á su gusto,
sin perjuicio de mi fama.

NAVAS. Pues no puede usted, en concien-
hacer eso, porque agrava [cia,
los derechos de la iglesia,
y al sacristán le defrauda
de los mocos de la cera,
de las ofrendas diarias
y de lo que dan de sí
los vuelos.

CORONADO. Y usted añada
á eso también mis perjuicios,
que puede salvar sin tanta
costa ni escrúpulo alguno;
porque es cosa temeraria
matar á un hombre, pero esto
de obligarle á que testara
aquí, lo puede mandar
por debajo de la pata.

NAVAS. Antes debiera mandarles
morir de que les mandara
testar, porque la parroquia
debe ser antes que nada.

ESPEJO. Yo quisiera disponerlo
de modo que se pillara
aquí todo; mas no todo
es posible.

(Salen CARRETERO, VICENTE, GALVÁN, ANTONIO CALLE, *en chupas o bata alguno, gorros, sombreros y cañas, andando despacio y gargajeando á veces, como convalecientes.)*

NAVAS. Verbigracia:
¿por qué esta gente, que está
ya del todo aperdigada
acá, se ha de ir á Madrid
á dar la piel?

CORONADO. Esa es mala
voluntad que el doctor tiene
á toda la gente honrada.

CARRET. Don Hipólito: ¿qué tal
os sentís esta mañana?

GALVÁN. Mal, amigo, porque el vientre
parece una mula falsa,
que cuanto más la castigan
corre más desenfrenada.

CARRET. ¿Y vos, don Blas?

CALLE. Al contrario,
le tengo como una tapia;
no hay hombre más extreñido
que yo en la mitad de España.

CARRET. Pues yo tal cual ya me voy
poniendo gordo, á Dios gracias
y el médico; ayer me dijo
que en quitándoseme el asma
y las úlceras del bazo
me recetaría una horchata
y unas unturas con que
quedaré como me estaba.

NAVAS. Señor doctor, la verdad;
de aquellos tres, ¿cuál escapa?

CORONADO. Ninguno, mediante Dios.

CARRET. Allí está nuestro guadaña.

GALVÁN. ¿Señor don Gil?

ESPEJO. Caballeros:
¿qué tal vamos con las aguas
termales?

CARRET. A mí muy bien.

GALVÁN. A mí mal.

ESPEJO. Pues continuarlas;
y beber hasta que el cuerpo
rebose como tinaja;
que algún efecto han de hacer.

CORONADO. ¡Y salga por donde salga!

(Salen, con sus mantillas y basquiñas, haciendo de beatas, la GRANADINA *y* GUZMANA.)

GUZMANA. ¡A la paz de Dios, señores!

ESPEJO. Adiós, mis señoras.

NAVAS. ¿Cuántas
misas han oído ustedes?

GRANAD. La mayor y dos rezadas,
si Dios ha sido servido.

GUZMANA. ¿Oye usted?: ¿quién es una alta,
con basquiña de griseta,

que está en la iglesia sentada
junto á el banco de justicia?

CORONADO. Creo que es una madama
de Madrid.

GUZMANA. Es mucho cuento.

NAVAS. ¿Qué? ¿no han ido á visitarla
ustedes?

GRANAD. ¡Jesús! ¿nosotras?
Todo el año se nos pasa
sin salir más que á la iglesia,
y los viernes á las Santas
Cruces.

GUZMANA. ¡Ay, señor! Nosotras
estamos ya retiradas
del mundo, y sin ver entrar
por nuestras puertas un alma
jamás.

GRANAD. Aun viviendo siempre
una mujer retirada,
suele armarle mil tropiezos
Patillas, y nunca falta
que confesar.

GUZMANA. ¡Ojalá!

CORONADO. Pues tan solas, ¿en qué gastan
ustedes el día?

GUZMANA. En rezar,
peinar y quitar cazcarrias
á las perritas, leer libros
devotos, hacer hilachas
para el hospital, y el día
que, como somos hermanas
de diez religiones, no hay
algún individuo en casa,
solemos pasar las horas
las dos jugando á la mata.

GRANAD. ¡Y cuánto mejor es eso,
ó estar asando castañas,
que murmurar!

GUZMANA. ¡Y qué cierto!
Lo que digo yo á mi hermana:
está muy perdido el mundo,
y la bienaventuranza
muy lejos de la soberbia
y el interés.

ESPEJO. La criada
de ustedes creo que es ésta.

GRANAD. Sí, señor; ¿qué traes, muchacha?

(*Sale la* GARRO.)

GARRO. Vengo á ver si ustedes quieren
vender huevos y una pava
para el usía que tiene
de huésped la Cayetana.

GUZMANA. Sí; ¿cuántos hay?

GARRO. Hay catorce.

GRANAD. Pues oyes, no los des nada
menos de á real cada par.

GUZMANA. Y lleva aquel pavo que anda
malo, y pide treinta reales.

GARRO. Esa no es conciencia.

GUZMANA. Calla;
que á estas gentes de Madrid
no es pecado desollarlas.

GRANAD. ¿Oyes?: y procura hacerte
amiga de la criada.

GUZMANA. Y averigua cuánta renta
tienen, y cómo se llaman,
dónde viven en Madrid,
quién entra y sale en su casa,
si tienen hijos y si
son muchachos ó muchachas.

GRANAD. Y pregunta al carnicero,
luego cuando vuelvas, cuánta
carne llevan cada día.

GUZMANA. Y si es de carnero ó vaca.

ESPEJO. Y si es de pierna ó de lomo.

GARRO. Pues ahora de entrar acaban
dos coches en el mesón.

GRANAD. ¿No te dije yo, Juliana,
que había oído ruido?

GUZMANA. ¿Y quiénes son? ¿quiénes son?

GARRO. Unas señoras muy guapas
venían en uno.

GRANAD. ¿Y el otro?

GARRO. Según me ha dicho la Olaya,
el médico del señor
que vive en la casa blanca
venía en él.

ESPEJO. ¿Médico? Voy
á ponerme la casaca,
la peluca, la sortija
y la chupa de persiana.

CORONADO. Pues ¿á qué fin?

ESPEJO. ¿Un doctor
de Madrid? ¡Ahí que no es nada!:
que, si no lo es hoy, será
potro-médico mañana. (*Vase.*)

GRANAD. Ves, y cuando vuelvas luego
mira quién está en la plaza.

NAVAS. ¡Y luego dicen ustedes
que no oyen ni saben nada!

GUZMANA. ¿Qué hemos de hacer? Como no
salimos nunca de casa,
ni recibimos visitas,
ni somos de las que andan
averiguando, parece
que estamos en la Tebaida.

GRANAD. No importa, que cuanto más
una viva retirada,
dará menos cuenta á Dios.

GARRO. ¡Qué buenas que son mis amas!
(*Vase.*)

CORONADO. Seo sacristán, ¿quién es ésta
que viene?

(*Pasan, como de paseo, de petimetra, la* PACA *y* PRADO.)

NAVAS. No sé.

GRANAD. La dama

de poco acá. Mire usted:
ésta, me han dicho que estaba
en Madrid sirviendo como
cualquier mujer ordinaria,
y se casó con un amo
viudo.

CORONADO. ¡Bien haya su alma!

NAVAS. ¿Y es su marido aquel?

GRANAD. No.

GUZMANA. Cuando á solas la acompaña
sí lo será. Mujer, piensa
con piedad, que eres cristiana.

GRANAD. Pues yo ¿qué digo sino
lo que sé?

CORONADO. De todas cuantas
han venido al lugar, ésta
que llega es la más bizarra.

GUZMANA. ¿Sabe usted quién es?

CORONADO. No.

GUZMANA. Hablando
con perdón, es una sastra.

Sale la BASTOS, *con* EUSEBIO, *de petimetres, y* CALLEJO, *de cabriolé, gorro y sombrero.)*

CALLEJO. Ya va calentando el sol.

EUSEBIO. Mi señora doña Hilaria,
bien dice vuestro marido:
tarde tenemos bien larga
para pasear

BASTOS. Que se
vuelva al lugar, si se cansa;
que yo quiero ir á una viña.

CALLEJO. ¿No tienes uvas en casa
á pote?

BASTOS. No quiero yo uvas;
de lo que yo tengo gana
es de hartarme bien de agraces,
y ver si en esas cercanas
huertas hay membrillos verdes.

EUSEBIO. ¿Y si os dan unas tercianas,
señora?

BASTOS. ¡Qué disparate!
¿Cuándo ha visto usted una dama
enferma de comer fruta,
mientras no se esté atareada
á coser y haga ejercicio?

CALLEJO. Por esta cuenta ¡qué larga
vida tendrá mi mujer!

GRANAD. ¿La saludamos, hermana?

GUZMANA. Sí, que con las forasteras
no puede ser excusada
la política.

GRANAD. Sea usted
muy bien venida, madama.

BASTOS. Dios guarde á la buena gente.

EUSEBIO. ¡Qué cuatro figuras para
remates de algún buró!

BASTOS. ¿Y quién le pondría en su sala?
(Vanse.)

GRANAD. ¿Has visto qué desatenta
y qué puerca?

GUZMANA. ¡Vaya, vaya,
mujer, que no lo creyera!

CORONADO. Si son más tiesas y vanas
las fruteras en Madrid
que por acá las hidalgas.

GUZMANA. Vámonos de aquí, mujer,
que voy escandalizada.

GRANAD. ¡Qué bien hacemos nosotras
de vivir sin saber nada!

CORONADO. Y yo también al instante
voy á encordar la guitarra
de la usía.

NAVAS. Pues su esposo
dicen que, como Dios no haga
un milagro, las afufa.

GRANAD. Malo está.

CORONADO. ¡Miren qué tacha
para divertirse la otra!
Hoy tendremos cuchipanda. *(Vase.)*

NAVAS. Yo voy á ver cuánto vino
me ha quedado hoy en la jarra
de la sacristía, y si cae
algún bateo.

GUZMANA. ¡Qué maulas
hay en este mundo!

GRANAD. En él
estamos las dos, hermana. *(Vanse.)*

(Casa pobre.—Sale AMBROSIO, *de militar, y* LÓPEZ, *de peluquín, muy soplado, con bastón, etc.)*

AMBR. Esta es la casa en que está
nuestro enfermo.

LÓPEZ. Poco grata
es para un hipocondríaco.

AMBR. Yo ya hace unas tres semanas
que no le he visto.

LÓPEZ. Ni yo,
desde que hice que saltara
de Madrid, le he visitado,
y temo, cuando me llaman,
que hay novedad.

(Sale MARIANA*).*

MARIANA. ¿Quién anda ahí?

LÓPEZ. ¿Señora doncella?

MARIANA. ¡Gracias
á Dios que han venido ustedes!
Voy á avisar á mi ama.

AMBR. ¿Qué? ¿está tu amo peor?

MARIANA. No es eso.
Cosa es de más importancia
para lo que á usted le quiere.

LÓPEZ. ¿Qué será?

MARIANA. Voy á llamarla. *(Vase.)*

ESPEJO. ¿Deo gracias? *(Sale.)*

AMBR. Entre quien fuere.

ESPEJO. ¿Me dirá usté si está en casa

un caballero doctor
en medicina, que acaba
de apearse, de Madrid?

LÓPEZ. Yo soy ése: ¿qué me manda
vuesamerced?

ESPEJO. Yo, aunque indigno,
señor, obtengo la plaza
de médico de esta villa,
y en muestra subordinada
de vuestro súbdito, vengo
á presentaros las armas,
(*Le pone el bastón á los pies.*)
y á poner al punto á vuestra
disposición mi posada,
mis enfermos y bastón
como mis propias alhajas,
é, *in quantum possum*, botica,
sepulturas y campanas.

LÓPEZ. Levantad y confiad
que os tendré presente.

ESPEJO. A tanta
benevolencia, señor...

LÓPEZ. No gusto de pataratas,
que nunca de herrero á herrero
pasa moneda. ¿Madama?

(*Sale* IGNACIA, *acelerada, en bata, y dos pajes que sacan sillas.*)

IGNACIA. ¿Señor don Pantaleón?

LÓPEZ. ¿Mi señora? ¡qué bizarra
y linda!

IGNACIA. Pues no sé cómo
lo estoy, porque estoy muy mala
desde que usted no me pulsa.
¿Y usted? (*A* AMBROSIO.)

AMBR. Muy á vuestras plantas.

IGNACIA. Sí, bravo mozo es usted,
y ha tres ó cuatro semanas
que no viene; ya hablaremos,
(*A* LÓPEZ.)
que pretendo, antes que salga
mi marido, confiaros
un caso secreto.

LÓPEZ. ¿Es falta
de salud?

IGNACIA. Importa más
que todo eso.

ESPEJO. Esta mañana,
¿cómo está el pariente?

IGNACIA. Bueno.
¡Qué médico tan machaca!
Siéntese usté aquí conmigo,
(*A* LÓPEZ.)
y escúcheme dos palabras.
Entretenga usté á ese zorro
(*A* AMBROSIO.)
de modo que no oiga nada.

AMBR. Sentémonos. ¿Y aquí, hay muchas
enfermedades?

ESPEJO. A manta.

AMBR. ¿Y de mucha consecuencia?

ESPEJO. No, señor, pocas tercianas,
pero muchos tabardillos
morados.

AMBR. Pero ¿se escapan
muchos?

ESPEJO. Los más, y hasta ahora
no sabemos dónde paran.

LÓPEZ. Pero estando vuestro esposo
de peligro, es arriesgada
la conmoción.

IGNACIA. Para eso,
excusado es que os llamara
yo á Vallecas. El no quiere
irse á Madrid hasta que haya
convalecido; y yo estoy
aquí ya desesperada,
pues aunque es cierto que todas
las amigas me acompañan
y estamos muy divertidos,
yo quiero ir hoy ú mañana
á Madrid, porque me dicen
ahora las noches se pasan
con las zarzuelas muy bien (1),
y que esta noche empezaba
una en todo primorosa,
con música delicada
y famosos bailarines.
Demás de esto, mi cuñada
tiene un gran baile el domingo,
y yo he de ir, aunque sea á pata,
si no hay otro medio; conque
es preciso que usted haga
á mi marido que marche,
diciéndole que le mata
este país, y que allí
se divierta, que entre y salga,
y que este invierno nos ponga
una gran tertulia en casa.

LÓPEZ. Señora, haré lo que pueda;
pero en viéndole.

CHIN. (*dentro*). ¿Muchacha,
muchacha?

IGNACIA. ¿A quién llamas, hijo?

CHIN. (*dentro*). ¿A dónde está la criada?

IGNACIA. Estará arriba: ¿qué quieres?

CHIN. (*dentro*). Que me alcance aquella caña.

AMBR. Yo os la daré. (*Entrase.*)

IGNACIA. Es que está el hombre
la criatura más rara
del mundo.

LÓPEZ. Esa es evidencia
de que está dentro la causa
del mal.

(1) Las zarzuelas eran otra novedad en Madrid en 1768, introducida con la *Briseida* de D. Ramón de la Cruz.

(Sale Chinica, *de bata y gorro caído, y* Ambrosio *sosteniéndole.)*

Chinica. Amigo, estas fuerzas
cada día están más flacas.
Ambr. Vaya, pues, poquito á poco.
Ignacia. No habréis visto otro más mandria.
Chinica. Tus valentías, amiga,
son las que á mí me acobardan.
Don Gil, á ver este pulso.
Espejo. Perdonad, que anonadada
mi insuficiencia está, á vista
de suficiencia más alta.
López. En buena mano está.
Espejo. No,
no lo haré.
López. Hacedme esa gracia.
Espejo. Yo cedo á vos, que sois quien
conoció en primera instancia
de este negocio.
López. Y yo á vos,
que sois el que tiene dada
la última sentencia.
Chinica. Dos
manos hay, ¿por qué no agarran
de la suya cada uno
y me despenan?
Los dos. Pues vaya.
(Le pulsan.)
Chinica. ¡Válgame Dios! Así como
llevan al niño las ayas
por la mano, por la mano
los médicos de más fama
llevan á la sepultura
la naturaleza humana.
López. ¡Malo está!
Espejo. Mucho peor vino.
López. La vanidad os engaña.
Espejo. ¿En Vallecas vanidad?
López. Va esta cura muy errada.
Espejo. Desde el principio.
López. ¡Mirad
cómo hablais!
Espejo. No me acobarda
que sois médico de corte.
López. Y de la opinión más alta.
Espejo. Esta envidio, que las ciencias
en muchos libros se hallan.

(Sale Mariana.*)*

Mariana. Señora, señora, albricias.
Ignacia. ¿De qué?
Mariana. Que de la ventana
del doblado veo dos coches
que, en lo despacio que andan,
y en los malos aparejos
que adornan sus mulas flacas,
y en el columpio de los
cocheros de zaragalla,
parecen de don Simón.
Ignacia. ¿Y qué consecuencia sacas?
Mariana. Que son visitas,
Ignacia. ¡Por Dios,
que no nos cojan sin nada
de prevención! Vamos, vamos
á prevenir que nos traigan
aves, leche, huevos, fruta,
y ponles muy buena cara,
hombre, que no volverán
si á todos me los espantas.
Mariana. Señora, ya está el barbero
encordando la guitarra,
(Vanse las dos.)
Chinica. ¡Que no os viera yo á las dos
por el pescuezo encordadas!
Ambr. Muy triste estás.
Espejo. Eso es mucho;
y eso que le tengo dadas
cuarenta unciones de azahar
con apósitos de grana
encarnada al corazón.
López. *Optime.*
Chinica *(Llorando)*. Amigos del alma,
yo me muero.
Espejo. Ya lo sé.
López. También yo lo sé, á Dios gracias.
Chinica. ¿Y sabéis de qué?
Los dos. No.
Chinica. Pues
yo os lo diré en confianza.
No muero de hidropesía,
tabardillo, ni cuartana,
sino de casado.
Espejo. ¡A cuántos
ese accidente los mata!
Chinica. La mujer que Dios me dió
(si dios da mujeres malas),
con su genio y sus locuras
me ha podrido las entrañas.
Yo tengo muy poca renta
y ella es gastadora y vana;
yo me vi ahogado, y queriendo
venir una temporada
á desahogarme á un lugar
y ver si aquí no gastaba
tanto, y me restablecía
con la quietud aldeana,
son las bullas más continuas
y las visitas más caras.
Yo os pido, por vuestros santos.
y por la Sábana santa,
amigos, que me mandéis
quedar aquí á tomar aguas
toda la vida, y digais
á mi mujer que la causa
del mal está en mi cabeza,
aunque esté en la suya, y que haga
desterrar de aquí las bromas,
que los huéspedes se vayan

y nos dejen en paz mientras
enmiendo salud y trampas.

ESPEJO. ¡Pobre caballero!

LÓPEZ. Amigo,
las enfermedades raras
con la corte solamente
y la diversión se sanan.
(*Ap.*) A él le sobra razón; pero
antes que todo es madama,
y la palabra de honor
que la di, que en toda casa
donde el marido padece,
la mujer es la que paga.

ESPEJO. No se puede remover
este enfermo.

LÓPEZ. En unas andas
bien puede

AMBR. No puede tal,
no siendo desde su casa
á la parroquia, y entonces
le han de llevar en volandas.

LÓPEZ. Usted irá á Madrid, y allí
hará lo que se le manda.

(*Salen* IGNACIA *y* MARIANA.)

IGNACIA. Hijo, gran día tenemos;
que dos coches de madamas
vienen, y me han hecho señas
con los lienzos.

CHINICA. ¿Y traen batas
negras ó de color?

IGNACIA. ¡Toma!
¿A qué viene esa embajada?

CHINICA. A que me voy á morir.

IGNACIA. ¡Eso solo nos faltaba
ahora!

LÓPEZ. Pues no falta más,
si he de hablar como Dios manda,
que el que le apretéis un poco.

ESPEJO. Señorita, en dos palabras,
vos sola sois de su vida
y de su muerte la causa;
si tenéis juicio, se queda;
si no lo tenéis, se escapa.

IGNACIA. El hará lo que le tenga
más cuenta.

(*Sale* CORONADO.)

CORONADO. Vamos, madama;
que aquí le traigo ya como
un órgano la guitarra.

IGNACIA. Pues aquella tonadilla
ya la saben las muchachas,
y hoy se ha de cantar.

CORONADO. Decid
que salgan aquí á ensayarla.

MARIANA. Yo, señora, no me atrevo;
porque el amo nos regaña.

CHINICA. Ya no regañaré. Adiós,
hija mía de mi alma. (*Levántase.*)

IGNACIA. ¿Dónde vas?

CHINICA. Al hospital.

IGNACIA. Todo el día nos engaña
con que se muere, y está
todo el día hablando en chanza.

MARIANA. ¡Los coches, los coches!

IGNACIA. Vamos,
que esto es de más importancia.
(*Vase.*)

CHINICA. ¿Y qué dices á ésto, eh?

AMBR. Yo, como mi opinión valga,
digo que os vais á Madrid;
que os apeéis en mi casa,
donde estaréis con quietud,
y con dictamen de sabias
personas, se tomen medios
que os tranquilicen el alma.

LÓPEZ. Yo digo lo mismo.

ESPEJO. Y yo,
pero os advierto que nada
tomaré por las visitas
en dinero ni en alhajas.

AMBR. Tiempo hay luego de tratar
esas cosas.

VOCES (*dentro*). ¡Pára, pára!

LOS DOS. Ya tenéis ahí las visitas.

CHINICA. Para no verlas ni hablarlas
ni al paso, tengo de echar
á correr, aunque me caiga.

AMBR. Todos vamos tras de usted.

TODOS. Supuesto que aquí se acaba,
sin acabarse, el sainete,
por no hacer las fiestas largas.

76

SAINETE INTITULADO

El fandango de candil.

REPRESENTADO EN LOS TEATROS DE ESTA CORTE.—PARA VEINTE Y TRES PERSONAS.

Con licencia.—En Madrid, año de 1792.—Se hallará en la librería de Quiroga, calle de la Concepción Jerónima [1].

PERSONAS

PUGITOS.—MODORRO.—APOLINARIA.—MEDIO-CULO.—CONCHITAS.—POCHO.—CUCHARA.—DOÑA JUANA.—DOÑA LEONOR.—DON JORGE.—UN ABATE.—UN SEÑORITO.—DON SEBASTIÁN.—MARCOS.—TOMASA.—CULEBRA.—MANOLO.—TÍA MARI-SANCHA.—FRASQUILLO.—JULIÁN.—UNA NIÑA.—UN ALCALDE.—UN ESCRIBANO.

(*Calle con una casa, puerta y reja usuales. Salen la* PUGITOS, MODORRO, APOLINARIA *y* MEDIO-CULO *siguiendo á* CONCHITAS, *de guardapiés y mantilla.*)

---

[1] En la Bib. Municipal, y con la signatura 1-166-8, hay una copia manuscrita de 1785, cuya lección es igual al impreso, salvas dos ó tres ligeras variantes. El sainete fué compuesto y representado en 1768, el 11 de Julio, con la zarzuela *Briseida.*

CONCH. La calle de Lavapiés
es ésta: vamos, muchachas,
que si yo mal no me engaño,
aquella ha de ser la casa

PUGITOS. ¡La gente que hay á la puerta!

VOCES DE LOS QUE ESTÁN Á LA PUERTA:
¡Julián! ¡Tía Mari-Sancha!
¡Frasquillo!

PUGITOS. ¿Qué apuestas que
quedamos arreboladas
y sin *vesitas* nosotras?

CONCH. ¿Por qué?

PUGITOS. ¿No ves la canalla
que porfía por entrar?

CONCH. Es que son bailes de fama
los de casa de mi prima:
lo menos tiene guitarra,
violín y bandurria, y toda
llena de asientos la sala;
y no es como en otras partes,
que convidan con fanfarria
á los fandangos, y luego
son cuatro descamisadas
y dos pares de *piejosos*,
que *nenguno* tiene gracia
pa tocar un *estrumento*.

MEDIOC. Pues pide licencia y llama
á la puerta.

CONCH. ¿Yo licencia?
En jamás gasté palabras
ociosas. Vamos ¡á un lado!
no se les manchen las capas,
que vengo untada de aceite.

POCHO. Despacio, señora guapa,
que antes estamos nosotros
y no hemos logrado nada.

CUCHARA. Si á nadie quieren abrir
¿de qué sirve esa pujanza?

CONCH. ¿No quieren abrir á *naide*?
Eso será á la gentualla;
déjenme llamar, verán
qué pronto les hago *q'abran*.

ELLOS. Poco á poco.

CONCH. Pues, á un lado.
Poneivos detrás, muchachas,
y venid.

TODAS. Ya te seguimos.

(*Salen* DOÑA JUANA, DOÑA LEONOR *y* DON JORGE, *de petimetres*.)

JUANA. ¿Conque tú de buena gana
vieras algún fandanguillo
de candilejo?

LEONOR. Me bailan
las piernas sólo de oir
las bandurrias destempladas
y las voces de becerro
con que estas gentuzas cantan.

JUANA. Tampoco para mí hay rato
como verlos dar zancadas,
y á ellas cómo, sin escuela,
en un concurso se plantan
con desenfado á saltar,
y salga allí lo que salga;
cuando á nosotras nos cuesta
más estudios y más plata
saber bailar, que á los hombres
el graduarse en Salamanca.

JORGE. A mí, como que son gente
sin vergüenza, no me espanta.

LEONOR. Pues bien puede usted mirar
si hay baile en alguna casa
conocida, porque á mí
me han asaltado unas ansias
terribles de ver bailar.

JORGE. Allí hay una; mas la entrada
nos será dificultosa.

JUANA. Vamos, no sea usted machaca;
ya hemos dicho que queremos
ver por un rato esta zambra.

JORGE. Eso es exponerse...

JUANA. ¿A qué?

JORGE. A que la mala crianza
de esa gente nos desaire
y suceda una desgracia;
porque yo soy un demonio
en viéndome con espada.

JUANA. Pues envaine usted.

LEONOR. Todo esto
es gastar pólvora en salvas.
¡Si en estos hombres es raro
el que es bueno para nada!
Si hubieras dicho al cadete
tú que nos acompañara,
ya estuviéramos servidas.

JORGE. Proponer las circunstancias
agravantes de las cosas
no es, señoras, repugnarlas:
vamos, que yo también sé
hacer respetar mis barbas:
y espero que abran la puerta
sin más que saber quién llama.

JUANA. Agarre usted de la mano
y cuide usted de mi hermana
y también del sobrinito.

VOCES. ¡Juliana! ¡Tía Mari-Sancha!
¡Frasquillo!

CONCH. No hay que empujar,
ó comienzo á manotadas.

TODOS. Poco á poco.

JORGE. Dios me saque
con bien de empresa tan ardua.

(*Salen el* ABATE *y el* SEÑORITO.)

ABATE. Señorito, mire usted
qué lindo par de muchachas
van con ese petimetre.

SEÑORITO. ¿Qué se me da á mí que vayan?
Ayo mío, este paseo

no me divierte y me cansa.
Vámonos hacia el Retiro,
que hay flores; hacia la plaza,
que hay fruta; ó á ver las calles
donde la procesión anda.

ABATE. Hombre, esas son niñerías;
y á usted ya la edad le basta
para pensar cosas grandes,
como cortejar madamas,
conocer el vario mundo
y entrar con todos en danza.

SEÑORITO. ¿Y si lo sabe mi madre?

ABATE. Por ahora está ocupada
en rezar sus oraciones,
y bien sabe á quién encarga
su hijo: venga usted conmigo,
que no le daré crianza
opuesta á la de los que
más en Madrid se señalan

SEÑORITO. Si á mí esto no me divierte.

ABATE. Ahí veréis vuestra ignorancia,
y es menester, por lo mismo,
que la diestra vigilancia
del ayo, á quien os confían,
la venza con la enseñanza
de lo bueno y de lo malo;
porque no digais mañana
que no os enseñé de todo.

SEÑORITO. Yo haré lo que usted me manda.
(Ap.) El diantre del hombre, en viendo
mujeres, no hay quien le haga
andar: parece á los machos,
que por los mesones pasan,
que dicen que se detienen
porque huelen la cebada.

ABATE. ¿Qué gruñe?

SEÑORITO. Voy estudiando
la lección para mañana.

ABATE. Eso importa menos; ahora
vaya estudiando en las caras
que se encuentran lo difícil
de encontrar la semejanza
en unas mismas especies
de un mismo modo criadas.

SEÑORITO. ¿Y eso qué es? ¿Filosofía?

ABATE. Y de las más delicadas.

JORGE. Dejen ustedes llegar
á la puerta estas madamas.

CONCH. Luego que entremos nosotras
quedará desocupada;
y pueden entrar en vez.

JORGE. No sean desvergonzadas.

JUA. y LEO. No sea usted así.

CONCH. Mate, usía,
esa chinche con la pata,
(Dale un bofetón á JUANA.)
no se le ensucie la mano.

JORGE. ¡Si á que es mujer no mirara...!

JUANA. ¿Quiere usted callar, don Jorge?
Llame usted por la ventana,
y responderán más breve.

JORGE. ¡Que quieran unas madamas
como ustedes en el corro
entrar con esta canalla!

LEONOR. En mí es antojo.

JUANA. Y en mí
es más, que es purísima gana [1].

(Sale MARCOS, de majillo, con la TOMASA, y detrás DON SEBASTIÁN de capa, á la larga, y ella cada instante vuelve la cabeza: por otro lado, la CULEBRA y MANOLO, de majos.)

MANOLO. ¿Conque hay un rato de broma
en casa de Mari-Sancha?

CULEBRA. ¡Toma si la habrá! ¡á la ley!
¡Mira, mira si hay parada
poquita gente á la puerta,
y gente de circunstancias!

MANOLO. ¿Y qué? ¿hemos de entrar un rato?

CULEBRA. ¿Se había de quedar sin cartas
el mejor jugador? ¡Toma!

JUANA. Llame usted á esa ventana
con brío, ó tome una piedra,
si se hacen sordos y callan.

MARCOS. Vuelve en cuando en cuando tú,
que eres más disimulada,
la cabeza, no sea caso
se pierda entre gente tanta
el señor don Sebastián.

TOMASA. Siguiendo viene á la larga,
y si se pierde ¡mia tú
qué mayorazgo!

MARCOS. ¡Qué entrañas
tienes tan duras, mujer!
Pues ¿no vale más la gracia
con que el pobre caballero
á cualquier parte que vayas
va, por si te se ofrece algo,
ó si acaso te da gana
de beber ó merendar?
Y con otra circunstancia,
que no es de aquellos que hacen
de los sambenitos gala:
siempre cuenta lo primero
conmigo, y no me regala
menos que á ti. Estos son hombres,
que al fin á un hombre agasajan
tanto como á su mujer,
y le hacen acompañarla,
porque todo el mundo sepa
que en esto no cabe trampa.
Bien puedes agasajarle,
que no hallarás otra ganga.

---

(1) *Sic*, el texto manuscrito, que nos parece mejor que el del impreso. Este dice: «es más que purísima gana.» En ambos casos sobra una sílaba. Acaso Cruz escribió *purisma*, ateniéndose al estilo de contraer ciertos esdrújulos, usado por el pueblo, y de que el mismo D. Ramón tiene ejemplos en los anteriores sainetes.

TOMASA. Pues ves y dile que quiero
entrar en alguna casa
de éstas á bailar.

MARCOS. Mujer,
¿y si por eso se enfada
el señor don Sebastián?
Yo con esas embajadas
no voy, que me da vergüenza.

TOMASA. Pues yo se lo diré en plata.
¿Don Sebastián?

SEBASTIÁN (*Llega.*) Calla, chica;
que la más gente que pasa
es conocida; y no gusto
que nadie me dé matraca.

MARCOS. Ya se lo digo yo; pero
no hay forma de sujetarla.

TOMASA. ¿Y no pudiera cualquiera
tener que yo le llamara
á muchísima de la honra?

SEBASTIÁN ¿Quién te lo niega, Tomasa?
Sí, hija mía; y yo el primero.
¿Qué es lo que quieres? ¿Naranjas
ó bollos de fantasía?

TOMASA. Entrar á ver donde bailan
y dar cuatro vueltas.

SEBASTIÁN. Eso
es una cosa arriesgada,
porque luego hay mil camorras,
y un hombre no gana nada
si le conocen.

TOMASA. No entrar:
aguárdeme usté á que salga
en un portal, ó en la calle,
y si de esperar se cansa,
mudarse; que á bien que yo
no le tiro de la capa.

MARCOS. Mujer, ten paciencia.

TOMASA. Mira
que ahora no estoy para chanzas.

SEBASTIÁN No merezco yo ese trato.

MARCOS. ¿Ve usted lo que esta mañana
le dije yo á usted? Si no hay
otro medio que dejarla
salir con todos sus gustos,
si ha de haber paz en la casa.
Vamos donde tú quisieres.

VOCES. ¡Frasquillo! ¡Tía Mari-Sancha!

(*Sale* MARI-SANCHA *á la reja.*)

M. SANCHA ¿Qué bulla es ésta? Si sale
mi marido con la tranca,
yo sé que habrá más de cuatro
cabezas descalabradas.

JORGE. Señora, venga usté á abrir,
que ha rato que estas dos damas
esperan.

M. SANCHA ¡Hola! ¿Y de parte
de quién vienen convidadas?
¡Alabo yo la llaneza!

CONCH. Dile á tu marido que abra,
que estamos aquí nosotras.

M. SANCHA Ya estaba desesperada
de esperaros.

MANOLO. Diga usted
que está aquí el de la guitarra.

M. SANCHA Ahora bajarán á abrir.
(*Vase cerrando.*)

MARCOS. No hay sino empujar de gana
cuando abran y entrarse todos.

SEBASTIÁN Estar un rato y á casa.

TOMASA. No nos venga usted con prisas:
yo haré lo que me dé gana.

MANOLO. Ya han abierto; vamos, chica.
(*Abren y dan voces alternadas.*)

VOCES. ¿Frasco?... ¿Tía Mari-Sancha?
Aguarde usted... Tenga modo..
¡Ay mi mantilla! ¡Ay mi capa!

ABATE. Señorito, venga usted,
que allí parece que se arma
fiesta y nos divertiremos.

SEÑORITO. ¿Y si nos dan puñaladas?

ABATE. ¿Qué han de dar, viendo que un [hombre
de mi carácter les habla?
Vamos.

SEÑORITO. Vaya usted delante.

ABATE. ¿A qué es toda esa algazara?
Aguarden á que pasemos
las gentes de circunstancias
y luego entrará la plebe
si cupiere. Aquí á mi espalda
y empujar.

SEÑORITO. ¡Ay, qué me pisan!

ABATE. No hay que reparar en nada.

VOCES. ¡Voto á bríos!... No hay que em-[pujar.

JORGE. ¡Que hay aquí una embarazada!

JUANA. Haga usted lugar, don Jorge.

VOCES. ¡Ay mi basquiña!... ¡Ay mi capa!

Forcejeando y gritando con los versos antecedentes se van entrando. Casa pobre, con bancos, sillas rotas, etc. FRASQUILLO *y* JULIÁN, *cada uno con candil en la mano, y* MARI-SANCHA, *muy maja.*

M. SANCHA ¿Qué hacéis ahí con esas luces?
Despacharos á colgarlas.

JULIÁN. Tenla, que voy á poner
una soga atravesada,
porque la iluminación
esté más proporcionada.

M. SANCHA Es imposible que quepan,
y eso que es grande la sala.

(*Sale* MARCOS.)

MARCOS. ¡Jesús, mujer, cuánta gente!

M. SANCHA. Déjalos entrar.

(*Salen todos y se acomodan de tropel; algunas en el suelo:* MARCOS *sobre un canto debajo de un candil y* D. SEBASTIÁN *en pie.*)

TODOS. Deo gracias.
M. SANCHA A Dios sean dadas. Señores:
Yo quisiera que la sala
fuera un palacio y que hubiera
bancos ó sillas de paja
para todos; pero en fin,
la buena voluntad basta.

(*Sale el* ABATE *y el* SEÑORITO.)

SEÑORITO. Por usted...
TODOS. ¿Qué ha sido eso?
SEÑORITO. ¡Ay mi madre de mi alma!
ABATE. No hay que dar cuidado: esto es
que lo han dado una pedrada
en el ojo. Haga usted gusto
de sacarle un poco de agua.
JULIÁN. Vaso no hay, mas si usted gusta
le sacaré la tinaja,
que llena está á prevención
por si alguien le da gana
de refrescar.
ABATE. En bailando
se acabó, que eso no es nada.
M. SANCHA Vamos: ¿quién toca?
POCHO. Aquí están
el violín y la guitarra.
M. SANCHA Luego vendrá la *mandurria*,
que por estar convidada
en otra parte primero
no ha venido.
CONCH. Pues, muchachas,
como dijo el otro, alguna
debe ser desvergonzada
primero: vamos bailando.
POCHO. Vamos, templad esas gaitas,
mientras enciendo un cigarro
y echamos dos bocanadas.
JUANA. ¡Esto es un gusto!
JORGE. En mi vida
gusté de la gente baja.
M. SANCHA A la mitad no conozco.
JULIÁN. ¿Y qué? Cuando en una casa
hay semejantes funciones,
se debe dar puerta franca.
MARCOS. ¡Por vida de los demonios!
¿No mira usted que me abrasa?

(*Le caen chispas encendiendo* POCHO *el cigarro.*)

POCHO. Pues quitarse de debajo,
que aquí maldita la falta
hace usté, aunque no viniera.
MARCOS. ¿Que va que va usté en volandas
de un puntapié á suplicar
al sol que le preste una ascua
para encender el cigarro?
POCHO. Manuela, tenme esa capa,
verás qué presto le quito
la costumbre de echar plantas.
SEBASTIÁN Suplico á usted, caballero;
que el señor ha hablado en chanza.
POCHO. Y si no que hable de veras.
JULIÁN. Caballeros, á mi casa
se viene á lo que se viene:
más bulla y menos palabras.
SEBASTIÁN Es posible. .
MARCOS. Ya usté sabe
que no soy de los que aguantan,
y ninguno como usted,
que ha tres años que nos trata
á aquélla y á mí con toda
la posible confianza
y ya sabe mi genio. Eso
de que cualquier camarada,
verbi gracia, como usted,
se chancee; y verbi gracia,
vaya á mi casa y me diga
cuando quiera que entre ó salga,
vaya con Dios; que las gentes
no han de gastar pataratas:
pero eso de echarme á mí
chispas encima... ¡caramba!
no saben ellos quien es
el Majillo de Aravaca.
JULIÁN. Pues vaya, señor Majillo:
se acabó.
MARCOS. Si usted lo manda,
se acabó; que en este mundo
no hay *nengún* hombre que haga
más presto un gusto á un amigo.
CONCH. Vamos bailando, muchachas.

(*Bailan seguidillas las majas;* D. SEBASTIÁN *se sienta en la piedra que estaba* MARCOS; *llegan á encender cigarros, le caen chispas, se las quita y calla.*)

TOMASA. ¿Bailo yo, don Sebastián?
SEBASTIÁN Lo que tú quieras.
TOMASA. Pues vaya,
salga usted á bailar conmigo.
SEBASTIÁN Hija, por todas las santas
vírgenes y viudas, que
no me expongas á que hagan
burla de mí.
TOMASA. De sobra hay
buenos mozos en la sala;
no se altere usted por eso.
M. SANCHA ¿Qué hace la gente parada?
PUGITOS. Nosotros ya hemos bailado.
CONCH. Que salgan esas madamas
de *agüecador*, y veremos
respingar á las campanas.
JORGE. ¿Y esto ha de aguantarse?
JUANA. ¡Toma,
y qué de poco se espanta
el amigo!
MODORRO. Salga usía,
señora.
LEONOR. De buena gana.

JORGE. Yo doblaré las mantillas.
M. SANCHA También sabemos doblarlas
por acá.
LEONOR. Vamos, don Jorge.
ABATE. Señorito, á esa madama,
que es linda.
JUANA. ¿Y no baila usted?
ABATE. La gente condecorada,
á veces por el puntillo...
JUANA. Pues acaso en una casa
de satisfacción como ésta,
¿qué reparo?...
ABATE. Basta, basta;
que hombres como yo, con menos
sones que les toquen bailan.
PUGITOS. Chicas, á tomar escuela,
por si se ofrece mañana
un baile de fundamento.
MODORRO. El demonio eres tú; calla,
no seas provocativa.
CONCH. Di tú que digan palabra;
verán qué presto me limpio
los mocos con sus enaguas.
JULIÁN. ¿Quiere usía bailar *menuete?*
ABATE. Mi señorito lo baila
de primor.
TODOS. Pues bailen uno,
después seguirá la zambra.
JUANA. Yo haré lo que ustedes manden.
JULIÁN. Pues toca el violín, Cuchara.
CUCHARA. No poner motes á *naide*.
Mira tú cómo acompañas.

(*Bailan* D.ª JUANA *y* SEÑORITO *y entre tanto dicen las majas.*)

PUGITOS. ¡Qué lástima que la tierra
se coma esta filigrana!
MEDIOC. ¿Has visto tal sosería,
mujer?
CONCH. Son muy resaladas
todas estas petimetras.
PUGITOS. ¿Y se sabe á que hora acaban
de dar vueltas al redor
de la pieza sin substancia?
JULIÁN. Perdone usted, caballero,
que le he quemado la capa.
(*Encendiendo un cigarro.*)
SEBASTIÁN No importa. (*Ap.*) ¡Que no fuera esa
la postrera bocanada!
TODOS. ¡Vítor, vítor!
M. SANCHA Sin pararse,
las seguidillas, madamas.
CHICA. También yo bailo.
CONCH. Mocosa,
aguardate, noramala;
¿qué, te quieres comparar
con las mujeras casadas?
CHICA. Ya se vé, que para eso
estoy dentro de mi casa,
y bailaré cuando quiera.
CONCH. Mira, si un poco me enfadas,
y te doy un puntillón...
M. SANCHA ¿Y por qué tú has de cascarla?
Mira si vas por la puerta
cantando la nininana,
al son de cuatro sopapos.
ABATE. Mientras esotras se arañan,
vamos bailando nosotros.
JORGE. Toque usted esa guitarra.
JULIÁN. Vamos callando, que no
quiero riñas en mi casa
M. SANCHA Pues, hombre, si me provoca.
CONCH. Si es una desvergonzada.

(*Se ponen á bailar seis; y antes de acabar dice* MARCOS *sus dos versos; da vuelta á la soga, caen los candiles y andan á oscuras con confusión.*)

MARCOS. Yo me voy á columpiar
de esta soga mientras danzan.
SEBASTIÁN ¡Anda con Dios! me han echado
á perder toda la capa.
JUA. Y LEO. ¿Don Jorge?
SEÑORITO. ¿Ayo?
ABATE. ¿Señorito?
TOMASA. ¿Don Sebastián?
UNOS. ¿Mari-Sancha?
OTROS. ¿Quién saca una luz?
OTROS. Despacio.
OTROS. Mi mantilla.
OTROS. Mari-Sancha.
OTROS. ¡Ay mis bucles! (1)
TODOS. ¡Luz, luz!
JULIÁN. ¿No mira usted cómo anda?
MARCOS. ¡Mujer!..
SEBASTIÁN Miente quien lo dice.
(*Llegándose á él.*)
JULIÁN. Mujer ¿hay pajuela en casa?
(*Coge un candil.*)
M. SANCHA ¿Por qué no vas á pedirla
á las vecinas prestada?
JULIÁN. Voy.
SEÑORITO. Ayo, que me han pisado.
JORGE. Lleven esas manos bajas
y no despeinen á nadie.
TODOS. ¿No hay quien unas luces traiga?
(*Sale* JULIÁN.)
JULIÁN. Ya están aquí.

(*Salen el* ALCALDE *y* ESCRIBANO *de justicia*) (2).

ESCRIBANO La justicia.
¿Qué desorden tan extraña
es la que aquí está pasando?

---

(1) Así en los dos textos; pero en el manuscrito, *bucles* es enmienda de otra palabra primitiva, que no hemos podido leer, y que haría el verso completo.

(2) En el manuscrito salen dos soldados, y el contexto prueba que la enmienda posterior fué poco acertada.

MARCOS. Este cabo tiene traza
de haber sido en algún tiempo
alguacil.
M. SANCHA Señor: esto no es nada
mas que estar aquí bailando
las gentes en paz y gracia
de Dios, y, sin saber cómo,
apagarse á un tiempo entrambas
luces.
ALCALDE. Vayan al cuartel
por ahora; y después salga
cada uno cuando pudiere.
SEBASTIÁN Mire usted que hay gente honrada
en la cuadrilla, y supuesto
que no hay cosa extraordinaria,
es razón que se le atienda.
ESCRIBANO Con tal que todos se vayan
á la calle, me conformo.
TODOS. Todos os damos palabra.
ALCALDE. Pero han de salir delante
de mí.
TODOS. De muy buena gana.
ESCRIBANO Pues de ese modo, acabóse.
SEBASTIÁN También el sainete acaba.
TODOS. Suplicando al auditorio
el perdón de nuestras faltas.

77

Los hombres con juicio.

1768 (1).

Loco estaba el mundo
mil años atrás:
loco le encontramos,
y así quedará.

PERSONAS.

UN CABALLERO. UNA VIUDA Y SU CRIADA.—UNA SEÑORA MAYOR Y SU HIJA.—DOS PETIMETRAS.—DOS OFICIALES DE TROPA.—MUJER 1.ª—ABATE 1.º—UN ABOGADO.—UN NOVIO.—UN MERCADER. UN MAESTRO DE BAILE.—UN BOTICARIO.—UN ZAPATERO.—UN BOTILLERO.—UN COCINERO.—HOMBRES.—MUJERES.—COMPARSA DE ABATES.

(La escena se supone en Madrid.—El teatro representa una de las calles públicas. Salen corriendo desordenadamente varios hombres huyendo de algunas mujeres por distintos lados, y sin detenerse cruzan el tablado con los cuatro versos siguientes):

MUJERES. ¿Por qué huís de las mujeres?
HOMBRES. Por tener menos trabajos.
MUJERES. ¿Qué habéis de hacer sin nosotras?
HOMBRES. Enriquecer y salvarnos. *(Vanse.)*

(Salen por la derecha MADRE *é* HIJA, *la primera de vieja, muy engreída, y la segunda de señorita de estos tiempos, como admiradas.)*

VIEJA. Niña, ¿qué asunto será
el que tan alborotados
trae á todos?
HIJA. ¿Cómo es fácil
que pueda yo adivinarlo?
Pero esto de correr
tan sin tino y asombrados
hombres y mujeres, sin
distinción, da bien claro
á entender que ha sucedido
en Madrid algún trabajo.
VIEJA. ¿Si se habrá pegado fuego
á alguna casa del barrio?
HIJA. Ni tocan, ni sé tampoco
que esta noche hayan tocado;
y eso que nada he dormido,
porque me enfadó aquel trasto
del abate tanto anoche,
defendiendo, temerario,
que el color de doña Justa
es naturalmente blanco,
sin atender á que tiene
como una sartén los brazos
y sólo lleva en la cara
un sobre-escrito de emplastos,
que me desveló, y hoy tengo
de hacer por desengañarlo.
VIEJA. Muy mal hiciste: si fuera
un capitán de caballos,
un contador de resultas,
ó algún caballero indiano,
vaya; pero de un abate
¿qué buena moza hace caso?

(Dentro MUJERES.)

MUJERES. A la plaza van, seguirlos.

(Dentro HOMBRES.)

HOMBRES. Por aquí vienen ¡huyamos!
VIEJA. Preguntemos á cualquiera
cuál es la causa de tanto
ruido.
HIJA. Ahí vienen dos de tropa:
usted, en quien, por sus años,
no es tan reparable hablar
con los hombres, puede hablarlos.
VIEJA. No, no soy tan vieja; que
á no ser porque el recato
siempre ha sido mi carácter,
no estén en el mismo grado

(1) Este sainete se imprimió suelto en 1768 con el título de *Los hombres con juicio, sainete para la zarzuela de* Las Segadoras. *Por D. Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla, etcétera. Con permiso. En Madrid, en la Imprenta de D. Antonio Muñoz del Valle, calle del Carmen. Año* 1768. En 8.º, 32 páginas. Reimprimióla el autor en el tomo II, pág. 39, de su colección. Figura también en la de Durán I, 154. En la Bib. Municip.: leg. 1-188-52 hay un manuscrito, copia antigua, en que se dice fue representado por las dos compañías de Madrid, con la zarzuela *Las Segadoras*.

de actividad mis humores
que los tuyos.

(*Salen de prisa dos* Oficiales *de tropa, muy petimetres.*)

Ofic. 2.° ¿Dónde vamos,
mi capitán?
Ofic. 1.° A comprar
á Euclides y los tratados
mejores de arquitectura
militar, libros y planos
de Geografía, un estuche
de matemática, vasos,
lápiz, tinta de la China,
y otros muebles necesarios
para procurar saber
la ciencia de los soldados
de honor, y recobrar parte
del tiempo desperdiciado
en cortejar, ya que el Cielo
quiso que hoy amanezcamos
todos los hombres con juicio.
Ofic. 2.° ¡Qué venturoso y qué claro
es este día!
Vieja. Señores,
¿me sabréis decir qué extraño
rumor es el que se escucha?
Ofic. 1.° Me alegrara estar despacio
para contestar, señora;
mas no me conviene hablaros.
¿Mujeres? ¡Cata la Cruz!
Vieja. Señor, ¿ha visto usted al diablo?
Hija. ¿De cuándo acá se retira
un gremio tan cortesano
con las damas de un obsequio
tan fácil y tan barato?
Ofic. 2.° ¿Cortesías? Eso sí:
con el sombrero en la mano,
inclinada la cabeza
todo lo que el espinazo
dé de sí, con un pie firme
y otro adelante arrastrando
(que el bello sexo merece
todos estos agasajos);
mas poca conversación,
señoras, que de treinta años
que tengo, los veinticinco
en cortejar he gastado;
y el tiempo que Dios me diere
es menester aplicarlo.
A los pies de ustedes quedo
rendido, pero de paso.
Las dos. Oiga usted.
Ofic. 1.° Tengo el rastrillo
de las orejas echado,
y de centinela el juicio,
para evitar los asaltos
que han sufrido nuestras plazas
de tan hermosos contrarios.
Ofic. 2.° La cortesía, y agur. (*Vanse.*)
Vieja. ¿Has visto qué mentecatos
y qué presumidos?
Hija. Madre,
diga usted, ¿ha reparado
si aquellas casacas son
de dos colores?
Vieja. Soldados
son, hija.
Hija. Más fácilmente
creeré yo que estoy soñando
que crea que un oficial
puede pasar á lo largo
por una plaza, sin ver
primero dónde está el flanco.

(*Sale* Caballero 1.° *huyendo de la* Viuda *y su* Criada.)

Cab. 1.° Dejadme, sombras del bien
y realidades del daño
de los hombres. ¿Hasta dónde,
insaciables simulacros,
ha de llegar la ambición
de sacrificios humanos
que padecéis? Contemplad
que vuestro imperio tirano
va á expirar y que, del juicio
al impulso extraordinario,
vuestros ídolos cayeron
del templo de nuestro engaño.
¡Dios sea conmigo, señoras!
Hasta aquí, dice el adagio,
pudo llegar, y yo digo
que no debió haber llegado
ni aun hasta aquí. Corre, liebre,
que vienen tras ti los galgos. (*Vase.*)
Viuda. Muchacha, ¡este hombre está loco!
Criada. Ya se ve, pues á no estarlo,
y de remate, ¿pudiera
huir el hermoso encanto
de las damas?
Viuda. Y una dama
que tiene ya tres estados,
como yo, uno encima de otro.
Criada. Pues por mi cuenta son cuatro.
Viuda. Doncella, casada, viuda
y cortejada. Has contado
mejor que yo: dices bien:
ahí verás el desacato
de ese hombre, ¿no contestar,
siendo yo quien se ha dignado
de aromatizar su oído
con el ámbar de mis labios?
Criada. La desgracia fué llegar
á un loco.
Mujeres (*dentro*). Si no cortamos
por aquí, somos perdidas.
Otras. Más fácil es atajarlos
por estotra parte.

(*Sale, precipitadamente corriendo, una tropa de* Abates, *y el* 1.° *dice parándose*):

ABATE 1.º Amigos,
huyendo del tropel, vamos
por las calles excusadas
á un paraje retirado,
á donde echar nuestras cuentas.
(Vanse.)

HIJA. Madre, todos son presagios
funestos.

VIEJA. Hija, en mi vida
he visto mayor nublado.

CRIADA. ¿No ve usted...?

VIUDA. ¿Qué novedad
es andar atolondrados
los abates, como aquellos
cazadores que, anhelando
á pillarlo todo, vuelven,
después que han desperdiciado
el tiempo y la munición,
sin un ave ni un gazapo,
y se acuestan sin cenar?

(Salen dos PETIMETRAS *de mantillas.)*

PET. 1.ª Me alegro haberte encontrado;
Pepita, ¿sabes que es ésto?

PET. 2.ª Como salí tan temprano
á pasear, nada he sabido.
¿Y cómo, no has ido al Prado
tú hoy?

PET. 1.ª Porque aquel canalla,
bribón, de don Atanasio
no ha parecido, y me estuve,
como me ves, esperando
al balcón, y el chocolate
dispuesto desde las cuatro.

PET. 2.ª Quizá se durmió.

PET. 1.ª ¿Dormir
un hombre que está empeñado
en obsequiar una dama?
El que quisiere descanso,
que no se meta en carrera
donde nadie hay jubilado
sino por pobre ó celoso.

PET. 2.ª Y entonces no le dejamos
los honores y los gajes;
porque sería quitarlos
al sucesor, contra todo
el político aparato
de la sociedad brillante
y los derechos humanos.

(Dentro MUJERES.*)*

MUJERES. Hacia allí hay otras mujeres.

MUJ. 1.ª *(Dentro.)* Venid siguiendo mis pasos.

(Sale la posible tropa de mujeres de distintas clases, unas con mantillas y basquiñas; otras con basquiñas y sin mantillas; otras en briales, y delante la primera, que saldrá figurando una dama que se levanta del tocador á medio peinar.)

MUJ. 1.ª ¡Infelices criaturas!,
¿qué hacéis aquí tan de espacio?

VIEJA. ¿Y qué hace usted tan de priesa?

MUJ. 1.ª ¿Pues qué? ¿aun ignorais el caso
más violento y más fatal
que pudo el capricho vario
de la tremenda fortuna
inventar para arruinarnos?

VIUDA. ¿Cómo quiere usted que sepa
una dama de mi estado
de cosas de mundo? Sola
me estoy metida en mi cuarto,
sola como, sola duermo,
sola entro, sola salgo,
y si me divierto, voy
á un paraje solitario.

VIEJA. Haga usted cuenta que yo
también; pues como me hallo
con una hija soltera,
con un palmito mediano,
y hay tanta malicia, vivo
precisada á huir el trato
de los hombres pecadores.

HIJA. Bien sabe usted, madre, cuántos
ejemplos hemos leído
estas noches de hombres malos.

MUJ. 1.ª Pues ya son buenos, amigas;
y en su bondad expiraron
todos nuestros intereses
y nacieron los trabajos,
la soledad y las hambres
á todas las que llevamos
estos grillos femeniles.

VIUDA. ¡Grillos! Usted no ha mirado
lo que dice. ¿Pues las faldas
no son las que nos han dado
libertad para salirnos
con todo cuanto pensamos?

MUJ. 1.ª Así ha sido hasta aquí; pero
ya sopla viento contrario,
y el reino de las mujeres
cayó.

HIJA. ¿Quién le ha derribado?

VIEJA. Díganos usté á lo menos
por qué motivo.

MUJ. 1.ª Escuchadlo.
Esta mañana, á la hora
que me estaba yo peinando,
entró á verme un caballero,
que por atento y bizarro
siempre de mi tocador
era el espejo más claro.

VIEJA. Acaso sería el cortejo.

MUJ. 1.ª ¡Qué nombre tan ordinario
y tan común!

HIJA. Dice bien;
sería el apoderado.

MUJ. 1.ª Eso es saber hablar con
propiedad el castellano.
Entró, pues, á verme, triste,
ojeroso, mal peinado

y sin camisola limpia,
mucho polvo en los zapatos,
las medias mal estiradas
y el corbatín arrugado.
No usó de sus facultades,
entuvo mudo algún rato,
y después, con un suspiro,
dijo en tono destemplado:
«¡Loco estoy de tener juicio!»
Preguntéle: «¿Desde cuándo?»
y me respondió: «Desde hoy,
que, por privilegio extraño,
la superior Providencia
permite que amanezcamos
todos los hombres con juicio;
y al ver en qué hemos gastado
nuestros días y pesetas,
ha sido tal el espanto,
que quisiéramos los hombres
unos á otros sacarnos
los ojos. Pero, señora,
sólo á la enmienda aspiramos;
y así el huiros tenemos
resuelto por primer paso
de nuestra felicidad.
¡Oh, quién tuviera en su mano
ser loco toda su vida,
(añadió) por no dejaros,
después de esto, de esto y esto!»
Y empezó con torpe labio
á referir nuestra historia,
hasta que arrasó de llanto
mis dulces ojos, y viendo
que iba el pleito mal parado,
volvió la espalda y se fué,
con sereno y grave paso,
por el camino que anduvo
tantas veces galopando.
Quedé muda, quedé muerta,
y estuve si me desmayo
ó no; mas consideré
que era mejor alcanzarlo;
y así, del modo que estaba
salí á la calle volando,
y hallé en la calle otro asombro.
¡Oh, quién supiera pintaros
lo que anda por esa villa!
Por allí se ve ocupado
un marido en reformar
toda su casa, empezando
por su mujer y por sí.
Y por acá, otro de tantos
maridos como habrá mudos,
gritar más que un papagayo.
Por allí está un caballero
contrito de ser profano
contra la inútil caterva
de pajes y de lacayos,
mozos de reposterías
y cocinas; y empeñado
en formar diez regimientos
con la mitad y otros tantos
de la mitad de escribientes,
de pasantes de abogados,
de mancebos de las lonjas
en común, de boticarios,
de artesanos vagabundos
y de mozos del trabajo.
Por otra parte se ve
un labrador reclutando
gente á quien dar de comer
porque cultiven su campo.
Por todas partes, en fin,
se ven los hombres obrando
con juicio, y por todas partes
se ve destruído el bando
de las mujeres. Amigas,
aquí es menester armarnos
de todas nuestras astucias,
y validas de aquel alto
concepto de Calderón,
que nos llamó en igual caso
milagros y basiliscos,
es preciso que hoy seamos,
contra el juicio de los hombres,
basiliscos y milagros.

VIEJA. ¡Qué desgracia!

VIUDA. ¿Es eso cierto?

MUJ. 1.ª Presto podréis confirmarlo
si aquí os estais.

VIUDA. ¡Ay de mí!
¿Quién será ahora el amparo
de mi soledad?

HIJA. ¡Ay, madre!
¿Si tendremos el trabajo
de quedarnos sin tertulia?

VIEJA. Eso no importa; lo malo
no es que falten los del gusto,
sino que falte el del gasto.

HIJA. No lo crea usted, que hay hombres
que, aunque estuviera tres años
lloviéndoles juicio á cuestas,
fuera imposible calarlos.

MUJ. 1.ª El cuento es, amigas, sea
constelación ó milagro,
que hoy están todos con juicio.

PET. 1.ª ¿Y ahora, qué harán las del rancho
aventurero, que viven
á mercedes del petardo?

VIEJA. Aprender á hilar, ó irse
con otras que están hilando.

(*Sale el* NOVIO.)

NOVIO. ¿Está por aquí mi novia?

VIEJA. ¿Qué modo tan chavacano
de hablar es ése?

NOVIO. Clarito,
sin estudiar los vocablos.
¿Mi novia está por aquí?

VIEJA. ¿Qué la queréis?
NOVIO. Hablar claro,
y saber si se conforma
con mi juicio, ó que salgamos
los dos del empeño antes
que quedemos empeñados.
HIJA. Decid lo que se os ofrezca.
NOVIO. Pues, señora, aquí me han dado
esta lista de las batas,

(*Saca una muy larga*)

perendengues y regalos
que me pedís; y yo, viendo
que es mi sueldo limitado,
y nada de esto preciso
ni útil, vengo en tal caso
á ver si nos componemos
ó á que nos descompongamos.
VIEJA. Eso es una porquería.
NOVIO. Yo creí que era jugarlo
con más limpieza; y, en fin,
¿qué dote ó qué mayorazgos
lleva esta dama? y entonces
veréis cómo yo me ensancho.
VIEJA. Lleva su cuerpo gentil.
NOVIO. Que, aunque vaya bueno y sano,
es un censo de por vida,
con muchos censos al rabo.
HIJA. ¡Vaya usted muy noramala!
VIEJA. Eso es, hija; dale el chasco
de dejarle.
NOVIO. Yo le acepto
por venir de tales manos.

(*Salen por un lado el* OFICIAL 1.º *y por el otro un* LABRADOR *y se abrazan.*)

OFIC. 1.º ¿Usted acá, tío Rodrigo
Alonso?
LABR. ¡Señor don Carlos!
OFIC. 1.º ¿Qué buena venida es ésta?
LABR. Con muchos de mis paisanos
he venido á recoger
más de doscientos muchachos
del lugar, que á procurar
ser señores enviamos
á la Corte, ó á servir
sin provecho, tan escaso
andaba por allá el juicio;
mas hoy que le mejoramos,
los queremos aplicar,
el que tiene tres ó cuatro
hijos, ó más, como yo,
los dos primeros al campo,
y los demás á que ganen,
sirviendo al rey de soldados,
honor y pan, mientras que
le cultivan sus hermanos.
OFIC. 1.º Ese es digno pensamiento
de labradores honrados
y de que vea el monarca
el amor de sus vasallos.
Y ese el modo también es
de que en el reino veamos
la abundancia, numeroso
el ejército, empleados
los ociosos y los pobres,
y respetable el estado.
LABR. ¡Oh, rato de juicio, lo
que vales aprovechado!

(*Salen un* MERCADER *y un* BOTICARIO.)

MERC. ¿No habrá quien tenga un cordel
por ahí para un boticario?
BOTIC. ¿Y no hay quien tenga un puñal
para un mercader de frascos
de agua del Carmen, cofietas,
abanicos y cintajos?
MERC. Pero á mí me cuestan mucho;
no como á vos, que tasado
cuanto hay en vuestra botica,
fuera de botes y jarros,
no vale nada, y le cuesta
la vida al género humano.
BOTIC. Me estais diciendo unas cosas
terribles; mas como al cabo
son verdad, y tengo juicio,
no me atrevo á replicaros.
MERC. ¡Muchos quedamos perdidos!
BOTIC. Y si no, ved ese cuadro.

(*Salen un* ABOGADO, *un* PELUQUERO, *un* BOTILLERO, *un* ZAPATERO, *con unos zapatos de color de rosa, un* COCINERO, *un* MAESTRO DE BAILAR, *con el violincillo, etc.*)

ABOG. En dejando de ser locos
los hombres, los abogados
quedamos á pie.
ZAP. Ya, ¿quién
dará por estos zapatos
ocho ni nueve pesetas?
PELUQ. El jueves habrá mercado,
si Dios quiere, y venderé
mi berlina y mi caballo;
pues es preciso desde hoy
que me falten los salarios
de las parroquianas, puesto
que faltan los parroquianos.
BOTILL. ¡Adiós sorbetes; adiós
bebidas, que ya el verano
vuestro acaba!
COCIN. También yo
he perdido un buen bocado.
BAILARIN. Quien tiene buena cabeza
camina con paso llano;
conque si la tienen todos,
nadie bailará por alto.
TODOS. ¡Paciencia, que así conviene!
OFIC. 1.º ¡Qué bueno que está el teatro,
si fuera verdad!

(*Sale la tropa de* ABATES.)

ABATE 1.º Señores;

¿dónde hallaremos amparo,
el día que no tenemos
clase alguna á que agregarnos
para parecer delante
de gentes?

OFIC. 1.° Ved á otro lado
si hallais acaso posada;
porque en éste no gustamos
de capas ni de capitas.

LABR. A ver, enseñad las manos.
Parecen hechas de alcorza;
pero, amigos, para el campo
busco yo manos que sean
de hierro como los brazos.

ABATES. Madamitas...

MUJERES. ¡Fuera abates!

ABATE 1.° ¿Qué traje es éste ó qué diablo
que espanta?

OFIC. 1.° Yo os lo diré:
No es la causa del espanto
el traje, la sois vosotros.
Si fuerais de aquellos sabios
útiles y bien nacidos
abates, que veneramos
por su aplicación y prendas;
que por más acomodado,
por su estado, ó por sus fines
le visten, no hubiera labio
ni pluma que se atreviera
á él. Pero ¡vamos claros!;
si en Madrid hay más abates
que galones de oro falso,
ya por parecer sujetos,
ya por no parecer vagos,
y ya porque les parece
el traje más adecuado
para introducirse con
ambigüedad en los estrados,
y hacer para sí, ó para otros,
comercio los agasajos,
¿quién queréis que os apetezca?
Como yo tuviera el mando
de este género de abates,
yo supiera en qué emplearlos.

LABR. ¿Qué habías de hacer?

OFIC. 1.° Los había
de embocar en San Fernando,
que entre éstos hay unos sastres
que saben zurcir de pasmo.

PETI. 1.ª Vámonos de aquí nosotras
á un paraje retirado,
donde pensemos los medios
de restablecernos.

TODAS. Vamos.

(*Sale el* CABALLERO.)

CABALL. Deteneos, que los hombres,
con vosotras nunca ingratos,
os desean atender
á cada una en su estado,
con tal de que os reduzcais
á un aseo moderado,
á diversiones prudentes
y á los domésticos cargos
que se os impongan.

MUJ. 1.ª Muchachas,
eso es querer sujetarnos;
la libertad adquirida
de ningún modo perdamos.

MERC. ¡Eso, eso! Mirad que si
dais á torcer vuestro brazo,
quedan perdidos los gremios,
oficios y boticarios.

PELUQ. Verán ustedes qué nueva
moda invento de peinado.

BAILARIN. Yo inventaré contradanzas.

ZAP. Yo inventaré unos zapatos
que cuesten un doblón de á ocho
y se rompan á diez pasos.

BOTILL. Yo haré sorbetes de amor.
(*De rodillas.*)

COCIN. Yo haré compota de callos.

TODOS. Todos nuestros intereses
ponemos en vuestras manos.

PET. 1.ª Nosotras somos capaces
de hacerlo todo; estimamos
las ofertas, pero todas
tenemos resuelto ahorcarnos
antes que ceder en nada
nuestros privilegios.

TODAS. Vamos.

CABALL. ¿Qué? ¿nos dejais?

MUJ. 1.ª Sin remedio,
como querais precisarnos
á tener juicio.

PELUQ. Mirad
que ha de quedar despoblado
el lugar.

CABALL. Si hay algún medio,
que lo diga el abogado.

ABOG. De modo que la costumbre
tiene en muchos de los casos
fuerza de ley, y parece
violento y extraordinario
sujetarse á tener juicio
siempre, estando acostumbrados
á ser locos siempre. Mas,
es muy digna de reparo
la utilidad del comercio.
Tampoco es moco de pavo
la población; conque así,
por lo de ahora y lo de antaño,
mi dictamen es que todos
á ser locos nos volvamos.

MERC. Bien dice; que el estar cuerdos
sólo es bueno para un rato.

CABALL. Pues echemos fuera el juicio.

VIUDA. De nosotras no hay que echarlo.

OFIC. 1.º Ni de muchos de los hombres.
HIJA. ¿Diga usted? ¿Cómo quedamos
nosotros?
NOVIO. Más locos que antes.
Ya he resuelto, si me caso,
gastar tanto, que jamás
me vea desempeñado,
para que ninguno tenga
que murmurar de mi garbo.
VIEJA. Ahora sí que sois bueno
para mi yerno, don Marcos.
(*Abrázale.*)
VIUDA. Y ahora sí que es ocasión
para divertir lo amargo
de la idea, aunque sea en chanza,
con música y con fandango.
CABALL. Pues vamos á divertirnos,
diciendo todos ufanos:
CORO. «Loco estaba el mundo
mil años atrás:
loco le encontramos,
y así quedará.»

(*Vanse todos cantando y bailando menos el* OFICIAL 1.º *y el* LABRADOR.)

LABR. Amigo, ¿qué decís de ésto?
OFIC. 1.º Que importan poco los ratos
que tiene un hombre de juicio,
si no sabe aprovecharlos.
LABR. Más digo yo.
OFIC. 1.º ¿Qué decís?
LABR. Que es menester imitarlos,
porque no discurran que es
más loco el desengañado.
OFIC. 1.º Si es así, vamos tras ellos
por donde van y digamos:

(*Los dos cantando y bailando se retiran.*)

«Loco estaba el mundo
mil años atrás:
loco le encontramos
y así quedará.»

78

Las majas vengativas.

SAINETE PARA LA COMPAÑÍA DE JUAN PONCE.

1768 (1).

(*Calle.—Salen* CHINICA *y* CALLEJO, *el primero de majo decente, como de día de fiesta, y el segundo de chispero.*)

CHINICA. Pues, como te digo, á mí
más me gusta la Juliana;
pero esto de no tener
dote ninguno, ni darla
su tía tan siquiera un par
de mudas de ropa blanca,
ni un jergón en que acostarse,
si acaso un hombre se cansa
la noche de la función,
es locura demasiada.
Pues ¿de qué le sirve á un hombre
el casarse, si se casa,
cuando uno su dote lleva,
con mujer que no lo traiga?
CALLEJO. Eso es verdad; pero, amigo,
ya le diste la palabra.
Tú lo que debes mirar
es que primero es el alma.
CHINICA. Y aun sus alhajas ha habido;
porque nos dimos por Pascua
las *dávidas*. Yo la di
una sortija de plata
que valía más de dos reales;
unas hebillas doradas
á fuego muy exquisitas,
sólo que no eran hermanas;
unas ligas verdes y un
peine de concha ordinaria.
CALLEJO. ¿Y ella qué te ha dado?
CHINICA. Mucho,
porque tiene la muchacha
grandes prendas, y no puede
haber otra más bizarra.
La primera vez me dió
una cinta colorada
que se venía á los ojos;
luego me dió una corbata,
que es verdad que estaba un poco
rota, pero más delgada
que el requiebro más sutil,
y un puñado de castañas
que no las he visto más
gordas ni mejor asadas
y he visto yo mucho y bueno.
CALLEJO. Pues, hombre, habiendo ya tantas
prendas de por medio, yo,
con aquella confianza
de amigo, debo decirte,
como hombre de bien, que hagas
lo que te tenga más cuenta.
CHINICA. Eso ya yo lo aguardaba
de ti: ¿por qué te parece
que de ningún camarada
sino de ti me he valido?
CALLEJO. Pero dime, Pocas-bragas,
las hijas del tío Perol
¿tienen tal dote que basta
á sacar á uno de pobre?
CHINICA. Sí que le tienen, y para
hacer á un hombre muy rico,
porque son lindas muchachas;

(1) Bib. Municip.: leg. 1-167-25. Autógrafo de 1768 y otro manuscrito con las censuras del final y esta nota en el encabezado: «Sainete nuevo... Su autor Don Ramón de la Cruz. Para la compañía de Ponce. Año de 1768.» Impreso por Durán: I, 195, y suelto.

tienen mil habilidades,
y además de darles cama,
ropa, cofre y espetera,
de su madre, que Dios haya,
heredaron treinta pesos
para cuando se casaran,
que á cada una tocan diez,
y en estirando la pata
el viejo, ninguno sabe
lo que hay en aquellas arcas.

CALLEJO. ¿Y ellas te quieren?

CHINICA. ¿No ves
que tiene mi padre fama
de rico, y que yo tal cual
no tengo ninguna falta?
porque aunque no soy muy alto,
como dice mi tía Olaya,
soy muy aseñoradito.

CALLEJO. Verdad es; mas la Juliana,
amigo, es mucha mujer.

CHINICA. ¡Y qué lindamente canta!
¿Tú no las oído?

CALLEJO. Yo no.

CHINICA. Ni yo tampoco pensara
en dejarla de querer;
pero, amigo, es grande tacha
la de pobre; ella se tiene
la culpa de serlo.

CALLEJO. Aguarda,
que tras de nosotros vienen,
si la vista no me engaña.

CHINICA. Pues demos la vuelta por
esta calle mientras pasan,
porque te quiero llevar
á que veas las muchachas
del tío Perol, que esta noche
tienen fandango, y la Paca,
que es mi querida, me ha dicho
que fuese.

CALLEJO. Conque, en sustancia,
¿su padre ya te conoce?

CHINICA. ¡Toma si conoce! y rabia
más que todos, sino ella,
por ver la boda ajustada;
tú verás qué fiestas me hace.

CALLEJO. Pero vamos á mi casa
para ponerme el vestido
de los días de fiesta.

CHINICA. Anda,
hombre, que así vas muy bueno,
y no son gentes que gastan
vanidad.

CALLEJO. Pues vamos pronto,
que ya casi nos alcanzan,
y si ella está sospechosa
y te conoce y te agarra,
¡ay de ti!

CHINICA. ¿Cómo me han de
conocer si estoy de espaldas?

CALLEJO. Peor; porque pueden cogerte
por las melenas.

CHINICA. Pues vaya,
demos la vuelta.

(*Se van de prisa, y salen las señoras* JOAQUINA, LADVENANT *y la* CORTINAS, *de majas.*)

PACA. ¡Por vida
del demonio, que se escapan
por no hablarte!

JOAQUINA. Siempre dije
yo que era ese hombre un canalla,

CORTINAS. Poquito á poco con esas
palabritas de canalla;
porque aunque usted sea mi tía,
y aunque tú seas mi hermana,
basta que el otro es quien es;
y en tocando á Pocas-bragas,
no sufriré habladurías.
Aquí no hay más agraviada
que mi persona, y estoy
contenta como una pascua;
porque si él no fuere hombre
para cumplir su palabra,
yo soy mujer para hacerle
que la cumpla á bofetadas;
y, sobre todo, San Juan:
cada uno rasque su sarna.

PACA. Si tú tuvieras vergüenza,
le habías de sacar el alma
ó despedirte por siempre
jamás de verle la cara.

CORTINAS. ¿Yo vergüenza? ¡que si quieres!
¡Pues como tú tienes tanta!
¿Qué tiene que ver ahora
la vergüenza con la gana
que ahora le ha venido al otro
de ir á *vesitar* madamas?

JOAQUINA. Dice bien, que no parece
que eres de la propria casta.

CORTINAS. Pues haga usted cuenta, tía,
que, si soy desvergonzada,
lo habré aprendido de usté!

JOAQUINA. No me provoques, Juliana;
porque como me se llenen
las narices de mostaza,
te daré una soba que
no merezcas descalzarla;
que para eso soy tu tía.

CORTINAS. ¿Y quién le da á usted fianzas
de que yo me estaré quieta?
Acuérdese usted de marras,
y dejemos lo empezado.

PACA. Más valía que esas plantas
se las echaras al novio,
que te ha de dejar colgada
de los cabellos.

CORTINAS. ¿A mí?
Tiene poca gente España

para defenderle á él,
sólo con que le pasara
por la cabeza, y sin dalles
á los alguaciles blanca,
ni alborotar los *presillos*.
Y sobre todo, con maña
y con prudencia compone
sus cosas la gente honrada;
que para dar que decir
siempre hay tiempo.

PACA. ¿Oyes, Juliana?
mírale por dónde viene.

CORTINAS. No viene, que se entró en casa
de las Perolas.

PACA. Si al fin
has de ver cómo te engaña!

JOAQUINA. Sobre que á mí me ha contado
que las quiere y que se casa
con la menor, la tía Orujo.
¡Y cuidado que ella habla
pocas cosas, pero *güenas*,
y ninguna usía de bata
y *relós* podrá decir
más *verdá* que ella!

CORTINAS. Colasa;
¿quieres ver cómo me cuelo,
aunque no estoy convidada,
en casa de las Perolas
y quedamos aliviadas
de este cuidado en el día?

PACA. Vamos allá; porque aunque haya
una docena, entre tres
tocan á cuatro por barba.

CORTINAS. Entrar con mucho del modo,
como mujeres honradas.
Si él, en viéndome, se viene
á mí, decirle que salga,
y si no, sacarle á coces.
Esto es, en cuatro palabras,
lo que hay que hacer.

JOAQUINA. Y esto es
lo que cualquier mujer blanca
debe hacer en estos lances.

CORTINAS. Pues al negocio, que falta
la saliva á lo mejor
á quien sin fruto la gasta.

PACA. ¡Al arma, por mí!

JOAQUINA. ¡Y por mí!

LAS TRES. ¡Pues, por todas tres al arma!

(*Vanse, y descubriéndose el salón de casa pobre, salen los que pudieren cantando y bailando seguidillas con las señoras* PORTUGUESA, BASTOS, GABRIELA, GERTRUDIS *y* PACA MARTÍNEZ, *de majas, y petimetras la* MARTÍNEZ *y* GABRIELA; *y* ESPEJO *de hombre ordinario, viejo, con casaquilla, etc.*; CHINICA *y* CALLEJO, *sentados, retirados, y* ESPEJO *con* PONCE *al otro lado.*)

(*Seguidillas majas.*)

«Es la corte la mapa
de ambas Castillas,
y la flor de la corte
las Maravillas.
Anda, moreno,
que no hay cosa en el mundo
como tu pelo!»

ESPEJO. Vamos dejando ese baile,
y antes que más gente vaya
entrando, escúchenme todos
con las orejas tan largas.

CHINICA. Tío Perol, cuente con las
mías hasta donde alcanzan,

SIMÓN. Hablad, pues, pues ya sabéis
que tenéis la comandancia
de todos, como que sois
el jefe de la barriada
de Maravillas.

ESPEJO. Oid,
que el asunto es de importancia,
deudos, comadres y amigos;
que unos venís á mi casa
por sacudiros el polvo
y otros por llenar la panza.
Ya sabéis que en mis niñeces
yo fuí casado, á Dios gracias,
y tuve mis hijos, como
tienen otros que se casan.
En esta suposición,
no es tampoco cosa extraña
que los hijos fuesen hijas,
y que, estando ya tan altas,
ó que ellas quieran casarse
ú pretenda yo casarlas.
Ellas tienen galanteos
así así, mas no me agradan
sin saber por qué: mirad
si mi razón es fundada.
No obstante, tenemos hoy
ya las bodas ajustadas
de Pocas-bragas, el hijo
único de Pocas-bragas
el mayor, con la Paquita,
que puesto que aquí se halla
no me dejará mentir.

GABRIELA. Yo, padre, ¿sé acaso nada
de lo que con sus amigos
y parientes usted trata?
¿Qué puede saber de mundo
ni de hombres una muchacha
que sólo tiene veinte años
y ha tenido su crianza
en Madrid, hija de viudo!
Solamente las criadas
me han explicado algo, y algo
que he visto por las ventanas
de la calle, y lo que he oído
cuando voy con las hermanas
al Prado *ú* á la comedia,
y de aquello que nos hablan,
cuando á las botillerías

vamos, aquellos que pagan.
Pero como aquestas cosas
se hacen y dicen en chanza,
no me atrevo á dar mi voto
porque no sé lo que basta.

ESPEJO. Yo tampoco te le pido;
sólo busco la *aprobanza*
de todos.

TODOS. ¡Sea enhorabuena!

CHINICA. ¿Qué te parece, Bardasca?

CALLEJO. Es asunto en que se puede
entrar á orejas tapadas
y ojos cerrados.

CHINICA. Así entran
todos los más que se casan;
pues con todos sus sentidos
abiertos ¿quién se casara?

ESPEJO. Pues, señores, no hay remedio;
la boda ya está ajustada.

CHINICA. Ellos quieren y queremos;
con que no hay que hacer.

(*Salen las tres majas.*)

LAS TRES. ¿Deo gracias?

P. MART. ¿Qué se les ofrece á ustedes?
¡El demonio de la entrada
tan á deshora!

CORTINAS. Bailar
si nos diere gusto y gana;
que en cuarto donde está abierta
la puerta y suena guitarra,
cualquiera se puede entrar.

PACA. Y más mujer tan nombrada
y tan útil como tú,
que todo el barrio te llama
la nata de las *junciones*.

PONCE. Pues ¿quién sois vos?

JOAQUINA. La Juliana
Papitas, la hija del Chato:
¡cómo quien no dice nada!

CALLEJO. Perdido estás. (*Aparte los dos.*)

CHINICA. Más perdida
está ella, que tras mí anda.

ESPEJO. Julianita, justamente
nos vienes pintiparada,
porque las más que aquí están
están rabiando de gana
de oirte cantar, porque dicen
que lo haces bien.

CORTINAS. ¡Qué soflama!
¿Un viejo chulearme á mí?
¡Eso sólo me faltaba!
¡Pues llega usted á una horita
en que estoy yo para gracias!

CALLEJO. Rabiando está.

CHINICA. Peor para ella.

CALLEJO. Tan siquiera una mirada
te echa.

CHINICA. Mejor para mí.

PONCE. A súplicas tan honradas,
¿cómo te puedes negar?

CORTINAS. Como puedo.

PACA. Mujer, canta;
puede ser que con oirte
el otro en la cuenta caiga,
y salgamos de aquí en paz.

JOAQUINA. Coja alguno la guitarra
y salga á bailar quien quiera,
que á mi sobrina Juliana
yo la haré echar la tremenda.

P. MART. Eso no tiene substancia:
lo que pide el auditorio
es que cante una tonada.

CORTINAS. ¿Por qué no la canta usted?

P. MART. Si hoy á mí me lo mandaran,
lo hiciera; pero otro día
que me toque, aunque tan falta
de habilidad, la obediencia
será primero que nada.

UNOS. Dice bien.

OTROS. Vaya un juguete.

JOAQUINA. Si ha de ser, no seas machaca.

CORTINAS. Voy allá; pero prevengo
que estoy un poco turbada,
y que merece disculpa
quien hace lo que la mandan.

(*Tonadilla sola.*)

TODOS. ¡Viva!

CALLEJO. El aire y el bulto,
amigo, ya es de importancia.

CHINICA. ¿Y qué tenemos? Con aire
ninguno llena la panza.

ESPEJO No tiene remedio alguno:
desde hoy quedas convidada
para la boda de mi hija.

PACA. Pues, señor, ¿con quién se casa?

ESPEJO. Con el amigo Braguitas.

CORTINAS. Supongo que será en chanza
esa boda.

ESPEJO. Es muy de veras.

GABRIELA. Pues aunque estas pataratas
son para mí indiferentes,
las cosas que padre manda
es preciso obedecerlas.

CORTINAS. Es cosa muy bien pensada,
como á la hija de su padre
y al padre de su hija no haya
quien desbarate el retrato
si esto no se desbarata.

JOAQUINA. ¿Y qué culpa tiene la hija
ni su padre? La canalla
del *endignote* bribón,
que á un tiempo á las dos engaña,
es quien lo debe pagar.

PACA. Si ellas no le sonsacaran,
él bueno era.

P. MART. ¿Cómo es eso

de sonsacar? Mire si habla
con modo, ó se lo pondrán.

PACA. Con que yo lo diga basta;
pues hablo mejor que todos
cuantos están en la sala,
y si chistan...

GABRIELA. ¡Ay, Jesús!
En viendo yo esta gentualla
toda me asusto.

CORTINAS. Yo no.

PONCE. Dejémonos de eso, y vayan
á la calle á alborotar.

CHINICA. Hombre, yo estoy por matarla
y quedar desocupado
de la mano y la palabra.

CALLEJO. Hombre, mira que eres hombre
de obligaciones.

CHINICA. Aparta,
que la ira... ¿Dónde estará
el sótano de esta casa?

CORTINAS. Ven acá, mal hombre; ¿quién
te ha engañado? *(Le coge.)*

CHINICA. Bardasca
dirá...

CORTINAS *(Le suelta y coge al otro)*:
¿Y á usté quien le mete
en tomar mujeres blancas
en su boca?

CALLEJO. Eso es mentira,
que yo no puedo tragarlas,
y suelte usté, que á no ser
por no maltratar la capa
y la chupa, quizá quizá
el diablo se lo llevara
todo.

CORTINAS. Tía, cargue usté
con esotro garrapata,
que yo llevaré al padrino
de una oreja. ¿Yo agraviada?
Os he de dar un ejemplo
que escarmienten cuantos andan
en estos pasos.

CHINICA. ¡Mujer!
¿Y con eso qué adelantas?
Mientras ahorcan á un ladrón,
están robando en la plaza
muchos de distintos modos.

P. MART. Padre, saque usté la cara
por él.

JOAQUINA. No la saque usté,
si la quiere tener sana.

P. MART. ¿A mi padre?

OTRAS. ¿A mi vecino?

PACA. Y á quien tome la demanda
por su cuenta.

UNAS. Yo la tomo.

LAS TRES. Pues vengan, si tienen tanta
fuerza.

TODAS. Ya vamos, ya iremos.

GABRIELA. Entretanto que se arañan
(Llega á CHINICA.)
¿quiere usted que los dos vamos
á decir esto que pasa...?

CHINICA. ¿A un alcalde?

GABRIELA. No por cierto:
al vicario; y no es por gana
de boda, sino por ver
las cosas apaciguadas.

CALLEJO. Dice bien, idos, que yo
procuraré hacer espaldas.

CHINICA. Bien necesitas hacerlas
si en este comercio tratas.
¡Cuidado que no nos sigan!

GABRIELA. Yo ando muy aprisa

CHINICA. ¡Vaya,
que una mujer inocente
tiene agudezas extrañas!
(Vanse los dos.)

ESPEJO. Señoras, poquito á poco;
miren que están en mi casa
todos.

CALLEJO. Menos yo y los dos
que son del ruido la causa. *(Vase.)*

(Salen alguaciles.)

ALG. La justicia: ¿qué es aquesto?

ESPEJO. Señores, es una infamia;
pero este muchacho... ¿á dónde
se ha ido? Búscale, Paca.
Pero, ¿y la Paca?

(Sale uno con CALLEJO.)

UNO. Este pillo
traigo aquí, que se escapaba
de la pendencia.

CALLEJO. Si yo
no tengo aquí que hacer nada,
¿qué había de hacer aquí?

P. MART. ¿A dónde ha ido mi hermana?

CALLEJO. Con su marido.

CORTINAS. ¿Y el mío?

CALLEJO. Con la otra mujer, que arrastra
más su voluntad.

ALG. 1.° Este es
escándalo muy de marca;
á la cárcel todos.

CORTINAS. Eso
de cárcel es excusada;
porque á trueque de no verme
en ella con estas maulas,
iré yo sola, que fuí
del alboroto la causa.

CALLEJO. Señor menistro: todo esto
se reduce á que esta daifa
tenía de un amiguito
cogida ya la palabra,
y se ha casado con otra.

ALG. 1.° ¿Y por esa patarata
se alborota una mujer?

SIMÓN. Es que las alborotadas
son muchas.

ESPEJO. Es que éstas son
como los perros, que callan
todos, y en ladrando uno
al instante todos ladran.

ALG. 1.º Pues callen y acábese esto,
que, aunque soy alguacil, gracias
á Dios, no quiero que por
mí ninguno pierda nada.

TODOS. ¡Viva el señor alguacil!

ESPEJO. Y entretanto que yo vaya
con ése á alcanzarlos, todos
aquí esperen, que, ajustada
la discordia, ha de ser todo
meriendas, bailes y zambra.

CORTINAS. Yo entre tanto las ofrezco
repetir otra tonada...
(*Con todos.*)
Si el auditorio piadoso
disimula nuestras faltas [1].

79

El mal de la niña.

SU AUTOR D. RAMON DE LA CRUZ.

1768 [1]

(*Sale* ESPEJO, *muy triste y lloroso, siguiéndole las señoras* RITA *y* JOAQUINA, PONCE, NISO *y otros, de criados.*)

JOAQUINA. ¿Hermano?

RITA. ¿Pariente?

PONCE y NISO. ¿Amigo?

LOS CUAT. ¿Qué os aflige y acobarda?

ESPEJO. Contemplar cuán débil es
la naturaleza humana.
¡Qué bien decía aquel sabio,
que no sé cómo se llama,
que una desgracia trae siempre
por lacayos mil desgracias!
Yo no tenía más que una
mujer y murió.

PONCE. Pues ¿cuántas
queríades tener?

ESPEJO. Lo cierto
es que murió la cuitada,
y esta pérdida es tan grande,
que yo no puedo acordarla
sin llorar. Yo, á la verdad,
muy satisfecho no estaba
de ella, y en guerras civiles
se estaba ardiendo la casa,
y que la muerte nos puso
en paz, pues desde que falta
no hemos tenido ni un sí
ni un no; pero ¡ay, fieras ansias!
que, al fin, murió y yo la lloro;
aunque si resucitara
volviéramos otra vez
á las cuestiones pasadas.

NISO. Bien está allá, que las riñas
no son buenas para nada.

ESPEJO. De cuarenta criaturas
que tuvimos, á Dios gracias,
sola una hija me ha dejado,
y ésta es la que á mí me mata,
pues una melancolía
me la tiene tan postrada,
que cuantos medios invento
de divertirla no alcanzan.
Yo pierdo el juicio, y así,
puesto que tú eres mi hermana,
tú mi parienta y vosotros
compadres y camaradas,
dadme consejos con que
de tan gran cuidado salga.

NISO. La tristeza en las mujeres
procede de varias causas,
y ninguna buena; pero
si pretendes alegrarla,
déjala por el lugar
andar sola y ponla guapa,
que así hago yo con mis hijas
y todo el año están sanas.

PONCE. A ser yo su padre, luego
á ver mundo la llevara,
ó, pues el dinero os sobra,
le adornaría las salas
de frescas tapicerías,
en donde hubiese pintadas
fuentes, aves y arboledas.

NISO. Y tampoco le dañara
que hubiese algunas figuras.

---

(1) Siguen las censuras, que dicen:

«Nos el doctor D. Manuel Fernández de Torres, inquisidor ordinario y Vicario de esta villa de Madrid y su partido, etc. Por el presente, y lo que á Nos toca, damos licencia para que se pueda representar y represente el sainete antecedente, titulado *Las majas vengativas*, mediante que de nuestra orden ha sido visto y reconocido, y no contiene cosa alguna opuesta á nuestra santa fe y buenas costumbres.—Dada en Madrid á 9 de abril de 1768.—*Dr. Torres.*—Por su mandado, *Nicolás de la Fuente.*

Madrid 9 de abril de 1768.—Pase al censor para su examen y con lo que dijere tráigase.—*Delgado.*

Madrid 10 de abril de 1768.—Señor: Este sainete de *Las majas vengativas*, se puede representar diciéndose como va enmendado y no de otro modo, sirviéndose V. S. de mandar que en las acciones se modere la demasiada expresión; porque hay ocasiones en que no son delincuentes los versos y los hacen pecaminosos las manos de los que los dicen, ocasionando á las gentes de juicio conocido escándalo. V. S. mandará lo que fuere de su agrado, pues este es mi parecer, salvo, etc. —*Nicolás González Martínez.*

Madrid 10 de abril de 1768.—Ejecútese guardándose en todo lo que previene el censor.—*Delgado.*

Madrid 10 de abril de 1768.—Ejecútese con puntual arreglo á lo mandado —*Barcia.*»

(1) *Inédito.* Bib. Municip.: leg. 1-165-48. Copia antigua con las licencias que van al final.

ESPEJO. Eso no.

PONCE. ¿Pues qué? ¿qué daba
que recelar de una frías
sombras?

ESPEJO. Que se enamorara.

PONCE. ¿Y qué importa?

ESPEJO. Mucho, amigo;
sé yo el caso de la estatua
de Pigmalión. Dame otro
dictamen mejor, ó calla.

RITA. Yo me quitara de cuentos
y al instante la casara
con aquel que por tercera
persona os habló esta Pascua,
pues sé que ella gusta de él
y que el otro la idolatra.

ESPEJO. Mi chica no quiere á nadie.
De otra cosa más extraña
procede el mal de la niña.

JOAQUINA. La niña es muy delicada
para el matrimonio, y creo
que sería sepultarla.
En un convento estaría
mucho mejor empleada
y divertida, según
su complexión y crianza.

ESPEJO. Señores, yo estimo vuestras
razones, mas no me agradan;
las unas porque son necias,
y otras por interesadas;
pues unos quieren perderla,
y tú quieres heredarla
en vida á tu sobrinita
cuando yo estire la pata.
Y así, señores, ustedes
me permitirán que yo haga
desprecio de sus consejos
y lo que me dé la gana.

LOS CUAT. ¡Sois un necio!

ESPEJO. No replico

LOS CUAT. ¡Quedaos muy enhoramala!

ESPEJO. Idos muy en hora buena.
(*Vanse los cuatro.*)
Decid que venga á vuestra ama.
Tengo de ver si yo puedo
poco á poco sonsacarla,
y por bien, porque estas cosas
quieren un poco de maña.

(*Sale* PAULA, *muy triste, los ojos bajos y el abanico á la boca, sin hablar más que por señas; y la* PACA, *de criada, que hace los mismos ademanes.*)

ESPEJO. Pero ya sale mi hija.
Mírese allí qué muchacha,
y la tiene la tristeza
muda, pues ni habla ni paula;
solo suspira, y tal vez
la vista al cielo levanta.
Buenos días, hija mía,
¿estás mejor ó peor? ¡Vaya!;
descubre tu tiernecito
corazón al que te ama.
Dime, pobrecita, dime;
¿dónde te duele? No me hagas
rabiar; ¿qué es lo que apeteces
y mandaré te lo traigan!
pues te juro no habrá cosa
que, por mirarte la cara
alegre, yo no ejecute,
aunque se vendan las bragas.
¿Quieres merendar hojaldres,
pastelillos ó empanadas?
¿Tienes envidia de ver
otras mozas más bizarras?
¿Deseas algún abanico,
reloj, encajes ó batas?
¿No? Pues ¿qué demontres quieres?
¿Quieres te ponga la casa
de damascos y te adornen
el gabinete de talla?
¿Quieres ir á un pueblo alegre
donde más libre te esparzas?
¿Quieres aprender alguna
habilidad, como danza,
clavicordio y la gineta?
¿Quieres jugar á la espada?
¿Quieres saber hacer el
ejercicio á la prusiana?
¿Tampoco quieres cortejo?
¿No? De veras está mala
de cuidado. Pues ¿qué quieres?
¿quieres marido? ¡Despacha!
(*Hace seña que sí.*)

PACA. Si usted la hubiera envidado
así á la primer palabra,
salía del paso y podía
ya estar la boda ajustada.

ESPEJO. Quítateme de delante
de mis ojos, hija ingrata,
ó yo te dejaré por
atrevida y obstinada.

PAULA. Padre mío, pues usted
me mandó que me explicara...

ESPEJO. Sí, pero nuestra amistad
voló. ¿Casarte? ¡Ah, tirana!

PACA. Si su tristeza...

ESPEJO. Peor es
el remedio que la sarna.

PAULA. Padre mío, yo bien quiero...

ESPEJO. ¡Ya!: ¿de esta suerte me pagas
el criarte? Más valía
haber criado una gata.

PACA. Señor...

ESPEJO. Déjame, que estoy
hecho una sierpe de Hircania
contra ella.

PAULA. Padre mío...

ESPEJO. No me ha quedado una miaja
de cariño tan siquiera.

PAULA. Pero...
ESPEJO ¡Qué hija tan malvada!
PACA. Señor...
ESPEJO. ¡Es una bribona!
PAULA. Si escuchais...
ESPEJO. ¡Es una ingrata!
PACA. Señor...
ESPEJO. ¡Es una atrevida
que, sabiendo que está mala,
no me quiere decir lo
que padece, en confianza!
PACA. ¿Ahora salimos con eso?
Pues bien claro le señala
que lo que quiere es marido.
ESPEJO. Ya la dejo abandonada.
PACA. Un marido...
ESPEJO. La aborrezco;
tengo que desheredarla.
PACA. Un marido...
ESPEJO. No intercedas
por ella, que es una falsa.
PACA. Un marido...
ESPEJO. ¡Déjame!
PACA. Un marido...
ESPEJO. Calla, calla.
PACA. Sobre que quiere marido...
ESPEJO. Tú no me digas palabra.
PACA. Quiere marido, marido,
marido y bueno.
ESPEJO. ¡Ah, canalla!
¡quién viera tu lengua como
sardina sobre las ascuas! *(Vase.)*
PACA. Bien dicen que no hay peor sordo
que el que no quiere oir.
PAULA. Repara
si hacía yo bien en callar,
por más que tú ponderabas
las bondades de mi padre
y que luego que alcanzara
mi inclinación dispondría
los medios para lograrla.
¿Tú lo ves?
PACA. ¡Qué buen soldado
al primer tiro desmaya,
sabiendo que los ardides
aun pueden más que las armas!
PAULA. ¿Qué han de poder, si á mi padre
ningunas razones bastan?
PACA. ¿A que basto yo? En qué altura
de polo, decid, se halla
vuestro amor, y declaradme
el sujeto que le causa.
PAULA. El mismo que de mi padre,
con diligencias tan varias,
pretendió el consentimiento.
PACA. ¿Y qué hay entre usted y él?
PAULA. Nada:
¿qué había de haber?
PACA. ¡Qué se yo!
¡Ojalá!; yo me alegrara
que estuvieseis ya de acuerdo.
PAULA. Sólo hay algunas miradas,
algunas conversaciones,
suspiros, algunas cartas,
querernos entrambos mucho
y habernos dado palabra.
PACA. Pues manos á la obra; y yo,
para lo poco que falta,
emplearé todo mi ingenio.
PAULA. ¡Ay! que estoy desconfiada
de mi padre.
PACA. Él bien conoce
que el que quiera una muchacha
casarse es cosa muy justa;
y que usted, aunque sea blanca,
no es alabastro ni mármol,
y pues que su repugnancia
es por no soltar el dote,
bien merece se le haga
la burla de que le suelte,
puesto que en las circunstancias
del novio no halla reparo.
PAULA. No, porque esas son muy altas.
¡Si le vieras!
PACA. Le veremos.
Luego voy á traerle á casa.
PAULA. Pero mi padre ..
PACA. Tu padre
nos ha de dar muchas gracias
á él y á mí, y ha de obligarte
á que les des el sí.
PAULA. Calla,
no aflijas con tus lisonjas
mi difícil esperanza.
PACA. Aquí vuelve su merced;
vámonos á la otra sala,
te explicaré mis ideas,
verás si son bien fundadas.
PAULA. Y más siendo, como es,
el novio hombre de chulada,
sagaz y disimulado.
Para todo tiene gracia.
PACA. Mejor; antes de tres horas
te tengo de ver casada.

(Vanse y vuelve á salir ESPEJO, *furioso como entró.)*

ESPEJO. Ya parece que se han ido;
así se fueran á Jauja.
¡Bravamente las burlé,
fingiendo que con la rabia
de su silencio no oía
el clamor de sus instancias!
Señores, ¿habrá costumbre
más necia ni más tirana
que á la que viven sujetos
los padres? No. ¿Habrá más rara
cosa, más impertinente
ni ridícula? ¡Que haya

de criar un padre á una hija,
con gran cuidado en guardarla,
con esmeros en vestirla,
y dispendios en sus gracias!
¡Que con mucho del trabajo
junte, si puede, en una arca
cuatro ó cinco mil doblones,
y cuando menos se cata
se ha despojar de lo uno
y lo otro! ¡Qué temeraria
costumbre! ¡Y dárselo á un hombre
que al padre no toca nada,
para que el dote y la hija
perezcan entre sus garras!
No, no; yo me burlaré
del uso y caiga el que caiga.
Guardaré para mí solo
mi dinero y mi muchacha.

(*Sale* PACA.)

PACA. ¡Ay, pobrecito amo mío,
qué desdicha, qué desgracia!
ESPEJO. ¡Hola!
PACA. ¡Ay, padre miserable!
cuando sepas tan infausta
desventura, ¿qué dirás?
ESPEJO. ¿Qué es esto?
PACA. ¡Ay, mi pobre ama!
ESPEJO. ¡Perdido estoy!
PACA. ¡Qué infortunio!
ESPEJO. ¿Qué dices?
PACA. ¡Tragedia extraña!
ESPEJO. Di.
PACA. ¡Qué accidente!
ESPEJO. Lucía...
PACA. ¡Qué fatalidad!
ESPEJO. ¡Muchacha!
PACA. ¡Ay, señor!
ESPEJO. ¿Qué ha sucedido?
PACA. ¡Ay, señor de mis entrañas!
Vuestra hija...
ESPEJO. (*Llora.*) ¡Ah, ah, ah, ah!
PACA. No pongais tan mala cara
para llorar, que me haréis
á mí reir á carcajadas.
Vuestra hija, en fin...
ESPEJO. ¡Ah, ah, ah!
PACA. ¿Callais?
ESPEJO. Sí, pero despacha.
PACA. Vuestra hija, más oprimida
y contra sí misma airada
de veros tan enojado,
se fué á su cuarto con tanta
ira y tan fuera de sí,
que abrió luego la ventana
que cae á la calle.
ESPEJO. ¿Y qué?
PACA. Pronunciando en voces altas:
«Yo no puedo vivir, cuando
mi padre me desampara»,
tuerce las manos, estira
las bellas cejas, levanta
los ojos al cielo.
ESPEJO. Al fin,
¿se tiró por la ventana?
PACA. No, señor; que poco á poco
volvió al instante á cerrarla,
y sin saber lo que se hizo
se tumbó sobre su cama.
ESPEJO. ¡El Señor, por ser quien es,
nos libre de horas menguadas!
PACA. Pero, ¡ay, señor!
ESPEJO. ¿Qué? ¿aun hay más?
PACA. Pues ¿hasta ahora he dicho nada?
Que clavándome los ojos,
y llenándome de babas,
allí se quedó en mis brazos
ó difunta ó desmayada.
ESPEJO. ¡Ay, pobrecita hija mía!
PACA. No sirven esas plegarias;
sino entretanto que yo,
á costa de atormentarla,
la hago volver en sí, usted
por varios médicos vaya
que la curen, pues yo temo
que la pobre de hoy no salga.
ESPEJO. Voy al instante: y ¡por Dios,
que no dejes de cuidarla!
¡ay, hija mía! ¡ojalá
no hubiera tenido gracia
yo para hacerte tan linda,
no fueras tan desgraciada!
PACA. Logróse la primer suerte;
vamos á ver en qué pára.

(*Se descubre la mutación de calle, con gran botica á un lado, á cuyo mostrador estarán las señoras* PORTUGUESA, MENDEZ, GERTRUDIS *y* FELIPA, *de mancebos, con almireces, cantando el cuatro siguiente, é* IBARRO, *de boticario, llevando el compás.*)

«Vivan los grandes,
sabios doctores,
inventadores
del recetar.
¡Din, din, din,
dan, dan, dan!
Recipe: purgas,
unto de ranas;
si sanas, sanas;
si no, á enterrar.
¡Din, din, din,
dan, dan, dan!»

(*Sale* ESPEJO, *y al compás de una sinfonía correspondiente se hace la siguiente escena muda: Llama á cuatro puertas de las casas, y á un tiempo salen cuatro* MÉDICOS, *que le hacen reverencias, le cogen en medio; él finge explicarles el mal: ellos llaman al* BOTICARIO: *éste saca un gran tintero con cuatro plumas y papel: cada uno hace su receta sobre la rodilla, se la dan al* BOTICARIO: *éste*

reparte á los MANCEBOS; *repite el cuatro, interin bailan los* MÉDICOS *al son de los almireces y el* BOTICARIO *con* ESPEJO; *salen los cuatro* MANCEBOS *con papelillos, se los dan á* ESPEJO; *el* BOTICARIO *le pilla el dinero y formando una ligera contradanza de ademanes amistosos entre* BOTICARIO *y* MÉDICOS *se van los cuatro con* ESPEJO *y los otros se vuelven á su botica, y vuelve á descubrirse la mutación de sala.*)

(*Salen* PACA *y* CHINICA.)

PACA. ¡Ea!: vamos despachando;
id, antes que vuelva á casa
mi amo, á disponer la burla
como la tengo trazada;
y cuidado no se yerre.
CHINICA. Tú no sabes con quién tratas
todavía.
PACA. Vos tampoco.
CHINICA. Sí sé tal, con la más guapa
zurcidora de embelecos
que se hallará en toda España,
y con la que reverdece
mis ya mustias esperanzas.
PACA. Idos, que ya siento al amo,
que entró por la puerta falsa
al cuarto de su hija.
CHINICA. Adiós.
PACA. Cuidado con la tardanza.
CHINICA. Al punto vuelvo, que amor
siempre camina con alas. (*Vase.*)
PACA. Si se las dan, que si no,
por más esfuerzos que haga
por andar breve el camino,
jamás llega á la posada.

(*Sale* ESPEJO.)

ESPEJO. Cuatro médicos famosos
dejo al redor de la cama
de mi hija; ahora sabremos
de fijo las circunstancias
del mal de la niña.
PACA. ¿Cuatro?
En descanso esté su alma.
¿Cuatro doctores la asisten?
Morirá de la cuartana.
ESPEJO. No así ofendas su opinión,
que los doctores no matan.
PACA. Lo que sé es que nuestro gato
cayó desde la ventana
de la guardilla á la calle,
que se quedó hecho una plasta;
que estuvo dos ó tres días
sin mover mano ni pata,
ni comer, y ya está bueno,
y no ha sido otra la causa
que el no haber médicos gatos
que al instante le sangraran.
ESPEJO. ¿Quieres callar, que ya salen?
PACA. Oid cuánto tiempo gastan
y voces para decir
sólo: «la niña está mala».
ESPEJO. ¿Qué será el mal de la niña?
PACA. El de otras niñas que callan.

(*Salen los cuatro médicos.*)

ESPEJO. ¿Y qué tenemos?
MERINO. Nosotros
hemos visto á esta madama,
y hay allí mucha impureza.
ESPEJO. ¡Mi hija impura! Usted se engaña.
MERINO. Digo impureza de bilis
y cólera que la dañan.
ESPEJO. Ahora lo entiendo.
FUENTES. Nosotros
necesitamos la sala
para una junta secreta:
conque así, ustedes se vayan,
que nosotros llamaremos.
MERINO. Sillas.
PACA. Ya están arrimadas.
ESPEJO. Señor, ¿cómo está el cochero
de ahí bajo, que usted curaba?
MERINO. Mejor.
PACA. ¡Mejor y está muerto!
MERINO. ¿Cuándo murió?
PACA. Esta mañana.
MERINO. No puede ser.
PACA. ¿Y por qué?
MERINO. Porque Hipócrates declara
que las fiebres que padece
sólo se ven terminadas
el catorce ó veinte y uno,
y él sólo ha seis que está en cama.
PACA. Pues vos habéis desmentido
á Hipócrates en sus barbas,
que terminasteis al sexto
el mal y al que se quejaba.
ESPEJO. Vamos; y tú, bachillera,
vete á cuidar de tu ama. (*Vase.*)
Señores, suplico á ustedes
que lo miren con cachaza,
y aunque estas juntas jamás
hasta lo último se pagan,
tomen ustedes, no sea
que se me olvide.
MERINO. Mil gracias.
FUENTES. Muy bien.
ESTEBAN. Muchas con salud.
CAMPANO. Señor, ¿para qué se cansa?
ESPEJO. ¡Cuatro doblones! Bien dicen
que no hay visitas baratas. (*Vase.*)
MERINO. ¿Se fueron ya todos?
LOS TRES. Sí
MERINO. Pues vamos, saque la caja
quien tenga mejor tabaco.
FUENTES. ¿Cómo está usted de cebada,
don Hipólito?
CAMPANO. Yo bien.
FUENTES. Yo, amigo, la compro cara;
porque un parroquiano mío,

que siempre me regalaba
con ella, fué á la parroquia
y no ha vuelto.

MERINO. Pues la paja
¿no está también por las nubes?

ESTEBAN. Por eso yo me ando á pata.

MERINO. Hacéis mal, porque en Madrid
ningún médico de fama
puede curar bien sin coche.
¡Y qué mula tan bizarra
de tronco compré yo ayer!
No hay en Madrid otra alhaja
igual sino la de mano.

FUENTES. ¿Es muleta?

MERINO. Ya es cerrada;
pero vale el par de mulas,
si al mercado las llevaran,
sus ciento y cuarenta reales
con guarniciones y mantas.

FUENTES. Ahora que me acuerdo, amigos,
¿habéis leído esa rara
cosa que trae la *Gaceta*?

LOS TRES. ¿En qué corte?

FUENTES. En Transilvania:
un niño con cuatro brazos
y narices en las ancas.

MERINO. *Utrum*: si naturaleza
puede dar formas tan varias
á los fetos.

(Sale ESPEJO.*)*

ESPEJO. ¡Ay, señores,
que el mal de mi hija se agrava!
¿En qué estado está la junta?

TODOS. Ahora mismo se acababa.

MERINO. Por ahora tome sus caldos
alternados y su horchata;
si con esto no bastase,
será menester sangrarla,
y si no mejora, amigo,
nuestras fuerzas son humanas,
nacimos para morir:
conformidad y enterrarla. *(Vase.)*

ESTEBAN. En eso hemos convenido. *(Vase.)*

CAMPANO. El mal viene con solapa. *(Vase.)*

FUENTES. ¡La muchacha es muy ardiente;
es menester refrescarla. *(Vase).*

ESPEJO. ¡Digo que está peor, y vanse
sin volver á visitarla!
¡Ay, hija mía!

(Sale PACA.*)*

PACA. ¿Qué es esto?

ESPEJO. Que la dejan desahuciada.

PACA. ¡Qué valiente friolera,
y vengo yo á pedir gracias
y albricias.

ESPEJO. ¿De qué?

PACA. De que
vuestra hija está curada.

ESPEJO. ¡Curada!

PACA. Y de buena mano:
mi ley y más mi eficacia
os han buscado un doctor;
mas ¡qué doctor! de importancia;
que se burla de los otros
doctores de pie de cabra.

ESPEJO. ¿Y dónde está? Dile que entre.

PACA. Aguardando en la antesala;
mas veisle aquí.

(Sale CHINICA, *de médico.)*

ESPEJO. Ved aquí
la medicina abreviada.

PACA. No midais la ciencia por
la estatura ni las barbas.

CHINICA. Señor, á vuestra obediencia.

ESPEJO. Me han dicho que tenéis gracia
de quitar hipocondrías.

CHINICA. Y sin jaropes que estragan
la naturaleza. Yo
curo sólo por palabras,
por bailes y seguidillas
y sortijas preparadas.

PACA. ¿Qué os he dicho?

ESPEJO. Es un grande hombre.

PACA. Señor, ¿mando que aquí traigan
la enferma?

ESPEJO. Sí, ve al instante. *(Vase).*

CHINICA. Está vuestra hija bien mala.

ESPEJO. ¿Lo conocéis en mi pulso?

ESPEJO. Pues ¿qué señal hay más clara
que la simpatía? Así como
la del tronco con las ramas,
es la complexión de la hija
con el padre comparada.

ESPEJO. ¡Sóplate ese huevo! ¡Esto es
saber; lo demás fanfarria!

(Sacan en una silla á PAULA *y sale* PACA.*)*

PACA. Aquí la tenéis, y aquí
tenéis la silla arrimada.
Apartémonos nosotros
y dejémoslos.

ESPEJO. Aguarda,
que quiero oir lo que la dice.

PACA. Señor, ¿qué es lo que usted habla?
¿no sabéis que un doctor tiene
muchas cosas reservadas
que preguntar, y que á un padre
le es indecente escucharlas?

ESPEJO. Es verdad; no había caído
en tanto. *(Se apartan.)*

CHINICA. Conque, madama:
¿cuento con vuestro favor?

PAULA. No le diera á esa criada,
si hubiera de arrepentirme,
licencia de que trazara
este ardid.

ESPEJO. Mucho se arrima
el tal médico á tu ama.
PACA. Está observando por la
fisonomía de la cara
los pronósticos; no, no
no se le escapará nada.
CHINICA. ¿Conque puedo resolver
en fe de vuestra constancia?
PAULA. De vos, que sois hombre, fuera
más justo que yo dudara.
CHINICA. Sólo la muerte, señora,
dividirá nuestras almas.
ESPEJO. Parece que nuestra enferma
se pone más despejada.
CHINICA. Es que yo curo el espíritu,
que es quien gobierna las jarcias
de la nave racional.
Oid aparte dos palabras.
Señor, está conocido
el mal: procede de rabia.
ESPEJO. Pues ese es mal pegajoso;
será fuerza saludarla.
CHINICA. Rabia por casarse, y yo
no hallo, en cuantas cosas malas
hay, otro deseo más necio
ni mayor extravagancia.
ESPEJO. ¡Qué hombre tan hábil!
CHINICA. Y os juro
que me irrita y que me enfada
sólo hablar de matrimonio.
ESPEJO. ¡Este es médico de chapa!
CHINICA. Pero como era preciso
observar y dilatarla
aquella imaginación,
la he dicho que os engañaba,
y que yo no era doctor,
sino uno que deseaba
casarse con ella.
ESPEJO. ¡Lindo!
CHINICA. Con que si, hasta asegurarla,
queréis que por cuatro días
sigamos esta humorada,
queda buena.
ESPEJO. Me conformo.
CHINICA. Después con cuatro tisanas
convalecerá del cuerpo
si del espíritu sana.
ESPEJO. ¡Gran pensamiento! Hija mía,
este señor te idolatra:
te pide para su esposa,
y yo quiero.
PAULA. Usted me engaña.
ESPEJO. No, hija mía.
PAULA. ¿Va de veras?
ESPEJO. De veras.
CHINICA. Creedme, madama,
que no soy el que parezco,
y que el amor me disfraza.
PAULA. A tanta fineza, ¿cómo
puedo negar mi constancia?
ESPEJO. ¡Miren la loca, la loca!
Y pues esto ha de ser, daca
tu mano y dadme la vuestra.
CHINICA. Aguardaos, que nos faltan
el escribano y testigos.
Si os parece, haré que salga
al que escribe mis recetas,
para mejor engañarla.
ESPEJO. Llamadle.
CHINICA. ¡Seo secretario!
EUSEBIO. Diga usted lo que me manda.
CHINICA. Que escriba usté ahí cuatro letras
dando fe de lo que pasa.
Ahora es ocasión.
ESPEJO. Las manos.
Yo doy de muy buena gana
mi hija á este caballero;
y además quiero dotarla
hasta en veinte mil escudos.
PAULA. Padre mío, muchas gracias.
ESPEJO. ¡Miren la loca, la loca!
EUSEBIO. Aunque es breve la contrata,
para que tenga más fuerza
el trato, podéis firmarla.
ESPEJO. ¡Y cómo que firmaré!
Venga acá... Ya está firmada.
¿Estás ya contenta?
PAULA. Mucho.
CHINICA. Pues porque sea celebrada
nuestra boda, mis pasantes,
que son personas que cantan
y bailan, para alegrar
los enfermos que me llaman,
vengan.
ESPEJO. Vengan norabuena.
PACA. ¿No os dije yo que era alhaja?
¡El doctor es bravo mozo!
Mirad, mirad, señor, cuánta
gente alegre va viniendo.
ESPEJO. Pues que canten: ¿á qué aguardan?
Pero ¿y mi hija y el doctor?
PACA. Si usted pronto no los llama,
se marcharon á dejar
hoy la boda rematada.
ESPEJO. Pues ¿cómo puede ser eso,
si la boda ha sido en chanza?
EUSBEIO. El es el que os la pidió
antes, y buscó esta traza.
¡Mal haréis en resistirlo,
señor, porque carta canta!
ESPEJO. ¿Conque era el mal de la niña
casarse con quien pensaba?
PACA. Ni más ni menos, y apuesto
que ya no le duele nada.
ESPEJO. ¡Y que á un sujeto tan hábil
como yo se la pegaran
de este modo! ¡Ah, agradezcan
á que vengo sin espada!

PACA. Si fuerais doctor, podríais
vengaros de ellos sin armas.
ESPEJO. ¡Ay, que la enferma era mi hija,
y yo soy á quien le sangran!
PACA. En cosas que ya no tienen
remedio, la queja es vana.
ESPEJO. Pero á lo menos que vengan,
y veamos si las danzas
y las músicas me curan
el espíritu y la sarna.

(*Salen los dos.*)

LOS DOS. ¡Perdón, señor, que aquí estamos!
ESPEJO. Perdón para todos haya.
TODOS. Dando fin á este capricho
tonadilla y contradanza [1].

80

El mesón de Villaverde.

1768 [2].

(*Mesón.—Salen cantando y bailando tres mujeres y tres hombres de payos no villanos.*)

CORO.

«Pues en casa tenemos
la primavera,
vaya de bulla,
vaya de fiesta,
y en el tiempo de flores
todo florezca.»

(*Sale* GRANADINA.)

GRANAD. Vamos dejando ese baile,
porque desde la azotea
he visto que de Madrid
viene un coche y dos calesas;
van allá por el camino
de Andalucía y Valencia,
y siendo ya tarde puede
suceder que dormir quieran
aquí esta noche. Id vosotras
al instante á las haciendas,
y vosotros á poner
luz y estar de centinela
para que los caleseros
no hagan de las suyas.

(*Sale* FELIPE.)

FELIPE. ¿Pepa?
GRANAD. ¡Vaya!, ¿qué traes?
FELIPE. ¡Qué preguntas
que tienes siempre tan necias!
Si ves que no traigo nada,
¿qué quieres que traiga, bestia?
GRANAD. ¡Cierto que tú eres discreto!
FELIPE. Pues si yo discreto fuera,
¿fuera tan tonto que tus
picardías consintiera?
GRANAD. No seas desvergonzado,
que todo el lugar me aprecia
por mi buen modo.
FELIPE. Es porque
son de la misma manera
en el lugar cuasi todos
GRANAD. No me majes con simplezas.
FELIPE. Por ser yo simple andas tú
tan altiva y tan compuesta.
GRANAD. Di lo que quieres ó marcha.
FELIPE. Tengo lo que quisiera
tener.
GRANAD. Pues ¿qué es lo que tienes?
FELIPE. Que me duele la cabeza
y estoy algo destemplado.
GRANAD. Di al herrero que te meta
en la fragua y que te temple.
Si menos vino bebieras,
no estuvieras malo. ¡Toma!
¿á mí me vienes con esas?
FELIPE. Mujer, si me estoy muriendo.
GRANAD. ¿Y qué importa que te mueras?
Ladrón menos en el mundo.
FELIPE. ¡Bendita sea tu lengua!
GRANAD. Vete á acostar al pajar.
FELIPE. ¿Qué?, ¿está ocupada mi media
cama?
GRANAD. Quizá vendrá gente
que la necesite entera.
FELIPE. ¿No valgo yo más que todos?
GRANAD. ¿Se verá mayor soberbia?
Si quieres ver lo que vales,
di que te saquen á venta
FELIPE. ¡Qué bobada! ¿Y á qué tengo
de salir si estoy en ella?

(*Sale* CRIADO.)

CRIADO. Señores, un coche lleno
viene.

---

(1) Siguen las licencias, de este tenor:

«Damos licencia para que, por lo [que] á nos toca, se pueda representar el sainete antecedente, titulado *El mal de la niña*, atento que de nuestra orden ha sido visto y no contiene cosa alguna opuesta á nuestra santa fe y buenas costumbres.—Dada en Madrid á 3 de febrero de 1768.—*Dr. Torres.*—Por su mandado, *José de Uruñuela y Marmanillo.*

Madrid 3 de febrero de 1768.—Pase al censor para su examen y con lo que dijere tráigase—*Delgado.*

Madrid y febrero 4 de 1768.—Señor: Este sainete, intitulado *El mal de la niña*, puede representarse, si fuere del agrado de V. S. conceder el permiso. Así lo siento, salvo, etc.—*Nicolás González Martínez.*

Madrid 4 de febrero de 1768.—Ejecútese.—*Delgado.*

Madrid 5 de febrero de 1768.—Ejecútese.—*Dr. Ximénez de Mesa.*»

(2) *Inédito.* Bib. Municip.: leg. 1-157-13. Autógrafo en parte, modificando el texto primitivo. Otro manuscrito del mismo legajo lleva estas notas: «Este es el que se ha compuesto para Bárbara Ripa.» Y más abajo: «Este sainete, compuesto por su autor, D. Ramón de la Cruz, puede servir siempre que haya partes nuevas que sacar; y de otro modo no puede servir si no es echándolo á perder, como ha sucedido en los otros anteriores.» Fué, sin embargo, muy representado.

GRANAD. Déjale que venga.
FELIPE. Allá os las hayais, que yo
me echaré en el poyo, y sea
lo que Dios quisiere.
GRANAD. Pues
á estorbar vete, y desuella
el lobo allá en los pajares.
FEL. (*Ap.*) Sus faltas tiene mi Pepa;
mas para con los enfermos
su caridad es perfecta.

(*Sale* CORONADO.)

CORONADO. Nuestra ama, ¿tendremos cuartos
y disposición de cena?
GRANAD. Para quien trae cuartos no
faltan en mi casa piezas.
FELIPE. ¿Qué gente traes, Alfonsillo?
CORONADO. Gentecita de la nuestra:
dos indianos, un tahonero
rico que marcha á su tierra
á fundar un mayorazgo
en forma, dejando impuesta
en Madrid una gran suma,
no sé si en sisas ó en mermas,
y un marqués que no discurro
que tiene muchas pesetas,
pero da, porque no digan
que no da, aunque no lo tenga.
GRANAD. Puede no perderse nada
con ellos.
FELIPE. ¡Ay, mi cabeza!
CORONADO. Voy á decirles que aquí
hay posada.
GRANAD. Y posadera
que los cuide.
FELIPE. Y posadero
que les dé el pienso.
CORONADO. Ya entran.

(*Salen* AYALA, *de marqués pobre, muy vano;* LÓPEZ, *muy finchado, de hombre ordinario, y* GALVÁN *y su hijo, de indianos, y hablan al salir con* CORONADO.)

LÓPEZ. Digo, mayoral, haced
que todos los trastos metan
donde estén seguros.
AYALA. ¿Oyes?:
¿les has hecho la advertencia
de que yo soy señoría
y esotros no?
CORONADO. Ya está hecha.
AYALA. Ya que el título no sirve
para tener buena renta,
sírvame á lo menos para
dulcificar las orejas.
LÓPEZ. ¡Hola, mozo!
FELIPE. Mande usted.
LÓPEZ. Sácanos unas silletas
aquí al portal, mientras tanto
que nos dispone la cena
el cocinero.
GRANAD. Señores,
yo mesma voy á traerlas
con el alma y con la vida,
y de las que se reservan
para la gente de modo. (*Vase.*)
VICENTE. Graciosa es la mesonera.
AYALA. A estar en Madrid, juzgara
que quizá fuese marquesa
y la diera señoría
para que me la volviera,
pues, en dos riesgos, se ha de ir
al de menos contingencia
VICENTE. Tenemos buena patrona.
GALVÁN. Pues haz cuenta que no es buena
y no la mires, porque
si lo malgasta en la tierra,
¿de qué le sirve á un indiano
lo que en el agua granjea?
LÓPEZ. De que se lo lleve el aire,
si el fuego de amor le quema;
conque así, no hay que hacer caso
de mujeres zalameras.

(*Sale* GRANADINA, *con dos mozos y cinco sillas.*)

GRANAD. Vaya, acomódense ustedes.
FELIPE. Tú te has errado en la cuenta,
que son cuatro y sacas cinco
sillas.
GRANAD. Ve á ver cómo entregan,
tú, la cebada los mozos,
y en lo demás no te metas;
que no me he de estar yo en pie,
ni es justo que todos crean,
porque están en un mesón,
que no hay en ellos quien sepa
cortesía y hacer pie
para una tertulia.
LÓPEZ. ¡Ea!;
que se conoce que están
los aires de Madrid cerca.
VICENTE. Véngase usted aquí en medio.
GALVÁN ¡Chico!
AYALA. Aquí á mi lado, reina.
GRANAD. No me tiro con marqueses;
perdone usted la llaneza.
AYALA. Desaire sin tratamiento,
mucho es; pero me consuela
que otros marqueses lo sufren
á otras muchas petimetras.
LÓPEZ. Ese espíritu no es
para vivir en la aldea.
GRANAD. Merced que ustedes me hacen.
AYALA. Tampoco faltará en ella
quien le dé conversación.
GRANAD. Aquí es la gente grosera,
y los hombres á cual más
ordinarios.
FELIPE. ¡Cuánto diera
porque entrara el regidor

y escuchase las ausencias
que le debe á mi mujer!
Si con aquél que cortejan
hacen esto las mujeres,
¿qué harán con el que desprecian?
En acordándome de esto
me dan ganas de molerla:
pero es tan afortunada,
que sólo en gana se queda.

AYALA. Pero ¿no hay en el lugar
alguno que le mantenga
á usted la partida?

GRANAD. Aquí
todas las gentes se acuestan
al anochecer.

(Sale MARTÍNEZ, *de capa, gorro, montera, espada ancha, muy serio, y se sienta sobre el banco en que está tendido* FELIPE.)

MARTÍNEZ. ¿Deo gracias?

FELIPE. Sino éste, que siempre reza
los maitines en mi casa.

MARTÍNEZ. ¿Oyes, bruto? anda allá fuera,
ó está con modo. ¿No ves
que tienes la casa llena
de gente de bien?

FELIPE. ¿Y usted
por qué entra con la montera
metida hasta las narices?

MARTÍNEZ. Porque está la noche fresca.

FELIPE. ¿Y sin decirles palabra?

MARTÍNEZ. Porque me duele la lengua.

FELIPE. También yo estoy malo.

MARTÍNEZ. Pues
el barbero está en la tienda:
anda y dile de mi parte
que te eche unas sanguijuelas.

FELIPE. El es un machaca, pero
tiene buenas ocurrencias.

LÓPEZ. ¿Quién es este caballero?

GRANAD. El señor regidor.

MARTÍNEZ. Pepa,
tráeme un jarro de agua.

GRANAD. Voy.

MARTÍNEZ. Pues vamos, que estoy de priesa.
(Vase y sácala.)

FELIPE. ¿Qué tiene usted que hacer?

MARTÍNEZ. Nada,
sino que no gasto flema.

(Sale CORONADO.)

CORONADO. Patrón, ¿viene á dar cebada?

FELIPE. Voy al instante, y me pesa
irme, porque á mí me gusta
esto más que una comedia.

CORONADO. Patrona, ¿de cuándo acá
están esas niñas serias?
Hasta luego. *(Vanse los dos.)*

MARTÍNEZ. ¿Qué? ¿también
el cochero te requiebra?

GRANAD. ¿Y quién hace caso de eso?

MARTÍNEZ. Es una pregunta suelta.

AYALA. Parece el regidor el
sujeto de esta sujeta.

VICENTE. Aquí tiene usted su silla,
madama.

GRANAD. Y aquí está el poyo.

MARTÍNEZ. Así como así, está hecha
á sentarse en duro.

GRANAD. ¡Pues!

MARTÍNEZ. Siéntate aquí á mi derecha.

GRANAD. Ya vuelvo, que voy á dar
por allá dentro una vuelta. *(Vase.)*

GALVÁN. ¿Qué vecindario hay aquí?

MARTÍNEZ. Entiendo poco de cuentas.

GALVÁN. ¿Y hay buenos sembrados?

MARTÍNEZ. Buenos.

GALVÁN. ¿Y buenas cebadas?

MARTÍNEZ. Buenas.

LÓPEZ. ¿Y hay aquí buen pan?

MARTÍNEZ. A veces.

LÓPEZ. ¿Y vino?

MARTÍNEZ. El que dan las cepas.

VICENTE. Y es lugar de mucho paso,
que no pasará miseria.

AYALA. ¿Qué blasón tiene la villa?

MARTÍNEZ. Lararirarira. *(Cantando.)* ¡Pepa!

(Sale GRANADINA.)

GRANAD. ¿Qué manda usted?

MARTÍNEZ. Vuelve á traer
el agua, que se me seca
el paladar en andando
con preguntas y respuestas.

VICENTE. ¡Qué crudo es el regidor!

LÓPEZ. No faltará quien le cueza.

AY. *(Ap.)* Denme ustedes señoría,
para que este bribón sepa
con quién trata.

GALVÁN. ¿Y por las noches,
vueseñoría qué cena?

MART. *(Ap.)* Qué cena por las mañanas
quisiera yo que dijera.

AYALA. Algún palomino asado
ó algún poco de ternera
en buf.

GRANAD. ¿Y qué cosa es *buf?*

MARTÍNEZ. No te importa á ti saberla:
mámate tú tu guisado,
y déjate de menestras.
(Dentro ruido.)

GRANAD. Callad, que parece que oigo
ruido de coche que llega.

MARTÍNEZ. Con efecto.

VOZ *(Dentro).* ¡So, Pastora!

(Sale FELIPE.)

FELIPE. ¡Eh, cochero! por la puerta
del corral.

RAMOS (*Dentro*). Aguarde usted,
mientras tanto que se apean.
¡Cuidado con esos trastos
menudos que no se pierdan,
mozo!

(*Salen* RAMOS, MARIANA *y* ANTONIA) [1].

MARIANA. Guarde Dios á ustedes.
RAMOS. Señores, á la obediencia
de todos.
MARIANA. ¡Buena posada
y lucida concurrencia!
GRANAD. Señoras, muy bien venidas.
CORONADO. Señoras, aquí hay silletas
acomodadas.
GRANAD. Muchachas,
sacad más asientos.
GALVÁN. Vengan.
ANTONIA. Ustedes no se incomoden.
MARIANA. ¡Jesús, que yo vengo muerta
del camino!
RAMOS. Calla, chica,
que mañana á la hora de ésta
ya estaremos en Madrid.
MARIANA. Si no nos es muy adversa
la fortuna, sí, señor;
pero según mis ideas,
sólo estaremos un año.
RAMOS. Chica, no seas agorera;
que á veces salta la liebre
de donde menos se piensa.
MARIANA. Sin embargo, dejaremos
ajustadas las calesas
si te pareciere, Antonia.
RAMOS. ¿Ahora, mujer, nos enseñas
la horca antes que el lugar?
En tu vida seas tan necia
que te anticipes pesares.
¿Hablo bien?
AYALA. Y con prudencia
MARIANA. ¿Es usted, aunque perdone
el alcalde de esta aldea?
AYALA. ¿Tengo yo traza de alcalde
ordinario?
MARIANA. De manera
que la gente que no sabe
es como la gente ciega;
y como trae usted encima
esa ropa tan mal hecha,
lo pensé.
AYALA. ¿Esto está mal hecho?
No es usté muy costurera.
MARTÍNEZ. Si usted busca la justicia,
aquí tiene parte de ella,
que yo soy el regidor.
ANTONIA. ¿Justicia, y estoy yo muerta
hasta ver si encuentro gracia
en Madrid?
MARTÍNEZ. Usted no tema;
que Madrid es muy piadoso
con todas las forasteras.
MARIANA. ¿Y es eso verdad, señor?
No grave usted su conciencia
con engañar á unas pobres,
que opinión y pan arriesgan.
AYALA. ¡Cómo! Opiniones y panes,
en Madrid en cualquier tienda
se venden.
RAMOS. Es que no buscan
opiniones que se vendan,
sino opiniones nacidas
de las bondades ajenas.
CORONADO. ¿Van ustedes á servir
á Madrid?
MARIANA. Por dicha nuestra.
AYALA. Pues, justamente, en mi casa
hacen falta dos doncellas.
RAMOS. En muchas partes suspiran
por ese género.
CORONADO. ¡Ea!:
que esta noche hemos de armar
aquí la marimorena.
GRANAD. Pues ¿quién son estas señoras?
CORONADO. Son madamitas de aquellas
que saben su obligación.
MARTÍNEZ. Yo no es fácil que lo crea
si no lo veo; madamas;
cuando pasa por la puerta
la ocasión, dice el adagio
que es necedad no cogerla,
y así hemos de ver qué es esto.
AYALA. Y yo soy voto; que treinta
mil pesos todos los años
gasto en ir á la comedia.
VICENTE. Pues ¿cuánto cuesta en Madrid
un asiento de luneta?
AYALA. No sé, porque yo voy siempre
debajo de la cazuela.
MARIANA. Eso es á lo baratillo:
dadle vaya, echadle fuera.
¡Vaya de aquí!

(*Sale* FELIPE.)

FELIPE. No voceen,
que me duele la cabeza
que me rabia.
CORONADO. Tío Lombrices:
¿qué hacía usted por allá fuera?
FELIPE. Estaba alumbrando.
CORONADO. ¿A quién?
FELIPE. A un macho de la calesa,
que se le había metido

---

[1] En el manuscrito hay dos cuadernillos sueltos, en los cuales, y de letra del mismo Cruz, se lee otra nueva redacción, que comprende desde esta salida hasta el fin de la obra, con personas diferentes de las del principio. Por no interrumpir la marcha de la obra se copia el texto primitivo como está y á continuación el autógrafo.

un huevo como una piedra
en la mano.

MARTÍNEZ. Señorita:
que no se enfríe la fiesta.

GRANAD. Vamos con ese juguete.

RAMOS. Era menester que hubiera
á propósito vestidos,
y está la zaga bien puesta.

CORONADO. Eso yo lo compondré,
mientras tanto que se cena,
si ustedes quieren.

RAMOS. Por mí
jamás se ha visto deshecha
partida.

MARTÍNEZ. Pero quizá
esta madamita tenga
reparo si está cansada.

MARIANA. Nunca estoy yo satisfecha
de trabajar, y más cuando
encuentro quien se divierta.
¡Vaya de fiesta! y después...

GRANAD. Señores, ya está en la mesa
la ensalada.

MARIANA. Ves, Vicente,
y mira si de la nuestra
ha cuidado el calesero.

GALVÁN. Para tener más completa
la noche, cenemos juntos.

MARIANA. Eso no, porque eso fuera
chasco para ustedes.

RAMOS. Vamos,
y póngase la merienda
de todos á discreción
sin andar en etiquetas.

MARIANA. Usté me gusta, compadre.

RAMOS. Como eso mismo dijera
el pueblo de Madrid, daba
seguido cien volteretas.

GRANAD. Vamos á cenar, porque
la tonada se prevenga.

FELIPE. Si éstos me pagan el ruido,
bien ha de subir la cuenta.

GRANAD. El regidor ya ha cenado.

MARTÍNEZ. Pero serviré á la mesa.

GRANAD. Pues vamos, y esta segunda
función tan dichosa sea...

TODOS. Que, si no merece aplauso,
merezca perdón siquiera.

La parte añadida por el autor de su puño dice así:

(Salen, de petimetres, JUAN RAMOS *con la* VALDÉS.*)*

JUAN. Muy buenas tardes, patrona.
Mientras llegan ó no llegan,
puedes merendar si quieres
y descansar.

VALDÉS. No sosiega
mi corazón hasta ver
mi querida compañera.

GRANAD. Señores, muy bien venidos.

LÓPEZ. Señores, aquí hay silletas
acomodadas.

GRANAD. Muchachas,
sacad más asientos.

GALVÁN. Vengan
ustedes.

VALDÉS. No se incomoden,
que de cualquiera manera
estamos bien.

JUAN. Por si tardan,
haré sacar la merienda
del coche.

VALDÉS. Aun es temprano.

MARTÍNEZ. Según eso, á alguien esperan
ustedes.

VALDÉS. A una amiguita,
que creímos que estuviera
ya aquí. *(Ruido de campanillas.)*

MARTÍNEZ. Pues si no me engaño,
se oye ruido de calesas
á lo lejos.

TODOS. Y es verdad.

JUAN. Cuando estén algo más cerca
saldremos á recibirlos.

VALDÉS. Mejor es que se sorprendan
hallándonos.

JUAN. Me conformo
con lo que á ti te parezca.

VALDÉS. ¿Qué mira usted, caballero?

GUERRERO. Que es usted muy petimetra.

VALDÉS. ¿Y es usted, aunque perdone,
el alcalde de esta aldea?

GUERRERO. ¿Tengo yo traza de alcalde
ordinario?

VALDÉS. De manera
que la gente que no sabe
es como la gente ciega,
y como trae usted encima
esa ropa tan mal hecha,
lo pensé.

GUERRERO. ¿Esto está mal hecho?
No es usté muy costurera
ni dama de gusto: esto es
vestirse á la negligencia.

DENTRO. ¡So, Tordilla!

PALOMINO *(Dentro).* Que se cuide
la zaga, sin deshacerla.

GRANAD. Ya están aquí.

RAMOS. Dejad que entren.

MARTÍNEZ. Pues la moza que se apea,
á fe mía, que tampoco
tiene malas bigoteras.

GRANAD. ¿Te ha gustado?

MARTÍNEZ. Siempre á mí
me gustó lo bueno, Pepa.

GRANAD. Me alegro, que esa es señal
de que yo soy cosa buena.
MARTÍNEZ. A ratos, porque otros ..
GRANAD. ¿Qué?
MARTÍNEZ. Nada. Ves á ver quién llega.
GRANAD. ¿A que algo tenemos?
MARTÍNEZ. Algo.
GRANAD. ¿Y qué es?
MARTÍNEZ. El ajustar cuentas
requiere espacio, y ahora
estamos de prisa; deja
que los huéspedes se vayan,
se hablará de la materia.
GRANAD. Eres un vinagre.
MARTÍNEZ. Y tú
una caja de jalea;
pero no te han de papar
las moscas como yo pueda.

(*Salen* PALOMINO *y la señora* BÁRBARA RIPA, *bizarros.*)

PALOMINO. Adiós, señores.
TODOS. Ustedes
lleguen muy enhorabuena.
PALOMINO. ¡Don Jorge!
JUAN. ¡Don Celedonio!
VALDÉS. ¡Bárbara!
BÁRBARA. ¡Querida Pepa!
(*Se abrazan.*)
PALOMINO. ¿Qué es ésto?
JUAN. Salir á ver
á ustedes á la Alameda.
VALDÉS. ¿Vendrás muerta del camino?
BÁRBARA. Más fatigada ó más muerta
voy á Madrid del temor.
JUAN. Pues ¿qué hay en Madrid que temas?
BÁRBARA. Si seré bien admitida.
GUERRERO. Aunque curiosidad sea:
¿se va á casar esta dama
allá, según manifiesta
su bizarría y su miedo?
PALOMINO. Sí, y el novio que la espera
dicen que es algo difícil
de contentar.
VALDÉS. Con licencia
de ustedes, no puedo menos
de salir en su defensa;
pues yo conozco al tal novio,
que está lleno de clemencia,
de discreción y bondad,
y con muy poco que vea
que haces tú por agradarle,
luego verás cuántas pruebas,
por la suya, te da él
de sus piedades; y cuenta
que esto no es adulación
en mí ya, sino experiencia.
BÁRBARA. Amiga, Dios te lo premie;
tú me animas, tú me alientas;
y aunque á servir á Madrid
hoy llegue tan forastera,
como desde luego anuncian
la turbación y torpeza
de mi labio, acostumbrado
á otro país y otra lengua,
si su compasión merezco
me esforzaré de manera
que me tolere, ya que
sus aplausos no merezca.
GUERRERO. ¿Qué? ¿la lleva usted á servir
á Madrid?
PALOMINO. Y muy contenta.
GUERRERO. Pues, justamente, en mi casa
hace falta una doncella.
BÁRBARA. Vivo con las esperanzas
de hallar mejor conveniencia.
GUERRERO. Lo dudo, porque aunque yo
no doy más que tres pesetas
de salario, mis criadas
jamás en mi casa enferman,
porque hacen mucho ejercicio
y es continuada la dieta.
JUAN. Ya es hora de merendar.
VALDÉS. Haga usted que lo prevengan
si gusta.
GRANAD. Pero entretanto,
bueno es que se dispusiera
un ratito de jolgorio,
á ver qué tal taconean
y saltan estas usías,
que parece que se quiebran.
MARTÍNEZ. ¿Quieres callar?
GRANAD. Calla, tonto;
¡si es porque tú te diviertas!
BÁRBARA. Yo, por mí, vengo cansada,
y en bailar soy poco diestra.
JUAN. Las noticias que yo tengo
de usted seguras y ciertas
dicen que canta muy bien,
y todos su voz celebran.
BÁRBARA. Es un falso testimonio
que levantan.
GUERRERO. ¿Cuánto apuesta
usted á que sí.
BÁRBARA. ¿A que no?
GUERRERO. Va un duro, mas que le pierda,
á que canta usté bien.
BÁRBARA. Va,
á que gustosos no quedan
los que me oigan.
GUERRERO. Desde luego.
LÓPEZ. Yo seré de la contienda
el juez.
CORONADO. Sí, que no hay bastantes
oidores, con las orejas
tan largas ya, para dar
al instante una sentencia,
de que no hay apelación
como los votos convengan.

MARTÍNEZ. Cante usted algo y veamos
quién es quien gana la apuesta.
GUERRERO. ¡Adiós, duro de mi vida!
(*Sacándole.*)
BÁRBARA. Yo me alegraré perderla
como gane el buen concepto
de útil, humilde y atenta.
PALOMINO. Allá se verá: silencio.
BÁRBARA. Ustedes me compadezcan.
VALDÉS. Eso sí.
GUERRERO. Y si lo haces bien
entrambos duros te llevas,
que los hombres como yo
ó premian bien ó no premian.
BÁRBARA. Muchas gracias.
PALOMINO. Y silencio,
que la tonadilla empieza.
TODOS. Pidiendo todos indulto
de sus faltas y las nuestras.

81

El médico de la locura.

FIN DE FIESTA EN LA ZARZUELA DE LAS PESCADORAS.
PARA LA COMPAÑÍA DE PONCE.

1768 (1).

(*Selva. Sale* CHINICA, *de caminante, con su maletilla y capa, con un asno que le sigue del cabezón.*)

CHINICA. ¡Arre, borrico!, que poco
falta, pues desde aquí veo
la torre de mi lugar.
¡Con qué gusto á verla llego
después de más de diez años
de ausencia! Mas un correo
viene por la propria senda.
¿Si será algún pasajero
ó será paisano? Adiós.

(*A* CAMPANO, *que sale de propio con unos papeles en la mano.*)

CAMPANO. Dios guarde á usted, caballero.
CHINICA. ¡Qué me miras?
CAMPANO. Me parece
que conozco á usted.
CHINICA. Yo creo
que también de tu persona
algunas especies tengo.
CAMPANO. ¿Juan Peregil? (*dudando.*)
CHINICA. ¿Alonsillo?

(1) *Inédito.* Bib. Municip.: leg. 1-165-38. Autógrafo de 1768, y otro manuscrito con las censuras que van al final, y el encabezado de: «Sainete nuevo. *El médico de la locura y las mujeres disculpadas.* Su autor, Don Ramón de la Cruz. Para la compañía de Ponce. Año de 1768.»

CAMPANO. Sí, señor.
CHINICA. Sí, hombre.
LOS DOS. ¿Qué es esto?
CHINICA. ¿A dónde vas de esa forma?
CAMPANO. Cuéntame tú á mí primero
cómo vienes de esa suerte.
CHINICA. Es cuento largo mi cuento.
CAMPANO. Pues el mío es cuento breve.
Pero ¿vienes ya de asiento
al lugar?
CHINICA. Me quedaré
si donde sentarme encuentro.
CAMPANO. Decían que allá en Madrid
á un amo estabas sirviendo
que te quería mucho.
CHINICA. Sí.
CAMPANO. Pues ¿por qué le dejas, necio?
CHINICA. Porque era cariño de amo,
y era mi amo de aquellos
que quieren, mientras es mozo,
á cualquier criado bueno,
para engañarle y venderle
como esclavo cuando es viejo.
CAMPANO. Pues en Madrid dicen que
todos granjean sirviendo.
CHINICA. Conforme de lo que sirven,
y á quien sirven. Mas, dejemos
esto ahora empezado, y dime:
¿á dónde vas?
CAMPANO. A los pueblos
circunvecinos de propio,
á poner de manifiesto
este cartel de mi alcalde,
que es un animal más terco
que si fuera vizcaíno,
descendiente de gallegos.
CHINICA. ¿Y qué dice?
CHINICA. Léelo tú
si quieres reirte.
CHINICA. A verlo.
«Nos, el tío Roque Breva,
el prudente y el discreto
alcalde, como otros muchos
lo son, porque los hicieron,
á todos los hombres vivos,
no sólo á los que tenemos
debajo de nos, sino
también á los que están puestos
encima, salud y gracia.
Sabed que á nuestro gobierno
conviene tener *dotores*
que curen á los enfermos.
de todas las *maletías*
que acometan á los cuerpos
humanos, y en especial
las que acuden al celebro
en daño de la razón;
y, por tanto, no teniendo
médicos que curen otras

locuras que las de aquellos
de atar; para ver curados
á los locos que andan sueltos,
citamos á oposición,
por este nuestro decreto,
no sólo á cualquier *dotores*,
cirujanos y barberos,
sino á cualquier otro, sin
excepción de clase ó sexo,
que dentro del tercer día
parezca, dándole en premio
al elegido, por parte
de los proprios del concejo,
quinientos ducados, y
un doblón de á cuatro pesos
por cada loco que cure
aplicándole remedio.
Y porque venga á noticia
de todo el mundo, ahí va eso.»
Venga en hora buena. Alonso,
¿quieres ver cómo le pego
un lindo chasco al alcalde?

CAMPANO. ¡Cuánto lo celebraremos
los vecinos!

CHINICA. Pues no digas
á ninguno que yo he vuelto,
y vámonos á tu casa;
me pondré un vestido viejo
que me dió mi amo, y acaso
en esa maleta llevo,
y verás qué brava fiesta
con el alcalde y el pueblo
tienes.

CAMPANO. ¿Y qué han de decir
si me ven que al punto vuelvo?

CHINICA. Yo te armare de disculpas;
y para llegar más presto,
montemos ambos á dos
en el borrico.

CAMPANO. Montemos.

CHINICA. ¡Atención, locos, que va
otro loco á convenceros!

CAMPANO. ¿Y si no te sale bien
el capricho?

CHINICA. Como de estos
locos hay, á quienes no
salen bien sus pensamientos,
por osados é imposibles,
y viven muy satisfechos. *(Vanse.)*

(Plaza de lugar, y sale ESPEJO, *de alcalde;* PONCE, *de escribano;* CALLE *y* JUAN MANUEL, *de alguaciles, y detrás* MERINO, *de médico.)*

ESPEJO. Digo á ustedes que el doctor
ha de salir al momento
del lugar,

PONCE. Señor alcalde,
hasta que venga otro nuevo
¿por qué ha de salir?

ESPEJO. Porque
cuando venga estemos buenos
todos y no se entretenga
en curar tabardillejos,
resfriados y almorranas,
y aplique todo su esfuerzo
á curar locos.

PONCE. ¿Y entonces
no véis que se caerán muertos
los demás enfermos?

ESPEJO. No,
porque entonces no habrá enfermos
de cuidado; verbigracia,
melancolía en aquellos
que han gastado inútilmente
su salud y su dinero;
apoplejías, dolores
reumáticos en los huesos,
y otros males que jamás
acometen á los cuerdos.

PONCE. ¿Y os habéis de poner vos
en cura, alcalde?

ESPEJO. Veremos;
así la tuviérais vos,
escribano; pero hay ciertos
achaques de hombres que son
incurables por sí mesmos.

(Sale MERINO.)

MERINO. Señor alcalde: ¿qué? ¿no hay
mas que despedir de un pueblo
á un doctor que cuando vino
halló dos mil y quinientos
vecinos en el lugar
y hoy pasan de tres mil?

ESPEJO. Eso
no os lo debo á vos, amigo,
que sólo se debe á nuestro
trabajo y la aplicación
recíproca que tenemos
para que hallen en nosotros
abrigo los forasteros;
y, en fin, señor doctor, yo
no os necesito, que quiero
un doctor que cure el mal
de las cabezas. Con eso
se quita la causa y cesan
todos los malos efectos.

MERINO. Ese es un gran disparate.

ESPEJO. Pues, lo sea ó no, yo os ruego
que os vais antes que os envíe,
ú os encaje en un encierro.

MERINO. ¡A mí en un encierro!

ESPEJO. ¡Cuántos
inocentes están dentro
de otros por vos!

(Salen algunos y algunas.)

TODOS. Apelamos,

y quedarnos no queremos
sin médico.

1.ª Alcalde mío,
ved que á mi marido tengo
tullido.

ESPEJO. Que haga ejercicio,
y á dos días está bueno.

2.ª Ved que tengo con viruelas
mi hijo.

ESPEJO. Angelitos al cielo.

1.º Yo tengo una calentura
ardiente.

ESPEJO. Pues bebed fresco;
el médico vaya fuera.

TODOS. Nuestro médico queremos.

(Sale CAMPANO.)

CAMPANO. ¡Albricias, señor alcalde!

ESPEJO. ¿De qué?

CAMPANO. De que he descubierto
el doctor más afamado
que se ha visto en este tiempo.

ESPEJO. ¿Y qué? ¿cura de locura?

CAMPANO. Ese es su mayor empleo.
De Madrid viene, y son tantas
allí las curas que ha hecho,
que no se encuentra siquiera
un loco para un remedio.

MERINO. ¡Qué mentira!

ESPEJO. Sea mentira
ó sea verdad, yo le quiero
ver. ¿A dónde está?

CAMPANO. En mi casa.

ESPEJO. Dile que venga corriendo,
y ahora veréis si hay quien sepa
más que vos.

MERINO. Eso no niego;
pero niego que remedie
la locura de los sueltos.

ESPEJO. ¿Por qué?

MERINO. Porque no hay principios
en la ciencia para eso,
ni toca á la medicina
la cura de los afectos.

ESPEJO. Toca.

MERINO. No toca, y, en fin,
dejad, para convenceros,
que salga, y luego que salga
dejad que le examinemos.

ESPEJO. Eso sí.

(Sale CAMPANO.)

CAMPANO. Señor alcalde,
aquí está.

ESPEJO. Sacad asientos.

(Sale CHINICA.)

CHINICA. *Salve, reipublicae pater;*
salve, preclarusque excelsus
judex et sit semper tibi
bonus, bona, bonum tempus
et musa.

ESPEJO. ¡Lo que éste sabe!

MERINO. ¿Por qué?

ESPEJO. Porque no le entiendo
ni una palabra, y yo, amigo,
no soy de los majaderos
que dicen que es malo todo
lo que no penetran ellos.

TODOS. ¡Juan Peregil!

CHINICA. Poco á poco.
y háblenme con más respeto.

1.ª Pues ¿no eres tú mi sobrino?

1.º Hombre, ¡qué gordo y qué bueno
vienes!

CHINICA. ¿Cómo ha de venir
hombre que viene repleto
de medicina, que es ciencia
de sustancia y de provecho?

ESPEJO. ¿Tú eres Juan Peregil?

CHINICA. Sólo
de que me llamo me acuerdo
don Bautista de las Huertas,
que es lo propio y no es lo mesmo.

MERINO. Pues ¿por qué truecas el nombre?

CHINICA. Por hacer fortuna, que esto
es común allá en la corte.

MERINO. ¿Y con hacer este trueco
se hace fortuna?

CHINICA. No sé.
Sólo sé que un compañero,
escribiente de desván,
que llamaban el Bermejo,
á secas, cuando escribía
por seis reales treinta pliegos
al día, desde que dió
en presumir de sujeto
y llamarse don Fulano
de Tal y Tal, está hecho
un Barrabás, porque sólo
tiene dos ó tres mil pesos
de renta, y para dos firmas
necesita un día entero.
Conque así, yo, aunque en el siglo
que me llamaba confieso
Juan Peregil, con el don
me desfiguro y me elevo.

PONCE. ¿Y qué has estudiado?

CHINICA. Mucho.
Vayan los locos viniendo,
que en estas cosas persuaden
más que los dichos los hechos.

ESPEJO. Dice bien; vengan los locos,
y vamos tomando asiento.

MERINO. Alcalde: ¿no véis que es burla
de este mozo?

ESPEJO. Cepos quedos,
que eso lo dirá el examen.

MERINO. Los doctores de mi gremio
no examinan locos.

CHINICA. Pues
yo los curo y los penetro,
que es más.

MERINO. Pues ¿y qué es locura?;
¿cuáles sus causas, efectos,
y distinciones?

CHINICA. Sentaos,
y vámosla distinguiendo.
La locura es una bestia
que va vestida de negro,
con su capa colorada,
como vos.

MERINO. No hay en Galeno
tal definición.

CHINICA. Si usted
no la ha visto, yo la veo,
y yo concluyo que viene
de dos motivos diversos;
esto es, de evaporación
y obstrucción. Vaya un ejemplo.
Hay locura que procede
de evaporación de sesos,
como en músicos, poetas,
petimetres, peluqueros,
abates, agentes y otros
racionales imperfectos;
y hay locura que procede
de obstrucción, como los celos,
el hambre y la economía
ó la avaricia en los viejos,
la sisa en los compradores,
la ración de los maestros
á los pupilos, y las
ganancias de los comercios.
Hay locura blanca y negra,
que procede de humor negro
y humor blanco; verbi gracia:
hay unos locos que vemos
hacer sus habilidades
por calles y por paseos
de día, y hay otros locos
que hasta que va anocheciendo
no salen á desahogarse
ni en verano ni en invierno.
Hay también locura activa,
y la hay pasiva en diversos
casos, en que se interesan
en la acción entrambos sexos,
pues la hace la mujer y
nosotros la padecemos.

ESPEJO. ¡Viva el *dotor*! Alguaciles,
haced que vayan viniendo
cuantos locos hay en el
lugar. (*Vase el* ALGUACIL.)

MERINO. ¿Y adónde cabremos?

CHINICA. Vayan llegando uno á uno;
y después que nos cansemos,
quedará para otro día
el ir visitando el resto.

MERINO. Yo creo que, aunque vivamos
hasta el fin del universo,
como entremos en Madrid
no tenemos harto tiempo.

ALGUACIL. Ahí va ese viudo tan loco,
que llora porque se ha muerto
su esposa, después de que
le deja por heredero.

(*Sale* FUENTES, *llorando.*)

FUENTES. ¡Ay, señor, que no me pudo
venir lance más funesto!
¡Pobrecita mujer mía:
sin ti yo vivir no puedo!

MERINO. Vea usté aquí una fruta nueva;
un marido que hace extremos
porque ha muerto su mujer.

CHINICA. Locura es esta, por cierto,
que merece que los chicos
anden gritando y corriendo
detrás dél por esas calles.

ESPEJO. Quizá éste sería de aquellos
que disfrutan mayorazgos
por sus mujeres, y luego
que expiran expira.

FUENTES. Así es:
ved si con razón me quejo.

ESPEJO. ¿Y éste tendrá cura?

CHINICA. Puede.
Apartad del rostro el lienzo
(*Aparte con él.*)
y oid, que quiero consolaros.

FUENTES. Para mí ya no hay consuelo.

CHINICA. Quizá le pudiera haber
si os acordárais de aquello...

FUENTES. ¡Cómo! ¿Lo de aquella noche
que estuvo hablando en secreto
con el cadete?

CHINICA. Esa ó otra.

FUENTES. Tenéis razón. Cuando aquellos
petimetres de la corte
por el verano vinieron,
y se iban á los fandangos,
dando motivo con esto
que se creyera de mí
que consentía cortejos
en mi casa. Bien decís.
¡Ojalá se hubiera muerto
antes de que tal hiciera!
Pues ¡qué, amigo, si me acuerdo
de su condición! Amigos,
brinco y bailo de contento
de haber enviudado. ¡Vivan
la libertad y el sosiego! (*Vase.*)

ESPEJO. ¡Cura grande! ¿Veis, doctor,
si á los locos hay remedio?

MERINO. ¿Y qué?; ¿curar la locura
con otra locura es bueno?

CHINICA. Sí; que así como curaba
por los contrarios Galeno,
yo busco las simpatías
del daño con el remedio.

(*Sale* CALLEJO, *de viejo.*)

CALLEJO. Yo, señor, tengo una hija
loca.

CHINICA. Yo conozco ciento
que tienen hijas á pares
con ese mismo defecto.

MERINO. ¿Por qué no lo consultásteis
conmigo?

ESPEJO. Porque sois lego
en materias de locuras.

CHINICA. No es la madre del cordero
ésa, sino porque somos
como el almanaque nuevo
los médicos; que se tiene
por más docto al más moderno
en el lugar.

ESPEJO. Con cualquiera
cosa sucede lo mesmo.
La *Gaceta* nueva olvida
la vieja; el pescado fresco
gusta más que no el salado,
y los hombres más queremos
á una mujer de veinte años
ó veintiuno que de ciento.

MERINO. Las novedades dispiertan
sin distinción los deseos.

CALLEJO. Pues, señor, ahí sale mi hija,
observadla bien; callemos
hasta que calle, y en tanto
contemplad lo que padezco.

(*Sale la señora* PORTUGUESA; *y sin hacer caso de nadie canta su tonadilla y se va.*)

¿Veis si tengo yo razón?

ESPEJO. Pues ¿qué locura hay en ésto?

CALLEJO. Estar todo el día cantando
sin intermisión de tiempos.

CHINICA. Pues casadla y dejará
de cantar.

CALLEJO. ¿Ese es remedio?

CHINICA. Sí, señor; porque un marido
es un animal tan feo
y triste, que sólo él puede
dar á las mujeres miedo.

CALLEJO. Voy á casarla al instante.

(*Vase y sale la* BASTOS *trayendo á* IBARRO.)

BASTOS. Aquí hay un loco de celos,
señor.

CHINICA. ¿Y vos tenéis juicio?

BASTOS. Aunque quiera no tenerlo,
le he tener, pues estoy
siempre á su vista, y el tiempo
corto que sale de casa
me encierra en un aposento.

ESPEJO. ¿Sois portugués?

IBARRO. No, señor.
Yo conozco que es un yerro
querer guardar las mujeres;
pero es tan grande el extremo
con que la idolatro, que
hasta el aire me da celos.

CHINICA. Pues si sois tan delicado
que os asombrais aun del viento,
no la consintais que coma
castañas.

BASTOS. Es tan tremendo,
que estando hablando conmigo
no sé qué cosa en secreto,
por casualidad estaba
enfrente de un grande espejo,
y conociéndome á mí
se desconoció á sí mesmo,
de suerte que dividió
en átomos tan pequeños
el espejo, que no era
como un real el mayor de ellos.

CHINICA. Si los que han visto en su casa
esa escena hubieran hecho
lo proprio ¡qué mayorazgos
tendrían los espejeros!

IBARRO. No lo puedo remediar.

CHINICA. Pues oid este consejo:
los médicos y maridos
es menester que dejemos
obrar la naturaleza
antes de aplicar remedios
irritantes; porque, amigo,
en llegando á causar tedio
la medicina, aunque tenga
gran cuidado el enfermero,
aguardan la ocasión y hacen
de las suyas los enfermos.

ALGUACIL. Una tropa de mujeres
viene.

ESPEJO. ¡Buena la tenemos!

MERINO. Locura hay para diez años.

CHINICA. Poquito á poco con eso;
porque en las mujeres solo
es la locura un reflejo
de la que brilla en los hombres,
y era fácil el remedio
de ser cuerdas las mujeres
con ver á los hombres cuerdos.

(*Salen las mujeres que quieran seguidas de la señora* PAULA.)

TODAS. Audiencia, señor alcalde,
audiencia; porque tenemos
que hablar todas.

ESPEJO. Yo respondo:
¡Paciencia, paciencia!, que eso
es imposible.

PAULA. Pues yo

tan sólo pido silencio
y que os dignéis escucharme.

ESPEJO. ¿Qué tenéis que decir?

PAULA. Tengo
un asunto grave, en que
no tan sólo me intereso
yo, sino el público agravio
de todo mi hermoso sexo.

ESPEJO. Hablad.

PAULA. Con vuestra licencia,
siéntome, y así comienzo:
En el deplorable estado,
señores, en que hoy nos vemos
las mujeres, abatidas
por las bocas de los necios,
sátiras de los teatros
y romances de los ciegos,
no será extraño que alguna
á su cargo con empeño
tome la causa de todas
y haga ver que no es exceso
todo lo que lo parece
en nosotros, sino medios
precisos para no ser
superfluas al universo.

CHINICA. ¡Buen exordio!

PAULA. Dícese,
al capítulo primero
de nuestra crítica, que
son las mujeres ejemplo
de la inconstancia, y que somos
locas, porque hablar solemos
con muchos.

CHINICA. Esa es prudencia;
porque son en estos tiempos
tan inconstantes los hombres,
que hay mujer que tiene ciento
entretenidos, y aun no
sale á día por cortejo.

PAULA. Cúlpasenos porque hablamos
con esos hombres ligeros
que se estilan: ¿acaso es
culpa nuestra la que es de ellos?
¿Dónde está la juventud
floreciente, los discretos,
los recatados, valientes,
políticos caballeros
que hicieron el siglo de oro
de nuestra España, atendiendo
en la guerra y en la paz
á su dama y sus empeños
con tanto honor; tan apriesa
formidables como tiernos,
tan soldados como amantes,
tan galanes como atentos?
¿Dónde está el hombre que gusta
solamente del aseo
de la mujer, y que hace
elección de lo modesto?
Si los hombres han trocado
de gusto y estriba en ellos
nuestra existencia, ¿qué mucho
es llevarnos de su ejemplo?
Lo que yo aseguro es
que en aquel dichoso tiempo
la modestia y el amor
eran nuestro verdadero
mayorazgo, y hoy son causa
de nuestra ruina.

CHINICA. Es muy cierto;
pues hay mujer que ha vendido
la colcha y el zagalejo
el día de toros para
que su majo vaya á verlos.

PAULA. Adelante; y si la vista
á las casadas volvemos
por un instante, ¿qué padres
consultan gustos y genios
de sus hijas antes que
la conveniencia del yerno?
Dígalo yo, á quien por fuerza
la casaron con un fiero
anciano, sin atender
que el matrimonio es lo mesmo
que la guerra, en que no sirven
ni los niños ni los viejos
sino de estorbo.

ESPEJO. Y de escudo
suelen servir muchos de ellos.

PAULA. El juego del matrimonio
es un ejemplar del fuego
de las vestales, que, pena
de nuestra vida, debemos
los consortes religiosos
igualmente entretenerlos.

CHINICA. Dice bien: ¿cómo es posible
que le mantengan los viejos,
que ya no pueden soplar
con la boca y encenderlo?

PAULA. Y en fin, señor doctor, si,
como dicen los proverbios,
del marido hace mujer,
y el otro que el árbol tierno
sube por donde le guían;
y, en general, nuestro sexo
nace á padres y maridos
por providencia sujeto,
la locura en las mujeres
¿es precisión, ó es defecto
de la crianza, del trato,
la pobreza ó el ejemplo?
Dixi (1).

MERINO. Señor doctor, ¿hay

---

(1) El censor D. Nicolás González Martínez acotó los treinta versos anteriores, añadiendo al margen esta nota: «Soy de parecer que todo esto se omita; porque ¿á qué alude sino á una crítica indecente, poco decorosa y menos justa en el teatro?»

para estos males remedio?
ESPEJO. Sí, señor; pero eso pende
del magistrado y del cielo.
CHINICA. Y en cuanto á las mozas, todos
hoy convencidos quedemos
de que pocas serán malas
en siendo nosotros buenos.

(*Sale* CAMPANO.)

CAMPANO. Señor alcalde, noticia.
TODOS. ¿Cuál es?
CAMPANO. Que en este momento
ha llegado á la posada
una tropa de estupendos
bailarines.
ESPEJO. ¿Y qué quieren?
CAMPANO. Bailar.
ESPEJO. Pues vamos á verlos,
suspendiendo, por difícil,
el final de este argumento...
(*Con todos.*)
que aguarda, como nosotros,
indulto de sus defectos (1).

82

La niñería.

INTERMEDIO, ENTREMÉS Ó ENTRE JORNADA 1.ª Y 2.ª, PARA LA COMPAÑÍA DE PONCE.

1768 (2).

(*Calle.—Salen* ESPEJO *y* CHINICA.)

CHINICA. Celebro haber encontrado
con usted, señor Espejo.
ESPEJO. Yo también, porque es señal
que los dos estamos buenos
CHINICA. Esa no es regla, que algunos
enferman por los encuentros.
ESPEJO. Adelante. ¿Se ofrece algo
en que yo sea de provecho?
CHINICA. Sí, señor; quiero que usted
hoy, en un mal pensamiento
que me ocurre, me apadrine.
ESPEJO. ¿Es cosa de galanteo?
CHINICA. Por ahí empieza; mas yo
no necesito para eso
de usted, sino para que
me preste algunos dineros.
ESPEJO. Yo le iba á buscar á usted
con ese mismo deseo.
CHINICA. Pues, amigo, hagamos cuenta
que fuimos y no nos hemos
hallado en casa.
ESPEJO. Está bien.
CHINICA. Adiós, amigo.
ESPEJO. Hasta luego.
CHINICA. ¡Ah, chis!, que se me olvidaba;
cuidado con el secreto.
ESPEJO. ¿De qué cosa?
CHINICA. De la infamia
que en los dos se ha descubierto.
ESPEJO. ¿Cuál es la infamia?
CHINICA. Ser pobres;
que es el delito más feo.
ESPEJO. Más lo es el enamorarse
sin tener un buen talego
con que cumplir con las cargas
insufribles del cortejo.
CHINICA. Eso es para los bisoños;
pero los que somos diestros
nos manejamos de suerte
que no pongamos dinero,
ya que se pone el trabajo.
ESPEJO. Pues si hay arbitrio tan bello,
¿para qué buscas moneda?
CHINICA. Por si en un lance me veo,
que una cosa es el burlos
y otra que se vengan ellos.
ESPEJO. ¿Y qué? ¿ahora hay moro en cam-
¿puede un amigo saberlo? [paña?
CHINICA. Moro no; una cristianilla,
que es poco mayor que un huevo
de estatura; pero una alma
que no cabe en ocho cuerpos
tan grandes como los ocho
gigantones de Toledo.
ESPEJO. Pero, hombre, ¿cómo es posible
que tú la quieras, teniendo
la compañía diez damas
que debes servir á un tiempo?
CHINICA. Dejando á las diez por la una
que vale más.
ESPEJO. ¿Tanto cuento
es esa moza?

(1) Siguen las censuras, en esta forma:
«He leído el sainete intitulado *El médico de la locura*, su autor D. Ramón de la Cruz, y me parece puede permitirse su representación, salvo mejor dictamen.—Madrid 11 de noviembre de 1768.—*Dr. D. Francisco de la Fuente.*
Nos el Dr. D Manuel Fernández de Torres, inquisidor ordinario y vicario de esta villa de Madrid y su partido, etc. Por la presente, y lo que á Nos toca, damos licencia para que se pueda representar y represente el sainete antecedente, intitulado *El médico de la locura y las mujeres disculpadas*, su autor D. Ramón de la Cruz, mediante que de nuestra orden ha sido visto y reconocido y no contiene cosa alguna opuesta á nuestra santa fe y buenas costumbres.—Dada en Madrid á 14 de noviembre de 1768.—*Dr. Torres.*—Por su mandado, *Nicolás de la Fuente.*
Madrid 14 de diciembre de 1768.—Pase este sainete al censor para su examen, y con lo que dijere tráigase.—*Delgado.*
Madrid 15 de noviembre de 1768.—Señor: Puede representarse este sainete de *El médico de la locura*, como se omita lo que va tildado, pues este es mi parecer, salvo, etc.—*Nicolás González Martínez.*
Madrid 15 de noviembre de 1768.—Ejecútese con arreglo á la censura antecedente.—*Delgado.*
Madrid 15 de noviembre de 1768.—Ejecútese como queda censurado.—*Barcia.*»

(2) *Inédito.* Bib. Municip.: leg. 1-184-1. Autógrafo de 1768. Hay otro manuscrito con las aprobaciones y licencias que van al final y cuyo título es: «Intermedio *La Niñería.* Su autor don Ramón de la Cruz. Para la compañía de Ponce. Año de 1768.»

CHINICA. Si usted
supiera guardar silencio...
Esperándome en su casa
está para ir á paseo.
ESPEJO. Pues qué ¿no vas al ensayo?
CHINICA. Me he excusado por enfermo.
ESPEJO. ¿Y eso es conciencia?
CHINICA. Respondan
otros que suelen hacerlo.
ESPEJO. Como no pidas más que
callar, yo te lo prometo.
CHINICA. Pues póngase usté á la esquina
parado, y verá qué presto
sale en oyendo la seña.
ESPEJO. Para mí mejor es esto
que una gran fiesta de toros.
CHINICA. Para algunos es lo mesmo.
ESPEJO. Vaya, hombre.
CHINICA. Usté ha de callar
y no decirla requiebros,
que se pone colorada;
déjeme á mí, que la entiendo,
ESPEJO. ¿Con que ella te corresponde?
CHINICA. ¡Toma!: no tiene otro dueño
esta casa sino yo.
Mire usté aquí dónde tengo
la única llave de sus
sentidos y su aposento.
ESPEJO. Pues vaya, haz la seña.
CHINICA. ¡Ejé!
ESPEJO. No responde.
CHINICA. Estará dentro
rezando sus devociones.

(Sale PONCE, *con la* CHICA *de la mano.)*

PONCE. Buenos días, caballeros.
¿Van ustedes al ensayo?
ESPEJO. Sí, señor.
PONCE. Pues vayan presto,
que tengo que proponer.
CHINICA. Mi chica es, ¡viven los cielos!
esta chica que se lleva.
CHICA. Señor Ponce, aquel sujeto
chiquito es el que le dije
que ha días que me hace gestos,
y siempre que salgo á misa
me regala caramelos.
PONCE. ¿Y tú los tomas?
CHICA. ¡Pues, digo!
Al que llega no pidiendo
y dando, ¿se le ha de echar
á rodar por esos suelos?
PONCE. ¿Y él te gusta?
CHICA. ¿A quién, á mí?
Tengo yo el paladar hecho
á dulces de ramillete,
y ese parece vencejo
en arrope. ¡Mira tú
qué traza de melonero!
PONCE. ¿Qué edad tienes?
CHICA. Lo bastante
para distinguir lo negro
de lo blanco y encarnado,
si usted lo dice por eso.
ESPEJO. ¡Lo que te mira la moza!
CHINICA. Temblando estará de miedo;
á no ser porque la lleva
el autor, y que no quiero,
ya que con él tengo cuenta,
meterme con él en cuentos,
que se había de acordar
de tamaño atrevimiento
de salir sin mi licencia.
PONCE. Hija mía, yo me temo
que á ti te gusta Chinica.
CHICA. Sí, señor; cuando le veo
hacer sus habilidades,
es verdad que me divierto;
pero en lo demás, ¡que asco!
á dos leguas hiede á muerto.
PONCE. ¿Qué entiendes tú de esas cosas?
CHICA. ¡Toma! ¿pues qué? ¿no nacemos
con los ojos en la cara
desde el primer día abiertos?
Me alegrara de encontrar
al muchacho que yo quiero,
porque viera usté un real mozo.
¡Qué petimetre y qué pelo!
PONCE. Vamos, que están esperando.
CHICA. Ande usted, que yo no tengo
callos en los pies; usted
no se pare y llegaremos.
PONCE. ¡Vaya que eres de mi alma!
CHICA. Si soy fea, no le ruego
á usté que me quiera; ya
me han rogado á mí primero.
ESPEJO. Hombre, la chica parece
vivilla como un conejo.
CHINICA. ¡Toma si es viva! ¡y tan viva
que no ha esperado, por cierto,
á que yo venga por ella!
Pero lo que yo apetezco
es saber á dónde van
ella y el autor.
ESPEJO. Para eso
se hizo el seguir á la larga.
CHINICA. Pues vamos; y más que veo
la Paca que viene allí
agarrada á un caballero
que no conozco, y no soy
amigo de cumplimientos.
ESPEJO. Hacia su casa va Ponce.
CHINICA. Vamos, y así cumpliremos
con la obligación; pero es
porque no hay otro remedio.

(Vanse, y salen PACA, *de mantilla, y* PEPE, *de petimetre.)*

PACA. No quiero que usté se canse

conmigo, por ser atento:
caballerito, usté vaya
á buscar mejor empleo.

PEPE. Eso es hacer injusticia,
señora, al mérito vuestro;
y á mis ojos, ¿qué destino
sería mejor objeto
de mi atención? Además,
que, metidos en empeños
de honor, los hombres se deben
distinguir de los muñecos.

PACA. Es que como estoy así
ando despacio, y molesto
á cualquiera que me honra.

PEPE. En estos lances me acuerdo
yo de cuando di á mi madre
nueve meses de tormento,
y con tierno corazón
á todas las compadezco.

PACA. ¿Qué me cuenta usted?

PEPE. Jamás
son chanzas las que yo cuento.

PACA. Terriblemente calienta
el sol.

PEPE. Si desde aquí al cielo
no hubiera tanta distancia,
yo le aseguro al soberbio
que le había de pesar
del delito de ofenderos.

PACA. ¿Con que usté al sol desafía?

PEPE. Señora, yo soy tremendo;
en llegándome á enfadar,
ni al sol le guardo respetos.
Supongo que treinta soles
cargados de armas de fuego,
si da un andaluz un soplo
se apagan y se caen muertos.

PACA. ¡Gran valor!

PEPE. Sin sembrar nace
allá como aquí los berros.

(*Sale* IBARRO.)

IBARRO. Anda, chica, que se van
á pasar con instrumentos
las tonadillas del día;
¡qué gran pelmazo te has hecho
de poco acá!

PEPE. Usted, amigo,
repare, si viene ciego,
que va conmigo esta dama.

IBARRO. Ya lo he visto, ¿y qué tenemos?
¿qué? ¿te has echado ese paje?

PACA. Paje no, que es mi cortejo.

IBARRO. Vaya, por la parvedad
de la materia te absuelvo.

PEPE. ¿Qué decís?

IBARRO. Nada, usté siga
en su empresa, caballero.

PEPE. ¿Quién es este?

PACA. Mi marido.

PEPE. ¡Qué título tan tremendo!
Señora, á los pies de usted.

PACA. Venga, y tendrá un rato bueno
en el ensayo.

PEPE. Señora,
por no faltar al precepto
de usted iré; pero ya
seguirá tibio mi afecto;
porque una mujer casada
es un mueble tan expuesto
como el vidrio; cuesta mucho
adquirirlo y mantenerlo,
y á la menor contingencia
se pierden mueble y dinero.

IBARRO. ¡Qué gracioso es!

PEPE. Esa es gracia
que usted me hace.

PACA. Vamos presto:
porque hay que ensayar los bailes.
¿No vienes, Ibarro?

IBARRO. Luego;
usted lleva mis poderes.

PACA. Confianza es que no ha hecho
de nadie.

PEPE. Pues yo, señora,
ni lo estimo ni lo creo;
porque es necio el que se fía
de maridos ni de perros,
que en viendo un bulto se tiran
á él y le meten miedo.

(*Vanse por distintos lados; y salen los que quisieren, como de ensayo, figurando el salón de la casa del autor.*)

JOAQUINA. ¿Habrá mayor desvergüenza,
señores, que habernos hecho
venir antes de las siete
de la mañana y tenernos
á las nueve empantanados
todavía?

TODOS. Si no ha vuelto
el autor.

MERINO. Pues la señora
Graciosa, Gabriel y Espejo
también deben de haber ido
á ver lo que hay en el peso.

(*Sale* PONCE.)

PONCE. Ya estoy aquí, y aquí está
la madamita que quiero
que dé muestra.

CHICA. ¿Probarme?
¿yo soy, por ventura, queso?

JOAQUINA. Así se dice.

CHICA. Es mal dicho;
términos hay más atentos.

TODOS. Graciosa es.

CHICA. Con otro tanto
que diga el patio, hemos hecho

fortuna; si no, lo propio
sirve ese dicho que el viento.

(*Salen* CHINICA *y* ESPEJO.)

CHINICA. Mi muchacha es la muchacha
que dijo Ponce, en efecto,
que viene á la compañía;
en fin, en casa la tengo.

ESPEJO. Pues es ocasión, amigo;
mira que está malo el tiempo.

(*Salen* PACA *y* PEPE.)

PACA. Con el permiso de ustedes,
este amiguito presento
que se viene á divertir.

CHICA. ¡Pícaro!: pues ¿cómo es éso?
¿Tú cortejar á ninguna
viviendo Pepa y sabiendo
que he despreciado por ti
á un príncipe nada menos?

PEPE. ¿Y quién es ese?

CHICA. Chinica,
en la comedia que hicieron
del *Desdén con el desdén*.

CHIN. (*A* ESP.) ¿Lo ve usted claro? Me alegro.

PEPE. Pues ya que vamos á cuentas,
dime tú con qué pretexto
has salido de tu casa
sin decírmelo primero.

CHICA. Con el de ver si consigo
el venturoso deseo
con que vivo de servir
á Madrid.

PEPE. A tanto empeño,
envidiando tu fortuna
callo, amorro y obedezco.

ESPEJO. Pues vaya, siéntense ustedes;
y sépase qué talento
tiene esta mocita.

CHICA. Poco,
porque usté, que es tan discreto,
ya sabrá que es contrabando
esto del entendimiento.

ESPEJO. ¡Fuego de Dios, y qué pico!

CHICA. Pues ahora no más empiezo;
ya ustedes verán después
que yo conozca el terreno.

PACA. Vamos, ¿qué sabes cantar?

CHICA. Poco y malo.

PEPE. Mucho y bueno.
Vaya, no seas embustera,
que ya sabes que sobre eso
mil pleitos hemos tenido.

CHICA. Pues se acabaron los pleitos;
si no me queréis, asina;
que esperando están á cientos.

PEPE. Ya sabes tú dónde hablas;
pero después nos veremos.

CHICA. A bien que está el señor Ponce
aquí.

PONCE. Sí, yo te defiendo.

PEPE. Dile á Ponce que te quite
lo que yo te daré luego.

JOAQUINA. Niña, canta lo que sepas,
y de cuestiones ahorremos.

CHICA. No sé sola; algún juguete
que cantaba allá en mis tiempos,
era con ese señor.

PACA. Pues ya que el acaso ha hecho
que se nos venga á la mano,
con gusto á los dos oiremos.

PEPE. ¿Y qué he de hacer yo, entre tantas
personas de fundamento?

PONCE. Cantar una tonadilla
con la Pepita.

PEPE. Y si luego
vienen sobre mí las sillas,
¿quién le pagará al barbero
mi cura? Y luego esta planta
no se sustenta sin riego.

PACA. ¡Hola, que pide partido,
señores!

MERINO. Ya lo veremos,
después; cante por ahora.

ESPEJO. Sirva en lo que sepa, y siendo
á propósito, mi voto
es que ambos sean compañeros.

TODOS. Lo mismo decimos todos.

PACA. Pues, amigos, está hecho
por aclamación, si sois
tan felices al primero
día de vuestra salida
que la aclamación del pueblo,
que es la primera de todas,
confirma nuestros decretos.

EUSEBIO. Pues vaya de tonadilla,
para que se baile luego
la pantomima, que sirve
para primer intermedio
de fiesta.

PEPE. ¡Tocaya mía,
valor!

CHICA. Pues, ¿quién tiene miedo?

PEPE. ¿A que lo hago yo peor
que tú?

CHICA. ¿A que no? Apostemos.

LOS DOS. Señores, después ustedes
lo sentenciarán (1).

(*Cantan su tonadilla.*)

TODOS. ¡Vivan!

PONCE. ¿Se quedan en casa?

PACA. Por nosotros, no podemos
resolver, como usté sabe.

EUSEBIO. El que debe sostenerlos
es el público, y así

(1) Falta algo que complete el verso, como «Veremos» ú otra frase semejante que diga algún interlocutor.

hasta que el voto tomemos
de todos es imposible.

PEPE. Bien está. Continuaremos.
en servirle, y puede ser
que merezcamos su afecto.

CHICA. Siquiera por ser hermanos
de nuestras hermanas, creo [1]
que procurará alentarnos.

PEPE. Así yo también lo espero.

MERINO. ¿Empieza el baile?

PACA. Que empiece,
dando fin al intermedio
que ha reducido la idea

TODOS. por temor de ser molestos [2].

83

El pleito del pastor.

1768 [3]

PERSONAS

EL ABOGADO.—SU MUJER.—EL ALCALDE.—EL ESCRIBANO.—EL ALGUACIL.—EL AMO.—UN PASTOR.—UN MOZO.—PACA.—JOAQUINA.

(Plaza del lugar, con fuente, la que tendrá un gran pilón, y estarán lavando al compás de la música PACA *y* JOAQUINA, *de mozas del lugar; y cuando van acabando, sale á llevar un cántaro de agua un mozo del lugar, de payo.)*

(Seguidillas.)

LAS DOS. «Las mozas á su ama
pidon más jabón,
para lavar primero
la ropa á su amor.
Dácala, mi bien,
daca la tu corbata,
te la lavaré.»

(Sale uno, de mozo, cantando igualmente.)

MOZO. «Préstame tu moquero,
si está más limpio,
para echar los tostones
que me has pedido.

TODOS. Dácala, mi bien,
daca la tu corbata,
te la lavaré.»

MOZO *(Acercándose al caño)*:
Con licencia.

PACA. Poco á poco:
llega por esotro lado,
y no ensucies esa ropa.

JOAQUINA. Déjale, que es el más guapo
mozo que tiene la villa.

PACA. Ya se ve: ¿no lo véis qué alto
y qué dispuesto?

MOZO. Cada uno
á su negocio.

PACA. ¡Y cuidado;
que la *mitá* de las mozas
del lugar están penando
por él!

JOAQUINA. ¡Toma!; yo sé quién
se muere por sus pedazos;
¿no es *ansina*, Manolillo?

MOZO. ¡Ea!; miren á sus trabajos
cada una, que no soy
amigo de dicharachos,
ni de meterme con nadie.

PACA. ¿Oyes?; ¿con que has regalado
la torta de cuatro libras,
que se rifó el día del Santo,
á la nieta de la Loba,
y ella te regaló cuatro
peras?

MOZO. Miente quien lo dice;
y, por fin, si se la he dado,
fué que me dió gusto y gana;
cabal, y cabal.

PACA. ¡Qué palos
has de llevar, si lo llega
á saber el Toledano!

MOZO. Sí, que no sé yo que ya
todo eso se ha acabado,
y ahora festeja á la moza
de la viuda de hidalgo.

PACA. Sí; ¡acabar! Y ahora los dejo
junto á la botica hablando.

MOZO. ¡Que si quieres que te prenda

---

(1) Alude aquí la Chica (que era María Josefa Huerta) á que su hermano José Huerta (que es el Pepe del sainete) estaba casado con *la Mayorita* (María Mayor Ordóñez) y á que ambos hermanos lo eran también de Paula Huerta: estas dos últimas muy celebradas actrices.

(2) Siguen las censuras, que dicen:

«Madrid á 18 de mayo de 1768.—Remítese á la censura del Dr. D. Francisco de la Fuente.—*Dr. Torres.*

En cumplimiento de lo mandado por el Sr. Vicario de esta villa, etc., he leído el sainete intitulado *La Niñería*, su autor D. Ramón de la Cruz, y me parece puede permitirse su representación, salvo mejor dictamen.—Madrid 18 de mayo de 1768. —*Dr. D. Francisco de la Fuente.*

Damos licencia para que, por lo á nos tocante, se pueda representar el sainete antecedente, titulado *La Niñería*, su autor D. Ramón de la Cruz, atento que de nuestra orden ha sido visto y no contiene cosa alguna que se oponga á nuestra santa fe y buenas costumbres.—Dada en Madrid á 19 de mayo de 1768.—*Dr. Torres.*—Por su mandado, *José de Uruñuela y Marmanillo.*

Madrid 19 de mayo de 1768.—Pase al censor para su examen y con lo que dijere traígase.—*Delgado.*

Madrid 20 de mayo de 1768.—Señor: Este sainete, que intitula su autor *La Niñería*, puede representarse, según va enmendado en dos versos, si fuese del agrado de V. S. conceder el permiso. Este es mi parecer, salvo meliori, etc.—*Nicolás González Martínez.*

Madrid 20 de mayo de 1768.—Ejecútese con arreglo á la censura antecedente.—*Delgado.*

Madrid 20 de mayo de 1768.—Ejecútese como va mandado.—*Barcia.*»

(3) Bib. Municip.: leg. 1-168-13. Copia antigua. Impreso suelto varias veces y por Durán: I, 265.

los alfileres! ¿Me mamo
yo las moscas? Todo eso
no es más de que estais rabiando
de envidia.

JOAQUINA. ¡Pues vaya, que
el mozo es para apreciado!

MOZO. ¡Rabiar, rabiar!

PACA. ¿Oyes? ¡mira
si te estrello de un cantazo!

MOZO. ¡Rabiar, rabiar!
(*Se aparta con el cántaro lleno.*)

JOAQUINA. ¡Dale!;
¿no sabéis ya que es un macho
de noria?

MOZO. ¡Rabiar, rabiar!

PACA. Afuera, y vamos cantando.
(*Cantan.*)
«Dácala, mi bien,
daca la tu corbata,
te la lavaré.»

(*El se aparta haciéndolas rabiar, y sale un* PASTOR *huyendo del* AMO, *que viene dándole de palos, y al último le hiere.*)

AMO. ¡Ah, ladrón! Yo te aseguro
que te ha de estar caro el hecho.

PASTOR. ¡Señor! ¿qué motivo he dado
para cascarme tan recio?

AMO. ¿Ahora te me haces el bobo?
¿qué? ¿piensas que no te entiendo?
Yo te compondré de suerte
que no me hurtes más carneros.

PASTOR. ¡Jesús, y qué testimonio!
¡Bonito soy yo para eso!
Los embusteros quizá
que lo dicen...

AMO. ¡Embusteros!;
¿pues qué, no lo he visto yo?
Apara ese par de muertos. (*Dale.*)

MOZO. ¿Por qué casca usted al muchacho?

PACA. Señor, estése usted quieto.

JOAQUINA. ¿Pues no ve usted que le puede
matar?

AMO. Eso es lo que quiero.

PACA. ¿Pues qué ha hecho el pobrecito?

AMO. Nada, antes bien me ha desecho
de la mitad del ganado
que á su cuidado encomiendo.

PASTOR. ¡Qué mentira!

AMO. ¿Pues anoche,
di, no te pillé yo mesmo
matando una res?

PASTOR. Eso era
matarle solo sabiendo
que se había de morir.

AMO. ¿Y lo sabías tú?

PASTOR. De cierto.

AMO. ¿De qué?

PASTOR. De que todos cuantos
nacen, después van muriendo.

AMO. Pues tú también has nacido
á morir. ¡Toma, perverso,
ladronazo! (*Dale y le hiere.*)

PASTOR. ¡Ay, mi cabeza,
que todita me la ha abierto!

JOAQUINA. ¡Jesús, qué herida!

PACA. Los cascos
le ha partido por enmedio.

MOZO. ¿Y le ha hecho mal?

PACA. Voy á atarle
de lástima este pañuelo.
¡Usted es judío, señor!

AMO. El es ladrón; mas protesto
que se ha de acordar de mí;
voy á darle cuenta luego
al alcalde.

PASTOR. ¡Ay, amo mío!:
¡por amor de Dios os ruego
que no! Bien es que nos demos
por bien pagados los dos,
de los corderos por palos,
y los palos por corderos.

AMO. No, amigo; que he de tener
el gusto de verte puesto
en la horca.

TODAS. ¿Usted es judío?

PACA. Tenéis corazón de acero.

JOAQUINA. El obligado de carnes;
¡zape! ¡Qué entrañas de perro
que tiene!

AMO. Los obligados,
ninguno prójimo tenemos. (*Vase.*)

PACA. Y lo hará como lo dice.

MOZO. Diego, márchate corriendo
á la iglesia á retraerte.

PASTOR. Pero si me escapo, ¿y luego
me pillan y me ahorcan?

MOZO. Pues no te escapes tú, necio.

PASTOR. Si yo no gusto de estar
en la iglesia mucho tiempo.

JOAQUINA. ¿Pues qué? ¿acaso eres usía,
ó algún ricote del pueblo,
que sólo van á la misa
que se despacha más presto?

PACA. ¡Oir, oir!; ¿sabéis qué digo?
que si él va á ponerte pleito
por ladrón, que busques tú
un abogado de aquellos
que conocen la justicia
del revés y del derecho
que te defienda y que haga
que pague tu amo al barbero
y al escribano las costas.

TODAS. ¡Eso es un gran pensamiento!

PACA. A bien que tres abogados
hay en el lugar.

PASTOR. ¿Cuál de ellos
me despechará más breve?

PACA. Mi amo don Baldomero,
que sabe mucho, supongo,
que para casos de empeño
tiene á mi ama que le ayuda,
y así está rico en extremo.
MOZO. Pues, hombre, veste con él.
PASTOR. Pero el caso es que le debo
unos cuartos desde cuando
nos defendió, en otro cuento,
á mí y á un hermano mío.
PACA. Ya no se acordará de eso.
Pero ¿oyes?: En todo caso,
no le digas que es el pleito
con el obligado; porque
como es hombre de dineros.
te dirá que sus razones
son de mayor fundamento.
PASTOR. Bien está: ¿no vive aquí?
PACA. Sí; mas yo entraré primero
y ponderaré la infamia
de tu amo; porque dispuesto
le halles para tu defensa.
JOAQUINA. Y todos te serviremos,
si es menester, de testigos.
PASTOR. Bien está: pero yo creo
que me sabré ingeniar solo. (*Vase.*)
PACA. Vámonos todas corriendo,
que es tarde ya.
MOZO. Adiós, muchachas,
y rabiar.
TODAS. ¡Anda, podenco!

(*Se van cantando; y en mutación de salón corto, con mesa y escribanía, sale el* ABOGADO, *con gorro, la peluca y corbata en la mano, vistiéndose, y su* MUJER *detrás, con un pliego medio escrito en la mano.*)

ABOGADO. Vaya, mujer, entre tanto
que yo me visto, acabemos
esa petición.
MUJER. Si quieres
yo la acabaré.
ABOGADO. Es que tengo
que añadir yo otra cosita.
MUJER. Pues añádela, que luego
lo de juro, pido y costas,
ya lo sé yo.
ABOGADO. Yo lo creo.
MUJER. Vamos, pues.
ABOGADO. Por *otrosí*
corrobora el pensamiento
la ley vigésima nona
del título... no me acuerdo
si es el cuarto ó si es el quinto.
MUJER. No es sino el título sexto.
ABOGADO. Pon la que á ti te parezca.
MUJER. ¿No ves que es fuerza que demos
la cita formal?
ABOGADO. ¡Ahora
se parará el Juez en eso!
Otrosí...
MUJER. ¡Despáchate!
ABOGADO. Calla, que ahora entra lo recio
del asunto, mujer.
MUJER. Vamos.
ABOGADO. «Confirman todo el derecho
las deposiciones hechas
por parte del timbalero...»
¡Este es buen golpe!
PASTOR (*Dentro.*) ¿Deo gracias?
MUJER. ¿Quién se ha entrado hasta aquí?
PASTOR. Yo.
MUJER. ¡Alabo la desvergüenza!
¿Y quién eres tú?
PASTOR. Un enfermo.
ABOGADO. Pues váyase al hospital.
PASTOR. Ahora no voy; pero presto
me llevará el abogado,
si durase mucho el pleito.
MUJER. No es abogado de pobres
mi marido.
PASTOR. Ya sabemos
que los pobres sólo tienen
abogados en el cielo.
ABOGADO. Ya creo que te conozco.
¿No eres tú quien hace gestos
á mi moza?
PASTOR. No, señor.
ABOGADO. Sí; y ahora que caigo en ello,
vosotros sois dos hermanos
á quienes libré, por cierto,
de ir á presidio.
PASTOR. Es verdad.
ABOGADO. Por más señas, me dijeron
que uno de los dos había
en la propia cárcel muerto.
PASTOR. Pues ¡á fe de hombre de bien!
que no fuí yo.
ABOGADO. Ya lo veo.
Y no sé cuál me quedó
á deber tres pedimentos
PASTOR. Ese fué mi hermano.
MUJER. Eran
ambos unos embusteros.
Envíale noramala
y no malgastes el tiempo.
PASTOR. No, señora; mi hermanillo
sí, que era un poco travieso;
pero yo...
MUJER Ya te conozco.
ABOGADO. ¿Y á qué venías?
PASTOR. Yo vengo
á que usted contra mi amo
me defendiese en un pleito.
MUJER. Estamos muy ocupados,
y no podemos meternos
en más drogas.
PASTOR. Es que yo,
á costa de mi dinero,
me quisiera defender,

y pagároslo prometo
duplicado.

MUJER. ¡Pobrecillo!

ABOGADO. Pues, vaya; cuéntame el hecho
de verdad.

MUJER. Sobre que hay amos
que tratan como unos negros
á sus criados, y suelen
trampearles después el sueldo.
¿No es la verdad?

PASTOR. Sí, señora;
después que está uno supliendo
su jornal...

MUJER. ¡Ea! no llores,
que acá te despacharemos.

ABOGADO. Sóplame la copla, y fía
de mis manos el pandero.

PASTOR. Pues, señor, yo soy pastor,
y como allá en el desierto
estaba desocupado,
me dió un día el pensamiento
de meterme á comerciante...

ABOGADO. ¿Con quién?

PASTOR. Con el carnicero.

ABOGADO. ¿Y cómo?

PASTOR. Como impedía
que muriesen los carneros
de viruelas.

ABOGADO. ¿Y qué cosa
les dabas, que eso es muy bueno?

PASTOR. Los mataba yo, antes que
se pudieran morir ellos.

MUJER. El remedio era seguro.

PASTOR. ¡Y cómo que lo era!

ABOGADO. Pero,
¿los matabas tú, pagando
á tu amo con el pellejo,
y reservando la venta
de la res á tu provecho?

PASTOR. Eso es lo que dice mi amo,
sin tener más fundamento
que haberlo visto. ¿Qué? ¿es fuerza
contar uno todo el cuento?

ABOGADO. Preciso, si quieres que
tome á mi cargo tu pleito.

PASTOR. Pues, amigo, la otra noche
había uno como un camello
en la manada. ¿Y qué hice?
Le metí por el pescuezo
un bravo cuchillo, y
sin saber cómo fué aquello,
le dió un mal que de allí á poco
el pobre se quedó muerto.

ABOGADO. Pero, vamos, ¿pudo verte
alguien?

PASTOR. No, señor; yo creo,
que no lo vió más que mi amo;
y ahora me viene pidiendo
que le he de dar cuenta yo
de ciento y veinte carneros
que le faltan; y como este
es un hombre que en el pueblo
saben que dice verdad,
le creerán.

ABOGADO. ¿Y qué te ha hecho?

PASTOR. Hartarme de palos, hasta
que la cabeza me ha abierto.

MUJER. ¡Pobrecillo!

ABOGADO. Vaya, ¿y qué
pretendes?

PASTOR. Lo que pretendo
es ganar yo la demanda,
sin que me cueste un dinero.

ABOGADO. Pues dos caminos hay por
donde ganar; el primero
no te costará una blanca.

PASTOR. Pues bien; por ese echaremos.
Diga usted cuál.

ABOGADO. Ahorcarte,
por ladronazo casero.

PASTOR. Pues echemos por el otro.

ABOGADO. Es difícil, por defecto
de justicia de tu parte,
y se funda en un enredo
juridi-trampi-legal.

PASTOR. Pues fundarle, que para eso
es usté abogado ¡toma!
y le pago sus derechos.

ABOGADO. Pues bien: ¿él te va á emplazar
ante el alcalde al momento?

PASTOR. Sí, señor.

ABOGADO. Acuérdate
bien de lo que te prevengo.

PASTOR. No quedará por memoria.

ABOGADO. A todos los argumentos
y preguntas que te hagan,
no respondas mas que aquello
que suelen hablar contigo
en el monte tus carneros;
que los golpes que te ha dado
en la cabeza me han hecho
hallar un arbitrio.

PASTOR. Bien.

ABOGADO. Pero cuenta, amigo, que esto
se paga bien.

PASTOR. Ya sé yo
que no hay cosa que, á su tiempo,
se pague más que un embrollo.

MUJER. Pues id, que desde aquí veo
que va el alcalde á la audiencia.

PASTOR. Pues vamos.

MUJER (*A él, aparte*). Don Baldomero,
hazle que te pague bien
y anticipado, porque éstos
son más pícaros que tú.

ABOGADO. No tengas ese recelo,
pues no hay ladrón que no tenga
la pesadumbre, á lo menos,

de no disfrutarle y ver
el hurto en poder ajeno.

PASTOR. Y más un ladrón novicio,
que lo hace sin haberlo
estudiado, solamente
por sutileza de ingenio (*Vanse.*)

(*Vuelve á descubrirse la plaza, y salen el* ALCALDE, *el* ESCRIBANO, *y otro de* ALGUACIL, *y sacan á un lado mesa con papeles, banco y tintero, como á la puerta del Ayuntamiento.*)

ALCALDE. Vamos; ábrase la audiencia
y sacad los *estrebejos*
á la puerta, pues está
ocupado todo dentro
con la obra de la nueva
sala para Ayuntamiento.

ALGUACIL. Ya están, señor, prevenidos
mesa, bancos y tinteros.

ALCALDE. Sentémonos, escribano;
y veamos qué hay de nuevo.

ESCRIB. El obligado de carnes
me ha dado aquí un pedimento
contra un pastor.

(*Sale el* AMO.)

AMO. Y por él,
señor, ante usted parezco
á pedir justicia, como
haya lugar en derecho.

(*Salen el* ABOGADO *y el* PASTOR, *y le dice al oído el* ABOGADO.)

ABOGADO. ¡Cuidado con responder,
á todo, lo que te tengo
prevenido.

ALCALDE. ¿Y qué contiene?

ESCRIB. Que ciento y veinte carneros
le ha robado el tal pastor.

ALCALDE. Es menester que citemos
á la otra parte, y se le oiga
para sentenciar el pleito,
ó que nombren abogados.

ABOGADO. Yo soy el que me presento
por el pastor.

AMO. Y yo soy
abogado de mí mesmo.

ALCALDE. ¿Cuál es la querella?

AMO. El robo
de mi ganado, que pruebo
como testigo.

ABOGADO. Ninguno
de su causa puede serlo.

AMO. Sí, puede, cuando no hay otro.

ABOGADO. No puede tal.

ALCALDE. ¡Cepos quedos!
que quizá nos dará luz
la deposición del reo.

AMO. Este es; juzgad por su cara
qué tales serán los hechos.
¡Es un ladrón, un villano!

ABOGADO. Poco á poco de improperios,
y á quien se la diere Dios,
bendígasela San Pedro.

ALCALDE. Acércate acá... A ti digo.

(*Hace que no oye el* PASTOR.)

AMO. ¡Bribón! ¿Ahora te haces el lelo
y sordo?

ABOGADO. Quizá por señas
lo entenderá mejor; ¿véislo?

ALCALDE. Ven acá, ¿cómo te llamas?

PASTOR. *Bee...*

AMO. Miente, que se llama Diego.

ALCALDE. Que se llame Diego ó *bee*
no importa. Cuéntame: ¿es cierto
que guardabas tú los hatos
del obligado.

PASTOR. *Bee...*

ALCALDE. ¡Bello
lenguaje! ¿Te pilló tu amo
desollando alguno de ellos?

PASTOR. *Bee...*

ALCALDE. ¿Esto qué quiere decir?

ABOGADO. Lo que quiere decir esto
es que entra á pedir justicia
aquí mi pastor, y alego
que los golpes que le ha dado
en la cabeza le han vuelto
el juicio, de que resulta
que civilmente le ha muerto
las tres potencias del alma,
que es más que matar un cuerpo.
Mas: le ha quitado la vida,
privándole del sustento
ó del modo de ganarle,
y si por cuatro carneros
se había de ahorcar á un hombre,
por un hombre, por derecho,
debe el matador penar
en la horca sin remedio,
que es lo que demando.

ALCALDE. (*Al* AMO.) Amigo,
muy mal está vuestro pleito.

AMO. ¿Mal?

ALCALDE. Y muy mal. Malo era
darle, ¿pero en el cerebro?

AMO. Ningún colérico mira
dónde da, porque da ciego,
y yo siempre lo ando todo.

ABOGADO. ¡Bravo! Señor juez: *habemus
reum confitentem*

AMO. ¿Qué
confites ni confiteros?
O le ha de llevar el diablo,
ó ha de pagar los carneros.

ALCALDE. Vos le pagaréis las costas
y la cura por lo menos;
y á no ser porque mandais
en jefe á los carniceros,
y por vuestra intercesión

me dan la carne sin hueso,
había de mandar ahorcaros.
Pero póngase al enfermo
en cura á vuestras expensas,
y si no sana, *Laus Deo*.
¿Hay más litigantes?
ALGUACIL. Nadie.
ALCALDE. Pues vamos á misa.
AMO. Apelo.
ALCALDE. Ya os pelará el escribano,
si proseguís en ser terco.
AMO. ¡Yo te pillaré, bribón! (*Vase.*)
ABOGADO. Niño, hazle tus cumplimientos
al señor alcalde.
PASTOR. *Bee...*
bee...
ALCALDE. Señor don Baldomero:
cuidad vos del pobrecillo,
á ver si tiene remedio.

(*Vanse, y quedan el* PASTOR *y el* ABOGADO.)

ABOGADO. ¡Amigo; á fe que de buena
te he librado! Yo creo
que si me descuido te hacen
tomar el verdugo á peso.
Ahora quiero yo ver cómo
te portas tú.
PASTOR. *Bee...*
ABOGADO. ¡Lo has hecho
de pasmo! Nadie nos ve;
vamos, suelta ese dinero.
PASTOR. *Bee...*
ABOGADO. Deja ya esa bobada,
y dame, como primero
ofreciste, duplicado.
PASTOR. *Bee... bee...*
ABOGADO. ¿Conmigo, ¡perverso!
te burlas?
PASTOR. *Bee... bee... bee...*
ABOGADO. Eso no ¡viven los cielos!;
que te he de matar, ¡ladrón!
PASTOR. ¿No hay quien me ampare?

(*Salen todos.*)

TODOS. ¿Qué es esto?
ABOGADO. Este bribón, que después
de que le he ganado el pleito,
no quiere pagarme.
ALCALDE. ¿Y quién
os dice eso á vos?
ABOGADO. El mesmo.
ALCALDE. ¿Pues no es mudo?
ABOGADO. No, señor.
AMO. Pues, señor alcalde, apelo.
ALCALDE. ¿Pues qué ha habido aquí?
PASTOR. Pagar
al abogado un enredo
con otro.
ALCALDE. ¿De qué manera?
PASTOR. Sólo, señor juez, haciendo
lo que él me dijo, que fué,
al confesar, responderos
sólo *bee:* y con otro *bee*
le pago lo que le debo.
ABOGADO. Pues ahora soy su fiscal;
y digo que el robo es cierto.
AMO. Y yo seré su abogado,
perdonando, como dueño
que soy de la causa, el hurto,
por la burla que os ha hecho.
MUJER. ¿No te lo decía, que éste
era muy grande embustero?
ABOGADO. Eso dijiste: es verdad;
mas mudaste pensamiento.
PASTOR. Pues lo que yo á mi amo hurté
en este bolsillo ofrezco,
con lo que queda solvente
y yo libre de ser reo.
TODOS. Pues esto acabe con fiesta,
perdón al patio pidiendo
de todas las faltas nuestras
si ha gustado el pasatiempo.

84

La presumida burlada.

1768 (1).

Cuando más el villano enriquecido
sus principios encubre
y se ostenta más noble y engreído.
halla quien los descubre
más humildes y queda más corrido.

PERSONAS

DON GIL PASCUAL (*Espejo*).
DON CARLOS, su amigo (*Merino*).
DOÑA MARÍA ESTROPAJO (*Francisca Lauvenant*).
LA TÍA MARÍA, su madre (*Joaquina Moro*).
TONILLA, su hermana (*Gabriela Santos*).
COLÁS MORADO (*Callejo*).
UNA CRIADA (*Vicenta Cortinas.*)
UN PAJE (*Chinica*).
UN ABATE, maestro de música (*Pepe Huerta*).
ALGUNAS DAMAS, de visita.
ALGUNOS CABALLEROS.

(*La escena en Madrid. Calle pública. Salen por un lado* D. GIL *y por el otro* D. CARLOS, *de militar.*)

D. CARLOS Desde que entré por la calle
os vi, y aceleré el paso
por repetiros las pruebas
de mi amistad con los brazos (2).

---

(1) Impreso por el autor en el tomo I, pág. 109 de su colección, y por Durán en la suya, tomo I, pág. 97. En la Bib. Municipal: leg. 1-168 21, existe el autógrafo de este sainete, en que dice haber sido compuesto para la compañía de Juan Ponce, en 1768, y otro manuscrito, copia, con las censuras de 16, 17 y 18 de mayo del mismo año. Hemos seguido el texto definitivo, sin más que poner estre paréntesis los nombres de los actores como se hallan en el manuscrito original. También damos en nota las variantes del autógrafo y, al final, un traslado de las censuras.
(2) Autógrafo: «De mi amistad en mis brazos.»

¿Pero qué es esto? ¿y el luto?
En un mes que hace que falto
de Madrid, aun no cumplido
el funesto novenario
de madama, ya os encuentro
de gala y tan afeitado?

D. GIL. Pues más de luto me hallais,
aunque me mirais tan guapo.

D. CARLOS ¿Cómo es esto?

D. GIL. Como el velo [1]
del adorno está ocultando
los lutos del corazón.

D. CARLOS ¿Por qué?

D. GIL. Porque me he casado;
y el falso llanto de viudo
es ya verdadero llanto.

D. CARLOS ¿Pues qué es lo que sentís?

D. GIL. ¡Ay,
amigo!: son cuentos largos.

D. CARLOS No os pregunto los motivos,
si vos queréis reservarlos,
aunque tan íntimos somos;
pero á lo menos sepamos
quién es la novia.

D. GIL. El demonio.

D. CARLOS Pues, amigo, siendo claro
que no puede ser hermosa,
sin duda os habéis prendado
del entendimiento, que éste
es muy sutil en el diablo.

D. GIL. Si como es bien parecida
fuera discreta, otro gallo
me cantara á mí.

D. CARLOS ¿Y quién es?
¿La conozco yo?

D. GIL. Sí; tanto
como á mí y á mi difunta,
que el Señor tenga en descanso.

D. CARLOS ¿Y quién es?

D. GIL. ¿Se acuerda usted
de aquella niña de Cuacos
que entró en mi casa á servir
habrá unos cinco ó seis años?

D. CARLOS ¿La que todos conocían
por Mariquita Estropajo?

D. GIL. Esa; pero, poco á poco;
que en el día la ha elevado
la fortuna á mi mujer
y merece mejor trato.

D. CARLOS Perdonad; que lo pregunto
sólo por no equivocarlo.

D. GIL. Pues sí, señor; esa fué
la que me dió sesos de asno.

D. CARLOS ¿Pues qué os llevó?

(1) Autógrafo:
«Como el traje
del adorno se ha pasado
á luto del corazón.»

D. GIL. Haga usted cuenta
que hay cuartos de hora menguados;
y como ella ciertamente
se había en casa granjeado
el cariño de su ama,
y también el de su amo [1],
y sabía ya las cosas
de casa, y está tan malo
esto de casarse un hombre,
un día que fuí al Prado
y me dió un mal pensamiento,
me volví á casa pensando
en que era mejor casarme [2]
de asiento que andar á saltos.
Pensé en aquélla y la otra,
á tiempo que entró en mi cuarto
la chica á poner la mesa.
No me acuerdo de qué hablamos
al principio; pero bien
sé que luego nos trabamos
de palabras; no sé cómo
nos dimos palabra y mano,
y, en fin, amigo, quedó
el asunto rematado;
de modo que á pocos días [3]
de secreto nos casamos.

D. CARLOS ¿Pero ya es público?

D. GIL. ¡Toma!
Al punto que de mi mano
tomó posesión, se puso
más soberbia que los gallos
y empezó á mandar en jefe,
no tan sólo á los criados,
sino á mí: ¡y cómo me trata!
Solamente de pensarlo
me confundo; y eso que
os juro, á fe de hombre honrado,
que gasto con ella más
que si me hubiera casado
con una hija de un marqués.

D. CARLOS Y os está bien empleado.

D. GIL. ¡Y qué vana es!

D. CARLOS Esto tienen,
puestos en tren, los villanos.

D. GIL. Eso no, porque ella dice
que su padre fué un hidalgo
de su lugar, aunque el pobre
vino después á trabajos:
y en Madrid dice que tiene
muchos parientes honrados.

D. CARLOS Lo dice ella; pero vos
no lo habéis averiguado,
ni los conocéis.

D. GIL. Ya es tarde
para eso; lo creo y callo:

(1) Autógrafo: «y algo más el de su amo».
(2) Autógrafo: «casarse».
(3) Autógrafo: « de modo qué el otro día».

además, que sus ideas
bien lo están manifestando.
Al punto me hizo buscar
los maestros más afamados
de música y baile. ¡Y cómo
se arrellana en el estrado
y se hace servir! Mal genio
tiene, pero ella es un pasmo.

(Salen, en dos burros, la TÍA MARÍA *y* TONILLA, *de lugareña muy pobres; y* COLÁS MORADO, *de payo, arreándolos.)*

T. MARÍA. Colás, ¿por qué no preguntas
cuál es la calle del Barco?
COLÁS. ¿Pues qué, no sé yo *Madril?*
¡Toma!; tres veces ó cuatro
he venido á traer hacienda.
¡Arrea, que cerca estamos!
TONILLA. ¡Vaya que es poquito grande
Madril! ¡Y qué bien *pintao*
está todo! ¿Oyes, Colás?
¡A fe que en *Madril* no hallamos
nengún probe!
COLÁS. Calla, tonta;
¿qué sabes tú de éso? Hay tantos...
TONILLA. Yo veo que todos van
bien vestidos y calzados.
COLÁS. ¿Y eso qué importa? ¿No sabes
lo que dice el licenciado
Parrilla, de mi lugar,
que estuvo aquí doce años,
y sabe de todo, como
que tuvo un tío abogado:
Que no hay lugar de más pobres;
y que él sabe más de cuatro
que andan, por arrastrar coche,
toda su vida arrastrados.
T. MARÍA. Pregunta, hombre; no nos hagas
andar arriba y abajo.
COLÁS. Aquella de allí es la calle.
TONILLA. Esos dos serán hidalgos
de *Madril.*
COLÁS. ¿Por qué lo dices?
TONILLA. Como los veo tan portados.
COLÁS. Aquí todos son usías.
Pues si tú hubieras estado
aquí por Semana Santa,
y hubieras visto los Pasos,
verías á los cabreros
y á la gente del esparto
vestidos de militar,
su espadín atravesado
y su camisola; en forma
que, á no ser por los zapatos
de pasa ratón, y algunos
que sin duda iban peinados
de mano de su mujer,
ninguno hubiera pensado
sino que eran todos hombres
de importancia. ¡Y qué borrachos
suelen ir los trompeteros!
De veras que es un buen rato.
T. MARÍA. Hombre, pregunta á esos dos
señores que están parados.
COLÁS. Dios guarde á ustedes, señores.
D. GIL. Mande usted, si se ofrece algo.
COLÁS. ¿Sabrán ustedes decirme
dónde vive en este barrio
don Gil Pascual y Chinchilla?
D. GIL. Bien cerca está. ¿Traéis recado
ó carta alguna que darle?
T. MARÍA. No, señor; que le buscamos
los tres en persona (1).
D. CARLOS Pues
con el mismo estais hablando.
T. MARÍA. ¡Só, burro! ¡Hijo de mi alma!...
(Le abraza.)
Tonilla; ¡mira tu hermano!
¡Qué bello es! ¡Dios le bendiga!;
y no está tan aviejado
como habían dicho.
COLÁS. *(Medio turbado.)* Pariente...
conozca á Colás Morado (2),
que, aunque pobre, en fin, tal cual,
como dice aquel adagio,
dende hoy todos *semos* unos.
D. GIL. Yo os estimo el agasajo;
mas no os conozco.
D. CARLOS Pues yo
creo haberlo adivinado (3).
T. MARÍA. ¿No nos conocéis?
D. GIL No.
T. MARÍA. Pues
¿no sois el que se ha casado
con Mariquita Martín,
aquella chica de Cuacos,
morenilla y buenos ojos?
D. GIL. Así es; no puedo negarlo.
T. MARÍA. Pues yo soy su madre.
TONILLA. Y yo
su hermanita.
COLÁS. Yo cuñado
de su tía la Lorenza,
mujer de Blas el Niñato.
D. CARLOS Amigo, celebro mucho *(Riéndose)*
veros tan acompañado.
D. GIL. No lo hemos perdido todo,
que, al fin, esto nos hallamos.
TONILLA. Repárale bien, Colás;
aunque es viejo, es buen mucha-[cho.
D. GIL. ¿Y á qué es la buena venida
á Madrid?
T. MARÍA. A regalaros
este par de medias y esta

(1) Autografo: «presona».
(2) Autógrafo: «Conoced á Juan Morado»,
(3) Autógrafo: «creo que lo he adivinado.»

cestilla de mantecados,
que son de *sastifación.*
COLÁS. Mucho.
T. MARÍA. Y de camino á estarnos
unos meses en *Madril.*
COLÁS. O, si usted gusta, unos años.
T. MARÍA. Y el ansia de ver la chica (1).
D. CARLOS Hombre, échelos usted al prado *(Aparte los dos.)*
á pacer, y líbrese
de semejantes pelmazos.
D. GIL. No haré tal; antes discurro
por ahora agasajarlos,
no se quejen con razón
de mí, y dar un desengaño
á mi mujer, por si puedo
hacer que abata el penacho.
D. CARLOS Dios lo quiera (2).
D. GIL. Pues en casa
no hay paraje acomodado
para las caballerías;
pero eso no importa: vamos
á llevarlas á un mesón,
para que después volvamos
á mi casa á merendar.
COLÁS. Los burros yo iré á llevarlos,
que bien sé dónde hay posada.
D. GIL. No, que quiero presentaros
yo.
T. MARÍA. Lo que tú gustes, hijo.
D. CARLOS ¡Digo, qué presto le ha entrado
á la suegra la llaneza!
D. GIL. Id vos á casa entre tanto,
si queréis á mi llegada
disfrutar un lindo rato (3),
y adiós.
D. CARLOS Desde ahora aseguro
que el lance no ha de ser malo.
T. MARÍA. Caballero, mande usted.
COLÁS. ¿Sois nuestro pariente acaso?
D. CARLOS No tengo tanta fortuna.
TONILLA. ¿Oyes? ¿no es verdad? Más guapo *(Aparte mirándole.)*
está mi hermano que estotro.
COLÁS. ¡Toma; todo es uno!
D. GIL. Vamos:
bella mina he descubierto *(Aparte)*
para salir de trabajos. *(Vanse.)*

(Se muda el teatro en sala con sillas y un clave, y salen la señora DOÑA MARÍA ESTROPAJO, *de dama muy petimetra, la* CRIADA *y el* PAJE.*)*

D.ª MARÍA. Juro que os acordaréis,
en viniendo vuestro amo,
y le diré claramente
que es imposible aguantaros.
¿Andarme á mí con respuestas
á cualquier cosa que mando?
Friega otra vez mal; vea yo
alguna mota en los platos,
y verás si te los tiro
á la cabeza.
CRIADA. Despacio,
señora... de poco acá;
que un poco mejor fregados
están que cuando *usiría*
manejaba el estropajo.
D.ª MARÍA. No seas desvergonzada,
que esos tiempos se olvidaron.
PAJE. Y también otros en que *(Entre sí)*,
aunque aquí yo era criado
respecto al amo, respecto
á la criada era el amo.
Pero por eso se dijo:
aprended de mí, naranjos;
que no siempre han de ser para
las flores los desengaños.
CRIADA. ¿Con que se le olvida á usted?
Pues yo aun me acuerdo de cuando
para ir á misa solía
prestarla yo (1) los zapatos,
me llevaba usté á la cama
el chocolate temprano,
y andaba usted todo el día
con los muebles á dos manos.
D.ª MARÍA. Quítateme de delante,
¡pícara! *(Coge una silla y el* PAJE *la detiene.)*
PAJE. Vamos callando,
y acordémonos del tiempo
que vivimos como hermanos,
con una paz envidiable (2):
y ca'len, pues que yo callo,
y quizá me siento en la
parte mejor agraviado.
D.ª MARÍA. ¿Tú? ¿de quién?
PAJE De ti... de usted;
Señora, me he equivocado,
y habréis de sufrirlo mientras
que me voy acostumbrando.
D.ª MARÍA. ¿Por qué lo he de sufrir yo?
PAJE. Vaya á cuenta de los cuartos
que se me han ido en tostones
y limas por regalaros.
Vaya por cuenta, si no,
del tiempo que os he enseñado
á tocar en la guitarra
seguidillas y fandango (3).

(1) Autógrafo: «y el gusto de ver la chica.»
(2) Autógrafo: «Esa es virtud.»
(3) Autógrafo: «paso».

(1) Autógrafo: «yo prestarla».
(2) Autógrafo: «ó con mayor estrechez».
(3) En el autógrafo dice el Paje estos otros dos versos más:

«y si no basta, por cuenta
vaya de nuestros pecados.»

D.ª María. Deja esas cosas, y mira
que parece que llamaron.
Paje. El maestro de cantar [1]
según los campanillazos.
D.ª María. Ves abrirle.
Paje. Voy corriendo. (*Vase.*)
D.ª María. Es el más lindo muchacho
que he visto, y tiene un modito
de enseñar, que es un encanto.
¿No es verdad, Manuela?
Criada. Mucho [2].

(*Sale el* Paje.)

Paje. Aquí está su merced.
D.ª María. Vamos,
maestro mío, que es ya tarde.
Abate. No ha sido, precioso encanto,
porque vuestras perfecciones
no duplique mi cuidado;
sino que en Madrid son muchos
de un hombre los embarazos.
Paje. No fuera mal *fenomeno*
ver á un abate preñado.
D.ª María. Habrá discípulas de
más mérito; no lo extraño.
Abate. Ni yo lo disputo; sólo
digo, sin lisonjearos
(porque no es de mi carácter
lavar á nadie los cascos),
que, sea el mérito vuestro,
que está á los ojos saltando,
ó sea impresión que sus luces
hacen en mi pecho blando,
vos sola sois la sultana,
entre las damas que trato
de primera magnitud,
porque sois sublime.
D.ª María. ¡Bravo!
Dejémonos, por ahora,
de lección, y prosigamos.
Abate. Mejor es hablar al clave,
como que se está estudiando
algún tono; porque yo
delante de los criados
no apruebo las confianzas.
D.ª María. Vamos á ver cómo canto
las seguidillas de ayer,
que unas amigas aguardo
y querrán oirme cantar.
Abate. Cantad, que ya os acompaño.
Criada. ¿No ves qué traza de duende
tiene el maestrillo?
Paje. Tamaño
como él es, yo te aseguro
que entiende bien el teclado.
Abate. Media voz, y repetir

[1] Autógrafo: «El maestro de música es».
[2] Autógrafo: «Puches»

D.ª María. Decídmelo en italiano.
Abate. Perdonad por el olvido:
Sotto voce, e poi dacapo.
D.ª María. ¿Y eso qué quiere decir?
Abate. *Sotto voce, e poi dacapo.*
D.ª María. Bien; decid el *ritornelo.*
¿*Ritornelo* es italiano?
Abate. De *ritorna* se deriva.
D.ª María. Pues *ritornelo dacapo.*
Abate. ¡*E viva!*
D.ª María. Yo no lo entiendo;
pero ya lo voy hablando.
Criado. ¿Qué te parece, Perico?
Paje. Me tienen embelesado.
Criada. Tú te embelesas de poco [1],
que eres muy simple.
Paje. *Obligato.*

(*Finge tocar solo el clave con bajos que sonarán de la orquesta, y luego que la señora* Doña Mariquita *cante algo breve que les acomode, ó antes de acabar, salen las que quisieren de visitas, y algunos caballeros.*)

Visitas. ¡Amiga, qué divertida
estás!
D.ª María. Estoy repasando
aquí algunas frioleras [2],
por entretener el rato [3].
Caball. A los pies de usted, señora.
D.ª María. Siéntense ustedes.
Cab. 1.º No hagamos
mala obra.
D.ª María. No por cierto.
Esta casa se ha trocado;
ya no hay las ridiculeces
de mi antecesora.
Todos. ¡Bravo!
D.ª María. Todos los que me quisieren
favorecer, sin reparo
pueden venir á mi casa,
que yo á todo el mundo trato
con confianza.
Visita 1.ª Pues yo
de tus palabras me valgo,
y te pido con las mismas [4]
que cantes, porque te oigamos,
algo de lo que cantabas.
D.ª María. Está el clave destemplado,
y el maestro dice que ahora
no cante recio, aunque canto
muy bien, sino *soto voche;*
¿no es verdad?
Abate. Es el más arduo
principio del arte. Todo
elemento organizado

[1] Faltan en el autógrafo este verso y el siguiente.
[2] Autógrafo: «algunas friolerillas».
[3] Autógrafo: «sólo por pasar el rato.»
[4] Autógrafo: «la misma».

tiene fin, principio y medio,
y hasta igualarse en un grado
aquel fin, medio y principio,
no puede formarse el alto
concepto de la armonía,
que transforma los humanos
y los eleva á la parte
superior arrebatados (1).

PAJE. Si dura más el discurso,
se va el abate volando.

D.ª MARÍA. ¿Qué os parece?

TODOS. Es mucho cuento.

VISITA 1.ª ¡Y qué lindo es y aseado! (2)

TODOS. Es gracioso.

(*Sale* D. CARLOS.)

D. CARLOS Siento mucho
haber tan tarde llegado
á daros la enhorabuena
del himeneo que acabo
de saber de vuestro esposo,
mi antiguo amigo.

D.ª MARÍA. Don Carlos,
sea usted muy bien venido;
diga usted: ¿dónde ha dejado
á mi marido?

D. CARLOS Con unos
parientes que ahora han llegado
de fuera y presto vendrán

D.ª MARÍA. ¿A mi casa? ¡Bravo chasco
se llevarán! Yo no gusto
de huéspedes; y si acaso
esotro se empeña, irán
por la escalera rodando.

CAB. 1.º No hay cosa como cada uno
en su casa: habéis pensado
con juicio.

CAB. 2.º Y más los parientes.

D. CARLOS ¡Que te clavas!

D.ª MARÍA. Yo he rehusado
el escribir á los míos
por evitar aun los gastos (1)
de los portes de las cartas,
diciendo que me he casado;
y eso que son otra gente
distinta, porque un palacio
tiene mi madre que luego
recae en un mayorazgo
tan grande como Madrid;
y un tío beneficiado
tiene seis ó siete casas
mayores.

D. CARLOS ¡Qué lugarazo
será!

D.ª MARÍA. Discúrralo usted.
Lo menos es ser hidalgos
mis parientes: el que menos
tiene doscientos lacayos.

PAJE. El otro día encontré
á un ladrón con otros tantos.
(*Vase.*)

D. CARLOS Mi señora vuestra madre
supongo que es viuda.

D.ª MARÍA. Harto
lo siento; no porque no
goza veinte mil ducados
de renta, sino porque
no me hubiera yo casado
con hombre particular.
Pero ya, ¿qué remediamos?
El disparate se hizo;
no hay sino disimularlo.

VIS. 1.ª (*Ap.*) Mira, mujer, y decían
que era de linaje bajo.

VISITA 2.ª ¡Como de esas gentes hay
que murmurar bueno y malo!

(*Sale el* PAJE.)

PAJE. Señora: ahí está una buena
mujer, que, si no la atajo,

---

(1) Autógrafo:

«y los saca de la parte
inferior arrebatados.»

(2) Después de este verso hay en el autógrafo el trozo siguiente:

«PACA [*D.ª María*] Pues canta con un estilo
capaz de animar un mármol.

2.ª [*Visita*] Dile que cante.

PACA. No sé
si querrá. ¿Don Atanasio?

PEPE [*Abate*] Madama.

PACA. Estas amiguitas
os presentan por mi mano
un memorial.

PEPE. Gran padrino
traen; saldrá bien decretado.
¿Qué piden?

PACA. Que les cantéis
algún aria.

PEPE. Algo arriesgado
es, donde hay tan buenas barbas,
cantar un semi-barbado;
pero no sé replicar
donde todo mi conato
es obedecer, y así
escuchad. Sólo de paso
advertiré á los que tengan
el oído acostumbrado
á mejor voz, que aunque soy
astilla del mismo palo,
á ella le tocó ser flauta
y á mi bajón; á que añado
la opuesta disposición
para esto en hembras y machos.

(*Canta* PEPE *la aria.*)

TODOS. ¡Viva, viva!»

Este pasaje, que también aparece en el ejemplar de la censura, fué tachado por el censor D. Nicolás González Martínez, quien de su mano puso en los dos manuscritos el «es gracioso» que leemos en el texto.

(1) Autógrafo: «el gasto»

como Pedro por su casa
se entra de golpe y porrazo.

D.ª MARÍA. ¿Y quién es?

PAJE. María Martín.

D.ª MARÍA. Mi madre es: ¡terrible acaso!
(*Asustada.*)
Dila que vuelva mañana,
cuando no esté en casa el amo.

PAJE. ¿Cuánto va que es la barbera?
(*Vase.*)

D.ª MARÍA. Es una vieja á quien hago
tal vez alguna limosna.

(*Sale el* PAJE.)

PAJE. Dice que vuelva el recado;
porque es su madre de usted
que quiere darla un abrazo,
y que viene con su hermana
de usted y Colás (1) Morado.

D.ª MARÍA. ¡Qué gracia! Ya sé quién son:
son unos pobres paisanos,
y á ella la llamo madre
porque, siendo yo de un año,
me dió de mamar.

PAJE. Pues ésa
por acá no la mamamos.

D.ª MARÍA. Dila que vuelva mañana,
como te he dicho; y si acaso
porfía, di que no vuelva,
que no estoy para petardos.

(*Sale* D. GIL *y los* PAYOS.)

D. GIL. Pues yo sí. (Dios guarde á uste-
Y de nada me he enfadado [des.)
contigo como de que
niegues á la que te ha dado
el ser, por tu vanidad.

TONILLA. ¡Marica, cuánto he llorado
por verte! (*Abrázala.*)

COLÁS. ¡Vaya, Marica (*Serio*),
que no lo hubiera pensado
del buen aquél que tu madre (2)
te dió, como soy cristiano!

PAJE. ¿Cuánto habrá dejado ésta
de los veinte mil ducados
para comer la familia
y reparar el palacio?

T. MARÍA. ¿Conque ya no me conoces?

D.ª MARÍA. Sí, señora; y con los brazos,
y la boca en vuestros pies,
os pido perdón.

T. MARÍA. No extraño
tu vergüenza, que los pobres (3)
todo el mundo deshonramos.

D.ª MARÍA. Yo solamente lo siento

(1) Autógrafo: «Juan.»
(2) Autógrafo: «padre».
(3) Autógrafo: «probes».

por los que lo están mirando
y por mi marido.

D. GIL. Yo
agradezco el desengaño;
y con tal de que te enmiendes,
verás cómo te lo pago.

VISITA 1.ª Por nosotras no lo sientas;
que si aquí fueran llegando
los parientes de cada una,
quizás habría más trabajos.

D. CARLOS No hay en el nacer oprobio
si hay virtud para enmendarlo.

D. GIL. Fuera esa conversación,
y vámonos festejando,
que quiero ser excepción
de yernos y de cuñados.

T. MARÍA. ¡Bendito sea mi yerno!
¡qué alegre es y qué bizarro!

D. GIL. ¡Y bendita sea mi suegra,
si me hiciere bien casado (1)!

T. MARÍA. De vuestra bondad seremos,
más que parientes, esclavos
los tres.

D.ª MARÍA (*Con sumisión*). Más lo seré yo
de un esposo tan humano,
si merezco su licencia
para repartir de tanto
como en casa sobra...

D. GIL. Estás
entendida. De mi cargo
quedan desde hoy la decencia
de tus gentes y el regalo
de madre.

TODOS. ¡Viva don Gil!

D. CARLOS Enternecidos del caso (*A* D. ANSELMO)
están todos.

D. GIL. Pues enjuguen
las lágrimas; y pasando
á la pieza de comer,
el que quiera acompañarnos
verá cuántos beneficios
producen los desengaños
á quien los recibe humilde,
y procura aprovecharlos (2).

(1) En lugar de los versos que siguen, tiene el autógrafo, y asimismo el manuscrito de la censura, estos otros, con que acaba el sainete:

«CHINICA [*Paje.*] Yo espero que se han de ver
en esta casa milagros.
ESPEJO [*D. Gil.*] Vamos, pues, á divertirnos,
y lo pasado, pasado.
PACA [*D.ª María*] Pues vaya de tonadilla,
siga el baile proyectado.
TODOS. Porque nos concedan todos
el perdón, si no el aplauso.»

(2) Siguen las aprobaciones y licencias:
«Madrid á 16 de mayo de 1768.—Remítese á la censura del Dr. D. Francisco de la Fuente.—*Doctor Torres.*
En cumplimiento de lo mandado por el Sr. Vicario de Madrid, he leído el sainete intitulado *La presumida burlada*, y

85

Los refrescos á la moda.

SAINETE NUEVO

1768 (1)

PERSONAS

La señora particular de una casa, *Sra. Pereira.*
El marido. *Ayala.*
Dos criadas, *Granadina y 2.ª*
Un paje, *Coronado.*
Mozos de cordel: 1.º, *Navas*; 2.º, *Prado*; 3.º, *López*; 4.º, *Galván*; 5.º, *Enrique.*
Cuatro señoras de visita, *Las cuatro nuevas.*
Cuatro caballeros, *Los que quieran.*
Una señora viuda, *Sra. Guzmana.*
Un abate, *Cabrera.*

(La escena es Madrid en una casa muy particular.—Salón con sillas.—Salen la Señora *y el* Paje *y* Criadas.*)*

Señora. ¡Por vida de los demonios!
¡que á mí me suceda esto!
Ciertamente que estará
muy bien servido el refresco
si le servís solamente
vosotras y este jumento.
Paje. ¿Qué? ¿no estoy yo hecho á servir
agasajos, y harto buenos?
Solo yo y un hermanito
mío, estudiante, en un duelo
que hubo en mi lugar, sacamos
de beber á todo el pueblo.
Criadas. Pues, señora, entre los tres,
otras veces ¿no hemos hecho
muy bien ese oficio?
Señora. No,
ya que pretendéis saberlo;
y aunque lo hiciérais, para una
visita de cumplimiento,
¡qué comparsa tan lucida
fuera ver un hombre enmedio
de dos mujeres! No soy,
gracias á Dios, de talento
tan débil que no conozca
que son menester lo menos
seis para servir.

(Sale el Marido.*)*

Marido. ¡Mujer!
¿tenéis convidado á medio
Madrid?
Señora. ¿Por qué lo preguntas?
Marido. Por la prevención que veo.
Cr. 1.ª Pues más es lo que hay guardado.
Cr. 2.ª Yo creo que están por cientos
roscas y bollos.
Marido. ¿No ves
la poca merced que hacemos
á las visitas? Eso es
decirlas: ¡Tomad, hambrientos!
Señora. ¡Agudeza como tuya!
Marido. ¡Bien hayan los extranjeros,
que se saben divertir
sin este abuso indiscreto
de destruirse unos á otros,
ni malograr el aseo
del estrado y los vestidos
por un paje majadero!
Paje. No lo dirá usted por mí;
que otra necedad no he hecho
que servir en casa en que hay
más vanidad que dinero.
Cr. 1.ª Muy pocas hallarás donde
no sucediera lo mesmo.
Señora. Tú no te metas en nada
de lo que yo hago ni pienso;
y busca entre tus amigos
cinco mozos bien dispuestos,
aseados y petimetres
que ayuden á don Sotero
á servir el agasajo;
y ha de ser en el momento,
que son las seis de la tarde,
y de vuelta del paseo
se encajarán aquí todos.
Marido. ¡Mujer, tú tienes revuelto
el juicio! ¿seis pajes quieres?
¿pues no se reirán de verlo
cuantos lo vean y saben
que sólo uno y malo tengo?
Paje. Malo no; muy mal vestido
sí, porque dice el proverbio
que el vestido del criado
da á entender quién es el dueño.
Marido. Más guapo estás que mereces;
no me seas bachillero.
Sra. *(Al* Marido*).* Marcha, y de camino trae

me parece puede permitirse su representación, salvo mejor dictamen.—Madrid 16 de mayo de 1768.—*Dr. D. Francisco de la Fuente.*

Nos el Dr. D. Manuel Fernández de Torres, Inquisidor ordinario y Vicario de esta villa de Madrid y su partido, etc. Por lo que á Nos toca, damos licencia para que el sainete antecedente, titulado *La presumida burlada*, su autor D. Ramón de la Cruz, pueda representarse, mediante que de nuestra orden ha sido visto y reconocido y parece no contiene cosa alguna opuesta á nuestra santa fe y buenas costumbres.—Madrid y mayo diez y siete de mil setecientos sesenta y ocho.—*Dr. Torres.*—Por su mandado, *Ignacio Vázquez de Leiva.*

Madrid 17 de mayo de 1768.—Pase este sainete al censor para su examen y con lo que dijere tráigase.—*Delgado.*

Madrid y mayo 18 de 1768.—Señor: Este sainete de *La dama presumida y burlada* puede representarse como va enmendado, observándose en las acciones la mayor modestia. V. S. mandará lo que fuere servido, pues este es mi parecer, salvo, etcétera.—*Nicolás González Martínez.*

Madrid 18 de mayo de 1768.—Ejecútese con arreglo á la censura antecedente.—*Delgado.*

Madrid 18 de mayo de 1768.—Ejecútese como queda enmendado y testado.—*Barcia.*»

(1) *Inédito.* Bib. Municip.: leg. 1-185-72. Copia antigua con las censuras que van al final. Hay otro manuscrito, también antiguo, en la Bib. Nac,: 14594^{22}.

una cuadrilla de ciegos,
por si quisieran bailar
algo. Las mesas de juego,
¿están limpias? *(A la* CRIADA.)

CRIADA. Como un oro.

SRA. *(Al* PAJE). Y tú, ten un candelero
con una vela de cera
prevenido, para luego
que pare coche bajar
á alumbrar.

MARIDO. Muy buen provecho
haga á ustedes su función,
que yo, con mis compañeros
de malilla, en otra parte
la tendré mejor.

SEÑORA. Primero
ves á buscar esos pajes.

MARIDO. ¡Mujer, calla con doscientos
de á caballo!

SEÑORA. No te canses,
hombre.

MARIDO. Pues no nos cansemos,
mujer. Con los tres criados
sobran más de tres y medio.

SEÑORA. ¡Mira que te has de acordar
de mí!

MARIDO. ¿Cuándo no me acuerdo
de ti?

SEÑORA. ¿Vas por esa gente?

MARIDO. No.

SEÑORA. ¿Pues á dónde?

MARIDO. ¡A los infiernos! *(Vase.)*

CRIADA. Se portó como muy hombre.

PAJE. Esta vez ha estado tieso
el amo.

SEÑORA. Mucho más tiesa
soy yo cuando me encabezo
en una cosa. Muchacho,
ves y llámame corriendo
cinco mozos de la esquina
que te parezcan bien hechos.

PAJE. ¿Para qué?

SEÑORA. Por que te ayuden.

PAJE. ¿Yo he de servir con gallegos?

SEÑORA. Tu servirás con quien yo
mande, y tú saca al momento,
cinco vestidos de tu amo.

CR. 1.ª ¿Dónde están?

SEÑORA. Con los dos viejos
y los de su primo, más
tiene, los equiparemos
y se servirá entre seis
como lo tengo resuelto.

PAJE. Voy. ¡Bella noche de
Carnestolendas espero! *(Vase.)*

SEÑORA. Ve tú á prevenir la ropa.

CR. 2.ª Ya voy, señora. ¡Qué bellos
estarán!

SEÑORA. ¡Ah!; y de camino
da una voz al peluquero
que suba, porque tal cual
los peine.

CR. 1.ª ¡Qué entendimiento
que tiene mi ama, Juanilla!

CR. 2.ª Pues no se alabe por eso;
que en Madrid hay muchas que
le tienen ni más ni menos.

(Vanse las dos. Sale la VIUDA.)

VIUDA. Hasta después, y cuidado
(al bastidor.)
que á las once venga Pedro.

SEÑORA. ¿Con quién hablas?

VIUDA. Con don Luis,
que me ha venido sirviendo
desde el Prado.

SEÑORA. Llámale:
¿Señor don Luis?

VIUDA. ¿Don Luis? Presto
suba usted. ¡Milagro ha sido
por él, que anda muy ligero!

(Sale CABALLERO 1.º)

CAB. 1.º A los pies de usted, señora;
¿qué me mandáis?

SEÑORA. Es que tengo,
con licencia de mi amiga,
que suplicaros.

VIUDA. No creo
que el señor la necesite;
porque el señor es muy dueño
de su voluntad.

SEÑORA. Ahora
no os pregunto nada de eso.

CAB. 1.º Pues ¿en qué puedo serviros?

SEÑORA. De modo, señor, que espero
unas madamas que están
acostumbradas á aquello
que se llama última moda
en visitas, en refrescos,
bailes, *etcétera, etcétera;*
y como vos sois tan diestro,
os quisiera confiar
el cargo de bastonero;
la comandancia del baile
y dirección del refresco.

CAB. 1.º Sin embargo que conozco
mi cortedad para empleo
de tanto honor. solamente
por no replicar lo acepto.

VIUDA. Y porque os lo mando yo,
cuenta con el desempeño.

CAB. 1.º ¿Cuántos criados tenéis
que sirvan?

SEÑORA. Tendré seis.

CAB. 1.º Bueno.

SEÑORA. Ahora serán unos zotes.

CAB. 1.º No importa, que con dos diestros

basta; que los otro cuatro
basta que sigan haciendo
dos alas en simetría.

SEÑORA. Así es como yo lo pienso.
Amiga, este es todo un hombre;
hacéis muy bien en quererlo.

(Aparte las dos.)

De vos pende, don Luis mío,
mi honor y mi lucimiento.

CAB. 1.° Señora, haré lo que pueda.

SEÑORA. Muchachas, venid corriendo
á quitar esta basquiña
y mantilla.

(Salen el PAJE *y los* MOZOS.)

PAJE. Ya tenemos
aquí esta gente.

LOS 5 MOZ. *Alabadu*
sea el *Santismu Sacramentu.*

(Por un lado salen las dos CRIADAS, *que quitan la basquiña y mantilla á la* VIUDA, *y por el otro el* PAJE *con cinco* MOZOS DE CORDEL *detrás.)*

SEÑORA. ¿Has sacado los vestidos?

CR. 1.ª Sí, señora; allí los tengo;
ellos no son uniformes,
pero están rotos.

SEÑORA. Todo eso
no importa nada; ¿os ha dicho
mi paje á lo que venís?

MOZO 1.° *Ellu*
decillu, sí que llu diju;
mais nosotrus non sabemus
lo que diju.

SEÑORA. ¿No sabréis
sacar siquiera un refresco?

MOZO 2.° *¿Sacarlu? sí, sí, y si es vinu,*
entrarllu tambien sabremus.

SEÑORA. Yo no gusto de pedir
nada prestado, y más esto
de criados; mejor es
que lo pague mi dinero.

VIUDA. Pero están muy indecentes.

SEÑORA. Con cuatro vestidos viejos
de mi marido estarán
en un instante compuestos.

CAB. 1.° Bien; pues vénganse á vestir
luego al instante.

MOZO 3.° *Ajustemus;*
¿cuántu ha de dar su merced
pur el trabaju, primeiro?

CAB. 1.° Haced ahora lo que os manden,
que después no reñiremos.

MOZO 1.° Bien está; mas si *reñimus*,
su merced tiene mal *pleitu*.

PAJE. Coche ha parado.

SEÑORA. Don Luis,
entrad vos á disponerlo
todo como os pareciere;
y tú vete, y está atento
en la antesala.

PAJE. ¿Alternar
yo con cinco esportilleros?
Si mis abuelos vivieran,
¿qué dirían al ver esto?

CAB. 1.° Vamos.

MOZO 1.° Guíe su *mercé*,
y vamos si no está *llejus*. *(Vase.)*

(Salen las señoras restantes de la compañía, de batas bizarras, y luego todos los caballeros, que harán los restantes hombres, menos el que saldrá de ABATE *y será el nuevo segundo galán y vendrá despues con* AYALA.)

SEÑORA. ¡Amigas, qué tempranito
habéis dejado el paseo!

DAMA 1.ª Está algo desazonada
la tarde.

SEÑORA. Mucho me alegro,
señora novia, de ver
á usted con tantos alientos.

MAYORITA. Pues asegúrole á usted
que, aunque valor aparento,
tengo mis desconfianzas.

TODAS. ¿De qué?

MAYORITA. De que acaso puedo
desagradar al concurso,
y á los ojos de mi dueño
hacerme menos amable.

VIUDA. Calle usted, que ya sabemos
sus gracias.

MAYORITA. El ser graciosa
consiste en el parecerlo,
y así nada me confía
hasta ver lo que parezco (1).

SEÑORA. Vamos sentándonos.

TODAS. Vamos.

SEÑORA. Señora novia, aquí en medio.

CAB. 1.° Quien oiga á ustedes creerá
que este es algún casamiento.

MAYORITA. Y pensará bien, pues hoy
han de hacer, por el concepto,
unión nuestras voluntades,
si tanta gloria merezco;
ó el aplauso ha de quedar
divorciado de mi afecto.

(Sale el MARIDO.)

MARIDO. Hija, este amiguito antiguo
que he encontrado te presento.

SEÑORA. Sea usted muy bien venido.

ABATE. Solamente á complaceros;
y usted me crea, madama,
que no hablo de cumplimiento,
que en mí no hay obligación
alguna que sea primero.

SEÑORA. Siéntese usted.

---

(1) *La Mayorita* (María Mayor Ordóñez), después famosa cantora, pisaba entonces por vez primera la escena madrileña.

MARIDO. Yo también,
por cortejarle, me siento,
aunque temo que me haga
ir á servir el refresco
mi parienta. ¿Tengo algo
que disponer allá dentro?
SEÑORA. ¡Qué bella disposición
de mozo! Ya está dispuesto
por quien sabe más que tú.
MARIDO. Poco es menester para eso.
(Siéntase.)
SEÑORA. ¡Muchacho!
(Sale el PAJE.*)*
PAJE. ¿Qué manda usted?
SEÑORA. Anda ve y di que ya es tiempo
de que nos den de beber,
y ¡cuidado!
PAJE. Ya obedezco.
SEÑORA. Perdonad, hijas, si no
os sirven como deseo,
que son criados prestados.
MARIDO. ¿A dónde habrá ido por ellos?
DAMA 1.ª Con nosotras tienes siempre
muy cumplido.
CAB. 1.° Caballeros,
las filas como he mandado,
y cuidado con los puestos.
(Al bastidor.)

(Estos versos los dice al bastidor, y luego empieza á andar á la prusiana con bastón, y detrás salen los seis; dos con platos, dos con salvillas, dos con bandejas y formados en dos filas, marchan al centro y se parten; haciéndolo todo, tanto en dar como en recibir los platos, etc., al compás de una marcha que tocan en la orquesta; y los vestidos de los cinco mozos serán de los más conocidos de AYALA, *aunque sean ridículos.)*

MARIDO. ¡Hola! ¿Cómo es esto? ¿Quién
le ha dado á este caballero
el bastón de casa? *(Se levanta.)*
SEÑORA. Yo,
y no te ausentes por eso,
que aunque sea el capitán
de casa, en el regimiento
tú eres solo el coronel.
MARIDO. De esa suerte me convengo.
(Se sienta.)

(Empieza á descomponerse la camparsa y el caballero se desespera.)

CAB. 1.° Muchachos, al otro lado;
quitad á aquel caballero
el plato.
SEÑORA. ¿Qué haces, borrico?
DAMA 1.ª ¡Ay, mi bata!
SEÑORA. ¿Qué ha sido eso?
ABATE. Le echó la salvilla
MOZO 2.° *Comu*
pocu ha que soy caballeiru.
DAMA 1.ª ¡Vaya que ha sido un empeño
ridículo el de mi amiga!
DAMA 2.ª Los pajes, si bien lo advierto,
parecen mozos de esquina.
(Aparte las dos.)
DAMA 1.ª ¿Y qué quiere decir eso?
Entrense en la moda, y salga
por donde salga el enredo.
DAMA 2.ª Ella es loca.
DAMA 1.ª Y de las buenas.
SEÑORA. Vaya ¿qué es ese secreto?
¿se puede saber?
DAMA 2.ª Sí, amiga,
DAMA 1.ª Estamos los dos diciendo
que filis como los tuyos
no los hay, y que el refresco
ha estado muy bien servido.
SEÑORA. El favor os agradezco.
Y ahora ¿qué queréis hacer?
¿queréis baile ó queréis juego?
UNOS. Juego.
OTROS. Baile.
DAMA 1.ª Ni uno ni otro.
MARIDO. Murmurar es el empleo
que más las divierte.
ABATE. Todo
lo saben hacer á un tiempo.
VIUDA. Mejor es que esta madama,
pues su habilidad sabemos,
nos cante alguna cosita.
MAYORITA. ¡Jesús! ¿Yo cantar?
SEÑORA. No andemos
con pataratas.
MAYORITA. No gusto
de gastarlas; pero temo
daros disgusto, porque
lo poco que canto es serio,
y dicen que eso no gusta.
ABATE. A todos gusta lo bueno;
canta, y yo pago la entrada
de todos los descontentos.
MAYORITA. En fin, no replico, vaya
un aria.
TODOS. ¡Por Dios, silencio!
(Canta la aria.)
TODOS. ¡Grandemente!
MARIDO. Poco á poco,
que ha tenido un gran defecto.
ABATE. ¿Cuál?
MARIDO. Que yo no le he entendido.
ABATE. Y ¿qué importa no entenderlo,
para aplaudir? Otros muchos,
presumidos de discretos,
lo hacen así.
MARIDO. Pues yo no:
cante en castellano, y luego
me desharé las dos manos
á purismos palmoteos.
MAYORITA. Ahora querrán divertirse
con asuntos más diversos.
UNOS. ¡Señores, al baile, al baile!

OTROS. Ya hay partida para juego
aquí.
SEÑORA. Pues pon unas mesas
en esa pieza de adentro,
muchacho, y di que á la sala
salgan á tocar los ciegos.
Quien guste de oir cantar,
quede con nosotros dentro
del gabinete.
UNAS. Yo soy
del baile.
OTROS. Yo soy del juego
MARIDO. Y yo soy el desdichado
que ha de pagar todo esto.
MAYORITA. Pues yo, señores, lo más
que al pronto puedo ofreceros
es una tonada seria.
SRA. y AB. Con ésa estamos contentos.
CAB. 1.° Pues cada uno á su destino,
dando fin á un intermedio
que sólo apunta la idea,
por no descubrir los lienzos
de tantos originales
como en el lugar tenemos.
TODOS. Esperando del concurso
indulto de nuestros yerros (1).

86

Las superfluidades

1768 (2)

Si se aplicara el hombre
á cumplir las funciones de su estado
cual se ve afanado
porque no se murmure de su nombre
con vanas y ridículas tareas,
mejor nombre tendría
viviera más en paz y en paz descansaría.

PERSONAS

DON PABLO (*Merino*)
DON BLAS (*Espejo*).
DON LUIS (*Ibarro*).
DON ROQUE (*Ponce*).
DON ANDRÉS (*Callejo*).
DON JORGE (*Simon*).
DON PEDRO (*Chinica*).
DON LOPE (*Eusebio*).
DOÑA JUANA (*Paca*).
DOÑA ANA (*Bastos*).
PEPILLA (*Mariana*)
DOÑA JACINTA (*Joaquina*).
SU HIJA (*Portuguesa* .
PAJE 1.° (*Ordoñez*).
PAJE 2.° (*Campano*).
UN ASMÁTICO (*Calle*).
UN LACAYO (*Juan Manuel*).
UN COMPRADOR.
UN MOZO *que no habla.*

(*La escena es en Madrid.—Calle pública. Atraviesan d cuando en cuando algunas gentes, hombres de capa y mu jeres de mantilla, por el foro, para mayor verosimilitud y salen, de militar, muy soplado,* D. PABLO, *y de capa d grana y corbata,* D. BLAS.)

D. PABLO. Anoche, don Blas, perdiste.
una grande cuchipanda.
¡Qué linda cena nos dió
mi señora doña Juana!
D. BLAS. ¿Cena? ¿Pues no fué ayer día
de ayuno?
D. PABLO. Bien lo reparas;
colación quise decir.
D. BLAS. Pues para colación basta
(aunque haya veinte personas)
con seis cuartos de ensalada,
dos ó tres panes en sopas
y un par de libras de pasas.
D. PABLO. En cualquiera otra vigilia
así es; mas en la Pascua,
en sentándose á la mesa,
muchos hay que la quebrantan;
por eso á su noche todos
la Noche-buena la llaman.
D. BLAS. ¿Conque Noche-buena quiere
decir hartura de panza?
D. PABLO. Así es.
D. BLAS. Pero ¿qué cosas
tuvisteis extraordinarias?
D. PABLO. Hubo, sin ponderación,
sus quinientas ensaladas.
D. BLAS. ¿Y de qué?
D. PABLO. De todas hierbas.
D. BLAS. No trae Dioscórides tantas.
D. PABLO. Quien dice quinientas, dice
diez.
D. BLAS. Eso es, menos la tara.
D. PABLO. Nos presentaron después
una grande besugada,
congrio, merluza, salmón,
pastelillos, empanadas,
una infinidad de postres
y vinos de todas castas.
D. BLAS. ¿Y no hubo pavos asados?

---

(1) Siguen las censuras en esta forma:

«He leído el sainete nuevo, intitulado *Los refrescos á la moda*, compuesto por D. Ramón de la Cruz, y me parece puede permitirse su representación, salvo mejor dictamen.—Madrid 16 de abril de 1768. —*Dr. D. Francisco de la Fuente.*

Nos el Dr. D. Manuel Fernández de la Torre, Inquisidor ordinario y Vicario de esta Villa de Madrid y su partido, etcétera, por lo que á Nos toca damos licencia para que el sainete antecedente, titulado *Los refrescos á la moda*, pueda representarse, mediante que de nuestra orden ha sido visto y reconocido, y parece no contiene cosa alguna opuesta á nuestra santa fe y buenas costumbres —Madrid y Abril diez y ocho de mil setecientos sesenta y ocho.—*Dr. Torres.*—Por su mandato, *Ignacio Vázquez de Leyra.*

Madrid 18 de abril de 1768.—Pase al censor y con lo que dijere tráigase. —*Delgado.*

Madrid 18 de abril 1768.—Señor: Este sainete de *Los refrescos á la moda* se puede representar, si fuere del agrado de V. S. Así lo asiento, salvo, etcétera.—*Nicolás González Martínez.*

Madrid 18 de abril de 1768. —Ejecútese. —*Delgado.*»

(2) Impreso por el autor en el tomo I, pág. 1 de su colección, y por Durán en la suya, tomo II, pág. 61. En la Bib. Mnnicip.: leg. 1-168-35, hay el autógrafo de 1768 que dice en el encabeza do: «Sainete de Navidad. Para la compañía de Ponce», y otro manuscrito, copia, con las aprobaciones y licencias que van al final. Seguimos el texto definitivo, añadiendo entre paréntesis los nombres de los actores que ejecutaron el sainete y al pie las variantes principales.

D. PABLO. ¿A qué viene esa bobada?
¿Pavos en noche de ayuno?
D. BLAS. Se conoce que ayunaban.
D. PABLO. ¡Pavos! ¿No somos cristianos?
D. BLAS. Esa cuestión es muy ardua (1).
D. PABLO. Pues buena comida habrá.
D. BLAS. ¿A dónde?
D. PABLO. En la misma casa.
D. BLAS. ¿Por qué?
D. PABLO. ¡Cómo se conoce
que te has criado en la Mancha! (2)
Estás hecho un animal.
D. BLAS. Más animal es quien traga
tanto un día, que no puede
digerirlo en dos semanas.

(*Sale* DON LUIS, *pensativo, con una lista.*)

D. LUIS. ¿Por dónde empezaré yo
á correr mis caravanas?
¡Setenta y cuatro visitas!:
mucho es para una mañana. (*Pasa.*)

(*Sale* DON ROQUE, *mirando el reloj, acelerado.*)

D. ROQUE. Las diez; y treinta cumplidos,
sin los conventos, me faltan.
Debían de celebrarse
en mayo todas las Pascuas,
que dan más de sí los días
y son las noches más largas.

(*Sale* DON ANDRÉS, *muy soplado y corriendo.*)

D. AND. Felices, don Roque, con
muchos aumentos de gracias
temporales y espirituales,
y en compañía de madama
y demás que usted desea.
D. ROQUE. ¡Viva! Don Andrés, mil gracias.

(*Sale* DON JORGE.)

D. JORGE. Vamos, en nombre de Dios,
despachando como salgan.
D. AND. Don Jorge, felices, con
muchos aumentos de gracias
temporales y espirituales,
en compañía de madama,
y demás que usted desea.
D. JORGE. Ahora voy á vuestra casa
á lo mismo.
D. ANDRÉS. Yo á la vuestra.
D. JORGE. Excusemos pataratas (1).

(*Vanse cada uno por su lado.*)

D. BLAS. ¿No ves aquel petimetre?
Parece perro con maza.
D. PABLO. Es día muy ocupado
hoy para la gente hidalga (2).

(*Sale un* VIEJO ASMÁTICO, *afirmado en un bastón, y su* LACAYO.)

ASMÁT. Hijo, más poquito á poco,
que los alientos me faltan.
D. PABLO. Amigo, sea enhorabuena;
que me dijeron que estabas
asmático.
ASMÁT. Y aún lo estoy;
porque está tan arraigada

---

(1) En el autógrafo, después de este, siguen estos otros versos:

«para mí; lo que aseguro
es que, á tener yo tan ancha
conciencia como vosotros,
discurro que quebrantara
el precepto por el pavo
mejor que no por las raspas.
MERINO. Eso va en gustos.
ESPEJO. Por eso
me zambullí yo en la cama;
dormí bien, y me pondré hoy
á comer de mejor gana.»

(2) Después de este verso siguen estos otros:

«MERINO. ¿No sabes que aquí es estilo
de las señoras casadas,
dar cada una á su tertulia
un convite por la Pascua,
Nochebuena y primer día,
lo menos?
ESPEJO. ¿Y quién lo gasta?
MERINO. El marido.
ESPEJO. Ya no extraño
el que sean tan bizarras
las mujeres de Madrid
si el marido es quien lo paga.
MERINO. Pues ¿quién lo ha de pagar?
ESPEJO. ¡Ya!
Y así los hombres se atrasan
tanto aquí, que al desempeño
con las manos no se alcanza.
MERINO. ¿Qué se te da á ti?
ESPEJO. Me duele:
porque aquí se viera rara
necesidad, á no ser
las superfluidades tantas.»

(1) Después de este verso siguen estos otros:

«CALLEJO. No, amigo; estos son lances
en que se ve la crianza
de los hombres.
SIMÓN. Ya lo veo.
CALLEJO. Obligaciones tan altas
no hay razón que las disculpe;
y entre gente bien criada,
que haya calor, que haya frío,
que haya hielo, que haya escarcha,
par de piernas más ó menos,
es fuerza desempeñarlas.»

(2) Siguen estos versos en el manuscrito:

«ESPEJO. ¿Pues qué? ¿Hoy en Madrid no es fiesta?
MERINO. Muchos hay que no trabajan
tanto en todo el año; pero
lo que hoy á todos afana
son las precisas visitas.
ESPEJO. ¡Esa es otra que bien baila!
¡Exponerse á un tabardillo
por lo que no importa nada!»

la calentura... y el pecho
tan fatigoso .. ni el habla
puedo echar .. Perdona, amigo.

D. PABLO. ¿Pues por qué sales de casa?
Para Dios, cuando no hay fuerzas,
con el corazón nos basta.

ASMÁT. ¡Cuánto ha que no salgo á misa!
Ni asomar á una ventana
me permiten; pero hoy, como
es preciso dar las pascuas
á las gentes, he salido,
y más que muerto me caiga.

D. BLAS. ¡Amén!; que lo merecía
por locura tan extraña.

D. PABLO. ¿Pues no tenéis un criado?

ASMÁT. Los negocios de importancia,
nadie los debe fiar
de quien su primor no alcanza.
¿Oyes? Acuérdame, chico,
que pasemos por la plaza
para dar las Pascuas á
la verdulera de casa.

LACAYO. ¿A la verdulera?

ASMÁT. Sí;
que, por ser atento, nada
se pierde. Amigos, adiós.

D. PABLO. Retírese usté á su cama,
y no sea bobo.

ASMÁT. ¡Y que luego
en Madrid nos motejaran
de impolíticos!

(*Sale* DON PEDRO, *con un montón de esquelas.*)

D. PEDRO. (*Al* ASMÁTICO, *al entrarse.*) Tomad:
tomad. (*Al* LACAYO.)

ASMÁT. Decid de palabra
qué mandáis.

D. PEDRO. Fruta del tiempo,
importuna y no excusada;
perdonad la cortedad
y estimad la confianza.

(*Vase el* ASMÁTICO.)

D. PABLO. ¡Señor don Pedro!

D. PEDRO. Tomad;
y tomad vos, camarada,
que no puedo detenerme
y es terrible la jornada.

D. BLAS. ¿Qué es esto?

D. PEDRO. Para hablar tanto,
es ocioso que gastara
el tiempo, papel y plumas
en iros dando las pascuas
por esquelas; y no obstante
que las dejo en vuestras casas,
repito personalmente,
que lo que abunda no daña.

D. PABLO. ¿Cómo ha pasado la noche
mi señora doña Juana?

D. BLAS. ¿No es ese el marido de
las quinientas ensaladas?

D. PABLO. Sí.

D. PEDRO. Ella lo dirá, don Pablo,
porque, amigo, sólo faltan
tres días desde aquí al martes,
y os aseguro que pasan
de cuarenta y cinco mil
y setecientas las cartas
de Pascuas que he de escribir
á Andalucía alta y baja (1).
En tres balijas no cabe
lo que escribo por la mala.

D. BLAS. ¿Y qué escribís?

D. PEDRO. Poco y bueno;
yo no soy de los que gastan
circunloquios ni supinos
en un anuncio de Pascuas.
¿Queréis ver el borrador?

LOS DOS. Con mucho gusto.

D. PEDRO. Pues vaya;
no hay secretario que diga
tan poco en tantas palabras (2).
Supongo margen.

D. BLAS. Y cruz.

D. PEDRO. Esa está ya reformada;
porque, si uno escribe al diablo,
no se espante de la carta.
«Muy señor mío, ó amigo:»
(conforme con quien se trata)

D. PABLO. Al grano.

D. PEDRO. Decís muy bien;
tened cuenta, que no es larga.
«Si todas cuantas desdichas,
si todas cuantas desgracias
ha invertado la fortuna
sobre mí se descargaran,
mientras no me deje manco
os he de escribir las pascuas.
Nuestro Señor guarde á usted
etcétera.» ¡Ved qué rara
expresión! Pero aguardad,
que he visto allí un camarada,
y voy á cumplir... Tomad.

(*A* DON ANDRÉS, *que sale.*)

D. AND. A atento nadie me gana:
amigo, felices con
muchos aumentos de gracia...

---

(1) El manuscrito adiciona este pasaje con los versos que siguen:

«Extremadura, Valencia,
Murcia, Toledo y Ocaña;
y eso que tengo ya á un lado
el correo de mañana.»

(2) Sigue en el manuscrito:

«MERINO. ¡Qué garrafales delirios
se ponen en tales cartas!
CHISPA. Pues ved semejante asunto
desempeñado con gracia.»

D. PEDRO. Ya os entiendo.
D. ANDRÉS. Temporales...
D. PEDRO. No me tengais agarrada
la mano, que estoy de priesa. *(Vase.)*
D. AND. Aguardad, que poco falta ([1]).
D. BLAS. Hombre, esta gente está loca.
D. PABLO. ¿Loca? El que se descuidara
en semejantes asuntos,
con buena nota quedaba!
D. BLAS. ¡Superfluidad! Pero vos
¿no entráis también en la danza?
D. PABLO. Yo, donde voy á comer
solamente doy las Pascuas;
y no escribo ni respondo
sino á los que me regalan.
D. BLAS. ¡Otra mania!
D. ANDRÉS. *(Llega.)* Compadre;
¿le he dado ya á usted las Pascuas?
D. PABLO. Entre amigos...
D. AND. ¿Cómo es eso?
D. PABLO. Sí, ya me acuerdo.
D. BLAS. Por dadas ([2]).
D. PABLO. Vámonos, pues

D. ANDRÉS. ¿Van ustedes
á casa de doña Juana?
D. PABLO. Sí, señor.
D. ANDRÉS. Yo voy al punto;
que primero voy á casa
de mi barbero y mi sastre.
LOS DOS. ¿A qué?
D. AND. A darles yo las Pascuas
antes que ellos me las den,
que así salen más baratas.
D. BLAS. No hay lugar más divertido
que Madrid, para quien se halla,
como yo, sin pretensiones,
mujer, cortejo ni trampas.

(Vanse.—Se muda el teatro en gabinete, con mesa y escribanía; cantidad de cartas, etc., y sale la señora DOÑA JUANA, *de ama de casa, el* PAJE 1.º *y* UN COMPRADOR.)

D.ª JUANA. Antes que vuelva tu amo,
echad en una canasta
todos esos papelones,
y llevad á la antesala
esa mesa, que me estorba;
pues quiero desocupada
esta pieza, donde pienso
recibir esta mañana
las visitas.
PAJE. Si mi amo
ve que han revuelto sus cartas,
después pobres de nosotros.
D.ª JUANA. Eso no importa, llevadla ([1]).
PAJE. ¿Vamos hoy á la comedia?
D.ª JUANA. No; pero iremos mañana.
COMPRAD. *Vamus, alce de ese ladu.*

([1]) Adición en el manuscrito:

«y espirituales...
CHINICA. ¡Dale, bola!
CALLEJO. En compañía de madama
y demás que usted desea.

(Salen CORTINAS *y otra, de lavanderas.)*

CORTINAS. Vamos corriendo, muchacha,
que quizá estará esperando
la ropa de mesa el ama.
CHINICA. Mi lavandera. Tomad
CORTINAS. ¿Qué me dais aquí?
CHINICA. Las Pascuas.
CORTINAS. ¡Qué doblón!
CHINICA. Para Año nuevo
os escribiré una carta.
(Vase y las LAVANDERAS.

([2]) Siguen en el manuscrito estos versos:

«¡Válgame Dios, en Madrid
la saliva que se gasta
en balde!
MERINO. Vamos á donde
la veais aprovechada.
ESPEJO. ¿Vamos á alguna Academia?
MERINO. A una Academia de damas.
ESPEJO. De las de Madrid me cuentan
que saben aprovecharla,
que hasta la conversación
con ellas dicen que es cara.
MERINO. ¡Cuidado que estéis alegre!
ESPEJO. Eso como una guitarra.
MERINO. Y aunque notéis cualquier cosa,
que no murmuréis de nada.
ESPEJO. Pues id solo: yo me iré
á comer á la Fontana.
MERINO. Bien veis que no es justo hacer
burla del que os agasaja
y os hace un convite, cuando
debéis darle muchas gracias.
CALLEJO. Dígale usted que en Madrid
es ya costumbre ordinaria
á quien hace mayor bien
darle mejor cuchillada.
ESPEJO. ¿En Madrid? Vea usted de dónde
lo han aprendido en la Mancha,
que también allí se usa.
Es cierto que es una infamia
del convidado; mas vea
quien convida con quien trata.»

([1]) El manuscrito lleva además estos versos:

«adonde digo; y después
pon una lista muy larga
de papel, adonde sientes
cuantos vengan á dar Pascuas,
y cuenta que es el negocio
este de más importancia
que te he fiado en mi vida.
ORDOÑEZ. ¿Y si mi amo me llama
luego á escribir?
PACA. Tú procura
siempre estar bien con tus amas
y ríete de tus amos.
ORDOÑEZ. ¡Si viera usted con la gracia
que hago yo eso! ¿Me da usted
para unas vueltas bordadas?
PACA. Eso no es moda; yo te
las compraré, cuando salga,
de antolas.
ORDOÑEZ. ¡Bendita sea
mi señora de mi alma!»

(Sale Don Pedro, *con la «Guia» en la mano.)*

D. Pedro. El correo de Vizcaya
parte lunes por la noche
también... ¿Dónde vais, canalla,
con esa mesa?
D.ª Juana. Allá fuera;
que están puestas en la sala
las mesas, y es necesario
que entren aquí los que vayan
llegando.
D. Pedro. ¡Pero, mujer!
¿posible es que me embarazas,
sabiendo que estoy metido
en un asunto de tanta
gravedad?
D.ª Juana. ¡Si tu deliras!;
¿á qué vienen tantas cartas?
D. Pedro. ¿Y á qué vienen ayer y hoy
tanta gente convidada?
D.ª Juana. A comer, y á que se sepa
que tengo buena crianza
con los que todas las noches
me obsequian y me acompañan.
D. Pedro. Si tú tienes ese gusto,
yo tengo el de escribir Pascuas (1).
Saca papel, chico.
Paje. Ya
van las seis resmas gastadas.
D. Pedro. Pues que traigan otras seis
por hoy; que para mañana
tomaremos providencia
de que por mayor se traiga.

(Sale Doña Ana, *con el* Paje 2.º*)*

D.ª Juana. ¡Qué temprano!
D.ª Ana. ¡Déjame,
que vengo desesperada!
D.ª Juana. ¿Por qué?
D.ª Ana. Después hablaremos.
D.ª Juana. Di que venga una muchacha
á tomar esta mantilla. *(Al* Paje.*)*
D. Pedro. No puede; pon una carta
para el alcalde de Illescas.
Paje 1.º ¿Sabe usted cómo se llama?
D. Pedro. No; pon al señor alcalde,
y llámese mula ó haca.
D.ª Juana. Déjale, que tiene ahora
que ir de mi parte á dar Pascuas
de cumplimiento.
D. Pedro. Primero
es esto.
D.ª Ana. Si gustas, Juana,
aquí tienes mi criado.

(1) En el manuscrito sigue así:

«á todos, y que se sepa
mi nombre por toda España:
porque á los dos de ese modo
nos haga eternos la fama.»

D.ª Juana. Puede ser que de él me valga;
que este otro, con sus correos,
nos trae revuelta la casa.
D. Pedro. Si supieras la tarea
que es ésta, no lo extrañaras.
Dios, por su piedad, me saque
con bien de la temporada.

(Sale Don Pablo.*)*

D. Pablo. A los pies de usted, señora;
me alegro de que usted haya
pasado tan bien la noche,
como parece.

(Sale Don Blas.*)*

D. Blas. ¿Deo gracias?
D.ª Juana. ¿Y ustedes, han descansado?
D. Pablo. Los favores nunca cansan (1).
D. Pedro. ¡Que tenga tanto que hacer
día en que nadie trabaja!

(Sale Don Roque.*)*

D. Roque. A los pies de usted, señora.
D. Pedro. Ya empieza á venir la zambra.
Subid la mesa al desván;
que negocios de importancia,
y versos, mejor se escriben
en las partes solitarias *(Se la llevan.)*
Perdonen ustedes, que
tengo que hacer.
D.ª Juana. No nos hagas
esperar para comer.
D. Pedro. Hasta dejar evacuadas
la milicia y las audiencias (2),
no puedo soltar la carga. *(Vase.)*
D.ª Juana. Estemos aquí, pues como
está la mesa en la sala,
no quiero que todos entren.
D.ª Ana. Haces bien.
D.ª Juana. Conque, en sustancia,
¿qué tienes?
D.ª Ana. ¿Qué he de tener?
Que en todita la mañana
ha parecido don Lope.
D.ª Juana. Pues anoche ¿no hizo en casa
de su jefe colación?
D.ª Ana. Sí; mas, por la misma causa,

(1) El manuscrito añade:

«Merino. Ni yo me cansé de estar
desde las siete en la cama
hasta hoy á las diez del día.
¡Que sea tal mi desgracia!»

(2) Van en el manuscrito á continuación de este verso, los dos que siguen:

«Ustedes no se detengan:
A bien que yo no hago falta.»

ya que no vino después
para acompañarme á casa,
debió madrugar.

PACA. Misterio
tendrá quizá la tardanza.

PAJE 2.º Señora, ¿tiene usted que
mandar, ó me voy á casa!

D.ª JUANA. Hágame usted gusto de ir
á dar recados de Pascuas.

PAJE 2.º Dígame usted dónde.

D.ª JUANA. Pocos
serán, y á corta distancia.
Llegue usted en un instante
á Atocha y Copacavana;
desde allí á San Bernardino,
y luego después se baja
hacia la Casa del Campo
y se las da al señor guarda
mayor; y en estando allí,
una vez que cerca pasa
de la Puerta de Toledo,
pregunte si esta mañana
han dejado en el registro
dos cajones de naranjas
para mí; y vuelva usted presto,
porque estoy un poco escasa
de gente para servir
la mesa.

D. ROQUE. ¡Para hacer ganas
de comer no es malo el viaje!

PAJE 2.º Se hará como usted lo manda.
Ya voy... (*Ap.*) á dormir cuatro horas,
que la noche ha sido mala. (*Vase.*)

D. BLAS. Si el pobre no toma postas,
no vuelve en esta semana.

(*Sale* DON JORGE, *y se tiende junto á una silla.*)

D. JORGE. ¡Ay! Perdone usted, señora;
que no puedo echar el habla;
que vengo muerto.

TODOS. ¿De qué?

D. JORGE. De hacer visitas de Pascuas.

D. BLAS. ¡Ojalá! A ver si con eso
los tontos escarmentaban.

(PEPILLA *sale de criada.*)

PEPILLA. ¿Señora?

D.ª JUANA. ¿Qué traes, Pepita?

PEPILLA. Vengo de parte de mi ama,
que si usted no la envía coche
no puede venir, á causa
de que tiene su merced
una cólica cerrada,
que no sabe si provino
de que probó la lombarda,
ó de los besugos; pero,
aunque el médico la manda
que por hoy no salga á misa,
porque no digan que falta
en un lance á sus amigas (1),
no puede venir á pata;
que usted pida un coche, y que
vaya luego el coche á casa.

D.ª JUANA. ¿Y dónde tengo yo el coche?

PEPILLA. ¿Qué sabe de eso mi ama?

D.ª JUANA. Hija, dila que yo siento
que esté tan desazonada.

D.ª ANA. ¿Pero cómo ha sido?

PEPILLA. Luego
que su mercé entró en la cama
la cascó una *gomitona*;
y, por fin, á fuerza de agua
caliente, se fué aliviando.

D.ª ANA. Pero ¿qué era lo que echaba?

PEPILLA. Un besugo entero echó
de la primer bocanada,
y de la segunda un congrio,
con una cola tan larga...

TODOS. ¡Jesús!

PEPILLA. No, pues no es mentira.

D. BLAS. Yo no sé por qué se espantan
aquí de lo que vomitan,
sabiendo lo que se tragan.

D.ª JUANA. Hija, dila que se anime.

PEPILLA. Ya está su mercé animada;
pero quería coche.

D.ª JUANA. Dila
que avise, para esperarla
á comer.

PEPILLA. Si no va el coche,
no vendrá, que está muy mala.
(*Vase.*)

Sale DON LOPE, *con un gran ramo de flores y muchos cucuruchos, que figuran ser de dulces.*)

D. LOPE. No creí que tan temprano
saliese usted de su casa.

D.ª ANA. ¡A muy buen tiempo!

D. LOPE. Señora,
le ha tentado esta mañana
el diablo á mi peluquero...

D.ª ANA. Bien.

D.ª JUANA. Hoy es día de gracias,
y no de riñas. Decidnos:
¿qué tal os fué anoche en casa
de vuestro jefe?

D. LOPE. Muy mal,
por no estar allí doña Ana (2).
Yo repartí el ramillete,
y no pude tomar nada

---

(1) El manuscrito intercala estos dos versos:

«vendrá: y que ya está peinada
la señorita; y por eso»

(2) Siguen estos versos en el manuscrito

«Pero en lo demás muy bien;
todo con mucha abundancia,
pero muy mal colocado
y servido sin crianza.»

sino este par de docenas
ó tres de flores de Italia,
y estos cuantos cucuruchos
de dulces.

D. PABLO. Y tocó tanta
porción á todos?

D. LOPE. No sé;
porque viendo que se echaba
la gente á la rebatiña,
avancé, y fué cosa rara:
era el ramillete un bosque
de flores de más de vara,
y á un abrir y cerrar de ojos
arrasamos la campaña (1).

D.ª ANA. ¿Y no tomásteis más que ésto?

D.ª JUANA. ¡Oh! para fineza basta.

D.ª ANA. Es verdad, que es el señor
tan corto...

D. BLAS. La prueba es clara.

(*Sale* DON ANDRÉS.)

D. AND. Señores, felices, con
muchos aumentos de gracias
temporales y espirituales,
en compañía de madama
y demás que ustedes gusten (2).

D.ª JUANA. Allí hay silla.

D. AND. Está muy bien;
descansad un rato, patas.

(*Sale* DON LUIS.)

D. LUIS. Señora, perdone usted,
que ha sido la misa larga.

D.ª JUANA. En buen día, buenas obras;
vaya usted á ver cómo anda
la cocina, y que las mesas
se pongan á uso de Francia.

D. LUIS. Bien; mas déme usted las llaves (3).

D.ª JUANA. Llamad al amo, muchachas.
¿Señor don Lope, por qué
no se quita usted la capa?

D. LOPE. Señora, aun tengo que oir misa,
y ya son las dos muy dadas.

D.ª ANA. Pues váyase usté al instante.

D. LOPE. Eso breve se despacha (1). (*Vase.*)

(*Sale* DON PEDRO.)

D. PEDRO. ¿Qué me quieres, mujer?

D.ª JUANA. Que
tomes las llaves, y vayas
á sacar lo que se ofrezca.

D. PEDRO. ¿Y para eso me embarazas
el correo? Alguno de esos
señores que no hacen nada
te puede ayudar; y cuenta
que aunque la casa se caiga
no me avisen, que primero
es mi obligación que nada.
(*Vase*) (2)

D.ª JUANA. ¡Hay tal manía!

D. LUIS. Señora:
vengan las llaves, ¡y al arma! (*Vase.*)

D.ª JUANA. ¡Si no fuera por don Luis,
ciertamente que quedara
yo lucida!

D.ª ANA. Los maridos
no nos ayudan en nada.

(*Sale* DON PEDRO.)

D. PEDRO. ¿Han comido ustedes ya?

D.ª JUANA. Pues, ¿sin que se te avisara
se había de comer?

D. PEDRO. ¿Qué importa?.
Yo en estando con mis cartas,
estoy mantenido; voy
á escribir once á Navarra. (*Vase.*)

(*Salen* DOÑA JACINTA *y su hija*; PEPILLA, *cargada con un perro, y un mozo con una hacha de viento, un gato y dos pares de zapatos.*)

---

(1) Siguen estos versos en el original manuscrito:

«La Jefa estaba rabiando
de ver que todo lo ajan,
y se desluce la fiesta;
pero no se nos dió nada.»

MERINO. ¿Qué os parece?

ESPEJO. ¡Bien empleado
está, á los necios que gastan
su dinero, para que otros
cortejen sus maturrangas
y les quiten los pellejos
después de que los regalan.»

(2) A continuación añade el manuscrito:

«El cree que la palabra
madama es común de dos.

ESPEJO. No fuera extraño la usara
común de doce, si sabe
bien la gramática parda.»

(3) El manuscrito prosigue:

«de la despensa y las arcas,
sacaré lo que se ofrezca.

PACA. Aguarde usté á ver si baja
mi marido y quiere hacerlo.»

(1) Añade el códice original:

ESPEJO. «¿Oye usted? ¿Sabe usté á qué hora
se comerá en esta casa?

MERINO. A las cuatro.

ESPEJO. Adiós, amigo;
que me voy á la Fontana
á comer, y volveré
aquí á cenar.

MERINO. Hombre, aguarda.
¿Qué dirán?

ESPEJO. El que dirán
nunca pasó por la Mancha.»

(2) A continuación añade el manuscrito:

«(*Sale* ESTEBAN.)

ESTEBAN. La *lavandeira*, el barbero
y el sastre *aguinaldu* aguardan.

CHINICA. Ven; les darás á cada uno
una cartita de Pascuas.»

JACINTA. Hija, solamente tú
de mi rincón me sacaras,
con la noche que he tenido.
D.ª JUANA. Ya lo ha dicho tu criada.
D.ª JAC. Y eso, amiga, como viste,
que no cené casi nada [1].
HIJA. Vamos, siéntese usted, madre,
que viene usted delicada.
D.ª J. y D.ª A. Siéntate.
D.ª JAC. Pues si no ha sido
porque ya estaba peinada
la chica, á fe que no vengo,
aunque después regañaras.
¡Qué colicón he tenido!
HIJA. ¡Yo creí que no escapaba
de la noche su merced!
PEPILLA. Hoy se la llevó la trampa.

(*Sale* DON LOPE.)

D. LOPE. Diez minutos he tardado;
discurro que no hice falta.

(*Sale* DON LUIS.)

D. LUIS. Señoras, todo está pronto
D.ª JUANA. Pues que se quite la espada
quien quiera favorecernos.
D. AND. Y el sombrero y la casaca [2].
D.ª JUANA. ¿Sabéis trinchar?
D. AND. Sí, señora;
arroz, sopa y ensalada.
D.ª JUANA. Que avisen á mi marido.

(*Sale* DON PEDRO *con una taza de caldo, servilleta, etc.*)

D. PEDRO. Muy buen provecho te haga,
que yo ya me estoy sirviendo,
y sólo quiero esta taza
de caldo monda y lironda,
porque siento muy cargada
la cabeza con el tiempo;
pero aunque muerto me caiga,
tengo el consuelo de haber
dado á todo el mundo Pascuas.
(*Vase.*)
D. AND. Vedlas muy felices, con
muchos aumentos de gracia...
D.ª JUANA. ¡Ea, á comer, caballeros!
D.ª A y D. P. ¿Y después habrá tonadas,
y broma?
D.ª JUANA. ¿Quién pregunta eso,
sabiendo lo interesada
que vivo en dar gusto á cuantos
favorecen esta casa?
D. BLAS (*á* JACINTA.) ¿Gusta usted de que la lleve?
D.ª JAC. ¿Tienes aceitunas, Juana?
JUANA. Muy ricas: ¿cómo estás?
D.ª JAC. Se
me van abriendo las ganas.
D.ª A. y D.ª J. Anímate.
D. BLAS. A la mitad
de la comida se atasca,
y rezamos el responso
en vez de oración de gracias.

(*Se van entrando todos, y deteniendo* DON PABLO *á* DON BLAS, *le pregunta.*)

D. PABLO. ¿Qué te parece, don Blas [1]?
D. BLAS. Que me ha quitado la gana
de comer la reflexión
que esta gente alborotada
suscita al menos juicioso.
D. PABLO. ¿Cuál es?
D. BLAS. Que si se aplicaran
á cumplir su obligación
los hombres como se afanan,
supérfluamente porque
no se murmure que faltan
á los cumplidos de duelos,
parabienes, años, Pascuas,
etcétera, evitarían
otras censuras que dañan
más su crédito, y mejor
tiempo y salud emplearan.

---

(1) Añade el original manuscrito:

«Y ahora vengo resuelta
á tomar solo una taza
de caldo sorbido.
ESPEJO. ¡Digo!
¿se mudan éstos de casa?
MERINO. ¿Por qué?
ESPEJO. ¿Pues no veis que traen
el criado, la criada,
el gato y el perro á cuestas?
JOAQUINA. Perdona la confianza;
que me traigo á los muchachos
porque no se estén en casa
solos.
ESPEJO. Y el gato y el perro
para que los platos laman.»

(2) El manuscrito continúa así:

«y los zapatos.
IBARRO. ¿Por qué?
CALLEJO. Porque no caten las mangas
los guisados, y porque,
como un hombre viene á pata,
no se ensucien los briales
si uno tropieza con damas.»

(1) Este final está en el manuscrito sustituído por este otro:

«TODAS. ¿Vamos?
MERINO. Vamos, y aquí tenga
fin esta idea, que acaba,
más que por falta de asunto,
por temor de ser cansada.
TODOS. Suplicando al auditorio
indulto de nuestras faltas.»

87

El teatro por dentro.

INTERMEDIO 1.º PARA LA COMPAÑÍA DE PONCE. SU AUTOR D. RAMON DE LA CRUZ.

1768 (1).

(Mutación de calle, con la puerta de una casa entre dos bastidores, y á ella estará CAMPANO, *de soldado, con una vara en la mano, y alrededor, puestos de un lado en ala,* ESTEBAN, JUAN MANUEL *y* PEPITO, *de chulos de capa, y el último con un ramillete en la mano, imitando lo posible la puerta de la calle del Lobo al vestuario.)*

PEPE. ¿Ha venido la Mariana? (2)
J. MANUEL ¿Cuánto ha que vino?
ESTEBAN. Es incierto.
J. MANUEL. Pues qué ¿no la he visto yo?
ESTEBAN. Hombre, no sea usté embustero.
¡Si estoy yo aquí desde antes
de las dos!
PEPE. Preguntaremos
al soldado.
ESTEBAN. No ha venido.
J. MANUEL Pues ¿quién es la que ahora mesentró? [mo
ESTEBAN. La Portuguesita (3),
J. MANUEL Eso es lo que yo no creo,
porque si ella fuera, ya
verías los cumplimientos
que me hace. Todas las noches
voy á su casa si quiero.
ESTEBAN. Hombre, no sea usted fachendas.
¿Quién es usted para eso?
Si fuera yo, que tal cual
en la casa salgo y entro
de la Vicenta Cortinas
como en la mía.
J. MANUEL ¡Qué enredo!
ESTEBAN. ¿Qué apuesta usted á que voy,
pico el tabaco y enciendo
el cigarro á su marido?

(Sale una silla, porteada de CALLEJO *y* ANTONIO CALLE, *que traen á la* PACA.)

CALLEJO. *Cun* licencia, caballeros.
PEPE. ¡Viva la señora Paca! (4)
LOS DOS. ¡Viva!
PACA. Yo les agradezco
á ustedes mucho el favor.

(1) Bib. Municip.: leg. 1-184-23. Copia antigua con las licencias y aprobaciones que van al final. Impreso por el colector en su libro *D. Ramón de la Cruz, ensayo biográfico*; pág. 433.)
(2) Mariana Alcázar, segunda dama.
(3) *La Portuguesa* se llamaba Casimira Blanco.
(4) Francisca Ladvenant, que representaba las *graciosas*.

ESTEBAN. ¿Qué tonadillas tenemos
esta tarde?
PACA. Yo no canto.
P. Y LOS 2. Pues no hay nada de provecho.
CALLEJO. Hombre, anda, ¿en qué te detienes?
CALLE. ¿No ves que al *pusu* están *puestus?*
CALLEJO. Anda tú para delante
y *atropéllalus á ellus.* *(Se entran.)*

(Sale FUENTES, *de oficial, de capa, y se va á entrar muy serio.)*

FUENTES. ¿Si habrá venido la Paula? (1)
CAMPANO. ¿A dónde va usted tan serio?
FUENTES. Adentro á ver á un amigo.
CAMPANO. Nadie puede entrar adentro
sin licencia de la villa,
ó que tenga, por lo menos,
motivo justo de entrar.
FUENTES. Yo mis motivos me tengo;
mas con licencia de usted,
aguardaré aquí á un sujeto.
CAMPANO. En la calle, mas que aguarde,
usted cuatro regimientos.

(Sale PONCE.)

PONCE. ¿Están todas las mujeres?
CAMPANO. La dama y segunda pienso
que faltan.
PONCE. ¿A dónde vais?
(A los silleteros que vuelven.)
CALLEJO. Ya *hemus venidu* y *vulvemus*
pur la señora Mariana.
PONCE. Pues decid que venga presto,
que son cerca de las cuatro.
CALLEJO. *Nosotrus* bien lo *diremus*,
mas se están *empulvurandu*
y mandan esperar *luegu;*
¿qué *hemus* de hacer?
CALLE. Anda, hombre,
y no gastes *argumentus.* *(Vanse.)*
PONCE. ¿Y los hombres, están todos?
CAMPANO. Faltan Chinica y Espejo
no más.
PONCE. Guarde Dios á ustedes.
PEPE. Señor autor, ¿y tenemos
buenos bailes?
PONCE. Lo que está
de nuestra parte se ha hecho;
mas ¿quién hará juicio en cosas
que penden del gusto ajeno?
Adiós, señores.
LOS CUAT. Agur.
ESTEBAN. Y usted no tenga recelo,
que en siendo tal cual la fiesta,
nosotros la ensalzaremos.
J. MANUEL ¡Qué tarde que viene Ponce,
siendo autor!

(1) Paula Martínez Huerta, primera dama.

FUENTES. Pues, majadero,
¿no sabes que anda estos días
ocupado, disponiendo
otra función en su casa?

(*Sale* ESPEJO.)

ESPEJO. Buenas tardes, caballeros.
TODOS. Téngalas usted muy buenas.
FUENTES. Diga usted, señor Espejo,
¿tenemos buenos sainetes?
ESPEJO. Sólo uno grande tenemos,
por no hacer la función larga.
ESTEBAN. ¿Tiene usted papel de ciego?
ESPEJO. No, señor; es de abogado.
J. MANUEL Pues á fe que estará bueno.
ESPEJO. Eso será como ustedes
y los demás mosqueteros
gustaren.
FUENTES. No tema usted,
y valor, porque en queriendo
nosotros, no hay función mala.
ESPEJO. Pues de su favor espero
que nos protejan la de hoy.
ESTEBAN. Vaya usted con Dios, que haremos
justicia.
ESPEJO. Muchos recados
al patio.
ESTEBAN. Se los daremos.
en nombre de usté.
ESPEJO. Y que todos
en sus manos nos ponemos. (*Vase.*)
J. MANUEL Este Espejo es un buen hombre (1).
ESTEBAN. Es razón que le ayudemos
en lo posible.
J. MANUEL ¡Chinica! (2)
(*Viéndole salir.*)
ESTEBAN. Este si que es de los nuestros.
TODOS. ¡Viva el salero de España!

(*Sale* CHINICA.)

CHINICA. ¿Y á dónde está ese salero,
si ustedes saben, señores?
ESTEBAN. En usté solo, y sobre eso
solo, el barrio de San Juan
pondrá á todo el mundo un pleito.
J. MANUEL Si todo el mundo lo dice,
¿qué hay que pleitear?
CHINICA. Y á todo esto,
¿saben ustedes qué hora es?
CAMPANO. Aun tiene usted mucho tiempo,
que no han venido las damas.
CHINICA. Esas tienen privilegio
para hacer lo que quisieren.
ESTEBAN. ¿Y tiene usted mucho y bueno
que hacer esta tarde?
CHINICA. Poco,
porque han dado los ingenios
en que no se ha de mezclar
lo ridículo en lo serio.
TODOS. ¡Qué tontería!
FUENTES. Conforme;
que la comedia, en teniendo
buenos lances y tratando
con verdad el argumento,
con viveza las pasiones
y naturales los versos,
no pierden, por no tener
gracioso, el merecimiento.
CHINICA. ¡Y luego dirán que no
lo entienden los mosqueteros!
FUENTES. Que lo escriban y lo hagan,
y verán si lo entendemos.
ESTEBAN. Y quizás algo mejor
que alguno que paga asiento
de seis reales de vellón.
CAMPANO. A un ladito, caballeros,
que viene la dama.
FUENTES. Voy
á decirla dos requiebros.
CHINICA. Anda, que amiguita es la otra
de chuladas.
MERINO. *Pasu lentu*,
hombre, que andas que parece
trote de *machu gallegu*.

(*Sacan en la silla á la señora* PAULA, MERINO *y* EUSEBIO, *de gallegos.*)

EUSEBIO. *Vei* despacio, que *nun vamus*
á ganar el *jubileu*.
MERINO. Es que *llas* mujeres pesan
muchu.
EUSEBIO. Pues soltallas *luegu*
FUENTES. ¡Viva la Paulita hermosa!
PAULA. ¡Vaya á chulearse al infierno!
EUSEBIO. Hombre, entra.
MERINO. Están travesadas
las dos sillas que hay *adentru*.
EUSEBIO. Pues posa.
PAULA. Y qué ¿he de apearme
yo en la calle?
MERINO. No hay remedio.
PAULA. Pues es buena desvergüenza.
EUSEBIO. A los otros *silleteirus*.
con ese *recadu*.
FUENTES. Yo
abriré la silla.
MERINO. *Buenu*,
Juan, ya *tenemus* patente.
PAULA. No gusto de majaderos,
hijo, ni aguanto chuladas.
FUENTES. Yo soy el que va siguiendo
siempre la silla.
PAULA. Ya he dicho
á usted que no gusto de eso,
porque yo me sé andar sola.

(1) José Espejo representaba los primeros *barbas*.
(2) Gabriel López, primer *gracioso*.

MERINO. ¿Y si se ofrece algún *cuentu*,
también *vamus* dos, que á coces
con veinte *nus atrevemus*.

PEPE. Usted perdone y admita
(*Con mucha sumisión.*)
en este ramo el afecto
de un apasionado.

PAULA. ¡Viva,
amiguito!

PEPE. Más contento
estoy que si me tocara
de la lotería un terno
de veinte mil reales. ¿Gusta
usté la vaya sirviendo?

CHINICA. No, señor; que esta fortuna
me toca á mí, y no la cedo.
(*La coge de la mano.*)

PAULA. Déjele usté al pobrecillo.

CHINICA. Vaya á la escuela el mozuelo,
y deje cosas que sólo
pertenecen á hombres hechos.

PEPE. Pues yo le aseguro á usted
que se acuerde de mí; luego
le he de silbar.

CHINICA. Vamos, vamos,
que viene la orden; adentro.

PAULA. Señor soldado; á estas gentes
que desocupen el puesto.

CAMPANO. Vamos fuera de la puerta.

TODOS. Aguárdese usted.

CAMPANO. No puedo.

(*Durante un corto tiempo, que los procura apartar* CAMPANO, *se descubre telón y bastidores del revés, con las candilejas apagadas, cuatro ó seis sillas con ropa;* ESPEJO, *ya vestido, con gorro;* PONCE *dando órdenes; la* MARÍA PEPA *sentada junto á un bastidor cerca de* ESPEJO, *y las demás según dirán los versos; atravesando el tablado las criadas y mozos que quisieren, ó los de comparsa vestidos y algunos con gorro y otros vistiéndose, y el apuntador.*)

PONCE. Guardarropa, ¿tienes prontos
todos cuantos estrebejos
se te piden en la lista?

VOZ (*Dentro.*) Sí, señor; pronto los tengo.

JOAQUINA. Gertrudis, ¿me haces el gusto
de prenderme este pañuelo
por detrás.

GERTRUD. Con mucho gusto (1).

PORTUG. ¿Quién me tiene aqueste espejo,
que me han quitado los polvos
de aqueste lado derecho?

PACA. ¡Por vida de los demonios,
que á nadie sucede esto
en el mundo!

TODAS. Pues ¿qué ha sido?

PACA. El diablo del peluquero
mío, que aquí le mandé
venir, como á nada tengo
que salir hasta el sainete,
y á las cuatro no le veo.

(*Sale* IBARRO, *como ministro.*)

IBARRO. Dios guarde á usted, señor Ponce;
que esto se empiece luego
previene su señoría.

PONCE. Chicos, vamos encendiendo;
pero aun no son los tres cuartos.

IBARRO. Al reloj del Buen Suceso
ya han dado las cuatro.

PONCE. Pues aun faltan, según creo,
dos mujeres.

(*Salen* PAULA *y* CHINICA.)

PAULA. Yo aquí estoy

CHINICA. Y yo, aunque venga el postrero,
hasta el baile no hago falta.

IBARRO. Vamos; á vestirse presto,
señora.

PAULA. Por mí ya pueden
empezar, que poco tengo
que vestir.

M.ª PEPA. ¿Quiere usté, hermana (1),
que la sirva?

PAULA. Pues, por cierto,
que tú servirás de mucho.

IBARRO. Qué, ¿no tiene papelejo
en la comedia de hoy?

M.ª PEPA. No, señor; que fuera yerro
dar chascos tan repetidos
al piadoso, afable pueblo
de Madrid, que por diez días
toleró el pueril obsequio
de mi corta habilidad,
y aunque mi agradecimiento
á sus bondades, me inclina
á repetirle mi afecto
humillado, temorosa
de cansarle, no me atrevo,
hasta que me proporcione
con la aplicación y el tiempo,
á hacer continuo en mis aras
de mi fatiga el incienso.

IBARRO. ¡Viva! Vamos, señor Ponce.

PONCE. Señor, ya están encendiendo.
Vamos, señores, que la orden
ha venido.

IBARRO. No sean lerdos.

CHINICA. ¿A dónde están mis calzones?
¿no pueden ir al infierno
á poner su ropa? Todos
han de mojar en mi puesto.

---

(1) Gertrudis Rubert, parte por medio.

(1) María Josefa Huerta era hermana de Paula, y entonces muy niña todavía.

Espejo. ¡La peluca!

Otros. ¡Los zapatos!

Otros. ¡Los venablos!

Cortinas. ¡El espejo!

T. García. ¿Por qué lado salgo yo,
señor Chinica?

Chinica. Yo creo
que usted ya no entra ni sale (1).

(*Sale* Mariana, Callejo, *con excusabaraja y con el chico en brazos.*)

Mariana. Buenas tardes, caballeros.

Ponce. Mariana, vamos ¡por Dios!

Mariana. ¡Ay, que [me] vengo muriendo!

Callejo A un hombre le hacen cargar
con la cesta, los muñecos
y *todu*. Algún día traerán
la casa. Yo soy *silleteiru*,
mas *non* soy *mozu* de esquina;
de mi paciencia *reniegu*.

Espejo. ¡Maldita sea tu casta!
¿No ves que me estás poniendo
del revés el corbatín?

Chinica. ¡Si yo supiera el camueso
que me ha andado con la ropa!

Mariana. Hijas, ¡qué mala que vengo!

Todas. Pues ¿que traes, mujer?

Mariana. Comí
un gran plato de pimientos
asados, un cochinillo
con más de limón y medio,
y luego me harté de crema,
y, amiga, estoy que no puedo
alentar.

Paula. Si tú eres loca;
por eso que yo me abstengo
de todo; sólo he comido
ayer y hoy un plato lleno
de pepinos en vinagre,
doce alcachofas y un cuenco
con media azumbre de leche.

Chinica. ¡Qué no revienten, haciendo
éstas tantos disparates!

Ibarro. Hombre, no sea usted tan lerdo.

Ponce. Ya voy á mandar tocar.

Cortinas. Dime, maldita, ¿qué vuelos
traes aquí? Marcha por otros,
(*A su criada ó mirando dentro.*)
y si replicas te estrello.

Ponce. ¿Qué hace aquí toda esta gente?
A su oficio, caballeros;
se ha acabado de encender;
¿está ya en el agujero
el apuntador?

Voces. ¡María!

Voces. ¡Guardarropa!

(1) José García Hugalde, que estaba ya muy viejo y sordo.

Campano. El clarinero
está ahí.

Ponce. Dígale usted que entre.

Campano. Y ahí pregunta un caballero
qué entremés se hace esta tarde,
que le es preciso saberlo.

Ponce. Dígale usted que ninguno;
porque el primer intermedio
es una gran pantomima
en que se verá algo nuevo.

Chinica. Pues más me gusta á mí el baile
segundo.

Ponce. Vamos á verlo,
que empieza ya la overtura.

Chinica. A ver si lograr podemos
en la brevedad y afanes
el honor que apetecemos.

Todos. Cual es servir á Madrid
y á todo su grato pueblo (1).

88

La visita de duelo (1)

Si alguno saber desea
cómo, después que haya muerto,
han de tratar su memoria
los amigos y herederos,
desperdicie en vida un rato
y mírese en este espejo.

PERSONAS

Doña María, *señora de la casa*	Perico, *paje.*
Doña Joaquina, Doña Ignacia, Doña Sebastiana, Doña Pepa, *sus amigas.*	D. Cosme, *abate serio.*
Doña Mariana, *visita de cumplimiento.*	D. Lorenzo, *petimetre de buen humor.*
Gabriela, *criada.*	D. Jose, *viejo alegre.*
Juanito, *niño de cinco años, señorito de la casa.*	D. Roque, D. Fernando, D. Eusebio y D. Lino, *petimetres*
	Otro paje de las visitas.
	Y otra criada.

(*La escena es en Madrid.—Salón corto.—Salen* Doña Marta *de luto, y de criada,* Gabriela).

D.ª Marta Cuidado que esté la casa,
como te digo, en silencio,
y que después los criados
no metan bulla allá dentro,
que es grande la seriedad
de las visitas de duelo.
Y cuenta que cuando salgas

(1) A continuación van las censuras, que dicen:

«Nos el Dr. D. Manuel Fernández de Torres, Inquisidor ordinario y Vicario de esta villa de Madrid y su partido, etc. Por lo que á Nos toca damos licencia para que el entremés nuevo antecedente, titulado *El teatro por dentro*, su autor D. Ramón de la Cruz, pueda representarse, mediante que de nuestra orden ha sido visto y reconocido y parece no contiene cosa alguna opuesta á nuestra santa fe y buenas costumbres.—Madrid y junio veinte y uno de mil setecientos sesenta y ocho.—*Dr. Torres.*—Por su mandado, *Bernardo Pérez.*

De representar:

Madrid 21 de junio de 1768.—Ejecútese.—*Delgado.*»

(1) T. VIII, pág. 555, de la colección del autor.

para servir el refresco,
te pongas basquiña y
collar y pendientes negros;
que saques sólo una vela
de cera en un candelero,
y haya para alumbrar otra
en la antesala, de sebo.

GABRIELA. Bien está.

D.ª MARTA ¿Dónde está el niño?

GABRIELA. Jugando está con don Pedro
á las damas; que le gusta
al señorito este juego.

D.ª MARTA ¿Niño?

NIÑO (*dentro*). Señora, ya voy.

D.ª MARTA ¿Perico?

PERICO (*dentro*). Señora.

GABRIELA. ¿Tengo
más que saber?

D.ª MARTA Por ahora
no.

GABRIELA. Pues voy á disponerlo.

(*Sale* EL NIÑO.)

NIÑO. Madre, ¿qué me manda usted?

D.ª MARTA Aguárdate.

NIÑO. ¿Qué?, ¿tenemos
visitas? ¿si me traerán
rosquillas y caramelos?

(*Sale* PERICO.)

PERICO. ¿Qué manda usted?

D.ª MARTA Que te lleves
á casa de sus abuelos
este niño, y les dirás
que ya saben sus enredos,
y se lo envío esta noche
porque no alborote el duelo.

NIÑO. ¡Ay, no, madrecita mía!
¡Por Dios, yo me estaré quieto!

D.ª MARTA ¡Cuántas palabras me das!
Anda, anda, que no te creo.
Llévale, y cuando te vuelvas
encárgale al hostelero,
por si quiere alguna amiga
tomar un bocado adentro
con disimulo (que afuera
debe estar todo muy serio)
un par de hojaldres.

NIÑO. ¿Hojaldres,
y en la lumbre está cociendo
una olla de chorizos,
que yo la he visto? No quiero
irme, que yo también soy
de Dios: perdone mi abuelo.

D.ª MARTA Pues mira que á la primera
travesura te desuello
á azotes.

NIÑO. Si digo á usted
que me estaré como un muerto.

PERICO. Coche ha parado.

D.ª MARTA Pues mira
quién es y vete al momento
á esa diligencia; y tú
ve á jugar con tus enredos,
y no salgas hasta que
te llame yo.

NIÑO. Ya lo entiendo. (*Vase.*)

(*Salen* DOÑA IGNACIA, *de luto*, D. LORENZO *y* D. EUSEBIO, *de petimetres.*)

D.ª MARTA No te sabré encarecer,
hija mía, lo que siento
haberte avisado para
visita tan triste.

D.ª IGNAC. En siendo
en tu casa, para mí
todos los ratos son buenos.
¿Cómo estás?

D.ª MARTA Muy enfadada
de tener en este tiempo
juntas todas mis amigas
y, en vez de divertimiento,
darles el chasco de que
se estén pésames fingiendo.

D.ª IGNAC. ¿Qué se ha de hacer?

D.ª MARTA Siéntate:
no digo á estos caballeros
que vuelvan, porque esta noche
todo aquí ha de ser silencio.

D. LOR. ¿Usted nos tiene por muy
habladores, según eso?

D.ª MARTA No, señor, sino que juzgo
que para estar circunspectos,
pegados contra una silla
toda la noche, teniendo
el lugar mil diversiones,
fuera el convite muy necio.

D. EUSEB. Vuestra opinión contra sí
tiene muchos argumentos,
señora: primeramente,
que el estar á los pies vuestros
debe ser para nosotros
el superior embeleso,
lo segundo, que, ¿quién quita
que unos con otros hablemos,
formando nuestra tertulia,
los hombres? Y lo tercero,
que en llamándonos ustedes
con cualesquiera pretexto,
podemos pelar la pava.

D.ª MARTA. El discurso es harto bueno;
pero ¿no véis que sería
reparado de los viejos
traer los mozos al estrado
y dejarlos?

D. LOR. Por lo mesmo
digo yo que lo mejor
de todo es mi pensamiento.

D.ª Ignac. ¿Y cuál es ese?
D. Lor. Bailar.
D.ª Marta ¿En un luto?
D. Lor. ¿Y qué tenemos?
El Carnaval y la maña
todo pueden componerlo.
D.ª Marta Sin duda ¡Que siempre estéis
de chacota, don Lorenzo!
(*Sonriéndose.*)
D.ª Ignac. No te propone una cosa
en que carezca de ejemplo.
¿La dolorida se irá
temprano?
D.ª Marta. ¡Qué sé yo de eso!
D. Lor. No darla conversación,
para que se enfade, y luego
anticipar al reloj
de campana que está adentro
las horas, que aquí estoy yo
pronto para disponerlo,
y después de que se vaya,
los de casa quedaremos,
y toda la noche es día.
D.ª Ignac. ¿Qué te parece que hicieron
en casa de doña Laura?
Apenas había vuelto
la esquina, cuando ya estaban
templando los instrumentos
para bailar.
D.ª Marta. ¿Y lo sabe?
D.ª Ignac. ¿Qué ha de saber? No por cierto.
¡No ves que se interesaban
todos los que concurrieron
en callar?
D.ª Marta. Pues de ese modo,
en estando ahí unos ciegos
á prevención para cuando
marche, está todo compuesto.
D.ª Ignac. Ya se ve.
D.ª Marta. ¿Y cómo se hará
sin que lleguen á entenderlo?
Porque si envío al criado,
hablarán ellos con ellos
y lo sabrá todo el mundo.
D. Lor. Pues yo me obligo á traerlos
y entrarlos por la cocina,
prevenidos del silencio
y recato que ha de haber
hasta que les avisemos.
D.ª Ignac. Bien está; pero cuidado
que lo han de ignorar los mesmos
concurrentes y las propias
amigas, hasta que luego
se hallen con la diversión
cuando la esperaban menos.
D.ª Marta ¿Y tendremos hartos hombres?
D. Euseb. Yo traeré dos compañeros,
prevenidos de que callen
y esperen.
D. Lor. Pues bien; quedemos
en callarlo y en tratarla
con el mayor cumplimiento
á nuestra negra visita,
para que nos deje presto.
D.ª Marta Vayan ustedes con Dios
y traten de disponerlo
por allá como quisieren.
Los dos. A vuestros pies. Hasta luego.
(*Vase.*)
D.ª Marta ¡Ay, Ignacita! ¿no sabes
ahora de lo que me acuerdo?
D.ª Ignac. ¿De qué?
D.ª Marta De que mi marido
quizá podrá no tenerlo
á bien.
D.ª Ignac. Echame la culpa
y di que yo lo he dispuesto.
D.ª Marta Está bien. Bien hayan las
amigas que saben serlo.

(*Salen, de negro,* Doña Pepa, Doña Sebastiana *y* Doña Joaquina, *muy serias, y el* Paje.)

D.ª Joaq. Que vuelva el coche á las nueve.
D.ª Marta Aguárdese usted, don Diego,
que tengo yo que decirle. (*Al paje.*)
D.ª Seb. ¿Qué hay, hija mía? Me alegro
de verte. (*Abrazos, etc.*)
D.ª Ignac. Que estés buena,
y tu pariente, celebro.
D.ª Seb. A tus pies.
D.ª Ignac. Vivas mil años.
D.ª Marta Ahorraos de cumplimientos
y sentarse. Diga usted,
(*quedo al* Paje.)
querido mío, al cochero
que no vuelva hasta las doce;
y le encargo á usté el secreto
con todo el muudo.
Paje. Y mi ama
¿qué dirá después?
D.ª Marta Yo quedo
para disculpar á usted.
Paje. De esa manera obedezco. (*Vase.*)
D.ª Marta Antes que vengan más gentes,
hijas mías, os advierto,
como es preciso guardar
la etiqueta en el refresco,
que podéis con disimulo
entraros después adentro
á tomar una ensalada.
D.ª Joaq. Cree que te lo agradezco,
que yo, como estoy así,
todo el día estoy comiendo.
D.ª Pepa. Mucho tarda tu visita.
D.ª Seb. Y extraño también su empeño
en pagarlas por ahora
la buena mujer, teniendo
inmediata la Cuaresma,

que parece mejor tiempo
de seriedad.

D.ª MARTA Y ¿qué quieres?
Ha avisado, y yo no puedo
excusarme á recibirla,
siendo parienta del muerto.

D.ª PEPA. Otro coche.

D.ª MARTA Ella será.

D.ª IGNAC. Pues todas nos mesuremos
y paciencia.

D.ª PEPA. Estas visitas
de luto las aborrezco.

(Sale DOÑA MARIANA, *de luto, y sin hablar, va dando las manos á todas, con una cortesía á la francesa, y se sienta en medio, sin hablar en un rato.)*

D.ª MAR. Me alegro de ver á ustedes
buenas.

TODAS. Nosotras tenemos
igual gusto en ver á usted.

D.ª IGNAC. Y todas compadecemos
igualmente su quebranto.

D.ª MARTA Y yo le lloro de nuevo,
como tan interesada. *(Llora.)*

D.ª MAR. A no ser por lo que debo
á las amigas, ¡cuánto ha
que fueran polvo mis huesos!
Vivan ustedes mil años.

D.ª JOAQ. Señoras, dejemos eso
y tratemos de materias
indiferentes.

D.ª IGNAC. Lo apruebo.
¿Conque estuviste el domingo
en casa de Laura?

D.ª MAR. Siento
que me toques ese punto.
Mejor será que callemos.

TODAS. ¿Por qué?

D.ª MAR. Porque la tenía
por muchacha de talento;
pero ya tengo fundado
muy diferente concepto.
¿Sabéis lo que hizo?

D.ª MARTA. Yo no.

D.ª MAR. Pues está bien manifiesto
en el lugar: que al instante
que yo me fuí se pusieron
á divertir.

TODAS. ¡Qué locura!

D.ª PEPA. Ciertamente fué mal hecho.

D.ª IGNAC. ¿Hubo baile?

D.ª MAR. Y más que baile.
Hubo tonadillas, juegos
de prendas, y hasta la una
muy dada se divertieron.

D.ª IGNAC. ¡Mire usted qué amigas ésas!

D.ª MARTA Si todo es un fingimiento
en este mundo.

TODAS. Es verdad

(Sale el NIÑO.*)*

NIÑO. ¿Madre?

D.ª MARTA Márchate allá dentro.

D.ª MAR. Déjale venir. Juanito,
llégate acá: dame un beso:
toma esta rosquilla.

D.ª SEB. Toma
este par de caramelos.

D.ª MARTA ¿No te he dicho que no salgas?

NIÑO. Señora, á preguntar vengo
si sacan luz.

D.ª MARTA Que la saquen.

D.ª MAR. ¡Qué lindo está! Vuelve luego.

NIÑO. ¿Hay más rosquillas?

D.ª MARTA *(Seria.)* ¿Muchacho?

D.ª MAR. Está gracioso en extremo.

(Salen D. JOSÉ. D. ROQUE *y* D. FERNANDO, *hacen reverencia y se sientan muy serios.)*

LOS TRES. Señoras, besoos los pies.

D.ª MARTA Buenas noches, caballeros.

D. FERN. *(Quedo.)* ¿Qué, es duro ese taburete?

D. JOSÉ. Voy á buscar un asiento
cómodo para dormir.

D. ROQUE. Pues qué, ¿estais falto de sueño?

D. JOSÉ. Es que, amigos, yo no sé
callar si no estoy durmiendo.

(Sale GABRIELA, *con luces.)*

GABRIELA. A los pies de ustedes.

D. JOSÉ. *(Riendo.)* ¡Qué
retablo de trompeteros!

D. FERN. Pues qué, ¿han de venir de gala?

D. ROQUE. ¡Qué serias están!

D. JOSÉ. Yo apuesto
no pasa una hora sin que
se alborote el gallinero.

D. ROQUE. No nos haga usted reir,
con mil santos.

D. JOSÉ Pues callemos

(Sale D. COSME, *de abate, muy serio.)*

D. COSME. Señoras, si en un dolor
el valerse del silencio
es la mayor elocuencia,
hoy ser elocuente quiero,
para ponderar, callando,
todo lo que no pondero.

D.ª MARTA Sentaos aquí en el estrado,
don Cosme.

D. COSME. Fuera supremo
honor; mas como es un caso
ver los abates en medio
de las damas cortejando
de que no se da un ejemplo,
se sonrojara el carácter
y se alborotara el pueblo.

D.ª MARTA Pues sentaos donde gustéis.

D. COSME. Satisfago obedeciendo.
(*El reloj dentro da las siete.*)
D.ª MAR. ¿Las siete? Yo juzgué era
más temprano.
D.ª IGNAC.. No por cierto.
¿No ves que ha ya más de un mes
que van los días creciendo?
D. COSME. Yo tengo las seis.
D.ª MARTA Pues vais
atrasado.
D. COSME. No lo creo;
que los abates llevamos
las cosas con mucho arreglo.
D. JOSÉ. Y sobre todo, memoria,
voluntad y entendimiento.
D.ª MARTA ¿En qué piensan mis criados
que no sacan el refresco?

(*Con el* PAJE *sacan agua, azúcar, etc.—Sale* GABRIELA.)

GABRIELA. Ya está aquí, señora.
D. JOSÉ. ¡Brava
merienda para este tiempo!
GABRIELA. ¿No toma usted?
D. COSME. Los abates
ni comemos ni bebemos,
porque no somos humanos
en obras ni en pensamientos.
D.ª MARTA ¿Qué, no tomais chocolate?
D.ª JOAQ. ¿Qué importa?
D.ª MARTA Ya veis que el duelo
no concede facultades
para otra cosa
D.ª JOAQ. Yo creo
que va á darme una congoja.
Perdonadme, que ya vuelvo. (*Vase.*)
D.ª SEB. Pepa, ¿qué tendrá la hermana?
(*Vase.*)
D.ª PEPA. Me voy allá dentro á verlo. (*Vase.*)
D. JOSÉ. Si se levanta una, todas
van á ver la casa á un tiempo.
D.ª MAR. ¿Si se habrá desazonado?
D.ª MARTA Naturalmente. Yo quedo
á acompañarte. Ve tú
(*A* DOÑA IGNACIA.)
para que nos enteremos.
D.ª IGNAC. Yo estoy asustada toda,
pero iré. (*Vase.*)
D. ROQUE. ¿No ves qué serio
y formal está el abate
y allí tan solo?
D. JOSÉ. Ese gremio
está de ridiculeces
y de pasiones exento;
con que, amigo, cuando él lo hace
razón tendrá para hacerlo.

(*Sale el* NIÑO *comiendo.*)

D.ª MAR. Ven acá, Juanito mío,
¿qué meriendas?
NIÑO. Un torrezno
que me han dado las señoras
que están merendando adentro.
Madre, ¿me da usted hojaldre?
D.ª MARTA Muchacho, ¿qué estás diciendo?
D. JOSÉ. Cuando lo dice, estudiado
lo tendrá. ¡Ay, ay, ay!
TODOS. ¿Qué es eso?
D. JOSÉ. Que me da una congojilla.
Perdonadme, que ya vuelvo. (*Vase.*
D.ª MARTA Ahora que nadie nos oye (*Quedo*),
si quieres un refrigerio,
éntrate disimulada,
le tomarás.
D.ª MAR. Lo agradezco.
(*Ap.*) ¿Habrá mayor porquería
que irse á merendar adentro
y dejarme?

(*Sale* DOÑA IGNACIA.)

D.ª IGNAC. No fué nada;
mejorcita está.
D.ª MAR. Me alegro.
D.ª MARTA. (*Ap.*) ¿Ha tomado algo?
D.ª IGNAC (*Ap. las dos.*) Muy poco;
lo dejamos para luego,
que se nos vaya esta chinche,
por el gusto de que estemos
todas juntas.
D.ª MAR. (*Ap.*) ¡Qué amistades
tan finas experimento!

(*Sale* D.ª JOAQUINA.)

D.ª JOAQ. (*A las otras dos*):
Gracias á Dios que mejora
sus horas.

(*Sale* D. JOSÉ.)

D. JOSÉ. Si no reviento
de risa esta noche, amigos,
es por reir un año entero.
D. FERN. ¿De qué? (*Aparte los tres.*)
D. JOSÉ. Escuchad quedito.
(*El reloj.*)
D.ª MAR. ¿Las ocho? ¿Está descompuesto
este reloj?
D. IGNAC. No, sino
que se pasa breve el tiempo.
D. COSME. La brevedad de la vida
es la reflexión que hacemos
cotidiana los abates
en verano y en hivierno.

(*Sale* D. EUSEBIO.)

D. EUS. Señoras, besoos los pies.

(*Sale* D. LORENZO *con* D. LINO.)

D. LOR. (*Ap.*) Ya estais servida en aquello.
D.ª MARTA ¿En qué?

D.ª IGNAC. En los ciegos, mujer.
D.ª MART Muchas gracias. Ya me acuerdo.
D.ª MAR. Todos están deseando
que me vaya, y por lo mesmo
me he de estar hasta las once.
D. EUS. Aquí, madama, os presento
este amigo.
D.ª MARTA En mala noche
viene, que estamos de duelo.
D. LINO. El sol, aunque esté entre nubes,
jamás dejó de ser bello.
TODAS. ¡Viva!
D. LINO. ¿Y aquí, ha de haber baile?
D. EUS. Ya lo veréis. (*Ap. los dos.*)
D. LINO. No lo creo:
gana me da de llorar
sólo de ver tanto negro.
D. LOR. Dentro de un rato verás
qué encarnadas las tenemos.
(*El reloj da las nueve.*)
D.ª IGNAC. ¡Jesús! ¡Las nueve son ya!
Dios quiera que vengan presto
mis criados.
D.ª MAR. Mi reloj
va con el del Buen Suceso,
y ahora son las siete y cuarto.

(*Sale el* NIÑO.)

NIÑO. Madre, preguntan los ciegos
que cuando se empieza el baile.
D.ª MAR. Hijo, diles al momento
que yo me iré, aunque sea á pie,
por no estorbar. (*Levántase.*)
D.ª MARTA Embustero,
¿qué dices?
NIÑO. Adentro están:
venga usted á ver si yo miento.
Por señas que el uno ve
y trae el violón cubierto
con una camisa verde.
D.ª MAR. Yo soy sentida en extremo
de haberos mortificado.
D.ª MARTA Aguarda, que, ya que hablemos
de veras, te contaré
cómo tenía dispuesto
que cuando te levantases
te dijera don Lorenzo...
D. LOR. (*Ap.*) No había otro más bonito.
D.ª MARTA Que, acabado el cumplimiento,
y hecha cargo de que da
muchas anchuras el tiempo,
quedases á divertirte.
D.ª MAR. ¿Mujer de tan poco seso
me juzgas, que á los dos meses
de haberse mi padre muerto
había de asistir á un baile?
D.ª SEB. ¿Hay más de que no bailemos
y que cantando tonadas
y echando estos caballeros
relaciones, divirtamos
la noche?
D.ª MAR. (*Alegre.*) Si no es más que eso,
aun mucho más que culparos,
tendría que agradeceros;
que luego que voy á casa,
de verme sola me muero.
D. COSME. Yo me iría á acompañarla;
pero hay hombres tan perversos,
que murmurarán de que
fuera un abate cortejo.
D.ª IGNAC. Ea, pues, haced que salgan
luego al instante los ciegos.
D. FERN. Que cante el ama de casa
una tonada.

(*Los criados sacan á los ciegos.*)

D.ª MARTA Primero
cantará unas seguidillas
Pepa.
D.ª PEPA. Pronta estoy.
D.ª MARTA Y luego
echará una relación
cada uno.
TODOS. No la sabemos.
D.ª IGNAC. ¿Ni usted tampoco? (*A* D. LINO.)
D. COSME. Nosotros
somos, señora, hombres serios,
que sólo nos empleamos
en sublimes ministerios;
ni acompañamos madamas
á comedias ni á paseos,
ni cortejamos, ni somos
capaces de algún defecto.
Todo en nosotros es ciencia,
virtudes y buen ejemplo.
Este traje es español;
estos rizos son aseo;
y si hubiera quien pensara
en contradecir á esto,
hay abates y ex-abates
que vendrán á defenderlo
como el asunto mayor
para lucir sus talentos. (*Vase.*)
D. JOSÉ. El abate va con mosca.
D. LOR. Dé gracias á que no tengo
licencia de responderle,
que le haría ver por cierto
que en todas las clases hay
de lo malo y de lo bueno.
Pero vamos á otra cosa,
que no se viene á argumentos
aquí, sino á divertirse.
Que mandéis, señora, os ruego
que cuelguen una cortina;
que ya que estos caballeros
no quieren representar,
solo basto para haceros
una comedia, con loa,

tonadillas é intermedios.
D.ª MARTA ¿Usted solo una comedia?
D. JOSÉ. El título será bueno.
D. LOR. *La brevedad sin sustancia*;
ved si ofrece el argumento.
TODOS. ¡Muy bien!
D. LOR. Pues ahora entro yo.
Toque la orquesta un momento,
ínterin que yo preparo
mis bártulos y comienzo. (*Vase.*)
D.ª MARTA Saca aquí más luces. (*Las saca.*)
D. JOSÉ. Gracias
á Dios que va amaneciendo.
D. LINO. Riámonos y al difunto
téngale Dios en el cielo.
D.ª MARTA Callen ustedes, que va
á empezar ya don Lorenzo.

(*Corridas las cortinas de la alcoba y mudando los trajes correspondientes con su propia ropa y capa, hace la pieza siguiente* D. LORENZO *solo.*)

LOA

(*Sale* D. LORENZO.)

Famoso y noble auditorio.
Aquí está á las plantas tuyas
la célebre compañía
de Miguelillo el de Andújar,
que, multiplicando afectos,
es en una pieza muchas.
Perdona sus graves faltas,
que algo es menester que suplas,
porque la función empiece
y la loa se concluya. (*Se entra.*)

(*La orquesta toca en los intermedios.*)

JORNADA PRIMERA

(*Dentro, música, que canta él solo.*)

«Pastores de Manzanares,
mozas de Carabanchel,
dejadme todos que muera
por la hermosa doña Inés.»

(*Dentro.*)

¡Muere á mis manos, traidor!

(*Sale.*)

¡Muerto soy! Ataja, ataja.
Ya el traidor murió á mis manos,
Inés queda desmayada,
la justicia me persigue,
la corte está alborotada,
Julio en el puente me espera,
con la mula aparejada,
y así el huir me conviene
¡Adiós, Inés adorada!
Ya tuvieron fin mis celos
y la primera jornada.

ENTREMÉS

(*Sale de pillo.*)

Beatriz de mi alma y de mi vida,
mira que traigo la cabeza hundida
con el rigor con que la vas cargando
de esa madera que se cría andando;
cesen tus iras, pues mi afecto ves,
que aquí cesa también el entremés. (*Vase.*)

TONADILLA

(*Cogiendo una silla al hombro.*)
(*Sale.*)

Yo soy un silletero
de los de ¡adobar sillas!
y con esto se acaba
la tonadilla.

JORNADA SEGUNDA

Quiero ver lo que me dice
doña Inés en esta carta.

(*Lee.*)

«Hipólito: Con tu ausencia
fallece una desdichada.
Ven luego. Tu esposa, Inés.
A Hipólito el de Cazalla».
¡Oh mil veces venturoso
yo, pues mi dueño me llama!
De ti, Portugal, me ausento
á ver mi prenda adorada.
El cielo me dé fortuna
en la tercera jornada (*Vase.*)

SAINETE

(*Sale de majo.*)

Las cuatro son de la tarde;
ya es hora de ir hacia el Prado
á ver si hay alguna moza
que me pegue algún petardo.
Mas ¿quien mete á Juan de Huete
si arremete ó no arremete?
Mejor será dar fin á este sainete.

TONADILLA

Esta es la tonadilla
y este es el tono
y estas son las chuladas
de Valdemoro.
¿Qué pides, Paco?
Que demos fin al cuento
porque va largo.
Y agur, señores,
y agur, madamas,
que la tonadillita se acaba. (*Vase.*)

JORNADA TERCERA

(*Sale.*)

Cielos, ya estoy á la vista
de mi prenda idolatrada.
Sus padres son muy gustosos
de que se unan nuestras almas.
Ya fué el coche por el cura,
ya me esperan, ya me llaman.
¡Oh gustos, oh regocijos,
oh alegrías no esperadas!
Y aquí, Senado discreto,
la gran comedia se acaba
de *La más constante Ines*
y brevedad sin sustancia.

D.ª MAR. ¡Vítor! Ha estado gracioso.
D.ª IGNAC. Pues ahora todos queremos
que cantéis alguna cosa.
(A D.ª MARTA.)
D.ª MARTA Vamos allá.
D.ª MAR. Y con esto
se concluirá la visita.
D. JOSÉ. Y ¿esta es visita de duelo?
D. LOR. En muchas he visto yo
pasos más cómicos que éstos.

APÉNDICE [1]

I

Las Segadoras.

ZARZUELA BURLESCA EN DOS ACTOS, POR DON RAMÓN DE LA CRUZ CANO Y OLMEDILLA, ETC., PUESTA EN MÚSICA POR EL MAESTRO DON ANTONIO RODRÍGUEZ DE HITA, ETC.

Para representarse por las compañías de esta villa en el Coliseo del Príncipe las noches de verano de este año de 1768.—Con permiso. En Madrid, en la imprenta de D. Antonio Muñoz del Valle, calle del Carmen.

¿Quid ergo possum facere tibi, lector caro,
si nec fabelae te juvant nec fabulae?
Noli molestus esse omnino literis,
majorem exhibeant ne tibi molestiam.

(Fedro, á los censores de sus fábulas en la V del libro IV, cuyo título es, por más señas: *Stultus, nisi quod, ipse facit, nihil rectum putat.*)

ADVERTENCIA DEL AUTOR AL PÚBLICO. No se anticipa en prosa el asunto de este drama, porque no se necesita para su inteligencia más que la atención cuando se represente; ni la idea tiene otro origen que haber parecido oportuna la de SEGADORAS para la estación, y de las más adaptables á la música jocosa, imitando las demás piezas de esta clase que conocemos y se han representado con vuestra aceptación.

Si ésta la merece, veré cumplidas todas las pretensiones de mi obediencia y de mi aplicación, y cuando sea fatal en el concepto de los inteligentes (que los demás no hacen opinión) quedo con la serenidad de un Anaxágoras, para responder lo que este filósofo á quien le trajo la nueva de la desgracia de su hijo: *Sciebam me genuisse mortalem.*

OTRA.—Si hubiese alguna variedad en alguna aria ó corte en el diálogo, se servirá el público disimularlo, atendiendo á que todo será por solicitar su mayor satisfacción.

PERSONAS

MARI-PELAYA, hija de EL TÍO DOMINGO	*Sra. Francisca Ladvenant.*
EL TÍO DOMINGO, capataz	*Antonio de Prado.*
CECILIA, hermana de SANTIAGO	*Sra. María Ordóñez.*
TOMASA, hermana de PERICO	*Sra. Teresa Segura.*
SANTIAGO	*Diego Coronado.*
PERICO	*Gabriel López.*
D. MANUEL, caballero de Madrid	*Ambrosio de Fuentes.*
LORENZA, criada de D. MANUEL	*Sra. Casimira Blanco.*

SEGADORAS Y SEGADORES.—CRIADOS.—VILLANOS.

(*La escena se representa en Vallecas.*)

LAS SEGADORAS

ZARZUELA BURLESCA

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

El teatro representa una dilatada y amena campiña con una haza de trigo en sazón, que están segando el TÍO DOMINGO *con otros segadores, y detrás, recogiendo los manojos y formando los haces, que después conducen á un carro con dos mulas, que estará, á la izquierda,* MARI-PELAYA, *seguida de otras cuatro graciosas segadoras.* TOMASA *está á un lado sentada atando su hoz, y á su lado con una gaita,* SANTIAGO, *y al otro lado estará* PERICO *haciendo extremos de pesar con la hoz en la mano, mirando á veces á* CECILIA, *que se divierte en formar un ramo de flores silvestres que va recogiendo.*

CORO. Hermoso planeta,
templa los ardores,
y á los segadores
trata con piedad.

CECILIA. La estación fogosa,
que el ánimo calma,
semeja del alma
la tranquilidad.

TOMASA. El sol que al bien mío
le causa desmayos
no vibre sus rayos
con tanta impiedad.

CORO. Hermoso planeta,
templa los ardores,
y á los segadores
trata con piedad.

PERICO. Aun más que las iras
del sol que acalora
de mi segadora
me siento abrasar.

S. Y T. Quien sufre la llama
de amor más severa,
tibia considera
del sol la crueldad.

CECILIA. Frescas florecillas,
adornad mi pecho,
libre y satisfecho
de simplicidad.

CORO. Hermoso planeta,
templa los ardores, etc.

(*Cargado el carro, marcha; cesa el coro, y quedándose todos en la propia acción que estaban, sale á la punta del tablado ó al medio* MARI-PELAYA *y representa.*)

PELAYA. Padre, padre; mire usted
si puede la desvergüenza
llegar á más, y si yo
me quejo de balde. Venga,
venga usté acá y verá cómo
estos señores se huelgan
entretanto que cada uno

(1) Publicamos como apéndice las dos zarzuelas que siguen, á fin de que pueda juzgarse cómo D. RAMÓN DE LA CRUZ entendía y practicaba este género dramático, del que también fué el verdadero fundador. Si en los demás volúmenes quedase espacio, daríamos también alguna otra muestra.

de nosotros se revienta
para ganar el jornal.

CECILIA. Mari-Pelaya, no seas
amiga de meter cuentos.

TOMASA. Ahórranos una quimera
con tu padre; así disfrutes
de tu amor cuando le tengas.

PELAYA. No quiero; que eso de amar
con tanto descanso y flema
es bueno para las gentes
que nacen con mucha renta;
y sólo deben los pobres
galantear los días de fiesta
ó por la noche, y aun esto
ha de ser á la ligera.

SANTIAGO. Pues yo, al contrario, te pido
que hables hasta que la lengua
te se caiga ó te se salga
de la boca un palmo fuera.
¿Qué se nos da de su padre
ni toda su parentela
á nosotros? ¿Es acaso
nuestro padre de conciencia,
nuestro amo, ni nuestro alcalde?

PELAYA. Es capataz de la siega,
y es el que os ha acomodado
para que comais en ésta
que estamos, que es del más rico
caballero de Vallecas.

PERICO (*Ap.*) ¡Malhaya él y malhaya
la hora que de mi tierra
salí para ver la suya!

SANTIAGO. Tú eres una picotera
y una envidiosa, Pelaya,
y estas son mañas tan viejas
en ti, que por eso no hay
mujer ni hombre que te quiera.
Y eres de la condición
de los perros de las huertas,
que porque no comen fruta
muerden al que va á cogerla.
Ya sabes que te conozco.
Hija mía, ten paciencia,
que para pretender vale
más la maña que la fuerza.

PELAYA. ¿Y qué es lo que yo pretendo?

SANTIAGO. Calla, porque si me aprietas
te diré en tu cara propia
que ha más de un año que piensas
en casarte, con tal ansia,
que miras bien á cualquiera
de nosotros y muy mal
á cualquier paisana bella
que ves que nos favorece;
de modo que no nos dejas
galantear á sol ni á sombra;
que si puedes nos enredas;
y que todos te tememos
más que á las malas cosechas,
porque eres entremetida,
maliciosa y pedigüeña.
Con que calla, ó digo tus
faltas al pie de la letra.

PERICO. No, hombre; más vale que calles,
porque no es razón que pierda
por tu boca su acomodo
ninguna pobre doncella.

PELAYA. En toda mi vida he oído
juntas tantas desvergüenzas;
pero yo me vengaré.
¡Padre! ¡Padre!

TÍO DOM. ¿Que voceas?

PELAYA. Que vea usted cómo todos
éstos el jornal se llevan
de balde, y así no sirve
que usted tomase esta hacienda
para segarla á destajo,
si usted solo no la siega
conmigo; pues los demás,
con muy poca diferencia,
están todos poseídos
del amor y la pereza.

TÍO DOM. ¡Hola! Si digo yo bien
que el mundo es una miseria.
Yo os aseguro, bribones,
que ajuste de otra manera
mi jornal, y que os vais á
buscar la madre gallega.

TOMASA. ¿Y quién es usted para eso,
tío Domingo?

TÍO DOM. ¿Y quién es ella
para replicarme á mí?

PERICO. Vaya, dejemos la fiesta
empezada, tío Domingo,
y para nada se meta
con las mozas, que, aunque pobres,
no falta quien las defienda.

SANTIAGO. Usté vaya á ver al amo
y dígale lo que quiera;
pero yo le juro á usted
que, como por acá vuelva,
no se le ha de olvidar el
recibimiento que tenga.

TÍO DOM. ¿Y qué me quieres decir
en eso?

SANTIAGO. Una friolera.
Vaya usted, que yo le ofrezco
explicárselo á la vuelta.

PELAYA. ¿Lo veis? Ni por mayoral
ni por anciano os respetan.
No hemos traído peor gente
año ninguno á la siega.

TÍO DOM. Hija, desde que las canas
se cortan y no se peinan,
que solamente en hacer
pelucas blondas se emplean,
ningún mozuelo, ni noble,
ni plebeyo, las venera.

Pero yo haré que respeten
estas pocas que me quedan.

Aunque me veis, canalla,
tan viejo y achacoso,
trémulo, legañoso,
ético y gargajiento,
me sobra mucho aliento
para entrambos á dos.
La cólera me ahoga,
¡eje! la tos me asalta,
¡eje! ¡eje! ¡qué droga!
¡Bah, bah! la voz me falta;
y yo ¡eje! os lo dijera
como no me afligiera
el diablo de la tos.

Escena II

Los mismos, menos el Tío Domingo.

Pelaya. Mi padre con estas cosas
se sofoca y se acelera
la muerte. Más de cien años
de vida le quitan vuestras
historias. Capaces sois
de obligarle á que se muera
Perico. Muérase como pudiere,
que á mí nadie me consuela,
y las historias de otros
me tienen en una prensa.
Santiago. Perico, ¿que es lo que tienes
estos días, que te muestras
tan tristote, comes poco,
y cuando á dormir te echas
conmigo, me das patadas,
suspiras y te revuelcas?
Perico. Tengo poco y tengo mucho.
Santiago. ¿Y quien quieres que te entienda?
Perico. Tengo poco gusto y tengo
los pesares á docenas,
como sartas de chorizos.
Tomasa. ¿Tienes dolor de cabeza,
hermano mío?
Perico. No, hermana.
Cecilia. Según el pobre se queja,
lo que suspira y escupe,
y lo poco que sosiega,
sin poder mascar tampoco,
parece dolor de muelas.
Tomasa. Pues, tonto, si es eso dílo,
que yo buscaré una yerba
con que te se caigan todas
antes que otra vez te duelan.
Santiago. Buen consuelo es.
Perico. Siempre son
así los consuelos de ellas.
Santiago. Pero, hombre, con un amigo,
de quien ser mañana esperas
cuñado doble, supuesto
la contrata que está hecha
de que tu hermana sea mía
y la mía tuya sea...
Pel. (*Ap.*) Muy bien dispuesto; y que yo
quede tocando tabletas.
Santiago. ¿Por qué no te desahogas
y se hará lo que se pueda?
Per. (*Ap. á él*) Dices bien. Vamos al bosque,
y allí donde nadie vea
que llora un hombre con barbas,
soltaré el chorro á mi pena.
Santiago. Ya el sol llega al medio día:
segadores, á la siesta,
y diviértase la gente
mientras la comida llega.
Tomasa. No te vayas, que aun no es tarde,
y ya vendrán á traerla
los criados.
Pelaya. Déjalos,
que, como está el lugar cerca,
van á ver qué tales son
las muchachas de Vallecas.
Santiago. Maliciosa, si ya sabes
que no falta quien me quiera
en casa, ¿para qué he de ir
tocando puertas ajenas?
Pelaya. ¡Qué vano es este Santiago!
Santiago. Y tú, Pelaya, ¡qué necia!
Perico. ¿Vamos ó no vamos?
Santiago. Sí,
repitiendo con la gresca
de los compañeros, cuyas
acordadas gaitas suenan...

(*Con el* Coro.)

Hermoso planeta,
templa los ardores, etc.

(*Habiendo dejado todos el trabajo, luego que* Santiago *dijo que era medio día, toman los segadores sus gaitas y se esparcen cantando.*)

Escena III

Mari-Pelaya, Tomasa, Cecilia.

Pelaya. Cecilia, Tomasa, oid,
que os tengo que decir mientras
es hora de ir á comer.
Cecilia. Ya es hora: así lo trajeran,
pues, según el sol, apuesto
á que son las doce y media.
Pelaya. ¿Sabéis quién tiene la culpa?
Tomasa. Sí, la señora Lorenza,
que es la que manda la casa
del amo, y hasta que á ella
se le antoja, no les pone
las comidas en las cestas
á los mozos que la traen.
Cecilia. ¡Y qué grande cicatera

debe ser! Cada bocado
que una come se le acecha.

TOMASA. Y el otro día, porque
rompimos una cazuela
esportillada, ya visteis
las voces y la quimera
que hubo, y luego juró
que ha de comprar otra nueva
y nos lo ha de desquitar
de lo que importe la siega.

CECILIA. ¡Qué ruindad!

TOMASA. Lo que yo extraño
es que el amo lo consienta,
que parece un buen señor.

PELAYA. ¡Que seais las dos tan bestias!
Pues ¿no veis que el amo es viudo
reciente y que sólo piensa
en rezar por su mujer?
Pues sacad en consecuencia
que ella es la que hace y deshace
en la casa y le maneja.

TOMASA. Que ella sola le maneje,
no es difícil que lo crea;
pero eso de estar rezando
siempre por la mujer muerta,
es mentira, que lo más
del día pasa en las eras
con nosotras, y hasta ahora
nunca he oído lo que reza.

CECILIA. No reza; dice unas cosas,
qué sé yo cómo, á manera
de las que hay en los cantares
ó dicen en las comedias.

PELAYA. Cecilia, tú eres muy tonta;
y tú eres también muy necia,
Tomasa.

TOMASA. Dinos por qué,
ya que tú eres tan discreta.

PELAYA. Porque escuchais á los hombres.

CECILIA. ¿Qué hemos de hacer cuando ven-[gan
á hablarnos?

PELAYA. ¿Qué habeis de hacer?
Poneros graves y serias;
y si os dicen cualquier cosa,
ó no volverlos respuesta
ó enviarlos muy noramala.

TOMASA. Pues iremos á otra escuela
á aprender, porque en la tuya
más parece que se enseña
á buscarlos cuando huyen
que á despedir los que llegan.

PELAYA. Es que yo, amigas, percibo
sus malicias y sus tretas;
y, como dicen, cuando ellos
vienen ya estoy yo de vuelta.

CECILIA. A mí se me da muy poco
de que vayas ó que vuelvas;
que sólo formar guirnaldas
de las flores me deleita,
y, por no oirte, me voy
á divertir en cogerlas.

La florecilla
que, maravilla
siendo del prado,
ha blasonado
su libertad,
presto cortada
y aprisionada
tendrá en su engaño
buen desengaño
su libertad.

ESCENA IV

PELAYA y TOMASA.

PELAYA. ¡Qué tonta es esta Cecilia!
Por Dios, Tomasa, que aprendas
á vivir, pues son los hombres
de tan maldita ralea,
que con ellos no nos sirve
ni ser simples ni ser diestras.
Son pescadores que, ansiosos,
a tiento las redes echan,
y lo mismo se les da
sacar peces que culebras.

TOMASA. Yo no entiendo de esas cosas;
sólo sé que me contenta
Santiago, y que luego que
acabemos la faena
del verano, si Dios quiere,
nos casaremos.

PELAYA. ¡Que seas
tan tonta! ¿Casarte? ¿Sabes,
Tomasa, si tal hicieras,
á lo que te exponías? Oye,
mujer, á ver si escarmientas.
Te exponías á que muchos
te zumbasen y te hundieran
á matraca.

TOMASA. Reirse, como
otras novias que la llevan.

PELAYA. También te expones á que
te sofoque la vergüenza
el día que sepan todos
que con un hombre te acuestas.

TOMASA. Pues se puede disponer
de modo que no lo sepan.

PELAYA. Te expones á ser tratada
mucho peor que una negra
y á llevar muchos de palos.

TOMASA. Todo lo hace la paciencia.

PELAYA. Si tienes hijos, tendrás
treinta mil impertinencias
que sufrir y muchas noches
malas.

TOMASA. Otras habrá buenas;

y con prudencia y lealtad,
si alguna vez Dios aprieta
con trabajos, pesan menos
cuando entre dos se sollevan.

PELAYA. ¿Tan á la mano tendrás
la lealtad y la prudencia?

TOMASA. Sí, hija; y no sólo á la mano,
sino también á la lengua
y á los ojos, porque es joya
la lealtad, según mi abuela
decía, que tiene mala
compostura si se quiebra.

PELAYA. Eso era entonces, que estaban
aun las artes imperfectas
en España; ahora ya todo
cuanto se rompe se suelda.

TOMASA. Sin embargo, cada uno
debe cuidar de su hacienda.

PELAYA. Y qué, ¿te parece á ti
que vivirás sin quimeras
si te casas?

TOMASA. Puede ser.

PELAYA. ¿Por qué así te lisongeas?

TOMASA. Porque cuando uno no quiere,
dos no riñen; y quien lleva
buen fin, por cualquier camino
que vaya jamás recela.

ARIA.

La inocente corderilla,
que sencilla
por el prado
va siguiendo su ganado,
no se asombra
del cayado con la sombra,
ni del cáñamo torcido
al estallido,
ni se asusta
al oir la voz robusta
del más bárbaro pastor.
Y del pastor amada
por dócil y por honrada,
la coge entre sus brazos
y con tiernos abrazos
dulce amor la tributa,
y siempre disfruta
del pasto mejor.

ESCENA V.

PELAYA; *luego* LORENZA *con los mozos que traen la comida en cestas sobre la cabeza, y vino, etc.*

PELAYA. ¡Hoy día que adelantada
está la naturaleza!
Se ven por ahí unas mozas
que no saben dar respuesta
si las dan los buenos días;
pero para echar sus cuentas
y despachar sus negocios,
la mejor es la más lerda.
¿De qué me sirve á mi ser
la más hábil entre ellas,
ser hija del capataz
y no ser, al fin, tan fea
ni desaliñada que
entre la ropa grosera
no se descubra que tengo
cierto aire de petimetra,
si veo que logran las tontas
más, aunque menos merezcan?
Mari-Pelaya, es preciso
tomar una providencia
ejecutiva y formal
en esto, que ya es materia
de honor, y no solamente
te has de contentar con esa
canalla de segadores,
que has de aspirar á otra empresa
más ardua. El amo está viudo,
y el alivio de sus penas
dice que somos nosotras.
Pues bien está; ¿no pudiera
esto enredarse de modo.....?
Pero allí viene Lorenza,
su criada, con la gente
y la comida. Pues, ea,
vamos á ver si podemos
ganar el corazón de ésta
lo primero, que después
el tiempo dirá la senda
por donde hemos de llegar
á la posada. La idea
es difícil, pero nadie
puede ganar si no juega;
y en fin, por algo se dijo:
ó perdiz ó no comerla.

CORO DE MOZOS DE LABRANZA CON LORENZA.

Cuando sale á los campos
mi labradora
¡hola, hola!
las aves enmudecen
y el sol se emboba;
¡hola, hola!
porque no la hay más linda
ni más briosa.

LORENZA. Es lo mejor en ella
lo desdeñosa;
¡hola, hola!
pues, como á nadie quiere,
todos la adoran.

CORO. Porque no la hay más linda
ni más briosa.

LORENZA. ¿Que es esto, Mari-Pelaya?
¿Cómo tan sola te quedas
en el campo, cuando todos

se recogen á la fresca
sombra de álamos y sauces
á disfrutar de la siesta?

PELAYA. Por no estar con ellos yo
soy capaz de ir á Ginebra.

LORENZA. Pues ¿qué mal te hacen?

PELAYA. Ninguno.

LORENZA. Pues si no, ¿de qué te quejas?

PELAYA. No me hacen daño formal,
como quebrarme una pierna,
hartarme de bofetadas
ó romperme la cabeza;
pero me dan mal ejemplo,
y esto, señora Lorenza,
ya ve usted que es muy sensible
para quien tiene vergüenza
y que no tiene otro dote,
para cuando se le ofrezca
casarse, que su opinión
y su honra mala ó buena.

LORENZA. Pues á mí me ha parecido
que todas tus compañeras
son unas mozas honradas,
aplicadas y modestas.

PELAYA. Eso sí; ellas tienen arte
para engañar á cualquiera.

LORENZA. Pues ¿qué hacen?

PELAYA. Hay muchas cosas
que no deben las doncellas
explicarlas.

LORENZA. Ya te entiendo,
que, aunque también soy soltera,
catorce años de Madrid
habilitan la más necia.

PELAYA. Lo que deseara yo,
señora doña Lorenza...

LORENZA. Para servirte, hija mía.

PELAYA. Es que el amo conociera
sus malicias, y advirtiese
que á un señor de tantas prendas
no le está bien el tratarse
familiarmente con ellas,
y que tendrá mal partido,
porque son tan zalameras,
la Cecilia especialmente,
que le pegará cuarenta
petardos, y dirá luego
que el amo la galantea,
que la ofrece montes de oro
y que todo lo desprecia.

LORENZA. La verdad, Pelaya mía,
¿lo que dices es de veras?

PELAYA. Pues, á no serlo, ¿soy yo
mujer que lo supusiera?
Es verdad y muy verdad.

LORENZA. Pues, hija, cuando le veas,
te he de deber que le digas
eso y más que te se ofrezca,
si quieres, cuando te vayas,
llevar la alforja bien llena.

PELAYA. Pero también es preciso
que usted, para que me crea,
le imponga en que aquí ninguna
hay sino yo que sea buena;
le pondere mi buen genio,
mi discreción, mi modestia
y mi cariño...

LORENZA. Eso no,
porque no me tiene cuenta
que se incline á ti tampoco,
pues en caso que quisiera
volver á tomar estado,
sin reparar en grandezas,
yo he llegado antes que tú.

PELAYA. ¡Jesús! Señora Lorenza,
¡qué maliciosa es usted!
¡Yo casarme! ¿Quien tal piensa?
¿Hay en el mundo quién más
á los hombres aborrezca?
¿Acaso hay alguno bueno?

LORENZA. Pocos son, pero se encuentran.

PELAYA. No lo creo, porque en todos
hay alguna maña de éstas.

Si son petimetres,
no tienen dinero;
si son caballeros,
son largos de manos;
en siendo villanos,
son muy maliciosos;
los viejos, celosos;
los mozos, traviesos;
los que tienen pesos,
los saben guardar;
los que son garbosos
no tienen que dar;
y si alguno hay fino,
será un peregrino
en Jerusalén.
Si alguno rendido
nos ama constante,
al verse marido
separa lo amante;
y no hay quien le aguante
si es hombre de bien.

LORENZA. Oye, oye, Mari-Pelaya.

PELAYA. ¿Qué me manda usted?

LORENZA. Espera,
iremos juntas, supuesto
que también voy á las eras
para entregar la comida.
Y siga la cantinela,
porque del sol y camino
las fatigas se diviertan

CORO. ¡Hola, hola!
Cuando sale á los campos
mi labradora, etc.

Escena VI

Bosque.

Perico y Santiago.

Santiago. Vaya, Perico, ya estamos
en la parte más espesa
del bosque, donde no es fácil
que nos oiga ni nos vea
nadie. Dime, ¿qué te aflige?
Perico. ¡Que te lo diga! ¡Esa es buena!
Pues qué, ¿no lo sabes tú?
Santiago. ¿Cómo quieres que yo sepa
lo que tienes allá dentro?
Perico. ¡Ay, Santiago, si me vieras
el corazón!
Santiago. Pues ¿qué tienes
en él?
Perico. Una sarna perra,
que me está picando, y como
no es posible que uno pueda
rascarse donde le pica,
me escuece que me revienta.
Santiago. Hablemos claro, Perico.
Tú has visto alguna mozuela
más de tu gusto que mi
hermana Cecilia, y piensas
abandonar el contrato
nuestro y casarte con ella.
Pues eso, míralo bien;
y advierto que te prevengas
bien de armas ó te dispongas
á morir si tal intentas,
porque yo te he de matar,
que ya saben en la tierra
que los dos somos cuñados,
y si saben que la dejas,
mormurarán y dirá
cada uno lo que quiera;
y más cuando ella te estima
á ti con tanta fineza.
Perico. ¿Ella me quiere á mí?
Santiago. Mucho.
Perico. Vaya, Santiago, no mientas.
Santiago. Pues si no, dime, ¿á quién quiere?
Perico. Pregúntaselo tú á ella.
Lo que yo sé, que no hay forma,
si la llamo, de que venga;
si la hablo, de que escuche;
de llorar, si tengo penas;
ni de cantar, si yo toco
mi gaita; y, para más prueba,
si algo la doy, no lo toma.
Mira si es fácil que quiera
una mujer que no pide
ni toma cuando la ruegan.
Santiago. Vaya, hombre, esas son quejitas,
y es menester componerlas.
Perico. No es sino que me aborrece.
Santiago. Pues déjalo por mi cuenta,
que yo la pillaré á solas
y haré que te favorezca
desde hoy á diestro y siniestro,
ó la cortaré las piernas.
Perico. Dios te lo pague. Mas oyes:
ya que tan fino te muestras
conmigo, disponlo presto
y procura andar alerta,
porque hay enemigo que anda
buscando espías secretas
para asaltar de Cecilia
la inocente fortaleza.
Santiago. ¿Y es eso cierto?
Perico. Tan cierto
como que, á falta de viejas,
han confiado de mí
una comisión tan seria.
Santiago. Si yo indagara quién es,
aunque mañana supiera
que me habían de ahorcar...
Perico. Aguarda,
que quiero yo que lo sepas.
El amo ha sido.
Santiago. ¡Hola! ¿El amo?
(*Aparte.*) ¡Dios mío, que bueno fuera
que se inclinase á mi hermana
y se casara con ella!
Con que el amo... ¿Y qué te dijo?
Perico. Parece que se sosiega
tu cólera.
Santiago. Es que es preciso
pensar ya de otra manera.
En fin, Perico, ¿qué
te mandó la dijeras?
Perico. ¿No has llevado tú recados
alguna vez en tu tierra?
Santiago. Yo no.
Perico. Pues ni yo tampoco;
y aunque allí tuve paciencia
para escuchar, no la tengo
para repetirlo.
Santiago. Deja
eso y no te encolerices
por iguales bagatelas.
Perico. Una vez que tú me dices
que corre ya de tu cuenta
el casarme con tu hermana,
ninguna cosa me altera.
Santiago. Yo sólo te doy palabra
de hacer aquello que pueda
buenamente y poco á poco,
porque son estas materias
muy escrupulosas para
entrar uno á disponerlas
á sangre y fuego, y ya tú
sabes lo que son las hembras.
Perico. ¿Yo de qué lo he de saber,

si es ésta la vez primera
que galanteo?

SANTIAGO. Pues oye
una lección breve y cierta:

Son las mujeres varias
aun más que sus semblantes,
y son extravagantes
todas en el pensar.
Si dicen que no,
allí se acabó;
si dicen que sí,
se van por allí.
Si son zalameras,
son muy embusteras;
si son desdeñosas,
son muy caprichosas.|
Las que son bonitas,
esas son malditas;
las que son horribles,
son más insufribles.
Y feas, amables,
bonitas, mudables,
sea justo ó injusto.
no tienen más gusto
que hacernos rabiar.

ESCENA VII

PERICO; *despues* DON MANUEL, *de caza*.

PERICO. Este Santiago, sin duda
que tiene muy mala lengua;
pues si fuesen las mujeres
del modo que las bosqueja,
¿se verían tantos hombres
perdidos por complacerlas?
Discúrrase, cuando hay unos
que malbaratan su hacienda
por unas, y otros por otras
perdiendo sus conveniencias
y su opinión, y otros muchos
que por el mundo se encuentran
cayéndoseles la baba
hasta morirse por ellas,
si lo harían á no saber
que son las mujeres buenas...
¡Y cómo que lo serán!
Dios las bendiga y defienda
de los falsos testimonios
que las levanta cualquiera
con tanta razón y tanta
justicia... Pero aquí llega
don Manuel, y ya me ha visto.
Dios me la depare buena.

D. MAN. ¿Periquillo?

PERICO. Señor amó.

D. MAN. ¿Has hecho la diligencia
que te encargué?

PERICO. No, señor,

D. MAN. Alabo la desvergüenza
de responderme.

PERICO. Pues qué,
¿fuera mejor que mintiera?

D. MAN. No; pero el que yo estuviese
obedecido lo fuera.

PERICO. ¿En qué?

D. MAN. En aquel recadito
que sabes que te dí, bestia.

PERICO. ¿Para quién?

D. MAN. Para Cecilia.

PERICO. ¿Cuándo?

D. MAN. ¿Pues qué, no te acuerdas?

PERICO. No, señor; una memoria
tengo de una sanguijuela.

D. MAN. Anoche; y aun te ofrecí
cien realitos, por más señas,
porque lo hicieses con toda
eficacia y con reserva.

PERICO. Pues no puedo por cien reales
hacerlo.

D. MAN. Pues dí, no temas:
¿cuánto quieres?

PERICO. Otro tanto
como Cecilia me cuesta
á mí.

D. MAN. Pues ¿qué te ha costado?

PERICO. ¿Entiende usté algo de cuentas?

D. MAN. Mucho.

PERICO. Pues ved cuánto suman
las cuatro partidas de ésta:

Me cuesta el corazón...
apunte usté un doblón.
Me cuesta eterno llanto...
apunte usted otro tanto.
Me cuesta mil pasiones...
ponga usted mil doblones.
Me cuesta su desprecio...
no le pongais el precio,
pues sólo el acordarme
temo que ha de costarme
la vida y libertad.

ESCENA VIII

DON MANUEL; *luego* CECILIA.

D. MAN. Sin duda que este vinagre
á Cecilia galantea.
Pero ¿qué es lo que estoy viendo,
ojos míos? ¿No es aquélla
que aquí viene acelerada
y ansiosa...?

CECILIA. ¡Que no le vea!
¡Santiago, Santiago!

D. MAN. ¿A dónde
vas, segadorita bella?

Cecilia. Donde me llevan los pies.
D. Man. ¿Y sabes dónde te llevan?
Cecilia. No.
D. Man. Pues yo te lo diré.
Cecilia. Ojalá usted me dijera
adonde hallaré á mi hermano,
que se ha ido á la hora mesma
de comer yo no sé dónde.
D. Man. ¡Oh, quién la dicha tuviera
de ser tu hermano!
Cecilia. Pues qué,
¿no sois hijo de Adán y Eva?
D. Man. Sí.
Cecilia. Pues ya somos hermanos.
D. Man. Es verdad; mas considera
que ese parentesco viene
de muy lejos y por fuerza.
Cecilia. ¿Y qué culpa tengo yo?
D. Man. No la tienes, pero piensa
en que Amor pudiera hacernos
parientes desde más cerca.
Cecilia. ¿Y quién es Amor?
D. Man. Un Dios
cuya autoridad suprema
verás que lo puede todo.
Cecilia. Usté es hereje. En mi tierra
sólo hay un Dios poderoso,
y desde que iba á la escuela
he oído que á los que dicen
cosa contraria los queman.
¡Fuego de Dios, y qué gentes
hay en Castilla la Nueva!
D. Man. Oye, boba. La deidad
de amor es deidad supuesta,
por lo poderosa que es
una pasión que fomenta
con prodigiosos efectos
en el pecho que se hospeda.
¿Lo entiendes?
Cecilia. Yo, no señor,
ni he oído hablar esa lengua
en mi vida, aunque en lo dulce
parece que es portuguesa.
D. Man. ¿Conque ignoras los primores
de amor y las conveniencias
suyas en todos estados?
Cecilia. Si en mi lugar no hay escuela
mas que de leer, escribir
y contar, hacer calcetas,
camisas y calzoncillos,
¿cómo es fácil que lo sepa?
D. Man. (*Ap.*) (Véase casi perdida
una muchacha de bella
disposición, que mañana
pudiera ser la primera
á dar gloria á la nación
en cualquiera concurrencia
por faltas de cuatro amigas
que la tomen por su cuenta.)
(*A ella.*) Lástima me das, muchacha.
Cecilia. Señor, lo que me consuela
es que sé ganar el pan
y me sabe bien á secas.

Una simple segadora,
del calor mortificada
y al cultivo solo dada
de los granos y las flores,
mal entiende los primores
de tan extraña pasión.
Mas, cielos, el sonido
que Amor hizo al oído
mi pecho ha penetrado
y al punto ha despertado
mi dócil corazón.
Oíga usted con atención,
sentirá unos sonecitos
que golpean igualitos
á manera de un relox,
lo, lilo, lilo, lilo,
lo, lilo, lilo, lilo,
¡Ay, de mí! ¿Quién me ha inquietado
¡Ay de mí!, que ha despertado
mi dormido corazón?

Escena IX

Don Manuel; *luego* Lorenza.

D. Man. ¡Cecilia...! Pero según
veloces sus plantas vuelan,
parece que por el aire
las alas de Amor la llevan.
¡Cecilia, Cecilia! aguarda.
Lorenza. ¿Qué es esto, señor?
D. Man. Espera.
Lorenza. ¿Donde vais tan aturdido?
¿Qué descompostura es ésta?
D. Man. Lorenza, ¿has visto á Cecilia?
Lorenza. Que esté de aquí cuatro leguas,
¿qué le importa á usted?
D. Man. Me importa
mucho más de lo que puedas
presumir.
Lorenza. Señor, usted
ha perdido la chaveta.
D. Man. Según eso, no has notado
de Cecilia la inocencia
y aquel rostro.
Lorenza. Pues ¿hay otra
más pícara ni más fea
entre toda la cuadrilla
de segadoras? La pena
de la muerte de mi ama
le hace á usted andar á vueltas
con el juicio. Señor, vamos
á casa. Mirad que es fuerza
poneros un defensivo

que el cerebro os humedezca
antes que os volvais del todo
loco, y poner la calesa
para volver á Madrid,
donde con cuatro comedias
y cuatro fiestas de toros
los pesares se diviertan
y se disipe ese ramo
de locura que os molesta.
¡Qué lástima de señor!

D. MAN. Yo creo que tú, Lorenza,
eres quien se ha vuelto loca;
pues ¿qué acciones descompuestas
has visto en mí?

LORENZA. ¡Ahí no es nada!
Llamar inocente y bella
á una segadora que
sólo le falta ser negra
para espantar, y, á más de esto,
más ladrona y embustera
que una gitana andaluza,
que anda con la estratagema
de hacer el mondiú, chupando
cuanto hay en las faltriqueras.

D. MAN. Mujer, calla, que no puedo
aguantar tus insolencias.
Cecilia es muy linda moza,
muy humilde y muy modesta.

LORENZA. Buen provecho. ¿Cuánto va
que se casa usted con ella?

D. MAN. Oyes, no es muy imposible.

LORENZA. ¡Ah! Si alzara la cabeza
la que pudre, ¿que diría?

D. MAN. Lo que otras muchas dijeran,
si resucitaran, quince
días después que están muertas.
Y, en fin, yo soy solo el amo
de mi casa y de mi hacienda,
y á mis criados los tengo
para que me sirvan, mientras
que los mantengo y los pago
su sueldo en buena moneda,
y no para consejeros.
Con que así, usted no se meta
en más de lo que la manden,
ó busque otra convenencia.

LORENZA. ¡Ay, ama del alma mía!
¡qué poco, si tu vivieras,
oyera yo estos desprecios!
Este es el pago que lleva
una mísera criada
después de que se revienta
y que pierde lo mejor
de su vida en las faenas
de servir á un amo adusto,
sin lealtad y sin conciencia.
Y no es porque yo lo diga;
pero, como yo me fuera,
no sé yo si hallara usted
otra moza de mis prendas;
pues desde que murió mi ama
le he servido tan atenta,
que no le he hecho falta de
ninguna de las maneras;
y ahí está la vecindad
que no dejará que mienta.

D. MAN. Déjanos ahora en paz y
miente todo cuanto quieras.
La segadora me gusta,
y si el asunto se enreda
de modo que sea mi esposa,
habrás de tener paciencia.

LORENZA. No tendré. Soy mucho cuento
yo para servir á puercas.

D. MAN. Yo la pondré en limpio, y tú,
con toda tu gran soberbia,
te quedarás á servirla
de rodillas muy contenta.

LORENZA. ¿Yo?

D. MAN. Sí; y escucha otro punto
con que concluyo la idea:

Mi segadora bella,
más pulida y graciosa
que por abril la rosa,
gallarda y bien prendida
y á la moda vestida,
gozando mil recreos,
por calles y paseos
á mi lado verás.
Y tú en la cocina
como una cochina
guisando,
barriendo,
fregando,
gruñendo,
tiznada,
ultrajada
y desesperada,
rayendo los tajos,
con los estropajos
te divertirás.

ESCENA X

LORENZA; *después el* TÍO DOMINGO.

LORENZA. ¡Por vida de tal...! Estoy
por agarrar una piedra
gorda y dejarla en el sitio.
¿Quién habrá á quien le suceda
caso igual? Si no pensara
en vengarme, me muriera.

TÍO DOM. Oye usted, aunque perdone
usted, señora Lorenza;
¿sabe usted dónde está el amo?

LORENZA. En el infierno.

TÍO DOM. Anda fuera;

pues vaya, que el tiempecillo
está para chimeneas.

LOR. (*Ap.*) ¡Bravo enredo me ha ocurrido
para vengarme, si pega!
¿Para qué busca usted al amo?

TÍO DOM. Tengo que darle una queja

LORENZA. ¿De quién?

TÍO DOM. De los segadores,
que es la gente más perversa,
más pícara y holgazana
que las Castillas sustentan.

LORENZA. ¿Y no sabe usted en qué
consiste su desvergüenza?

TÍO DOM. No.

LORENZA. Pues consiste en que todos
conocen ya la flaqueza
de mi amo, y como ven
que por pillar una de ellas
anda que bebe los vientos,
y en el trabajo no aprieta
ni repara en el jornal,
cada uno tiende la pierna
por donde quieren y le hacen
espaldas á sus ideas.

TÍO DOM. ¡Hola! ¿Y cuál es la dichosa?

LORENZA. Tío Domingo, no pretenda
usted saberlo.

TÍO DOM. ¿Por qué?

LORENZA. Porque no le tiene cuenta.

TÍO DOM. Dos cuartos á que es mi hija.

LORENZA. No sé.

TÍO DOM. Pues como lo sea,
todo va con mil demonios.

LORENZA. Como usted no lo dijera
á nadie, yo le diría
lo que sé en esta materia,
y el fin con que mi amo va
y viene tanto á las eras.

TÍO DOM. Diga usted, que yo la fío
que por mí jamás se sepa.

LORENZA. Pues escuche usted, y luego
usté allá se las avenga.

Es mi amo un caballero
petimetre con dinero
que enamora á cuantas vé.
No se me alborote usté
y prevenga la atención.
No tiene pizca de seso
ni prudencia
ni conciencia.
Está viudo
y es travieso.
Dice que Mari-Pelaya
es más linda que una maya
y le roba el corazón:
oiga usté,
no se me alborote usté
y prevenga la atención.
Es mal bicho
y hoy me ha dicho
que de juicio ya está falto,
y la ha de dar un asalto
para lograr su favor.
Es fuerte rigor,
pero ello es así.
Huya usté de aquí
con toda su gente,
y no experimente
las burlas de amor.

ESCENA XI

EL TÍO *solo.*

TÍO DOM. ¡Cómo! ¿Con el tío Domingo
se quiere venir á fiestas?
Eso no, que toda España
junta no compone media
honra de la que yo dejo
guardada en las arcas viejas
de mi casa allá en Galicia.
Allá voy, y como entienda
por arte ó por parte que
á mi hija cascabelea,
sin que vayan por delante
el cura y la caldereta
del agua bendita, hoy es
la destrucción de Vallecas.

ESCENA XII

Vista de una era con montones de granos, trillos, etc. Algunas mulas paciendo. Los SEGADORES *y* SEGADORAS *repartidos á la sombra de árboles y carros, comiendo en ranchos, algunos bebiendo y todos alegres cantan.*

CORO. Viva la providencia
que nos da los sustentos
entre paz y contentos
por premio del sudor.

(*Sale* CECILIA).

CECILIA. Favor, segadores,
templad mis ardores.

(*Todos los segadores que se acotan para este séptimo, se levantan y la rodean asustados.*)

LOS CUAT. Dinos tu dolor.

CECILIA. Ya espiró la calma
que tuvo mi alma
desde que al oído
llegó repetido
el nombre de amor.

PERICO. ¿Qué afecto dichoso
turbó tu reposo?

T.ª Y SAN. ¿A quién has mirado

que te has inclinado?
PELAYA. A mí no me engañas,
que entiendo tus mañas,
por más que te embobas,
pues sé que las bobas
se ingenian mejor.
TOMASA. Ese es testimonio.
PER. Y SAN. Tú eres el demonio.
CECILIA. Queridos, favor,
que mi pecho es fragua.
LOS CUAT. No esperes que el agua
consuma tu ardor.

(*Sale* D. MANUEL.)

D. MAN. Segadorcita hermosa,
¿por qué de mí te ausentas?
PERICO. Volvamos á las cuentas
si usted la quiere hablar.

(*La aparta.*)

D. MAN. Si tú eres más piadosa,
di, ¿cuál es tu querella?
SANTIAGO. Yo lo diré por ella:
vuelva usted á preguntar.

(*La aparta.*)

D. MAN. Volvedlas á soltar,
que sólo hablarlas quiero
ó, á fé de caballero,
que os habéis de acordar.
C.ª Y TOM. Mira que está furioso,
no seas malicioso.
PER. Y SAN. Envíale á pasear. (*A seis.*)
D. M. Y P.ª Volvedlas á soltar.
PEL. (*sola.*) Ved que lo manda el amo.
D. M. (*solo.*) Ved que soy yo quien llamo.
A DUO. Y os habéis de acordar.
C.ª Y TOM. Mira que está furioso.
PER. Y SAN. Envíale á pasear.
PELAYA (*Aparte con* D. MANUEL):
Señor de mi alma,
esta es una gente
muy impertinente,
muy escandalosa
y muy maliciosa.
Están ellas y ellos
ya mancomunados
y medio casados,
y las picaronas
se hacen las simplonas;
y más le contara
si no lo dejara
por no murmurar.
D. MAN. Pues tanto te debo,
cuéntamelo todo,
que yo hallaré modo
de hacerlos rabiar.
PELAYA. Esto no va malo.
D. MAN. Te ofrezco un regalo.

A DUO. Oíd y callad,
A SEIS. Bien puedes hablar
TOM. Y C.ª Calla, malicioso.
PER. Y SAN. Que vaya á pasear.

(*Sale el* TÍO DOMINGO.)

TÍO DOM. Señor mío, poco á poco:
eso pasa ya de raya;
es mi hija la Pelaya
y su honor defenderé.
D. MAN. Tío mío, no lo entiendo.
Diga usted en qué le ofendo,
que yo le satisfaré.
TÍO DOM. Yo lo digo y sé por qué.
TODOS (*A 6.*) Ninguno le entiende á usté.
TÍO DOM. Es mucha porquería
y grande picardía
á nadie sonsacar.
La niña aún es doncella,
es inocente y bella,
y aunque á todos les cuadre,
mientras viva su padre
nadie la ha de burlar.
D. MAN. Ya me llego yo á enfadar.
PELAYA. Todo esto es un enredo.
Usted no tenga miedo
que yo me sé guardar.
PERICO, CECILIA, TOMASA Y SANTIAGO:
Mientras riñen los amos,
callemos y veamos
en qué viene á parar.
TÍO DOM. A vosotros, lisonjeros,
que habéis sido los terceros,
os tengo de delatar.
PER. Y SAN. ¿Qué modo es ese de hablar?
PELAYA. De todo estoy inocente.
PERICO, CECILIA, TOMASA Y SANTIAGO:
Tú eres sólo la insolente
que nos quieres enredar.
D. MAN. Acábese la contienda:
marchen todos de mi hacienda
que no los puedo aguantar.
PER. Y SAN. Oiga usted nuestra disculpa.
C.ª Y TOM. De nosotros no es la culpa.
D. MANUEL Y EL TÍO DOMINGO:
A nadie quiero escuchar.
A SIETE. { Pues vámonos á } marchar.
{ Todos se pueden }

CORO.

LAS SEG. ¡Oh, qué enredo! ¡qué imprudencia!
D. MANUEL Y LOS SEGADORES:
Ya me falta la paciencia
y reviento de furor.
TODOS. Huyamos de Amor
que todo lo enreda,
si hay alguien que pueda
librarse de amor.

ACTO II

ESCENA PRIMERA

Plaza de lugar. Sale toda la tropa de SEGADORES, *uno detrás de otro, con sus hoces en la mano, y algunos con pequeñas mochilas, muy melancólicos, y detrás de todos el* TIO DOMINGO *con* MARI-PELAYA.

CORO.

SEGADORES Estos pobres segadores,
despedidos,
desvalidos,
¿quién les da para comer?
SEGADORAS. A las pobres segadoras,
despreciadas,
fatigadas,
¿quién las quiere recoger?
TODOS. El estío y la fortuna
con ardores y rigores
¡cuánto dan que padecer!

TÍO DOM. Adiós, Vallecas, á nunca
más ver, y permita el cielo
que nunca seas ciudad
de voto en Cortes ni puerto
de mar.
TOMASA. ¿Y qué culpa tiene
el lugar de los enredos
de Pelaya, y de que usted
sea chismoso y avariento
y atrevido con los amos?
TÍO DOM. Si tomárais mis consejos
vosotros y trabajáseis,
no nos sucediera ésto.
Yo tengo la culpa, que
me paso de puro bueno,
y no hago con un garrote
que todos andéis derechos.
SANTIAGO. ¡Garrote! ¿Acaso nosotros
somos burros de yesero?
PERICO. Sí, señor; pues ¿á qué nacen
asturianos y gallegos
pobres, sino á ser los machos
de carga de todo el reino?
PELAYA. Permita usted que le diga,
sin faltar á su respeto,
padre, que en esta ocasión
ha andado usted muy ligero.
TÍO DOM. ¡Hola, hola! ¡Ahí es un grano
de anís lo que me dijeron!
PELAYA. ¿Qué le dijeron á usted?
TÍO DOM. Que el amo era un poco al sesgo.
y fué preciso apartar
la estopa de junto al fuego.
SANTIAGO. Dejemos esos negocios
ahora, y vamos al nuestro.
Tío Domingo, supongamos
que usté ha pillado el dinero
de los tres ó cuatro días
que hemos estado sirviendo.

TÍO DOM. Usted supone muy mal.
Ni me le han dado ni quiero
pedirle, y aunque importara
mil reales, fuera lo mesmo.
SANTIAGO. ¿Mil reales? Por un ochavo
sólo que quede de resto
debe un hombre armar á todo
el género humano un pleito
para sostener la fama
de legítimo gallego.
PERICO. Vaya, suelte usted la mosca
de bien á bien, y no demos
que comer al diablo.
TÍO DOM. Amigos,
que me lleven cuatrocientos
y cuarenta mil demonios
si tal me han dado, y si tengo
atado en el trapo más
que cinco cuartos y medio.
SANTIAGO. Pero sepamos quién miente.
PELAYA. Las niñas son las que han hecho
su agosto.
CEC. Y TOM. Mira lo que hablas.
PEL. (*Ap.*) Yo he de abrasarlos á celos,
ya que no saque otra cosa.
PERICO. Lo que es por Tomasa, apuesto
dos reales á que es mentira.
SANTIAGO. Pues yo pondré sobre el fuego
las manos cuando Cecilia,
de su honor en menosprecio,
haya tomado del amo
tan siquiera un caramelo.
PELAYA. Pues qué, ¿el tomar golosinas
es delito?
SANTIAGO. No es tan feo
como tomar otras cosas.
Pero ahí tienes el ejemplo
en los peces, que jamás
se tragaran el anzuelo
si supieran resistir
la golosina del cebo.
PERICO. Y, como dice el adagio,
poco á poco se va lejos.
TOMASA. Yo estoy boba.
CECILIA. Yo estoy muerta.
TÍO DOM. Y yo estoy hecho un veneno.
Se ha de apurar la verdad
ó tengo de echar al suelo
la puerta y toda la casa
si abrir no quieren...

ESCENA II

DON MANUEL *y los dichos.*

D. MAN. ¿Qué es esto?
¿Qué buscáis? ¿Solicitáis
apurar mis sufrimientos?
¡Vive Dios!
TÍO DOM. Claro es que vive,

para domar el soberbio
que triunfa y malgasta á costa
de los pobres jornaleros.

D. MAN. Mal me conocéis, si habéis
imaginado que pienso
no pagaros el jornal
de lo poco que habéis hecho
estos días. Venid, pues,
muchachas, que daros quiero
lo que importe.

PERICO. Ellas no saben
contar, nosotros iremos.

D. MAN. ¡Vosotros! ¿Pues pensáis que
todavía no me acuerdo
del lance de á medio día?
Lo proprio sería veros
en casa que revolverse
los humores de mi cuerpo.
¡Vosotros! De ningún modo.
Si queréis vuestro dinero,
que vengan las segadoras
y les daré, además de eso,
todo cuanto ellas me pidan;
si no, buen viaje os dé el cielo.
(*Aparte.*)
¡Ay, Cecilia! Tu modestia
y tu hermosura me han muerto.

PEL. (*Ap.*) Repara cómo se miran
los dos, verás si yo miento.

TOMASA. Calla, maliciosa.

CECILIA (*Entre sí*) Este hombre
debe de ser hechicero,
que me está haciendo cosquillas
en el alma desde lejos.

D. MAN. ¿Qué resolvéis?

PERICO. Con que, en fin,
¿se reduce el argumento
á que vayan á cobrar
las mozas, ó nos mudemos
sin cobrar nuestro trabajo?

D. MAN. Así es; y yo me entro
á esperarlas en mi casa.
Mal ó bien, responded presto.

Si queréis vuestro dinero,
yo también dárosle quiero,
mas con esta condición:
Que las niñas han de entrar
á ellas se lo he de entregar
con otros muchos regalos,
y á vosotros, muchos palos;
porque ellas son graciositas,
inocentes y bonitas;
y vosotros, muy bribones,
insolentes, picarones,
y tenéis mal corazón.

ESCENA III

Los SEGADORES *solos.*

PERICO. Esto se llama quedar
un hombre con lucimiento.

SANTIAGO. El caso pide atención,
pues importa nada menos
que el dinero ó las muchachas.

TÍO DOM. Mi voto es formar concejo
entre todos, ó buscar
un abogado gallego
que me asegure si un hombre
puede exponer su dinero
en conciencia por no ver
sus hijas en un aprieto.

SANTIAGO. Paréceme á mí que no,
pues en Galicia tenemos,
desde tiempo inmemorial,
costumbres y privilegios
para no perdonar nada
á nadie.

PERICO. Ya hay un ejemplo
de haber perdonado.

SANTIAGO. ¿Cuál?

PERICO. Que perdonamos á Meco.

SANTIAGO. Ten formalidad, Perico;
mira que el lance es tremendo.

TÍO DOM. Mi voto es que de aquí huyamos
y todo lo abandonemos.

C.ª Y TOM. Nosotras estamos listas.

PELAYA. Eso es quedarse riendo
de nosotras.

PEEICO. Callen ellas,
y acuérdense que nacieron
á callar, si no se trata
de morcillas ó de lienzos.

PELAYA. No, señor, que en este siglo
hemos vencido ese pleito,
y ya en todos los negocios
votamos.

PERICO. Así va ello.

SANTIAGO. Mi dictamen es que vayan
todas juntas, y con eso,
ni ellas se pueden perder
ni nosotros lo perdemos.

TÍO DOM. Mejor es huir.

SANTIAGO. Huir
y dejar la mosca, es cuento
pesado.

PERICO. Poquito á poco,
que en lances así de empeño
siempre he oído que no hay cosa
como un buen entendimiento:
de modo, señores...

TODOS. Vaya.

PERICO. Yo me explicaré si puedo.
Por una parte las mozas
y por otraparte nuestro
vellón ó plata menuda,

que para el caso es lo mesmo,
son dos tirantes que harán
vacilar al más discreto;
pero, en caso de discordia,
lo primero es lo primero.
Las mozas de ningún modo
deben ir.

SANTIAGO. ¿Y habrá remedio
para cobrar nuestra deuda?

PERICO. Sí, señor; el pegar fuego
á la casa á media noche,
por ver si á río revuelto
pillamos alguna cosa;
y si no, nos vengaremos.

TÍO DOM. Está muy bien discurrido.

LAS 3 SEG. ¡Jesús, qué mal pensamiento!

SANTIAGO. Esa es una tontería,
pues ¿no adviertes, majadero,
que, si se sabe, nos han
de colgar por el pescuezo?

PERICO. Mejor es morir ahorcado
que caerse de hambre muertos,
que, al fin, entonces muere uno
con mucho acompañamiento.

PELAYA. Padre, no consienta usted;
que yo, aparte, con secreto,
le aconsejaré una cosa
que puede ser que ganemos
mucho en esta comisión
avisando al amo á tiempo...

TÍO DOM. ¡Hola! ¿Qué me cuenta usted?
(*Vanse con* PELAYA.)

CECILIA. Perico, busca otros medios
más suaves.

PERICO. Este es bonito,
y, si hace aire, muy ligero.

SANTIAGO. Pues allá te las avengas,
que por mí no lo consiento.

PELAYA. Ni yo tampoco.

TOMASA. Ni yo.

PERICO. Pues yo con mis compañeros
lo dispondré. Loque encargo
á todos es el silencio.
(*Aparte con los* SEGADORES *del coro.*)
¡Fuego, fuego!
¡Chito, chito!
Llegaremos callandito,
le quemaremos la casa;
y pues de celos me abrasa,
también quiero verle arder.
Viendo el humo á las ventanas
los vecinos gritarán:
¡fuego, fuego!
y luego, luego,
repicarán las campanas
dan, dan, dan, dan, dan, dan,
y nosotros entraremos,
lo posible pillaremos
y echaremos á correr.

ESCENA IV

PERICO, TOMASA, CECILIA.

CECILIA. Sin duda se ha vuelto loco
Perico.

SANTIAGO. Yo lo que siento,
Tomasa, es que, si tu hermano
hace esta infamia, no puedo
casarme contigo, pues
al punto le irán siguiendo,
le traerán y le ahorcarán
en Madrid; y yo no quiero
que nadie diga: aquél es,
señalando con el dedo,
el cuñado del ahorcado.

TOMASA. Pues ya tú sabes su genio,
Santiago, y sabes que es dócil,
por amor de Dios te ruego
que le busques y le aplaques,
haciéndole ver que en esto
arriesga su honra y su vida.

SANTIAGO. Yo lo haré; pero te advierto
que voy con desconfianza,
porque á veces es muy terco,
muy tonto y muy cabezudo;
y aunque te amo con extremo,
si él hace la fechuría,
yo hago tornillo y te dejo.

ESCENA V

TOMASA *y* CECILIA.

CECILIA. ¡Desdichadas de nosotras!
Tomasa mía, ¿qué haremos?

TOMASA. Tú sola, Cecilia, eres
quien puede poner remedio
á todo.

CECILIA. ¿De qué manera?

TOMASA. Templando con tus afectos
á mi hermano; con que alientes
su pasión, le verás cuerdo
y sosegado.

CECILIA. ¡Ay, amiga!
que obedecerte no puedo
sin ser traidora ó sin ser
rebelde á mis pensamientos.

TOMASA. Pues qué, ¿le aborreces?

CECILIA. No,
Tomasa, no le aborrezco;
pero en caso de que sean
mis inquietudes efecto
de amor, otro es quien las causa
con más dominio en mi pecho.

TOMASA. Pues, por Dios, no se lo digas,
y que finjas, pues sus celos
confirmados, fuerza es que
le precipiten más presto.

CECILIA. Yo no sé fingir.

TOMASA. ¿Qué va
que te has llenado de viento
esa cabeza y que juzgas
que te hace á ti sola gestos
el amo?

CECILIA. No sé.

TOMASA. ¡Qué gracia!
«No sé.» ¡Con qué fruncimiento
de labios encubrir quieres
la satisfacción que hay dentro
de tu corazón! También
pudiera yo creer lo mesmo.
Mas ¿yo casarme con hombre
tan rico y viudo,
no siendo mi igual?
Primero me echara
desde un campanario al suelo
de cabeza.

CECILIA. Pues ¿por qué?

TOMASA. Si no lo sabes, por esto:

Casóse una mocita,
graciosa y pobrecita,
con un señor de coche,
y andaba día y noche
coche aquí, coche acullá,
coche por acá,
coche por allí,
coche por aquí,
coche de acullá.
Coche á troche y moche,
y por fin al coche
se iba á acostar.
Mas llegóse el marido á enfadar.
Hubo aquello de: la antecesora
esa sí que era buena señora,
y no usted, que no trajo camisa,
y en gastar el caudal se da prisa
con cualquiera que viene y que va.
Palo por acá,
palo por allí,
palo por aquí,
palo de acullá.
palos por regalos,
y por fin á palos
la hizo apear.

ESCENA VI

CECILIA, *y luego* PERICO.

CECILIA. ¡Válgame Dios! ¿Qué será
esta novedad que siento
dentro de mí, tan extraña,
que á llamarla no me atrevo
enfermedad, porque á mí
nada me duele, y si llego
á pensar que es regocijo,
no hallo la razón de serlo?
¿Si será esto lo que llaman
otro amor? No lo creo.
Pero allí viene Perico
y me lo dirá.

PERICO. Me alegro.
Cecilia, de hallarte sola.

CECILIA. Y yo también te agradezco
que vengas, porque me digas
una cosa que deseo
saber.

PERICO. Sepamos la cosa.

CECILIA. Dime antes tú, ¿con qué intento
me buscabas?

PERICO. Habla tú.

CECILIA. Habla tú

PERICO. Di tú primero.

CECILIA. Yo no lo digo.

PERICO. Ni yo
tampoco.

CECILIA. Pues bien, callemos.

PERICO. Como tú, siendo mujer,
puedas callar, me convengo.

CECILIA. Ya lo verás.

PERICO. Bien está

CECILIA. No hablaré.

PERICO. Ya lo veremos.

CECILIA. ¿Ves si callo?

PERICO. Que no puedes
callar es lo que yo veo.

CECILIA. Pues no seas cansado; díme
lo que me quieres.

PERICO. Te quiero
tanto.....

CECILIA. Eso ya lo sé yo,
y me alegrara, por cierto,
poderte pagar, Perico;
pero me causas respeto.

PERICO. Pues no me le tengas, tonta,
que más tengo de cordero
que de león. Vaya, dime
tu atrevido pensamiento.

CECILIA. ¿Qué te tengo de decir
si no eres tú en quien yo pienso?

PERICO. Pues ¿en quién piensas?

CECILIA. En otro
que, sin sentirlo ni verlo
como entró, la posesión
tiene de mi pensamiento.

PERICO. ¿Y quiés es?

CECILIA. Me da vergüenza,
porque tú eres muy parlero
y se lo dirás á todos.

PERICO. O el fin es malo ó es bueno.

CECILIA. Estamos á los principios.
El fin es el que yo temo.

PERICO. ¿Qué fin?

CECILIA. El de estas cosquillas
interiores que padezco
desde que el amo en el bosque
me pilló.....

PERICO. Despacha presto,
mujer, que á cada palabra
se me va erizando un pelo.
CECILIA. Hombre, ten juicio.
PERICO. Pues dí,
¿que hubo en el bosque?
CECILIA. Hubo aquello
de: Segadorcita bella,
ya que la dicha no tengo
de ser tu hermano, el amor
estrecha los parentescos.
PERICO. ¿Y se lo has dicho á tu hermano?
CECILIA. Sí.
PERICO. ¿Y qué te ha dicho?
CECILIA. Que es bueno;
y que si acaso otra vez
me volviera á hablar en esto,
que me esté quieta y que á todo
le responda: casamiento.
PERICO. ¿Eso te ha dicho tu hermano?
Pues cuéntale con los muertos;
y después de que le mate,
aún no he de quedar contento,
que he de impedirle la boda
con mi Tomasa, aunque en ello
se empeñen todos los frailes
de Galicia y de Toledo.
CECILIA. Mi hermano, ¿qué culpa tiene?
PERICO. ¡Ahí es nada! Hacer comercios
ilícitos y vender
una alhaja á dos sujetos.
CECILIA. No te enfades con Santiago,
Perico; y aunque no niego
que él me procura inclinar
á que pague los afectos
del amo, todo era en balde
si yo sintiera en mi pecho,
al verte á ti las pasiones
que cuando le miro siento.
PERICO. ¿Con que él y tú, tú y el otro,
finalmente, habéis resuelto
burlarme?
CECILIA. Yo no te burlo,
antes bien te compadezco;
pero no te sé engañar.
Y aunque hace tan poco tiempo
que de amor tengo experiencia,
si esto es amor, te prometo
que por no sentir sus males
diera los bienes que espero.
PERICO. Pero, vamos, ¿han llegado
las cosas á aquel extremo
que suelen llegar, de modo
que ya no tienen remedio?
CECILIA, No.
PERICO. Pues si no, mujer eres,
y en dándote un poco el viento,
aunque ahora estés á solano,
después estarás á cierzo.
CECILIA. ¡Ay, Perico, qué mal sabes
entender mis sentimientos!
PERICO. Pues di qué sientes y no
parezcas alcalde nuevo,
que hasta que aprende el oficio
sólo sabe hacer misterios.
CECILIA. Yo no sé explicarlo: mira
tú si puedes entenderlo.

Son sus ojos un encanto
que mi alma
deja en calma,
que acobarda sin espanto,
que me hiere y no me ofendo,
que persuade y no lo entiendo,
que sujeta sin violencia,
y en tan dulce competencia
no me atrevo á respirar.
Temo verle, y no me escondo,
le contemplo avergonzada,
me pregunta, no respondo
y me pongo colorada,
quiero hablar, no digo nada
y comienzo á suspirar.

ESCENA VII

PERICO; *luego* SANTIAGO.

PERICO. Ella no sabe explicarlo,
pero sabe encarecerlo.
Difícil nos ha de ser
apearla del intento,
porque éstas, en empezando
á picarse, *volaverunt*.
Y yo no me quejo de ella
en parte; de quien me quejo
muy agriamente y á quien
le he de moler yo los huesos
es á Santiago.
SANTIAGO. Perico,
¿mandas algo?
PERICO. Estate quieto.
SANTIAGO. ¿Pues yo me meto contigo?
PERICO. Lo digo porque tenemos
muchas cosas de que hablar,
que no pienses que te temo.
SANTIAGO. Ya sé yo que tú eres guapo.
PERICO. Eso después lo veremos.
Y vamos ahora al asunto.
SANTIAGO. Empieza tú.
PERICO. Pues empiezo.
Di; ¿tenemos ajustados
los dos nuestros casamientos
con nuestras hermanas?
SANTIAGO. Sí.
PERICO. Muy bien. ¿Es también cierto
que yo, en aquello que cabe,
te permití antes de tiempo
festejar á mi Tomasa,

sin perjuicio de tercero?
SANTIAGO. Sí.
PERICO. Muy bien está; adelante.
Cuando me quejé del ceño
de Cecilia, ¿no dijiste
que harías todos tus esfuerzos,
y que, en caso necesario,
la pondrías á tormento
porque me quisiese?
SANTIAGO. Sí.
PERICO. Pues ¿por qué truecas los frenos
y te vuelves hacia atrás
del trato, como el cangrejo?
SANTIAGO. Porque no te tiene cuenta.
PERICO. Es mentira; por el perro
del interés.
SANTIAGO. No hay tal cosa,
sino porque soy gallego
honrado, y nunca he sabido
vender gatos por conejos.
PERICO. Vamos de espacio, porque
cabe su más y su menos
en estos negocios y
es menester entendernos
SANTIAGO. Poco hay que entender; está
más claro que en un espejo;
esto es, que á Cecilia el amo
y tú envidásteis el resto,
y conociendo al instante
la diferencia del juego,
á ti te respondió: «paso»,
y al otro le dijo: «quiero».
PERICO. Pues vuélvase á barajar.
SANTIAGO. ¿De qué sirve, si es fullero
y te ha ganado la mano?
PERICO. Pues aquí del rey: y á eso,
¿por qué tú no le pusiste
al instante impedimento?
SANTIAGO. Porque te quiero á ti mucho,
Perico mío, y tenemos
experiencias lastimosas
de que cualquier casamiento
forzado es para el marido
un presagio más funesto
que un cometa.
PERICO. Dímelo
más claro, que no lo entiendo,
ó si no venga Cecilia,
que yo me río de abueros,
SANTIAGO. Mi hermana es, mas no te fíes
de ella, yo te lo aconsejo.
Y aunque deje por ti al amo,
envíala á buscar berros
y no te cases con ella.
PERICO. ¿La razón?
SANTIAGO. Oyela atento:

Al mirar cuanto el sol la fatiga,
que la cara le azota la espiga,
que la tienes hambrienta y desnuda,
y que pudo casarse sin duda
con persona de mucho doblón,
verás que función.
Y si alguno se le anda detrás,
allá lo verás:
no te digo más.
Mira, Periquillo,
que eres pobrecillo,
ella muy bonita,
y es oji-alegrita:
no te digo más;
allá lo verás.
No seas simplón;
mas yo sé que, si lo consideras,
no tendremos los dos más quimeras
y dirás que yo tengo razón.

PERICO. ¡Qué vano estarás, Santiago,
de que ya me has satisfecho!
Pues no: que ya he conocido
que sólo es un mal pretexto
para no darme á tu hermana.
SANTIAGO. Pues, hombre, si das en ello,
lo dicho, dicho.
PERICO. Agradece
á que sin navaja vengo,
que...
SANTIAGO. Yo tampoco la traigo.
Por eso no dejaremos
da reñir, si tienes gana.
Riñamos á puño seco,
como hacen en nuestra tierra.
PERICO. Levantar á un compañero
la mano es caso terrible;
pero estoy hecho un veneno.
SANTIAGO. ¡Qué cobarde eres, Perico!
PERICO. Y tú eres un embustero.
SANTIAGO. Habla bien.
PERICO. Obra mejor.
SANTIAGO. ¿Cuánto va, si me enfurezco,
que bailo á la danza prima
sobre ti?
PERICO. ¿A que te reviento
de una patada el bandullo?
SANTIAGO. Veámoslo.
PERICO. Vamos á verlo.

DUO.

1.º Llega tú.
2.º Llega tú.
A DUO. Lleguemos á la par.
1.º ¡Valiente patada!
2.º ¡Valiente puñada!
A DUO. Contigo he de acabar.
1.º ¡Hi, hi, hi!
2.º ¡Ha, ha, ha!
1.º ¡Qué gana de rabiar!
2.º ¡Qué gana de reir!

A DUO. { Volvamos á reñir.
Contigo he de acabar.

(Al acabar el duo, coge SANTIAGO *á cuestas á* PERICO *y se entran.)*

ESCENA VIII

Gabinete con luces.

MARI-PELAYA *sola, recatándose.*

¡Qué bonita casa! Más
adornada está que el templo
de mi lugar. Estas son
las casas que yo apetezco,
y no aquellas infelices
de mi tierra, en que solemos
estar de conversación,
ó dormidos por el suelo,
personas, mulas y vacas
debajo de un propio techo.
¡Qué sillas tan bellas! ¡Qué
mesas de oro! ¡Qué estupendos
cristales! ¡Cuántos jarritos
y figuritas! ¡Qué espejos,
y qué cama tan bonita!...
(A un canapé.)
Pero me parece estrecho
esto para cama. A ver,
me parece que un sujeto
que no tenga mal dormir,
bien cabe; pero no creo
que es cama, pues no hay colchones,
aunque está blandito. Asiento
para uno no puede ser,
y sobra mucho terreno
para acomodarse dos.
¡Qué mueble será éste, cielos,
que no lo he visto en mi vida,
y me ha chocado en extremo!
Me alegrara que supiera
hablar él, para saberlo
de él propio, pues nadie sabe
sus cosas como uno mesmo.
Voy á acomodarme en él,
aunque le pierda el respeto
¡Qué mueble tan útil para
descansar y echar un sueño.
(Se recuesta)
¡Qué regalo! ¡Y qué martirio
(Se levanta.)
es, para quien tiene un genio
y un espíritu como yo,
mirarlo y carecer de ello!
Me he de escapar á Madrid
á estudiar cómo es aquello
de ser ricos de repente,
á ver si logro aprenderlo;
que sin duda debe ser
fácil, según los progresos
que he visto yo hacer á algunas
personas en poco tiempo.
Pues ¡buen ánimo! En la hora
me he de escapar... Mas pensemos
antes si hay dificultades
mayores en el proyecto.

Yo llegaré á la Corte,
y en viendo este garbito,
cualquiera señorito
de mí se prendará.
Hasta aquí bueno va.

Viéndome niña y sola
me llevará á su casa,
y allí no tendrá tasa
lo que me ofrecerá.
(Se detiene.)
Pero ¿qué me pedirá?

Vamos poco á poco,
que allí hay mucho loco,
mucho interesado,
y quien mucho ha dado,
mucho ha de pedir.

Yo no quiero ir,
fuera tentación,
esto es un embrollo,
yo perdono el bollo
por el coscocrón.

ESCENA IX

LORENZA *y la dicha.*

LORENZA. ¿Quién se ha entrado aquí?
PELAYA. Señora,
yo, que todo lo hallé abierto,
y me entré.
LORENZA. Pues ¿no tenía
un buen aldabón de hierro
con que llamar á la puerta?
PELAYA. No había reparado en ello.
Usted perdone.
LORENZA. Esto de
entrar con tanto silencio
en una casa, á manera
de quien va pisando huevos,
¡jú, jú! no me gusta mucho.
PELAYA. Usted hace unos misterios
que á nada vienen al caso.
Pues yo ¿de qué modo entro
que pueda ser sospechoso?
Antes piso yo tan recio,
que parece lo que no es.
LORENZA. Pues ¿qué parece sin serlo?
PELAYA. ¿Qué he de parecer? Persona,
según la bulla que meto
por cualquier parte que voy.

LORENZA. Pues, hija, acá estamos hechos
á no sentir una mosca
en la casa, y no queremos
bullas; vete con Dios, antes
que se me atasque el humero
y lo mande de otro modo.
PELAYA. Yo venía, lo primero,
á despedirme de usted,
porque dispuesta tenemos
nuestra marcha; y lo segundo,
á ver si me daba aquello
que me ofreció.
LORENZA. ¡Se dará
semejante atrevimiento!
Después de que han estafado
á mi amo dos talegos,
nos han perdido la hacienda
y han alborotado el pueblo
con escándalos y gritos,
¿se atreven á pedir premios?
PELAYA. Usted mire lo que habla.
LORENZA. Lo dicho, dicho, y no andemos
en fiestas, ó irán los dientes
de una bofetada al suelo.
PELAYA. Pues qué ¿he nacido yo manca,
si usté se atreviera á eso,
para no hacerle pizquitas?
LORENZA. ¿A mí tú?
PELAYA. ¿Quiere usted verlo?
LORENZA. ¡Qué infamia! ¡Señor, señor!
que me pierden el respeto.

ESCENA X

DON MANUEL *y las dichas.*

D. MAN. ¿Qué ruido es éste, Lorenza?
LORENZA. ¿Qué ha de ser? ¿No está usté vien-[do
la desvergüenza con que
se ha encajado hasta aquí dentro
esta moza?
D. MAN. Déjala,
que vendrá por el dinero
de lo que importan los días
que han trabajado.
PELAYA. Me alegro,
para que vea esa mujer
con cuán poco fundamento
nos ha llamado ladrones.
D. MAN. De Lorenza no lo creo.
PELAYA. ¿Cómo ha de creer nada de ella
un hombre que está tan ciego,
según ella dice, que
á dos días de haber muerto
su mujer, empezó á darla
con el pie y hacerla gestos,
y, á ser ella otra, sería
ya el ama del amo?
D. MAN. Bueno.
¿De esta suerte anda mi honor
rodando por esos suelos,
para que piensen las gentes
que soy alguno de aquellos
viudillos de tres al cuarto
que hacer no saben aprecio
del favor que Dios les hace,
y celebran los entierros
como vigilia de la
fiesta de otro casamiento?
PELAYA. Eso la respondí yo.
LORENZA. Señor, que miente.
D. MAN. Protesto.
que se ha de acordar: y tú
apártate también luego
de mis ojos, que tú eres
la causa de los enredos
de la labranza y de que,
contra mi gusto y mi genio,
despida á las segadoras,
que eran todo mi consuelo.
PELAYA. Pues ¡cómo! ¿es usted acaso
de los viudos de estos tiempos?
D. MAN. ¿Reconvenciones á mí?
LORENZA. ¡Jesús, y lo que ha revuelto
esta mujer!
PELAYA. Yo me iré
en dándome lo que es nuestro.
D. MAN. Yo á ti, que eres solamente
de todas la que aborrezco,
¿había de entregarte nada?
Diles á tus compañeros
que si no viene Cecilia
á cobrar que no les quiero
dar una blanca.
PELAYA. Mirad
que si yo callo un secreto
que le importa, antes con antes
se ha de ver en el infierno.
D. MAN. ¿A mí te vienes con trampas?
Pues qué ¿soy yo algún mamueco?
Anda, vete en hora buena,
y mira que si me llego
á enfadar...
PELAYA. Oigame usted,
y más que se enfade luego.
D. MAN. Vete, ó te mando arrojar
por un balcón.
PELAYA. Yo le ofrezco
á usted que toda su casa
se ha de echar por él bien presto
á la calle, ó tengo de
perder el nombre que tengo.

ESCENA XI

LORENZA *y* DON MANUEL.

LORENZA. Gracias á Dios que una vez
he visto á usted hablar recio.
D. MAN. Pues ahora lo verás otra,

si resistes mis preceptos.
Lorenza, esto se acabó.
Ve á recoger al momento
tu ropa, mientras yo mando
que pongan los aparejos
á un burro, y con un criado
te envío á Madrid, suponiendo
que te vayas donde quieras,
que de mi casa, ni en sueños
te has de volver á acordar.

LORENZA. Pues, señor, ¿y por qué es esto?

D. MAN. Yo me tengo mis motivos.
Sé muy bien que no te debo
nada, y si me lo debes,
te lo perdono. No tengo
que satisfacerte á ti
ni á nadie; pero resuelvo
que sepas tú y sepan todos
que este no era casamiento.

LORENZA. Es verdad que este no era
ningún matrimonio; pero
tampoco esa es una acción
digna de vos.

D. MAN. Yo te ruego
que calles y no me obligues
á escandalizar el pueblo.

LORENZA. No se altere usted, que yo
callaré. Sólo pretendo
que se haga usted estos cargos,
y al punto me voy corriendo:

Yo entré en casa tamañita,
cuando era usted señorito,
que aún vivía mi señor.
Y mi señora mayor
me decía: Lorencita,
ve á jugar con Manuelito;
y jugábamos los dos.
Mis amos me faltaron;
las cosas se mudaron;
se casó usté y enviudó.
Y cuando esperaba yo
ver las cosas mejoradas,
me despide usté á patadas.
Sea por amor de Dios.

ESCENA XII

DON MANUEL; *después el* TÍO DOMINGO.

D. MAN. En parte tiene razón
la pobre, que yo me acuerdo
de que ha servido muy bien;
pero este conocimiento
la alienta á querer mandar
y oponerse á mis deseos;
de suerte que si á Cecilia
traigo á casa, habrá un enredo
de mil demonios.

TÍO DOM. Deo gracias.

D. MAN. ¿Qué necesidad tenemos
de usté aquí?

TÍO DOM. Poquito á poco
vaya, y no disimulemos,
que ya me lo ha dicho todo
la chica, y yo me convenzo
á la razón al instante.

D. MAN. ¿Qué chica?

TÍO DOM. ¡Qué! ¿Esas tenemos?
La Pelaya; y la Lorenza
me contó también el cuento
más por menor.

D. MAN. ¿La Pelaya?
De tal suerte me enfurezco
sólo de escuchar su nombre,
que, á no mirar que sois viejo,
os había de hartar de coces.

TÍO DOM. ¿A qué viene todo eso,
si quien bien quiere á la novia,
procura granjear al suegro?

D. MAN. Pues venís á una ocasión
oportuna.

TÍO DOM. Cepos quedos,
Si usted se quiere casar
con la muchacha á cencerros
tapados, yo no me opongo;
pero ha de saber primero
quién soy yo, quién es mi hija
y quién fueron sus abuelos.
Y que no está tan desnuda
de dote y de caudalejo
que no le ande *circum circa*
de mil ó mil y quinientos
reales, que en Galicia es más
que en Madrid millón y medio.

D. MAN. ¿Usted viene á provocarme,
tío Domingo?

TÍO DOM. Pues hablemos
clarito. Qué ¿usted pensaba
en pillar la caza al vuelo,
por diversión, y después
de muerta echársela al perro?
Eso no, viviendo Carlos
el compasivo, y habiendo
un Presidente en Castilla.
Mírese usted bien en ello,
y oiga quién soy yo, aquí donde
me ve, que un drope parezco,
y verá que si me estiro
sobre el plan de mi abolengo.
para llegar al zancajo
mío, ú de cualquiera de ellos,
necesita una escalera,
como desde aquí á Marruecos.

Mi abuelo primero
fué Adán en el mundo;
mi abuelo segundo
fué el señor Caín;

y en todo confín
fué de rama en rama
saltando con fama
mi generación.

Jamás hubo en ella
borrachos, ladrones,
otros picarones,
ni malas mujeres,
y aun está en Amberes
la casa solar,
capaz de poblar
cualquiera nación.

Usted no se aflija;
si quiere á mi hija
do ncella ycon dote,
yo se la daré;
mas piénselo usté,
y no se alborote,
que yo volveré.

Escena XIII

Don Manuel, Cecilia y Tomasa.

D. Man. ¿Se podrá dar en el mundo
mayor loco que este viejo?
Ellos han hecho un potaje
conmigo muy estupendo.
Estoy por abandonar
á Cecilia... Pero, ¡cielos!
¿Aquella modestia, aquella
gracia, aquellos extremos
vergonzosos, que acreditan,
sin decirlos, sus afectos,
¿los tengo de despreciar?
Si he de resolverme á nuevo
estado, ¿habrá otra más digna
de merecer el aprecio
de quien piense con honor?
Cecilia. Señor.
Tomasa. Señor.
D. Man. ¿Qué hay de nuevo?
Tomasa. Que Perico y la Pelaya,
celosos y desatentos
con vos, se quieren vengar
y vienen á pegar fuego
á la casa.
D. Man. ¿Qué decís?
Tomasa. No se pare usté á saberlo.
Créalo si quiere; y si no,
arda sólo y buen provecho.
Cecilia. Por Dios, que salgais, señor,
y no os expongais al riesgo
que os amenaza.
Tomasa. Mirad
que me parece que veo
ya el humo.
Cecilia. A mí me parece
que el calor se está sintiendo
ya cerca.
D. Man. Aguardad un poco.
Tom. y Cec. No podemos detenernos.
D. Man. Pues aguarda tú, Cecilia.
Cecilia. ¿No ve usted que si me quedo
con usted, corre peligro
de que entrambos nos quememos?
Tomasa. Venid con nosotras antes
de que logren sus intentos
aquellos pícaros.
D. Man. Vamos
á la calle á ver qué es esto.

Escena XIV

Santiago, *que trae á* Perico *atado, y los dichos.*

Santiago. No hay que acelerarse, pues
asegurado tenemos
ya al revoltoso, que á todos
les estaba proveyendo
de mechones encendidos.
Perico. Señor, que yo lo hice á ruegos
de la Pelaya.
D. Man. ¡Esa es otra!
Perico. Ni yo he sido tan perverso
que intente quemar á usted,
ni cara á cara me atrevo
yo con usted; solamente
quería meterle miedo
quemando la alcoba cuando
estuviese usted durmiendo.
D. Man. ¡Se dará tal desvergüenza!
Santiago. Pues mirad que, del silencio
de la noche aprovechada,
Pelaya va á hacer su hecho.
Las dos. No nos detengamos
Perico. Pues
váyanse ustedes corriendo,
que yo guardaré la casa;
y para que no entre el fuego
cerraré todas las puertas.
D. Man. Perico traémele preso,
y atado, mientras acude
el Alcalde y se le entrego.
Las dos. Señor, vamos.
Perico. Santiaguito,
no me hagas mal.
Santiago. Te prometo
tratarte como cuñado.
Perico. Pues que prevengan mi entierro.
Cecilia. A humo huele.
Tomasa. Me parece
á mí también que lo huelo.
Perico. ¡Pobre de mí!
D. Man. Desdichado
del que trata con gallegos.

ESCENA ÚLTIMA

Todos, según se previene.

Plaza y noche.

PELAYA *seguida de los ocho* SEGADORES *del coro, todos con mechas encendidas en las manos, temerosos.*

TODOS. ¡Chis, chis, chis, chis!
PELAYA. Quedito.
TODOS. ¡Chis, chis, chis, chis!
PELAYA. ¡Pasito!
Buen ánimo, y andar,
pues los doblones guarda.
TODOS. Arda.
PELAYA. Pegarle fuego.
TODOS. ¡Fuego!
PELAYA. Que ya os diré yo luego
por dónde se ha de entrar.
TODOS. ¡Chis, chis, chis, chis!
PELAYA. ¡Quedito!
TODOS. ¡Chis, chis, chis, chis!
PELAYA. ¡Pasito!
Buen ánimo, y andar.

DON MANUEL, SANTIAGO, PERICO *atado,* CECILIA, TOMASA, LORENZA *y algunos mozos con hachas, y se aclara el tablado.*

D. MAN. Tened, picaronazos;
aguardad, ladronazos.
EL y CECILIA, TOMASA y LORENZA *(á cuatro)*
¿Quién vió mayor azar?
PEL. *(al coro).* Hemos sido sentidos,
y ya estamos perdidos;
vámonos á escapar.
D. MAN. No los dejéis pasar.
PEL. y PER. En mí no hubo malicia.
UNOS. ¡Aquí de la Justicia!
OTROS. ¡Aquí de la piedad!
D. M. y L. ¡Justicia, justicia!
PEL. y PER. ¡Piedad, piedad!
LORENZA. Ved ahora la verdad.
PERICO. Suéltame, Santiaguillo.
SANTIAGO Perico, ten paciencia.
LORENZA No he visto en conciencia
mayor atrocidad.
L. y D. M. ¡Justicia, justicia!
CORO. ¡Piedad, piedad!
LORENZA. Ved ahora la verdad.
PEL. y PER. Señor, arrepentidos,
postrados y rendidos,
os pedimos perdón.
CECILIA, TOMASA, D. MANUEL y LORENZA
(á cuatro): A muy buena ocasión.
PELAYA. A mi ya me da enfado
veros formalizado
siendo una chanza ésta.
PERICO. Era sólo una fiesta
con iluminación.
CORO. ¡Qué terrible confusión!
Avisad á la justicia
que castigue su malicia.

P.º y P.ª *(á dúo)* ¡Perdón, piedad!
TODOS, *cada uno con su tema, y el* COBO *con su verso (á cuatro):* ¡Justicia!
No mereceis perdón.
CORO. ¡Qué terrible confusión!
(Sale el TIO*).*
¡Chis, chis, chis. chitón!
TODOS. ¡Perdón, piedad!
Justicia.
(Como antes sin hacer caso de él).
No merecéis perdón;
¡Chis, chis, chis, chitón!

(Al reparar en el TIO, *se quedan todos suspensos, y la música suspensa, y representa).*

TIO DOM. Oigan una novedad
que importa más que todo esto.
D. MAN. ¿Qué novedad es tan grande?
TIO DOM. Aquí viene en este pliego
para Santiago, que trajo
un posta, paisano nuestro,
que ha corrido media España
por descubrir nuestros huesos.
D. MAN. Abrele y mira qué dice.
SANTIAGO. «A Santiago López Feito,
»que Dios guarde, segador
»de trigos y de centenos.»
Las señas son ciertas.
D. MAN. Vamos
á ver lo que dice dentro.
PERICO. «Primu y amigu: estas cuatru
lletras...» Si es paisano nuestro
quien te escribe, así dirá.
SANTIAGO. *(Muy alegre)* De mi tío el Racionero
de Santiago es, como hay viñas.
TODOS. Y ¿qué te escribe?
SANTIAGO. Silencio.

(Esta copla se canta muy quedo interin lee SANTIAGO*).*

TODOS. Nadie respire
todos callemos,
y así sabremos
la novedad.

SANTIAGO. ¡Jesús, y qué novedad
tan grande!
TODOS. ¿Qué ha sido eso?
SANTIAGO. Albricias.
TODOS. ¿De qué?
SANTIAGO. De que
se van á caer todos muertos
de repente.
PERICO. No lo digas
hasta que nos confesemos.
D. MAN. Vamos, despacha.
SANTIAGO. Pues, oigan
todos, que no es largo el cuento.
(Lee). «Tu padre ha muerto, Santiago,
»y deja en su testamento
»declarado que tu hermana
»no es su hija.»

PERICO. Gran ejemplo
para aquellos que se van
con semejantes secretos
al otro mundo.
SANTIAGO. Si no
callas, la guardo y lo dejo.
PERICO. Buena prudencia es callarlo
hasta morir y saberlo.
TODOS. Despacha.
SANTIAGO. «Porque Cecilia
»es hija de don Roberto
»de Ferreiras, que á mi casa
»la trajo en sus años tiernos,
»porque no sepa su padre
»que estuvo casado siendo
»colegial, ya que la suerte
»quiso que muriese luego
»su esposa; y para que nadie
»averigüe este secreto,
»ni ella misma se conozca
»hasta que fallezca el viejo
»padre de dicho Ferreiras,
»que lo calles te encomiendo,
»te correspondas con él
»y la trates con respeto.»
D. MAN. No leas más, Santiago mío,
que basta lo que sabemos
para que todos sepáis
que por Cecilia me muero,
que sé que no me desprecia,
y que, loco de contento,
á su padre he de escribir,
y, mientras respuesta tengo,
habéis de estaros en casa
todos.
LORENZA. Mirad que hay en esto
mil engaños.
D. MAN. Yo, Lorenza
sé que aquí no puede haberlo;
su rostro, su inclinación,
y mi alma lo están diciendo.

(*Más recio que antes, por el propio aire.*)

TODOS. ¡Oh, qué alegría!
Ya descubierto
vemos el puerto
de claridad.

PERICO. ¿Conque de ese modo estamos
todos perdonados?
D. MAN. Cierto.
Y no sólo perdonados,
sino como compañeros
os he de tratar, y así
pídame cada uno aquello
que se le ofrezca.
SANTIAGO. Yo pido
que para mi casamiento
con Tomasa me apadrine.
D. MAN. Santiago, yo te lo ofrezco.
PERICO. Pues yo sólo con casarme
con Cecilia estoy contento.
D. MAN. Dejémoslo á su elección.
PERICO No, señor, que yo la cedo,
como hizo no sé qué Rey
con otra no sé en qué reino.
D. MAN. ¿Qué dices, Cecilia?
CECILIA. Apenas
puedo hablar; mas mi silencio
os declara que confirmo
todos vuestros pensamientos.
TÍO DOM. Pelaya, ¿y cómo quedamos
acá? Pónle impedimento,
que yo buscaré testigos.
PELAYA. ¿Para qué, si no tenemos
razones con que pedir,
si no mis buenos deseos?
D. MAN. Pelaya puede casarse
con Perico.
PELAYA. Yo no tengo
inconveniente
PERICO. Yo sí
PELAYA. ¿Cuáles, pícaro embustero?
PERICO. Que eres muy profana.
TÍO DOM. ¿Y quién
deja una mujer por eso?
PERICO. ¿Ni porque miente?.
D. MAN. Esa es gracia
PERICO. ¿Ni porque gusta de genios
alegres?
SANTIAGO. Esa es salud.
PERICO. Pues si cuanto tiene es bueno
y otros costean la boda,
más vale que nos casemos
ahora. Daca esa mano.
PELAYA. Tómala, aunque me avergüenzo
delante de gente.
SANTIAGO. Así
hacen todas, pero creo
que es rubor de que se sepa
que han perdido tanto tiempo.
D. MAN. Lorenza se va de casa.
LORENZA. No, señor, que ya me quedo,
sabiendo que es mi ama igual
á usted en el nacimiento.
CECILIA. Mi compañera y mi amiga
serás.
TÍO DOM. Pues todos contentos
quedamos, vaya, paisanos,
sacad esos instrumentos
y tan justos regocijos
se acrediten desde luego.
D. MAN. Toda la noche ha de ser
cena, música y bureo.

TODOS. (*con las gaitas que sacan los segadores*):

¡Oh que alegría!
Ya descubierto

vemos el puerto
de claridad.

D. M. y C. Eterna luzca
de amor la llama,
pues nos inflama
con igualdad.
Logren, señores,
logren, señoras,
las segadoras
vuestra piedad.

TODOS (*bailando al son de las gaitas*):

Diciendo todos alegres con fiesta:
¡Viva Madrid con su plebe y nobleza!
Y repitamos con fiestas alegres:
¡Viva Madrid con su nobleza y plebe!

Se hallará en la librería de Antonio del Castillo, frente de las gradas de San Felipe el Real.

II

Zarzuela "La Mesonerilla" (1)

1769

CAYETANA y LORENZO, *Cómicos españoles.*
LAURA ZEFFIRELLI y EMILIO TAGLARINI, *Operistas.*
PATRICIO, *mesonero.*
ANTOÑUELA, *su hija.*
PABLILLOS, *mozo del mesón* (2).

ACTO ÚNICO

La escena se finge en el mesón de un lugar de la Mancha. —El teatro representa la fachada de un mesón, con puerta abierta y ventana á lo alto. Lugar de un lado y bosque con algún asiento rústico del otro.

ESCENA PRIMERA

LORENZO *á la puerta del mesón con un tiple cantando seguidillas* y PABLILLOS *cribando cebada á un lado.*

LORENZO. Date, mesonerilla,
por bien pagada,
pues por el hospedaje
te doy el alma.
Ni pidas premio
por la inquietud, pues sólo
yo la padezco.

PABLILLOS, *que ha estado atento canta en el propio tono, fisgándose.)*

PABLILLOS. No necesita de almas
la mesonera;
que en el cuerpo le cabe
la suya apenas.
Y á cuantos llaman,
desde adentro responde
que no hay posada.

LORENZO. Mozo, ¿cómo es esa copla?
PABLILLOS. Qué se yo, ya no me acuerdo.
LORENZO. ¡Qué bravo perillán eres!
PABLILLOS. ¿Quién, yo? Todos en el pueblo
me conocen por Pablillos
el inocente.
LORENZO. ¡Torreznos!
PABLILLOS. ¡Buena comida! Y si son
dulces y magros y luego
hay vino de Valdepeñas
á la mano, me encabezo.
LORENZO. ¡Si digo yo que eres tuno!
PABLILLOS. Yo, señor, ¿por qué he de serlo?
Es merced que usted me hace.
Vea usted el oficio que tengo,
mozo de paja y cebada
en un mesón; y antes de esto,
los veranos en la mar,
en la playa los inviernos,
de alarife y presidario
cinco años todo revuelto,
cuatro de contrabandista
y siete de calesero:
vea usted si pueden ser más
inocentes los empleos.
LORENZO. Mucho es no haberte inclinado
á cómico.
PABLILLOS. Para eso
es menester gracia, y yo
soy desgraciado en extremo.
LORENZO. ¿No te gustan las comedias?
PABLILLOS. Mucho, y cuando estaba en pueblos
como en Madrid, Barcelona
ó Cádiz, yo era el primero
que á óperas y comedias
entraba en los coliseos;
y como yo sé leer
medianitamente y tengo
buen oído, á media vez
que oiga la cosa, la aprendo.
LORENZO. Pues, hombre, yo te he tomado
grande afición.
PABLILLOS. La agradezco.
LORENZO. Yo voy á Madrid á ver
qué partes reclutar puedo
para formar compañía,
además desta que llevo,
que es moza de todo garbo,
y, como quieras, te ofrezco
buen partido: piénsalo.
PABLILLOS. Diré que no si lo pienso;
mejor es decir que sí;
vamos tomando dinero
prestado; si no pudiere
pagarle, yo estoy en cueros;

(1) Manuscrito 1-188-7 de la B. M.

(2) En la cubierta se lee el reparto de papeles siguiente.
CAYETANA, *Polonia.*—LAURA, *Tordesillas.*—ANTOÑUELA, *Pulpillo.* PABLILLOS, *Aldovera.*—PATRICIO, *Espejo.*—LORENZO, *Tadeo.*—EMILIO, *Briñole.*— Este reparto es de época posterior á la composición y estreno de la zarzuela.

con que si al fin me dejasen
del propio modo, ¿qué pierdo?
LORENZO. Pero es preciso que des
pruebas de buen compañero
y me ayudes á enganchar
á la Antonia, que aquel bello
aire, aquel rostro gracioso
y aquella voz, es desprecio
de naturaleza que
esté en un mesón sirviendo.
PABLILLOS. Ese partido será
más difícil que ajustemos.
LORENZO. Sin embargo, como tú
la digas que estás resuelto
á seguirme, y la ponderes
que es útil y placentero
el ejercicio, quizá
lograremos el empeño.
PABLILLOS. ¡Qué mal la conoce usted!
No ha parado caballero
en el mesón, ni hay vecino
rico y galán en el pueblo
que no la haya convidado
con bodas y con obsequios;
pero ella al primer embite
conoce á todos el juego
y les gana por la mano
sean falsos ó verdaderos.
LORENZO. Con todo... pero allí viene:
¿No es dolor que aquel aseo
y aquel garbo se ejerciten
en oficio tan grosero?
PABLILLOS. No, señor; porque ella dice
que es más honra en el plebeyo
cargar con el barro propio,
que no con el oro ajeno.
LORENZO. Calla, que juzgo que viene
cantando, disimulemos.

ESCENA II

ANTOÑUELA, *con cantarilla de agua, adornada de yerbas, en la cabeza y cantando.*

ANTOÑ. Nunca de amor se queje
quien caiga en sus abismos,
quéjese de sí propio
que amó el peligro.
Si contra ingratitudes
se han de buscar olvidos,
más vale no acordarse
desde el principio.

LORENZO. Antonia hermosa...
ANTOÑ. ¿Yo hermosa?
Me alegro mucho de serlo;
que así puede ser que halle
quien me quiera en algún tiempo.
LORENZO. Yo sé que ya le has hallado...
ANTOÑ. Pues si usted lo sabe cierto,
dígale, cuando le vea,
que lo calle; porque tengo
ahora los cuatro humores
muy tranquilos y no quiero
que el amor me los altere
y me dé algún devaneo.
LORENZO. Dame el cántaro, que estás
fatigada con el peso.
PABLILLOS. Perdone usted, que estoy yo
aquí, que nací primero.
LORENZO. Entre amigos...
PABLILLOS. Entre amigos,
cuando hay una moza en medio,
cada cual va á su negocio,
y el amigo es el postrero.
LORENZO. En todo caso, Antoñita,
has de saber que tenemos
mucho que hablar.
ANTOÑ. ¿De qué asunto?
LORENZO. De uno con que pretendo
hacerte feliz y que
te conozca el universo,
coronándote de aplausos,
dichas...

(CAYETANA, *enfadada, por la ventana.*)

CAYETANA. ¡Ah, señor Lorenzo!
LORENZO. ¿Qué quieres?
CAYETANA. En acabando
ahí, suba usted y hablaremos (*Vase.*)
LORENZO. Voy al instante, Pablillo,
díselo tú; que no quiero
que sepa mi compañera
nada de lo que yo pienso.
Y porque creo que acaso
repetirá á vuestros ruegos
lo que cantaba, y tu puedas
entenderme al mismo tiempo,
de las voces de mi alma
no desatiendas los ecos.

¿Qué importa que ladrones
no haya en el campo,
si hay quien robe las almas
en los poblados?
¡Ay de aquel pobre
que le roban y luego
no le socorren!

ESCENA III

ANTOÑUELA *y* PABLO

ANTOÑ. ¿Qué recado para mí
te ha dado ese majadero?
PABLILLOS. Poco á poco, que no soy
hombre que recados llevo.
ANTOÑ. Pero los traerás.

PABLILLOS. Tampoco;
y á tí, Antonia, mucho menos.
ANTOÑ. ¿Por qué?
PABLILLOS. Porque si supiera
que tú habías de atenderlos,
te diera recados míos
en lugar de los ajenos.
ANTOÑ. ¡Hola, Pablo! ¿Qué me cuentas?
PABLILLOS. No te cuento nada; pero
si tú juzgas que esto quiere
decir algo, aplica el cuento.
ANTOÑ. Si no puedo yo aplicarme
aunque quiera.
PABLILLOS. Qué mal genio
para mesonera tienes.
ANTOÑ. Antes lo tengo muy bueno;
pues no engaño y juego limpio.
PABLILLOS. No es si no malo por eso;
que una mesonera debe
mentir y pringarse á un tiempo.
ANTOÑ. Por lo mismo quiero yo
ser la excepción de mi gremio.
Bueno fuera que porque
ayer al mesón vinieron
un cómico de la legua
y un operista extranjero,
se juntaron casualmente,
que casualmente me vieron,
y casualmente también
me empezaron á hacer gestos,
yo los creyera, ¡Mamola!
PABLILLOS. No te alabes, advirtiendo
que de las casualidades
se originan los tropiezos.
ANTOÑ. Yo piso firme; y si no,
mira qué planta.
PABLILLOS. Aun por eso
le has parecido de perlas.
ANTOÑ. Con el que yo me divierto
más es con el italiano,
que me va siguiendo siempre
cantando cosas muy lindas.
PABLILLOS. Que para ti están en griego.
ANTOÑ. No tal; que habla en español
y bien claro; porque creo
que en Cádiz y en Barcelona
ha mucho que está viviendo.
PABLILLOS. ¿Que vá que también pretende
llevarnos por compañeros
como el español?
ANTOÑ. De ti
no me ha dicho nada; pero
á mí me ha insinuado algo,
y solamente á este efecto
dice que aquí se detiene.
PABLILLOS. Quizá esotro por lo mesmo
no ha marchado.
ANTOÑ. Lo mejor
es que se comen de celos
las compañeras que traen;
y yo, burlándome de ellos,
me he de divertir con ellas.
PABLILLOS. Cuenta no tengamos luego
función con tu padre.
ANTOÑ. Vive
de mí ya tan satisfecho,
que aunque me hallara en un mal
latín, no había de creerlo.
PABLILLOS. Pues yo cuando escucho algunos
romances, todo lo creo.
ANTOÑ. Allí viene, y entre dientes
cantando.
PABLILLOS. Calla, le oiremos.

ESCENA IV

EMILIO *y los dichos.*

EMILIO.

Mira, niña bonita, que pierdes
la hermosura y el tiempo en la aldea;
vete donde del tiempo disfrutes
y consigas los gajes de bella.
Oyeme,
mírame,
no te engaño;
quiéreme,
piénsalo,
no seas terca;
que huirá siempre de ti la fortuna,
si una vez que te busca huyes de ella.

ANTOÑ. ¡Ay que bonita canción!
EMILIO. ¡Oh! yo, aunque soy extranjero,
sé la música que gusta
en España á cada pueblo.
PABLILLOS. Por esa regla, debiera
cantar seguidillas, puesto
que está en la Mancha.
EMILIO. Es un aire
con que nos pasa lo mesmo
que con el fandango; bien
por la música sabemos
cantarle; pero la gracia...
PABLILLOS. Se ha quedado en el tintero.
EMILIO. Bien es así. Pero este
es un aire placentero
de paisanaje.
PABLILLOS. Es verdad;
y parecido en extremo
al que las vendimiadoras
cantaban.
ANTOÑ. Este es más bello.
A ver, repítalo usted,
que me ha gustado.
EMILIO. Convengo:
pero usted me ha de cantar

una seguidilla luego,
de aquellas que esta *matina*
cantaba cuando barriendo...

ANTOÑ. Me conformo.

EMILIO. Oiga la letra.

ANTOÑ. No soy sorda.

PABLILLOS. Ni él es ciego.

EMILIO.

Al pasar por un campo de flores,
encontré una zagala de perlas;
y aunque iba de prisa paréme,
y la dije de aquesta manera:
Oyeme
mírame
no te engaño;
quiéreme,
piénsalo,
no seas terca;
mira, niña bonita, que pierdes
la hermosura y el tiempo en la selva.

ANTOÑ. Muy bien.

EMILIO. Ahora cumpla usted
su palabra.

ANTOÑ. No me niego:
y oiga usted también la letra
á ver si me explico.

EMILIO. Bueno.

ANTOÑUELA (*Seguidillas.*)

El mayor desatino
de las mujeres
es buscar la fortuna,
si ella no viene.

Amar á la tuna;
miren que fortuna.
Soy buena muchacha
mire usted que tacha.
Que se pierde el tiempo;
que sabe usted de eso.

Oiga usted dos palabras
aquí en secreto.
En viendo usted una moza
de garabato;
esté donde estuviere,
no está sin trapo.

ESCENA V

PATRICIO *y los dichos.*

PATRICIO. Pues, ¿qué desvergüenza es ésta?
¿Y que yo esté como un negro
remando, mientras ustedes
se están aquí divirtiendo?

PABLILLOS. Estas son casualidades.

PATRICIO. Pues, Antoñuela, ¿qué exceso
es éste? ¿De cuándo acá
les das tú á los pasajeros
conversación?

PABLILLOS. Preguntóla,
y fué fuerza responderlo.

PATRICIO. ¿Y la cebada?

PABLILLOS. Aquí está.

PATRICIO. Anda vete á echar el pienso,
bribón.

PABLILLOS. Mejor pensarían
los caballos no comiendo,
como hacen los estudiantes.

PATRICIO. Marcha. Y usted, caballero,
suba, que su compañera
le aguarda con el almuerzo.

EMILIO. No se enfade usted, patrón,
que no se la comeremos. (*Vase.*)

ESCENA VI

Dichos, menos EMILIO.

PABLILLOS. Puede ser, si ella estuviera
tan tierna como tú hambriento.

PATRICIO. Pablillos: ¿Sabes por qué
se detienen? ¿No dijeron
anoche que se querían
marchar en amaneciendo?

PABLILLOS. Les ha ocurrido esta noche
cierto negocio.

PATRICIO. ¿A cuál de ellos?

PABLILLOS. A entrambos.

PATRICIO. ¿Sobre qué asunto?

PABLILLOS. Me parece que es un pleito
entre partes; y discurro
que entrambos han de perderlo;
pues, la demanda admitida,
es más claro mi derecho. (*Vase.*)

ESCENA VII

PATRICIO *y* ANTOÑUELA.

PATRICIO. Jamás habla este tronera
en forma. Lo que yo temo...

ANTOÑ. Es que á mí me galantean.

PATRICIO. Puede ser.

ANTOÑ. Pues es cierto.

PATRICIO. Lo que alabo es tu frescura
y con el atrevimiento
que me lo dices.

ANTOÑ. Pues ¿fuera
mejor hacer un puchero
y, con los brazos cruzados
y los ojos en el suelo,
decir: «¡Jesús y qué cosas
tiene usted!» ¿No hay nada de eso.
¡Vaya, bonita soy yo!
¿Dejarle á usted satisfecho
y á la sombra de un candil
pegarle un chasco estupendo?

No, señor; de agua corriente
jamás tenga usted recelo.

PATRICIO. Ya sabes lo que te he dicho.

ANTOÑ. Yo acaso, ¿qué culpa tengo
de que me quieran? Bastante
hago en no corresponderlos.

PATRICIO. Parece que tienes miel.
No para usía ni arriero
en el mesón que al instante
no te diga chicoleos.

ANTOÑ. ¿Y yo que hago?

PATRICIO. Lo que debes,
no olvidando mis consejos
y aguardando que algún día
te haga más dichosa el cielo.

ANTOÑ. Con eso me engaña usted,
padre mío, y lo que veo
es que voy á veinte años
y me estoy.....

PATRICIO. ¿Cómo?

ANTOÑ. Comiendo.
¡Qué pregunta! Sin casar.

PATRICIO. ¿Y te gusta alguno de éstos?

ANTOÑ. No, señor.

PATRICIO. Ni te conviene,
que son unos zalameros
de profesión con las mozas.
Déjame, verás qué presto
los espanto.

ANTOÑ. Deje usted
de mi cuenta el escarmiento;
verá qué pronto dispongo
que marchen, con un enredo.

PATRICIO. ¿Cuál es?

ANTOÑ. Aquí vienen ellas;
no tardará usted en saberlo.

ESCENA VIII

LAURA, CAYETANA *y los dichos.*

PATRICIO. ¡Qué sofocadas que vienen!

LAURA. ¡Mesonero!

CAYETANA. ¡Mesonero!

PATRICIO. ¿Qué mandan ustedes?

LAURA. Oiga una palabra.

CAYETANA. Yo vengo
á lo mismo, y llegué antes.

LAURA. Pero á mí me oirá primero:
lléguese aquí.

CAYETANA. Eso será
si yo le despacho presto.

LAURA. Tenga modo ....

CAYETANA. Muchas veces
he oído hablar de ese sujeto.
¿Quiere usted llevarme adonde
vive, para conocerlo?

LAURA. ¡Qué bajeza!

CAYETANA. ¿Quiere usted
que nos midamos, veremos
cuál es más alta ó más baja?

LAURA. ¡Oh, señora! yo no quiero
armar quimera.

CAYETANA. Yo sí,
porque es el modo perfecto
de sacudirnos el polvo
del camino bien y presto.

LAURA. Si no me quiere seguir,
buen hombre, lo diré recio.

PATRICIO. Pero ¿qué es?

LAURA. Que esa muchacha
anda con mi compañero
festejándose; él es malo,
y el diablo no es nada lerdo;
¿usted entiende?

PATRICIO. Antoñuela.....

CAYETANA. No la riña usted por eso,
que es mentira..... La verdad
es que anda, con el pretexto
de que le enseñe á cantar,
siempre al mío persiguiendo.
Si, como dice la amiga,
con el italiano hay riesgo,
¿qué habrá con el otro, que es
español y con dinero?

PATRICIO. ¿Eso hay? Yo la encerraré
donde.....

ANTOÑ. Señor, cepos quedos,
que falto yo por hablar;
y aunque es un caso tremendo
el dar que sentir á nadie,
que se muera el que esté enfermo.

PATRICIO. Pues ¿qué tienes que decir?

ANTOÑ. Que el mal de los dos es cierto;
pero si quieren curarse,
que busquen otro remedio.

LAURA. No lo entiendo.

CAYETANA. Yo tampoco.

ANTOÑ. Si no pueden entenderlo
rezado, se lo diré
cantado; tengan silencio.

Son algunos amantes
como el gitano,
que á robar á Valverde
van por el Pardo.

¿Habla usted conmigo?
Yo soy quien lo digo.
¿Lo quiere más claro?
No tengo reparo.
¿No quiere creerlo?
Pues vaya usté á verlo.
Y oiga usted dos palabras
aquí en secreto.

¿Ve usted aquella real moza
que está allí enfrente?

Pues cuidado con ella,
que ahí está el duende.
Digo, paisana,
vaya usté á otro tejado
con sus pedradas.

He dicho poquito
pero saladito.
¿Está usted confusa?
Señal que le acusa.
No hay que poner gesto,
que esto no es más desto.
Y oiga usted dos palabras
aquí en secreto.

Su querido se muere
por la italiana;
á cargo de usted dejo
la honra de España. *(Vase.)*

Escena IX

Patricio, Laura, Cayetana

Cayetana. ¿A mí dejarme por otra?
Laura. ¿Qué tiene aquélla de buena?
Cayetana. Juro á bríos que he de vengarme
y que no se ha de ir riyendo
la italiana de que tiene
en las almas más imperio.
He de aguardar á que salga
su hombre, y con cuatro gestos
de esperanza y una copla
le he de derretir los sesos.
(Siéntase á los árboles.)
Patricio. ¿Qué demontres les ha dicho
que hacen tantos aspavientos?
Laura. Patricio.
Patricio. ¿Qué manda usted?
Laura. Búsqueme usted á Lorenzo,
que le tengo que decir.
(Aparte.) Tengo de abrasarla á celos;
que al mérito no se puede
resistir lo más grosero.
Patricio. ¿Y dónde estará?
Laura. Buscadle.
Patricio. Lo que les has dicho quedo
las ha picado: yo voy
á ver si puedo saberlo. *(Vase).*

Escena X

Laura; Cayetana, *retirada*

Laura. ¿Por una moza infeliz,
desairada y sin aseo,
que no ha visto de su vida,
me abandona? No lo creo.
Pero, porque rabie, yo
me he de vengar, y comienzo,
por si acaso á su galán
son reclamos mis acentos.
Minuet.
No hay en quien ama
dicha segura,
cabal victoria;
pues la ventura
que ayer fué gloria
mañana es mal.
Fuego en los hombres,
fuego en sus tratos;
pues siempre ingratos
serán y han sido,
y el más querido
más desleal.

Escena XI

Cayetana; *luego* Emilio y Pablo.

Cayetana. ¡Qué cólera me dan estas
mujeres de moño tieso!
¿Si pensará que me aturden
su seriedad y gorjeos?
Que no salga... Mas ya sale.
Corazón, no es mucho empeño
derribar á un petimetre.
Qué risa que me da verlos
agarrados á una dama:
decir que van sosteniendo
todo el hermoso edificio...
y se suelen ir cayendo
de maduros. Pero, ¿qué,
si es preciso?... Así va ello.
Las fábricas se mantienen
conforme son los cimientos.
Pablillos. ¿Conque hoy no se van ustedes?
Emilio. Es razón que descansemos
dos ó tres días.
Pablillos. O cuatro.
¿Qué se le da al mesonero?
Emilio. La cómica españoleta
es graciosa.
Pablillos. Con extremo.
Dígale usted algo, verá
qué gracias va descubriendo.
(Aparte.) Pues dice Antonia que quiere
embrollarlos, apretemos.
Emilio. Sobre todas, la Antoñica...
Cayetana. No se pase usted tan serio,
señor.
Emilio. Señora, yo soy
su más obediente siervo.
Cayetana. ¡Jesús, señor! Yo quisiera
ser capaz de complacerlo
en algo. Pero usted tiene
bien empleado su afecto.
Emilio. Señora... mas sobre gustos
no hay disputas.

PABLILLOS. Es incierto
ese refrán; que yo he visto
más disputas y más pleitos
sobre los gustos que sobre
vidas, honras y dinero.

CAYETANA. Qué bonitas seguidillas
se me acuerdan á ese intento
de los gustos.

EMILIO. Favorezca
un poco; la sentiremos
si es servida.

CAYETANA. ¿Por qué no?
Eso tenemos de bueno
las cómicas españolas,
que lo poco que sabemos
lo hacemos breve y barato.

EMILIO. Es viva, tiene despejo.
Conque, señora...

CAYETANA. Oiga usted.

PABLILLOS. Esto se va componiendo.
Ahora sale la italiana
y solfa doble tenemos.

(*Seguidillas.*)

CAYETANA. Hay hombres en el mundo
tan majaderos,
que dejan las perdices
por los conejos.

Mire usted esta planta,
mire usted este garbo
y cáigase usted muerto
sólo al mirarlo.
Estos brazos caídos,
este cuerpo al soslayo,
estos ojos alegres,
que siempre están bailando.

(*Hablado.*)

Todo, naturalmente,
desencajado
no vale más que aquello...
No hay que asustaros,
que yo sólo lo digo
por uno de esos
que dejan las perdices
por los conejos.

Más que no el blanco
gusta el pan morenito,
bien sazonado.

Vale más un por vida,
si se dice con garbo,
que decir entre dientes:
Yo te idolatro.
Poquito entendimiento
y voluntad muchísima,
si me gustas ahora,
si no, vuelve otro día.

(*Hablado.*)

Todo, naturalmente
sin fantasía,
no vale más que aquello...
téngase usía,
que yo sólo lo digo
por uno de esos
que dejan las perdices
por los conejos. (*Vase.*)

ESCENA XII

EMILIO, PABLO, *luego*, LORENZO.

EMILIO. ¡Qué chusca es!

PABLILLOS. Bastantemente.

EMILIO. Pero Antonia me hace dentro
más incomodo.

PABLILLOS. ¿Conque ella
se os ha encajado en el pecho?

EMILIO. Me parece.

PABLILLOS. Pues si usted
quiere llamar al barbero
que le abra, yo meteré
la mano y la sacaremos.

EMILIO. Aquélla es mucho graciosa.

(*Sale* LORENZO.)

LORENZO. Pablillo, escucha un secreto,
con licencia del señor.

EMILIO. No, señor; usted es dueño
y yo me retiraré:
que nosotros hablaremos
después. (*Aparte.*) Voy á ver si está
solita y hablarla puedo. (*Vase.*)

ESCENA XIII

LORENZO, PABLO; *luego* LAURA, *acechando*.

PABLILLOS. ¿Qué manda usted?

LORENZO. ¿Has hablado
con Antonia?

PABLILLOS. No me atrevò,
que es soberbia.

LORENZO. ¿Y en qué funda
ese desvanecimiento?

PABLILLOS. ¿Qué sé yo? Supongo que
también su padre es lo mesmo;
y, según tengo entendido,
antes de ser mesonero
se casó con una hidalga
muy rica y hubo mil cuentos...
qué sé yo.

LORENZO. ¿Y eso qué importa?
También yo fuí caballero;
y después, desesperado
porque perdí un grande pleito
que ha durado eternidades

y le costó nada menos
á mi padre que la vida,
salí de mi patria ciego,
me encontré con esa moza
que es grande cómica, y pienso
tomar el propio ejercicio,
y al instante que formemos
la compañía, casarnos.
Díselo tú todo esto
á Antonia, que, si ella quiere,
los cuatro nos compondremos.

PABLILLOS. ¿Conque usted no ha comiqueado
todavía?

LORENZO. No, por cierto;
sólo en funciones caseras.

PABLILLOS. Pues mírelo usted primero:
que, según he oído decir
á muchos cómicos viejos,
sus fortunas son lo propio
que el teatro: por lo externo,
mucha ostentación, y muchos
pelindrajos por adentro.

LAURA (*Dentro*). Allí está; yo quiero ver
si de golpe le sorprendo
con mi voz; como que acaso,
descuidada, me divierto.

LORENZO. Con todo, amigo, cantando
se ve que ganan dinero.

PABLILLOS. Es como el del sacristán:
cantando lo ganan; pero
también cantando ó rabiando
se les va de entre los dedos.

LORENZO. El oficio es divertido:
Anda ¿qué sabes tú de eso?

LAURA (*Cantando recitado*)

¿Quién puede haber que del amor no alabe
las delicias? Si todo el mundo sabe
que amor es la mayor de las venturas.

PABLILLOS (*Cantando*)

¡Cuántos por el amor están á obscuras.

LAURA (*representa.*)

¡Ay, Jesús! que, distraída
de mi propio pensamiento,
juzgaba que estaba sola
en el campo.

PABLILLOS. (*Aparte.*) Ya te entiendo.

LORENZO. A saber que yo podía
estorbaros el recreo,
me hubiera ocultado, aunque
perdiera tan buen encuentro
y tan buen rato.

LAURA. (*Aparte.*) ¡Hola, hola!
¡Que es cortesano y discreto!

LORENZO. Y si con voz fuera fácil,
que algo pudiesen mis ruegos,
os suplicara.....

LAURA. De nada
de cuanto supe me acuerdo
sin papel.

PABLILLOS. Si en eso pende,
no lo deje usted por eso;
que yo traeré un cuadernillo.

LORENZO. Para mí no hay embeleso
como la música: vaya,
madama.

LAURA. Por complaceros,
recordaré alguna especie,
que de una escena conservo
en la memoria.

LORENZO. Eso basta
para mi agradecimiento.

LAURA (*Aparte*). Yo haré que rabien de veras
su moza y mi compañero.

PABLILLOS. Manden ustedes.

LORENZO. ¿Por qué
te vas tú?

PABLILLOS. Si yo no entiendo
del italiano palabra.

LAURA. Pues no te vayas por eso,
que la escena era española.

PABLILLOS. Si es española, me quedo.

LAURA (*Recitado*).

El mar, á impulsos de contrarios vientos,
más terrible no brama y más furioso
que se queja un celoso:
ni el ave más tranquila está en su nido,
que un pecho amante bien correspondido.

(*Aria*)

La yedra vigorosa
los olmos abrazando,
sobre la vid frondosa
la tórtola llorando,
están manifestando
la fuerza del amor.
Temor, esperanzas,
finezas, mudanzas,
desprecios, olvidos,
de amor son efectos;
y nadie ha sabido
de tantos afectos
cual es el mayor.

ESCENA XIV

CAYETANA *y los dichos.*

CAYETANA. ¡Canela! ¡Qué divertido
está usted, señor Lorenzo!
ya puede usted al instante
arrecoger los trebejos
porque ahora mismo marchamos.

LORENZO. ¿Marchar? ¿Y quién lo ha dis- [puesto?
CAYETANA. Yo; ya he dicho que guarnezca
las mulas al calesero.
LORENZO. Que vuelva á desguarnecer,
que estarme en la Mancha pienso
este Carnaval.
PABLILLOS. A ver
las máscaras que solemos
tener aquí en las tabernas:
los trajes no son muy buenos;
pero en cuanto al baile, forman
á la ley los contratiempos.
CAYETANA. Vamos, no me enfade usted.
LORENZO. Poquita bulla y adentro.
LAURA. He conseguido mi triunfo.
CAYETANA. ¿De qué se está usted riyendo?
(*A Laura*).
Pues cuenta que tengo gana
de despachar el correo.
LAURA. ¿Por qué lo dice?
CAYETANA. Por esto.
(*Seguidillas*).
Tengo yo un geniecito,
que ni las pulgas
se atreven á picarme
porque se asustan.
LAURA. Pues yo no me asusto,
téngame respeto,
que hago en esta vida
yo papel muy serio;
y si llega el lance.....
(*Sale* ANTOÑUELA).
ANTOÑ. ¿Qué es esto?
(*Sale* EMILIO).
EMILIO. ¿Qué es esto?
PABLILLOS. Cosas de las mujeres,
voces y enredos.
LORENZO. Calla tú, guapetona,
que no te ofendo.

ESCENA XV

Sale un propio corriendo, y entra en el mesón.—ANTOÑUELA, EMILIO *y los dichos.*

CAYETANA. Ya se yó que te quedas
por la señora.
LORENZO. Dime quién te lo ha dicho.
ANTOÑ. Mi real persona.
LAURA. ¡Ah, pérfido Emilio,
ya sé tus traiciones!
EMILIO. ¡Mi Laura divina,
qué mal me conoces!
A DUO. Aparta, engañoso,
¡qué afanes!
PABLILLOS. ¡Qué azotes!
LORENZO. ¿En qué fundas, Antonia,
tu mal informe?
ANTOÑ. Leyendo en los semblantes
las intenciones.
A TRES. Fuego en { todas las mozas / todos los hombres }
y sus palabras.
CAY. y ANT. Todos son embusteros.
LORENZO. Vosotras falsas.
EMILIO. ¡Ay ídolo mío!
LAURA. Las iras me ahogan.
A DUO. Decid que al instante
traigan la carroza.
EMILIO. Si así te aseguras.
A DUO. ¡Qué pena!
PABLILLOS. ¡Qué droga!
Y traen una calesa
con dos candongas.
A CINCO. ¡Ay del pecho infelice
que se apasiona!

ESCENA XVI

PATRICIO *alborotado, con un pliego; el propio detrás y los dichos.*

PATRICIO. Hija, dame treinta abrazos.
Madamas y caballeros,
dadme dos mil parabienes.
TODOS. Pues ¿de qué es tanto contento?
PATRICIO. No puedo hablar de placer.
He salido con el pleito
que vale tres mil ducados;
ya salí de mesonero,
y tú hallarás buena boda,
pues, aunque yo soy plebeyo,
por tu madre eres muy noble
y rica.
PABLILLOS. Aténgase á eso.
ANTOÑ. Pues ¿qué novedad es ésta?
PATRICIO. Que habiendo el contrario muerto,
que era don Lucas Hurtado.....
LORENZO. ¿Don Lucas Hurtado? ¡Cielo !
Ese era mi padre.
PATRICIO ¿Cómo?
LORENZO. ¿Es usted Patricio Agüero,
el viudo de su sobrina,
con quien se siguió el pleito,
y esta la niña en quien todos
suponían el derecho?
PATRICIO. Carta canta.
LORENZO. Yo conozco
á este agente, con efecto,
y á los jueces que autorizan
el despacho.
EMILIO. ¡Qué suceso
tan raro!
PABLILLOS. ¿Es esto novela?
LORENZO. ¡Ay, Antonia, que me has muerto
dos veces!
PABLILLOS. Con una mano,
si ella quiere, os deja bueno,

LORENZO. Señor Patricio....
PATRICIO. Yo ahora,
de gozo, ni oigo ni veo.
Pablillo, que maten aves:
la noticia celebremos
hoy con bulla y regocijo,
que después con mas sosiego
hablaremos usted y yo.
LORENZO. ¿Y nosotros hablaremos,
Antoñita?
ANTOÑ. Puede ser;
pero á solas, que no quiero
este testigo delante.
LORENZO. Bien fácil es desprenderlo
de mí.
CAYETANA. Lorenzo, cuidado
que Cayetana no ha muerto.
LORENZO. Soy hombre de bien; confía
de mí, aunque nada te debo.
PATRICIO. Suplico que nadie piense
marchar hoy, que yo pretendo
agasajarlos y á todos
hacer la costa.
PABLILLOS. Yo apuesto
que no hay en algún mesón
de la Mancha igual ejemplo.
TODOS. Amigo, sea enhorabuena
LAURA. ¡Qué fortuna!
PATRICIO. Caballeros,
a la sala á divertirse.
TODOS. Todos alegres diciendo:

(Coro final).

Todo sea en tal ventura
diversiones y alegría,
y la buena compañía
que en el caso se interesa,
para el baile y en la mesa
nos corone de placer.

FÉ DE ERRATAS

PAGINA.	COLUMNA.	LINEA.	DICE	DEBE DECIR.
14	2.ª	3	Ladvenadi	Ladvenant
19	2.ª	18	saetín	satín
24	1.ª	penúltima.	apodado	apodo
24	2.ª	44	secreto guardan	secreto me guardan
35	1.ª	2	**La pragmática.**	**La Pragmática.**
38	2.ª	última.	Pereiro	Pereira
52	1.	6	*Entranse*	*Entrase*
66	1.	29	Ya	Yo
85	2.ª	33 y 34	Ladven.	Niso
			Niso	Ladven.
95	2.ª	18	quejas	quejas.
95	2.ª	19	Cuando	cuando
117	1.ª	25	ó la sala	ó á la sala
129	2.ª	14	aviva	avisa
137	2.ª	47	setenta y cuatro	sesenta y cuatro
141	1.	23	madrugen	madruguen
141	1.ª	25	las otras	los otros
145	2.ª	25	tienes,	tienes:
162	1.ª	19	desearlos	desearles
162	2.ª	1	oirle	oidle
168	2.ª	42	seguirme	seguidme
172	2.ª	14	meterte	meterse
251	2.ª	26	este	usté
269	2.ª	24	Avate	Abate
274	1.ª	10	alta	falta:
341	2.ª	30	hecho	echo
368	2.ª	4	las	la
408	1.ª	50	Antora,	Antonia,
464	2.ª	31	Espejo	Chinica
492	2.ª	52	murmurar	murmuran
495	1.ª	24	tres	dos
501	1.ª	penultima.	Dígale	Dígole
501	2.ª	55	Ordoka	Ordóñez

ÍNDICE

SAINETES POR ORDEN ALFABÉTICO

APÉNDICE